LOS AMOS DEL VALLE

Francisco Herrera Luque



Lectulandia

A través de la saga de los antepasados de Don Juan Manuel, el autor describe cómo fue el establecimiento de Caracas como centro del poder desde el cual se ha regido el destino de Venezuela, el control del gobierno de la provincia por parte de las veinte familias de la oligarquía mantuana mediante la astucia, la intriga, la pretensión de supuestos ascendientes de nobleza y una particularmente despiadada manera de entender el poder, destacando el comercio del cacao y las tensiones sociales de la Venezuela colonial como unas de las principales causas de la independencia. La historia es desarrollada dando saltos, a veces abruptos, en espacio y tiempo, en el que se alterna el relato de las desventuras del personaje principal con la de sus antepasados, entremezclándose personajes ficticios e históricos; muchos de los personajes de la novela conocen o interactúan con celebridades históricas como la reina Isabel I de Inglaterra, Francis Drake, Felipe II, Carlos II el Hechizado, Fernando VI o Carlos III, además de otras personalidades. Por tanto el contexto en la que se desenvuelven los personajes de la novela es amplia, abarcando más de dos siglos de historia de la conquista, colonización y gobierno bajo el Imperio español de la Provincia de Caracas, lugar donde se desarrolla la mayor parte del relato. Muchos aspectos de la historia colonial, como la piratería en el Caribe, el importante papel e influencia que ejerció la Compañía Guipuzcoana y la Inquisición, el comercio del cacao, el mestizaje y el orden social colonial son tratados con gran detalle y colorido. En la novela, Herrera Luque incluso cuestiona algunas ideas históricas acerca de la fundación de Caracas, el origen del nombre de la ciudad y del país…

Lectulandia

Francisco Herrera Luque

LOS AMOS DEL VALLE

ePUB v1.2
Oiligriv 26.04.2013

más libros en lectulandia.com

Título original: *Los Amos del Valle*
Francisco Herrera Luque, 1979.

Editor Oiligriv (v1.2)
ePub base v2.1

LIBRO I
Don Juan Manuel de Blanco y Palacios se bambolea

PRIMERA PARTE
Mantuano de Ocho Cuarteles

1. ¡Veinte somos los Amos del Valle!

«…Veinte somos los Amos del Valle: Blanco, Palacios, Bolívar y Herrera… —va musitando en su silla de mano de cuatro esclavos, damasco y seda— …Gedler, de la Madriz, Toro, Tovar y Lovera…».

«Plaza y Vegas llegaron tarde; al igual que Ribas y Aristeguieta. Cien años es poco o nada para las glorias del Valle. Caracas es Covadonga, Esparta, Isla de Francia, Alba Longa … Matriz de sangre y de pueblo que en el filo de su espada hicieron mis siete abuelos…».

Viene crecido el Anauco, el rio de los bucares. El agua sube, los hombres bajan. Hasta el ombligo van sumergidos:

—¡Qué frío tengo!

—¡Calla la boca, negro ladino!

«Berroterán y Mijares a fuer de cacao han puesto coronas en sus cuarteles. ¡Marqués del Valle de Santiago! Pero cien veces más hermoso es el de Conde de la Ensenada que me otorgará el Rey por proezas viejas y por cien mil reales».

La silla dorada va navegando. Los portadores color de buzos cruzan el rio color de fango.

—¡Miguelito, dile a los negros que anden con más cuidado!, adentro se está anegando.

La silla emerge, la silla trepa por el barranco.

—Voy a echar el bofe si el amo sigue engordando.

—Calla la jeta, negro mandinga, y mira el suelo que vas pisando.

—Al principio fue Caracas. De cerro a cerro, de Tacagua al Abra. Luego los Valles del Tuy y los de Aragua: hornabeques Hondos que guardan la ciudadela.

«Nuestras son las tierras de la mar al Orinoco, de Guanare al río Uchire. Nuestro es el Cabildo. Nuestro es el cacao. Nuestros son los negros. Nuestros son los blancos. Somos los dueños. Somos los amos. Dueño es el que tiene. Amo el que retiene, acrecienta y tala. Amo es buril, piedra y mecenas; masa, cocinero y boca. Somos el paisaje y el pintor. El sol que alumbra y la cosa iluminada. Somos la vendimia, el tabernero y el borracho. Somos el padre eterno. Somos el hijo. Somos los hacedores de un mundo y también sus dueños. ¡Veinte somos los Amos del Valle…!».

—¡Ay, carajo, se me clavó una piedra en la pata!

—Bien hecho, jecho, esclavo del descampado.

«Ponte, Blanco, Palacios, Bolívar y Herrera —prosigue en su vitrina andante—. Ibarra, Ascanio, de la Madriz, Toro, Tovar y Lovera…».

—Miguelito, tengo una fuerte puntá.

—Eso es viento atracao. Échatelo de lado.

«Somos como la hallaca: encrucijada de cien historias distintas: el guiso hispánico, la masa aborigen, la mano esclava, el azúcar del índigo, la aceituna de Judea…».

—¡Fo, caraj!, estás podrido.

Ya la tarde estaba avanzada. El Ávila recogió la luz del campo para tenderla en sus cimas.

«Los recuerdos son sueños sin esperanza; caminos sin retorno: agua, fuertes desvaídos, se va diciendo con sus ojos saltones, acuosos y azules, fijos sobre la calle de casucas despeinadas, enyerbada, sin empedrar, que luego del Catuche agoniza polvorienta buscando el Camino Real».

«Hace treinta y dos años era la misma tarde: la montaña encendida, la calle sucia, la alcabala llena de frutas y arrieros».

Con un pañuelo bordado sopla y resopla su inmensa nariz de corneta rota en la punta.

«Estaba tan azul el cielo que daba miedo mirarlo. ¡Corre, Juan Manuel! —me gritó Juan Vicente Bolívar—, en San Bernardino han matado a tu padre».

«Dos balazos tenía en la frente y ocho en un flanco, echado como un fardo sobre el burro de la infamia. En aquel entonces tenía mi propio pelo y enteros todos mis dientes…».

—¡Dios guarde a Su Señoría y que le dé muchos años!

—¡Jalabolas el sargento!

—Que te calles, Matacán.

Llegando a la Candelaria, la iglesia de los isleños, hecha con hortalizas y leche aguada de vaca, Don Juan Manuel se quitó el tricornio. Su bastón de mando golpeó tres veces el suelo.

—¡Abajo negros! Con las dos rodillas, o es que no ven que está rezando mi amo.

Don Juan Manuel se santigua. El Santísimo sobre el Altar. La paz del Ángelus. Arrodillados los cuatro negros. A hombros la silla de mano.

«Gracias, Señor de los Ejércitos» —musita el mantuano, de barriga recogida y con los brazos cruzados.

—Dime una cosa, Miguelito: ¿es verdad que cuando los Amos rezan, llaman a Cristo primo y se los llevan al cielo en palanquines de plata?

—¡Qué te calles la jeta, Sebastián!

Gracias, Señor de los Ejércitos, por haber dado muerte a la Compañía Guipuzcoana, enemigos de mi bolsa y de mi gente, asesina de mi padre. ¡Bestia feral de Vizcaya!

—¡Apiádate de mi, Señora de los Descalzos!

—Que te pongas derecho, Juan, si no quieres un chuchazo.

Se acerca un cura y saluda:

—En mucho aprecio y estima tenemos vuestra bondad. Teníais razón Excelencia: aquellos ángeles desnudos afrentaban el pudor.

La charla sigue y prosigue. El cura es maestro en Teología del Seminario Mayor. Don Juan Manuel es faculto en materia celestial. Sale a relucir Bizancio. Los arcángeles que caben sentados, perfilados y de pie en el ojo de una aguja.

Don Juan Manuel muestra su contento asomado a la ventanilla. El cura limpia una gota de fango restregando el balandrán.

—Dime una cosa, Miguelito, ¿qué tanto es lo que paparrean a costa de mis rodillas?

—¡Calla negro, que ya mi amo averigua si es paloma o cucaracha lo que tiene el querubín!

—¡Sigamos camino!

—¡Arriba y arriba!

La silla cruje. Los negros bufan. Los negros pujan. La silla sube. Rompe un quejido y se tambalea.

—¡Dios de los Ejércitos! ¿Qué pasa ahora? ¿Están borrachos los negros?

—No es nada, Su Señoría. Se desinfló Sebastián.

La silla, traspuesto el rio de las Guanábanas, avanza alegre y ligera por el piso empedrado de la Calle Mayor. Charlatana y distinta sube y baja la gente. Mantuanas de negros pañolones, esclavos de torso desnudo y calzones cortos, cuarteronas de largas sayas blancas; españoles de la Península: mestizos de garras, arriba de mulas finas; sobre burritos cargueros; en caballos andaluces: a pie, con botas, en alpargatas, descalzos, arriba y abajo de las sillas de mano. Blancos, morenos, pardos, amarillo cobrizo, verde loro. Catedral cabildonea un repique. Musita salvas el cañón viejo. Cuatro cohetes rayan el azul del aire. Clamorean los campanarios. Mañana es víspera de Santiago. Patrono de la ciudad.

En la esquina del Cujizal baja la guardia armada. Tropa a caballo, charanga y fusileros. Saluda el oficial. Don Juan Manuel con dos dedos toca el tricornio:

«Lejos os he de ver. Ya todo toca a su fin. La culpa la tuvo el Rey por cortar el cambural. Matica ’e café le dimos a su fulana igualdad haciendo pardos a los negros y blanca a la pardedad. No se iguala al caballo con el burro ni a cabo con general. Machete no es arma noble, ni torta ’e cazabe es pan».

—¡Cuidado con ese perro que tiene los ojos puyúos y la boca babeante!

—¡Sale perro, muerde a Miguelito y déjanos ya!

La silla avanza entre bamboleos. La gente detiene el paso para ver al Regidor Decano con su gran tricornio y sus ojos azules.

«Su Sacra, Cesárea e Imperial Majestad, por pasarse de vivo, se dio con las

espuelas. Dios protege al inocente y enceguece al perdedor. Por fregar al de Inglaterra apoyó a los insurgentes, que por las ultimas cuentas ya están sobre Nueva York.»[1]

—Miguelito, ¿es verdad que a esa esquina la llaman la de La Marrón porque ahí dizque vivía una parda muy buenamoza que fue manceba del Gran Amo del Valle?

—¡Ay, mi madre, me mordió el perro!

Si el uno le daba el tute, el otro, en la cabeza de un clavo baila trompo al revés. Si el Rey de España le mete al ajedrez, el Hannover juega chapa, tresillo y ajiley. Si en Pensacola y en las Bahamas volcáronse escuadrones españoles de vistosos uniformes y relucientes cañones, en Chuspa, disfrazados de curas irlandeses, cual sierpes paradisíacas sonsacadores de Adán, nos llegaron los ingleses para hablarnos de oscurantismo, paraísos perdidos, esclavos y libertad. «Emancipaos, amigos nuestros. Además de machos, estáis apoyados. España agoniza. No hay país que resista el amancebamiento del enciclopedismo con la Inquisición. Pobre no da limosna. Alzaos en armas: Inglaterra os brinda apoyo».

—Pobrecito Miguelito, lleva la pierna sangrante.

—Eso le pasa por arrastrao y refistolero.

Jorge Washington, el día en que lo conocí en Filadelfia y tuvo a bien regalarme esta plancha de mármol para mis estragadas encías, me lo dijo muy claro: «Esas liberalidades son pan para hoy y hambre para mañana. En lo que acabe con el de Inglaterra se volverá contra nosotros: somos mal ejemplo para sus colonias. Y en cuanto a ustedes, os ajustará las cureñas de tal forma, que los cepos os parecerán gorgueras y alhajas».

Ya la suerte está echada. Esta noche he de dar mi respuesta al comisionado del Congreso de Estados Unidos y a Francisco de Miranda. Lo que son las cosas de la vida. ¿Quién me iba a decir que a la vuelta de los años estaría yo parlamentando contra el Rey con el hijo de aquel isleño parejero que usaba bastón de mando? El Rey de España frunció el rabo al enterarse de los tejemanejes de los ingleses calentándonos la oreja. ¡Barajo, tercio y parada! afirman que dijo en su Palacio de Oriente. «La masa no está para bollo y el chocolate es caliente. Dadle caramelos de anís a mis cruzados mantuanos. Acabad con la Guipuzcoana, con las Gracias al Sacar; que los pardos no se casen; vended en cómodas cuotas títulos de marqueses y condes a los grandes cacaos; haced caballeros de Carlos III a todo aquel que meta bulla. Decidle a los mantuanos que los amo; que tienen lugar de honor en mi regio corazón. Dadles caldo de sustancia mientras acabo con el inglés».

«Llegaron tarde sus carantoñas. Por meterse a brujo cayó en el berenjenal. Además de los ingleses y los de Curazao, sus mismos aliados, los estadounidenses nos ofrecen por debajo de cuerda, fuerza y apoyo para emanciparnos, porque los inglesitos del norte son más vivos que un tuqueque y saben desde el principio quiénes son y adonde van».

Calle empinada. Vaivén de Corpus. Caja dorada. Patas de araña. Don Juan Manuel de Blanco y Palacios se bambolea en su silla de mano de cuatro esclavos, damasco y seda.

—¡Al fin llegamos!

—¡Cuánto pesa un gran cacao!

—¡Me duele el brazo, el entrepierna y los pies!

—¡Llevo el hombro dormido!

—¡Tengo hambre, tengo sed!

La tarde se adentró en la noche. En la esquina de Las Madrices, la casa de Don Juan Manuel se asoma a las dos calles con la cuadra abierta.

—¡Ahí viene el amo! —alerta una voz.

Veinte esclavos, diez antorchas, salen corriendo a su encuentro.

La llaman la Casa del Pez que Escupe el Agua por una fuente coronada por un pez de piedra que entre chorros y silbatos agoreros, opina, protesta y canta.[2]

Es la más grande y suntuosa de la ciudad, enmarcada, aún, dentro de los linderos que le asignó a Don Francisco Guerrero, Diego de Lozada, conquistador y fundador de Caracas.

Retumba el ancho portón claveteado, de frente a la Calle Real. Arriba, el escudo de armas de los Torre Pando de la Vega con su torre chata y sus gloriosos cuernos de oro.

La silla gira, la silla avanza, apuntando hacia el zaguán. La gente se arremolina en la calle para ver al Pez de la fuente encantada.

Don Juan Manuel endereza su corpachón y hace más protuberante el belfo que tanto parecido le daba con el Príncipe de Asturias. El Pez, de chorro erecto, lo saluda.

«Veinte somos los Amos del Valle: Blanco, Palacios, Bolívar y Herrera; de la Madriz, Toro, Tovar y Lovera…».

2. El ser del mantuano

Patio cuadrado con la fuente en medio. Corredores de columnas panzudas. Sillas frailunas. Techos altos.

—Date prisa, papá —dice Doñana, una moza regordeta—. Falta media hora para que lleguen los invitados.

—Y hoy viene el Gobernador, recuerda su yerno, el joven Conde de la Granja.

Don Juan Manuel, ojos cerrados, besa a su hija.

—Apúrate, mijito —ordena una negra flaca llamada Juana la Poncha, aya y dueña de Doñana.[3]

Don Juan Manuel cruza el patio y entra a su alcoba. Un lecho en baldaquino centra la habitación desmesuradamente espaciosa.

El espejo que trajo de España refleja entero su corpachón. El jubón le queda justo. Amoratado recoge el vientre mientras lo van fajando. Ríe la negra.

—Pareces una misma hallaca mal amarrada.

«Estoy convertido en un viejo chorrocloco, listo para el arrastre, como dice esta negra falta de respeto. Hay que ver esta panza. Mírame las venillas que surcan mi nariz y mi cara, como si fuera un borracho consuetudinario. La calva me llega a las nalgas. A Dios gracias que se usa peluca. ¡Carrizo, me salió otra verruga! Ya no tengo los ojos claros limpios de antes. Los parpados están descarnados. Y la córnea la cubre este manto de nata. ¡Mírame las piernas!: son dos palillos que no dejan caminar y menos hacer de jinete de un caballo brioso. Tengo una gordura de piñata y una tristeza de viejo enfermo. En cambio Juan Vicente Bolívar, dos años mayor que yo, parece un mismo muchacho».

—Mi amo —anuncia una voz sigilosa y apostada—, acaba de llegar Don Juan Vicente Bolívar.

A pasos cortos salió al encuentro del amigo de metra y zaranda. A los cincuenta y seis años tiene el cutis terso y la mirada brillante.

—Conchita te manda a pedir que la disculpes, pero está de lo más embromada. ¡Tú sabes!

Tras Juan Vicente, entre capas negras y rostros cetrinos, cual alguaciles de corrida mayor, precedidos por vacas madrinas, altas, gordas, perfumadas, hicieron su entrada los marqueses de Mijares y los Condes de Tovar.

«Llegó la conspiración».

¿Y Mister Sam? —preguntó Bolívar a los Gran-Cacaos.

Qué temeridad —musitó a Juan Vicente— el que haya invitado para esta noche al Comisionado de Estados Unidos y al Capitán General.

—Tranquilízate chico, el tal Sam es una lanza en un cuarto oscuro. Nadie va a sospechar nada y menos el Gobernador. Al fin y al cabo, ¿no son aliados España y los Estados Unidos? Él trae, una buena coartada, la de pedir mayor protección a los corsarios norteamericanos al refugiarse en nuestros puertos.

Un esclavo de librea alerta los invitados:

—¡Ahí viene el Gobernador!

—Buenas y santas noches —saludó Don Manolo González. Capitán General de Venezuela. Hombre regordete y afable, de mediana estatura, que hacia gala de su llaneza y originalidad.

Flanqueando a su esposa, una mujer gorda y corriente, estaba un hombre alto, flaco, viejo y nervudo, de barba vertical y blanca, con ojos de mesías.

—El amigo de Sam se vino con nosotros —aclaró Don Manolo—. Charlábamos de negocios en casa y nos vinimos juntos.

—¿Te fijas que el tío Sam sabe dónde vive el diablo?

Luego de un aperitivo pasaron al comedor.

—Linda casa tenéis, amigo mío —celebró el Gobernador haciendo girar sus ojos por el amplio patio.

El comedor a lo largo era tan ancho como el patio, con su enorme mesa de caoba y sus paredes tapizadas por platos grandes de porcelana con los doce escudos de la familia grabados al fuego.

—Deliciosa sopa, amigo mío. ¿Cuál es su nombre?

—De ajoporro, Excelencia. Es una sopa muy casera, pero me imaginé que habría de ser de vuestro agrado.

Tras la sopa sirvieron unos huevos fríos cubiertos por una salsa amarillenta.

—Olé por esto —clamó el Gobernador—. Jamás en mi vida había comido nada más exquisito.

—Es salsa de mayonesa, Excelencia —añadió dichoso Don Juan Manuel—. Es un secreto casero que trajo de la Isla de la Tortuga mi bisabuelo Rodrigo Blanco, cautivo por tres años de los célebres piratas.

—¿Y cómo anda vuestro artilugio? —inquirió Juan Vicente aludiendo al globo que días antes voló sobre Caracas con Don Manolo dentro.

Rio con ganas el Capitán General. Ya conocía las duras críticas de que anduviese cual un papagayo haciendo payasadas por los aires. Así como les parecía absurda su afición por el teatro, hasta el punto de haber erigido un coliseo de tabla y coleta en un solar del Conde de la Granja, donde hacía de empresario, director y libretista.

—El próximo domingo voy a presentar La vida es sueño —respondió a Bolívar pasando por alto su pregunta y la mirada de inteligencia que cruzaba con el Marqués de Mijares.

El Comisionado de los Estados Unidos elogia la suculencia del pastel de polvorosa. Don Manolo insiste:

—Estoy muy entusiasmado con mi teatro. Tan sólo me hacen falta artistas. Vosotros deberíais ayudarme. ¿Por qué no ensayamos, Don Juan Manuel?

Displicente el Regidor tamborilea sobre la mesa:

—No, Excelencia, ello seria menos que imposible. Jamás un mantuano accedería a tanto.

—¡Mantuanos, mantuanos! —golpeó con la voz sin inmutarse—. Desde que llegué hace tres meses no oigo sino hablar de mantuanos y por más que me estrujo la mollera, no logro entenderlo. ¿Me queréis hacer comprender, mi noble amigo, de una vez por todas, qué significa en verdad un mantuano?

Don Juan Manuel lo vio a los ojos con aquella mirada profunda. Los puso sobre el mantel, sorbió el vino de su copa. Finalmente dijo con aquel vozarrón de cura mosquetero:

—Es difícil de explicar, Excelencia. No somos ricos ni somos pobres, no somos

blancos ni somos indios. Somos tan sólo mantuanos.

Que somos nobles desde la Conquista; que sí y que no. Que sólo nuestras mujeres pueden usar mantos: eso apenas es atributo que no aprehende la esencia. En Caracas están nuestras casas y nuestras tumbas que guardan y esperan. En Caracas nacemos y hemos de morir. En Caracas nos bautizan, nos confirma el Arzobispo, recibimos la Eucaristía y desposamos a nuestras mujeres. Fuera de las dieciséis manzanas que rodean la Plaza Mayor, no hay casa ni familia mantuana.

Juan Vicente con pupila puntiforme escudriña a su amigo Don Juan Manuel: «Parece un halcón dormido. De muchacho cantaba y reía como cualquiera: brincaba a las negras en los caminos y jadeaba con ellas en las laderas».

—Los mantuanos —prosigue Don Juan Manuel— no tienen casa frente a la plaza del pueblo. Los amos del señorío vivimos en las haciendas, hijas de la encomienda, nietas del risco feudal. Los ingenios son torres del homenaje. La soledad y el descampado, fosos profundos de poder y silencio. En los pueblos transitamos por las calles, ejercemos justicia por fuero, acudimos a misa los domingos, llevamos el palio en las procesiones, presidimos los duelos. Rompemos cañas en las fiestas patronales y algunos hasta se llevan a sus haciendas a las mozas guapas mientras dure la cosecha. En los pueblos hacemos cuanto nos venga en gana, menos pernoctar: la noche iguala.

«Antes bebía y se emborrachaba como un hijodalgo, —sigue diciendo Juan Vicente—. Pero desde que mataron a su padre nunca más pudo echarse un trago. Enloquecía de súbito, volvíase criminal. Desde entonces fue como una copa astillada, privada del claro acento de los cristales buenos. Nunca mas blasfemó ni volvió a escuchar sus malas tendencias, que tan buena son para regocijar el alma. Nunca más se encabronó, y cuando las mozas garridas y brinconas como la Matea se le sacudía cual serpentinas de tres colores, las veía de reojo, cual tigre a un saco de mamones».

—Caracas —dijo Don Juan Manuel— es la fuente de su existencia; en ella y solamente en ella deben transcurrir los actos fundamentales de su vida, con excepción del nacer y del morir; que pueden sorprendernos en cualquier parte. Aun así, de ser posible, hacemos lo indecible para que ello suceda en Santiago. Si una mantuana grávida en un pueblo lejano siente aproximarse el parto, se tiende en su propia cama y a pulso de sangre, como hace el moribundo, desde una hamaca toma el camino de Caracas. ¿Comprende ahora, Vuestra Excelencia, lo que es el ser un mantuano? No es fácil explicarlo. Para entender a un mantuano no queda más camino que nacer mantuano.

¿Y de dónde les viene el nombre? —Preguntó Don Manolo —. ¿Es acaso de Mantua, la noble ciudad del Mincio?

—No, Excelencia, apócope atropellado de negros bozales reverenciales: manto, ama; mantuama, mantuanas, mantuanos. Dueños de la Mujer del Manto: Toison del

Ávila: Orden de la Charretera que inventó el Guayre; pendón excelso de los Amos del Valle.

Mijares, Tovar y Bolívar inclinaron las cabezas: «Sólo sus mujeres, y nadie más que ellas, cubrirán sus cabellos de mantos negros. En Catedral, en la nao del medio, sobre alfombras de Persia, cercadas por siete esclavas. Soberbias. Altivas, cual torres enlutadas de seda y percal».

3. Don Feliciano y el Pez

Levantados los manteles, deambularon vacilantes, enlazados, susurrantes, hacia el Gran Salón. El Pez, al paso pitó agorero, recogió el chorro y lo puso en umbrella.

En medio de los retratos, en lugar de honor, destacaba el óleo de Don Feliciano Palacios y Sojo, su abuelo, el otro duende que dominaba la casa: condenado por el artista, un brujo formidable, a morisquetear por toda la eternidad a causa de una trastada que le hiciera su intemperante modelo. Poner la boca en hociquillo, guiñar los ojos y sacar la lengua, eran sus señas más asiduas, aparte tirar trompetillas, mostrar higas o descolgarse de su percha profiriendo tacos o carcajadas, según lo atosigara la ira o el júbilo, como hiciera el día en que su nieta Concepción contrajese nupcias con Juan Vicente Bolívar y Ponte, a quien detestaba.[4]

—Grande hombre fue mi abuelo —dice al Gobernador—, lo llamaban el Gran Mantuano. Hasta los sesenta y siete años se mantuvo activo, vigilante y enhiesto. Haciendo vibrar la Provincia con sus desmanes y arbitrariedades; pero a pesar de lo gruñón y mal hablado, era bueno como la hallaquita y tierno como la cuajada.

—¡Vamos! —exclamó Don Manolo mirando hacia el cuadro de un hombre joven, de gran mentón, labios gruesos, boca entreabierta y cara alargada. Con una expresión de difícil discernimiento entre la insulsez profunda y la abstracción concentrada de los grandes filósofos—. Ya veo que tenéis aquí un retrato de nuestro Emperador Carlos V. ¡Vaya que era feo el Águila Bicéfala! ¡Mirad que cara de idiota la que tenía el más grande de nuestros reyes!

Por Dios, Manolo —protestó su mujer— que de no ser los señores de confianza, mal nos encontraríamos dentro de poco para el yantar.

—Pero hija —le respondió el Gobernador— lo que es verdad no es cuento. Mírame esta cara de cretino, empero que para decir verdad, el pintor exageró a más no poder; parece obra de algún enemigo. ¿Era francés el artista?

El mantuano entre orgulloso y confuso, puso en su boca su media sonrisa:

—No es el Emperador Carlos V; es mi abuelo paterno, Don Jorge Blanco y Mijares, uno de los espíritus más lúcidos de su época, a cuya gestión se debe la fundación de nuestra Universidad.[5]

¡Vaya, vaya! —Respondió Don Manolo sin turbarse, aquí se demuestra una vez

más que el rostro no siempre expresa los contenidos del alma. Pero lo que es innegable —añadió acto seguido— es el enorme parecido que guarda vuestro abuelo con el Emperador. Parece su mellizo. ¿Qué casualidad, no? —dijo volviéndose hacia los presentes.

—No es casualidad —respondió Don Juan Manuel reventando de orgullo. Y ya iba a proseguir, cuando un ruido sordo y metálico contra el entablado lo hizo darse vuelta.

—¡La cimitarra del Cautivo! —exclamó con unción, corriendo a recoger un alfanje caído de su panoplia—. Este noble paladín, conquistador de Caracas —aclaró — es la raíz de mi estirpe. A los sesenta años, cual un nuevo Moisés, andaba por estos andurriales guerreando y difundiendo la fe de Cristo entre aquellos salvajes que poblaban el Valle. Dicen las crónicas y lo recoge la conseja, que en su tiempo no hubo hombre de mayor parsimonia y recto proceder.[6] Este aposento fue su primitiva vivienda. Lo eran en Caracas todos los salones de las ocho manzanas que circundan la Plaza Mayor.

¡Vaya, vaya! —dijo el Gobernador.

—Aquí el Cautivo pernoctaba y hasta combatía cuando los indios se saltaban la muralla…

—¿Muralla?, ¿muralla? No sabía yo de su existencia. No aparece en las crónicas ni en aquel primer plano de Don Juan de Pimentel…

El mantuano sonrió displicente:

—La fachada de esta casa, la que mira al naciente, en su tiempo fue lienzo de la muralla que cercaba a la ciudad…

—¡Vaya, vaya! —dijo el Gobernador.

—En esta alcoba está presente, se siente y vibra el alma de Francisco Guerrero, fundador de la ciudad.[7] Cuando mi ánimo desfallece me sumerjo en ella mirando hacia su alfanje que llamaba *La Cantaora*, y evoco su presencia. Cual un milagro, mi alma se llena de sosiego, pues al parecer tal fue su sino. Era tierno, morigerado y comprensivo, no sólo para sus compañeros, sino para con los desgraciados indios. Fue algo así como un Fray Bartolomé de las Casas. En edad avanzada casó con Doña María Manrique de Lara, que como seguramente sabéis, viene por línea directa de Rodrigo Díaz de Vivar. Mi ascendencia llega hasta Bermudo III. Mis abuelos y antepasados son Grandes en España, conquistadores, capitanes generales y virreyes. Descendiendo por línea directa de Garci González de Silva. Y a diferencia de algunos grandes cacaos —dijo mirando de soslayo al de Tovar— no tengo gota de moro o de judío, como es el caso de la mitad de España. ¡Cuán importante es tener un linaje limpio y heroico! —añadió ufano—. Por algo Dios hizo a unos hombres amos y a otros esclavos. Por eso me llena de santa indignación cuando pardos evidentes, con el negro y el zambo tras la oreja, se emparejan y blanquean por las Gracias al Sacar…

A las doce en punto se marchó el Gobernador. Apenas cruzó el zaguán. Juan Vicente apremió a Sam y a sus amigos: —Vamos a lo nuestro.

Camino del despacho de Don Juan Manuel, dijo a éste: Creo que te ha de gustar la carta.

En su escritorio de dos aguas y ante la mirada atenta de los cuatro hombres, examina con detención la propuesta que por el intermedio de Sam envían sus tres amigos al General Francisco de Miranda, criollo de pura cepa y héroe de la lucha que en el Norte se libra contra los ingleses.

Don Juan Manuel cepillea placentero con su índice el borde de su plancha de mármol: «No es ninguna cacaíta lo que responden los tres mantuanos al general caraqueño asintiendo a su propuesta de ponerse al frente de la Insurrección que se urde contra España».

«Hasta hace dos meses, en que retornó de la Península —se dice Juan Vicente— nadie hubiese podido hablarle a Juan Manuel de emancipación. Junto con el Marqués del Valle, era el más empecinado defensor de la causa del Rey. Pero desde que le exigieran, hará cosa de quince días, otros cien mil reales para hacer efectivo su titulo de Conde de la Ensenada, so pretexto de podar algunas ramas torcidas de su mantuano ancestro, montó en cólera y clamó a gritos contra la venal corrupción borbónica, mandando al diablo su lealtad, cual hice yo cuando me negaron el marquesado de Cocorote por la oscura historia que se achaca a mi abuela Josefa Marín de Narvaez».

Todos miraron atentos el rostro de Don Juan Manuel. Es muy importante para la causa de la Independencia contar con su aprobación. Es el mantuano más poderoso, rico y respetado de toda la Provincia. Leyó la carta una y otra vez. Luego de mirar a Tovar, a Mijares y a Juan Vicente, tras breve vacilación estampó su rúbrica.

—A partir de este momento —afirmó con voz profundamente perturbada— soy reo de alta traición.

—Es el Rey de España —respondióle Bolívar al calar su congoja— quien nos ha traicionado al relegarnos de Provincia a Colonia.

—Es cierto lo que dice el Señor de Bolívar —intervino con énfasis el Comisionado de Estados Unidos, inmerso hasta entonces en una apacible inmovilidad —. Es clara la intención de Carlos III de arrebataros vuestra fortuna y privilegios como factores de poder. La acción expoliadora iniciada por la Guipuzcoana hace cincuenta años, ha de proseguir. Otras compañías mil veces más voraces la habrán de sustituir. Los pardos serán equiparados en derechos a vosotros, como hace poco hiciera con los canarios. Diez mil campesinos andaluces, según nuestros informes, se aprestan a venir hacia acá para sustituiros en la ducción de vuestra tierra. El Rey de España, al igual que Jorge III de Inglaterra, detesta a los blancos de América, aparte de que Carlos III de España cree y afirma —comentó con significativa inflexión de

intriga— que sólo sois españoles a medias. Mestizos, quiero decir…

—¿Mestizos nosotros? —rugió Don Juan Manuel—. ¡Qué se habrá creído el muy cretino! —y sacudido de apoplética indignación, desgranó su verbo contra España, el Rey y los Borbones, ofreciéndose en bolsa y vida a luchar por la Independencia de Caracas.

El Comisionado de Estados Unidos sonrió complacido ante sus palabras:

—Nuestro apoyo —dijo antes de marcharse— no habrá de reducirse a una lejana solidaridad sentimental. Bastarán los veteranos que caben en una fragata de guerra, con el General Miranda al frente, para que con vuestra ayuda derroquemos al gobierno español.

«¿Con vuestra ayuda? —Rumia Don Juan Manuel luego de marcharse los invitados, al pie de una columna, con los ojos resbalando sobre el Pez—. ¿Derrocaremos? ¿No hubiese sido mejor decir: Os ayudaremos a derrocar? ¡Ay. Dios! qué de cosas dicen las palabras que se escuchan en tercera intención. No me gusta Sam. No me gusta Miranda. Y menos el Rey. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué habrá de suceder cuando nos declaremos en rebeldía contra el Rey?».

«La desolación, la muerte y la guerra —respondióle adentro el Marqués del Valle —. Vosotros seréis los culpables, por vuestra codicia y vanidad, de los cientos de males que estarán por venir. Perderéis el chivo y el mecate, la apostura, la prestancia y hasta el modo de caminar».

El Pez que Escupe el Agua elevó el chorro tres veces por encima del techo, entonando su silbido de pillete. Acontecimientos fáusticos para la familia o para la Provincia estaban por venir.

Don Juan Manuel ronroneó esbozando una sonrisa:

—A ti no hay quien te entienda: primero te pasas la semana, al igual que mi abuelo, agorerando malas nuevas, para que ahora las hagas buenas.

Una carcajada rompió a sus espaldas. Era Don Feliciano enmarcado en su retrato dorado.

«Ahora si es verdad que la pusimos de oro: partiendo un confite el pez y mi abuelo».

Los duendes se detestaban mutuamente. En vida del Gran Mantuano, el Pez no perdía oportunidad de hacerle mota: mojándolo de cabeza a pies, o siseándolo burlón como calientacama de callejuela.

El viejo Palacios, a su vez, lo hostigaba inclemente: sea acusándole de pagano y endemoniado, con el objeto de recabar la intervención del Santo Oficio, o difundiendo difamatorias consejas, tildándolo de lambisca, marica o intrigante. Muerto Don Feliciano,[8] prosiguieron las hostilidades entre el Pez y el retrato embrujado a todo lo largo de los últimos treinta y siete años, llegando al extremo de que si uno se expresaba, el otro guardaba enconado silencio y hasta por dos semanas.

Para expresar, como le dijera el Pez a Juana la Poncha en sueños, que si ambos eran genios tutelares de la familia Blanco, había profundas diferencias de rango y ancestro entre ellos como para estar vaticinando al alimón:

«Yo soy hijo del Rey Arturo y de una ondina, en tanto que Don Feliciano es hijo de un subteniente chulo que huyó a Venezuela[9] perseguido por la Inquisición por sus nefandas relaciones con un vampiro circuncisor que asoló a una puebla de Vizcaya».

Sólo en caso de insólitos acontecimientos el Pez y Don Feliciano cuidábanse de expresarse conjuntamente. Tal fue el caso, hace dos años, cuando el Rey decidió acabar de una vez por todas con la Compañía Guipuzcoana.[10] En el momento mismo en que Carlos III firmaba el Real Edicto en Aranjuez, el Pez y Don Feliciano al unísono expresaron el júbilo que seis meses más tarde compartirían los mantuanos. Igual sucedió años atrás, cuando Su Majestad le echó un parao a la parejería creciente de los pardos al prohibirles el matrimonio con gente blanca. Don Feliciano hasta cantó la primera estrofa de Favola in Música y el Pez, cual remedo de los pasos que ha de dar un zambo para llegar a blanco, varió cinco veces el color del chorro y lo elevó como hoy, por encima del techo y sesgándolo en espiral.

Ambos lloraron, y con acento luctuoso, la instauración de la Compañía Guipuzcoana[11] y la formación de la Gran Capitanía General de Venezuela, que tantos males trajo desde un principio.[12]

«Algo muy serio va a suceder en estos días para que los dos se pongan de acuerdo con sus morisquetas y sus presagios. Lo que no entiendo es por qué a veces son augurios de vida y otros de muerte. ¿Qué será. Dios mió, lo que va a suceder?».

Sin pensar más se dirigió a su habitación.

4. ¡Sana, tanga y bulé!

Juana la Poncha espera en el patio que su amo y señor haga sus necesidades. Don Juan Manuel desde la bacinilla que llama la del Rey de Nápoles, contempla con expresión abstraída la lámpara votiva que alumbra a una estatuilla negra de la Virgen de la Soledad. Es la efigie que veneraba su antepasado, el Cautivo.

¡Ya! —gritó con voz agria.

Juana la Poncha, tapada la nariz, vació la bacinilla en la calle por una de las ventanas del gran salón.

—No te preocupes, mijito —respondió a las protestas del amo—. Ahí mismo se caga el sereno.

De dormilona y gorro de dormir, más que viejo parece una anciana mustia y vacía, engrifonado de cuajo. Luego de cerrar las puertas que daban hacia el patio y de correr los pesados cortinajes que la guarnecían, se subió a la cama en baldaquino que

cien años atrás hiciera tallar su abuelo Don Jorge Blanco y Mijares.

La plancha de mármol que le regaló Jorge Washington le sonríe desde su vaso de agua perfumada. La luz del velatorio parpadea contra el dosel. Un rostro de mujer zigzaguea. «Es hermosa, sin duda. Tiene facciones finas y el perfil antiguo. Buenas las maneras. La piel azafranada, lisa, suave y caliente. Luego de un año y medio de viudez me hizo reír de nuevo. Ya todo estaba listo para que fuese mi esposa. Luego averigüé la verdad. Hice con ella lo que tenía que hacer. Me dio mucha lástima, pero no me quedó más camino que enviarle mi decisión a Cumaná. A estas horas estará más que enterada. Ansío conocer su respuesta. Hoy o mañana habrá de llegar. ¿Qué estará pensando la pobre? Llorara, sin duda. Pero tarde o temprano se le habrá de pasar. Es joven además de guapa y rica. Lástima que lleve en sus venas tarjo del Senegal».

Resuena triste el silbato del Pez en medio de la noche. Un calosfrío lo sacudió. Corre las cortinillas del lecho. Mete la cabeza bajo su almohada y entre conjuros y oraciones se dispone a dormir. La vela termina por extinguirse y el cuarto verde se torna negro en toda su extensión.

La noche estaba fría, a pesar de ser julio y de no haber llovido como era lo habitual. La luna y el silencio enseñoreaban el amplio caserón. Sombras tenues y de mudables formas vagaban por los corredores. En el oratorio, entre la alcoba y el Gran Salón una voz débil en forma de vieja reza arrodillada. En el Salón de los Retratos una silueta de mujer, se perfila en la alfombra. En la fuente se baña desnuda una zamba. Un gato de ojos rojos, cola de alambre, tira de Fernando Ascanio para que vea a la hembra. En el cuarto de arriba un español de pelo rojizo y perfil engrifonado tienta entre malos sueños a la hija de Don Juan Manuel. El pez agorera. Solloza Don Feliciano. Canta la pavita. Aúlla el perro. Llora una gata.

«Están los diablos sueltos».

El frío arrecia como si estuviera al descampado. Tienta la cobija. No está en las canillas, ni a sus pies, ni a los lados. La cama se ha hecho más larga, más ancha, dura como el piso. «Esto no es mi cama».

Está sobre el suelo frío: entre piedras y yerbajos, de cara al descampado. La luna brilla, arriba.

¿Qué varilla es ésta? —dijo tocándose el gorro de dormir—. Un recinto cercado del tamaño de la Plaza Mayor distinguió al primer golpe de vista. A su derecha y a treinta pasos, se extendía una casa de ancho portón. Al fondo, frente a sí, un muro alto. Dos hombres caminaban marciales por una rampa de techos sobre galpones cerrados, flanqueados por un fogón y una cuadra de caballos en la esquina. El muro cubría hasta el pecho a los centinelas. Uno era negro y el otro indio; de plumas y taparrabo, que al llegar al final del entarimado gritó sus contraseñas en el mismo instante que el negro lo hacía en lontananza. Dos voces reciamente castellanas le

respondieron.

El Ávila se perfilaba sobre un cielo plata.

«Estoy en Caracas —susurró confuso y emocionado— ¿pero, donde estoy?».

Un samán que sobrepasaba tres veces el muro le dio la respuesta.

—Pero si este es el samán de mi casa. ¡Estoy en mi casa! ¿Qué se hizo lo demás?

Un caballo blanco pastaba amarrado al tronco. Tras de si una cerca de tunas y paloapique limitaba el solar vecino. Don Juan Manuel se levantó titiritando de frío. «Allá está la ceiba de los Gedler. Esta es la manzana de mi casa». Con el paloapique apenas los cuatro solares hacen una extensa plaza entre la muralla. Una acequia rumorosa cruza en diagonal el patio donde antes estuvo o está su vivienda. En la esquina de arriba, al final de la rampa donde vocearon santo y seña, se eleva una garita.

Un hombre fuma. Ya vuelven los centinelas. ¡Ave María Purísima! ¡Sin pecado concebida! Un perro ladra furioso al lado de la cocina:

—¡Quieto *Amigo*! —ordenó una voz. El perro no cesó de gruñir. Alguien rasgaba un cuatro en la habitación del fondo. Una voz aguardentosa cantaba:

Niño en cuna,
qué fortuna,
Qué fortuna,
niño en cuna.

Se acercó con paso vacilante. Una piedra le hincó un calcañar. La voz aguardentosa voceando la misma copla. La alcoba grande, no tenía ventanas. Dos huecos del tamaño de un puño y a ras del techo de paja, hacían de respiraderos. Una luz muy tenue se filtraba por ellos. El hombre de voz ebria dejó de cantar y soltó la risa. Una mujer de extraño acento gritó colérica: ¡Malo, malo que eres!

Se escuchó un gruñido. Otra voz juvenil salió por el bahareque.

—¡No le pegues, amo! ¡Deja quieta a Acarantair!

Volvió a estallar la carcajada. Un golpe seco abocinó a un Quejido. Era el hombre joven quien lloraba.

—Eso te pasa por entrometido, negro asqueroso.

—¡Malo, malo que eres!

—¡Calla ya, india lanuda y dámele contento al cuerpo!

—¡Déjame, malo, malo que eres!

Risas, gritos, tintineos entre el bahareque. Don Juan Manuel su camisón de dormir y con la mano en la oreja, se adentra por los murmullos. El perro ladra y ladra sin cesar. En el entarimado, indios y negros continúan su ronda. Brilla la luna sobre el samán. En la garita una voz castiza salmodia santo y señas. Adentro alguien retoza

con una mujer y otro hace tintinear cadenas. Un alarido agónico baja con un cuerpo desde la muralla.

—¡Los indios, los indios! —alerta una voz.

Gritos y luces llenaron el cuadrilátero. Una corneta restalló más allá de la ceiba. Resonó un disparo y afuera los tamboriles. Una flecha encendida cayó a los pies de Don Juan Manuel.

—¡A las armas, que los indios atacan! ¡Toquen a generala!

Una campana doblaba a rebato. El entarimado frente al samán se llenó de gente. A ratos se oían disparos. Caían las maldiciones, las flechas encendidas y las voces de mando.

—¡Me cago en San Pedro! —bramó una voz dentro—. ¡Ya estos malditos indios ni folgar dejan!

Violenta se abrió la puerta. Don Juan Manuel desorbitado se adosó a la pared. Un hombre descomunal trajeado a la turca salió por ella. De piernas abiertas y manos en jarra miró hacia el muro:

—¡Maldito mil veces sea el cacique Tamanaco!. ¡Ea, Julián! —gritó hacia la puerta—. ¿Qué es lo que te pasa que tanto tardas para quitarte el cerrojo? ¡Tráeme ya a *La Cantaora* y el mosquetón de combate!

Un negro joven y musculoso apareció al reclamo. Don Juan Manuel dio un traspiés. El hombre del turbante se volvió en redondo.

—¿Quién sois? —inquirió amenazante agitando un inmenso alfanje.

La luna le daba en la cara. Don Juan Manuel lo miró con terror. Era un hombre viejo de expresión temible.

—¿Qué quién sois, os pregunto? —insistió mascullante tirándole el primer tajo. Intentó huir, volvió a tropezar, cayó al suelo.

El viejo del turbante levantó su espada:

—¡Reza a Cristo o a Mahoma, que hasta aquí llegaste, garbancero!

La campana de la esquina seguía tocando a generala. Don Juan Manuel esperaba el golpe. La campana continuaba repiqueteando. El tañir subió de punto. Parecían diez campanas. Rezó a Cristo y a Mahoma. Las campanas batíanse desenfrenadas. ¡Acabad ya de una vez! —gimotea en la penumbra de su lecho en baldaquino—. Catedral clamoreaba en la esquina. Restallaban los cohetes. Musitaba el cañón viejo. La charanga de la guardia principal pasó por su casa y siguió calle abajo.

—¡Qué pesadilla! —se dijo aliviado fijando los ojos en el dosel donde un hilo de oro dibujaba las armas de su familia.

Callaron las campanas. Guardó silencio el cañón. La charanga se extinguió en la lejanía. Y uno que otro cohete siguió cantando las glorias de Santiago el Mayor. Afuera se oía el rumor de la fuente, el canto de las paraulatas y los cristofué y el susurro de las esclavas barrenderas.

«¡Qué varilla! Mañana he de presidir el Tedeum. ¿Quién me habrá mandado a ser Regidor Decano?» —y volvió la cara a la almohada para descabezar el último sueño.

Ya se sumergía en tibias imágenes, cuando una extraña sensación lo sacó de su letargo: algo, alguien estaba allí: en su habitación, al lado de su cama.

El Pez que Escupe el Agua dejó salir su pito de advertencia, su pito agorero, su pito ululante. Don Juan Manuel se dio vuelta panza arriba.

Era el ser, la cosa, el ente tantas veces esperado, deseado, temido.

Lo sentía a su lado, al alcance de su mano, tras las cortinillas de su lecho en baldaquino o agazapado en cuclillas, desnuda o vestida, lista a saltar entre la cómoda y el armario.

Abocinó su mano sobre la oreja grande y velluda. Giró los ojos en extrema mirada hacia el flanco temido. Intentó oír el entrechocar de sus dientes crispados, la voz de su aliento, algún suspiro, el chupeteo succionante y húmedo de sus pies desnudos. Pero ninguna señal perceptible delataba su presencia.

Pitó de nuevo el Pez. La borla de su gorro de dormir se agitó temblorosa. Entrecruzó sus manos sobre el vientre prominente. Encogió las piernas presto para la huida.

Don Juan Manuel sintió que el ser o la cosa se erguía en el rincón y se le acercaba a paso lento. Desdentado murmuró una plegaria. La cosa gelatinosa no se detuvo. No la veía, no la escuchaba, pero la sentía en plenitud: la sabía malvada, sonriente con el rostro totalmente al descubierto, siniestra, burlona, maligna.

—¡Niki molevá santa! —gritó con fuerzas.

El conjuro que le enseñó su aya la contuvo.

¡Sana, tanga, bulé! —añadió en seguida—. Sintió que se volvió de espaldas.

Ruidos y voces se escucharon en el patio. Era su hija Doñana y su yerno, el Conde de la Granja.

—¿Y mi padre? —preguntóle a Juana la Poncha.

—Guá, durmiendo como una misma tragavenados.

—Vamos a despertarlo, ya es casi mediodía.

Don Juan Manuel al sentirlos venir acrecentó sus bríos. Echó a un lado las frazadas; de un salto se sentó en la cama, sacó las piernas fuera y de un tirón corrió las cortinillas. Allí estaba ella, la mujer del manto. Gorda, ampulosa y de espaldas. Un mareo fuerte lo derribó sin sentido.

Don Juan Manuel oyó entre brumas el sollozo de su hija. Su yerno lo reanimaba con voz recia y palmaditas en las mejillas.

—Si, yo lo sabía —gemía Juana la Poncha—. Yo tenía el pálpito de que algo muy malo le iba a suceder.

Don Juan Manuel abrió un ojo. Tres voces lo interpelaron.

—¿Cómo te sientes? ¿Qué te pasó? ¿Qué sentiste?

Sonriendo a medias musitó con voz calma y desasistida:

—No fue nada de particular. Me dio de pronto un vahído.

Han debido ser las caraotas con chicharrón que comí al acostarme.

Juana la Poncha gorjeó cristalina:

—Cuas, cuas. ¡Bien que te lo previne. Las tronadoras no son cosa buena para cenar y menos para la gente vieja!

Vacilante se envolvió en el batín de casa, calzó sus babuchas de gamuza y a paso lento salió hacia el corredor postrero, sentándose en una butaca de cuero con patas de león y alto espaldar coronado.

Luego de calzarse la plancha, de recogerse el pelo en moño de corte que con manos suaves le peinó Doñana, el anciano aterrorizado, minutos antes, se volvió un viejo triste de mirada perdida, fija en la mujer del manto; el trasgo secular que anuncia la muerte a los de su casa.

5. La Dama Blanca y los cuernos de oro

La historia era callada y antigua, según oyese referir de niño en su casa y siéndole ratificada luego por el Rey de Armas de Su Majestad. Todo comenzó con Carlos V y uno de los nobles de apellido White que lo acompañó desde los Países Bajos, donde siempre había vivido, hasta España, donde hubo de ascender al Trono de Castilla a causa de la locura que afectaba a su madre, la Reina Juana.

—Su Majestad Imperial —contaba el Rey de Armas— era de genio vivo y alegre temperamento. Disfrutaba a sus anchas de la vida, y en particular del comer y del beber, que hacía en exceso. Llegando a la extravagancia —para espanto de su preceptor el Cardenal Cisneros— de desayunarse con cerveza a las primeras horas del día. El Emperador, sin embargo, era asaltado cada cierto tiempo de una acedía que al echarlo en una postración delirante, poblada de imágenes apocalípticas, hacían de él, adalid de la cristiandad, un pobre poseso. Eran eclosiones del crepitar melancólico —según decían los físicos— que desde hacia siglos fustigaba a su familia.

Cuando el morbo se apoderaba de Su Graciosa Majestad, poniendo en grave peligro el buen juicio del Rey de España y Emperador de las Indias, tan sólo había una fórmula para conjurar el mal: una mujer. ¡Pero no creáis que era una mujer cualquiera! que si eso hubiese sido el meollo del asunto no hubiese habido problema, con las ricas y livianas hembras que merodean alrededor de un trono. Aquella fémina había de ser alguien muy especial. Singularmente elegida. Por un ente no menos excepcional: la Dama Blanca de los Habsburgo. El fantasma tutelar de la Real familia, que como seguramente sabéis, se corporaliza a la vista de todos en forma de vaporosa doncella cuando la muerte ronda a algunos de sus miembros. Lo que en España ignorábamos era que la célebre Dama Blanca, además de ser heraldo de la

muerte, tuviese pujos de celestina, pues era ella quien susurrara al Emperador en trance de agonía el nombre de la doncella que, al calmarle sus ardores del cuerpo, ponía paz en los contubernios de su alma. Decía el de Alba, que era una ballesta para lanzar juicios temerarios, que todo aquello no era más que una patraña urdida por el Águila Bicéfala para satisfacer, sin afrenta a sus vasallos, sus reales y aceptables cachondeces.

Una noche en el Alcázar, como tantas otras, la corte se veía ansiosa en el ir y venir de los doctores. Su Majestad era acechado por la muerte. Ya todos desesperaban y más el Señor de White, por saber de una vez por todas el nombre de la agraciada, cuando el Gran Chambelán, rodeado de ujieres, se le plantó por delante: «Vuestra digna esposa ha sido la señalada» —le comunicó con su voz grave de funcionario responsable.

Súbitamente mejoró el Águila Bicéfala. Hasta el punto de que a la medianoche comió, bebió y danzó con Adriana Van Gheeraert, que tal era su nombre, hasta el mismo momento en que despuntó el alba.

Su Majestad pasó radiante el día siguiente, vital, atento, alegre; despachando los múltiples y complejos problemas de su vasto imperio.

Pero al caer las primeras sombras del anochecer, ¡ay!, volvió la desazón y su desquiciante cortejo.

El Gran Chambelán hubo de salir a medianoche a buscar a la milagrosa Adriana. Ante su sola presencia el Monarca de un salto se puso en pie y luego de soltar una carcajada pidió vino de Borgoña y un jabalí dorado para el yantar.

Por cuatro meses la enfermedad siguió idéntico curso: sol lúcido durante el día, véspero demencial y aurora jubilosa de medianoche al llegar junto con los músicos de cámara la bella Adriana.

El Señor de White desesperaba de la situación y más aún cuando los físicos le prohibieron acercarse a su mujer hasta tanto no se hubiesen equilibrado los humores encontrados que hacían delirar a su egregio paciente. Adusto puso el ceño el fiero caballero. Pero pronto habría de distenderlo: Su Majestad, en premio a sus servicios, además de hacerlo Conde de Torre Pando de la Vega, le daba por feudo y señorío las tierras de un mal vasallo.

Luego de meses de agudo sufrimiento, el Emperador recuperó el sosiego. Los de White un día, llorando a lágrima viva se despidieron de Su Majestad Católica, quien autorizó al nuevo Conde para que añadiese dos cuernos de oro a la cimera de su escudo, siempre y cuando castellanizara a Blanco el White flamenco de su apellido. Tal es el origen de vuestro nombre que tantas glorias y penas ha traído a España como a las Indias.

Adriana parió un niño, que si para los efectos era hijo del Señor de Torre Pando, para nadie fue un secreto que su sangre procedía de aquel risco donde sólo se posan

las Águilas Bicéfalas.

Don Juan Manuel reventó de orgullo cuando terminó de hablar el Rey de Armas. De una vez por todas comprendía el por qué la muerte entre los de su familia era siempre advertida por un fantasma en forma de mujer, sin que pudiese entender ¿por qué el trasgo, antes de tener la grácil figura de la célebre dama, era gorda, rechoncha y vieja y sin más atributo de grandeza que el negro pañolón de las mantuanas? ¿Sería por la misma razón que en Venezuela menguan los toros de lidia, los caballos de paso y las instituciones? Sin duda alguna que este país es cosa seria.

6. El largo nombre

«Cuan variable es el signo de los nuevos tiempos» —pensó Don Juan Manuel desde su silla del corredor postrero—, mientras Don Feliciano y el Pez continuaban peloteándose sus signos de muerte y vida.

«Hace menos de dos años yo amaba al Rey, y más cuando llegó la noticia a lomo de nao de que nos devolvía el libre comercio que hacia más de cincuenta años nos arrebató su padre Felipe V.»[13]

Alcaldes y Regidores estallaron en júbilo impropio a sus altos cargos.

Su cuñado Martín Eugenio de Herrera y Rada tiró su sombrero al aire y corrió hacia la calle gritando:

¡Qué ya la Compañía está muerta! ¡Qué somos libres de nuevo!

Los cohetes estallaron en los ciento cuarenta y dos rincones del valle. Repicaron las campanas sin orden del Arzobispo. Restallaron por las calles los tambores y furrucos.

—¡Gracias Señor, te damos, por haber quitado el velo que enturbia la Real mirada y el claro entendimiento del Rey, Nuestro Señor! —rezaban los Amos del Valle en el Tedeum de las cuatro castas.

—¡Gracias, padre de todo lo existente! —zumbaron, como abejorras cluecas, las cien mantuanas echadas.

—¡Gracias! —cantaban las negras alfombreras, pasmando los ojos entre espirales de incienso y luces de candelabros.

—¡Gracias! —dijeron, sin convicción, los oficiales del Rey y los españoles de afuera.

—¡Gracias! —musitaban a la misma hora y sin saber por qué los negros en San Mauricio.

—¡Gracias! —murmuraron, vacíos y con la mirada alerta, los pardos en Altagracia.

—¿Gracias de qué? —preguntó a su vecino un isleño de La Candelaria, mientras

el Valle se sacudía con salvas de artillería y martillar de campanas.

—¡Gracias! —se volvió a decir Don Juan Manuel con sus ojos natosos en su silla del corredor postrero.

Juana la Poncha le ofrece un plato. Es hervido de carne gorda.

—¡Tómatelo! —le ordenó plantándosele por delante.

—¡No quiero y déjame en paz!

—¡Qué te lo tomes! —insistió dominante.

Ya se le encrespaba el ceño, cuando los gritos de una negra joven restallaron por el patio. Era Hipólita, la esclava de confianza de los Bolívar.

—¡Don Juan Manuel, tráigote noticias buenas! Mi ama acaba de parir a un muchacho: Simón Antonio de la Santísima Trinidad se ha de llamar. Yo soy el aya y tú eres su padrino de confirmación.

7. Acarantair

Desde la misma silla, con los ojos en lontananza. Don Juan Manuel deja pasar las horas. Todavía le tiembla el cuerpo por lo que vio esta mañana: cuando se ve a la mujer del manto nunca es para nada bueno.

«Sé que muy pronto voy a morir. Me lo ha dicho ella. Me lo ha dicho el Pez. Me lo ha advertido mi abuelo Don Feliciano. La muerte viene cuando no se quiere vivir. ¿Qué hago yo en este mundo? ¿Qué puedo esperar? Mi última esperanza de seguir viviendo se la llevó Carmen días atrás. En mala hora me perdió mi orgullo. ¿Pero, qué otra cosa podía hacer? Hoy estoy de nuevo sumergido en la soledad y el silencio. Ya no pienso en mañana sino en el ayer».

Aferrado a su silla del corredor postrero Don Juan Manuel vio acrecentarse las sombras y menguar el día. Dar paso a la tarde, avanzar la noche, encender las lámparas en cuartos y corredores. Escuchó imperturbable el paso de las horas en Catedral, hasta las nueve campanadas con que las ánimas inician su marcha. Cerróse con estrépito el portón claveteado.

«Los recuerdos —volvió a decirse posando aquella mirada mustia en la fuente del Pez— son sueños sin esperanza: caminos sin retorno; claridad crepuscular. Ya mi mundo se ha muerto. Ya su mundo se ha ido. Ya llega el momento de partir. Los que se aterran e inclinan ante el tiempo nuevo, arrastran la vida, que es cien veces morir». ¿Qué viejo digno puede aprender el nuevo lenguaje? ¿Hacer de tardío escolar luego de haber sido maestro?

«Ya no somos los mismos, los Amos del Valle. Ya no somos iguales. Siento y presiento que una hendidura se ha abierto en la historia y por ella sangra mi alma».

Del brazo de Juana la Poncha, caminó hacia su alcoba, quitose la plancha del Gran General, montóse en el trono del Rey de Nápoles, entró y salió la esclava. Una

airada protesta v un indignado golpetear sacudió la ventana. Subió a su lecho en baldaquino. Retornó la negra. Cerró puertas, cortinajes v coronillas.

—La bendición, mi amo, que duermas bien y sueñes con los tres angelitos.

Parpadea la lámpara votiva. Desde el vaso de agua sonríen los dientes de Jorge Washington.

Sus ojos saltones, azules, acuosos, siguen recorriendo en el dosel el hilo de oro con las armas de su familia. Llueve en el patio, truena en el Valle, escandecen las centellas, barbotea la fuente del Pez que Escupe el Agua.

Raya un laúd. Raya de nuevo. Crepita el agua sobre el tejado. Ruge la acequia. Aúlla *Amigo*. Zigzaguean los relámpagos de Tacagua al Abra. En el Gran Salón de los Retratos alguien ríe, raya el laúd y entona un canto:

Niño en cuna,
qué fortuna,
Qué fortuna,
niño en cuna.

Tiene la barba blanca y el torso joven; la dentadura completa, blanca y carnicera; la tez seca, quebradiza y transparente.

—¡Puá! —exclama con voz de cañón viejo al trasegar el contenido de una totuma —. ¡Qué asco de brebaje este mal aguardiente que los indios llaman chicha!

Arrecia la tempestad. Tres chorros de agua rompen el techo de palma, enfangan el piso de tierra.

—¡Jolines! ¡Qué manera de llover!

Un negro joven y una mujer duermen sobre el piso; ella sobre un cuero de vaca; él sobre la tierra apisonada. Argollas de hierro al tobillo los sujetan a una partesana enterrada hasta el emboque. «Ni el hada Morgana, mi enemiga, se escaparía de tan ingenioso cepo» —se ha dicho el Cautivo.

Arriba de un taburete está la Virgen de la Soledad. Un velón grande de cebo le saca lustres. Desnudo sobre la hamaca escudriña al negro y a la india joven. Se la robó hace seis meses al mismísimo Guaicaipuro.

«Francisco Infante y yo, acompañados de sesenta hombres, llegamos a la madriguera del bestia. Cuando dimos fuego al bohío que le hizo buscar la muerte, entre llamas, cual la Venus de Sandro, salió Acarantair llorando y tosiendo».

Sus ojos de un azul intenso abullonados por unas cejas gruesas, hirsutas y blancas, se encienden de ganas al ver la comba cobriza de la india desnuda.

«Que la primera vez, cuando deshice su doncellez, hube de violentarla, que por las otras, por más que chille y arañe, lo hace por gusto, como todas las indias. Más por sus hembras que por sus culebrinas, hemos podido domeñar al Nuevo Mundo.

Jamás en mi larga vida hallé en parte alguna un hombre más divorciado de su hembra. Si ellas son ardorosas y complacientes como marmitas, ellos encuentran más gusto en matar cristianos que cabalgar sobre sus mujeres. A semejanza del demonio, afirman los entendidos, tienen el semen tan frio como el agua de la montaña».

El negro se incorporó violento: una gotera nueva le mojaba el brazo.

El Cautivo soltó la risa al verlo saltar. Era hijo de Miguel, el esclavo, rey de las selvas de Buria. Luego de ejecutarlo con Obispo, Reina y corte, se repartieron los sobrevivientes.[14] Julián, como lo apodaron, que andaba por los catorce años, tocó en suerte al Cautivo. Tenía la extraña cualidad de ser despierto y sumiso. Lo hizo paje y ordenanza. Siete años de vida en común y dos durmiendo en el mismo cuarto no borraban su cautela.

«Salvo que sea un hi de puta —se argüía al contravenirse— debe desear con ardor darme muerte con sus manos, luego de haberme visto empalar al bellaco de su padre».

Al descampado y con el sol afuera, el Cautivo no temía a los indios; pero en las noches, y en especial cuando se hundía en la borrachera, el miedo de no ver a la muerte llegar, era cosa que lo importunaba o lo volvía insomne, o le daba pesadillas de locura.

«Los indios —se decía— cual esos gatos monteses que abundan en este Valle, son hábiles trepadores. A pesar de las murallas y de los centinelas, se deslizan como culebros sobre los tejados, hienden cual termitas el bahareque para lanzar cerbatanas ponzoñosas sobre el que duerme, o saltan dentro para hacer de su cuerpo un acerico. Temo a Julián; pero más a los indios cuando se dan la mano mi borrachera y la oscuridad. Fijado a la parte sana, atravesado en el zaguán, Julián no puede alcanzarme. Como el hijo de la selva que es, duerme con un ojo entreabierto, y clama, vocifera y grita ante el peligro. Gracias a este ardid duermo sin sueños luciferales en las noches, que como ésta, sacude la tempestad».

El Cautivo sin perder de vista a la mujer, llevó otro sorbo a la boca.

—¡Brr! —escupió al tragarla.

Recorre el cuerpo de Acarantair. Pinceladas de ganas lo tornan joven. La caribe tiene cuerpo de laúd: el cuello y las piernas largas. El pelo renegrido le llega a la cintura. La tez es de un moreno claro, que de no haber sido por esos ojillos oblicuos y el arco alado de su nariz, se la hubiese tomado por canaria, andaluza o morisca. Tenia la frente alta; la nariz recta y delgada; los labios finos. Era silenciosa y altiva; ensimismada, triste y ausente. Poco hablaba, jamás reía, nunca miraba. Al Cautivo lo tentaba y encendía de fulgores. Acarantair no ocultaba su ira y repulsión cada vez que la requería. Siempre era igual: gritos, forcejeos, arañazos al principio; luego convulsa y mendicante entrega que la hacia gemir gloriosa camino de la cumbre, de donde retornaba recrecida en su odio, maldiciendo en su media lengua mientras el Cautivo

se carcajeaba en su ira.

Afuera y arriba el aguacero subía de esplendor. Julián volvió a dormirse. Acarantair miraba la pared con ojos entreabiertos los saltos que la vela daba a la sombra del Cautivo. A la entrada de la noche quiso tomarla, pero esta vez no insistió. Había sido dura la faena, aparte sentirse viejo. Sesenta años cumplió a poco de fundarse Santiago. Ya era tiempo que aquella india lanuda se le prodigase sin tanto esfuerzo o lucha, que si para alguna vez daba sus gustitos, no era bueno a diario ni luego de cuatro meses.

Más de una vez intentó amansarla acariciándole la cabeza. Era igual o peor. Rugía cual leona de Libia, enseñando los dientes.

Un rayo de sorna saltó en sus pupilas. Se inclinó sobre la hamaca y tiró de su pelo. Acarantair permaneció impasible. Nuevas goteras perforaron el techo. Julián volvió a saltar. Volvieron a reír sus ojos. Sobre la espalda de la india vertió lo que restaba de la totuma.

De un salto se puso en pie, tintineando sus cadenas; firmes los senos pequeños:

—¡Malo, malo que eres!

La mano golosa buscó el pezón:

—¡Hija de la grandísima…! —exclamó. Acarantair le había clavado sus dientes. Fustigó el látigo en el aire.

—¡No, amo, no! —Suplicó Julián con voz adolorida—. ¡No le pegues a Acarantair!

Cayó un vergajazo sobre Julián, restalló dentro la carcajada y la generala afuera.

—¡Los indios, los indios!

8. Caracas era una bruja caníbal

—Acabo de toparme con un trasgo —dijo el Cautivo con voz de miedo a sus compañeros al agazaparse a su lado en la muralla—. Un viejo horrible, de ojos saltones, acuosos, azules. Lo encontré acechándome detrás de mi casa. Creyendo que era un espía de los caciques lo perseguí por el patio hasta alcanzarlo. Ya me disponía a degollarlo, cuando desapareció entre mis piernas. ¿Qué os parece el caso, maese?

Una flecha sobre el turbante cortó el diálogo.

—¡Jolines, si no me agacho me mata!

La luna salió tras el nubarrón de lluvia que se alejaba. Más de quinientos indios desnudos y embijados cargaban sobre la muralla.

—¡Mierda! —gruñó el Cautivo al fallarle el arcabuz—. Se ha mojado la mecha. Estos armatostes no sirven para nada cuando cae la lluvia. Julián, dame acá la ballesta.

—¡Viva, ensarté a dos con una!

Breve fue la escaramuza. Los pocos indios que lograron saltarse el muro fueron muertos con armas blancas. A escasas horas del alba la tropa siguió despierta sentada en círculo, de cara a las hogueras.

—Ya los hi de putas —dijo el Cautivo en su solar a dos de los soldados que acompañaron al hijo del Gobernador— se han dado cuenta de que los arcabuces con la lluvia son más inútiles que un golilla en un campo de batalla.

El Cautivo miró despectivo al hijo de Ponce de León, merodeando a pocos pasos, y por cuya causa su amigo y capitán. Don Diego de Lozada, había tenido tan mal final y Santiago se encontraba desguarnecida en un país con más de cien mil indios aguerridos que no cesaban de incursionar contra ella y reducida su población, por obra de la intriga, a sesenta vecinos españoles, doscientos indios tocuyanos y seis docenas de negros esclavos, entre los que había unas quince mujeres.

—De no haber sido por mi excelso Capitán Don Diego de Lozada —prosiguió el Cautivo elevando la voz al darse cuenta de la proximidad de Ponce de León— a estas horas ni sus amigos ni sus sayones estarían contando el cuento. Pero así es Caracas —dijo con solapada resignación— no en vano fue una bruja caníbal quien le dio el nombre.

—¿Cómo decís, Don Francisco? —preguntó entre curioso y burlón el aludido—. Contadme tan curiosa historia: ya que hasta ahora tenia por noticia que el nombre de la Provincia le venia por una hierba en forma de bledo que llaman Caracas.

—¡Estáis más errado que yegua vieja! —bramó el Cautivo Todo es mentira, invento o invención de Juan de Gallas, quien como poeta falsea la verdad. Yo fui quien le puso el nombre, y sin proponérmelo, a este sitio donde se ha plantado Santiago de León, mucho antes de que Francisco Fajardo se decidiera a establecerse en este Valle que llamó de San Francisco y que no es santo adecuado para invocar en casos de guerra. Con mi sirviente turco Gal-Al-Vis abandonamos el campamento de Fajardo a orillas del mar y ascendimos esa montaña que los indios llamaban Guaraira-Repano y el truhán de Gabriel de Ávila le usurpó el nombre para ponerle el suyo. De aquello, nueve años ha.

Sentado a la turca, el Cautivo desgrana su historia entre soldados, indios y negros en doble círculo, que lo escuchan con atención. Un español llamado Villapando, desdentado, perfil de pájaro y modales ambiguos, le susurra a uno de los de Ponce de León, metiéndole la boca entre la oreja:

—No le hagáis caso a ese viejo loco. Fue prisionero de los turcos por veintitrés años. Durante su cautiverio adoptó la fe de Mahoma, ganó la confianza del Gran Visir y la simpatía del mismo Sultán con sus truhanerías. Logró ascensos y honores combatiendo a los cristianos, hasta que un día, aburrido, decidió fugarse y dedicarse a la piratería. Con otros veinte cristianos le robó un barco al Sultán y por mucho tiempo fue perro del mar por los lados de Caledonia. Hasta que una galera papal, al

capturarlo, lo llevo a Roma.

El Cautivo, luego de chupar largamente su pipa, continuó:

—Gal-Al-Vis y yo, luego de mucho andar, llegamos a este mismo sitio, donde más tarde se fundaría Caracas. Una columnilla de humo en dirección a la montaña tentó nuestra curiosidad. Cautos y sigilosos avanzamos en esa dirección. A poco de andar llegamos a un rancho que, más que vivienda, era un sitio para guarecerse de la intemperie. Tan sólo cuatro horcones lo sostenían, con algunas ramas a modo de techo. A un lado de la vivienda ardía una hoguera donde se asaba un pedazo de carne que exhalaba un olor apetitoso. Gal-Al-Vis, que tenía mejores ojos que yo y que a pesar de mis admoniciones no había perdido la manía de expresarse en turco, dijo en voz baja al apercibir a una mujer de piel muy oscura, casi negra:

—¡Mirad, amo! una caracas —siendo de advertir que la tal expresión en búlgaro o turco se le parece o significa mujer de cara negra.

La mujer de rostro realmente negro, musitaba o cantaba cosas con sabor a brujería y sortilegio sobre el asado, mientras lo aderezaba con un líquido que llevaba en la totuma.

En dos saltos caímos sobre ella. Y aunque rabió y masculló de furia, luego de maniatarla y propinarle dos trompicones, terminó por quedarse quieta. Hambrientos y fatigados como estábamos, disponíamos a yantar el asado de tan apetitosa apariencia, cuando un grito de Gal-Al-Vis me impidió llevarme a la boca una lonja cocinada en su punto.

—¡Mirad, amo, mirad! —gritó con voz de espanto.

Me cagué en Dios y en los doce Apóstoles ante lo que vieron mis ojos. Lo que en un primer momento tomamos por algún animalillo apetitoso, era el tronco desarticulado de un crio.

—¡Recórcholis, Don Francisco! —exclamó el hijo del Gobernador—. ¡Qué es miedo lo que contáis!

Villapando se acercó aún más al joven soldado y prosiguió, dirigiéndole rápidas miradas al Cautivo:

—Tan pronto Su Santidad supo de oídas la historia del Cautivo, quiso conocerle antes de que se lo entregaran al cadalso de San Ángelo, que lo esperaba gozoso y justiciero. El muy pillo, que es astuto como el que más, además de zalamero y comediante, tan pronto le caló a Su Santidad su bondad, cayó de rodillas implorándole perdón por sus pecados y derramando lágrimas de sentido o de falso arrepentimiento. El Supremo Pontífice que lo encontró a imagen y semejanza del Moisés de Miguel Ángel, le otorgó su absolución, imponiéndole tan sólo como penitencia —después de tantos crímenes— que hasta el fin de sus días vistiese como turco. Pensó ingenuamente Su Santidad, que ante lo insólito de su vestimenta, viviría mil veces la vergüenza de haber renegado de la fe de Cristo al tener que explicarle a

los curiosos la razón de sus atavíos. Ni el propio Papa de Roma con toda su infalibilidad, pudo imaginarse quién era el Cautivo. En primer lugar, encontraba tan cómodos y aireados los trajes de turco, que estaba dispuesto a seguir trajeado de tal forma empero no encontrase plaza en ningún ejército. Y en cuanto a dar concienzudas explicaciones a los impertinentes sobre su tormentoso pasado, era desconocerlo. A los pocos días de vivir entre cristianos, luego de desnarizar a cuatro y de arrancarle la nalga a un quinto, ya nadie más lo importunó.

El Cautivo echó un escupitajo y observando el creciente interés del hijo del Gobernador, siguió diciendo:

—Apenas caí en cuenta de aquel desvarío hecho por la bruja de la cara negra, exclamé: ¡Maldita!, a tiempo que le descargaba mi cimitarra de plano sobre su cadera.

Caracas, como decidimos llamarle desde entonces y hasta ahora, lanzó un gemido agudo y se contorsionó de dolor. Cavilamos sobre el castigo que pensábamos infligir a esta arpía, cuando ocho indios de mala catadura salieron de la maleza encabezados por una mujer, que al ver los restos del niño corrió hacia ellos irrumpiendo en el llanto más lastimero que jamás haya escuchado. Cuando recogió a su hijo los indios que la acompañaban envolvieron amenazantes a Caracas, haciendo caso omiso de nuestra presencia y del hecho de que la bruja era nuestra prisionera. Y como bien sabéis por experiencia que ante bárbaros la mejor palabra es miedo, apresté el arcabuz y antes de que tomaran venganza sin mi permiso, lo descargué sobre el vientre de Caracas, saliéndosele las asaduras por un tremendo boquete.

—No sólo es andaluz —continuó Villapando diciéndole al soldado bisoño— es también andaluzado; mentiroso como nadie; dice ser de Baeza y llevar en sus venas sangre de reyes moros. Llegó a Venezuela en la expedición de Spira. Junto con él venían Alonso Andrea de Ledesma, Alonso Díaz Moreno, Francisco Infante. Luego de numerosas andanzas y expediciones buscando el Dorado, recaló en la Margarita semanas antes de que lo hiciera el célebre Tirano Aguirre, con quien hiciera intimidad en un viaje que desde Coro lo llevó al Cuzco. Saltando de sitio en sitio y de reino en reino, volvió al Tocuyo y conoció a Diego de Lozada. Por esos extraños designios que tiene el Señor, un par de tíos como aquellos, que eran cara y cruz de la existencia, se profesaron sólida amistad, convirtiéndose el Cautivo en su lugarteniente y brazo ejecutor de tantas maldades. Por eso intenta la defensa de tan feral malhechor arrojando sombras sobre la recta justicia de nuestro amado Gobernador.

La voz del Cautivo volvió a elevarse:

—Caracas se contorsionó de dolor. Los indios sorprendidos huyeron a cien pasos y se quedaron viéndonos con ojos de espanto. Impuesta mi autoridad a lo bravío, ¡qué tal debe hacerse siempre entre salvajes! les hice seña de que se acercaran. Caracas agonizaba con el vientre y los ojos abiertos. Como la brujería se pena con el fuego,

con la ayuda de Gal-Al-Vis la tomé en vilo y todavía viva la eché sobre la hoguera. Los indios rieron con grandes señales de contentamiento y buscaron leña para avivar el fuego. El cuerpo de Caracas se consumió lentamente. Los ocho salvajes, con la madre al frente, comenzaron por comerse al crio. Y luego de acabar con él, la emprendieron con Caracas hasta dejarle el puro carapacho.

Sacudidos de asco llegamos al campamento de Fajardo. El mestizo conquistador lloró de rabia delante de toda su tropa al enterarse de lo sucedido.

—Por eso es que debemos acabar con esa mala hierba —indicó a guisa de sentencia—. ¡Todo cuanto huela a Caracas y a su gente hay que arrancarla hasta la raíz!

Juan de Gallas, que escuchaba a medias, cuando oyó hablar de la mala hierba pensó, como el tonto que siempre ha sido, que era una planta a la cual Fajardo se refería. Como él era hombre de letras y nosotros ignaros soldados, dio por noticia y con ligereza la especie tan difundida de que de un monte o yerbajo que nadie ha visto le viene el nombre de Caracas. Todo es mentira y bobaliconería de Juan de Gallas.

Pero al parecer, así se escribe la historia. Igualmente falsa es la versión que circula sobre el nombre de Venezuela o «pequeña Venecia». Borracho o loco tendría que estar Don Américo Vespucio para llamar pequeña Venecia a aquel hato flotante que formaban sobre el lago de Coquivacoa los palafitos. El sufijo «uela» implica desdén en castellano y en leonés.

Se habla de mujerzuela, callejuela o habichuela. Se le utiliza para llamar lo que mal anda, lo torcido y lo mal hecho.

9. A pujo de sangre

La ingratitud —comentó el Cautivo ante su atenta audiencia— parece ser el signo del Valle. A menos de dos meses de haberse partido Don Diego de Lozada, mi excelso Capitán, ya nadie habla de él. Son pocos los que rememoran los apuros de aquellos primeros tiempos, que de no haber mediado el faculto ingenio de mi glorioso capitán, no estaríamos aquí contando el cuento. Y pensar que hasta yo mismo lo zaherí al obligarnos a tomar con celo y diligencia numerosas precauciones que hasta ahora nos han preservado de la muerte, empero no creo que por mucho tiempo, si en vez de hombres de pelo en pecho nos continúan enviando mocosos barbilampiños, hasta antier apenas destetados.

El joven Ponce de León sin darse por aludido lo animo a proseguir.

Don Francisco Guerrero escupió una vez más; exhaló una bocanada de humo y con voz ausente rememoró.

En abril, días antes de comenzar las lluvias, llegamos a este Valle que llamaban de San Francisco.[15] Los indios nos atacaron cual alimañas, apenas nos aguaitaron.

Era cosa de risa el verlos aún después de muertos rechinar los dientes y tirarse pedos al vernos pasar.

En tres meses no cesaron de hostigar. Las noches las pasábamos en vela. Como diablos los hi de putas no dejaban de hacer sonar tambores y guaruras, escupiendo por doquier saetazos, lanzas y cerbatanas.

Don Diego, y en eso nos parecíamos, creía en la mala sombra, en los sitios malditos y en los lugares donde las estrellas se ven torcidas. De ahí que no le pluguiese el lar de su campamento, que fuera el mismo sitio donde Fajardo dos años antes intentara, con tan mal destino, conquistar y poblar.

La vez primera que recorrimos el Valle hacia el naciente, seguimos el curso de esa agua caudal llamada Guayre.

Aquella mañana la sierra estaba despejada, la tierra húmeda y los pajonales bonitos. Luego de recorrer los siete mares, puedo afirmar sin mentir, que era la mañana más hermosa que en mi vida hubiese visto. Traspuestas dos leguas, otra agua caudal y tormentosa llamada Caroata nos salió al paso. Delimitando al otro lado, una explanada no más ancha de mil quinientas varas, cercada a su vez al extremo opuesto por el Catuche, o rio de las Guanábanas. ¡Qué no sé a que le viene el nombre, porque no he visto una en mi putana vida!

—¡Allí he de fundar mi ciudad! —Dictaminó mi excelso Capitán—. Que con tres ríos sobran los fosos.

Apenas cruzamos el río, Don Diego de Lozada sin bajarse del caballo, nos ordenó que procediéramos a levantar el muro del cuartel principal. Todo el día lo pasamos cargando piedras, aserrando árboles y mezclando argamasa con la arena del río, entre la que abundaban pepitas de oro. En la tarde, el parapeto nos llegaba al cuello. Menos mal que Dios no escuchó mis blasfemias. Esa misma noche más de mil quinientos indios, cual cigarrones de regreso al panal, cayeron sobre nosotros.

Al día siguiente y a la misma hora, tal era la flojedad de ánimos que nos dejó la refriega, habíamos levantado el muro del cuartel, techándole y aspillando hasta la mitad. Sin permitirnos resuello ordenó Don Diego:

—Levantad un muro aquí —y señaló los solares que ahora ocupan el Cabildo y la Ermita, que como veis, hacen calle con él cuartel —. Hay que aprovechar el sol mientras dure.

Y con él a la cabeza, emprendimos la faena. Antes de la noche ya la habíamos terminado. Exhaustos y orgullosos contemplábamos nuestra proeza, cuando el muy pillo volvió a ordenar:

—¡Vengan ahora las puertas!

Santiago Giral y Simón Díaz que eran carpinteros y tenían dos días labrando dos portales, los enclavaron a cada extremo de la calle.

—Ahora guardad en ella los ovejos y jumentos, que corral ha de ser la primera

calle de la ciudad.

A la semana, en terminando de techar los solares de enfrente y que por un tiempo fueron cuartel de los indios portadores del Tocuyo, más de diez mil salvajes cargaron sobre el cuartelillo con su calle corral, que de no haber existido, nos hubiesen robado y flechado todo el ganado que llevábamos con nosotros.

A la noche siguiente y a la luz de una hoguera, Don Diego nos señaló el mapa de la ciudad que pensaba fundar. Santiago habría de tener veinticuatro manzanas en dos circuitos alrededor de la Plaza Mayor. Como yo le expresara extrañeza al ver en el mapa dieciséis calles abiertas a los cuatro vientos en una tierra poblada por más de cien mil indios bravos, respondió sin amoscarse: «¡Tate, tate, Don Francisco, que ni soy mémo ni me chupo el dedo! Esto sólo será luego de imponer la paz a estos salvajes que nos hostigan. Entre tanto, Santiago será apenas esto» —y señaló la plaza y el primer circuito de manzanas que ahora vosotros, los recién llegados, tenéis ocasión de ver. Luego de marcar los sitios públicos, nos asignó a los que habíamos de ser los primeros vecinos el solar donde deberíamos erigir nuestras casas. Yo, al igual que todos estos desarrapados, nunca había tenido casa propia. Celebrábamos ya el sentirnos riquillos, cuando el impenitente Don Diego volvió a escaldarnos:

—Antes de hablar de viviendas, mis amigos —nos advirtió— habremos de levantar un muro alrededor de la ciudad.

Todos nos miramos con caras destempladas, que se tornaron fieras al añadir: «Bueno, mis amigos. Manos a la obra, ya que es mi mayor deseo fundar la ciudad para el día de Santiago Apóstol».

—¡Para el 25 de julio! —clamaron todos.

Cercar mil doscientos pies para esa fecha, si estábamos a comienzos de mayo, era menos que imposible.

Cuando terminó de hablar varias higas a su espalda lo, acribillaron.

En la primera semana el cerco nos llegaba a la rodilla; a la segunda, ya alcanzaba el ombligo; a la tercera, nos cubría hasta la tetilla. Al mes iba sobre nuestras cabezas.

Abrumados por la fatiga el muro ascendía con nuestras esperanzas de que fundaríamos la ciudad apenas lo terminásemos; haríamos nuestras casas y nos echaríamos a descansar. Pero lo que si era menos que imposible es que estuviese lista para el 25 de julio, como quería el Capitán Fundador. A primeros del mes nos faltaba poco menos de la mitad. Agotadas las piedras de la explanada, habíamos de buscarlas con graves riesgos para nuestras vidas, pues los indios no cesaban de flechar cada vez más lejos.

Hube de decirle una noche al Capitán Fundador:

—Por grande que sea nuestro deseo y esfuerzo de complaceros, a menos que San Juan agache el dedo, nos será imposible acabar la muralla para el día del Santo Patrono de las Españas.

Lozada frunció el ceño y por primera vez lo vi abatido. Díjele yo a guisa de consuelo:

—¿Y por qué no la fundáis el 25 de julio? Total, que ya la muralla está alta… Con darle los tres tajos de rigor al rollo…

¡Válgame el cielo ante la cara de asco que me puso! Se me olvidó que era gallego y yo andaluz.

—No cuento los pollos antes de nacer, Don Francisco —me respondió encabronado—. Mientras Santiago no tenga murallas para asegurar su defensa, es tonto y de mal agüero bautizarla antes de que sea parida por la tierra y por nuestra voluntad. Acordaos de Fajardo, mi predecesor: que por fundar pueblos sin hacer los muros, de su hato de San Francisco no quedan ni las piedras.

—Yo lo que sí creo —propuso con acento grave y convincente— es exigirle a los indios de la vecindad que se muestran pacíficos, un tributo de trabajo. En vuestra opinión, —preguntóme— ¿quiénes son los indios del Valle más laboriosos y de mayor docilidad?

—Pues, en cuanto a laboriosos —le respondí— ninguno, que todos son más perezosos que gitanos. Pero si Su Excelencia quiere saber cuáles son los más pendejos, pues son los tarmas, en mi opinión, aparte que sus mujeres son guapas como ninfas.

—Entonces —agregó el Capitán Fundador con aquella apacibilidad tan suya— invitémosles a establecerse con nosotros.

De acuerdo a sus instrucciones y acompañado por veinte guerreros y unos cuarenta indios, recorrí las siete aldeas tarmas, repartiendo entre la indiada famélica, a fin de hacernos de su buena fe, carne de ovejo y barricas de aguardiente.

—Todo está muy bien —le observé yo a mi excelso Capitán luego de mi piadosa romería—; lo que no entiendo es cómo habremos de hacer para que estos gandules abandonen campos y sus ocios para venirse a Santiago a hacer de alarifes. Por no trabajar escapamos de España los que servimos bajo vuestro mando.

Lozada sonrió con aquella faz de chivato tan suya:

—Venid conmigo, os tengo una sorpresa.

Lo seguí hasta el galpón hecho de prisa tras los solares del Cabildo y del Ayuntamiento, donde pensaba alojar a los tarmas. La tarde estaba muy avanzada. Lozada dio tres golpes largos y dos fuertes. Alguien quitó la tranca y nos dio paso franco:

Entrad, Don Francisco —me invitó con cierta reticencia.

Dentro reinaba la penumbra. Distinguí mucha gente silenciosa y hedionda. Alguien trajo una antorcha.

—¡Me cachi en la ma! —grité, creyendo ser victima de una mala visión. Cien mariches, tatuados y armados nos veían con rostros de culebros. La carcajada de

Lozada y el reconocer a Sancho Pelao disfrazado de mariche, pusieron paz en mi alma y me pararon el trote.

El aludido, un hombre moreno, cetrino, fornido y de mediana estatura, al oír su nombre dirigió al Cautivo una larga mirada de reproche.

—Esa noche —prosiguió— los falsos mariches, capitaneados por ese onagro risoso que allí veis, cayeron sobre un poblado tarma dando muerte al mayor número de gentes. Al día siguiente aparecieron frente a Caracas los sobrevivientes implorándonos que los protegiésemos de los mariches. Tres días más tarde los falsos mariches atacaron y destruyeron un segundo poblado. Al igual que la primera vez, pero en número de dos mil, los tarmas se presentaron para hacer de Caracas guarimba. Lozada una vez más accedió, exigiéndoles como justa compensación, el que trabajasen en la muralla.

A menos de una semana los tarmas se preguntaban conmigo ante el rigor del trabajo, si no sería mejor enfrentarse a los mariches. Comenzaron a desertar. La obra progresaba lentamente.

Un fuerte temblor de tierra agrietó el muro en varias partes y un lienzo de más de trescientos pies se vino abajo en el lado sur. Lozada montó en cólera:

—¡Empero revienten, el muro ha de estar listo para el día de Santiago Apóstol!

Los negros, que odiaban a los indios, comenzaron el canto de los látigos. Unos se resistieron y fueron muertos de inmediato. Otros, que huyeron, fueron cazados con perros bravos. Para evitar más fugas se guardó como rehenes en sitio aparte a las mujeres y a los niños.

Esa mañana los siete caciques de los siete poblados se enfrentaron al Fundador:

—Nos habéis engañado. Fuisteis vosotros y no los mariches quienes provocaron y sembraron el terror entre los nuestros, con el propósito de esclavizarnos. Ellos nada han tenido que ver en esto, como nos lo han hecho saber. Somos varios los que ya hemos reconocido a aquel mal hombre que va allá —y señalaron a Sancho Pelao. Lozada, que ya se lo esperaba, hizo a su guardia la señal convenida. Los siete caciques fueron empalados a siete pasos de la muralla que mira hacia el Guayre.

Los tarmas morían de a veinte y a treinta por día. A los negligentes se les azotaba y a los que se les veía arrestos levantiscos se les ahorcaba sin fórmula de juicio.

A pesar del trabajo de los nuevos esclavos, a una semana de Santiago la muralla estaba entre finita y pintona, aparte que de los cuatrocientos ochenta y cinco hombres aptos para el trabajo habían desaparecido y muerto trescientos doce.

—Necesitamos entonces nuevos tarmas —afirmó Lozada—. Por desgracia, tan sólo los guacas que llevan potra, nadie cree en nuestros buenos propósitos.

Esa noche Sancho Pelao y sus hombres salieron en dirección al pueblo guaca que estaba por las Adjuntas. Hasta la madrugada, Lozada y yo los esperamos conversando y fumando. Al primer canto del pájaro los vimos llegar. A la luz del cerco de

antorchas se los veía fatigados. Algo metálico brilló en la noche.

—¡El imbécil de Sancho Pelao —clamó el Capitán— se llevó la espada! ¿Qué necesidad tenía el muy tabernario de ponerse en evidencia?

Uno de los soldados amigos del zamboyo, al escucharnos salió a su encuentro a fin de advertirle, seguramente, nuestra indignación. Llegaba hasta el, cuando súbitamente tuve una sospecha: el de la espada era más alto y delgado que Sancho Pelao: tampoco tenía ese caminar de loro sabanero característico del hombrecillo. No había terminado de barruntar cuando el de la espada ¡Guay!, lo degolló de un sablazo.

Una lluvia de flechas se nos vino encima. Cerramos justo el portal cuando la avanzada de falsos tocuyos, que eran meros indios teques con Guaicaipuro al frente, casi nos alcanzaban.

Guaicaipuro liberó a los tarmas. Sancho Pelao refirió cuando apareció maltrecho al día siguiente, que el gran cacique teque les cayó por sorpresa apenas cruzaron el río; a todos los demás los hicieron pupa.

Ante lo sucedido nos dejamos de subterfugios y a sangre y a fuego, como debe hacerse, reclutamos esclavos por miles y el 29 de julio, luego de finiquitar su muralla, rodeado de su ejército, le dio los tres tajos de rigor al rollo y declaró por pregón que era el día de Santiago, el de Pedro y Pablo, aquel momento en que fundaba la ciudad.

Al día siguiente, en medio de la resaca del jubileo de la víspera, Lozada, nos obligó a construir muros escalonados de a ocho por lado alrededor de la muralla. Al acabar de hacer, los hizo cubrir de tablones. «Arriba —dijo— van los centinelas y las tropas de línea, abajo la sentina de los hombres y de las mujeres, la cocina y la cuadra para vuestras bestias». En cada ángulo de la ciudadela edificó garitas que desde aquí podéis ver. Terminada la muralla, cuartos, rampas y escalerillas, iniciamos la construcción de nuestras casas, siempre dentro del orden y simetría de nuestro Capitán, quien señaló alto, anchura y todas las medidas pertinentes con el fin de que al adosarse hicieran de cada manzana una casa fuerte para resistir en el caso de que los indios, como varias veces lo han intentado, derrumben la puerta de la ciudad. Para aumentar las precauciones hicimos túneles bajo tierra, de una manzana a la otra. El zaguán, según mi excelso Capitán, debe tener dos puertas: la del portón y la del entreportón, la muerte lo mismo viene de la calle que de vuestro propio solar.

En menos de seis meses terminamos las casas. La dicha, sin embargo, nunca es completa: hasta tanto no reduzcamos a los rebeldes, los que recibimos en gracia los primeros solares hemos de compartirlos con gente ajena, no siempre de nuestro agrado. El Cautivo miró hacia la casa de su vecino, un viejo beato, con quien compartía el zaguán.

Una acequia rumorosa de aguas cristalinas atravesaba el solar en diagonal, para desembocar en el Catuche, que pasaba hondo y rugiente por el barrancón. Gorjearon los pájaros sobre el samán.

—Amanece —señaló el Cautivo tras un bostezo.

Por Petare sale el sol. Por Petare sube a la montaña. Canta el turpial sobre el samán. Brilla el sol sobre la muralla, sobre la casa, sobre las tejas, sobre el patio enlosado, sobre la fuente del Pez, sobre la puerta de Don Juan Manuel de Blanco y Palacios.

10. ¡Cuán grandes somos!

A las cinco en punto de la tarde se abrió el zaguán claveteado. Don Juan Manuel de Blanco y Palacios, jubón azul y casaca blanca, va de visita.

—Arriba y arriba.

—No tan rápido, Miguelito.

¡Veinte somos los Amos del Valle: Bolívar, Palacios, Blanco y Herrera…!

¡Juan, Sebastián, Alicusio y Matacán!

El Rey nos posterga. El Rey nos rebaja. Independencia es traición al Rey. Traidor y más que traidor en mi cara me dijeron. ¡Hasta la quinta generación traidora tu descendencia! A Juan Francisco frente a la Candelaria, demoliéronle su casa hasta los cimientos, echándole sal en la tierra y aborreciendo su nombre en tarja abominable.

A Túpac Amaru, tres años ha, le hicieron, vivo y ante sus hijos, lo que quiso hacer en el cadáver de mi padre el Gobernador. Desnudo lo llevaron a la Plaza Mayor. Cuatro potros salvajes tiraron de sus pies y de sus manos, hasta que sobrevino el desprendimiento. Lo descuartizaron. Su cabeza, frita en aceite y puesta en jaula de fierro, colgáronla a las puertas de la ciudad.

Más tiemblo que me vean desnudo y con esta barrigota que al mismo suplicio. De freírme en aceite ¿será con mi plancha o con la boca vacía? Yo soy un hombre leal. A la corona debo mil favores. De no haber sido por Su Majestad ya no existiría. El ingrato olvida el debe, recuerda siempre el haber. ¡Haciendo yo pactos con Francisco de Miranda! ¡El hijo del tendero y de Panchita Rodríguez! Dos meses atrás no lo hubiese sospechado. ¡Yo, un amo del Valle, de quien a quien con el carricito ése! Por mis venas corre la sangre de Adriana y de su egregio amante. Llevo a Isabel y a Fernando, a Juana la reina loca y a Felipe, el Rey Hermoso. Subiendo ramas llego a Pelayo. Bajando el tronco refluyo historia.

—Juan,

—Sebastián,

—Alicusio,

—Matacán.

Desde Juan Francisco, los Borbones apretaron la enjalma. Carlos III, déspota centralizador. «Los enemigos de mis enemigos son mis amigos» —decía el Rey—.

Igualemos a pardos y canarios con los criollos. Ayudemos a los inglesitos del Norte en su guerra contra Inglaterra. Compremos sus excedencias. Impediremos con Francia el colapso norteamericano. Que sus barcos vendan sus mercancías en mis puertos de América. ¿Qué hay una real pragmática donde se prohíbe comerciar, bajo pena de muerte, con los extranjeros? Olvídela, señor Ministro, que entre dos males se escoge el menor. La pujanza de Inglaterra es mil veces peor que violar la ley.

—Los comerciantes norteamericanos se niegan a comerciar con nosotros los mantuanos, señor Gobernador.

—Dicen que sois mala paga.

—Otras cosas nos han dicho, señor Gobernador.

—¿Cómo cuál, señor de Bolívar?

—Que las autoridades españolas se los han prohibido. Dicen que vosotros tenéis miedo de que acrecentemos nuestra fortuna y prosigamos su ejemplo.

—Rumores simplemente, señor de Bolívar. El Rey en España es fiscal y centralizador.

—Golpeó a la nobleza provinciana en sus fueros, bienes y privilegios.

—Bah, señor de Bolívar.

—Sebastián Francisco de Miranda, el canario comerciante en linos, fue nombrado coronel de la Milicia Canaria, que con sus reales formó. Va contra nuestros privilegios.

—Vamos, señor de Blanco y Palacios, ello es nimiedad ante los beneficios pingües, lo cual significa doblar el fuego en el momento en que Inglaterra acecha.

—Sebastián Francisco de Miranda luego de jubilarse sigue usando el uniforme y bastón de coronel. Nos quejaremos al Rey.

Mantuanos, caeos de nalgas y para atrás: Su Majestad Carlos III no sólo apoya al de Miranda en el uso del bastón. En real arrebato nos iguala de un plumazo, a nosotros, los descendientes de los leones de Castilla, con los burdos hijos de las Canarias.

—Esto es intolerable.

—¡A la guerra debemos ir!

—¡Eso no es nada con lo que está por venir; los pardos hocicudos, de pelo encrespado, tarde o temprano serán nuestros iguales!

—Deliras, Juan Vicente.

—Muerto cargando basura habréis de ver.

Juan Vicente sabia más que perro’e ciego y sirviente de cura. Mulatos y cuarterones compraron el titulo de Don. Entraron a la iglesia. Se hicieron doctores en la Universidad. Y ahora hasta pretenden entrar al ejército para el logro del titulo de oficial. Quien tenga cuatro centavos es blanco por Real autoridad.

Creo que llegó la hora de soltar el mecate. ¡Mantuanos, ya no somos aguiluchos

del Águila Real! Levantemos vuelo hacia la eternidad. Sigamos el ejemplo de los inglesitos del Norte.

—Eso traerá guerra.

—¿Y qué? España ahora no puede contraatacar.

—Mantuanos, cáiganse de nalgas y para atrás una vez mas. El Rey no nos odia. El Rey nos ama. Fijaos en esto. Quitaos la cerilla de los oídos. Escuchad atentos. ¡En lo sucesivo queda prohibido el matrimonio de blancos con gente de color!

—¡Pero qué maravilla! ¡Pellízcame Mijares, a ver si sueño!

¡Tovar, méteme una patada! —repite Juan Manuel—. No puede ser verdad tanta belleza. Ha muerto el relajo. La merienda de negros toca a su fin.

Alegría de tísicos no más. Al año vino lo de la Gran Capitanía. Juntos en el mismo plato con los de Maracaibo, Guayana, Margarita y Cumaná. No hay peor cuña que la del mismo palo, pensó el Rey y no erró por cuatro e insufribles años. Los nobles de Maracaibo, en cuanto a bizarría se refiere, eran peores que quinterones ricos con derecho a gobernar. Ya desesperábamos, cuando a propuesta mía los hicimos mantuanos por apertura. ¡Santo remedio! Al igualarnos se hicieron aliados y lo que Su Majestad creyó jugada perfecta fue: Jaque al Rey.

La silla de mano retorna a la casa.

Qué desagradable se pone Juan Vicente cuando bebe. Apenas le pregunté por qué mi ahijado había salido color de longaniza, se puso como un fusuco gritándole a Felicianito, su suegro:

—Es el nudo de mi abuela, la de Marín, quien se asoma. ¡¿De qué os extrañáis?! Los conquistadores no trajeron mujeres, y como no eran maricos, hembras tuvieron que haber. La huella indígena no es oprobio, como creéis vosotros, sino timbre de orgullo, al igual que las cicatrices que llevan los viejos guerreros. Sólo los que poseen —gritó desaforado y cetrino— son poseídos. La pureza de la sangre española en Indias denuncia el ancestro de las Águilas Chulas, de los que llegaron tarde, luego de callar las culebrinas.

—No hay nobleza —le espetó a Felicianito con los ojos vidriosos— que no tenga su matriz en la guerra, con excepción hecha de las que hacen las putas. En Indias, la gloria emerge de la conquista, el tiempo de las hazañas. Quien no tiene de indios tampoco tiene de conquistadores. Pelo rubio y tez de leche no es señal de linaje, sino de hambreados fugitivos que vinieron a medrar las sobras de los leones.

—¿Es que tus abuelos no habían llegado —preguntóme con chulería — cuando los míos azotaban la tierra con cinturones de bronce?

—Pero chico —díjele—. Cálmate ya, no es para tanto.

Siguió finito:

—Ya se acabó el tiempo en que los náufragos se hacían sacerdotes. Somos una casta fraguada que no se arrodilla ante los extraños. Ya nos importa un pito el

bastardo de Carlos V, los duques del Infantado o la sangre de los Alba. Somos los dueños de un mundo que hicimos con nuestras manos. ¡Basta ya de seguir con la manía de mejorar la casta con la sangre de ultramar! ¡Basta ya de sangre nueva! ¡Basta ya de españoles! Al igual que el día en que los antepasados dijeron: basta de indios, basta de negros. Que los ocho cuarteles de los hijos de mis nietos sean los mismos nombres que hoy retozan en el patio; que los Bolívar sean abuelos de los Tovar, de los Blanco, de los Mijares y de los Lovera. Que se casen mil veces entre sí. La cría enseña la bondad de recrear la sangre. ¡Qué mi nieto preñe a mi nieta, mi cuñado a mi sobrina y mi hermano a mi hija! ¡Qué los mantuanos tengan ojos y color de mantuanos! Que no se diga que esto es Bolívar y aquello Rebolledo. De la diferencia nace el caos. De la igualdad el poder y la gloria.

Estaba verde, color de ataque y enloquecido en su discurrir.

—La sangre nueva perturba la fragua. Mueve lo que quieto ha de quedar. Revuelve lo decantado en la masa del pastel que alcanzaba su consistencia. Por siglos, cual sacos, se apilaron los ingredientes. Hasta que un día el Gran Cocinero del Universo los echó en la olla dándoles vuelta con su gran cucharón de sueños: «Tanto de blanco, tanto de indio y dos cabezas de negro para hacer un noble caraqueño».

«¡Qué mal rato he pasado! En lo que se echa cuatro palos le sale el brollo de la Marín. ¿Qué necesidad tenía de decirnos a Felicianito y a mí, que los Palacios no eran nadie comparados con los Bolívar? Qué desagrado tan grande. ¡Y pensar que mañana vamos a pasarnos el día entero bebe que te bebe, tomándonos los miaítos de mi ahijado Simón! Tengo ganas de no ir. Yo no bebo y ésos son una cuerda de borrachos que no paran hasta que los sacan en parihuela; aparte que Juan Vicente, Mijares, Tovar y Ribas ya me tienen harto hablando siempre de la Independencia y de Miranda. Yo no sé quién me mandó a mí de brejetero a meterme en tal enredo».

A las nueve de la noche volvió a cerrarse el portal. Don Juan Manuel seguido de Juana la Poncha, entra a su alcoba. La bacinilla del Rey de Nápoles. ¡Qué no la tires por la ventana, mujer de Dios!

Ríe la luna sobre el samán. Ríe la plancha. Parpadea la vela.

«Juan Vicente cuando bebe es una varilla —se va diciendo dormido—. Nobleza es posesión de tierra que dio la hazaña, generación tras generación y por luengo tiempo. Más temple exige mantener, enriquecer y acrecentar la heredad que legó el abuelo, que ponerse en ella en un arrebato de ventura y coraje. Fueron muchos los que en un sacudón se hicieron ricos y alcanzaron la fama. Excepcionales los que mantienen la gloria y el patrimonio a través de los siglos. ¡Qué grandes somos! ¡Cuánto nos queremos!».

11. Borracho venía el palanquín

Juana la Poncha desde el cuarto alto se metía al Ávila en sus pupilas. Un anillo de luz rodea al picacho. La noche avanza.

Cuánto ha tardado mi amo. Ya está oscuro y entuavia no ha llegado. A mi no me gusta nada el soponcio que le dio trasantier y menos el encurruñamiento con el señor de Bolívar. Yo no sé de dónde les viene tanta amistad. Tan serio que es mi amo y tan guachafitoso que es Don Juan Vicente. ¡Pobrecita la niña Concepción! No le rindo las ganancias con un hombre tan faldero. Razón tuvo Don Feliciano cuando al saber que se casaban se saltó del retrato y rompió la marquetería.

Un estruendo sintió en el portón. Juana la Poncha, con ojos de incrédula alucinada, miró hacia el zaguán. La silla de manos venia dando tumbos. En el corredor dio un bandazo contra un pilar y estalló la cristalería. Los negros reían, cantaban, danzaban, con el palanquín a cuestas.

Cuatro somos los negros del Valle: Juan, Sebastián, Alicusio y Matacán, taran, tan, tan.

—¿Y esto qué es? —chilló indignada.

—Que estamos de fiesta, mi tía —respondió Matacán.

—¿Y el amo?

—Adentro va. Carga una pea divina.

—¡Veinte somos los Amos del Valle! —farfulló Don Juan Manuel al salir por la portezuela con la voz estropajosa, los ojos bizcos, el rostro encendido.

Al sujetarlo, la negra se puso blanca: su Amo y Señor, paradigma de virtudes, Regidor Perpetuo y Decano, tenía un fuerte tufo a caña brava. En los treinta años que tenía de uso de razón, viviendo a su lado, nunca lo había visto tan rascado, ni paloteado, ni con la chispeante alegría de los primeros tragos, que rara vez se excedían de dos copas de jerez.

—¡Mí amo no bebe y basta ya! —gritó a los portadores—. Si está mareado y lleno de vómitos no es por borracho, sino por envenenado. Con lo delicado que es del estómago y lo cochina que es la negra Hipólita para cocinar.

A las dos horas y de puntillas, Juana la Poncha entró a la alcoba. Con expresión beatifica a la luz de la vela, dormía Don Juan Manuel. El camisón de dormir, más allá del ombligo, le sacó un sonrojo. Con los ojos cubiertos y la mano a tientas bajó la dormilona.

Don Juan Manuel entreabrió los párpados.

—¡Carmen! —exclamó con expresión desgarrada.

«¿Con que ésta es la razón? Y yo que creía que se le había pasado la dentera», … tenia el cuello largo y los ojos cordobeses.

—¡Ah vaina!

—… Traía en su rostro el encanto de las contradicciones.

—¡Repíteme, papá!

…Era adorable, bella y sabrosa.

—Umj.

—… Casta como una paloma torcaz, pero encendía mis turgencias con el mismo arrebato que en mi juventud lo hacia la Matea desnuda.

¡Guá! ¡Mírenlo pues!

—En sus ojos brillaba un sol antiguo… tenia el cuello largo la tez morena y limpia de las andaluzas.

—Si oh, chico, muerde aquí…

—Era bella, joven, atrayente, plena de gracia y donaire, pero me engañaba. A mí, a Don Juan Manuel de Blanco y Palacios, Conde de La Ensenada por gracia del Rey Nuestro Señor y de cien mil reales.

Con una expresión que no era la suya, Don Juan Manuel se sentó en la cama:

—Juan Vicente nos reunió esta tarde en su cuadra junto al rio. Y no me tomé dos jerez, sino veinte… ¿Oíste?

—¡Ave María!

—Y dos copas de leche de burra y medía botella de ron y un ponsigué que trajeron de Cumaná, tres mondongos de pata y dieciséis empanadas… A mitad de la palazón se formó la gurrizapa. Berroterán se puso de lo más pesado.

—Vosotros sois unos irresponsables —nos dijo—. Estáis tentando al demonio al intentar seguir el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica. Eso de la Independencia es un disparate.

—Venderemos mejor el cacao —recordó Tovar.

—Meteremos a los pardos en cintura —añadió el Marqués de Mijares—. Recuperaremos nuestros privilegios.

—En cintura es que nos van a meter a todos, so pistolas —intervino Agre Berroterán, el Marqués del Valle—. ¿O es que no os habéis dado cuenta de que hay un blanco por cada veinte pardos, mulatos y negros?

Pedro de Vegas y Mendoza gritaba:

—¿Y para qué somos los Amos del Valle? ¿Cuándo hemos peleado acaso con ventaja numérica? Yo me basto para cien hombres.

—¡Bravo! —apoyó Marcos Ribas y Betancourt.

—Berroterán tiene razón —terció mi cuñado Martín Eugenio—. Jamás el esclavo ha dejado de aniquilar al amo cuando alguien le rompe sus cadenas.

—Y España es la cadena que los sujeta —cargó de nuevo Berroterán—. ¿O es que acaso no habéis caído en cuenta?

—No sigas hablando pendejadas, Berroterán —rezongó Juan Vicente—. ¿Quién ha mantenido el orden en esta Provincia? ¿El Rey o nosotros? ¿Quién derrotó a los ingleses en 1743? ¿Las tropas españolas o los Amos del Valle? De no haber sido por Don Martín Esteban, el padre de Juan Manuel, Puerto Cabello hubiese caído en

manos del Almirante Knowles mientras el Gobernador Zuloaga se rascaba la barriga.

—Vosotros sois unos ignorantes de tomo y lomo —argüia colérico Berroterán—, Si supierais historia no daríais pasos tan temerarios. Decía Maquiavelo…

—Me importa un carajo lo que dice Maquiavelo —interrumpió Bolívar.

—Supongo que otro tanto te pasará con la historia de tu abuela, la Marín de Narvaez.

—¿Qué pasa con mi abuela?

—Mide tus palabras Berroterán —zumbó Marcos Ribas.

Berroterán estaba hecho una cuaima:

—Si tú hubieses medido tus pasos al casarte con la nieta Salucita, no tendrías a tu hijo José Félix con el pelo chicharrón ni le hubieras puesto un hijo a María Soledad Aristeguieta, el bachaquito ese que hacen pasar por hijo de una comadrona y que llaman Manuel Piar.

—Juan Félix de Aristeguieta saltó sobre Berroterán tomándole por el cuello:

—No te permito que hables así, grandísimo canalla.

De un empellón el Marqués del Valle lo tiró al suelo. Echando candela por esos ojos nos gritó:

—Por eso es que os queréis independizar: ¡Mestizos traidores! Todos vosotros sois mestizos. Tú, Juan Manuel, eres un mestizo. Averíguate quién es tu abuela, Marqués del Toro. Todos sois una porquería… por eso hacéis tan bien el papel de traidores. Pero hasta aquí os trajo el río. Ahora mismo voy con el cuento al Gobernador…

Los Amos del Valle con el rostro descompuesto avanzan sobre Domingo Berroterán.

—No, no. ¡Quédaos quietos, mis amigos! ¡Chercheaba nada más!

Don Juan Manuel desde su cama no pudo ver lo que sucedió luego. El sueño lo avienta hacia otros parajes. En una nube verde María Jimena, su mujer, teje escarpines azules.

Escuchándolos, a un lado, está un ángel fornido, de aspecto repelente, de grandes alas de un blanco sucio, con la catadura de un cabo de guerra de la Guipuzcoana.

—Es que hubiese sido una hecatombe que yo, Don Juan Manuel de Blanco y Palacios, Conde de La Ensenada, mantuano de ocho cuarteles y Regidor Perpetuo, me hubiese casado con Carmen. ¿No os parece, señor querubín?

—¡Señor Arcángel!

María Jimena sin dejar de tejer, con el labio fruncido apuntó a la izquierda:

—Ahí te llegó visita: Martín Eugenio, mi hermano.

Dos manos fuertes lo sacudieron. No era sueño ni pesadilla. Era Martín Eugenio de Herrera y Rada.

—¡Despierta, asesino!

Adormilado y confuso se le enfrentó:

—¿Y esto qué significa? ¿Es qué te has vuelto loco?

—Loco es que te vas a volver tú. ¡Grandísimo desgraciado! Observa tu obra.

—¡No! —clamaba exasperado Don Juan Manuel, ahogado en su propio llanto—. ¡Dime que todo es falso, hermano mío! ¡Despiértame ya de este mal sueño!

12. La hoguera que daba frío

Hora tras hora, con los ojos agobiados de espanto, estuvo con la cabeza inmersa en aquella cosa terrible que guardaba el cofre.

—¡Dios mío! —gemía trémulo—. ¡Esto no es posible! —decía sacudiéndolo con la mano—. Voy a enloquecer.

Catedral y el sereno cantaron a dúo las dos de la mañana. Un ruido sordo se arrastraba en el salón de los retratos. Tomó el pistolón y avanzó en puntillas por el oratorio. En una esquina de la sala estaban levantadas las tablas del piso. Una luz intensa venía de abajo.

—«La trampa del Cautivo» —dijo con emoción—. Y yo que la creía conseja. ¿Pero quién estará ahí con tanta luz encendida?

Una escalerilla de doce escalones se metía en la trampa. Don Juan Manuel se asomo con aprensión. Finalmente se decidió. Metió la pistola en su gorro de dormir sujetándolo con las encías, y bajó con dificultad los travesaños. La extraña luz era sorprendente: procedía de unas copas cerradas que parecían arder pero no tenían llamas. El túnel estaba tan claro como si fuera pleno día. Caminó un largo trecho. El túnel se abría en un espacio más amplio con anaqueles de mármol: del suelo al techo lleno de huesos. ¡Era el cementerio! Quiso huir. Las copas incandescentes se apagaron. Sobrecogido de espanto se aferró a un anaquel. Una luz muy tenue venia de arriba. Trepó sobre las tumbas. Una losa de mármol cerraba el paso. Empujó con ambas manos. Al tercer intento logró desplazarla. Bufeando salió a la superficie.

¡Ay! —dijo un cura al verle, desmayándose sin sentido.

Estaba en la Catedral. En la Sacristía. Arriba de la tumba que eligió el Cautivo para sus descendientes: «Hasta que el polvo de los huesos no deje cerrar la tapa».

Enloquecido corrió hacia la nao. En el baptisterio escuchó voces. Se ocultó tras un pilar. Alguien rezaba el Credo. Era una voz grave, profunda, sonora. La voz de Juan Félix de Aristeguieta. ¿Qué hacía a esta hora y con la iglesia vacía? Adosado al muro se deslizó hacia el sitio de donde procedía la voz. Era un bautizo. Veinte personas iban de la pila al enrejado. Juan Vicente Bolívar y su prima Conchita estaban a la diestra de Juan Félix. La negra Hipólita entregó un niño a uno de los presentes. ¡Es su ahijado Simón Antonio!

Una sombra se interpone entre Juan Félix y el niño. ¡Es la mujer del manto! Está

de frente. Con la cara echada sobre el recién nacido, cual si quisiera morderlo. Nadie, salvo él, parece percatarse de su presencia. Sin poderse contener grita: «¡Sana, tanga, bulé!» y avanza decidido hacia el fantasma. El trasgo ante el conjuro apenas mueve la cabeza. La mujer del manto se yergue lentamente. Juan Manuel aterrorizado se queda pegado al suelo. ¡Le va a mostrar el rostro! ¡Voy a morir! ¡Sana, tanga, bulé! —vuelve a gritar; pero el trasgo no huye ni se desvanece. Ya lo alcanza, ya lo ve. Tiene la cara de frente. Un sudor gélido lo cubre. Pero no hay ojos, ni nariz, ni boca. No hay rasgos ni imagen dentro del óvalo que circunda el manto. Hay tan sólo una negrura profunda que ciega. Una oquedad que succiona. Sintió levitar su cuerpo. Se deslizó hacia aquel túnel de carne. Dentro de él todo era frío, silencioso, como una boca de gata.

Al fondo brillaba una luz: tenue y puntiforme. Crecía a ramalazos a medida que se aproximaba. Era una hoguera descomunal, con brazos, cabezas y piernas, cuando estuvo junto a ella. Antes de calentar, un frio intenso lo estremeció como si estuviera expuesto al viento y al descampado.

De la hoguera saltó una silla de mano llevada por cuatro esclavos.

—Cuatro somos los negros del Valle —recitaban a coro—: Juan, Sebastián. Alicusio y Matacán. Tarán, tan, tan —y echaron a correr por el camino.

A su paso se incendiaban las haciendas, se derrumbaban las casas, las torres de los ingenios se derretían; las sementeras se quemaban; y la tierra se llenaba de un asfixiante olor a caramelo. Luego de correr desenfrenados, retornaban hacia la hoguera y raudos prosiguieron trotando en dirección contraria, diciéndole a Juan Manuel a medida que pasaban:

—Yo soy la destrucción y la guerra —gritó, con la voz de su padre, Alicusio.

—Y yo —exclamó, con su propia voz, Matacán —la confusión y el desvarió.

—Yo soy el hambre —voceó, con el sonsonete de su abuelo, Sebastián.

—Y yo —exclamó Juan— la desolación y la desesperanza. Soy el pasado. Soy el presente. Soy el futuro. ¿Oíste, Don Juan Manuel? —y soltó una carcajada que le recordó a su padrino.

A la cuarta vuelta detuvieron su alocada carrera a una braza de Don Juan Manuel, cuando ya lo atropellaban.

Se alinearon el uno junto al otro. Y luego de examinarlo con ojos entre admirativos y burlones, prorrumpieron en coro con voz acompasada, atiplada y burlona, al tiempo que movían sus cabezas de derecha a izquierda con suave cadencia:

—Gracias, señor de los mantuanos, por haber soltado nuestras amarras y habernos devuelto la libertad.

Un grito de guerra saltó de las llamas. Era Francisco Rodríguez del Toro. De un salto subió al palanquín sucio, desgarrado y sin techo, que más que silla de mano

parecía una parihuela.

—¡Llegó la hora de que seamos libres! —proclama el Marqués—. ¡Si no podemos ser los dueños, seremos los amos! ¡Fuera el Rey, abajo España!

Los negros del Valle montaron en cólera.

—¡Sal de ahí, pendejo! ¡No estamos hechos para cargar bolsas como tú!

Y dándole vuelta al través, lo echaron al suelo.

—¡Somos la libertad y ya no tendremos dueño!

Juan Manuel sintió un murmullo en procesión a sus espaldas.

—Somos los antepasados —le dijo un viejo hirsuto de luenga barba.

—Yo soy la abuela —le susurró una hembra de bella estampa.

—Y yo soy la madre.

—Y él es mi abuelo —dijo apuntando a un viejo de barbas azules con cara de zafio.

—Yo fundé la estirpe —afirmó brutal el viejo— y me cagué en tu linaje.

Una hermosa mujer tomó de la mano a Juan Manuel y le dijo con melindres:

—Yo soy tu nieta, la que mentarán Eugenia, y este mulato fino es mi hombre. Se llama Andrés Machado y fundará una familia oscura de gran prosapia.[16]

—Éste es mi hijo y éste es mí nieto y aquél, José Ramón, mi biznieto. Todos gobernarán. Igual que tú y tus abuelos. Desde que el Valle es Valle.

La tierra perdió súbitamente su consistencia de alfombra: hizo dura y lisa como piedra sepulcral. Las casas crecían y crecían como kalula: alcanzaron y sobrepasaron diez veces la Catedral. Se volvieron también piedra los caminos y por ellos corrían raudos unos escarabajos grandes con gente adentro, forrados de hierro, que bebían con fruición un líquido hediondo y negro. En los cielos aparecieron pájaros de plata, tan grandes como goletas. Pero los cuatro negros corrían, corrían.

—Venezolanos —dijo un hombre gordo con acento plácido arriba del palanquín.

—Conciudadano —gritó un hombre flaco.

—Compañeros —dijo un hombre gordo.

—Camaradas —voceó un cuarto.

—Cangaceiros —llamó un quinto.

Uno tras otro montaron sobre el palanquín. Y todos cuantos los rodeaban, y en especial los que llevaban peluca y las damas de manto largo, danzaban y aplaudían en derredor, ungiéndolos con el líquido viscoso de los escarabajos, hasta que los negros cansados los tiraban al suelo.

Apenas caían los que antes cantaban y bailaban con tanto donaire y alegría, dejaban de hacerlo para volcarse sobre él en un tornado de dientes, uñas e injurias, hasta que lo volvían ceniza y agua. El palanquín de los negros del Valle corría entonces de nuevo, para terror de todos, hasta que algún otro trepaba al carro y volvía a gritar:

—¡Yo soy el amo! ¡Yo soy el orden!

Volvía entonces el coro de mujeres de grandes mantos y nuevamente cantaba:

—Somos las dueñas del palanquín dorado.

—Somos sus amas y sus esclavas. ¡Qué viva el primo! ¡Qué viva la prima!

—¡Somos la blandura marcial de la raza! ¡El vinculo conductor de la estirpe!

—Somos el cambio de siempre que se torna en nada.

Una negra esplendorosa, mutante de edad y aspecto minuto a minuto, saludó a Juan Manuel y a Eugenia:

—Buenas, buenas —saludó sonriente.

—¡Hola, Rosalía! —respondió cariñosa.

—¿Qué hubo, mijita? —se adentró la negra, que en seis minutos alcanzó setenta años—. ¿Qué hay de nuevo por estos limbos del Monguibel?

Alborozada la muchacha se apretó contra el mantuano:

—Te presento a mi abuelo, Don Juan Manuel de Blanco y Palacios, que viene entrando de muerto…

—¿Familia de Rodrigo? —preguntó con desenfado.

—Soy su biznieto —aclaró seco y cortante.

—Entonces —comentó Rosalía adoptando la edad y el aspecto de cimbreante moza—, tú eres tataranieto de Rosalba, mi biznieta…

—¿Cómo decís, insolente?

—¡Ay, chico! —observó la negra sin amedrentarse—. Tú no sabes de la misa ni la mitad. A mí en una época —prosiguió tomando el aspecto de una seductora mujer— me llamaban la hembra más esplendente de las Siete Ciudades y tuve mucho que ver con tu chozno.

La guapísima negra, con igual celeridad, tomó la forma de una anciana de ojos brillantes:

—Fue recién fundadita Caracas cuando me cogieron a lazo, más allá del mar. Entre Macondo y Birongo, tierra caliente del Congo. Pero siéntate, mijito, que el cuento es largo y con esta hoguera tan fría te me puedes resfriar.

SEGUNDA PARTE
El Cautivo, conquistador y fundador de Caracas

13. Juanito Pata de Palo

Andaba quien esto paparrea por la razonidad —dijo Rosalía transformándose en una niña— cuando vine a dar a esta parte del mundo que enmientan el Nuevo. Apiñados como boquerones en salmuera llegamos entre la undumbre en las sentinas de Juanito Pata de Palo, enmentado cazador negral.

El viaje lo hice con las negras Petra y Felicia, que con dos años de avanzada, ya estaban en edad de merecer. A vuelta de los albores llegamos al Puerto a recoger unas arrobas de carne cecinada, tabaco y chocolate que en su último viaje Juanico encargó a los vecinos.

Érase voluntad del de la Pata de Palo trocar el ajovo castillan por cincuenta negrades, que en aquel entonces no se conseguían.

Moros y cristianos, salvo el asnudo del Gobernador, apodado «Ojo de Plata», entendían y placíales este maridaje de la guerra con el comercio, como siempre ha sido y será. Pero «Ojo de Plata»[17]era tan arlóte y entorpado que creía que hay una raya muy limpia entre lo bueno y lo malo: por eso prohibió a los vecinos merodear, bajo pena de vida, tocando a generala cuando apercibió a Juanito con su batel y el fardajeo con tantos peroles buenos.

¿Qué es lo que dice? preguntó Juan Manuel airado.

—Quedóse afollado y cordoso el Juanico —prosiguió Rosalía cuando encontró a Borburata sin gente, empero encontrar en la posada de los vecinos todo cuanto les había dado por encargo. Y aunque apañarse hubiese podido el bastimento, no cometió la erransa de falsar a su honor y saldó sus acrecidas, como el hombre ahuncoso que decía ser.

—Partir no he de la Borburata —juróse el anglo— sin facerme las albas negras y saldar mis acreencias.

A semejanza de un abacero, y en medio de aquel solazo de tabardillo que había en aquel mal poblamiento, ansina pregonó:

—A Alberto Espinosa, el de los Monteros, mi frade —dijo con chupa— debo trescientos pesos que troco con tres negrales de Guinea. —Para que no tomasen cachachá, fardearlos hubo.

—En prueba de amiganza —decía al final— déjote una churumbela.

Y colgó al cuello de uno de ellos el recibo explicativo.

Y así procedió con cada uno de los vecinos con quienes tenia encargos y acreencias, añadiéndoles algún dicho coral, pues de tal guisa era su naturaleza.

—Al gasajoso componedor Augusto Orihuela, dos negros y un libro bueno:

Amadis de Gaula. Al lindo Juan Liscano, *La Utopía* de Tomás Moro. Al marcus Simón Díaz, el Gaitero, un volumen del *Mingo Revulgo* para contrubar buenas controvaduras.

Al mentar a Julián el de las Mendozas, el que habría de ser mi primer amo, cató a Petra y a Felicia, y como al apercibirlas con el dedo yo soltase el quejo, luego de tirarme por las ñefas por no hacerme retrecha, escribió con juglería, mientras yo rezaba entre paladares al luciferal babalú:

—Al marfil Julián el de las Mendozas, dos negras buenas para el folgár y también para la cocina. Y de ñapa una negrada linda de nome Rosalía.

Ansina llegué a estas tierras del Nuevo Mundo.

Estalló Don Juan Manuel:

—¡Callad, por Dios, negra latinada, o hablad en cristiano! ¿Qué clase de jeringonza es ésta?

—¡Perdonad, Don Juan Manuel! —respondió Rosalía abandonando su forma para trocarse en mujer de mediana edad—, pero cuando me torno niña me expreso en el castellano que nos enseñó Juanico en la travesía y que para nada sirve por ser más viejo y desasistido que el cipote.

—Mi primer amo, Julián el de las Mendoza, era suave, caritativo y generoso. Con una sola obsesión: la de redimir a indios y esclavos del paganismo y de imponerles la fe de Cristo.

Con palabras de no entender y sentidas por buenas, nos libró de las amarras y nos invitó a seguirle al rancho que tenía por casa a pocas varas del mar. Era un hombre de mediana edad y ungido por tal santidad y parsimonia, que cuando lo escuchábamos hablarnos por primera vez de su Dios y de su Divina Madre, ya que era la mar de pacato, beato y rezandero, nos persuadió a tomar partido por sus creencias. Al igual que Don Julián era su mujer, Doña Ana de Chávez. Gorda, madura y reilona. Había sido hermana lega en el convento de Santa Teresa del Ávila, de quien recibió de sus propios labios benignas creencias y sabias enseñanzas. Lo que explica la razón del por qué una esclava negra como yo, y lo digo sin presumir, se exprese como una gentil dama de corte.

Dos largos y felices años pasé en la Borburata, al lado del bueno de Don Julián y de su mujer. Doña Ana de Chávez. Más que esclavas parecíamos hijas de familia Petra, Felicia y yo.

Aquella tarde llegó Don Diego de Lozada acompañado por un ejército de ciento cincuenta españoles y de ochocientos indios cristianizados. Iban a conquistar el país de Los Caracas, del que se decía en aquel tiempo que sus ríos estaban llenos de pepitas de oro.

Entre aquellos soldados venia Don Francisco Guerrero, el Cautivo. Yo estaba sentada con Doña Ana y las dos negras en la puerta del rancho la primera vez que lo

vi. Cruzaba hacia la playa seguido por todos los perros de Borburata ladrándole sin cesar, alarmados por su atuendo.

Don Julián el de las Mendoza, mi amo, se fue con el ejército de Lozada, a pesar de los ruegos de Doña Ana y de su escasa disposición para la guerra. Un día, luego de ocho meses de haberse partido, una piragua trajo una carta. Después de muchas dificultades, tropiezos y lucha armada con los indios —escribía Don Julián— Don Diego de Lozada se salió con la suya. Y fundó en medio de tres ríos a Santiago de León de los Caracas.

«Por los momentos —continuaba— no es más que un pequeño cuartelillo con una plaza en el centro, pues los indios son muy aguerridos y levantiscos, pero tengo fe de que en fecha muy próxima sí alcanzará la pacificación, pues si hay algunos indios aviesos y de mala índole, como teques y mariches, otros, como los que me han dado en encomienda en el Valle de las Guayabas a orillas del rio Mamo, son de cristianísimas disposiciones».

Con la piragua llegó una balandra de guerra de Santo Domingo. La marinería bajó a tierra a proveerse de carne, frutas y agua fresca. Al día siguiente, hacia el naciente, se vio avanzar una gran balsa provista de una vela grande de lona. En ella venia el Cautivo.

—Venimos en busca de pólvora y de municiones —dijo a mi ama, entregándole una carta de Don Julián, donde le decía que la paz del Valle había sido lograda con tal plenitud, que en una semana tomaría posesión de su encomienda de Mamo.

«Mis vasallos —refería— me han rogado trasladarme con la mayor urgencia al Valle de las Guayabas, donde ya me tienen albergue, pues rabian de dicha por conocer la palabra de Cristo».

«Por ello te pido que aproveches el viaje de nuestro querido amigo, Don Francisco Guerrero, para que te vengas de inmediato junto con nuestras negras, Petra, Felicia y Rosalía. Te ama. Julián».

Esa noche fue de algaraza en el puerto. La tripulación de la balandra, con más de quince días a sol y agua, bebió y comió a discreción en una salerosa jarana que armaron en la plaza. El Cautivo, luego de emborracharse, cantó y bailó la jota, el fandanguillo y la soleá.

Al amanecer se dio la alarma. Al amparo de la noche manos extrañas, luego de asesinar al vigía de la balandra, robáronle tres culebrinas de bronce, aparte de hacerle un gran boquete a la nao en la línea de flotación, que de no haberse reparado de inmediato, como se tuvo por uso, la hubiese echado a pique.

Pronto se supo el nombre de los culpables: los doce indios tocuyanos que trajeron a pulso la balsa del Cautivo.

—¡Perros malditos! —le oí clamar indignado—. Los despellejaré vivos si llegan a caer en mis manos. Está visto que no se puede confiar en estos salvajes.

A bordo de la nao de guerra, diez días más tarde, el Cautivo, Doña Ana de Chávez, el negro Julián, Felicia, Petra y yo, tomamos rumbo hacia Mamo, donde nos debería esperar Don Julián el de las Mendoza en su nueva encomienda.

—Lo que yo quisiera saber —comentaba el Cautivo al Capitán— es qué habrán de hacer esos malditos con esas culebrinas, cuando ni pólvora ni balas tenemos nosotros.

—Es mi caso, pero al revés —respondió el Capitán. ¿Qué hago yo con tanta pólvora y balas sin cañones para disparar?

—Pues vendérnoslas a nosotros. Nos haréis un gran favor y os ganaréis unos cuartos.

—Trato hecho —aprobó el Capitán cuando la ensenada a donde nos dirigíamos apareció a babor.

La balandra muy velera, rauda recorrió el trecho que nos separaba de la costa. Un grupo numeroso de hombres de guerra, entre los que había más de cincuenta caballos, se aglomeraba en la playa.

—¿Qué pasará? —díjose alarmado el Cautivo.

—Ese es Julián —observó mi ama con su proverbial mansedumbre—. No tiene remedio su carácter festivo. No acaba de llegar y ya encendió el sarao.

Malas nuevas nos esperaban: Don Alonso Andrea de Ledesma, ejemplo y pro del caballero cristiano dijo al Cautivo de quien era su mejor amigo:

—Don Julián el de las Mendoza fue asesinado por los indios de su encomienda. Al principio los muy bellacos lo recibieron entre palmas y vítores. Anoche, a solicitud de los caciques de los alrededores preparó un gran sermón. Todos estaban sentados en el suelo menos uno llamado Popuere, que hacia de acólito o de monaguillo. Don Julián hablaba. Los indios comenzaron a reírse. Popuere por detrás le hacía befas. Amoscado el pobre, volvióse en el momento preciso en que el cacique quebraba esa piedra que allí veis sobre su cabeza.

—¡Joder! —exclamó el Cautivo.

—No contentos con esto, le cortaron los genitales y se los metieron en la boca.

La pobre Doña Ana de Chávez cayó redonda en la arena.

14. Estaba limpita y recién fundada

A la mañana siguiente, muy de madrugada, tomamos el camino o el sendero que de un sitio llamado Arrecife, habría de conducirnos a Santiago de León.

Doña Ana, privada de riquezas, nos ofreció en venta al Cautivo. Luego de examinarnos cual si fuésemos mulas, le dio trescientos sesenta pesos con la condición de que continuase en nosotras sus enseñanzas y en una india de su preferencia a quien mentaban Acarantair.

A eso de las cuatro de la tarde llegamos al Valle, reventando por los lados del Calvario. Cuadradita, limpita y avizorada, perfilaba la puebla contra la montaña, que en aquel tiempo llenóme de pavor por su descomunal altura y aquel verde jubilar. Una corneta resonó a modo de saludo. Y uno de los nuestros por cortesía le respondió de tal guisa.

Había mucho hombre y pocas mujeres para tan poco espacio. Apenas traspusimos el portal, la gente se echó a la calle con objeto de recabar noticias sobre lo sucedido a Don Julián.

Entre los que vinieron a saludar al Cautivo estaban los indios que se robaron las culebrinas. Sorprendióme que antes de montar en cólera y despellejarlos vivos, repartió unas monedas entre ellos, cual si continuasen siendo amigos.

La casa del Cautivo me pareció un verdadero palacio, viniendo de la Borburata, con sus paredes de adobe y sus techos altos. La tarde estaba avanzada cuando cruzamos el zaguán y llegamos al patio, en ese entonces muy enyerbado y lleno de culebros y garrapatas.

A la derecha, al entrar, estaban los cuartos de los hombres y de las mujeres y la cocina, donde algunas indias, unas viejas y feas y otras guapas, preparaban la cena. Nueve negros que en cuclillas se contaban cosas entre si, al ver a Petra y a Felicia, se insuflaron de incandescencias, al igual que otro que hacia de centinela, muy descarado, que comenzó a hacernos señales indecentes. El Cautivo disparó su pistolón contra él.

—¿Qué es lo que se te ha perdido, hijo de perra leprosa? —le gritó al pobre hombre, que no paró de correr hasta que llegó a la otra garita.

A diferencia de los negros brejeteros, tres indios humildes fumaban tabacos en silencio. No levantaron la cabeza siquiera para vernos.

Algo extraño tras de mi me obligó a volverme.

Petra y Felicia sintieron igual fuerza. Una india muy hermosa, de pelo largo y saya blanca, avanzaba por el patio, dulce, ausente y posesiva. Era Acarantair, que en Caribe significa «la de la dulce boca» y que tanto habría de ver en nuestras vidas.

Para aquel entonces era la concubina preferida del Amo, que muchas tenia el muy truhán, entre la casa y las tierras que le dieron por encomienda.

El Cautivo al verla pasar a su lado sin percatarse de su presencia, la riñó: «¿Es así como recibes a tu amo y señor, india lanuda?».

Sin muestra de enojo ni alegría, prosiguió su camino hacia el sitio donde el negro Julián desensillaba a *Bravío*. Con palabras que no entendí, pero de resonancia alegre, acarició al caballo, que sí pareció entenderle por el doble pifiar de su respuesta. El Cautivo, bronco, corrió tras ella, la tomó por el pelo y entre ayes y blasfemias la guardó en su casa, trancándose a puerta cerrada.

Apenas desapareció, los negros se acercaron:

—¿No queréis hacer con nosotros lo que hacen ahora el Amo y Acarantair?

Felicia y Petra, contentas al parecer de que jóvenes tan guapos les buscaran fiestas, comenzaron a reírse cual gafas insulsas que no eran, y a darse golpes entre sí. En medio de tal jacaranda de hembras cercadas por aquellos mozos guapos y ladinos, restalló entre un látigo la voz del Cautivo.

—¡Joder! ¡Hijos de la gran puta! ¿Qué es eso de estar tentando a mis negras? ¡Orden y disciplina en mis propiedades! —rugía departiendo latigazos—. ¡Os las folgaréis —gritó amenazante— cuando yo lo determine! Y no para daros gusto, sino para acrecentar mi cría. ¡Oídlo bien, bellacos!

Y volviéndose hacia Julián le ordenó:

—¡Guarda de una vez a estos cabrones en la sentina!

La noche avanza. Seguidos por los tres indios, los nueve negros entraron en la sentina. Julián luego de poner una tranca en el travesaño, pasó la llave de un inmenso cerrojo.

A Petra, Felicia y a mí, nos encerraron con las indias.

Nuestro proverbial olor a cují era perfume de Arabia al lado del olor que expelían las indias viejas.

Doce indias eran muy jóvenes y guapas y en particular una de ojos rasgados y piernas altas, en medio de la preñez, que por sus propias palabras nos enteramos que se llamaba Marta; de haber sido, hasta que llegó Acarantair, la preferida del Cautivo y de ser suyo el hijo que llevaba en las entrañas.

—En mi tiempo —nos dijo sin aprensión— el amo nos folgaba a todas; pero desde que llegó Acarantair vivimos padeciendo, porque al igual que el perro del hortelano, ni folga, ni deja folgar. ¡Ah cosa rica!, ¿no os parece, chicas? —Petra y Felicia, que por ser hijas de reyes, al igual que yo, tenían en alto aprecio su doncellez, que luego Doña Ana robusteció con sus enseñanzas, reaccionaron confusas ante las salaces palabras de Marta.

Al poco rato la noche se hizo cerrada y un tremendo aguacero comenzó a caer.

En el cuarto de los hombres oí de pronto un zaperoco; risas, carcajadas, lamentos… ¡pónganmelo así! —dijo alguien en bantú.

15. Estrangulo y curo gangrenas

Levantó el sol sobre los montes donde termina el Valle. El samán desgaja sobre el patio pájaros cantores, zamuros de la hermandad, guacamayas estridentes. *Bravío* pasta entre yerbajos. Don Alonso Andrea de Ledesma se incorpora somnoliento de la garita donde hizo guardia y mira hacia el Valle cubierto por la neblina.

Abajo, en los cuatro solares, la gente todavía duerme. Su casa, vecina a la de Guerrero, no tiene la suerte de su acequia rumorosa y cristalina. Ni el frondoso samán

donde el Cautivo hizo empotrar un altozano en forma de balsa donde sube en las tardes para otear el paraje y espiar al vecino: su cohabiente Don Francisco de la Madriz, un viejo conquistador, noble y austero, a quien detesta con rigurosa pendencia por tener que compartir, por un tiempo, el solar que le adjudicó Lozada para erigir su morada. A diferencia de los otros españoles, puso cerca de cardón y paloapique al menguado espacio que le cedió para sus expansiones, negándose en redondo a que su caballo compartiese nocturnidades con *Bravío* pues no quería, como protestó a Lozada, «que ese mal mostrenco enseñe malas mañas al mió».

—Si es vuestra voluntad que así lo sea —respondió a Lozada— prefiero que pase la noche al descampado.

No transigió el Fundador. *Bravío* tuvo por cuadra el samán y el Cautivo en venganza se las ingenió para sacar de quicio a su piadoso, faculto y sosegado vecino, que al decir de Ledesma era «de los pocos hombres de pro que había en aquella puebla, donde todo vicio tenía su asiento y toda maldad su quehacer».

Dé la Madriz, al igual que Ledesma, era pacato y sermoneador:

—Estáis distorsionando con vuestro ejemplo —proclamaba recriminando a sus compañeros— el sentido de la familia. No podemos tomar para goce de nuestros sentidos la hembra que no puede elegir. Los serrallos que habéis erigido con vuestra lujuria se harán costumbre en esta tierra y digna de encomio al paso de los años con amargor creciente sus frutos.

El Cautivo por respuesta a sus monsergas se construyó una alberca a tres pasos de la cerca, donde se bañaba desnudo rodeado de siervas y esclavas, entre imprecaciones soeces, lascivos intentos y palabras de germanía que sumían al púdico caballero en atónito suspenso y en especial cuando las hermosas zagalejas hacían la ronda de la maroma cantando a voz en cuello las obscenas coplas del Mingo Revulgo:

Ah, Mingo Revulgo, Mingo.
¡Ah, Mingo Revulgo, ahao!
¿Qué es du sayo de blao?
¿Non lo vistes en domingo?

Además de impedirle el uso de la cocina, «ya que para los potingues que hace bien le sobran los horcones de un pastor», le cortaba el agua a su antojo, obturando la canaleta que salía de la alberca.

Al de la Madriz placíale reunirse en las tardes con tres o cuatro amigos a discurrir sobre política, que era su manía, o sobre cosas santas, que era su vicio. El Cautivo desde su altozano y auxiliado con un catalejo, entraba a saco en la conversación, haciendo sarcásticos comentarios que llevaban al de la Madriz a nivel de locura. Semanas atrás, exasperado y descompuesto, le gritó sacudiéndole el puño:

—¡Cómo se ve que no eres más que un arrenegado, perro circunciso!

El Cautivo se dio por ofendido y hasta el día de ayer, a pesar de las súplicas y amenazas del Capitán General, cerró el paso del agua.

Dos zamuros disputaban enrabiados por las tripas de un gato muerto.

«Están como Don Francisco y el Cautivo —se dijo para si Ledesma—. Se empeña en hacer de Lucifer, cuando tiene más de San Jorge. ¿Cuál es su empecinamiento por hacerse odiar?, que para su fortuna nunca lo alcanza de un todo, empero sus barrabasadas y su expresión entre sañuda y airada que sólo troca en risa cuando ella va preñada de sarcasmo. Pocas han sido las ocasiones en que le he apercibido un gesto de compasión, un destello de locura, una ventisca de amabilidad, una sonrisa afable. Afirma tener por verdad inquebrantable el que los hombres confunden la bondad con la blandura, la alegría con lo ingenuo y la afabilidad con la tontera. ¿Será ello la causa de su perfil jupiterino de barbas airadas pronto a desbordarse en imprecaciones lacerantes, cual fierro vivo? De él no he recibido sino bondades, si bien es cierto que como se dice por aquí, al parecer tengo la pepa del zamuro, al igual que el Capitán Fundador, el único humano a quien no afrenta, no zahiere ni calumnia. De no haber sido por Don Francisco Guerrero, quizás a estas horas estaría de cara al Creador…».

La luz de la mañana se salta las murallas para alumbrar el patio. Se esfuman los zamuros y los yerbajos. Caen las casas y el paloapique. Caracas es un cerco de piedra con un cuartel y una manzana tapiada, centrada por el rollo de la justicia, a quien el Capitán Don Diego tres días ha la declaró fundada. Diez españoles de a caballo, con Ledesma y el Cautivo al frente, vienen de incursionar los campos que se extienden más allá del Anauco. En fila india los soldados cruzan su cauce. Adelante va el Cautivo; rezagado y postrero Ledesma.

Flechas y gritos salieron de pronto entre los bejucos. Más de cien salvajes restallaban muerte. Ledesma no había llegado a la orilla. El enjambre cobrizo se le vino encima. Una lanza se clavó en el muslo y diez sobre su caballo. Encabritado lo lanzó al suelo y con el pecho ensangrentado corrió hacia el piquete de tropa que a todo meter huía. Un indio grande y membrudo dijo en su media lengua:

—Morir aquí no has: lo harás tras de las colinas.

Entre risas y voceríos lo tomaron en vilo y se lo peloteaban por el camino, cual jugando a la sardina.

Retornaron los zamuros, las casas, la alberca, la figura coja de Ledesma, que arriba de la muralla prosigue su remembranza de lo que sucediera dos años atrás:

Ya me resignaba a ser devorado por aquellos salvajes, cuando al grito de «Non fuyades, cobardes» apareció el Cautivo, quien arriba de *Bravío*, lanza baja en la izquierda y cimitarra en la derecha, cargaba sobre los malandrines. Los cien indios, que menos no eran, le enfrentaron sus macanas. En la primera arremetida dejó diez

fuera de combate. Los gandules ante tamaños destrozos, corrieron como gamos, perseguidos por el Cautivo por más de cien varas. Luego de darle resuello al caballo, torno grupas, picó espuelas y curveando el cuerpo sobre la bestia, al grito de «¡Hala, nene!» me tomó en vilo y huimos a todo meter hasta llegar a las puertas de la ciudad.

La herida se me emponzoñó. Una fiebre de fuego me consumía. Alguien a mi lado veló toda la noche, cambiándome las compresas frías entre luengos suspiros compasivos. Atónito me quedé al descubrir a la luz de la mañana, que había sido el Cautivo el samaritano de tan buenos y compasivos intentos. Roncaba Don Francisco en un rincón del aposento, cuando entre el sueño febril apareció Don Diego de Lozada.

—Malo está esto —dijo a sus hombres luego de catarme la pierna. Y creyéndome dormido añadió conmovido—: esto es gangrena.

Tras de él, y al poco rato, aparecieron Sancho Pelao, que decía ser físico de la escuela salernitana y ducho en medicinas, Villapando, yerbatero y estrellero y a quien el Cautivo odiaba, como hasta ahora, a más no poder. Cuatro soldados de los más robustos del campamento venían para sujetarme. Uno traía una sierra, otro un cordón y el tercero una botella.

Sancho Pelao me espetó sin preámbulos y sin el menor acento conmiserativo:

—Vengo a amputaros la pierna por orden del Capitán General. Y es inútil que hagáis resistencia —añadió al apercibirme un destello de rebeldía — pues lo hemos de hacer con vuestro con sentimiento o sin él.

—¡Fuera de aquí, mentecatos! —gritó irguiéndose inesperadamente el Cautivo — que para cojo o lisiado no le salvé la vida.

Físicos y soldados huyeron en tropel ante sus bramidos.

Tan pronto nos quedamos solos dijome con acento de mago encantador:

—Intentaré poneros la contra de la gangrena. Algo de medicina aprendí entre turcos, aparte matar hombres y desfacer doncelleces.

A una indicación suya, Tomasillo, el negro medicinal, quien además de sodomita como decía el Cautivo, tenia mañas para curar, le trajo un mortero, polvos y yerbas que comenzó a macerar, a tiempo que recitaba una extraña jeringonza con trasuntos de oración y cosas de misterio. Yo, al catarle ese airecillo demencial que a veces se le plantaba, le inquirí con algo de miedo:

—¿Y si no resulta vuestra pócima, qué pensáis hacer?

—Os pasaré al otro mundo limpiamente —me respondió sin variar el tono —. De no prestaros este encantamiento que aprendí en Constantinopla, os quedan apenas dos senderos: arrastrar la vida entre atroces sufrimientos o poneros en manos de Sancho Pelao para que haga de vos un mendigo. No estoy dispuesto ni a lo uno ni a lo otro. Vuestra vida es cosa de mi propiedad. La gané limpiamente en brava pelea. Y como cosa mía que sois, os prefiero muerto que choreto.

Tomasillo que no salía de su asombro, cubrió su boca con femenil gracia. El Cautivo sonrió apacible, y con tierna expresión intentó consolarme:

—Pero no desesperéis, maese. Entre los infieles aprendí, además de estos encantamientos que nunca han sido mi fuerte, el arte de estrangular con pericia. Más de cien musulmanes por encargo propio y ajeno, monté en la barca de Caronte sin el menor sufrimiento y a la mayor brevedad. Era ya tal mi fama y reputación, que en los últimos tiempos cinco príncipes, dos visires y un bajá que habían recibido el pañuelo de seda negro del sultán y que significa «Estrangúlate por tus propios medios o lo haré yo ante la Mezquita», se pusieron en mis manos.

El Cautivo suspendió su relato para meterse en la boca tal cantidad de yerbas limpias y maceradas, que parecía uno de esos chicos de carrillos inflados que en los mapas antiguos simbolizan los vientos. Masticó el bolo sin dejar de mirarme, ni yo a él, ya que su aspecto y palabras lo hacían espantable. De rodilla y con un cuchillo cocinero, me tasajeó la pierna sin prevenirme. A pesar de los hondos surcos no sentí dolor alguno. Bruscamente quebró la cerviz y clavando sus dientes en mi pierna, me arrancó un trozo de carne que ya estaba azul y podrida. Tampoco sentí dolor alguno. Luego de escupir el asqueroso bocado y de gargarear con ron cocuy, volvió a atragantarse de yerbas y a morder. Así hizo hasta por tres veces. A la cuarta dentellada tuve el más terrible dolor que jamás en mi vida volveré a sentir.

—¿Os duele, maese? —preguntó regocijado poniéndose en pie, entonces estáis salvado.

Apenas dijo estas palabras arqueó ruidosamente, dejando salir un vómito largo y espeso.

En la misma tarde bajó la fiebre. A los quince días habían cicatrizado las heridas. Antes de un mes, con mucha cojera, caminaba.

—Pensándolo bien —me dijo esa tarde— he resuelto devolveros la libertad, no servís para mayor cosa y es ruin el beneficio que podéis aportarnos con vuestro trabajo. Haced pues, lo que os venga en gana. Sois libres de nuevo.

16. ¿Quién mató a Timoteo?

—Ah, buen viejo Don Francisco —dijose Ledesma viendo con afecto hacia la casa de su amigo. La voz del cañón retumbaba hasta el patio:

—¡A levantaros, perezosos!

Julián de un salto se puso en pie. Acarantair prosiguió echada sobre el cuero de vaca.

—¡Toma! —dijo al negro entregándole las llaves del cerrojo.

—Vamos, vamos, barragana —gruñó sobre Acarantair metiéndole en el flanco su babucha forrada en cuero—. Despierta ya. Es hora de hacer ese horrible mazacote

que llamáis arepas.

Abrió los ojos con ira. Y se le acrecentó el furor al verle la cara al Cautivo. Apenas se cubrió con el sayo, salió al patio dando voces. La yerba estaba mojada. La acequia rugiente. *Bravío* relincho al verlo. A gritos reclamó a Acarantair. Somnolienta, legañosa y desnuda, se asomó al patio.

—¡Eh, niña! —protestó—. ¡Qué hay que taparse el culo para andar entre cristianos! Cúbrete con la saya y despierta a las de tu casta.

Seguido por ella y Julián, llegó al repartimiento de las mujeres.

—¡Abre ya!

Una bocanada de cuerpos sucios salió de adentro. Dos cerdos pasaron entre sus piernas. Diez galanas cacarearon. Echadas en el suelo y sin cobertor, Petra, Felicia, Rosalía y las indias.

Tres de ellas eran arrugadas, canijas, transparentes.

La voz de Rosalía saludó cantarina:

—¡Salud, mi amo!

—¡Salud, carboncillo! —distendió el gesto fiero—. En vez de negra pareces un hada pintada de azul.

Arrepentido volvió a la carga:

—Y vosotras, brujas —clamó dirigiéndose a las ancianas— a despertaros, que el hambre es mucha y la pitanza abunda. ¡Freídme una docena de huevos y media libra de tocino!

Las viejas, con pereza ritual, caminaron hacia la cocina, encendieron el fogón con sus hocicos sumidos. Marta, la del vientre lleno, rastreaba huevos en el galpón. Las otras barrían y las que eran desabridas como pitahayas descascaraban y trituraban en rítmico bamboleo el maíz sobre el pilón.

Acarantair arrebujada en su manta, las miraba barrer con sus escobas de palma.

Cayó la tranca de los hombres. De una patada el Cautivo abrió la puerta. Un vaho más grueso que el de las mujeres, lo hizo escupir. Nueve negros sentados, con argollas en los pies, lo miraban apacibles.

—¡De pie! hijos de puta, que entra el amo.

Con excepción de un indio, todos de un salto se irguieron.

—¡Eh, tu! Grandísimo cabrón, ¡despierta! El indio siguió inmóvil boca abajo. Trepidante de rabia le pinchó una nalga con la tizona. No hizo el menor movimiento. Lo dio vueltas. Tenía la cara amoratada y la lengua afuera.

Trasudó fría la cólera:

—¿Quién lo hizo?

Los once hombres guardaron silencio.

—¿Quién mató a Timoteo? —preguntó de nuevo.

Tintinearon miedosos los grillos. Nueve negros resbalándose sobre sus cadenas,

volvieron a sentarse. Los dos indios recostados a la pared miraban al suelo.

—¿Qué quién de vosotros lo hizo? ¡Decídmelo de una vez! No me hagáis rabiar.

Por tercera vez quedó sin respuesta.

—¡¿Fuisteis vosotros?! ¿No es verdad? —inquirió a los negros con ojos enrojecidos.

—¡Tú! —dijo dirigiéndose a uno de los indios—. ¿Quién de estos negros mató a Timoteo?

El aludido sumió aún más la cabeza y no respondió.

—¡Qué me digas quién mató a Timoteo! —estalló bronco—. Fueron los negros, ¿verdad?

—Yo no sé, mi amo —alegó vacilante—. Yo estaba dormido.

—Dime tú —exigió al otro indio— ¿quién carajo mató a Timoteo?

Ante el silencio, la cólera que lo abrumaba lo torno cárdeno.

—¡Ah, con que no queréis hablar! Pues os vais a arrepentir. Aquí estaréis sin comida hasta que me digáis el nombre del homiciano. ¡Tranca ya, Julián!

Un brazo cobrizo se atravesó al cerrar.

—No amo, no, —gimoteaba desesperado—. No me dejes con los negros. ¡Yo te diré todo! ¡Detente! No nos dejes con ellos. ¡Yo te diré!

El otro indio sumó su voz.

—No nos dejes con ellos, amo. ¡Abranos! ¡Todo lo contaremos!

—Cuando os lo pregunte de nuevo, grandísimos cabrones. ¡Pasa la tranca, Julián!

17. ¡Santiago y Cierra España!

Arriba de su caballo por el zaguán de su casa, sale a la calle el Cautivo. Resbala *Bravío*.

—¡Joder! —clama—. Esta vereda es un chiquero y eso que la mientan la Calle Mayor.

Camino de la Ermita de San Sebastián se va diciendo:

Esos fueron esos malditos negros que mataron a los indios. Nunca he visto mayor odio entre dos castas que la que se profesan estos malditos cabrones. No hay un mes en que un negro no mate a un indio. No es que me importe mucho lo que pueda pasarle a esos mugrientos enanos hediondos y llenos de piojos; pero luego viene el cura García, o el mismo Don Alonso a invocar las Leyes de Indias, amenazando con llevarme a los tribunales por maltrato a estos nuevos súbditos de Su Majestad, que todavía no atino a saber a quién carajo se le ocurrió tildarlos de humanos. Si a muerte de indios se redujese el asunto no me importaría, pero los indios por vengarse, cada vez que pueden, los flechan y cada negro no baja de ciento veinte pesos. Tengo que acabar con esta sangría, so riesgo de caer en la miseria. Tan pronto retorne les voy a

dar una paliza, así el Ayuntamiento me obligue a venderlos, como sucediera con el negro Tomasillo a quien arranqué apenas la mano en un arrebato de intemperancia.

¡Qué buen negro era el muy bribón! Trabajador como un esclavo persa; ducho en medicinas como nadie. Y todo por culpa del fementido de Villapando, que llevó la voz cantante en el Cabildo y hasta le suministró los reales para que comprase su libertad. ¡Sodomita había de ser! De dónde acá un negro puede reunir los cien pesos en que se fijó su precio, de no ser por alguien como Villapando que se los presta o regala…

Aparte… —continuó, rememorando su diálogo con Ledesma un año antes— ¿a cuenta de qué un pobre diablo como Villapando va a estar regalándole nada a nadie? Tales liberalidades entre hombres sueltan serias sospechas de mariconería.

—Maese, por Dios —protestó Ledesma—. ¡Bien sabéis que tal vicio es cosa extraña entre españoles!

—¡Qué estáis más errado que perro saltado!

¿Es que acaso no sabéis que por culpa de la sodomía entró el Reino en erupción cuando Doña Isabel La Católica subió al trono, tal fue su empeño en perseguirlos? Los maricones, maese, apoyaban a su sobrina, la Beltraneja, por los nombres y privilegios que su padre Don Enrique el Impotente dejó caer sobre ellos.

—El Impotente —prosiguió el Cautivo— además de sus fallas naturales, era un maricón de rompe y rasga que transformó la Corte de San Fernando en el recaladero de todos los putos de Castilla y de la morería. Su hermana. Doña Isabel, muerto el Impotente, se alzó contra su sobrina, que no era tal sino hija adulterina de su cuñada y de Beltrán de la Cueva. Los maricones brindaron su apoyo a la Beltraneja y Doña Isabel los persiguió con ardor. Al descubrirse las Indias pasaron a millares y empero andar disimulados con arrebatos de varón, si hurgáis a fondo, encontraréis que entre esos bizarros soldados de rostro fiero hay por lo menos veinticinco lambeculos de Urano. ¿O es que no habéis oído los depravados cuentos de las expediciones de los Bélzares?

Felipe de Hutten, con quien vine a estas tierras, tuvo que castigar con la hoguera los horrendos crímenes contra natura que encontró en su ejército. El tal Villapando, precisamente, es uno de esos mozos. Y os puedo decir sin apremio de falso testimonio, que yo mismo estaba cuando pasó aquel galeón con rumbo a la Margarita, de donde lo tiraron como un fardo al grito de: «Ahí les dejamos eso. Pero tened cuidado porque es un gran marica y si no le hemos tirado al agua es porque sabemos a buena ho que entre vosotros encontrará contento». Pasado el sofoco que nos dejó el marino y de haberle disparado sin suerte nuestros arcabuces, atendimos al hi de puta, que con rostro contrito estaba a punto de llorar. Nos dijo que era médico herbolario, que a mi me sonó como a brujo y empero no ser hombre de chismes y comadreos, como os consta, el tiempo me probó que no era ociosa la advertencia de los marinos.

Villapando, además de maricón perdido, es nigromante, mercader y herbolario. ¿Conocéis algún otro caso que reúna en un solo hombre tanta infamia? Nadie me quita de la testa que es capaz de cualquier bajeza con tal de ponerse en la fortuna, que persigue con tanto afán y codicia. ¿Habéis visto la naturalidad y destemplanza con que anda entre indios? Me cuentan que se ha hecho amigo íntimo del Cacique Guaicamacuto, sabiendo que es enemigo jurado de los españoles.

La Calle Principal estaba atestada de vecinos. Unos comerciaban o platicaban en los tenderetes del mercado, que alrededor del rollo de la justicia se aglomeraban en pequeños cuadros simétricos, como le gustaban al Fundador, donde se vendían frutos, fritangas o animales de cacería entre una abigarrada multitud de soldados, negros e indios cobrizos.

Bravío marchaba a paso lento por la calleja llena de gente, ovejas y puercos, en dirección a la ermita. Una cimbreante india de las que a veces venían de putería de las aldeas vecinas, dio un sesgo a sus cavilaciones.

—¡Adiós, guapísima! —le musitó con su ceceante acento—. ¡Qué quiero verte en mi alberca refrescar tus carnes…!

La india sonrió. El Cautivo se atusó la barba y abrió la boca con lascivo intento. Pero la zagala no le sonreía a él, sino a Francisco Infante.

«Ese Infante sí que es un tío con suerte —se dijo al proseguir su camino—. Pocos años le faltan para alcanzar mi edad y parece un crio… ¡Claro! —añadió con rencor — joven tiene que mantenerse Infante, como todo aquel que no se gasta. Además de avariento en lo terrenal, es mezquino cual nadie en asuntos del corazón».

Abatido de pronto por una ventisca de tristeza, añadió:

«¡Ay, que falta me hace una mujer de mi tierra! Las indias y las negras apaciguan el cuerpo, pero entenebrecen el alma».

Y pensó en Soledad con expresión ausente, la mocita que por darle calabazas lo llevó a la guerra.

«Muchas mujeres hay en mi vida, blancas y negras. Putas y turcas. Indias y barraganas y hasta una monja de claustro. Pero nunca tuve tiempo para sentar cabeza, montar casa. Encontrar una mujer para quererla de veras y sembrarle un hijo. Catorce bastardos dicen que tengo entre estas indias piojosas. Y la verdad vaya alante: más de uno se me parece. Pero no siento por ellos no digo yo el menor amor, cuando los veo siento una extraña repulsa donde se dan la mano la antipatía con la tristeza. ¿Cómo es posible que ese mochuelo triste, ese mestizo amarillo lleve mi propia sangre, como lo proclama en culpa sus girones de pelo amarillo o mis ojos color de cielo? ¿Puedo llamar hijos a los seres que por un momento de cachondez engendré con sus madres, que son poco menos que bestias? Folgar con una india es como folgar con una mula, como fuerza es confesar que lo he hecho en momentos premiosos. ¿Cómo voy a ser yo padre de un vástago por una revolcada que me haya echado con una de estas

indias andrajosas, herejes y bestiales, por buenos culos y tetas que tengan?».

Bravío se detuvo al lado de la Ermita. Doce soldados de cara a la montaña montaban guardia en hemiciclo a veinte varas de la puerta, mientras otros en igual número, se aburrían con las armas a punto en dos bancos del cuartel.

El Cautivo amarró su bestia y caminó hacia los soldados. Alonso Andrea de Ledesma estaba ese día al frente del pelotón. Con ojos alertas atisbaba el descampado. Había rumor entre la indiada —refirió al Cautivo— que ese día la gente de Tamanaco intentaría una nueva incursión contra la ciudad.

—Si no son ellos mismos —respondió el Cautivo— los que fraguan alguna bellacada. Por mí ya los hubiese desmochado a todos cual siega de campo ajeno.

—El combatir a quien nos hostiga —respondió Ledesma— no persigue su aniquilación. Aspira sólo a invalidar su fuerza destructiva.

—¡Bah! —respondió con gesto aburrido—. Estáis más perdido que el Almirante Colón y más apendejecido que Juan de la Cosa. Poneos a hacerle carantoñas a un tigre o a una de esas serpientes monstruosas que hemos visto mugir como vacas en los meandros del rio, a ver si lográis hacerle cantar maitines o terminái devorado por ellos. De igual naturaleza son estos indios piojosos, manfloritas, ladrones e incestuosos. Yo Don Diego, jamás hubiese permitido que se instalaran a doscientas varas de la ciudad esas rancherías de donde van y vienen a nuestras casas como sirvientes en plan de cristianizar.

Luego de dar un vistazo al campo, exhaló un gruñido por despedida y a paso firme se dirigió a la Ermita para orar o charlar con el único ser divino con el cual, según decía, mantenía trato y comunicación: La Virgen de la Soledad.

Al entrar a la capilla una voz atiplada reclamó su atención:

—¡Salud, bravío Capitán!

Cegado por la penumbra no reconoció a su odiado Villapando, el herbolario, quien con expresión intrusa y manos entrejuntas le sonreía. Era un hombre de mediana estatura, medio grosero, a mitad de la vida, calvicie intensa, nariz torcida, boca sin dientes, mirada astuta, sonrisa de tendero.

El Cautivo lo miró con airado desdén.

—¡Qué te den por el culo, maricón! —le dijo al paso. Y a grandes zancadas, sin quitarse el turbante, haciendo sonar sus espuelas contra el piso, atravesó la Iglesia y sin mirar a los que rezaban, se arrodilló ante un pilar frente al Altar Mayor.

Sin darse cuenta que tras de él rezaba su vecino Don Francisco, de la Madriz, cual si estuviese en la Mezquita, quebró por seis veces su cabeza sobre el suelo llevando las palmas arriba.

«Si aquí hubiese autoridad —gruñó el de la Madriz— a este bellaco no se le ocurriría afrentarnos con sus zalemas de apostasía».

El Cautivo creyéndose a salvo de los otros oídos, inició su diálogo con la madre

de Dios:

—Virgen de la Soledad, Madrecita mía, que no tienes altar ni tampoco efigie en esta iglesia de palmas, por presente te he de dar tu más bella imagen para ese Convento de San Francisco que pronto se ha de empezar si me quitas de encima esta penita pena que me está sacudiendo el alma. ¡Me hace falta una mujer. Virgen de la Soledad! Una mujer de veras, que alivie mis asperezas. Una mujer que me haga bullir de entusiasmo. Una mujer que espante mi tristeza. ¡Dame esa mujer, Madrecita mía! Pórtate bien, paisanita y te acordarás del Cautivo, que si alguna vez abjuró de la fe de Cristo no fue por mudable, ni por presumido, sino por salvar la pelleja. Yo sé que aún me guardas ojeriza por mis truhanerías cuando serví a Solimán y maté cristianos en el sitio de Viena. Perdóname Madrecita de mi alma. Perdóname Virgen de la Soledad. Pero búscame una mujer…

Don Francisco de la Madriz sacudido de equívocos, interferido por viejos resentimientos, crédulo de que el Cautivo era capaz de las más abominables acciones, volcó estrepitoso la ira que lo constreñía:

—¡Sólo eso nos faltaba, pagano, hereje, marrano, mal nacido! El que os atreváis a poner a la Virgen en trotes de andorra.

El Cautivo por primera vez en su vida empalideció y se quedó sin habla. Una profunda congoja por donde asomaba el llanto le congeló el rostro.

«Cómo es posible —se dijo lastimero— que Don Francisco de la Madriz, un hombre faculto y de buen sentido, por más que no le placiera, le pudiera cruzar por la mente que a él, a Francisco Guerrero, el Cautivo, se le ocurriese algo tan espantable, una barbaridad semejante».

Roja la faz, balbuceante el habla, conturbada la expresión, miró a su vecino y a los presentes con ojos irisados de protesta.

—¡Perdonad, Don Francisco! —dijo con un inusitado acento donde se entremezclaba la vergüenza, la confusión y la desdicha—. ¡Perdonad, amigos! —dijo al corro hostil de curiosos—. Yo he sido malo, truhan y fementido, pero no hasta tal punto. —Antes de darse vuelta dejó caer con profundo abatimiento—: ¡Me habéis entendido mal!

Vacilante, cabizbajo y vencido, caminó hacia la calle. Pero al llegar a la puerta reapareció violento su ser natural, que por primera vez lo había abandonado y retornó recrecido:

—¿Pero, cómo se les puede ocurrir a estos hijos de puta —exclamó vociferante— que yo, el Cautivo, sea capaz de meter a mi Madrecita en tamañas bellaquerías? ¡Es que lo mato…! ¡Es que mato al maldito vejete! ya se volvía para sacarlo a rastras, cuando Villapando le salió al paso con expresión suplicante y enternecida:

—Esperaba que terminarais vuestras oraciones para daros mis excusas sobre un mal entendido que me ha privado de vuestro afecto y consideración…

La ira empitonada que lo carcomía cambió de rumbo ante el yerbatero, quien seguía balbuceando, ceceante y salivoso, excusas y lisonjas con su boca vacía.

—¡Coño! —rugió el Cautivo descargándole un puñetazo en la cara. Una columna impidió que Villapando rodase por el suelo.

Estupefacto y con la cara sangrante lo miraba. Sus manos de tenazas lo aprehendieron por el hombro y lo elevaron a una cuarta del suelo.

—¡Qué no me dirijáis la palabra mientras viva, viejo astroso! —le gritaba sacudiéndolo como un guiñapo, mientras le enseñaba, como un tigre hambriento, su dentadura firme, blanca y reluciente—. ¿O es que no tenéis vergüenza?

Luego de zarandearle a sus anchas lo bajó a tierra dándole un puntapié por el trasero. Villapando cayó de bruces a mitad de la calle, en medio de la risa y sorpresa de la muchedumbre que ya se formaba.

El herbolario con la expresión compungida, echado en el suelo, se acariciaba aún sin comprender, el rostro sangrante. Sancho Pelao, con quien había hecho amistad, se acercó solícito seguido de Tomasillo:

—¡Viejo abusador! —murmuró Sancho Pelao limpiándole con un trapo la sangre que fluía de sus narices. Tomasillo remilgoso consolaba a Villapando con palabras dulces y toques de magia.

Retumbó la carcajada del Cautivo:

—¡Dios los cría y ellos se juntan! ¡Palmo con palmo, burro con burro, marica con marica! Y esto os sucederá, maldito sodomita, cada vez que me salgáis al paso.

En medio de risillas y risotadas montó a su caballo de un salto.

—¿Pero, qué ha sucedido, maese? —inquirió ansioso Ledesma, quien al ver el tumulto frente a la iglesia se vino trotando.

—Pues nada hombre —le respondió con profundo acento de asco—. ¡Qué se quedaron cortos los que mal hablaban de esta sabandija!

Villapando, Sancho Pelao y Tomasillo al calarle las torvas miradas y gestos que les dirigía, presintiendo lo peor corrieron hacia la iglesia en el momento mismo en que el Cautivo taconeando los ijares de *Bravío*, se lanzaba contra ellos, alfanje desenvainado, al grito de: «¡Santiago y cierra España y muerte a los maricones!».

Titiritando de terror lograron ponerse a salvo cuando ya *Bravío* los alcanzaba. Llorosos y atemorizados se arrodillaron ante el Padre Baltasar, que al cubrirlos con sus manos se sintió convertido en un nuevo Santo Domingo de Guzmán. El Cautivo, que detestaba al cura, aprovechó para mofarse:

—¡Mirad, mirad, la gallina del balandrán!

Luego de proferir injurias y amenazas contra los fugitivos y el capellán, flanqueado por Ledesma bajó hacia la Plaza Mayor.

El sosegado caballero le dijo de soslayo entre paternal y sorprendido:

—Perdonad que os regañe, maese, pero la verdad es que todos los días estáis más

loco. ¿No os da vergüenza que un tarajallo como vos se conduzca como un crio?

El Cautivo se volvió entre burlón y atónito. Vio hacia la plaza rebosante de gente y parándose sobre los estribos, gritó estentóreo:

—¡Santiago y cierra España! ¡Mueran los maricones!

Y picando espuelas galopó hasta su casa con alarde y algazara.

18. La Poza del Cautivo

Apenas cruzó el portal algo extraño se apercibió. Julián con un trasfondo de hembras ansiosas, golpeaba fuerte la puerta de la sentina.

—¿Qué diantres sucede?

—Cuando vuestra merced salió a la calle hubo adentro una gran algarabía. Luego fue todo silencio. Ahora nadie responde.

De alfanje y pistolón se adentró en el cuarto. Sobre el cadáver del indio Timoteo estaban sus compañeros: uno con la cabeza rota y el otro con la lengua afuera. Los negros sudorosos y temblando miraban al suelo.

—¡Malas pécoras! —clamó desaforado batiendo la Cantaora—. ¡Hijos de perro y monja! ¡Bastardos! ¡Bellacos! Ahora de una vez por todas vais a responder, o de lo contrario, por más que me arruine, los mataré a todos. Dime tú, engendro del Averno —preguntó a un negro flaco— ¿quién mató a mis indios?

El interpelado lo vio con terror.

—Por última vez, carroña de Lucifer, dime quién es el homiciano si no quieres hacerle compañía.

El esclavo se empeñó en callar. Un golpe limpio de alfanje cercenó su mudez.

Gritaron los negros. Uno alto, fuerte y musculoso observó con voz reposada:

—No busques más. El homiciano fue ese. El que acabas de matar.

Con un ojo entreabierto y el otro cerrado, lo caló hondo.

Éste es el capataz, éste es el asesino —se dijo—. El odia a los indios. Se solaza en sus muertes. Plácele hacerlos sufrir. Este pérfido caraota fue quien mató a Timoteo y obligó a los otros a que se cargaran a Pedro y a Sebastián.

Un pistoletazo en la cara del negro puso fin a sus reflexiones. Ulularon de nuevo los esclavos.

—El fue quien los mato —dijo un bemba bantú.

—Con sus propias manos —añadió un mandinga.

—A traición y por retruque.

—Yo no hice nada.

—Ni yo tampoco.

—No nos mates amo. Te queremos.

—Como el hijo al pae.

—No nos hagas mal.

—¡Ay! —lloriquearon al unísono las siete voces. El Cautivo escupió sobre ellos.

—¡Puá! ¡Asquerosos esclavos! ¡Mierda de Dios! ¡Mal nacidos!

De un empellón salió al patio.

Acarantair suave y amorosa lo sacó de su ensimismamiento. El Cautivo no pudo reprimir su sorpresa ante la hembra siempre áspera y rechazante, con aquella sonrisa nueva. Por primera vez le ofrecía una totuma de aguardiente.

—El hombre mozo que vive en ti —susurró secándole el sudor de la frente— se asoma entre tus barbas, y un rayo de ganas me ilumina al verte rabiar de muerte. Qué guapo te ves, mi señor, cuando te monta la ira. Ya no necesito cadenas para dormir contigo.

El Cautivo la vio con torcido regocijo. Un tierno rebullicio lo alumbró fugaz.

—¡Anda, mi niña! —la incitó con requiebros—. ¡Ándate al cuarto, para que tú de campana y yo de badajo, cantemos Gloria!

Ya el hoyo de los muertos era profundo cuando reapareció el Cautivo. El sol calentaba. La alberca con sus rumores de agua fresca iba corriendo abajo. Se quitó turbante y babuchas, sumergiéndose en la poza con bramidos de chigüire.

—¡A ver, mujer! —indicó a una de las indias—. ¡Tráeme un trago de aguardiente!

Acarantair, a la vuelta, le arrebató la totuma.

—Toma, mi señor —ofreciósela con amoroso embeleso y se sentó a su lado a verlo chapotear.

Una sonrisa azul apareció en aquellos ojos siempre nublados de rabia. Estalló su canción:

Niño en cuna,
qué fortuna,
Qué fortuna,
niño en cuna.

—Mi amo —dijo Julián—. Ya los muertos están enterrados.

El Cautivo volvió a su adustez y ponderó despectivo a los siete esclavos que le restaban.

Eran altos, de buen parecer y fornidos.

«Son mejores que bestias para el trabajo. Lástima de haberlos matado. Tres buenas onzas pagué por ellos. Y todo por tres indios que no valen lo que cuesta una gallina. ¡Casta maldita la de estas perezosas sabandijas, cobardes como liebres, traicioneros como serpientes, flacos, mal hechos, tristes y lampiños! ¡Cuán distintas son sus hembras…! Altas y espigadas como palmeras; suaves y sumisas para la mano que las sepa pulsear. No son celosas, ni envidiosas. Juntas con un solo hombre

conviven hasta cien. Y se entregan con el mismo gusto tanto al viejo como al joven».

Tres indias guapas con guayucos lo miraban arriba de sus escobas. Rieron los ojos del Cautivo.

Entre agudos parloteos se metieron en la poza. Los siete esclavos golosos contemplaban la escena. A la tercera totuma se dijo el Cautivo mirando hacia ellos:

Hoy perdí dos esclavos. Gran sangramiento para mi bolsa. Debo reponerlos. Hijo de esclavo es esclavo, manque la madre sea libre. India preñada de negro pare zambo. Pare esclavo.

Preguntó a una de las mozas:

—¿Quieres folgar, india bonita?

—Desde luego, mi señor.

—Escoge tú, hija mía. Dale gusto a tus antojos. ¿Cuál de esos chicos te gusta? Tienes todo el permiso que quieras para folgar a tus anchas.

La india vio a los siete mozos.

—Con Julián, mi señor.

El Cautivo, faz de paternidad, demandó a su mayordomo:

—¿Te gusta esta india?

—Sin duda alguna, señor.

—Pues hazla tuya hasta que se le llene el vientre. Os quiero coger cría.

Siete parejas salieron de sus preguntas.

—Eso si —señaló cuando ya partían—. Haced todo con orden y parsimonia, pues de lo contrario se ha de quejar el vecino.

—¡Maldito circunciso! —ronroneó Don Francisco de la Madrid tras la barda de paloapique.

Canto el Cautivo:

Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tu naciste,
grandes señales había,
Estaba la mar calma,
la luna estaba crecida,
Moro que en tal signo nace,
no debe decir mentira.

19. ¡Loada sea la trampa!

—A dos años de haber llegado al Valle —dijo Lozada al Cautivo— no hemos hallado ni la paz ni el oro. Estos indios son lo más fieros e indomables que en mi larga vida he conocido.

—Más que fieros, y con el perdón de vuesa merced, son protervos, gavilleros e hi de putas.

—Muerto Guaicaipuro se alzó en la jefatura el Tamanaco, el caciquito de los mariches, que no cesa de hostigar.

Los ojos de Lozada apuntan sorprendidos hacia el naciente. Alguien, traspuesto el Catuche, galopa hacia Santiago entre pajonales.

—¿Quién es ese loco que anda solo y por territorio enemigo?

—Por el mal jinetear no puede ser otro que Don Alonso Andrea de Ledesma. Nadie monta peor en todas las Indias.

El flaco caballero trotó hasta ellos.

—¡Indios, indios! —voceó sin aliento—. ¡Más de diez mil, por lo menos, avanzan en son de guerra con Tamanaco al frente!

Un tiro de arcabuz a sus espaldas los hizo volverse. La gente se aglomeraba en la muralla opuesta.

—¡Indios, indios, vienen muchos indios! —alertó una voz en el momento en que una polvareda tomaba cuerpo más allá del Anauco.

Seguido por el Cautivo, Lozada reconoció la situación: marejadas de guerreros empenachados convergían hacia la ciudad. Era la tercera intentona que las tribus coaligadas del Valle y de la serranía, hacían por tomarla.

Los ciento cincuenta españoles y los ochocientos indios auxiliares, además de los esclavos negros, ocuparon su sitio en la muralla. Los indios que venían por el norte en número no menor de dos mil, cargaron entre alaridos de guerra, pitos, fotutos y maracas. Ochenta soldados españoles convergieron hacia la parte amenazada.

Los indios tocuyanos en la rampa de abajo pasaban a los arcabuceros un arma tras otra, que en número de tres, guardaba cada soldado. A la primera descarga rodaron por el suelo más de treinta:

—¡A mejorar la puntería, so bellacos! —protestó el Cautivo.

A la segunda fue mayor la cosecha. A la tercera se batían en retirada y no pararon hasta alcanzar la quebrada que a trescientos pasos de la puerta principal sesgaba hacia el Catuche.

—¡Non fuyades!, cobardes —se mofó el Cautivo.

A lo largo de tres días unos veinte mil indios cargaron en sucesivas oleadas, que se volvían sangre al estrellarse contra la ciudad, erizada de fusileros.

Al cuarto día las huestes de Tamanaco abandonaron el sitio.

Al siguiente, teques y quiriquires siguieron su ejemplo. A la semana tan sólo la gente de Guaicamacuto, atrincherada a lo largo de la quebrada norte, se mantenía a la

espera.

—Ya esto se acabó —comentó Lozada—. Vámonos ya a almorzar… Don Francisco.

Un clamor inusitado de maracas y silbatos de aire saltó de la quebrada.

—¡Voto al diablo! —clamó el Cautivo—. ¿Qué es aquello, señor Capitán?

Uno, dos, tres espantajos de paja del doble alto de un hombre danzaban al ritmo de flautines y calabazas.

—¡Me cago en el Gran Turco! ¿Y éstos quiénes son?

Cuatro nuevas figuras emergieron de la hondonada.

—¿Están de cachondeo los salvajes?

—Son altos piaches, maese —explicó Ledesma.

Tres docenas de mujeres muy jóvenes echaron a correr hacia los españoles, engalanadas con guirnaldas de flores y llevando cada una dos sandias.

—Al parecer quieren tregua —sentenció Lozada—. No disparéis, dejad que se acerquen.

Las muchachas depositaron sus ofrendas al pie del portal y se retiraron entre risas y alegres carreras.

Los siete danzantes avanzaban lentamente batiendo sus porras.

—Mirad cuántas sandías nos han dejado por presente, señor Capitán —señaló Villapando—. ¿Quéréis que baje a buscarlas?

—Como te muevas de donde estás, so marica —le alertó el Cautivo— te descerrajo el pistolón.

A diez varas del muro estaban los piaches cuando salió de la barranca una parihuela larga llevada al hombro por veinte hombres. En medio y con todas sus plumas iba al cacique.

—¡Preparad! —ordenó el Cautivo.

—¡Dejad, Don Francisco! —observó Lozada— el tío tiene la pinta de un parlamentador.

—Umj —gruñó el viejo—. Venid conmigo, maese —dijo a Ledesma.

Seguido de su camarada bajó de la muralla. Los danzantes se agitaban con frenesí. Tremolaban con habilidad sus garrotes, descargando fuertes golpes contra el suelo. Lozada los contempla absorto desde la aspillera. El cacique de la parihuela ya los alcanza.

—Guapo el mozo —susurra Villapando a Sancho Pelao.

Los piaches súbitamente descargaron las masas sobre las sandías. Un nubarrón de insectos voló de las frutas rotas.

—¿Y esto qué es. Dios mío? —gritó Lozada con alarma.

—¡Avispas, avispas!

Millares de avispas rojas cubrieron muralla y puerta. Los soldados enceguecidos

las sacudían de sus barbas, ojos y manos. La parihuela del cacique se hizo escalera. Una sierpe de brujos y portadores trepó por ella. Los españoles, emponzoñados por las avispas y atónitos por la audacia, se replegaron. Los invasores bajaron la rampa. Se abrió el portal. La avanzada de un ejército de dos mil hombres que botó la quebrada, irrumpió por la calle sorpresivamente batiendo sus macanas. Ocho arcabuces dispararon por los boquetes de la puerta sur y otros veinticuatro por las paredes aspilladas del cuartel, la ermita y el Ayuntamiento. Hubo tantas bajas como tiros salieron. Los indios, como sucedía siempre, ante lo inesperado se batieron atropelladamente en retirada. Se abrió el portal. Las tres culebrinas que robó el Cautivo escupieron muerte con sus bocas de cobre. Jamás en el Valle se las había escuchado. El sendero de cuerpos rotos, muertos, cobrizos, llegó hasta la quebrada.

—¡Santiago y cierra España! —ordenó atrás el Cautivo precediendo a una columna.

La carga de caballería deshizo finalmente sus cuadros.

—Menos mal que me olí la trastada —dijo a Lozada el Cautivo— y tomé mis precauciones.

—¿Y esas culebrinas, Don Francisco? —preguntó el Fundador intrigado y severo.

—Esa es una trastada mía que me habréis de perdonar.

A consecuencia de las avispas murieron dos de los caballos y una docena de soldados sufrieron aguda hinchazón.

—Lo que acaba de suceder —comentó Lozada a sus hombres reunidos en la Plaza — está pronto a repetirse. La puerta es el sitio más vulnerable. Ante una acometida como la que, a Dios gracias, vencimos, no hay puerta que resista. De ahí mi intención de hacer de cada manzana de casas una pequeña fortaleza donde sus vecinos puedan resistir en caso de que la indiada irrumpa en la puebla. Debemos construir también ocho túneles bajo tierra para asegurarnos la comunicación de manzana a manzana.

Extremando precauciones ordenó que las casas unidas en pareja por los zaguanes, se comunicaran con las otras por portezuelas interiores y bajas. Uno de los túneles se abría en el aposento del Cautivo.

La vida prosiguió azarosa. La cosecha de maíz a punto de maduras, fue talada en una noche por manos hostiles.

—¡Qué menos mal que sembramos suficiente en nuestros solares y cerca de las murallas! —recordó el Cautivo— pues de hambre hubiese sido la saciedad. No se puede contar con los indios de la Encomienda, que me corto las criadillas si no fueron ellos mismos los autores de tanta fechoría.

Los rebaños de ovejos que trajeron de El Tocuyo proveían de carne y de leche a los conquistadores, empero los temores de Lozada de que el engullir de su gente era mayor que el parir de los ovejos.

Los conquistadores abarrotaron sus sentinas con indios encomenderos, a quienes

hacían trabajar bajo la mirada atenta de los esclavos.

En el departamento de las mujeres dormían con las negras, diez o doce indias bonitas, para gusto y solaz de los conquistadores.

—¡Esto es el Paraíso de Mahoma! —protestaba indignado Don Alonso Andrea de Ledesma.

—Vamos, Don Alonso —le reconvenía el Cautivo— dejad a esos pobres cristianos en paz. ¿O es que creéis que esto es vida? Encerrados en esta pocilga. Asediados constantemente por estos salvajes; temerosos de que en cualquier momento hagan de sus tripas puchero.

La docilidad de Acarantair se tradujo en un apaciguamiento del Cautivo, sin que ello mejorase su trato hacia la «india lanuda» como la llamaba.

Las lecciones de la viuda de Julián el de las Mendoza, daban sus frutos. Acarantair y Rosalía progresaban día por día en sus conocimientos de castellano.

—Están dotadas de claro ingenio —decía la Mendoza.

El Cautivo sembraba de muecas su aire despectivo.

—¡Por el Profeta! —clamaba— ¡dejaos de fábulas, que negro e indio, si entienden, basta!

La negrita Rosalía era el único ser a quien el Cautivo sonreía con trasuntos de ternura. La llamaba carboncillo o gnomo de Granada. La niña y Acarantair se tomaron mutuo afecto. Pasaban el día juntas hablando, charlando, riendo con estridencias que indignaban al viejo soldado y en especial cuando dormía la siesta sobre la balsa del samán.

Esa noche, luego de cenar, el Cautivo subió a la muralla para cubrir su guardia del Ángelus al alba. Petra, Felicia y Rosalía quedaron con Acarantair. Luego de dar largas zancadas por el entarimado, tomó asiento en el banquillo de la garita en el momento en que las primeras gotas de lluvia comenzaban a caer. Con el tabaco entre los dientes mira abstraído los pasos de centinela del negro Julián.

Bueno que ha resultado el muchacho. De ser generoso, debería darle la libertad. Pero como no lo soy, esclavo se ha de quedar.

La noche prosiguió oscura y lluviosa. Desde la garita otea la explanada. Cuatro hachones con brea, más allá de la muralla, chisporrotean entre el agua y la noche.

Una pavita canta. Se dio vueltas con el rostro tenso:

«¿Una pavita cantando en el suelo y con este aguacero? Miii…».

Las cuatro voces de los centinelas restallaron.

—¡Ave María Purísima!

Un indio del Tocuyo y el negro Julián ya alcanzan la garita. Indio y negro dan media vuelta. Siguen la ronda en sentido opuesto.

—¡Garita dos, sin novedad!

—Los santo y seña —van respondiendo en los tres extremos de la ciudad. Un

alarido hacia el sur salta y rebota.

El Cautivo se incorpora.

—¡Corre a ver qué pasa! —ordena a Julián.

Va y viene el negro por la rampa.

—¡Mataron de un flechazo al centinela!

—¡Joder! —trinó el Cautivo echando a correr seguido de su esclavo, hacia el sitio del suceso, donde se aglomeraba la gente. El centinela tocuyano intentó seguirlos. Sin volverse le gritó cual si lo hubiese visto:

—Vuelve a tu sitio, bellaco.

—Sss —sisearon abajo.

El indio con su adarga sacó el cuello sobre el parapeto.

—¿Alto, quién va?

Diez flechas le respondieron. Tres le atravesaron el cuello.

Tras las flechas diez palos cruzados por travesaños se apoyaron Contra el muro y por él fueron saltando hasta trescientos indios.

El Cautivo alcanzó a verlos a la altura de su casa. Presto bajo la escalerilla. A fuertes puñetazos logró que Don Francisco de la Madriz abriese el portón. Un tropel de guerreros desnudos bajaba ya los escalones. Fuertes golpazos daban contra la puerta al otro lado del zaguán.

—La situación es de cuidado —afirmó el de la Madriz abriendo y cerrando el postillo—. Adentro está lleno de indios y en la calle nos esperan.

—La trampa, presto —sugirió el Cautivo en el momento en que por la portezuela entraban a su casa los otros vecinos.

Los indios de la calle y del corral seguían golpeando con fuerza. Acarantair, precedida de Rosalía y seguida de las negras, traspusieron la trampa y llegaron a la casa de Ledesma en la otra calle donde terminaba el túnel.

—¡Daos prisa, por Baco! —gritaba el Cautivo a sus compañeros que no se movían con la celeridad requerida.

A mitad del túnel se arrastraban de rodillas el Cautivo y los vecinos:

—Son ellos los que se han hecho fuertes dentro de las manzanas. Nos salió el tiro por la culata.

Un ruido seco les advirtió de que la puerta del entreportón se había venido abajo.

—Julián, ¿dónde estás? —preguntó con ansiedad.

—Aquí vengo, amo.

Otro estallar de maderas y un griterío, les señaló que ya los indios estaban en la alcoba, sobre la trampa. Un alarido al otro extremo del túnel dio fuerza a los que reptaban a huir más de prisa. Tan sólo el esclavo de la Madriz, el último en salir, fue asesinado.

—¡Loada sea la trampa! —dijo el Cautivo con unción mística en la alcoba de

Ledesma en el momento de cerrarla—. Que el Profeta proteja a Don Diego de Lozada. De no haber sido por este túnel, hubiésemos perdido la vida. Loado sea el Señor y la Virgen de la Soledad —añadió de inmediato al calar el mal efecto que había producido su invocación a Mahoma.

Reagrupados los españoles, retomaron la manzana perdida.

—Es extraño —observó Ledesma—. Pareciera que todo el ataque se hubiese reconcentrado sobre vuestra casa. Llegaron hasta ocupar la calle. ¿Cuál seria el propósito?

El Cautivo puso expresión cavilosa:

—Es de las pocas cosas que acertáis, maese. ¿Por qué tanto alarde de fuerza contra mi casa?

Acarantair, al escucharlos, concedió un brillo especial a sus pupilas y acarició a Rosalía, llorosa y temblorosa por lo que acababa de suceder.

20. Curumo y Tamanaco

Al día siguiente dijo Lozada a su oficialidad:

—Ya habéis visto cómo la audacia y temeridad de estos salvajes aumenta día por día. Es necesario hacer un escarmiento.

Un rumor afirmativo siguió a sus palabras.

—Dejad eso por mi cuenta —propuso el Cautivo.

—Os doy carta blanca —respondió el Fundador.

La noche estaba oscura. El Cautivo y sesenta soldados se descolgaron por la muralla del naciente y a rastras alcanzaron El Catuche.

—Quedaos aquí sin hacer el menor ruido —ordenó— que entre Julián y yo tenemos que despejar el camino. ¡Anda ya, desabono!

El mozo llevó la mano a su boca e imitó con singular perfección el canto de la pavita. El reclamo quedó sin respuesta.

—No hay moros en la costa. Caminemos un poco más allá.

Al cuarto chiflido se oyó, a la altura de un guanábano, el canto de la avecilla.

—Ahí está un vista —susurró el Cautivo— sigue silbando.

Entre pitos y reclamos, Julián alcanzó al mariche. Un grito sordo profirió al clavarlo con su puñal. El Cautivo chifló al grueso de sus hombres la señal convenida. Sigilosos montaron el rio hasta llegar al vado por donde de fijo sabían lo cruzaban los mariches.

Apostados en la penumbra los españoles los vieron llegar. Eran más de cincuenta. En la creencia de su impunidad charlaban y reían. Uno que portaba fuego encendió una hoguera. Sobre travesaños asaron una lapa y tres patos. A una orden del viejo, los españoles, de espadas desenvainadas, irrumpieron en metálico círculo:

—¡Rendíos! —conminó el indio que hacia de lengua—. No os queremos mal.

Atónitos se dieron por vencidos sin ofrecer resistencia. Maniatados los llevaron a la ciudad.

—¿Quién de vosotros es el cacique? —les preguntó el Cautivo.

Como no obtuviese respuesta. *La Cantaora* cercenó la primera cabeza. Por tres veces repitió la pregunta y por tres veces cantó el alfanje.

—Agarrad a ese —indicó a sus hombres señalando a un indio gordo— y metedle los pies en la hoguera.

El indio se debatió en el tormento. Un joven guerrero dijo al lengua:

—¡Basta! Yo soy el cacique de todos ellos. ¿Qué quieres de mí?

Por cuatro días resistió los más terribles suplicios sin referir la ubicación de sus aldeas, los sistemas de señales que utilizaban o las jerarquías existentes entre ellos.

Tenía tres hijos, el menor, un chico de tres años, era su preferido. Como en ese día muriese un indito de la misma edad, el Cautivo, luego de hacer que lo asaran se lo presentó al cacique:

—Ese es tu hijo. O hablas y me dices lo que quiero saber, o igual suerte correrán los otros dos.

Con el informe del joven guerrero los españoles golpeaban certeros contra la feroz tribu, dividida en numerosas aldeas y cacicazgos.

A los tres meses justos, quinientos indios mariches, cargados de presentes y al frente de veinticuatro caciques, se presentaron ante la puerta principal.

—Venimos dispuestos a serviros —voceó a nombre de todos uno de los caciques —. Queremos tu paz —terminó el cacique mirando a Lozada.

—¿Os dais cuenta mis amigos, que con salvajes no valen razones y que sólo el fuego y la muerte los hace entender?

—¿Por qué habéis venido sin vuestras mujeres? —preguntó el Cautivo—. ¿Dónde están vuestros hijos?

—Esperábamos vuestra respuesta —respondió el cacique.

Lozada luego de reflexionar aceptó la oferta. Los veinticuatro caciques quedarían como rehenes, distribuyéndolos entre los vecinos más principales. Dormirían en la cuadra; los otros quinientos se albergarían en los cobertizos que habían de construir a un cuarto de legua al norte.

Los caciques durante el día hacían de caporales de sus hombres, que como sirvientes cuidaban las bestias, pulían las armas, sembraban y regaban las huertas.

Al Cautivo le tocó en suerte un cacique silencioso llamado Chaima, de triste y alelada expresión. Tenía tan sólo un defecto para él, su intimidad con Curumo, otro de los caciques, que además de apestar a mil chinches de monte, entraba a su casa sin pedir permiso, apartándolo de sus oficios y visteando a Acarantair con intención ensoberbecida. Era fuerte, sombrío, altivo y mal encarado. El Cautivo lo detestaba, no

perdiendo oportunidad para reñirlo o echarle en cara el hedor que producía su cuerpo. Curumo lo miraba retador. Se le crispaba el puño sobre la espada y le hormigueaba el pie bajo la babucha para sacarlo a patadas, pero una promesa hecha a Lozada lo contenía. Según Lozada, por un extraño pálpito que tenia, tarde o temprano Curumo los llevaría a Tamanaco.

—Su admiración por el cacique es grande y empero decir que lo conoció una vez de niño, algo me dice que guarda y conserva su amistad. Aguantaos, Don Francisco, por bien de todos.

Los indios del Valle de los Caracas se quedaron en paz. Dejaron de flechar a los vecinos y no volvieron a incursionar alrededor de la ciudad en las noches sin luna. Tamanaco era el único que con su gente seguía en pie de guerra. Semanas atrás, a Juan Giral, luego de asesinarlo, le cortaron los genitales, los ojos y la lengua. Su cadáver, o lo que quedaba de él lo pusieron al través en su montura. Diego de Lozada ofreció cuantiosas recompensas al que entregase vivo o muerto a Tamanaco.

Aquella noche en el cuartel, Curumo, a instancias de Lozada, habla de Tamanaco:

—Es como un rayo de luz que sabes que está ahí, pero no lo puedes agarrar. Es como la serpiente coral —añadió con sonrisa ausente — de apariencia hermosa, pero temible como la boa.

—Yo, Vuestra Excelencia, no le haría caso a este mentecato que huele peor que una letrina mozárabe y encima parece sodomita, llamando hermoso al peor hi de puta que hay por estos contornos.

—Es como el río y la noche que ampara pero también mata. Afirman que tiene mil formas. A veces es puma, otras, colibrí. Algunas, flor de mayo.

—Ahora si que la pusimos de oro —clamó en voz alta—. Total, que el mentado Tamanaco es el padre de las siete estrellas. ¡Anda a bañarte, so hediondo!

Curumo lo miró con rabia y se retiró amenazante.

Esa noche las huestes de Tamanaco cargaron sobre la aldehuela. Hirieron a más de veinte mariches, mataron a siete y raptaron a cuatro.

—¿Veis? —señaló Lozada—. Vuestros temores son infundados. Esa pobre gente es tan enemiga de Tamanaco como nosotros.

A una semana del segundo aniversario de haberse fundado la ciudad, Lozada preguntó al Cautivo:

—¿No creéis que sea la gran oportunidad de hacer vida en común con nuestros encomendados? Se han mostrado solícitos, amables, colaboradores…

—Escuchadme bien, Excelencia —respondió, atropellado—. Yo no confió en estos malditos indios. Si Tamanaco quiere hacerlos pupa, enhorabuena. Quinientos indios dentro son un peligro. Dejadlos fuera.

Lozada se inclinó ante las razones del Cautivo: los indios continuarían en sus ranchos y los caciques en sus cuadras. Como contrapropuesta de cautela, Lozada

ordenó que la fiesta de Santiago fuese celebrada a medio rabo, o a media luz.

Las libaciones por órdenes expresas del Capitán Fundador, habrían de terminar a la hora quinta.

—No es el caso de que los indios —explicó a la tropa — os sorprendan borrachos.

Terminada la fiesta, el Cautivo a paso ebrio llegó a su casa. Trepó al altozano del samán y se echó de cara al cielo a dormir la siesta.

Al despertar brillaban las estrellas. Abajo un coro de voces cuchicheaban. Hablaban en mariche. Algo entendía. La voz de Curumo dominaba. A la medianoche cada uno daría muerte a su amo, someterían a los de la puerta principal, entrando de inmediato los mil guerreros que afuera acechaban.

—¡Maldito Curumo! —musitó estremecido: pero tal fue su énfasis que crujió el tablón.

—¿Quién está ahí? —preguntó Curumo.

«El hediondo treparía por el árbol con el hacha que Lozada en mala hora le regaló».

Salvo sus botas, no llevaba otra arma. Don Francisco de la Madriz a la luz de una vela leía en el corredor.

—¡Eh, Don Francisco! —le gritó poniéndose en pie—. ¡Corred presto a casa, que aquí los indios me quieren matar!

De la Madriz, harto de sus burlas, hizo un aspaviento despectivo y siguió leyendo. El olor a chinche de monte ascendía entre crujidos. El Cautivo retorció la escalerilla. Un golpe sordo pego contra el piso.

Amigo, un descomunal mastín que le regalaran días antes, ladraba enfurecido.

—¡Eh, Don Francisco! —gritó apremioso— que no es chercha, venid a mi presto, o me harán mierda estos bellacos.

Los indios, trepados unos sobre otros, se aprestaban a subir al samán.

El perro rompió su cadena y saltó sobre Chaima. Don Francisco de la Madriz, percatado al fin de la situación, a través de la cerca disparó su arcabuz. El solar se pobló de disparos. El cuadrilátero se cubrió de hombres armados. Con excepción de Curumo, que logró huir, los veintitrés caciques restantes fueron hechos prisioneros.

—Cayeron como tortolos —rió, jubiloso, el Cautivo.

A Chaima, a quien *Amigo* le arrancó una nalga, fue el primero a quien sometieron a suplicio.

El hombre se tornaba estrábico y sudoroso cada vez que le metían el pie en la hoguera.

—Os diré todo y dejadme de una vez… Fue Tamanaco quien ideo la añagaza.

—¿Dónde hemos de encontrar a Tamanaco?

Chaima vio a Lozada y al Cautivo.

—Tamanaco no es otro que Curumo…

Enrojeció el Cautivo.

—¡Curumo! ¡Me cago en San Blas! Haber tenido al alcance de mi mano al hi de puta y haberlo dejado escapar.

—De poco le servirá —observó Lozada farfullante de ira—. Nunca más ha de hacer mofa a mis barbas. Atroz será el escarmiento.

Y había tal convicción en su arresto, que hasta el mismo Cautivo lo miró sorprendido.

21. La Cruz de sangre

Chaima enverdeció de miedo cuando los sayones con caperuzas de locos, a falta de las del verdugo, cayeron sobre él, y en sillita de la reina lo llevaron a la primera estaca que hasta veintitrés y en forma de cruz, sembró en la Plaza el Capitán Fundador.

Un alarido desgarró la tarde cuando el palo afilado le entró por el recto y reventó sus entrañas. Ante el silencio expectante de la muchedumbre los sayones fueron empalando uno a uno a los veintidós restantes caciques.[18]

Lozada explicó lo de la cruz de carne.

—No quiero ser menos que los españoles de Santo Domingo, que ahorcaban a los indios en grupos de a trece, en honor a Jesús y sus doce apóstoles, aparte que además de ser cristiano, amo la simetría.

Los empalados, por horas, se mantuvieron vivos, hieráticos, estatuarios. Al menor movimiento se adentraba la estaca sacando lustres de muerte.

El negro Julián, tras el Cautivo, tenía la expresión atormentada, enloquecida.

La imagen de su padre empalado, se le recrecía.

—Pláceme, Excelencia —susurraba el Cautivo a Lozada— que hayáis elegido el empalamiento para el suplicio. No hay nada más aleccionador ni que deje más huella en el recuerdo de un pueblo que hacer de los malandrines angelitos de tortas de novias, que empero ser de uso generalizado en Indias, lo alcancé a ver por primera vez en un pueblo del Danubio al cual el Sultán ordenó exterminar con escarmiento.

Julián al escucharlo lo vio con estupor, rabia y locura.

A las tres horas de haberse iniciado el empalamiento, cuatro caciques estaban muertos y diecisiete agonizaban. A las cuatro horas los muertos excedían a los sobrevivientes. Los indígenas, algunos negros y los ciento cincuenta españoles observaban la escena con expresión demudada.

Una vieja andrajosa con voz aguda apareció de pronto entre los empalados. Era Anacoquiña, poderosa hechicera.

—Que la maldición de los Dioses —dijo en castellano— caiga sobre vosotros y

sobre vuestros hijos, hasta el final de los tiempos. Malditos este día y este pueblo nacido del dolor de los míos.

Nubes negras que desde hacía horas amenazaban con un chubasco, vaciaron su carga de agua entre truenos y centellas. Un rayo incendió el techo de la Ermita.

—¡Jolines! —exclamo el Cautivo—. ¡Fuerza que tiene la bruja!

Otro rayo cayó en la casa de Lozada. La muchedumbre aterrorizada miró al Fundador y a la bruja. Sin amedrentarse ordenó:

—¡Agarradla ya y echadla viva a la hoguera!

Atada de pies y manos cayó en la pira. Súbitamente arreció el aguacero. Un tercer rayo y luego otro, con sorpresa de presagio incineraron a dos de los caciques ya agonizantes. Huyó la gente por las cuatro calles. Se apagó la hoguera. Una mujer joven, oculta en el desconcierto, corrió hacia la bruja y la desató. Apenas unas leves quemaduras tenia en las manos.

—Huye, madre…

Anacoquiña, antes de escapar, miró largo a Acarantair.

Dentro de la alcoba y a puertas cerradas yacen para dormir el Cautivo, la india y Julián.

La tempestad prosigue bronca sobre el poblado. El Cautivo se mece en la hamaca. Un velón de iglesia saca sombras al bahareque.

Un relámpago y un trueno profundo y roncante precedió a otro temblor de tierra. La vela cayó al suelo. Todo quedó a oscuras. Acarantair dejó salir palabras extrañas que sonaban a conjuros.

—¡Voto a Dios! —protestó el Cautivo—. ¡Maldita bruja! —Y se quedó dormido.

Acarantair se acercó a Julián.

—Espera —dijo el negro— quiero que esta noche sea como antes.

Se puso en pie, tiró con fuerza de la partesana hasta que al fin la sacó entera. Amenazante se acercó a la hamaca.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarlo ya de una vez. ¡Estoy harto!

Levantó el escudo. Un relámpago reventó en la cara del Cautivo: estaba plácido y sonreído.

—¡No puedo! —gimió Julián—, lo odio y lo quiero.

Y sin hacer caso de Acarantair enterró de nuevo la partesana y sollozó hasta el alba.

22. La Chacona y el alma inmortal

La encendida repulsa que provocó el suplicio en buena parte de la tropa,

amaneció al día siguiente en todo su fulgor.

—Lo sucedido —le espetó Ledesma al Cautivo— es un hecho impropio de hombres buenos y cristianos. Reniego de vuestra amistad.

—Pero, Don Alonso…

—¡Idos al diablo, feral sayón inclemente!

El padre Baltasar García, el Capellán del ejército, acaudillaba a los descontentos. Al tercer día llegó, procedente de la costa, Francisco Infante, primer alcalde de la ciudad y antagonista de Lozada. Era un hombre moreno, de piel curtida, natural de Toledo, bizarro y valiente. Lo que Infante celebraba, provocaba repulsa en el Fundador. Lozada lo aventajaba en rango y en sentido de autoridad. Pero Infante era ducho, hasta la maestría, en hacerse querer: amigo de chascarrillos y hábil para la intriga.

El suplicio dé los mariches era mucho más de lo que necesitaba Infante para enfrentársele de una vez a Lozada y arrebatarle el mando.

Esa misma mañana en el Ayuntamiento y en connivencia con el cura García y con un soldado de apellido Giral, protestó abiertamente por lo que él llamó crimen sin perdón.

Sancho Pelao vehemente daba violentas señales de aprobación, dándole codazos a Villapando para que hiciere otro tanto.

Lozada, hosco y de pie, lo escuchó discurrir.

—Erráis, señor mió —responde el Cautivo— al llamar homicianos a los que matamos a esos bellacos. Para merecer tal apelativo es menester que lo que se mata tenga alma inmortal. ¡Y los indios no la tienen!

—¡Callad, impío! —acusó la voz ofuscada del Capellán—, ya los papas desde hace más de medio siglo se han pronunciado; los indios si tienen alma y mil veces más limpia de la que guardáis vos.

Tronó el Cautivo:

—¡Callad vos, mal cura y guardaos de enojarme, que no soy una de esas churrianas y pelanduscas con quienes bailáis la Chacona hasta el amanecer!

—¡Joder! —dejó escapar el cura entre la carcajada general. Era notoria su conducta disoluta.

Lívido comenzó a balbucear. El Cautivo cantó la primera estrofa de la Chacona: Ni monja tan religiosa. Los presentes prosiguieron a coro entre risas, rechiflas y silbidos:

Que en oyendo aqueste son,
no deje sus santas horas.

El Cautivo batía palmas, contorsionándose con remedos de chulería:

El Obispo que los vido,
mandóle a cantar dos coplas,
apenas cantaron una,
el Obispo se alborota.
Levantó luego el roquete,
y bailó más de una hora,
alborotando salas y escobas.
Y todas las cosas contentas,
bailaron cinco o seis horas.

Otra carcajada sucedió al último estribillo. El Cautivo con aspavientos de bufón, se inclinó ante el público.

—¡Maldito! —jijeó el Capellán—. Cómo se ve que eres dos veces renegado y que lo mismo rezas a Cristo que a Mahoma. ¡Maldito circunciso!

Francisco Infante retomó la palabra:

—Se ha cometido una iniquidad sin precedentes contra esa pobre gente. ¡Exijo justicia en nombre del Rey!

Un silencio temeroso sacudió al vocerío. Saltó el Cautivo:

—¿Y por qué no la pidió Vuesa Merced cuando acuchillasteis a mujeres y niños con vuestras propias manos cuando tomamos el poblado de Guaicaipuro?

Francisco Infante llevó la mano a su espada y chilló descompuesto.

—¡Guardias! —ordenó Lozada—. ¡Prended a Don Francisco Infante! No se tira de espada en el Ayuntamiento.

Tan pronto salió su rival, dijo apacible:

—Es bueno y menester, señores, evitar estos pleitos y disensiones entre hermanos. Por reinar entre nosotros la unión, y la anarquía entre indios, hemos podido domeñar a cientos de miles, siendo apenas un puñado. Me permito recordaros —dijo cambiando de acento— que si alguna virtud tenemos los castellanos es la de llamar al pan, pan y al vino, vino.

Los indios, tengan alma o carezcan de ella, son nuestros peores enemigos y encima bestias que comen carne humana, desposan a sus hijas y practican la sodomía. No estamos en Castilla. Aquí no hay trigo. Apenas maíz. Las serpientes son del grueso de un muslo. Fuera de este Valle la calor agobia. Los ríos son turbios y hierven al mediodía. Indias bubosas y negras de cuero fuerte son nuestras hembras. Tenemos hambre de nuestras madres, mujeres y hermanas. No hallamos el oro y la noche de nuestras vidas se viene encima. ¿Podemos ser como antes? ¿Debemos adaptamos a las mentecateces de los tinterillos y escribanos que allá en Sevilla dictan leyes entre refrigerios, o hacer a nuestra medida el mundo que conquistamos con nuestras manos?

Solo una cosa réstame decir: olvidaos de leyes. España queda muy lejos y más distante aun los que en la Corte escriben, intrigan y rezan. Si queremos de una vez por todas hacer nuestra esta tierra, que cada uno a su entender haga lo que le parezca si ha de mantenerse vivo. No seré yo quien lleve cuenta de los indios mal heridos. Si queréis enseñorear este Valle, dos consejos doy: ¡Matad a sus hombres y preñad a sus hembras!

Al oscurecer, el centinela dio la voz de alarma: Francisco Infante, el cura García y Santiago Giral, luego de sorprender a los guardias de la puerta, huyeron a caballo hacia el Oeste.

23. La loma de los Teques

En medio de la noche, Infante y sus compañeros cruzan la loma de los teques, asiento de la belicosa tribu. Aspiran llegar hasta El Tocuyo, donde harán formal denuncia ante el Gobernador, de los veintitrés empalados.

A menos de un cuarto de legua, entre ráfagas de bruma fría, brillan las hogueras del poblacho. Es lúgubre el canto de los piaches. La niebla borra luceros. Bajan los caballos. A tientas bordean el precipicio.

—No podemos seguir —observa Infante—. No se ve nada.

Una algarabía estalla en la aldea. Hachones encendidos hienden la noche.

—Nos han descubierto —advierte el cura.

—¡Perdóname Guaicaipuro! —implora con unción Infante.

Una luz se enciende cien brazas adelante. Quien la empuña los invita a seguirlo. Absortos los tres caballeros caminan confiados tras el extraño guía. El vocerío indígena se perdió en la montaña. Por más de tres horas, llevados por la luz, caminaron cerro abajo prendidos a las riendas de sus caballos. Al clarear el alba, ya casi llegan al Valle del Miedo. Infante monta sobre su bestia e intenta alcanzar a su salvador. La luz se fue por los aires. Era un pato de fuego quien los había guiado.

—Fue realmente Guaicaipuro —dijo— quien nos salvó de la muerte. ¡Dios lo tenga en su gloria! —y luego de rezar descendieron al Valle que los separaba de Valencia.

—¡Animo, caballeros! —gritó a sus acompañantes.

Pero cien indios que salieron de los mogotes con sus gritos incendiaron la mañana.

Diecisiete salvajes quedaron fuera de combate en la primera embestida. Otra oleada volvió sobre ellos. Infante miró a un indio de gran plumaje.

—¡Matemos a ése! —dijo al cura y a Giral—. ¡Es el cacique!

Taconearon los ijares, avanzaron hacia el jefe con plumas de papagayo. Un baño de sangre los salpicó a los tres.

24. ¡Perdóname, Señor!

Las palabras de Lozada y el triste final de Infante y de sus dos compañeros insuflaron a los conquistadores razones para proseguir su labor de «sementales exterminadores», como los llamaba Ledesma.

Gabriel de Ávila, además de darle su nombre al cerro, sembró su simiente en más de treinta indias y apoyaba a Lozada en sus despropósitos:

—Procuremos, compañeros, que de nuestros propios huevos salga una nueva casta que sustituya a la vieja. Fornicar, maeses, a cuanta india os parezca buena, y a la que no os guste tanto, dadla por pitanza al negro. Complementemos con las tizonas de la entrepierna lo que hicieran las de Toledo.

Los indios, luego del empalamiento, antes de reaccionar vengativos, se sometieron a los españoles con aire sumiso y obediente.

—¿Veis —comentaba el Cautivo a Ledesma— que estos salvajes no entienden sin escarmiento? Con ellos no hay más razón que la fuerza.

—¡Maese, por Dios! —protestaba el caballero—. Si por lo menos esas cosas me las dijerais a mí, me conformaría, pero hay que ver el daño que hacen esas palabras en los corazones jóvenes.

—¡Ah, si! —gruñó Guerrero—. ¿Me vais a echar la culpa a mí de tanta matanza? ¡Eso es lo último que me faltaba!

Tan solo los mariches y su temible cacique, Tamanaco, siguieron en pie de guerra.

El Cautivo recibió las tierras prometidas al sur del cacique Chacao. De los trescientos indios varones que le tocaron en encomienda, apenas quedaban cincuenta vivos cuatro meses más tarde. Los que no sufrieron malos tratos, huyeron hacia la montaña.

Ese día sacó cuentas: «Es demasiado lo que comen, para lo que trabajan. Hay que salir de ellos. Óyeme bien. Julián…».

La luna lleva los cuernos largos. Julián, como hace todas las noches cuando pernocta en la hacienda, da cuatro golpes a la puerta del repartimiento donde duermen los indios de la encomienda.

—Descuide jefe —responde alguien dentro— estamos sin novedad.

El negro se aleja agitando las llaves del granero. Un indio señuelo simula golpearlo. Los indios ya advertidos, gritan por las hendijas:

—¡Ya está! ¡Ya le dio! Ahí viene el mariche con las llaves.

Tras los matorrales veinte españoles con arcabuces a punto observan en silencio.

—¿Veis como mis temores no eran infundados? —les dice el Cautivo.

—¡Cuán traidores son estos indios! —comenta a su lado Diego de Henares,

ingeniero de la ciudad.

Salieron los indios. Apuntaron los arcabuces. Ladraron los mastines. El Cautivo en su primer disparo derribó al anzuelo La primera andanada hizo diez muertos. Los sabuesos, con *Amigo* al frente, corrieron tras los fugitivos. Más de veinte se acobardaron y volvieron. Las espadas desenvainadas tiñeron de purpura los sacos de henequén.

Al alba, sucio de sangre y de fango llegó a Caracas. Un negro zalamero salió a su encuentro.

—Enhorabuena, amo, Acarantair, tu mujer, acaba de parir a una niña.

Lanzó un gruñido y sin ver a la madre ni a la hija, se echó a dormir.

Al día siguiente Acarantair intentó mostrársela. La rechazó áspero.

—Y búscate otro sitio para pasar la noche. Yo no duermo con críos ni con mujeres recién paridas.

Acarantair y su hija pasaron al repartimiento de las esclavas.

El Cautivo mira hacia el patio por el que pasea Acarantair con la recién nacida. Hace calor. Se quita el caftán y turbante para meterse en la alberca, sacudido de un raro regocijo. Canta a pleno pulmón.

Acarantair dice a sus espaldas:

—Miradla, señor, es vuestro vivo retrato. Tiene el pelo color de oro y la tez rosada y los ojos vuestros: azules y brillantes como el cielo.

Francisco Guerrero se volvió para ver por primera vez a la niña. Un bullir acongojado le saltó dentro.

No tenia ni sombras de la casta odiada. Era española castellana y andaluza de cabeza a pies. Se parece a mi hermana. ¡Es realmente mi hija!

Pensó en Baeza, Sevilla, Andalucía.

Cuarenta y cinco años de soledad. Medio siglo sin saber de aquello que se llama hogar; sin alguien cerca de mí que lleve mi sangre. Siempre rodeado de hombres de avería, de amigos circunstanciales, de barraganas, de negras, indias y mulatas.

Sus ojos la escudriñaron. Sus pensamientos en tropel hicieron alto cuando la niña le mostró las encías. Abrió la boca, dilató los ojos, la alejó de si. Un palpitar de gloria lo sacudía. Una carcajada torrencial brotó de su boca. Desnudo salió de la alberca con la niña en brazos. El Cautivo reía. El Cautivo volaba besos a su hija. Súbitamente cantó con voz nueva y distinta:

Niño en cuna,
qué fortuna,
Qué fortuna,
niño en cuna.

Los sirvientes y los esclavos se aglomeraban para verlo llegar. Cual rey bíblico ante su pueblo, clamó en la cocina:

—¡Esta es mi hija! ¡Esta es mi sangre! ¡Esta es mi vida!

—¡Enhorabuena, señor!

La negrita Rosalía de puntillas le interpeló, argentina:

—¿Y cómo la llamaréis, mi señor?

Confusión y sorpresa expresó su rostro:

¿Qué cómo la llamaré?

Sus ojos azules se tornaron oscuros. Adentro susurraron un nombre: el mismo de sus plegarias, el mismo de su existencia.

«¡Soledad!» —se dijo.

—¡Soledad! —dijo en voz alta—. Como la virgen de mis angustias y como la mala sombra que no me deja desde que fui tras la fortuna.

Arrepentido de la confesión, lanzo la niña al aire para atajarla en su vuelo.

—¡Soledad! ¡Soledad! —gritaba y reía—. Has llegado para que yo no me sienta solo. ¡Soledad, como mi Virgen andaluza! ¡Soledad, como la mocica de Baeza!

De pronto miró hacia Julián y sus siete negros que lo veían embobados:

—¿Y qué hacéis ahí, esclavos asnudos? ¡Corred! ¡Id, llamad a casa de todos los vecinos a participarles la nueva! Decidles que corran presto a mi casa, donde habrá buen vino y lechón para celebrar el nacimiento de Soledad. ¡Invitad al nuevo cura! ¡Esperad! Llevadle antes dos doblones de oro para que me dé la indulgencia por mis blasfemias. Llamad a Don Diego. Abrid las barricas. Matad las gallinas y también el pavo. Que vengan músicos y tamborileros. Llamad a los pobres y dadles de comer, ropa y limosna. Tirad a la calle esos sacos de maíz para que los hambrientos compartan mi alegría.

—Soledad, ¡mi Soledad! —volvió a gritar lanzándola de nuevo al aire—. Por ti me ha vuelto la vida cuando ya no la necesitaba. ¡Gracias, Virgen de la Soledad! ¡Gracias, Señora! —y dirigiéndose a los esclavos les dijo con ojos de lágrimas:

—¡Quiero que sepáis que desde este mismo instante sois libres! ¡Qué podéis hacer con vuestras vidas lo que os plazca! Y mi corazón no quiere cadenas ni esclavos.

Con la faz estremecida cayó de hinojos y elevando los brazos al cielo gritó, recio y sollozante:

—¡Perdóname, Señor!

25. ¡Adiós, mi Capitán!

Apoyado sobre la muralla el Cautivo rememora con Ledesma, semanas más tarde, el nacimiento de Soledad.

—Y de los siete esclavos que tenía, salvo Julián que era hijo de reyes, y Lupecio, que era un hijo de puta, los otros decidieron quedarse conmigo, con lo cual os pruebo no ser tan cruel malhechor como decis vos.

—¿Y por qué se fue Julián, que se veía tan apañado a vos?

—Oh, maese, no sabéis cuánto lo he aquejado. Nunca imaginé cuánto amaba al muchacho. Pero apenas le ofrecí su libertad dijome que deseaba ir al sitio donde murió su padre y a otro cercano llamado Sorte, donde tiene su aposento una diosa llamada María la Onza, de quien es su siervo y deudor. Prometióme que antes de un año retornaría.

—¡Gente viene! —alerta el centinela.

Una cabalgata por el camino de Valencia galopa hacia el Caroata. Un clarín saludante salió de la polvareda. Curiosos los vecinos treparon a los parapetos.

—¿Quién será? —preguntó Ledesma.

—De fierro vienen cubiertos —observó—. Es gente de mucho tronío. Su riqueza la proclama. Avisad presto a Don Diego de Lozada.

—Soy Pedro Ponce de León —aclaró una voz juvenil al subir la visera.

—¡El hijo del Gobernador! —clamaron todos. Y lo dejaron entrar seguido de su cortejo.

Seis iban cara al descubierto. Los otros cinco de completa armadura y visera baja. Un corneta tocó atención. La gente se aglomeró en la plaza. Lozada, a medio vestir, corrió hacia el grupo. El hijo del Gobernador que lo vio venir, no lo esperó para vocear el mensaje.

—Sepan todos cuantos me escuchan, que por orden del Capitán General de la Provincia, Pedro Ponce de León, mi padre y señor natural, el Capitán Diego de Lozada, desde este mismo instante queda destituido de sus funciones: por abuso de autoridad y por sus innumerables tropelías. Hasta tanto no se decida lo contrario, toda la autoridad política y militar de estas provincias quedará bajo mi mando.

Los soldados se miraron entre sí sin creerlo.

—¡Me cago en San Bonifacio! —expresó el Cautivo.

—Tomando en cuenta los innegables méritos del Capitán Diego de Lozada —prosiguió Ponce de León—, el Gobernador de la Provincia, en acto de clemencia, no dicta medidas de prisión ni de embargo contra Don Diego de Lozada. Pero deberá partir antes de dos días al momento de este veredicto hacia la ciudad del Tocuyo, asiento de su morada, donde permanecerá confinado hasta el día de su muerte. Se delega en el Capitán Francisco Infante, desde este mismo instante, el poder para que las órdenes del Gobernador sean cumplidas.

—¿Infante? —preguntó la multitud.

La sorpresa subió de punto cuando tras una visera apareció el rostro del alcalde que todos daban por muerto.

—¡Joder! —bramó el Cautivo—. Todo esto es obra de este descastado murmurador.

Antes de despuntar el sol Lozada marchaba hacia su destierro. Noventa españoles de los ciento cincuenta que había, en prueba de solidaridad, abandonaron Santiago de retorno hacia El Tocuyo. Con ellos van la mitad de los indios tocuyo. Caracas ha quedado desguarnecida. Tan sólo restan sesenta vecinos: los que habrán de poblarla y otros ciento cincuenta indios, que con uso de la fuerza lograron retener.

Al llegar a la adjunta de los dos ríos se despidieron los que se iban de los que restaban. Uno a uno Lozada abrazó a sus compañeros.

El Cautivo de rodillas, dijo con los ojos rojos, luego de besarle la mano:

—¡Adiós, mi Capitán! ¡Me honro de haberos servido!

—Adiós, Don Francisco —respondió el Fundador con la voz turbada—. Caracas nació con la señal de los que no agradecen. Razón teníais cuando decíais que de una bruja caníbal tomó su nombre.[19]

26. El cerco de Caracas

Antes de una semana, tal como lo suponían, Tamanaco recrudeció los ataques. Partidas de doscientos y trescientos guerreros y en los momentos más inesperados, cargaban contra Caracas. Era peligroso salir de extramuros en grupos menores de diez. En las noches se veía a los mariches a un tiro de arcabuz cantando y bailando alrededor de las hogueras.

Las noches se hicieron largas y tenebrosas. Destemplados silbidos, lúgubres carcajadas y aullidos interminables hacían rugir a los perros y cavilar con miedo a los cristianos.

A poco de dormirse aquella noche, un terrón desprendido del techo despertó al Cautivo. Acarantair con pupilas brillantes oyó cantar la pavita.

«¡Tamanaco!» —pensó. Un choque de sentires encontrados le apagó la mirada.

Ya sobre el Cautivo volvía el sueño en marea, cuando un arañar sobre el tejado le abrió los ojos.

—¡Maldito animal!

Un hueco se abrió en el techo. Un rayo de luna cayó en el cuarto.

—¡Jolines! —exclamó. Su mano buscó la ballesta y le montó el cuadrillo. Con el arma a punto simuló roncar, atento al entramado del techo. La rendija abruptamente se transformó en agujero. Apareció una cerbatana. De un sacudón se echó a un lado. Un dardo se clavó en tierra. Descargó la ballesta. Quejidos y carreras sobre el techo. Gritos, campanas y cornetas en la calle. Tocaban a generala. ¡Los indios entre antorchas avanzan sobre Caracas!

Acarantair, seguida de Rosalía, Petra y Felicia y con Soledad en sus brazos, corrió hacia la plaza. El Cautivo, por la escalerilla que había al final de su calle, subió a la muralla.

—Yo sabia —dijo— que esto iba a suceder tan pronto se fuera Don Diego. Pero al Gobernador le importa un bledo la suerte de nosotros para imponernos al joyante y relamido del hijo suyo, que aparte sonarse los mocos no sirve ni para un mandado. Y todo por el chismoso y abellacado de Francisco Infante.

El golpe seco de una flecha sobre el parapeto y un clamor de guaruras atronó el Valle.

—¡Jolines! ¡Se armó la marimorena!

La charanga indígena redobló sus tintes marciales. Más allá del Anauco brillaron unas antorchas que a fuer de muchas remedan un incendio en la sabana.

De la ola de fuego salpican en elipse flechas encendidas.

¡Por Baco y su madre la Diablesa! Acometen por miles.

Al otro lado del Caroata y del Guayre se encendieron fuegos y un estruendo avasallador sacudió el Valle. La línea de fuego tras del Anauco arremetió de pronto deshaciéndose en antorchas hasta que llegó al Catuche. El terraplén entre los dos ríos brillaba en toda su extensión.

El Cautivo tomó un catalejo y atisbo el campo. Indios empenachados, entre gritería, se daban palmadas entre sí.

—¡Jolines! Sínodo de caciques tenemos. ¿Pero, por qué tan a la vista y con tanta bulla?

Los apuntó con el catalejo que también robó al dueño de las culebrinas.

«Hay niños, vienen mujeres, hay mucho mozalbete con plumas y pocos guerreros. ¡Qué extraño!».

Preso de la sospecha recorrió la rampa a todo lo largo.

—Por aquí no embestirán —pensó mirando hacia el Guayre.

En el flanco que daba hacia el Caroata sucedía lo mismo: multitudes rugientes que a la luz del catalejo se transformaban en mujeres y niños.

Sólo hacia el norte reinaba la calma. Apenas seis hogueras dispersas se veían hacia la montaña. Rió el Cautivo:

—Estos indios como que creen que nosotros, al igual que ellos, podemos ser cazados a lazo. Por aquí habrán de atacar.

El Cautivo acompañado de Ledesma, Pedro Alonso Galeas y veinte de a caballo, traspuso sigiloso la puerta de la ciudad. El ejército indio concentrado al norte y adormilado, no los vio llegar.

Al grito de ¡Santiago y cierra España! cargaron sobre los guerreros. Confusos y dando voces los indios se batieron en fuga. El Cautivo y su gente, a galope tendido, retornaron a la ciudad.

—Aquí esto. Allá aquello —mandaba a la tropa apenas llegó—. Mezclad bien la paja. Empapadla bien. Ahora esperemos el asalto de los guarros.

Un vocerío creciente bajó del norte. Por las antorchas y los gritos no bajaban de cinco mil. En medio y en claro alarde, venían los caciques. Los españoles ansiosos apuntaban con toda su armería.

—¡Fuego! —ordenó Infante.

Caen diez, quince; pero avanzan cinco mil.

—¡Abrid la puerta! —volvió a Ordenar. Las tres culebrinas descargaron encima de la columna. Mil muertes causó el destrozo, pero eran cinco mil. Se reagruparon y volvieron a la carga.

—¡Cómo han aprendido los hi de putas! —comentó con sorprendente calma—. Saben que las culebrinas están vacías y que no hay tiempo para cargar.

A puertas abiertas y manos en jarra los vio venirse.

—¡Cerrad la puerta, por Dios! —gritaron los españoles.

Una luz azulada en dos canales corrió hacia afuera. A cien varas del portal, indios y luces se encontraron. Estallaron los barriles de pólvora enterrados momentos antes. Por los gritos y las antorchas ya los indios no llegaban a tres mil.

Al mediodía y en mayor número, volvieron al ataque y por el mismo flanco. Una vez más los rechazaron con grandes pérdidas. Por tres días y tres noches los indios se quedaron en paz. A la cuarta noche cargaron por todos los frentes. A pesar de que la batalla fue ardua y por el lado sur se saltaron la muralla, Santiago se mantuvo incólume.

Al séptimo día los españoles comenzaron a desfallecer. La pólvora escaseaba.

—Menos mal que la previsión española —dijo el joven Ponce de León— nos ha hecho almacenar alimentos por un año. Y de agua no hemos de carecer con tantas acequias que cruzan la puebla.

El Cautivo, a sus palabras, miró hacia un canal y empalideció:

—¡Ea, a llenar los odres de prisa! ¡Nos han dejado sin agua!

El arroyuelo estaba a la mitad de su caudal. En la tarde ya sólo quedaba fango.

Esa noche los indios no hicieron algazara. Bailaron y cantaron borrachos hasta el amanecer, contentándose con lanzar dardos y flechas con trasfondo de guaruras.

Comentó caviloso el Cautivo:

—El agua para nosotros alcanzará por diez días. Para los caballos, no llegará a dos. ¿Qué hacemos?

—Pues matarlos de una vez y darnos un hartazgo con ellos —propuso Sancho Pelao.

Rugió el guerrero echándosele encima con su alfanje.

Con la ayuda de Ledesma el capitán de los falsos mariches logró escapar de la furia del Cautivo, quien, demudado y confuso, dijo con voz turbada luego de

sosegarse:

—Primero muero con él que separarme de *Bravío*.

Murieron los primeros caballos.

—Hagamos una salida para dar de beber a las bestias —propuso el Cautivo con voz sombría— de lo contrario, morirán mañana.

Desde la garita noroeste atalayea hacia el Caroata; los indios se han concentrado en la línea del río inmediata a la puerta. Otro tanto observa en dirección al Catuche.

—Umj —dice—. Tal como me lo había barruntado. No son tan bestias los muy taifas.

—Explicaos, Don Francisco —exigió Ledesma—. ¿Qué ven vuestros ojos que no atinan a ver los míos?

—De ser culebro os hubiese clavado la ponzoña, maese. Claras son sus intenciones. De salir los caballos, con la sed que tienen se meterán de cabeza al rio que les quede más cerca, que como podéis ver son los más densos en indios armados.

—Razón tenéis, Don Francisco —dejó salir con tono de pesadumbre—. ¿Qué hacer?

—Algo se me ocurre. ¡Ya veréis!

Una algarabía estalló hacia El Catuche cuando una inmensa cometa hecha de seda y verada liviana remontó los cielos llevada por la fuerte brisa que soplaba hacia el Este. Los indios, con ardor de caza, corrieron tras ella lanzándole armas y flechas. Al poco rato la casi totalidad de los sitiadores corrían tras la cometa con forma de papagayo.

Entre tanto, la mitad de los corceles, de a cuatro en fondo, provistos de orejeras y con sus jinetes arriba, esperaban en la calle que daba hacia el portal.

—Ahora —ordenó el Cautivo al frente del escuadrón.

Treinta indios ayudados por todos, aplicaron a los caballos bozales empapados de yerbabuena y aguardiente. Algunos se encabritaron.

—Aguantad lo más posible —gritó el Cautivo—. Es indispensable para que no huelan el agua.

Bravío corcoveaba y relinchaba.

—¡Santiago y cierra España! ¡A la carga!

Treinta caballos irrumpieron por el portal, sesgaron dos veces a la izquierda y entre latigazos, voces y espuelas cabalgaron hacia el Guayre donde nadie los esperaba.

La indiada al darse cuenta corrió hacia ellos por los dos lados. El tiempo de ir y volver, aumentado por la sorpresa, era riesgo calculado. No así el sesgo violento que a trescientas varas hicieron los caballos hacia el Caroata acuciados por la sed. Más pudo el rio que el bozal perfumado. Con fruición y estrépito sorbieron el agua. Los indios ya venían sobre ellos. El Cautivo vio con ansiedad. Los corceles seguían

aferrados al río. Los sitiadores ya estaban a menos de cincuenta varas.

—¡Vamos ya! —gritó a *Bravío* tirando de sus riendas; pero inmóvil se quedó entre las aguas con el cuello abajo.

Una lluvia de flechas cayó sobre las armaduras.

—¡Arre ya, bestia del demonio! —gritaron cuatro soldados que al igual que *Bravío* y los treinta caballos se adherían al Caroata.

—¡Jolines!, que esto si no me lo esperaba.

Más de trescientos indios por la orilla opuesta se les pusieron de frente agitando sus macanas. Los caballos, a pesar de las espuelas, seguían bebiendo. Otra andanada de flechas cayó sobre los jinetes.

A Sebastián Díaz de Alfaro una le dio en la ingle. Juan de Guevara fue herido en la pierna.

—¡Santiago, haz un milagro! —rogó el Cautivo, y como *Bravío* no obedeciese, añadió tronante—; ¡Qué si te abstienes se lo pido a Mahoma!

El caballo de Francisco Infante se encabritó ante un espuelazo y lo echó al río. El peso de la armadura lo puso a punto de ahogarse. Cuatro indios se abalanzaron sobre él enarbolando macanas. Ledesma que los vio venir, crispó la cara con miedo. El que venía al frente era Curumo, o Tamanaco. Apuntó al cacique. Con un tiro de arcabuz lo puso corriente abajo.

Los caballos seguían sin moverse. Los indios centuplicaban su número lanzando flechas y jabalinas. Los más osados cruzaban el rio tratando de golpearlos con sus macanas. Temeridad y temerarios aumentaban minuto a minuto. Los caballos se hicieron piedras del rio.

—¡Santiago, no te hagas de rogar! ¡Esto ya no es juego!

Una corneta trepidó tras la colina. Una polvareda con estruendo de balas y caballos al galope, cargó sobre el Caroata.

—¡Jolines! ¡Qué hace milagros Santiago!

Ochenta hombres a caballo que nadie los vio venir, cayeron sobre la indiada y a mandobles y a tiros los pusieron en fuga.

—¿Y éstos, quiénes son? ¿Y de dónde vienen? —se preguntaban los sitiados con voz y expresión de asombro.

El jefe del destacamento, un hombre guapo y moreno, de unos veinticinco años, fue el primero en alcanzar la orilla opuesta. Francisco Guerrero salió a su encuentro y lo abrazó.

—Sois el Cid de las tierras nuevas —saludó clamante—. ¡Dios os bendiga! ¿A quién debemos el honor?

—Yo soy Garci González de Silva. Venimos de Valencia. Tan pronto supimos que los indios os tenían sitiados, nos propusimos auxiliaros.[20]

—¡Gracias, Señor! —expresó el Cautivo. Y por primera vez en muchos años

sintió viva y exuberante simpatía por alguien.

27. ¿Dónde están mis verrugas?

—Y ansina, por obra de Garci González —dijo Rosalía a Don Juan Manuel— se salvó Caracas de las huestes del gran mariche.

—¡Dios de los Ejércitos! —exclamó el mantuano ante los negros del Valle que pasan raudos con el palanquín a cuestas y dando voces de insurrección y muerte.

Sacudido de un estremecimiento los vio alejarse prendido del brazo de Eugenia. La hoguera que exhala frío le va calando los huesos, chisporreteando a sus espaldas. Rosalía prosigue con sus historias. La voz de pronto se apaga, se desvanece. Mueve los labios, pero todo es silencio en su boca. Retorna el palanquín de los negros del Valle seguidos de una muchedumbre: pero no hay estrépito, ni algarabía, ni aquel trepidar de guerra. Rosalía se torna transparente. Luego se esfuma. El brazo de Eugenia se hace inexistente. Eugenia no está a su lado. La hoguera se achica, se apaga, se desvanece. Nada distingue a su alrededor. Una luz de un amarillo desvaído lo cubre todo. La explanada ha quedado solitaria, absorbida por el silencio. Don Juan Manuel se pone en pie. Siente aligerado el cuerpo cual si tuviese veinte años. No hay sarmientos en sus manos ni verrugas en el cuello. La luz amarillenta y desvaída parece el sol de España en una mañana de invierno. Avanza por la explanada. Una callejuela mal empedrada le sale al paso. Alguien grita:

—¡Aquí está la chicha del Negro Simón!

Una carreta sube. Otra carreta baja. La calle se puebla de estridencias. Mulatas hermosas, demasiado hermosas para vivir tantas en la misma calle, se asoman a los balcones.

—Adiós, Juan Manuel —saluda una morena reilona y batiente—. ¿Quieres que recojamos juntos los pasos perdidos?

Juan Manuel con ambos puños se estruja los ojos ante el gentío y la estridencia. Está en el Silencio. En la calle de La Amargura. En pleno barrio de la putería. En la fuente de Muñoz. Sigue levitando de juventud. La panza se le ha hecho nada. Echa de menos su bastón de mando. Del cinturón cuelga su espadín de Noble Aventurero. Lleva el pelo suelto, sin peluquín de corte. Es liso y abundante.

—Tú si que tienes bolas —dice de pronto una voz—. Seguro que te quedaste dormido.

Es Juan Vicente Bolívar, su compañero de juerga.

—Es que ese aguardiente que da a beber la Matea es una porquería. A mi una vez me pasó igual.

—¡Dame una chicha! —pide al Negro Simón.

Cuatro caballos corren al paso. Juan Manuel de un salto trepa a una ventana. El

oficial que los lleva suelta una risotada.

La gente hace corrillos en las esquinas. Caballos a galope salpican fango.

Juan Manuel alelado se asoma a una charca. Incrédulo se palpa el rostro. La papada consular ha dado paso a un cuello firme. No hay arrugas ni surcos que crucen su tez.

—¡Necesito un espejo…!

—¡Pero, Juan Manuel…! mejor te vas a casa y te das un baño. Si tu madre supiera donde estaba metido su muchachito…

—Pero, Juan Vicente, ¿qué edad tenemos? —pregunta con arrebato.

—¡Ah, vaina! —responde Bolívar—. ¿Tú como que estás loco? Tú veintiuno y yo veintitrés.

Juan Manuel mira al sol. Mira la calle. Mira los rostros. Está en Caracas. En el Silencio.

—Con la borrachera que cargas —comenta Juan Vicente— no me has dejado contarte que Juan Francisco de León, Teniente de Justicia de Panaquire, se alzó contra la Guipuzcoana y al frente de seis mil hombres avanza sobre Caracas.[21] Le ha exigido al Gobernador Castellanos que expulse a los vascos.

—¡Viva Juan Francisco de León! —jubileo un mulato en la esquina.

—… ¡Qué viva! —coreó un vocerío.

—¿No te parece un milagro que al fin vayamos a salir de estos malditos vascos?

Juan Manuel con la expresión atormentada no entiende, ni atiende lo que dice su amigo.

—¿Pero, dónde están los escarabajos y el palanquín loco? ¿Dónde está mi bastón de mando, mis arrugas, mi barriga y mi peluca de Regidor Decano? Necesito un espejo, Juan Vicente. Quiero ver mi cara…

TERCERA PARTE
Los Amos del Valle y el galeón de las boinas

28. ¡Barco a la vista!

Por la ruta de Barlovento, pasado el mediodía, Juan Francisco de León llegó al Valle de Santiago. El isleño vio a sus huestes y un trepidar de cavilaciones lo puso alerta. Al salir de Panaquire era apenas un hombre arrecho. Un hombre bragao, a quien nadie le faltaba el respeto. En aquel momento pensaba plantársele por delante a Don Iñigo, el jefe de los vascos, para reclamarle de hombre a hombre su destitución. Pero la gente de Panaquire, que además de brejetera lo quería, le dijo por voz de todos:

—¿Usted sabe como es la cosa? ¡Qué su merced no va a ir solo! Pa'trances como éste es que están los amigos.

Una nube de polvo anunciaba su presencia en diez leguas a la redonda y si alguien preguntaba: «¿Qué es lo que pasa?» diez voces respondían:

—Juan Francisco de León que se alzó contra la Compañía.

A su paso se vaciaban las aldeas, los caseríos y las haciendas de la montaña. Al entrar al abra seiscientos hombres lo seguían. Nadie había visto hasta entonces tanto hombrerío junto dando gritos de muerte. A nadie, y menos a Juan Francisco, sin embargo, se le ocurrió que aquella turbamulta tomara color de revuelta.

En el bosquecillo de mamones colgó su hamaca y comenzó a cavilar.

Si al salir del pueblo tenía una intención, con aquel gentío la cosa era distinta. Hablaría con el Gobernador Castellanos y sin faltarle al respeto ni al comedimiento, le pediría a nombre del pueblo que expulsara a las sanguijuelas que desde hace veinte años sangraban a la Provincia. ¿Lo escucharía? ¡Qué duda cabe! De niño en Garachico, el Capitán General de Canarias mandó al patíbulo a un mal alcalde a causa de una poblada. Sin pensarlo más llamó al cura y al pulpero, sus mejores vales, y los mandó por adelantados.

—¡Id prestos a ver al Gobernador y llevadle este mensaje…!

A las seis horas el pulpero regresó cejijunto y sofocado.

—El Gobernador ordena y manda, so pena de vida, que retornes lo andado.

—¿Y el cura?

—Se quedó con el Obispo. Caracas es un hervidero. Unos te aplauden. Otros te chiflan. El Gobernador convoca milicias. Ruedan cañones.

«Ah, vaina —se dijo—. Esto es mucho barco para un solo marinero. Hace falta alguien con más experiencia y reciedumbre, como mi amigo y compadre Martín Esteban de Blanco y Blanco, el Gran Amo del Valle. Hombre bragao y sin miedo, con clara voz de corneta y un arrebato de mando».

Sin consultarle a nadie, «tropa no delibera», escribió al Gran Amo del Valle:

«Yo, Juan Francisco de León, por gracia de las montañas y por salirme del forro, te nombro General en Jefe de mis seis mil montoneros.»

Caracas se volvió corrillos en calles, plazas y aceras.

—A cada cochino, por vasco que sea, le llega su sábado.

—Juan Francisco es un macho completo.

—¿Lo irán a nombrar Gobernador?

—Seguro que si. Castellanos es un malandrín y Juan Francisco es un león.

Don Feliciano Palacios y Sojo al oírlos discurrir, sonrió displicente. A los sesenta y cinco años, a pesar de sus mejillas enjutas mantenía el fulgor de sus ojos. El cuerpo ágil. La peluca borbónica le daba sombra y figura juvenil. Tenía el rostro adusto y avinagrado. Hablaba siempre en tono seco, gruñón y fustigante. Vivía a dos leguas hacia el naciente en la Estancia de Tamanaco, en el mismo sitio donde siglo y medio atrás fuese ejecutado el gran cacique mariche. Era una de las más hermosas casas de la región, rodeada de corredores y asentada entre jardines, arboledas y cañaverales. Los días de Ayuntamiento se venia a caballo a Caracas para almorzar con María Juana, su hija, casada con Martín Esteban de Blanco y Blanco, el Gran Amo del Valle.

Con el paso lento y la mirada ausente, rumia con rabia:

«Antes de la llegada de los vascos éramos dueños y señores del Valle, sin instancias ni maestros que nos enmendaran la plana».

Un mulato claro, abstraído en un pasquín, en sentido opuesto viene por la misma acera.

—¡Carajo! —le espeta arrebatado—. ¡Mire por donde camina!

El hombre lo mira con estupor. Don Feliciano intenta pegarle un bastonazo.

—¡Quíteseme del medio, negro parejero y falta de respeto!

Huye el muchacho. Indignado se va diciendo:

«Cuándo se le hubiese ocurrido a semejante bicho en otros tiempos andar burriciego por la acera. Los vascos los ensoberbecieron para bajearnos en nuestra fortaleza. Desde entonces los pardos están imposibles. Si no le ponemos reparo a esto, va a llegar el momento en que seamos nosotros los que cedamos la acera y rindamos acatamiento. Antes de que llegaran los vascos, y ya van diecinueve años, todo era orden, respeto y prosperidad. Vendíamos el cacao a los holandeses al precio que nos diera la gana. Los reales ya no cabían en los arcones. Los gobernadores lo eran de nombre: pues si decían *ñe* se los devolvíamos al Rey en una hallaca de cadenas».

Don Feliciano cruza la Plaza Mayor. Por la calle de arriba pasan Juan Vicente Bolívar y su nieto Juan Manuel.

—¿De dónde vendrán los carricitos a esta hora y tan bien finchados?

El castillito de la Cumbre, cuando ya avistaba la Casa del Pez, disparó una salva. Respondió el San Carlos.

«¡Barco a la vista! —pensó el mantuano con las pupilas contraídas—. ¡Igual que aquella vez…!».

29. El telégrafo de los cañones

Era día de feria y tenia cuarenta años. Gallarda y juvenil era su apariencia, tal como lo captó tres años atrás el pintor del retrato embrujado.[22]

Del brazo de su segunda mujer recorre cejijunto los tenderetes. La gente lo saluda entre afable y reverencial. Es alcalde de primera elección y todos conocen su vertical intemperancia.

Una bella chica con un niño en brazos se le aproxima. Es María Juana su hija, con su nieto Juan Manuel. Distiende el rostro adusto. Fulguran sus ojos de alegría, sus brazos se extienden.

—¿Cómo está ese correporelsuelo? —pregunta al niño arrebatándoselo a la madre. Más que su primer nieto es «su primer hijo varón». La difunta María Josefa Lovera Otáñez, tan sólo parió a María Juana en catorce años de matrimonio.

Don Feliciano le hace mimos y arrumacos al chiquillo: lo lanza al aire, lo sienta sobre su hombro, lo pone a horcajadas sobre su cuello.

El castillo de la Cumbre lanzó una salva. Todos los rostros se volvieron al cerro. «¿Barco a la vista?». Cinco cañonazos de breve pausa se sucedieron. Ya no fueron los rostros sino el cuerpo entero los que vieron al Ávila. Algo más que un simple barco anunciaba el telégrafo de los cañones. Don Feliciano pasó el chiquillo a su madre. Los cañones volvieron a tronar. No había ninguna duda. Catedral lanzó al vuelo sus campanas. El cañón grande del San Carlos rugió bronco y fatigado.

—¡El nuevo Gobernador! —clamó la gente entre campanas, cohetes y disparos de artillería.

—¡Por fin! —afirmó Don Feliciano—. Vamos a ver qué pasa ahora.

El Gobierno de la Provincia desde hacía dos años estaba en sus manos. De acuerdo a un privilegio que otorgara a Caracas Felipe II los regidores destituyeron al gobernador Carrillo Andrade.[23] El Gobernador temeroso se asiló desde entonces en el Convento de la Merced. Luego de tanto tiempo Su Majestad no se ha pronunciado sobre el particular. Algo se temen Don Feliciano y los Regidores. No es de buen agüero el silencio, ni edificante la historia de los Capitanes Generales en los últimos treinta y siete años. De los ocho que han regido la Provincia, tan sólo dos, Berroterán y Rojas, terminaron su mandato sin contratiempos. Cinco fueron destituidos y enviados al Rey bajo grilletes, cual rufianes o delincuentes. «Bertodano, el suegro de Juan José Vegas, se salvó de chiripa por haber cogido su cachachá al año de haber

llegado».

—¡Qué vaina! —profirió Don Feliciano—. Tener que coger cerro ahora para recibir al Gobernador.

—Es lo menos que puedes hacer —le respondió su mujer—, y deja ya de decir vulgaridades, que mañana he de comulgar.

Un hombre joven cabalga al lado de Don Feliciano por el camino que va a La Guayra. Es alto, perfilado, moreno oscuro, de talla alta, cimbreante, cejijunto y aguerrido. Es Martín Esteban de Blanco y Blanco, su yerno.

Los cañones de los Castillitos, como hacen cada hora, reinician su retahíla de advertencias.

—¿Qué tal será el nuevo Capitán General? —pregunta el joven.

—Igual que todos los demás debería ser: un lambucio pretencioso que vendrá a cortar lana. Mi retrato embrujado, sin embargo, lleva tres días llorando. Algo me dice que esta vez el Gobernador no saldrá trasquilado. Los gobernadores están cada vez más llenos de avilantez, cálculo y mano dura. Ya tu padre, Don Jorge Blanco y Mijares, lo preveía:

—Ustedes están comiendo cuentos de que Su Majestad va a permitir esta mamadera de gallo —nos decía a los jóvenes de la época— donde los principales de Caracas sigan haciendo lo que les da la perra gana. Felipe V no es un Habsburgo, sino un Borbón y nieto de Luis XIV, como si fuese poco. Al igual que su abuelo es fiscalizador, centralista e interventor y más ahora que está limpio por la Guerra de Sucesión. El cacao es riqueza y sus reales arcas están vacías.

¡Qué verga era tu padre! —proclamó Don Feliciano.

Cruzan los caballos frente a una casa grande, mitad pulpería, mitad posada, que entre nieblas y anticipando al castillete de La Cumbre, colorea el lóbrego paraje. Sin detener el paso Don Feliciano echa una mirada hacia adentro. Un zambo de pelo rojizo se ocultó tras un pilar.

—¡Carajo! —exclamó al verle.

—¿Qué fue? —inquirió su yerno.

—Nada de particular —comentó silenciando el motivo de su sorpresa.

Un hombre fuerte de mediana edad se asomó al camino tan pronto siguieron de largo. Sus ojos azules y el mechón rojizo hacían contraste con sus facciones toscas y su tez morena. Era Ño Cacaseno, apoderado general de los bienes de Martín Esteban hasta tres años atrás. Ño Cacaseno, como reconocía Don Feliciano, era un hombre sereno y trabajador, a quien el padre de Martín Esteban, Don Jorge Blanco y Mijares, distinguió siempre con su amistad y confianza.

30. Ño Cacaseno y Don Feliciano

Tenía sin embargo un defecto, que para Martín Esteban resultó imperdonable: sisear un saco de cacao por cada diez, lo que sumado a la invencible antipatía que sentía por el zambo a causa de un chisme que le metió a su padre, desencadenó la tragedia.

Un cuarto de legua más allá. Ño Cacaseno, arriba de un burro y en dirección a Caracas, rememora el día: Martín Esteban y María Juana pasaban sus primeros días de matrimonio en la hacienda. Ño Cacaseno gozaba de gran prestigio y predicamento en Ocumare de la Costa.

Ese domingo llegó más temprano a la plaza, frente a la cual tenía casa de cuatro ventanas. Adusto y solemne oía las cuitas mercantiles del cura, las místicas del barbero, las penas del bodegón. Vista al suelo, mano en la barbilla, asentía, dudaba, inquiría con ojos y cuello en calculado intento. Conocía los secretos del prestigio. Distancia y discreción, sus lemas. Opiniones frontales, nunca. Errores y equivocaciones, jamás. Atento, servicial y eficaz con todos; confianza y chacota con nadie. Y ya hasta había gente que lo titulaba de Don. La placita frente a la Iglesia de Ocumare era su tribuna, su coto, dominio y posesión. Tan pronto llegaba lo cercaban los notables. Si el asunto era de poca monta se le exponía el caso. Con difícil expresión de indiferencia atenta escuchaba, dando su parecer luego de un largo cavilar entre circunloquios, ambigüedades y muletillas del refrán, que siempre aparejaban por parte de su público los mismos comentarios: «Ah, hombre pa' faculto es Ño Cacaseno». «Es que se pierde de vista». «Yo no sé qué hace en este pueblo».

Los problemas de mayor envergadura los trataba a solas con el interesado, dando dos o tres vueltas bajo los almendrones, mientras los otros seguían con envidia al beneficiario del paseíllo. «¿Qué le estará diciendo Ño Cacaseno?». «Y yo con tantas cosas por preguntarle».

Eran pasadas las cinco cuando por la calle del cerro reventó en la plaza Martín Esteban de Blanco y Blanco.

Ágil y tenso saltó del caballo. Con aire decidido y la expresión torcida avanzó hacia el grupo. Sacudía una verga en la mano.

Todos lo vieron con aprensión. Ño Cacaseno empalideció. Caminaba hacia él con la mirada encendida.

—¡Ladrón! —gritó descargándole un vergajazo.

Ño Cacaseno dio un traspiés y cayó al suelo.

—¡Robándome mi cacao, miserable!

El látigo caía una y otra vez sobre el viejo, que para sorpresa de todos, además de rehuir la pelea suplicaba y gimoteaba.

—¡Perdón, perdón! ¡Déjame explicarte!

—Un carajo es lo que me vas a explicar —le respondió luego de propinarle una

patada en medio del pecho—. ¡Zambo bachaco, hijo'e pirata!

Ño Cacaseno quedó solo en la plaza. Todos se escurrieron confusos.

En la madrugada, sin despedirse de su mujer y de sus dos hijos, remontó la montaña con una muda de ropa, un talego de monedas y su escopeta.

«No hay jefe ni mentor que soporte una azotaina —se dijo— y menos que le espeten el sobrenombre que amargó por mucho tiempo su vida».

Por tres años erró por los pueblos cacaoteros de Barlovento, hasta esa mañana, que por encargo de Juan Francisco de León, a quien servía en Panaquire, llegó hasta La Guayra para arreglar en su nombre algunos asuntos.

«Qué hombre tan malo es Martín Esteban de Blanco y Blanco —se dijo sacudiendo el recuerdo cuando los campanarios de la ciudad se echaron de nuevo al vuelo—. No parece ni prójimo de Don Jorge Blanco y Mijares. ¡Qué hombre aquel! ¡Cuán grandes eran su bondad y sabiduría!».

Y con los ojos crispados sesgó su pensamiento hacia Caracas, a la que regresaba por primera vez después de tanto tiempo.

«Pobre Ño Cacaseno» —se dijo Don Feliciano al otro lado de la montaña con el mar rutilando en lontananza—. ¿Qué habrá hecho en todo este tiempo? Ya lo dábamos por muerto. ¿A qué habrá vuelto? No me gusta nada que se haya escondido al vernos pasar. ¿Traerá algún plan contra Martín Esteban? Bien merecido lo tendría. Eso no se le hace a nadie y menos a un Fiel servidor de sus padres y abuelos. Hay quien dice que Martín Esteban es más malo que su abuelo, el Águila Dragante, pero eso no es verdad. No hay mejor amigo que él, ni alma más generosa que la suya. Prueba de ello es la cantidad de pueblo que tiene y el amor que le profesan sus esclavos. No hay siervos mejor tratados en toda la Provincia; así como no hay esclavitud que haya sufrido con más rigor sus inclemencias cuando monta en cólera, como fue la escabechina que organizó hace cuatro años contra sus negros cimarrones. La traición lo transforma y lo enloquece. Nadie que lo vea por primera vez puede imaginarse al verlo tan apacible, cordial y penoso, que pueda ser el tigre enjaulado que es en el fondo. No en vano nació con dientes. «Vino a este mundo a morder» —dijo la bruja Yocama, que fue la comadrona que lo trajo al mundo. Fue en el mismo año en que murió mi padre y enloqueció Eugenio de Ponte y Hoyos, el Gobernador. [24] Lo llamaban el Bello Eugenio y era la mar de enamoradizo y cucarachón. Dicen que fue una vaina que le echó Yocama en el chocolate por encargo de una vieja birrionda que quiso cobrar afrentas. A la pobre vieja la llevaron a Cartagena a las cárceles de la Inquisición. «Murió el mismo año en que me casé»[25]

El día en que me casé —exclamó añorante el Gran Mantuano en el momento en que un paují voló hacia un matorral— Juan de Aristeguieta y el cura se opusieron de frente. El uno por cuñado y tutor de María Josefa y el otro por entrépito.

—Tienes la leche en los labios.

—En los labios nada más no —le respondí retrechero.

A los dieciocho años era largo y lleno de pepas como un guayabo. Eran las seis de la tarde. El cura cerraba la iglesia. Ayudado por los Madriz y uno de mis negros, le dimos un empujón, so pretexto de que traíamos un moribundo en la camilla, donde iba María Josefa vestida de novia.

Al cura no le quedó más camino que casarnos. Los Aristeguieta se inclinaron ante los hechos consumados y en medio de un tropel de amigos tomamos el camino de la Estancia. Estábamos en plena fiesta cuando a la medianoche se presentaron José Juan Blanco y Mijares, el hermano de mi padrino, que estaba de Obispo Interino, y el Gobernador, Don Fernando Rojas, con cincuenta soldados coraza. “Sacrílego, impío, endemoniado —me gritó José Juan—. ¿Cómo te atreves a forzar un sacramento con las armas? ¡Este matrimonio no es válido!».

—Pues no sé cómo vas a hacer para impedir —contesté altanero— que se consume. Si la iglesia nos niega su bendición, de ella será la culpa de que vivamos en concubinato.

Juan de Bolívar y Villegas que había venido con ellos, arrechísimo se me vino encima. Ya casi me alcanzaba, cuando la voz del Gobernador lo detuvo:

—Pues yo si sé cómo impedir este matrimonio: encerrándoos de por vida en una mazmorra, ¡mocoso insolente! Así no habrá matrimonio consumado ni pecado mortal. Y juro por ésta —añadió esgrimiendo un crucifijo— que mientras yo sea Gobernador de esta Provincia, Feliciano Palacios no ha de ponerle un dedo encima a esta infeliz.

Mamá soltó el llanto. Varias señoras se desmayaron. Unos suplicaron. Hasta el mismo Juan de Bolívar intercedió a mi favor. Después de mucho rogar, Don Fernando Rojas, y esto se lo debo a Jorge Blanco, accedió a que María Josefa y yo continuásemos unidos en matrimonio, siempre y cuando por cuatro años, los mismos que le faltaban para terminar su mandato, viviésemos bajo el mismo techo y como dos hermanos. Él lo había jurado y palabra de Gobernador hay que cumplirla. José Juan, para fuñirme más, me impuso voto de castidad. ¡Qué cuatro años aquellos! Madre fue la primera aliada de aquella iniquidad: dormía a tranca cerrada con María Josefa, haciéndola custodiar día y noche por una tropilla de cuatro negros forzudos y cuatro viejas rezanderas. Una vez que me salté la guardia para darle un beso, ardió la tremolina. José Juan y todos sus curas llegaron a Tamanaco con casullas y demás artilugios. Luego de exorcizar hasta la letrina, me amonestó delante de todos los siervos, haciéndoles ver a las hembras que cualquier complacencia para conmigo se acompañaría de excomunión. Disfrazado de capuchino intenté salirme con la mía en una casa de mujeres malas. Se formó el zaperoco. De no haber sido por Juan de Bolívar que de un tarascazo me desarmó, hubiese corrido la sangre. Nunca le perdoné aquella segunda afrenta.

31. ¡Zambo, bachaco, hijo’e pirata!

Los cañones desde La Guayra a la Cumbre recitan, como lo hacen cada hora, su retahila de cañonazos. Martín Esteban, silencioso al lado de su suegro, se yergue en su montura a la vista del último trecho tras el cual se asoma el puerto.

—A mi lo que me preocupa de verdad —dijo Don Feliciano son esos fulanos vascos que vienen con el nuevo Gobernador para arreglar el asunto del cultivo y exportación del cacao.

—¿Yo no sé por qué te preocupas? A mi me parece bueno que le vendamos el cacao a la Compañía, empero nos paguen un poco menos que en Veracruz. Nos quitamos de encima el flete y nos aseguramos cada seis meses comunicación directa con España.

—Umj —gruñó Don Feliciano—. Yo no veo las cosas tan buenas como tú. Cuando hay dos centavos de por medio no creo en las buenas intenciones de nadie. ¿A cuenta de qué una compañía tan importante y poderosa como la Guipuzcoana, donde el Rey es propietario de la mitad de las acciones, va a meterse aquí? Todo eso está muy relacionado con la política seguida por los gobernadores desde que el cacao se puso de moda, y en especial desde 1701, en que Felipe V que es borbón y francés, subió al trono de España. Mientras fuimos la última provincia del Imperio aquí no venía nadie, salvo prófugos de la justicia y del Santo Oficio.

La gran flota que anualmente salía de España —prosiguió Don Feliciano— en dirección a México ni nos destapaba y eso que pasaba a todo lo largo de nuestras costas. Éramos demasiado poca cosa como para gastar pólvora en zamuros. De vaina mandaban un falucho para que dejase en Margarita pasajeros y correspondencia. En Cartagena, en cambio, sí se paraba y se tomaba su tiempo; lo mismo que en La Habana, Santo Domingo y Puerto Rico cuando iba de vuelta. A nosotros que nos partiese un rayo, pues era muy poco o nada lo que aportábamos a las reales arcas. ¿De dónde crees tú que nos vienen tantos privilegios? Entre otros el derecho exclusivo de destituir a los gobernadores, que con excepción de Yucatán, es exclusivo de Caracas en todo el Imperio Español.

—¿De dónde?

—De la soledad y el abandono en que nos tenían. Abandonados a nuestra propia suerte; luchando a muerte contra los piratas sin más auxilio que nuestros propios hígados, lo menos que podía hacer el Rey era dejarnos hacer lo que nos diese la gana para que conservásemos para España esta parte del mundo, codiciada por ingleses, franchutes y holandeses. De no haber sido por nosotros, Venezuela hubiese seguido el mismo destino de «Las Islas Estériles» como llamaron a todas esas islitas que hacen arco desde Puerto Rico a Trinidad. Ahora están en manos de los enemigos de España. Hasta la muerte de Henry Morgan, el Rey de los Piratas,[26]aquí no se hizo sino

pelear. No hubo año en que los corsarios, filibusteros y bucaneros no atacaran nuestros puertos y ciudades. Cuando yo estaba muchacho, las cargadoras para meternos miedo nos decían: ¡Quédate quieto, que voy a llamar a Morgan! Ese tercio era más malo que caratoso birriondo, aparte de audaz y organizado. En Maracaibo hizo horrores y no hablemos de la vez que por no poder tomar La Guayra arrasó todos los pueblos de la costa desde La Guayra hasta Coro. Desollaba vivos a los prisioneros, quemaba las iglesias y hacía violar por las tropas a todas las mujeres que cayesen en sus manos. Tomó a Panamá poniendo por delante a unas monjas que había capturado en las cercanías. Los españoles no se atrevieron a disparar…

Ño Cacaseno en Sanchórquiz va contando las salvas con el pensamiento fijo de nuevo en Martín Esteban. No hay odio en sus ojos, sino tristeza. Por culpa de aquel muchacho a quien vio nacer, su pequeño mundo se vino abajo. La mujercita que tenía se largó con un zambo de Curazao, cargando con sus tres muchachos. Aquella hacienda de Ocumare, donde vino al mundo, era el principio y el fin de todo lo existente. El cura del pueblo, un español borracho a quien ayudaba por su ingenio y apacibilidad. Le decía: «Qué lástima que los pardos no puedan ser sacerdotes. Tienes madera para llegar a Obispo».

El párroco luego de verlo puso los ojos en lontananza echándose un trago:

—Tu historia es larga, torcida y repetitiva: Yo fui íntimo amigo de tu abuelo. Alma generosa que me tendió la mano cuando yo llegué por primera vez a este pueblo en 1656. Era un zambo descomunal, igual que tú, con los mismos ojos verdes y un mechón de pelo rojizo, que, como el tuyo, tenia singular historia. Los holandeses, más que ahora, mantenían muy vivo comercio con la gente de esta parte. A pesar de que a mi nunca me habían gustado los herejes, en esas soledades y como además eran obsequiosos y no se metían conmigo, me importaba un rábano. Había uno llamado Henrique, un gordito pelo rojizo, simpático y reilón, que a cada rato desembarcaba con sus hombres a proveer se de carne y de frutas frescas. A diferencia de los otros, no le importaba el cacao. Siempre había sospechado que el tal Henrique era un adelantado de los holandeses y que tarde o temprano se cogerían estas tierras tan próximas a Curazao. Cada vez que lo veía llegar con aquel hombrerío, sucios, hediondos, cachondos como verracos, pensaba que en cualquier momento daría el grito de posesión. Iguales sospechas tenia tu abuelo. Pero como Henrique pagaba en oro contante y sonante y sin regatear, nos tenían muy sin cuidado sus visitas y que sus hombres borrachos violentasen a una que otra mujercita o ensartaran a alguien con sus espadas, ya que eso pasa en todos los puertos del mundo.

Aquella noche estábamos tu abuelo y yo, conversa que te conversa en el corredor de su haciendita, a mitad de camino entre el pueblo y el desembarcadero, cuando tu madre, que asaba una carne, a la entrada, nos advirtió:

—Ahí viene un hombrerío.

Decir esto y oírse el estruendo de un batallón en marcha, fue lo mismo. Las risas y sus pachotadas subían como creciente. Tu abuelo salió a la carretera.

—Es Henrique —me observó— y viene con un ejército.

Yo, que tenía unos retortijones de estómago me escurrí tras unos mogotes. Tu abuelo saludó campechano:

—Bueno pues —saludó extendiéndole el brazo—. ¿Cómo que se acabó la guachafita y te vienes a coger definitivamente Ocumare para el Rey de Holanda?

Henrique por respuesta le descargó un puñetazo en medio de la cara.

—Es cierto que se acabó la farsa. Pero no es para tomar posesión de esta inmunda ranchería, sino para quemarla hasta los cimientos. No somos súbditos del Rey de Holanda, sino de Su Majestad Británica. Yo soy el capitán Henry Morgan…

Y sin añadir más, ordenó:

—Colgadlo a la puerta de su casa y los que quieran que hagan uso de la chica.

El célebre pirata, terror del Caribe, venia indignado por no haber podido tomar La Guayra, a la cual asedió por tres días.[27] Para vengarse incendió y destruyó la mayor parte de los pueblos y de haciendas que encontró a su paso. Del tiro estuve estítico por una semana al ver cómo violentaban a tu pobre madre uno tras otro aquellos forajidos.

Tan pronto siguieron hacia el pueblo salí de mi escondrijo, la tomé en vilo y a cuestas la llevé al monte tupido, donde traté de calmarla.

Tu ama y su marido se apiadaron de ella y la recogieron en la hacienda. Al poco tiempo naciste tú. Tu madre murió en el parto. Al mes nos dimos cuenta de que tenías los ojos verdes y el pelo rojo. Fue en ese momento que me enteré por tu ama, que a la madre de tu abuelo, una mujer a quien mentaban la Pelo e Yodo, la concibieron de igual manera cuando los piratas de Preston saquearon a Caracas.[28] Por eso te llaman ¡Zambo bachaco, hijo’e Pirata!

32. Don Iñigo Aguerrevere

—Antes de que el cacao se pusiera de moda —afirmó Don Feliciano— la vida en Venezuela era dura y difícil. Los gobernadores que aquí mandaban eran unos pobres diablos que dispuestos a pasarlo lo mejor posible, no se metían en vainas, dejando que los principales hicieran y deshicieran a su antojo. Los que no entraron por el aro, o fueron destituidos o murieron de extrañas maneras. Pero eso fue in ilo tempore. En lo que el cacao comenzó a darnos buenos dividendos ya empezaron a vernos distinto y a tratar de entrepitearnos los negocios. Desde 1693 los gobernadores que aquí han venido, podrán tener todos los defectos que se quiera, pero de bolsas no tienen ni un pelo. Todos, sin excepción, han pretendido meternos en cintura. Con habilidad o a la fuerza, hasta ahora hemos trasquilado a los que vinieron por lana, pero mucho me

temo que de tanto ir la cántara al pozo, terminará por romperse. Dígame aquel loco de Cañas y Merino.[29] ¿Te acuerdas de él?

—Once años tenia, pero todavía recuerdo el zaperoco.

«Y pensar —se dijo Don Feliciano— que yo fui quien con más entusiasmo le di la bienvenida, pues él terminaba el mandato de Don Fernando Rojas y aquel maldito voto de castidad».

—Al principio —dijo en voz alta— Cañas y Merino me cayo simpático, a pesar de su aspecto vulgar y desenfadado. Antes de seis meses nadie dudaba que el Rey, para jodernos, nos había enviado a un monstruo con algo de galeote, mucho de berebere y más de cabrón. Se emborrachaba en público. Andaba rodeado de putas y de coños de madre de la peor calaña. Cogía a la fuerza parditas y criollitas de modestos recursos. Hacía lo que le salía del forro, cagándose en la gente decente hasta más no poder. Por tres años hicimos lo posible por aguantarlo. Hasta que aquel martes de carnaval colmó nuestra paciencia.

Salvo Bertodano, los gobernadores que lo sucedieron fueron a cual peor. Con Marcos Betancourt y Castro[30]perdimos la autonomía, quedando desde entonces bajo la tutela de la Nueva Granada. Diego Portales y Meneses fue la cagada que no ha puesto Paula. Y por último Lope Carrillo de Andrade, asilado y destituido por prohibirnos usar sombrillas rojas.[31] ¡Hay que ver las bolas que se necesitan para prohibirnos una costumbre!

Martín Esteban y Don Feliciano llegaron al último recodo tras el cual estaba La Guayra.

—¡Caray! —exclamaron al contemplar dos barcos de gran calado escoltando al más gigantesco galeón que jamás hubiesen contemplado.[32]

En el puerto una multitud se abigarraba en el muelle. Hombres jóvenes, fuertes y rudos se entremezclaban con mujeres, niños y marinería. La gente del puerto se agolpaba por verlos, los botes repletos de cajas, caballos y armería echaban su carga sobre el muelle.

Gritaban y gesticulaban en español, papiamento y vasco. Y no eran cuatro gatos, como se creía, sino que pasaban de setecientos.

Don Feliciano seguido de Martín Esteban, los observa desdeñoso:

—¿Qué jeringonza habla esta gente?

Arrechedera, el otro alcalde, salió a su encuentro.

—¡Menos mal que llegasteis, ya comenzaba a desesperar!

«Ay, tú» —susurró el mantuano por lo bajo mofándose de los modales del alcalde.

Del *San Ignacio de Loyola*, nombre del buque insignia, se desprendió una chalupa de pendones. El vigía disparó a buen espacio los veintiún cañonazos.

—¡El nuevo Gobernador! —comentó el otro alcalde.

La chalupa tocó tierra. Los dos alcaldes salieron al encuentro del nuevo Capitán General.

Era un hombre gordo, fornido y sonriente. Con él venia una mujer y tres chiquillos. Don Feliciano y Arrechedera hincaron la rodilla en tierra. El hombre, presto, les echó una mano para impedir la reverencia.

—Que estoy ansioso de veros de nuevo con vuestras sombrillas rojas.

Don Feliciano y Martín Esteban lo vieron con simpatía. García de la Torre se prodigó entre la concurrencia. Don Feliciano dijo a su yerno:

—Una de dos. O este Gobernador es un terciazo o es un coño de madre de la peor calaña. No hay pele.

Los vascos en doble fila esperaban turno para saludar a los mantuanos.

—Tengo el gusto de presentaros —observó el Gobernador— a Don Iñigo Aguerrevere, el Factor Principal.

Un hombre moreno rojizo, de barba negra que la navaja no lograba velar, estrechó la mano de Don Feliciano con una grande y callosa.

—Bienvenido a mi tierra —añadió Martín Esteban al saludarle.

El vasco adusto, lo miró a los ojos y siguió de largo. Martín Esteban sorprendido por la hosquedad, lo miró confuso. Don Feliciano, rabioso por el desplante, lo siguió retador.

—¿Quién será este mentecato? —preguntó en alta voz.

—Don José Donato Austria —prosiguió el Gobernador.

Otro hombre robusto como un leñador y de manos igualmente ásperas, que secó antes en el pantalón, las estrechó contra las de suegro y yerno con la misma hostilidad del anterior.

—¡Simpáticos los muchachos! —comentó Don Feliciano con la boca torcida.

Uno tras otro fueron saludando:

—Istúriz —dijo uno.

—Olavarría —anunció el cuarto—; Elizondo —observó el quinto—; Ochoa —afirmó el sexto—, y Arcaya y Ustáriz los siguientes.

La larga lista de nombres tan ásperos como los modales de los que llegaban puso iracundo a Don Feliciano.

—Echeverría. Lecumberri, Iturbe, Aguirre, Arria.

—La sequedad de estos carajos no es la simple cortedad del campesino. Es petulancia de conquistadores. Esa misma cara tenían los oficiales de Betancourt y Castro, de Portales y Meneses y Carrillo Andrade.

—Urbaneja, Uzcátegui, Unda, Irigoyen —continuaron retumbantes las voces guturales—. Veitia, Uzcanga, Echenagucia, Iragorri, Amengual, Berroeta, Urreiztieta, Landaeta, Urdaneta, Irueta…

—¡Estos son los tetas! —apuntó jubiloso el mantuano.

Uno de los vascos lo miró con rabia y escupió al suelo. Don Feliciano llevó la mano a su espada. Martín Esteban lo contuvo. El nuevo Gobernador le echó el brazo cordial.

En la aduana, mientras toman un refrigerio, dice el otro Alcalde a Don Feliciano y a su yerno:

—Quiero rogaros que acojáis en vuestras casas por algunos días a Don Iñigo Aguerrevere y a José Donato Austria, los factores principales de la Compañía.

Don Feliciano sin inmutarse por la presencia de los aludidos, respondió bronco:

—No puedo. Estoy recién casado.

—En mi casa —dijo de inmediato Martín Esteban— hay cuartos de sobra. Están a vuestra disposición.

Don Feliciano saltó y lo miró sorprendido.

—Gracias, señor mío —respondieron Don Iñigo y su segundo.

—¡Hay que ver que tú eres bien pendejo! —murmuró Don Feliciano apenas se alejaron los otros—. ¿Cómo vas a meter enemigos en tu casa?

Cuando Don Iñigo y sus acompañantes entraron a la casa, el Pez que Escupe el Agua puso el chorro a media asta y dejó salir su pito ululante.

A la media hora de conversar con sus invitados, Martín Esteban tuvo la sensación de que entre aquellos hombres y él había una distancia densa, extraña, que no se podía ignorar, rasgar, vencer o aproximar. Por primera vez en sus veintisiete años sintió una inquietud sin causa, un presentimiento sin contenido, una rabia y un temor descoloridos, un deseo impostergable de sacarlos a patadas. Para mayor desasosiego una ignota timidez le impedía sobreponerse a sus antipáticos huéspedes y a su desconcertante sequedad. María Juana, durante la cena, inútilmente intentó quebrar las distancias. A Don Iñigo y al señor de Austria no les interesaba en absoluto la historia personal y familiar de los Blanco y de los Palacios. De la misma forma que se mostraron reacios a informar sobre filiación, propósitos y naturaleza. Sólo les interesaba el cacao.

—Tenéis cuatro millones quinientos mil árboles en producción. Mil árboles producen treinta fanegas. La cosecha, por consiguiente, es de ciento treinta y cinco mil. Habéis declarado apenas sesenta y un mil ciento veintitrés. ¿Qué se ha hecho el resto?

—Los negros… —balbuceó Martín Esteban— no se consiguen.

Sonrió Don Iñigo:

—Cada negro produce diez fanegas.

—Hasta en eso hay discrepancias. Oficialmente han entrado a Venezuela mil setecientos noventa y dos negros en los últimos quince años, cuando no hay menos de veinte mil cimarrones. Nadie ignora que los cosecheros además de meterlos en

grandes cantidades, obtienen pingües dividendos revendiéndolos a México.

Saltó Martín Esteban. Don Iñigo prosiguió imperturbable:

—Cada negro cuesta doscientos pesos comprado a los ingleses; ciento veinte a los portugueses y se venden entre trescientos veinte y trescientos cincuenta en México. Un barco carga siete mil fanegas. El consumo interno de cacao es de doce mil fanegas. Hay notables diferencias entre las fanegas cultivadas y las exportadas legalmente a México, España y Canarias.

Un golpe de rubor lo sacudió:

—Son chismes de gente ociosa.

—Pues no creo —advirtió el otro sin amainar el tono— que yerren los que afirman que por cada diez fanegas que producís, nueve por lo menos, van a parar a manos de los holandeses. ¡Esto, como podéis imaginar, no puede continuar!

Y había tal imperiosidad en su mirada y denuncia, que Martín Esteban, ya sin poderse contener respondió echando la silla atrás:

—¿Qué insinuáis, señor mió?

Don Iñigo imperturbable volvió la cara a su compañero. Luego de cruzar unas palabras en vasco, dejó caer con otro acento:

—Bella casa tenéis…

Martín Esteban crepitante de ira, metió la cabeza en el plato. María Juana, ansiosa, sorteó a los niños preguntas sobre su nombre, edad y lo que harían de oficio cuando fueran grandes…

Un olor nauseabundo envolvía a los vascos. Luego de aquel largo camino y a pesar de la invitación de María Juana, no cambiaron de trajes ni lavaron sus manos, permaneciendo en mangas de camisa, «cual si mi casa —según pensaba el mantuano — fuese un bodegón caminero». Ya llevaba a su boca la primera cucharada de sopa, cuando Don Iñigo se puso en pie con señales de alarma:

—¡No hemos rezado…!

Con el señor de Austria, las dos mujeres y los cinco niños cruzadas las palmas, Don Iñigo oró largo rato con la actitud remilgosa de un cura. Martín Esteban ajeno a la costumbre, siguió sentado contemplándolos con displicencia.

Tomaron la sopa cara al plato y en ruidosas aspiraciones. Un hosco silencio dominaba la mesa. María Juana sin darse por vencida, trató de arrancarle una sonrisa a los niños haciéndoles morisquetas. Pero al igual que sus madres, se mantuvieron silenciosos y esquivos.

El criollo y Don Iñigo continuaban su diálogo monosilábico, bronco y reticente. La sirvienta ofreció al Factor una arepa humeante.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó con alarma al contacto quemante.

—¡Qué no es del diablo, señor mío! —protestó Martín Esteban—. Es pan bendito y tan preciado en estos reinos, que nos sentiríamos muy desgraciados de hacernos

falta.

Por primera vez se mostró conciliador:

—Perdonad, caballero —dijo Don Iñigo— no quise ofenderos Tan sólo me sorprendí ante este curioso alimento.

Luego de probarla la apartó a un lado sin ocultar su desgano.

A la cena siguiente Don Iñigo informó a Martín Esteban con sonrisa de saurio:

—Ya compré casa. Mañana a primera hora, con vuestra venia, procederemos a mudarnos. Es una gran mansión —añadió—. Dos cuadras al norte de la Catedral. La compré por dos mil pesos.

—¡Dos mil pesos! —clamó Martín Esteban mostrando su complacencia.

—Así es, señor mío —respondió el vasco molesto por la acusación de pelma que llevaba la exclamación.

—¿En dinero contante y sonante? —insistió con incrédulo regocijo.

—En buenos escudos castellanos.

—Pues, por esa cantidad os hubiera vendido el Obispo la Catedral, y yo, esta casa con todos sus bienes y enseres.

Don Iñigo balanceó juguetón su roja cabeza. Sin mudar la voz propuso con ojos burlones:

—¡Trato hecho! Os la compro y no por esa cantidad, sino por el doble, que bien lo vale. Os hablo en serio.

Martín Esteban se atragantó dirigiendo a su interlocutor una mirada diferente.

—Bueno, señor de Blanco. ¿Qué decís a mi propuesta? Os compro vuestra casa.

Se encogieron sus labios en maltrecha cólera:

—No todo tiene precio, señor Factor de la Guipuzcoana.

Don Iñigo rió gutural y sacudiente. De codos sobre la mesa y con un apacible tinte clerical cambió de tema para agradecer la hospitalidad recibida en la Casa del Pez que Escupe el Agua:

—Sólo hay una cosa que no me ha gustado de vosotros… —añadió con inflexiones dubitativas.

María Juana y Martín Esteban se inclinaron con sobresalto sobre la mesa.

«¿Qué irá a decir ahora este carrizo?».

Haciendo un gran esfuerzo Don Iñigo terminó por decir: …el que no oréis antes de comer.

Martín Esteban soltó el resuello.

—Si no es mucho pediros, os rogaría que en lo sucesivo lo hiciérais, en beneficio de vuestras almas. ¿Me lo prometéis, mi señora? —solicitó casi tierno a María Juana.

—Os lo prometo —contestó alelada.

—Pero también vosotros —intervino Martín Esteban con la mirada brillante— tenéis que prometernos algo en cambio para que hagamos tablas…

Con expresión benévola Don Iñigo dio señales de asentimiento.

—Que cuando vengáis a mi casa, además de comer, os lavéis las manos y os pongáis la casaca antes de sentaros a la mesa.

«¿Qué clase de plaga nos ha caído?» —cavilaba Martín Esteban luego de la cena. La propuesta de Don Iñigo de comprarle su casa lo tenía fuera de si.

Si este hombre es capaz de hacerme vacilar a mi el hombre más rico del Valle, ¿qué les sucederá a los demás? Con razón lloraba el retrato embrujado y el Pez no ha cesado de ulular.

33. Ofensiva vascongada

A los tres meses la gran casona que compraron los vascos vivienda y almacén, era solo factoría. Don Iñigo y el señor de Austria habitaban en grandes mansiones con esclavos y servidumbre.

Treinta casas compró la Compañía para los empleados de mayor rango. Antes de acabar el año cada vascuence tenía vivienda propia e individual, que compraban en efectivo y sin regatear. Se estimaba en más de medio millón la inversión que hiciera la Guipuzcoana al llegar.

Criollos y mantuanos celebraban los negocios que a costa de los vascos los habían enriquecido.

—¿Quién nos iba a decir —proclamaba el señor Berroterán que los vascos, con esas caras de tenderos al acecho, nos iban a resultar estos corderitos?

—Yo les vendí mi casa por mil pesos —festejaba uno de los Ascanio—. A mucho valer no llega a quinientos.

—Y yo —añadía otro—, seis negros por el cuádruple de lo que costaron el año pasado.

¡Qué tontos son los vascos! —decía el coro.

Don Iñigo y el de Austria, enterados de los comentarios que sobre ellos circulaban, se reían con expresión caprina.

—Dentro de un tiempo veremos quién es el indio y quien es el herrero.

Los criollos, en posesión por primera vez de tanto dinero, comenzaron a gastar a manos llenas. Las abacerías fueron arrasadas en diez leguas a la redonda. Cuando los vascos abrieron sus almacenes al público, cayeron con avidez sobre la mercadería.

—Aquello es la locura —refería María Juana.

De maravillas eran realmente las cosas que ofrecía en venta la Compañía: pistolas con cachas de marfil, tizonas toledanas, sillas de montar, cristalería de Bohemia, alfombras persas, sabanas de hilo, cuadros de Su Majestad, candelabros de plata, muebles tallados. En menos de una quincena quedaron vacíos los almacenes.

Uno de los Teta tranquilizó a los rezagados:

—Antes de dos meses arribará el otro galeón tan lleno de buenas mercaderías como las que trajo el primero.

Cada seis meses arribará a Venezuela un galeón, repletas sus bodegas con los mejores útiles y manufacturas de la Península. En lo sucesivo no tendréis carestía de buenos vinos, de mejores aceites, de fino trigo, de hinchonas aceitunas, alcaparras, turrones y harina.

—¡Loado sea el Rey! —decían los vecinos chasqueando sus lenguas con gula.

—Y a su retorno, como si fuese poco, nuestros barcos transportarán vuestro cacao a España sin que tengan que utilizar de intermediarios a los comerciantes de Veracruz.

Llegó el galeón anunciado. La mercadería se esfumó en una semana. Don Iñigo y el de Austria sacan cuentas sonreídos; al año todo valía veinte veces más.

—¿Pero, qué importa? —se consolaban los criollos—. Para eso tenemos bastante plata.

—Las cuartas quintas partes del dinero invertido en casas y esclavos retornó a nuestras arcas. Ahora son más pobres que antes —observó—. Dilapidaron el dinero y los productos de primera necesidad subieron tres veces su valor. De aquí en adelante los criollos habrán de vendernos el cacao a precio de gallina flaca. Sin disparar un tiro, como podéis ver, nos hemos apoderado de esta levantisca Provincia. «Su Majestad está servida».

Ño Cacaseno, para sorpresa de Martín Esteban y alarma de Don Feliciano, fue contratado por Don Iñigo como contable.

—¡Nos jodimos! —exclamó el mantuano—. Ño Cacaseno es el hombre que mejor conoce nuestras marramucias con los holandeses.

Don Iñigo escribe con atención los informes del zambo. Le gusta el hombre, es preciso al hablar y conocedor de la situación. Señala fechas de arribo, sitio y condiciones. Nombres de los agentes.

Don Iñigo y Austria sorben golosos lo que cuenta el antiguo administrador de los Blanco. Luego de dos meses el Factor de la Guipuzcoana dice a su ayudante:

—¡Manos a la obra!

La fiscalización de Don Iñigo entorpece el contrabando. La exportación oficial sube de cincuenta mil a ochenta mil fanegas. El precio baja de ciento sesenta reales a la mitad, exactamente. En España —según Don Feliciano— se venden ese mismo año a trescientos sesenta reales la fanega. El salario de un obrero en la península es de ocho reales y un estudiante de clase media vive holgadamente con trescientos sesenta reales al mes.

—El cacao es oro en rama. Los dos primeros retornos —añade indignado el mantuano— le han producido a la Compañía una ganancia de setecientos treinta y ocho mil pesos, mientras a nosotros se nos pone a nivel de ruina.

Las nuevas medidas producen grave alteración en los clientes tradicionales de Veracruz, Cartagena y Santo Domingo. Hay quiebras en uno y otro lado. Don Iñigo luego de mucho insistir, deja cuarenta y seis mil fanegas libres de exportación; pero los venezolanos sólo podrán importar mercadería de España. Se fija en seiscientos mil pesos la cifra tope que Venezuela puede comprar. Los precios de la Compañía son diez veces superiores a lo justo y cuarenta a la de ingleses y mexicanos.

Los vascongados compraron haciendas a todo lo largo de la Provincia. Don Feliciano indignado vio de pronto surgir como vecino suyo a un Landaeta y marcharse un Rojas, quien los tenía en propiedad desde la conquista.

—Un vasco de apellido Uzcátegui —señalaba el mantuano a sus amigos en tono patético— se hizo de los títulos de buena parte de Cojedes.

En los Valles del Tuy; los Lecumberri, Echenegucia y Echeverría, Uzcanga, Ugueto y Veitia, luego de tomar tierras, se dedicaron a la ganadería y al cultivo en gran escala del añil. Uno de apellido Elizondo, natural de San Sebastián, compró a bajo precio la gran hacienda de Caraballeda, con casa, molino y trapiche. Los Iribarren, los Olavarría y los Zagarzazú se han hecho dueños de Valencia. Los Arria, de grandes haciendas cacaoteras alrededor de Borburata. Un señor Arcaya es ya de los principales de Coro. Los Urbaneja y los Berrizbeitia son los toros que más mean en Cumaná. Los Iragorri y los Unda se marcharon a Trujillo y en Caracas se quedaron los peores para nosotros, o los más listos, como ese maldito Don Iñigo y su secuaz Austria, Uztáriz e Irigoyen. Pedro Urrutia es dueño de diez abacerías y sube y baja los precios a su antojo.

Urreiztieta se ha alzado con las fábricas públicas y privadas. Urdaneta tomó a Maracaibo. José Ochoa es el mejor cirujano.

—En cambio —hizo ver el viejo a sus contertulios en medio de la plaza—. ¿Dónde está nuestra gente? ¿Qué será de nosotros?

Y como el círculo fuese creciendo, el viejo mantuano siempre tribuno, prosiguió:

—¿Qué ha sido en cambio de los Poleo, de los Castro, Paúl y de los Bertodano? ¿Por qué Juan Rivero está arruinado y miserable cuando sus antepasados y él hicieron este Valle? ¿Por qué el Padre García con toda su sapiencia anda con la sotana rota y nadie lo toma en cuenta? En cambio, Aguirre e Iturbe, porque tienen las barrigas y las bolsas llenas, son motivo de admiración por parte del clero.

—¡Muy bien, Don Feliciano! —exclamó una voz—. ¡Así se habla! —apoyó otra.

—¡Échele bolas! —propuso un mulato.

—¡Qué desde que llegaron los vascos estamos en la mala!

Ño Cacaseno recostado de una caoba a pocos pasos, los escuchaba discurrir con los ojos sobre el suelo.

Carvallo y Báez, dos canarios de la Candelaria, se añadieron al grupo. Don Feliciano al percatarse prosiguió dirigiéndose a ellos:

—¿Qué ha sido de los laboriosos isleños? ¿Es que acaso han alcanzado la riqueza que han acumulado los vascos en dos años, cuando ellos tienen un siglo en el Valle? ¿Dónde están los Sanabría, todo inteligencia y honestidad? ¿Dónde están los Bello y los Monteverde, los Carvallo y los Bermúdez? ¿Es qué son menos hombres, menos trabajadores y honrados que esos malditos vascos?

Una salva de aplausos recibieron sus palabras. Cada quien protestaba por su lado dando mueras a los vascos. Martín Esteban, aprovechando una pausa, añadió por lo bajo:

—Mejor nos vamos. Estás a punto de provocar una revuelta.

Al lado de su yerno, Don Feliciano se iba diciendo:

«Qué importa lo que en última instancia sucederá a los criollos, a los blancos de orilla y a los isleños. A mí, ¿qué carajo me importa lo que les pase a los De las Casas, a los López y a los Filardo? A mi lo que me importa es lo que le pasará a mi gente. A mi los que me importan son los Palacios, los Blanco, los Herrera, los de la Madriz, los Toro, los Bolívar y los Ascanio. Me importa lo que les pase a ellos. Me importa mi propia vida y mi propia muerte. Me importa el destino de nosotros, los Amos del Valle».

34. El Real edicto y la perra gana

A los dos años de haber llegado los vascos, el poder de la Compañía era total y el malestar profundo. Su voracidad se hizo insufrible. García de la Torre, el Gobernador, advirtió al Rey de las graves consecuencias políticas que pudieran derivarse de tales hechos. En Yaracuy, una insurrección contra la Compañía capitaneada por el zambo Andresote. García de la Torre salió en persecución y desmanteló sus huestes. Los vascos, sin embargo, lo acusaron de lenidad y de estar en complicidad con los mantuanos. En febrero de 1732 llegó a Venezuela el enviado especial, Martín Lardizábal, con orden de destituirlo y procesarlo. Enterado a tiempo, García de la Torre se asiló en el Convento de San Francisco. Lardizábal asumió ese mismo día la jefatura del Gobierno.[33]

—Ahora sí es verdad que nos fuñimos —comentó Don Feliciano— Don Iñigo se quitó la careta y sacó definitivamente las uñas. De aquí en adelante serán los factores de la Compañía los que manden por la calle del medio, a menos que nos pongamos los calzones y nos vayamos de frente. Ahora sí creo que esta vaina se acabó. Llegó el momento de separarnos de España. El Rey es francés —prosiguió el mantuano—. La misma España es ya parte de Francia. Sus provincias de ultramar han dejado de serlo. Hoy son simples colonias que nutren la codicia de un Borbón parásito.

Martín de Lardizábal envió al Rey un informe donde se enaltecen los logros de la Compañía. Según él eran muchos los vicios de los naturales del país, y en particular

de su clase noble: «gente tan levantisca y renegada como el depuesto García de la Torre, hereje y contrabandista».

Al año de haber llegado Lardizábal el cacao cayó de ciento cuarenta y cuatro reales la fanega a ciento treinta y seis.

—¡Veinticuatro reales menos que el año en que llegaron los vascos! —exclamó Don Feliciano.

A mediados de año la Compañía intenta llevar los precios a 120 reales. El cacao, sin embargo, continúa teniendo demanda creciente en el mercado internacional. La Compañía reparte entre sus socios utilidades del 20%. Los cosecheros venezolanos se niegan a venderle a la Compañía más de trece mil ciento ochenta y siete fanegas de las cincuenta y cuatro mil ciento ochenta y cuatro que oficialmente declaran. España queda sin cacao. Lardizábal establece que sólo podrán venderse libremente veinticinco mil fanegas. La Compañía Guipuzcoana cuenta ya con dieciocho naves para hacer efectivo el monopolio e impedir el contrabando. Escasea la harina. Los ingleses, con quienes los españoles están extrañamente en paz, ofrecen harina a mitad de precio y pagan el cacao a dieciséis pesos la fanega. Venden negros a doscientos pesos la pieza. Lardizábal prohíbe venderles cacao a los ingleses. En España se vende la fanega a trescientos veinte reales, en Venezuela a ciento veinte.

—Son unos pulperos, unos bandoleros estos vascos —gritan los cosecheros.

Para colmo estalla una epidemia de viruelas. El año de 1734 sorprende al antiguo Gobernador en su presidio asilo de San Francisco. Los españoles conquistan a Nápoles. Felipe V impone a su hijo Carlos como Rey del país conquistado. García de la Torre languidece al lado de su mujer y de sus tres hijos. Continúa la escasez de harina. El barco inglés *Príncipe Charles* trueca 92 negros por mil ciento quince fanegas. El precio del cacao, luego de mucho discutir, se estabiliza en dieciséis pesos o ciento treinta y seis reales. En España vale entre ochenta y cien pesos. Lardizábal y los vascos gobernaban sin freno y a su antojo.

Ño Cacaseno se encumbra. Luego del señor de Austria y a pesar de su casta, para los efectos prácticos es el segundo en mando de la organización. Don Iñigo no da un paso sin escucharlo. Los pequeños negocios que hace con unos y otros, lo enriquecen. Ya tiene casa propia, un almacén y siete esclavos. Casa con Begoña, una sirvienta prima hermana de la mujer de Don Iñigo. Le nace un hijo a quien bautizan Juan de Dios.

Ño Cacaseno continúa siendo silencioso, sabio y prudente. Hasta Lardizábal, el nuevo Gobernador, lo toma en cuenta.

En 1735, para sorpresa de todos, Felipe V declaró inocente a García de la Torre, ordenando que embarcara con honores hacia España. García de la Torre acusaría a los guipuzcoanos. Su vida corría grave peligro, como lo señaló Martín Esteban.

—Nadie está exento —decía Lardizábal a Don Iñigo— de encontrarse con un

bandolero en el camino. —El Factor no respondió a las insinuaciones del Gobernador, limitándose a tomar su labio inferior entre el pulgar y el Índice mientras miraba al infinito.

El día en que García de la Torre salió a la calle lo esperaban los Amos del Valle para escoltarlo hasta el barco. Los veinte hombres armados que apostó el Gobernador en un recodo del camino, se limitaron a verlos pasar.

Con lágrimas en los ojos García de la Torre vio al Ávila en lontananza:

—Adiós, Venezuela, grande y bello país. Adiós, mis señores del Valle.

Lardizábal al enterarse dice a Don Iñigo en su despacho:

—Lo sucedido hoy confirma la amenaza de Don Feliciano semanas atrás, cuando traté de impedirle que trocase negros por cacao a los ingleses.

—Oídme de una vez —dìjome el viejo—, nosotros somos los dueños, la conciencia y la voluntad de la Provincia y no aceptamos por ningún respecto que hombres como vos, con o sin la autoridad del Rey, nos amedrente con sutiles o frontales amenazas. Salvo al poder de Dios, no tememos a nadie. Nos la jugamos siempre hasta el fondo, sin parar mientes en utilidades o consecuencias. A los de mi estirpe no nos dieron enseñanzas para vivir, sino para morir como buenos hijodalgos y castellanos que somos.

De modo que andad bien derecho, señor Gobernador, si queréis evitaros problemas.

—¡Cuán atrevido! —rugió el Factor.

—Tened paciencia, Excelencia —prosiguió Lardizábal—. Sólo espero la ocasión propicia para ajustarles las cureñas. Si a ellos les enseñaron a morir, mi padre, que era un campesino zafio, también me explicó que no era bueno buscar camorra hasta tanto no cesase la de perder.

Don Iñigo lo miró con ojos apaciguados de explicación.

Lardizábal se congració con los mantuanos y se alejó de los vascos. Asistía a las tertulias de Don Feliciano, a los almuerzos o a las peleas de gallo de los vecinos muy principales. En los constantes litigios entre la Guipuzcoana y los criollos era palpable su parcialidad hacia los segundos.

—Nos equivocamos de medio a medio con Lardizábal —decía Martín Esteban—. Es realmente un terciazo y no puede ver a los vascos ni en pintura.

—¡Umj! —gruñó Don Feliciano—. No cantéis victoria todavía. A mi me sigue pareciendo tan gran carajo como al principio. Si echó la partida para atrás es por algo.

—La lengua de Feliciano no tiene remedio —opinó Diego Tovar y Galindo, su compañero de infancia—. Tú le pusiste el ojo al pobre Lardizábal desde que pisó tierra…

—Y con razón. ¿Te parece poca cosa lo que le hizo al bueno de García la Torre?

—¡Ese era un bolsa! —observó Julián Ibarra.

—Bolsa porque perdió. Ustedes, los Ibarra son todos igualitos.

Miguel Berroterán, Francisco Nicolás Mijares y Félix Antonio Ascanio estuvieron de acuerdo que Lardizábal era diferente de un año a esta parte y que Don Feliciano exageraba.

—La política es cosa muy complicada —expresó José Antonio Plaza—. Es un tira y encoge: todo se mide al final.

—Sigan creyendo en pájaros preñados —respondió Don Feliciano— y van a ver cómo los entierran en urna blanca. Ese Lardizábal es un coño de madre y ya verán como el tiempo me dará la razón.

Los vascos ya detestaban a Lardizábal. Esa mañana Don Iñigo le reclama indignado que haya permitido a Martín Esteban de Blanco y Blanco trocar a los ingleses noventa negros por mil ciento cincuenta fanegas de cacao.

—Cada vez sois más blando con los mantuanos. Ya estoy harto de vuestras promesas y marrullerías. ¿Os olvidáis que el cargo de Gobernador se lo debéis a la Compañía?

El telégrafo de bombardas de los Castillitos comenzó a balbucear.

—¡El *San Ignacio de Loyola*! —dijo Don Iñigo emocionado.

—Es posible —añadió Lardizábal sobándose las manos— que pronto os tenga buenas nuevas.

A la mañana siguiente los ujieres convocaron a Alcaldes y Regidores con carácter de urgencia.

—El señor Gobernador —según decían— tiene noticias muy importantes que comunicar.

A la hora señalada. Alcaldes y Regidores, sentados alrededor de la gran mesa de caoba del Ayuntamiento, esperan con impaciencia a Lardizábal.

Pasada la hora fijada, en el momento en que Don Feliciano protestaba enfurecido, apareció el Teniente de Justicia. Luego de excusar a Lardizábal por repentina enfermedad, comenzó a leer la Real Disposición.

A la primera página los rostros de los capitulares se colorearon de sorpresa e incredulidad, y de rabioso estallido antes de llegar al final.

—Pero esto es una iniquidad —vociferó Don Feliciano.

—¡Es que esto es un absurdo! —gritó destemplado Juan Manuel Herrera, mientras Mijares, Rodríguez del Toro, Ibarra, Vegas y Plaza decían con el mismo acento:

—Esa carta es falsa.

—Es una triquiñuela de los vascos y de su secuaz el Gobernador.

—Pero ¿qué se piensa el Rey?

—Vayamos ahora mismo a ver ese bellaco.

A grandes zancadas recorrieron la calle. Iban ofuscados. La mirada tenebrosa.

Acariciaban crispados el puño de las espadas. Un zambo que fungía de mayordomo intentó detenerlos. Don Feliciano lo tiró a un lado de un empellón y avanzó decidido. De una patada abrió las puertas de la alcoba. Lardizábal con el rostro verde de los grandes males, los miró tembloroso.

Don Feliciano estruja con furia el Real Decreto donde Felipe V revocaba el privilegio de los Alcaldes de Caracas de gobernar por ausencia temporal del Gobernador y de destituirlo cuando lo tuviesen a bien.

—¡Esto es vuestra obra, grandísimo bribón! —le espetó el mantuano.

Lardizábal daba saltitos en su lecho.

—Calmaos, mis queridos amigos. Nada he tenido que ver con este asunto. Yo soy el primer sorprendido. Estoy tan espantado como vosotros. He pasado la noche en vela. Por eso no me atreví a daros la cara. ¡Es tan terrible la noticia!

—Primero nos arrebatan la autonomía —lo interrumpió Herrera— y ahora un privilegio que conquistaron nuestros antepasados por derecho de sus heridas y sufrimientos ¡¿Qué es lo que se cree Su Graciosa Majestad?! ¡Qué estamos dispuestos a que por su codicia se nos degrade a Factoría para que nos exploten unos miserables que ni españoles son!

Lardizábal simuló encresparse:

—Vamos, señor mío, que no podéis expresaros de tales formas de Su Majestad sin que me vea…

—Callos la boca, so mequetrefe —lo increpó Don Feliciano— pues al igual que el Rey, no sois más que un hipócrita, traidor y ladino.

—Don Feliciano —protestó acongojado Lardizábal— por Dios os pido que os reportéis…

—Me reporto un carajo. Quiero que sepáis de una vez por todas lo que os he repetido hasta la saciedad: si somos leales súbditos de Su Majestad, es por un estricto sentido del deber y no por miedo a sus débiles garras. Apenas doscientos hombres os obedecen: los que trajisteis de España. En cambio, a nosotros, a una simple señal podemos levantar en menos de un día un ejército de ocho mil hombres, que además de colgaros junto con todos los vascongados, nos permitiría, si nos diese la perra gana, declarar nuestra provincia libre para siempre de España, ¿entendisteis de una vez, so bellaco?

Acababa de comprender en aquel instante su desatino de abogar ante el Monarca para que revocase el privilegio de los alcaldes. Tenía miedo de seguir el mismo destino de la docena de gobernadores destituidos por los Amos del Valle. Ahora, por obra de su imprudencia, estaba a punto de iniciarse, con su asesinato, la emancipación de España. Martín Esteban que hasta entonces permanecía en silencio, propuso fuera de sí:

—¡Matemos a este canalla de una vez por todas y acabemos con este cuchillito de

palo que nos tiene montado el Rey!

Lardizábal juró, lloró, arguyó, proclamando su inocencia y había tal convicción en sus palabras, que Don Feliciano y su grupo luego de una larga pausa, dieron media vuelta, salieron a la calle y se dispersaron en silencio.

—La suerte está echada —dijo Martín Esteban de Blanco a su suegro—. O corremos o nos encaramamos. Independencia de España o esclavitud para siempre. Tal como lo previo mi padre.

—¡Ah! —exclamó Don Feliciano—, es que mí padrino Don Jorge Blanco y Mijares era lo más vergatario que había en estos reinos. ¡Qué gran hombre fue tu padre!

35. La maña y el corcoveo

Lardizábal acongojado informa a Don Iñigo de su enfrentamiento con los mantuanos.

—La fidelidad al Monarca de esta gente no es tan fuerte como suponía. Hemos de proceder con astucia si queremos salir adelante. Lo que afirma Don Feliciano Palacios sobre nuestra impotencia militar es cierto. Aparte de contar con el apoyo de los holandeses de Curazao, atisbando el momento de que se emancipen para caerles encima. Lo que antes parecía un absurdo hoy lo veo como una realidad amenazante. En varias oportunidades me hablaron de independizarse. Creo, Excelencia, que debemos bajar la guardia hasta tanto seamos más fuertes. Dos grandes armas poseemos: el dinero de la Compañía y la legitimidad que nos asiste.

Don Iñigo se mesó la barbilla y miró en dirección hacia el escritorio de Ño Cacaseno.

—Los mantuanos no son tan poderosos como ellos cuentan —le había dicho el antiguo administrador de Martín Esteban—. A causa de su despotismo son odiados con saña y más aún desde que llegaron vuesas mercedes. La gente ya no quiere aguantar más. Saben que sus desafueros no se estilan en parte alguna y menos que los autorice el Rey.

Don Iñigo recogiendo las palabras del zambo, miró a Lardizábal:

—Erráis Gobernador, al pensar que los mantuanos puedan levantar ejércitos y desobedecer al Rey. De ponernos de acuerdo sobre ciertos usos, veréis cómo todo el poder que les resta se les vendrá abajo.

Comencemos por halagar a los pardos. Al igual que los canarios y los blancos de orilla, son sus enemigos; pero más enconados y numerosos. Levantémoslos de su postración. Metamos dinero en sus faltriqueras. Ocultémosles nuestro menosprecio. ¡Qué la justicia los proteja, sea del mantuano o no, la razón! Ganaos —observó con expresión desdeñosa—, ya que tenéis tanta facilidad para ello, la simpatía de la gente

del estado del llano. Deteneos alguna vez en sus casas. Apagad vuestra sed en los ventorrillos del mercado. Dejaos calar por su verborrea. Inclinemos al Obispo a nuestro favor, con razones y con la misma largueza de nuestra bolsa que os favorece a vos. Ganémonos la confianza, el interés y el afecto de los Tenientes de Justicia de cada pueblo cacaotero. Démosle al principio una buena mesada, que pienso sacar del mismo cacao que compro, envileciendo los precios; instruyámoslos debidamente para que tengan en cada hacienda un chivato y veréis que antes del término de vuestro gobierno tendremos el control absoluto de la Provincia.

No Cacaseno, que los escuchaba, sonrió escéptico y prosiguió escribiendo.

Los Tenientes de Justicia y los clérigos, tal como lo pensó Don Iñigo, al recibir emolumentos de la Compañía, se convirtieron en sus agentes. El Gobernador recorría diariamente los ventorrillos del mercado y asistía a las fiestas y tertulias de los pardos, simulando aprecio y simpatía. Los vascos, aleccionados por el Factor, se excedían hasta donde se lo permitía su naturaleza, en afabilidad y cortesía. Eran los mejores clientes de pulperos y tenderos, pagando puntuales y sin chistar, y sus esclavos recibían con marcada ostentación excelente trato. Su moralidad, digna de encomio. En siete años los tribunales no conocieron un solo caso de violación de alguna moza de la clase media, como era usual con los mantuanos. «No hay nada que más hostigue al pobre contra el rico —sermoneaba Don Iñigo— que éste le birle sus mujeres».

Los vascos, a pesar de su riqueza creciente, de sus extensas plantaciones, de sus hatos ganaderos y de sus confortables casas, jamás se jactaban de ello. Sus mujeres vestían telas baratas y no vacilaban en descender al mismo nivel de sus sirvientas y esclavas, cocinando, barriendo o fregando. Altos empleados de la Compañía, para irrisión de los mantuanos, arrastraban carretillas por las calles, o hacían de alarifes en sus casas, dando por explicación que «el trabajo no deshonra a nadie». Con Don Iñigo a la cabeza, desechaban privilegios. Jamás se los vio en palanquines de mano ni discutieron con los mantuanos su derecho exclusivo a que sus mujeres se cubrieran con mantos en la nave central, de Catedral.

Ño Cacaseno al escuchar a Don Iñigo en su inventario continuaba sonriendo.

Luego de un año Don Iñigo observó con preocupación que no era mucho el progreso alcanzado por su gente en el camino del liderazgo y la popularidad. Los mantuanos, a pesar de todas sus arbitrariedades, escándalos y atropellos, continuaban siendo los Amos del Valle, ante quienes, la gente, con franqueza o engaño, con odio o sin él, continuaban prosternándose como en los primeros tiempos. Si la gente de Don Iñigo quisieron ponerlos en evidencia con su amañada conducta —como denunciaba Don Feliciano—, no sólo fracasaron en su empeño, sino que el mismo pueblo se hacía eco de las burlas y denuestos que los mantuanos les dedicaban en reciprocidad:

—¿Pero quién ha dicho que son hijodalgos? —comentaba Martín Esteban en San

Jacinto a un grupo de pardos, señalando a uno de los Echeverría que hacía de alarife —. Esos son peones de cura y nada más que peones. ¿Qué hombre macho se va a conformar con una sola mujer, y encima fea?

Envalentonados por la friega que le dieron a Lardizábal, los mantuanos continuaron comerciando impunemente con los holandeses, declarando con ostensible falacia sólo un décimo de sus cosechas. Las ochenta mil fanegas de cacao que, por efecto de la sorpresa, Don Iñigo logró arrancarles en 1731, se transformaron en menos de la mitad en los años siguientes; y a pesar de los precios ruinosos que impuso, hasta el punto de haber llegado a ciento dieciséis reales, los cosecheros no acusaban mengua de su riqueza; los holandeses les compraban a trescientos reales la fanega.

Era inútil que la flotilla de la Guipuzcoana recorriese incesantemente la costa desde Boca de Uchire hasta Puerto Cabello a la caza de un barco holandés. No obstante continúan atracando y cargando sacos en las numerosas ensenadas de las haciendas cacaoteras, como se sabia de cierto.

El correo del humo —como lo explicó Ño Cacaseno a Don Iñigo— advertía a los plantadores los rumbos de la flotilla.

—Yo no entiendo qué pasa —gruñía Don Iñigo exasperado por el fracaso de su plan.

—Yo si que lo sé —respondió Ño Cacaseno.

Los vascos —aseveró Ño Cacaseno— son muy diferentes a nosotros. El caraqueño, rico o pobre, mantuano o pardo, criollo o negro, tiene una forma muy peculiar de ser que choca con la naturaleza de vuestro pueblo. A un pardo le puede indignar que Martín Esteban de Blanco y Blanco le robe a la hija y se la ponga de querida en la esquina; pero como él, a su vez, hace otro tanto cada vez que puede; sus desvaríos, antes que repulsa, provocan envidia, que como bien sabéis es disfraz de lo que se admira. No hay nada más bien parecido a su pueblo que un mantuano. No en vano lo formó él. Si el mantuano es hembrero y peleador, no lo es menos el zambo o el mestizo. Si el mantuano se hace justicia con sus propias manos mofándose de los tontos que acuden a los tribunales, otro tanto hace el carpintero, el alarife y el pulpero. El mantuano es brutal, déspota, jactancioso y presumido. ¿Lo es menos el pueblo? ¡Hasta los mismos negros y esclavos se ponen cutupertos a la primera ocasión y echan la casa por la ventana para obsequiar a un amigo, empero paguen su gentileza con tres semanas de hambre! El orden, la disciplina, la meticulosidad, no es propio de caraqueños. Por eso, y perdonadme, no os pueden ver a vosotros con simpatía.

El venezolano, humilde o noble, se liga por la palabra, la amistad y el compromiso y ya podrá Su Excelencia pagar fortunas a los Tenientes de Justicia para que denuncien a los contrabandistas, que no lo harán si los delincuentes son amigos

suyos o conocidos.

El venezolano no considera virtud el ir a misa, ni pecado emborracharse montado sobre un caballo, como hace el señor de Tovar o cualquiera de los Madriz. Y prefiere mil veces que los insulten de frente, como lo hace Don Feliciano, que el encubierto menosprecio que destilan vuesas mercedes. Los pueblos tienen sus ídolos, y los mantuanos, a pesar de todas sus maldades y loqueras, siguen siendo los santos a quienes les reza el pueblo. Difícil será, Excelencia, anularlos oponiendo simplemente vuestra virtud a sus vicios o gratificando a vuestros presuntos espías. Recibirán muy sonreídos vuestras gratificaciones, fabularán de lo lindo, pero en cuanto a denunciar, olvidaos de eso.

Don Iñigo le dirigió una mirada profunda:

—Decidme entonces, Ño Cacaseno, ¿qué debo hacer?

—Si Su Señoría me lo permite —respondió susurrante— yo tengo la maña para poner fin al corcoveo.

Don Iñigo lo miró entre curioso y escéptico.

—Sólo el dinero, y en buena proporción —añadió reposado Ño Cacaseno— será capaz de desbancarlos. La recompensa ofrecida hasta ahora a los Tenientes de Justicia es una miseria. Nadie por cuatro centavos va a correr el riesgo de tan tremendo odio. En cambio —arguyó con voz distinta— si la recompensa fuese más jugosa, digamos un quinto de la mercancía que se decomisa, otro gallo cantaría. Hay que ver lo que carga un galeón y cuánto vale. Ante pingües beneficios es posible que la celebrada fidelidad se vuelva nada.

Brillaron los ojillos del Factor:

—Tenéis razón, amigo mío. Elaborad un plan y llevadlo a cabo.

36. ¡Por traidor y mal vasallo!

Esa misma tarde Ño Cacaseno embarcó hacia Puerto Cabello. Comenzó por desmantelar el correo del humo: pagándole a los que lo manejaban sumas veinte veces superiores a las que recibían de los hacendados.

Señales imperceptibles darían noticias exactas sobre los contrabandistas. En cada pueblo, hacienda o caserío procuró un cómplice.

Al tercer día de haber salido de La Guayra desembarcó en un lugar solitario de la hacienda de su antiguo amo. Sigiloso se acercó a la casa Grande. Basilio, un negro joven y ahijado suyo, se sacaba las niguas frente al mar. Al verlo cayó de rodillas. Luego de besarle las manos escuchó atento sus propuestas.

—Tan pronto veas a un barco holandés corres hasta Ocumare, pones al tanto al cabo de guerra y envías estas señales por el correo del humo. Sí le ponemos la mano al contrabando de Martín Esteban, yo me ganaré unos reales y tú, la libertad.

Morris, el holandés, era un gordo sonriente de barba rubia y pipa de arcilla. Hace más de catorce años recalaba en Cata desde Curazao.

—Yo no sé qué esperáis vosotros para emanciparos de una vez de la tutela de España —solía decirle a Martín Esteban—. Tenéis todo a vuestro favor: poder militar, riqueza propia y una España sin flota, aparte la simpatía de mi país y el apoyo que fuese menester.

Martín Esteban se mofaba de sus propuestas.

—Si, oh, chico, muerde aquí. Tú, como que crees que nosotros somos cogíos a lazo y que por saltar de la sartén vamos a brincar a la candela. Por un lado nos estamos independizando y por el otro nos ponen la mano ustedes.

Morris soltaba indefectiblemente la risa.

Esclavos y marinos acarrean a bordo del navío de Morris, en medio de la bahía, los sacos de cacao amontonados sobre la arena. Recostado de una roca mira atento y con ojos plácidos la maniobra. A sus pies, en un saco, los doblones de la cosecha. El mayordomo de Martín Esteban le dice preocupado:

—Qué raro que el Amo no haya llegado todavía.

El holandés responde entre una bocanada de humo:

—Es la primera vez que está ausente en todo el tiempo que llevamos de negociar.

—Pero no se preocupe vuesa merced, ya debe estar en camino.

—Sólo que no lo puedo esperar. Tan pronto terminen de cargar zarparé para Curazao. Ahí te dejo el valor de las fanegas. Se las estoy pagando a trescientos reales.

—¿Y sabe vuesa merced a cuánto la están pagando los vascos? ¡A ciento dieciséis reales! Se necesita ser bien vagabundo para… ¡Adiós, caraj! ¿Y eso qué es?

Abruptamente tras el cerro apareció uno de los navíos de la Guipuzcoana.

—¡Daos preso en nombre del Rey! —rugió una voz a sus espaldas.

Ño Leandro, el cabo de guerra de Ocumare, rodeado de veinte hombres con escopetas, lo apuntaba con su pistola. Tras de él, entre medroso y contento, estaba Basilio, el negrito esclavo ahijado de Ño Cacaseno.

—Los cogimos mansitos —comentó burlón el muchacho.

El mayordomo rugió y de un manotón intentó atraparle. Un cañonazo lo hizo darse vuelta. El navío de guerra bloqueaba ya la bahía. Una andanada cortó el trinquete y el palo mayor del barco holandés. Alguien a bordo agitó una bandera blanca.

El Capitán, un vasco llamado Juan Bernardo Arismendi, bajó a tierra mientras sus hombres abordaban el barco contrabandista.

—Os podéis felicitar por vuestra acción —dijo a Ño Leandro echando mano al saco de doblones—. Además de haberos conducido como un fiel vasallo de Su Majestad, os habéis transformado en un hombre rico: un quinto de lo decomisado os pertenece.

Ño Leandro rió jubiloso.

—Y yo —dijo Basilio saltando de alegría— me he ganado mi libertad. Así me lo prometió mi padrino Ño Cacaseno.

—¡Coño'e mae! —le gritó el mayordomo echándosele encima con un puñal.

Basilio volvió a saltar. El mayordomo dio un traspiés. Diez hombres lo apuntaron. Maniatado lo echaron a un bote junto con Morris.

—Más le valiera al negro ese no haber nacido que haber traicionado al amo —bramaba boca abajo el mayordomo.

Al poco rato un balanceo desusado le hizo saber que se hallaban mar adentro.

Martín Esteban se quedó atónito con la noticia. A grandes zancadas se dirigió a la Plaza Mayor. En la esquina norte-caroata, estaba la cárcel pública con sus calabozos abiertos hacia la calzada.

—Mi hermano —exclamó adolorido el mantuano al ver a su amigo tras la reja—. Pero no te preocupes, que nada malo te ha de pasar.

—Fue el negrito Basilio el que te vendió —dijo, tras de Morris, el mayordomo.

Refulgieron de odio los ojos de Martín Esteban.

—¡Cuartos lo he de hacer!

—Lo hicieron rico y libre como premio a su traición.

—Nada temas —dijo a Morris pasando por alto las opiniones del mayordomo—. Ahora mismo voy a hablar con el Gobernador. Mañana a más tardar estarás libre. Aparte de ser íntimo amigo mío, le gusta dejarse engrasar. Con unos cuantos doblones yo arreglo esto.

Llegó el día del juicio. En la sala de audiencia, Martín Esteban y el resto de los mantuanos, clientes y amigos de Morris parlotean y chistean entre sí.

—¿Qué te dijo el malandrín de Lardizábal? —preguntó Don Feliciano.

—Que la cosa no era fácil porque Don Iñigo estaba empeñado en que se aplique la ley con toda su energía; pero que iba a hacer todo lo que fuese posible…

—Yo a ese carajo no le creo ni el Credo.

—Silencio en la sala —ordenó el ujier—. Su Excelencia Don Martín de Lardizábal, Capitán General y Gobernador de la Provincia de Venezuela va a dictar sentencia sobre el caso del súbdito holandés Morris Capriles, incurso en el delito de contrabando.

Todos los ojos se volvieron hacia la puerta.

Un ¡oh! de estupor ronroneó en la sala. Lardizábal de capucha negra hacia innecesario el enunciado de la sentencia.

Lo llevaron al patíbulo entre un piquete de alabarderos y siete frailes mercedarios. Los curas pedían limosnas en su nombre. Morris, sin entenderlos, caminaba sonriente, escoltado por Martín Esteban.

El patíbulo en el extremo norte de la Plaza Mayor, era sencillo y criminal: dos

travesaños en ele invertida, una soga y un taburete que el verdugo quitaba de una patada. Era un negro de prontuario homicida. Estaba borracho.

—Toma —le ofreció un trago de aguardiente. Morris aceptó el convite y bebió largamente.

De acuerdo al ritual se hincó de rodillas, las manos en plegaria:

—Perdóname hermano por la muerte que la ley y no yo, te voy a dar.

Con la ayuda del verdugo trepó al banquillo. Dieciséis alabarderos y ocho tambores hacían cerca al patíbulo. Un joven oficial los comandaba. Los mantuanos y el pueblo silencioso se aglomeraban tras la tropa. Los frailes proseguían cadentes el sonsonete. Martín Esteban, lívido y cetrino, miraba a su amigo. Catedral repicaba a muerte. El Ávila estaba sombrío. A una orden del oficial el pregón leyó la sentencia: «Luego de ser ejecutado —decía— el cadáver será llevado a la horca que hay a la entrada del camino de La Guayra, donde quedará expuesto para escarmiento de aquellos que quieran seguir su ejemplo».

Arriba brilló la espada. Redoblaron los tambores. El negro aferrado al taburete lo miraba atento. Bajó la espada. Cayeron los redobles. Cayó el banquillo. El pesado cuerpo se columpió en el vacío. El rostro se amoratá. Los ojos saltábanse de las órbitas. Se convulsionaba con furia bajo la soga. Chirreaban las vigas. La bragueta y el trasero se mojaron de orina y excremento. Rió la gente. Rió el verdugo. Enloquecía Martín Esteban. Morris sacó la lengua una cuarta. Danzaba en el aire. Era un patíbulo de muerte lenta: estrangulaba sin quebrar la cerviz.

Para aminorar la pena, el verdugo trepaba al travesaño de arriba y deslizándose por la soga, burla burlando, a cabritos o de pie sobre los hombros del ajusticiado, buscaba el descoyunta miento. Pero el negro estaba más borracho que nunca ese día. Dos veces intentó trepar por la viga y dos veces resbaló, entre carcajadas. Morris, entre tanto, se convulsionaba en azulosa agonía.

Martín Esteban de un empellón apartó a los guardias, sacó su espada y en medio del estupor de todos se la clavó a su amigo a mitad del corazón.

Un silencio pasmoso se esparció por la plaza. El oficial echó mano de su espada. Los soldados bajaron sus picas. Don Feliciano desenvainó el sable. Veinte mantuanos vestidos de negro lo rodearon. El oficial sacó cuentas y soltó la espada.

—Grave cosa habéis hecho, noble señor. No está en vuestras manos hacer de verdugo, por grande que sea vuestra voluntad para aliviar a un amigo.

Martín Esteban sin alzar la cara ordenó a sus esclavos:

—¡Bajad el cuerpo y llevadle al carro!

—No, por Dios —gritó el oficial—. El cadáver del holandés deberá ser expuesto a la entrada del camino. Es la ley.

—Me cago en la ley —respondió mirándole esta vez de frente—. Aquí mando yo y el que no lo crea, que me lo diga ahora mismo.

El Capitán sorprendido apenas dijo:

—Me obligaréis a utilizar la fuerza.

—Intentadlo y veréis correr la sangre, comenzando por la vuestra.

Los Amos del Valle con Don Feliciano al frente, rodearon a Martín Esteban entre capas negras y espadas desnudas.

Morris fue bajado del cadalso. En medio de la plaza cuatro viejas lavaron su cadáver. Martín Esteban en sus propios brazos lo llevó a un carromato forrado de terciopelo rojo, oloroso a yerbas y a verduras frescas. El cortejo se puso en marcha. Veinte mantuanos cabizbajos y vestidos de negro lo escoltaron por la Calle Mayor en franca marcha hacia el este, y no pararon hasta llegar a la entrada de la Hacienda de Valle Abajo. Una fosa esperaba, rodeada de campesinos y esclavos.

De rodillas sobre el polvo, luego de haberlo enterrado, los veinte mantuanos vestidos de negro, con Don Feliciano al frente y su yerno a un costado, rezaron largo y tendido por su amigo de Curazao.

Una semana más tarde, el mismo carretón entró trepidante en el patio de la Casa Grande. Venía sin terciopelo, atiborrado y quejumbroso por tantos sacos pesados. En tres saltos Martín Esteban alcanzó al caporal.

—¿Lo trajeron?

—Si, mi amo —respondió el hombre—. Abajo viene.

Al escuchar la respuesta profirió un grito salvaje. De un salto subió al carro. Hurgó con exasperación. Al fondo apareció el rostro aterrorizado del negrito Basilio.

A las primeras luces del día siguiente los viajeros que venían por el Camino Real, vieron con estupor que a la entrada de la Hacienda de Valle Abajo, encima de la tumba del holandés, había un patíbulo y del patíbulo colgaba un negro y del negro un cartel que decía:

Por traidor y mal vasallo.

37. Cuando las charcas se agitan

Sacramento Bejarano, un zambo claro de treinta y siete años, se persignó ante el cadáver del negro Basilio.

—¡Maldito sea Martín Esteban de Blanco y Blanco! ¡Asesino, criminal, violentador de mujeres honradas!

«Él fue el culpable de la muerte de mi hermano y de aquel pobre hombre a quien le quitó la mujer, para que de mano en mano diese a parar a las mías. ¿Es que no le bastan a estos desgraciados exprimirnos el jugo? Las buenas hembras, como los caballos finos y las casas grandes, son para los blancos. ¡Maldita sea!».

Era un hombre feo y mal encarado, hijo de un carpintero y de una isleña que

quedó en la calle cuando a su padre lo ejecutaron por tirarle una puñalada al Conde de San Javier.

La gente se aglomeraba alrededor del ahorcado. Propuso Sacramento:

—Bajemos a ese pobre infeliz y démosle cristiana sepultura.

—Atrévete no más —dijo de soslayo un caporal— para que le hagas compañía.

Sacramento lo miró rabioso. Clavó las espuelas y no paró de cabalgar hasta que llegó a Caracas y contó a Ño Cacaseno lo que había sucedido.

Lardizábal montó en cólera cuando Don Iñigo y el zambo le refirieron la suerte de Basilio.

Conturbado por el asesinato de su ahijado, Ño Cacaseno decía en tono ajeno a su natural mansedumbre:

—Lo que ha hecho Martín Esteban de Blanco y Blanco merece enérgico castigo.

—Es grave afrenta a la autoridad del Gobernador —afirmó aún más indignado Don Iñigo—. ¡Hacedlo prender de inmediato!

Lardizábal lo vio con aprensión y lo invitó a un desayuno. De sólo pensar en la cara de Martín Esteban, le daba hipo.

«Son gentes de armas tomar. Acostumbrados a hacerse justicia con su propia mano. ¿Qué podía hacer él ante aquellos vándalos ensoberbecidos que desde siempre le tuvieron ojeriza?».

Invocando el poderío de los Amos del Valle trató de apaciguar a Don Iñigo.

Estalló el vasco:

—De quedarse sin sanción tamaño desafuero, sería aceptar que son los mantuanos y no los representantes de Su Majestad los que gobiernan la Provincia.

El Gobernador lo vio con ansiedad.

—¡Decidíos de una vez, hombre de Dios! —exclamó el Factor—. Contad conmigo y con todos mis hombres. ¡Hay que arrestar de inmediato a Don Martín Esteban y seguirle juicio! ¡De lo contrario vos y nosotros estamos perdidos! Está en juego la salud de la Provincia. Hay que hacer un escarmiento. ¡Arrestadlo de una vez!

Lardizábal se aferró a sus temores.

—Destruirán la ciudad. Nos asesinarán a todos.

Don Iñigo lo miró con aquellos ojillos grises.

—De no proceder en consecuencia, os acusaré de lenidad y cobardía ante el Rey. Perderéis los mil doblones que recibís y seréis destituido.

—¡Tenéis razón, tenéis razón! —respondió acobardado el Gobernador—. Estoy de acuerdo con vos sobre la necesidad de hacer un escarmiento. Apenas rumio la mejor vía a seguir.

Luego de dar grandes pasos de un sitio a otro en actitud reconcentrada, preguntó:

—¿Qué os parece si arrestamos por un mes al señor de Blanco y Blanco?

—¡¿Un mes?! —clamó Don Iñigo batiendo su nariz de águila de presa—. ¿Un

mes de arresto por matar a un hombre? ¡Vaya, señor Gobernador, que me estáis resultando más blandengue de lo que pensaba!

Lardizábal arguyó ante la mirada ausente de No Cacaseno. Luego de mucho regatear accedió el vasco a que Martín Esteban fuese encarcelado por dos meses.

Apenas aceptó la propuesta, Lardizábal añadió tragando grueso:

—Cumplirá dos meses de arresto… en su Hacienda de Valle Abajo…

—¿En su domicilio? ¡Bah! —vociferó amoratado de rabia—. Ya veo que sois más que un babieca. Indigno de gobernar esta provincia, la peor del reino. Ya sabréis de mí.

Y violento como entró, buscó la calle.

Lardizábal hizo una inspiración profunda tan pronto se marchó el factor y dictó a su secretario la orden de arresto.

Las copias de su mandato fueron expuestas a las puertas de la Casa de Gobierno, del Ayuntamiento y de la Catedral, mientras a golpe de tambor lo anunciaban por calles y plazas.

Martín Esteban, ajeno a lo que sucedía, yacía en su hamaca del corral cuando sus amigos irrumpieron en tropel para darle la noticia.

—Ordenó tu arresto.

—Por dos meses.

—Y todo por haber matado a un negro.

—¡Esto es único!

—No hay antecedentes.

—¡No lo permitiremos!

—Atenta contra nuestros fueros.

—¡Iremos al Cabildo!

—¡Destituiremos al Gobernador…!

—Escribiremos al Rey.

—¡Somos los Amos del Valle de Caracas!

—Don José, mi tío —dijo el de Tovar— te manda a decir que está contigo por más que no esté presente: los sabañones lo están matando.

—¿Cuándo no es pascua en diciembre? —apuntó desdeñoso Don Feliciano—. Pa’ sacar el rabo en los momentos de apuro no hay nadie mejor pintado que Don José Oviedo y Baños.

Y ya iba a proseguir cuando pasos de guerra se asomaron al patio. Era el joven oficial que dirigió la ejecución. Venía solo.

—¿Don Martín Esteban de Blanco y Blanco?

Lo miró con burlona simpatía: era un mozo valiente, muy ufano de su rango.

—¡Tomad! —dijo entregándole un papelote encerado—: En nombre de Su Majestad, daos preso.

Martín Esteban se quedó inmóvil. Su sonrisa burlona cambió en desdeñoso gesto. La orden de arresto cayó a los pies del oficial:

—Decidle al hi de puta del Gobernador —bramó descompuesto— que se limpie el trasero con este encerado…

—¡Señor! —protestó el oficial—. ¿Cómo osáis? ¡El Rey…!

—Y decidle lo mismo a Su Graciosa Majestad…

El mozo dio un paso atrás y desenvainó la espada. Ocho manos lo derribaron de cara al suelo. Pateaba y maldecía. Martín Esteban volvió a reír ante la ocurrencia.

—Desnudadlo —ordenó a sus esclavos, mirando hacia un gran caldero de melaza donde al pie, cuatro negras desplumaban gallinas, añadió—: Embarradlo de melaza y cubridlo de plumas.

Desnudo y emplumado, entre la risa y la chacota de la gente fue lanzado a la calle. Martín Esteban ignoró con jactancia y reto la orden del Gobernador. En franco alarde recorría la ciudad. Al tercer día en un sarao se topó de frente con el Gobernador. A la mañana siguiente, Lardizábal se marcho de gira por la Provincia.

Hasta aquel día le rieron el desplante. Pero al salir a la calle esa tarde, una extraña rabia sintió en la gente: ojos color de furia se le enfrentaron, caras esquivas lo repelieron. A sus espaldas alguien gritó: ¡Asesino!

Don Feliciano, a cuadra y media le dio la noticia:

—Se suicidó el Emplumado, el joven oficial. Fue demasiado para un militar —añadió con un dejo de reproche—. La ciudad está indignada. Se te fue la mano.

Suegro y yerno siguieron calle abajo.

Las caras esquivas se tornaron más hoscas. Nuevas voces y voces nuevas hicieron sentir una bronca resaca de protestas.

En los corrillos de la plaza se protestaba.

—Que eso no lo hace ni un grande de España —bramaba Don Iñigo—. Si eso llegara a suceder en España, el pueblo se alzaría en armas y a falta de gobierno se tomaría la justicia con su propia mano.

—Esto es una iniquidad que no puede quedar impune —clamaba, en Candelaria. Sacramento Bejarano.

—Justo es lo que dices —dijo Ño Cacaseno—. Sólo Dios puede disponer de la vida de los hombres.

Don José de Oviedo y Baños, ve con aprensión la multitud. Tiene sesenta y seis años y fama de prudente.

¿Qué os parece la barbaridad que ha cometido ese vándalo de Martín Esteban de Blanco y Blanco? —pregunta el señor de Austria.

Don José hace un gesto ambiguo. En ese momento uno de sus sobrinos, le grita a voz en cuello:

—¡Qué hombre tan bolsa, y que pegarse un tiro! ¿No te parece?

Sus pupilas se dilatan de angustia. Él no está hecho para el conflicto. No está en su ser el decidir. Nunca discute. Lo perturba tomar partido. Y la vida en esta Provincia, desde que llegó en el 86, lo obliga continuamente a decidirse.

Un oficial español insultó al sobrino. Allí mismo se liaron a pescozadas.

—¡Violencia, violencia y más violencia es la ley del Valle! —medita Oviedo y Baños, mientras a paso lento huye de la Plaza Mayor.

La muchedumbre se agitaba minuto a minuto. Gritos, pitos, vivas, mueras, restallaban.

Un tumulto y una asamblea de vecinos nació en la plaza, sin padres ni comadronas.

—¡Basta ya de injurias! —clamó Don José Donato Austria.

—¡Pongamos freno al abuso! —voceó Sacramento Bejarano.

—¡Venguemos al digno oficial! —propuso Ño Cacaseno.

—¡De acuerdo! —se sumó otra voz—. ¿Quién le va a hacer justicia a esa pobre madre que en España espera? Hagamos algo, señores. Contengamos el alud del despotismo mantuano.

—Realmente que son tremendos estos mantuanos —señalo un canario recién llegado llamado Sebastián Francisco de Miranda.

—Que estas cosas, ni en África las vi —apuntó un soldado de los llegados con Lardizábal.

—Otro tanto digo yo —observó un zambo próspero.

Los mueras contra Martín Esteban de Blanco y Blanco y los mantuanos, proseguían su ascenso. La gente blanca y notable llevaba la voz cantante. La ira se extendió al pueblo. El odio oculto afloró. De manantial se transformó en torrente; de torrente en rio impetuoso. Creció, rugió y desbordó la Plaza Mayor y corrió calle abajo hasta reventar frente a la casa de Martín Esteban con voces de muerte.

El mantuano se sobresaltó ante el tumulto que afuera maldecía su nombre y el de su madre, con subrayados de injuria. Látigo en mano cruzó el zaguán. La turbamulta ante su presencia apagó sus forcejeos. Martín Esteban los miró con asco.

—¿Se puede saber qué carajo es lo que les pasa a ustedes? ¡Negros de mierda!

Ya varios se daban vuelta ante la voz y el chasquear del látigo, cuando un hombre se abrió paso descargándole un garrotazo que lo hizo trastabillar.

Al verlo en el suelo la turba regresó y se encrespó de nuevo. Ya lo aplastaba, cuando entre voces y tiros apareció la Guardia Principal.

Los Amos del Valle confluyen hacia la Casa del Pez que Escupe el Agua. El pueblo seguía arremolinado en la plaza, escuchando protestas, gritos y arengas.

Matando caballos llegó Don Feliciano.

—Algo extraño —dijo con voz temblorosa— ha sucedido en la gente.

—Turbas multicolores recorren las calles pidiendo justicia —señaló el Marqués

del Valle.

—Nos chiflan y amenazan al vernos —dijo Juan de Vegas—. Nunca hasta ahora cosa igual había sucedido.

—A Diego Ribas —informó Manuel Gedler al entrar— un zambo le dio una trompada.

—Mi tío, el Oidor —señaló el de Tovar— recomienda prudencia.

El Pez dejó salir un pito agorero y puso el chorro a media asta.

—Yo creo —dijo Don Feliciano— que la masa no está para bollos y que por esta vez debemos pasar agachaditos. El pueblo desde hace tiempo viene cambiando por obra de estos malditos vascos. Pardos, canarios y españoles, hacen frente común en contra nuestra. Con lo sucedido se ha roto el precario equilibrio político que manteníamos. Por eso Martín Esteban, mi vale —añadió suavemente recriminativo— me parece que no te queda más camino que acatar la orden de arresto en tu domicilio.

—Yo creo lo mismo —apoyó la voz del coro.

—Total, dos meses pasan volando.

—Ya te diste tu gusto.

—Don Feliciano tiene razón, el pueblo está muy cambiado.

El Pez por segunda vez emitió su pito agorero y quejumbroso. Martín Esteban empalideció ante la propuesta. Vio a sus parientes y amigos y con dolida voz dijo:

—Sea lo que ustedes quieran.

Sin decir palabra, tambaleante de ausencia, se dirigió a la cuadra. Montó en su caballo y acompañado por dos de sus hombres, tomó el camino del este.

Tan pronto salió de la casa, Don Feliciano y los Amos del Valle, arriba de sus caballos fueron hacia la Plaza. El pueblo arremolinado lanzaba gritos.

—¡Pueblo de Caracas! —enunció estentóreo Don Feliciano—. Los hombres notables de este Valle no permanecemos impasibles ante tus demandas de justicia. Ya hemos ordenado a Don Martín Esteban de Blanco y Blanco que se marche al lugar de confinamiento que le ordenó el Gobernador Lardizábal. Y que el muy cobarde no se atrevió a hacer efectivo por él mismo. Mi hijo, con razón o sin ella, marcha en estos momentos hacia su cautiverio. Y no por orden del Gobernador, ¡oídlo bien!, sino por decisión nuestra.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Alzado el mentón, recto y soberbio, el Gran Mantuano cruzó la Plaza seguido de sus compañeros.

Ya alcanzaba la Catedral cuando una voz en agonía saltó en saeta:

—¿De quién es la justicia?

—Del Rey, nuestro Señor —respondió la plaza con retumbares de ensayo.

—Esta noche —dijo Don Feliciano luego de darse vuelta— se ha muerto un tiempo del que nace otro para mostrarnos los dientes.

38. ¿Oyes reír los tambores?

Martín Esteban al llegar al portal de su hacienda, asaltado de confusos impulsos, siguió de largo, para sorpresa de sus caporales. Cabizbajo, encorvado y vencido, llegó a Los Dos Caminos. Cruzó Tócome en franca marcha hacia Barlovento. Lo alcanzó la noche alboreada por la luna. Cruzó quebradas, bajó y subió montañas. Siempre con la cabeza inclinada. La luz del amanecer brilló en lontananza.

A media mañana lo bajaron de su bestia y la cambiaron por otra. Sobre bestias nuevas, una tras otra, alcanzó el mar. Triste e inmóvil el gesto.

Subió a un «Tres Puños». Por todo un día navegó el barquichuelo bajo un sol abrasador. En Cabo Codera no alzó la vista para ver el relámpago y la nube negra que se le venia encima.

El chaparrón estalló. Las olas crecían. El «Tres Puños» crujía, se anegaba. Subía y bajaba en trances de zozobrar; pero Martín Esteban continuó cabizbajo aunque sus hombres rezaran, el Caribe lo calara y rugiera la borrasca.

La tormenta quedó atrás. Salió el sol, de nuevo quemante. La corriente arrastraba el falucho hacia el oeste como un rio desbocado. Los pueblos se sucedían. Chuspa, Naiguatá. La Guayra, Maiquetía. El hambre y la sed apretaban a sus hombres. Pero él seguía inmóvil, cabizbajo, sin comer, beber ni ordenar. Cayó una tarde. Cayó otra noche. Salió una luna. Apareció la mañana y no cesaba de navegar. A mediodía llegaron a Cata. Con un ademán ordenó poner proa hacia la Bahía claveteada de cocales. Quebrado, cansado y vacilante, recorrió los veinte pasos que iban al corredor de la Casa Grande y sin quitarse el traje se echó en la hamaca.

Al tercer día despertó. A la semana ya hablaba. Al noveno día se movía. Al décimo cabalgaba, gritaba e injuriaba.

Envió recados a su mujer para que se viniera en seguida.

A la semana llegó María Juana con Juan Manuel y sus hijas.

Lardizábal, por obra de Don Iñigo, fue destituido discretamente por el Rey a los diez meses de aquellos sucesos. Llegó el nuevo Gobernador Gabriel de Zuloaga.[34] Sus amigos le informaron por carta que era vasco, como la Compañía, y hombre de autoridad. A diferencia de Lardizábal, se mostró imparcial en los antagonismos que tenían los plantadores y los vascos, pero fiscalista y centralizador como hasta entonces no lo había sido ningún Gobernador. Para sacar alimentos y aguardiente de la ciudad, era necesaria una licencia. A las nueve de la noche los pobladores estaban en la obligación de recogerse en casa. Quedaba prohibido el porte de armas. Los cirujanos deberían informar a las autoridades sobre cualquier herido que atendiesen. Se prohibían las peleas de gallo y caída la noche nadie se pararía en las esquinas, so pretexto de conversación.

—¡Carajo con el hombre! —dijo Martín Esteban desde Ocumare.

Al año justo de llegar Zuloaga murió Don José Oviedo y Baños, el viejo Oidor.[35]

—¡Asesino de mi padre! —sólo dijo cuando Miguel de Aristeguieta le escribió la noticia.

El cacao llegó al Ínfimo nivel de ochenta y ocho reales. La situación de los cosecheros es desesperada. Las redes de Don Iñigo dificultan el contrabando. Ese año se declaran setenta mil fanegas. El extinguido virreinato de Santa Fe, al cual pasó a formar parte la Provincia de Caracas o Venezuela en 1717, se restablece nuevamente[36] para indignación de los venezolanos, celosos de su autonomía. Junto con Caracas son anexadas las provincias de Cumaná, Maracaibo, Guayana y Margarita. Para sorpresa de todos, Zuloaga es el primero en oponerse a la medida. De inmediato escribe largos memoriales al Rey pidiéndole la segregación de Venezuela.

El Almirante Vernón, con una flota de seis buques, ataca a La Guayra y sitia a Puerto Cabello.[37] El Castellano de la fortaleza recaba auxilio.

—Refiéranle de mi parte —manda por respuesta— que aprenda a defenderse solo.

Tan pronto se marchó el mensajero sintió un extraño escozor Al cuarto día no pudo contenerse y con sesenta hombres armados tomó el camino de Puerto Cabello. Desde la serranía alcanzó a ver la flota cuando ya se batía en retirada. Inglaterra le había declarado la guerra a España —le observó un arriero—. Martín Esteban con mirada indiferente miró hacia el mar por un largo rato, y haciendo un gesto despectivo retornó a su hacienda. El cacao bajó a setenta y dos reales. La Compañía se abroga el monopolio de esclavos. El Rey declara definitivamente a les guipuzcoanos bajo su protección.

El Almirante Vernón, una vez más, con una flota de veintidós mil hombres, compuesta de cincuenta navíos de guerra y ciento treinta naves auxiliares, pone sitio inútilmente a Cartagena. De paso hacia su objetivo, cañonea a La Guayra y Puerto Cabello.[38] Zuloaga ante los hechos, escribe al Rey y obtiene seis regimientos peninsulares para las guarniciones de Puerto Cabello y La Guayra.

¿Contra los ingleses o contra nosotros?

Al año siguiente el Rey segrega a Venezuela del Virreinato de Santa Fe.[39] El prestigio de Zuloaga aumenta. Hasta el punto, caso único en la historia de la Provincia, que es ratificado como Gobernador para el quinquenio 1742-1747.

—Ahora sí nos fregamos de verdad —comenta Don Feliciano—. Zuloaga es la horma de nuestros zapatos.

El Gobernador, que al principio se mostró imparcial, en su segundo período es abiertamente simpatizante de los vascos.

Los mantuanos favorecen un levantamiento contra la Guipuzcoana en San Felipe. Martín Esteban se negó a participar. «Yo no me meto en vainas. Allá ustedes, acomódense como puedan. ¿Qué yo era un déspota criminal? Vean ahora los resultados».

El poder de los Amos del Valle se desmorona. Martín Esteban en su agria soledad se alegra y lo proclama jubiloso.

Seis años han transcurrido desde que se marchó de Caracas. Además de Juan Manuel, que ya tiene catorce años, diez niñas ha tenido María Juana.

Juan Manuel es un chico de hermosa prestancia. Rubio, oji-azul y sombrío. Martín Esteban lo quiere con ternura, por más que sea su opuesto: tímido, piadoso y solitario. Su mayor placer, además de charlar con el cura de Ocumare, es la caza. ¡Y tiene una puntería que le da a un doblón a diez brazas!

Sus amigos de Caracas continuábanle escribiendo, pero él no les respondía. Era grande su resentimiento. Mandó a decir a los que anunciaban visita, que se guardaran de hacerlo.

Los seis años en la hacienda, antes que dañarlo, le habían conferido más robustez y lozanía. Habían quedado atrás las parrandas y la bebedera de aguardiente a las que era tan asiduo en Caracas. María Juana, su mujer, por lo contrario, desmejoraba mes tras mes desde que llegaron a Ocumare.

Se observaba cejijunta, nerviosa, irascible.

Miguel de Aristeguieta, uno de sus mejores amigos, llegó inesperadamente. Traía las noticias de que las viruelas asolaban a Puerto Cabello[40]y que la fanega de cacao había caído al ínfimo nivel de nueve pesos.

—¡Basta ya de este enmojigatamiento! ¡Es hora de que regreses y te dejes de tantas tonterías! Piensa en los muchachos. Estas haciendo a Juan Manuel un lanudo y a las niñitas unas campesinas y sobre todo, veo muy mal de los nervios a María Juana.

Fue el primer toque de alerta. A su mujer la mordisqueaba la melancolía. Fue replegándose paulatinamente. Apenas hablaba. No ocultaba su pesadumbre, y pasaba las horas, inmóvil con la mirada vacía contemplando el mar.

Una noche despertó alarmado. María Juana gemía demencial.

—¡Corre, corre! —decía—. ¡Allá afuera están matando a una vieja!

Sobresaltado corrió hacia la playa. Sólo el silencio lo esperaba. Preguntóse con voz ansiosa si María Juana había sido victima de una pesadilla o era el espectro de su abuela.

Día tras día se hizo más extraña y ausente. Tomó aversión por las negras bonitas.

—Putas y requeteputas es lo que son. Y tú te las llevas al rio. No me lo niegues Martín Esteban. Y con tus propias manos las desnudas. Y catas sus cuerpos. Y te revuelcas con ellas.

Tres noches más tarde María Juana lo volvió a despertar.

—¿Oyes reír los tambores?

Martín Esteban se estremeció al verla sentada en la cama auscultando el oleaje.

—¡Óyelos cómo se ríen! —musitó espantada—, ¡óyelos cómo se burlan!

¡Escúchalos bailar! ¡Anda! ¡Corre! ¡Pídeles que se vayan, que no los quiero ya!

Después de aquella noche María Juana fue diferente. Lo decía el tono de su voz, el brillo de sus ojos, la expresión del rostro. Algo pavoroso e inasible la envolvía. Para acallar sus celos prohibió el paso por su casa, bajo pena de azote, de las negras bonitas.

39. Seiscientos hombres lo seguían

Juan Francisco de León, el teniente de Panaquire, de paso hacia Ocumare atracó esa tarde en las playas de Cata.

El isleño le refiere los últimos sucesos de la Compañía Guipuzcoana. El cacao sigue por el suelo. El contrabando con los holandeses es menos que imposible.

—Si esto sigue así, lo mejor será vender todo.

Un soldado a caballo irrumpe por el camino.

Los ingleses sitian a La Guayra. Son diecinueve buques. Desde hace tres días se pelea. Los nuestros los han derrotado, pero según dice el telégrafo del humo, vienen hacia Puerto Cabello. El coronel Don Julián de las Casas, Castellano de la Fortaleza, recaba vuestro auxilio.

El Castellano de Puerto Cabello, un vasco por el cual sentía viva antipatía, los recibió con entusiasmo. A Martín Esteban, por su rango y pericia, le dio tropas y lugar de honor. Entre los voluntarios estaba Sebastián de Miranda, aquel comerciante canario que en Caracas vendía telas en la Plaza Mayor.

Al día siguiente aparecieron los ingleses. Luego de seis horas de bombardeo, desembarcaron al ritmo de sus gaitas escocesas y de bayoneta calada. Treparon hasta la cumbre y tomaron el castillete que dominaba la bahía.[41].

De la montaña y del mar caían por miles las balas sobre el castillo. Al segundo día de asedio quedaron privados de agua y alimentos.

Los invasores saquean la ciudad. Se ensañan en particular contra los bienes de la Compañía Guipuzcoana. Al tercer día levantaron el sitio. A la media tarde ya ha embarcado el grueso del ejército. Sólo resta la pequeña guarnición que ocupó el Castillo de La Cumbre.

Martín Esteban vislumbra la oportunidad:

—Dadme cien hombres —propone a Las Casas— para hacerle morder el polvo al inglés.

—¡Sea! —respondió con desgano—. Pero han de ser voluntarios quienes os acompañen en tan temeraria empresa.

Más de trescientos hombres respondieron al reclamo. Entre ellos Juan Francisco de León y el canario Sebastián Francisco de Miranda.

Martín Esteban y sus huestes salieron en dirección al cerro. A mitad del camino toparon con los ingleses. Sorprendidos y entre grandes bajas se replegaron hasta cuartelillo.

El fuego salía graneado de las almenas. «De no tomar la fortaleza de inmediato —pensó Martín Esteban— enviarán una columna de rescate». Oteó hacia el castillo:

—Necesito cuatro hombres para que pongan cuatro petardos en la puerta de la fortaleza.

Cuatro caballos con cuatro barriles y cuatro jinetes, se alinean frente al grueso de la tropa. El cuchillo en la boca y los pies amarrados. Afirma el mantuano:

—¡Ya!

Cuatro tizones sobre los ijares dieron paso a la carrera. Tres de los jinetes fueron muertos a diez varas del objetivo. Un rubio alto llegó vivo al portal. El barril cayó justo en la puerta del castillo. Los otros caballos, enloquecidos prosiguieron en línea recta su carrera.

—¡Fuego! —rugió Martín Esteban.

Los cuatro caballos y el hombre vivo cayeron muertos frente al portal.

Una lluvia de estopas llameantes cayó sobre aquel amasijo de caballos y hombres sangrantes. La explosión derribó, con la puerta, parte de la muralla. En un halo de humo avanzó Martín Esteban seguido de su gente.

Ordenados, disparaban los ingleses. Veinte hombres cayeron a la primera descarga. Una bala hirió en el muslo a Martín Esteban. Cargaron los sitiados a la bayoneta. Un escocés levantó su claymore sobre Martín Esteban, herido en el suelo. Un golpe de sable lo degolló. Don Sebastián Francisco de Miranda era su salvador.

Luego de arriar el pabellón inglés y de ultimar a los prisioneros, Martín Esteban dijo al canario:

—Gracias, amigo Miranda, nunca olvidaré que a vos os debo la vida.

A bordo de una balandra y colgado de un chinchorro, con la pierna entablillada llegó a la hacienda.

Diez días más tarde pudo caminar. A pesar de su hazaña volvió la melancolía. Un deseo impostergable de estar en Caracas lo estremecía. Unas ganas tremendas de encontrarse de nuevo entre los suyos lo poseía y una mezcla a partes iguales de resentimiento y añoranza le hacía pensar en sus amigos, en sus parientes, en los Amos del Valle.

Pero el recuerdo de la afrenta cerraba la hendija que daba al Valle.

Ya la tarde rodaba hacia el crepúsculo. Sofocado llegó a la Casa Grande. Don Feliciano y sus cinco mejores amigos lo esperaban:

—Te vinimos a buscar —dijo el Gran Mantuano—. ¡Ya basta, hombre de Dios!

Martín Esteban sin reponerse de la sorpresa veía a su suegro.

—Pero Feliciano —añadió el Marqués de Mijares—, dale de una vez la noticia,

que para eso hemos venido.

—Pues nada, hombre —dijo el viejo abriendo los brazos—, los caraqueños, que son locos, te han elegido alcalde.

A seis años de aquel día, una balandra traspone hacia La Guayra, la desembocadura del Mamo. En la proa, con la mirada en lontananza, va Martín Esteban de Blanco y Blanco. Sigue siendo un hombre fuerte y decidido. Recia y elástica es su figura. Sus ojos negros y oblicuos brillan vigilantes. Su piel se ha vuelto oscura. En la línea de su boca repta un bigote negro que cae a pico, ordenando las comisuras.

El 1 de enero fue elegido alcalde por tercera vez. Su última elección fue hace dos años, cuando la esclavitud de Yare se insurreccionó contra sus amos, dando muerte a varios de sus amigos.[42]Los agentes de la Guipuzcoana estimulaban el carácter levantisco de los negros contra los mantuanos, haciéndoles ver en aquella ocasión que Su Majestad había abolido la esclavitud. A sangre y fuego sofocaron la rebelión.

—Era preciso —dijo Martín Esteban a los vecinos—. Es el precio a pagar por mantener el orden.

Don Iñigo y sus agentes no cesaban de hostigar a los mantuanos. El cacao había llegado a la ruinosa cifra de ocho reales. Al fijar precios por debajo de doce pesos y medio, que era el costo de la producción, los plantadores caminaban indefectiblemente hacía la ruina.

«Desposeídos de su riqueza —había escrito Don Iñigo al Rey—, privados de sus privilegios y desmitificados ante la población, los Amos del Valle, pesadilla de monarcas, dejarían de serlo».

Los más poderosos «se apretaron el cinturón» en espera de tiempos mejores. La casi totalidad de los pequeños y medianos cosecheros, se vieron obligados a vender sus fincas al precio que les ofreciera la Compañía.

Para acelerar la indefensión de los criollos, Don Iñigo logró del Rey que fuese él, y no la junta de vecinos de cada pueblo, quien eligiese los tenientes de justicia y los cabos de guerra.

La intención se hizo sentir de inmediato, hostigándolos, irrespetando viejos patriarcas, poniendo trabas de toda índole y en especial favoreciendo el carácter levantisco de los esclavos.

La fuga de éstos no era seguida de sanciones ni de persecuciones. Los fugitivos se exhibían bajo los carteles de reclamo. Pueblos de cimarrones florecían progresivamente y con toda impunidad a todo lo largo de la Costa Maya. Días antes de la recolección del cacao los esclavos de un fundo, aleccionados por los justicia, cortaban los frutos pintones.

Hace tres días en Cata, más de doscientos árboles amanecieron con los frutos cortados. Martín Esteban sorprendió in fraganti a dos de sus esclavos. Descubiertos,

huyeron al pueblo vecino. Le dijeron que se mostraban por las calles sin ningún temor. Sin más compañía que un látigo y un trabuco, los persiguió hasta Ocumare. Al verlo llegar corrieron a la comisaría y Martín Esteban entró tras ellos. El cabo de guerra, rodeado de cuatro espalderos armados, le dijo al verlo:

—Estos hombres quedan bajo mi protección. Usted ha quebrantado la ley al maltratarlos.

Enrojeció, maldijo, intentó agredirlo. Cuatro pistolas lo hicieron desistir entre bufidos.

«Ahora si es verdad que llegó la hora de jugárnosla completa» —se decía navegando hacia La Guayra.

Hasta entonces la Compañía, temerosa de sus desmanes, no lo había obstaculizado. En sus haciendas reinaba el antiguo orden. Lo sucedido era clara señal de guerra en puertas. Tan pronto llegase a Caracas, solo o acompañado, le pondría reparos al asunto…

Al pisar tierra en La Guayra le llamó la atención un inusitado trajinar de soldados; un ir y venir de la gente:

—¿Qué sucede? —preguntó a un comerciante amigo suyo.

—Juan Francisco de León —respondió el hombre— se alzó contra la Compañía y avanza sobre Caracas con un ejército. Hace horas que llegó a Tócome y exige al Gobernador que expulse a Don Iñigo y a todos sus vascos.

—¡Urpia Dolores! —profirió al escuchar la nueva. De un salto montó al caballo y a galope tendido buscó el camino que por las nubes iba a Caracas.

40. El zorro de mis gallinas

Caracas, ante la rebelión de Juan Francisco, vive un momento de espera incierta. Las mujeres se agolpan en las puertas y ventanas que dan a la Calle Mayor. Juan Francisco de León y sus seis mil hombres están acampados en San Bernardino.

Castellanos, el Gobernador, ha erigido barricadas. Soldados y alabarderos miran vigilantes hacia el Naciente. Los caraqueños saltándose prohibiciones hacen largos rodeos para saludar al isleño.

Piquetes de hombres en marcha bajan hacia el Anauco. El trepidar de un cañón ensordece a los vecinos. Jinetes de variada pinta cabalgan a borbotones. Hombres furtivos con paquetes bajo el brazo se van despacio hacia el campamento.

En la casa, María Juana rodeada de sus hijas y de la esclavitud, ordena el bastimento que piensa enviar a Juan Francisco de León.

De todas las casas, de todos los ranchos, de las iglesias, conventos y pulperías, salen carros, carromatos, paquetes, sacos y bolsas llenas de comida. Para ese tronco

de macho que al fin se alzó contra la Compañía.

El cañón vuelve a subir con una cola de fusileros. Juan Francisco ha ordenado que despejen la Calle Mayor. Arremeterá de una vez contra la ciudad. Castellanos, temeroso, complace al jefe insurgente.

En la casa de Ño Cacaseno hacen concilio Don Iñigo, el Obispo y el Gobernador.

Castellanos, atropellado, vacilante y contradictorio, expresa sus opiniones. El Obispo Abadiano, moreno y rollizo, no oculta en sus ojillos el desdén que le produce.

—¿Y si queman la ciudad? —pregunta Castellanos—. ¿Y si nos descuartizan? —añadió sin pausa—. ¿Y si injurian a Su Eminencia?

Ño Cacaseno y Don Iñigo escuchan aburridos el sonar de sus ocurrencias.

—¿Y si violan a las mujeres vascas?

Ño Cacaseno se sobresalta.

Don Iñigo se mesa la barba roja al pensar en su mujer. «Nadie en su sano juicio sería capaz de violarla». Castellanos troca su ansiedad.

—Pero nada podrán hacer contra nosotros —enuncia en tono de arenga.

El Obispo, con una mirada, lo moteja de imbécil.

—Les haré morder el polvo cual conejos. ¡A Juan Francisco lo colgaré del horcón!

—No os inquietéis demasiado, señor Gobernador —dice con su voz pausada Ño Cacaseno—. Bien conozco a Juan Francisco y lo que tiene de temerario lo tiene de inconsistente. Dadle tiempo. Envolvedlo con vuestra labia. Mandadle incluso un presente. Veréis que antes de tres días cambiará de parecer.

—Pero Don Cacaseno —salta ante la propuesta—. ¿Cómo puedo hacer yo tal cosa? ¿Mi honor? ¿Mi titulo?

Gorjea una risilla burlona el Obispo.

A pesar de sus ochenta años, Ño Cacaseno, quien alcanzó el titulo de Don, mantiene clara su mente y vigoroso el cuerpo. A raíz del sistema que ideó contra el contrabando, es él pardo más rico de toda la Provincia. De Begoña, la prima sirvienta de Don Iñigo, tuvo tres hijos: dos chicas y Juan de Dios, el primogénito. Su mayor orgullo, tanto por su apostura como por la sólida y esclarecida inteligencia. A los diez años era tan entendido en asuntos comerciales, históricos y humanos, que un día llegó a decirse: «Algún día será el verdadero emancipador de los vencidos».

—Yo creo, al igual que Don Cacaseno —dijo Don Iñigo—, que Juan Francisco no es de temer. Entre sonrisas y promesas, a la postre quedará inerme.

El Obispo, atragantándose con un picatoste, sonrió afirmativo.

Tintinea un candelabro ante otro cañón que retorna. Ño Cacaseno abre el postigo:

—Un gentío va bajando.

Un oficial de caballería entra a la sala. Sus hombres —refiere al Gobernador Castellanos— detuvieron hace unos instantes a uno de los secuaces de Juan Francisco

de León.

—Llevaba este mensaje —dice el hombre— para Martín Esteban de Blanco y Blanco.

El Gobernador lee la misiva. Empalidece.

—Juan Francisco —dice a los otros con alarma— propone el Gran Amo del Valle ponerse al frente de la revuelta.

—¡Recórcholis! —prorrumpe Don Iñigo—. Ahora esto si que es distinto.

—Realmente —añadió Ño Cacaseno con expresión perturbada—. La situación es de cuidado.

—El señor de Blanco —observó Don Iñigo— empero arrastrar viejos odios, acrecentó su prestigio. Se le teme, respeta y admira.

—Hasta el punto, como habrán observado vuesas mercedes —añadió el Gobernador— que para nada lo importuno.

—No necesitáis recordárnoslo —apuntó burlón el Obispo.

Los cuatro hombres miran al suelo, sombríos y silenciosos. El oficial espera instrucciones. Una gozosa malignidad se aposenta en Castellanos.

—Para cazar al zorro —dice— es necesario una gallina…

Don Iñigo y Ño Cacaseno lo miran con extrañeza. El Obispo tuerce el gesto, —… y la gallina —prosigue— está en nuestras manos —añadió mostrando la carta de Juan Francisco—. El señor de Blanco y Blanco no podrá resistirse al reclamo, y entonces… saldremos a su encuentro en el sitio y lugar más conveniente. Con semejantes pruebas encima no me negarán vuesas mercedes que cualquier medida se justifica. Este bendito papelillo nos permitirá liquidar de una vez por todas al único mantuano con arrestos de jefe.

Estalló la carcajada del Obispo:

—¡Vaya que le sonó la flauta…!

41. Fa de majo, Manolín

Un isleño de alpargatas y traje sucio entró a la casa del Pez que Escupe el Agua y entregó a Juan Manuel el mensaje que Juan Francisco enviaba a su padre.

Al enterarse del contenido brillaron sus ojos de regocijo. —Gracias, amigo —dijo al falso mensajero.

El Pez ululó desfalleciente.

«Déjame irme a la chita callando —se dijo Juan Manuel— sin que madre lo huela».

Acompañado de Juan Vicente Bolívar tomó el camino de La Guayra, donde encontraría a su padre, como le había avisado.

Los ojillos renegridos del Gran Amo del Valle desde la cumbre de la montaña ven

ascender a los dos muchachos.

Martín Esteban lee el mensaje del isleño insurrecto.

Hosco interpela a Juan Manuel y a Bolívar. Con alegría y precisión le van respondiendo. Relee el mensaje. Mira una vez más hacia el campamento. Entre humaredas hay un presentir de gentes.

—Regresemos a la venta mientras pienso. Allí estaremos mejor.

Al lado del castillo y entre la niebla, el Gran Amo del Valle mordisquea un pernil.

Luego de los postres dijo a los muchachos:

—Para no levantar sospechas dormiré la siesta aquí. Ustedes se me regresan ahora mismo y van derechito a hablar con Juan Francisco y le dicen que a las ocho en punto de la noche estaré en su campamento. Después que le hayan dado mi recado te vas a casa de Don Feliciano, tu abuelo, y le echas el cuento. Y que le mande a Juan Francisco todas las armas y machetes que consiga. Llegaré a Caracas poco antes de las seis de la tarde. ¡Váyanse con cuidado y que Dios me los bendiga!

Juan Manuel, con los ojos del padre prendidos en la espalda, emprendió el retorno hacia Caracas. El frío era intenso alrededor de la venta. La niebla perenne que la envolvía, estaba esa tarde de una densidad cegadora. Árboles vetustos, grandes lianas, helechos como palmeras, yerba húmeda, trinar de pájaros en lamento, le daban un aire sombrío. La tierra se ha puesto blanda, el fango empuja, el precipicio clama.

—¡Ah, vaina! —exclama de pronto Juan Vicente—, me vine sin tabaco. Sigue tú, que yo te alcanzo más abajo.

Juan Manuel prosigue solo la marcha. La niebla se hace aún más espesa. Jamás ha visto una neblina como aquella. No se ve a más de una vara. El camino se adivina entre la barranca y el muro de la montaña. La neblina se hace chubasco. Tercia el capote. Más allá está la cueva que talló en la montaña un buscador de tesoros. Es larga, ancha y profunda, con forma de doble ele invertida.

Alguna vez encontraron una onza y hace dos meses a un arriero asesinado. Pero hace frío. La niebla cala, la niebla ciega. Juan Vicente tarda. Un leve resplandor sale al camino. Amarra el caballo de un palo seco que hay a la entrada y bajando la cabeza se metió dentro. «Ya lo verá Juan Vicente».

El calor y las voces vienen de adentro.

—E ansina González de Silva, gallardo e reputado general, salvó a Caracas de los indios que la acoraban. Mi amo, el Cautivo, hizole su frade e amigo.

Juan Manuel se sintió atropellado al encontrarse junto a la hoguera con Eugenia, su nieta, y Rosalía.

—¡Fa de Majo, Manolin! —saludó la esclava adoptando la forma de una mozuela —. ¿Fase agua? Llevas la fedegosa mojada. Toma la fasaleja y retrépate a mi lado.

CUARTA PARTE
Ultima historia del capitán poblador

42. Garci González, de Silva

Veintitrés años tenía Garci González de Silva.

—Hace tres días —observó a los de Santiago— tuvimos noticia de los apuros en que os hallabais.

—Y a tiempo justo llegasteis —respondió el Cautivo con una insólita sonrisa de bonhomía.

Era un hombre apuesto, de mediana estatura, barba y pelo negro, tez blanca y ojos risueños, francos, sin rescoldo de doblez, falacia o enojo. Era natural de Badajoz. Llegó ese mismo año a Valencia en la expedición de su tío Pedro Malaver de Silva. Hubo enfrentamientos entre tío y sobrino. El mozo, seguido por ochenta de caballería, decidió labrarse destino por su cuenta.

Garci González llevaba puesta una capa amarilla y negra, con plumas del mismo color sobre el yelmo.

—Os parecéis —le señaló el Cautivo— a ese pájaro del Valle, el conoto amarillo y negro, de agudo y melodioso trino.

Por él quedó enterado del triste final de Diego de Lozada:

—El día antes de salir en vuestro auxilio llegó la noticia a Valencia que había muerto de pena.[43]Al parecer nunca se recuperó de la melancolía que le asaltó al salir de Caracas.

—¡Pobre! —clamó el Cautivo y sesgó el rostro contrariado.

La paz sucedió a la cabalgata. Maltrechos por la guerra, el hambre y las disensiones internas, los sitiadores levantaron campo y se dispersaron en desorden.

—No basta que se vayan —comentó el joven extremeño.

—Tenéis razón, Don Gonzalito —dijo el Cautivo, como decidió llamarlo—. No hay que dejar ni uno solo para muestrario.

—No digo tal, Don Francisco —respondió el mozo con sonrisa amable—. Digo más bien que luego de vencerlos, ganárnoslos a nuestro favor haciéndoles ver los beneficios de la paz.

El Cautivo sin borrar de sus ojos la simpatía, lo miró escéptico. Garci González era alegre y bonachón. Charlaba y chanceaba con los soldados. Expresaba con regocijo su admiración por las ricas hembras realengas y hacía reír a carcajadas hasta al mismo Cautivo cuando al pulsear el laúd desgranaba coplas del romancero.

Juan Fernández de León, uno de los conquistadores y vecino norte del Cautivo, lo alojó en su morada.

Al día siguiente fue de visita a casa del Cautivo, quien lo recibió con aquella

extraña cordialidad, que al igual que a Ledesma, tenía intrigados a los vecinos.

Dos taburetes y un barril a modo de mesa hizo traer para agasajarlo.

—¡Traedme el cocuy viejo! —ordenó— que hoy mi casa se honra con tan bravo paladín.

Sentados junto a la poza, trasegan el licor de maguey que el Emperador Carlos V se hacía llevar expresamente, por considerarlo de gran exquisitez.

—¿Y que tal os trata Juan Fernández? Es un viejo marrajo; pero de lo menos malo que hay entre esta caterva de andrajosos. Soy el padrino de su mujer. Es guapa, como habéis visto. Apenas entramos al Valle la capturamos bañándose sola y desnuda en esta acequia. Juan Fernández que es un rijoso se deslumbró al verla, y entre los gritos de la zagala, la tumbó en la yerba y a la fuerza la hizo suya. Apenas se levantó, «no sé qué tiene la india entre las piernas», me dijo súbito y con expresión ausente.

—¡Quiero casarme con ella, de inmediato!

Llegó el cura. Antes de unirlos en matrimonio había que cristianizarla.

—¿Qué nombre se os ocurre, Don Francisco?

—Pues viéndolo bien —le dije— creo que por la forma que la conocisteis no hay nombre que mejor le cuadre que Violante.

Y Violante se quedó mi ahijada.

La conversación por un largo rato prosiguió entre tragos y risas en medio de los mutuos escarceos. De pronto preguntó el extremeño:

—Decidme, amigo mío, ¿qué tanto significa la palabra tercio o vale que a hurtadillas me endilgan?

—Suerte tenéis, mi noble amigo —contestó el viejo—. Vale y terciazo son dos palabras que rara vez pueden aplicarse al mismo ser.

Al llegar yo a estas tierras hacia 1535, la palabra «tercio» ya la escuchaba mentar. Un tinterillo muy sabido que vivía en el Tocuyo diome por noticia que la palabreja se refería a los tercios de Flandes, pues entre tanto tunante desastrado y pillo que viene a las Indias, ellos que son tan belitre como cualquiera, al lado de los otros lucían como samaritana en burdel. De ahí que cuando aparece entre nosotros alguien que no sea feral, falaz o abellacado se le llama tercio o terciazo. Vale, en cambio, es el curruña, el cómplice, o el secuaz. Tiene el calor cariñoso de la camaradería. De los que sufren juntos por largo tiempo sin que el uno le pregunte al otro de dónde vienes y a dónde vas. Os debéis sentir orgulloso Don Gonzalito, de que os reclamen a dúo como tercio y vale. Es tanto como si el truhán que os mienta caballero os diga también hermano, encubridor de mis faltas, palo y amparo de mi desazón.

Acarantair salió de la cocina y avanzó hacia el Cautivo. Garci González se sobresaltó al verla.

Acarantair devolvió la mirada y la clavó al suelo. Gonzalito por largo rato la caló de soslayo.

Fuertes ladridos restallaron dentro. Era *Amigo*, el mastín poderoso que arrancó una nalga a Chaima.

—¡Se soltó *Amigo*…! —gritó alguien.

El perrazo irrumpió en el patio y a grandes saltos y con expresión temible corrió hacia ellos.

El Cautivo alarmado se puso en pie para cubrir a su huésped.

¡Cuidado, Don Gonzalito! ¡Ese perro es una fiera!

Amigo, sin embargo, apenas olfateó a González de Silva, sacudió el rabo y dejó de ladrar.

Apremioso, el Cautivo se palpó el cinturón buscando su pistola. *Amigo*, silencioso y tenso, avanzaba hacia su huésped. Para sorpresa suya lamió las manos del joven guerrero, que sonriente lo acariciaba.

—¡Vos sois, sin duda, el hombre de los milagros! —comentó el viejo aún sin creerlo.

—Es el mastín más hermoso que he visto en mi vida.

—Pues vuestro es. Os lo regalo ahora mismo. Me siento doblemente dichoso de entregároslo por presente y librarme de él.

—¡Gracias, Don Francisco! Es el mejor regalo que jamás haya recibido. ¡Me gusta Caracas para vivir! —añadió súbito sacudiendo su parla ceceante—. Aquí me quedaré, si es que vosotros lo permitís.

—No sólo os lo permitimos —respondió el Cautivo con su vozarrón—. Os lo ordenamos, imponemos y obligamos.

Los sirvientes aplaudieron las palabras del amo. Acarantair oculto en la mano una sonrisa y con ojos radiantes se marcho en dirección al samán.

La imagen de Acarantair se quedó en sus pupilas. Gracias al paloapique y a la vecindad intentaba verla cuantas veces pudiese al día, so pretexto de charlar con el Cautivo, por quien sentía un progresivo y desbordante afecto.

«Mal hago en desearle a su hembra, pero quién detiene al viento cuando sopla».

Acarantair, sin embargo, lo rehuía. Entre dientes y siempre con la mirada baja, respondía a sus alegres saludos y frontales requiebros, corriendo hacia la casa apenas lo veía llegar. Pero apenas Gonzalito se desentendía de ella engarzándose con el Cautivo en animada charla, reaparecía en el patio y sus ojos habitualmente inmersos en la indiferencia, fulguraban golosamente atormentados midiéndole el perfil.

La gente de Caracas, desasistida de hombres de guerra, incitaron a Garci González y a sus hombres a que se avecindasen entre ellos. A los ochenta se les otorgaron solares extramuros.

Y como las tierras del Valle ya tenían dueños, se les dio por suyas las libres y realengas que lo rodeaban, feraces en grado sumo y asiento de tribus lidiosas, pugnaces en su batallar.

—Eso es lo que se llama caridad con uñas —susurró el Cautivo a Ledesma cuando el Teniente Gobernador les hizo a los de Valencia la propuesta—. ¡Nunca hasta ahora me había topado con el caso de que el donar enriqueciera! ¿No os parece, maese? Ledesma, para su desconcierto, dejó caer cansino:

—Bien decís, maese, que nunca hasta la fecha lo habíais visto como para que a nuestros años lo llegarais a ver. Jamás el águila joven compartió su presa con el águila caduca. De la excepción, sin embargo, se hace la regla.

43. Amaconeque

Los indios no cesaban de hostigar a Caracas. A propuesta de Garci González y en previsión de que no volviera a suceder de quedarse sin agua, se erigió una torre de avanzada o reducto en el mismo sitio donde los caballos de la sed se pegaron al rio. Treinta hombres y una culebrina avizoraban la ciudad y el río.

La hazaña que ya hizo bienquisto a Garci González, prosiguió en su bondad y apego a la jerarquía, granjeándose el afecto y admiración, tanto de la soldadesca como de los viejos capitanes, a quienes nunca disputó su jefatura por más que muchas de las acciones bélicas que se emprendieron con éxito se debieran a su genio y conducción.

En enero, Garci González a la cabeza de ochenta hombres de caballería y un ejército de indios amigos, salió en busca de Paramaconi, el gran cacique toropaima. Luego de una serie de escaramuzas el cacique fue vencido y hecho prisionero por el mismo Garci González en un combate cuerpo a cuerpo. Apaciguado el cacique, lo hizo traer al real mientras cenaba: lo liberó de sus amarras y lo invitó a compartir el pan y el vino.[44]Paramaconi hizo un gesto de duda al probarlo, luego chasqueó la lengua.

—Bueno, bueno… —dijo en castellano—. Más, más…

A la segunda copa Paramaconi reía y Garci González también. Entre voces propias y ajenas surgió la paz.

—Vete con tu gente. Eres libre —dijo de pronto Garci González, y entre otras cosas le regaló una barrica de vino amontillado.

El indio lo vio con extraños ojos.

—No habrá más guerra entre nosotros —comentó—. Soy tu amigo y esto es bueno.

Paramaconi, para sorpresa de los españoles ya escalmados por tantas traiciones, cumplió su palabra. Venia frecuentemente a Caracas alojándose incluso en el mismo aposento de Garci González. Al Cautivo todo aquello le parecía una temeridad. «Tarde o temprano os ha de degollar» —decía consternado—. Sólo hay una clase de indios buenos: los que no han nacido y los muertos bien sepelidos.

Yerran los cálculos del Conquistador. Paramaconi se conduce como ha prometido y los toropaimas se deciden por la paz.

Garci González esa tarde saca puntas a su experiencia en el corro de vecinos que platican en la plaza.

—Más puede la bondad y la tolerancia para ganarse el favor de los vencidos.

Los viejos lo escuchan sin contradecirlo. Esperan que el tiempo persuada al gran Gonzalito de lo contrario. Francisco Infante no puede, sin embargo, contenerse cuando Garci González propone utilizar la misma táctica con Tamanaco.

«Tan sólo el miedo y la muerte conquista y retiene. En esta tierra sólo habrá paz cuando tengamos la cabeza del mariche».

El poderoso jefe indio ha soliviantado a las diez tribus de su nación y a todas las vecinas. Hostiliza y ataca a la ciudad. Su prestigio es casi divino. Los españoles lo consideran un ser diabólico: lo han visto al mismo tiempo dentro de la iglesia y a dos leguas. Decían los indios que se transforma en puma y murciélago. Que era invencible: que sus enemigos caían muertos ante su mirada. Que el fin de Caracas era inminente.

El Cautivo, a pesar de la inquina que profesa a Infante, afirma que sólo el fuego ataja al fuego.

Tras sus palabras todos expresan su parecer. Desde Francisco Calderón, el nuevo Teniente Gobernador, hasta el cometa, todos son partidarios de métodos cruentos. Tan solo Ledesma y de la Madriz apoyan a Garci González en sus ideas de rescatar con amor lo que el odio llevó lejos.

Acarantair, bajo la mirada del Cautivo, se interna en la penumbra del corral hacia la casa de Garci González. Lleva una pócima para los retortijones que aquejan al mastín. Según la india, obra de venenos. El viejo guerrero la ve perderse en las sombras con una nueva expresión. Un ignoto sentimiento de ternura siente hacia ella y muy profundo hacia Soledad, su hija, a quien acuna entre sus brazos desde la silla del corredor.

Sobre las murallas los dos centinelas recorren la rampa. Al llegar al medio vocean «sin novedad» y siguen su ronda hacia las garitas.

Apenas se dieron la espalda dos manos morenas se posaron sobre el muro.

Acarantair hace beber la amarga pócima al mastín. Garci González la ayuda y observa. Sus deseos son ya incontenibles. Al ponerse en pie intenta besarla.

—Quieto, Don Gonzalito, no seas mal amigo —le susurra con suave acento de súplica.

Y sin decir más tomó el camino de retorno.

Un brazo fuerte inmovilizó a Acarantair al llegar al lindero.

—¡Tamanaco! —exclamó sobresaltada.

—Vine a buscarte de una vez —dijo imperioso.

Acarantair, con la cadencia nasal y triste de las indias del Valle, dijo al cacique:

—No puedo. Ya tengo dueño y además una hija, a quien amo aún más que a ti.

—Vete ya —le ordenó Tamanaco, con amarga congoja en su acento—, aprenderé a vivir en tu ausencia.

Lacrimosa y a paso corto Acarantair retornó hasta la silla del Cautivo.

—Menos mal que al fin llegaste. Soledad me ha cagado de punta a punta.

Acarantair, a golpes de cuchara sobre la olla de cobre, llama a cenar. Petra, Felicia y el Cautivo tomaron sus sitios en el largo mesón. Un negro, en cuclillas en un rincón, metía la mano en la escudilla.

—¡Rosalía…! —llamó la india.

¡Rosalíaaa! —volvió a clamar al no recibir respuesta.

El Cautivo, ensimismado en la sopa de ajo, emergió con el rostro tallado de presentimientos:

—¿Dónde se habrá metido esa negrilla de los mil diablos? ¡Anda a buscarla! —dijo al negro.

Inquieto el gesto, movedizos los ojos, dijo el negro a la vuelta:

—Don Garci González y Don Fernández de León la vieron jugando con *Amigo* poco después de que Acarantair le diese su pócima. Pero no la hallo por parte alguna.

El Cautivo echó la silla atrás y corrió hacia el patio.

—¡Rosalía! —rugió en la noche. La negrita seguía sin aparecer.

Se tocó a generala. Se encendieron hachones. Se inquirió por doquier. Se registró casa por casa, pues ya había dejado de ser niña y abundaban los truhanes en la puebla campamento. Garci González sacó a *Amigo* al descampado, luego de hacerle oler un pedazo de trapo de los que usaba la niña. Apenas vaciló en olfatear su ropa. Huellas de pies descalzos y una pluma caída no daban lugar a dudas: había sido raptada por los indios.

—¿La querrán para esposa de algún cacique? —preguntó el Cautivo acongojado —. ¡Mira que es guapa la negrilla!

Villapando el herbolario observó vacilante:

—Los caribes, noble señor, aborrecen tener hijos en mujeres de otras castas, lo que quiere decir que la preparan para comérsela.

—¡Calla de una vez, carirraído! ¡Pipa! —clamó enfurecido. Sin poderse contener le tiró un mandoble partiendo en dos el arbolillo del que se recostaba.

La noche fue de cavilaciones:

—Mi pobre gnomo de Granada —se lamentaba el viejo.

«Tamanaco, Tamanaco —se decía para sí Acarantair—. Al no irme con él se llevó a la chiquilla».

Garci González a la mañana siguiente desayuna solo con arepa y carne frita. Los yerbajos del patio estaban húmedos por la garúa de la noche anterior.

Amigo, atado a la cerca del paloapique yace dormido. Garci González, cejijunto, también piensa en la negrilla. No quiere imaginarse lo que aquellos demonios estarán haciendo con su cuerpo antes de echarla al caldero.

Una sombra se desprendió del techo. Alarmado echó mano de su tizona.

—No temas —dijo un indio alto, cuadrado, de aspecto bronco— vengo armado y a ofrecerte la paz.

A pesar de sus palabras Garci González lo miró con cautela. Exhalaba odio y autoridad.

—Siéntate —lo invitó sin dejar de medirlo.

Amigo ladraba furioso.

—Soy Amaconeque, gran cacique mariche.

Garci González guardó el recelo. Amaconeque era el mayor adversario de Tamanaco.

—Perdona que haya venido así ante tu persona.

El mastín enloquecido tiraba de la cadena.

—Que te calles, perro maldito.

—Fue Tamanaco quien os robó a la negrilla Rosalía —prosiguió con los ojos puestos sobre el perro—. Luego de desposarla por cuarenta noches la descuartizarán viva para condumio de la tribu.

—¡Qué horror! —exclamó Garci González.

—Yo te puedo ayudar a rescatarla…

El perro rugía con el cuello enrojecido.

—¿Qué pides por ayudarme a recuperarla?

—Sólo que hagamos las paces y deje de correr sangre… Tendrás que venir solo. Te espero dentro de un rato en el bucare grande.

Voces, ladridos y estruendo. *Amigo* rompió la cadena.

—Ponte a salvo —jijeó Garci González.

Amigo corría amenazante hacia Amaconeque. De un salto trepó a la rampa en el momento justo que cerró sus fauces tras el tobillo.

El caporal que estaba de centinela, al verlo, se le vino encima esgrimiendo su alabarda.

—¡Tú! —chilló al reconocer al falso Amaconeque, quien al esquivar el cuerpo y tirar del palo lo echó el vacío.

Al rumor de la refriega los españoles sacudieron el sueño. Al pie de la muralla un soldado orinaba al lado de su caballo. Por el tablado corría la tropa. El soldado miró confuso hacia arriba. La alabarda del negro se le metió en el pecho. Antes de saltar y huir en su caballo gritó estentóreo:

—¡Yo soy Tamanaco!

La gente corrió hacia González de Silva.

—De buena os habéis librado Don Gonzalito —comentó el Cautivo con un dejo de reproche—. Con estos bellacos es peligroso jugar.

—Os pensaba asesinar al menor descuido —metió baza Sancho Pelao.

—De no haber sido por *Amigo* —dijo Garci González— se hubiese salido con la suya.

—Pobre Rosalía —dijo con acento quebrado el Cautivo.

—Debemos ir en su rescate —propuso Villapando.

—Pero quién sabe donde mora el canalla —añadió Sancho Pelao.

—Su pueblo queda a legua y media del Guayre, mirando hacia la montaña.

—Eso es tan solo la fachada. Duermen sobre ceibas, samanes y mijaos.

El bohío de Tamanaco es un sitio encantado en la fragosa montaña.

«Yo daré con Tamanaco y Rosalía» —se dijo Garci González.

44. Pelo a pelo, diente a diente

Los tamboriles se baten con furia. Un coro de voces niñas salpica entre los mijaos. Rosalía desnuda asiste inmóvil a los pases y ungüentos que tres viejas ponen sobre su cuerpo:

—Para que no engendres cuando te haya tocado la cola del mato real.

—Para que se te encienda el deseo.

—Para que lo hagas gozar.

—Vendrá a ti en forma de onza o de serpiente coral. Sentirás la muerte y el deleite al mismo tiempo. Serás feliz y morirás.

Rosalía mira a las viejas. Afuera la tribu danza y se emborracha al son de flautas y tamboriles.

Un rugido rasga la noche.

—¡Tamanaco! —dijo una de las brujas. Y huyó del rancho seguida de las otras.

—Grr —resonó encima el rugido. Por la puerta entreabierta vio avanzar un tigre.

—Grr —gruñó en la puerta una mano de hombre al apartar las cortinillas. Era Tamanaco cubierto por una piel de tigre.

—Grrr —bramó de nuevo lanzándole un zarpazo con la garra muerta.

—¡Ayy! —gimoteó la niña.

—En forma de tigre te he de poseer.

—¡Ay, ay! dejadme quieta, señor Tamanaco.

El indio de un salto la mordió en el tobillo.

—¡Ay, ay!

Los tamboriles subían de punto. Afuera danzaban. Rosalía lloraba.

Una descarga cerrada calló la grita.

—¡Santiago y cierra España! —escupió una voz entre ayes y quejidos.

Tamanaco rápido apartó los palos del bahareque y huyó por la espesura.

—No os queremos hacer mal —proclamaba afuera el Capitán español Pedro Alonso Galeas—. Deponed las armas y nada malo os pasará.

El Cautivo y Garci González corrieron hacia la niña cuando llorosa los reclamó.

—Por allí se fue Tamanaco.

—Pues, tras él iremos —respondió con redoblado acento el extremeño.

A una orden suya trajeron a *Amigo*. Y a otra señal un indio Tocuyo le entregó una tabla que le hizo oler al perro. *Amigo* erizó el lomo y ladró con furia. Olfateó el aire. Bajó el hocico. Rastreando el suelo a los pocos instantes, sin vacilar entró en el monte.

Garci González y diez soldados se fueron tras él. A medida que se adentraban en la selva, se hacía más rugiente. Al llegar a un samán miró hacia arriba y rugió con rabia hacia el follaje dando grandes saltos.

—¡Daos preso, Tamanaco! —voceó Garci González mirando hacia el árbol—. ¡Rendíos y seré magnánimo!

Un silencio de grillos le respondió.

Sobre el fuego, entre dos ramas, se dibujó la figura maciza del gran cacique mariche.

—Está bien —respondió Tamanaco—, llevaos al perro y me entregaré prisionero, siempre y cuando prometas darme el mismo trato que disteis a Paramaconi.

—¡Contad con mi palabra que así será! —respondió Garci González.

Garci González para hallar a Tamanaco, entrenó a *Amigo* por tres días, haciéndole oler el asiento del taburete donde se sentase aquella mañana.

Un clamor de rabia y estupor salió de quinientos labios al ver al indio atado de manos entre sus guardianes.

El poblado del gran cacique mariche estaba centrado curiosamente por un redondel alto en forma de anfiteatro. En sus estrados cabían sentados y con holgura doscientas personas.

A la mañana siguiente Tamanaco, con un dogal al cuello, fue conducido al medio del coso, mientras Pedro Alonso Galeas, Garci González, el Cautivo y otros cuatro españoles lo miraban desde lo alto, sentados en fila. Dijo Galeas:

—Somos el jurado. Este tribunal —prosiguió solemne— os encuentra culpable de tantos crímenes, que se os condena a ser ahorcado. Lo que ha de ejecutarse pasada la media tarde. ¡Es justicia del Rey, Nuestro Señor!

El cacique por unos segundos no movió un músculo de su cara ni desinfló su altivez:

—¡Me habéis engañado! —gritó a Garci González—. Prometísteme la suerte de Paramaconi y ahora me dais la muerte. ¡Sois un mentiroso!

Una oleada de rubor sacudió al guerrero. Quebrada la voz respondió:

—En verdad os prometí la suerte de Paramaconi cuando erais mi prisionero; pero por encima de mi están las leyes del reino. Son ellas y no yo quienes os condenan. ¡Perdonadme si por ligereza al prometer os llevo a la muerte!

El Cautivo que estaba a su lado tiró de su greguesco y murmuró algo a su oído. Una expresión confusa coloreó el rostro del extremeño. Parecía rechazar y aceptar, temer y desear. Finalmente dio señales de asentimiento. El Cautivo cuchicheando se dirigió a los otros. Galeas al escucharlo soltó una carcajada. Ledesma, agrio, sacudió las manos con aspavientos de indignada protesta. Los otros cuatro rieron al igual que Galeas y vieron a Tamanaco con ojos burlones. El indio abajo los miraba en sus cotilleos.

—¡Decídselo vos! —ordenó Galeas a Garci González.

Su captor lo vio conmiserativo:

—Tamanaco —dijo el extremeño— el jurado quiere ser magnánimo con vos al daros una oportunidad de salvar la vida y a mí de cumplir la palabra que os empeñé de que tendréis la misma suerte de Paramaconi. Nuestra amistad surgió luego de luchar contra él cuerpo a cuerpo. Vuestro caso es diferente al de él. ¡Sois un criminal! Sólo salvaréis la vida en caso de salir vencedor de esa lucha que os propongo: pelo a pelo, cuerpo a cuerpo, diente a diente.

Iluminó el rostro con jactanciosa alegría. «No hay un solo hombre en veinte leguas a la redonda que lo aventaje en fortaleza y habilidad para el combate. Ni siquiera Garci González de Silva».

—¡Acepto el reto! —terminó por responder.

Desde las primeras horas de la tarde llegaron caciques y principales de la gran nación mariche. Nadie podía creer que el invencible Tamanaco hubiese sido derrotado y cautivo en su propia aldea.

La gente de su tribu se preguntaba:

—¿Y por qué no se convierte en oruga o en murciélago o en colibrí? ¿Por qué no toma la forma de culebra de agua, revienta sus amarras, y estrangula a sus enemigos?

—Yo una vez lo vi convertirse en tigre y de un zarpazo matar a cuatro españoles.

—Y a mí, cuando era doncella se me apareció vestido de cocuyo y me sembró un hijo.

—¿Por qué no vence y mata a sus enemigos?

—Sólo Tamanaco sabe lo que debe hacer y cómo lo debe hacer —decían los piaches—. Sus poderes son grandes. A su madre la preñó el terremoto y a su bautismo acudieron el rayo y el huracán.

En el momento justo en que la media tarde perdió su primer brillo, dos tambores convocaban para la pelea. Tamanaco, libre de amarras, se veía soberbio. Miraba con altivez hacia el graderio. En el sitio de honor Pedro Alonso Galeas. En los puestos restantes, españoles y caciques muy importantes.

El Cautivo, de árbitro, hacía señales de asco al mostrarle su lugar al otro extremo de la portezuela.

Un toque de alerta señaló al indio que su adversario se aproximaba. Contrajo músculos y pupilas. Manos y brazos se volvieron garras. Sus ojos sangrantes se clavaron temibles en la puerta.

Un ruido escuchó tras de ella. De un empellón dos soldados la abrieron.

Un ser vivo y poderoso que no era Garci González salió al coso. La cara de Tamanaco se coloreó de pánico. Trató de huir. Corrió hacia el estrado. Intentó trepar. Pero fue inútil: *Amigo* de una dentellada lo aprisionó por la pantorrilla y lo tiró al suelo. De otro mordisco le cercenó la garganta. Y no paró de tirar hasta arrancarla del cuello.

La cabeza de Tamanaco clavada en una pica, entró a Caracas llevada por el propio Garci González de Silva.[45]

Los vecinos mostraban su regocijo ante el despojo. Acarantair se negó a verlo. El Cautivo, extrañado, le increpó su actitud. Acarantair fulgurante la mirada como en los primeros tiempos, le dijo sibilante, fuera de si:

—¡Respetad mi silencio!

Desde la fundación de Caracas la ciudad no presentaba un aspecto más animado. Y en el centro de la Plaza Mayor, con música de flautas y tamborileros, conquistadores y viejos bebieron hasta la embriaguez mientras cada quien, para regocijo de sus compañeros, entonaba alguna cantadilla de su pueblo y otros, como el Cautivo, bailaron la jota y el fandango intercalando cuartetas del romancero:

Con la victoria de los moros,
van la vuelta de Granada,
a grandes voces decían:
Ya la victoria es cobrada.

Gritos y voces airadas en el patio despertaron al Cautivo. En la indecisa luz de la madrugada salió a ver. Una docena de soldados se aglomeraban alrededor del paloapique. La luz de una tea iluminaba la faz de Garci González. Estaba lloroso y alterado el extremeño.

—¡Joder! —bramó el Cautivo.

Sobre uno de los palos de la cerca estaba clavada la cabeza de *Amigo*. Treinta puñaladas traía el mastín encima.

45. «Gonzalo, Don Gonzalito…»

—Astroso fue el morir del desastrado Tamanaco —decía Rosalía a Don Juan Manuel—. Diome hasta pena que el famado Cabildo de la albergada mariche tornase su fado por el de un desleído farón. Los indios bajaron el cogote y se fincaron de hinojos. Cayeron los parapetos que tapiaban las ocho calles y la ciudad se abrió al descampado.

Las dieciséis manzanas, como las pensara el Capitán Don Diego, se dieron flor y se poblaron de casas. La gente de Garci González conquistó y posesionó las tierras que en escalera bajaban de la Fila Mariche hasta Barlovento, acometiendo luego al territorio Teque. La arrechísima tribu tornóse ferástica cual lapa vieja. Les dieron tenteallá. Don Gonzalito tomó fama de diablo ajeno y siendo su capa igual a la del conoto pluma amarilla, comenzó a decirse, y yo la primera, que pájaro y caballero eran la misma cosa. Y que tal haría para mejor atisbar a sus enemigos y acecear a las mujeres, que dábansele sin par pues además de guapo y donoso era, al igual que mi amo, rijoso y mujeriego. Las indias ansina camanduleaban al verlo volar:

Gonzalo, Don Gonzalito,
Conoto pluma amarilla,
ven acá,
que soy tu amiga.

Desde entonces así mientan al pájaro de marras, al igual que matacaballos a la avispa que mató corceles en otrora ocasión.

Mi amo el Cautivo, a vuelta de seis años se volvió calmo. Apenas reñía a Acarantair, dándole toda la menguada que podía brotar de su genio arisco. La india estallaba de guapeza. De no haber sido mujer de tan bravo hombre, se la hubiesen birlado en un santiamén, pues todos, comenzando por Don Gonzalito, la aguaitaban como can a cecina.

Era la india más fermosa que jamás yo viera. Pero ella sólo vivía para el Cautivo y su hija Soledad. ¡Ay!, Don Juan Manuel, cuán guapa era. Placíale hacer largas cabalgatas hacia la montaña montada sobre *Bravío*. Se bañaba en las quebradas y pozas que bajaban de la Sierra.

Entre rocales y helechos Acarantair se baña en la poza fría. Bracea sin ruido con el agua de antifaz. Van por el agua sus ojos negros. Turpiales, calandrias y cristofué cantan en el follaje. *Bravío* pasta yerbajos. ¡El conoto pluma amarilla! Acarantair sonríe.

El agua hasta la cintura le deja al descubierto los senos pequeños.

Gonzalo, Don Gonzalito,

Conoto pluma amarilla,
ven acá,
que soy tu amiga.

El gonzalito luego de verla, con pico largo voló hasta la roca grande donde Acarantair puso a resguardo su traje. Al emerger frente al peñasco, dos botas de guerra estaban sobre el huípil: era Don Gonzalito. Sin decir palabra subió a la roca, lo miró a los ojos y se echó sobre la hierba.

Hasta el mediodía, *Bravío* relinchó aburrido. Los pájaros hicieron siesta y sobre el huípil de fino lienzo siguieron las botas de guerra.

Por seis meses, días tras día, se encontraron en la poza de los grandes helechos.

—¿Me amáis, Acarantair?

Nada respondió, quebrando guijarros contra el agua. Se puso de pie. Saltó sobre *Bravío* y tomando la ruta del Anauco bordeó su curso al galope en dirección a Caracas.

46. Cuando llegaron las Rojas

Caracas, de bullente y amenazador cuartel, a vuelta de seis años es una próspera aldea de dos mil habitantes, donde ciento cincuenta españoles son el centro de un mundo de siete colores. Indios amarillentos deambulan cubiertos apenas por taparrabos. Los negros, escasos, destacaban por la alegría de sus parlas estridentes. Niños mestizos y mulatos y uno que otro zambo correteaban por las calles tiradas a cordel. La iglesia mayor, de palma y bahareque, se yergue limpia frente al mercado.

El Cautivo, con Soledad de la mano y Acarantair a un lado, llega a la Plaza Mayor. La surcan y cuadriculan tiendas y tenderetes. Los vendedores a gritos y por señas muestran sus mercancías.

—¡Carne de váquiro, maíz del bueno, vinos de Cádiz! —Vocean en los tenderetes —. ¡Percales de Panamá! quesos de Ledesma, piedras de bezoar para el mal de ojo; también sirve para la pava negra y el mal de amores.

—¿Cuánto cuesta la carne de iguana? —pregunta Acarantair con su voz menuda.

—¡Eso era lo que me faltaba en mi puerca vida! —rezongó el Cautivo—. ¡Qué me pusiera a hacer mercado una india lanuda!

Una cabalgata irrumpe por la calle que mira hacia el Caroata. Son tres mujeres y un hombre.

—¡Jolines! —celebró el Cautivo—. Si es nada menos que Alonso Díaz Moreno, fundador de Valencia.

Al reconocerlo todos corrieron apresurados a su encuentro. Ya tenía anunciada su intención de avecindarse en Caracas con Doña Ana, su mujer, y sus dos cuñadas. Las

tres mujeres montan a la jineta. Altivas las composturas, bellísimos los rostros, finos los trajes. El Cautivo al verlas sonreír con jactancia remilgona, afirma retumbante:

—Son el vivo retrato de su madre, Doña Ana de Rojas, la hembra más garnida y hermosa que pariera la Margarita.

Los hombres embobados cercaron a las mujeres con tal apremio, que al Cautivo le recordó el aire de revuelta que precede al asalto de los almacenes reales cuando el hambre aprieta.

… —¡Dios me ampare! —exclamó Francisco Infante mirando hacia la más joven —. ¡Me la comería a mordiscos sin manteles ni guarderías!

—¡Pero esto no es una mujer! —comentó emocionado Garci González de Silva —. Esto es una aparición o un artilugio de Satanás. ¡Por una mujer así saqueo a Valencia y despueblo a Margarita!

Una raya horizontal dibujó Acarantair con sus labios.

Alonso Díaz Moreno apenas miró al Cautivo, desmontó de su bestia para abrazarlo.

—¡Vaya que al fin os hayáis decidido a vivir entre nosotros! —dijo con acento festivo pegándole con disimulo un fuerte puntapié en el tobillo a Sebastián de Arteaga por sus lascivos intentos.

—¡En mala hora! —gruñó Fernández de León— se le ha reunido a Díaz Moreno contar tomines en la casa del pobre. —Y dirigió una mirada a Violante, que si en otros tiempos encontró hermosa, ante tal contrafuerte la sintió desabrida y basta como la arepa ante el trigo—. Ya se me había olvidado que, además de vinos y aceite, en España se tallaban tales hembras.

Pedro Alonso Galeas, perturbado por la visión de las Rojas, le dio una paliza a su mujer por encontrarla más fea que un sietecueros. Sancho del Villar y Juan de Gámez se dieron de bofetadas por Doña Francisquita. Y Simón Díaz, el Gaitero, recorrió la ciudad tocando un caramillo mientras voceaba las coplas más licenciosas del Mingo Revulgo.

—Igual fue su madre —dijo el Cautivo a un grupo de amigos luego que Díaz Moreno y las Rojas siguieron de largo—. Si el Tirano Aguirre no la ahorca, no llega a la Borburata. ¡Qué mujerón aquel! ¡Qué donaire! ¡Qué modo de ver! Era todo un peligro por su agaranca y encantos. Cuando andaba por esas calles de Dios, si hacía sol y la tierra reverberaba, nos daba frio. Si reía y enseñaba aquella boca entre pulposa y mojada, sentíamos impulsos caníbales hacia ella, y homicidas contra el vejete de su esposo. Los gobernadores se miaban en su presencia; los contrabandistas olvidaban sus alijos y hasta un pirata francés que llegó con ánimos de saqueo, luego de verla, terminó descargando en la playa las botijas de vino que había saqueado en Cumaná, para poner fiesta.

A mi amigo Don Lope de Aguirre, mal llamado el Tirano, pretendió seducirlo

para bajearlo, como hizo con el francés. Lo invitó a un almuerzo de sopa de guacucos, chucho asado y toritos rellenos, susurrándole al oído a cada rato y con singular cadencia: mi Tiranillo. A Don Lope, a quien ninguna mujer le había enseñado el colmillo porque era más feo que Sancho Pelao, los requiebros lo pusieron receloso. Cuando entre melindres y con sus propias manos puso en su plato un pescado, la miró de reojo. Sin que ella se diese cuenta lo echó a un perro. El perro murió entre aullidos lastimeros. ¡Más vale que no! Nunca vi tan fiero a Aguirre.

La tomó por el cabello y luego de cubrirla de bofetadas ordenó:

—¡Llevadla de inmediato a la fortaleza y cargadla de prisiones!

Doña Ana empalideció.

—Si me han de matar, bravo Capitán —propúsole confiada en sus encantos— que no me pongan prisiones, me enloquece el escozor —y dirigió una mirada al vasco que decía: «Vente nene y salgamos de esto».

Pero el caudillo de los marañones, a quien en materia de desconfianza e hi de putez ni yo lo he aventajado, respondió:

—¡Hala ya! No perdamos tiempo, que la ahorquen de una vez.

Al subir al cadalso Doña Ana susurró:

—Un último favor os pido, Gran Señor de los Marañones: que me sujeten bien las piernas con cuerdas. No quiero faltar al pudor cuando las pataletas de la ahorcadura develen pantorrillas y encajes.

La tía estaba de comérsela viva. ¡Anda! —dije ante el requiebro.

Un rayo de gana y de burla percaté en los ojos de Aguirre. Y cuando ya creía que la iba a enviar del patíbulo a la hamaca, ordenó sombrío:

—¡Amarradle bien los pies antes de izarla! ¡Pero colgadla ya! ¡Por vida de Dios!

Con un cuarto de lengua se despidió de nosotros.

El Tirano, arrepentido quizás de no haber tomado lo suyo antes de ahorcarla, con los ojos color candela le arrancó el arcabuz a Pedro Alonso de Galeas, que en aquel entonces era su esbirro, y lo descargó sobre la difunta, obligando a todos a que hiciéramos otro tanto, hasta que el cuerpo le quedó hecho un guiñapo.

—¿Y vos disparasteis, maese? —preguntó Sancho Pelao.

—¡Ah, no! ¿Me iba a negar? Mirad que sois babieca y calandroso.

47. Los callos de Acarantair

Al año de haberse establecido Díaz Moreno en Caracas, luego de siete años de espera incierta, buena parte de los vecinos labraban la tierra. Otros no desmayaron y continuaron buscando el oro que alguna vez les dijeron que abundaba en el país de los Caracas. Según los indios, las pepitas de oro que arrastraban las quebradas eran tan crecidas como un garbanzo pequeño. Hallazgos ocasionales les dieron fuerza para

aferrarse a la esperanza. Hora tras hora, día tras día, se los veía infatigables, desnudos o a medio vestir, metidos hasta la cintura en las frías aguas que rajaban de la montaña.

—¡Qué más os vale ciruelos! —se mofaba el Cautivo—, estar jachados sobre el surco que seguir cual tritones con el culo en el agua. ¡Monotes! ¡Zoquetes! ¡Tolondros!

Ése diciembre murieron de pulmonía cuatro buscadores de oro. Fue el final. Para el nuevo año se resignaron, bajo protesta, a ser vaqueros y hortelanos.

Luego que Francisco Infante regresó de pacificar los Valles del Tuy,[46]el de Santiago parecía un campo de Castilla con sus cuadros de hortalizas, garbanzos, cebada, habas y cebollas. Alonso Andrea de Ledesma se dedicó a la ganadería. Sus vaqueras pronto dieron buena leche y mejores quesos a los caraqueños.

El clima frío fue bueno para los ovejos, que se reprodujeron con celeridad por los altos que fueran del cacique Gamboa. Los vecinos de la Borburata, por miedo a los piratas, se mudaron a la ciudad con su ganado y esclavos. El trigo se cubrió de mieses doradas. Era la primera cosecha que se le tomaba al Valle. Andrés Marín Granizo, fundador de Trujillo, se avecindó en Caracas con su mujer, quien decía al ver los trigales a punto:

—Me siento como en Castilla. Sólo me faltan el cuco y el ruiseñor.

Los campos de Garci González se llenaron de maíz, cebada y garbanzos con tamaño de aceitunas. La carne era tan barata que una arroba valía siete tomines y dos lomos completos un tomín apenas.

Un aire de derrota envolvía, sin embargo, a los conquistadores por más que comieran y folgaran de lo lindo.

«La mayor parte de los pobladores de este Valle —rumiaba el Cautivo— somos cansados guerreros que en la proximidad de los sesenta años nos empeñamos en creer que la Tierra de Promisión estaba en el Valle de los Caracas».

Para estar —dijeme en aquella ocasión— de brazos cruzados en este pueblo dormido esperando a que nos llegue la muerte tan callando mientras las gallinas ponen, jugarme he de una vez por todas el todo a todo con la vida. Si salimos con bien, como parecen prometerlo estas piedras y estos guijarros, lo demás será coser y bordar. Llenas de oro las alforjas, me largaré a España. Comprarme he un palacete en Sevilla, casarme he con una andaluza de piel amarfilada. Caballos como *Bravío*, no menos de diez. Me llamarán Don Francisco. ¡Ay, primavera sevillana! ¡Ay, despertar con la Torre del Oro encandilándome los ojos! Que me veo en la Semana Mayor quemando herejes y cantándole saetas a mi Virgencita de la Soledad. Por ver de nuevo a Sevilla y morir en ella me vine con Lozada al país de Los Caracas. ¡Grande ha sido el fiasco! Aparte encorvar mi figura nada diferente a lo que tenía en El Tocuyo aportó en arras. Al alba, cabalgata y requisa por los fundos. A la hora décima

regreso a casa y desayuno, con siesta en silla que es preludio de muerte. A mediodía paseo corto por la Plaza Mayor, intercambio breve de chismes para no agotarlos. Larga siesta luego de almorzar hasta que se enfrié el sol. Y a esa hora, entre doce o veinte soldados viejos, sentarme en la Plaza a oír los mismos cuentos, las mismas cuitas, los mismos recuerdos. Amargo despertó el Cautivo. Los callos a la andaluza que con acierto cocinaba Acarantair, le dieron malos sueños. Se vio mozo en su tierra, con el alma llena y la vida afuera. Echó un vistazo al aposento: ¿Para este final he arriesgado la paz a lo largo de mi vida? De mayor provecho me hubiese sido seguir de bandido en Sierra Morena.

—¡Joder! —gritó al cubrirse con el sayo. Y a paso de oso saltó a la calle.

El cielo y la montaña vibran de transparencia. Sancho Pelao que, de «soldado huilón» como lo proclama el Cautivo se ha vuelto mal físico y peor maestro de castellano, ha tomado un aire grave y un decir faculto que de sólo verlo desquicia.

—La verdadera riqueza —declamaba esa tarde en la plaza, es la tierra cultivada.

Sancho Pelao sonríe condescendiente: canta las excelencias del Valle; exalta la bondad del clima, la abundante caza, la fecundidad de las vegas.

—Pues a mí —bramó el Cautivo— no me consuela la tierra. Por huir de vacas y saltamontes hice de mi vida este saco de gatos.

Sancho Pelao asumiendo el aire comprensivo que se había tallado, dejó caer:

—Pero, Don Francisco, ved esa montaña. Ved su colorido, su verdor, el color del cielo que la envuelve. Ved esos ríos, estas tierras, este clima maravilloso donde siempre es primavera. Ved la cromía de las flores y escuchad el trino de tantas aves canoras. ¿Dónde habréis de encontrar en el mundo un pueblo y un valle más hermoso que éste?

El Cautivo dirigió una mirada turbulenta:

—Tiene razón el maestrillo. Casi llego a creer que debemos darnos con una piedra en la boca de no haber terminado en galeras, como era nuestro destino.

Una sonrisa sin sombra salió del grupo. Algunos miraron hacia la Sierra en su último sopor y evocaron otras montañas: más pequeñas, menos verdes, cubiertas de nieve, salpicadas de pinares, con pueblos blancos, cigüeñas y campanarios.

—¡Coño! —exclamó uno de los soldados sacudidos en remembranzas.

—¡Coño! —salmodiaron cuatro voces con los ojos ausentes—. Antes de caer el sol, el grupo se dispersó a paso lento. «Pareciera —se dijo el Cautivo al verlos andar — que hubiesen comido los callos de Acarantair».

48. ¡Dame tres cosas a cambio!

La negrita Rosalía con los ojos ausentes siguió diciéndole a Don Juan Manuel:

—Yo quería a Acarantair, la india color de fragua. Acarantair era jarifa, maja y

bonita y desgranaba cuentos con melindres de hada. El Cautivo terminó pringoso y almibarado por ella. Por más que el Cautivo fuese cerril y garbancero, yo sabía que su vista lo ponía pringoso y almibaroso, lo alegraba como el pájaro al día cuando despunta el alba. Y amóla aún más en la medida que Soledad crecía y en la cabeza de Acarantair calaban y florecían las ideas de Castilla.

Acarantair, a su modo, amaba al Cautivo, pero no tanto como yo lo plugiese.

Rosalía alcanzó bruscamente la forma de una mujer de mediana edad.

Esa mañana mi amo recibíale en el comedor la visita de Don Agustín de Ancona, que era más fastidioso que un corrimiento: entraba con el sol y se iba con la luna. El Cautivo que no lo aguantaba, se levantó tres veces para aliviar el vientre. Y tres veces retornó con los ojos del desencanto al verlo apoltronado, dispuesto a proseguir su cuento.

A la segunda salida me apuntó con voz premiosa:

—¡Pon la escoba detrás de la puerta! ¡Rézale a Santa Eulalia! ¡Haz la brujería que se te antoje, con tal de que se vaya el mentecato!

A la tercera apiteaba enloquecido:

—Dile al caporal que haga que dos de mis negros se agarren a puñaladas.

Al retornar rió jubiloso al ver la vaqueta vacía. Pero el señor de Ancona no se había largado; junto a la acequia narraba a Acarantair la historia de los Siete Infantes de Lara.

—¡Coño! —estalló—. ¡Nos restan por el tema más de dos horas de rollo!

El señor de Ancona al verlo reaparecer, retornó a su lado disertando sin parar sobre el por qué habría fallado San Mauricio, un santo tan milagroso, en la lucha contra las langostas. Aparte habérsele quemado la ermita que le hicieran unos vecinos.

—Es que es un santo muy pendejo —tronó el Cautivo—. Ni apagar el incendio de su casa puede.

—¡Por Dios, Don Francisco! —protestó el viejo soldado. Soledad dio un traspiés al borde de la alberca.

—¡Joder! —estalló el Cautivo—. Tened más cuidado india del demonio, que si algo le pasa a mi hija te empalo.

Los ojos de Acarantair destellaron en cólera imperceptible. Sinuosa se acercó mientras Soledad, para desvarío del Cautivo, hacía maromas al borde de la alberca.

Traía el rostro radiante, la mirada llena y la boca entreabierta. Vestía una larga saya blanca que se desvanecía en amplias mangas de mariposa. Llevaba en el pelo una flor de mayo y un cordón rojo alrededor de la cintura.

El Cautivo corrió hacia su hija. De un empellón derribó a la india cubriéndola de injurias. Don Agustín de Ancona azarado se retiró musitando excusas. Apenas se hubo marchado soltó a reír:

—¡Perdóname! —le dijo amoroso a Acarantair—, pero este viejo del carajo me traía loco con su cháchara. Me puse fuera de sí al pensar que Soledad se pudiese ahogar.

—A Soledad —respondió con esa voz tan suya, clara y cristalina— nunca le sucederá nada malo en la acequia, ni en los ríos, ni en el mar. Ella es hija de las aguas, como lo son —dijo mirando hacia el cerro— todos los de mi casta nacidos en este Valle. ¿Qué te recuerda la montaña? ¡Mírala bien!

Mi amo hizo una trompa.

—¿No se te parece, mi señor, a una inmensa ola a punto de reventar? Pues así fue en un tiempo. Antes la montaña no estaba ahí, que su nombre significa la ola que vino de lejos. Antes todo era plano, como el patio de tu casa. Antes los hombres del Valle se asomaban al mar. Pero un día la mar, que era nuestra diosa, se encabronó —como tú dices—, la tierra fue sacudida. Los ríos rugieron por los cañaverales. Un trueno largo y seguido se oyó a lo lejos. El ruido crecía. Era una ola, la más grande y alta que ojos hubiesen visto. Tanto, que alcanzó a las gaviotas. Mi gente se hincó de hinojos y fue tan fuerte su llanto, que apagaron el trepidar del agua. La diosa se apiadó y en el momento en que la ola coronábase de espuma para reventar, el agua ya encorvada se cuajó en tierra y monte. Guaraira-Repano es la mar hecha tierra. Observa que, como ella, cambia de colores según los caprichos del sol y del viento.

—¡Babiecadas! —respondió el amo.

—Que no son babiecadas. Son muchas las cosas que tienen sentido y que vosotros ignoráis. ¿Sabes acaso, mi señor —prosiguió Acarantair bajo la mirada atenta de la negrita Rosalía— qué son estas flores que llevo en mi pelo y que vosotros habéis bautizado con el nombre de Flor de Mayo? Son doncellas a quien la diosa ocultó para guardar sus vergüenzas. ¿Sabes acaso, que las tunas son guerreros muertos antes del combate que acechan la hora de la venganza?

—Tú estás peor que la loca que vive en Tacagua —gruñó el Cautivo—. ¡Niña, que desvarías!… ¡Estás para tomar eléboro!

—¡Qué no estoy loca, mi señor! ¿Creerías lo que te he contado si te revelo dónde está la mina de oro de Fajardo y que tú y los otros buscan hasta la exasperación?

—¿Qué quieres decir?

—Yo sé dónde queda.

—Dime entonces…

Acarantair agitó sus mangas de mariposa.

—Es menester que antes me des tres cosas a cambio.

—¿Cuáles?

—Que me llenes dos botas largas de caballero con el primer oro que saques de la mina.

—Concedido —respondió el viejo—. ¿Cuál es la segunda?

—Que me regales tu caballo.

—¿A *Bravío*? —preguntó consternado—. Pero si *Bravío* es como un hijo o un hermano mío. Dime de una vez la tercera, que por el camino que vas veo que tus intenciones son dejarme en la calle.

—Que me permitas transformarme en Flor de Mayo.

—¿Cómo? —respingó—. ¿No digo yo que desvarías? Por mi puedes convertirte en rana si me dices dónde está la mina de los cuartos.

—¿No te importa?

—¡Qué coño me importa! Dime ya donde se encuentra.

—En el camino de Baruta —respondió entristecida.

49. La mina de Fajardo

En un paraje tortuoso, a mitad de un cerro y cubierto por la maleza, estaba la mina de Fajardo. Se entraba por una abertura que apenas permitía el paso de un hombre agachado, para abrirse en amplia galería. Diez esqueletos diseminados le salieron al paso.

Un rayo de luz daba sobre un pedazo de roca iridiscente:

—¡Jolines! —clamó jubiloso—. ¡Es oro del verdadero!

«¿Cómo hacer para explotar este oro?» —se preguntó luego de haberse sosegado —. De confesar mi hallazgo al Ayuntamiento tendré que pagar el quinto real; aparte que en cualquier momento se engavillan cuatro o cinco forajidos y me dejan sin mina y sin vida. Lo mejor será proceder con cautela. Necesito diez indios para que caven, dos negros para que los vigilen y un socio para que se turne conmigo. Ya me las arreglaré con Francisco Calderón, el Teniente de Gobernador, que a estas horas debe estar descabezando indios en Tácata.[47]Don Alonso Andrea de Ledesma fue el elegido a cambio del quinto que habría de pagar al Rey. Por cinco días a la semana guardaría la mina, correspondiéndole a él los otros dos. Para evitar suspicacias instalaron al pie del cerro vaqueras y porquerizas. Diez indios, bajo engaño y de uno a uno en fondo, fueron conducidos a la cueva. Dos negros a quienes prometió libertad y riqueza luego de un año, los aherrojaron a una cadena, obligándolos a látigo a cavar la tierra.

A los seis meses, luego de llenarle las botas a Acarantair, habían sacado oro por un valor de diez mil castellanos. Los indios morían de gripa rápidamente.

La mina siguió inagotable. Ledesma y el Cautivo tuvieron que urdir toda clase de mentiras para explicar su rápida y descomunal fortuna; pero como se mostraban generosos con los vecinos, nadie puso mayor empeño en averiguar de dónde procedía.

Al año, uno de los caporales pidió al Cautivo la libertad y el dinero prometido.

—Claro que si, hijo mío. Bien merecido que te lo tienes. Llena ya aquella mochila con todo el oro que puedas, que con ella el Rey hasta blanco te habrá de hacer. Pero guarda bien tu lengua porque si hablas me arruinas. Llévate también como premio a tus servicios el caballo zaino que tanto te gusta y retornemos juntos a Caracas, que cae la noche.

—Véis, querido hijo —dijo el Cautivo al caporal antes de salir— como soy un hombre que cumple su palabra. Sólo un año de trabajo y al fin la libertad y fortuna. Dentro de una semana te tocará a ti.

Al llegar al río el negro bajó de su bestia y tiró de los dos caballos por las bridas para cruzar el vado. El Cautivo susurró con alarma:

—¿Escuchaste?

—¿Qué, mi amo?

—¡Mira allá!

Un sablazo lo dejó sin cabeza.

50. Los hijos de la encomienda

Acompañado de Ledesma el Cautivo llegó a su feudo de Valle Abajo. Sólo mujeres y niños pululan en el rancherío. Las indias viejas majan. Cerdos y gallinas corretean. Las indias mozas buscan la cara al amo. Un caporal negro ríe con tres mozuelas.

—¡Eh, Car'e Diablo! —fustiga al paso— menos cháchara y siémbrales tu simiente.

Un chiquillo de unos cuatro años con el pelo rubio y los ojos azules orina con reto. Sigue orinando cuando el Cautivo lo mira.

—¿Y de dónde le vendrá el pelo y los ojos al indito ése? —pregunta, cuando el muchacho moja con el chorro a otro.

—¡Vamos, hombre! ¡Qué pregunta! —respondió Ledesma, con acento enfurecido —. Pues de vuestros mismos huevos, por más que se llame Diego García ¿De dónde creéis que le vengan los ojos azules y la intención torcida? Es vuestro hijo y todavía no entiendo cómo permitís que vuestra sangre crezca entre esclavos y siervos. Ese niño es hijo de la india Marta, que bastante gusto os prodigó, para que ahora le abandonéis al hijo. Y yo soy el padrino.

—¡Marta, Marta! —exclamó el Cautivo entre añorante y esforzado—. Ah, si, ahora recuerdo. Fue recién entrado en el Valle que la tomé para mí en aquella entrada que le hicimos a los Mariches. Muy buena hembra, por cierto. ¿Qué ha sido de ella?

—Se murió a los dos meses de parir al muchacho —respondió un caporal—. Cuando tú la mandaste para acá se puso a fornicar como una loca.

—¡Fornicando sin haber dado a luz a un hijo mió! ¡Maldita pingona! ¡Coima,

maturranga! ¡Bagasa!

Mirando al muchacho sentenció:

—¡Qué me lo acomoden para llevármelo a casa. Lo mismo que al otro que viene allá, que por la pinta tiene toda la traza de ser fruta de mi semilla!

—Acertado estáis, maese —observó Don Alonso— ese es Gonzalo, hijo vuestro con aquella india clara llamada Beatriz que capturamos en la loma de Los Teques.

—¿Estás bien seguro que antes que yo —preguntó al mayordomo— ningún español le había metido mano a la madre?

—Eso lo sabes tú mejor que yo.

El Cautivo intentó atropellarlo con el caballo.

A partir de ese día, Diego y Gonzalo vivieron en la casa del Cautivo, e inscritos por tal razón en el libro de blancos.

—¿Os los inscribo como hijos vuestros…? —preguntó el sacristán.

—¡Guardaos de hacerlo! El hecho de haber yacido con sus madres, como a lo mejor lo hice con la vuestra, no los hace hijos míos necesariamente.

Soledad se acercó a su padre. El Cautivo la acarició largamente y la cubrió de besos.

A los cinco años parecía española. Salvo el color ligeramente azafranado y una leve oblicuidad en sus ojos azules, era blanca de cabeza a pies y así lo proclamaban indios y vecinos. Nunca hasta entonces, como él mismo lo decía, había sentido tanta ternura por alguien. Al despertar corría a su alcoba a contemplarla y acariciándole el pelo con embeleso, apenas cruzaba el portal, cantaba:

—¡Soledad, mi Soledad! ¿Dónde está la señora de mi heredad?

El amplio solar de antes, lleno de yerbajos, lo fraccionó en tres patios y un corral. En el primer patio al que llamó el principal, centrado por un pozo, desembocaban los cuartos. La primera vivienda, donde al comienzo aherraba al suelo a Julián y a Acarantair, siguió siendo la suya, haciendo sala la de Francisco de la Madriz, ya mudado al solar de enfrente.

El segundo patio lo sembró de granados y empotró una fuente en la pared coronada con una cabeza de león. A pesar de las advertencias de Acarantair, lo llenó de flores de mayo y sembró una tuna en el único pequeño espacio donde daba el sol.

—Así tendré prisionero al guerrero antes del combate y a tus doncellas violadas.

—Eso traerá desgracia, mi señor. No traigas a tu casa el espíritu de los míos. Eso es pavoso.

Por más que la gente tuviese a los chiquillos como sus hijos, se indignaba con el solo hecho de que alguien aludiese al parentesco.

—¡Qué coño voy a saber yo —respondía a Ledesma por recriminarle su actitud— si son hijos míos o de cualquiera otro! ¡Con lo putas que son estas indias!

Una tarde, borracho, encontró a Diego y a Gonzalo jugando con Soledad:

—¡Quítenme a esos mocosos del lado de mi hija!

Acarantair protestó.

—¡Y tú, a callar, so bellaca! —le gritó el Cautivo—. Soledad no es india, por más que me la hayas parido. Soledad es doncella muy principal y sólo entre sus iguales ha de crecer, jugar y encontrar marido. Nada tiene que ver con esos mestizos asquerosos que en mala hora Don Alonso me metió en la cabeza que eran hijos míos. ¡So pena de vida que no me pasen del segundo patio! Mi hija no habrá de jugar ni con criados ni con esclavos. ¿Entendiste de una vez, india lanuda?

51. ¡No te la lleves!

Seis habitaciones perpendiculares a la suya erigió hasta el patio de los geranios. La habitación grande que seguía al oratorio se llamó Galería, destinándose para guardar cereales, armas y forraje. Al lado dormía su hija y en el contiguo, Acarantair. Cerrando el patio edificó un amplio comedor con capacidad para dieciocho comensales.

Perpendicular a la cuadra levantó un muro hasta un patio centrado por el samán, aislándose las antiguas sentinas de los esclavos. Atrás se extendía el espacioso corral donde pastaban vacas, carneros y correteaban puercos y aves de corral.

En las tardes subíase al mirador instalado en la ceiba, pulseando el laúd mientras cantaba coplas del Mingo Revulgo a las que intercalaba su canción preferida:

Niño en cuna,
qué fortuna.
Qué fortuna,
niño en cuna.

La riqueza y la importancia del Cautivo modificaron sus hábitos. Ya rara vez blasfemaba, no andaba en cueros, ni se permitía liviandades con las mujeres de su casa. Adoptó un aire solemne, simuló interesarse por las cosas piadosas y hasta donó al cura una crecida suma para la edificación de la Iglesia Mayor que se proyectaba. Reservó sepulcro en la Sacristía para él y para los suyos: «Hasta que el polvo de los huesos no deje cerrar la tapa».

A los pocos días Gonzalo fue victima de una diarrea que le produjo la muerte. Acarantair señaló el cactus y las flores de mayo.

—Te lo dije, mi señor, son los míos que se vengan.

—¡Bah! india lanuda. Ocúpate de aprender las cosas que te enseña el señor cura y déjate de brujerías que han de llevarte a la hoguera. Estás igual que Julián. ¿Y a propósito, dónde estará metido el abellacado? Prometióme regresar antes de un año.

Las tres hermanas Rojas acompañadas por Alonso Díaz Moreno visitaban con asiduidad la casa. Acarantair desaparecía ante sus presencias. Las tildaba de jactanciosas, presumidas y hablachentas. Doña Ana Díaz Moreno tenía arranques de generala. El Cautivo ante ella se volvía entrecortado, balbuciente y envarado.

—Pero, por Dios Don Francisco —decía la mujerona en una ocasión—, que estas sillas tan buenas para el comedor quedan de lo peor en la sala.

—Pero Don Francisco —señalaba en otra—. ¿Cómo es posible que Soledad ande con ese vestido propio de una inclusera? Ahora mismo le voy a hacer una docena de trajes—. Que no se dice como nié, vida mía —decía a Soledad—. Borra de tu boca la palabra cónchale y esa que dijiste primero: que es algo horrible. ¡Tenemos que enseñarle buenos modales, Don Francisco!

—En vuestras manos pongo el encargo, señora mía —respondió el Cautivo con sonrisa blanda.

Acarantair al escucharlo tras de la puerta puso los ojos sombríos y se retiró al corral.

—¿Por qué lloras? —preguntó Rosalía.

—Porque llegó la hora que estaba por venir.

Dos horas tenía Acarantair en el altozano del samán cuando un grito del Cautivo la sacó de su ensimismamiento:

—¡Soledad! —gritaba el viejo guerrero con voz atormentada.

A saltos bajó Acarantair.

—Se cayó entre las timas del patio —explicó el Cautivo—. Llamad presto a Sancho Pelao, el físico —gritaba a sus hombres—, al inútil de Villapando y al señor cura.

Físico y herbolario trataron inútilmente de extraer las espinas.

Sancho Pelao dijo:

—Las espinas acicateadas por los humores huyen hacia el corazón y traerán la muerte con ello.

—¡Fuera de aquí, ave de mal agüero! —gritó rugiente—. Falaz y petulante bellaco que ocultáis tu ignorancia con palabras extrañas que embaucan cretinos, pero no a mí.

—Pero, señor…

—Fuera he dicho, mulato de sarraceno y de bruja judía —volvió a gritar enarbolando *La Cantaora* a tiempo que le tiraba tajos—. Cara de aceituna griega. ¡Faz de forro de urna! ¡Sacerdote de los imbéciles! ¡Hi de puta! ¡Fementido! ¡Descastado!

—Pero ¿qué pasa, por Dios, Don Francisco? —preguntó en ese momento Doña Ana de Rojas entrando a la casa seguida de sus hermanas.

—¡Qué se me muere Soledad! —respondió con un sollozo.

—Vamos, Don Francisco, que no será nada de particular. Dejadme verla.

Acarantair de rodillas levantó la mirada cuando las tres mujeres entraron.

—¡Fuera de aquí! —gritó con inusitada ira. Las Rojas sorprendidas permanecieron inmóviles.

¡Fuera de aquí! —repitió amenazante.

—Pero… ¿Esto qué significa, Don Francisco? —balbuceó Doña Ana recuperando su aplomo.

—Que os vayáis piazos de brujas —gritó una voz infantil enarbolando una escoba. Era Dieguito, el hijo del Cautivo y la encomienda.

Las Rojas salieron en tropel.

—Pero Doña Ana… Doña Beatriz… Doña Francisquita —suplicó el Cautivo—, no os vayáis.

—Mientras tengáis a esa india como concubina —dijo Doña Ana— nos guardaremos bien de poner los pies en esta casa.

—No me dejéis solo con mi hija enferma.

—Solo no estás —dijo a sus espaldas Acarantair—, me tienes a mi—. Y tomando por el brazo al viejo soldado lo condujo suavemente a la habitación donde Diego con su escoba seguía montando guardia, mientras Rosalía, Petra y Felicia, echadas en el suelo, rezaban en su lengua.

En la noche ardía en fiebre. Francisco Guerrero pasó en vela al lado de su hija. Cada grito le hincaba el costillar. Una sombra de pavor nublaba su mirada. Cambiaba compresas húmedas y susurraba palabras tiernas:

Doñana no está aquí.
Ella está en su vergel.

La niña ya no reía y se convulsionaba.

Durante toda la noche y la mañana siguiente la fiebre continuó. A mediodía Soledad permaneció inerte y sin habla. Francisco Guerrero la sacudió con angustia. La niña estaba sumergida en un sopor profundo.

—¡Virgen de la Soledad! —gritó arrodillado y enloquecido—. ¡No te la lleves!

Por segunda vez sus esclavos lo vieron llorar. En la tarde del día siguiente tenia tan mal aspecto que el cura le dio los óleos.

Con ojos desorbitados, arrancado el turbante y arrodillado en el patio, gritó a los cielos:

—Si has de llevártela, Virgen de la Soledad, llévame con ella que no quiero verme solo de nuevo.

El cura lo consolaba con palabras de ocasión. Una india vieja y harapienta lo

sorprendió:

—¡Vida de Dios! —gritó el cura—. ¿Qué hace en casa de cristianos la bruja Anacoquiña?

—Es la única que puede sanar a tu hija —dijo Acarantair—. Contra esa enfermedad no valen pócimas ni físicos, sino ensalmos. Soledad está poseída de los malos espíritus.

El Cautivo dijo a la bruja:

—Haz lo que quieras, pero sálvame a mi hija. Te haré rica, te daré oro, vacas y cerdos.

—Dejadme sola con ella —respondió la anciana— y encended una hoguera en su habitación, es todo cuanto pido.

Luego que encendieron la hoguera la puerta de Soledad se cerró tras la bruja. Un olor fuerte y penetrante salió de la habitación. Extraños cantos se sucedieron. Una voz llamó:

—¡Acarantair!

La india entró y salió de la habitación.

—Tienes tú mismo —dijo al Cautivo— que arrancar hasta la raíz y quemar la tuna y las flores de mayo.

Desgarró con rencor el cardonal y las orquídeas. Soledad apenas mejoró.

Dijo Anacoquiña:

—Los dioses quieren más sacrificios.

—Pedro, Lucas y Juan —ordenó— haced una poza profunda de tres varas en el patio de los granados. Luego que se abrió el hueco y era negra su hondura, dijo señalando a un negrito bantú:

—¡Ea, sujetad a ése!

Con sus propias manos lo echó en el hueco.

—Era necesario para la salud de mi hija —dijo a sus hombres cuando la última paletada acalló los gritos.

La fiebre bajó al instante. Soledad se puso en pie, comió con apetito y dijo a su padre tomándole por la mano y llevándolo al patio:

—Juguemos al caballito.

El viejo lloroso y sin creerlo, cayó de rodillas.

52. El retorno de Julián

Jadeaba haciendo de caballo y reía la niña cuando una voz dijo:

—¡Salud, mi amo!

Era Julián, su paje y escudero negro.

—¡Hombre de Dios! —exclamó con alegría—. ¿De dónde diablos has salido?, ¿o cuál es el ángel que te ha traído? Contigo llega una nueva luz a mi casa.

El Cautivo con Soledad en brazos y seguido de Acarantair, precedió al negro Julián hacia su habitación, mientras con alegría decía:

—Qué bueno que te vengas a vivir conmigo. Te hice un cuarto que ya lo quisiera para sí el Gran Sultán de Turquía. Aparte de tenerte el camino para que seas rico. —Y bajando la voz añadió—: Hemos dado con la mina de Fajardo.

Beatriz de Rojas, la hermana de Doña Ana y el gran Gonzalito, entablaron amores. Todas las tardes se les veía de gran plática en uno de los cuatro ventanales de la casa que Díaz Moreno compró frente a la Plaza Mayor. Francisco Infante, dos balcones más allá, le hacía la corte a Doña Francisquita.

«Menuda trinidad la que han formado las Rojas» —se decía el Cautivo—. No tienen ojo las niñas para echarle el lazo a los tres hombres más poderosos de la Provincia. Si Doña Ana de Rojas, su madre, saliese de la tumba, repetiría lo que tantas veces dijo: «La belleza de una mujer es más posesiva que una flota de galeones con cien culebrinas por banda».

Y pensando en el marido de Doña Ana, le dijo al aire:

«No te puedes quejar, viejo cabrón. Ya tus tristes cachos son cornucopias de abundancia».

Acarantair y Garci González de Silva continuaron viéndose en la poza de los grandes helechos sin que la mujer le arrostrase sus amoríos.

Ese día estaba apesadumbrada. Apenas le dirigió la palabra, correspondiendo a su fogaje con inmóvil frialdad. Sentada sobre la roca, miraba abstraída el agua. Más que acongojada estaba ausente y más que ello, extraña, distinta.

—¿Pero, qué te pasa, mujer? —preguntó acariciándole el largo pelo que caía sobre sus hombros.

—Debo irme —fue todo cuanto dijo, luego de una mañana de silencio.

Garci González la vio con extrañeza. Ya para partir, arriba de *Bravío*, miró su rostro con expresión revuelta.

—¿Sabes una cosa? Yo fui quien dio de puñaladas a *Amigo* y le corté la cabeza. Guaicaipuro, como hasta ahora habíais creído, no era mi padre: era el hombre con quien me iba a desposar. Mi padre era Tamanaco.

El Cautivo despertó con el alba rijoso. Se levantó del chinchorro y se fue en busca de Acarantair. Frunció el ceño: el lecho estaba vacío. Algo estaba sobre la cama. Un calofrío lo sacudió al tomarlo: era una corona de flores de mayo.

—¡Acarantair! —llamó—. ¿Dónde diablos estás metida?

La voz del silencio redondeó sus temores. A la luz de la mañana dijo lloroso:

—Cumpliste tu promesa de convertirte en Flor de Mayo.

53. El rijoso vaivén de las negras

—Despabiléme yo —evocó Rosalía— cuando lo oí rebuscando a Acarantair. El amo, con todo lo escamado y juzgamundos que era, echó en saco roto aquello de que la mujer moza siempre prefiere al lindo, por ñoño que sea el uno y sabihondo el otro. El amo, por semejanza que hubiese con los sabios de Sion, no podía medirse con Julián, pues si era zamacuco y lerdo como una tapia, también lucía jarifo como la efigie del diablo a quien San Miguel pisa en la Ermita. Según trisconeaban las indias que lo folgaron por orden del amo, daba tanto contento al cuerpo que cualquiera echaba al olvido su simpleza ante la presencia de su divina gracia.

Cuando caí en cuenta del mal momento, lloré compungida. Dábame pena la tristeza del amo. Eso siempre le pasa a los hombres carnales e intemperantes. Tarde o temprano el corazón les crece, se les tapan los huevos y no miran claro.

Ese día salí de mi catre más temprano que nunca. Desayunaba en el comedor.

—La bendición, mi amo —saludé cariñosa.

Respondióme con un bramido.

—¡Amo, amo! —interrumpió con voz de alarma el caporal—. No está tu caballo *Bravío*. Ni tampoco Acarantair…

—Ni Julián tampoco está… —añadió remiso.

Sin dejar de aguaitar la arepa que iba a engullir, respondió:

—Se la di por presente y holganza a Julián. Ya estaba harto de esa india piojosa. Encueráronse anoche por mi mandato. Fuéronse en la madrugada.

Y como para alardear de lo real de su acierto, gritóle a la negra Petra, que pasó a su vera meneando las nalgas:

—Oye, tú, métete en la alberca. Lávate bien con estropajo y sal con aceite para sacarte la mugre. Pero bien lavada, no hay cosa que me reviente más que ese olor tuyo a sábila y comino.

—¡Ay, qué bueno, mi amo! —dijo la quitamotas—. Ya voy y vengo —y a saltitos, desnuda se metió en la poza.

Según se infiere, Petra le dio tantos gustos y embelecos con sus labios de Nefertitis y su cuerpo de faraona, que el amo exclamó cuando salió de la cama:

—¡Jolines! que negra nace aprendida.

A la noche siguiente afusiló a la Felicia, que era tan sabia en secretos como Anacoquiña, la lobera.

En la tarde el Cautivo narraba a boca partida: «Que estaba harto de la india y decidido por las negras».

—No hay nada mejor en el orbe, Don Alonso —decíale a Ledesma—. ¡Qué concierto de movimientos y sensaciones! ¡Qué calor el de su cuerpo! ¡Qué fuego el que despide el horno donde se cuece la vida! Es de degustarlo, maese. ¿Habéis catado

alguna vez el rijoso vaivén de las negras?

Don Alonso bajó la cabeza entre confuso y corripo.

—De gustarme, me placen —respondió remilgoso— pero no están hechas para mis años, porque gozan más que los hombres, cuando les da el embeleco aprisionan más duro que las mismas boas. Yo conocí en Coro a un viejecillo lascivo, natural de Cádiz, a quien una negra joven le deslizó una vértebra cuando le cruzó las piernas sobre la espalda en esa suerte de maroma que las naturales de esos reinos llaman «la rabo'e mono».

A los pocos días de la fuga de Acarantair, Soledad arribó a los seis años.

—¿Dónde está mi mamá? —preguntó al Cautivo.

—Acarantair no es tu madre —le respondió—. Tu madre era una gran señora de piel muy blanca, ojos de cielo y cabellos de oro y que se fue a las regiones a donde tú fuiste por un momento y a donde volverás cuando seas muy vieja. Acarantair se fue con ella, que era su sirvienta. ¡Olvídala! ¡Déjala partir, que ya no volverá!

Petra al escuchar tan cruel relente, la tomó entre sus brazos:

—Eso es candonga, Soledad. Ella volverá algún día en un sueño de corceles albos. Entre tanto Felicia y yo te cuidaremos como si fuéramos tu misma mae.

—Así es, mi niña —dijo la negrade.

—Llamemos a Diego y juguemos a gárgaro malojo.

La mesticia desde entonces aposentó en sus ojos, a pesar de los esfuerzos de Felicia y Petra por devolverle el contento. Las pobres no tenían ni pizca de aquel raro encanto de Acarantair, que a mi se me hace como esas hadas que hay por las Europas, que entre pisa poquito y pico de oro bajean a los hombres con la bendición de su compañía.

Felicia salióle mula al amo y Petra parióle un mulato grandote, el desgraciado ese que mientan Gualterio Mendoza, que es el garulla más vulgacho y taifa nacido en esta tierra.

Las hermanas Rojas, y más que todas Doña Ana de Díaz Moreno, tomáronse para si al Cautivo igual que si fuese un huérfano o padre desmaridado por la muerte. Mostrábanse amables, cariñosas y lambeculos. So pretexto de su amor a Soledad, entraron a saco en su casa y en su vida, hasta meterlo por un solo callejón. Era de irrumpir en moco aguaitar a aquel fragoso home que había sido mi dueño, de chambelán de las hermanas Rojas. Mi amo, a su vez, se mataba por complacerlas. Les regalaba. Adivinábales el pensamiento. Disimulaba su naturaleza fullera. Mentía cual concejal.

Como en una ocasión apercibiera que Doña Ana frunciera el gesto por la presencia de la negra Felicia, a quien todos sabían su barragana, la sacó de su morada y junto con Petra les puso casa aparte: «Ya que no era digno ni honorable —díjome— que su hija Soledad creciese al lado de sus concubinas».

Díjeme: «Mal te veo, picaflor», pues cuando los hombres dejan de ser ellos, para tratar de parecerse a otros, se mueren o mal terminan.

De todo aquello nos vino mucho mal a todos: al amo, que en paz descanse, a Diego, su hijo, a Soledad y a mi. Por eso es que de solo mentar a las Rojas me da la puntada, pues fueron tres mujeres que con sus pretensiones hicieron a la gente del Valle, de tan feliz como era, desdichada y vergonzosa de si misma.

Antes que ellas llegaran éramos una sola familia. Al año de haber arribado, el pueblo se dividía en dos bandos: el de los ricos y el de los pobres: los de linaje y los plebeyos. Antes, todas las casas eran iguales: cuadradas, polvorientas y cercadas por murallas toscas. Los patios eran de tierra. Los techos de bahareque y palma. Las gallinas y los cerdos correteaban por doquier; pero como no las había mejores, nadie se percataba de su mengua e indigencia. Con las Rojas las cosas cambiaron demasiado y de la noche a la mañana. Era de oír a Doña Ana, que era la capataz, sermoneando y ordenando, que para eso era una tigra bachillera: «Las gallinas en los corrales o en los pucheros y las negras a la cocina. Tráiganse muebles de la Margarita. Lámparas frailunas de Santo Domingo. Alfombras de Orán, de La Cartagena. Quitad el paloapique, que además de tosco no es bueno para barda, pues por ella se asoma el vecino. Este mantón se lo compramos a un mercader de Panamá, de la nave que venía de China. Es de Manila y es un primor. ¿No os parece, niñas? ¡Qué hay que ponerle cese a estas costumbres de campamento donde la gente entra y sale de la casa y hasta se mete en mi alcoba como perro por su casa! ¡Nada de puertas abiertas! ¡Quién nos quiere ver ha de anunciarse! Como se hace en la Corte y en la Margarita. De la confianza viene el abuso y la tropelía y yo soy hidalga de casa noble, para estar de quien a quien con esas indias piojosas, disfrazadas de señoras».

Con tales decires y aquel poleo, Doña Ana sembró en Santiago la diferencia, la tristeza y la confusión.

—Que no andéis así, desastrada —decíale uno a su mujer—. ¿Qué diría si te viese Doña Ana de Rojas Gómez de Ampuero de Díaz Moreno?, ¿o es que no fe fijas cómo lleva el pelo, recogido y haciendo moño?

—¡Pero mujer de Dios! —protestaba otro—. ¿Cómo se te ocurre acudir a misa con el delantal encima? ¡Ay!, es que india no aprende.

—¡Muéranse, muéranse! —clamaba una moza rubia de Caraballeda—. Me han invitado al bautizo de Francisco, el mozo, el hijo de Don Infante y de Doña Paquita Rojas Gómez de Ampuero de Infante. ¿Pero, qué traje me he de poner, San Sebastián bendito? El tafetán está más mareado que mi marido y el de percal es indigente.

—No llore, mi india —decía alguno— porque me la hayan negreado de la fiesta del amigo. India es india y blanca es blanca, en el mundo hay diferencias y no hay maneras de saltarse la cerca, como en buena hora nos lo han venido a recordar las tres hermanitas Rojas. Para algo Dios les puso esas caras de diosas y las faltriqueras

llenas a sus maridos.

Cuando el amo sacó a Petra y Felicia por consideración a Doña Beatriz, malos vahos lo envolvieron cual humo de brujería. Una tarde en que lo vi echado en su cama con los ojos puestos en el techo, me le acerqué roncera y melindrosa:

—Yo no sé, Don Francisco, ¿para qué saliste de brejetero a sacar de tu casa a tus negras que te querían tanto? ¿Quién calentará ahora tu cama? ¿Quién te dará contento? ¿Qué le pasará a tu alma? El hombre sin mujer es como la mata sin agua; es como el río sin cauce o las penas sin lágrimas. ¿Quién te aliviará el reumatismo? Dime, señor, dime amo.

Cabrillearon los ojos de chirigota y de ganas los dientes largos. Sentía ya sobre mí su mano en garra, cuando díjome en un leco:

—Calla rabisalsera y anda a bañarte, que apestas a sábila. La única vez que lo vi dar rienda suelta a su vera naturaleza fue cuando Doña Ana Rojas le vino con la cuita de que Diego, su hijo, tenía a monta a las mujeres de su casa. Apenas salió la marisabidilla disparó su risa, que la tenía festiva y muy bien timbrada y díjome poleo:

—De tal palo tal astilla. A la edad suya yo era el chulo más requerido en los burdeles de Málaga. ¡A quien Dios se lo da, San Pedro se lo bendiga!

Mi amo quería a Diego; pero a su manera. Nunca le dirigía la palabra salvo para reñirlo o enviarlo a monguibel. Diego en esa época era más carirraído que su mismo Taita y tanto le daba que lo tildasen de tripas verdes o que lo coronasen de flores. Era un chico guapo, de menguada talla, alegre y travieso cual un colibrí. Del Cautivo heredó el pelo rubio y los ojos azules. De su madre el color amarillo oro, el pelo lacio y los ojos chinos, la nariz respingona y la cachondez del taita, empero su corta edad dábale frutos entre las abundosas hembras que en la villa pululaban.

54. La hembra más esplendente de las siete ciudades

Don Juan de Pimentel, el Nuevo Gobernador de la Provincia —prosiguió diciéndole Rosalía a Don Juan Manuel—, era un guapo home la mar emperifollado, de buen porte, talento y gesto, según me hiede se afusiló a Doña Ana de Rojas y se engolosinó de tal manera con sus encantos que hizo de su puebla cabeza de Provincia en desmedro de Coro.

La tarde en que Pimentel visitó a mi amo para rendirle pleitesía, me estuvo ojeando con sucia intención cual hacían todos los homes de Santiago. Es muy feo y desasistido loarse a sí mismo, pero en aquel entonces me llamaban «la Hembra más Esplendente de las siete Ciudades».

La sangre nilòtica que corre por mis venas me daba galana apariencia. Tenia facciones de diosa helena según decían o de princesa egipciaca. Mi ñefa era delgada y

fina, los ojos grandes y sombreados y un cuello largo donde enrollar mis alhajas.

Empero mis requiebros de gata en celo y melindres de cortesana, el Cautivo ni se dignaba a mirarme, como lo hacían todos y en especial Don Gonzalito.

—Qué necesidad tengo yo de hacer uso de Rosalía —oile decir—. El día que la monte no habrá de ser la nodriza de mi hija, pues Soledad no habrá de vivir entre calientacamas, rabisas y maturrangas.

A los veinte años era virgen y pura como una vestal. Mi amo, a falta de lo que yo quería, donábame las mejores telas, los más caros perfumes y el trato más distinguido, teniendo para cuidado de mi persona dos negritas de adentro.

Doña Ana de Chávez, hasta su muerte, continuó acicalándome con sus enseñanzas. Aprendí con ella a pulsar el laúd, y cuando el amo dormía la siesta en la hamaca que daba al patio, yo le cantaba viejos romances como aquello tan lindo:

Mariana en un castillo.
juega con el moro Galván.

Tan pronto abría el ojo allí estaba yo con una taza de chocolate. Cuando le molestaba el reumatismo, lo friccionaba y masajeaba en claro propósito de incendiar sus sentidos. Hasta una tarde en que lo pilló el diablo y se salió de la cama y me saltó encima.

—¡Ay, mi amo! —díjele plena de contento— cómo has tardado para coger lo tuyo. —Y me quedé a su lado haciéndole cariño hasta que se quedó dormido.

El Cautivo floreció con mis caricias y le vi retornar la misma mirada que tenía en los tiempos de Acarantair. Pero, fiel a su promesa, púsome casa aparte.

El mismo año en que vino la epidemia de viruelas le parí una niña. A pesar de lo que dijo el cura, la bauticé con el pagano nombre de Bienvenida.

En seguida me nació el varón y como el Cautivo simpatizaba con Pablo el Ermitaño, cuya ermita la terminaron para el año de las viruelas, lo bauticé con tal nombre.[48]

El vecindario, a pesar de mi casta, me tomó gran estima. La gente era buena y yo la mujer del Cautivo. Todas las noches venia a visitarme y platicaba conmigo hasta que la noche se tornaba cerrada y fría.

En aquel entonces, como ahora, había mucho loco en Caracas entre los blancos muy principales y los de orilla, como mentaban a los españoles que por pobrecía erigieron sus moradas en las riberas del rio.

El hijo de Esteban Martín, el soldado caníbal, a guisa de ejemplo fue poseso de ánima de su taita, dándole mordiscos a los cristianos. Una vez dentelló a su suegra a cuenta de lubicón, como decía ser, por haber venido al mundo el mismo día que lo

hizo el Señor. Sancho Pelao que era entendido en estos males, daba por explicación:

—El pobre no sabe que la causa de sus males radica en la oposición que en su horóscopo le hace la luna a sagitario.

Juan de Angulo quedó loco desde aquel luctuoso día que vistió de bufón para empalar indios. Al principio tomamos a guasa que anduviese tocado con aquel gorro verde sacudiendo campanillas; pero cuando empezó a proclamar la honestidad de los concejales, nadie puso en duda que era esclavo de la América.

Juan de Henares decía contener en su cuerpo una moza de partido. Todas las tardes, reventándose de gordo, se asomaba al balcón con una flor en la oreja:

—Pasen vuesas mercedes —gritaba a los paseantes con voz de perendenga—, para que disfruten del sabroso cuerpo de la Gonzala.

Antonio Rodríguez se la pasa parado en una esquina haciéndose aguas mayores y menores con la boca abierta y la mirada fija.

—Jamás en mi vida —decía el Cautivo en un corrillo— he visto tanto ámente junto con los que se han aposentado en este Valle de Santiago. ¿A qué se deberá tanta vesania?

Villapando que lo escuchaba aventuró una explicación procesando a las estrellas.

—Mirad que vosotros los físicos podéis ser bellacos —respondió indignado—, venir ahora a echarle a los astros la culpa cuando todos nosotros, desde que salimos de España desbarrábamos de lo lindo. Buena parte de mis compañeros eran lunáticos, vesánicos o estaban poseídos por Furias. ¡Quién si no un loco es capaz de montarse en esas cáscaras de nueces que llaman galeones para atravesar el Proceloso y hacer de la sangre un cauce que nos empuja sin sentido!

Sancho Pelao era vivaz, sabio y entendido en su profesión de físico.

Sus clientes preferidos eran siempre mozas garridas, casadas con hombres viejos, como era mi caso.

Cuando le narré la extraña murria que me embargaba, algo así como tener hambre sin apetito, o hueco en la tripa que nunca se llena, comenzó la cura untándome en los pezones una tintura morada que frotaba con furia. Al cuarto de hora de tanta friega terminé por verlo más guapo que a Gonzalito, pese a ser feo cual morrocoy sin concha.

Un día que le hablé al Cautivo de las excelencias y contentos de la medicina griega, ¡inocente de mi!, estalló cual bombarda. Tizona en mano corrió hasta su casa, sorprendiéndolo en una cura sencilla.

—¡Hiena de la lujuria! ¡Mocero, crápula! —gritó rabioso descargando sobre sus nalgas el plano de su espada.

Luego del incidente renunció a la medicina, dedicándose al comercio y a la política, más de acuerdo con sus facultades e ingenio.

55. El hombre de las bolas al hombro

—¡Qué distinto al Miás, el tercero y único hombre que para mi dicha y desdicha pasó por mi vida! Llegó sobre un madero a las playas de Guaicamacuto, donde naufragó su buque.

Además de hermoso y bien geniado, era la mar de saborío. Los españoles al saber que era anglo le pusieron dos grilletes en los tobillos, de los que pendía, con cadenas, a dos bolas de cañón, que lo obligaba a echárselas al hombro si quería andar. En gesto de soberana crueldad, los del Ayuntamiento, que eran sus dueños, lo tenían de mandadero.

A pesar de todo, se granjeó el cariño de toda la ciudad, entrando y saliendo de las casas más principales donde le daban gratis todas las comidas, ropas y frazadas, y cuidado si algo más.

Su única incomodidad era la de tener que dormir al descampado. Al caer la tarde lo empotraban al rollo de la justicia sin más protección que una frazada, por más que lloviese a cántaros. Salvo Villapando, que no cesaba de hostigarlo, todos aceptaban su explicación de que él no era más que un marino sin suerte. Dijo al Cautivo que la razón de tanta inquina por parte del herbolario, era por no haber accedido a sus nefandas propuestas. Desde entonces mi amo asumió su protección y defensa, invitándole hasta dos veces a la semana para que almorzase en casa.

Fue mi amo quien le puso el apodo de «El Hombre de las Bolas al Hombro», quedando desde entonces como máxima de lo que debe hacer un hombre cuando le muerde el dolor y la adversidad.

Una vez le dijo el Miás a mi amo, con esa sonrisa que tenia turulatas a todo el mujerío de Caracas.

—¿Cuándo me quitan estos fierros, Don Francisco? Llevo dos años demostrando que soy un hombre de bien y todavía me tienen preso. Quisiera vivir entre vosotros con más confianza y libertad.

—Yo jamás he estado preso —comentó Don Alonso Andrea de Ledesma— pero siento una gran compasión por ese mozo. Es un hombre de inteligencia clara y de conversación chispeante, aparte que se le siente por encima de sus andrajos que es todo un caballero. Debemos hacer algo por liberarlo.

—No será fácil —respondió el Cautivo—. Sancho Pelao y Villapando no hacen sino atizar la inquina de la gente contra este pobre hombre, rumorando que esparce ideas herejes. El odio de Villapando ha llegado a tal extremo, que hace tres noches sus esclavos lo bañaron con ocho baldes de agua helada. No hay nada peor que desairar a un nefandario. Ojalá que alguna de estas noches no amanezca cosido a puñaladas.

En casa de Rosalía, el Miás y el Cautivo hablan del nuevo Gobernador Don Luis

de Rojas[49] con cuya hija se ha puesto de amores Juan de Pimentel.

La chicha blanca refresca los gaznates. Ruido de ollas. Olor a comida. Diego García con aire desenvuelto, entra y saluda.

—Tengo hambre —dice—; voy a la cocina a pellizcar.

En la cocina un caldero cae con estrépito. Un rumor apagado de lucha se escucha tras la mampara. Un empellón y ruido de ollas y de jofainas.

—¿Qué vaina es esa? —pregunta el Cautivo.

A grandes zancadas avanza. Sus ojos descarnados se dilatan: Diego y Rosalía forcejean. La lúbrica expresión del muchacho no deja lugar a dudas. Escoba en mano arremetió contra Diego.

—¡Canalla, garrulla, chusma!

Dando aullidos Diego corrió hacia la calle.

—No, mi amo, no —dijo sofocada Rosalía—. No es lo que tú piensas. Estábamos jugando. No pienses mal, Dieguito es como un hijo.

—¿Hijo? No seas pendeja. Yo no creo en santos.

La negra dio a comer a los dos hombres cochino asado y caraotas con arepas. El Cautivo cejijunto, comió en silencio. El Miás le dirigía a Rosalía miradas de inteligencia que retornaba entre aspavientos y sonrisillas.

Ese inglés se las sabe todas —se va diciendo—. Con sus bolas al hombro es capaz de rasparse a la misma Anacoquiña. Qué cosa tan seria son los hombres, changó querido. Una les da una uña del pie y si pueden llegan al entrepierna. Qué contrariedad tan grande cuando a una la empieza a bajear un tipo como el Miás, de solo vernos enciende la leña verde.

Aquel mediodía mientras siesteaba el Cautivo, se presentó el Miás con sus bolas al hombro:

—Rosalía, estoy loco de amor por ti —dijo.

Rió con ganas la negra y continuó fregando. Las bolas del cañón cayeron sobre el piso. Rosalía dio un salto y el Miás otro. Al enredarse cayó boca abajo. Las risas y los golpes despertaron al Cautivo. Indignado por tanto ruido, insultó a la negra y se marchó a la calle seguido por el Miás.

Rosalía pasó tres días echándolo de menos. Cuando se lo topó en el mercado le dijo al paso:

—La próxima vez que vayas por casa no pienso correr…

56. ¡Yo no soy tu padre, maldito mestizo!

Desde aquel día, ¡qué pocos faltaban para su muerte!, mi amo se la pasaba contra Diego más arrecho que un culebro.

—¡Incestuoso, degenerado, vulgacho, gerifalte, desmotado! —le gritó una vez

que pasó por mi casa, con los ojos ardidos del basilisco—. ¿Es que acaso no sabes que la mujer del padre le queda vedada al hijo? Indio tenías que ser. ¡Sólo te falta ser sodomítico y caníbal para ser igual a tu madre y al taifa que la preñó!

Diego bajó los ojos y giró calle abajo.

—¡Jesús, amo! —le dije en reproche— que es tu hijo a quien maldices.

El Cautivo hizo un gesto triste y se echó en la cama.

Hasta su muerte, y que por eso la hubo, jamás lo perdonó.

Aquel malhadado día, Diego y Soledad jugaban en derredor de la horca con otros muchachos del vecindario, cuando apareció de pronto el Cautivo con la barba y los ojos encendidos:

—Que te he dicho que no quiero verte jugar con esta cálifa de mestizos mugrientos.

Ante la grita, los muchachos se batieron en fuga y el Cautivo, de la mano de su hija, bajó por la Calle Mayor. Frente a la casa de Doña Ana de Rojas parecía más calmado.

—Vida —le dijo deteniéndose ante el zaguán—, tú eres blanca y española por los cuatro costados y habrás de casar con gente de tu casta y rango.

—Si, padre —respondió remilgosa la chica—. Yo no quería venir. Pero Diego me hizo fuerza.

—¿Y quién es Diego —rugió en la calle— para obligarte a nada? ¡Deja que lo tenga en mis manos para darle una solfa! ¡Indio atrevido!

El muchacho, que los seguía sigiloso a pocos pasos, salió corriendo al escucharlo.

—¡Bravo, bravo! —dijo de pronto, batiendo palmas. Doña Ana de Rojas.

—Bien decías, Don Francisco y os aplaudo la idea de que sembréis esas ideas en la cabeza de mi chicuela preferida. Es cierto lo que dice tu padre, Soledad. Ya eres una mujercita y habrás de escoger mejor tus amistades. Y sobre todo hija, nada de mestizos mugrientos.

El Cautivo, confundido por la súbita aparición, se quedó sin habla.

—Y a propósito, Don Francisco —prosiguió la de Rojas, cambiando de acento— iba a enviaros recado de que de mañana en ocho mi hija se estrena de mujer, ya que cumple trece años.

—Esa fiesta fue el principio del fin —refirió años después Soledad a Rosalía—. Padre salió de ella hecho una fiera por los menosprecios que me hicieran y así estuvo el día siguiente en que salió para la mina.

Yo, como siempre, estaba en la caballeriza para despedirle y recibir sus palabras de bendición. A pesar de la iracundia que lo embargaba, me cogió cargada y luego de darme un beso en el cachete, me dijo:

—Adiós, mi hija. Dios te bendiga y te mantenga buena. Apenas se montó en la bestia volvió a indignarse.

—Ándate ya, pasmarote, —le dijo a un esclavo—. ¿Qué esperas para abrir la puerta?

En ese mal momento apareció Diego. Sin darse cuenta de la calentera que invadía a nuestro padre, le preguntó con su cara de yonofui:

—Hola, Don Francisco. ¿Vais hacia la mina?

Padre lo vio hecho una furia, pero nada dijo. El otro, en vez de quedarse quieto, siguió:

—Llevadme, Don Francisco, con vos. ¡Os prometo ser bueno!

Padre estalló:

—¡Dejadme quieto, imbécil! ¿No veis que estoy encabronado?

A Diego se le salió la palabra prohibida:

—Lo sé, Padre…

¡Qué te cuento, mijita! Aquello fue como si estuviéramos en misa. Se puso como un pavo, encarnado e hinchado. Un silencio de sacrilegio siguió a las palabras de Diego. Sentía que me iba a desmayar. Diego, verde, se mordió la mano. Padre con la cara más fea que antes ni nunca jamás le viera, lo miró con ojos colorados:

—Yo no soy tu padre, maldito mestizo bastardo. ¿Cómo te atreves?

Y en un arrebato le pegó en la cara con las riendas. Alelado, lo vio alejarse al galope con ojos de sueño. Yo lo ayudé a levantarse. Caminó tres pasos hacia adentro. Echó un pujido y cayó largo a largo. Fue la primera vez que le dio la alferecía. Más de una hora estuvo sin sentido. No reconocía ni escuchaba. Todo el día, hasta que llegó la tarde, estuvo inmerso en el piélago de la amencia diciendo tonterías.

—¿Por qué no me quieres, Padre? —decía, en su delirio el pobre—. Yo sí te quiero Cautivo y si de india nací, llevo tu sangre bravía.

Hablaba en versos. Ahí fue donde descubrí que mucho tenía Diego de juglar. Dicen que es malo y es bueno, pues los que llevan un juglar dentro son cual pájaros, que menguan y se tornan mustios cuando no pueden cantar.

57. ¡Cuán hijo de puta soy!

Francisco Guerrero, el Cautivo, aquella noche en la mina tiene la mirada sombría. Afuera ruge la tempestad. Los relámpagos sacan destellos azules a su barba espesa. Los negros acurrucados al fondo, tiritan de frío. Solo, sentado en un tronco, mira fijo hacia una hoguera, donde gorgotea una marmita.

—¡Diego! —susurra—. ¿Qué te hice? ¡Pobre hijo mío! —exclama en el momento en que una centella retumba en la galería. Los negros aterrorizados murmuran conjuros.

Macho, hombre y valiente como él solo —prosigue el Cautivo—. Un mes antes de que intentara folgarse a Rosalía resume orgullo por él. Conversaba con el Gran

Gonzalito cuando salió con su sobrina en dirección al rio.

—Vamos a cazar palomas —diome por respuesta.

En el recuerdo se oscurecen los ojos azules.

Más de una hora llevaban platicando, cuando un vocerío en la calle y un estruendo en el portón los sobresaltó. Era la sobrina de Garci González:

—¡Los indios! ¡Mataron a Diego! —gritó al entrar—. Estábamos velando a una pava grande —refirió entrecortada por el llanto—. Del monte salieron cuatro indios. Burlones y atrevidos. Diego díjome: ¡Corre! Se le vinieron encima. Disparó y creo que mató a uno.

—¡Vamos! —gritó el Cautivo.

Lo hallaron sudoroso. A sus pies un indio muerto y uno herido.

—Los otros dos —dijo jadeante apuntando con el machete —huyeron al escucharlos.

Apenas se marchó Don Gonzalito con su sobrina, el Cautivo dijo a su hijo mirando al herido:

—¡Mátalo ya!

Tembloroso y compasivo levantó el machete.

—¡No, así no! —protestó el Cautivo—. Seria demasiado bueno para él. Hazlo partes. Primero, una mano. Luego la otra. Un brazo. La pierna. Esa oreja. Finalmente el pescuezo. Que aprendan de una vez por todas, la ley del amo.

—¡Has aprendido a matar! —le dijo con orgullo al hijo en el camino de vuelta—. ¡Eres todo un hombre! ¡Dios te bendiga!

—¡Enhorabuena, Dieguito! —le dijo Francisco Maldonado haciéndose eco de la noticia.

—¿Y que mataste a diez indios con tu propia mano? —le preguntó entornando los ojos la hija de Juan de Gámez—. ¡Qué valiente eres!

—Es que hijo de tigre sale pintado —le dijo al paso la mujer de Simón Giraldo—. ¡Ya eres todo un macho!

Y así decían todos —siguió evocando— hasta que apareció Juan de Pimentel, que fungía de Gobernador.

—Ya supe lo sucedido —exclamó. Haciendo un esfuerzo añadió—: ¡Eso está muy mal hecho!

—¿Cómo decís, señor Gobernador?

—Os digo y repito que está muy mal hecho eso de poner a este niño a descuartizar a cuatro indios.

La sangre se me agolpaba en las sienes. Demudado intentó proseguir. Lo corté en seco:

—Aquí, señor mío, no hay más ley que la voluntad de los conquistadores del Valle. Esta tierra es nuestra y haremos de ella cuanto nos venga en gana. ¡Entendedlo

de una vez, señor Gobernador, y olvidaos del Rey, que anda muy lejos!

En la mina y a la luz del fuego, cavila y lamenta. Esa noche llueve como jamás ha visto llover. La tierra se ha sacudido tres veces.

Llueve con rabia. En medio de un compás estable, los chorrerones suben en redoblantes.

—¡Jolines! ¡Qué modo de llover!

Otro temblor de tierra saca terrones al techo. Los mineros cautivos chillan y sollozan.

—¡A callar, malditos!

Oraciones en lengua extraña musitan labios morados.

—¡Herejes, apóstatas, impíos!

Entre plegarias restallan sus latigazos.

Arrecia la tempestad. Retorna a la hoguera. Cruje un leño. En una chispa se le viene Diego. Un sacudón de amargura lo conmueve. Sintió congoja por la ternura que hace poco le mendigaba.

—¡Diego, hijo mió! —gritó destemplado—. ¿Por qué te hice mal con tanta saña?

Los esclavos al escuchar tan extrañas palabras, acrecentaron su desconcierto.

—¡Cuán hijo de puta soy!, ¡y que hacerle tamaña maldad al pobre niño! Injuriarlo delante de todos y negarle mi paternidad, cuando hace todo lo que está a su alcance para merecerlo. ¡Hay que ver lo macho que ha sido! Y yo tratándolo de bastardo. ¡Cuán malo soy!

Sus voces y sollozos restallaban en la mina.

La sorpresa y el terror de sus esclavos subían de punto. La tempestad continuaba sin cesar. Rayos, truenos y centellas se suceden con breves intervalos.

Sus ojos enrojecidos siguen prendidos a Diego.

—… ¡Cuán bellaco soy! ¿Cómo es posible que la vanidad y la locura me hayan obnubilado hasta el punto de negar mi sangre? ¡Ay, ay, ay! —clamó bronco—. Maldita sea Doña Ana de Rojas. Sembradora del mal. Disociadora de mi ternura. Dime Virgen de la Soledad, ¡Madrecita y Patrona mía!, ¿por qué no iluminaste mi entendimiento?

Resplandecían de asombro las escleróticas amarillas de los encadenados.

«Cuando el amo se pone así —lo sabían de cierto— luego de moquear a despecho de su bolsa, se carga a cuatro».

«Fue esa maldita fiesta de ayer la que me sacó de quicio. Encabronóme la concurrencia. Salvo los cuñados de Doña Ana y otros cuatro, mis compañeros, los que conmigo conquistaron este Valle, brillaban por su ausencia; en tanto que patios y corredores estaban repletos de españoles nuevos venidos de ultramar».

No estaban Diego de Henares ni Martín Alfonso. Eran muy poca cosa para las hermanas Rojas. Sus mujeres, según decía, olían todavía a flores. Estaba en cambio

Diego Vásquez de Escobedo, ese grandísimo vividor y mentiroso como un titiritero. No estaba Alonso Andrea de Ledesma, por haberse casado con la india Catalina. Pero en cambio se pavoneaba por él Tomás de Aguirre, un vasco mal encarado, hediondo a aguardiente y a noches de aquelarre. No había uno solo de los bravíos compañeros de Garci González, pero sí estaban jaquetones Onofre Carrasquer y Blas de Correa y Benavides, las águilas que llegaron tarde.

Eché de menos a Pedro Alonso Galeas. Hace quince años era un viejo mozo con su barba cerrada y sus ojos cansinos. En ese entonces la india Inés, con su piel y sus modales de cervatillo, era una monada, aunque después la venada se hiciera cabra: las tetas se le cayeron; las encías se le estragaron. Los hijos de Galeas, al igual que mi Diego, se desdeñaban por estar a mitad de camino, entre el pueblo de sus madres y el nuestro. No pudimos amarlos porque traían en sus rostros al indio que torturamos.

¡Qué cara nos ha salido la lujuria! ¡En mala hora fue Marta! ¡En mala hora Beatriz! En mala hora Felicia, Petra y Rosalía. ¡En mala hora Acarantair!

Rabioso merodeaba de grupo en grupo. La ira se me subía a medida que los escuchaba. Para ellos la conquista nunca existió. No la mencionaban. El Nuevo Mundo, según ellos, ahora es cuando despertaba.

—«Somos los llamados» —dijo de pronto Escobilla—. «Hemos de hacer…» —opinó otro—. «Cristianizaremos la tierra…» —afirmó el de Vera—. «De no haber sido por nosotros…» —intentó insistir Escobilla.

—Qué coño de haber sido por nosotros —le espeté rabioso—. ¿Dónde estabais cuando Guaicaipuro hacía sonar su guarura y al Valle lo cubría el miedo? ¿Dónde estábais. Escobilla, bufón de palacio en ruinas, cuando mis compañeros y yo nos pasábamos la noche en vela sacudiéndonos la indiada? ¿Qué hacías tú, Blas Correa, cuando a lomo de sangre sembrábamos Patria y trazábamos calles? ¿Qué sabes tú del lanzazo que me dieron los mariches o de los desvelos de Gabriel del Ávila para poseer la montaña? ¿Quiénes sois vosotros para que veáis con menosprecio a nuestros hijos?

Luego de haberles dicho aquello me sentí avergonzado. Los injuriados al pensar que chocheaba, se justificaron ofreciéndome paz y armonía.

Avergonzado y medio borracho, como estaba, me dejé envolver, hasta terminar por sentirme a gusto, pues, todos ellos tenían el sabor refrescante de las cosas idas. Cuando Don Paco, que era andaluz, desgranaba un chascarrillo me acercaba y fundía con ellos en un solo ser, como si yo también fuera otro español; como si volviera a ser joven, como si deambulara otra vez por los muelles de Sevilla o en los Percheles de Málaga. La marea brusca de añoranza borró entre tragos mi condición de indiano que nunca debí olvidar. De pronto volví a sentirme entre aquellos mozos, español, andaluz, castellano, blanco, cristiano y caballero.

Al salir a la calle con Soledad de la mano se me había ido el recelo. Y alabé al

cielo por haber enviado a todos esos españoles que, aventureros o no, buenos o malos, rufianes o caballeros, venían a tallar lo que nosotros, los vecinos conquistadores, ya no podíamos hacer: que era tener hijos y nietos españoles.

¡Mi mundo es Andalucía, Castilla, Baeza! No esta porquería de indios piojosos y horribles —me dije—. Y viendo hacia Soledad, al pensar en los nietos que de ella vendrían, grité borracho como estaba: ¡Vengan, vengan, forajidos de las tierras viejas! ¡Vengan prestos a borrar la huella que en mi carne dejó la india! ¡Liberadme, bravos rufianes de Andalucía, de la marca de Tamanaco, mezclad su sangre con la mía ladrones de Burgos, putas de Cuenca y de Extremadura. Borrad en mis nietos la color cobriza, los ojos blandos y hendidos y pelo enmantillado como pañolón de viudad! ¡Haced que vuestra lujuria deshaga la mía!

Tambaleante y feliz marchaba por la calle hasta el momento mismo de preguntarle a Soledad:

—¿Y cómo te trataron los mozos en la fiesta? ¿Cuántas conquistas hiciste?

El rubor atenazó a la pobre, bajó los ojos y apenas me dijo:

—Nadie me habló. Me fastidié mucho y un caballero preguntó a otro: ¿Quién es la indita?

—¿Indita tú? —rugí indignado.

No serás india, hija mía —me prometí— porque pareces blanca.

Y, borracho como estaba, me llegué hasta la iglesia y hablé con el cura. Cuando salimos Soledad ya no era hija de Acarantair, sino de Doña Isabel Manrique, «quien la parió al morir». Cuando le enseñé a Don Alonso Andrea de Ledesma la nueva partida de bautismo, y éste me riñó por falsario, díjele:

—En pueblo nuevo nadie tiene memoria. Dentro de algunos años vendrán los buscadores de entuerto. Cuando ellos lleguen nadie se acordará de que a Soledad la parió una india llamada Acarantair.

—¿Y por qué no hacéis otro tanto con vuestro hijo Diego?

—Porque es y parece indio.

¡Qué barbaridad! Por ese parecer nunca fui padre. ¡Pobre hijo mío! Más te hubiera valido seguir en la encomienda que venir a mi casa a vivir como bastardo. Los mestizos, empero ser hijos de conquistadores, verán siempre el baile desde afuera. ¿Seria por eso que yo, viejo buscador de glorias, jamás me atreví a quererte?

Una ansiedad trepidante sacude al Cautivo. Lleva sus manos a la cabeza, desorbitado grita a la montaña:

—¡Cuán malo soy! ¡Cuán hijo de puta! Yo, el bastardo, el hijo de puta del pueblo, el que nunca supo, porque ni mi propia madre lo sabía, quién era mi padre, echándole lodo y miseria a un pobre infeliz que concebí en el escarnio. Yo, que no he hecho sino huir de la infamia de mi origen; que en mi odio al mundo hasta profesé de turco y vendí mi alma al diablo, maltratando a mi hijo, a quien he querido como tal y del que

siento orgullo que lleve mi sangre. ¿Es que estás loco, Francisco Guerrero? Que ni Francisco me llamo, ni Guerrero es mi apellido, pues en mi deseo de huir, hasta me cambié el nombre y dije que había nacido en Baeza, cuando nací en los Percheles de Málaga. Los burdeles más infames de Andalucía fueron mi escuela y el arte de mentir, de robar y de matar, lo único aprendido. Yo no soy Francisco Guerrero. ¡Sépanlo todos! Yo soy Diego Vásquez. Y soy realmente un hijo de puta. Porque puta fue mi madre y como tal me he comportado a lo largo de mi vida…

Los negros acurrucados gemían temerosos de aquella confesión.

—¡Diego García! —clamó en la cueva viendo a sus hombres, sea público y notorio, es mi hijo muy querido y si no lo había querido reconocer fue por la envidia que sentía por su dicha. Dolíame que a sus años tuviese lo que la vida se negó a darme. Mañana a primera hora, ¡oídlo bien! que por ello seréis libres, apenas salga de esta cueva, lo juro, he de ir a Caracas a proclamar a los cuatro vientos que Diego García es mi hijo.

Y cayendo de hinojos como un mahometano, exclamó, como siempre decía cuando le asaltaba la culpa: ¡Perdóname, Señor!

La tierra volvió a temblar. Al comienzo en lento tamborilear. Luego fue un trepidar profundo y sonoro.

—¡Ay, ay, ay! —gritaron los negros encadenados al ver al techo escupir terrones.

—¡Ay, ay! —volvieron a gemir—. ¡Suéltanos, señor!

Un torrente de piedras bajaba del seno hondo de la montaña. Una roca grande aplastó el cráneo de un esclavo.

El Cautivo intentó huir. Ya alcanzaba la entrada, cuando una oleada de tierra amarilla lo sepultó con sus negros.

QUINTA PARTE
Bastardo, mestizo y encomendero

58. Los caribes y el recuerdo del Cautivo

A la mañana siguiente cuando Diego García escoltando a Don Alonso llegó a la mina, se encontró que el cerro se había deslizado y no quedaba ni huella de la cueva donde su padre encontró la fortuna.

Dos lágrimas cruzaron las mejillas de Alonso Andrea de Ledesma.

—Ha muerto tu padre, Francisco Guerrero, el Cautivo. Paz a sus restos y que el Señor se apiade de sus yerros.

En presencia de vecinos muy principales y del Notario Pedro Lovera Otáñez, Don Alonso Andrea de Ledesma leyó el testamento del Cautivo:

Y a Diego García —decía una manda final— *lego el fundo de la Veguita con todos los negros varones que para el momento de mi muerte haya en la casa. Así mismo déjole mi hacienda de Camuri junto al mar…*

Don Alonso interrumpió la lectura y mirando a Diego afirmó:

—Y tú, según dice aquí, debes marcharte de esta casa antes de diez días.

—Pero, si Diego es un niño —protestó Rosalía—. ¿Se puede saber qué va a hacer solo entre esos matorrales?

—A los catorce años —respondió severo Ledesma— el niño es hombre. Puede engendrar, puede matar. A los trece se coronan los reyes y a los catorce se casan. ¿Qué diferencia hay? ¡Qué se largue!

Seguido de veinte esclavos Diego García, luego de besar a su hermana, tomó el camino de la Veguita, una pequeña finca inmersa en el fundo de Garci González de Silva.

Aquella tarde, luego de merendar, el gran Gonzalito y Diego caminan por la hacienda.

Por los senderos, silenciosos y cabizbajos, cruzan los indios.

—¡Quién los ve y quién los viera! —observa el conquistador—. Descuídate y te asan en barbacoa. Son traidores y disimulados como nadie, malagradecidos y crueles. Con ellos no va aquello de pagar bien con bien o favor con favor se paga. Es inútil pretender ganar su afecto con clemencia y dádivas. Para estos malditos indios la piedad no es virtud, sino muestra de cobardía. Has de tratarlos con dureza si quieres sacarles algún provecho.

Un galope en la distancia avanzó hacia ellos. Jadeante el jinete echó pie en tierra:

—Valencia está sitiada por los caribes —dijo dirigiéndose a Garci González—. Os rogamos que acudáis en su defensa o sucumbirá en pocos días.

El gran Gonzalito reúne hombres y armas. Resuenan las cajas de guerra. Sesenta hombres a caballo y trescientos indios se dan cita en el terraplén frente a su casa.

—Hemos de salir en la madrugada —comenta a un grupo de soldados.

Diego, atento, lo sigue en su quehacer. Apenas queda solo le dice:

—Llevadme con vos.

Garci González lo mira socarrón.

—¿Tú? Pero si eres un mocoso. Todavía no me explico qué haces solo en este monte.

—Sé hacer la guerra, señor —replica con vehemencia—. Ya mi padre, como bien lo sabéis, me enseñó a matar. Sé manejar la espada, la lanza y el arcabuz. Os serviré de escudero. ¡Haré de cometa, tambor o de pinche! ¡Pero, por Dios Don Gonzalito, llevadme con vos, que a este paso se van a acabar las guerras!

Los caribes fueron derrotados[50]y Diego combatió con fiereza. En la plaza, cercados de rencor, yacían postrados y en silencio un centenar de heridos.

—Por donde quiera que haya caminos —sentenció Garci González— hemos de empalar a estos malvados.

Entre crispaduras los cien prisioneros fueron sembrados en cincuenta leguas a la redonda.

Garci González a raíz de una celada que le tendieron sus encomendados, los quiriquíres del Tuy, donde milagrosamente salió con vida con su cuñado Francisco Infante, tornó para siempre su temple inclinado al perdón por fiera e implacable saña contra los indígenas, persuadido, al igual que los otros, de que sólo el fuego y la sangre eran capaces de mantenerlos a raya.

Caracas recibió el gran Gonzalito entre arcos floridos y nutridas ovaciones.

—¡Igual que aquella vez! —se dijo Diego al recordar el día en que retornó de vencer a los cumanagotos. Vivía el Cautivo entonces.

El Ayuntamiento en lucida ceremonia le otorgó el título de Regidor Perpetuo. El Cautivo preguntó a Ledesma al salir de la calle:

—¡Decidme, maese! ¿Por qué será que los hombres como yo, hagan lo que hagan, digan lo que digan, nunca logramos ni el más mísero respeto de nuestros semejantes, ni el menor reconocimiento a nuestro esfuerzo?

Ledesma detuvo el paso y lo miró a los ojos:

—Porque sois locos. Los hombres sólo honran a quienes se les parecen.

—Tenéis razón, maese —añadió con fugaz desconsuelo.

—Pero los hombres a quienes los pueblos no olvidan son precisamente a los locos como yo, pues los hacemos vivir con luz diferente. Y dándole una palmada le espetó soltando la risa: «Haced alguna vez alguna locura y veréis como os recordará la historia hasta haceros cabalgar en un caballo de piedra».

Alguien siseó en las sombras.

—¡Eh, Don Francisco!

Diego y los dos viejos se volvieron hacia el rollo de la justicia: era el Miás, el esclavo blanco del Ayuntamiento.

—¡Señor! —exclamó suplicante—. Esta mañana atracó un barco negrero. Es mi gran oportunidad para evadirme. ¡Ayudadme Don Francisco y os seré eterno deudor! ¡Igual a vos, Don Alonso! ¡Te lo pido, Dieguito!

El Cautivo arqueó hosco las cejas.

—Acordaos, mi gran señor, de que vos, que siempre endulzaste mi cautiverio, también fuisteis prisionero de los turcos. Nadie mejor que vos para saber cuánto duele el cautiverio. No hay placer, ni afecto, ni amistad que supla a la patria y a la libertad perdida. Os ruego a nombre de todos los santos que me ayudéis a huir en ese barco. Por vuestros hijos que tanto quiero —suplicó el Miás con voz llorosa—. ¡Ayudadme!

El Cautivo lo miraba entre mohíno y acre con ojos enrojecidos.

—¡Sea! —expresó luego de reflexionar—. Esta misma noche serás libre y mañana a primera hora estarás a bordo. Imploraré a todos los diablos que naufragues tan pronto te alejes de Tierra Firme.

Y sin decir más ni escuchar las palabras del Miás, prosiguió hacia su casa. Ledesma le caló el perfil y rió por primera vez con estruendo:

—¡Sois un gran hombre, maese! —le dijo echándole el brazo sobre el hombro—. Me siento orgulloso de vos.

—¡No! —saltó el Cautivo con acento adolorido—. No soy más que un loco. ¡No lo olvidéis! Los hombres a quienes se honra no hacen locuras como ésta. Los hombres sensatos jamás liberan, siempre encadenan.

—Entonces, maese —respondió Ledesma con palabra sorpresivamente arrebatada — yo también quiero ser loco. ¡Os ayudaré a liberar al Miás!

Y abrazados como juerguistas los dos viejos se fueron saltando por las calles, cantando a pleno pulmón:

Niño en cuna,
qué fortuna.
Qué fortuna,
niño en cuna.

Después del toque de ánimas el Cautivo y Don Alonso, seguidos de Diego, se acercaron al rollo, donde simularon animada plática con el Miás, mientras Ledesma con lima y aceite rompía la cadena.

Tan pronto cedió, Diego y Ledesma, acompañados del prisionero, salieron de la

plaza. El Cautivo en el sitio del inglés y cubierto con su cobija, daba cuenta de su presencia cada vez que el sereno lo rondaba.

Antes del amanecer tiró a un lado las frazadas y atravesó soñoliento la Plaza.

—¡Qué noche tan tranquila! —lo saludó el sereno—. Ni los perros ladraron, ni oí el corcoveo de la Mula Maniá.

El Miás a bordo de la nave, disfrazado de fraile, se volvió hacia el mozo con lágrimas en los ojos.

—El corazón me dice que nos volveremos a ver. Tendréis mi eterno agradecimiento.

Ledesma en el muelle musita a Diego recordando las últimas palabras del inglés:

—Todos los que se van tienen el mismo palpito. Es el contraveneno contra la nada y el olvido.

—¿De qué veneno habláis, Don Alonso? —inquirió una voz cascada a sus espaldas.

Diego y Ledesma se dieron vuelta. Era Villapando el herbolario, quien se había establecido en Caraballeda de mercader y transportista con los mercaderes de la Margarita.

—¡Pero cómo has crecido, pillín! —díjole a Diego abandonando el tono reticente anterior.

—Qué extraño —prosiguió— encontraros a ambos por esta villa y cuando el sol apenas comienza a vislumbrar. Grandes riesgos habéis debido correr, sin duda, para recorrer tan peligroso camino con la noche encima. ¿Se puede saber quién era el santo padre a quien con tanto cariño acabáis de embarcar?

El tono inquisitivo de Villapando no daba lugar a dudas de que sospechaba. Era además Regidor de Caraballeda. El rostro de Ledesma se ensombreció ante las preguntas.

—Todo os será respondido en su oportunidad —replicó el viejo— antes, sin embargo, quiero que me deis algo de beber.

—De mil amores, Don Alonso —añadió Villapando aún más reticente— pero antes voy a subir al navío para conocer a tan misterioso fraile.

El barco negrero ya bajaba las velas dispuesto a zarpar. Villapando miró en derredor suyo buscando un corchete.

—Yo mismo os llevaré a bordo, señor de Villapando —propuso Diego echando al mar una pequeña canoa.

El herbolario luego de mirarle con sorpresa y simpatía, accedió:

—Pongámonos en tus manos, pillín.

El negrero levantaba ya el ancla.

—¡Eh, los del barco! —voceaba Villapando cuando Diego hizo adrede un brusco movimiento que volcó la piragua.

—Mal habéis hecho —le dijo luego de nadar una braza— al ayudar a escapar a un malhechor como el Miás, a quien las estrellas señalan como el destructor de la ciudad. Causante, Don Alonso, de vuestra muerte y de la mía. No diré una palabra de lo sucedido; pero en lo sucesivo aspiro a que vosotros, y en particular el Cautivo, se dejen de hostigarme y hacer mofa de mi vida.

—¡Prometido! —afirmó Don Alonso, mientras tomaba el carato de parcha que les obsequiaba Tomasillo, el negro medicinal, a quien el Cautivo le amputó la mano en uno de sus arrebatos.

59. Las Águilas Chulas

El año en que Sebastián Díaz de Alfaro fundó a San Sebastián de los Reyes, [51]Caracas era una ciudad pujante, con más de doscientos vecinos españoles, dos mil indios tributarios y centenares de negros. Las ciudades de El Tocuyo, Barquisimeto, Trujillo, Borburata y Valencia, se despoblaron ante el reclamo de la ciudad capital, engalanada de un clima fresco y de la presencia del Gobernador.

—Con razón decía el Cautivo —comentaba Ledesma— que Caracas, cual bruja caníbal, devora lo que se pone a su alcance. A diecisiete años de nacida ya se ha tragado a las villas que juntaron su esfuerzo para hacerla nacer.

Una línea de barcos de pequeño calado entre Caraballeda y Margarita dio salida a los productos agrícolas y pecuarios que daba con abundancia el Valle. La harina de trigo es de gran demanda en Cartagena y Santo Domingo.

La prosperidad se hizo presente. Las calles que rodeaban la Plaza Mayor fueron empedradas; embaldosados los pisos de tierra; encaladas las paredes. Sus habitantes tuvieron buenos trajes y mejores corceles.

Diego a los quince años parecía un mozo de más edad. Era fuerte y adusto; cruel con sus encomendados y sagaz en los negocios. A fin de ahorrarse el acarreo de sus mercancías a través del tortuoso camino que a través de la montaña llegaba hasta el puerto, trasladó a Camuri sus queseras y tenerías que le daban pingües dividendos al venderlos en Margarita.

Soledad, su hermana, sin ser ninguna beldad, por la inmensa riqueza que le dejó el Cautivo, era la chica más codiciada del vecindario. La mina nunca más se volvió a encontrar. Ejércitos de zapadores, con Diego a la cabeza, cavaron inútilmente en el cerro deslizado. Semanalmente Diego visitaba a su hermana. Doña Ana de Rojas se había erigido en la segunda madre de Soledad. Diego y Doña Ana se detestaban. La mujer de Alonso Díaz de Moreno no hacía el menor esfuerzo por disimular su antipatía. Diego la miraba con cara avinagrada al oírla discernir sobre su tema preferido: la conveniencia de que las chicas principales matrimoniasen con españoles y no con los mugrientos mestizos que por un desfogue de sus padres pululaban por

doquier.

Soledad la amaba. Y para indignación de Diego, abría la boca y asumía una actitud reverencial cada vez que la opulenta mujer dejaba salir su torrente de palabras, admoniciones y consejas.

La negra Rosalía era del mismo parecer:

—Esa bicha es mala y lo que es peor, que con tantas marrullerías me está bajeando a Soledad. ¿No la vienes notando medio jediondita de un tiempo a esta parte?

Diego que ya lo había percibido tuvo un sacudón. «Soledad no era la misma». Si nada traslucía en sus actos, sentía que a diario se alejaba de su lado por obra de Doña Ana y de sus dos hermanas, erigidas en árbitros de la vida de Santiago de León.

Se hablaba de la «Tribu de las Tres Hermanas», o de la «Corte de las Rojas». En su casa se reunía lo mejor de la ciudad «o lo que ellas creían que lo era», como manifestaba acre el viejo Alonso Andrea de Ledesma, a quien segregaron por su medianía financiera y por estar casado con la india Catalina García.

Para las Rojas, la sal de la tierra eran los diez o doce conquistadores a cuyas manos vino a parar la fortuna del Valle, y los españoles que ocasionalmente se aposentaban en la ciudad, como fue el caso de Agustín de Herrera y Juan de Mijares y Solórzano.

La tarde en que Diego los conoció, azotaba una tempestad ante Camuri, donde naufragó el barco que los traía. Luego de socorrerlos los llevó a su casa donde les brindó protección y auxilio. Agustín de Herrera y Rojas era un mozo rubio rechoncho y jactancioso que se decía hijo del señor de Canarias. Juan de Mijares y Solórzano era su contrapartida: alto, moreno y silencioso. A Diego no le simpatizaron. A pesar de su generosidad y brindarles cobijo por tres días, eran desdeñosos y altivos y en particular Mijares, con aquel respingado de la nariz como si todo le oliese mal.

Desde el primer momento se confesaron gente de noble linaje, lo que sin duda debería ser cierto por la clamorosa acogida que les prodigaron las Rojas y el resto de los vecinos muy principales. Juan Fernández de León los alojó en su casa y si a Diego a duras penas saludaban al principio, a los pocos meses giraban el rostro o cruzaban de calle al verlo venir.

—¿Qué se habrán creído estos comecatres? —gritó Diego enfurecido un día que el de Mijares le negó el saludo en el momento en que entraba a la casa de Doña Ana de Rojas.

A Diego le escocia el trato diferencial que las Rojas y su corte prodigaban a los extraños y a los hijos de los conquistadores.

—Es que les basta verles la oreja blanca al más desarrapado —refería igualmente indignada Rosalía— para que se escarranchen y abran de piernas ante el primer perulero, en cambio a los de casa los tratan como apestados. ¿Cuándo en tu vida has

pisado tú la casa de las hermanitas Rojas? Ni la misma mujer de Garci González de Silva, que ha sido para ti como un segundo taita, te ha sentado en su mesa. ¿Es o no verdad? En cambio tú ves al par de españolitos esos dándose la gran vidorra con lo que la bellaca de Doña Ana de Rojas llama el cogollito de la ciudad.

Ya Juan Fernández de León, que encima de estar podrido en plata, no puede ver ni en pintura a su único hijo varón, le entregó a Mijares y Herrera la administración de todos sus bienes y me han contado que piensa casar a sus dos hijas con unos tíos como ellos.

—Los españoles que llegaron tarde —clamaba el viejo Ledesma— borrarán nuestros nombres de la historia del Valle. Sólo a través de nuestras hijas proseguirá nuestra sangre, pues las Águilas Chulas harán añicos la simiente macha. Ay, Rosalía —añadía el viejo con un lamento—. A veces pienso que todo ello nos viene por castigo. Con nuestra descendencia acontece lo mismo que acaeció con los padres y hermanos de nuestras mujeres, que los abandonaron para venirse con nosotros, como lo siguen haciendo. Por esa vía, dentro de muy poco no habrá indios en esta tierra. Hemos separado la hembra de su casar. Por algún tiempo acaricié la idea de que esta nueva casta que un día formamos, seguiría a través de los siglos, como sucedió entre sabinas y romanos. Ahora veo con dolor que la hembra del Valle será siempre del más fuerte.

—Tenéis razón, Don Alonso —respondió la negra—. «Con la misma vara que mides…» la hembra del Valle es la vengadora de Dios. En tus hijas florecerá la venganza de los tíos y hermanos despojados. Las águilas chulas andarán en el plumaje roto de los aguiluchos que por la violencia engendrasteis.

—¡Ay, Rosalía! ¡No me digas tal, que el corazón me arde! ¿Y qué pudiéramos hacer para contener tanto mal?

—No hay remedio, Don Alonso. La hembra siempre será del más bello, del más macho, del más fuerte. ¿Tú crees que yo hubiese cambiado al Cautivo, con todo lo viejo que era, por un macho joven de la raza de color, como hizo Acarantair? ¡Nunca!, ¡jamás! Para mi el esclavo, el siervo y el vencido, por guapo, joven y dulce que pudiera ser, no me embelesaba. En cambio el conquistador, el hombre dominador dueño de vida y haciendas, no tiene cara, no tiene edad, no tiene cuerpo. Es su fuerza y poder el que me azucara y pringa y me pone bajita como perra sin dueño, en trance de fornicar.

—Pero eso —exclamó Ledesma con voz trémula— tan sólo te sucederá a ti.

—Nos sucede a todas las hembras de esta tierra.

—No sucede así en España…

—España no es Indias. En tierra de conquista la moneda que corre es la del conquistador.

—¿Y siempre será así?

—Que yo sepa nunca varió el fruto el árbol germinado.

—¡Ay de mis hijos! —volvió a quejarse el viejo—. ¿Desaparecerán entonces de esta tierra que conquistamos para ellos?

—No, por Dios —protestó Rosalía—. Tan sólo por muchos siglos se sumergirán en el olvido.

—¿De dónde sabes tantas cosas, oh, negra agorera, eres acaso santiguadora y jorguina?

—De ver las bestias en sus corrales y de poner las manos en mi corazón.

60. Sancho Pelao

«Tres hombres me rondan» —se dijo Rosalía—. Uno es guapo y pobre. El otro hermoso y rico como el sol. Feo y de medianos recursos el tercero. El pobre me ha de secar; el sol me ha de quemar. Quedarme he, que para una negra es bastante, con el que sin causarme penas tampoco me dará alegrías. Mañana habré de darle la respuesta; pronto será la boda; pero he de pensar en Diego García y en la mala cara que ha de poner al decirle a nombre de mi futuro. Me frunzo, tuerzo y desmayo. De imaginárselo, al igual que Soledad, su hermana, sin duda lo matarían. Pero la carne me escuece, mi faltriquera está limpia y no quiero ser cantonera.

—¡Eh, Don Gonzalito! —llamó Rosalía al ver pasar a Garci González.

—¿Qué os pasa fermosa ninfa de ébano? —le susurró Garci González consternándola con gracejo.

—Siete gracias os quiero hacer…

—Y por qué tan poco, numen sagrado de la especiería.

—Porque siete es el número sagrado.

—¿Podéis decirme hija de los faraones, hembra esplendente no digo yo de las siete ciudades, sino de los siete mares, en qué consiste el presente que tenéis en mente donarme?

—Ay, chico, no vas a saber tú —rompió la negra a reír—. A la hora del burro te espero en la poza de los grandes helechos.

Garci González no ocultó la sorpresa.

—Si —reafirmó ante la duda—. En el mismo sitio donde te folgabas a mi ama Acarantair.

—Calla, mal hablada.

—Callar he y tú también. Mañana me he de casar y antes de darme por entera y para siempre al sacrificio, quiero probar de una vez por todas el divino topocho del que tanto se ufanan las hembras vocingleras que lo han probado.

—¡Muérete con lo que ha sucedido! —dijo Soledad a Diego apenas lo vio—. ¡Rosalía casó con Sancho Pelao!

—¿Con forro de urna? —preguntó en un alarido.

Rabiando y llorando corrió a la casa de Sancho Pelao. Rosalía desgranó sus razones: hambre, necesidad, protección, un hombre…

Luego de tres meses de matrimonio Diego cambió de parecer. Sancho Pelao no era la boñiga presuntuosa ni el mal hombre que decía el Cautivo. Era evidente la ternura que sentía por Rosalía y su deseo de conquistar el afecto del muchacho cubriéndolo de atenciones, lisonjas y obsequios, «juntándose —como decía Rosalía— la sarna con la comezón», pues si Sancho Pelao era ducho en prodigar adulancias, Diego necesitaba de ellas como el borracho del vino.

—Es increíble que a tu edad —le decía esa tarde— un hombre tenga tanta facundia y valor. Las estrellas me dicen que harás proezas donde el gran Gonzalito será enano al lado tuyo.

Diego se regodeaba en su silla mientras Rosalía escéptica mostraba su desencanto. Por la vía de las estrellas Sancho Pelao se ganó su confianza. Diego no daba un paso sin consultar su parecer.

—¡De verdad! —le dijo a Rosalía meses después— que la gente no se conoce sino después de tratarla. ¡Qué buen tercio es Sancho Pelao! y yo con la ojeriza que le tenía.

—Ni tan bozal, ni tan ladino, corazón —comentó la negra corriendo hacia la jaula donde piaba un pajarillo.

Pero Diego abstraído en la propuesta que traía no le hizo mayor caso. Desde hace tiempo acariciaba la idea de importar para revender en Caracas las mercancías que a su paso por Margarita trocaban marinos y corsarios por víveres frescos, cacao y tabaco. La harina de trigo de Caracas tenía gran demanda en Cartagena y en Santo Domingo, al igual que los bizcochos, riendas para caballos y sillas de montar.

En sus haciendas prefirió siempre la cría de ganado y las vaqueras de donde sacaba carne y queso salado de gran predicamento entre los navegantes lícitos o marginales que en una u otra dirección cruzaban el Atlántico. Los corsarios pagaban en oro contante y sonante o permutaban, si era gusto del comprador, objetos suntuarios o de otra naturaleza que paulatinamente fueron depreciados por los habitantes de la isla en la medida que se abarrotaba el mercado. La producción agrícola y pecuaria de Margarita resultó insuficiente para cubrir las demandas crecientes de las naos que recalaban en sus costas en busca de víveres. Los quesos y carnes salados que Diego vendía a un marino de la isla y que a su vez éste revendía, tenían tal demanda que le pagaban por adelantado. Ante estos hechos, además de hacerse pagar mejor sus productos, con el dinero procedente de sus ventas, compró a los pobladores del Valle, y entre ellos a Ledesma, buena parte de su ganado, con lo que sus ingresos aumentaron considerablemente. La apatía de los de Caracas por trasponer los linderos del beneficio corría paralelo al de los de Margarita por revender

el sobrante de mercaderías que a bajo precio ofrecían los piratas.

—¿Quién se va a meter en eso? —se reía Ledesma—. A mi me basta y me sobra con el trigo que les vendo a los de Santo Domingo. ¿Para qué quiero más dinero y preocupaciones?

Y como le viese a Diego brillar los ojos, añadió sentencioso: «La codicia rompe el saco, Dieguito».

—¡Ay! —le escuchó decir a Doña Ana de Rojas— aquí en Caracas no se consigue un traje decente, ni un espejo, ni una buena silla de montar.

Los útiles de trabajo eran viejos y anticuados, al igual que las armas. Vino y aceites se encontraban con dificultad. La pólvora misma al igual que las municiones, se agotaban de pronto, haciéndose necesario que el Cabildo fletase una nao para ir a Margarita en la espera de algún navío, ya que los isleños ni siquiera almacenaban el sobrante para futuras ventas.

Diego se dijo: Si yo importase los útiles y víveres que ofrecen corsarios me haría de unos cuartos que a su vez me permitirían mejorar y aumentar la producción de quesos y carnes salados, que por lo que me cuenta el marino, es inagotable en su demanda. El negocio es redondo y clarito. Lo único malo es el miedo que le tengo al mar, por más que Sancho Pelao le hubiese dicho que en la línea de su destino «había una larga y sorprendente ruta». ¿Y si Sancho Pelao se asociara a la empresa? —se preguntó—. Está en la mayor pobreza, a pesar de su habilidad en múltiples cosas. Yo aportaría el capital y él su trabajo, distribuyéndonos los beneficios a partes iguales.

Esa misma noche le hizo la propuesta. Sancho Pelao lloró de emoción. Rosalía rió a carcajadas. Como Diego, a pesar de mestizo, presumía de hidalgo y no era cosa de ensuciar su rango con la innoble profesión del mercader, Sancho para todos los efectos aparecería como el propietario de la empresa. Fiel a sus recuerdos el antiguo capitán de falsos mariches y físico de Salerno, propuso llamar *La Salernitana* al futuro almacén.

A partir de ese instante Diego y Sancho Pelao fueron socios de la misma empresa.

61. Caballero y mercader

Abrieron casa frente a la Plaza Mayor. Sancho Pelao cada dos semanas iba a Margarita, donde vendía los célebres quesos y carnes saladas de Diego García, trayendo a la vuelta los mejores vinos, telas y aceites que vendían con pingües beneficios. Como la demanda comercial en uno y otro lado aumentaba vertiginosa, abrieron un almacén en Margarita y ampliaron el que tenían en Caracas.

—Lo malo de todo esto —comentó Ledesma al verle su jocundia— es que legalmente Sancho Pelao es el verdadero dueño. ¿No te da miedo que te salga mariscante?

—¿Robarme a mí? —respondió con jactancia—. Todavía no ha nacido el hombre que me haga trampas. Sancho Pelao, además de ser mi amigo, es el marido de Rosalía.

Aquella tarde se presentó más temprano que de costumbre en la casa de Sancho Pelao. Rosalía acababa de parir a su primer hijo con Sancho Pelao y a quien bautizaron Anselmo. Bienvenida y Pablo, los hijos del Cautivo, tenían como dos años, y la anterior pobreza de los Pelao había dado paso a una holganza suntuaria que Doña Ana de Rojas, por lo que alcanzó a ver por la ventana, calificaba como del más pésimo gusto.

—Si tú le perdieras el miedo al mar —decía Sancho Pelao— nos hiciéramos ricos en un santiamén al duplicar nuestros ingresos.

Diego, como siempre, rechazaba molesto y sonriente la propuesta.

—¡Barajo! No quiero morir ahogado ni comido por tiburones.

—De eso no morirás —sentenció grave—. He leído tu vida en las estrellas y hay un extraño enigma: no morirás ni en la tierra ni en el mar.

—¿Dónde habré de morir, entonces?

—En el aire… —contestó Sancho irisadas las pupilas—. Has de morir en el aire…

Luego de mofarse a sus anchas, Diego apuntó:

—Déjate de pendejadas y atiende el negocio que se me ha ocurrido, y que si no me equivoco nos conducirá a la verdadera riqueza: vamos a comprar todos los burros de Caracas y sus alrededores.

Sancho Pelao rompió burlón la risa.

—¿Desvarías, Dieguito? ¿Qué haremos con tanto burro?

—Más claro no canta un gallo —respondió el muchacho—. Déjame explicarte.

Los socios se compraron cien burros para acarrear sus mercancías del puerto de Caraballeda a Caracas. Como no era de tener ociosa a tan nutrida flota entre viajes y viajes, *La Salernitana* ofrecía sus servicios a los comerciantes y particulares para el transporte de personas y mercaderías.

—Si somos los dueños de todos los burros no les quedará más camino que aceptar los precios que a nosotros nos dé la gana.

—¡Con razón has de morir en el aire! —voceó jubiloso Sancho Pelao—. Eres un halcón, un neblí, un gavilán colorao. Las aves de presa mueren entre las nubes.

Visto el éxito de la negociación compraron otros quinientos burros. Luego envenenaron los ajenos.

Tres meses más tarde Diego y su socio cuadruplicaron el valor del flete. A los seis meses lo habían decuplicado.

—Ahora lo que nos falta es tener nuestros propios barcos. Quién quita que con el tiempo monopolicemos el transporte a la Margarita.

—¿Y qué hacemos con Villapando? —preguntó Sancho.

El antiguo estrellero a quien el Cautivo detestaba, era el naviero preferido de Diego por la velocidad de sus veleros que representaban mayor seguridad contra los ataques de los caribes de Granada, dedicados de un tiempo a esta parte a interceptar la ruta entre Margarita y Tierra Firme.

A Diego le simpatizaba Villapando, a pesar de sus modales afeminados, por su facundia en vastos campos, entre otros el de la magia negra. Siempre acertaba en sus pronósticos:

—Envía de inmediato cien arrobas de queso. Las van a vender al llegar; lo he leído en el tarot.

Al arribar se encontraban que los esperaba una flota.

—Retened toda vuestra existencia en vinos, que valdrá el doble dentro de un mes.

Como por arte de magia se cumplían sus augurios.

Su casa en Caraballeda era la mejor del poblado: enclavada al pie del cerro, en terreno alto desde el cual se atalayaba la bahía en toda su extensión. Villapando cultivaba flores y pájaros, prueba inequívoca, según los vecinos, de ser fileno y acaponado, sospechas que se pusieron en evidencia cuando se llevó a vivir con él a Tomasillo, el negro medicinal.

El antiguo esclavo del Cautivo, a pesar de sus amaneramientos y rostro de carininfo, no sólo no era marica, como lo proclamaba su padre, sino que era un mismo gallo con negra o india que se le pusiera a tiro. De una hija del cacique Guaicamacuto tuvo una agraciada zambita llamada Higinia, que era la alegría de los dos viejos. A los cinco años era vivaz y movediza como una cerbatana. Villapando y Tomasillo todas las tardes, llevando a la niña prendida de sus manos, bajaban al muelle.

Higinia tenía predilección por Diego, quien le repetía los cuentos de hadas escuchados a Rosalía y Acarantair. Diego amaba a los niños, e Higinia le recordaba a Soledad.

Tan pronto llegaba a casa de Villapando la niña corría hacia él, obligándole a referirle alguno de sus cuentos.

—Esta chiquilla ha sido nuestra bendición —sonreía el herbolario—. La he nombrado heredera universal cuando llegue el momento de entregarle mi alma al Creador.

—¡Jesús, dueño mío! —protestaba Tomasillo—. Que no lo digáis ni en juego.

Una sombra se asomó al corredor. Era un indio con una gran cesta de mimbre colgada a su espalda. Los dos viejos se incorporaron. Tomasillo tomó al indio del brazo y se lo llevó por el sendero que conducía a un palomar tan ancho y grande como la misma casa.

El indio de las palomas, como lo había observado Diego, venía todos los meses

para venderle a Villapando veinte o treinta ejemplares.

—Yo no comprendo —advirtió Diego— para que compras más palomas cuando tienes más de mil en tu palomar.

—Por una razón, pillin. Así como no hay nada que me guste más que comerme una de estas avecillas como las que prepara Tomasillo al estofado, se me partiría el corazón de matar las que han nacido en casa. Las quiero como si fueran hijas de mi carne, no lo puedo remediar. Si tú vieras cuánto deleite siento al verías partir todas juntas en la mañana y regresar al atardecer buchonas y plañideras.

La primera vez que Villapando le enseñó el palomar, Diego comentó:

—¿Y eso no es pavoso?

El herbolario hizo un aspaviento risueño:

—¡Qué va a ser pavoso, niño! Lo que es pavoso es la mala fe de la gente, como la que tiene tu amigo Lázaro Vásquez, que en vez de estar pendiente de lo que hacen los otros debería ponerle más cuidado a su mujer. Además —añadió susurrante y rozándole con sus labios la oreja—, te voy a vender un secreto, que si me traicionas te mato. Estas palomas que tengo de este lado, como quien no quiere la cosa, no creas tú que son palomas cualquieras. ¡Son palomas mensajeras! Unas tienen su nido aquí y las otras en Margarita. De modo que mi socio allá y yo aquí, sabemos en menos de un día los vaivenes comerciales. Por eso es que te he podido dar tan buenos consejos. Las palomas mensajeras me dan ventaja sobre mis competidores, de cuatro días, por lo menos. ¿Qué te parece tu viejo sabio, pillin? —y tomándole con sus dedos por la mejilla se la sacudió cariñosamente.

62. La rica hembra

Camino de la casa de Lázaro Vásquez, donde pernoctaba en Caraballeda, Diego se decía: «De verdad que este viejo marico para saber vainas no hay quien le dé la vuelta, se las sabe todas. Con razón ha hecho tanta plata».

—¡Ay, Dieguito! —se mofaba Lázaro Vásquez, el viejo conquistador, para regocijo de los presentes, cuando le habló del palomar de Villapando—. Te veo matándole a Villapando las lombrices a cabezazos. Sigue así y vas a ver cómo en cualquier momento te ensartan.

—Déjenmelo quieto —exclamó con arrumacos maternales Leonor, la mujer de Lázaro, una bella margariteña de la familia de Fajardo, bronceada y escultural, madre de Lázaro, compañero de Diego.

Sus facciones españolas y sus ojos almendrados le concedían un aire garrido que buscaba y concitaba tentaciones. La gente murmuraba abiertamente que Leonor le ponía cuernos a Lázaro, ya septuagenario y con la fabla distraída.

La mujer era convulsivamente cariñosa con Diego, besándolo y acariciándolo

bajo cualquier pretexto con ardor de hembra, que encubría con dichos maternales. El muchacho, a pesar de los deseos que le inspiraba, se abstenía y hasta rehuía de sus acechanzas. Leonor viajaba frecuentemente a Margarita, so pretexto de visitar a sus padres. «Desquitándose con sus paisanos —como señalaba Villapando— del hambre eterna a que la tenía condenada su marido».

—Tú tienes que ir a Margarita —le musitaba a Diego insistente—. Vámonos un día juntos —le propuso sin tapujos en otra ocasión— para que gocemos un realero.

Diego aferrado a su idea de tener sus propios barcos, dijo a Sancho Pelao aquella mañana antes de partir hacia Caraballeda:

—¿Qué te parece si comenzamos con una balandra pequeña? Si nos va bien nos metemos de frente a transportistas navieros y tumbamos a Villapando.

Sancho Pelao sonrió enigmático y lo acompañó hasta la puerta.

—¿Qué quieres que te traiga?

—¡Tráete a Leonor Vásquez! —respondió entre carcajadas.

Por el camino de recuas se va diciendo:

«Lo que es esta vez no perdono a Leonor. Ojos que no ven corazón que no siente. Ni el viejo ni Lazarito se tienen por qué enterar. A la primera madrugada, como hemos hecho tantas veces, nos metemos en la mar y allá entre la espuma y lo oscuro me la paso por el filo».

Apenas entró a la casa Lázaro, el viejo, le escaldó las ganas:

—Hace diez días Leonor se embarcó para Margarita. Su madre está muy enferma.

Luego de la siesta y con el sol atemperado, Diego con los dos Vásquez se sentó en la playa. Discurrían sobre la mar y el viento. Una balandra muy marinera les pasó por delante.

—Esa es de Villapando —indicó Lázaro—. El marica está haciendo la plata burreá.

Diego evoca entre los espirales azulados de su largo tabaco la cara y el cuerpo de Leonor.

«Soy hasta capaz de embarcarme».

Un tumulto con Villapando al frente avanzó por la playa.

—Malas nuevas os traemos Don Lázaro —dijo Villapando con rostro severo y cabeza descubierta.

—¿Qué le sucedió a mi madre? —preguntó, con terror, Lázaro, el joven, preso de una sospecha.

—Fue capturada por los caribes —dejó caer Villapando—. Y quiera Dios que esté viva, pues toda la tripulación fue asesinada. No hallamos su cadáver; pero no tiene nada de particular que haya caído al mar, como fue el caso de dos marinos y una mujer que encontramos muertos en las playas de Cubagua.

63. Tú no tienes modales

Los caribes de la Isla de Granada a escasas millas de Margarita, luego de lo sucedido a la mujer de Vásquez, capturaron otros barcos de los que iban de la isla a Caraballeda.

Diego García, a pesar del peligro, seguía fijo a su idea de tener un barco propio. Sancho Pelao se mostraba cauteloso.

—Pero si este es el momento —argüía Diego— de comprar barcos a precio de gallina flaca. ¿Tú crees que el gobierno va a permitir que unos indios piojosos continúen con esta guachafita? Mira —le decía cada vez más afirmativo— en lo que pase el primer buque español los acaba a cañonazos y todo vuelve a ser como antes.

Diego convenció a Sancho Pelao de que aprovecharan los miedos de un navegante para comprar a bajo precio un bajel ligero.

Villapando al verlo frunció el ceño:

—No me llames entrometido ni creas tampoco que estoy respirando por la herida por el flete que puedas retirarme. Bien sabes que me sobra carga. Pero si es temerario que en esa cáscara de nuez a la que alcanza una piragua caribe en un santiamén, te atrevas a cruzar los mares.

Caribes y cumanagotos exacerbaron sus depredaciones. Otras cuatro embarcaciones de pequeño y mediano calado cayeron en sus manos. Mataron a los hombres y raptáronse a mujeres y niños. El negocio, sin embargo, prosiguió en auge. Diego se mostraba jubiloso por las utilidades.

—Si, sí, zoquete —replicaba Sancho— como no eres tú el que se expone te importa un comino.

Diego, risueño, le respondió:

—Fíjate en el realero que ya hemos sacado en cuatro viajes. Si seguimos así, dentro de dos meses tendremos suficiente para comprarnos otro falucho y más ahora que los están botando.

La audacia de los caribes era alarmante. A una de las goletas de Villapando cinco piraguas lograron alcanzarla.

—De no haber llevado armas de fuego mis rajabroqueles, la hubiesen capturado. ¿Te fijas, muchachito? —le dijo a Diego con consternación—. El terrible peligro en que pones al pobre Sancho Pelao. No hago sino rezar por él para que no se tope con el infortunio.

Una semana más tarde una goleta de tonelaje pesado se esfumó de la ruta. A pesar de las admoniciones de Villapando y de los temores de su socio, Diego compró una segunda nave.

—Es cuestión de buena leche —le argumentaba a Villapando—. ¿Cuántas embarcaciones cruzan el mar y cuántas se pierden? No es mayor de una veinteava parte de las capturas. El mismo peligro que ofrecen los bandoleros y los negros

cimarrones cuando vas por un camino. Lo que sí debiéramos hacer —observó con aire cómplice— es sacarle puntas al miedo y subir el flete. Nadie nos podrá acusar de aprovechadores.

—Ah, pillin. ¡Siempre se sale con la suya!

—Desde mañana mismo —ordenó a Tomasillo— los precios subirán diez veces: la guerra es la dicha del mercader.

A los seis meses, Diego y su socio ya eran propietarios de cinco barcos.

Diego García procedente de su hacienda llega esa tarde a la Plaza Mayor. Bajo un naranjillo charlan un grupo de los españoles que llegaron tarde. Agustín de Herrera lleva la voz cantante.

Diego los mira con aprensión: las Águilas Chulas a fuer de matrimonio con las hijas de los ricos se están cogiendo el coroto. Herrera y un vasco llamado Tomás de Aguirre cortejan a las hijas de Fernández de León.

—Debemos ser los españoles —proclama Herrera— los amos de esta tierra que fue conquistada para España y no para las tribus bravías, de quien descienden estos mestizos que son sus dueños.

Francisco Rodríguez del Toro apoya entusiasta.

—Pues si de tal guisa piensa vuesa merced —dijo Diego García, juguetón y emergiendo de pronto— debería intentarlo de hecho y no hablar tanta bolsería.

Herrera esgrimió su espada. Con tres golpes de sable Diego dejó su mano vacía.

—¿Alguien más desea discutir conmigo el derecho que tenemos los nacidos en esta tierra a que continúe siendo nuestra?

Como nadie le respondiese soltó con desprecio:

—En verdad que son muchos los malagradecidos que en la vida he llegado a conocer. Hasta ahora me habían hecho creer que la ingratitud era vicio de esclavos. Ahora veo que no hay diferencia entre los siervos y los que dejan su tierra para anidar en un mundo ajeno.

Y dando media vuelta encaminó sus pasos hacia la casa de su hermana, donde dormía la siesta cada vez que llegaba a Caracas.

Un hombre charlaba con Soledad al pie del balcón. Su rostro encrespó al ver que era Juan de Mijares y Solórzano.

Soledad agitó las manos apenas lo vio. Mijares giró la cabeza y la volvió a su sitio al reconocerlo.

—Buenos días —saludó Diego mirándole el perfil y rastreando las palabras con claro acento de reto. Mijares respondió con un gruñido.

—¡Oiga mi amigo! —le espetó reclamante—. ¿Usted como que es sordo? El hombre no aminoró el desdén.

—Bueno, guapa —se despidió— otro día hablaremos mejor.

Y sin decir más dio media vuelta y se alejó hacia la plaza.

—Yo no sé qué es lo que se estarán imaginando estos pendejos —profirió Diego en voz alta.

—¡Jesús, Diego! —protestó Soledad—. Tú no tienes modales.

La voz chillona de Doña Ana de Rojas lo despertó de la siesta.

—Diego García —voceaba indignada— ha ofendido gravemente a Don Agustín de Herrera, a Juan de Mijares y Solórzano, a Francisco Rodríguez del Toro y a otros tres nobles caballeros. Se hace indispensable, hija mía, que le pares el trote a ese desvergonzado. Va a arruinar tu reputación.

Soledad le advirtió con señas que Diego estaba en la habitación contigua.

—Mejor aún si me escucha —gritó sin arredrarse—. Aparte que no es correcto que entre a tu casa como perro por su casa y duerma en ella como si fuera tu padre o tu hermano. Acuérdate que no es más que un bastardo, un indio a quien tu padre recogió, sin ser su hijo, por la pura caridad.

Sintió que las manos se le volvían plomo y que un desmadejamiento lo embargaba. Pálido salió al corredor. Con los ojos orlados dijo a su hermana:

—Descuida Soledad, nunca más pisaré tu casa.

—Pero Diego… —balbuceó la muchacha tratando de retenerle.

—No le digas nada ahora —dijo Doña Ana simulando parsimonia— está como un fusuco, deja que se calme.

64. «Niño en cuna…»

Diego García tomó el camino hacia Caraballeda. Mañana haría su primer viaje en barco. Sancho Pelao, ante las embestidas de los caribes, amenazó con liquidar la sociedad de no compartir el riesgo. En lo sucesivo un viaje le correspondería.

Lleno de zozobra abordó la nave. Una tempestad casi los hace naufragar llegando a la Villa del Espíritu Santo.

«Jamás había visto la mar tan negra y tan fea —le escribió a su socio—. Con decirte que es tanto el miedo que he sentido que creo que no podré retomar».

Por dos meses permaneció en Margarita.

Una hermosa pelandusca de quien se prendó al verla logró vencer su pánico al proponerle que la acompañase en la travesía.

El viaje de retorno fue plácido y gratificante.

La barca atracó en el muelle. Diego se sorprendió con angustia al ver sobre el tablado a Rosalía. A través de las palomas de Villapando había dado aviso a su socio de su próxima llegada.

¿Qué pasará? —se preguntó con ansiedad.

—Malas noticias —dijo mustia Rosalía.

—Soledad, tu hermana —añadió Sancho Pelao—, se casó con el españolito Juan

de Mijares y Solórzano.

Por segunda vez su cuerpo trepidó sacudido por un ataque de alferecía.

Soledad se deshizo en llanto. Argüyó excusas.

—Juan quiso hacerlo el día de su santo. No era su intención lastimarte. ¡Perdóname Diego! ¡Perdóname, hermanito!

—Está bien —terminó por decir. Era mucho lo que amaba a su hermana. A instancias de Soledad, Juan de Mijares y Diego se dieron un abrazo y terminaron cenando los tres.

—Para dar borrón y cuenta nueva —dijo Diego— os voy a preparar una ternera en vuestro honor el próximo domingo en la Veguita. Os quedaréis a dormir allá.

El primero en llegar fue Garci González de Silva. Venía sin Doña Beatriz. «La pobre tiene un fuerte dolor de cabeza». El segundo fue Don Alonso Andrea de Ledesma. Tras él aparecieron Rosalía y Sancho Pelao.

—Soledad y su marido no pueden venir —balbuceó—. Tienen una fiebre muy alta.

Diego permaneció imperturbable.

—Yo lo sabía. Tan sólo quería verlo con mis propios ojos.

La tenacidad y clara visión de Diego García acrecentó su fortuna de tal forma que Doña Ana de Rojas llegó hasta a invitarlo a la fiesta que organizó para el día de su santo. Diego hizo que vistieran de señora el pavo más hermoso que había en su finca. Y luego de colgarle un grueso collar de oro se lo hizo llegar en medio de la fiesta. La chuscada, antes que indignación, como lo quería Diego, fue motivo de risas y alegres comentarios.

—Ese hermano tuyo —dijo risueña Doña Ana— tiene una gracia que deja atrás al más pintao de los andaluces. ¡Qué tanto lo quiero!

Diego continuó reacio a los intentos de aproximación de las hermanas Rojas y de las águilas chulas.

—Ahora que soy rico —decía a Rosalía— encuentran que no soy tan indio. Si ellos tienen mala memoria, yo la tengo requetebién.

Aquella madrugada en que se disponía a embarcarse por segunda vez para Margarita sintió que alguien en la penumbra del alba lo llamaba. Era Don Agustín de Herrera, su implacable detractor. Traía la expresión compungida y confusa:

—Recurro a vuestra caridad porque sé que sois un hombre de corazón y me encuentro en un mal trance. Me avisaron ayer que un hermano mío se encuentra moribundo en la Margarita, donde su barco tocó hace dos semanas. Os ruego que me llevéis en vuestra barca y olvidéis mis ofensas.

—Vuestra es mi barca, señor mío. Subid a ella.

El favor y la travesía rompieron la distancia. Agustín de Herrera se volvió su defensor y apologista.

Una tarde recibió un llamado de Soledad:

—Quiero que me perdones y otro tanto te pide mi marido.

Juan de Mijares que permanecía oculto, emergió de la habitación vecina. Diego con frialdad aceptó el abrazo. Soledad lloró de emoción.

—Estoy embarazada —dijo—. ¿No se me ve? Tengo tres meses.

Diego por primera vez la vio con ternura y la besó en la mejilla.

—¡Qué Dios te bendiga!

—Pero tengo mucho miedo —añadió su hermana con voz modosa. Juan mañana se va a Margarita y tengo miedo de quedarme sola. Tanto él como yo te rogamos que te mudes a casa para que me acompañes.

Un tibio vaivén sintió Diego y esta vez sí abrazó con franqueza a su cuñado Juan de Mijares.

La primera noche que Diego durmió en la vieja casona luego de tres años de haberla abandonado, sus sueños fueron tumultuosos, llenos de zozobra y alegría. El Cautivo se le apareció en la cuadra en el momento de la partida. Montaba el mismo caballo. Soledad recién vestidita y remilgosa esperaba la bendición. El, como aquella vez, se acercó en su potro.

—¿Me llevas a la mina, padre mío?

El Cautivo no se puso bronco ni arrebató la rienda entre maldiciones. Emparejó su caballo al alazán de Diego y tomándolo en vilo lo sentó en su silla cantando a pleno pulmón, mientras cabalgaba por la Calle Mayor:

Niño en cuna,
qué fortuna.
Qué fortuna,
niño en cuna.

Diego despertó al amanecer. Rosalía sentada en su cama le acariciaba la cabeza.

—¿Por qué llorabas?

—Soñaba con mi padre…

—¿Y qué te dijo?

—¡Perdóname, hijo mío!

65. Pájaro de mar

Al rayar el alba, en el momento en que Diego tomaba el camino de su hacienda, llegaba Rosalía. Mijares y Solórzano, según se le escapó a su hermana, se fue a la Margarita con el propósito de montar un negocio parecido al suyo. Diego iluminó sus

ojos con malignidad y rió para sus adentros: «Como si fuera tan fácil».

Cambios sustanciales se habían provocado en el carácter de Soledad en poco tiempo. La encontraba remilgosa, ceremonial, echada para atrás. La atmósfera de la casa años atrás, que con todas las restricciones del Cautivo echó siempre de menos en su soledad, no era la misma. A diferencia de entonces, que se desbordaba interesada y comunicativa por todo cuanto él decía, Soledad ahora permanecía abstraída y silenciosa cuando al regreso de la hacienda le contaba sus peripecias del día.

Tres veces bostezó en su presencia aquella tarde en que conversaba con Rosalía y dando un pretexto cualquiera se alejó hacia la cocina.

—¿A ti no te parece —susurró a la negra— que Soledad se ha puesto muy pretenciosa?

Rosalía sonrió a medias:

—¡Ay, mijito! Si yo te contara. ¿Tú no te has fijado que Sancho Pelao ya ni porta por aquí?

—De verdad, ¿qué le pasó?

—Tú sabes como es él de carirraído. Pues en lo que vio que estabas viviendo aquí se puso con una visitadera, creyendo que por el solo hecho de ser tu socio ya lo emparejaba. Como yo conozco a Soledad más que doblón liso, le vi en la cara su acrimonia cuando Sancho aquel día adelantó la visita nada más que para que lo sentaran a almorzar. Soledad lo vio y con esa frialdad de botella que a veces tiene, le dijo seca: «Siéntese, Pelao». El, sin darse cuenta de la carota de la otra, que apenas levantaba los ojos del plato mientras hablaba, llegó un momento que la trató de Soledad, tú. ¿Qué crees que hizo la muchachita? Como si fuera la misma Doña Ana de Rojas lo vio a los ojos y le dijo descompuesta: «Pelao, le ruego que me trate de Doña Soledad». Levantóse de la mesa y nos dijo: «Me van a perdonar, pero me siento un poco indispuesta». Fue tal el bochorno que le entró a Sancho que sin terminar de almorzar, verde como esa mata, cogió su cachachá y salió corriendo.

Soledad, para su desgracia y la nuestra —añadió la negra no vive sino pendiente de la corte de las Rojas y de lo que dijo menganito y fulanito, y como el marido es noble, no habla sino de escudos, linajes y abolengos. A ti porque te quiere no ha dicho nada; pero óyela detrás de la puerta cuando a mediodía vienen las Rojas a visitarla. Quien la oyese sin conocerla creería que es hija de reyes. Es una lástima, pero esos maizales se perdieron. Ayer no más Doña Ana de Rojas le recriminaba la locura de haberte traído a la casa para que la acompañaras, cuando ella lo hubiese hecho de mil amores. Aparte —dijo Rosalía bajando la voz— que la negrita Juliana se puso a contarle que la otra noche te le metiste al cuarto. Soledad está hecha una cuaima contra ti.

—Y sigo estando —afirmó Soledad saliendo inesperadamente de la sala con expresión acerada—. Lo que acaba de contar Rosalía es la pura verdad. En todo este

tiempo han pasado demasiadas cosas y la verdad Diego, que empero ser hijos del mismo padre, somos muy diferentes. No quiero enfados contigo. Lo de la negrita Juliana me tiene muy contrariada.

Diego no la dejó proseguir:

—Será mejor entonces que me vaya a mi casa. Estoy seguro que Doña Ana de Rojas será mejor compañera que yo mientras dure la ausencia de tu marido.

Soledad, de pie, no dijo palabra alguna.

Diego García media hora más tarde recogió sus alforjas y por segunda vez salió contrito de la casa del Cautivo.

Al llegar a la esquina de Catedral un corrillo de hombres sombríos y cabizbajos murmuraban entre si. La campana de la iglesia comenzó a doblar a muerte:

—¿Qué sucede? —preguntó a Agustín de Herrera.

—Sir Francis Drake, el terrible corsario inglés, acaba de saquear a Santo Domingo de Guzmán. Los muertos son innumerables. El poderío español se tambalea. Acaba de traer la noticia un velero que logró saltarse el bloqueo.

—¡Qué broma! —exclamó Diego—. ¿Pero, qué es aquello? —dijo de pronto al ver a Villapando seguido de Tomasillo en traje de luto arriba de dos buenas mulas.

—Ay, Diego, malas noticias te traigo y más aciagas son para Soledad, tu hermana. La balandra donde venia su noble esposo Juan de Mijares y Solórzano fue capturada por los caribes. Encontraron su cadáver asaeteado de heridas y totalmente podrido muy cerca del castillo.

66. ¡Sálvame de los piratas!

La muerte de su cuñado fue lo que decidió a Diego de una vez por todas a comprarse una goleta veloz y de pesado tonelaje que lo pusiera a salvo de los caribes.

—Me llevo estas dos mochilitas de oro —le dijo a Villapando la víspera de su partida—. ¿Crees que con esto alcanzará?

—¡Niño! —exclamó el herbolario—. Con eso te puedes comprar la nao capitana del almirante de Castilla.

Diego abrazó a Villapando. El herbolario lo vio con tristeza.

—Espera —dijo— te voy a dar unas gotas para el mareo y un fusil de rueda que compré hace poco.

Al despedirlo contuvo un sollozo.

«¿Quién me iba a decir —pensó Diego—, que entre Villapando y yo floreciese tan buena amistad?».

Luego de consolar al viejo y a Tomasillo y preguntarle a Higinia qué deseaba como regalo, Diego salió de la casa del herbolario dirigiéndose al muelle.

La nave avanzaba lentamente por la corriente encontrada. Un galeón apareció súbitamente.

—Mirá, cuñao —le dijo uno de los marinos—. Ahí va el inglés, le conozco el casco y los meneos.

Diego contrajo el ceño. Frente a sí tenía a Sir Francis Drake, el terror de los mares. De él se contaban cosas espantosas, al igual que de su socio, John Hawkins, Juanito Pata de Palo. Dicen que desuella vivos a los prisioneros y que la fiereza de uno de sus corsarios era sólo comparable a la de diez tercios españoles. El navío pirata ligero enfiló proa hacia el «Tres Puños». A trescientas brazas a babor estaba la Isla de Cubagua. El galeón a menos de un cuarto de milla, se les venía encima. Diego y sus hombres, atónitos, lo veían acercarse.

—Nos quiere volcar por la pura maldad —observó uno de los marinos.

—¡Virgen de la Soledad! —imploró Diego—. ¡Sálvame de los piratas!

Un golpe de viento sucedió a la invocación. El galeón detúvose de pronto y el «Tres Puños» raudo huyó hacia la isla. Un cañonazo cortó el aire: una bala cayó a veinte brazas y una segunda llegó a salpicarlo. Pero ya el barco de Diego se oculta tras un farallón. El navío desistió de su presa y siguió hacia el Oeste.

Anclaron en Cubagua.

—Es mejor que pasemos la noche aquí —observó el capitán— porqué ya está oscureciendo. Saldremos en la madrugada con la fresca.

—¡Bolas! —exclamó Diego—. Yo no duermo aquí ni de vaina. He oído decir que aquí salen los diez mil espantos.

—Como queráis —respondió resignado el marino—. Todavía nos quedan dos horas con luz. Antes de ese tiempo bordearemos a la Margarita.

La nave izó anclas e hinchó velas, deslizándose suavemente sobre el borde septentrional de Cubagua. Tras dos rocas gigantescas saltó un grito:

—¡Ana Karina Rote!

Cuatro piraguas caribes, veloces como toninas, los rodearon de frente y de lado. Los marinos no ofrecieron resistencia. Diego los observó con aprensión cuando abordaron la nave. Eran altos, musculosos y con facciones casi femeninas, a pesar de su expresión feroz.

El que parecía el jefe dijo unas palabras señalando a Diego y a dos marinos. Los maniataron de pies y manos y a pulso los echaron como fardos en las piraguas. Luego comenzaron a hurgar entre la mercancía. El que daba órdenes mostró a Diego, con júbilo pueril, la mochila de oro con la que pensaba comprar la goleta ligera.

De la balandra salió en alarido la voz del negro Felipillo.

—Caribe no come negro —dijo un indio en castellano—. Negro cobarde: hace mal barriga.

Otros dos gritos se sucedieron. Afirmó la misma voz:

—Muy viejos, pellejo duro…

Remaron rauda y acompasadamente toda la noche en sorprendente estabilidad.

«Ahora comprendo cómo llegan hasta Cuba. Son los verdaderos piratas del Caribe».

El indio ladino que hablara antes, se arrellanó en la popa. Era un joven musculoso y de facciones agraciadas.

—Mi nombre es Anakoko. ¡Toma, come! —dijo cordial, entregándole un pedazo grande de su propio queso.

—¿A dónde vamos?

—A nuestro reino. Lo que vosotros llamáis la Isla de Granada.

Arrullado por el vaivén de la piragua se fue deslizando en un sueño profundo.

Sobresaltado despertó. Despuntaba la mañana. El caribe que no remaba le dijo jovial haciendo brillar sus dientes:

—Ya llegamos. He aquí nuestro reino.

Una playa arenosa rodeada de montañas altas y abundante vegetación, se abrió a sus ojos. Una flota de veintinueve galeones se balanceaba en el seno de una anchurosa bahía.

—¿Y éstos, quiénes son? —preguntó Diego sorprendido.

—Son nuestros amigos corsarios. Se aprovisionan de alimentos y nos venden lo que necesitamos. El barco grande es de Drake, el de al lado es de John Hawkins, o Juanito Pata de Palo.[52]

67. Los caribes de Granada

El pueblo en masa salió a recibirlos. Hombres y mujeres andaban en cueros. Las mujeres eran hermosas y bien formadas. De facciones finas y perfiladas como españolas, y de tez tan oscura, que hubiesen pasado por negras de no tener el pelo lacio y crecido.

El poblado era muy grande, con amplios y altos bohíos de bahareque y palma, que, escalonados, bajaban de la montaña al mar.

No menos de doscientas piraguas se alineaban en la playa. Entre burlas y gritos desfilaron los cautivos. Anakoko, altivo y a grandes pasos, atravesó el pueblo llevando a Diego con un cordel que le amarró al cuello. Luego de recorrer un largo trecho de playa solitaria llegaron a unos cocales. Tres hombres blancos, recostados a los troncos y en actitud indolente, los vieron llegar. Estaban atados por una cadena, del pie derecho a unos aros de hierro incrustados en los árboles. Estaban desnudos y con la piel curtida por el sol.

—Original cárcel esta —dijo Diego a su captor.

—Soy tu dueño —respondió Anakoko.

Apenas se detuvo llegó un indio con arreos de herrero. De un tirón tomó por el pie a Diego y sin tomar en cuenta sus gritos, remachó el anillo. Tan pronto hubo acabado, a golpes de cincel liberó a dos de los prisioneros. Sin mayor emoción, luego de mirar a Diego, se alejaron renqueando.

Anakoko luego de ver largamente a Diego y de sonreírle con simpatía, se fue hacia el pueblo seguido por el herrero.

Al instante aparecieron tres muchachos portando vasijas con agua, licor y pescado crudo. Uno de ellos se dirigió a Diego, y como no entendiese, se desbordó en gestos y palabras de colérico acento.

—¡Qué os desvistáis por completo! —dijo a sus espaldas el prisionero que restaba.

Era un mozo regordete y rubio, de plácido aspecto.

—Soy Antonio Sandoval —añadió acto seguido—. Subteniente de La Asunción. Fui capturado por los caribes en la playa de Manzanillo. Soy de Sevilla y tengo veinte años.

Diego obsesionado por lo que escuchó a Anakoko sobre la suculencia de su esclavo, preguntó arrebatado:

—¿Cuándo cree vuesa merced que me habrán de comer?

Sonrió el subteniente de La Asunción:

—Tranquilizaos, mi querido amigo —dijo reticente—. Los que aquí vienen no son para ser comidos. La alacena y despensa de la isla está al frente. En esos cocales que allí veis.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Diego preso de una sospecha.

Toño, con meneos y expresión femenil, sonrió pudoroso. Bajó los ojos y con el índice comenzó a dibujar sobre la arena.

—Yo no sé si estáis enterado de que estos feroces guerreros, ahí donde los veis, no distinguen fácilmente hombre de mujer cuando se trata de darle gusto al cuerpo, y lo mismo puede servirles una moza, como un muchacho guapo como vos.

—¿Cómo decís? —prorrumpió—. ¿Quéréis decir que…?

—¡Exactamente! —añadió Toño con una sonrisa.

—¡Prefiero que me coman vivo!

—Tomadlo con calma. Tenéis todavía un mes por delante. En ese tiempo —añadió con expresión ambigua— y con este sol, ¡ay!, uno termina por ver las cosas distintas.

—¡Explicaos!

—Pues, por lo que he visto —y dibujó un corazón en la arena— me parece que el cacique Anakoko está pringoso por vos…

Una tempestad de movimientos se apoderó de Diego.

—Calmaos, hombre —observó Toño—. De no haber sido por el amor, no

estaríais en Guanacoco y los cocineros se estarían dando mañas para el banquete de esta noche, como será el destino de vuestros compañeros.

Diego dejó salir un alarido:

—¿Se comerán a Chucho y a José María esta noche? ¡Pero es horrible!

—Veis entonces —añadió el otro en tono apaciguador— que no es tan malo vuestro destino según se mire…

—Pero es que yo soy un macho completo… —dijo desinflado.

—Nadie lo pone en duda, pero tratad de escucharme para que entréis en razones: Anakoko, como os decía, se prendó de vos y está tan enamorado como lo puede estar en España un fiero guerrero de una doncella…

—¡Noo! —voceó Diego con desesperación.

—Calmaos, —prosiguió Toño— y dejadme explicaros. ¡A lo mejor os queda alguna esperanza! Anakoko no os va a obligar esta misma noche, ni tampoco mañana. Durante un mes os cortejará, al igual que entre cristianos hace un novio decente. Vendrá a visitaros una o dos veces al día. Os traerá regalos. Os dirá dulces palabras. Tratará de despertar en vos los mismos sentimientos que él siente. Si al cabo de ese plazo accedéis a sus deseos, os pondrán en libertad y os integraréis a la vida de la tribu, como acabáis de ver hicieron esos mozos franceses capturados hace exactamente dos meses, y novios ya de dos caciques muy principales.

—¿Y si me niego?

—Os matarán en forma atroz: despellejándoos en vivo, inflingiéndoos los más espantosos sufrimientos; sin merecer siquiera el honor de ser comido por la tribu, ya que se consideraría muy grave afrenta el haber dado calabazas a un cacique tan principal como Anakoko.

Diego, con la mirada en lontananza, caviló por más de un minuto.

—¿Y vos, cuánto tiempo lleváis prisionero?

—Pues, pasado mañana —respondió— he de cumplir los tres meses…

—¿De modo que…?

Diego, sin comer ni beber y rígido, vio caer el día. Toño intentó varias veces reiniciar la conversación.

—Sé que no queréis oír mi voz ni hablar de todo aquello, pero como soy cristiano quiero deciros: si no estáis de acuerdo con vuestro destino, dentro de un mes, yo mismo os sacaré de apuros.

Diego, ante aquellas palabras depuso el agrio gesto.

—¿Creéis que podéis ayudarme a escapar?

—Os lo aseguro; si me prometéis no reaccionar violentamente contra los requiebros de Anakoko, pues ello pudiera ser fatal. Dadle esperanzas. Eso debilitará su vigilancia. Estaréis solo todo el tiempo. Este es un coto cerrado, igual que un harén. Nadie puede acercarse a vos ni pasar por la playa.

El sol en ese momento desapareció en el horizonte. Una algarabía estalló al otro lado de la bahía.

—¡Pobres infelices! —exclamó Toño santiguándose—. Los están descuartizando vivos.

Tambores y guaruras restallaban por la playa.

—Ahora se emborracharán hasta el alba.

Las sombras cayeron sobre la playa y los cocales. La danza de los caribes continuaba. Vieron venir una figura por la arena.

—Ahí viene Amparino —dijo Toño.

—¿Quién? —preguntó Diego.

—Mi novio —respondió el subteniente de La Asunción.

Pasada la medianoche permanecía insomne. La luna alcanzaba su cenit, iluminando la ensenada y los navíos. Un objeto largo se deslizaba suavemente. Diego, que desde hacía ratos lo veía avanzar, supuso al principio que era un árbol a la deriva. Luego de un sacudón pensó en un pez grande. Cuando salió del agua vio que era una mujer.

—¡Ey, Diego! —dijo la sombra con voz asordinada— soy yo…

Desnuda y reptando llegó hasta él. Un rayo de luna le dio en la cara.

—Soy Leonor. Leonor Vásquez.

La mujer gimoteando lo abrazó con vehemencia.

—¡Mi muchachito! ¿Qué te han hecho? ¡Dios mío! —decía mientras lo acariciaba —. Supe por el pobre Chucho, a quien se lo comieron vivo, que estabas entre los prisioneros. Pensé que estarías aquí.

Hablaba atropelladamente, en forma ininteligible. Dijo que estaba de mujer de un cacique. Que aunque la creyese loca, estaba feliz con su nuevo marido, y con el tipo de vida que llevaba. Que ella no pensaba regresar nunca más a Caraballeda y que si la venían a rescatar huiría con los caribes.

—Pero ése no es tu caso, mi vida. Tú eres un machito, y antes prefiero verte muerto, que vayas a terminar de puto de esos salvajes. Hay que hacer un plan para que tú huyas. Pero antes que se me olvide, tengo algo horrible que decirte: ¿Tú sabes quién es el responsable de tantas victimas y naufragios? Pues nada menos que, el desgraciado de Villapando. Me lo dijo mi hombre. Él es quien maneja las palomas mensajeras. Villapando, cada vez que sale un buque de Caraballeda hacia Margarita, manda una paloma señalando hora y fecha de salida y tonelaje. Por eso es que a sus buques no les pasa nada. ¡A ese bicho hay que matarlo! A mí, sin proponérselo, me hizo feliz liberándome del mojón de Lázaro; pero cuando pienso en la cantidad de gente muerta, amigos de una, me entra mucho coraje y me dan ganas de parar en la primera oportunidad para denunciarlo. Tú tienes que salvarte, antes que huir. No solamente por ti, sino por los que faltan, por los que fueron, por los que vendrán.

¡Pero, qué buen mozo te has puesto! Nunca te había visto así. ¿Qué hacemos los dos desnudos bajos estos cocales? ¡Ay, Dieguito, ven!

Al día siguiente y ya avanzada la tarde, Toño, que conversaba animadamente con Diego, se puso en pie bruscamente y dijo, señalando hacia dos hombres que avanzaban por la playa:

—Bueno, amigo mío. Llegó la hora de despedirme. Ahí viene mi novio. Rezad por mí y que Dios os acompañe.

Y diciendo esto se puso las guirnaldas de flores que Amparino le envió en la mañana y abrió los brazos para recibirlo.

En la última hora del atardecer llegó Anakoko. El guerrero no ocultaba su turbación. Luego de sentarse a su lado, dijo, tras grande esfuerzo:

—¡Hermosa que está la tarde…!

—¡De verdad! Está muy bonita, a pesar de este plaguero.

—¡Pero más bello sois vos! —le espetó cadencial, ladeando bruscamente el perfil y mirándole a los ojos con ardor. Diego recordó a una noviecita remilgosa que había tenido en La Vega: cerró pudoroso los ojos y jugando con la arena como le vio hacer a Toño, respondió:

—Gracias por el cumplido.

—No es cumplido, ¡hermoso! Es la verdad. Nunca he visto unos ojos más bellos y una piel tan digna de ser acariciada. ¿Me permitís?

Anakoko intentó abrazarlo.

Diego con una varita y un golpe bajo se lo impidió.

—¡Deja la vaina, indio! Vamos poco a poco pa’que no te atores.

Anakoko exclamó:

—¿Entonces me amáis?… Decídmelo de nuevo y me haréis el hombre más feliz de la tierra.

Ah, buena lava —se dijo Diego—. ¿Qué hago yo con este nonatero birriondo?

La advertencia de Toño lo hizo más precavido.

—¡Ten calma y ya verás… ya verás! Por los momentos vamos a dejar la pepera y hablemos de otras cosas.

Ya era noche avanzada cuando se marchó Anakoko, y Diego en el cocal, fue envuelto por la pesadumbre que lo arrulló con sueño agitado. La mujer de Lázaro Vásquez lo besaba, pero el cuerpo frío y mojado de Leonor le reveló que no soñaba. Luego de secarse y de mojarse el uno al otro, comenzó a decirle con su palabra premiosa.

—Ya te tengo todo arreglado. Drake está loco por mi y quiere llevarme con él. Vengo de su camarote, pero naiboa. No dejo a mi indio. Me prometió sacarte mañana de aquí en el momento de zarpar. Aquí te manda esta lima para que rompas la cadena. De aquel barco te van a poner una linterna encarnada en la popa. Nada lo más rápido

que puedas. Los ingleses te salvarán. ¿No te parece rico? Pero no te olvides de Villapando, que es un desgraciado. ¡Ay, chico, pero que frío tengo! ¿Por qué no me calientas otro poquito? ¡Ay, qué sabroso!

Día y noche limó Diego el fierro. Al oscurecer le restaba un grueso trozo. Con ansiedad prosiguió en sus propósitos. Al oír la charanga de la flota aumentó su desesperación. Limó con ligereza.

—¿Qué os sucede amor mío? —preguntó de pronto la voz de Anakoko—. ¿Por qué os dais con tanta fuerza? Son pulgas de arena —añadió— y hacéis mal en rascaros con tal saña. Dejadme ver vuestra pierna.

—¡No es nada, coño! —respondió áspero—. Me masajeaba la pierna, la tengo dormida.

Anakoko con ardor desbocado saltó sobre el muchacho. Diego intentó oponerse. El caribe lo aventajaba en corpulencia, vigor y estatura. Diego rugía. Anakoko jadeaba, mientras en la nao capitana estallaba la señal de partida.

Luego de marcharse el indio, lloró en silencio, aserrando la cadena con tristeza y lentitud.

Cometas y tambores retumbaron en la flota. Una charanga de gaitas aturdió la bahía. De cada uno de los barcos dispararon tres salvas. Los caribes sonaban sus guaruras agitando lanzas y antorchas. Las velas de los bajeles se inflaron opulentas. Las anclas centelleantes emergieron del mar.

Diego gimió bronco.

El galeón de Juanito Pata de Palo fue el primero en salir por la angosta boca de la ensenada. Uno tras otro salían los barcos. Un bote se desprendió de la nao de Drake y bogó presuroso hacia los cocales. Un hombre saltó a tierra. Diego desconcertado lo vio acercarse.

—¿Es que ya no me conoces? —dijo la sombra—. ¡Cuán pronto me has olvidado!

Ya Diego adivinaba, cuando la luna le dio en la cara. Era el Miás, «El Hombre de las Bolas al Hombro», el esclavo blanco del Ayuntamiento.

68. Larga y sorprendente rota

La flota con sus velámenes blancos batidos por la luna parecía una ronda de almas en pena.

—Yo soy un oficial de Su Majestad Británica —explicó el Miás— y esta es la flota de Sir Francis Drake. Salimos de Plymouth hace dos meses y andamos de corso por el Caribe. Soy el Capitán de esta nave.

—Nunca pensé que fueras pirata —observó Diego.

El Miás conturbó la expresión:

—No somos piratas, sino corsarios. Soldados al servicio de nuestro reino, no

ladrones. El quinto del botín pertenece a Su Majestad. Es una profesión muy noble. A nosotros nos amparan las leyes de guerra. A los piratas no. Tan pronto los toman prisioneros son ejecutados. Los españoles en los últimos tiempos no hacen diferencia entre pirata y corsario y nos cuelgan igualmente. Casta maldita esta de los españoles. ¿No te parece, Diego?

Un respingo se le plantó en la cara. Muchas veces refirió al Miás su antipatía por los peninsulares. Pero ahora, al oírla en boca extraña, sintió un molesto escozor.

—Estamos reclamando nuestro derecho a participar en la riqueza del Nuevo Mundo —prosiguió el corsario—. No hay ninguna cláusula en el testamento de Adán donde diga, como hizo el papa español Alejandro VI, que las Indias deberían dividirse entre España y Portugal. Cuando se agotan las argucias y argumentaciones diplomáticas queda abierto el camino de las armas. ¿Estás de acuerdo?

Diego veía con extrañeza al Miás. Parecía otra persona. Si hace tres años era un hombre corriente, sano y reilón, ahora era igual a esos curas españoles llenos de fuego y vehemencia.

—Vosotros los criollos tenéis que ayudarnos a imponer el protestantismo, que es la verdadera fe, en estas tierras nuevas. Los españoles son ignorantes, déspotas, fanáticos. Sólo tienen por propósito sacaros vuestra riqueza a cambio de nada. Con nosotros seria diferente.

Diego se sorprendió de lo que decía el Miás. Jamás había sufrido un trato más rudo y desdeñoso que el recibido en aquellos tres días que llevaba entre ingleses. Si los españoles desdeñaban a los mestizos, sólo se percibía en entre líneas o en algún momento de suprema cólera. Nunca en aquel tono brutal, cual si fuera un animal pestilente.

—Y a propósito, Miás, ¿cómo haré yo para llegar a mi tierra?

El corsario le dirigió una mirada conmiserativa:

—Eso lo veo difícil, querido amigo. Ya has vivido entre nosotros. Sería peligroso devolverte al campo contrario.

Diego lo miró consternado.

—No veo otra salida que seáis uno de los nuestros. Te gusta la guerra y tienes buena disposición para ella. Sir Francis Drake, a quien hablé de ti, ve con simpatía que te enroles bajo nuestras banderas. Hombres de tu condición son buenos para penetrar la tierra que se ha de conquistar.

Diego sintió azotarlo el rubor.

«¿Cómo se imagina este desgraciado que yo puedo guerrear contra los míos?».

Luego de un largo silencio pensó:

«Los españoles nos hacen sentir indios y españoles los ingleses. ¡Qué destino el de los mestizos!».

El corsario siguió desgranando propuestas.

—Trabajando para nosotros serás Gobernador de Caracas y no un olvidado hacendado, como por más que hagas será tu destino.

Ante la propuesta simuló entusiasmo. Ya aparecería la oportunidad.

Una fragosa tempestad los obligó a guarecerse en el abandonado pueblo de La Borburata. Diego miró hacia las montañas. Detrás de ellas estaba Valencia. Los corsarios, alrededor de las hogueras, comieron, bebieron y charlaron.

Drake y Juanito Pata de Palo hacían grupo aparte con siete oficiales.

El Miás les presentó a Diego. Juanito Pata de Palo, el pirata que vendió a Rosalía a Julián el de las Mendoza, rió al identificarlo:

—¿Tú eres el hijo del Cautivo, el viejo tunante? Buenos amigos éramos y mucho que comercié con él. Era un tío con gracia. —Y en un rapto cordial le tendió una botella.

Drake era un hombre silencioso, de aspecto imponente. Sin modulación en la voz dijo a Diego:

—Me he enterado de que deseáis enrolaros en nuestro ejército para servir lealmente a Su Majestad Británica. ¿Qué os hace desertar de los vuestros y renegar de sus leyes, principios y creencias?

—El odio, señor —respondió sin vacilar—. Los españoles desprecian y explotan a los mestizos y por lo que tengo visto, me entiendo mejor con los ingleses.

Drake dirigió una mirada de inteligencia a Hawkins: «¿Veis como tengo razón? Esta es la vía para domeñar el Imperio Español».

Diego se fue a dormir a una de las casas de la abandonada puebla. Mientras rugía la tempestad amasaba sus planes de fuga. Esperaría a que todos durmiesen. Correría entonces a través de las montañas.

Los dos hombres que compartían el rancho se durmieron bajo las mantas. Diego, atento a la primera clarinada del gallo, simuló dormir. Una clarinada de bronce lo despertó de madrugada. El Miás, con voz alegre gritaba a su lado:

—¡En pie, perezoso!

—¡Maldición! —clamó Diego al darse cuenta de que un sueño profundo lo había traicionado.

—Hasta este mismo momento —le dijo sonriente el Miás— dudaba de tu sinceridad. Tuve miedo de que al amparo de la noche pretendieses escapar. Esos dos que ves allá —dijo señalando a dos corsarios— tenían instrucciones de cazarte como un pollo.

La flota se puso en marcha hacia el Oeste. A la mañana siguiente Diego divisó hacia el Norte una isla larga y plana coronada por un castillo.

—¡Es Curazao! —apuntó el Miás.

Fortaleza y flota cruzaron disparos. Las naves inglesas continuaron su derrotero hacia el poniente.

Cuatro días más tarde cayeron sobre Río Hacha. El saqueo fue tan cuantioso, como la matanza. Diego aparentó combatir. Sólo tiró a matar cuando un coracero español se le vino encima.

De Río Hacha siguieron a Cartagena. La plaza opuso pugnaz resistencia. Por siete días y siete noches rugió el cañón. Los ingleses abrieron brechas en las murallas y entraron a saco. El gobierno, con buena parte de los tesoros, huyó a tierra. Drake impuso un tributo de cien mil ducados.[53]Diego García y el Miás fueron enviados como parlamentarios.

El Gobernador se tornó apoplético al ver a Diego:

—Exijo como primera condición para negociar —gritó soberbio— que me quiten de la vista a este mestizo asqueroso, cobarde y traidor, como todos los de su casta.

De Cartagena fueron a Portobello en Panamá; de Portobello a La Florida. Portobello resistió. San Agustín fue fácil presa para los corsarios. Desde la injuria de Cartagena peleaba con valentía y arrojo. Después de San Agustín el mismo Drake lo felicitó, trasladándolo a su nave con el cargo de Tercer Ordenanza. Drake era un hombre férreo y metódico. Frecuentemente interrogaba a Diego sobre su provincia, apuntando cuidadosamente sus respuestas en un libro.

La flota desde hacia más de una semana navegaba sin ver tierra. Un frío terrible aumentaba de un día a otro. Las aguas "perdieron su color y se tornaron oscuras como tinta. Una niebla espesa, densa e impenetrable rodeó la nave por todo un día.

—¿A dónde vamos, señor capitán? —se atrevió a preguntar lleno de angustia.

—A Inglaterra —respondió Drake—. A ver a la Reina.

Diego y el Miás pasean por los jardines de la Torre de Londres. Sir Francis Drake y John Hawkins celebran consejo con Su Majestad Isabel I.

—Al parecer —le observó el Miás— urden algo importante contra España.

Envarado en un traje de corte, el muchacho lo escucha a medias.

A lo mejor —prosigue el corsario—. Su Majestad te interrogará en persona. Es una mujer excepcional, lo mismo hace una tarta de nueces para chuparse los dedos, que planifica una batalla.

Él criollo y el inglés se detienen ante una fuente coronada por un pez de piedra que deja fluir el agua.

—Dicen que está encantada.

—A bicho bien feo —se burla Diego.

El pez gorjeó trepidante y lanzó sobre el criollo un chorro negro pestilencial.

Un coro de risas sucedió al baño. Diego trataba de limpiar el traje profiriendo injurias y maldiciones. Seis caballeros acicalados lujosamente, entre los que estaban Drake y Juanito Pata de Palo, pasaron a su lado escoltando a una mujer de mediana edad, fea y pelirroja. Vio a Diego burlona y dejó suelta una risa cantarina. Sorprendido la siguió con los ojos. Una mano en garra lo tiró hacia abajo:

—¡De rodillas, imbécil! ¡Es la Reina Isabel de Inglaterra!

El pez varió de nuevo el caudal del chorro y lo volvió a empapar emitiendo un sonido parecido a un rebuzno.

—Lo llama burro —exclamó la Reina, ahogada por la risa.

Diego, estuporoso, la vio alejarse seguida por su cortejo. El fango del sendero la hizo vacilar. Uno de los compañeros que la acompañaba tendió su capa sobre el lodazal:

—Pasad ahora, mi Reina y Señora.

—Ese caballero es Sir Walter Raleigh —susurró el Miás.

Bajo el comando de John Hawkins o Juanito Pata de Palo y teniendo por segundo al almirante Drake, la flota inglesa salió de Plymouth dispuesta a enfrentarse con la poderosa armada que Felipe II lanzaba contra Inglaterra.

Diego García se embarcó en un falucho ligero.

La tempestad aniquiló la flota a la que el Rey de España llamó «Armada Invencible».[54]Hasta las mismas costas de Vizcaya, los ingleses dieron caza a los sobrevivientes, donde cruzaron fuego con las fortificaciones de la costa.

Una andanada recibió el barco de Diego. Ante los ojos asombrados y doloridos del Miás, en obra de minutos se fue a pique.

En el momento de oscurecer, Diego alcanzó un madero. Hasta la mañana, guiado por las luces del puerto, luchó por acercarse a la playa. Al amanecer y exhausto, tocó tierra. Un grupo de marinos y de campesinos lo rodearon amenazantes.

—¡Soy español! —dijo antes de desmayarse.

Ante el Alcalde de Onarra, como se llamaba el pueblo, contó sus peripecias. Sin decir palabra el funcionario lo llevó hasta un castillo erguido sobre un acantilado, donde lo bajaron a las mazmorras.

El Conde de Dabois, gobernador del castillo, lo interpeló de nuevo. «Que no hable con nadie el prisionero» —ordenó al salir.

Al día siguiente lo montaron en un coche enrejado. Luego de saltar varías horas por caminos polvorientos, Diego sintió bajo el suelo los adoquines de una ciudad. Del coche lo llevaron a otra mazmorra y de ella a un lujoso salón. Un hombre grueso y moreno lo vio por encima de sus antiparras.

—De rodillas, so borrico —le dijo el Conde de Dabois que lo acompañaba—. Estáis ante el Capitán General de Bilbao.

El Capitán General, al igual que el Alcalde y el Conde, ordenó que lo guardasen totalmente incomunicado.

Una semana pasó Diego García en los calabozos de Bilbao. Esa mañana lo sacaron de las mazmorras y lo montaron en el mismo coche que lo trajo de Onarra. Pero esta vez dieciséis hombres de a caballo, entre los que se veía cabalgar al Conde

de Dabois y al Alcalde de Onarra, lo acompañaban. Por más de ocho días y sin dejar de cabalgar, pues tan pronto llegaban a las cuadras desenganchaban los caballos y ponían otros de relevo, Diego recorrió España. Finalmente llegaron a un edificio inmenso y lo encerraron no en una lóbrega prisión, como había sucedido hasta entonces, sino en una habitación que, aunque bien guardada por rejas, llaves y soldados, tenia aspecto confortable. A la mañana siguiente un caballero ataviado lujosamente y que se identificó como el Conde de Torre Pando de la Vega, gentilhombre de la copa del Rey, lo invitó afablemente a que le narrase su aventura. A cada palabra suya el Conde dirigía rápidas miradas a los legajos que traía en sus manos, sonriendo cordial a cada afirmación o negación suya.

—Pobre chico —dijo finalmente luego de escucharlo por tres horas—. Ya puedes salir y pasearte por el Palacio libremente, pero acuérdate de no hablar con nadie. Espérame en este mismo sitio pasada la hora de la siesta.

A la hora convenida, el Conde de Torre Pando vino en su busca. Cabalgaron alrededor de un cuarto de hora hasta un punto de la sierra que se divisaba enfrente. Cinco mosqueteros y diez alabarderos montaban guardia a la entrada de un sendero. Torre Pando bajó de su montura.

—Ven —invitó a Diego.

Avanzando por un sendero polvoriento caminaron unos cuantos pasos.

—Vamos a consultar a un viejo muy sabio a quien has de contarle todo cuanto me has dicho. Hazte de cuenta de que te confiesas con Dios.

—Allí está el viejo —dijo señalando hacia una roca—. Acércate a él.

Diego se aproximó lentamente al anciano que estaba sentado en la oquedad de un peñasco. Ensimismado contemplaba el panorama. Era un hombre magro de carnes, con la cabeza cubierta por un gorro cónico como un bonete, vestido de negro, con un gran crucifijo al cuello y el pie derecho vendado apoyado en un taburete guarnecido por un cojín. Una honda expresión de tristeza traía en la cara.

Por más de tres horas Diego refirió sus aventuras. El hombre sin variar la expresión y con los ojos en lontananza, pidió detalles sobre los navíos de guerra; el sistema de aprovisionamiento; su parecer sobre la Reina Isabel.

Luego de escucharlo y siempre de perfil, dijo suavemente:

—Bien, ya puedes marcharte.

A la mañana siguiente el Conde de Torre Pando de la Vega le comunicó:

—Bien, chaval. Te has conducido como un héroe. Si te marchas ahora mismo a Sevilla alcanzarás a tiempo la Gran Flota que dentro de una semana partirá hacia Indias. Aquí tienes, como premio a tus sacrificios, esta joya y estos dinerillos.

Y diciendo esto puso en sus manos una esmeralda engastada en un anillo y cien doblones de oro.

—¡Ah! —dijo Torre Pando cuando arriba de su bestia se disponía a partir—. Se

me escapó decirte que el buen anciano con quien hablaste ayer es Su Majestad Felipe II, Rey de España por la gracia de Dios, y Emperador de las Indias.

69. ¡Esta es mi justicia!

Cuando el patache de la flota que hacia la Carrera de Indias lo dejó en Margarita, Diego no sabía por dónde comenzar, luego de aquel agitado peregrinar de tres años. Nadie le hubiese creído que además de conocer a Isabel, la Reina Virgen, hubiese charlado por más de dos horas en el trono de piedra con el Rey de las Españas. Armado por la experiencia de que lo llamasen embustero, como le sucediera a bordo, silenció lo sucedido. Obsesionado por la imagen de Villapando embarcó hacia Caraballeda.

Al tercer día, vislumbró, entre cocales y con la montaña al fondo, su amado Camurí.

La gente reaccionó con sorpresa y júbilo al verlo llegar.

—¿De dónde has salido? Te dábamos por muerto.

—Ahora no tengo tiempo para explicaciones. Dadme un caballo y dos de vosotros venid conmigo.

Por el camino se enteró de que Caraballeda se había despoblado el mismo año de su partida a causa de las graves disensiones surgidas entre el Gobernador Don Luis de Rojas y los Regidores del Puerto, quienes se oponían, como quería el de Rojas, a deponer su fuero de elegir ellos mismos a sus alcaldes.[55]Antes que ceder prefirieron marcharse a Caracas. Don Luis de Rojas armó camorras a diestra y siniestra. Intentó violar a Doña Ana de Rojas. Un pesquisador llegado de Santo Domingo, a comienzos de año, lo depuso haciéndolo comparecer ante la Real Audiencia. El nuevo Gobernador Don Diego de Osorio, según le van contando, es un hombre enérgico. Haciéndose eco de la necesidad de un puerto para Caracas ha fundado cerca de Tacagua, en un sitio pegado a la montaña, una nueva ciudad-fortaleza: La Guayra.[56]

En Caraballeda sólo restan diez vecinos y entre ellos Villapando, a pesar de tener sus almacenes en el nuevo puerto.

«¡Claro! —se dice Diego— lo retiene la querencia de sus palomas mensajeras».

La tropilla llegó a La Guaira. Villapando en el muelle conversa con tres frailes frotándose las manos y con aire sumiso.

De un puñetazo lo derribó.

Andrés Machado y otros vecinos, creyéndolo víctima de un acceso de locura, lograron someterlo. Cuando refirió, con voz entrecortada, los crímenes del herbolario, la tropa de línea tuvo que hacer valla para que no lo colgaran.

Maniatado sobre un burro y acompañado de buena escolta, Villapando llegó a Caracas. Andrés Machado y sus hombres, a sugerencia de Diego, retornaron a

Caraballeda para registrar minuciosamente la casa del palomar. En una hendija de su escritorio encontraron la pequeña cápsula donde las palomas mensajeras transportaban sus mensajes: adentro había un papel que en letra muy menuda advertía:

Miércoles llegan palomas.

Machado frunció el ceño.

«Hoy es miércoles. Quien trae las palomas de relevo está por llegar».

—Esperémoslo —propuso a sus hombres y con la mirada atenta escudriñó los caminos.

En Caracas, Diego formuló su denuncia ante Diego de Osorio, el nuevo Gobernador. La gente se agolpaba en la sala capitular. Sancho Pelao se acercó a Diego y luego de estrecharlo entre sus brazos se retiró a un rincón. Diego lo observa con tristeza:

«En su cara no hay alegría por mi retorno, sino contrariedad».

Pero Villapando, a pesar de sus magulladuras reclama atención:

—¿Con qué derecho se me difama y maltrata de esta manera? ¿Dónde están las pruebas? ¿Qué vale más, la palabra de este mocoso disoluto y fantaseador, contra una vida consagrada al servicio del prójimo y a la existencia honrada? El que tenga palomas mensajeras para mejorar mi información, ¿es acaso un delito?

Lazarito Vásquez interrumpe el alegato al entrar apresurado en el lugar del juicio. Cruza el salón con recios pasos y entrega al Gobernador el mensaje encontrado en el escritorio de Villapando.

—Y bien, señor de Villapando —pregunta el mandatario— ¿qué decís a esto?

Villapando miró con desdén la cápsula y el mensaje.

—No digo nada. ¿Qué puedo decir? ¿Puede vuesa merced o alguno de los presentes sacar alguna conclusión sobre lo que dice este mensaje de mi socio? Yo, en cambio, sí puedo probar —silbó amenazante— que el pretendido naufragio de Diego García es absolutamente falso y que barco y mercaderías fueron vendidas en Puerto Rico con el sólo fm de robar a su socio, el honorable comerciante Sancho Pelao.

El marido de Rosalía empalideció, bajando los ojos con turbación. Una ráfaga hostil ventisqueando hacia Diego se apoderó de los presentes.

—Todo esto no es más que una añagaza para perderme —redondeó Villapando—. Para arruinarme y excluirme de la competencia naviera…

—Concedamos un receso hasta las cinco de la tarde —propuso Diego de Osorio — y vayamos todos a almorzar, que son las doce pasadas. Eso si, al acusado y al acusador me los encerráis bajo llave y en celdas diferentes, mientras se decide qué hacer con ellos.

Ya el Gobernador dictaba sentencia cuando Andrés Machado y Simón Bolívar, el Mozo entraron en la sala capitular.

—Lo agarramos —dijo señalando a un indio maniatado— en el momento en que entraba a la casa de Villapando con esta cesta de palomas. A media legua y entre el monte cuarenta caribes dormían. Ninguno escapó con vida. Ved, Excelencia.

Y diciendo esto volcó sobre el suelo el contenido de un saco: cinco cabezas sangrantes retumbaron sordas al chocar contra el piso.

—El indio ha confesado —añadió Simón Bolívar— que Villapando era su cómplice.

Villapando fue condenado a muerte para el día siguiente, sin apelación ni retardo en la sentencia. Apenas salió del Cabildo, Diego se dirigió a casa de su hermana. En cuatro años Soledad se había transformado en opulenta matrona que lloró al verle y lo abrazó con cariño. Se enteró de que Doña Ana de Rojas murió de parto el año de haberse partido.

—¿No me digas? —preguntó sin ocultar su alborozo.

Un niño de cuatro años interrumpió. Era Hernán de Mijares y Solórzano, el hijo de Soledad.

—De haber estado aquí hubieses sido el padrino —dijo.

Esa noche durmió en casa de su hermana.

A la primera hora salió hacia la Plaza Mayor, donde había de celebrarse la ejecución.

El Gobernador presidía el acto. Villapando subió al patíbulo. Antes de cubrirle la cara afirmó solemne:

—Declaro bajo juramento y en el momento de morir, que todo de cuanto se me acusa es una infamia.

Redoblaron los tambores. El verdugo, de una patada, quitó el banquillo. El cuerpo se balanceó en el aire. Se amoratá el rostro preso de convulsiones. Cuando ya lo tenían por muerto se rompió la curtida soga. Villapando cayó al suelo.

Los vecinos, temerosos, se persignaron. ¿Desaprobaba el cielo la ejecución de un justo?

El Gobernador, impulsado por antiguas creencias, sentenció:

—El reo no será ejecutado; pero sus bienes serán confiscados y no podrá entrar a ciudades, pueblos y villas de cristianos mientras viva, so pena de muerte. ¡Esta es mi justicia!

Esa misma noche Diego se fue de visita a casa de Rosalía y de Sancho Pelao.

—¡Dieguito! —aulló la negra de alegría al verlo llegar.

En cuatro años la hembra más esplendente de las siete ciudades se había marchitado. Tenía la faz cenicienta, la mirada opaca, el cuerpo seco y la dentadura estragada.

«¡Carajo! —se dijo Diego—. ¡De verdad que hay palomas que matan!».

—Pero estás igualita —observó compasivo—. No te pasan los años por encima.

—No seas calandro Dieguito —respondió con paz y alegría— ya ni los presos me requieren. Estoy hecha un cuajo. Tú en cambio sí que estás hecho un mariscante de corazones. Desde esta mañana deambulo en tu búsqueda, pero supuse bien al barruntar que vendrías esta noche.

—¿Quién está ahí? —preguntó desde el cuarto Sancho Pelao.

—Es Dieguito —respondió Rosalía.

Tras la pregunta apareció descalzo y sin camisa. En aquella apariencia cordial había un trasfondo de reserva.

Entre una botella de ron, sentados el uno frente al otro, iniciaron un mutuo escarceo de anticipo. En diez minutos Sancho Pelao intercaló prolongadas y sufrientes pausas. Diego García calándole su embarazo y ahíto de incertidumbre no le daba pie a que avanzara con sus preguntas. A la cuarta pausa Sancho Pelao arguyó luego de carraspear largamente:

—Malas nuevas, por desgracia, tengo. Estamos arruinados. Con la pérdida del oro, del barco y del cargamento con que pensábamos pagar la hipoteca, todo se volvió sal y agua.

—¿Cómo que arruinados? —saltó Diego acusador—. ¿Y este almacén repleto de peroles de quién es? ¿Y esta casa? ¿Y los arreos de burro que encontré por el camino, no son acaso tan tuyos como míos? ¿Y las cuentas por cobrar? Cuando me fui hace cuatro años eran diez mil pesos.

Sancho Pelao sudaba copiosamente.

—No te engañes, una cosa es lo aparente y otra la realidad. Los libros dicen…

—Qué libros ni qué carajo, Sancho Pelao… las propiedades están a la vista y no le debemos a nadie. Lo que se perdió en mi viaje fueron las utilidades o el trabajo de algunos meses. Lo demás está intacto.

—La culpa fue tuya —dijo encrespándose—. Además, cuentan que no hubo tal naufragio…

—¿Cómo dices, gran carajo? ¿Me vas a llamar ladrón, cuando tú eres el único ladrón que hay aquí?

Sancho Pelao intentó asir un machete. De un empellón Diego lo derribó.

—¡Dejad el jollín, muchachos! —gritaba llorosa Rosalía—. Hazlo por mí, Dieguito. Vete ya, piensa en mis críos.

Diego se incorporó, miró confuso en derredor y salió de la casa.

—No hay un solo papel —dijo el notario Lovera Otáñez, otro español llegado tarde— que demuestre tus derechos sobre la mitad de los bienes.

—¿De modo que me han robado como un mismo pendejo?

—Pues, eso creo, Dieguito —dio por respuesta con grave acento—. Y lo peor es que no hay nada que hacer. Además no se te olvide —prosiguió vacilante— que Pelao es español… y tú…

—¿Yo qué?

—Bueno, tú eres mitad español…

—¿Y qué pasa con eso?

—Mira hijo —le observó— yo era amigo de tu padre y empero ser español estoy más ligado a ti que a mis compatriotas. Yo no pienso como ellos; pero a la hora de la verdad hacen frente común contra los criollos y sobre todo si es rico, como es tu caso. Cuando los forasteros llegan a un país con el único objeto de hacer dinero y aún con mejores intenciones, se unen en extraña solidaridad contra los nativos. Si hace algunos años los enemigos de los españoles eran los indios, ahora son ustedes, los mestizos, y en especial cuando son dueños de la tierra.

—Lo malo no es tanto la pérdida del dinero —concluyó Garci González luego de enterarse— como el papel de tonto en que te pone. Te tomarán la huerta por potrero.

—Y pensar —bramó Diego— que yo mismo lo hice rico.

—Tienes derecho a volverlo a donde lo encontraste. Es ley de caballería. Cuando la justicia falla por obra de tinterillos, es de hombres hacerse justicia con su propia mano. Anda, que yo te ayudo y por la calle del medio. Comencemos por los burros. ¿Dónde están? Supongo que en los corrales del norte una mitad y la otra mitad en Caraballeda. ¿No es así? Llévate diez de mis hombres para que seas bien servido.

Hazle el mayor daño posible y, encima, que todo el mundo sepa que es obra tuya, sin que hallen pruebas para enjuiciarte. Así proceden los machos: con abuso y escarnio.

A la fuerza y con gran alarde se apoderó de trescientos burros. Pedro Lovera Otáñez sonrió:

—Te felicito. Has obrado como todo un hombre. Lo malo es la ley. Esos burros son de Sancho Pelao. Así figuran en los papeles de su almacén, junto con otros títulos de propiedad que nunca revisaste. Acudirá ante el Gobernador. Te seguirá juicio.

En altas horas de la madrugada ardió el almacén. El fuego consumió hasta el último corte de tela. Estallaron todos los frascos.

—Es que pobre no le gana a rico sino halando escardilla —ronroneó Rosalía—. Yo no sé cómo a este mameluco se le ocurre meterse con Diego García. ¡Zote! ¡Tolondro! ¡Ciruelo!

Sancho Pelao preso de una profunda congoja cayó muerto en la calle vomitando sangre.

—¡Esta es mi justicia! —dijo a Rosalía, repitiendo las palabras del Gobernador.

70. A veinte años de fundada apenas quedaban diez

Cuando Diego le habló a Garci González de rehacer su antiguo negocio, frunció el ceño y respondió bronco.

—Eso no es faena de caballeros. Quien ha impuesto su voluntad por las armas no puede luego regatear tras el mostrador. No nació el corcel de guerra para tirar del carromato, ni el águila caza moscas. Si quieres acrecentar tu hacienda, sigue mi ejemplo: ¡Ven conmigo!

Luego de cabalgar hasta El Reducto, principio y fin de su encomienda, dijo a Diego mostrándole al amplio valle que se extendía al suroeste.

—¿Crees justo tú que los señores del Cabildo otorguen a extraños estas tierras que hice mías a fuer de sangre y de cojones?

Diego, que conocía la decisión del Ayuntamiento de dar tierras de labranza a los colonos que a diario venían de las otras ciudades, dio señales de asentimiento.

—¿Te parece bien —prosiguió— que en tierras de mi propiedad —y señaló la explanada que desde El Reducto hasta el Guayre— se hayan construido calles y casas hasta el punto de que media ciudad se ha hecho a mis expensas?

—Tenéis razón, Don Gonzalito ¿Qué pensáis hacer?

—Pues, recuperar lo mío. Yo tengo títulos de propiedad donde Su Majestad me otorga estas tierras. La guerra está abierta. Si me ayudas te recompensaré con creces. Verás que más puede el hombre con una lanza en la mano que con la vara del mercader.

En el Ayuntamiento, Garci González, acompañado por Diego, mostró títulos, exigió justicia y miró con fiereza a los capitulares.

El Gobernador y los Regidores, remisos y balbucientes, terminaron por apoyarlo en sus demandas.

Andrés Sánchez, un viejo soldado, soltó con aspereza:

—El trabajo de los que hicieron florecer esas tierras baldías vale más que todos los edictos que pueda dictar el Emperador.

Sus palabras remozaron conciencias. Tras breve vacilación, los capitulares volvieron al punto anterior.

A los dos días Andrés Sánchez apareció ahogado en el río.

A la semana, el Cabildo, a una nueva instancia de Don Gonzalito, dictaminó que era el legítimo dueño de las tierras en litigio.

—¿Te das cuenta —apuntó a Diego— que en estas tierras de poco vale el derecho? La razón es del que grite, del que tenga más fuerza.

Garci González, entre títulos y tizonas, enseñoreó el Valle desde Caricuao hasta El Reducto.

Ledesma, ante el último despojo de Garci González, comenta indignado a Diego:

—Los héroes deberían morir al final de su gesta. Mucho debe Caracas a Don Gonzalito, pero el bien a la patria no debería pagar réditos. Si el paladín no declina su espada, se hace tirano: de dador de vidas y esperanzas se hace usurero; de agente del progreso en padre del malestar. ¡Mal haces en secundarlo!

—Don Gonzalito se ha conducido siempre como un padre y le debo lealtad.

—Tu primer deber —rugió el viejo— es con todos. La sumisión incondicional al caudillo es crimen en tiempos de paz.

—Os respeto, Don Alonso, pero creo que, con los míos, con o sin razón.

La ciudad nueva crecida en los predios de Garci González se angostó de terror al oírlo clamar:

—Sepan todos cuantos me escuchan que esta tierra es mía.

—No me digáis, señor —se atrevió a musitarle uno de sus antiguos soldados— que el Cid de las tierras nuevas renuncia a la leyenda.

Por cuatro días fue roído por el insomnio. Las tierras y las casas valían poca cosa. Él era el Caudillo. El héroe invicto. El padrino de todo un pueblo. Aquella tarde nadie lo abucheó ni hubo grito de protesta a su paso por las calles, pero sintió en el aire el vaho dulzón de los héroes muertos. Un dolor agudo súbitamente lo atenazó.

—Óiganme todos —gritó, encabritando el caballo—. Yo, Garci González de Silva, dueño y señor de estas tierras que ocupáis sin razón ni derecho, algo tengo que deciros.

Una poblada silenciosa hizo un anillo de angustia.

—Estas tierras donde habéis levantado vuestras moradas, son mías; pero como soy hombre de corazón os las donaré en propiedad y no por imposición de nadie, sino porque me da la perra gana.

—¡Viva Garci González de Silva! —retumbó la muchedumbre dándose abrazos y palmadas entre sí y vitoreándolo como en sus tiempos de gesta.

Tres niños cantaron:

Gonzalo, Don Gonzalito,
Conoto Pluma Amarilla.

—Algo, sin embargo, me habréis de pagar.

Una oleada de terror ensombreció los rostros.

—Me daréis —añadió de inmediato— cuatro castellanos de oro por las casas grandes y uno por las chicas.

Ante la pérdida, que daban por cierta, resultaba insignificante el tributo. Retornó el júbilo.

Apenas cruzaron el río, Don Gonzalito le dijo a Diego:

—No está mal que después de sacar vítores por un don que ya estaba perdido, meta en mi bolsa cuatrocientos castellanos de oro. Aprende de mí bellaquillo y andarás bien por el mundo.

Cuando Rosalía refirió emocionada a Ledesma lo sucedido, estalló de nuevo indignado:

—¡Cuán memos son los pueblos y cuán truhan se ha vuelto Garci González! Encima de opresor, valido de engañifas se hace amar cual si fuese el mismo héroe de los tiempos idos.

La voracidad de Garci González por rehabilitar títulos traspuso el Valle, el Litoral Central y las tierras del Tuy, donde también era encomendero. Prosiguió por Aragua y por la vía de los Mariches siguió a Caucagua y bajó a Barlovento.

—Esta tierra es mía y vos sois un usurpador —iba diciendo al paso.

Títulos y espalderos consagraban la posesión. Una tercera parte de la Provincia era propiedad de Garci González de Silva.

«Pero no tengo esclavos ni gente para explotarlas —se iba diciendo—. Antes de un año volverán a ser selva y boscaje. Necesito doscientos esclavos y los treinta mil pesos para comprarlos».

—Ya verás —le dijo a Diego— cómo me salgo con la mía. Llámame a Santa Cruz, a quien le quité la hacienda de Caucagua.

El hombre, además de haber conquistado el Valle, era trabajador, recio y sentimental.

—¿Cuánto crees que vale tu antigua finca?

Por presumir abultó una cifra.

—¿Y qué tal si te la vendo por la mitad?

—Me placería, pero no tengo dinero.

—El dinero es lo de menos, buscaremos una fórmula. Sólo me interesa que la dicha retorne a ti. Dame ahora mismo la mitad. El resto lo pagarás con la mitad de la cosecha.

—No tendría con qué vivir.

—Págame con trabajo. Antes de diez años la hacienda volverá a ser tuya y santas paces.

José Santa Cruz aceptó el trato a sabiendas de que se había convertido en esclavo libre y eterno deudor del Gran Gonzalito.

A cinco años de este «tira y encoge», como opinaba Rosalía, Garci González de Silva, además de ser el mayor terrateniente de la Provincia, colmó sus arcas de oro y todavía las tenía a medio llenar cuando compró ciento cincuenta negros para explotar sus tierras. A Diego, su brazo ejecutor, le dio por recompensa todas las fincas y potreros que en el Litoral se extendían de Camurí a Cabo Codera.

Su ejemplo cundió entre los grandes encomenderos. Francisco Infante rehabilitó para sí todas las tierras del cacique Baruta y buena parte de la antigua encomienda de Ledesma. Otros, como hizo Juan Francisco de León antes de fundar Guanare, falsificaron papelotes, rodaron bardas, acequias y ríos.

Cuando la plaga de gusanos arrasó ese año con los sembradíos[57]ya había muy pocos ricos inmensamente ricos, como los Mijares y Solórzano y Agustín de Herrera,

y muchos pobres de solemnidad.

—¿Quién hubiera imaginado hace veinte años —quejábase un soldado a otro—, cuando todos teníamos tierras, indios y casa en igualdad de extensión y número, que unos pedirían limosna y otros terminarían ahítos?

—Y no es eso lo peor, maese, sino que haya sido gente que no tuvo ni arte ni parte en la conquista del Valle, como ese Andrés Marín y Tomás Ponte, que a vuestra derecha ríen, los que holgan a costa de nuestros sudores.

—La riqueza busca al rico —gimió el soldado— en tanto que la alegría nunca dura en la casa del pobre. Os apuesto, maese, que nacisteis pobre y carpanta fue vuestra compañera.

El otro no respondió, con la mirada fija en Diego García y en Ledesma que en ese momento pasaban en dirección a la Plaza Mayor, donde un grupo de españoles nuevos charlaban bajo un frondoso naranjillo.

Simón Bolívar, el Viejo, y su hijo, el Mozo, dos águilas chulas, escuchan con sonrisa de atenta complacencia a Agustín de Herrera. A su lado Tomás de Aguirre, Rodríguez Santos, Onofre Carrasquer, tres españoles que llegaron tarde.

—… Pues aquí tenéis —pregonaba Herrera— al primer hombre que navegó en un barco hecho en estas tierras hacia España. Y os advierto —añadió con redomada jactancia— hecho y diseñado por este servidor.

Ledesma y Diego, luego de verlos con antipatía, siguieron de largo.

La proeza de Herrera recuerda su larga y sorprendente rota:

—¿Qué habrá sido del Miás?

—¡Gracioso y pícaro que era el anglo! Nunca llegué a pensar que fuese realmente un pirata, y a propósito, ¿qué se habrá hecho el muy traidor de Villapando? Hace siete años de aquello, y de él no se ha vuelto a saber.

—Alguien me dijo que merodeaba por la costa; luego de la colgadura quedó lisiado.

A la puerta del cabildo un mendigo harapiento los interrumpió:

—Hace dos días —farfallea— que en casa no hay para el yantar.

—¡Juan de Angulo! —grita Ledesma al reconocer a su compañero de armas—. ¿Pero, a qué extremos has llegado?

El mendigo lo vio con ojos vacíos y se alejó sin respuestas.

—¿Crees tú que éste sea el final de un bravo soldado? Un hombre que recibió en encomienda las mejores tierras del Valle. Esa ha sido la historia de la inmensa mayoría de los que a partes iguales conquistamos esta tierra. ¿Cuál es la causa de tanta desventura? ¿Por qué de los sesenta que una vez fuimos, apenas Francisco Infante, Díaz Moreno y Don Gonzalito son dueños del bien común?

—El pez grande se come al chico. Hablando en criollo, sangre de pendejos es morcilla de vivos.

Un nuevo mendigo de hermosa barba blanca y ojos azules volvió a salirles al paso. Para sorpresa de Diego, Ledesma puso sobre la mano un doblón de oro.

—Ahora comprendo, Don Alonso, por qué vais camino a la miseria. Ni un pirata es tan manirroto.

—¿No te diste cuenta, infeliz, quién era el pordiosero?

Como Diego vacilase le espetó conmovido:

—Es Don Luis de Rojas, diez años atrás Gobernador de Caracas. En este Valle —añadió lloroso— más que en ninguna parte, todo puede suceder y nada es predecible.

Las tierras de Diego García eran ricas en cacao silvestre y en ensenadas que, como la de Chuspa, servían para comerciar con contrabandistas y piratas. A los veintiséis años seguía siendo vivaz y laborioso, alegre y emprendedor.

A pesar de su menguada estatura es un hombre guapo, que tiene cabeza abajo a todo el mujerío de la ciudad, y en especial a María Josefa, la hija de Ledesma. Además de ella, dos hijos ha tenido el viejo guerrero: Catalina, la mayor, de amores y compromisos con el notario Pedro Lovera Otáñez, y Alonso, un chico mustio y atontado, cercano a los doce años.

«María Josefa va por mal camino —se dice Diego—. Es demasiado rabo caliente y le gusta más un hombre que maíz a gallipavo».

El otro día la sorprendió en una agarradera con Gualterio Mendoza su medio hermano, el hijo del Cautivo y de la negra Petra. A él le saca fiesta, brincona y provocativa. Sabe que no tiene más que alargar la mano para ponerse en ella. Pero de pensar en la injuria que infería a Don Alonso, tan celoso de su honra, se le huyen las ganas. Quiere demasiado al viejo y Ledesma a él. Aparte de sobrarle mujeres de los siete colores y dé lo más principal. A los veintiséis años de un fornicar impenitente, múltiple y lascivo, siente un apetito nuevo: el de la dulce compañía. En dos oportunidades se ha encariñado con dos hembras de baja ralea: una esclava y una zamba, y ha tenido mucho miedo. Por más que no lo confiesa, aspira a blanquear su sangre y que la madre de sus hijos sea del mejor linaje. Ello hasta entonces no ha sido posible. Algo perturba su deseo de elegir esposa entre las hijas de los Amos del Valle. Algo que no termina del todo de entender, por más que se lo sospecha. Las chicas linajudas, al igual que las pardas y negras, se le dan pintonas entre la hojarasca de los corrales a medianoche, o en las pozas de la montaña, y lo rehuyen en la plaza y en la iglesia. Siempre decían lo mismo: «Las Rojas te odian y bien sabes que padre ve por los ojos de ellas».

71. ¡Sangre sucia, vendo nueva!

Diego García, al igual que todos los años, para San Juan, se ha ido al pueblo de Chuspa, una pequeña aldea nacida dentro de sus tierras, donde los portugueses

truecan cacao por esclavos de Angola. Hace calor esa tarde. En una hamaca de moriche intenta siestear en medio de la plaza entre un uvero y un mamón. El cabo de guerra parlotea con alguien diez pasos más allá.

Diego cavila con regusto de amargura lo que le sucediera meses atrás con Beatriz Díaz de Rojas, una de las hijas de la difunta Doña Ana. La chica, al igual que buena parte de las hijas de los muy principales, accedió a sus requiebros, siempre y cuando no fuesen públicos, pero apenas intentaba una vinculación más franca, se le evadía, en impuesto rechazo. Beatriz se mostró más valiente que las otras, platicando abiertamente desde su balcón, hasta que el mismo Alonso Díaz Moreno sin ocultar su enojo, cortó la relación con gestos y palabras destempladas. Hace días casó con Simón de Bolívar, el Mozo, llegado ese mismo año con su padre y sin un costal donde caerse muerto.

Ya le había sucedido otro tanto con la hija de Díaz de Alfaro y la de Francisco Maldonado. A las pocas semanas de llegar a Venezuela se enamoró de Carmen de la Madriz, la hija de Don Francisco, el vecino de su padre. Al comienzo todo parecía marchar sobre ruedas, hasta que un día el viejo le dijo con voz recia y un trasfondo de pena: «Te quiero como un hijo; te he visto crecer; eres un hombre trabajador, rico y honrado, pero no puede ser…».

Seis nuevos intentos terminaron en idéntico rechazo, por más que entre las sombras y arriba de las hojarascas las chicas demostrasen su pasión por Diego:

—Es mi padre quien no te quiere —le refirió la hija de Villegas—. Dice que eres licencioso y que tu fortuna no es comparable con la suya. Dicen además que eres cruel, borracho y pendenciero. Quienes más te tiran son las hermanas Rojas.

Al principio no le dio mayor importancia al asunto. Mujeres realengas y complacientes era lo que sobraba en el Valle, aún dentro de las doncellas muy principales que, a espaldas de sus padres, esperaban a la medianoche a que Diego se saltase la tapia. Pero con el tiempo llegó a cansarse. Ya quería para mujer y madre de sus hijos a una chica con igual prestancia a la de Soledad, su hermana.

—Hasta dónde puede llegar el rencor de las Rojas —comentó Diego a Don Alonso—. Me ha indispuesto con toda la gente principal hasta el punto de negarme sus hijas. ¿Qué habrá dicho de mí la arpía? Si es por plata, empero no ser rico, tengo mucho más que el tal Simón de Bolívar, el marido de Beatriz, y que Onofre Carrasquer, el esposo de Ana.

El viejo lo miró con tristeza:

—No te engañes, hijo. La razón es muy otra. Pobres de solemnidad son la mayor parte de los españoles a quienes las Rojas celebran y si en verdad es difícil que alguien te exceda en disipación no hacen menos ni González de Silva ni buena parte de los españoles y de los criollos.

—¿Entonces a qué se debe esta muralla de cal y canto… ?

—A tu doble condición de bastardo y mestizo —dejó caer e viejo soldado—. Luego que un hombre hace dineros, su primer afán es ennoblecerse y en Indias la casta aborigen es lastre para la gloria. Tu sangre, para los que así piensan, no blanquea sino ensucia. Por eso cuando llegaron las Águilas Chulas vendiendo sangre los recibieron entre palmas y vítores.

—Pero Soledad, mi hermana, es tan india como yo… —arguyó Diego, aún sin creerlo.

—Hay una diferencia, hijo. Ella, para su fortuna, parece blanca y a través del matrimonio con el difunto Mijares, robusteció en tu sobrino la estirpe hispana. En cambio tú, por la ausencia de mujeres españolas, no tendrás posibilidad alguna de hacer lo mismo. De esta coyuntura entre nuestros hijos y nuestras hijas veo con terror la escisión de la familia y la fuente de muchos males. Muchos de mis antiguos compañeros, obsesionados por el blanqueamiento, han hecho de sus yernos, en desmedro de sus hijos, sus herederos y continuadores. Fijate en el caso de Juan Fernández de León: ha entregado su fortuna en manos de Herrera y de Tomás de Aguirre, poniendo siempre de lado a su hijo varón. Al igual que él están procediendo todos. El padre siempre ha preferido a la hija y cuando el hijo no sirve traslada sus amores y ambiciones al nieto.

Las palabras de Ledesma inquietaron a Diego al expresarle lo que temía y no se quería decir. Las Águilas Chulas y los viejos conquistadores, comenzando por Garci González de Silva, hacían una misma macolla. Lo que a él no se le otorgaba lo alcanzaba cualquier español al llegar, como era el caso de Pedro de Montemayor, un españolito pretencioso no mayor de dieciséis años llegado a Caracas la semana pasada, a quien Don Gonzalito alojó en su casa de Caracas sin conocerlo de nada. En cambio a él, su socio en tantas empresas, ni siquiera lo invitó al bautizo de su hijo.

72. Aquel acompasado bogar de cuatrocientos remos

Diego miró hacia el uvero. Cantaba un gonzalito:

«Gonzalo, Don Gonzalito» —comenzaba a decirse cuando un rumor de voces a su espalda lo intrigó:

—¡Un náufrago, un náufrago! —dijo una voz—. Un náufrago, Ño Domingo.

Un hombre gordo apoyado en diez manos avanzaba por la plaza. Diego de reojo lo vio venir.

—Una gran tragedia, señor mío —dijo el hombre con voz atiplada al cabo de guerra.

Ya se incorporaba del chinchorro cuando al reconocer a Toño, su compañero de cautiverio en Granada, se detuvo:

—Fue anoche —explicaba Toño entre sofocos femeninos— que nos estrellamos

contra unos acantilados a escasas leguas de aquí. Desde que salió el sol —prosiguió el novio de Amaparino— no he hecho sino caminar; creo que soy el único que salvó la vida. Estoy muerto, no puedo con los pies.

Afable el cabo lo invitó a sentarse:

—Tranquilizaos, hombre de Dios, y contadme lo sucedido. ¿De dónde venia el barco?

—De Santo Domingo, señor mío. Mi nombre es Fernando Álvarez y soy oficial de Su Católica Majestad.

Diego se incorporó violento:

—¡Mientes, grandísimo marico! ¿Qué desgracias tramas contra este pueblo, que vienes como lobo con la piel de cordero?

Como la gente lo viese de hito en hito sin entender, Diego gritó:

—Quitadle la camisa para que veáis quién es.

Un tirón dejó al descubierto una marca de hierro.

—Es un espía de los caribes de Granada y se llama Toño. Atadlo de pies y de manos y llevadlo a casa. Dejadme hablar a solas con él.

Toño se deshizo en llanto.

—Tened piedad de mí. Recordad que una vez os hice bien. Soy un pobre desdichado y no he hecho más que sufrir. Dadme la oportunidad de serviros y de volver a la civilización.

—Tranquilizaos, Toño —le respondió Diego, con expresión conmovida—. Yo tampoco olvido. Os prometo no haceros daño, siempre y cuando me contéis todo lo que tramáis.

—¿Me lo juráis?

Accedió, con la expresión bondadosa y los ojos fríos.

—Esta noche —refirió más animoso— una flotilla caribe con más de diez piraguas, ocultas a unas tres leguas de aquí, recorrerá la costa hasta Macuto en busca de cautivos. Cinco tipos, al igual que yo, han ido a cinco pueblos simulando ser náufragos. Debemos encender una hoguera a la orilla del mar por cada cincuenta hombres capaces de combatir. Por cada hoguera vendrá una piragua de cuarenta guerreros.

—¿Quiénes son vuestros compañeros?

—Dos son los franceses que conocisteis al llegar, dos españoles y una mujer de Caraballeda llamada Leonor.

—¿Leonor? —gritó Diego.

—Odia a los españoles con frenesí. Luego de diez años es una vieja horrible, más feroz que cualquier caribe. ¿Veis esta marca que tengo en el hombro? Fue un mordisco que me hizo hace meses. Yo creo que está loca y el repudio que le hizo el cacique después de perder sus encantos, la ha transformado en una paria que vive de

la caridad de la gente.

—¡*Amigo*s! —anunció Diego al pueblo—. Los caribes caerán sobre Chuspa esta noche. Almacenad en la plaza todas las armas que podáis reunir y llamad a todos los hombres mayores de doce años. Y vos —dijo dirigiéndose al cabo de guerra— enviad recado de ayuda a todas las haciendas de los contornos.

De inmediato envió mensajes a los pueblos amenazados. Apenas había treinta y ocho hombres capaces de empuñar las armas y todo el arsenal se reducía a once escopetas, sesenta machetes, lanzas, dardos y puñales en cantidad.

Menguado caudal —pensó Diego— para enfrentarse a cuarenta caribes, fuertes, ágiles y entrenados.

—¿Cuántos de ustedes son buenos flecheros?

Cinco voces respondieron.

—Total —comenzó— tenemos dieciséis tiros para una primera descarga y quizá tiempo para una segunda.

—Pero ahí tenemos cohetes —observó el cabo de guerra.

Yo creo que si aguajeamos un poco los caribes saldrán corriendo al creer que somos más.

—¡La pegaste, negro! —celebró Diego—. Es la salida. Te voy a nombrar Alférez Real de Chuspa. Esto es lo que vamos a hacer…

Cayó la noche y se encendió la hoguera convenida entre Toño y los caribes. El mar estaba apacible y las caras descompuestas. La luna menguante con cuernos de agua irisaba la ensenada. Toño en la playa, sentado junto a la hoguera. A diez pasos, tras un montículo, se atrincheraba Diego con diez hombres de escopeta y cinco flecheros.

—Apunten bien y cuando los tengan encima.

El pueblo en silencio miraba hacia la bahía. La fogata crepitaba iluminando a Toño.

—Se está portando de lo más bien el marico —comentó el cabo de guerra—. Está de lo más quietecito.

Dentro del oleaje se escuchó un tenue golpe acompasado que se repitió y mantuvo aproximándose.

—¡Ahí vienen! —alertó alguien, con miedo ante el acompasado bogar de cuatrocientos remos.

La sombra de la flotilla caribe se asomó a la bahía y siguió de largo hacia el Oeste. Una piragua se vino en línea recta hacia la playa.

Cuarenta guerreros desnudos saltaron en silencio. Apenas se clavó en tierra, el que parecía el jefe caminó hacia Toño y le habló en su lengua. Toño rígido, guardó silencio. El guerrero montó en cólera. Impetuoso y amenazante avanzó hacia él. Un grito de terror profirió al verlo. Toño estaba empalado junto a la hoguera. Una

descarga derribó al cacique y a siete de sus hombres. Estallaron los cohetes. La gente de Chuspa, entre gritos y batir de ollas, sacudieron la noche. Los guerreros sorprendidos corrieron a la piragua. El jefe herido, desde el suelo los increpó. Rugieron de nuevo los fusiles y silbaron las flechas. Esta vez cayeron nueve sobre la arena.

—¡Ahora! —ordenó Diego. Y los guerreros de Chuspa cargaron con sus machetes.

A pesar de los gritos del cacique, los caribes se batieron en fuga, remando ya sin compás en busca de mar afuera.

Entre antorchas, fusiles a punto y refulgir de machetes, Diego recorrió el campo.

Diecisiete caribes yacían en el suelo. Nueve estaban muertos, ocho sangrando, a medio sentar, sin proferir un quejido. Diego se acercó al jefe herido. Al verle la cara un tornado de ideas confusas lo levantó en vilo.

—¡Anakoko! —alcanzó a proferir antes de ser alcanzado por la epilepsia.

Luego de la victoria vino la fiesta. Tambores y fulías repicaron en la playa. Los negros bailaban. El aguardiente se desbordaba. Veinte lechones se doraban al fuego.

Si San Juan lo tiene,
San Juan te lo da…

Los viejos y los niños continuaban disparando cohetes.

—¡Qué viva el General Diego García! —voceó una voz.

—¡Qué viva! —respondió el pueblo.

Diego apenas sonrió, abstraído en la conversación que en voz baja mantenía con Anakoko y que de haber sido escuchada por alguien, mal hubiese dejado su hombría.

—Pero qué hermosos ojos tenéis, Anakoko. ¡Qué linda figura la vuestra! Vuestra piel es como porcelana. ¿Me amáis, Anakoko?

Relampagueaban los ojos del indio, preso de un hondo dolor.

—Respóndeme de una vez, amado mió, o voy a creer que alguien me ha sustituido en vuestro corazón.

Pero Anakoko estaba impedido de hablar. Una estaca afilada que se abría en su tráquea lo obligaba a guardar silencio.

73. La muerte siempre sopla del mar

Diego emprendió el largo camino de retorno luego de empalar junto a Anakoko a los ocho sobrevivientes.

En Panecillo, a dos leguas al Este, los caribes capturaron a siete negros y robaron toda la existencia en aguardiente. En La Sabana, un pueblo cercado de acantilados y

que los negreros usaban como degredo, los caribes hicieron gran matanza sin tomar cautivos.

De allí embarcó hacia Naiguatá, donde lo esperaba su caballo.

Salvo un amplio bohío frente al mar, el poblado había sido arrasado.

Dijo el cabo de guerra:

—No mataron a nadie porque la Señora en sueños los vio venir.

—¿Y quién es la Señora?

—La Señora —respondieron con naturalidad—, la que vive en la Casa Grande.

—¿Vino alguien a pedirles auxilio diciendo que había naufragado?

—Si vino, pero la Señora dijo: «¿Por qué eres tan torcido, mal hombre, que vas precediendo la muerte?» y dirigiéndose a nosotros dijo: «Amarradlo bien y ponedlo a buen recaudo, que en ello os va la vida».

—¿Y dónde está ese hombre?

—Se lo acaban de llevar preso los soldados y un oficial jovencito que vino a buscarlo desde La Guaira.

Diego se adentra en el bohío de la Señora. Apenas entró, cegado por la penumbra, una voz dijo:

—Entrad, Diego.

Una india al comienzo de su vejez lo miraba serena. A su lado, en un taburete, tallaba un palo con su cuchillo un negro fuerte.

—¡Es mi marido! —explicó la Señora.

Apenas lo vio levantando la mano con displicencia.

Antes de seguir camino, a invitación de la Señora, se echó en la hamaca a reponer sus fatigas. Un llanto de mujer o de niña lo sorprendió:

—¡Me forzó! —decía una voz infantil—. Me llevó al río y me obligó.

—¡Lo voy a matar! —rugió el negro.

—Guarda tu ira —dijo la india a su hombre con sosegado acento—. Anda niña —ordenó suave a su hija—. Deja de gemir y métete al mar.

El hombre barboteaba amenazas.

—Es inútil que hagas nada —le decía apacible la Señora—. Nadie escapa a su destino. Ello había de suceder. Y de este encuentro —prosiguió sin emoción— parirá un hijo tan lleno de violencia que la matará al nacer.

—Perdonad, Señora —intervino Diego—. Estoy indignado. Quiero ayudaros. ¿Quién es el canalla que ha violentado a vuestra hija?

—¿Qué importa quién sea, si el padre de todos es la violencia? Somos hijos de la violencia. Tú eres hijo de la violencia y de ella vienes manchado.

—Es un oficial español muy jovencito —intervino el negro rabioso—. De mediana talla, bien parecido y con los ojos verdes y claros como el agua revuelta.

En el momento de partir hacia La Guaira la Señora le susurró sibilina:

—Hasta ahora has tenido suerte y por mucho tiempo ha de ser tu compañera, pero no olvides que lo que se gana al principio se paga al final.

Diego cavila mientras cabalga.

—¿Dónde he visto a la Señora? ¿Dónde he escuchado su voz? Al negro también lo he visto. ¿Quiénes son, quiénes son?

Llegando a Caraballeda vino el recuerdo lleno:

—¡Acarantair! —se dijo preso de la emoción. La Señora era aquella india. La mujer del Cautivo. Y el negro era Julián.

—¡Dios! —se dijo ante la asociación y ante la devastación que reinaba en el antiguo pueblo.

—Quemaron el pueblo de punta a punta —le informó Andrés Machado—. Afortunadamente recibimos tu aviso y cogimos el monte.

—¿Vino algún espía echándoselas de náufrago, como os advertía?

—Ninguno; pero vino una vieja de aspecto horrible que quiso matar a la nieta de Lázaro Vásquez. Como una misma caníbal y con los ojos encendidos, corrió hacia la criatura y de un sólo mordisco le arrancó una nalga. A la salida del camino te la encontrarás colgada del árbol.

Diego se persignó ante el cadáver: la loca mordedora era Leonor Vásquez.

A Macuto no llegó el mensajero. El poblado fue sorprendido. Se llevaron diez cautivos y mataron a quince, señaló el cacique centenario bajo el uvero donde hacia justicia.

—¿Vino un forastero recabando vuestra ayuda?

—Así fue —respondió con extrañeza el indio— se dijo náufrago, pero se desapareció tal como vino. Pienso que lo capturarían los caribes.

Un remolino de palomas reclamó la atención de Diego:

—¿Criáis palomas ahora?

—Son de Villapando, que vive entre nosotros desde que lo expulsasteis de Caracas.

—¡Es un mal hombre!

—Callaos —ordenó el indio—. Villapando es mi amigo; ésta es mi casa y si no os gusta, marchaos de una vez.

—Cuán engañador es el carajo —se dijo al salir del pueblo—. Se ha metido en el bolso nada menos que a Guaicamacuto.

—¡Diego! —llamó una mujer a su espalda.

Una zamba agraciada corría hacia él. La muchacha sudorosa y sofocada lo tomó por la pierna. Tenía hermosos los ojos y relucientes los dientes.

—¿Quién eres? —preguntó bullicioso. Sonrió la muchacha y con voz de remedo le respondió:

—¡Cuéntame un cuento…!

—¡Higinia! —clamó con alegría al reconocer a la chiquilla hija del negro medicinal—. Pero si estás hecha una mujer. ¿Quién iba a decir que la carricita aquella iba a terminar siendo tan buenamoza?

Tomasillo, su padre, refirió Higinia, murió de fiebres dos meses atrás. Villapando estaba baldado de las dos piernas y en la mayor miseria.

La hembra y el tiempo borraron la ternura.

—¡Vente conmigo a Caracas!

—No puedo —respondió ensombrecida por la propuesta—. He de cuidar a mi padre Villapando.

Desde un peñasco del río cuando se mete al mar, Higinia lo sigue en su cabalgar hasta la punta que cierra la ensenada de Macuto. En sus ojos negrísimos hay duda, cavilación y tristeza. Seis velámenes aparecen en el horizonte. Desde el peñasco, mordisqueando uvas playeras, hora tras hora los ve crecer. Una paloma se desprende de la flota. En linea recta vuela hasta la casa de Villapando.

74. El pirata llegó a Macuto

Címbalos y tamboriles restallan en el poblado de Guaicamacuto.

—Llegó tu amigo el inglés —dice el cacique entrando al rancho de Villapando.

—Ya lo sabía —responde el herbolario acariciando la paloma—. ¡Por fin llegó la hora de la venganza! —continúa el anciano—. Es Sir Francis Drake.

Se aparejan en la bahía los seis galeones. Los corsarios alcanzan la playa a nado. Las armas y municiones van en los botes. En una chalupa grande y de pie, viene un hombre con pinta de jefe.

Un hombre alto, grueso, rubio y de mediana edad, saltó a tierra.

—Recibimos vuestro mensaje —dijo a modo de saludo, en castellano, sacudiéndose la barba rojiza.

—Gran honor para nos —añadió Villapando— tener entre nosotros a Sir Francis Drake, caballero de la Reina, vencedor de la Invencible y terror de los Siete Mares.

—Sir Francis Drake —respondió el hombre— murió hace poco combatiendo a los indios de Darien. Yo soy el Capitán Amyas Preston, corsario de Inglaterra. Me encontraba a la sazón en Granada cuando llegó vuestro mensaje de que la ciudad estaba desguarnecida.

Así es, noble señor. Don Diego de Osorio, Gobernador de la Provincia, ha salido con el grueso del ejército a recorrer las ciudades de su gobernación. En Caracas apenas quedan los más viejos y los más jóvenes. Nada temen, confiados que el nuevo camino de la marina hace inexpugnable a Santiago, y lo sería, en efecto, de no existir el antiguo camino de El Pavero. El Gobernador lo hizo destruir, pero este servidor, con la ayuda de Guaicamacuto y de sus hombres, ha mantenido abierta la trocha, que

si al ojo inexperto pasa inadvertida, por ella y con nuestro auxilio, podréis caer fácilmente sobre Caracas. Los escasos defensores que restaban en la ciudad a estas horas emprenderán el camino de la marina, confiados de impediros el paso.

Rió batiente el pirata:

—¿Qué esperáis de recompensa por tan gran servicio?

—Pues lo que vuesa merced tenga a bien concederme.

—Tendréis que venir con nosotros —afirmó.

—¿Y cómo hago yo, noble señor, baldado de mis piernas?

—Iréis en una hamaca llevada por mis hombres.

Y viendo hacia Higinia añadió:

—Y para que no me hagáis traición os acompañará vuestra hija.

—¡Dios me guarde de tal! Higinia no es mi hija, noble señor. Empero es cual si lo fuese.

Preston la siguió mirando: «Era fresca y dura como una fruta pintona». Los días de mar angostan el resuello y ella tenía los dientes blancos y parejos.

De a dos en fondo el ejército de Preston ascendió por el camino, que se hacía abrupto apenas se angostaba el río Macuto. Higinia marchaba al lado del pirata, quien a ratos, entre galano y pícaro, la requebraba. Una enorme roca bloqueaba el paso.

—Eso no es nada —señaló Villapando—. Abajo está suelto. Cuatro hombres que hagan fuerza hacia la izquierda y el paso quedará expedito.

¿A quién se parece Preston? —pensó Villapando. Familiar era su expresión—. ¿Qué clase de hombre será? ¿Se habrá amotinado contra Drake?

Sus hombres, para ser el almirante de tan poderosa flota, lo trataban con inusitada confianza.

—Amyas, Amyas —lo llamaban.

Higinia se mostraba inquieta. El inglés mostraba intenciones.

Al primer alto del camino le dijo a Higinia:

—¿Quéréis decirme, querida niña, qué clase de plantas son aquellas que veo abajo?

—Son aguacates, señor Capitán.

—¡Quisiera verlas de cerca! Venid conmigo.

Temerosa bajó la cuesta. El contramaestre y seis de sus hombres acompañaban a Preston.

Apenas se apartaron del campamento el pirata la requirió de amores. Higinia se negó llorosa. A una señal fue dominada por los soldados.

Luego de hacerla suya dijo a sus hombres:

—Divertíos con ella, pero no os rezaguéis demasiado.

—Vuestra hija se torció un tobillo —dijo a Villapando—. Dos de mis hombres la llevarán de vuelta al poblado.

75. Con banderas enlutadas y tambores a sordina

A mediodía en punto, en el momento en que Preston llegaba a la cumbre, Diego García entró a Caracas relatando atropelladamente las fechorías de los caribes desde Chuspa a Macuto.

Don Alonso Andrea de Ledesma sin parar mientes a las noticias de Diego, comenzó a desgranar lacrimoso sus problemas.

—Gracias a Dios que llegaste. Necesito tu ayuda. Si no se me hace justicia voy a terminar como Don Luis de Rojas. Francisco Infante, no contento con arrebatarme mis fincas de Barata, ahora quiere quitarme la finquita que tengo por los lados de Chuao. Todos los días sus hombres ruedan la cerca. Me matan las vacas y me injurian de la peor manera.

Un cañonazo del Castillo de la Cumbre cortó su palabra.

—¡Piratas! —gritó la multitud a la tercera descarga sucesiva de seis tiros cortos.

—¡Piratas!

Capitulares y alguaciles salieron en tropel a la calle. Tañeron las campanas. Clamó la generala.

Los vecinos aptos para empuñar las armas confluían hacia la Plaza Mayor.

Veinte españoles, doscientos hombres y cincuenta negros, con Garci González de Silva al frente, remontaron la serranía.

Alonso Andrea de Ledesma, baldado por la edad y el reumatismo, se quedó en casa.

—Drake ha desembarcado en Macuto —comentó Garci González a Diego. En este instante deben estar asediando a La Guaira por tierra. Llegaremos a buen tiempo para auxiliarlos.

—¿Pero, qué sucedió con los valientes guerreros de Guaicamacuto? —preguntó, apareciendo de pronto, Pedro de Montemayor, un joven oficial de estilada figura, hermosas facciones y con los ojos verdes y claros como el agua revuelta.

Diego saltó:

—¿Vos fuisteis el que hoy pusisteis en prisión al pirata que trajeron de Naiguatá?

Apenas le respondió con jactancia afirmativa, estalló violento:

—Pues con vuestra venia, Don Gonzalito, os diré que éste es un hijo de puta. Violó esta mañana a una niña.

Hernán Mijares, el hijo de Soledad, desde el picacho de Galipán, con la ciudad a su espalda, mira hacia el mar. Ya los cañones le han advertido la presencia de los piratas. Un brillo metálico abajo, salta entre los pajonales. Más brillo, hombres en fila india suben la cuesta.

—¡Los piratas! —exclamó temeroso, al reconocer al ejército de Preston.

—¡Los piratas vienen bajando por El Pavero! —iba gritando apenas llegó a Caracas—. ¡Sálvese quien pueda!

Las campanas con alarma comenzaron a tañir. Los pobladores que aún quedaban huyeron precipitadamente de la ciudad hacia las haciendas vecinas. Soledad, luego de meterle una solfa a su hijo, huyó hacia Valle Abajo.

Enterado de la estratagema del pirata, Garci González dice a sus hombres.

—Los envolveremos. Nos apostaremos a la entrada de los dos caminos y les impediremos la retirada. Necesitamos refuerzos. Será necesario que alguien vaya a Margarita.

—Yo me ofrezco —observó Diego—. Tengo un «Tres Puños» muy veloz anclado en la rada.

Acompañado por Agustín de Herrera y dos españoles, puso proa hacia la Isla.

Preston y sus hombres a la media tarde llegaron a la explanada de Cotiza, al norte de la ciudad.

—Hermoso Valle —dijo Preston a Villapando.

—Y muy rico en dinero y mujeres bellas —respondía el aludido sobándose las manos y mostrando su boca vacía.

—Preciosa ha sido vuestra información y acertado el camino. ¿Por qué odiáis tanto a vuestra gente? —preguntó cambiando de acento y ceño—. ¿Qué os han hecho?

—Mucho me han hecho —respondió sorprendido y vacilante.

—¿Tanto como para traicionarlos y ponerlos a merced de sus enemigos?

Villapando no dándose por aludido, añadió con forzado júbilo:

—Hemos desconcertado a los defensores con nuestro ardid…

—No me gustan los ardides, ni las traiciones, ni los traidores —respondió fustigante el pirata—. Mil veces hubiese preferido conquistar esta ciudad a sangre y fuego que tomarla sin ninguna resistencia. Yo soy un corsario, un león que ruge, no una hiena apestosa como vos. ¡Asqueroso traidor!

Villapando, demudado, lo miró con asombrado terror.

—Amyas, Amyas —llamó el contramaestre.

—Amyas, Amyas —volvió a llamar un pirata de barba roja.

Una ocurrencia atroz sacudió a Villapando.

—Amyas, Amyas —lo venían llamando.

—¡Amyas, Amyas! —dijo en voz alta, persiguiendo un ignoto acento.

Preston, con ojos crueles, lo miró de frente. Un estupor lo tiró contra la hamaca. Ya había visto esos ojos. Al igual que esa voz grave y chillona. Preston lo seguía mirando. Entre las comisuras había un hilillo de burla. Finalmente comprendió Villapando:

—¡Vos sois el Miás! —dijo a Preston sin creerlo—. Amyas, Miás…

—El Hombre de las Bolas al Hombro —añadió el pirata con gozosa reticencia—. El mismo a quien hacíais bañar en agua helada.

—Dios me ampare —exclamó Villapando con la voz trémula.

Un grito distrajo al corsario.

—Mirad, Amyas —gritó uno de sus hombres— lo que allá viene.

Con el sol de frente y en una nube de polvo avanzaba solitario un caballero sobre corcel de guerra, bardado a la antigua, con armadura borgoñona, lanza enhiesta, adarga vacarí y espada al cinto.

—¿Quién será este caballero andante que a tanto se atreve?

Caballo y caballero en son de guerra se detuvieron a cien varas del ejército pirata. Una voz fuerte y castiza saltó por la cimera:

—Oídme bien, Sir Francis Drake, Terror de los Siete Mares…

Preston miró al hombre con sorpresa y simpatía.

—Por obra de ese miserable traidor que tenéis a vuestro lado, habéis encontrado a Santiago desguarnecida. Pero no habréis de tomarla sin encontrar resistencia. Aquí estoy yo frente a tus mesnadas para salvar la honra de mi gente.

—Oídme bien, noble caballero —voceó el pirata—. Admiro vuestro valor y ya con vuestra presencia habéis salvado el honor de Caracas. Marchaos en paz y dejadnos libre el camino de la guerra.

—No haré tal, por vida de Dios.

—Vuestro sacrificio es inútil.

—No hay sacrificio inútil cuando se afirma un derecho.

—Dejadme parlamentar con vos. Veréis que llegaremos a honroso arreglo.

—No hay parlamento posible entre un caballero, como soy, y un perro de mar, como sois vos. —Y al grito de «Santiago y cierra España» cargó lanza en ristre.

—¡Guay! de quien le haga mal —ordenó Preston en el momento en que Ledesma ensartaba a uno de los piratas.

—Dominadlo sin hacerle daño alguno —insistió enérgico.

Pero el viejo guerrero atacaba sin tregua: a un corsario cercenó un brazo, y a otros seis que intentaban sujetarle el caballo por las bridas, atacó con su espada. Dos hombres cayeron mal heridos.

—¡Basta ya! —gritó Preston—. Disparadle de una vez. Él mismo lo quiso así.

Una descarga de arcabuces dio de lleno contra la armadura. El caballero se desplomó de la bestia.

Preston corrió hacia él.

—¡Quitadle el yelmo, quiero conocer a este verdadero León de Castilla!

Una barba blanca y un rostro anciano quedaron al descubierto. En la agonía unos ojos azules lo vieron sonrientes.

—¡El Miás! —exclamó el moribundo.

—Mi caro amigo —clamó sollozante el pirata al reconocer a Don Alonso Andrea de Ledesma—. Os he matado, cuando os debía la libertad y la vida.

Amyas Preston, el corsario que había soñado tomar Caracas a sangre y a fuego o desfilar entre la alegre charanga de su tropa, hizo su entrada llevando el cadáver de Alonso Andrea de Ledesma a hombro de sus capitanes, con los sombreros en la mano y al paso triste de los tambores a sordina.

Luego que cayó la última paletada de tierra sobre Alonso Andrea de Ledesma, Preston clavó con sus propias manos una cruz sobre la tumba y dijo:

—«De un perro de mar al último caballero andante».

Villapando con los brazos cruzados y una expresión beatífica, intentaba ocultar la confusión que lo embargaba. Preston lo vio con desprecio.

—Hasta tanto estemos en Caracas —le dijo— montaréis guardia junto a su tumba. Ese será vuestro castigo.

—Sí, Excelencia —dijo Villapando y respiró aliviado.

Al tercer día, luego de incendiar a Caracas, los piratas retornaron al mar y los vecinos, con Garci González al frente, entraron a la ciudad que ya la humareda la señalaba como destruida. Su capa amarilla y negra la bate el viento. Un soldado viejo rasga un laúd al paso de su montura. Un gonzalito saluda a la cabalgata. El soldado adulón ríe con dentadura estragada:

Gonzalo, Don Gonzalito,
Conoto pluma amarilla.
Ven acá,
que soy tu amigo.

La tropa llega a la Plaza Mayor. Un hombre está amarrado al rollo de la justicia. Está podrido. Tiene la cara verde. Zumban moscas azules. Garci González se sobrepone al asco y cubre su faz con su capa color de pájaro. Es Villapando. Un cordel le aprieta el cuello. La lengua amoratada se salta afuera. A sus pies está la tumba de Alonso Andrea de Ledesma.

La ciudad desfiló llorosa por el sepulcro de Ledesma. Francisco Infante se opuso a que el centro de la Plaza Mayor fuese su tumba.

—Ni un Capitán General merece tanto honor.

—Don Alonso Andrea de Ledesma —intervino Garci González cuando ya los regidores asentían— es más que alcalde; es padre y fundador de la ciudad. Ejemplo eterno de la bizarría del pueblo que acrecentará su sangre al paso de los siglos. Cuando llegue el día de levantar estatuas al héroe epónimo que algún día erigirá Caracas, lo hará sobre su osamenta y hasta es posible que lleve su sangre en las venas. ¡Bajo el rollo de la justicia! debe ser el sitio donde repose su cuerpo. ¡Honra a

su nombre! —gritó Don Gonzalito—. Rindámosle honores de Gobernador.

Redoblaron los tambores, descargaron los cañones. Repicaron las campanas.

Juan Manuel embelesado seguía el funeral. Gotas de lluvia mojaron su cara. El sol resplandecía.

—¡Qué extraña lluvia! —dijo a Rosalía—. Sólo parece caer para mí.

La negra comenzó a reír. Con el timbre y tono de Juan Vicente Bolívar.

—¡Levántate desgraciado, que se nos hace tarde!

Juan Manuel despertó en la cueva. Juan Vicente mojado por la garúa paramera, le escurría los brazos encima. Confuso se incorporó:

—¡¿Y Garci González?! ¿Y la negra Rosalía?

—¿Quién? ¡Mira vale, despabílate de una vez! ¿Se puede saber con quién soñabas?

Juan Manuel miró en derredor. Estaba en la cueva. Afuera, la luz mortecina de una tarde con neblina. Adentro sombras. No había rastros de la hoguera que daba frío.

LIBRO II
Don Feliciano y el sol de los araguatos

SEXTA PARTE
Sangre arriba

76. El Águila Pasmada y los dos Palacios

—No sé lo que me está sucediendo últimamente —dice Juan Manuel a Juan Vicente Bolívar, luego de trasponer la niebla—. Tengo unos sueños tan claros que me parece estarlos viviendo. Vi clarito el entierro de Alonso Andrea de Ledesma.

—¿De quién?

Ya iba a responderle cuando el canto de un gonzalito le advirtió que no lo hiciera.

Caracas, desde la sierra, destaca entre el verdor de las vegas y los tres ríos que la confinan a la primera explanada.

—Don Martín Esteban te mandó a decir —afirmó Juan Vicente— que no le vayas a decir nada al novio de tu hermana, porque es muy boca floja y puede echar todo a perder. ¡Qué guáramo el de tu viejo! Yo creo que de este tiro salimos de una vez por todas de los vascos.

A las cuatro de la tarde llegaron a la alcabala de la Puerta de Caracas. Un piquete de guardias registraba a los viajantes. Luego de mirarlos agrios y recelosos los dejaron pasar.

—Mejor nos vamos por Maracapana —observó Juan Vicente— para no levantar más sospechas.

Bordeando la falda del cerro cabalgaron hacía el naciente. A la hora vislumbraron entre mijaos la estancia de Don Feliciano Palacios.

—¿Tú crees que mi abuelo se sumará al movimiento?

Juan Vicente hizo un gesto indiferente.

—En principio, no creo; pero cuando sepa que tu padre acaudillará la revuelta, no le quedará más camino que apoyarlo. Sangre es sangre.

Don Feliciano con los ojos puestos hacia los mismos árboles, escuchó a la distancia una nueva retahíla de los cañones.

—¿Qué se traerán con su comadreo? ¿En qué irá a parar este lío de Juan Francisco de León?

Un sollozo en la sala le hizo volverse: era su retrato embrujado el que gimoteaba.

—¿Y a ti, qué es lo que te pasa ahora? —gruñó al ver el óleo cruzado de lágrimas —. Es por Juan Francisco de León, ¿no es verdad? Yo pienso lo mismo que tú. Eso es una aventura, y más que eso, una tronco de loquera que no puede terminar bien. Pero ¿qué vaina es ésa? —exclamó al ver que el retrato le hacia una mofa.

Por el camino galopan dos caballos. Don Feliciano achica los ojos: es su nieto Juan Manuel y Juan Vicente Bolívar, heredero de la ojeriza que profesó a su padre, Juan de Bolívar y Villegas.

—Tráigote un mensaje de mi padre —dijo, apenas desmontó de la bestia—. Se va a poner al frente de la insurrección de Juan Francisco de León. Alrededor de las seis entrará en Caracas.

—¿Pero Martín Esteban está loco?

—Son ochocientos hombres, abuelo.

—Ni que fueran diez mil, muchacho del carrizo. ¿O es que tú no te das cuenta de que eso es traición al Rey? Castellanos podrá ser todo lo mierda que quieran, pero es el representante de Su Majestad. Este zaperoco está condenado al fracaso. Se necesita estar deschavetado para suponer que con esa cuerda de pata en el suelo van a obligar a la Compañía.

Juan Vicente plantó en su cara un agudo desdén que incendió de esquivos fulgores los ojos del abuelo.

—Mi retrato —prosiguió el mantuano mal conteniendo su indignación— no ha hecho sino llorar y el pez que hay en tu casa lleva días ululando. Y esta mañana en tu casa, me empapó de cabeza a pies.

Estalló la risa de Juan Vicente. Don Feliciano, encrespado, lo miró con odio. Una risilla socarrona salió del retrato.

—Contra la voluntad del Rey —afirmó con insólita convicción— no hay quien pueda. Por eso nadie va a acompañar a Martín Esteban en esta empresa.

—Porque son unos cobardes —dejó salir Bolívar.

—¿Cobarde yo? —estalló Don Feliciano preso de gran excitación, y corrió hacia la chimenea en busca del atizador.

—¡Corre! —gritó Juan Manuel al percatarse de las intenciones de su abuelo, quien, rubicundo de ira regresaba enarbolando un hierro.

Los muchachos huyeron por el camino.

—¡Nieto de la Marín tenias que ser, piazo'e carrizo! —gritó a Juan Vicente. Sofocado se derrumbó en la silla de cuero.

«Esta familia Bolívar no ha hecho sino echarme vainas: comenzando por el padre y terminando por el carajito éste, falta de respeto. Los Bolívar no son gente de orden. Siempre han hecho lo que les sale del forro; les importan un comino los principios estatuidos, el valor de las costumbres, el peso de las tradiciones. ¡Hay que ver cuando Juan de Bolívar y Villegas se casó con la zamba aquella que parió a este muchacho! Ya estoy sordo y todavía me retumba el escándalo que se armó. Estábamos celebrando el santo a uno de los Tovar, cuando en eso se apareció la mujer de Jorge Blanco aparentando sofoco, ya que era la mar de frasquitera y se las quería dar de taquititaqui, cuando era tan percusia como la otra».

—¡Muéranse, agárrense y prívense con la noticia que les traigo! —gritó—. Juan de Bolívar y Villegas se casa con la Marín de Narvaez.[58]

—¿Cómo? —preguntaron todos con voz de alarma.

—¡Pero eso no es posible! —gritó estridente el joven Feliciano Palacios y Sojo.

—Me lo acaba de decir el mismo Juan de Bolívar —respondió la mujer—. Estaba metiendo sus peroles en la casa de la negrita en San Jacinto.

—Pero esto es fin de mundo… —dejó salir el Marqués de Mijares—. A mí me había llegado el rumor, pero creía que era mamadera de gallo.

—Pero es que Juan se ha vuelto loco —apuntó otro.

—Esto —añadió el Marqués del Toro— es un disparate.

La historia es negra y subida: Petronila Ponte y Jaspe Montenegro de Marín de Narvaez a pesar de sus largos y sonoros apellidos y de ser dueña de la mayor fortuna de la Provincia, es zamba. Mezcla abominable de negro e indio, a quien la sangre gallega de su padre, blanco y rubio como un serafín, no pudo acallar las voces serviles que su madre arrastraba: Josefa Marín de Narvaez, la misteriosa heredera, la raíz de todas las murmuraciones desde que vino al mundo.[59]Y la fuente de innumerables procesos judiciales.

Francisco Marín de Narvaez, un rico minero, hijo de uno de los primeros vecinos de la ciudad, además de ser célibe, y proverbial su castidad, al fallecer dejó como heredera de todos sus bienes a una hija natural, a quien nadie había oído mentar.

Según el testamento, Josefa Marín de Narvaez, chica de cuatro años de edad, la hubo en «doncella muy principal, que murió al parirla y que por respeto a su memoria me abstengo de pronunciar su nombre». El mismo documento designaba a Pedro Jaspe, apoderado y tutor de la pretendida hija, hasta tanto alcanzase la mayoría de edad o contrajese matrimonio. El documento fue considerado apócrifo por los hermanos de Marín, a quien velaban en su muerte desde hacía tiempo.

—Josefa no es hija de nuestro hermano —murmuraban, gritaban y argüían en los tribunales—. Es hija, tenemos pruebas, de una negra esclava llamada Josefa, a quien le dieron la libertad y cien reales con tal de que urdiera la engañifa. Todo esto no es más que una añagaza para robarnos la herencia de nuestro querido hermano.

Por años duró el litigio. Finalmente triunfó Don Pedro Jaspe, y la niña quedó con su fortuna bajo su tutela y la de su hermana y cuñado, Doña María y Pedro de Andrade. Los Marín de Narvaez no cesaron, hasta que se les extinguió la voz, de acusar a Josefa y a su progenie de mulatos, zambos y renegridos, como en efecto lo son. De ahí que, a pesar de su fortuna, los tuviésemos a raya. Pero al casarse con Juan de Bolívar y Villegas, rico y noble mantuano, las cosas cambian: o nos la chupamos o le enseñamos a los dos que el cambur verde mancha.

—¿Qué podemos hacer con un hombre tan testarudo como Juan? —preguntó, con voz de asombro, uno de los Tovar.

—En verdad que es lamentable lo sucedido —añadió a pesar de su prudencia Don Juan Xerez de Aristeguieta, un vasco regordete, casado con una prima de Juan de

Bolívar.

—Lo que es a mi casa no volverá a entrar —sentenció indignada una matrona.

—Yo digo otro tanto —observó Obelmejía, otro de los amos del Valle.

—Yo igual —respondió el coro, y por él se asomaron diecisiete voces.

Sólo un hombre guardaba reconcentrado silencio: Jorge Blanco y Mijares. Un gigante viejo, huesudo y desmacelado. Frisaba los sesenta años. Tenía los ojos indios y la tez castellana: roja y levemente amoratada. Su gran quijada, herencia de los Habsburgo, prolongaba su cara. Por lo general, era de expresión apacible y de modos bondadosos. Pero aquella tarde estaba cejijunto, molesto, irritado.

Las críticas contra Bolívar se enriscaban. Feliciano clamaba vehemente por la intervención de la justicia militar y la aplicación inmisericorde de las leyes de casta.

—¿Cómo es posible que Juan de Bolívar y Villegas, hijo de Luis de Bolívar, nieto de Antonio de Bolívar y bisnieto de Simón de Bolívar el Mozo, por cuyas venas corre la sangre inmortal de Alonso Díaz Moreno, de un Lorenzo Martínez de Villegas o de Juan de Guevara, quebrante las prohibiciones tutelares tentando la voz impura de la lujuria?

—¡Nadie debe asistir a ese matrimonio! —seguía el mozo—. Debemos hacerle sentir que todavía hay leyes y costumbres que respetar.

—Muy bien dicho —exclamó Mijares y Solórzano, y con él, coros de lenguas chasqueantes.

—Hay que prohibirle a Petronila Marín de Narvaez que se ponga el manto de nuestras abuelas.

—Y que sus restos y los de sus hijos reposen al lado de sus antepasados.

—¡No seáis crueles, por Dios! —estalló Jorge Blanco quebrando, para sorpresa de todos, su proverbial parsimonia—. ¿Qué les ha hecho a ustedes esa pobre muchacha? —Y sin decir más se puso en pie y a grandes pasos se marchó a la calle.

Estaba húmeda la calzada y enfangadas las esquinas por el aguacero del atardecer. Del Ávila bajaba una ventisca fría. Cerró su capa y se dirigió a Catedral, donde todas las tardes, antes del Ángelus, rezaba ante la tumba de sus antepasados. Todavía va sacudido de indignación por lo que sus parientes piensan hacerle a su amigo Juan de Bolívar y Villegas. La actitud asumida por su propia mujer le revienta:

Con razón se dice que los últimos en vestirse son los más implacables con los que andan desnudos. ¿Sabrán acaso quiénes fueron sus padres y abuelos en quienes fundamentan tanto mito y pretensión? ¿Tendrán noticias de sus tristes hazañas? ¿Estarán enterados de la realidad de sus ascendientes?

Si ellos supieran lo que el Señor en sus designios infinitos me hizo conocer y guardar cual mudo albacea. Si ellos estuviesen al tanto de lo que yo sé, menor sería su presunción y mayor su caridad. Por desgracia, por voto que me impuso el Obispo, deberé callar mientras viva. Cumplo mi juramento. Empero no estoy obligado a

hacerlo después de muerto. Por eso escribo mi *Historia Secreta de Caracas*. Son ya más de mil páginas. El hallazgo y la revelación que implica se ha de provocar por lógica consecuencia de una ley natural. Mis descendientes, por poderosos y ricos que sean, algún día dejarán de ser los Amos del Valle. Hombres de otra estirpe y procedencia los habrán de sustituir. Ni las familias reales se evaden de este destino. Todo camina hacia su destrucción. Algún día serán vencidos. Caerá sobre ellos la ruina. Abandonarán esta morada. Hay una clausula en mi testamento que obliga, generación tras generación a que mi escritorio se haga trizas muy minuciosamente y se quemen sus astillas frente al Pez que Escupe el Agua, el día en que mi familia abandone esta casa.

Creerán que estoy chiflado, pero de esta forma, y cuando el dolor de la derrota los haya fraguado, al encontrarse con el cajón secreto de mi escritorio pondré inesperadamente dos tesoros: el de la verdad, donde sólo se recrea la dicha, y el de la riqueza material. La Historia Secreta y el sitio justo donde está sepultado el tesoro más colosal que ojos humanos hayan visto jamás en esta tierra.

Cuando el último de mis herederos beba las heces de la amargura que escancian los vencidos; cuando llegue el día de abandonar su casa solariega; cuando se vea solo, abandonado por sus amigos, humillado por todos. En el momento en que gima, constreñido por la desesperanza, dos correctivos habré de darle: la verdadera historia de su casta y la fortuna. Armado el brazo y limpio el corazón, será capaz, entonces, de acometer la empresa de liberar a este pueblo de la mentira que lo agobia.

Ensimismado en sus cálculos entró a Catedral y siguió de largo hasta la sacristía donde reposaban sus antepasados.

Cuatro lápidas sepulcrales configuraban el panteón familiar. Dice una inscripción:

Aquí debería yacer, pero no lo hace, Don Francisco Guerrero, llamado el Cautivo (1507-1582).

Tres varas a la izquierda está la tumba de su mejor amigo, José Palacios Zárate, el padre de Feliciano:

Miranda del Ebro 1646 y Caracas 1703.

«Aquel día bajé a La Guayra».

Rompe el sol radiante en la tenebrosa sacristía. Silban iguanas entre las tumbas. Vuela un paují del altar. Estridencia de pájaros llena el recinto. El camino erizado de cactus con el Caribe espejando abajo lo sofoca. Abre su capa. Hace veinte años todo era distinto, menos él.

«Estaba a medio hacer el camino de la marina. Caracas tenía ocho mil habitantes. La mitad de hoy. El cacao iniciaba su apogeo. Más de once naves al año ya iban de La Guaira a Veracruz. Con los Mijares teníamos una flotilla. Ese fue el año en que William Penn fundó su colonia de ingleses y llegó de Gobernador Diego de Meló y Maldonado».

—¿Qué hubo? —saluda un sacerdote, quien viene de oficiar la adoración del Santísimo.

Humea un incensario en las manos del monaguillo. Una voluta celeste trepa por la débil luz que filtran los vitrales. Poblados de embeleso lo siguen hasta el techo. Sobre el cerro pelado, cinco leguas al Este, asciende una columna negra.

—¡Franceses! —se dice con aprensión, a horcajadas de una mula de alquiler.

El humo se hace blanco. Tres bocanadas en espiral manchan de alarma el azul marino. «Toda una flota… En la bahía del Olonés».

Habla el correo del humo. Su propio invento contra los piratas. Conventículos de guardaseñales se suceden de Cabo Codera a Puerto Cabello. En menos de seis horas Caracas sabe lo que sucede a cincuenta leguas.

En la bestia llena de mataduras baja a La Guaira. Va trajeado con un terciopelo negro y raído. A los treinta y cinco años es el vivo retrato de Carlos V con la mirada soñadora de un pastor de ovejas. Sonríe ante el canto aflautínado de un turpial. «¡Cuán grande es Dios!» —dice al celebrar plumaje y trinos.

Al pasar un recodo se asoma el puerto, un castillo y la bahía. Cien varas abajo, por el camino empedrado, está la alcabala. Un estornudo lo golpea. «¡Ah, broma, ya me dio la pituita!». Vuelve a estornudar: una, tres, quince veces. Los ojos llorosos. Moquea, sopla y resopla el pañuelo. Una iguana se vuelve roja al cruzar el sendero. Abajo centellea el mar. Mediodía, cardonales y un sol punzante.

—Allá viene Don Jorge Blanco y Mijares —dice a su oficial un cabo de guerra.

—Buenos días, mi general —saluda al capitán de guardia.

—Buenos días se los dé Dios, Don Jorge. ¿Qué novedades hay por Caracas y en qué le podemos servir?

—Novedad, ninguna. Y si me puede hacer un favor, deme un vasito de agua para tomar mi poción contra las lombrices.

Rozando el suelo con sus largas piernas se aleja por la calzada.

—Quien viera a Don Jorge Blanco por primera vez —dice el oficial— juraría que es un pendejo de tomo y lomo, con esa bocota abierta y esa cara de güele flores. Yo no sé por qué carajo lo llaman el Águila Pasmada, porque así como se le ve con sus caminares de pisapoquito, tan educadito, tan fino, tan humilde, es requete jodido cuando le da la gana.

La mula casquillea por las calles del puerto. Ya alcanza la calle principal. Frente al malecón está la posada y taberna de la Tuerta Núñez. Es calurosa y llena de ruido; pero con buenas camas y comida sana. Se almuerza en la fonda. Todas las mesas están ocupadas: se come, se bebe, se fuma, se ríe.

En una mesuca un joven solitario toma cerveza. Tiene un aire retraído y melancólico. Los ojos verdes y el pelo rubio que contrastan con la tez oscura, entre cobre y oro.

Corto y afable, Jorge pregunta:

—¿Os incomoda si me siento a vuestro lado?

—¡De ningún modo, señor mío! —responde severo y espontáneo—. Sentaos, por Dios. Ya comenzaba a aburrirme.

Jorge agradece con una sonrisa. Pide a palmadas un vaso de agua con azúcar.

—¿Cuándo llegasteis? —pregunta al hombre.

—A mediodía de antes de antier.

Por romper el frió inquiere con una sonrisa:

—¿Sois vasco?

—¡Dios me libre! Castellano y de los viejos. Mi nombre es José Palacios, capitán de cañones y natural de Miranda del Ebro. Tengo muchas lacras encima, pero la de ser vasco, ¡nunca![60]

—Me he quedado varado en este puerto —le dijo luego de entrar en confianza—. El Capitán del navío, quien me tenía ojeriza, aprovechando que me quedé dormido con una maritornes de mantilla y abanico, ¡las mujeres han sido siempre mi perdición!, zarpó sin mí, dejándome por capital la ropa que llevo puesta.

Simpatizó Jorge con José Palacios:

—¡Dios proveerá, amigo mío! En Venezuela un capitán de cañones siempre encuentra destino. Los piratas nos tienen fritos, aparte de ser en lo personal amigo del Gobernador.

—Pues yo he sido rehén nada menos que del célebre Grammont —observó con jactancia displicente el artillero.

—¿Del feroz pirata que hace dos años tomó a La Guayra?

—Del mismo que viste y calza. Es un tío con cojones…

Jorge se sonrojó ante la expresión; José prosiguió atemperando el estilo ante la reacción de su nuevo amigo con aspecto de alguacilillo:

—… Era gentilhombre de la corte de Luis XIV de Francia. Corsario a su servicio con lugar y asiento en la corte; hasta que un día descubrió que su madama le ponía cuernos con uno de los gachí del Rey Sol. Encabronado, ¡qué digo!, enfadado, montó en cólera y ensartó a su ofensor, quien era a su vez favorito del Rey de Francia. Huyendo a todo meter abandonó su papel de corsario y ahora es pirata por la calle del medio.

—¡Qué interesante! —respondió Jorge—. Aquí ha saqueado Maracaibo, Gibraltar y Trujillo[61]y ahora La Guayra.

—¡Odia a las mujeres adúlteras! —añadió el artillero—. Respirando por la herida es el santo vengador de los cornudos. Es implacable con las mujeres alebrestadas.

—¡Con razón —añadió Jorge— hizo en La Guaira tamaño desaguisado!

Y refirió a Palacios la historia de una tragedia.

José Palacios salió de España el mismo año de la muerte de Su Majestad Felipe

IV.[62]

—Tenía dieciocho años en ese entonces, los mismos que llevo como alma en pena por el Caribe. Como artillero he servido en todas las plazas. En Puerto Rico viví por mucho tiempo. Hasta el mismo año en que ejecutaron a todos los prisioneros franceses.[63]Mi mal han sido las faldas —dijo; pero al observar una vez más el desconcierto de su compañero, añadió una justificación en mengua.

—Las mujeres son la causa de todos los males que existen sobre la tierra —sentenció Jorge, que hasta los treinta y cinco años se mantenía casto—. Lo que una mujer puede hacer, ni el mismo demonio lo adivina.

—Me lo vais a decir a mi —contestó Palacios, mientras dirigía encendidas miradas a una morena que, en el lugar de «Las Ventas», donde pararon para un refrigerio, lo requebraba con el juego del abanico.

Poniéndose en pie, invitó a su amigo a proseguir el camino hacia Caracas.

—Os quedaréis en casa todo el tiempo que sea menester —le observó Jorge—. Sobran habitaciones y en ella sólo vivimos mi madre y yo.

A las cinco en punto de la tarde, Jorge, seguido de José Palacios traspuso el portal del viejo caserón.

El Pez al ver al artillero lo siseó burlón. Una montaña de carne cerrada en negro avanzaba por el medio del patio. Era una mujer de mediana edad, de estatura desmesurada y de una gordura proporcional. Jamás en su vida había visto a un ser de volumen tan colosal. Caminaba a pasos lentos, impedida de andar, tal era el grosor de sus caderas, abdomen y muslos. Su cuello estaba envuelto por una gruesa gorguera de grasa y en su rostro repleto, sanguíneo, donde brillaban dos ojillos aplastados por los párpados hinchados, destacaban dos largos y gruesos mostachos pintados de verde.

—¡Cáspita! —exclamó al verla abrazar a Jorge—. ¡Qué mujer tan fea!

—¡Mi muchachito, mi vida! —clamaba la mujerona con voz ronca y enternecida.

—Madre —dijo señalando al artillero— te presento a un buen amigo, José Palacios.

—Ana María Mijares de Solórzano de Blanco y de la Torre… —comenzó a decir, pero al verle el rostro, empalideció. Sus ojos se dilataron. Y de no haber sido por Jorge, quien la sujetó, hubiese caído al suelo.

Conducida del brazo de su hijo tomó asiento en el banco arcón del corredor lateral. Desapareció la lividez. Miró con simpatía al recién llegado y esbozando una sonrisa señaló con voz suave y varonil:

—Disculpad, caballero, por lo sucedido. Pero os parecéis tanto a una persona a quien quise mucho, ya fenecida, que al veros me pareció que era él, que había regresado de la tumba. Pero estáis en vuestra casa y honrados nos sentiremos todos de que compartáis con nosotros nuestras vidas y costumbres.

El almuerzo opíparo y vario transcurrió en amena charla. José Palacios degustó

con deleitación la sopa de apio, los niños envueltos y el pabellón con baranda, más tres clases de torta: guanábana, burrera y burrundanga.

La vivacidad, simpatía e inteligencia de Ana María era tan excepcional como su gordura.

Ana María reía de las observaciones de José, aparentando escuchar todo cuanto comentaba, mientras se decía: «Es su misma risa, su misma nariz, su mismo pelo. Ambos tienen la misma talla. Sólo que éste ríe con los ojos y aquel no reía jamás…».

Luego de comer se derrumbó en la cama de huéspedes dispuesto a dormir una larga siesta.

—¡Despertaos, José! —dijo Jorge con tono amable.

Abrió con pereza un ojo.

—Son pasadas las cinco y os han venido a saludar tres grandes amigos míos que están ansiosos de conoceros.

Luego de desperezarse y de vestirse con lentitud, salió de su habitación.

En el gran salón tres voces castizas se arrebataban la palabra. Una estridente y gruesa dominaba a las otras. Era la de Don Pedro de Jaspe, Oficial Mayor de la Inquisición. Disentía sobre la estrategia seguida con los piratas en el momento en que José Palacios cruzó el umbral.

—Tengo el gusto de presentaros a mi buen… —comenzó a decir Jorge, pero Don Pedro de Jaspe y Montenegro, con el terror pintado en el rostro, apenas pudo decir: «¿Tú?» y se desmayó.

—Dejadme solo con él —propuso José a los presentes—. Se recuperará en un santiamén. Confiad en mi y cerrad la puerta.

Por un cuarto de hora largo se escuchó apenas un murmullo ininteligible. Saltó una carcajada.

Sofocado de risa José abrió la puerta. Don Pedro de Jaspe echado en el suelo y con los ojos llenos de lágrimas, sacudía el abdomen.

—¡Esto es la monda! —gritaba sin parar de reír.

—Pero decidnos de una vez —adujo Jorge, confuso y sonriente— de qué os reís con tantas ganas para nosotros también disfrutar.

Jaspe y José ante sus palabras redoblaron las carcajadas.

—Lamento no poder deciros, mi querido amigo, la causa de tanta guasa. José y yo acabamos de hacer voto de silenciar lo que nos sucediera hace ya muchos años y que por culpa de un mal entendido casi muero de temor al verlo.

—Para celebrar este encuentro —propuso el cuñado de Jaspe en el momento de despedirse— os invito mañana a un gran almuerzo en mi casa.

—El mundo es un pañuelo —comentó Palacios a Jorge—. ¿Quién me iba a decir que después de dieciocho años de zarandear por el mundo me iba a encontrar de nuevo con Pedro de Jaspe y Montenegro?

—Buenas y santas —saludó entre las risas un sacerdote de aspecto diferente.

—Pepe —añadió Jorge—. Tengo el gusto de presentarte a mi hermano José Juan.

—Mucho gusto, amigo mío —respondió el hombre que, como explicó Jorge, era canónigo de Catedral, aparte de ser virtuoso del órgano.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto, fornido y blanco; de facciones regulares, rostro sereno y plácidos ojos azules donde convergían sin contradicciones una reflexiva y concentrada atención con desapasionado interés por los hechos y las personas.

Durante la conversación, y cambiando de tema, dijo a su hermano:

—Es necesario que le cambien el traje a la Virgen de la Soledad: la van a dejar en cuero las polillas.

—¡Jesús, José Juan! —protestó Jorge, santiguándose—. ¡Qué forma de referirse a la madre de Dios! De no ser por el balandrán nadie te tomaría por sacerdote.

Soltó el cura la risa y luego de hacerle a José tres preguntas de respuesta precisa, le observó con naturalidad:

—Bueno, mi amigo, queda usted en su casa. Y ahora me perdona, porque voy a saludar a la vieja.

Y diciendo esto se alejó por el patio, casa adentro.

—Es mi único hermano —añadió Jorge con voz de excusa—, hombre bueno y caritativo, pero de una piedad tan heterodoxa que aún no me explico cómo no le ha echado mano el Santo Oficio. ¿Será porque yo soy el Oficial Mayor de la Inquisición en Venezuela?

José, al escucharlo, iluminó sus ojos de agudo temor.

Al día siguiente camino del almuerzo, Jorge refirió la historia de Josefa Marín de Narvaez, la misteriosa heredera de quien Jaspe era tutor y los Ponte Andrade sus guardianes.

—Es una de las mayores fortunas de la Provincia. Suyas son las minas de Aroa y la mitad de las tierras que riega el Yaracuy.

La magnificencia de la casa impresionó a José Palacios. La fortuna de la niña guardada saltaba a la vista.

Josefa llegó a la sala. Encorvada y vacilante saludó a Jorge y a José. Su mirada y estatura eran la de una mujer hecha. En una explosión de tres colores, que sin lograr la armonía, reunía cierto encanto. Tenía la tez morena oscura de las mulatas claras; el ojo oblicuo, pequeño y convergente de las indias; la nariz fina del español, al igual que sus labios, a los cuales el negro tiñó de púrpura, además de las encías. Los dientes eran sorprendente blancos, bellamente formados. Los ojos: negros, brillantes, melancólicos en el descuido. Era de talle alto y cimbreante. Los pechos se sospechaban bien formados tras la blusa que dejaba al descubierto un cuello largo.

«Pues no está mal la chiquilla para tener tan grande fortuna», —se dijo el

artillero.

Durante el almuerzo Josefa no dijo palabra. Apenas levantó la vista del plato para mirar a José, mientras Don Pedro de Jaspe hablaba sin parar.

José Palacios la sintió viva y presente las pocas veces que el tutor le cedió la palabra. Lo escuchaba atenta y golosa.

«Gusta de mí la chiquilla —se dijo al salir—. Y empero ser blanca, negra e india a partes iguales, es dueña de una fortuna que a los treinta y seis años no hace jamás un capitán de artillería».

Quince años de andar errático le demostraban que salvo disparar cañones y seducir mujeres, carecía de otras facultades para la fortuna.

José Palacios en su lecho continuó cavilando: nunca había sido rico y ansiaba serlo; no tanto por el lujo y el oropel suntuario, que le importaba un bledo, como por ser la fuente nutriente del ocio excelso. Amaba el tiempo sobrancero que se disponía entre copas y amigos sin propósito definido; cabalgar sin intención; dormir siesta larga y tendida; ganar o perder a los naipes; acostarse y levantarse tarde; y sobre todo, no tener dueño ni amo que le ladre ni rezongue.

La voz de su padre, un viejo hidalgo de Miranda del Ebro, se le vino encima:

—Un buen braguetazo es el camino más firme para un tipo guapo como tú, carente de la recia condición de los hombres de pelea, perezoso y lascivo como un gato, ignaro como un sacristán y con la rebeldía del pájaro que nació libre. Ponle precio a tus criadillas, Pepe, que cuando se las tiene grandes y no sirven para mayores empresas, alcanzan para otros logros cuando las sopla e infla un viento de chulería. El casarse por amor es derroche en todo hombre o mujer a quien Dios dio tan solo por menguado capital su belleza y figura. ¡Fíjate en mí! Por hacer caso a los sentidos me casé con tu madre, que si hoy es una birria y sin un ochavo, aunque era tan pobre como hoy, tenía los pechos grandes y el perfil divino. La belleza se esfuma y la fortuna no vino. ¿Por qué no me casaría yo con la viuda del abacero cuando yo era en el pueblo el más gallardo y de mejor apostura? ¡Qué si era vieja, desdentada y con arrugas en los labios, eso lo hubiese arreglado con una manta sobre la cara! Que hay algo peor que fornicar con asco: la vejez sin fortuna. ¡Cásate Pepe, con una mujer rica. No hay más porvenir en tu futuro!

77. El Vampiro circuncisor y las voces viejas

La lluvia tamborilea sobre el tejado. Un perro aúlla en la esquina. La pavita entona su canto. Jorge Blanco en su lecho se persigna.

Al otro extremo del patio José Palacios cruza las manos sobre su almohada y mira hacia el patio.

Fue hace dieciocho años. Era casi un crio. El coronel nos dijo:

—Chicos, nos han encomendado un trabajo para babiecas, hemos de trasladarnos a Onarra, donde, al parecer, se ha presentado una epidemia de cuentos de vieja donde todos dicen que hay un espíritu diabólico que mata y chupa la sangre de sus víctimas.

—Luego de cuatro crímenes —decía el coronel— apareció asesinada y en descampado la joven esposa del Conde. Y a pesar de que uno de los guardas descubrió a uno de los sirvientes tratando de entrar subrepticiamente con el traje manchado de sangre, el cura del lugar insiste en que el asesino es un extraño diablo, que según parece necesita chupar la sangre de sus víctimas, como yo el clarete. ¡Pamplinas! —exclamó—. Pero arreglad vuestros bártulos y preparaos, nenes, a nombre de la superioridad, a tomaros unas lindas vacaciones junto al mar. Conozco el sitio y es precioso.

A comienzos de otoño llegamos a la puebla y al castillo.

Dos ojos rojos lo miran desde el armario. El Pez que Escupe el Agua ulula con miedo.

Esa misma noche conocí a Pedro de Jaspe y Montenegro, delegado por el Santo Oficio. Unos decían que el vampiro era un hombre negro y oloroso a azufre; en tanto que otros lo describían como una mujer, tapado el rostro con un antifaz y envuelta en una gran capa negra que al abrir revelaba un desnudo y esplendente cuerpo para poner cachondo a San Antonio.

Jaspe nos hizo una relación muy detallada de los sucesos. La condesa apareció con el cuerpo cosido a puñaladas a pocos pasos de la cabaña de un pastor, a quien se halló también muerto y desangrado.

Según refería el cura, los hechos comenzaron a desarrollarse seis meses atrás, cuando a un joven palafrenero se le presentó el vampiro en su cobertizo en forma de agraciada hembra. El chico, ante la aparición, perdió el sentido. Cuando volvió en sí, ¡sorpréndase vuesas mercedes con lo que vais a escuchar!, el monstruo lo había descapullado, ya que era doncel, bebiéndole con fruición su sangre. Recuperándose del primer desmayo entró en el segundo al sentirlo sorbiéndole, cual un gato, sus partes más nobles. De no haberse llevado a su cobertizo una imagen de Santa Genoveva, quién sabe lo que le hubiese sucedido.

—La siguiente víctima —prosiguió el cura luego de acallar nuestras risas— fue la doncella preferida de la hija del Conde, una guapa moza llamada Tomasa, atacada y violada por el espectro sobre una losa del Camposanto, por donde pasó luego del Ángelus arrastrando una vaca. Por una semana ardió de fiebres hasta que finalmente, exhausta, terminó por entregar su alma al Creador.

Hasta la medianoche el cura nos fue enterando, de las hazañas, peripecias y características del espectro. Jaspe y Montenegro no perdía oportunidad de meter baza, ufano de lucir sus conocimientos.

Tan pronto nos quedamos solos, nuestro Coronel, que ya se había empinado la jarra, dijo:

—Yo no creo ni una palabra de todo cuanto hemos oído. No creo en vampiros ni en niños muertos. Por lo que barrunto aquí hay dos problemas: un belitre vestido de vampiro y una puta disfrazada de señora.

José Palacios sin conciliar el sueño, sonríe ante el recuerdo. La lluvia se troca en aguacero. Relámpagos y truenos se suceden, la pavita canta. El Pez de piedra por segunda vez lanza su silbato de advertencia.

Una sombra de mujer con un candil en la mano cruza furtivamente el patio en dirección a la alcoba del artillero. Los ojos rojos sobre el armario se hacen grandes y fulgurantes. Canta un gallo. Se apagan los ojos rojos. Avanza el candil.

A José Palacios le dieron por guardia un inmenso portal. Por el escudo de armas y el salón con chimenea al otro lado del corredor, supuso que era la habitación del castellano.

Un buen fuego crepitaba en la chimenea. Dos mullidos silletones lo tentaron. Juntó sillas y colchones y se sumergió en ellos.

Vagaban sus ojos abstraídos por un ventanal, cuando a la derecha vio el retrato de una mujer en el que no había reparado. Un leño la alumbró al estallar. Era una hembra de excepcional belleza.

«¡Joder! ¡Mirad que es guapa la tía!».

Era joven; rubia, de ojos verdes y rasgados, con una expresión entre golosa y picara que reafirmaba su boca roja, carnosa y húmeda. Estaba sentada en una gran silla de damasco azul con un gato de Angora de un negro rutilante sobre el regazo.

Retrato de la Condesa Ana. Año de 1663, decía abajo en un letrero en bronce.

«Es del año pasado», —se dijo—. ¿Será la esposa o la hija del Conde? Dicen que la condesa muerta era tan guapa como la viva.

Cerró los ojos en cansino cavilar para quedarse dormido.

Despertó con sobresalto. Una mano le acariciaba el pelo. De un salto se tiró fuera esgrimiendo la pistola. Una mujer de larga capa le sonreía. Era la mujer del cuadro. A sus pies, el gato negro de Angora.

—¡Cálmate, nene! —dijo burlona y desenfadada.

«¡El vampiro! —díjole una voz—. Chupa, descapulla y mata».

Rió de nuevo la aparecida. Sin dejar de apuntarla buscó el crucifijo.

—¡Toma! —le dijo sin variar de expresión al entregárselo.

—¡Vade retro, Satanás! —gritó con voz temblorosa.

—¡Vamos, Pepillo! —dijo—. No me hagas creer que te has creído las patrañas que urdió el cura para mejorar su cocido. Hace rato que os escucho desde un mirador que da a la cocina. Son una sarta de mentecatos y que como bien lo dijo tu coronel, están confundiendo a un asesino con un vampiro y a una puta con un fantasma. El

asesino es el sirviente que huyó a Francia. La puta soy yo. Ven conmigo a mi habitación y verás cómo te lo pruebo.

Discernía con gracia y salero la condesita. Ante su naturalidad y los tragos de Armagnac recuperó el sosiego.

La Condesa Ana era el ser más alegremente desfachatado y procaz que jamás hubiese visto. A la sexta copa le había narrado con lujo de detalles tan insólitos acontecimientos, y ya no tuvo la menor duda de tener ante sí a la más loca, pimpante y descomunal cortesana que jamás hubiese visto.

—Mi padre propuso a Su Majestad Felipe IV, para marcharse a Indias, que yo fuese camarera de su hija María Teresa, quien debería casar con el Rey de Francia en 1660. Tan pronto llegué a París, mi Reina y Señora, que además de enana y de atiborrarse de chocolate, gustaba hacer de casamentera y en especial cuando su astral consorte nos metía el ojo, me casó con el conde de Villiers: un hombre viejo y gastado, que a falta de sanas turgencias me enseñó a hacer el amor con los cinco sentidos, que si es bueno para enfermos, a los sanos abre bien el apetito.

Al poco tiempo ya me las ingeniaba para que las sabrosas cremas y hojaldres que me enseñó, sazonaran otras carnes. Elegía mis amantes entre los desconocidos que encontraba: bajo un puente o en el césped de los parques calmaba los ardores que, para su deshonor, encendió mi marido.

Todo marchó sobre ruedas hasta que murió el muy pelma y hube de venirme a este pueblo donde todo se ha vuelto un lio por lo imbéciles y supersticiosos que son estos palurdos. La primera vez que intenté folgarme al chico ese que mientan el de los Percebes, el muy lerdo, en vez de darse gustos salió a hablar tonterías sobre demonios, trasgos y otras bellaquerías.

Todo esto del vampiro —siguió ella— no ha sido más que una serie de malos entendidos y de casualidades que, al sumarse, han hecho un alud. A Tomasa, mi doncella, se le emponzoñaron las heridas que yo le recomendé se hiciera en el cuello para echarle la culpa al vampiro de lo que le hiciera Manolo, el sacristán. La muy bestia, en vez de hacerse las hendiduras en el cuello con algún cuchillo limpio, lo hizo con unos clavos sucios.

—¿Y cómo explicáis —preguntó Pepe— el asesinato del joven pastor, el de vuestra madrastra y el de los dos esposos que venían de Francia?

La condesita borracha de un todo, soltó una carcajada.

—El tal pastor, que era más cachondo que Su Majestad Felipe IV, se folgaba desde sus ovejas hasta a la mujer de mi padre, que era una pelandusca sevillana que lo engañó haciéndose pasar por la mujer que no era. El pretendido sirviente que contrató a instancias suyas, era su chulo, como yo misma lo constaté espiando por los agujeros. Cansada de él, se buscó al pastorcillo. El chulo los descubrió y los mató a ambos. Al pobre vampiro lo han hecho bucoemisario de cuanta truhanería acontezca

en la puebla.

Por tercera vez la condesita le caló el pensamiento:

—Yo sé que a ti te extraña que una mujer como yo descienda a contarle a un hombre como tú historias tan bien guardadas. ¿Quieres que te diga una cosa? Estoy harta de la razón y he aprendido a vivir de corazonadas. Tan pronto te vi, sentí que tú eres el hombre que debe ser mi marido. Serás dueño y señor de este castillo y de todos mis feudos y señoríos.

—¡Viva mi padre! —gritó José—. Siempre me dijo que sólo a punta de cara labraría mi fortuna.

La condesita vio a Pepe con pupila estrecha. De un tirón se arrancó la capa. Con los ojos encandilados avanzó posesivo. Escurrió el cuerpo:

—Oh, no, mon cher ami, no me vais a tomar a saco como si yo fuera una zurrupia cualquiera. Acuérdate que soy la gran sacerdotisa de los cinco sentidos: y el que más placer proporciona es el gusto succionador que se achaca a los vampiros. Si queréis tarta, haced cual los recién nacidos.

Pasada la medianoche y a lo largo de dos semanas, Pepe Palacios, la condesita y el gato se encerraban en la alcoba. Al término de ese tiempo José había superado sus prejuicios, salvo la indecorosa posición de arrodillarse al pie de la cama y de uniforme completo.

El terror y la vigilancia en los últimos días se había recrudecido en el pueblo y en el castillo. Más de cinco personas decían haber visto al espectro.

Esa noche, al igual que las anteriores, Pepe, de casco, hacha y pistola, iniciaba la sesión. Algo viscoso y metálico bañó su boca. Un estruendo en ese instante salió de la alcoba. La puerta de cedro se vino abajo. Diez soldados, con el Conde y Don Pedro de Jaspe, entraron de espadas desenvainadas. Pepe, alarmado, se puso en pie. Los hombres armados, para su sorpresa, antes de avanzar retrocedían aterrorizados.

—¡Él es el vampiro! —gritó tembloroso Pedro de Jaspe—. ¡Miradle la boca y las barbas tintas en sangre!

—¡El vampiro, el vampiro! —clamaron todos huyendo atropellados hacia los rincones.

Haciendo gorgoritos y rechinando dientes se abrió paso hasta el camino. Y no paró de correr hasta que llegó a Puerto Pasajes, en el momento justo en que un barco partía hacía América.

—¿Cuál será mi destino en esta Provincia? —se pregunta desde su cama.

Abre y cierra los ojos mientras escucha llover.

«Qué de imponderables tiene la existencia», —se decía mientras la pavita volvía a entonar su canto de mal agüero, el Pez ululaba su canto y la sombra de mujer con el candil apagado, agazapada tras la pared que daba al patio, escuchaba atenta su respiración, que al fin tomó el ritmo pausado de los que sueñan. La mujer encendió

de nuevo el candil en la lámpara votiva que había en la habitación vecina y se acercó sigilosa a los pies de la cama donde José Palacios parecía dormir. El halo de luz le dio en la cara.

«Es él», —se dijo.

José Palacios entreabrió los ojos, sorprendido. Una mujer de cara muy bella y pálida lo observaba. Atemorizada soltó el candil sobre la cama y huyó por los cuartos en larga sucesión. Corrió tras ella. Apenas recorrió dos habitaciones. Era una impertinencia andar de noche en casa ajena tras una desconocida mujer. Felicitándose por su suerte, se durmió enseguida.

La bella del candil no apareció para el desayuno.

«Es probable que todavía duerma. Las criollas de Venezuela deben ser como las de Puerto Rico y La Habana, que para guardar su belleza despiertan tarde».

A la hora del almuerzo se sentó a la mesa con Jorge y su madre. Ana María sabía y entendía de todo: de cacao, barcos, legislación, teología y Miranda del Ebro. Escuchaba con atención y miraba con suma simpatía a Pepe. Jorge Blanco, a pesar de su cara de idiota y de las simplezas que se le escapaban, era sabihondo y penetrante en las opiniones.

La bella del candil tampoco apareció.

«¿Será que los venezolanos son tan celosos como los moros? Por la prestancia, belleza y blancura del rostro, quizás algo achinado, como lo tienen en Venezuela todos, no podía ser de casta servil, sino doncella muy principal. ¿Quién es esa bella mujer? ¿Dónde está? ¿Por qué se oculta?».

Sin poder contener la curiosidad se confió a Jorge.

—¿Joven, blanca, achinada? —preguntó asombrado—. En mi casa no vive esa mujer. Ni jamás ha vivido. Tú viste anoche un espanto —añadió pálido—. Yo nunca la he visto. Pero hay gente que se la ha topado. Es la india Acarantair. Hace un siglo vivió en esta casa. Su alcoba era la tuya.

Al echarse en cama dijo a las sombras: «Ven a visitarme Acarantair».

Al otro extremo del patio las hendijas de una puerta filtraban luz hacia afuera en un tenue resplandor. Adentro, dos candelabros de cinco luces iluminaban un espejo veneciano. La dama del candil, blanca y achinada, se contemplaba.

—¿Por qué Dios no me hizo así? —dijo la voz de Ana María al quitarse la máscara de marfil de la China que le encargó Rodrigo como presente de amor.

Luego de guardarla en el rincón más profundo de su arcón y de echarse en su cama con los ojos del pensamiento puestos en José Palacios, volvió a decirse:

—Es igual a él. Tiene su mismo porte. Su misma talla, color de pelo, ojos y apostura. ¿Por qué, Dios mío —dijo al cielo—, me envías, después de vieja, una vez más este cáliz de amargura que tanto me lo recuerda?

La primera vez que escuchó hablar de él lo amó con hondura, a pesar de ser diez

apenas los años que tenía. Estaba sentada aquella tarde con su abuela Soledad en el corredor de adelante sosteniéndole en sus manos el ovillo de lana con que tejía. Entró de pronto la negra Rosalía, acompañada de Pablo, el hijo que tuvo con el Cautivo y que ya andaba por los sesenta años.

—Nadie imaginó, ni yo misma —decía Rosalía— que Diego García, bizarro y mujeriego, llegase a ser tan buen padre y enmaridado.

Su abuela con los ojos tristes la seguía.

—Once hijos hubo en Caridad, su mujer. Con ellos pasaba todo el tiempo. Yantaba, rocheleaba y se iba de cetrería. Sobre ellos se volcaba como las aguas tormentosas cuando encuentran su cauce. Si antes de hallar pecunia blandía esa insatisfacción esquiva de los que al final se sienten birlados, de rico-home fue pior. Sus hijos lo consolaban, como él mismo lo pregonaba, de todas las injusticias de que fue victima desde el mismo momento en que la india Marta lo parió.

—Los morbos de los muchachos lo ponían chiquito. El sólo pensar que Gabriela pudiera matrimoniar y partiera de su lado, lo amenciaba. Cuando Garci, el mayor, ¿te acuerdas?, estuvo de muerte con la colerina, las furias lo poseyeron. Una vez hube de decirle:

—Si sigues así, los perderás de veras. Desertar te han por hastío. No los dejaba ni para hacer aguas mayores. Si cabalgaban, cavilaba estremecido de que pudieran caer. Si salían de casa pensaba en las sierpes y en los indios sin cristianizar. ¡Pobrecico! —exclamó Rosalía secándose una lágrima—. No fueron en vano sus temores. Eran apenas anuncios de lo que estaba por venir. ¿Te acuerdas cómo hinchó su rostro y volvióse un carcamal luego que la fatalidad destrozó su ánima? Demasiado tiempo duró. Otro cualquiera hubiera acabado antes. No fue mingonería su llanto por la pava cínica que se le guindó en aquellos últimos cinco años del sollozante devenir.

Soledad vio de frente hacia la negra.

—Dicen que se la pasaba montado en su hamaca, toma que toma, botella tras botella.

—Yo así lo aguaité muchas veces. Pero ¿cómo se le quita el opio al que en dolor muere? Lo menos que podía hacer era caerse a palos hasta que, derrengado y loco, Dios nuestro Señor restañase sus heridas en la pócima divina de la inconsciencia. Lo veo clarito como si fuese ayer en su hacienda de La Vega.

SÉPTIMA PARTE
Diego García, el Viejo

78. Diego García, el viejo

El Valle, que viene derecho con el Guayre en medio, hace un recodo al sur de la ciudad. En el sitio donde recoge las aguas del Caroata. Allí comienza La Vega, la encomienda que fuera de Garci González de Silva. Verdegueante de caña, salpicada de vaqueras, corrales e ingenios. Desborda el cerro que lo limita al Norte; sube la falda fría hasta la cima de los vientos salitrosos, para deslizarse por la vertiente caliente y roja que llega al mar.

En medio de los plantíos, a cuadro está la Casa Grande, con sus tres recintos de techos altos y corredores propios, enlazados por jardines abiertos y viejas pérgolas llenas de flores.

Ya la vasta heredad no es de sus primeros dueños. Es toda entera de Diego García, viejo, borracho y jugador.

El sol de la primera mañana le da en la cara. Alguien lleva cantares de ordeño.

—Buen día tenga su merced —dice la sombra—. Anoche murió Don Simón de Bolívar, el Joven.[64]

«En tal día como hoy —se dice— murió también Don Alonso, el viejo bizarro. Fue el año de los grandes muertos. Murió también el Drake, asado y comido por los indios del Darien.[65]¡La vida es muerte! El 98 murió el Rey. Y el 600 Piña de Ludueña, el Gobernador, con el que otrora también lo fuera, Don Luis de Rojas. A Piña lo envenenaron y a Rojas lo mataron de hambre y tristeza. Daba pena su caminar, mendigando para mayor gloria de Dios. ¡Jodidita que eres, Caracas! —clama en voz alta—. ¡Jodidita de verdad!, como lo son las malas hembras con el macho que las gobierna y manda».

A Suárez del Castillo, el V Gobernador, también lo envenenaron.[66]A Juan de Tribiño lo hicieron salir a escape por andar entrepiteando y a Gil de la Sierpe se lo mandamos al Rey embusacado en cadenas.[67]Once gobernadores ha tenido Santiago de León. Cinco los tomamos por feria: dos envenenados, uno de limosnero, uno destituido y preso, y otro fugado. Y los que salvaron el temporal: Pimentel, Girón y Berrío, fueron tres bolsas de marca mayor. Los vapuleamos a nuestro antojo. Sólo tres y nada más que tres, lucieron las bolas rayadas: Osorio, Alquiza y Don Juan de Meneses y Padilla, Marqués de Marianella, el que trajo en su barco mi desgracia.[68]

Diego García se inclina sobre la hamaca rastreando una botella. Con mano temblorosa la escancia y besa. Un perrillo sin casta sacude el rabo.

—Brr —gruñe y escupe viendo al faldero.

—¿Por qué será, Montemayor, que el aguardiente, al revés de la vida, es tan malo

al principio y tan bueno al final?

El sol despeja la bruma de los cañaverales y le amarillea el rostro cuero amarillo, desdentado, con el pelo ralo. Abogatada lleva la faz. Descarnados los ojos y llenos de nata. Saco burdo, su cuerpo: amplio, cuadrado, irregular. Enlaciados los brazos, secas las piernas. El abdomen protuberante empuja a la camisa sucia. Las piernas apenas lo sostienen. Sólo camina, desde hace tres años en que anidó en la hamaca, para alcanzar el mogote donde vacía el vientre.

Diego García desde que conoció la desgracia, no para de beber ni de jugar.

El día en que murió Don Alonso yo no estaba a su lado para verlo muerto. Iba camino de la Margarita. Bogando en el «Tres Puños» para encontrar auxilio. El Miás ya la había saqueado, al igual que Cumaná.

¿Quién me iba a decir que el Hombre de las Bolas al Hombro destruiría a Don Alonso y a mi ciudad? No erró Villapando en sus augurios. De la Margarita fuimos a Tierra Firme. La tempestad nos empujó a Rancho Bordones. Doce buques con el Jabalí Rojo estaban anclados. Eran ingleses y tarde para huir. Nos echaron mano. Eran los barcos de Preston y de Sir Walter Raleigh en cita ya convenida.[69]

El Miás me dio un abrazo cariñoso y sorprendido. Pero me dejó al garete cuando le dijo al caballero de la Reina a voz en cuello y delante de mis compañeros, que yo había servido bajo el Drake. Lo que nunca quise mentar en Caracas por miedo a ser embustero.

Apenas se fueron, Herrera y Bolívar me agarraron a trompadas. Amarrado llegué a Cumaná. La gente quería matarme a piedra y a gargajazos. Me condenaron a la horca. Pedí seis meses de gracia. Para terminar el plazo, de chiripa llegó la carta del Rey Felipe en respuesta a la que envié junto con su esmeralda. El buen Rey ordenaba mi libertad. En premio a mi padecer, dábame el titulo de Alférez Mayor, ¡qué pal caso fue como si no lo hubiese hecho! ¡Para el caso que le hicieron! La Real Orden, según reglamentos, así me dijeron, habría de ir por la vía de Caracas al Gobernador. ¡Jamás por la de Cumaná! ¡Pobre de mí que lo creí por principio! ¡Trácala de farsantes y embusteros! No querían darme el cargo y nada más. Pasaron seis meses y tres años también. Se murió el Rey, mi amigo.[70]Nunca llegó el papel. Hace poco me soplaron que vecinos muy principales, con Herrera a la cabeza, escribieron al Consejo de Indias denostando de mí, hablando de mi casta y de ser de condición aviesa.

Empina de nuevo la botella.

¡Bueno es el tercer trago! Así se ha manejado todo en Caracas. Son pocos, muy pocos, los que imponen su voluntad, pero tienen muchos brazos y ojos. Nadie, salvo ellos, tienen derecho a nada. Al que se les para de frente lo vuelven zareta. Son buenos para el chisme y en el demoler. Contra el rumor nadie puede. Como el viento: es nada y es todo. No se ve, pero se siente. Lenguas engavilladas rasgan más que cien puñales. Alguien me habló de un animal que mientan hidra, con diez cabezas y un

sólo estómago. Así es la gente del Ayuntamiento. Son como una rosca que entraba lo que es ajeno. Ajeno es lo que soy yo. ¡Ajeno para ellos y para los demás! Bastardo y media sangre. ¿Alférez Real? ¡Ja! Bolsa de mi, que lo llegué a soñar. ¿Hacer otra solicitud? ¿Escribirle de otra vuelta al nuevo Rey? ¡Qué poco me conocéis, Agustín de Herrera! ¡Vete muy largo al carajo! Está bien que me creas pendejo. Pero cuando pasas la raya ofendes mi pundonor de hidalgo nuevo.

Desde entonces los caté y los vi venir. Los españoles que llegaron tarde, o las Águilas Chulas, como también los llaman, querían cogerse el coroto sin dejar un ñinga a los criollos. De no haber tenido yo este par de bolas que Dios me ha dado y la protección de Don Gonzalito, me hubieran vuelto añicos, como hicieron con los que de muchachos jugaron chapa conmigo en la Plaza Mayor.

¡Ay, coño! ¡Qué mierda es la vida! Montemayor, Brr, me regañó este palo. Pon atención. Voy a decirlo en teatro, como hace el cómico Adriano el León: ¡Decidme ya! ¡Oh pajarracos extraños! ¿Dónde están los aguiluchos de mi Caracas salvaje…? Ja, ja, qué bueno seria gritarles así en el mismo Ayuntamiento. Pero tampoco hay que cargarle la mano a los españoles. De haber sido nosotros una sola persona, unida y cabal como lo son todos ellos, se hubiesen pasmado en sus intenciones: pero el criollo tiene tanta mengua de sí, que desprecia a sus iguales. Los primeros en echarnos leña son nuestros propios hermanos, prosternados ante los extraños. ¡Claro está, que el mal es de nación! Desde que cogimos el habla, nuestros propios padres cagáronse en nuestras almas. El Cautivo no me amaba. Igual sentían sus compañeros con los varones de vientres indios. Con las hembras fueron distintos y la mar de cariñosos. Tanto que el patrimonio del hijo fue a parar a la faltriquera del yerno. Mi padre lo gritaba borracho:

—¡Qué no quiero seguir viviendo en el alma y cuerpo de estos malditos indios! ¡Quiero hijos y nietos españoles! ¡Coño!

De España no vienen sino chulos. Para blanquear la casta, como querían, sólo servían las hijas. Como se lo dio a entender en gestos desaforados a Don Francisco de la Madriz cuando le habló de casar a Soledad con su hijo Lorenzo. Montóse en ira cual mapanare. Como en ese momento llegase de visita el español Domingo de Vera, salió a su encuentro saltando como un bufón, gritando con chulería:

—¡Venid, prestas palomas de Castilla! a deshacer la huella que mi lujuria ha andado.

Al desprecio de los taitas vino por añadidura la mala cuña de nuestras hermanas, que como todas las hembras, tienen por estampa al padre. Tan pronto llegaron a la edad en que pica la perolita, en vez de buscar hacia nosotros, sus compañeros, como es costumbre en todo pueblo, nos desdeñaron, mientras se escarranchaban y dejaban ensartar por los extraños. Desde entonces viven en contubernio la sarna con la comezón.

Por eso me rapté a Caridad apenas me frunció el hocico. Al principio no creí que fuera verdad tanta belleza, pues ya era mucho el desprecio que arrastraba en la remonta. Sin pedirle permiso a Don Francisco, su padre, la monté en mi caballo y me la traje a casa. Luego de haberla herrado, aperada y reluciente la llevé a San Francisco, donde el cura nos echó la bendición. Don Francisco la hubiese preferido muerta antes que casada conmigo, pues además de indio también me restregaba el que fuera borracho, putañero y jugador.

Diego se columpia en la hamaca, orina y ríe.

«¡Cuán felices fuimos por tantos años! Pero estaba escrito, como dijo Acarantair, que lo ganado al principio se paga al final. ¡Caro he pagado mis años de gloria! Avaro ha sido quien cobra los réditos por las mujeres que tuve; por las hazañas que cuajé pintonas; por esa maldita fortuna que me dio el azar».

Ya el sol fustigaba a las chicharras. Los cañaverales cantan zafra al son de machetes sudorosos. Un charco grande de orines bajo la hamaca. Vacía la botella de aguardiente. Saltan los vidrios por los escalones. Diego ríe. Montemayor ladra. Un grito estalla.

—¡Pero hombre de Dios!, ¿hasta cuándo vas a seguir bebiendo? —Es Caridad, su mujer. Nada resta de la que veintiún años atrás herró en la iglesia para sembrarle un hijo: pelo encanecido, boca desdentada, expresión amarga, ojos diminutos, plomizos, duros, sin brillo.

Diego la mira. Gangoso susurra piropos. Airada le suelta su asco. ¡Borracho! ¡Sinvergüenza! ¡Sucio!, le va diciendo mientras sacude las chancletas camino de la cocina.

Con la resolana ida y la fresca entrada, llegaron por su requisa diaria del ajiley, su cuñado Francisco de la Madriz y Gualterio Mendoza, el hijo del Cautivo y de la negra Petra, su medio hermano.

Era un mulato oscuro, hablachento y vocinglero. En su boca —como afirmaba Rosalía— hasta el Credo sonaba a insolencia. Ni en Salamanca lo hubiesen pulido nunca. Jamás vi a un ser mas consustanciado con natural plebeyez. Negro, grande y morado cual topocho; salaz y sucio como un negrero; metido cual almorrana. De sólo verlo me daba grima. Si habla con esa bocota grande, llena de saliva, me da dentera; náuseas si ríe; furor si me llama negra y furores homicidas si atina a llamarme tía. Natura lo hizo negro, y la vida, de encargo, lo hizo salaz, feo y torcido. ¿Qué se iba a imaginar el bueno de Don Alonso que María Josefa, su sultanita, terminase casada con Gualterio Mendoza? ¿Y que Francisca, la póstuma, que en paz descanse, estirase la pata en plena juventud, a los pocos años de casarse con Pedro de Montemayor?

Apenas enterramos a don Alonso, Catalina, su otra hija, que ya le tenía el ojo puesto al Lovera Otáñez, notario y Águila Chula, fijó esponsales. No había terminado el año y ya su único hijo varón y sus hermanas se encontraron en la calle, robados por

Otáñez. La buena de Soledad, que era madrina de Francisca, se los llevó a casa. Poco después, María Josefa, que era rabo caliente y de peor gusto, se fugó con el desgraciado de Gualterio, bastardeando de esta forma su noble alcurnia. Y el pobre Alonso, además de paupérrimo, no tuvo mejor tino para deshacer las albas negras, que matrimoniar con mi hija Bienvenida, que por más que descanse en paz, en vida fue puta cual gallina. A los dos años de haberle parido a Petrolina, que por el camino que va, pregona aquello de que quien lo hereda no lo hurta, se fue con el carirraído de Pedro de Montemayor, que con todo lo mal bicho, fue lindo y lucífera, cual lo fuese el gran Gonzalito. Al pobre Alonso, transido de vergüenza, nunca más se le aguaitó. Dicen que murió de pena. El caso es que las águilas chulas comer hubieron a los hijos de los leones, ayudadas por sus hermanas, cual ojeadoras, trinchantes.

Gualterio y Paquito de la Madriz, con Diego a la mesa, barajearon tentadores los naipes. Caridad los vio con odio rebullente. Francisco, su hermano, tenia las facciones bien puestas; pero era tan soso y entorpecido, que más parecía un ladrón de cadáveres con aquel sucio corazón al descubierto. Era blanco, perezoso y desgarbado; además de flojo, descreído y timorato. Se casó con Susana, la hija mayor de Gualterio, a pesar de su origen, nada más que por seguir bajo su sombra. Refiriéndose a Diego, decía Gualterio:

—Hay que avisparse con sus reales antes de que lo haga otro.

—Bien lo dice el dicho —respondió su yerno con una carcajada—: «El camino del pendejo huele a melón».

Caridad montó en cólera al saberlo.

—Es que a Francisco —le respondió Rosalía— los hados, luego de hacerlo con moco y saliva, le tuvieron asco.

—¡Piazos de malagradecidos! —les gritó a los pocos pasos Caridad—. Lo poco que tienen se lo deben a mi marido, para que le vengan a robar con sus cartas marcadas y señales convenidas.

Gualterio, al oírla, volvió a reír con aquel trasfondo de regurgitar de pozo.

—Bueno, mi vale —preguntó a Diego— ¿jugamos carga la burra o puta, demonio y rey?

—¡Ah, hombre para tenerle yo tirria que ese Gualterio Mendoza!

—Ansina es, Rosalía —responde Soledad mientras Ana María, agazapada tras la puerta, hace brillar de curiosidad sus ojos de miel.

—¿Quién hubiese podido decir —observó la negra— que en menos de cinco años aquel hombrazo bizarro y gallardo, como lo era Diego García, se volviera cera y pabilo de la noche a la mañana?

—Ansina fue, mujer de Dios. Nunca habré de olvidar aquella tarde en La Vega. Fue en el año 25. Don Gonzalito cumplía sus ochenta años y vino a visitarlo el

Marqués de Marianella, el Gobernador…

—Ahí comenzó su desgracia…

—Ansina fue. Junto con el Gobernador venía él.

—¡Maldecida sea su sombra!

—¡Maldito el sol que lo alumbra!

Se acantonan las voces de las dos viejas; se achican las pupilas; transmontan los años; vuelven a La Vega:

Guirnaldas floridas adornan la entrada. En el terraplén frente a la casa se asan cuatro terneras. Cuatro negros baten tambores. Siete esclavos danzan. ¡Viva Don Gonzalito!, proclama sobre una arcada una leyenda de flores. Invitados van llegando en largas romerías cargados de presentes.

Adentro, en el salón, el Salvador de Caracas platica vivaz y ceceante, al igual que en los primeros tiempos, desde una gran silla adamasquinada. Tiene la barba y las cejas blancas; la figura larga y magra; rico el traje.

Catorce sillas en su derredor hacen coso a sus palabras. En primera y segunda fila, sobre sus propios pies, se escalonan los mirones. Diego García, a tres sillas, lo contempla. Habla de Balduino Henríquez, el mal pirata holandés que asaltó a Puerto Rico.[71]Entra Soledad Guerrero apoyada en su hijo Hernán de Mijares y Solórzano. De rodillas besa la mano de Don Gonzalito. A falta de asientos, Diego cede su silla.

Soledad se ha vuelto gorda, rechoncha y vieja. Las mismas venillas que tenia el Cautivo cruzan su nariz de papa. Es opulenta, rojiza y de ojos azules. Por la cuenca hendida se asoma Acarantair.

Garci González la toma de la mano.

—¡No sabes cuánto te agradezco, hija, que hayas venido! Tengo el presentimiento de que este ha de ser mi último cumpleaños.

—Jesús, Don Gonzalito, cállese vuesa merced a la boca y no diga disparates.

A diferencia de su hermana, Diego es un hombre entero, con todos los dientes; sin una cana; sin una arruga. El sol ha vuelto muy oscura su faz. Los ojos azules brillantes saltan de un rostro a otro.

A la derecha de Garci González está sentada Úrsula Díaz de Alfaro, la segunda mujer de Pedro de Montemayor. Don Gonzalito explica a quien celebra su prolongada gallardía, el haber encontrado la fuente de Ponce de León.

Pedro de Montemayor —piensa Diego— es quien parece haberse topado con la fuente de la juventud. Diez años apenas le llevo y bien pudiera pasar por hijo mío. ¿Quién hubiese pensado que luego de aquella solfa que le metí por haber violentado a la hija de Acarantair, terminaríamos siendo curruñas. Lástima que de aquel encuentro naciera el forajido de Ño Miguel, que empero ser mi amigo es más malo que tuerto patuleco?

Pedro de Montemayor es hombre de juicio, buen amigo, generoso y cordial. Nada

presuntuoso: a los veintiún años ya era Teniente de Gobernador de Piña de Ludueña, [72]como lo siguió siendo con Suárez del Castillo.[73]Pedro es hombre de extraño sino. Lo mismo se le dan las cosas más raras, como le pasan los chascos más increíbles. Si por casi diez años fue el hombre de confianza de los gobernadores, ya más viejo, probada su buhonomía y honradez, porque nunca abusó del poder ni se enriqueció a su costa, Don Sancho de Alquiza, el mejor Gobernador que ha tenido la Provincia, [74]le cogió tirria apenas llegó, sometiéndole a toda clase de vejaciones sin que Pedro dijese ni ñé, a pesar de ser hombre también valiente y bragao. De haber sido el segundo de mando con dos gobernadores, fue relegado al triste cargo de vicecastellano de la Fortaleza de La Guaira, que era 1o mismo que tenerlo preso. Ya para terminar el mandato, Don Pedro nos dio la gran sorpresa al casarse con Francisca Ledesma, la hija de Don Alonso, quien además de fea y pobre era antipática y entorpecida cual recaudador de impuestos.

Pedro de Montemayor, los cinco días que pasaba en Caracas, se hospedaba en la casa de Soledad, sin que a ella ni a nadie se le ocurriera, ni por casualidad, que un hombre tan buenmozo pudiese enamorarse de aquel cuajo. No lo supimos hasta el mismo día en que se nos presentó acompañado del cura para decirnos: «Francisca y yo acabamos de casamos», dando por excusa que a él le disgustaban los preparativos y el boato.

Trece años duró casada. Un día amaneció muerta y fría, lo que sin duda para Pedro fue una gran fortuna. A los seis meses casó con Úrsula Díaz de Alfaro, hija y nieta de los dos conquistadores. A mí no me cae nada la tal Úrsula, por bella que sea. Me parece de muy mal corazón. Porque eso y no otra cosa es quien le pide a un padre, como lo hizo, que se lleve a su única hija a otra parte, dizque porque las mujeres mientras más quieren a un hombre, peores madrastras son. Soledad se puso enfurecida al saberlo, y como era la madrina de la hija de Francisca, se la llevó a su casa con la complacencia de Pedro. Soledad desde entonces le ha cogido una rabia tal que no lo puede ver ni en pintura. Sobre todo, como bien dice, si encima de echarla, se trae a vivir a la casa a su cuñada Melchora, de la misma edad que su hija.

Montemayor es un hombre apuesto, que en lugar de salir pareciera entrar en el estío. Tiene gracia y salero. Suelta puyas y picardas que hacen reír a los presentes. Garci González suelta requiebros a la bella Úrsula. Melchora Díaz de Alfaro, tan hermosa como su hermana, no oculta el aburrimiento que le produce Diego González de Silva, el hijo del gran Gonzalito, que inútilmente la corteja. Diego lo detesta por tonto y presumido. Le prodiga a él, que lo vio nacer, un trato despectivo. Diego continúa observando a la hermosa Melchora y a Care´Chivo, como apodaban al hijo del gran Gonzalito por aquella barbilla y la frente alta.

A los dieciocho años, a pesar de sus encantos y de innumerables pretendientes, Melchora permanece soltera. Apenas cambia su expresión taciturna cuando Care

´Chivo le suelta una de esas chuscadas suyas, pesadas y sin gracia, que a Don Gonzalito exasperan.

No parece ni prójimo de sus bien parecidos padres —rumia Diego, gozoso de verlo errar—. Es pelirrojo, narigudo, gordo en zonas, flaco en otras. El rostro picado de viruelas. Los dientes estragados. El aliento apestoso y una barbilla larga. Lo llaman también Petare, que en dialecto mariche significa «Aguacerito Blanco» o lluvia fina y pertinaz que exaspera sin ruido.

La conversación salta, cruza y se esparce. Garci, el hijo mayor de Diego García, un chico de catorce años, vivaz, alto y entrometido, mete baza para indignación de su padre, quien ya le ha metido dos patadas. Luego de Gabriela es el mayor y representa más edad que los catorce años que tiene.

Alguien alerta:

—¡Ahí viene el Gobernador!

En tropel sale la gente. En una nube de polvo cabalga hacia La Vega Don Juan de Meneses y Padilla, Marqués de Marianella.

Es un hombre de mediana edad, fuerte y enérgico. Un nutrido cortejo lo acompaña. Entre ellos vienen Francisco Herrera y Pacheco y su hermano Juan de Ascencio. Ambos traen el indio tallado a pico: la tez cetrina, los ojos oblicuos, las pestañas de burro, la nariz arcada y en volandilla.

«Tantas pendejadas que hablaba Agustín de Herrera sobre los mestizos para terminar casándose con la hija de la india Violante».

En el cortejo viene un joven no mayor de veinticinco años, que hasta entonces nadie había visto en la Provincia.

Las mujeres se sobresaltaron ante su presencia. Era un hombre guapo, de belleza glacial. Tenia la cara larga y acaballada; la nariz grande, de ave de presa; los ojos azules, firmes, duros, sombríos, sin rescoldo de calor humano; el labio inferior grande, pulposo y sangrante; la tez blanca, marmórea, casi enfermiza, y el pelo rubio encendido, girando al rojo.

Melchora trocó su aire aburrido apenas lo vio, para sonreírle receptiva.

Dijo llamarse Rodrigo Blanco, natural de Madrid y soldado de oficio. Era parco en palabras y movimientos; salvo una expresión de leve indiferencia irritada, su rostro apenas variaba ante las preguntas de Melchora o del gran Gonzalito. Su verbo era arrebatado y su acento castizo y gutural.

El Gobernador Meneses y Padilla habla de las tropelías de los jirajaras y de la expedición que prepara contra ellos:

—Por eso, mis amigos, os pido que suméis esfuerzos conmigo para aniquilar a estos salvajes.

—Bravo, señor Gobernador —exclamó Garci González—. Lo malo es que a mis años no pueda auxiliaros personalmente. Pero os ofrezco, además de mis hijos, diez

hombres de guerra y cien indios de servicio para que os acompañen.

—Yo digo otro tanto —observó Diego García—. A pesar de no ser rico ni tener hijos para la guerra…

—Sí que lo tienes —lo interrumpió Garci—. Aquí tienes uno. Yo quiero ir.

La gente rió. Don Gonzalito batió palmas. Diego, con expresión rabiosa, miró a su hijo y prosiguió:

—… Os ofrezco, como os iba diciendo, cinco hombres de guerra y veinte indios de pelea.

Garci volvió a la carga.

—Padre, yo quiero ir.

—¡Qué estás muy chico!

—Tengo la edad suficiente.

Garci González vino en su ayuda.

—A la edad de mi ahijado fuiste conmigo a la guerra y que yo crea, no te ha ido tan mal. ¡Déjalo ir!

—A los catorce años —dijo el Gobernador— así como el hombre toma mujer, debe ir a la guerra…

Padre e hijo se miraron a los ojos. El chico sonrió con picardía. Diego, amoscado, bajó los ojos. Dos semanas atrás le había gritado: «¿Y qué es lo que te pasa a ti que miras a las hembras como gallina que mira sal? ¡Vaya y me coge inmediatamente a la zambita aquella, pues no quiero hijos maricos!».

El ejército en campaña salió hacia Valencia.[75]Garci se fue con él. Diego García, de hinojos, gritó a los cielos al verlo partir:

—¡Señor y Dios mío! ¡Quítame todo lo que se le puede quitar a un hombre! ¡Quítame la vida! ¡Quítame la honra! ¡Llévate mi fortuna, mis haciendas, mis caballos y mis negros! ¡Qué mi casa se caiga a pedazos! ¡Qué yo pierda el aliento! ¡Quítame la fuerza para trabajar! ¡Para luchar! ¡Para tumbar y montar a una mujer! ¡Pero no me quites un hijo!

79. ¡Ay, Madre, cómo me duele España!

Traspuesta Valencia, la tropa se adentra por tierra enemiga. Van ciento cincuenta españoles, ochocientos indios, doscientos negros y mulatos libres.

Rodrigo Blanco cabalga entre Pedro de Montemayor y Francisco Herrera. Adelante va el Gobernador. En sus flancos los hijos de Garcí González de Silva.

Pedro de Montemayor pregunta al apuesto oficial que acaba de llegar de España:

—¿Qué hace el hijo del señor Torre Pando de la Vega en la más pobre Provincia del Imperio? ¿Se puede saber de quién huís?

Rodrigo Blanco se sobresalta:

—De lo mismo que vos, Don Pedro de Montemayor —añade con una sonrisa que destila amargura.

Puso el otro cetrina la tez.

—No me digáis —respondió no menos sorprendido— que todavía en la corte recuerdan mi historia.

—Mi padre intercedió por vos. ¿Os habéis olvidado?

—Jamás lo olvidaré y quiero pagaros lo que a vuestro padre debo. ¿Pero qué edad teníais para que os acordéis de aquello?

—Nacido no había aún. Voy con el siglo. Pero más sonado que auto de fe fue vuestra historia.

—¿Puedo contar con vuestra discreción?

—Vuestra es. Soy caballero. Yo era Guardia de Corps de Felipe IV, el Rey Cachondo —le fue diciendo Rodrigo Blanco—. Me topé con faldas y la Santa Inquisición. Además de las mujeres, tenía yo otro vicio: el de esgrimir con pericia los naipes y los dados marcados. Hasta aquel maldito día, ¡ay, no quiero acordarme!, en que, luego de haberle birlado cien ducados de oro, además de la mujer a un Grande, el hombre, ante una mala frase y una peor carta, percibió de golpe los dos agravios. Inyectó el rostro ya rubicundo, hasta el sepia. Se irguió en su asiento, y lector asiduo de Calderón, gritóme en comedia:

—¡Traidor! ¡Ladrón de mi honra y de dinero! ¡Qué con sangre se paga esto! ¡Os reto a duelo!

Dio media vuelta y salió bufeando del casino de los oficiales. Yo, sin reponerme del estupor, dejé escapar: ¡Jara!, que es mierda en turco. Apenas lo dije, se derrumbó muerto.

Esa misma noche salí hacia Sevilla en correo expreso de Su Majestad. Bajaba yo de la Nao Capitana de la Gran Flota que se disponía a zarpar hacia Indias, cuando me salió al paso la mujer del muerto.

—¡Huyamos, amor! Mi tío, el Gran Inquisidor, ha dado orden de echarte mano por brujo.

—¿Brujo yo? ¿Y en qué fundamenta tal juicio el muy cabrón?

—En lo inesperado de la muerte de mi marido, luego que pronunciasteis el sortilegio.

—¡Qué es mierda en turco! —grité yo.

—No lo creen, amor, así como tildan de hechicerías el loco tormento que siento por vos. Vuestro apellido es converso. De judaizante se os acusa, al igual que de hechicero y nigromante. ¡Moriréis en la hoguera! Huyamos, vida. Tomemos uno de estos barcos. Aquí traje mis alhajas y doscientos ducados. ¡Huyamos amor!

Acusarme de hechicero era una buena cara para ocultar con ella las putas de una familia. Me vi entre caperuzas y yo de vela y coroza. ¡Tuve miedo al sambenito! La

flota soltaba amarras. El capitán era bastardo de mi padre. Como la mujer no valía gran cosa, luego de golpearla, la guardé en una fonda cerca de la Casa de Contratación. Tomé su consejo, sus alhajas y el barco. Luego de tres meses de navegar avistamos Margarita. La flota, desdeñosa, soltaba apenas un falucho con el correo de la Provincia, siguiendo rauda hacia Cartagena, Panamá y Veracruz. Tenia en mente ocultarme en México. Jamás en Tierra Firme. Pero el bastardo de mi padre me recordó que tanto en México como en Lima me toparía de frente con el Santo Oficio, por darse en ellos la mano la riqueza con las antiguas herejías.

—Abundan los soplones —dijome—, los alguaciles y los esbirros. En la paupérrima Venezuela estarás al amparo de ese riesgo. Además —añadió— la pobreza de la tal Provincia es muy relativa. La tierra da buen cacao, tabacos y cueros. Margarita, cuyas costas veis ahí, es rica en perlas. La gente española es tan escasa que se trata de marqueses a los desnarizados de Castilla. Los venezolanos son generosos y festivos, y, como sus ancestros, guardan crímenes. Tienen por costumbre no inquirir sobre el pasado de nadie. Aparte que sus mujeres —añadió salivoso— son bellas como diosas.

Los ojos azules de Rodrigo se le volvieron grises. Santo Oficio. Cucurucho de candela. Mar de los Sargazos. Playas de Cádiz. Marínería. Caballería. Aldeanos que van. ¡Miradle que pinta llevan con sus trajes negros! Yo soy el señor de la Torre Pando. Hijo de Duque soy. ¿Qué hago yo en el entrepuente? ¿Por qué huyo? ¿De quién huyo? El navío es una isla que avanza. Vive del viento y del agua. Yo, del fuego y la tierra. Praderas azules. Carabelas. Mascarones de proa. Terra incógnita. Calmas chicas que asan los huevos. Ventas. Negros. Torre del homenaje. Vientos alisios. Rey, Reina, Alabarderos. Hay cacao, tabaco y cuero. Las mujeres son como diosas. ¡Qué coño me importa la riqueza si soy rico! ¡Qué coño me importa el Arcipreste para ir a fornicar tan lejos! ¡Maldita la mala hora! ¡Maldita la mala puta! ¡Maldito el Cardenal primado! ¡Ay, Madre, cómo me duele España!

Un horizonte de barcas y de palmeras guarda a la Margarita. María Guevara. Mozas garridas y taberneras. Fabla cantada de guaiqueries. Indias cobrizas: saben a limón y a canela. Gorras de marinos. Barricas de contrabando. Barco de tierra anclado entre las palmeras. Porlamar, ciudad de vicios pesqueros. Encrucijada espumante de todas las rutas: negreros del Senegal, corsarios franceses, piratas ingleses, sedas de Ceylán, putas de Puerto Rico.

Las noches eran largas, demasiado largas para ver sin sueño a la fortaleza desde una hamaca, en un rancho de bahareque. Rodrigo suda. Rodrigo sueña. Rodrigo piensa.

El mar de Porlamar está triste esa noche. La brisa lo dejó solo y se fue a Tierra Firme. El aire apesta a pescado. La luna es como el sol de Túnez. Las palmeras altas y desmaceladas son arpias con paperas. Llevan las tetas como bufandas. Huele a

tambores y a buzos. La noche estalla de gritos diurnos.

—¡Vendo un negro por ciento diez! ¡No lo conseguiréis mejor! Sano, fuerte y de Guinea. ¡Me lo trajeron ayer!

España me mordió dentro. Venezuela me rozó el labio. Mujeres cobrizas en taparrabos. Loros. Negros esclavos. Mujeres en mantillas bordadas. Sol que entibia. Verde claro. Sol que quema, verde oscuro. Sopa de guacuco; sopa de ajos. Hervido de pescado, cabrito al horno. Alabardas; lanzas guaiqueries. Tambores, guitarras. ¡Oye cuñao! ¡Decidme hombre! Arenas y cardonales; campos de trigo; azucenas y amapolas. Vino de barrica, ron antillano. Perlas en conchas. Perla en diadema. Casas de palma. Palacios, alfombras, ujieres. Paso de los Reyes. Sol que quema, ¡sol que ruge! Sol de otoño. Hojas secas. Escarcha. Nieve. ¡Ay, Madre, cómo me duele España!

De Margarita partí en un falucho con un marino hablador. Al fin reventó la costa. Al fondo de una ensenada, entre cocales, había un pueblecillo.

—Ahí fue donde Diego García empaló a los caribes —dijo el marino.

—Eso es Naiguatá. Allí atracaremos. Tengo el hambre sorocha. Ño Miguel es dueño y señor de los hervidos.

Era zambo de arrogancia hocicona. Era una conjunción de historias distintas: piel de morcilla, ojos verdes, barba hendida, pelo chícharo, nariz de pera negra, bemba colorá. Ojillos oblicuos, barba rala. Alto, fornido. Cuerpo de reciario. Panza de aduanero. Su casa, la mejor casa del pueblo: de bahareque y palma, con cúpula espaciosa que se abría hacia el mar.

—Yo soy Ño Miguel y todas estas tierras son mías —díjome al verme—. Yo soy un hombre con plata. Aquí no hay otra voluntad más que la mía. Se lo digo para evitar entuertos y malos entendidos.

Desde que lo vi nos odiamos.

—Tendrá que respetar a las mujeres, que, como las tierras, son también mías. Los españoles son muy alzados. Creen que es de ellos la honra de los demás. Mi padre es Pedro de Montemayor, ¡qué todos los días maldigo el día que se aprovechó de mi madre! ¡Ella murió al parirme! Era hija de negro y de india, ¡pero no vayas tú a creer que era una zamba cualquiera! Su taita era hijo del negro Miguel y fue la Princesa Acarantair quien la echó al mundo. De la familia de Guaicaipuro y que en su primer encueramiento parió a Doña Soledad Guerrero de Mijares y Solórzano, que cualquiera que la escucha mentar cree que es una gran cosota. No te vayas a dejá cogé por sorpresa. Medios indios o cuartos de indios son todos esos vecinos de Caracas que se las dan de culitos malos. No creas que ninguna es blanca, por más que tengan los ricitos de oro.

Una muchacha tipo español cruzó el corredor.

Ño Miguel lo apuntó con el hocico:

—O haz como yo. Me la hice traer de España en una ola. El barco que la traía naufragó allí mismo. Hay que mejorar la casta, porque zambo nace sin honra, por plata que tenga y pise grande. ¡Ven acá, María la O! Enséñale las tetas al señor; para que vea que son rosaditas como piquito de paloma.

—No, por Dios, señor mió. ¡Dejadla en paz! ¡Dejadla en paz!

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Quiero que seas testigo de que la madre era blanca cuando mis hijos se topen contigo. Nadie la había tocado cuando la saqué del mar. Y como el zambo no es feo, se arrejuntó conmigo.

Le temblaba la cara a la niña y la espada a mí.

—Ay, Ño Miguel. Me da pena.

—¡Qué le enseñes las tetas al señor…!

—¡Basta ya! —le grité yo—. ¡No la abochornéis más!

—¡Adiós carajo! —dijo con timbre reticente y largo, que tornó amenazador—. A mí nadie me manda callar, ¡español de mierda!

Machete y sable. Planazo en la mano. Espada al cuello.

—Aprenderéis a respetar, so bellaco.

—Pero si todo era aguaje, bulla y zaperoco, pa' que gozaran los negros. Todo era juego. ¿Quién pensó en faltarle los respetos a Su Señoría?

La barca siguió de largo. Llegamos al puerto. El marino hablador cantó sus glorias. Yo sus miserias.

—Ahí mismito está La Guaira. ¡Vela bien! ¡Mira qué bonita! ¡Mira qué lindo el tajamar! ¡Mira la montaña arriba, mírame la mar abajo!

El Ávila sale del agua. La Guaira es una rosa negra que el cerro desgaja. Es lindo el puerto cuando se llega al mar. Es lindo el cielo. Linda el agua. Linda la fortaleza. Sabrosa el agua. Buena la mulata. Rico el mercado. Pintaditas y bonitas las calles. Simpatiquísima la gente. Llano y sencillo el Gobernador. ¡Entrada del ancho mundo! ¡Guacamaya de los puertos! ¡Tiro en Puerto Caribe! ¡Babilonia en do menor! ¡Mírame como sube el camino! ¡Es un pájaro de piedra o una serpiente con plumas! ¡Mírame qué cielo Rodrigo! ¡Mírame qué verdor! ¡Mírame la montaña arriba! ¡Mírame la montaña abajo! ¡Huéleme esa brisa! ¡Pa' tentar un colmenar! ¿O la habías catado tú tan güelerosa a flores? ¡Mira la bandera! ¡España! ¡Alcázar de los Reyes! ¡Calles podridas, ratas sin albañales! ¡Sierra de Gredos! ¡Carrera de San Gerónimo! ¡Mesa de mis padres! ¡Negros hediondos, sol y calor! ¡Selva aborigen! ¡Araña verde! ¡Muerte que acecha! ¡Brisa podrida y soledad! ¡Horrible el cielo! ¡Horrible el agua! ¡De pacotilla la fortaleza! ¡Caliente el agua! ¡Culona y desdentada la mulata! ¡Pobre el mercado! ¡Para mendigos las calles! ¡Vulgar y simple la gente! ¡Mentecato el Gobernador! ¿Qué se creería el muy borrico? ¡Pórtico del infierno! ¡Lacra del mar! ¡Sórdido caserío! ¡Hija bastarda de la montaña y del agua! ¡Buba descolorida color de ombligo! ¡Maldito el Cardenal Primado y la Santa Inquisición! ¡Maldita esta tierra

negra! ¡Ay, Madre, cómo me duele España!

Cien vueltas daba el camino enrollado en espiral. En la cumbre sentí el frío de las tierras calientes. Me salió al paso un castillo de niños, de niebla frágil y venta diminuta. El ventero no era gordo, sino flaco y cetrino, comía pan con cebollas. Un caminante con trazas de caballero y ojos de indio me hizo una pregunta rastreándome la respuesta:

—Fría que está la tarde. Yo me llamo Francisco Herrera. Si no os incomodo cabalgaremos juntos.

Herrera ¡coño!, estaba preñado de explicaciones.

—El camino lo hizo Don Sancho y murieron tantos indios que inventaron la hallaca. ¿Nunca habéis comido la hallaca?

—No, por Dios —respondí.

—La probaréis, ciertamente. Tiene la suculencia del hambre. En aquel tiempo la comida era poca y los muertos muchos. Don Sancho pidió sus sobras a los vecinos para hacer mazacote con el maíz. Donaron las sobras descompuestas que desechaban los cerdos. Fueron más los indios muertos por el potingue que los acallados por las culebrinas. Sucedió para Pascuas. El Obispo, severo, impuso por penitencia a los caraqueños que comieran en diciembre lo que tantas muertes hizo: sobras y picadillos mezclados con maíz y guarnecidos en hojas de plátano, hasta que Caracas fuese Caracas. Somos andaluces y avispados. Escamoteamos las penas. Hicimos el mazacote con los mejores picadillos y vinos dulces de sacristía. ¡Vivos que somos los caraqueños! ¡No hay quien nos dé lo vuelto! Lo veréis en el bajo pueblo, Don Rodrigo Blanco, señor de la Torre Pando.

—¡Torre Pando de la Vega, mi torre del homenaje! ¡Qué de grandes vengo y a grandes he de volver!

—Pero tenéis que probar la hallaca, ya veréis, ya veréis.

—¡Oh, padre, mi gran Señor!

—Tiene aceitunas, pasas, vinos, pavo y tocino…

¿Quién te llevará la espada cuando te toquen a muerte? ¿Quién ocupará tu sitio el día del funeral? ¡Ay, dueño de Torre Pando. Padre y señor natural!

—Pero son muy pesadas y nadie puede comerse más de tres.

¡Ay, mis campos de Castilla, con sus mares de trigo y el canto del ruiseñor!

—¡Vedla, Don Rodrigo! ¡Ahí está Caracas la gentil: la eterna enamorada de la montaña por donde bajamos! Mirad los techos rojos y el vuelo de las palomas.

¡Ay, Madre, que ya el dolor me desgarra! ¡Ay, Madre, cómo me duele España! ¡Ay, Madre, no puedo ya…!

—Ya llegamos Don Rodrigo. Esa es la Iglesia Mayor. Esta, la Plaza de Armas. Os alojaréis en mi casa. No podéis privarme de tan empingorotado honor. Este es mi padre. Esta es mi madre. Este, Juan Fernández y Pacheco, mi hermano mayor.

En Caracas los sapos cantan en los oratorios; los zancudos son gatos que arañan; Francisco es un parlanchín. Su voz me atormenta.

—Caracas es una ciudad preciosa, con sus calles tiradas a cordel y sus casas anchas y con solera. La gente afable, ¡qué de Sevilla nos viene el galgo y el señorío! Mirad qué caras. Mirad qué casa. La Iglesia, de las mejores del mundo. El clima de primavera. De primavera, que le ha jurado guerra al verano. La diversión, mucha y variada. El vecindario ordenado y complaciente. Las indias son jícaras de cobre. Es España en el Valle.

¿España en el Valle? ¡Esta es una España nacida entre ranchos! Con casas achatadas y pisos de tierra. Andaluces lentos y espesos como canarios. ¡Qué de allí vienen! Las mujeres pequeñas y rechonchas como polluelos. Las españolas no existen. Indias apenas disfrazadas de pastoras. La comida, abominable. La arepa, insulsa. La hallaca, horrible. El verano eterno. Lo de la Iglesia, demencial. Ni en Murcia hay algo más feo. El fornicar, como el yantar, sin ganas. Sucio. Sin consistencia. Las jícaras de cobre son desdentadas y apestan a montes agrios. El aburrimiento de catecismo; los vecinos torpes e ignaros.

¡Duque de Osuna! ¡Señor de Párma! ¡La Princesita! Verbenas de San Isidro. Churros calientes con chocolate. Noche de guardia. Casino de los oficiales. Candelabros y tapetes verdes. La gracia de Pepe. El donaire de Juan. El fino estilo del gran copero. Los consejos de mi padre. ¡Ay, Madre, cómo me duele España! ¡Maldita sea la mala puta, el naipe, la mala hora y el Cardenal!

Rodrigo Blanco y Francisco Herrera charlan a la luz de una hoguera. Garci, el hijo de Diego, duerme en el suelo con su corneta. Rodrigo, lívido y con la mirada extraviada, se persignó en silencio. La mujer, de espaldas, danzó en la hoguera.

—¿Qué os pasa?

—Nada —respondió—. Fue apenas un mareo.

¿Habrá muerto mi padre? Estaba ya anciano cuando partí. ¿Será mi madre? ¿Seré yo mismo? ¿Moriré en combate? ¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta desesperación flanquea mi alma!

Entre timbales y cornetas llegamos al Valle de los jirajaras. Desenvainaron las espadas y prepararon las mechas. El hijo de Diego García traía cara de miedo. Desde hace dos horas resuenan las guaruras. Al borde de un bosquecillo los caballos pifan. Los perros de guerra gruñen a la maleza y se meten dentro. Los aullidos sucedieron a los ladridos. Luego de un chubasco de flechas y de dardos emponzoñados, diez rodeleros se derrumbaron. La tropa apresuró el paso entre la garganta rocosa. En la explanada estaban diez mil indios enfurecidos, agitando sus macanas. El bosque quedó atrás, abrió sus fauces y escupió indios desnudos, pintados, con lanzas, gritando. Los de la retaguardia dejaron de serlo. ¡A la carga! —ordenó el Gobernador —. ¡Santiago y cierra España! Los caballos sembraron muerte. Herrera y yo cortamos

manos, abrimos cabezas, punzamos corazones. Francisco cargó sobre diez indios. ¡Estaba formidable! y los indios, ruines.

Un jirajara que lo vio avanzar se quedó inmóvil. ¡Francisco estaba soberbio! Agitó su espada. El jirajara inmóvil lo dejó venir. Vi al indio en canal, desde la cabeza al tronco. Francisco estaba que lo alcanzaba. El indio de rodillas ¡qué estaba abierto en canal!, levantó una lanza española, ¡qué hijos de puta son!, y con la punta en tierra dejó que Francisco y su caballo se clavaran en ella.

80. El hombre que nació parao

Rodrigo Blanco, arriba del castillo de La Guaira, rememora lo sucedido mirando al mar.

La victoria fue de Santiago. En el campo quedaron siete mil muertos. Cincuenta tenían la cara color humo. Los otros, color tierra. Francisco alcanzó a decirme: «Llevadle este Guaicaipuro Apóstol a Juan Ascencio, mi hermano». ¡Ay, madre, cuán triste fui en el Valle del Jirajara! También se murió Garci. Vivo lo quería su padre.

Por la espada de Garci y una carta de Rodrigo, Diego quedó enterado de la suerte de su hijo. De buen bebedor que era, se volvió triste borracho.

La fortuna sucedió a la desgracia: fue el criollo más rico del Valle. La Vega y sus inmensas posesiones, por razones que nadie logró entender, dieron a parar en sus manos. No por ello dejó de beber ni de jugar.

Juega naipes, juega dados, juega gallos, donde para una mosca sobre dos gotas de miel. Apuesta sobre la edad y el sexo del primer caminante. Siempre pierde; siempre bebe. Gualterio Mendoza y su yerno, el de la Madriz, le han visto la oreja blanca. El arca llegó a vaciarse.

—Ya no te alcanzan las rentas —le dijo aquella noche el hijo administrador.

—¡Vende entonces algo! ¡Vende las vacas! ¡Vende los negros! ¡Vende un potrero o una hacienda! ¡Vende algo y rápido, que necesito plata!

—Te compro a Sebastiana —dijo a sus espaldas Pablo Guerrero, su mayordomo y también su medio hermano, por ser hijo del Cautivo. Era tan oscuro como Rosalía, su madre. Fino, serio y perfilado. A los cuarenta y siete años era fuerte, membrudo y meticuloso.

Aquí tienes cuatro doblones de oro. Me quiero casar con ella.

—¿Te has vuelto loco, Pablo Guerrero? ¿Casarte tú, hombre libre, el hijo del Cautivo, mi medio hermano, con una esclava? Si brincar la quieres, por mí no te pares. Siempre y cuando me dejes los hijos de esclavos.

—Eso es lo que no quiero —protestó el mulato—. Libres serán mis hijos donde quiera que los paran. Aparte —terminó por decir con el sombrero en la mano— que yo quiero a Sebastiana.

Los esclavos lo querían, pues si era de pocas palabras, su actitud hablaba por él.

Sebastiana era una negrita linda nacida en la hacienda y a quien la mujer de Garci González, desde que tuvo uso de razón, preparó para doncella. De no haber sido por el cuero negro, hubiese parecido niña remilgosa antes que esclava de adentro.

—Bueno —dijo Diego devolviéndole el dinero—. Si así la quieres, te la regalo. ¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Cómo te imaginas que yo te la fuera a vender?

—Es que te vi tan necesitado —intentó decir, pero Diego en un rapto de indignación lo dejó sin habla.

En qué extremos he caido —se dijo al quedarse solo—. Hasta Pablo Guerrero me falta el respeto. Pero hasta aquí llegamos. Ya le voy a poner fin a esta varilla. Yo sé donde hay real en bruto. No sé por qué he esperado tanto.

—¡Pablo! —gritó.

—¿Señor? —respondió el mulato, que iba a cincuenta pasos bullente de alegría.

—Prepárate dos caballos. Voy a salir de abajo.

—¿A dónde vamos?

—¿Cuándo carajo ni tú ni nadie me ha preguntado para dónde voy? ¡Haga lo que le digo y rápido!

—Llévame contigo —dijo Nicolás, el hijo menor, que ya andaba por los diez años.

Seguido de Pablo Guerrero y con Nicolás encima de su caballo, tomó el camino hacia Las Minas, como se da por llamar el sitio donde desapareció el Cautivo.

La inmovilidad y el alcohol lo han debilitado. Varias veces ha detenido su marcha vencido por la fatiga. Nicolás es una cerbatana por lo avispado. Vivo y conversador como él solo. Cuando le pidió que lo llevase con él, se acordó de su padre y tuvo una ocurrencia: «A lo mejor encuentro la mina y me muero. Él, en cambio, está en edad de recordar».

Por más de veinte años buscó inútilmente. Nunca encontró el menor rastro de aquella piedra en forma de puño con el índice hacia el poniente que señalaba la entrada de la mina. La vertiente se cubrió de árboles y de arbustos que fueron arrancados por sucesivas trepidaciones y aguaceros. Hace dos semanas se sacudió con fuerza la tierra. Alguien dijo que los temblores escupen lo que otros engulleron. Un presentimiento de jugador lo llevaba al tomar la vereda, que a ras del camino se internaba a la montaña. Allí está el jabillo donde su padre descansaba antes de subir a la mina.

—¡Carajo! —gritó al llegar al árbol: en el cerro de enfrente estaba la roca en forma de mano, con su dedo índice apuntando hacia el naciente. Allí estaba la mina de Fajardo, la mina del Cautivo.

—¡Por fin te encontré! —dijo con lágrimas en los ojos y poniéndose de pie sobre el caballo gritó, para sorpresa de Pablo y la risa de Nicolás—: ¡Yo soy un hombre que

nació parao! ¡Más sortario que una chiva negra!

Sosegado en su emoción, luego de cuchichearle a Nicolás su hijo, regresó a La Vega. La esperanza de retomar a la mina lo apartó del aguardiente e intentó devolverle a sus piernas, mediante largas caminatas, el vigor perdido. Entre tanto Gualterio y Paquito lo continuaron sangrando con sus partidas de naipes. Una vez más quedaron vacías las arcas. Diego vio a Pablo:

—Empréstame los doscientos pesos que me ofreciste el otro día y verás cómo te devuelvo cuatro mil.

Menos de un mes duraron los doscientos pesos. Sus hijos se negaron en redondo a suministrarle dinero alguno.

—No te preocupes —le observó grave Gualterio mientras le guiñaba un ojo a su yerno—, cuando venga la cosecha, si algo nos debes, ya nos lo pagarás…

Diego, abstraído, se mece en su hamaca mirando al techo.

Una sombra, más que un hombre, se arrodilla frente a él: es un indio desconocido.

—¿Quién eres? ¿De dónde sales? —preguntó con violencia y desconfianza.

—Soy uno de tus indios de Mamo —dijo el hombre—. Vengo a decirte dos cosas: una a nombre de los indios que te quieren bien, y otra por cuestión propia.

—Habla —dijo Diego—. ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que se te ofrece?

—La primera cosa que vengo a decirte es que los españoles, sin tu permiso, pusieron un cuartelillo en tus tierras.

Diego rugió.

—¿Un cuartelillo en mis posesiones de Mamo? ¿Y quién fue ese desgraciado que a tanto se ha atrevido?

—No sé, mi amo. Son diez soldados y un oficial. Se emborrachan y maltratan a las indias.

—¡Ah, no! —gritó tartajeante—. Lo que es a esa vaina le pongo reparo ahora mismo.

El indio, untuoso, apuntó satisfecho:

—En esa confianza a tu valor y generosidad los indios, por mi boca, te piden auxilio. Pero tengo algo más que decirte y que llenará tu alma de contento.

—¿Cuál es esa otra noticia, indio ladino?

El indio ojeó a su alrededor:

—Aquí no quiero decírtela. Pueden oírnos. Vámonos bajo aquel cují y te lo contaré todo.

Vacilante, lo siguió hasta el árbol. El indio metió la mano en el morral. Diego se sobresaltó. Pero ante un lingote de oro le regresó la calma.

—¿Y esto, de dónde lo sacaste?

—Mira, más —añadió con regocijo y le mostró diez doblones de oro con la efigie de Carlos V. Diego batió palmas.

—Mi nombre es Onofre —dijo el indio— y es un regalo de tu siervo a su señor.

La codicia disipó su embriaguez y lo retornó suspicaz.

—Dime ¿a qué viene tanta generosidad? Explícame qué guarandinga es ésta.

—Cálmate, señor —dijo Onofre—. Escúchame y verás cómo disipo tu desconfianza. Habrás notado que no soy un indio de los que estás acostumbrado a ver. Hablo bien el castellano y con la ayuda de Dios y del cura de La Guaira, pronto aprenderé a leer. Quiero ser libre y tener dinero. Yo sé —exclamó súbitamente— dónde hay doscientos ladrillos como ése y dos sacos de doblones.

—¿Y por qué no te los has cogido, entonces?

—Por una razón: el día en que los españoles me encuentren tanto oro, me lo han de quitar junto con la vida. En cambio, si tú me los donas ante la autoridad, como me ha recomendado el señor cura, nadie me los habrá de quitar. Seré rico y casaré con una blanca que es la sobrina del cura.

—Ah, ya comprendo tanta caridad del párroco. ¿Y cuánto quieres que yo te dé a ti?

—La mitad, señor.

—¿La mitad? ¿Tú estás loco? ¿Quién ha visto indio con tanta plata? Si acaso dos quintos te daré, que es el doble de lo que le toca al Rey. No se te olvide que el tesoro está en mi propiedad. Cualquier a que lo encontrase tendría que dejarme a mi, si es honrado, tres quintos, por lo menos.

—Está bien, mi señor —respondió resignado—. Me quedo con un quinto si me regalas un caballo bueno con todos sus aperos y un buen mosquete.

Diego disimuló pensar:

—De acuerdo —le respondió—. Tuyos son. Ahora cuéntame, ¿cómo viniste tú a enterarte de todo esto?

—Mi bisabuelo fue de los hombres que acompañaron a García de Paredes. Cuando el Capitán español tocó en Catia la Mar fue buscando diez mulas cargadas de oro que a buen recaudo dejó Narvaez. Buscándolas pasaron por tus tierras de Mamo, donde al fin las hallaron. Los indios bravos amenazaban por todas partes. Las guaruras se oían encima. Tuvieron miedo y decidieron esconder el tesoro. Lo metieron en una cueva chiquita, cerca de la playa, que se disimula muy bien con una piedra. Un hombre fuerte, como yo, puede sacarla y volverla a cerrar. Luego que guardaron su dinero —prosiguió Onofre— la indiada cayó sobre ellos y los mataron a todos, menos a mi abuelo que logró escapar.[76]Años más tarde volvió a la tribu que luego sería tu encomienda. Casó con una mujer del lugar y se quedó en ella. Mi padre, que murió de viejo hace poco, nunca hizo mención de lo sucedido sino momentos antes de entregarle su alma al Creador, ya que era de la misma opinión que yo, que los españoles cuando supieran el cuento, además del dinero, le quitarían la vida. Pero yo, que conozco tu nobleza de corazón de oídas, decidí jugarme esta

parada de ponerme en tus manos.

—Muy bien dicho y muy bien pensado —respondió Diego—. ¿Qué hemos de hacer entonces?

—Debemos salir muy en la madrugada como si fuéramos para Caracas, para no despertar sospechas. Luego nos volvemos sobre el camino y cogemos este mismo cerro.

Diego observó:

—Se necesitarán ocho mulas, por lo menos.

—No, y perdona que te lleve la contraria. Pero todo lo tengo sopesado. Tantos animales despertarían sospechas. Bastará una mula y doce sacos vacíos. Cuando lleguemos allá, tú y yo llenamos los sacos de oro y los cosemos. Luego llamamos a tus indios de Mamo y tú les ordenas que se los echen al hombro, sin dar más explicaciones. Y como quien no quiere la cosa, nos vamos hasta La Guaira, donde harás pública declaración de tu riqueza.

—¡Oye indio! —exclamó Diego— ¡qué bien faculto que eres! Realmente mereces ser rico. —Y llamando a Pablo Guerrero, el hijo de Rosalía, le dio instrucciones precisas para salir en la madrugada.

—Si preguntan por mí, le dices a la familia que fui a Caracas a hacer un negocio y que regreso en dos días.

El mayordomo sintió miedo del indio y mirándolo de soslayo intentó decir algo, pero Diego enfurecido le gritó:

—Cállate la jeta y haz lo que te digo.

Al alba Diego y Onofre remontaron las montañas.

En el alto del León, donde se confunde la niebla y el viento salitroso, un hombre a caballo subía por el sendero.

—Ocultémonos —dijo Onofre.

—¿Y por qué? —respondió Diego—. Además —añadió arrugando los ojos— es Ño Miguel, el nieto de Acarantair.

—¡Guá! ¿Y ese milagro? —exclamó por saludo al tenerlo por delante.

El señor de Naiguatá, el de la boca hocicona, luego de ver a Onofre con recelo, rió vocinglero.

—Con razón dicen que un buen encuentro vale más que una llegada. Traía por encomienda hablar contigo sobre esas tierras que tú y yo tenemos vecinas por los lados de Camurí. ¿Cuánto pides por ellas?

—No las vendo —respondió destemplado.

Aguda desazón se asomó al rostro de Ño Miguel:

—Pídeme lo que quieras, que para eso tengo plata.

Diego, luego de echarse un trago, miró al zambo con simpatía:

—Si hubieras llegado ayer te la hubiese vendido por nada; pero ahora soy rico.

Onofre hizo muecas angustiosas.

—… es que me dejas sin agua, chico —añadió al recoger la seña—. En esa tierra nace el rio y está la cascada que riega mis tierras. ¿Y si me desvías el curso?

El zambo se incorporó:

—Te lo juro, taita, por lo más sagrado —dijo vehemente— que eso nunca ha de suceder. Te doy por la cascada solamente y las cien varas que la rodean, mil pesos.

—¡Mil pesos! —exclamó sorprendido—. ¿Y qué es lo que tiene ese salto de agua para que me des por ella lo que vale una hacienda?

Ño Miguel quebró la cabeza.

—Desde hace un año —fue diciendo con voz enlentecida— tengo una pava negra. Primero fue María la O, mi mujer. ¿Yo no sé si te acuerdas de ella? Una españolita que me trajo Dios en una ola, con los pechos rosados y paraitos como picos de paloma.

—Ah, si —asintió Diego ya impaciente.

—Pues se me murió de calenturas dejándome una hija, Flor, que ya anda por los diez años. Es requetebonita. ¡Dios me la guarde!, y tan faculta para aguaitar lo que está por venir como mi abuela Acarantair.

Cuando ya me reponía de la falta de María la O, se me murió la abuela, que, como bien sabes, fue mi verdadera madre, pues la que me parió murió reventada al echarme al mundo. ¡Qué hasta en eso nací deslechado! La razón que me lleva a pedirte que me vendas la cascada —prosiguió Ño Miguel— es que en la cueva que hay detrás y que esconde el agua, tengo enterrada a mi abuela Acarantair, como ella misma lo dispuso. Cuando su cara y su cuerpo se tomaron morados por las viruelas, yo fui el único que no le tuve asco —añadió ahogando un sollozo—. El mismo día de su muerte me dijo que la montara en un burro y que la llevase monte adentro. Cuando llegamos a la cascada me dijo: «Llévame allí y cuando no respire, quema mi cuerpo. Luego de un mes vuelve a visitarme». Asi lo hice y mírame lo que pasó.

Ño Miguel se puso en pie y trajo del caballo una cesta de mimbre donde además de un gonzalito estaba una flor de mayo con la forma y el color de la túnica de mariposa blanca que calaba Acarantair camino de la poza de los grandes helechos. Diego, sacudido de emoción por el relato y por aquella flor nunca vista, dijo al zambo con voz quebrada y húmeda:

—Ahora sí, es verdad que me convenciste, mi vale. Tuya es la cascada y las tierras que la rodean. ¡Te las regalo! Todo sea por Acarantair, quien llenó mi niñez de sueños, y de advertencias mi mocedad.

—Dios te lo pague, Diego García. Seré para ti y para los tuyos tu eterno deudor. Y el zambo, aunque es más malo que la sarna con los que le hacen mal, sabe ser agradecido. Ahora, si quieres, echamos a andar. ¿Tienes algún reparo a que los acompañe?

El indio Onofre volvió a hacer señas; pero Diego afirmó:

—No veo ningún, inconveniente. ¡Vayámonos ya!

Con el atardecer llegaron al mar. Ño Miguel le repitió sus palabras de eterno agradecimiento a Diego y luego de mirar con asco al indio, tomó rumbo hacia La Guaira y Naiguatá.

—A donde tenemos que ir es hacia allá —observó Onofre—. Queda muy cerca del rio Mamo. Pero caminemos en dirección contraria para despistar a ese zambo presumido.

A más de media hora de camino, en el instante que el sol desaparecía en la hendija del horizonte, Onofre dijo:

—¡Desmonta! ¡Hemos llegado!

—¿Dónde es? —preguntó Diego al apearse.

No obtuvo respuesta. Un fuerte golpe en la nuca lo derribó sin sentido.

Al volver en si estaba amarrado al tronco de un uvero. Onofre, pintarrajeada la cara, desnudo el cuerpo y con el pelo embijado, atizaba una hoguera.

—¿Sabes quién soy? —le espetó con la mirada llameante, rechinando los dientes —. ¡Soy el hijo de Anakoko, el gran cacique que empalaste en Chuspa!

Diego sintió un calofrío ante la revelación. Onofre prosiguió:

—Desde niño he vivido sólo para este momento. ¡Perro asqueroso! Cuando la luna llegue arriba llegará una piragua para llevarte a Granada, donde expiarás el haber dado muerte en forma impía al hombre más grande nacido de mujer caribe. Las viejas de mi tribu te arrancarán el pellejo con las uñas. Mis hijos te sacarán los ojos. En tus entrañas echaremos alimañas. Morirás tras sufrimientos atroces, mientras repican tambores llamando a Anakoko.

—Pero, Onofre… —intentó decir.

—No me llamo Onofre, so imbécil, sino Makoko. Yo tenia apenas un año cuando diste muerte a mi padre. Por diez años he estudiado el castellano y por tres viví en tu encomienda, con el único propósito de atraerte a esta celada.

La luna remonta su cuesta. La noche es calma y calurosa. El batir de las olas apenas se siente. Grillos, sapos y culebras a su espalda, inician su concierto, mientras jejenes y pulgas de arena acribillan a Diego. El indio desnudo mira a la hoguera y al mar. Diego lo observa desde el uvero.

«Algún día tenía que terminar —se dice resignado—. Lo que nunca pensé es que lo hiciera entre suplicios del cuerpo, luego de sufrir peores tratos que perro’e ciego».

La tristeza, llegado un momento, se torna alegría. «Es tanto y seguido lo que he vivido en la mala, que a veces me pregunto si a Dios le gusta jugar pelota con los hombres. Al morir Garci, mi hijo, no creía que el Señor o el Diablo me hicieran sufrir más. Apenas era el comienzo de este mal final. Las tragedias comenzaron a desenvolverse al poco tiempo de morir el gran Gonzalito.[77]¡Fue el año en que aquel

barco negrero trajo las viruelas de Angola!».

81. Historia de la Casa Grande

A la muerte de su padre y heredar los churupos, Care´Chivo, luego de tanto darle, casó con Melchora Díaz de Alfaro, la cuñada de Pedro de Montemayor. No era necesario ser brujo para darse cuenta de que Melchora se casó na' más que por los reales y por complacer al cuñado, que tenia negocios con el hijo del gran Gonzalito.

A los seis meses, Úrsula, la segunda mujer de Pedro, murió de repente, dijeron que por haber comido cambur con leche antes de darse un baño.

Care´Chivo, compadecido del cuñado de su esposa, lo albergó en su casa. Pedro estaba más triste que gallo capado. Todos los vecinos lo acompañamos en el novenario. Aquella noche, aprovechando que Care´Chivo se fue a acostar, me quedé con Pedro y Melchora háblate que te habla en el corredor. Cantando el primer gallo cogí el camino dé casa. No había andado mucho trecho cuando de pronto me acordé de una carta que Montemayor me había dado para Soledad, mi hermana. La casa estaba oscura. Vi una luz en el cuarto de Pedro. Por no molestarlo, no fuera cosa de que se hubiese dormido, avancé en puntillas. ¡Válgame el cielo! Pedro de Montemayor y Melchora, hechos una melcocha, se besaban y apurruñaban en un rincón.

Del tiro no pude dormir. La cabeza no hizo sino darme vueltas. Pedro de Montemayor era un coño de su madre de cuerpo entero. ¿Usted sabe lo que significa estarse tirando a su cuñada, que encima de haber criado en su casa es la mujer de su socio, protector y amigo, por más que éste sea el mojón de Care´Chivo? Recordé lo de la madre de Ño Miguel; el extraño matrimonio con Francisca, la hija de Ledesma; la arrechera macha que cogió Don Sancho de Alquiza al saberlo; lo que le contó a Soledad, mi hermana, Don Pedro de Mijares y Solórzano, su cuñado y Sargento Mayor de Don Sancho; la falta de corazón de botar a su hija María Isabel.

La verdad que era mucha la vaina que tenía encima Pedro de Montemayor y que yo no quería ver.

Apenas salió el sol cogí camino para Caracas; nada más que por jalarle la lengua a Soledad. Estaba seguro que muchas cosas sabía de Pedro de Montemayor.

—Al parecer, Pedro —me dijo luego de dar más vueltas que un quebrado— tuvo que ver con el asesinato de uno de los secretarios de Don Juan de Austria, de apellido Escobedo. Disfrazado de mujer, e instigado por Antonio Pérez, secretario de Su Majestad Felipe II, atrajo a una celada al tipo, donde lo mataron a puñaladas. El Rey y su hijo, el Príncipe de Asturias, montaron en cólera por ser el muerto persona de su afecto y estima. Mijares nunca supo cómo logró escapar ni cómo vino a parar aquí.

«La verdadera razón del matrimonio de Pedro con Francisca —continuó Soledad

— fue porque Don Alonso Andrea de Ledesma iba a ser declarado Conde de la Cumbre y Pedro iba a ser llevado prisionero a España apenas terminase su mandato. [78]Aparte el feo asunto de Escobedo había fuertes sospechas de que él era el asesino de los dos gobernadores. Su Majestad, como bien lo calculó el muy canalla, por no agraviar la memoria de quien pretendía honrar, echó atrás la orden de presidio y también el titulo a que, por las glorías de su padre, se hacían acreedores sus descendientes. ¿Entiendes ahora la tirria que le tengo? Pero no vayas a decir una palabra de esto, porque se entera mi cuñado Pedro de Mijares y Solórzano, que me lo contó en medio del mayor secreto, y me excomulga».

A mí, que nunca he pecado de estrépito —prosiguió recordando Diego—, me dio la curiosidad y me puse a averiguar. Nadie mejor que Pablo Guerrero, mi medio hermano, que estaba de mayordomo en La Vega, para ponerme en los palitos. Al tercer día, porque es muy puntilloso, me dijo:

—Luego que se duerme Care´Chivo, Doña Melchora en puntillas se va al cuarto de Don Pedro, con quien yace hasta el alba. Care´Chivo duerme tan profundo que cuando se le toca sigue durmiendo. Todas las noches bebe una tizana amarga, que por consejo de Don Pedro, le da el ama para las lombrices.

El boticario a quien le llevé unas gotas del vaso sobrante, me dijo:

—Yo no sé que es esto. A lo mejor es hashis o marihuana.

Meneses y Padilla, el Gobernador, con quien tenía sólida amistad y algunos negocios, luego de mucho pensarlo me contó la historia completa.

—Pedro de Montemayor —dijo— fue condenado a muerte cuando sirvió de carnada a los asesinos en Madrid. Dada la importancia de su familia y de los ruegos que ante el Rey hizo el señor de Torre Pando, Su Majestad logró que se le cambiase la pena capital por treinta y cinco años y diez días de servicio en Venezuela.

«Eso fue a finales de 1594. Este mismo año concluye su condena. Yo, al igual que mis predecesores, hemos recibido órdenes expresas de mantenerlo vigilado y de informar regularmente sobre sus pasos».

Allí fue donde se me ocurrió que Pedro de Montemayor había envenenado a Francisca Ledesma para casarse con Úrsula, por quien enloquecía, y luego a ésta para quedarse con Melchora, su cuñada, la mujer de Care´Chivo. Ambas tenían los labios morados y murieron sin causa aparente y en plena juventud. Pedro era un envenenador. ¿Dónde ocultaría el pomo de los venenos? —me pregunté—. Necesariamente lo guarda en su casa —me dije.

Aprovechando que Montemayor estaría durmiendo a pierna suelta en La Vega, entré en su casa.

Decidido a todo, subí las escaleras y me fui al cuarto matrimonial. Ya me iba, harto de tanto buscar, cuando uno de los negros de la difunta Francisca me dijo apareciendo de pronto:

—No busques más, amo.

Rodó la cama y levantó una tabla floja del piso y sacó un pomo azul.

—Pon una gota sobre un pedazo de carne y dáselo a un perro para que veas cómo al momento estira la pata.

—Doña Melchora —me contó el negro— estaba encuerada con Don Pedro desde hacía más de tres años. Más de una vez los encontré enrollados mientras Doña Úrsula dormía. Una vez oí tras la puerta decirle Doña Melchora a Don Pedro, cuando éste le decía que se casara de una vez con Don Diego González de Silva:

—Tú bien sabes que yo sólo te quiero a ti —dijo la condenada.

—Tienes que casarte —le respondió Don Pedro, bravo—. Te prometo que tendrás que aguantarlo por muy poco tiempo. Ya tengo el medio que resolverá para siempre nuestro problema.

Me quedé claro ante lo sucedido. Mientras pensaba en lo que debía hacer, me avisaron que una peste extraña estaba acabando con mi ganado en Barlovento. Estuve ausente de Caracas por seis semanas. Cuando regresé, Pedro de Montemayor seguía viviendo en casa de Care´Chivo.

Al día siguiente de haber llegado se desató una tormenta. Desde el comedor veía llover. Un caballo galopó entre la lluvia.

—¿Quién será con este aguacero? —me pregunté.

Era uno de los esclavos de Care´Chivo.

—¡Corra, Don Diego! —me gritó por la ventana—. ¡Mi amo se ahogó en el rio!

Pedro de Montemayor, con gran aflicción, me contó lo sucedido: «Estábamos cruzando el río en el momento en que bajó la crecida; yo me pude agarrar de unas raíces, pero al pobre lo arrastró la corriente río abajo y lo golpeó contra las piedras».

Care´Chivo yacía muerto en la sala, entre el llanto de Melchora y de sus esclavos. Tenía una profunda herida en la frente.

Observé al muerto con cuidado.

«A éste lo metieron al río después. Piedra de río no da tan fuerte. Este es otro muerto de Don Pedrito».

Por todo el tiempo que duró el novenario cavilé sobre mi vida. Era un hombre acomodado, pero no rico, a pesar de todo cuanto había luchado. Los hombres importantes del Valle, comenzando por mi hermana, tan bastarda y mestiza como yo, me desdeñaban. Diez hijos tenía en quince años de matrimonio. Y empero había sido feliz, ya me preocupaba lo que iba a ser del destino de ellos cuando llegase mi muerte.

Si con esa posición, que ya muchos encopetados linajudos envidiarían, se permitían despreciarme por mestizo, ¿qué sería de mis hijos, tan mestizos como yo, cuando se encontrasen dueños de la miseria que les tocaría en suerte? De pensar en las hijas de Ledesma, casada una con un mulato como Gualterio, se me hacia un

ovillo en el corazón. Ya tenía sesenta años y mi barba rala de indio se había encanecido. Estaba cansado de luchar y de sufrir y si lo que había alcanzado con mi esfuerzo antes me parecía mucho, ahora, en comparación con lo que tenían otros que no habían hecho ni un décimo de su esfuerzo, todo me parecía una miseria.

Un día hablando con Soledad, mi hermana, me preguntó bruscamente:

—¿Es verdad que mi hijo Hernán y que se la pasa metido en tu casa?

—Sí, es verdad —respondí atando una sospecha—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Nada, nada —respondió Soledad—. Tan sólo quería saber.

En aquel instante le apercibí que no veía con buenos ojos un noviazgo entre su hijo y Gabriela.

Hernán era un hombre, que frisando los cuarenta, era guapo y bien plantado. Soledad con su pregunta me dio el primer pitazo: Hernán estaba bregando a Gabriela, mi hija. Mi mayor amor, mi vida, mi locura. Y la pobre estaba enamorada de Hernán como una perrita. Por eso, y a pesar de que a mí no me gustaba la gente fizna y menos mi sobrino por la mano izquierda, echón y bogatero como él solo, lo dejé hacer.

Tres meses llevaba Hernán de visitar a Gabriela. Esa noche al pasar por su cuarto escuché forcejeos y gritos ahogados. Entré violento. Gabriela colgada al techo por una cuerda; pataleaba morada, ya casi muerta. La tomé en vilo y corté la cabuya. Al recuperarse me refirió que Hernán, luego de quitarle la honra, rompió con ella. Soledad no veía con buenos ojos aquel noviazgo y él no podía darle ese disgusto.

Una nube de sangre me quitó la vista. «¡Con mi honra nadie juega!» —me dije. Ya era medianoche cuando llegué a Caracas. Apaleé el portón de Soledad, con gran escándalo de los vecinos. Hecho una cuaima llegué hasta su habitación. No quería recibirme.

—¡O tu hijo se casa con Gabriela, o lo mataré!

Sentada en su cama y con aquel gorro bordado de dormir me respondió soberbia:

—Mátalo si quieres. Lo prefiero muerto antes que casado con Gabriela.

No pude aguantarme. Por el camino fue que caí en cuenta de que le había pegado. Esa noche estuve cavilando sobre la mejor forma de darle salida a mi cólera. La ira más espantosa me roñia. Sesenta años de vejaciones y de pobrezas eran ya bastante, como para que viniese a aguantar que Soledad viniese a desdeñar a mi hija, a mi Gabriela, luz de mis ojos, razón única para seguir viviendo. ¿Qué tiene más que yo? Una voz clara me dijo adentro: plata, mucha plata, demasiada plata. Tanta plata que ante sus crisoles el indio se bate en fuga. ¿Plata? —me dije respondiendo a su voz—. ¿Y cómo hago yo?, bordeando la vejez, para encontrar esa fortuna de la que me hablas, si no pude ceñirla en mocedad cuando todo era ardor y alegría. El gato viejo —díjome la voz del demonio ¡qué me hablaba—, caza distinto al gato joven. Melchora Díaz de Alfaro, la mujer de Pedro de Montemayor y su cómplice, tiene la

plata que buscas. Anda allá. Vé y pídesela.

En lo que rayó el día me fui a ver a Melchora y me le planté por delante.

—Quiero que sepas —le dije sin perder tiempo— que estoy enterado de todo. Luego le referí detalle de lo que yo sabia del asesinato de su hermana y de Care ´Chivo.

—¿Qué quieres? —me dijo con odio feroz.

—La Hacienda La Vega —le respondí presto.

—¿Estás loco? Prefiero la muerte a la miseria. ¡Anda ya y denúnciame!

—Si no te estoy diciendo que me la regales. Sólo te pido que me la vendas.

—¿Cuánto das?

—Dos mil pesos.

—¡Ladrón miserable!

—Entonces voy a tener que ir con mi cuento al Gobernador.

Melchora empalideció.

—¡No, por Dios! Accedo.

La última vez que hablé con Melchora me gritó:

—¡Qué se te mueran los hijos uno a uno y de mala manera y que si alguna semilla queda de ellos, que prosiga lo maldecido generación tras generación!

Todo el mundo celebraba mi buena suerte y yo acallaba mi cobardía. De la noche a la mañana fui el hombre más rico de la Provincia. Pero Gabriela, mi hija, seguía tan triste como al principio. Fue inútil que sobre ella volcase mi riqueza y le comprara los trajes más finos, las joyas más delicadas, los mejores caballos. Persistía la tristeza y sus ojos cantaban desamparo.

—¿Pero, qué le pasa a mi muchachita? —le preguntaba mimoso.

Apenas sonreía cuando yo la besaba y la jamaqueaba y hacía teatro vivo para arrancarle sonrisas.

Al tercer mes de estar deambulando como alma en pena, me dijo:

—¡Quiero ser monja!

—Pero ¿por qué, mijita?

—Es mi decisión. Si no me complaces he de ahorcarme.

Al verla partir hacia Santo Domingo sentí que algo muy grande se rompía en mí.

En menos de medio año fueron y llegaron cartas con el sello de Santo Domingo de Guzmán. Gabriela murió de consunción tisica.

Bebía sin parar, desde que abría el ojo hasta que me derrocaba el sueño. Total, ¿para qué vivir?

La vida me supo a mierda desde entonces y dije a quien me quisiera oír todo lo que pensaba.

—Pero me van a venir con esos cuentos a mí —le grité a Juan de Herrera y Pacheco, hablándome de un culito malo—. Yo me acosté con su abuela y puedo

decirles que era tan india que cuando la vi desnuda en Granada, no atiné a saber si era racional o caribe. Y si es por el lado de la abuela del padre, era una tronco de negra que se sacó Andrés Machado en una rifa en Caraballeda. Aquí no había española ni para un remedio y las pocas que pasaron de largo eran reputas, viejas y feas, comenzando por Doña Ana de Rojas. A otra oreja con ese chisme. A mí no me halen la lengua. Por eso le he dejado todo escrito a mis hijos, para que no se olviden. Todos vosotros estáis creyendo que la historia comienza ahora. La historia es vieja. Yo soy parte de esa historia y no quiero desaparecer con ella.

Francisca Infante de Rojas se cayó de culo y le dio un soponcio cuando le dijeron lo que yo había dicho. Beatriz González de Silva clamó por el Dios de la Venganza. Y Soledad, como lo temía, abjuró su parentesco:

Hijos y nietos, sobrinos y yernos hicieron un coro en contra mía.

—Es un bastardo —decían, peloteándose entre ellos las maldiciones—. Un mal indio. Borracho. Criminal. Un ladrón. Loco. ¡Qué mal rayo lo parta! ¡Qué muera sin confesión! ¡Qué muera en mala hora! ¡Qué el agua se le convierta en sal y la sal en agua! ¡Qué no se le pudra el cuerpo luego de haberlo enterrado! ¡Qué mala puñalá le den! ¡Qué vaya a Jerusalén! ¡Qué se muera de rodillas! ¡Qué se extirpe su semilla! ¡Qué su padre lo retome al vientre! ¡Qué el día se le haga noche, el agua fuego y el fuego agua, la hija nieta, la muerte vida, el sueño insomnio!

—¡Ja, ja! —exclamó Diego, de pronto, para sorpresa del indio Onofre que seguía atisbando el mar.

Un día llegó la muerte anunciándose y llevándose gente. La viruela cayó sobre la Provincia.[79]La mortandad fue espantosa. Los indios casi desaparecieron. En Caracas moría mucha gente del común y de los principales. Entre ellos Hernán de Mijares, el único hijo de Soledad, y María Isabel Montemayor, la hija de Pedro y Francisca Ledesma, con quien terminó casándose. Lo sentí por Soledad. Sola, como su nombre, volvió a quedarse con tres recién nacidas: María Soledad, Elvira y Ana María.

Al mes de la muerte de Hernán, Pablo Guerrero me dijo con voz de zozobra:

—¿Tú sabes a quién he visto penando de tu cuarto al comedor? Pues nada menos que a Doña Melchora, la mujer de Care´Chivo, la dueña de La Vega.

—¿Melchora? —pregunté extrañado—. Hay que ver que tú eres bruto pa’lante. ¿Cómo va a penar, si está vivita y coleando?

—Tú dirás misa, pero de que la vi, la vi, con estos ojos que la tierra se ha de comer.

Tuve miedo. Desde hacía tiempo presentía a Melchora. Díjome la negra Rosalía:

—Para que alguien pene en vida mucho tiene que ser el odio o el amor que sienta por quien lo ha visto. ¿Qué le hiciste a Melchora? ¡Anda, vagabundo, dímelo de una vez!

Por tres veces la alcancé a ver. A la segunda dijome Rosalía:

—¡Haz caridad!

Bendije la casa. Traje a una bruja. Cancelé deuda a siete pisatarios. Le regalé Bellavista a Gualterio y una pulpería y una pesa de carne a Pablo Guerrero.

Melchora, sin embargo, se volvió a aparecer.

—Eso está malo, muy malo —decía Rosalía—. ¿Qué querrá Melchora de ti? ¿Qué mal le hiciste, con intención o sin ella? ¡Piensa, niño, piensa y trata de recordar!

Melchora, como luego supe, no penaba en vida. El dia en que la vi por primera vez fue el mismo en que se volvió papilla al caerse de la Giralda. La vez última en que me espantó no tenía cara de rabia, sino de burla.

—¡Ay! —dijo Rosalía al saberlo—. Por algo muy malo se ríe la rabisa.

A caballo llegó el reclamo.

—¡Balduino Henríquez ataca La Guaira! De trece años pa' arriba todos a pelear. Felipe, mi hijo tercero, sin pedirme permiso se fue a la guerra para no volver.

82. Seis, seis y seis

—Despierta, viejo cicatero —gritó el indio— que ahí vienen los míos.

Una piragua hiende las aguas en suave bogar.

—¡Voto al diablo! —exclamó Diego atalayando la espuma.

Un golpe seco y un vocerío precedió al salto. Cuarenta guerreros desnudos crepitaron sobre la arena.

—¡Allí lo tenéis! —celebró Makoko.

Los caribes palmearon y rieron al verlo. A paso de loro avanzaron hacia el uvero. Desorbitado los vio venir.

—¡Me jodí! —se dijo—. ¡Virgen de la Soledad, mete tu mano!

Una descarga cerrada salió de la maleza, y al grito de: «¡Santiago y cierra España!» veinte soldados cargaron contra los indios. Apenas diez lograron escapar. Los otros pelearon, rugieron, se ensangrentaron hasta morir, y entre ellos el hijo de Anakoko.

Ño Miguel, para sorpresa de Diego, apareció tras los soldados.

—¿Estás bien, taita? —le preguntó al cortarle las cuerdas que lo ataban—. Menos mal que le hice caso a la mala ocurrencia que tuve al verte con el indio.

Un oficial, de fuerte acento castizo y gutural, se le plantó por delante:

—¿Estáis bien, señor de García?

Diego se conturbó al reconocerlo:

—¿Fuisteis vos el buen cristiano que enterró a mi hijo Garci y me envió su espada? ¿Sois Don Rodrigo Blanco de la Torre Pando?

—El mismo, para serviros…

—¡Loado sea el Señor! —y sacudido de emoción fue vapuleado por un ataque de alferecía.

Entre dos pasos Ño Miguel y el Capitán contaron la historia.

—No me gustó el tal Onofre desde que lo vi. Era muy grande y bien plantado para ser indio de tu encomienda.

Desde el alba sentí inquietud. Iba yo preocupado de verte en compañía del indio ese, cuando a poco de andar me encontré con éste y sus soldados.

—En luna menguante los caribes atacan. Con mi zozobra a cuestas di rienda suelta a mi corcel: zahorí de la muerte. Al atardecer llegamos al cuartelillo de Mamo. Descansábamos. Llegó éste. Refirió sospechas. Nos pusimos en marcha. Vimos la hoguera. Hicimos recodo. El indio os insultaba. Disparamos. Lo demás está a la vista.

—¡Adiós, Diego García! —dijo Ño Miguel—. ¡Qué Dios pague tu caridad y síguete cuidando! —dijo mirando de soslayo al capitán—. Algo me dice que hay bichos píores que los caribes.

Rodrigo Blanco, de perfil, escupió displicente.

El día en que Rodrigo Blanco llegó a Caracas procedente de La Guaira, Diego fue a darle la bienvenida.

—Mi querido Rodrigo, y perdóname que te trate de tú. Eres más que un hijo. De no ser por ti, a estas horas seria cagajón caribe. Tienes que venirte a casa; mi mujer y los hijos están chingos por conocerte.

Siempre frío e imperturbable, aceptó la invitación. Emprendieron ambos el camino hacia La Vega. Diego hablaba sin parar. Con su parla lenta y dispersa, obra del alcohol y la chochera. Rodrigo tenía foscas las pupilas, tenso el rostro, apretados los labios, nervioso el gesto, seca la respuesta, aburrido el talante:

«Qué insoportables son estos criollos de cháchara disonante. Su parla va sin concierto: como el rio que entra al llano. Me llama padre, me llama hijo, me llama hermano. Y es vecino principal de la muy principal Santiago. ¡Ay, Madre, cómo me duele España!».

La vista de la casa y la inmensa propiedad que enseñoreaba le dio fuerzas para soportar por una semana aquel hálito oloroso a familia y a simplezas de campesino.

Esa misma tarde conoció a Gualterio y a Paquito de la Madriz y los vio jugar. A la tercera mano ya los tenía medidos. Pidió cartas, pero Gualterio al ver el escudo que puso sobre la mesa, le observó displicente:

—Guarda tus reales, capitán, que en pelea de burros no se meten los pollinos.

Enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Son unos ladrones miserables —le dijo de inmediato Caridad, que en una esquina llegó a escucharlos—. Y lo peor es que no hay poder divino que logre apartar a Diego de esos desgraciados. Lo tienen de sopa.

—Descuidad, señora mía —añade con los ojos rojos—. Yo habré de poner fin a

vuestros males.

Esa misma tarde al terminar la partida, Rodrigo dijo a Gualterio y a su yerno:

—En lo sucesivo os abstendréis de jugar a cartas y a naipes con Diego García, o habréis de entenderos conmigo. ¡Sois un par de fulleros y malagradecidos!

—Pero… —intentó decir Gualterio. Los ojos rabiosos de Rodrigo lo silenciaron.

—Está bien, pues —añadió antes de irse—. Donde manda capitán…

Gualterio y su yerno se ausentaron por tres días de La Vega.

—¿Qué le habrá pasado a esos desgraciados? —preguntó esa tarde.

—Susanita, la hija de Paquito —respondió Caridad— se está muriendo. Me lo acaban de decir. Ahora mismo voy para allá.

—¡Qué buena vaina! —respondió Diego—. Y yo sin jugar.

Dos días después regresaron Paquito y su suegro.

—¡Se salvó la muchacha! Está como una rosa.

—¿Echamos entonces una partida?

Los dos hombres miraron a Rodrigo:

—Por la salud de la niña hicimos una promesa a la Virgen —añadió Gualterio—. No volveremos a jugar hasta que el cura nos dé licencia.

—¡Qué buena vaina! —volvió a exclamar desde su chinchorro, y apenas se marcharon comentó a Rodrigo:

—Ahora sí es verdad que me fuñí. El juego era de las pocas cosas que me divertían.

—Juguemos entonces, Don Diego —le respondió el Capitán—. Pero no a vuestra manera ni a la de vuestros amigos. El juego lo hizo Dios para divertimiento, no para luchar a muerte en trágico devenir de ida. Si os place jugar, Juguemos. Pero a la menguada. Que la suma perdida no exceda un día de mi soldada…

Por los días que le quedaban en La Vega, Rodrigo, todas las tardes, rodeado por Gualterio, Paquito y su mujer, que los veían golosos, jugaba con Diego hasta que se ocultaba el sol.

Diego ganaba, Rodrigo perdía.

—¡Vaya que me volvió la leche!

—En cambio yo, de amores soy requerido —afirmaba Rodrigo con los ojos puestos sobre Susana, la rica hembra de Paquito de la Madríz.

—¡Tas de buena, Diego García! —celebraba Gualterio con su voz cavernosa.

—Hay una mujer —apuntaba Paquito sin percatarse de miradas encontradas— que llora por Rodrigo Blanco.

—Que si fuera la que pienso —dijo Rodrigo— poco seria perder mi caballo y mi tizona y toda la paga del mes.

A la décima tarde Diego ya se aburría.

«No es lapa ni guacharaca lo que tienta al cazador. Ya estoy harto de este juego de

viejitas aburridas. El jugador ama, busca y necesita el peligro. Le encanta la cresta de la ola. Salvarse justo en el momento en que nos traga el abismo. Esto, Rodrigo Blanco, no es juego ni es nada. Hace falta pimienta y emoción. Esta vaina es un fastidio».

—Te apuesto —dijo en arrebato— tu paga de un año contra la Vega Chica.

Diego y Rodrigo prosiguieron jugando. Caridad cavila pesarosa: «Sólo lo malo se pega». Está contagiado del mismo mal que mi marido.

Rodrigo Blanco se volvió jugador. Aceptaba y proponía sumas gruesas que le hacían temblar. Una ventaja llevaba a Gualterio y a Paquito, a juicio de Caridad: lo mismo ganaba que perdía, lo que hablaba a favor de su honradez. Al término del mes en que habría de dar fin a su estancia entre los García, de la Vega Chica apenas quedaba la cuadra de caballos y dos potreros.

—Si Rodrigo continúa jugando —señaló el hijo mayor ya aliviado en sus temores — va perder desde las botas hasta el modo de caminar.

Luego de otro mes de ausencia Rodrigo Blanco llegó a La Vega, para júbilo de los García, quienes tomaron sentido afecto por aquel joven silencioso y triste a quien su padre debía la vida.

Lo acompañaba esta vez un zambo joven, de fuerte talla, ojos verdes, pelo pasudo surcado por una punta de cabellos rojos, que a Diego sacudió el recuerdo.

—¿Tú quién eres?

—Ñaragato, pa' servirle, Don Diego, ¿o ya no se acuerda de mi?

«El hijo de la Pelo'e Yodo» —se dijo sin responder—. El nieto de Higinia, la zambita de Macuto, la hija de Tomasillo el negro medicinal. Tirada y sangrante apareció luego que los hombres de Preston la violaron. Perdió la razón. Una tarde del 96 la encontré andrajosa camino de el Guayre. Una turba la seguía. A pesar de la locura y de los andrajos, seguía siendo hermosa. Traía una chiquilla en brazos. Por el mechón rojo era hija de pirata. Quise llevarla a casa. Se opuso. Tres hombres tiraban de ella. Al fin se la llevaron al rio. Higinia amaneció muerta. Tenía un hueco en el corazón. La niña recién nacida, la Pelo e Yodo, como la llamé desde entonces, gimoteaba encima. Rosalía compasiva la crió con sus hijos. A los catorce años era una hembra de facciones extrañas y rabo caliente. Al año parió de Anselmo Pelao, el hijo de Rosalía, el gran carajito de Ramoncito, que por el camino que va tiene cara de ser más coño e mae que el padre y el abuelo, manque simpático y entrador como nadie. No había pasado la cuarentena de haberlo parido cuando abandonó al hijo de Rosalía y se puso a putear. En una de esas le pusieron a Ñaragato, pocos meses después se largó con un cabrón de El Tocuyo llamado Jorge Gómez, de quien tengo entendido tuvo varios hijos. Antes de marcharse embojotó a Ñaragato, como le puse luego por nombre, y, quizás por cariño de loca hacia Rosalía, se lo echó en el zaguán. La pobre negra, con mi ayuda y a pesar de las protestas de su hijo Anselmo,

despechado por el peo que le tiró la Pelo'e Yodo, crió al muchacho, a quien le puse así por llorar como un gato y ser más áspero que el cardón que así mientan.

Anselmo, al igual que su padre Sancho Pelao, era de alma mezquina. Lo odió desde que lo oyó maullar. Le mentaba la madre. Lo cuereaba. Lo chismeaba. Lo empuntaba con Ramoncito, su hermano, a pesar de lo bien que se entendían.

—Hijo de puta, mala persona es —decía el muy desgraciado—. No hay pele. Ni tiene engañifa el dicho.

No erró, sin embargo Anselmo. Desde chiquitico se le vio a Ñaragato todo lo tronco de verga que iba a ser: ladrón, embustero, peleón y abusador de su fuerza y estatura. A los once años, cuando Anselmo lo botó de la casa, parecía tener quince.

Esa tarde venía entrando yo de visita a casa de Rosalía cuando Anselmo, que le encantaba gritar, salió a mi encuentro como una loca mostrando un saco de viaje.

—¡Mírame lo que le encontré a este condenado debajo de la cama!

Por un papel que tenía dentro nos enteramos que el bojote era nada menos que de Don Juan de Tribiño, el Gobernador de Caracas.[80]

Me chorrié: por menos de eso habíase colgado a más de cuatro. Ñaragato dio por explicación que había sido el propio Gobernador quien le dijo cuando pasó por su casa, ya entrada la noche: «Te doy un peso si calladito a la boca y como quien no quiere la cosa, me llevas este macuto hasta la puerta de Caracas y me esperas allí».

—Cansado de esperar me traje el coroto.

Anselmo y yo no le creímos ni una palabra.

—¡Ladrón, sinvergüenza, carne de horca! —gritaba Anselmo—. ¡Hijo de puta tenias que ser!

Ñaragato, que ya no podía con la inquina, se puso como un tigre, cogió un machete y al grito de «más puta será la negra que te parió», se le vino encima.

Encorajinado porque Ñaragato llamase puta a Rosalía, le metí una trompada que le rompió los dientes de alante.

Desde aquel día nunca más lo había visto. Luego supe que vivía en La Guaira, donde era chulo y espaldero, matón a sueldo.

Lo más divertido fue que Ñaragato no dijo embuste. El Gobernador Juan de Tribiño esa misma noche desapareció de Caracas sin dejar rastro.[81]

El año pasado se supo que estaba vivito y coleando en Sevilla; según decía, abandonó tan precipitadamente a Caracas porque los vecinos principales pensaban matarle por cosas de contrabando.

Rodrigo Blanco explicó a Diego que desde hacía meses tenia a Ñaragato en calidad de espaldero. Le sorprendió su valor un día que lo vio enfrentarse a tres hombres, armado apenas de un garrote.

—A mí me ha resultado leal y cumplidor.

—¡Ten cuidado, Rodrigo! —sentenció Diego—, porque ese muchacho nació

torcido.

Ñaragato sentado tras el muro torció el ceño ante sus palabras. Odiaba a Diego García con igual saña que a Anselmo Pelao, muerto de lepra hace ya cuatro años. Lo odiaba a muerte por haberle puesto por apodo Ñaragato y dejarlo para siempre sin los dientes de adelante.

Hace seis horas que vienen jugando dado corrido entre Diego y Rodrigo Blanco.

—¡Voy con cien vacas!

—¡Voy con diez negros!

—¡Juego el trapiche!

—¡Van dos potreros!

—¡La mina de cal!

—¡Cien caballos cerreros!

Diego, borracho, trastabillea a medio arrodillar o echado en el suelo. Los dados cambian de mano. Ruedan por la cobija. Diego se excita, maldice, canta. Dos veces gana; dos veces pierde. Sopla los dados; los agita largamente.

—¡Te apuesto el Valle de las Guayabas contra la Vega Chica!. ¡Vale! —responde el de Blanco.

Tira Diego: Dos cinco y un cuatro.

Tira Rodrigo: Dos tres y un cuatro.

—¡Viva! ¡Ha vuelto la Vega mía!

Rodrigo Blanco hace extraños pases para jugar.

—¡Vamos por la revancha! —propone Rodrigo Blanco—. ¡Cien castellanos de oro por la Vega Chica!

—¡Vale!

—¡Cuatro, cinco y seis! Te fuñiste, Rodrigón. Vamos a ver si puedes mejorar ese tiro.

Rodrigo sacude los brazos para tirar.

—¡Jara! —grita. Ruedan las piezas sobre la cobija.

—¡Seis, seis y seis!

—¡Carajo, chico, te volvió la leche! Voy con todo el ganado.

—¡Padre! —protestó Alberto, su hijo.

—¡Cállese a la boca!

—¡Seis, seis y seis!

—¡Me fregaste, Rodrigo!

—¡La esclavitud!

—¡Seis, seis y seis!

—¡El molino nuevo!

—¡Seis, seis y seis!

—¡Quitando la Vega Chica, todo lo que tienes contra todo lo que tengo!

—¡Vale!

—¡Padre, por Dios!

—¡Cállese a la jeta!

—Tiro yo tres, cinco, seis.

—Tira tú: seis, seis, seis.

Alberto, su hijo, no pudo contenerse y arrebatándole los dados a Rodrigo, luego de tirarlos tres veces le gritó enardecido:

—¡Fullero, ladrón tramposo! —al comprobar que marcaron siempre seis.

Rodrigo se incorporó amenazante. Gualterio y Paquito de la Madriz contenían a duras penas al hijo de Diego García.

—En tu casa no —dijo, desde el suelo, Diego— y con las manos, nunca.

—Será a pistola y a muerte en la sabana de Maracapana, mañana a mediodía.

Y sin decir más desapareció en la noche seguido de Ñaragato.

Diego García arriba de una carreta mira al campo y a Rodrigo. Arrebatado lleva el perfil, hoscos los ojos, sangrante el labio. La camisa bordada orla siniestra el rostro.

—Es que a Alberto se le fue la mano —cuenta a un grupo Gualterio Mendoza—. No había necesidad de ser tan grosero.

—¿Pero es verdad que jugaba con dados falsos? —preguntó alguno.

—Puras habladurías, no más —respondió Paquito de la Madriz.

—Es que la mala leche que le ha caído encima a Diego —añadió Gualterio— no se la quita ni con las cien misas a San Gerónimo. Jugó, perdió y se jodió. No hay por qué estar buscándole más puntas al asunto.

—¡Cállate a la boca, piazo e malagradecido! —le interrumpió Pablo Guerrero al pasar a su lado del brazo de Sebastiana y su madre Rosalía—. De no haber sido por Diego García, estarías pasando hambre.

Gualterio lo miró entre desdeñoso y acobardado y tomando por el codo a su hija Susana, se alejó diez pasos seguido por su yerno Francisco de la Madriz.

Alberto fue el primero en disparar. La bala hizo una raya en el hombro.

—¡Ahí, mi gallo! —proclamó Diego—. ¡En todo el Valle no hay mejor tirador que Alberto García!

Rodrigo levantó la pistola. Una sombra de temor nubló su vista. Alberto, sin amedrentarse, soplaba el arma. Levantó la cara. Los ojos azules de Rodrigo lo apuntaban profundos. Sonó un disparo.

Una estrella de sangre brotó en la frente. Un ¡Oh! de estupor recorrió el campo. Diego García se frotó los ojos. Llegó a reírse.

—¡Ay, hijos, qué mala borrachera tengo! Despertadme ya, que ella es peor que la muerte.

—No sueñas, por desgracia, hermano —dijo Pablo Guerrero—. Te lo han matado.

—¡No! —exclamó con la voz más estentórea que jamás se hubiese escuchado en

el Valle.

—¡No! —volvió a gritar como uñ clarín de guerra, corriendo a su hijo cuando apenas caminaba.

Se echó sobre él. Tomó su cabeza. La apretó con ternura, con rabia, con arrebato confundido:

—¡Deja la tontería hijo, no te hagas el muerto! ¡Despierta ya! ¡Dime que estás vivo! ¡Anda, chico!

Una tristeza sin habla le cerró el ánimo. Sin levantarse del chinchorro, con la mirada vacía, bebiendo sin parar, pasó el día y los otros tres. Nadie pudo llenar sus pupilas. La hamaca: empapada de orín y sucia de excrementos humanos. Caridad y sus hijos rezaban. Por quinta vez tanteó el suelo tras la botella.

—Deja de beber, por Dios. ¿Es que no te basta que por tu vicio hayan asesinado a mi hermano?

Por primera vez en cinco días llenó de presencia sus pupilas. Giró la cabeza hacia Baltasar y lo miró con ojos distintos. Fue apenas un momento. Luego se derrumbó con la mirada fija.

Al clarear el alba lo encontraron ahorcado de un tablón en el techo.

OCTAVA PARTE
Sangre abajo

83. Don Juan Manuel y los cuatro pontones

—¡Qué desgraciada vida la de Diego, mi hermano! —clama Soledad en su silla del corredor primero.

—El aguardiente lo mató —comenta Rosalía.

—Lo maté yo con mi actitud desastrada.

Ana María tras la puerta, se alarma del tono clamoroso de su abuela.

—¡Jesús, mujer! —le dice Rosalía— no disparates. ¿Qué culpa vas a tener tú? Dios lo tenía dispuesto.

—¡No! —volvió a decir—. Yo le mostré a todos que tenía la oreja blanca. Yo fui la culpable de todos los males que lo acongojaron. Yo precipité el alud. La ofensa extraña no cimbra. Antes de ello, templa el ánima. La injuria de nuestras toldas, el desprecio, la traición de un hermano, lo ha dicho el padre Sobremonte, si llevan al hombre al caos; cuando no es posible morder a quien nos daña hemos de mordernos a nosotros mismos.

—Dijo un sabio turco, que no recuerdo —respondió Rosalía— que si el suicida es un asesino que ama a su víctima, la melancolía es hija del odio que no se suelta. A semejanza del mastín hambriento, puede matar al amo.

—Diego —prosiguió Soledad— se quedó claro y sin vista ante mi ofensa. Al negarle mi aprecio; al restarle mi apoyo, los que vacilaban para dañarlo, se creyeron con licencia, si de tal guisa procedía su hermana.

—Sólo es culpable la primera piedra…

—Luego de mí —gimoteó Soledad— lo asaeteó Juan de Herrera y las gentes muy principales. Ya al final, antes de que llegara Rodrigo Blanco, villanos cual Gualterio y su cuñado, que le debían tanto y lo tomaron por feria. ¡Cuán fementidos y aduladores fueron!

—Es necio quien con alhajas pretende ganar amores. El hombre digno rehuye el compromiso que lo hace esclavo. En la familia del león sólo el gato toma leche.

—Pero el que le dio la puntilla —apuntó Soledad— fue el Águila Dragante.

—Ah, eso sí que es verdad. Rodrigo Blanco fue el verdugo que se cuelga a los pies del ahorcado, la piedra última que da en la frente, el ladrón de la última moneda.

Los ojos de cochinillo de Ana María se angostan en la penumbra. Lleva su mano al mentón y acaricia la barba y el bigote pintados de verde. La voz de su abuela y la de Rosalía refluyen evocativas, claras y nítidas. ¡Tan presentes!, que se las oye en la alcoba, al igual que cuarenta años atrás. Esa fue la primera vez que escuchó hablar de

Rodrigo Blanco, el Águila Dragante, «el hombre con garras y pico de grifo, que si laceró mi alma y la cubrió de heridas, me dio a conocer, como una saeta, el bullicio del alma plena».

La luna clara, redonda y llena. La «Dama de Noche» apesta. «Mañana la he de cortar». Ana María se revuelca y suda. Micifuz, sobre el tejado, requiebra a una gata joven. Un maullido de rabia sucede a un chorro de agua. El Pez de piedra lo ha escaldado desde abajo.

«Dama de Noche» apesta. El Pez pone corriente fría. Con silbato de jardinero va regando los geranios.

Las dos viejas retornaron mascullantes a su oído. Eran vividas, sonoras y punzantes. Rosalía tenía el timbre claro, el desenfado de las esclavas y la parla de oro. Me enseñó a leer en un viejo libro de letras grandes. Al hablar daba paso a Santa Teresa y a gorjeos de sentina. Eran *Las Moradas* y un viejo dios del Dahomey. Decía «pardiez» y «babalú». Palabras del Congo entreveradas de castellano. Rosalía era un mundo injerto que pasmó sin frutos. Amalgama de dos mundos que no alcanzó la fragua. Mi abuela era su anverso: llana, simple, compacta. Su maestra fue la ignorancia. Su acervo, un mundo a cuadros. Rosalía era sabia y cambiante en el decir. Su vida, como lo decía ella misma, fue siempre lisa y torcida, cual pelo de mulato. Tenia el sabor y aroma de encrucijadas. Fragancia insospechada de vinos mareados. Abuela era la madraza ibera: recta, vertical, impenetrable. Negación de gradaciones. ¡Esto es bueno y esto es malo! Aquel es mí amigo y este es mi enemigo. No hay criminales a medias, sino inocentes y culpables. Las mujeres deben amar a los hombres con quienes se casan. ¿Qué cuento es ése de casarse con el que se ama? Mi abuela nunca entendió lo tornadizo del ser. Para ella todo era claro y estable. ¡Estos son mis derechos! Aquellos mis deberes. Ejercía el amor y el odio con divorcio del corazón y la mano.

Rosalía y mi abuela, águila y cruz, se amaban tanto entre sí como yo a ellas. De la negra tomé su gusto por el saber y el decir de los poetas. No sé dónde ni cuándo sembró en mí la inquietud. Pero Soledad Guerrero, mi abuela, era más fuerte que ella. A mitad de la vida la venció en mi y aposentó mi alma.

José Palacios, el Capitán artillero sobrepone su perfil. ¡Es Rodrigo redivivo! —clama en la noche—. Tiene sus mismos ojos, su misma nariz, su mismo donaire arrebatado. ¿Para qué me permites, Dios mío, que, a mi edad, un sacudón de sofocos haga sangrar mis entrañas? ¿Por qué me haces deambular como una pelandusca cualquiera con un candil en la mano? ¿Por qué he de cubrirme el rostro? ¿Por qué, Señor y Dios mío, no me dejaste seguir siendo pimpante, rosada, galana? ¡Ay, Dios! Cuán duro es tu brazo cuando haces fea a la mujer que nació hermosa y cambias por desabrimiento lo que antes fuera pasión y ganas.

Un sollozo la ahogó al comprender:

¡Ay, Dios, cuán malas son las noches largas!, enmarañan lo que estaba suelto para soltar lo anudado. Yo labré mi desventura. Lo acabo de discernir. José Palacios, su sombra mellizal, me lo ha hecho comprender después de treinta y cinco años.

Aquella tarde, oculta en el oratorio, escuché hablar por primera vez del vuelo soberbio y tentador del Águila Dragante.

Lo amé desde que lo vi aquella tarde junto al rio, montado en caballo negro, irisado el pelo, azules los ojos. ¡Bello tenia el porte! ¡Cuán sangrantes eran sus labios! ¡De acero sus garras! En aquel tiempo mi tez era limpia y sonrosada. Gordita pero galana. Los chicos me daban vuelta, no tenia bigotes ni esta gordura de vaca. No vivía entre amarguras ni amaba las soledades. Era pimpante, bonita y fondona. Mis amigas me querían. Mis amigos me adoraban. Yo no tenía esta chiva ni esta forma de aguacate. Ello fue brujería de aquella negra endiablada. Hube de hacerla azotar por folgarse con Rodrigo. Hace treinta años no era la bruja Cumbamba, comedora de niños sin bautizar. Era grácil esclava. Me percaté al verla sobre el potro del tormento.

Restalla el látigo sobre la negra. Veinte esclavos la contemplan. Ana María, su ama, es joven, redonda y bella. Restalla el látigo. Canta el caporal.

Una por la luna.
Dos por Dios.
Tres por Andrés.

Bocas amoratas de labios sinuosos van quedando en la espalda.

Seis por el Rey.
Siete por el machete.
Ocho por el bizcocho.

La esclava se retuerce y gime. Seis zamuros la contemplan. Los esclavos ríen. Ana María come con fruición sus uñas.

Doce por el que tose.
Trece por el que crece.

Sigiloso, un niño se acerca. ¿Quién llora? ¿Quién ríe? ¿Quién canta? Un muro de espaldas le impide ver. Sigiloso se da vueltas. Mira a la negra de frente. Tiene los ojos rojos. Jorge grita. Clama su madre:

—¡Muchacho del cipote!

—Fue tal el miedo de aquellos fulgurantes ojos que me desmayé del tiro —dice Jorge Blanco a Feliciano—. En ese entonces tenia cuatro años y a setenta y tres años de aquello aún tengo pesadillas y me tiembla el cuerpo de sólo recordarlo.

—Yo no creo en brujas —comenta su ahijado.

Jorge Blanco se ha puesto anciano. Hasta dos meses atrás, en que se soltó el moño de regidor decano, a los setenta y siete años tenía la misma cara de viejo vivaz que de joven tuvo. Feliciano Palacios está en la flor de la edad.

Un estornudo roba la palabra a Jorge. Otro le sucede.

—Ya me dio la pituita.

El viejo regidor tose, estornuda, moquea y esgarra. Una sombra se dibuja en la puerta que mira hacia el zaguán.

—¡Mira lo que te traigo!

Es Martín Esteban, su hijo, con un libro en la mano.

Historia de la Provincia de Venezuela de Don José Oviedo y Baños. Año de 1723 —dice el rubro—. Jorge con ojos de duda lo mira, palpa y hojea. El joven señala:

—Salió de la imprenta el año pasado. Me lo acaban de regalar.

Tomó y sopesó el libro de Oviedo y Baños.

—La historia es para un pueblo lo que la memoria para el hombre: fuente de experiencia, fundamento del legislar, comprensión del presente, atalaya del futuro. Por ello ha de ser veraz y valiente y justo quien la escriba.

—Nunca me olvidaré de la arrechera macha que cogió tu abuelo —dice don Feliciano a Juan Manuel— cuando se enteró del contenido de aquella historia. «¡Farsante, falaz, truhán!», clamaba en medio del patio. Todos nos sorprendimos pues era de lo más tranquilo, ponderado y justo. Con decirles que llegó a decir que Oviedo y Baños no era más que un lambeculo.

Un tumulto para frente a la Casa del Pez que Escupe el Agua. Don Feliciano seguido de Juan Manuel y de Juan Vicente Bolívar se asoman al zaguán:

—¡Viva Juan Francisco de León y abajo la Compañía Guipuzcoana! —grita uno de los Tovar agitando una bandera.

Don Feliciano comenta despectivo:

—Yo no sé para qué armarán tanto bochinche. En lo que le echen cuatro tiros a Juan Francisco para la cola. Yo lo conozco más que medio liso. ¿Y a todas éstas —preguntó intempestivo— dónde anda metido tu padre?

—A mediodía mandó a decir que llegaría. Estaba en Ocumare. Ya no tarda en llegar.

Turbas de muchachos pasan dando mueras a los vascos. Un piquete de la guardia principal corre tras ellos. Don Feliciano gruñe. Juan Vicente y Juan Manuel aplauden a los que protestan.

—Veo todo aquello tan nítido y luminoso como si fuera hoy —exclama Don Juan Manuel de Blanco y Palacios desde su silla del corredor postrero.

—Tienes mejor color —dice a su lado Doñana, su hija.

—¿Te traigo otra taza de caldo? —inquiere, solícita, Juana la Poncha.

—Mejor te cae un brandy —sugiere su yerno, el Conde de la Granja.

Don Juan Manuel mira hacia la fuente. El Pez con el chorro en umbrela agorera malos sueños.

El día en que murió mi padre no cesó de pitar lastimero. Luego que se me perdió de vista por la Calle Mayor no volví a casa. El Pez entonaba un silbido nunca oído hasta entonces. Toda la servidumbre, de rodillas, le decía cosas en lengua extraña. «Gran Supiri —decía la madre de Juana la Poncha— protégelo de todo mal». Mi madre, en la sala, rezaba con mis hermanas los álete rosarios. Cayó la noche. Cesó de pronto el zaperoco que había en la calle. Los pasos de Juan Vicente se escucharon en el portón:

—¡Mataron a tu padre! —me dijo al entrar.

A saltos llegué a la cuadra y, montando en pelo, a galope tendido crucé la ciudad hasta que llegué a San Bernardino.

Sus pupilas se achican. Se aclara la nata que cubre su córnea. Se pueblan de pestañas los párpados vacíos. Se funde la grasa que envuelve su cuello. Desaparecen los sarmientos. Tiene su dentadura entera y las piernas ágiles.

Un círculo de soldados y una multitud que pugnaba para mirar, rodeaba al muerto. A empujones se abrió paso. Con el cuerpo al través, atado sobre un burro, estaba el cadáver de Martín Esteban de Blanco y Blanco, el Gran Amo del Valle.

A la luz de una hoguera contó los balazos. Por tres credos lloró entre el burro y el flanco sangrante. Castellanos, el Gobernador, desde un sillín de campaña lo escuchaba sollozar. De pronto se irguió. Las alabardas cabecearon atentas y alarmadas, se echaron atrás cuando les mostró su cara al darse vuelta. La tenía manchada de sangre, el pelo encendido, la expresar, revuelta. Oteaba a la multitud, husmeaba un rastro. Castellanos lo vio venir: de un salto lo derribó y lo aprehendió por el cuello.

La tropa se puso en marcha. Adelante iba un pregón:

Téngase a Don Martín Esteban de Blanco y Blanco como reo de alta traición… Mañana, a las diez en punto, cuatro potros salvajes, en la rosa de los vientos, tirarán de sus miembros hasta el desprendimiento…

Castellanos, lector de historias antiguas, soñó siempre en medrosa vida de mariscal sin guerras, entrar a Roma con un rey; encadenado.

Juan Manuel, manos atadas, dogal al cuello, va tras el burro funerario. Un sargento de risa maligna cuida que la bestia y su prisionero vayan al paso. El látigo

cae, con aquella sucia risa cascada, sobre el burro y sobre el muerto, entre el rugir de Juan Manuel.

Al llegar a la alcabala, Castellanos alisó sus mostachos Acomodó su gorguera, caló el sombrero. Había vencido al enemigo de todo un pueblo. Al déspota feral. Al fornicador y violador de mujeres ajenas. De lágrimas y sangre salpicó su destino. Y él, Francisco Castellanos, lo había derrotado. «Soy el héroe. Soy el campeón. Soy adalid. ¿Pero qué os pasa caraqueños, que no batís palmas a mi paso? ¿Do están las ovaciones? ¿Por qué os tornáis adustos y no respondéis con risas a las volutas de mi sombrero? ¿Por qué me torcéis el gesto? ¿Por qué cerráis las ventanas? ¿Qué os pasa santiagueños? ¿Qué son esas flores que aquellas mujeres riegan? ¿Por qué lloráis, cuando es tiempo de alborozo?».

—¡Viva Martín Esteban de Blanco y Blanco! —rompió una voz.

—¡Viva Caracas!

—¡Viva mi patria! ¡Abajo vascos y españoles!

«Ventisca de tornado siento. ¡Cuánta gente se ha reunido en la Plaza Mayor! No me gusta lo que veo».

—Los de a caballo —ordenó— que abran paso. Los coraza que hagan sendero.

Castellanos avanzó hasta el patíbulo. Desde su estrado hablaría a la multitud. Voces airadas salpicaron su ruta. Risas burlonas escuchó a sus espaldas. Los soldados en barda miraron a la derecha y terminaron por soltar la risa. Llegó al patíbulo y la gente reía. Subió las gradas en un estallido de carcajadas. Vio hacia la multitud y la charca de cabezas negras que antes gruñía, era un tajamar de bocas, dientes y encías que reía desacompasada y subversiva.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene tanta guasa?

No hubo necesidad de que respondiesen. El arriero sayón volaba por encima de la multitud, que se lo peloteaba y lanzaba al aire cual si fuese un balón.

—Poned coto de inmediato al relajo —ordenó a un oficial.

—Oídnos primero —dijo abajo una voz.

Castellanos tuvo una expresión de asombro. Don Feliciano Palacios y Sojo y los Amos del Valle lo miraban con rabia, con trajes color de luto y espadas desenvainadas.

—Los alcaldes y regidores de Caracas —prosiguió el Gran Mantuano— en uso de nuestros fueros os destituimos por asesino, canalla y bribón.

Castellanos, a pesar del miedo, tuvo un arresto:

—Tal fuero fue derogado en 1736…

—Aquí los fueros los derogamos nosotros. ¡Bajad de una vez y daos preso, si no queréis que yo mismo suba a buscaros y os cuelgue del patíbulo, grandísimo sinvergüenza!

Atado de pies y manos y arriba del mismo burro de la infamia, el Gobernador

Castellanos, seguido de fuerte escolta, tomó a esa misma hora el camino de La Guaira.

Desde la torre de la Catedral una sombra le dijo a otra:

—¡Qué esto no se ha de quedar así, empero me cueste la salvación de mi alma!

Era el Obispo Abadiano bullente de santa rabia.

Minutos antes del Ángelus salió el entierro a la calle en un ataúd de tal eslora, que antes que urna parecía falucho de marinero rico. En carreta de siete bueyes lo trajeron de Valle Abajo. En él se enterró a su padre y a su abuelo, el Águila Dragante. Era de la más fina caoba, y estaba guarnecido en plata. Veinte hombres se requerían para sacarlo en hombros.

Clamoreó una corneta apenas cruzó el zaguán. Catedral doblaba a muerte, San Mauricio y Las Mercedes y todas las campanas del Valle, desde la Vega a Petare, del cuartel al río, de cerro a cerro. Los cañones retumban tristes salvas de muerte y la gente se decía en los poblados lejanos: «Se ha muerto el Gran Amo del Valle, Señor de los Cuatro Frentes». Jamás en los ciento ochenta y dos años de su historia, Caracas había tenido una manifestación de duelo semejante. De todos los lugares circunvecinos, en romería, a pie, a caballo, acudió la gente: labriegos sucios de fresas bajaron de Galipán y los Teques; matronas enlutadas salieron de sus haciendas en un escuadrón de nietos. En procesión y rezando llegaron los mercedarios; descalzos y sin rezar los isleños de Guarenas; en cien caballos de luto los hacendados de Cagua.

El féretro, a hombro de los Amos del Valle, avanza en la calle cual una barca sin viento. Catedral, grave y sonora, sigue doblando a muerte.

—Si será hijo de puta el Obispo —clama Don Feliciano mirando hacia el campanario.

—Luego arreglaremos cuenta —dice Don Miguel de Aristeguieta.

Los Amos del Valle miran con rabia hacia Catedral y luego, al alcanzar su torre, siguieron a paso lento hasta Principal, donde, con cadencia inmóvil, se dieron vuelta al revés, apuntando en tiro recto hacia la Iglesia Mayor con su bocaza abierta erizada de cirios y sacristanes. Luego de cruzar la Plaza enlentecidos y bamboleantes, subieron las siete gradas donde comenzaba el atrio. Un silencio de diez mil voces hacía coro al vaivén. Una voz castiza con acento y fuerza de las Siete Palabras, estalló en la torre. El Obispo Abadiano clamó, apoyado en el barandal:

—¡Deteneos, insensatos! ¡Qué aquí no hay lugar para traidores, ni tierra para ellos en los camposantos!

Los Amos del Valle, con el pueblo a su espalda y el muerto encima, escuchaban sin oír lo que gritaba el Obispo. Es que era de pesadilla o locura que, al Gran Amo del Valle, aquel hijo de puta engualdrapado en púrpura le negase sepultura en la cripta del Cautivo, ya llena de polvos blancos.

Cerróse retumbante el ancho portón. Refulgieron los ojos de Don Feliciano. La

muchedumbre, como el juego de agua que precede al mar de leva, se retiró diez varas y al grito de Don Feliciano: ¡A la carga!, se abalanzaron sobre el ataúd, al cual los portadores, luego de balancear a pulso corrieron con él lanzándolo como ariete sobre el ancho portal, que se derrumbó en un resquemor de astillas. El Obispo corrió hacía el púlpito. Don Feliciano, espada en mano, subió la escalerilla, mientras le gritaba fuera de si:

—¡Venid acá, mal cura! ¡Mal hijo de mala madre! Ven a rezar por mi hijo o te acuchillaré la cara. ¡Y haz que lloren tus campanas en doble repique a muerto, como le toca a un mantuano!

—Es que el hijo de la grandísima puta, además de sus otras infamias, quería arrebatarnos el privilegio del doble repique que nos corresponde a los nobles de la Provincia. ¡Qué gran carajo era el maldito Abadiano! —le dice Don Feliciano a Juan Manuel, que en el día de ayer y luego de cinco años, regresó de España.

El muchacho comienza a perder su aire juvenil y el Gran Mantuano a los setenta y siete años, aunque se mantiene enhiesto para tantos años, ya no tiene el vigor de aquellos tiempos en que destituyó al Gobernador y gobernó la Provincia hasta que llegó el nuevo Gobernador Felipe Ricardos, dispuesto a imponer el orden y a someter definitivamente a los mantuanos.

—El cacao está a 32 reales…

—¡A ocho pesos! —exclamó asombrado Juan Manuel—. ¡Si en España no baja de cuarenta pesos!

—Pero si los holandeses de Curazao nos pagan la fanega entre veinticuatro y treinta y dos reales. ¿Tú has visto robo más descarado? Es que nos quieren llevar a la ruina. Ahora el Rey les concedió el monopolio de la trata de esclavos quitándoselo a los ingleses, que daban tan buenos precios. Los agentes de la Real Compañía Inglesa, de quienes me hice muy amigo, me dijeron antes de marcharse que hasta cuándo íbamos a estar aguantando vainas, que por qué no nos independizábamos y salíamos de eso, que ellos nos ayudaban.

—¡Abuelo! —exclamó Juan Manuel ruborizado por sus palabras—. Ni por juego digas esas cosas.

—Mira, mijito —le respondió el viejo de mal talante—. Tú vendrás pepeado por el Rey; pero una cosa es allá y otra es aquí. A esta vaina no hay quien la aguante. Este Ricardos es el peor tirano que ha conocido la Provincia en toda su historia. No hay atropello que no haya cometido. Menos mal que éste es su último año de gobierno.

—Hay que tener paciencia —añadió conciliador Juan Manuel—, no hay mal que dure cien años. El Rey Fernando VI es bien intencionado. Ya nos devolvió la autonomía que su padre nos arrebató en 1717. El nuevo Gobernador sera distinto.

—¡¿Distinto?! ¡Qué bolas tienes tú! En política española no sucede nada que no esté debidamente calculado en todos sus efectos. Cuando yo estaba de tu edad

pensaba igual que tú y creía que aquella sarta de gobernadores, problema que hubo de derrocarse desde 1693 hasta que llegaron estos malditos vascos era pura mala leche. Era obra del cacao y de las ganas que tenia el Rey de ponerle la mano.

—No sigáis creyendo —nos decía a los muchachos de la época Jorge Blanco y Mijares, tu abuelo, cuando destituimos a Cañas y Merino en 1714— que vamos a seguir haciendo en esta provincia lo que nos dé la gana.

—No os hagáis ilusiones —decía Jorge Blanco a un grupo de jóvenes mantuanos, entre los que se encontraba Feliciano—, que los reyes van a permitir en el futuro que nosotros quitemos y pongamos gobernadores a nuestro antojo por el privilegio que nos confirió Felipe II, llevado por el deseo de compensar nuestra pobreza y aislamiento. Con Cañas y Merino los alcaldes de Caracas han destituido, sin contar los cinco que murieron en circunstancias misteriosas, a seis gobernadores, más Juan de Tribiño que huyó por temor a ser asesinado y Quero Figueroa que desapareció sin dejar rastros.

¿No os parece una barbaridad que de los treinta y un gobernadores que ha tenido Caracas en ciento treinta y ocho años, trece hayan terminado de malas maneras? Uno por cada tres es demasiado. Y si atendemos a los últimos veintidós años, la cosa se pone peor, pues de los seis que hemos tenido, cuatro han sido destituidos por los alcaldes. Yo todavía no entiendo por qué Su Majestad no nos ha apretado las cureñas todavía. ¡Achis! —estornudó Jorge Blanco—. ¡Achís! —volvió a estornudar—. ¡Achís! —repitió una, tres, quince veces. Ya tenía el rostro amoratado cuando se marchó a su alcoba seguido por su mujer y por su hijo Martín Esteban, que ya andaba por los once años.

—Ya me dio la pituita. Alcánzame el frasco aquél —dijo a su hijo.

Echó el líquido en un pañuelo y lo olfateó largamente. Los estornudos se espaciaron sin desaparecer de un todo. Exhausto y mirando hacia el techo, se dijo:

«Cuando yo estaba muchacho mi madre me ponía un emplasto que me cortaba la pituita en un momento. Se lo dio la negra tortuguera, la que ahora dicen que es la Bruja Cumbamba».

Viejas imágenes cabrilean sobre el cielo raso. Aparece el corral de su casa. Él era ñaco y canijo. El corro de esclavos. La negra en el potro. Cantaban a dúo el látigo y el caporal.

¡Diecisiete de rechupete!
¡Dieciocho por el topocho!

Ana María continúa comiéndose con fruición las uñas. Los latigazos los siente adentro. «Pobre mujer. Se me fue la mano. ¡Basta ya, Simeón!». «Y pensar que yo le tuve lástima a esa perra diabla. Bruja malvada, puta y hechicera. Ella fue quien mató

a la cocinera y le chupó la sangre. Al igual que al pobre Juan de Ascanio. ¡Qué cosa tan horrible fue aquello! Su tumba la encontraron vacía».

Y ya son varios los que la han visto merodear por el Cementerio de los Canónigos. Yo le tengo pavor a esa mujer. Me parece que en cualquier momento me hace algún daño. Otros la han visto cabalgar sobre una escoba. Y ya son varios los muchachos muertos sin bautizar debido a su maldad. Y pensar que fue Rodrigo quien la trajo a Venezuela. Yo, de pandorga, lo que es la inocencia, en un principio creí que era realmente por su comida; cuando supe la verdad me iba muriendo. ¿Rodrigo sería tan malo como pareció ser? Yo, por mucho tiempo, me resistí a creerlo. Al fin y al cabo es el padre de mis hijos. Mi abuela y la negra Rosalía lo odiaban con saña particular. Nunca se me olvidará la vez aquella en que las dos viejas hablaban en el corredor de adelante y yo las escuchaba escondida tras la puerta del oratorio.

—¡Maldito sea Rodrigo Blanco! —dijo con rabia la negra Rosalía.

—¡Maldito sea! —le respondió Soledad Guerrero mirando hacia el pozo que construyó su padre, el Cautivo, en medio del patio.

Ana María se alarmó por la voz descompuesta de su abuela y abrió tres dedos la hendija por la que se asomaba.

Soledad Guerrero, a los sesenta y nueve años, es una vieja gorda, rechoncha, de piernas vacilantes, nariz de papa cruzada por venillas en medio de una cara fofa, de boca desdentada y mirada triste.

Cruje la puerta tras la que Ana María espía. Soledad la alcanza a ver. La toma por una oreja y la sacude. La chica llora y suplica.

—¡Váyase inmediatamente para la cocina y aprenda de una vez a obedecer! ¡Carrizo con la muchacha ésta, que se ha puesto tan voluntariosa! —protesta retornando a su silla.

Las dos viejas continúan charlando sobre Diego García y el Águila Dragante:

—Ayer se cumplieron ocho años de la muerte de Diego y hoy es el aniversario de Baltasar. Me parece ver a la pobre Caridad rodeada de sus muchachitos sentada en esa misma silla donde tú estás. La pobre estaba decidida a vender la hacienda.

—Desde que Diego la compró —decía la pobre— no nos han venido sino desgracias.

84. ¡Juicio de Dios!

—Primero fue Gabriela —enumeró Caridad, la viuda de Diego García—, luego Garci peleando contra los jirajaras; enseguida Felipe; después Alberto y ayer Diego.

Se inclinó hacia adelante y rompió a llorar. Soledad y Rosalía derramaban palabras de consuelo:

—¡Qué desgracia tan grande, Dios mío! —clamaba Soledad mesándose el pelo.

—¡Maldito sea ese mal hombre! —voceaba enfurecida Rosalía—. «Y ojalá las cosas se queden ahí —se dijo ensombrecida de presentimientos—. Hace poco un pájaro cayó muerto del aire sobre las tres hijas de Caridad que estaban jugando pico pico. Y a Caridad de repente le vi en la cara pintada la muerte. A Diego García alguien le echó una maldición muy grande».

—Pero tranquilízate, mujer —le observó a Caridad— que con tanto lloro no vas a remediar nada. Todavía te quedan seis hijos: tres varones y tres hembras.

Rayó un laúd en la sala. Rosalía estremeció el rostro. Sólo ella escuchó muy tenue la voz del Cautivo cantando la primera estrofa de su canción preferida y tenida por ella como augurio de maldad, tragedia o muerte.

«¡Barajo, viejo —le habló con su pensamiento—, líbranos de todo mal!».

Tres aldabonazos fuertes restallaron contra el portón. Los cascos de un caballo se escucharon en el zaguán.

—¿Quién podrá ser, que se atreve a tanto? —preguntó Soledad enfurruñada.

Ño Ñaragato a caballo le dio la respuesta. El espaldero de Rodrigo Blanco, con aquel mechón rojo que parecía un cuerno, aquella boca burlona donde relucían sus dos colmillos, parece al mismo diablo. Llevaba un saco atravesado sobre la montura. Luego de mirarlas de hito en hito, tiró el saco al suelo:

—Ahí les dejo eso —y dando vuelta al caballo les dijo antes de salir—. Ya venia muerto cuando entró a La Vega erizado de puñales.

—¡Baltasar! —clamó la madre llena de presentimientos. Dentro del saco estaba el cadáver del cuarto de sus hijos. Un balazo tenía en la frente y otro en el pecho.

Baltasar, enloquecido por la muerte de Diego, su padre, decidió vengarlo. Esa madrugada, a falta de una pistola tomó un machete y se metió en el cinto cuatro puñales. Mataría a Rodrigo Blanco mientras dormía. Ño Ñaragato en la hamaca de su amo, lo vio venir. Amartilló las dos pistolas y cuando el muchacho asomó la cara con el machete arriba, disparó a quemarropa.

Rodrigo Blanco, aunque excusó a su guardaespaldas, lamentó amargamente el incidente:

—Llévale ahora mismo ese pobre niño a su madre.

Caridad, luego de enterrar a su hijo, le dijo a Pablo Guerrero, su mayordomo:

—Vende la hacienda por lo que te den —y seguida de sus hijos y esclavos tomó el camino del mar, en dirección a su hacienda de Camurí.

La casa frente al mar estaba rodeaba de corredores, y un bosque de cocoteros en derredor, junto con la brisa que siempre soplaba, la tenía envuelta en apacible frescor. Caridad veía con tristeza a sus hijos. Las tres niñas de trece y catorce años se asomaban a la mujer. Juan de Dios, el sexto de sus hijos, cumplía ese día catorce años.

—Vamos a tener que pasarlo por debajo de la mesa —le dijo al muchacho— por consideración a tu padre.

Nicolás, el menor, el hijo preferido de Diego, era un chico vivaracho que, a los diez años, sorprendía a su madre por sus opiniones y sugerencias, como fue cuando la consoló de la pobreza que lamentaba:

—No te preocupes, mamá. Yo sé donde está la mina de oro del Cautivo. Padre me la enseñó antes de morirse.

Nicolás era gran cazador. A diario se presentaba a la casa con pavas y guacharacas y en la luna menguante se iba con uno de los esclavos a cazar lapas río arriba.

A lo largo de tres meses no hubo comprador para La Veguita, la primera y última propiedad que tuvo Diego García. Nadie quería de vecino a Rodrigo Blanco.

Pablo Guerrero, aburrido en las gradas del corredor, mira hacia el camino.

—Parece mentira que Diego haya muerto.

La negrita Sebastiana da de mamar a su primer hijo. Por el sendero enmontado se perfilan Gualterio Mendoza y su yerno Francisco de la Madríz.

—Vengo a sacarlos de abajo —saludó vocinglero el mulato—. Compro a Caridad la hacienda.

Pablo lo miró de arriba abajo:

—¿Se puede saber de dónde acá tienes tú tantos reales? Pues que yo sepa, aparte lo que le robaste a Diego junto con el coño e mae éste, no tienes donde caerte muerto.

Sin modificar su jactanciosa hilaridad, prosiguió:

—Eso es asunto mío. Si les interesa les ofrezco dos mil pesos, moneda sobre moneda.

Pablo, transfigurado de odio, se incorporó de un salto dirigiéndose al interior de la casa.

—¡Corran! —apenas pudo gritar su mujer.

Mascullando amenazas y empuñando una escopeta retornó Pablo. De no haber sido por el empellón que le metió Sebastiana, allí mismo hubiese quedado muerto Gualterio Mendoza, quien a todo meter huía por el camino.

La viuda de Diego García, sin embargo, al enterarse de lo sucedido accedió a la propuesta de Gualterio, quien celebró la compra con una fiesta a todo trapo. Dos meses más tarde apareció el verdadero comprador: Rodrigo Blanco. Y la hacienda La Vega, la que fundara Garci González de Silva cincuenta años atrás, volvió a ser una sola y grande encomienda.

Acantilada sube la montaña entre el mar y el Valle. Lleva un mechón en el cuerno izquierdo la luna menguante.

—Sangre lleva la luna —afirma Rodrigo Blanco.

—¡Ay!, qué rara está la luna —dice Caridad García desde su casa en la playa.

«Soy un criminal —se dice Rodrigo Blanco—. Sangre y muerte es lo que llevo. Soy la tragedia infinita. Ya esta hacienda no la quiero. Dados con plomo la hicieron. ¡El pobre Diego García! Viejo, borracho, mestizo y caraqueño. En mi alma no habrá perdón. Soy ingrato y carnicero».

Su voz nasal y succionante se va por las veredas de Camuri Grande.

—Vengan niños, a rezar por el eterno descanso de vuestro padre. ¿Dónde está Nicolás, que no lo veo?

—Caza lapas junto al río.

—¡Qué muchachito éste! No ha hecho la Eucaristía y no piensa sino en matar.

Un plantío de caña en la noche tiene la simetría y el silencio de las ciudades muertas. «Así estaba la luna cuando salvé a Diego García».

Nicolás sube la cuesta con el indio baquiano. Rodrigo ronca su casa seguido del mayoral.

—En lo que asomen la trompa, ¡zuaz!, tiras a matar.

«Soy un asesino, soy un criminal».

Con la escopeta a punto Nicolás mira hacia el agua. Sus tristes ojos otean la masa oscura del cañaveral. En la Casa Grande. Caridad y sus hermanos desgranan plegarias. Por el mar avanza una piragua.

«Mañana he de ir ante el Gobernador. Confesaré quién soy».

Y de cómo me persiguen los perros de Dios. Prefiero la hoguera al frío del corazón.

—Padre nuestro, que estás en los cielos…

—¡Fíjate, Nicolás!, allá está saliendo una.

La luna chucuta ríela igual de triste en La Vega y en Camuri.

Rodrigo Blanco y Ño Ñaragato rondan por el camino: Nicolás García sigue apuntando al agua. Caridad desgrana letanías.

El mar ruge a cien pasos. Cuarenta hombres desnudos saltan de la piragua.

«Mañana he de poner fin a tan larga desventura. Fin he de poner al mal. Caridad y sus hijos a esta casa volverán».

Una lapa asoma el hocico. Glu, glu —la vuelve a ocultar—. ¡Apunta bien, Nicolás!

—¡Ay, ay, ay! —gritan en la Casa Grande. Llamas altas suben hasta los cocoteros —. ¡Auxilio, auxilio, los indios nos matan!

—¡Es mi madre! ¡Son mis hermanas! ¡Corramos, indio!

—¡Párate ahí, Nicolás!

Corre corriente abajo. Arde la Casa Grande. La voz de su madre clama. Gritan sus hermanitas. Juan de Dios, su hermano, chilla. Nicolás corre con la escopeta en la mano.

—¡Párate ahí, Nicolás!

—¡Están matando a mi madre, están matando a mi madre!

La noche está iluminada por un fuego de pavesas. Sombras desnudas, con plumas en la cabeza, persiguen a otras por el corredor.

Nicolás pisa en falso; pega la cabeza contra una rama. La noche y el árbol lo cubren desvanecido. El indio lapero no lo ve caer; el impulso lo estrella contra cinco guerreros empenachados, de feroces miradas.

—¡Ñaragato!

—Dime, señor.

—Mañana a las diez iremos a ver al Gobernador.

—Como tú mandes, señor.

La piragua se llevó a las tres niñas. Caridad, su hijo y el indio cazador fueron muertos por los caribes. Ño Miguel y sus hombres rescataron a Nicolás. La Casa Grande todavía humeaba. El hijo menor de Diego García tenía los ojos de tigrillo enfermo. No hablaba, no entendía, estuporoso, alelado. ¡Qué vaina, se volvió loco el carajito! Corre Juan a La Guaira y cuenta lo sucedido.

A las diez de la mañana, seguido de Ñaragato, Rodrigo de la Torre Pando se fue al despacho del Gobernador.

—Soy un reo del Santo Oficio.

—Odio a los perros de Dios. Mi padre murió en la hoguera por falsa acusación.

—Pero di muerte al hijo tercero de Diego García, señor Gobernador.

—En limpio duelo de honor.

—Maté a Baltasar, el que sigue.

—Legitima defensa. Entró a vuestra casa como ladrón nocturno y el alma asesina.

—Arruiné a Diego García y lo impulsé al suicidio.

—Nadie conoce los designios del Señor.

—Pero escuchadme, señor Gobernador…

—Nada, hombre, nada… Sois inocente de toda imputación.

—¡Qué el Santo Oficio me persigue!

—Me importa un bledo lo que opinen los perros de Dios.

Clamor de espuelas por el despacho. Oficial de impecable uniforme pide la venia. Vienen con él un sargento sudoroso y un peón mugriento de Ño Miguel:

—Los caribes asaltaron anoche a Camurí: dieron muerte a Caridad García y a Juan de Dios su hijo, raptándose luego a las tres chiquillas. Nicolás, el menor, salvó la vida por milagro de Dios.

Color de mármol puso la faz Rodrigo y de asombro el Gobernador. Clavó un mohín de duda y otro de resignación. Finalmente dijo con jubilosa sentencia:

—¿Os dais cuenta una vez más, mi caro y apreciado amigo, que el Señor una vez más ha vuelto a expresar su voluntad de que seáis vos quien disfrute de la fortuna de Diego García?

¡Es juicio de Dios! —añadió cayendo de hinojos.

85. ¡Señor de Torre Pando de la Vega!

Salvo Pedro Mijares de Solórzano, su hijo Francisco y Antonio de Bolívar y Rojas, el patriciado dio la razón a Rodrigo excusándolo de toda culpa.

Juan Ascencio de Herrera y Pacheco, en memoria del hermano muerto en Nirgua, asumió su defensa si alguna duda cabía. Pedro Lovera Otáñez, el hijo de Catalina Ledesma, hombre de guerra, crecido en el resquemor contra Diego, clamó en la Plaza:

—Él mismo se lo buscó por borracho y pendenciero. Rodrigo Blanco no hizo más que defenderse y si no, pregúntenle a Gualterio Mendoza y a Paquito de la Madriz, que estaban ahí cuando su hijo lo cubrió de improperios.

—Nunca me gustó Diego García —dijo otro—. Como todo mestizo, era vicioso y torcido.

Los presentes dieron ruidosas señales de aprobación. Gualterio y Paquito, en segunda fila, ratificaron lo que afirmaba Lovera Otáñez.

—Mira que la gente puede ser miserable con el vencido —bramó Soledad Guerrero al serle dados los comentarios.

—Los indios de esta tierra —le respondió Rosalía— odiaron siempre a los viejos y a los tullidos. Y no podrás olvidar que todos vosotros arrastráis a chorros esa sangre en las venas.

Rodrigo Blanco se dedicó con ardor a la explotación del inmenso fundo. Gualterio con su chocarrería y dichos salaces le espantaba las ventiscas de mala conciencia que lo abrumaban:

—Diego García era más malo que la sarna. No había mujer en este fundo que respetara y por quítame estas pajas se raspaba al más pintado. ¿Te acuerdas, Paquito, del tiro que le descerrajó al indio que vino a traerle la noticia de que habían muerto de viruelas Hernán Mijares y su mujer María Isabel de Montemayor?

—Si que me acuerdo —respondía vacilante el hermano de Caridad, sin parar mientes que Rodrigo requebraba a Susana, su rica hembra—. ¿Cómo me voy a olvidar? Aquello fue propio de un malvado.

—Más que malvado —apuntaló Gualterio— Diego García era un abyecto criminal.

«Mire que Gualterio puede ser malagradecido —dijo para sí María Josefa, su mujer, mientras bordaba—, de no haber sido por Diego, quien se le paró de frente a mi cuñado Lovera Otáñez que se alzó con el patrimonio de mi padre, a estas horas no tendríamos la finquita que luego Diego acrecentó generoso, empero haberme cobrado antes y después —se dijo con picara añoranza—. ¿Será por eso la ojeriza que en el

fondo Gualterio siempre le tuvo? Es tan canalla, tan cobarde y tan sucio, que no resultaría raro».

La inmensa fortuna que cayó sobre Rodrigo Blanco aunada a su estrecha amistad con el Gobernador, le aseguraron el respeto y aprecio de toda la ciudad. No había fiesta, sarao, ternera, donde no se le invitase, ni festividad, salvo las religiosas, donde no ocupase sitio de honor. Fray López de Agurto, el Obispo, y su secretario, el Padre Sobremonte, hicieron causa común con Bolívar y los dos Mijares, detractores implacables del joven oficial, que por sus malas artes, como voceaban, concito la muerte y desgracia de Diego García y de su familia.

—¿Es que acaso vuestras conciencias están encallecidas? —clamaba el Obispo en un sermón dominical aludiendo a Rodrigo Blanco que lo miraba con expresión impenetrable desde algún rincón de la iglesia—. Un criminal —proseguía el Obispo — puede evadir la acción de la justicia por lenidad y complacencia de gobernantes que no merecen serlo. Por el uso y abuso de vendidos testigos. Por las mañas y trampas que siempre tiene la ley. Pero de lo que nunca podrá evadirse es del desprecio público, que tiene mil formas de expresión entre los pueblos honestos y que entre vosotros no se practica. ¿Cómo es posible que honorables vecinos sienten a su mesa a notorios ladrones y asesinos? ¿Qué les permitan alternar con sus hijas, sólo porque aquel sea adinerado? ¿Cómo es posible que se le rinda acatamiento, se le prodiguen zalemas y lisonjas, como estoy harto de verlos, cuando en el mejor de los casos el torcerle la cara con desprecio es lo que se impone? ¡Mal os veo, caraqueños! —clamaba el sacerdote—. Si no hacéis la justicia que un mal gobernador se niega a hacer.

Núñez Meleán, que oía el sermón desde su gran silla de Gobernador, se puso en pie bruscamente y luego de ver a López de Agurto con indignada fijeza, dio media vuelta y abandono la iglesia. Tomás de Aguirre y los dos hermanos Vásquez, igualmente enfurecidos, salieron tras él. Rodrigo Blanco permaneció imperturbable hasta que el Obispo terminó de hablar y acabó la misa.

En el atrio, con el Gobernador al frente, los vecinos se hacían lenguas de la insolencia del sacerdote, prometiéndose que en lo sucesivo oirían misa en San Francisco.

Rodrigo, cabizbajo, siguió de largo sin detenerse ante las palabras de aliento, echando piernas de inmediato al caballo que le ofrecía Ño Ñaragato.

Rodrigo iba tan abatido que apenas los vio con dolorosa expresión e hincando los tacones en los ijares de su bestia, galopó temerario como alma que lleva el diablo por las calles atestadas de gente hasta alcanzar el Camino Real.

Ñaragato lo seguía con dificultad. El caballo corría raudo con los flancos destrozados por las espuelas y el látigo. Con la mirada sangrante, Rodrigo galopaba hacia La Vega. Salta un carro. Sesga con violencia la bestia a punto de estrellarse

contra un muro. La gente se persigna al verlo pasar. Ñaragato se queda atrás. A media legua, en un vómito de sangre, reventó el caballo.

—No te mataste por obra de Dios —le dijo Ñaragato al alcanzarlo.

«Lástima que así no fuese —se dijo dentro—. El tormento me devora».

Ni el juicio de Dios del Gobernador, ni la cálida recepción del vecindario, ni los ungüentos palabreros de Gualterio, ni su inmensa riqueza acallan las voces que lo atormentan. La imagen de Diego lo ronda y baila. Las noches son largas. La desazón continúa.

Es inútil que trabaje de sol a sol; que cabalgue hasta caer exhausto. Apenas lo calma la palabrería de Gualterio y la presencia de su hija Susana, la mujer de Paquito de la Madriz.

—Soledad Guerrero —dice esa noche Gualterio— luego de tanto disgusto con Diego, su hermano, se hizo entregar a Nicolás, el único hijo que le queda vivo, y lo tiene viviendo en su casa.

—¡Pobre chico! —dijo ensombreciendo sus ojos azules—. ¿Qué podré hacer por él? Me gustaría ayudarle.

—¡No jóse!, Rodrigo, no parecen cosas tuyas ni de un hombre con experiencia. ¿Le vas a dar garrote al loco? Deja a ese muchacho quieto y que se las arregle como pueda.

Es ya pasada la medianoche. Rodrigo está terriblemente sombrío. Gualterio no quiso dejarlo solo. «Pasaremos contigo la noche. María Josefa te preparará un guarapo de lechuga que es bueno para el dormir. Paquito y yo nos quedaremos velando. Ya te puedes acostar, Ñaragato, le dijo al zambo que en un escalón aguardaba, con arrebatos de propietario».

—Yo me acuesto cuando me salga del forro —respondió batiendo su mechón rojo.

Rodrigo se echó en su cama; la misma de Beatriz Días de Rojas, de Melchora Díaz de Alfaro de González de Silva, de Caridad García de la Madriz. Era una cama sin hembra, bullente de malos recuerdos, preñada de angustia y culpa. El corazón palpitaba desbocado, un cintillo de locura le comprimía las sienes; el sofoco incierto de la angustia le angostaba el aire. «¡Cuán malo soy! ¡Cuán malo he sido! ¡Razón tenía el Obispo! La desdicha anda conmigo. Siembro la muerte a mi paso. Justo es mi castigo Necesario mi tormento».

A la luz de la vela el cordón vacío de una hamaca sembró ocurrencias. Trepó a la silla. Miró el cordón.

—¿Qué haces, hombre de Dios? —le susurró a su lado Susana con una expresión alarmada de entrega.

Al cabo del primer gallo dijo Susana a Rodrigo:

—Debo irme; Francisco despierta en la madrugada.

A pesar de Fray Agurto, oyó misa en la Iglesia Mayor. El Obispo repitió su misma filípica. Rodrigo, inmóvil, lo escuchaba con ambigua atención. El cura, al fustigarle, le daba una extraña paz.

Liviano y sonriente sale al atrio. Santiago y Domingo Liendo, dos hermanos de casta noble recién llegados a Santiago, lo saludan untuosos. Pedro Lovera Otáñez, el hijo del notario, habla de la expedición que organiza contra los piratas establecidos en La Tortuga, un islote a diez leguas de la costa venezolana.

—Representa un serio peligro —afirma—. Están erigiendo fortaleza y son más de cien los hombres que la ocupan.

Pablo Guerrero, indolente y recostado de la puerta, mira al grupo con desgano. Un chico vestido de monaguillo sale de la iglesia y con las manos entre las mangas camina con la cabeza baja hacia el corrillo.

—¡Nicolás! —se dice, fustigado por un presentimiento.

—Mucho me placería señor de Blanco —prosigue Lovera Otáñez— que me acompañarais, como hombre bizarro de gran experiencia, en esta operación punitiva.

—De mil amores, Don Pedro —responde Rodrigo.

Nicolás ya llega a su espalda. De la manga saca un puñal.

Brilla la hoja. Pablo Guerrero de un manotazo lo desarma. Bulle el cotarro.

—Lo pensaba asesinar.

—Heredó la mala índole de Diego García.

—Diez años apenas y ya quiere matar.

—Hacedlo preso alguaciles.

—Quien le ponga un dedo encima —ruge Pablo Guerrero— habrá de vérselas conmigo.

—Y conmigo —dice Fray Agurto que aparece inesperadamente seguido por el padre Sobremonte.

—Dejad al chico quieto —observa Rodrigo Blanco.

—De ninguna manera —responde Paquito de la Madriz rebosante de energía—. Es mi sobrino, pero su mala acción debe tener correctivo.

Rodrigo toma el camino de su casa mientras los otros discuten sobre lo que hay que hacer con el hijo de Diego García.

En la hacienda, Gualterio con su boca color de pozo, dice a Rodrigo:

—Ese carajito fue siempre muy enfurruñado. Cuídate de él si llega a hombre.

Al atardecer llegó Paquito:

—El Gobernador y el Cabildo tomaron la decisión de alejar a Nicolás, el hijo de Diego García, por los ocho años que le faltan para cumplir la mayoría de edad. Se lo van a entregar bajo custodia al Padre Carlos Gil, párroco de Valencia, hombre santo y sabio, según el decir del Obispo. Es duro separar al muchacho de Soledad Guerrero que ya lo había adoptado como si fuese su nieto. La pobre está desesperada. Pero

como le dijo el Gobernador, y cosa extraña, apoyó el Obispo, es demasiada tentación y perturbación para el niño toparse a diario con el hombre que odia… Ocho años de sabias ideas pondrán bardas a su venganza. ¿Y quién quita que un tifus lo saque de en medio? ¡Con lo deslechada que es esa gente!

—Es que este Rodrigo —regurgitó Gualterio— tiene más suerte que una chiva negra.

No movió un músculo de su faz. Sus ojos azules siguieron sombríos.

—Si te sientes mal —propuso paternal Gualterio— nos quedaremos contigo a pasar la noche. ¿No es verdad, Paquito?

—Yo, esta noche no puedo: tengo que arreglar unas cuentas pendientes. Pero Susana, mi mujer, sí se puede quedar.

—No es necesario. Mañana en la madrugada debo estar en La Guaira. Voy en la expedición de Lovera Otáñez contra los piratas. ¡Ensilla las bestias Ñaragato!

Camino del puerto, Ñaragato, con Rodrigo en la esquina, se detuvo ante el portal de la iglesia donde yacía adormilado un mendigo ciego. Enronqueciendo la voz dijo al hombre a tiempo que ponía en sus manos dos pesos y un voluminoso paquete:

—Quiero que me haga un favor muy grande: entréguele este paquete muy temprano a Pablo Guerrero. Si cumple su misión mañana vengo y le daré otros dos pesos.

—Así se hará, hijo mío. ¡Dios te lo pague!

Con letra de Rodrigo decía el paquete:

Para Don Carlos Gil, Cura Párroco de Valencia.

Utilizad estos dineros —señalaba una carta adentro— *para la buena pro de Nicolás García. Al cabo de cada año recibiréis la misma suma. Estoy en deuda con Diego García*.

A la caída del sol la flotilla de Lovera Otáñez, compuesta de cuarenta españoles y ciento diez indios flecheros, avistaron en lontananza los palos mayores de dos urcas holandesas. La isla plana y salitrosa no se distinguía.

Entrada la noche y guiados por las fogatas, desembarcaron por el otro extremo, donde los piratas, entre cantos y carcajadas, holgábanse con carnes y vinos.

Lovera Otáñez dio un traspiés. De inmediato se le hincho el tobillo. Sin pérdida de tiempo dijo a Rodrigo:

—Haceos cargo de la acción. Dejadme a mí con tres indios y dos soldados.

Sigilosos y en arco avanzaron los treinta y siete españoles con sus arcabuces a punto y los cien indios flecheros. Los holandeses cantaban a coro una canción vieja.

Una andanada de veinte arcabuces y una lluvia de flechas abatió a quince.

Sorprendidos se rindieron a discreción. Los heridos que aún sobrevivían fueron ultimados en la playa. Rodrigo en persona, como nunca había hecho en su larga

experiencia guerrera, clavó su espada en cinco holandeses. Un extraño placer lo embargó al hendir la carne viva. Al ver saltar la sangre. Al escuchar los ayes y gritos de los vencidos.

A propuesta de Rodrigo, diez de los piratas fueron colgados de los palos de mesana. Al ver las pataletas de los ahorcados, nuevamente sintió el extraño regocijo. Con sus urcas y sus ahorcados atracaron en La Guaira entre las ovaciones de la muchedumbre.[82]

—«Gonzalo, don Gonzalito» —cantó una voz y entre dos truenos le sonrió la montaña.

Luego de su proeza de La Tortuga, Rodrigo Blanco acrecentó aún más su prestigio y ascendiente. La gente se desvivía por atenderlo. Lisonjas y honores lo envolvían. El ardor que lo asediaba no lo abandonaba, sin embargo, en ningún momento. Gualterio lo aburría. Paquito lo exasperaba. Tan sólo Susana, a quien hizo suya por tres veces más, lo calmaba a medias. Pero Susana, poseída de reproches, se fue negando. Aquella tarde en la hacienda, mientras Gualterio y Paquito jugaban a los dados en el corredor, tiraba de ella tras la puerta para llevarla a su alcoba. La mujer se resistía:

—Piensa en mi reputación. En la de mi hija. Si la gente llegara a enterarse…

Entre gruñidos y pataletas la hizo suya en la alfombra, mientras a tres varas y con la puerta abierta el padre y el marido jugaban: «Puta, Demonio y Rey».

—¡Basta ya! —clamó enfurecida Susana apenas se puso en pie, estremeciéndose cual gallina pisada—. No quiero nada más contigo.

Rugiente de furia salió al corredor para tomar el camino de su casa.

Rodrigo no renunció a la presa. Susana no volvió a La Vega y no se apartaba ni un momento de María Josefa, su madre.

El acecharla fue su obsesión y divertimiento. Un día la vio alejarse por la cañada. Sigiloso se fue tras ella. La mujer, una vez más, se negó. Hizo fuerzas y la tiró al suelo. Susana gritaba, pateaba, gemía. No pudo contenerse: descargó el puño. Susana, sangrante, hacía resistencia. A manotazos le arrancó el vestido y la azotó hasta dejarla exhausta. A cada golpe se le incendiaba un placer. Entre ayes y sangre la hizo suya. El dolor de Susana le procuraba más placer que el grito de los heridos.

Desnuda y cruzada de cardenales llegó a la casa.

—¡¿Pero, qué te pasa, hija?! —preguntó María Josefa.

Susana dio por razones que un forajido abusó de ella entre los cañaverales.

—Estoy harto de decirte —dijo Paquito, sin dejar la copa— que no andes sola por los cañaverales.

María Josefa no pudo contenerse:

—Valiente bola de apio que eres. En vez de salir a buscar al hombre que te ha deshonrado. ¡Sal inmediatamente de mi casa, que no quiero volverte a ver!

Rodrigo Blanco, al enterarse de que Paquito había quedado sin casa, le ofreció por donación la pequeña finca que fue de Juan de Ancona. Susana siguió negándose. En la negativa, Rodrigo se sacudió de encanto.

La guerra contra los piratas prosiguió de frente. Rodrigo no perdía oportunidad de alistarse y de encabezar las expediciones Buscaba la muerte, pero en vez de ella encontró gloria y placer al hundir su espada sobre el cuerpo vivo.

Rodrigo Blanco recorre en una piragua toda la costa de los Caracas desde Cabo Codera hasta Arrecife, que, con Chuspa, son los dos puntos vulnerables del Litoral Central.

En Naiguatá, donde desembarcó para tomar su montura, encuentra que a su caballo le quitaron las herraduras.

—¿Quién sería capaz de tanta bellaquería?

Ño Miguel, recostado con indolencia de un almendrón y hurgándose los dientes con un palillo, le da la respuesta.

—¡Maldito zambo! —profiere indignado.

Ño Miguel da media vuelta y suelta una carcajada.

A mitad de camino la mar enriscada desde hace horas, se torna violenta. Un barco de mediano tonelaje es arrastrado contra la costa de Macuto.

—¡Va a embarrancar! —se dice con alarma.

La nao se estrella, hombres y marinos saltan a tierra. El barco se hunde. Un hombre mozo llora desacompasado bajo el gran uvero de Guaicamacuto. Rodrigo compasivo lo interpela. Se llama Juan de Ascanio y Viera, natural de Canarias y comerciante en vinos.

—Estoy arruinado —dice— todo mi patrimonio lo metí en este barco y en las barricas de vino que abarrotan las bodegas y que pretendía vender a todo lo largo de Tierra Firme.

Rodrigo siente simpatía por el mozo. Guarda gran parecido con su hermano Guillermo.

—Consolaos, hombre, que a vuestra edad no hay mal que no tenga remedio.

Cesa el viento huracanado. Brilla el sol. La mar se calma. Un tiburón salta dos brazas por encima del agua. Un pez vela hace otro tanto. Por primera vez oye el canto de una tonina mostrando sus tetas al aire.

—¡Cuán extraño es esto! —dice Rodrigo asomándose al mar.

Una gran mancha color de sangría alrededor del barco hundido hacía pista a cientos de peces enloquecidos, que saltaban juguetones persiguiéndose entre sí.

Sin poderse contener rió a carcajadas como jamás en su vida le había sucedido.

—Vuestro vino ha emborrachado a peces y tiburones.

A partir de aquel momento nació una profunda amistad entre Rodrigo y el joven canario, a quien ofreció hospitalidad y dinero mientras rehacía su fortuna.

Juan de Ascanio, además de hábil comerciante que le ayudó a ordenar sus finanzas, era buen guerrero. Lo acompañó en tres expediciones contra los piratas y contra los holandeses que en un golpe de sorpresa tomaron Curazao.[83]Ese mismo año casó con la hija de Blas y Correa y Benavides, español de origen y Águila Chula en su tiempo.

Charlaban los dos amigos bajo la mirada impertinente de Ñaragato y el abotagado silencio de Gualterio y Paquito, cuando un caballo al galope los sorprendió:

—Su Excelencia, el Gobernador —dijo a Rodrigo el mensajero— reclama de inmediato vuestra presencia.

Escoltado de Ñaragato y de sus tres amigos entre al despacho del Capitán General. Un aire contrito lo agobiaba. Dos alguaciles, nunca hasta entonces vistos, lo miraban amenazantes.

—Malas nuevas os tengo, Don Rodrigo —dijo el Gobernador—. En nombre del Santo Oficio —interrumpió uno de ellos— daos preso.

Un sacudón de júbilo hizo reír a Rodrigo:

«Cucurucho de Candela. Sambenito. Cilicio. Corozo. Se os acusa de haber dado muerte a un Grande con a del demonio».

Potro del tormento. Flagelación. Castrarme han.

—Sois culpable, asimismo, de haber exterminado con las mismas artes a la familia de Diego García.

«Seis, seis y seis»…

El Gobernador no ocultaba su turbación. Ñaragato, homicida, medía a los inquisidores. Para su sorpresa, Rodrigo entregó su espada al hombre y ofreció sus manos cruzadas.

Antes de partir, entre cuatro alabarderos, dijo a Ñaragato «En tanto dure mi ausencia, tú, Gualterio y Paquito se harán cargo de mis bienes. Te mudarás a La Vega Chica y Gualterio a La Vega Grande. Si no retorno en cinco años y la justicia no dispone lo contrario, seréis mis herederos. Sois testigo. Gobernador. Eres testigo Juan de Ascanio».

A los diez días la nave atracó en Santo Domingo. Desde el puente, Rodrigo observa la maniobra. Por el muelle avanzan cuatro soldados y un teniente. Sus ojos fulguran respuestas:

«Ya se acercan. ¿Don Rodrigo Blanco? Soy yo mismo. ¡Daos preso! ¡Asesino y nigromante! Quiebran mi espada. Atanme de manos. ¡Ese es Rodrigo Blanco, el brujo! dice a mi paso la gente. ¡A la hoguera con él! Retorno a España sobre la paja hedionda de la sentina. Con grilletes en los pies. ¡Echadlo sobre el potro! Quiebran mis huesos. Estállame la cadera. Fáltame el aire. ¡Decidnos de una vez, Rodrigo Blanco!: ¿Cuál es vuestro pacto con Satán? Con una pequeña palabra derribasteis a un Grande, de un pistoletazo a un pequeño. Decídnoslo de una vez y calmaréis

vuestros dolores. Arriba de un burro, vestido de San Benito, cabalgo hacia la hoguera».

Con los ojos tiesos ve subir al oficial.

—¿Don Rodrigo Blanco de la Torre Pando?

—Yo soy.

—Seguidme presto.

Con las manos sueltas va por las calles.

—¿Qué tal el viaje?

«¿Qué le pasa a este sayón?».

—Allá está la fortaleza. La hizo Diego Colón.

Anchos muros, guardas, cañones, cadenas.

«Ya empieza el suplicio».

—Por aquí, Don Rodrigo Blanco de la Torre Pando.

«Atrás me espera el terrible Inquisidor».

—Bienvenido, amigo mío —dice un hombre guapo y sonriente—. Soy Ruy Díaz de Fuenmayor, General de Galeras.

«Y a mí qué. ¿Dónde están los perros de Dios? Echadme las cadenas ya de una vez».

—Vuestra fama ha cruzado el mar. Lo de Curazao: Loor Excelso. Sois Agamenón, Aquiles y Ulises. ¡Me precio de conoceros! Tan pronto supe de vuestro arribo envié por vos. Os propongo una empresa…

—Soy reo del Santo Oficio.

—¡Bah! —respondió el General—. Eso lo arreglaremos luego que me acompañéis a expedicionar contra los piratas de La Tortuga. Los ingleses al mando del Capitán Hilton tomaron la isla y erigieron fortaleza. Necesito hombres como vos. No estamos para perder tiempo con las mentecateces que se les ocurren a los de la Santa Hermandad.

—Pero…

—Nada, hombre. Ya lo tengo hablado con el Gobernador, la Real Audiencia y la misma Inquisición. Iremos primero a La Tortuga. Si salís con vida le veréis luego el rostro a los bastardos de Torquemada.

—Y pensar que todo esto —dice Fuenmayor a la vista de La Tortuga— se hubiera podido evitar, si al frente de la Gobernación hubiese estado un tío menos borrico que aquél. Los bucaneros que hoy veis convertidos en los más feroces bandidos, eran hasta hace poco pacíficos cazadores. Vivían de vender a los navegantes carne ahumada o carne al bucán. Al borrico se le metió en la mollera que los bucaneros eran socios de los piratas, organizando por ello una expedición de exterminio. Llenos de odio se refugiaron en ese islote infranqueable.[84]Desde aquel entonces los rudos cazadores y mejores cocineros se trocaron en los mas peligrosos bandidos del mar.

—¡Fuego!

Noventa cañones reventaron contra la isla.

—¡Santiago y cierra España!

Arriba de una chalupa donde se bate el pendón real, Rodrigo y el General de Galeras avanzan hacia La Tortuga.

El General de Galeras tomó la isla. Rodrigo Blanco dio muerte al Capitán Hilton. Desmantelada la fortaleza, los españoles regresaron a Santo Domingo.[85]

El Presidente de la Audiencia, sentado entre el Oficial Mayor del Santo Oficio, y Ruy Díaz de Fuenmayor, dicta sentencia:

—Desde hace más de dos años sabíamos de vos y de vuestra inocencia en los crímenes que se os imputan. Así como también de vuestra heroicidad en la defensa de Venezuela contra los piratas. Habéis cometido, sin embargo, un delito: negaros a comparecer ante la Santa Inquisición cuando ella os reclamaba. Por eso impusimos como penitencia el que acompañarais a Don Ruy de Fuenmayor en su expedición a La Tortuga. De salir con vida, como Dios lo ha querido, os devolvemos la libertad. ¡Es juicio de Dios!

Rodrigo tembló al escuchar por segunda vez la sentencia.

E1 anhelo postergado borró el efecto:

—¿Puedo, entonces, regresar a España? —pregunto, sin creerlo.

—Cuando os plazca, mi querido amigo —respondió Fuenmayor por todos—. Y si no os disgusta mi compañía, podéis hacer el viaje conmigo en la Gran Flota que pronto arribará. Su Majestad Felipe IV recaba mi persona ante su augusta presencia.

Rodrigo Blanco y su nuevo amigo el General de Galeras embarcaron hacia España. Luego de treinta días avistaron las costas de Cádiz.

Bailotearon sus ojos. ¡Ay, Madre, cuánto la quiero! Mírame ese castillo. Mira la moza que pasa con sus requiebros. Verdeguea el olivar. Vinos generosos. Jarana y jazmín. Lloran las guitarras. Me besa el aire. ¡Ay, Madre, ya soy feliz!

—Te veré mañana con mis padres —dijo al pisar Madrid—. Juntos habremos de almorzar.

Primavera del oso. Frío de Gredos. Mata a un hombre. No apaga un candil. Dadme un churro, buen hombre. Adiós guapa, ¿de quién son las esmeraldas? Sonoro caracolea mi corcel. ¡Allá está mi casa! ¡Allá está mi padre! Madre, no te desvanezcas con la sorpresa. Abierto el portal. Pancrasio, el viejo mayordomo, morirse ha. Venid a ver el milagro. El señorito Rodrigo retorna. Avisad al Conde. Decídselo de a poco a la condesa.

A caballo cruza el portón.

—¡Alto!, ¿quién sois? —ordena y pregunta un hombre armado.

—Soy el señor de la Torre Pando.

—Guardaos, loco, de tentar mi ira.

—Que soy Rodrigo Blanco, el hijo del señor de Torre Pando. Llamadme a Pancrasio y dejadme pasar.

Dos mozos aprehenden el caballo por las riendas. El primero lo apunta con su mosquete. Se asoma el mayordomo.

—Pancrasio, viejo querido.

El hombre apenas lo mira.

—¡Dejadme pasar, bellacos!

De un sacudón derriba a los dos hombres. Sonó un disparo.

—¡Aprehendedlo! —grita el portero.

Una docena de sirvientes cayeron sobre él. A golpes de porras derribaron el caballo.

Pregunta una voz:

—¿Qué diablos pasa? —Es Guillermo, su hermano.

—¡Guillermo! —llamó.

—¿Qué dice?

—Que es vuestro hermano.

—¡Echadlo a la calle y si se resiste dadle una azotaina!

Entre dos luces se encontró en la calzada.

Vuestro padre —le informó el párroco— murió al mes de haberos partido. A menos de un año se dio por cierta vuestra muerte en un naufragio. Vuestra madre murió de pena. Teniéndoos además de penado por el Santo Oficio, Su Majestad, que empero no reír dice chuscadas, dictó sentencia: «A falta del mal Rodrigo, el buen Guillermo será señor de Torre Pando».

Con excepción del cura, nadie más dio fe de su identidad.

A la semana, un capitán, seguido de cuatro corchetes, lo puso a elegir entre el resplandeciente sol del Caribe o los calabozos del Palacio Real.

—Triste destino del que a la vida llega marcado —dice a la Sierra desde el puente del navío. Los huérfanos de la fortuna lo son de hermanos. Volver he y tomaré venganza. Dinero falta para armar la mano del asesino, asordinar la conciencia del juez y hallar amigos…

—¡*Amigo* mío! —estalla a su lado una voz.

Es Ruy de Fuenmayor, el General de Galeras.

—¡Ruy!, ¿qué haces aquí?

—Más respeto y cortesanía cagaleches —le dice con ojos y boca de alegría—. Soy el nuevo Capitán General de Venezuela.[86]

El 28 de octubre llegaron a Caracas. En el muelle de La Guayra esperaban al nuevo Gobernador las autoridades y el vecindario muy principal. Expresiones de sorpresa apenas teñidas de júbilo, abrazos tensos o un decidor ¿guá?, salpicaron a Rodrigo al verlo. Nunca sospechó tanto frío por parte de sus festinantes amigos. Un

aire de repulsa, sin concretarse en tormenta, le dio en la cara.

—¡Rodrigo! —clamó una voz—. ¿De dónde saliste?

Era su amigo Juan de Ascanio, el vinatero, quien a punta de gritos y abrazos sacudíale el letargo de la triste bienvenida.

—Ya te hacia hecho cenizas. Las noticias que llegaron fueron terribles. Se te decía preso, torturado y hecho chicharrón en la Plaza Mayor de Madrid.

Sin despedirse de Ruy, Rodrigo, acompañado por Juan de Ascanio, tomó el camino de la montaña.

Hace diez años vine también de Madrid. Vivía Francisco Herrera, mi buen amigo del alma. Hablaba cual un perdido. Era fría la mañana. ¡Ay, Madre, cómo me duele España!

—Te han echado lengua que da gusto —le señala Juan de Ascanio—. Apenas te diste la espalda te hicieron trizas. Si antes la razón te dieron, de pronto te la quitaron. De brujo, ladrón y asesino te calificaron.

Se tornaron sucios sus ojos vencidos:

—¿Y mi hacienda? ¿Cómo se han portado Gualterio y Paquito de la Madriz?

—¡Ay, hermano mío! No quiero acicatear más tu ira y tu decepción; pero si tal ha sido la conducta de los vecinos muy principales, ¿qué puedes pedirle a un negro hijo de puta como Gualterio, o al borracho de su yerno? La última vez que estuve por allá, hará cuestión de dos meses, La Vega no era ni sombra de aquella hermosa finca que dejaste. El monte se ha metido hasta el fogón. Buena parte de los sembradíos de caña se perdieron en un incendio y no fueron resembrados. Gualterio y Paquito prefirieron repartilo entre veinte conuqueros. Aquello es un rastrojo espantable lleno de ranchos, cerdos y maizales. Tus hermosos muebles están perdidos. Las puertas rotas, las alfombras raídas y me imagino que tus bodegas vacías, ya que no había semana desde que te marchaste, que Gualterio no pusiese la gran fiesta con asistencia, como ya te imaginarás, del más bajo perraje y gente de su condición. Previendo la confiscación de tus propiedades, como se venía rumoreando, y en base a que tú antes de irte los hiciste tus herederos, la casi totalidad de los muebles que valían la pena los trasladaron a sus casas.

Se volvieron claros sus ojos azules y miró con fulgor el camino.

—¿Y Ñaragato?

—Para que tú veas como son las cosas: ha sido el único que te ha sido consecuente. Desde que Gualterio y Paquito comenzaron con el relajo se les plantó de frente y amenazó con matarlos cuando llegaron los conuqueros. Yo no sé cómo hicieron, pero, validos de influencia, lograron una orden del alcalde para que anulase tu decisión de que compartiese con ellos la administración, obligándosele a desalojar la finca.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—Vive en una mancebía, traspuesto el Caroata, donde hace el triple papel de chulo, matón y rufián.

—Quiero verlo apenas lleguemos a Caracas. Llévame allá.

A mediodía en punto cruzaron el zaguán del burdel. Ñaragato al sentirlos entrar gritó áspero desde el catre donde descansaba.

—Pa' fuera, a esta hora no hay servicio, las niñitas están dur… ¡Amo! —clamó con arrebatado acento al reconocer a Rodrigo—. ¡Amo! —volvió a decir arrasado en lágrimas—. ¡Amo mío! Déjame tocarte, déjame verte, no quiero creer que sueño.

—Vine a buscarte —dijo Rodrigo ocultando su afecto.

—¡Ñaragato! —dijo una vieja gorda que irrumpió en el patio—. ¿No te he dicho que antes de las cinco de la tarde no se reciben clientes?

—Váyase usted a la mierda, cabrona del carajo. Me voy ahora mismo. Ha llegado mi jefe.

Gualterio empalideció y farfulló salivoso cuando uno de los peones le advirtió que Rodrigo Blanco venía por el camino seguido de Ñaragato.

—Ahora sí que la pusimos de oro —dijo pesaroso a Paquito, que estaba a su lado.

—¿Y cómo vamos a hacer con los muebles? —pregunto se yerno vaciando el último trago de una botella.

—Pues, la verdad: los guardamos en casa porque se decía que iban a confiscar todo.

—¿Y con los cincuenta negros que les vendimos a los holandeses?

—Le decimos que fue la peste.

—¿Y con las rentas que nos jugamos?

—Que nos robaron unos bandoleros. Hay respuesta para todo.

—¿Y con las vacas y los caballos que metimos en los corrales? ¿Y qué hacemos con Ñaragato? ¿Y con los medianeros a quienes les entregamos la tierra? ¿Y con los plantíos perdidos? ¿Y con la caña que nos bebimos?

—¡Ay, Paquito, cállate por Dios y quédate quieto, que Dios proveerá!

—¿No será mejor que llame a Susana? —preguntó tembloroso—. Ella lo sabe amansar.

Estalló el asco en la cara de Gualterio. María Josefa, su mujer, le había referido lo que Susana le reveló el día de la golpiza.

—¡Si serás cabrón, maldito borracho! —masculló rabioso en el momento que escuchó el galopar de dos caballos.

El miedo de su yerno se le metió dentro.

—No es mala idea llamar a Susana. Envíale recado enseguida.

«Ánimo, soldado del Rey», —se dijo cuando vio aparecer a Rodrigo y a Ñaragato al fondo de la explanada.

—Pero ¿qué es esto, Dios mío? —clamó aparentando enloquecida sorpresa—.

¿Pero eres tú, Rodrigo Blanco? ¿No me engañan mis ojos? ¿Es cierta o ilusión tanta belleza? —Y sin esperar respuesta lo abrazó con fuerza derramando copioso llanto.

Rodrigo, imperturbable, no varió ante Gualterio y Paquito su adustez de siempre; ni se mostró sorprendido por los campos perdidos ni por el saqueo de su casa. Sin decir palabra se desgonzó en una de las pocas sillas de vaqueta que aún existían y cerró los ojos con una expresión de cansancio. Ñaragato, para mayor sorpresa de Gualterio y de su yerno, salvo llamarlos por tres veces coños e maes, no excedió la manifestación del odio que les profesaba, y llegó hasta a entrecruzar con ellos monosílabos y frases cortas, lo que fue considerado de buen augurio por Paquito.

Por más de una hora estuvo Rodrigo con los ojos cerrados recostado en la silla de cuero.

«Está más viejo», —se decía Gualterio, que no lo perdía de vista velándole el sopor o el sueño.

«Tiene pinta de enfermo —rumiaba a su vez Paquito—. No tiene cara de arrecho. Lo veo triste y malenconioso. ¡Mejor así! ¡Carrizo con la condenada Susana, que no termina de llegar!».

—¡Par de gálfaros! —gruñía en un rincón Ñaragato atisbandoles la expresión con menosprecio y asco.

Susana y su madre María Josefa al fin llegaron. Rodrigo abrió los ojos ante el parloteo. La bella hembra se volvió mustia en dos años de ausencia.

Apenas cruzaron saludos, Gualterio dijo a Rodrigo:

—Has encontrado la casa hecha un desastre. Pero…

Rodrigo lo contuvo con un gesto:

—Otro día hablaremos de eso… Ahora estoy muy cansado.

Susana, entre amable y seca, dijo a Rodrigo:

—Vamos a acomodarte la cama. Debes estar muerto.

—Muerto estoy —le respondió reticente.

—Bueno, Don Rodrigo Blanco de la Torre Pando —añadió con gracejo Gualterio —, queda usted en su palacio y nosotros, vuestros fieles servidores, retirarnos vamos a nuestros humildes aposentos. Susana y María Josefa se quedarán contigo para lo que sea menester.

Apenas se marcharon llamó Rodrigo a Susana, que hablaba con su madre en el corredor.

Vacilante entró la mujer. Rodrigo, desde la cama, le ordenó sin mirarla:

—¡Desnúdate!

Con dolida resignación, se quedó en cueros. Rodrigo retrepado en la almohada, la vio con atención. Si en el rostro claudicaba su belleza, su cuerpo desnudo de hembra triste seguía siendo imponente. Por diez veces pensó en ella a lo largo de estos años.

—¡Qué vieja y fea te has puesto! —soltó de pronto—. ¡Ya no me gustas! ¡Vístete

otra vez y lárgate!

Por más de quince días el señor de La Vega no dio muestras de su presencia. Dos visitas breves hizo a Gualterio y otras dos a Francisco de la Madriz. Los conuqueros venidos de tierra adentro y que apenas sabían de él, lo recibieron con hostilidad.

—¿Para cuándo está jojoto ese maíz? —preguntó a uno de los medianeros.

—Para dentro de dos semanas —respondió sin volverse.

—¿Y cuánto le paga al amo?

—Pues, la mitad, ¿pero usted quién es para estar con esa preguntadera?

—Pronto lo sabrá.

Un humo sofocante y fuego sobre el tejado lo despertó del petate. A la luz del fuego entreverada con la del amanecer, el conuquero vio a cincuenta esclavos, machete en mano, talándole el maizal.

—Condenados —gritó el hombre echándose sobre el primer negro blandiendo un machete. Un tiro de pistola lo dejó seco. Al clarear el día veinte ranchos humeaban en La Vega y los maizales y los cerdos, quebrados y muertos.

Arriba de su caballo y con el rostro fiero, Rodrigo dijo a los conuqueros:

—Ahí tienen comida mientras me limpian toda esa porquería y resiembran la caña.

Por una semana trabajaron de sol a sol bajo la mirada vigilante de Ñaragato y de diez hombres armados. En la noche los guardaban en la sentina de los negros bozales.

Al terminar, uno de los campesinos, un hombre de hablar ceceante, se atrevió a preguntarle:

—¿Y qué hacemos ahora?

—Pues si quieren tener conuco, por mi no hay cuidado. Sólo que lo van a hacer donde a mi me dé la gana. —Y sin decir más les señaló un tupido bosque al comienzo de la montaña.

Su intimidad con Ruy Díaz de Fuenmayor y el hecho de haber retornado a su propiedad le devolvieron la prestancia y respetabilidad de que disfrutara antes. El recuerdo de su hermano era su mejor incentivo:

Tesoros he de acumular para volver a tomar lo mío. Oro, oro es lo que quiero. Oro en cantidad y en el menor tiempo.

Indios y esclavos trabajaban desde el sol al alba entre el látigo de Rodrigo, Ñaragato y diez zambos capataces. Antes de un año no quedaba vivo un solo indio de su encomienda. La sarrapia, el cacao, el tabaco y la caña, entre tanto producían buenos réditos. En su ensenada del Limón comerciaba con los mismos piratas y contrabandistas que por orden de Fuenmayor salía alguna vez a perseguir.

—Me importa un bledo quien lo compre. Me van a hablar de deberes, cuando nadie tuvo consideración con mis derechos. Oro es lo que quiero para regresar a España y derrocar a mi hermano.

Y fustigaba el látigo sobre las espaldas cobrizas y negras. Se desmayaban los hombres derrengados. Su codicia no tuvo limites. Todas las fincas que limitan con su propiedad fueron engullidas: rodaba cercas, robaba el ganado, falsificaba mulos, hacía préstamos usurarios incendiando los plantíos de su deudor antes de recoger la cosecha. A los dos años de haber llegado de España era el dueño más poderoso en tierra, haberes y esclavos en toda la Provincia.

A todos sorprendió, y más que a nadie a Gualterio y a Paquito, que aquel hombre feroz y despiadado que regreso de España no tomase represalias contra aquel par de granujas —como los llamaba la negra Rosalía— que, aparte saquearte el patrimonio, difamaron su nombre cuando lo dieron por perdido.

Ni siquiera Susana se explicaba aquella extraña actitud. Luego de aquella escena el día de su llegada, nunca más volvió a acercarse a la mujer, quien, en los dos años siguientes, terminó por desmantelar lo poco que ya restaba de su belleza.

Dos veces a la semana visita a Paquito y tres a Gualterio, sin que en ningún momento haga alusión a lo sucedido. Silencioso, como siempre, oye al uno y al otro discurrir mientras por su mente pasan juntos más recuerdos y añoranzas.

Dulce María, la hija segunda de Gualterio, es una chiquilla alerta que a diario se hace mujer. Los senos ya abultan bajo la camisa y sus ojos de cerbatana proclaman donde vive el diablo.

Aquella tarde, María Josefa mal contiene una expresión de terror: Rodrigo miró con gula a su hija, ¡y se decían ya tantas cosas del señor de La Vega!

Su fama de hombre duro y cruel en cincuenta leguas a la redonda iba pareja a la de rijoso y violento. No había mujer medianamente guapa en su vasta encomienda que no conociese el fierre del amo. Y si todas se le hubiesen prodigado gustosas, ya que era guapo y bien formado en la proximidad de los cuarenta, al parecer, a Rodrigo Blanco sólo el dolor de las mujeres era lo que le tentaba. De látigo en mano entraba en la sentina donde estaba la esclava que lo había tentado. Y allí, entre los ayes de la victima y los ojos desorbitados de sus compañeras, procedía a tomarla luego de rasgarle las carnes.

Con las zambas y las indias libres hacía otro tanto. Se agazapaba entre los cañaverales y a la fuerza tomaba lo que de buena gana se le hubiera otorgado. Dos chiquillas de la edad de Dulce María aparecieron estranguladas y violadas. Y María Josefa, al igual que todos, supuso con terror que era obra de la vesanía que parecía poseer al señor de La Vega. De ahí su terror de que hubiese puesto los ojos en su hija y que Dulce María, como era evidente, los hubiese puesto en él. Gualterio, su marido, al parecer, no reparaba en el peligro y en especial desde que Rodrigo Blanco le planteó por tercera vez los perjuicios que le ocasionaban sus vacas cuando cruzaban sus tierras para beber en el río.

—Ello me está causando grandes daños —le dijo esa tarde—. Se meten por

doquier, malográndome mis plantaciones de tabaco y hortalizas.

Se ensombreció el rostro del mulato:

—¿Y qué se podrá hacer?

—Pues yo no veo más salida —le respondió presto— que me vendas tu ganado.

Soltó la risa Gualterio:

—¿Pero y qué hago yo con mis vaqueras y queseras? No se te olvide de que de eso es que vivo yo.

—Y yo de mis siembras.

—No puedo complacerte, Rodrigo.

—Ni yo tampoco, Gualterio.

Un tiro de escopeta seguido de otros dos sintió Gualterio cerca del lindero con Rodrigo Blanco. Tres vacas heridas de muerte agonizan al otro lado, mientras Ñaragato, con sus diez zambos, se hacía pasar una escopeta.

—Recoge tus vacas —le gritó retador— si no quieres que esta noche invitemos a toda Caracas a una gran ternera.

Otro animal cruzó el lindero. Un tiro en el testuz lo derribó panza arriba. Gualterio corrió hacia Ñaragato.

—Está bien, mi vale —gritó exasperado—. Me rindo. No las sigas matando que ahora mismo voy a vendérselas a tu amo.

Para su sorpresa, Rodrigo lo recibió sonriente y le pagó sin chistar la abultada cifra que exigía:

—¿Echamos una mano de ajiley?

Gualterio lo vio con aprensión.

Hasta pasadas las nueve de la noche, como en los primeros tiempos, jugaron y bebieron con alegría. Rodrigo perdió doscientos pesos. Tambaleante y esperanzado, Gualterio tomó el camino de vuelta.

Me dedicaré al contrabando, como él mismo me ha dicho. Los holandeses pagan bien el tabaco y el que se da en mi tierra es de aroma muy fino.

Ya vislumbraba la luz del corredor de su casa cuando una voz dijo entre sombras:

—La bolsa o la vida.

Tres enmascarados con tres fusiles lo apuntaban.

Dijo, llorando, a María Josefa:

—Estoy arruinado.

En un callejón de cañaverales, Ño Ñaragato y dos de sus zambos se quitaron las capuchas.

—Aquí tienen los cien pesos prometidos —y con paso recio llegó hasta La Vega entregando a Rodrigo Blanco la bolsa de doblones.

—Me he quedado sin un centavo —gimoteó Gualterio.

Con aire comprensivo respondió Rodrigo:

—¿Y para qué son los amigos? Yo te presto lo que sea necesario y hacemos una hipoteca sobre tu finca. Con esta inversión —y señaló cifras— la arroba de tabaco te la compran los holandeses por cien veces su valor. Me pagas y encima quedas sobrancero.

—Gracias, hermano mío. Yo no sé qué seria de mí sin tu ayuda.

Una peste equina arrasó con las aras de Francisco de la Madriz, dejándolo en la miseria.

—No te preocupes, que para esos malos trances estoy yo. Aquí tienes dos mil pesos y hagamos una hipoteca sobre tu casa. ¡Ah!, a propósito, ahí te traigo un regalo. ¡Ñaragato —llamó— bájate las dos barricas de cocuy que me mandaron de El Tocuyo! Brillaron los ojos de Paquito:

—¡Esta es la mejor bebida!

—Pues si te gusta te mando todo el que tú quieras.

Rodrigo, de acuerdo a su costumbre, siguió visitando asiduamente a yerno y suegro, distanciados recientemente entre si porque Gualterio en una borrachera le echó en cara a Paquito lo que sucediera entre Susana y Rodrigo.

Paquito montó en cólera:

—Tú te la pasas fisgoneando lo que hacen los demás. ¿Por que no le pones reparo a Dulce María con Rodrigo Blanco que en cualquier momento se la echa al pico si es que no lo ha hecho ya?

Una plaga de gusanos arrasó con el tabaco.

—Ahora si es verdad que nos fuñimos. ¿Con qué le pago a Rodrigo?

Desde aquel día permitió que Dulce María anduviese realenga. Al poco tiempo le advirtieron que todas las tardes entraba a La Vega.

—¡Loado sea el Señor! ¡Se salvó la hipoteca!

A los dos meses, sin embargo, un alguacil le hizo oficial participación de que su deuda había sido ejecutada. Sus bienes por consiguiente eran ya propiedad de Rodrigo Blanco, su acreedor. Exasperado gritó a su hija:

—Ni como puta sirves, hija desnaturalizada, que permites que el hombre de quien eres barragana arruine a tu padre.

La chica, sin arredrarse, le espetó violenta:

—¡Cállate a la boca, mojón de mierda! —y sin decir más se encaminó a la casa de su cuñado Paquito, quien, ebrio y encantado le brindó su apoyo y hospitalidad.

Gualterio se lamentaba amargamente con María Josefa, su mujer, cuando entró Ñaragato, seguido de sus zambos.

—¡Recoge tus peroles de una vez y lárgate ya!

Atragantado por la arepa con que se desayunaba, dijo con expresión incrédula:

—Pero Ñaragato, ¿tú como que estás loco?

—¿Loco? —respondió zumbón— pa cogé lo que me toca. Tienes hasta mediodía

y si no, atente a las consecuencias.

Apenas salió el espaldero, María Josefa se llevó la mano al corazón. Entre lívida y balbuceante dijo:

—Bien merecido lo tienes por malagradecido.

A la hora estaba muerta.

Entre cuatro cirios sobre la mesa del comedor velan a María Josefa. Media docena de vecinos acompañan a Gualterio. A cien varas, bajo un araguaney florecido cavó la tumba. «Siempre quiso a esa mata». Susana, su hija, lo ve sin afecto. Dulce María y Paquito se negaron a acudir.

—Dijeron —refirió Susana— que el muerto al hoyo y el vivo ai bollo, y que ellos no se iban a exponer a tener un disgusto con Rodrigo Blanco nada más que por complacerte.

Un tropel de caballos inquietó a los presentes. Era de nuevo Ño Ñaragato y sus espalderos. Sin parar mientes a lo que sucedía le espetó chirriante a Gualterio:

—¿Y todavía sigues aquí grandísimo carajo? ¿No te di de plazo hasta mediodía?

Enloquecido y suplicante balbuceó, sacudiendo las manos:

—Pero Ñaragato, mi hermano, ¿es que no te has dado cuenta de que se ha muerto María Josefa y que la estamos velando?

—Bueno, ¡y a mi qué! Lo que quiero es que te largues ahora mismo.

—Déjame por lo menos enterrarla.

—¿Enterrarla? —gritó sorprendido— ¡pero hay que ver que tú si que tienes bolas! ¿Cómo te imaginas tú que el amo va a consentir que en sus propiedades le entierren muertos ajenos? Agarra a la difunta y te la llevas a hora mismo para otra parte.

Un murmullo de protesta salió de los seis vecinos:

—¡No seas canalla, Ñaragato! —le espetó Susana enfurecida.

Un puñetazo le dio en la cara. Dos dientes saltaron:

—Cállese la boca grandísima puta y váyase para su casa si no quiere que el amo la eche ahora mismo junto con la otra puta de su hermana y el borracho de su marido.

Ausente y sangrante tomó el camino.

—Y todos, ustedes —gritó a los presentes— es mejor que se larguen ahora mismo si no quieren vainas.

Bronco lloraba Gualterio:

—¿Pero qué he hecho yo, por Dios, Ñaragato?

—¿Tú? —respondió izando el asco—. ¿Te parece poco haber venido al mundo? Agarra a tu piazo e muerta de una vez si no quieres que la tasajee y se la eche a los perros.

Corría la gente. Con el cadáver sobre sus hombros y a paso tambaleante se fue por el sendero buscando los límites de la encomienda que a tres leguas terminaba en

la propia ciudad. Nadie quiso prestarle un burro. Nadie le ofreció su mano. Luego de seis horas llegó al Caroata. Con pala ajena cavó de nuevo la tumba. Loco, cantaba, reía y lloraba. El Padre Sobremonte, secretario del Obispo, que acudió alarmado ante el reclamo de la gente, gritó airado:

—Hasta las tumbas de sus muertos se las quitaron. ¡Malditos sean los que hacen miserable al hombre! ¡Malditos los que lo humillan y lo escarnecen de tal forma! ¡Maldito mil veces sea Rodrigo Blanco! ¡Es un grifo dragón! ¡Es un Águila Dragante!

NOVENA PARTE
El Águila Dragante

86. Rosalba, la del carato de parcha

—Es un perro sucio —clama Soledad Guerrero al enterarse de la tragedia de Gualterio Mendoza.

—¡Agranujado, gazafante, rajabroqueles! —gruñe, desde su cama, la negra Rosalía, enferma desde hace días de mal de fiebres.

Ochenta años tiene la negra, arrugada cual uvapasa, pero con la mirada brillante y la facundia intacta. Desde hace años vive con su nieta Petronila y su marido Felipe Bejarano, un isleño feo y viejo; y el mejor ebanista de Caracas.

Ana María, la nieta de Soledad, mordisquea unos coquitos. A los diez años es una linda niña, regordeta y despierta. Atenta, sigue el diálogo de las dos viejas.

—¡Maldito mil veces sea el Águila Dragante! —continúa Soledad—, loco perdido anda el pobre Gualterio.

No lo podía ver ni en imagen, pero con todo me da mucha lástima. Lo que me parece un horror es la falta de vergüenza de sus dos hijas.

—Dulce María es una perendenga… bien sabes que además de feral es pringosa y crápula cual un conejo.

—¡Qué el yantar lo hinche! —la interrumpió Soledad—. ¡Qué folgar no pueda!

—Ay, ay, ay —gorjeó entre risas Rosalía—. ¡Mira que tú si tienes cosas! ¿Te imaginas al Águila Dragante sin folgar, con lo que le place al muy mocero? Las mujeres se desbarran por catarlo. Otrora hube de reñir a Petronila, mi nieta, por carirraída. La muy tusona deciale a una amiga suya, a quien tengo por la zurrona más calientacama de Santiago, que si a ella el Águila Dragante le decía ñe, ella le decía ya. ¿Tú sabes lo que significa una palabra como ésa en boca de una mujer casada y con tres hijos? Si tal le acontece, ¿qué no le ha de suceder a las demás?

Un rictus de desprecio dibujó Soledad. Detestaba a Petronila por zafrísca, parejera y zafada.

Se casó con el pobre Bejarano, según sabía de fuente cierta, por tener el recado hecho y no precisamente del ebanista.

La aludida irrumpió en la habitación. Era morena oscura, ojos azules y facciones gruesas.

—¡Muéranse, muéranse las dos! —dijo, presa de regocijada excitación—. ¿A qué no saben quién está ahí hablando con Bejarano? Pues nada menos que Rodrigo Blanco, el Águila Dragante.

Soledad empalideció. Rosalía tuvo un acceso de tos.

—¡Ana María! —ordenó la vieja—. ¡Vayámonos inmediatamente!

—¡Ay, niña, deja la zoqueteada! —protestó Rosalía—. ¿Por qué te vas a ir? Déjalo allí adelante, que pronto habrá de partir. Ya Rosalba te va a traer el guarapo de canela que le pediste hace rato. ¿Nos vas a despreciar?

Apenas pronunció el nombre entró al aposento Rosalba, su nieta: una bellísima morena con la gracia y sensualidad espumante de su madre. Agraciadas facciones, finas las maneras. Traía en sus manos una taza humeante.

—Buenas tardes, misia Soledad. Buenas tardes, Ana María. ¡Qué linda estás!

Talle alto, piel morena, brazos torneados, ojos azules. La expresión en regocijo. La risa afuera, tendida y sacudida. Reía con los ojos, con labios, dientes y encías; con el cuello largo. Era hembra sólo atenta a su sentir; franca, punaría, feliz.

A Soledad tampoco le gustaba Rosalba.

—De casta le viene el galgo —dijo una vez la misma Rosalía—. Puta la madre, puta la hija. La mala historia de las mujeres de mi casa. ¡Bienvenida, mi hija, fornicó a la ciudad! ¡Petronila, mi nieta, lleva siempre la guardia baja! Rosalba, mi biznieta, es la yegua del celo eterno, alberca fresca, escarcela abierta. Mujer botín hecha para el hombre fuerte.

Ana María vio a Rosalba con expectación: la seducían sus movimientos, aquella voz cantarína, su alegre desenfado.

La voz de Felipe Bejarano se vino desde la sala, donde tenía el taller, saltando hasta el patio.

—¡Rosalba!, tráele a su Señoría un carato de parcha.

—¡Ah, lava! —protestó la muchacha—. No la dejan a una ni a sol ni a sombra.

Soledad, exasperada por la presencia del enemigo de su casa, dejó la taza a un lado y arrebatada salió en busca de la calle.

Rodrigo Blanco, de espaldas, charlaba en el patio con Bejarano. Ana María sintió las manos de su abuela volverse garras. Impetuosa, cabeza baja, avanzó hacia el zaguán. Ana María miró al hombre. Le pareció guapo, demasiado guapo. Rodrigo Blanco al verle en la cara pintada la sorpresa, le guiñó un ojo con picarda.

Felipe Bejarano, confuso, balbuceaba apremioso:

—Pero sentaos, por favor, señor de Blanco.

Alguien saludó en la puerta. Rodrigo Blanco abrió las garras. De jarra y vaso en la mano, Rosalba lo miraba.

La husmeó goloso: caló sus labios gruesos y oscuros, los ojos azules enmarcados por cejas y pestañas tan negras como el pelo, que, suelto, caía sobre los hombros. La muchacha cimbreó el talle alto. Sonrió, abierta y receptiva.

—¿Y esta joya, maestro? ¿Dónde la teníais guardada? ¿Es también obra vuestra?

—Es mi hija —respondió seco el carpintero.

—Para serviros, señor —añadió coqueta Rosalba.

Rodrigo midió la brecha que había en sus ojos. Preguntó con intención

descuidada:

—¿Y qué hacéis, Rosalba?

—Trabajo en casa. Ayudo a mi madre en la cocina…

—Bueno, niña —interrumpió el isleño—. ¡Basta ya de cháchara y regresa a tus quehaceres…!

Rosalba se volvió al marcharse. Rodrigo, alelado, la siguió goloso.

—Bueno, maestro, me parece que el trabajo está quedando muy bien. Mañana o pasado vuelvo por aquí…

Volvió al día siguiente y los sucesivos. Rosalba, sin embargo, no vino a su encuentro. Si pedía un refrigerio, como tomó por pretexto, era Petronila quien se lo traía.

El isleño terminó su trabajo una semana antes de lo prometido. Rodrigo encargó otros muebles. Bejarano rechazó el pedido: tenia otros compromisos. Siguió rondando la casa. Rosalba ausente; Bejarano hosco; Petronila sonreída.

—¿Y Rosalba? —le preguntó al paso en un susurro.

Petronila cruzó, cómplice, el índice sobre la boca:

—Yo sabia que eso era lo que buscabas, sinvergüenzón. Su padre la guarda en el cuarto de atrás. La enviará a Canarias para trancarla en un convento. Hay que hacer algo. Bejarano es más celoso que un moro. Dice preferirla monja…

Los pasos del isleño tocaron a generala.

—Bejarano os odia —siguió apresurada—. ¡Tened cuidado! Es un brujo poderoso. Conoce la magia negra. Cada vez que os ve llegar se mete en su cuarto. Os tiene en efigie bien cruzado de alfileres. Mi hija os quiere con locura. Está desesperada por su destino. ¡Haced algo, por vida de Dios!

Esa misma tarde, Juan de Herrera, Oficial Mayor de la Santa Inquisición, con un piquete de guardias se fue a la casa de Felipe Bejarano. Le encontraron una calavera, dos pájaros disecados y un muñeco claveteado.

Brujo y objetos fueron a parar por dos semanas a la cárcel pública. Una fragata luego los llevó a Cartagena de Indias, Tribunal de la Inquisición.

Rosalba secó el llanto y se dio por entero a Rodrigo. Rosalía cayó en doloroso trance apenas lo apercibió: «Rosalba, mi muchachita, calor de mi aliento, ¡moza de Rodrigo Blanco! No lo puedo resistir».

Y se mudó a casa de Soledad, al cuarto viejo de Acarantair.

Ruperto, su hermano, mozo fortachón y pendenciero, reclamó a Petronila, su madre, lo que en la calle se murmuraba.

—¿Y qué quieres que haga? Tu padre se va a podrir en la cárcel, si no lo queman por brejetero. ¿Quién va a sostener esta casa? ¿Tú por casualidad?

Ruperto, que amaba las guitarras, se quedó sin respuesta.

Además de Ruperto, Rosalba tenía otra hermana: Altagracia. Morena ocre, de

grandes ojos, salpicada de barros y espinillas. Era silenciosa, discreta y apacible. Ñaragato, el espaldero, le puso el ojo y se quedó con ella.

Petronila, viuda del Santo Oficio, se soltó el moño, recibiendo en su cuarto al pulpero de la esquina. Ruperto Bejarano, al ver entrar y salir a tres hombres de su casa, angostó la mirada pulseando su guitarra desde el único balcón que se asomaba a la calle. Rodrigo, indignado por el contubernio, se llevó a la chica a una casa pequeña de su propiedad de la nueva barriada que crecía desde hacia dos años entre el Caroata y el cerro del Calvario.

Era lugar convergente del alegre vivir. Florecían las tabernas, los tugurios y ensenadas, en donde anclaron todos los vagos y mal entretenidos de la Provincia. Era un antro bullicioso que competía en fama con los que tenían en La Habana y Puerto Rico.

Los sacerdotes alertaron y cargaron desde sus púlpitos contra la horrible lacra que mancillaba la ciudad. «Entre esa mala gente que vive más allá del Caroata —la tomaron por decir— hay cristianos viejos que tratan a sus propias hijas como si fueran mujeres».

—¡Están tentando la cólera divina!

Entre las mozas de partido que llegaron al barrio había una granadina menuda, chispeante, que por sus sofocos y su salero la llamaban Antoñita la Fantástica. Ejercía con tal arte su oficio, que salvo el momento de recabar honorarios, nada recordaba en ella a las calientacamas hasta entonces conocidas en Santiago de León. No era presumida, ni tampoco accesible. Recorría los lupanares más sórdidos con naturalidad. Bebía y se emborrachaba con donaire. Su hablar era recatado. Placíale hablar de honor, pundonor y rango, cual si estuviese entre mantuanas y en la Plaza Mayor. Ramoncito Pelao, llamado el Susurrante, el hijo de Anselmo, era su chulo. «Con razón dicen —le echaba en cara la negra Rosalía— que la cabra siempre tira al monte; hijo de la Pelo’e Yodo tenias que ser, grandísimo carirraído».

—Pero abuela —respondía indefectiblemente Ramoncito—, ¿de qué voy a comer?

Antoñita, vecina de Rosalba, se hizo su amiga. Rodrigo Blanco desde que la vio la requirió en su oficio. Por consideración a su amiga, Antoñita sesgó el perfil airada, hasta que un día ante la insistencia hubo de decirle:

—¡Ay, Don Rodrigo, que no tenéis consideración con la amistad! Venid pues a casa y probémonos el uno al otro.

—No está mal tu hombre —contó esa tarde a Rosalba—. Prueba el mío, por más que sea primo tuyo.

Rabió Rodrigo al saberlo.

«De volver a esta casa la volveré cuartos».

Rosalba al año parió una niña. La bautizaron Juana Francisca. El padre lo celebró

jubiloso. Al despedirse esa tarde sintió que, luego de mucho, la tristeza se le iba.

Apenas salió, Antoñita y Ramoncito, el Susurrante entraron con caras destempladas:

—Abuela se está muriendo.

Sacudida y presurosa, con Juana Francisca en brazos, se fue en busca de su abuela. Sigilosa entró al cuarto. Lloraron la vieja y la moza. Gorgoreó Juana Francisca. Rió Rosalía al verla.

—Vente a vivir conmigo —dijo Rosalba—. Rodrigo es de oro. No es como tú crees. De no ser por ti, seria muy feliz.

Una llama de alegría brilló en sus ojos. Rosalba insistió, suplicó, gimoteó. La negra al borde de la cama y con la cabeza baja, la escuchaba:

—Está bien, mi amor —dijo al final—. Me voy contigo. ¿Pero, qué hago con Soledad? Le voy a dar un disgusto muy grande…

—Por mí puedes irte cuando quieras —dijo Soledad al aparecer sorpresivamente —. Yo, con gente sinvergüenza no quiero nada.

De rostro gris y paso vacilante, Rosalía salió de la habitación del brazo de Rosalba.

—Perdóname Soledad —dijo antes de marcharse—, pero los pobres no elegimos nuestro destino.

Soledad sin verla la dejó partir.

De la mano de su nieta Ana María, con quien entró al cuarto, caminó hacia la cocina:

—¿Por qué lloras, abuela? —preguntó la niña—. ¿Por qué llora Rosalía? ¿Qué le pasa a Rosalba? ¿Quién es esa niñita?

Soledad vio conmiserativa a su nieta:

—Estás muy chica todavía; pero recuerda para el día que seas mujer, que no hay mayor desventura que odio y amor se topen en el mismo ser.

—¡Ama! —dijo una esclava atajándole el paso—. Ya llegó el Padre Sobremonte.

—Ah, sí —dijo la vieja con expresión contrariada y salió a recibir a su confesor, quien por muerte del Obispo,[87]de quien fue su secretario, estaba de Obispo Interino.

87. ¿No sabes quién soy?

Platos van, platos vienen. El cura es buen diente. Pimentón relleno; gallineta al vino blanco; arroz con leche.

Soledad, ausente, simula interesarse por su plática sobre los enemigos de España.

—El Caribe está amenazado. Los holandeses se han apoderado de Saba y de San Martín. Los franceses han puesto un gobernador en la isla bucanera de La Tortuga. [88]Atribuye a los filibusteros la baja del cacao. De doscientos nueve reales que valía

la fanega en 1628, ha caído este año a noventa y seis.

Otra moza, casi una niña, comparte la mesa. Es Elvira, la segunda de sus nietas. La hermana de Ana María. María Soledad, la mayor, casó hace dos meses con Francisco Bolívar. Viven en su encomienda de Guacara. No le gusta el marido de su nieta. «Es demasiado violento, impulsivo, y María Soledad es coqueta y casquivana. Elvira sacó la nariz ganchuda de su abuela Francisca Ledesma y los ojos de mi hijo. Ana María a los once años promete ser una beldad. Su discernimiento es tan claro que el padre Sobremonte es partidario de hacerla monja. Tarde o temprano terminará de abadesa».

Soledad y el cura comentan entre acres pinceladas el matrimonio de Jacinta Vázquez de Rojas con Ruy, el General de Galeras.

—Estoy deseoso de que llegue de una vez el nuevo Obispo —dice Sobremonte— para que me releve de esta amarga lucha contra este bandido y su cómplice Rodrigo Blanco.

Una sombra llena el umbral. Es un hombre joven, pequeño, menguado, feúcho. Soledad frunce el ceño rechazante, alarmada, confusa.

—¡Muchacho! —exclamó la vieja al reconocer finalmente a Nicolás, el hijo de Diego García.

—¡Tía! —respondió el recién llegado cubriéndola de besos y amapuches.

Dieciocho años tiene Nicolás. Es aindiado y cetrino. De ojos vivaces y trajeado con pobreza antigua. Plácida es su expresión, recatadas sus maneras. Humilde su continente. Nada recuerda en él al niño airado que intentó apuñalear, diez años atrás, a Rodrigo Blanco.

Soledad quiso que el muchacho fuese su huésped, disponiendo para albergarlo la habitación que de niño ocupó su padre frente al patio de los granados.

Su presencia en la ciudad causó revuelo. ¿Qué irá a pasar cuando se encuentre con el Águila Dragante?

Pero no, la placidez de Nicolás era auténtica y hasta excesiva, lamentó el padre Sobremonte.

Ño Miguel, el señor de Naiguatá, a la semana, se presentó de visita.

—En lo que supe que habías llegado cogí mi caballo para darte un abrazo. Es que tu padre para mí fue una cosa muy grande.

Nicolás miró al zambo con simpatía. Estaba viejo y abatido. Ya Soledad le había referido la tragedia que lo abatía. Flor, su hija, la luz de sus ojos, desapareció hace cuatro años sin dejar ni rastro.

—Ella misma me lo había advertido —añadió Ño Miguel—, sin darme cuenta que había heredado los poderes de mi abuela Acarantair. Contaba que al bañarse en el pozo veía en el fondo a un hombre con cara de diablo que le soplaba: «Soy el espíritu de las aguas, vente conmigo».

Súbitamente abandonó su aire abatido:

—¿Y qué piensas hacer con el perro de Rodrigo Blanco? —le dijo fiero—. Ya tienes edad para vengar a tu padre. Vine no más a decirte que cuentes conmigo para lo que sea menester. En cualquier noche de éstas…

—¡Ño Miguel! —gritó Soledad irrumpiendo tras la puerta—. ¿Qué cuestión es esa de estarle metiendo cosas malas a este niño?

—Pero…

—Cállese a la boca, so fresco y lárguese inmediatamente de esta casa.

—Pero Doña Soledad…

—Pa' fuera he dicho…

Al salir a la calle Ño Miguel tomó el camino que por Chacao llegaba a Naiguatá. En la esquina de abajo cruzaban hacia el cerro Rodrigo y Ño Ñaragato.

—Allá va Ño Miguel, el zambo de Naiguatá —comenta el espaldero.

Rodrigo apenas lo mira. Viejos y nuevos recuerdos se balancean en la montura.

¡Voy con todo lo que tengo contra todo lo que tienes!

¡Seis, seis, seis!

¡Muere perro traidor!

¡Ay Madre, me duele España!

¡Seis, seis, seis!

A paso calmo llegaron a La Vega. Frente a un rancho de cuatro horcones, en medio del camino, juega una niña con un gato. Tiene un mechón rojo; apenas camina; tira del animal entre balbuceos. Ñaragato la mira con irritada indiferencia. Los ojos se le incendian. No es un gato el animal de la niña. Es un cachorro de cunaguaro.

—¡Cuidado! —grita.

Una india sale del rancho.

—¡Mira, piazo e mujer —le increpa— el tigre que está con la niña!

—No hay cuidado —respondió con apacibilidad—. Esa muchacha es bruja. Los pájaros hablan con ella y las fieras del monte no le hacen daño. Ella es tu hija. ¿Lo has olvidado? Y haces mal en no recoger tu sangre. Ella murió hace dos lunas…

—Cállate a la jeta, india del cipote y quítame esa muchacha del medio si no quieres que me la lleve por delante.

El caballo dio un relincho antes de encabritarse tirando al suelo a Ñaragato. Rió gutural Rodrigo Blanco.

La niña desde el suelo los estaba mirando con ojos de gato.

Amo y espaldero prosiguen su marcha.

—¿Cómo es eso, Ñaragato, de que es tu hija?

—No sé si te acuerdas del cuento que te echara de la hija de Ño Miguel. Yo fui el espíritu de las aguas. Era igualita a la madre, a la que mentaban María la O, aunque tuviese el pelo largo y las pestañas de burro. Cuando se la robé a Ño Miguel la

escondí en una cueva que hay allá arriba en el cerro y me busqué a la piazo e india ésa para que me la cuidara. Hasta hoy, que me volví a encontrar con la niñita, no sabía más de ella. Ahora, que de ahí a que vaya a ser hija mía, ¡hay rato largo! Si uno fuera a llamar hijo a cuanto bicho uno le haya jurungado a la madre, no cabrían en la hacienda. Hijos para mi serán los que me dé Altagracia, mi mujer, cuando me case por la iglesia.

Rodrigo Blanco sonrió a media boca y a saltos de colibrí pensó en Juana Francisca, su hija, y en Rosalba: seis meses tenía de haber nacido y un fuego nuevo lo reconfortaba entre cálidos murmullos y una luz resolana. Rosalba al verla lo colmaba de ardor, furor y ganas, para dar paso luego a una regocijada mansedumbre. Su crueldad se batió en fuga. Siervos y esclavos lo comentaban con el torso erguido y preguntas perspicaces. El látigo apenas zumbaba. De un tiempo a esta parte nadie había muerto por malos tratos.

La negra Rosalía achacaba el milagro a San Marcos de León, domador del cielo que amansa al dragón.

La llegada del hijo de Diego García la conturbó grandemente. Intentó verle; pero terminó enviándole con Rosalba las memorias que Diego, en el camino del duelo, le confiara para hacerle entrega al mejor de sus hijos.

Rosalba de vuelta dijo a su abuela:

—Nicolás García se casa con Elvira, la nieta de Soledad…

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la negra juntando palmas—. ¡Qué sean muy felices los dos!

Elvira y Nicolás, con reciproco acento, se amaron y reconfortaron desde el primer momento. Soledad, gozosa, otorgó mano y hacienda.

—Como yo creo —sentenció aquel día— que cada quien debe estar en su casa y Dios en la de todos, les voy a hacer una en la antigua sentina de los esclavos. Así estaremos juntos y no revueltos.

Cantaron carpinteros y alarifes. Un nuevo muro: de la sala al samán cruzó el patio de Soledad. Cuatro cuartos de ventanas hacia adentro se construyeron. Al igual que ancho despacho, salón y portal propio asomado a la calle del naciente. Era casa sin cocina, sin cuadra y sin comedor. Era deseo de Soledad que la vida de los recién casados girase en derredor de su mesa.

Nicolás y Elvira se dedicaron a ser felices con entusiasmo y empeño. Ella era suave. Nicolás tierno y diligente. Impúdicos exhibían su dicha, lo que les valía toda suerte de comentarios.

Los recién casados lejos de abroquelarse en la casa chica, como temió Soledad, hacían las tres comidas, merendaban, rezaban, platicaban y recibían visitas en la vieja casona. Nicolás resultó un buen narrador. Ana María disfrutaba como nadie de sus cuentos e historias. Soledad, con ojos henchidos de goce, se decía que Nicolás era el

premio póstumo que el Señor le otorgaba al final de sus largos años de silencio y soledad.

Tan sólo la presencia de Rodrigo Blanco perturbaba a Nicolás. Tuvo que meterse en cama, poseído de un malestar delirante, la vez que se lo topó en la calle.

A los tres meses Elvira salió en estado.

—Yo quiero una niña —decía Ana María en la tertulia de la noche.

—Y yo quiero un varón —opinaba Soledad—. ¡Dios y hombre, mijita! Las mujeres no sirven sino para crear problemas.

En sus pupilas desvaídas trepidó una inquietud. María Soledad, su nieta, según lo había sabido, se bañaba desnuda en el río de la hacienda y andaba a caballo por el monte, cual marimacha, entre el peonaje. «Mujer joven y bonita es joya o pertenencia que no puede andar realenga».

Para apaciguarse concentró su atención sobre el vientre henchido de su otra nieta.

—Me voy a acostar —dijo Nicolás con voz de sueño—. Mañana he de madrugar. Voy para Barata con Francisco Marín.

Soledad arrebató la faz:

—¿Y qué vas a hacer tú a ese sitio maldito?

—Voy a ver unas tierras de pastoreo.

Bordeando el Guayre los dos mozos cabalgan hacia el Este. Marín de Narvaez, hijo y nieto de los primeros pobladores del Valle, es feo, larguirucho y cetrino, de ojos vivaces, acongojado por la pobreza, como la gran mayoría, y obsedido de castidad. Comparte y excede las creencias de Nicolás, de que la lujuria desbordada del Valle es la causante de muchos males presentes y por venir. Francisco Marín quiere ser rico.

—Un viejo soldado —le dice a Nicolás— me enseñó las señas que lleva una mina de oro.

—¿Cuáles? —pregunta el hijo de Diego García con avisada displicencia.

—Alrededor crece una hierba muy fina que se aguaita apenas y la tierra huele a mastranto y orín.

La imagen de su padre, borracho y cansado, se le vino encima: «Allí está la mina. ¡Fíjate bien! De eso depende que seas pobre o seas rico».

—Yo creo saber —dijo a Marín de pronto— dónde está la mina del Cautivo.

—¿Cómo? —preguntó el otro con encendida avilantez—. ¡Vamos allí!

Treparon hasta la roca del puño acusador. Con expresión escéptica Marín observó el suelo, arrancó yerbas. Luego de estrujarlas y de olerías detenidamente, dijo con desgano:

—Aquí no hay oro ni para un dije.

Cruzaban el Anauco en el camino de vuelta. Pablo Guerrero galopa hacia ellos.

—¡Apúrate! Tu mujer está pariendo.

Barriga alta. Contracciones intensas. Comadrona sombría:

—Esto viene mal. Llamad al cura.

Elvira murió en la tarde y Nicolás fue aventado por la desesperanza.

«¿Es que la muerte no cesa? —se dijo aquella noche entre sueños—. ¿Es que no habrá paz para mí? ¿Por qué, Dios mío, los canallas, los ladrones, asesinos y mentirosos pasan por el mundo sin que los abata tu ira? ¿Por qué los humildes, los sufridos, los desposeídos de gracia hacen de la dicha excepción?».

Y en el recuerdo de su mujer y de su hijo, en el de sus padres y sus nueve hermanos, ululó en la noche. Una presencia extraña le hizo abrir los ojos. Un viejo soldado de barba blanca y ojos azules lo miraba conmovido.

—¿Quién sois vos? —le interpeló con miedo.

—Yo soy el Cautivo, la causa de la muerte y del olvido.

Nicolás, Soledad y Ana María, cercados por el dolor de la ausencia, rezaban, comían y charlaban hasta que la noche se adentraba. Nicolás volvió a ocupar la alcoba que fuera de su padre. Y a menos de un mes volvió a sonreír. Su afecto y admiración por Ana María, su pequeña cuñada, iban en aumento.

«Lástima que no tenga dos años más —llegó a pensar—. A lo mejor algún día será».

En marzo llegó el nuevo Obispo, Fray Mauro de Tovar. Era un hombre de unos treinta y cinco años. Alto y robusto como un coracero, rubicundo, imperativo y apoplético. Tenía cuello y modales de toro, inquisitivo y mandón. A los alcaldes y regidores que fueron a presentarle sus cumplimientos, los miró hosco, restregando la mano con asco cada vez que besábanle el anillo.

—¿Con que éstos son los mandamás de la Provincia? —preguntó al padre Sobremonte a diez pasos de los capitulares, que ya comentaban la falta de cortesanía del nuevo Obispo.

Tres jóvenes lo acompañaban.

—Mis sobrinos, Manuel Felipe, Orduño y Martín de Tovar —dijo al padre Sobremonte, a quien de una mirada ratificó como secretario—. ¡Pero qué calor la que hace en este país! ¿Cuál será mi pecado para merecer tal expiación? —clamaba a voz en cuello—. Decidme padre Sobremonte, ¿y por qué son tan altas y verdes las montañas? ¡Ay, qué mal huele en este puerto! ¿Y dónde está el Gobernador que no sale a mi encuentro?

—Allí viene, Su Eminencia —se apresuró a decir el secretario—. Lo acompaña Don Rodrigo Blanco de la Torre Pando, acusado y perdonado por el Santo Oficio. Hombre feral y malvado. Son tal para cual el Gobernador y el Águila Dragante, que así lo mientan.

Ruy de Fuenmayor y Rodrigo, de rodillas besaron el anillo. Fray Mauro, sin dejar de restregar su mano dijo al General de Galeras:

—Ya echaba de menos vuestra presencia. No quise imaginarme que las disensiones entre vuestra excelencia y mi augusto antecesor, muerto por vos a punta de disgustos, habría yo de heredarlas.

Ruy de Fuenmayor frunció el ceño. Fray Mauro prosiguió:

—Conmigo, os participo, no tendréis problemas, si andáis derecho y como lo manda Dios…

—¿Y si tuerzo el camino? —respondió retador.

—¡Ah! —respondió el purpurado sin cambiar la modulación—, entonces conoceréis el fierro del combate. Por las malas soy una mezcla de San Pedro y del Gran Inquisidor.

—Extraño lenguaje el de Su Eminencia, para ser Obispo —soltó Rodrigo.

—Y adecuado el vuestro —respondió en un sesgo de sonrisa amarga—. Vuestro apellido es converso y según me cuentan fuisteis perseguido por el Santo Oficio.

Empalideció Rodrigo. Vio con ira a Fray Mauro y sin contenerse dio media vuelta, alejándose por el muelle.

—¡Señor de Blanco! —tronó el Obispo.

El Águila Dragante siguió sin volverse.

—¡Guardias! —llamó Fray Mauro— ¡detened a ese hombre!

Saltó Fuenmayor:

—¡Guardaos de dar esas órdenes por el bien de ambos. Yo soy el Gobernador y vos el Obispo!

Enrojeció indignado.

—Me debéis acatamiento.

—En cosas de religión.

—Y en lo terrenal.

—Erráis, Obispo.

—Veremos quién puede más.

—Lo veremos.

Y Fuenmayor, al igual que Rodrigo, lo dejó con la palabra en la boca.

—La guerra empieza —dijo sombrío a Sobremonte—. Veamos cuáles son nuestras huestes.

Soledad y Nicolás García cerraron filas al lado del Obispo al enterarse del enfrentamiento que tuvo con el Águila Dragante, junto con una vieja muy rica llamada Maripérez. Dos veces a la semana se reunían en conciliábulo entre tortas y pasteles.

En caballo encrespado llegó la noticia. Francisco de Bolívar al sorprender en adulterio a María Soledad, luego de amarrarla junto al mulato con quien la encontró fornicando, los cubrió de flechas hasta darles muerte. Para hacerlo más martirizado cubrió con sus dardos sus cuerpos. Sólo al final apuntó al corazón.

Francisco de Bolívar quedó sin sanción alguna. El doble homicidio había sido hecho en defensa de su honor —sentenció Fuenmayor.

—¿Y el volverlos un acerico —clamó el Obispo desde el púlpito— es venganza castellana o mala saña criminal?

Una pena honda tiraba de Soledad. En el corredor y con las manos cruzadas mira fijamente la efigie de San Jorge. Nicolás y Ana María, en silencio, contemplan su expresión desgarrada.

—¡Ay, Dios mío! —dijo de pronto Soledad con voz tenebrante—. Si viviera mi padre, mi hijo, o hubiese un hombre en mi casa…

Nicolás García, con el rostro color de yerba y los ojos encendidos, hizo un hueco en el suelo.

Es el día de Santiago. Los cohetes saludan al apóstol. Los vecinos parlotean frente a Catedral. Rodrigo hace corro con tres españoles nuevos. Nicolás García, transfigurado el rostro, se llega hasta él.

—¿Sois Don Rodrigo Blanco?

La gente se repliega. El Águila Dragante no pierde el perfil.

—Si ya lo sabéis, ¿para qué preguntáis tanto?

Resonó el pistolón. Rodrigo se llevó la mano al vientre y cayó derribado.

No murió a causa del disparo. A los dos meses ya caminaba. Nicolás fue llevado a juicio. Salvo contadas excepciones, los vecinos principales pedían la horca para Nicolás.

Ruy Díaz dictó sentencia:

—¡Nicolás García de la Madriz! —clamó en el Cabildo— queda condenado a la pena de exilio por quince años.

—¡Esto es una iniquidad! —voceó desde el púlpito Fray Mauro hecho un energúmeno—. Condenar al exilio a un niño que apenas rasguñó al malvado que aniquiló a su familia, y todo porque el uno es secuaz de quien nos rige. El que mal gobierna siembra el mal entre sus gobernados.

Soledad Guerrero, al conocer la sentencia, despojada de su natural comedido, corrió al encuentro de Fuenmayor.

—¡Qué mala puñalá te den…! —le gritó chirriante y enloquecida— y estando en pecado mortal, en un callejón oscuro y sin poderte confesar.

—Vamos, Doña Soledad —la contuvo Fray Mauro apareciendo de súbito—. Venid conmigo, que Dios hará justicia a los que la escarnecen en su nombre.

Llegó el día de abandonar la cárcel para marcharse al exilio. A la puerta lo esperaba, además de Soledad, Fray Mauro y sus tres sobrinos.

De rodillas recibió su bendición. Nicolás García, con ojos llorosos, se despedía de los pocos amigos que fueron a despedirlo. Un sacerdote anciano, con traje raído y paso vacilante, apareció de pronto.

—¡Padre Gil! —exclamó Nicolás al abrazar al cura de Valencia, su preceptor.

—Me enteré ayer de lo sucedido y vine a despedirme. Te traje esto. Son doscientos ducados de oro, que de algo te servirán. Olvidaste mis enseñanzas —le apuntó en tono suavemente recriminativo—. Olvidemos ahora el pasado y enfrentémonos al futuro. Natura y nartura te han dotado de claro juicio, mejor genio y mayor entendimiento. Durante esos nueve años he metido en tu cabeza todo cuanto yo he sabido del hombre, de la gramática, de las matemáticas y de la teología. Y a riesgo de ser inmodesto, en beneficio de ti mismo me veo obligado a decirte que alguna vez fui rector de Salamanca. Sólo que yo era fiel servidor y admirador de Fray Luis de León, cuyas sabias enseñanzas, si no las he errado, creo haberlas sembrado en tu mollera. Estás calificado por tu genio y conocimiento para ser uno de los hombres más valiosos en nuestra lengua. Esta carta que te entrego —y le presentó un grueso papel— será para mi hermano, que actualmente es rector de la Universidad Pontificia de México. Él te abrirá todas las puertas, siempre y cuando no le repitas a él ni a nadie lo que te he enseñado sobre el sentido y el valor del hombre. Las ideas de Erasmo, que hicieron la desdicha de mi sabio maestro, me aventaron también a este apartado lugar de las Indias, donde he de morir, si Dios lo quiere.

Desde la cumbre lanzó una mirada larga y hambrienta al Valle, absorbió la torre para llevársela en sus pupilas. El camino que entre plantíos y chaguaramos huía hacia Barlovento. El azul de las montañas; el rojo de los techos, el fulgor del sol contra los cuatro ríos. Caracas huele a vaquera, a flores, a miel. Sus campanas hablan, murmuran, protestan. Aquella es Catedral. Esa es San Mauricio. San Pablo el Ermitaño resuena bronca.

—¡Vamos! —le dijo con suavidad un soldado viejo color de pólvora con el rostro cruzado de verdes cicatrices—. Si se hace tarde nos agarra la neblina.

Con triste talante vio por última vez al Valle.

—¡Adiós mi Caracas! Yo que siempre te quise. ¿Por qué nunca me has querido?

—No es ella quien no te quiere —le dijo de soslayo y compasivo el soldado color de pólvora—. Los pueblos son de sus amos. Cuando nació tu padre, el Valle era del pueblo entero. En ese entonces todos eran Amos del Valle. En el día de su muerte apenas quedaban veinte. Caracas te ha sido aciaga porque sin saberlo ya no eres amo, ni tampoco dueño. Como no lo soy yo, a quien nadie inquieto con este antifaz de fuego.

—¿Quién eres, hombre sufrido?

—Soy el hijo de Ledesma, a quien los Amos del Valle robaron hasta el recuerdo…

88. San Bernabé y Fray Mauro

Fray Mauro, en solemne procesión, baja por la barriada del vicio, donde vive Rosalba con su abuela. Las calles son estrechas, torcidas y malolientes. El empedrado a medio hacer, enfangado y con desperdicios. Mujeres de todos los colores y borrachos en todos los tonos colman el sitio de continuo estrépito.

El Obispo aspersa el hisopo entre gruñidos:

—Arrepentíos malditos. ¡Oremos! ¡Gente indecente e impía! ¡Oremos!

El busto de Rosalba lo tienta.

—¡Acudid a mí ante cualquier duda! —clamorea viéndola fijo a los ojos.

La procesión cruza en la esquina.

Una voz de tinte ebrio canta a la retaguardia:

Qué triste está la ciudad.
Perdida ya de su fe.
Qué destruida será, el día de San Bernabé.
¡Quién viviere lo verá!

—Otra vez Ropasanta —comenta acongojada Rosalba—. Desde esta mañana no ha hecho otra cosa que cantar la misma tonadilla. Esta fastidiosísimo. Es por lo menos la sexta vez que se la oigo.

—Los amentes —sentenció Rosalía— son iluminados por Dios. ¿Quién sabe cuál es su augurio?

—¡Qué hombre tan pavoroso! —dijo Antoñita, la Fantástica, quien con una petaca y un guapo alférez tenía toda la pinta de irse de viaje…

Vengo a despedirme —añadió—. Me voy para La Guayra unos días. Llegó un galeón de Cartagena.

Rosalía tensó el arco de la boca:

—Te vas a asar con el calor que hace.

—Bueno, Ña Rosalía —respondió natural— para el tiempo que voy a pasar vestida. —Y batiendo sus petacas se fue con el alférez camino del Puerto.

—¡Y pensar que mi nieto Ramoncito anda con esa perdida!

Un canto salió del fondo:

Niño en cuna,
qué fortuna.
Qué fortuna,
niño en cuna.

—¡Ave María Purísima! —gritó presa de pánico.

—Pero ¿qué te pasa mama-abuela?

—El Cautivo, mijita. ¡El Cautivo cantando! ¡Dios nos coja confesadas!

Rodrigo Blanco, gemelo del siglo, a los cuarenta y un años es un hombre enhiesto, guapo y vibrante. Tormentosos los ojos vagan por el patio de La Vega.

Lleva a su hija en brazos. Dos años tiene Juana Francisca y es movediza y despierta. Un mal movimiento lastima sus heridas.

«Muchacho loco el tal Nicolás García, pero bragao y macho».

—La calor es de muerte —dice a un lado Petronila—. Son las ocho de la mañana y las chicharras cantan como si fuera mediodía.

Rodrigo suda. Un negro que pasa lleva la espalda mojada. Juana Francisca regurgita un buche ácido.

—El bochorno me la ha enfermado. Fíjate Rodrigo, hasta los pájaros se han ido. ¿A dónde se habrán marchado los condenados?

Rodrigo la mira y remira: «Mulata y zafrisca. Alcahueta de alma. Puta de nación. Barragana de aliento. Pervertida y maligna. Fornica como loca. El negro Pío la consuela en la hacienda. En Caracas, el pulpero de la esquina. ¡Quién tuviera una manchega para ama de leches! ¡No quieren venir! Petronila ama a Juana Francisca, y más puta que ella son las indias y las negras que la rodean. Rosalba se quedó en Caracas. En su casita del Caroata. Con Rosalía, su abuela. Venera el recuerdo de Diego García. Mete el ojo en el fogón al verme llegar. ¡Quiero a Rosalba! ¡Me gusta! ¡Me enerva! ¡Me cansa! Ella es la hembra, la rueda que no para, el hambre que no acaba. Era virgen al tomarla. A la semana conocía los cien caminos. No se entrega de una vez. Tienta con falsas huidas. Dice que no. Dice que si. ¡Qué me dejes, Rodrigo! Araña con sus pezuñas largas».

—¡Qué calor hace! —dice en voz alta—. Los pájaros no cantan. ¿Dónde están?

—No hay ninguno en la casa —le responde Petronila—. Tampoco los hay afuera. No los hay en el aire. Los perros aúllan.

Los perros siguen aullando. Los esclavos se encogen medrosos. Luces violetas cruzaron anoche el Valle. Rodrigo Blanco se sobrecoge. De sombrero cordobés y en traje campero de hombre, Adriana le está bailando en el aire.

La tierra onduló a sus pies. Una pared medianera se vino abajo. Se mecían los pilares. Los tejados se rodaban. Un gran puño golpeaba abajo. Saltaban las sillas, los pucheros, los escaparates. La tierra rugía. Un gran animal se abría paso.

—¡Terremoto! ¡Terremoto! —gritó un clamor entre ruinas.

—¡Mi hija, mi hija! —gimió Rodrigo.

Con Juana Francisca apareció Petronila.

—¡Rosalba! —gritó amarfilado.

Reventando caballos llegó a Caracas. Un mareo de estupor lo envolvió al ver el barrio de Rosalba a ras de suelo, cual si nunca hubiese existido. Un amasijo de

piedras y tejas rotas era todo cuanto quedaba. Un profundo silencio envolvía al barrio muerto. No se escuchaba ni un grito ni un llamado, ni un sollozo ni un lamento. Sólo había un horrible silencio. Un silencio sobrecogedor, mucho más terrible, más estridente que los mil cañones que una vez escuchó disparar en Flandes.

Rosalba estaba muerta entre las ruinas de su casa, abrazada al cadáver de la negra Rosalía.

Con el cuerpo frío entre sus manos se sentó a contemplarla. Acercó su cara para besarla y rompió en sollozos.

Una voz bronca y castiza exclamó a sus espaldas:

—Ese es vuestro castigo. Lo tenéis más que merecido por corrompido y malvado.

Era Fray Mauro de Tovar con ocho soldados, espadas desenvainadas.

La ciudad quedó destruida. La Catedral se vino abajo. Entre los muertos estaba Maripérez, quien ya había donado todos sus bienes a la Iglesia.

Al día siguiente, los vecinos, apesadumbrados, comentaban lo sucedido en la Plaza Mayor.

Desde el Palacio Episcopal cuatro cornetas reclaman atención. En el umbral se dibujaba la maciza figura de Fray Mauro de Tovar. Una recua de siete burros arrastraba el Obispo.

A horcajadas de las bestias cuatro hombres y tres mujeres, totalmente desnudos. Fray Mauro los fustiga con un látigo. Doña Jimena Ponte lleva un letrero:

Por fornicar con su hermano —proclamaba—. *Ninguno de los hijos que tiene es de su marido.*

Arriba de los otros burros los ancianos padres de los Navarro.

Por permitir la inmundicia.

Fray Mauro proclamó estentóreo lo que decían los letreros:

—Por crímenes como éstos el Señor nos abatió con su cólera. ¡He aquí a los culpables del terremoto!

—Di un salto hacia atrás —refería días después a Soledad— barruntándome que apenas soltase tamaña acusación una pedrea lapidaria a los culpables. Pero no. ¡Oh, pueblo de pecadores! Los presentes, antes de lanzar piedras, comenzaron a reírse de lo feas que tenía las nalgas la señora Ponte o de lo bien puestas que las tenía Doña Jimena. Con deciros que el mulato Ramoncito, el Susurrante, afirmó entre la risa de todos, que de haber tenido una hermana así, hubiese hecho lo mismo.

En la calle se rumoreaba —según le informó Pablo Guerrero a Soledad— que todo aquello no era más que una burda infamia de Fray Mauro, despechado porque Doña Jimena no accedió a sus requiebros pues tenía sus líos con Ruy de Fuenmayor. El Capitán General se presentó indignado espada en mano, llamando a Fray Mauro loco calumniador.

—¡Qué espanto! —expresó Soledad—. Mire que la gente puede ser mal hablada,

y que acusar al pobre Fray Mauro de mujerero, cuando es todo un santo varón.

«¡Santo! —dijo para sí Pablo—, será como San Lucas. Nunca había visto un cura más birriondo».

El incidente con Doña Jimena puso al rojo vivo el ya incandescente odio de Fray Mauro contra el General de Galeras.

A una semana del sismo se hizo cabildo abierto, para discutirse lo que habría de hacerse en el futuro con la devastada ciudad.

En una esquina de la gran mesa: Ruy de Fuenmayor; al otro extremo Fray Mauro; en medio, los capitulares; alrededor el pueblo y las dos guardias armadas: la del Obispo y la del Gobernador.

Fuenmayor, luego de una larga exposición, propone refundarla en los predios del cacique Chacao. Fray Mauro estalla:

—A nadie, sino a un descastado, se le puede ocurrir una barbaridad semejante.

Los capitulares, sorprendidos, se ponen en pie. El Gobernador cárdeno, descarga:

—Más descastado será Su Ilustrisima y la mala madre que lo parió.

—¡Ira de Dios! —rugió el padre Sobremonte arrebatándole la pica a un soldado. Carga sobre Fuenmayor. Un sablazo le partió el arma. El General de Galeras lo toma por el cuello.

—¡A él! —ordena Fray Mauro a sus hombres.

Un muro de sables cantó refriega. El Obispo y sus huestes se baten en retirada.

Estalla la guerra del balandrán. Fray Mauro y los clérigos en los púlpitos baten sus lenguas como bombardas.

—¡Águila Dragante! —vocea patético el Obispo—, ave de presa que siembra muerte, ruina y desgracias por donde pasa. Ved el caso del pobre Gualterio Mendoza, convertido en loco mendigante luego de prostituir a su hija.

—¡Bravo! —claman fieros Pablo Guerrero y Ño Miguel. El zambo se ha venido desde Naiguatá para sumar esfuerzos.

Arrestos y palizas ordena el Gobernador. Maldiciones, excomuniones y raptos el Obispo. Paquito de la Madriz y Dulce María su cuñada, son privados de la Eucaristía. Ño Ñaragato salva milagrosamente la vida en una emboscada. A la siguiente noche, los esbirros de Fray Mauro entran por sorpresa a la casa del Susurrante y de Antoñita la Fantástica, quien luego del terremoto abjuró su oficio y casó con su rufián.

Fray Mauro en su alcoba regatea con Antoñita el número de azotes que deberían propinársele a su marido:

—Que sean diez, Su Ilustrisima.

Rió Fray Mauro con Antoñita, mientras Ramoncito en el patio recibía la cueriza.

A la mañana siguiente Antoñita gozosa comenta a su marido, saliendo del Palacio del Obispo, que éste le ha prometido hacerla regenta de la Cofradía de Santa Rosalía de Palermo:

—¿Qué te parece el honor?

—Todo depende de lo que afloje el cura —responde el Susurrante, que a diario lamenta el arrepentimiento de Antoñita.

Fray Mauro acusa a los suegros del Gobernador, a los Vásquez de Rojas, de herejes y conversos. «Gente capaz de bailar con indecencia arriba del mismo Altar Mayor».

Fuenmayor hace apalear a Pablo Guerrero.

El padre Sobremonte organiza una poblada capitaneada por Ño Miguel para apoderarse de Fuenmayor. Heridas y cabezas rotas de parte y parte. Fuenmayor amenaza al Obispo de no poner coto a sus desafueros de llegar a los últimos extremos. Fray Mauro, al parecer, reflexiona: desde hace más de tres semanas sus partidarios y él dejan de hostigar.

Esa tarde los suegros de Fuenmayor entran a Catedral, como hacen todas las tardes, a rezar ante la tumba de sus antepasados. Fray Mauro al verlos susurra algo al padre Sobremonte.

Los mónacos, con discreción, piden a los feligreses que abandonen sigilosos el templo. La pareja absorta en sus oraciones cae en cuenta de que se han quedado solos en la iglesia vacía cuando se cierran con estrépito las puertas del portal mayor. Ladridos de perros grandes retumban en las bóvedas. Vásquez de Rojas se incorpora al comprender: son los mastines de Fray Mauro que por la sacristía avanzan contra ellos. Presto y a empellones sube a su mujer al altar. Cuando terminó de trepar, uno de los perros abría sus fauces sobre el tobillo. Enfurecidos, a grandes saltos, intentan alcanzarlos. El viejo lanza velas, candelabros y el mismo misal. Llega el perrero y se lleva los mastines. Vásquez de Rojas abraza a su guapetona mujer, llorosa, temblona y desconsolada. Súbitamente se abren las puertas de la iglesia. La gente, atraída por el escándalo que se escucha afuera, entra en tropel. Caras hoscas se tallan al verlos abrazados sobre el altar. Días antes Fray Mauro alertó a los buenos cristianos de la existencia en Caracas de muchos marranos que hacen profanaciones y celebran misas negras.

—¡Sacrilegio! —gritó Fray Mauro, destemplado, señalándolos con el índice—. ¿Qué hacéis, impía pareja, pateando el Tabernáculo con vuestros lascivos meneos?

Fuenmayor rescató a sus suegros cuando ya los soldados de Fray Mauro los aprehendían. Estalla de nuevo la guerra. El Obispo se atrinchera en el Palacio Episcopal. El General de Galeras al otro extremo de la Plaza y rodeado por sus tropas, se apresta a tomar por asalto el refugio del Obispo.

—¡Adelante! —dice a sus hombres, que con arcabuces a punto y en doble fila avanzan decididos por la Plaza Mayor.

De palacio salen cánticos y rezos mientras esperan la orden de Fray Mauro para disparar.

Un mensajero a caballo irrumpe en la Plaza.

—Los piratas —dice— avanzan sobre La Guayra.

Fuenmayor y Rodrigo otean la flota de William Jackson, de la cual están avisados, que con más de mil hombres merodea por el Caribe.[89]

—La situación es grave, no contamos con más de doscientos hombres de pelea.

Un clamor de hierros escuchan a sus espaldas. Un guerrero descomunal, de yelmo y coraza, camina hacia ellos, seguido por un centenar de hombres.

—¡Fray Mauro! —exclama sorprendido Fuenmayor.

El sacerdote con sus ojillos de cerdo le dice desdeñoso:

—¡Os salvasteis de chiripa! Vengo a defender con vos la causa de España.

Fray Mauro se batió con bravura. Jackson se retiró con grandes pérdidas. Fuenmayor emocionado intenta una reconciliación:

—Yo no perdono, Gobernador —respondió despectivo Fray Mauro—. Pasado el peligro las cosas retornan donde habíamos quedado.

89. Los piratas de La Tortuga

Esa mañana Ruy Díaz de Fuenmayor se le apareció en La Vega agitando un papel de muchos sellos y lacres.

—El Gobernador de Santo Domingo —dijo a Rodrigo— te ruega que lo acompañes a otra expedición contra La Tortuga. Tu experiencia es inapreciable. Grande ha de ser el botín. Cuba y Jamaica también darán su aporte. ¿Qué me dices?

En el puente de la nao capitana Rodrigo mira los farallones a pico que rodean la isla de los piratas. Sobre un castillo flota la flor de Lis. En otro torreón, el jabalí rojo de los Hermanos de la Costa. Desde 1640 el Caballero Lavasseur, a nombre del Rey de Francia, ocupa la isla. La fortificó y llegó con los filibusteros a un extraño pacto: en tanto le paguen el quinto real, además de gozar de su protección, quedan en libertad para seguir viviendo de acuerdo a sus leyes y costumbres.

Al lado de Rodrigo hay un hombre alto, gordo y panzudo.

Se llama Don Sebastián de Urquijo, cubano de origen y rico plantador.

—Este Lavasseur —dice— es un ser extraño, no sólo vive como príncipe entre esta maldita turbamulta de mendigos, sino que les impone su autoridad vestido de pisaverde: usa pelucas y jubones de seda en medio del calor del Caribe y cena con gran ceremonial cortesano de criados de librea y música de cámara. Es uno de los mejores ingenieros de Francia. Y ha construido esa fortaleza que, como veis, además de ser inexpugnable, adentro es uno de los más hermosos palacios renacentistas. Es tan zorro que la hizo cercando el manantial del único rio de la isla. Su cámara de torturas es una de las más completas del mundo. Su héroe por antonomasia es Luis XI, de quien copió la idea de guardar a sus enemigos en jaulas de hierro donde no

puede estirarse un hombre en ninguna posición. ¿Veis aquella torre norte? Allí construyó una troja de la cual penden como bananos, además de exóticas plantas, racimos de ahorcados.

Proclama el muy canalla que su mayor placer es pasearse bajo la sombra de sus víctimas. Llama jardín de los ensueños a tan espeluznante recinto.

Desembarcan los españoles.[90]Los piratas oponen resistencia. Rodrigo Blanco y Don Sebastián de Urquijo, al frente de un pelotón, desembocan en una plazuela ciega, cercada de tabernas y de una iglesia con torreón.

En la acera de enfrente se aglomeran sacos de henequén y barricas de vino.

—¡Olé! —apuntó Don Sebastián— aquí le rezan a Dios en medio de la jarana.

Disparos seriados muy a la izquierda revelaban el extravío.

—Subamos a la torre para atalayar el campo.

Rampa estrecha de seis vueltas los sube en espiral. A media legua: la fortaleza y el mar. Abajo los soldados desfondan las barricas y con alborozo beben, se bañan y mueren en vino, cuando una descarga cerrada, procedente de la iglesia, cae sobre ellos Cincuenta piratas emboscados hasta entonces salen del templo profiriendo gritos de muerte.

—¡Voto al diablo! —dice el de Urquijo—. Pasamos junto a ellos y no los vimos.

Rodrigo no lo escucha. Ojos y oídos van por la rampa. Un disparo y dos gritos de agonía.

—Ya venían por nosotros. Por los momentos no volverán, salvo que sean suicidas.

Abajo, la pelea sigue. Los españoles tras las barricadas disparan sobre los piratas que, a rastras, se aproximan. Por la calleja vienen refuerzos. Más allá, por encima de los tejados, la lucha prosigue. Los filibusteros toman la ofensiva. Los españoles bajan hacia el mar. Don Sebastián de Urquijo charla entre tanto:

—Nací en La Habana, pero de ascendencia totalmente española en tres generaciones. Detesto, como vos, este terrible proliferar de mestizos. Soy dueño del mejor ingenio de Cuba. Hace un año los piratas matáronme a un hermano. Juré vengarme. Por eso me tenéis aquí, a pesar de mi fortuna y de estar recién casado con la mujer más guapa de Cuba. La pobre se volvió nada apenas le dije que me iba a la guerra. Díjele yo: «Amor mío, el odio es superior al amor».

Un balazo le arrebató el sombrero.

—Mi mujer es una chiquilla —siguió verbigerante luego de una pausa—. No puede vivir sin mí. De las mejores familias de La Habana. Que yo para casarme tenía que ser con una mujer de solera. Para divertirme, las otras. De gente importante viene mi arraigo. Por mis venas va la sangre de Diego Velásquez, primer Gobernador de Cuba. Hernán Cortés estuvo babeado por una sobrina suya, pero como suponéis, le dimos con la puerta en las narices. ¿Quién podría imaginarse que de aquel pobre

hidalgo saliese un marqués?

Los piratas que reptan se yerguen contra las barricas, maldiciendo en cinco lenguas. La lucha cuerpo a cuerpo. La sangre y el vino suman barro. Cuatro soldados se rinden. De cara a la pared los amarran. Los piratas se echan al suelo. Displicentes otean hacia Rodrigo y su amigo.

La fortaleza de Lavasseur granea fuego grueso y certero. El palo mayor de la nao capitana se derrumba sobre el puente. Los cañones de la flota callan. El silencio se arrastra. Don Sebastián y Rodrigo con la cara huida, interrogan al aire. Tres cañonazos seguidos de una pausa responden.

—¡Retirada! y nosotros sitiados —clama el cubano—. Llegó la hora de vender caras nuestras vidas. ¿Estáis presto a morir por Dios y por España?

Rodrigo muestra sus dientes largos:

—Lavasseur es caballero. Pagaremos rescate y aquí no ha pasado nada.

Los encerraron en amplia alcoba de mullidas camas, alfombras persas y cortinas de brocado. Una escena de caza de Poussin centraba una pared.

Saliendo la luna trajeron la cena cuatro esclavos y en bandejas de plata: un gran pescado y dos faisanes trufados. De oro macizo los cubiertos; de Venecia el mantel; de Bohemia el cristal; de Borgoña el vino.

—¡Huhmm! —exclama con deleite—. Borgoña y mareado, buen cuerpo y añejo. Lavasseur es sin duda un caballero.

Al tercer día los invitó a su mesa. Era un cortesano de Luis XIII: acicalado, perfumado y lleno de encajes. Zapatos altos. Barba y pelo rizado. Tenía afectado el gesto y vacilante el habla. En su mano derecha un pañuelo de encajes que movía con donaire. Hablaba con soltura el español y con preciosismo el francés. Era chispeante y amable. Placíale el arte y la literatura, prefería a Góngora antes que a Cervantes. Plácele Fray Luis de León y celebra a Quevedo más que a Rabelais.

A su diestra una mulata enjoyada acariciaba a Rodrigo que, excitado por el vino, dejó fluir por sus ojos una deseosa florescencia.

—Sí os gusta —dijo el pirata al sorprenderlo— haré que os la enjaecen para esta noche. Aquí ninguna mujer es de nadie —añadió al calarle un desconcierto—. Pueden yacer con quien les plazca sin que nadie las importune con celos necios. En La Tortuga lo único que está vedado, ¡y os sorprenderéis! es la violencia y máxime si ella es por causa de una mujer. Si alguien saca un cuchillo por razón tan necia es ejecutado en el acto.

—No os decía yo —refunfuñó Urquijo— que todos estos franchutes son unos cabrones.

Lavasseur prosiguió:

—La razón de tanta liberalidad obedece a una necesidad política. Cuando la mujer escasea en una nación, como es el caso de las colonias fundadas por los

ingleses en el Norte, su prestancia aumenta y es ella quien, con sus vicios, a la postre conforma al hombre. Libre y realenga es de todos y no es de nadie; nunca es señora, dueña ni ama. ¡Aquí ninguna mujer es de nadie!

Luego de cenar, Lavasseur los invitó a conocer la fortaleza. Su estructura y apariencia era medieval. Adentro era un palacio renacentista, de mármoles rosados con amplias arcadas y ventanales abiertos al borde de unos acantilados a trescientos pies de un mar rugiente. Al otro extremo, en medio de un jardín de tupido follaje, estaba una alberca, que por singular disposición de hachones y de espejos, iluminaba como si fuera pleno día.

Seis mujeres de cuatro colores chapoteaban entre risas.

—¡Esto es el Paraíso! —celebró Rodrigo—. Nadie pudiese imaginarse que nos encontramos en la isla del Caribe. Esto parece algún lugar de Campania, de la Roma de Tiberio…

—El hombre es el único animal —responde el pirata— que hace jardines y también desiertos.

—No parece ésta la casa de un guerrero —observó bronco Don Sebastián.

—A Marte nada le impide andar de pico pardo con Dionisio y Afrodita, o sois vos de los que creéis que el valor del hombre debe ser como el del jabalí, hirsuto y maloliente.

Una semana más tarde Lavasseur volvió a invitarlos. Sentadas a la mesa estaban las seis bañistas y el Almirante William.

Jackson, el almirante inglés contra quien luchó Rodrigo el año anterior cuando puso sitio a La Guayra.

Era un hombre jovial y franco, que expuso sin empachos sus opiniones: los españoles han hecho inexpugnables a Veracruz y Cartagena, al igual que Cuba, Jamaica, Puerto Rico y Santo Domingo. Cada vez se nos hace más difícil caer sobre los galeones bien protegidos y armados. De ahí que hayamos cambiado de táctica atacando ciudades antes de andar por la inmensidad del Caribe como lobos hambrientos atisbando azarosos el paso de las víctimas.

—Las ciudades —interrumpió Lavasseur— son barcos anclados.

—Lo que no entiendo —alegó Rodrigo— es la razón de vuestro empeño en tomar poblachos como La Guayra y Puerto Cabello, que no suplen con un saqueo lo que gastáis en municiones.

—Vos mismo os dais respuesta: la meseta central donde está Caracas es inexpugnable. Bastan muy pocos hombres en las pocas abras que dan acceso, para mantener a raya un poderoso ejército. ¿Qué ha de suceder el día que logremos vencer esa resistencia y en vez de españoles seamos nosotros los que defendamos los pasos? Vuestra hermosa provincia pasará a ser rico botín ingles. España no tiene flota, como os lo demuestra su incapacidad para rescatar a Curazao en poder de los holandeses,

hace nueve años ya.[91]

—La era del oro y de la plata —intervino Lavasseur— ha dejado de ser.

—Acertáis, Gobernador: la verdadera riqueza es la tierra, donas, además de la ganadería y cultivos naturales, puede darse, y con buen clima: tabaco, cacao y diversas especies de gran cotización en el mercado. La pequeña Barbados enriquece nuestro erario. Venezuela, cien veces mayor que ella, servirá algún día para alojar miles de ingleses. ¿Comprendéis ahora, amigo mío, nuestra insistencia por establecernos en Tierra Firme?

—El vino os ha vuelto indiscreto… —intentó decir Lavasseur.

—No hay secretos —alegó Jackson— cuando la realidad salta a la vista.

—Habláis de Caracas con tal exactitud —observó Rodrigo— cual si hubieseis vivido en ella.

—No hay tal —añade sonreído el Almirante—. Por mucho tiempo fui segundo oficial del Capitán Amyas Preston.

—¿El que saqueó a Caracas?

—El mismo, exactamente.

—¿Qué sucedió con su vida? En Caracas es fuente de eterno enigma entre los viejos.

—Se asocia en sus empresas con Sir Walter Raleigh y corrió su misma suerte: fue decapitado junto con él en la Torre de Londres.[92]

90. Salú y la salsa de mayonesa

Luego de una sopa fría, que repugnó a Don Sebastián, al igual que los entremeses, trajeron un inmenso pescado. En una fuente primorosamente labrada, un esclavo ofreció a Rodrigo una salsa amarilla de gruesa consistencia.

—¡Umm! —gruñó Don Sebastián—. ¡Cuán apetitoso se ve!

—Es mayonesa —aclaró Lavasseur.

—Parece mantequilla.

—Tal fue su origen. La amante de Richelieu, que como toda suiza vive y gira alrededor de las excrecencias lácteas, lo amenazó con abandonarle cuando sitiaba a Mahón, de no suministrársele la mantequilla, agotada en el campamento por el uso excesivo que hicieron de ella los cortesanos para heridas y placeres amatorios. El Cardenal conminó al cocinero a encontrar de inmediato un sustituto para engañar a su amante. Viejas fórmulas, antiguos ritos, alquimia y magia parieron la salsa que ante vos tenéis y que en honor a la ciudad sitiada bautizaron mayonesa. La fórmula de la salsa, al igual que la cura de los escrófulas y las profecías de Nostradamus, era secreto real, hasta que el pobre Pierre —y señaló hacia un hombre que a golpes de ojo dirigía a los sirvientes— arribó el año pasado a esta isla en busca del jabalí dorado.

Pierre, para su desgracia, me dio a probar la divina salsa. Al igual que el Rey, quedé subyugado. Pedí la fórmula a Pierre. Se negó, empecinado. Le ofrecí fortuna. Siguió en sus trece.

Lavasseur bebió un trago de vino y añadió enturbiando la voz:

—Finalmente hube de aplicarle tormento. Probad, amigos míos, la salsa inmortal.

—¡Umm! —exclamaron, con deleite, Jackson y Rodrigo—. Es realmente una delicia.

—Oh, qué genio de los ingenios es la negra Salú —prorrumpió altisonante el pirata al probarla a su vez—. La salsa de hoy es una proeza digna de grabarse en bronce. La salsa de mayonesa, he de advertiros —añadió con unción— se fragua mejor si la hace una mujer. Y en forma superlativa si es hembra enamorada de su señor y éste desvela por ella, como es nuestro caso. Muero de ganas de folgarme a Salú, que es la mujer más hermosa tallada en negro que haya conocido. Pero me abstengo como el turco ante el vino, por miedo a romper el hechizo. Os voy a presentar a Salú —dijo en un rapto—. ¡Bien que lo merece!

Rodrigo al verla casi se irguió de su asiento: era una negra alta, cimbreante, cuello alto, de talla juncal, mirada viva y facciones preciosas. Algo, a partes iguales, tenía de cervatillo, pájaro de garra y pantera somnolienta. Sus ojos, conscientes de su esplendor, sonreían amables.

—Es la única mujer —proclamó Lavasseur con sorna, mientras Salú de rodillas besaba sus manos— que guardo con celo de berebere. Tres eunucos no la desamparan. Duerme bajo siete llaves en la torre oeste, y por si fuera poco, le hice poner cinturón de castidad, copia fiel del que nuestro Rey Luis el Monje hizo poner a Leonor de Aquitania.

91. Los Hermanos de la Costa

La Tortuga era una sociedad de compleja y variada estructura. Una lengua llamada papiamento se impuso paulatinamente en la Isla. Era una extraña jerga que tenía mucho de español, más de portugués, poco de francés y algo de flamenco. Piratas y corsarios de diversas banderas recalaban a juerguear y a emborracharse, hasta agotar el último escudo. Había una taberna por cada seis casas y mujeres libres que vivían en comunidad, sin que fuesen mancebas. Urquijo no terminaba de entender la diferencia.

¡Vamos monsieur! —le espetó a Lavasseur—. Están dispuestas a folgar, cobran por ello, viven juntas en casas que visitan hombres, con quienes danzan, se emborrachan y juegan. Si no son putas, decidme por Dios ¿qué son?

—No hay ricos ni mendigos entre los Hermanos de la Costa —apuntaba el francés otro día que paseaba por el pueblo—. Los reglamentos de la sociedad velan

para que sus socios no caigan en la miseria, sea por vejez, enfermedad o mutilaciones. Nadie, salvo los jóvenes de quince años que deseen ingresar a cofradía, es subalterno de nadie. Por tres años han de servir como esclavos y aprender la disciplina.

Lavasseur les designó como sirviente a un muchacho pelirrojo, despierto y sonriente. Su patrono había muerto meses antes en un asalto a Maracaibo. Era de genio expansivo.

—Nací en Bristol en 1631 —dijo a Rodrigo en un chapurriado español—. A los seis años me raptaron de mi hogar para llevarme a Barbados, donde trabajé como esclavo blanco en las plantaciones de caña. A los once años logré fugarme y vine a parar a La Tortuga. Dentro de un año dejaré de ser sirviente para ser pirata mayor. Entretanto os serviré con gusto. Mi nombre es Henry Morgan.

Lavasseur y Rodrigo prosiguen su ronda por el poblado:

—La traición y la deslealtad —dice— son para los Hermanos de la Costa los mayores crímenes. Son capaces de ir al mismo infierno para castigar a un traidor. Los he visto organizar costosas expediciones con el único propósito de ejecutar a un desertor o a un delator de los muchos que tienen en el Caribe.

—¿Cómo es eso —preguntó intrigado— de que tienen cómplices fuera de la Isla? ¿Qué clase de gente son?

—Son naturales del país, que por codicia están dispuestos a informar sobre el movimiento de los galeones de guerra y del oro y la plata. Tienen múltiples códigos y señales para comunicarse. El heliógrafo y las palomas mensajeras.

«¡Voto al diablo! —se dijo Rodrigo—. Con razón la creencia tan divulgada entre la gente del Caribe de que los palomares concitan la mala suerte».

—Los filibusteros —prosiguió Lavasseur— no menosprecian ni a negros, ni a indios, ni a mulatos, y los tratan de hermanos, lo que explica el gran predicamento y numerosos aliados que tienen entre la gente humilde.

92. Vendida en pública almoneda

La amistad entre Rodrigo y el caballero Lavasseur creció firme. Seguido del joven Morgan recorría incesantemente la isla, donde abundaba la cacería de los pécarí, que hicieron la desgracia de Pierre, el cocinero. Urquijo detestaba al pelirrojo, a quien tildaba de charlatán y entrometido. Los días de luna llena, y entre gran ceremonial, Salú servía la divina salsa. A Rodrigo, Salú se le fue haciendo obsesión. La negra, al adivinarlo, lo miraba de soslayo con sonrisa cubierta. Jackson, el Almirante, le comentó con sorna:

—Sí os place puedo brindaros un abrelatas.

A la semana, el Almirante zarpó hacia el Sur. A las seis semanas regresó a la isla

luego de saquear a Maracaibo. Un mes más tarde volvió a partir con más barcos, hombres y municiones. Una piragua trajo la noticia: Jackson, a nombre de Inglaterra, se había apoderado de Jamaica.[93]

Al año, camino hacia Inglaterra, recaló en La Tortuga. Había evacuado a Jamaica.

—En la isla abierta con tan pocos hombres, la posición es insostenible. En cambio —añadió reticente— si algún día llegara a ponerle la mano a Santiago de León… otra seria nuestra suerte, Don Rodrigo.

Ya mordían los primeros meses del 45 y no llegaban los treinta mil ducados del rescate, a pesar de las repetidas misivas enviadas a Ruy de Fuenmayor.

—Ya he enviado recado a los míos —afirmó Urquijo ante Lavasseur— para que me envíen a la mayor brevedad los cuarenta mil ducados que debéis al caballero Lavasseur.

—Me ofendéis, señor de Urquijo —saltó el Gobernador—; el rescate y el quinto es parte de mi oficio y a ellos me ajusto, pero a la hora de conceder mercedes no sois vos quien ha de enmendarme la plana. Si antes de tres meses no ha llegado el rescate de Don Rodrigo, será libre por cuenta mía. Estoy seguro de que al llegar a su tierra habrá de cumplir sus pactos de caballero.

En la decimoctava luna en que probaron mayonesa salió a relucir por cuenta de Rodrigo —lo que no había hecho hasta entonces— sus pleitos y disensiones junto con Ruy de Fuenmayor contra Fray Mauro de Tovar, el terrible Obispo, refiriéndole, achispado por un excelente coñac, el caso de Doña Jimena y de Ramoncito el Susurrante y la salerosa Antoñita. Lavasseur por primera vez lo miró cejijunto.

—¿Sabéis por casualidad que vuestro amigo ya no es el Gobernador de Caracas? Desde febrero del pasado año gobierna Don Marcos Gedler y Calatayud. Ahora comprendo —añadió enigmático— por qué no ha llegado vuestro rescate—. Escribid de nuevo a vuestro amigo. Estoy seguro de que esta vez la carta llegará a su destino.

Antes de seis semanas llegó carta de Fuenmayor y la suma pedida:

… gracias a Paquito de la Madriz —decía en algún lugar de su carta— a quien un mensajero de los piratas le hizo entrega de tu misiva, terminamos de saber de ti. Con el sigilo que recomiendas te envío el dinero. Espero verte pronto. Tu amigo, Ruy.

¿«Conque Paquito de la Madriz? —rumió iracundo Rodrigo—. Yo no me trago el cuento que le echó a Ruy. Con lo hi de puta que es le sale pintado ser el confidente de los piratas».

Una estrepitosa duda sucedió a la sospecha:

¿«Quién es el otro confidente de los piratas que no hizo llegar mis seis cartas a Ruy de Fuenmayor, el encargado de mis bienes? Es alguien que me detesta innecesariamente. ¿Pero quién podrá ser»?

Enumeró en su mente los presuntos culpables, pero eran tantos que se extravió en un delta de hipótesis. Lavasseur se negó en redondo a dar el menor indicio de sus

cómplices en Caracas.

—Al igual que los médicos y los curas, guardamos bien el secreto profesional. Es inútil, no insistáis.

—Pensad siempre —le aconsejó, igualmente reticente, Henry, el pelirrojo— en quien menos podáis sospechar.

—Te daré cien doblones de oro si me dices su nombre.

—Lo desconozco, y de saberlo, no os lo diría por todo el oro del mundo.

Días antes de marcharse Rodrigo, cenaba con el caballero Lavasseur. Deploraba esa noche, según acababa de enterarse, la muerte de Francisco Quevedo.[94]Sirven unos mariscos con la celebrada mayonesa de Salú. Apenas llevó a sus labios el primer bocado, Lavasseur, demudado, echó la silla hacia atrás:

—¡Traedme de inmediato a Salú! —bramó fuera de sí.

Apenas apareció, Lavasseur, hecho un poseso, la apuntó con el dedo:

—¡Salú, je suis cocú, esta salsa es una mierda!

—¡No, mon dieu —solloza la negra—. Mon signeur je te aime toujours!

—¡Mientes, bellaca! Le has entregado tu doncellez a alguien, privándome para siempre de mi mayor ventura. Serás vendida —sentenció patético— en pública almoneda en los mercados de San Cristóbal.

—¡No, no! —gritó desgarrada—. ¡Antes prefiero vivir en tus mazmorras! ¡Compasión, monseñor!

A una señal la sacaron a empellones.

Rodrigo, aquietada la iracundia, dijo a Lavasseur:

—Ya que pensáis venderla, os la compro. Para mí sigue siendo la mejor cocinera que he conocido. Si no os importa quisiera llevármela a Venezuela.

Lavasseur con la cabeza entre las manos vio con afecto a su huésped:

—Señor de Blanco, nadie mejor que vos para guardar la joya deteriorada. ¡Os la regalo en prenda de amistad!

93. El Pez que escupe el agua

—Os voy a entregar a Salú ahora mismo —dijo al levantarse de la mesa—. Vayamos al torreón de los eunucos.

Al final de un sendero estrecho se llega a una torre, emplazada en una colina de espaciosa vista. Una plazuela centrada por una fuente con un pez de piedra.

—Traedme a Salú —ordenó a los espadones.

—He aquí a tu nuevo dueño —dijo a la negra—, y vosotros —espetó a los eunucos— preparaos a bien morir.

Al volverse, se detuvo ante la fuente, puso el pie en el brocal y miró a la luna con ojos de agonía. Rodrigo a su lado contemplaba al gargólido, absorto en el chorro de

agua fresca y bullente:

—Hermosa fuente, Excelencia.

El Pez, ante sus palabras, lanzó el chorro hacia arriba, a tiempo que emitía un silbido melodioso. Lavasseur y Morgan, el pelirrojo, que los escoltaba, rieron a carcajadas:

—Le habéis gustado al Pez, Don Rodrigo. ¡Ved cómo os saluda!

Para su mayor sorpresa el gargólido cambió el chorro vertical por una garúa fina.

—¡Fijaos! —observó con regocijo el pirata— está en el colmo de la emoción. De no haberle caído en gracia os habría hecho una trastada.

El Pez por segunda vez elevó el chorro tres varas y lo sesgó en espiral.

—Eso quiere decir que os admira mucho. La última vez que se lo vi hacer, fue con el almirante Jackson. Es un pez muy cortesano. Tan pronto se rumora que alguien es, o puede llegar a ser muy importante, comienza con esas señales de efusividad. Me lo regaló Su Graciosa Majestad, el Rey de Francia, por no poderlo soportar. Jacobo de Inglaterra se desprendió de él donándoselo con engaño a Enrique IV de Francia, al comprobar que un duende lo animaba. Cuenta la historia que este pescado que aquí veis, es el Príncipe Piscis, hijo del Rey Arturo y de una ondina a quien el Gran Merlín hechizó, harto de sus diabluras.

A causa de alguna extraña afección, o por tener, seguramente, apéndice de sirénido, según se rumoraba, el chico, empero ser mudo, era la mar de vivaz, burlón y entrometido. Tenía que vivir en una bañera en forma de copa alta, ubicada en la misma sala del trono, justo frente a la célebre mesa redonda donde Arturo se reunía con sus paladines. El Príncipe Piscis, asomado en su copa, seguía con atención las discusiones del Rey, su padre, con sus consejeros, mostrando entre chiflidos y juegos de agua su protesta o burla cuando alguno de ellos desbarraba o mostraba talento lisonjero. Detestaba particularmente al Caballero Galaoor, el del Santo Grial, por torpe y obcecado. Merlín era su víctima preferida, hasta el punto de que, antes de un mes, su prestigio de viejo mago estaba por el suelo. El Rey, a pesar de las quejas de sus caballeros, negábase en redondo a trasladar a Piscis a otra parte, ya que sus mofas y travesuras le servían para contener a sus consejeros en discursos excesivamente largos o que dijesen falacias o cosas banales. Una noche murió el Rey Arturo; llegó para Merlín la hora de la venganza; tan pronto se reunió el Consejo de la Corona y Piscis le mojó la barba, el mago con uña clamante díjole:

—¡Vuélvete piedra y fuente y recupera tu forma primaria luego de cuarenta días y cuarenta noches de vivir entre grandes, sin oír tonterías, lisonjas y falacias!

Merlín, que al parecer no conocía a los hombres, condenó al pobre Piscis para toda la eternidad: lleva ya once siglos y medio en ese estado.

—¡Qué maravilla! —expresó Rodrigo, embobado.

—Pues a mí —observó Lavasseur— me tiene harto. Nunca me ha gustado: me

parecen cosas del demonio.

El chorro le dio de lleno en la cara.

—¡Maldito! —chilló Lavasseur—. Ahora mismo te haré demoler. ¡Henry! —ordenó—. ¡Ve en busca de dos maceras para que de una vez por todas salgamos de este esperpento!

El Pez encogió el chorro y ululó lastimero.

—¡Por favor! —suplicó Rodrigo— no lo destruyáis, os lo compro ahora mismo y por la suma que os plazca.

Lavasseur se dio vueltas:

—Vamos. Don Rodrigo —respondió amoscado—. Qué mal me conocéis Yo seré pirata, pero comerciante, nunca. Os lo regalo de mil amores, pero no lastiméis mi pundonor.

94. La sangre del Senegal

Rodrigo, Salú y Don Sebastián de Urquijo, llevados por los piratas, desembarcaron a mediodía de camino de La Habana. Al mediodía siguiente llegaron al ingenio de Urquijo. No había mentido. Su casa era magnificente y demasiado hermosa su mujer. Una chica muy joven quien al verlo se colgó llorando a su cuello entre ruidosos aspavientos del hacendado.

—¡Cálmate nena! No es para tanto. Te presento a Don Rodrigo de Blanco, gentilhombre español radicado en Caracas.

La mujer lo vio a los ojos…

—Me llamo Dolores —dijo.

La mujer de Urquijo, a pesar de su juventud, era lúcida, alegre y acertada en el juicio, con un trasfondo de fogosa sensibilidad soñadora que declaraba a gritos —aunque lo encubriera— el aburrimiento que le producía su marido. Don Sebastián le daba el mismo trato condescendiente que otorgaba a los tres chiquillos de su primera mujer, despertándole mofa e hilaridad sus opiniones.

Salú, la bella esclava que por Rodrigo Blanco perdió sus facultades para hacer mayonesa, decía en su español chapurreado:

—Don Sebastián ta punt de perdé a su mujé. Más pesá que cañón vié. Cogé mujé pa ti, que está contí cual mantequí tempo e caló.

Dolores, como afirmaba la esclava, tecleaba sin compromiso notas imperceptibles. Día a día, hora por hora, progresaron los escarceos, hasta que a la orilla de un sendero la poseyó con furia.

Por todo el tiempo que le restó en el ingenio, Rodrigo amó a Dolores con pasión desbocada: en las casas vacías; entre los cañaverales y en la misma capilla una tarde que el deseo apremiaba y la ventisca de un huracán ponía cadenas al descampado.

Faltando una semana para embarcar, Dolores dijo a Rodrigo:

—Estoy embarazada y por mis cuentas es hijo tuyo. De ser varón llevará por segundo nombre el de Rodrigo: Sebastián Rodrigo de Urquijo.

A tres días de navegar, Salú le hizo saber que su vientre había recibido, con igual beneplácito, su simiente:

—¡Mientes, bellaca! —estalló Rodrigo—. Tú no puedes parir un hijo mío. Antes te tiro al mar que permitir que la sangre de un emperador se bastardee con la tuya.

De no haber pasado el capitán hubiese cumplido su amenaza. Salú contó una mentira nueva, donde había un irlandés que la tomó y retomó entre aquel día que la hizo suya y la noche un mes atrás que volvió sobre ella.

Tres semanas duró la travesía. El 29 de julio de 1645 llegaron a La Guayra.

A tres años de haber partido no encontró mayores cambios. Ruy de Fuenmayor advertido de su arribo a La Guayra salió a su encuentro.

—¿Y ésta? —preguntó mirando goloso a Salú.

—La mejor cocinera del mundo —respondió seco.

—Por lo menos tiene cara de sancochar bien los huevos.

Al cruzar el Caroata apareció a su vista el campo de ruinas donde antes quedase el barrio de Rosalba. Lo impresionó la soledad y el silencio.

—La gente —dijo Ruy— le ha tomado aprensión al sitio. Los curas les han hecho ver que, como Sodoma, es vivo ejemplo de la cólera divina. Y la verdad es que aqui ni los pájaros cantan. El silencio que lo envuelve es tan grande y sobrecogedor que así llaman ahora lo que años atrás fuese lugar de ruido y alegría.

—Desde que te marchaste —prosiguió el general de galeras— las cosas han cambiado demasiado. Fray Mauro se ha fortalecido a más no poder y en particular desde que le hice entrega de la Gobernación a Marcos Gedler y Calatayud[95]quien, a pesar de ser un vale corrido y de odiar al Obispo, nada puede hacer ante el poder del maldito cura empeñado en hacerme la vida imposible. No pierde oportunidad desde el púlpito o en los Cabildos abiertos para emplazarme como prevaricador, tirano y alcahuete de todas las malas acciones que se han ejecutado en la Provincia. Soledad Guerrero, que después de ti es la más rica en tierras, esclavos y propiedades le brinda apoyo incondicional.

Juan de Herrera y Pacheco, que en una época fue tan buen amigo nuestro, se ha pasado con armas y bagajes al campo de Fray Mauro, al igual que Lorenzo Martínez de Villegas y Antonio Pacheco.

—¿Y a que se debe tan brusco cambio?

—Al muy desgraciado, que les ha metido en la cabeza a los criollos ricos que nosotros los españoles los despreciamos y que tan solo aspiramos a quitarles su riqueza.

—No yerra el maldito —respondió gutural—. No hay cosa que mas deteste que

estos ensoberbecidos criollos dándoselas de hijosdalgos.

Tan pronto pisó su feudo miró satisfecho los campos bien labrados, los recuadros de caña dulce, el ganado gordo, los ingenios humeantes.

—Todo eso es obra de Ñaragato —le apuntó Fuenmayor— que podría ser todo lo criminal que se quiera pero que te es fiel a ti como un perro de casta. Con decirte que se me ofreció para meterle una puñalada a Fray Mauro para que no me siguiera fregando.

A mitad de camino salió a su encuentro Paquito de la Madriz quien luego de mirar a Salú dijo con sorna a Rodrigo:

—¿Y cómo vas a hacer ahora con dos frentes abiertos? Allá debe estar la Dulce María que se revienta de buena, escarranchada esperándote.

En el corredor de la hacienda lo esperaban Petronila y Juana Francisca.

—Mi amor, mi vida —clamó Rodrigo alzando a la niña en vilo. Seis años cumplidos tenía y era hermosa y limpia como Rosalba, su madre. Sin hacer caso de las zalemas de Petronila, ni del resto de los vecinos que acudieron a saludarle se fue de la mano con su hija paseando por los jardines, disfrutando con goce espléndido de sus palabras y reflexiones. Era una chica vivaz, alegre y preguntona.

Cuando volvió de retorno se encontró con Dulce María, esplendida y fresca como sábana de olán. Haciendo caso omiso de los presentes la llevó a su alcoba, mientras Petronila, suspicaz de lo que Salú pudiera ser para Rodrigo, se esmeró en atenderla, ubicándola en una buena habitación muy cercana a su amo.

—Aquí todos somos muy unidos. Es una misma familia. No hay ni blancos, ni negros. Déjame presentarte a mi hijo Ruperto.

Ruperto Bejarano, ya traspuesta la veintena, era un moreno bien parecido, alegre y jactancioso, y a quien Rodrigo de siempre había detestado. Servía de sargento a solicitud del mismo Rodrigo en la guarnición de La Guayra.

—Gusto de conocerte, preciosa mujer —dijo a Salú, quien sin dejar de sonreír lo miró con indiferencia.

Luego de larga siesta, Rodrigo salió a recibir a los felicitadores y cumplimenteros seguido por Dulce María, quien, sin mostrarse posesiva, hizo un sesgo para charlar con Salú, convertida en centro de atención de todos.

Juan de Ascanio, radiante hasta el paroxismo, le dijo a Rodrigo a los pocos minutos de haberlo saludado:

—Te doy mil pesos por esa negra. Si no me la vendes soy capaz de robártela con uso de la fuerza.

En el salón también lo esperaban los hermanos Santiago y Domingo Liendo ya bien ubicados en la vida del Valle por sus matrimonios con criollas ricas. Otro tanto había hecho el capitán español Bartolomé Rivilla Puerta. Alonso Rodríguez Santos, de español sin fortuna se había labrado una gran posición tanto por sus ejecutorias

guerreras como por la vía conyugal. Dos caras nuevas estaban con sus amigos. Juan de Ascanio hizo las presentaciones: Diego Gedler, el sobrino del Gobernador, ya casado con la hija de Rivilla Puerta, y el Capitán Diego Fernández de Araujo, un bizarro soldado, alto, fuerte y gritón. Paquito de La Madriz, totalmente ebrio, intentó meter baza en la tertulia. A una señal de Rodrigo, Ño Ñaragato lo llamó aparte y le pidió amenazante que se largara.

Rodrigo, desde los primeros escarceos con las águilas chulas, como los seguían llamando los criollos, percibió un aire de derrota. Ya no había en sus palabras y gestos aquella agresiva altivez.

Uno a uno y en diversas tonalidades le fueron confirmando lo que ya Ruy de Fuenmayor le había advertido. Por obra de Fray Mauro los hasta entonces apocados criollos cerraron filas y si en la generación de sus padres y abuelos el yerno desplazó al hijo en la posesión de sus privilegios y riqueza ahora la línea del varón se imponía sobre la hembra. La totalidad de los presentes, salvo Fernández de Araujo que permanecía soltero, habían matrimoniado con criollas de familias principales comenzando por el mismo Ruy. De modo que sus desdeñosas palabras contra los hidalgo, no solo no encontraron resonancia sino apasionados defensores que por obra de sus hijos se habían enraizado de tal forma al país y a su gente que hasta reaccionaban con acritud cuando algún español como Fernández de Araujo, se permitía expresiones desdeñosas.

—¿De modo que los mestizos os han metido las cabras en el corral? —preguntó al grupo entre sonriente y punzante—. ¡Cómo se ve que no podéis vivir sin mí! Pues desde ahora mismo emprendamos la lucha para recuperar el tiempo perdido.

—¡Bravo! —exclamó Fernández de Araujo batiendo las palmas, pero con excepción de complacientes sonrisas no encontró palabras de apoyo entre los españoles.

Rodrigo, paulatinamente, se fue encolerizando:

—Yo no me explico —clama irritado— que gente como vosotros, de preclaro linaje, libres de moros y judíos, vengan a empuercar vuestra estirpe casándoos con una criolla, con esa sangre india y negra que les corre a raudales.

Un bronco rugido de protesta se oyó en la sala. Proseguía sin arredrarse:

—Yo no he de casarme con ninguna nativa de esta tierra. No hay mujer en ella que me sirva a mí.

—¡Exageras, hombre! —protestó Juan de Ascanio, el vinatero—. Aquí, como en Canarias, hay de todo: españoles puros y gente de otra nación y color.

Rodrigo afirmó silbante sin hacer concesiones a las caras descompuestas:

—Aquí no hay una sola criolla libre de la sangre maldita.

Diego Gedler, sobrino del nuevo Gobernador y casado con una criolla dijo:

—Con la venia de Vuesa Merced, a quien estoy conociendo y admiro muy de

veras, soy de la misma opinión de Juan. En el año que tengo en Caracas, además de mi mujer, flor de España traída a estas tierras, hay innumerables chicas que en nada se diferencian de una gran dama española.

—¡Decidme presto, do está ese portento! —expresó burlón— para matrimoniar con ella al momento.

—Pues ahí tenéis el caso de Ana María Mijares de Solórzano, criolla de pura cepa, descendiente directa de los conquistadores. Además de ser guapa a más no poder, es un portento. Habla con perfección el castellano; tiene la agilidad de una andaluza y encima es blanca de cabeza a pies.

Un murmullo de aprobación salió de los presentes.

Rodrigo, alterado, restalló rabioso.

—No puede ser blanca. Su abuela es mestiza.

—¡No digáis tonterías, Rodrigo! —intervino, malhumorado, Ruy de Fuenmayor —. Doña Soledad Guerrero es hija de padre y madre españoles, al igual que su marido.

Al día siguiente se dio un recorrido por la ciudad. Antoñita la Fantástica había montado un negocio de artículos religiosos con la ayuda de Fray Mauro. Rodrigo soltó la carcajada al verla vestida de hermana lega, sin que para nada hubiese variado el aspecto de dama confusa que exhibía en sus tiempos de ramera.

—¡Ay, qué susto me habéis metido, Don Rodrigo Blanco! Ayer me enteré de que habíais regresado.

—Y ¿por qué te has disfrazado de tal guisa? ¿Es que acaso quieres refrendar la sentencia «de joven, puta y de vieja, beata?».

—¡Ay, Don Rodrigo, guardaos bien de decir tales cosas! ¿Sabéis que hace dos meses tuve un hijo a quien puse Adalberto?

—¿Hijo de Ramoncito, el Susurrante?

—Por supuesto, Don Rodrigo, o ¿por quién me tomáis? Desde que decidí apartarme de la buena vida, fuera de mi marido no hay otro hombre para mi, salvo el que me impuso Fray Mauro como penitencia.

—¿Cómo es eso? ¿Quién es el feliz hombre que dándose gusto os da expiación?

—Pues el mismo Fray Mauro. Al percatarse del disgusto que me produjo su enorme vientre y descomunal peso, me dijo: «Toda penitencia debe implicar la práctica de algo que nos disguste. Folgarás dos veces a la semana conmigo». Y así ha sido. Soy muy acatada en la ciudad, gracias a su apoyo y el negocio anda tan bien que ya tenemos casa propia y cuatro esclavos.

—¿Y si yo te propusiera el que hicieras penitencia?

—¡Ay, por Dios Don Rodrigo, que sois el demonio! Pero venid por aquí, una caridad se le hace a cualquiera.

95. ¡Ay, Soledad!

Llega Rodrigo a las riberas del Guayre: los vecinos hacen feria en la pradera. Ana María Mijares pasa prendida del brazo de dos amigas. Tiene hermosa la faz, bellos los ojos, repolludo el cuerpo. Alguien grita:

—¡Cuidado, se soltó un toro!

Un toro empitonado embiste contra Ana María. Rodrigo acicatea el caballo y la toma en vilo cuando ya la agarra.

—¿Quién sois, valiente caballero? —pregunta arrobada al verle a su salvador, guapo el perfil, viril el gesto.

—Rodrigo Blanco, para serviros. ¿Y vos?

—Juana Rivilla —mintió, alelada, al darse cuenta de quien tenía por delante.

Sorprendido por el atractivo de la chica la escoltó calle arriba. Cuando llegó a su casa ya iba cautivado por su tronío y lucidez.

—Me despido, valiente caballero. Aquí vivo yo. —Y a cuatro saltos huyó por el zaguán.

Rodrigo gritó arrebatado:

—¡Decidme cuando os puedo ver! ¿Tenéis novio? ¡Os amo! ¡Os amo desde que os vi! ¡No os vayáis! ¡Esperadme!

—Esa chica que tanto te ha impresionado —dijo a sus espaldas y con sorna Juan de Ascanio— es Ana María Mijares de Solórzano, la nieta de Soledad Guerrero.

—¡Joder! Esto es lo que se llama nacer desaborío.

Y rabioso caminó lo andado, con perfil y garras de grifo.

Desde España ninguna mujer había despertado en él la sensación de compañía que sintió con la nieta de Soledad Guerrero.

Con la mirada desvaída y el corazón gozoso tomó camino hacia la hacienda.

La imagen de Ana María se le vino encima: era rosada, gordezuela, dulcemente charlatana. Al abrir los ojos, vio, malhumorado, hacia la mulata Petronila.

Es también abuela de mi hija. Tiene el cabello negro y pajudo Juana Francisca. Casta fuerte que no se extingue. Sangre arriba de la negra que preñó el Cautivo y en Rosalba se asomaba Rosalía.

¡Es morena mi hija! Tiene su misma nariz, sus mismos dientes. Dientes blancos, muy blancos. ¡Dientes de caníbal! ¿Es blanca Juana Francisca? De quinterón y blanco, tente en el aire. Negro que aún puede retornar. Mi hija es un tente en el aire. ¿Y si hallo un nieto salto atrás?

—¡Juana Francisca! ¡Ven acá! ¡Muéstrame las encías!

«Son rosadas».

—¡Pon la mano así! Di conmigo: casarme he con un español, de padre y madre española, blancos como la leche, con el pelo de oro. ¡Petronila, eres mi testigo!

Rosalba, Rosalba, alba, la de las pezuñas largas. ¡Qué buenas uñas tienes! ¡Qué

buena bemba, mi zamba!

No ha habido nada más hermoso que aquella que fue mi hembra. Indias y negras. Arena del rio. Gritos y sangre. «No, mi amo. Mira que nos ven». No hay misterio ni encantamiento. Son como las frutas. Se toman en rama. Con la mano. En las quebradas. En las almohadas. ¡Ay, Castilla! ¡Qué me deshonráis, señor! ¡Ay, Caracas! ¡Vente pa'cá, mi amo! ¡Vamos a retosá! Soy doncella. ¡Campesina pero honesta! ¡Ay, Castilla! ¿Cómo te llamas? Raro que seas virgen. ¡Ay, Caracas! ¡Ay, princesas de mi tierra! ¡Ay, mucamas rezanderas! ¡Ay mis negras reventonas! ¡Ay, mis zambas revoltosas y mis mulatas en flor!

—¡Mujer de Dios! —gritó Soledad a su nieta—. ¿Dónde estabas metida? ¿Qué fue lo que te pasó con un toro que me han contado?

Lloró la abuela con lágrimas muertas.

—¿Y cómo dices que se llama?

—Juan de Salas —respondió, sin titubear.

A las dos horas ya sabía quién era el hombre del caballo negro.

—¡Más te hubiese valido estar muerta que deberle la vida a ese desgraciado!

—Es que yo no entiendo —respondió Ana María— ¿por qué he de odiar a ese señor?, por más que yo quiera a Nicolás García como si fuera mi hermano. Fue Nicolás quien trató de matarlo… él no le hizo nada.

—¿Es que acaso ignoras, desventurada, que le exterminó a su familia? ¿Qué Diego, su padre, era mi hermano y muy querido?

—El señor de Blanco no tuvo la culpa —repicó la moza—. Todo fue obra de la fatalidad. Fueron los García los que comenzaron el pleito y el otro que no es mocho…

Soledad, jadeante, silbó de rabia:

—¡Cuándo se derrama la sangre de los tuyos no se averigua de quién es la culpa, sino quién lo hizo! ¿Entendiste? ¡La sangre es la sangre!

—No heredo odios.

—No tendrás amores.

Trató de argüir. El furor se agolpaba en los ojos de su abuela.

—¡Cállese a la boca, insolente! ¡Aprenda a respetar! ¡Váyase ahora mismo y se tranca en su cuarto hasta que yo la llame!

Al pie del balcón, a la tarde siguiente, Rodrigo dice:

—El hijo de Diego me insultó, vino el duelo, luego lo otro.

—No requiero explicaciones. No las exijo. No estoy hecha para rencores. Os debo la vida.

Soledad miró a su cara: tenía ese arrebol de vida que lleva la simiente.

¡Virgen de la Soledad, Madre y Señora nuestra! ¡Aparta de su camino a ese sembrador de muertes! ¡Haz que el contraste no la tiente! ¡Qué su cara se le vuelva

olvido; las ganas, nada; y el fuego frío!

Rodrigo Blanco continuó cabalgando por su calle a la hora del pretendiente. Y por primera vez, para su mismo pasmo, no vio a la hembra, empero tener la cara sonrosada y el labio en gajo.

Soledad Guerrero llamó a funeral:

—¡Prefiero verte mil veces muerta!

Sus palabras fueron puñales. A la noche siguiente estaba de agonía.

Cinco días y cinco noches duró el tránsito. Ya expiraba cuando Rodrigo, a empellones, llegó a la alcoba y sin importarle la vieja, se puso a llorar con ella.

Soledad, con Rodrigo de frente, miró a la Virgen quemada:

«¡Hágase tu voluntad, Reina y Señora! Toma mi vida, déjala a ella».

Sin decir palabra tomó de la mano al hombre y la puso en la frente de su nieta. Abrió los ojos. Y en medio de la fiebre apareció la sonrisa.

—Si así lo quieres —dijo Soledad— cásate con Rodrigo Blanco.

Bajó la fiebre. Murió la muerte. El primer día de luz la pidió de novia. Desde aquel momento fue noche cerrada para Soledad.

«Mi hermano se revolverá en su tumba. Nicolás me habrá de odiar. Elvira en el limbo llorará de frío. Haré irrisión a Diego por otra vez, entregándole mi nieta al causarle de su infortunio. Luego de haberle negado mi hijo para su Gabriela».

Arrebujada en su cama se envolvió en un llanto silencioso. Con los ojos abiertos vio llegar la hora del lechuzo y del gato; la del gallo primero; y después la del turpial. Cuando se encendió la mañana, había terminado de leer su vida.

Soledad no logró liberarse de la zozobra y de la culpa. Su última añagaza, de que Juana Francisca, la hija de Rosalba, viviera en casa aparte, quedó sin efecto.

—Descuidad, que así será. Mi hija pasará a vivir en casa aparte con Petronila, su abuela.

El día del compromiso trasladó a la vieja casona, donde había de vivir, la fuente del Pez que Escupe el Agua.

Ana María despertó sobresaltada: una voz aguardentosa cantaba en el patio.

A la mañana siguiente una de las esclavas con más de cien años dijo:

—¡Ay, niña Ana María! Anoche pasaron cosas muy raras. Primero oí como un llanto de mujer hacia los lados del patio, y pensando que eras tú me vine quedito a ver qué te pasaba. ¡Cuál sería mi sorpresa! ¡Válgame Dios!, cuando veo paradita junto a esa fuente que trajeron ayer a una india con corona de flores que lloraba haciendo aspavientos. Pero eso no es nada, cuando ya comenzaba a apaciguar mi miedo, oigo nada menos que al Cautivo. ¿Qué será lo que pasa? ¿Será que los muertos no están contentos?

Asaltada por un presentimiento entró a la alcoba de su abuela. Muerta, perfilada y fría estaba Soledad Guerrero.

96. Es Rodrigo redivivo

Ana María desde su cama la revive y siente:

A mi abuela, la gran abuela del Valle, la mató mi marido.

La dama de Noche apesta. Llora el Pez. Canta el lechuzo. La lluvia vuelve.

José Palacios, al otro extremo del patio, despierta con sobresalto: dos ojos rojos lo están mirando de frente. El temor se esfuma. Los ojos ríen. Los ojos llaman. Embelesado se pone en pie y los va siguiendo hasta el patio. En la fuente, entre aquel barbotear del agua, lo llama una negra linda.

—¡Señor José! —dice una voz entre el gorjeo de turpiales— vente ya a desayunar.

A dos semanas de estar en Caracas, José Palacios caló con pena que había pasado el tiempo de las Águilas Chulas. Sólo una luz lo alumbraba: Josefa Marín de Narvaez.

A la segunda vez de visitarla, Josefa sacudió el cuerpo y entornó los ojos. A la cuarta vez sacudió los ojos y entornó el cuerpo. Cejijunto se tornó Don Pedro Jaspe ante la petición de mano:

—Pasado mañana os diré lo que a buen juicio discierna, entre tanto, dejadme pensar.

Apenas salió Palacios, buscó a la niña a pasos de centinela:

—¿Con que coqueteando con el primer desconocido que viene a casa?

—¿Qué pasa, por Dios, Pedriño? —gimió Doña María de Ponte Andrade, su hermana, la guardiana, seguida de su marido.

—¡Vete ya a tu habitación! —largó el tutor a Josefa— y reza por tus pecados.

Al verla alejarse comentó en alta voz:

—Yo no sé qué se habrá creído esta negrilla mentecata. Eligiendo maridos para nuestra ruina. El que se haya prendado de José Palacios es un augurio de lo que está por suceder. Y cuando llegue ese día —añadió con voz asombrosa— una pobreza honesta, que es peor que la miseria, nos cubrirá a los tres.

Don Pedro y José Palacios celebran entrevista. Habla el gallego de los intríngulis jurídicos que rodean a Josefa, del vampiro de Onarra…

—Todo esto pudiera salir a relucir si los tíos de Josefa nos meten pleito. Por eso os propongo que por todo un año, en que Josefa cumplirá los catorce, la veáis sólo en casa y dentro de la mayor discreción.

José Palacios, como Capitán de Artillería, permanecía en La Guayra tres días a la semana. Los domingos visitaba a la chica en conversación cruzada con los Ponte y Don Pedro en medio. Josefa se restringía a mirarlo centelleante. José comenzó a aburrirse, y como la morena del abanico cristalizó sus promesas, sus estadas en el puerto llegaron a prolongarse por quince días y más; atento y contento al arribo y

salida de barcos, granjeándose la amistad de los oficiales, respirando en las bodegas con fruición el airecillo que todavía quedaba de España.

Cuando subía a Caracas, a ruego de Jorge y Ana María, se hospedaba en la casa del Pez que Escupe el Agua. Madre e hijo disfrutaban gozosos de su presencia: el uno por alegría chispeante y Ana María por su singular parecido con el Rodrigo Blanco que ella hubiese querido: risueño, querendón, generoso, y sobre todo: casto.

Los días que pasaba en Caracas se la veía activa, dichosa y lisonjera. Con sus propias manos le confeccionaba todos los platos y platillos de la cocina criolla.

—Pero Doña Ana María, —protestaba Pepe— ¡qué ya no puedo más!

Al igual que él —se decía complacida— le encantaba el «Cabello de Ángel» y las «migas» para el desayuno.

—Pero qué parecido es ese muchacho Palacios a Rodrigo, tu marido —le observó la viuda de Juan de Ascanio.

Ana María sintió un extraño rubor. Y esa noche, por más de una hora, contempló el espejo por las hendijas de la máscara china. Durante las noches, Jorge, Ana María y José Palacios departían hasta altas horas. Pepe narraba sus experiencias de navegante y artillero. Jorge y Ana María de la vida social y política de la Provincia. José, con singular simpatía y su carácter ingenioso, franco y receptivo, se ganó al tiempo el afecto de la ciudad, y como también era insinuante, seductor y temerario, a los cuatro meses de haber llegado a Venezuela tres blancas y cuatro morenas lo abanicaban. Ana María tuvo un soponcio el día que José Juan su hijo, la enteró con naturalidad.

Se desmadejó, vomitó y cayó en cama por tres días, presa de recuerdos embozados.

Hasta en eso —dijo pellizcándose el bigote— había de parecérsele.

Los ojos risueños de José se le tornaron duros al evocarlos. Su nariz era la misma. Tenía el mismo talle. Y a lomo de recuerdos volvió a La Vega en su noche de bodas.

97. Las hembras del Cari-cari

Rodrigo desnudó saltó sobre ella.

—¿Y esto que significa, Rodrigo Blanco?

Una expresión de confuso embobamiento lo puso alerta:

—¿Vuestra abuela no os dijo, por casualidad, qué hacían un hombre y una mujer en noches como ésta?

—¡No, por Dios!

—Pues ahora mismo lo vais a saber.

Y de un manotazo le arrancó el camisón. Entre alaridos Ana María huyó por el largo corredor. A grandes zancos casi la alcanzó al final del pasillo, donde acesante

hizo del oratorio guarimba. Rodrigo vocifera, clama y golpea. Empuña una hacha. Saltan astillas. Se abre un boquete. Esclavos y mayordomos acuden en tropel: «¿Dónde está el enemigo?». Rompieron las carcajadas al verlo armado y desnudo. Maldiciendo regresó a la alcoba.

Al amanecer retornó el deseo, se acabó la rabia. A través del boquete la vio dormida en el suelo.

—¡Pendeja, y más que pendeja! —gritó, y como ya alboreaba fue tras Dulce María, su linda barragana.

La noticia ya lo precedía:

—¿Anoche y que anduviste tumbando puertas? —le pregunto Paquito de la Madriz.

Rodrigo estalló iridiscente:

—¡O me pagas lo que me debes o te largas y me dejas la casa! ¡Borracho indecente!

Sin inmutarse añadió:

—No se ponga bravo, mi jefe y véngase a desayunar, que las arepas están calienticas y las caraotas refritas.

A los 52 años Paquito era un anciano. El aguardiente, y más aún luego que Rodrigo lo arruinó, le fue angostando la vida. Al igual que Diego García, vive con una botella sobre una hamaca. Rodrigo le cercenó vegas, praderas y plantíos. Sólo resta el caserón y una hipoteca vencida.

Susana, su mujer, no parecía, a la vuelta de los años, ni prójima de aquella ampulosa hembra que llevó a su marido a retar sus prejuicios y a él a perseguirla. Flaca, sucia y desencajada, es un espantajo de sí misma. Susanita, su hija, en cambio, es clara, bullente, saltarina. Pizpireta se insinúa a Rodrigo. El Águila Dragante se repliega ante el odio que le profesa Susana. Por culpa suya Gualterio Mendoza, su padre, es un loco que mendiga.

«Sería ya demasiado. Es su hija. Dulce María es su tía. Es demasiado, es demasiado. De hacerla mía, Susana me mataría. No así su padre: borracho, cabrón y traidor».

«Por quedarme en esta casa —ha dicho Paquito— soy capaz de cualquier cosa»…

Luego de las arepas se echó en la hamaca de Francisco, y con Dulce en ella se durmió hasta bien entrada la mañana. Sin despedirse tomó el camino de la casa.

—¡Adiós, corazón! —saltó una voz del granero—. ¿Vas a seguir tumbando puertas?

Rodrigo se volvió curioso. Era Susanita.

—Conmigo no tendrías ninguna necesidad… —añadió entornando los ojos en dos requiebros.

Desfogado por Susanita perdonó a Ana María en casto dejo. Pero al llegar la

noche sacudió las alas, apretó las garras, voló hacia su presa. Ana María, por segunda vez, corrió y lloriqueó por la casa.

Entre espumarajos de rabia y a medio vestir, a pesar de estar la noche cerrada, se fue en busca de Susanita.

Con regocijo lo recibió Paquito:

—Acuéstate en la cama de matrimonio, que Susana y yo nos acomodaremos en cualquier sitio. A las cuatro de la mañana cogeremos camino hacia Caracas y no volveremos hasta mañana. Susanita y Dulce María se quedarán contigo para cuidarte. ¡Descuida, chico!

Apenas se acostó y apagó la vela, Susanita le susurró: «¡Hola, vagabundón!» y sin decir más se metió en la cama. Al rato, la voz de Dulce María cortó sofocos:

—¿Y a mí no me van a dejar ni un piazito?

Tía y sobrina desfogaron a dúo sus frustraciones.

Francisco de la Madriz ya no disimulaba al verlo llegar. Seguía echado en el chinchorro, acariciando y besando a su botella. Susana se marchó un día para siempre. Francisco, indiferente a todo, exhibía una afable insipidez.

—¿Y por qué no te largas de una vez y nos dejas quietos a todos? —le espetó Rodrigo con asco—. ¡Borracho asqueroso! ¡Espía de los piratas!

Desapareció de su faz la sonrisa. Vio a Susanita y a su cuñada con ojos de sorpresa.

—Múdate para la Veguita —siguió fustigante— y déjanos de una vez. Allá te mandaré tu aguardiente y lo que necesites, con tal de no verte.

Francisco de la Madriz dejó de tambalearse. Por primera vez en muchos años sus ojos brillaron vivaces. Con paso firme se alejó por el camino hacia la primera finca que tuvo Diego García.

Alguien gritó en hora temprana con voz crujiente y destemplada:

—Vengan a ver cómo los muertos se vengan.

Rodrigo y las dos mujeres despertaron con sobresalto. A medio vestir salieron al corredor.

—¡Es mi padre!

—¡Es mi abuelo!

Gualterio Mendoza, de barba sucia, en harapos, pies hinchados, los miraba sin verlos.

—Vengan, vengan, para que vean cómo los muertos se vengan y el que a soga mata a soga muere.

Guiados por Gualterio llegaron a La Veguita. El cadáver de Francisco de la Madriz se balanceaba de la misma viga donde se ahorcó Diego García.

A la semana, los recién casados decidieron regresar a Caracas. Ana María seguía virgen y Rodrigo sombrío.

Tomados de la mano la víspera del retorno, se fueron por el campo. Luego de mucho andar llegaron a una hacienda vieja y abandonada.

—Ay, mira qué raro —exclamó la muchacha señalando tres almohadas limpias, relucientes y nuevas en medio del patio. Cuatro argollas oxidadas y empotradas en el suelo las rodeaban. Rodrigo le apuntó, con ternura:

—Es una cruz de San Andrés. Se usa para dominar a los esclavos. Les amarran las piernas y manos de esas argollas, y como puedes ver, quedan escarranchados. Hay algunos hombres malucos, como yo, que las usan para violentar a las mujeres que se les niegan…

—¡Dios…! —comenzó a decir Ana María, pero no pudo continuar. De un golpe en la nuca la derribó sin sentido…

A los dos meses no superaba el dolor y el asco de la relación conyugal. «Esto es un verdadero suplicio» —le decía a su confesor.

Rodrigo la buscaba impetuoso, llevándolo al paroxismo sus ayes e imprecaciones. Las noches para Ana María fueron de aguda congoja, hasta el día en que salió en estado. Rodrigo, al igual que muchos hombres, según decían sus amigas, suspendió sus relaciones al saberlo. «Ocho meses de tregua tendré por lo menos» —se dijo Ana María esperanzada. Rodrigo Blanco la amaba. Hasta bien adentrada la noche charlaba animadamente con ella. Ella discurría con gracia y precisión sobre los más variados temas. Rodrigo la escuchaba embelesado, pero a medida que estiraba su abstinencia tornábase más irritable.

Al tercer mes bullía incandescente. El Pez, con un leve chorrillo, le mojó el entrepiernas.

—¡Tienes razón! ¡Estoy que ardo!

Sin pensarlo más corrió hacia la hacienda.

Dulce María y Susanita lo recibieron entre palmas y cantos. Por tres días y tres noches colmó hasta la hartura sus apetitos de náufrago.

De pronto reapareció un viejo asco por aquellas mujeres salaces y promiscuas, cual dos cerdas: comiendo, cagándose y revolcándose con la pitanza que engullían. Arrepentido, volvió a Caracas. El Pez puso nimbo de agua. Ana María, remilgosa, lloró entre sus brazos.

Salú, la negra tortuguera relegada a la cocina, parió una niña. Para sorpresa de todos era tan blanca como cualquier hijo de españoles, aparte de tener los ojos azules. Ana María le impuso un nombre cristiano, pero ella se empeñó en llamarla Salucita.

—Fue bucaner de la Tortú, monseigneur —dijo a Rodrigo—. Pero es tan iguá que tú, que tien rabit mism luná de sang. Salucita ce ta filie.

Rabiaron sus ojos. Cayó el filo de la mano sobre la boca. La negra, sangrante, inclinó la cabeza.

—Que la envíen al corral —ordenó al mayordomo— para que friegue y lave. La

comida que hace es un verdadero asco.

Antes de un mes Rodrigo Blanco volvió a visitar la Hacienda. Esta vez el llanto de Ana María, salpicado de chismes, fue incontenible. Rodrigo arguyó y mintió.

Tan pronto venga la zafra haré que Dulce María y Susanita se muden a otra parte para que se le quite la manía.

Ana María entró en el quinto mes. Rodrigo duerme solo en la habitación contigua. No alcanza el sueño. Hace más de cuarenta días que estuvo en La Vega. El fogaje lo agobia. Las dos mujeres embargan el retablo de sus imágenes.

El calor es vaporoso y húmedo. Esa noche hasta los mosquitos están en celo. Una gata en el tejado vocea indecencias. Piensa en la negra Salú. Mejor su cuerpo que su salsa de mayonesa. Los moscos continúan su danza. Una fiebre pernada lo hace sudar. ¿Y si fuera a su cuarto? ¡Es una audacia! Todos se darían cuenta. El Pez silba su señal de advertencia. Rodrigo siente y presiente. Los ojos grandes y rojos lo miran. El Pez ulula tenebrante. Rodrigo sigue los ojos rojos: se asoma al patio. La luna no deja sombras. El Pez inerte se despeña en cascada. Bajo el chorro se baña una mujer. Mojada y desnuda se incorpora. Ante la luna, llama a Rodrigo, le dice ¡ven! El frente se hace perfil; la cabeza es limpia, la nariz recta; el cuello largo, los senos firmes y combados; el vientre sumergido; el trasero justo, las piernas largas.

El Pez guarda silencio. No silba; no sacude el chorro. Está vacío. La mujer de perfil retorna al frente. En cuclillas se agazapa bajo el chorro. Tentado y lleno de asombro avanza hacia ella. Un destello rojizo llevan sus ojos.

—Qué guapo estás mi am —dijo antes de besarlo en la boca.

Rodrigo despertó en un estruendo de pájaros.

«¡Qué vivida pesadilla la que he tenido anoche! Los ojos rojos me dieron calma».

Salió al patio, el Pez en vez del tenue silbato y del imperceptible sesgo de su chorro, quedó inmutable. Rodrigo fue derecho a la cocina. En un rincón y en traje andrajoso, Salú cortaba unas rodajas de plátano. La cocinera mayor ordenaba áspera y fustigante. Sobre un cuero de vaca chasqueaba Salucita.

Miró de soslayo a la negra.

—¡Quiero comer mayonesa! —ordenó a la cocinera.

—¿Y qué es eso, señor Rodrigo? —preguntó con buen acento tuyero.

—Si no sabes lo que es eso sal de ahí para que Salú ocupe tu puesto. De ahora en adelante ella dará las órdenes y tú las obedecerás.

Apenas salió, dijo la cocinera:

—A punta e cuca si me ganas; pero vamos a vé hasta cuando. Deja que yo le eche el cuento a la niña Ana María.

98. Gordura y embrujos

En diciembre nació el primogénito.

—¡El próximo Marqués de Torre Pando! —proclamó replantándose al pleito que iba a montarle a su hermano.

A los cuarenta días justos volvió sobre Ana María. Gritos desgarradores, pitos, befas, soponcios, carcajadas. El Pez restañaba un caramillo.

Sesenta días duró el suplicio. Esa mañana, entre orgullosa y consolada, anunció:

—Estoy de nuevo preñada.

Rodrigo volvió a La Vega y por dos veces se le apareció el gato tentándolo a que se bañara con luna entreverada.

Nació el hijo segundo: era pequeño, enclenque y amarillo. «Parece indio», rumió, pero no dijo nada.

Ana María, de fondona, quedóse en gorda. Del interés hacia ella, Rodrigo pasó a la indiferencia; de ella al hastío; hasta que retornó a su estado natural de hosca y explosiva irritación.

El tercer embarazo de Ana María duplicó el caudal de sus carnes. El vientre alcanzó proporciones alarmantes. El rostro se tornó abotagado, los ojos diminutos, las manos se le hincharon. Se tomó irascible, violenta y malhumorada.

A la tercera vez descubrió que no eran sueños los baños de Salú bajo la fuente entunada. Rodrigo hizo más frecuentes y prolongados sus viajes a La Vega. So pretexto de la sazón de Salú y de su estómago, la llevaba consigo, enriqueciendo con su presencia, el amor comunal que mantenía con Susana y Dulce María.

La negra nunca fue doncella, como supuso Lavasseur. Conocía todos los secretos de una lascivia a cielo descubierto, aprendida desde la misma Francia, donde el Duque de Borbón la tuvo para su placer, hasta los lupanares del África mahometana. Tía y sobrina fueron entrenadas por Salú para refinados y extraños contubernios. Rodrigo hacía el amor con Kalí, la Medusa o la diosa de las cien caras. Luego habló a las asombradas mujeres del Kamasutra y de los mil suspiros del amor galano.

Esa noche en La Vega, con Rodrigo vestido de gallo, Salú dictaba sus instrucciones para un nuevo juego que llamaba «La veleta y los puntos cardinales», cuando Ñaragato, luego de soltar la risa al ver a su amo con tal extraño atuendo, le comunicó que su mujer a causa de una caída, estaba a punto de malparir.

Ana María tuvo dos gemelas, a quienes bautizaron con los nombres de Matilde y Yolanda. A pesar de ser blancas, gordas y de buen tamaño, Rodrigo las vio con indiferencia. A los tres días, para congoja de su mujer, se regresó a la hacienda, acuciado por saber lo que Salú llamaba «La sortija vaya y venga».

Lo inapreciable de la esclava tortuguera, según Rodrigo, eran sus facultades para devolverle entre humos de tabaco y nauseabundos brebajes, un vigor tan duradero y gozoso que la quinta cuesta, llamada por los chuscos la de Fray Mauro, la alcanzaba animoso y sin cansancios.

Ana María, a los tres meses del parto, carecía ya de todo atractivo: la gordura descomunal y la hinchazón de sus facciones persistieron. Rodrigo no hizo el menor intento de aproximársele. Desconsolada se miró al espejo.

La cocinera, percatada de su tristeza, le susurró:

—Esa es la negra Salú quien lo tiene embrujao. ¿Tú no te fijas que desde que ella está cocinando está de lo más cambiao?

Y como Ana María guiñase el ojo del entendimiento, le refirió todo cuanto se rumoraba sobre La Vega.

Tres días llevaba Rodrigo en Barlovento. Reventando caballos llegó Ñaragato:

—A Salú el ama mandó a que la metieran en el potro y le dieron veinte latigazos. La espalda se le llagó y le cayeron gusanos.

Ana María desinfló su ira al verla salir de la sentina. Traía la boca entreabierta, los labios tumefactos, el cuerpo sucio, hediondo y roto.

—¡Está hecha un cuajo! —gritó la cocinera al verla renquear.

Si a Rodrigo esta mujer le dio contento —rumió Ana María— nunca más se lo volverá a hacer.

¡Fo, mujer, vete de aquí! —protestó la cocinera—. ¡Vete pal corral!

Desvariaban los ojos de Salú. Flaqueaban sus piernas. Apoyándose en la pared del corral se fue desmayando.

Un rugido estalló en la cocina. Los esclavos, rostro nazareno, se echaron a temblar. Era Rodrigo, convulso el rostro, látigo en mano.

—Méteme a ese zarandajo en el cepo —gritó a Ñaragato señalando al mayordomo. Con sus propias manos Rodrigo le arrancó la camisa. Surco sobre surco trazaba el látigo.

¡Una por la puta que te parió!

¡Dos por la imbécil que te lo ordenó!

¡Tres por la india Soledad!

¡Cuatro por Acarantair que la echó al mundo!

Al llegar al número cuarenta el hombre estaba muerto y Rodrigo desfalleciente.

A Salú la llevaron a la hacienda en un carro. Dulce María y Susana velaron por ella. Al mes se esfumó la tristeza. Luego de un año había recuperado su esplendor y brillaban sus ojos en la oscuridad, los mismos y los últimos que vio en su vida la cocinera. Nadie logró atinar con el nombre del animal que de aquella manera le había destrozado el cuello.

99. Los embrujos de Ana María

En su alcoba y a la luz de una vela, Salú sonríe con toda su dentadura: mira a un muñeco hecho con yeso y sebo de buey que recuerda a Ana María.

Tiene además su pelo y está amasado con sus recortes de uña, saliva y sangre menstrual.

—Un poquit aqui y un poquit allá —murmura añadiendo al muñeco más grasa en el vientre y las piernas—. Ahora bigot en bembit —y clavó un pelo en la hendija que hacia de labio superior.

En menos de un año engordó ochenta libras. Sus brazos parecían muslos: sus piernas, troncos. Salvo los divanes, no había asiento para ella. Cuatro caras cabían en su rostro. De su cuello bajaban siete papadas. Mientras le llegaban los zapatos que encargó a México, hubo de andar descalza. Una dormilona suya secándose al viento, parecía un mantel de cuarenta comensales. Sus ojos azules se eclipsaron en un horizonte de manteca. Su voz adquirió timbre retumbante de hombre altanero. Y sus labios y el mentón se cubrieron de tantos pelos largos y feos, que a su lado, como decía Juan de Ascanio, parecía lampiño un mosquetero.

Rodrigo Blanco, para su mayor comodidad, instaló a las tres mujeres en la casa que tras el convento de San Francisco compró para su hija Juana Francisca. Ana María al saberlo rompió a llorar con vagidos trepidantes. Lloraba con amargura, con odio, con desesperanza. No porque su marido tuviese tres queridas, sino por lo gorda y fea que se había puesto.

De la ira mal contenida, Rodrigo pasó al odio frontal y sin cortapisas. Con bramidos le respondía. Mofábase y motejaba todo cuando hacia o afirmaba.

Aquella tarde en que Ana María, quien no había dejado de tenerle afecto a Fray Mauro, comentó del bien que le había hecho a Antoñita, al hacerla regente de la Cofradía de Palermo, estalló:

—Mira que tú puedes ser bien necia: sigue siendo tan puta como lo era antes y es la barragana del cabrón ese.

—¡Rodrigo! —protestó—. ¡Guarda tus insolencias!

—¡Vete a la mierda, piazo e cochina! —Y a zancadas salió a la calle en busca de la casa de su hija.

Crepitaba de odio y de indignación contra Ana María; contra la vida; contra el maldito país. Un perro frente a la casa de Juana Francisca, por no apartarse a tiempo, recibió una patada. Al pisar el zaguán escuchó la voz de Ruperto Bejarano, el hermano de Rosalba, el hijo de Petronila.

—¿Qué hubo valezón…?, ¿qué es de tu vida? —lo saludó desde el asiento, rodeado por Petronila, su hija y las tres mujeres.

Sin percatarse de su ira prosiguió sonriente:

—¿Sabes que decapitaron al Rey de Inglaterra?[96]

—¡Sácamelo ahora mismo para la calle…! —ordenó a Ñaragato, centelleante.

A empujones y a patadas salió de la casa.

—¡Y la próxima vez que lo encuentre aquí —proclamó— lo mato! ¡Negro asqueroso!

El odio de Petronila afloró retumbante:

—Ya basta de que nos escarnezcas llamándonos negros y gente asquerosa. Al fin y al cabo Juana Francisca, tu hija, lleva su misma sangre. Y para que no me quede nada en el buche, ahora mismo te voy a cantar por todas las verdades que no sabes, manque yo salga con las patas pa'lante. ¿Tú crees que los hijos que has tenido con tu mujer están libres de tacha?, pues es bueno que sepas que Doña Soledad Guerrero era hija del Cautivo y de una india bruja llamada Acarantair y que después se le fue con un negro llamado Julián, el abuelo de Ño Miguel, el zambo de Naiguatá.

—¿Cómo dices, mal hablada? —tronó Rodrigo con ademán de golpearla.

Rodrigo, envuelto en su capa, cavila, rabia y camina en dirección al río.

¿Es cierto lo que dijo Ño Miguel? ¿Son indios entonces los gajos de mi ancestro? Los hijos para los padres, consuelo son de sus desventuras. Y esperanza de sueños frustros. Desde mi abuelo Don Cornelio, los Blanco hemos sido nobles, siempre bajo protesta, por aquello de la sangre hebrea. José Juan, rubio, blanco, de tipo ibero, con mi fortuna regresaría a España a continuar mi lucha; pero, con esto mueren todos mis sueños. ¡Gotas de sangre mozárabe descastan al visigodo! ¿José Juan, mi hijo, no podrá ser marqués? Dificultades tuvo en su tiempo mi abuelo Cornelio. El White de su apellido olía a marrano. Hasta el mismo Rey Fernando, el Católico, padeció repulsas por ser hijo de una Henríquez. ¿Qué será del linaje cuando se enteren que sus hijos son biznietos de mestizas, tataranietos de piojosas salvajes comedoras de carne humana? ¡Ay, Dios!

Los franceses, una vez más, pusieron sitio a La Guayra,[97]Rodrigo, como otras veces, acudió con los vecinos a la defensa del puerto. Fray Mauro, de yelmo y coraza, luchó con denuedo al lado de Rodrigo y Fuenmayor. El nuevo Capitán General, Pedro León Villasmil, gobernador desde 1649, se derrumbó súbitamente muerto cuando aparece la flota en el horizonte. Se habla de envenenamiento. Tiene los labios amoratados y estaba tras la pista de los confidentes que los piratas tenían en Caracas. Una granada estalló a diez pasos del Obispo.

Los piratas son rechazados y como comienza la zafra, Rodrigo se traslada a la hacienda con Ana María y sus cuatro hijos.

Ana María, a pesar de la hostilidad implacable de Rodrigo, no renunciaba a la reconquista. Su efigie, su imagen, su voz, se le hicieron una obsesión.

De su gordura y aspecto fue tejiendo una manía. Rodrigo no cesaba de hostigarla. Aquel día en que la sorprendió mirándose al espejo, dejó caer:

—Ya te puedes ganar la vida en un circo. Te pareces a un mandarín chino que conocí en Madrid. Estás hecha una cochina.

Una voz negra le dijo al encontrarla sollozando:

—Consulta, ama, a la Pastorcita. Es buena para muchos males. Quita puntadas y atrae al macho arisco. Te pondrá flaquita y te quitará el bigote. Verás regresar al amo más birriondo que conejo blanco.

Acompañada por la negra esa misma tarde tomó el camino del cerro, jadeante y esperanzada.

Era magra y cetrina la Pastorcita. Cara y cuerpo de niña. Brillaban sus ojos con fulgor posesivo. Vivía con siete cabras en el viejo molino.

—Todo tiene sentido —le dijo enigmática—. No en vano has venido a verme. Dale a tu hombre estas semillas molidas en vino. Tú, estrújate estas hojas en el bigote. Iré a tu casa en el término de siete días.

Rodrigo holgaba en su hamaca cuando entró la Pastorcita seguida de sus siete cabras.

Estalló la voz hombruna de Ana María.

—¡Vete ya, mentirosa, farsante, bruja, hechicera…! ¡Vete o te echaré los perros!

Luego de siete días de ungüentos, semillas y herbajos, salvo mancharle el bigote de verde, no se operó el milagro.

Rodrigo curioso, la miró al salir:

—¡Eh, tú!, ¿qué te ha pasado con mi mujer?

—Nada, señor —respondió con un sesgo extraño. Y sin decir más se alejó por el camino.

La imagen de la mozuela se le hizo extrañamente impositiva. Sintió deseos de poseerla con maltratos y aporreos.

La halló entre sus cabras, tirada en el suelo.

—Te vi venir —díjole al verle— y hace tiempo te espero.

—¿Qué sabes tú, ¡zamba de los infiernos! para qué te quiero?

—Me llaman la Pastorcita. Conozco el mañana y lo que ha de ser. Manché el bigote de tu fea mujer y tu cabeza con ganas hacia mí.

—¿Cómo dices, so birria?

Desde la hamaca Rodrigo piensa. Cayó sobre ella. La desfloró de un sopetón. Le pegó hasta sangrarla. Antes que llorar clamaba:

—¡Así, así, así ha de ser nuestro hijo! Nacido de tu ira y de la mía. Pega más. Hazme daño. De la violencia vengo y a la violencia voy. Soy hija de Flor y de Ñaragato. Biznieta de Acarantair. Doncella milagrosa, ¡gracias a ti!, bruja grande y verdadera ahora soy. Algún día he de pagarte con creces retornando tu sangre recrecida.

100. La casa de las tres mujeres

Las relaciones con Ana María, so pretexto de haber consultado a la adivina, se agriaron y sin disimulo.

Al mes de llegar Diego Quero, el nuevo Gobernador,[98]montó casa aparte a Susanita y Dulce María en la última esquina por donde, entre callejuelas, se asomaba el camino de la marina. Con objeto de no escandalizar regaló a su fiel Ñaragato, ya casado con Altagracia, la casa vecina, entrando al gineceo por una puerta intermedia.

Los caminantes, sofocados de calor o pretextándolo, solían importunar a las dos mujeres implorando agua para ellos y sus bestias, lo que daba lugar a pláticas indignantes. Por consejo de Ñaragato construyó una pila doble: una para los hombres y otra para las bestias, llamándose desde entonces la esquina de las Dos Pilitas, o de las Dos Puticas.

Nadie sospechaba que aquellas mozas de aspecto tan recatado integraban la trinidad del vicio con aquella esclava llamada Salú.

Susanita, sin embargo, y a diferencia de las otras dos, se fue atenazando por una constrictiva sensación de culpa.

Un día en que Rodrigo se marchó a Ocumare, ya sin contenerse, se fue a la iglesia de las Mercedes y confesó al cura lo que sucedía en la casa de las Dos Pilitas.

—¡Perversa, pagana, endemoniada! —estalló bronco—. ¿Cómo es posible que estas cosas sucedan en nuestra ciudad? No he de darte la absolución hasta tanto no consulte al Señor Obispo Fray Mauro de Tovar.

Fray Mauro escuchó el relato con rostro adusto y ojos de gula:

—¡Tan grande es vuestro pecado —sentenció— que ni yo mismo creo que pueda absolveros! Debo irme de inmediato a tu casa para hacer una inspección.

Cayeron ásperas las primeras palabras y conciliadoras las últimas: «He de visitaros algunas noches, para que hablando y orando desandemos lo andado».

La noche estaba tibia. Rodrigo ausente. La casa iluminada. Dulce María pulseaba la guitarra; Salú batía las maracas; Fray Mauro, a cara pegada, bailaba con Susanita.

Rodrigo Blanco apareció súbitamente:

—¡Fuera de aquí, cura abusador, hipócrita y mal pastor!

Fray Mauro enmudeció. Intentó explicaciones. Rodrigo amenazaba.

—¡Guardas, a mí! —Ñaragato y dos hombres le salieron al paso. Se armó la tremolina. Obispo y espalderos tuvieron que huir.

Al día siguiente la ciudad cotilleaba el escándalo de las Dos Pilitas. Fray Mauro sorprendido en falta, se erigió fiscal.

—Un poderoso principal de esta ciudad —voceaba desde el púlpito— que no es español, sino marrano, judaizante y flamenco, vive en concubinato, no con una mujer, sino tres, una de las cuales es negra, bruja, francesa y hugonota.

Un cuerpo pesado de mujer se desvaneció en la iglesia. Era Ana María.

Por ojeriza al Obispo y envidia a Rodrigo, se desestimaron las denuncias:

—No hay hombre que resista eso —decía el señor de Ibarra, que con la misma edad de Rodrigo limitaba sus escarceos a los primeros jueves.

—Ni un verraco —opinaba Diego Gedler— aguanta esa dieta.

—Es que ese cura es muy mala lengua —observaba Juan de Ascanio—. Si Dulce María Mendoza es su querida, como todo el mundo sabe, se necesita tener una mente podrida para pensar que también lo sean Susanita, su sobrina, y la negrita francesa. ¡Qué calumnia y qué barbaridad!

Fray Mauro no desistió en sus ataques, batiendo su lengua contra aquel mal cristiano que hacía uso de tres mujeres cual si fuese una.

Al filo de la medianoche salió el Obispo de la casa de Antoñita. Ño Ñaragato descargó su puñal sobre la espalda purpurada. Quebró el arma contra la coraza que ocultaba el balandrán. Voces, gritos, espadas. Fray Mauro pidió auxilio. Se encendieron luces.

Rodrigo dijo a su espaldero:

—Deberás ocultarte por un tiempo de las rabias del Obispo. Vete ya con Altagracia a mi hacienda de Ocumare del mar.

Charlaba con sus tres mujeres cuando irrumpió en la casa Ruy Díaz de Fuenmayor.

—Tráigote malas noticias. Tu amigo, el caballero Lavasseur, fue asesinado por su yerno.[99]¿Cómo? —exclamaron al unísono Rodrigo y Salú.

—Pobrecit —dijo la negra.

—Es una lástima —añadió Rodrigo—. A él le debo esta joya y mi Pez que Escupe el Agua.

Hasta pasada la medianoche se quedó el General de Galeras. Su asiduidad se hacía ya impertinente. Más de una vez le caló miradas de inteligencia con Susanita. Rodrigo mantuvo esa noche un bronco silencio. Privado de un asidero, Ruy se despidió. Con desgano salió a la calle. Salú ya cerraba el portón, cuando un alarido desgarrador saltó de la esquina.

Espada en mano corrió hacia el callejón. Fuenmayor agonizante tenía tres heridas en la espalda.

—Se cumplió la maldición de Soledad —tuvo tiempo de decir.

Esa puñalada no era para él —dijo Dulce María.

—Era para ti —afirmó Susana.

—¡Fray Mauro! —batió el Águila Dragante—. Devuelve golpe por golpe.

—Cuida tu hija —dijo Salú, tenebrosa.

101. Sato y Juana Francisca.

Juana Francisca a los doce años era una morenita espigada, de negros ojos

rutilantes, de boca y nariz muy fina. Pero tenía la faz sombría. Rodrigo, a pesar de su poder e influencia, inútilmente trató de imponerla. Ocasionalmente la invitaban a piñatas y a meriendas. A vuelta de cada fiesta, Juana Francisca volvía indefectiblemente llorando.

—Me dijeron negra. Me dijeron bastarda. Me dijeron fea…

Rugía de indignación. Su verdadera hija, su única hija era Juana Francisca y no los hijos de Ana María, por quienes sentía una progresiva indiferencia y destemplada aversión.

—Yo, mi vale —respondió Juan de Ascanio— te complazco en todo, como creo habértelo probado a lo largo de la vida; pero no mando en el corazón de mi mujer ni de mis hijos. Si les impongo a Juana Francisca no les queda más camino que obedecer, pero ¿cómo haces tú para impedir que un muchacho le diga a otro lo que se le ocurra, y en particular si es la madre quien los puya? Ana María, tu mujer, se ha dedicado a convencerlas de que es una abominación que los hijos naturales sean iguales a los legítimos.

Esa tarde Juana Francisca baja, alegre y saltarina, por la Calle Mayor. Hay gente aglomerada frente a la Casa del Pez que Escupe el Agua.

Jorge Blanco, el hijo segundo de Rodrigo y Ana María, celebraba con una piñata su quinto cumpleaños. El chiquillerío principal retozaba en el patio. Barra de curiosos seguía la fiesta por las ventanas. Ana María solícita, hacíales plisar tizanas y pastelillos. A codazos, Juana Francisca alcanzó primera fila. Sonrió: los niños jugaban a la gallina ciega. Sus padres de zócalo los seguían entre risas. Rodrigo charla con Juan de Ascanio. Ana María conversa animadamente con dos matronas.

—¡Eh, padre! —grita la chica.

Rodrigo no la escucha. Ana María la alcanzó a ver. Corre agitada hacia la ventana.

—¿Cómo te atreves, insolente? —grita a voz en cuello y enrojecida de la ira—. ¡Sal de aquí inmediatamente!

Antoñita en la barra, toma de la mano a la niña. Cabizbaja y con la mirada perdida Juana Francisca camina hasta su casa.

Antoñita explica a Petronila lo sucedido. La chiquilla se va hacia adentro. La abuela presa de presentimientos corrió a la cocina. Juana Francisca, luego de persignarse, ya alcanzaba su garganta con un cuchillo.

—¡Eh, Don Rodrigo! —llamó Antoñita por la ventana—. ¡Venid presto conmigo!

Ya la fiesta terminaba cuando Rodrigo Blanco retornó a su casa.

Sin bajarse del caballo, enloquecido el rostro, echó la bestia sobre Ana María, la agarró por sus crinejas y entre gritos salvajes la arrastró hasta la porqueriza del corral. Sato, un puerco grande traído para semental, desesperado por no cumplir su oficio, luego de husmear, lascivo, a la mujerona, se volvió, gruñón a su esquina. Rió Rodrigo

desde su caballo:

—Eres tan gorda y tan fea que ni a Sato, el verraco, tientas.

102. Los súcubos de Jorge Blanco.

«Desde entonces odio la carne de cerdo —se dice Ana María echada en cama por el disgusto que le ocasionó el enterarse de la disipada vida de José Palacios».

Siete mujeres lo abanican —se dijo con ansiedad— y hay una novia que espera. No le rindo las ganancias a la pobre Josefa Marín de Narvaez con semejante bandido. Todos los hombres son igualitos. Yo me había hecho a la ilusión de que fuera diferente; pero es exacto a Rodrigo. ¡Ay, todavía siento el olor de la cochinera!

Pasos y voces de hombre se acercaron por el patio.

—¡Bendición, mamá! —saludó Jorge sonreído y amoroso desde el umbral—. ¿Cómo te vas sintiendo?

—¡Fatal, fatal! ¡He vomitado hasta el nepe!

Jorge sin dejar de sonreír dijo a su madre:

—Aquí te traigo una sorpresa. ¡Pasa, José!

Ana María tuvo otro acceso de náuseas al ver a José Palacios.

—En lo que supo que estabas enferma —añadió el hijo— se esmachetó por verte.

—¡Buenas y santas! —saludó el artillero—. ¿Qué es lo que le sucede a la dama más guapa y de mayor tronío de Santiago de León?

Brillaron sus ojos de alegría. Entre los chascarrillos de José y la presencia de su hijo, se le fue el malestar, al punto que a la media hora mordisqueaba una docena de buñuelos.

—A menos de que me pongáis de patitas en la calle —dijo José—, venia con la intención de quedarme con vosotros una semana.

—¡Qué bueno, qué bueno! —celebró Ana María, quien, recuperada, ordenaba para la cena un estofado de conejo.

Estaban en la sobremesa cuando llegó un mensaje del castellano de La Guayra reclamando a José con urgencia. «Un poderoso galeón estaba a punto de arribar». También le advertía que una nutrida escuadra francesa merodeaba las costas de Venezuela.[100]

Al alba salió hacia el puerto, con la casa oscura y en silencio. El Pez lo siseó al salir, emitiendo un sonido de resignada sentencia.

Era el barco de mayor calado jamás visto en los años que llevaba en Indias. El Capitán, a quien no conocía de nada, tan pronto subió al puente lo saludó cordial:

—Cuánto gusto, Capitán Palacios. Precisamente uno de los motivos que me han llevado a recalar en La Guayra en mi viaje de retorno a España, es imponeros de algo que os concierne. Venid conmigo —observó afable.

Bajaron a la sentina, abarrotada de sacos y de mercancías. En la popa y ante una puerta, dos alabarderos montaban guardia.

—Pasad, Don José —dijo el Capitán.

Tres caperuzas puntiagudas lo miraban malignas.

—A nombre de la Santa Inquisición, daos preso.

—Decidnos ya de una vez —dijo el encapuchado del medio— cuál es vuestra parte y complicidad en el embrujo que afecta a nuestro Rey, Su Majestad Carlos II de España. Habladnos de vuestras abominables relaciones con Ana de Villiers, Condesa de Dabois, ¡el Vampiro de Onarra! ¡Vamos, hombre, hablad de una vez!

Por más de dos horas respondió al interrogatorio. Sus dos acompañantes, igualmente cubiertos, anotaban sin decir palabra todo cuanto decía.

El Inquisidor batió campanillas. Volvieron los guardias.

—Llevaos al prisionero. Guardadlo bajo cadenas.

Apenas se lo llevaron cayeron las caperuzas.

—¡Qué calor hace en La Guayra! —exclamó un hombre anguloso de rostro ceniciento.

—Tiene razón su paternidad —respondió Don Pedro Jaspe, mientras Jorge Blanco, demudado, abanicábase con la caperuza.

—Buen trabajo habéis realizado, mis amigos —observó el Inquisidor— José Palacios, como bien lo escribís en vuestro informe, es sin duda alguna, uno de los más perniciosos y encarnizados enemigos de la fe.

Jaspe sonrió con satisfacción. Jorge Blanco acrecentó su aire contrito. «Es cruel este dilema en que nos coloca la vida entre el amor y el deber».

José Palacios se persignó echado sobre el heno de su calabozo al sentir los balanceos del galeón buscando la mar abierta.

Jorge Blanco y Don Pedro Jaspe a la altura del primer castillo, lo vieron alejarse con sonrisas distintas.

—¡El pobre! —exclamó Jorge.

—Realmente era un chico simpático —observó Don Pedro—. Pero con esas galas suele vestirse el demonio. Creyó engañarme cuando me refirió aquella patraña el día que nos encontramos en vuestra casa. Esa misma noche comencé la redacción del largo informe que envié al Santo Oficio. Felicitémonos, Don Jorge. Nos hemos librado de un escorpión.

—Mi corazón habla de su inocencia. Ojalá nunca se entere de mi participación en este enojoso asunto. Un ruego muy grande os quiero hacer. Digamos una mentira piadosa sobre lo sucedido. Para mi madre seria un golpe mortal. Digamos, por ejemplo, que tuvo que marcharse súbitamente a España reclamado por la superioridad.

—Estoy de acuerdo con vos. No hay necesidad alguna de sembrar la desazón

entre los inocentes a quienes envolvió con sus artimañas.

Ana María lloró desconsolada al enterarla Jorge de la intempestiva partida de José.

—¡Y tan maluco y malagradecido! —sollozaba haciendo caso omiso de las justificaciones de su hijo.

Con la casa a oscuras Jorge mira desde una silla del corredor, hacia el chorro desmadejado del Pez que canturrea en la fuente.

«Pobrecito José. ¿Quién sabe cuál será su destino? Siento que la culpa me abruma al consentir que fuese maltratado sin hacerle una advertencia siquiera». ¿Pero, qué es aquello?

Dos puntos rojos y un cuerpo agazapado bajo el chorro lo sorprendieron. Se puso en pie. Quien estaba bajo el chorro se irguió a la vez. Jorge avanzó. Una silueta de mujer, de frente como estaba, se tornó de perfil: senos erectos, vientre cóncavo, piernas largas, perfil griego.

Al día siguiente Jorge dijo a su hermano, luego de cenar:

—Anoche fui víctima de un súcubo. Estaba yo sentado en esta misma silla…

José Juan lo mira entre fraternal y desdeñoso.

—… me apretó entre sus brazos, desnuda como estaba… y en medio del sueño derramé mi simiente.

—¡Ay, Jorgito! —respondió el sacerdote—. ¡Qué súcubo ni qué niño muerto! Falta de mujer y nada más. Si tuvieras una buena hembra, como hace ya mucho tiempo deberías tener, no andarías con esos sueños ni con tantas pendejadas.

—¡Jesús, José Juan! No parecen cosas tuyas ni de un canónigo tus opiniones y consejos.

—Pero, bueno chico. ¿Y qué quieres que te diga? Ya tienes treinta y seis años: o te casas o te buscas una barragana, o haces lo que Onán en sueños.

—¡José Juan! —clamó indignado—. ¡No te lo permito!

El cura disparó una carcajada:

—¡Ah, no, pendejo! ¿Y no es eso lo que estás haciendo dormido? Eso es lo que se llama «Bula para hacer puñetas».

—Es increíble —dijo— que te niegues a admitir, como lo afirman importantes padres de la Iglesia, que los demonios femeninos o súcubos al amparo de la noche y en la profundidad del sueño llevan a los hombres castos a quebrar sus votos.

José Juan hizo un aspaviento despectivo. Jorge, ya sin contenerse, se levantó bruscamente dejándolo solo en el corredor.

El pobre Jorge —pensó— fue el pagapeos de las desventuras de mamá con mi padre. Si por ella hubiese sido, nos habría capado y emasculado. Desde que abrimos los ojos al mundo nos llenó la cabeza de horror contra la lujuria. Hay que ver el lío que armó cuando encontró a Jorge encaramado sobre la negrita Sinforosa. Desde

entonces se le escabulló todo deseo. Yo me salvé de chiripa. ¿Me salvé? —se pregunta con temor—. Yo también aquella vez me sentí sucio. Tanto que me zampé de cabeza en el seminario. ¡Qué bella era! ¡Pero cuán asquerosa y malvada!

Melancólico y ausente contempla en silencio la fuente del Pez que Escupe el Agua. Las campanas llaman al Ángelus.

Las imágenes van y refluyen:

En esa silla estaba mi madre y junto a la fuente estaba mi padre. Estaba bravo por un enfrentamiento que tuvo ese día con el Gobernador Roble Villafañe.[101]Jorge y yo jugábamos. Mamá nos regañaba por el zaperoco.

—¡Callaos, por Dios! —grita Rodrigo Blanco.

103. La voz del padre.

La voz de su padre resuena clara en su mente. En vez de limonero había un naranjo en aquel recuadro del patio.

Rodrigo Blanco, cejijunto, cavila. Regresó ayer del matrimonio de Juana Francisca. Las fiestas duraron una semana. Asistieron todos sus amigos.

Luego que atentó contra su vida, decidió seguir el consejo de Juan de Ascanio.

—¡Sácala de aquí, llévatela fuera de Caracas. Regálale una buena finca, que está pronta a matrimoniar. Imponle un novio. Un español sin fortuna, de los tantos que andan por ahí y que no van a andar con remilgos sobre su origen!

Las palabras del vinatero y la presencia en Ocumare de Ñaragato y Altagracia, su mujer, lo decidieron. Juana Francisca recibiría como dote y herencia tres haciendas de cacao con todos sus esclavos y enseres. Se iría con su abuela Petronila a vivir a Ocumare de la Costa.

Él mismo la llevó en un falucho y la entregó bajo custodia a su fiel Ñaragato.

Cada dos o tres meses la visitaba.

—Los seres humanos —le decía con insistencia— no valen la pena y menos los siervos y los esclavos. No quieras a tu abuela, que es una bandida y una mala mujer. En lo que encuentres un hombre bueno deshazte de ella. Traicionó a tu abuelo para venderme a tu madre. No quieras a nadie más que a tus hijos. No te confíes. Y cásate con un español. ¿Te acuerdas que me lo juraste un día? Ñaragato no es más que un sirviente. Altagracia, empero ser hermana de tu madre, no es tu tía.

No tengas compasión con nadie. Nadie la tuvo contigo. La gente es una asquerosidad y más todo aquel que tenga de negro y de indio. Distancia con todos. Familiaridad con nadie. Tú eres la dueña y señora de estas tierras. Puedes disponer de la vida de tus siervos. Azotarlos y matarlos cada vez que te falten el respeto. Sobre todo, hija: nada de amoríos ni de amistades con la gente de estos contornos. Y si te has de casar algún día, ha de ser con un español. Con un español, no se te olvide. No

quiero pardos, ni mestizos entre mis nietos. ¿Entendiste, vida?

Estas criollas ensucian sangre. Ved los hijos de Ruy de Fuenmayor con los ojos oblicuos y la cara color de apio. Cuatro años se cumplen hoy de su asesinato. Fue obra sin duda del maldito Fray Mauro.

Ulula el Pez ante el recuerdo del amo.

Murió al instante, desangrado y claveteado. Fray Mauro se tornó más fuerte y arrebatado. A los tres meses llegó el nuevo Gobernador Don Diego Quero y Figueroa. [102]Era un hombre blando que creía en la justicia. Apenas llegó abrió una averiguación exhaustiva sobre el asesinato. Rodrigo Blanco, Juan de Ascanio y el resto de los Hermanos de Tierra Firme, como terminaron por autodenominarse las Águilas Chulas, lo envolvieron con su apoyo y afabilidad, señalando y dando pruebas de que había sido el terrible Obispo quien armó el brazo asesino.

Quero, aquella tarde lo hizo comparecer a su presencia.

—He venido solamente —dijo al entrar— a echaros en cara vuestra insolencia. ¿Cómo es posible que me hayáis citado a vuestro despacho antes que acudir humildemente a mi Palacio?

El Gobernador, sin perder la compostura, señaló las jerarquías. Estalló la risa del prelado:

—Vamos, hombre, despertaos de una vez y bajaos de esa nube si queréis evitaros contratiempos.

—Tranquilizaos, Excelencia —le decían los Hermanos de Tierra Firme—. Fray Mauro está de capa caída. Sigamos con su expediente. ¡A ver, escribano, tomad debida nota! A Don Ruy asesinó; a Doña Jimena vejó; a Ramón, el Susurrante, le hizo dar de golpes mientras forzaba a su mujer, la honesta Doña Antoñita. Calumnió y difamó a los Vásquez de Rojas. Mantiene tratos ilícitos con los holandeses. Tortura, roba y mata. Hay quien dice que por obra suya murió hace dos años el antiguo Gobernador Marcos Gedler y Calatayud, con quien tenia enconadas rencillas.

—¿Tanto así, señores?

—No mentimos, Excelencia, aquí tenéis las pruebas. Fray Mauro es un ente del infierno.

—No os preocupéis, caballeros. De este punto me habré de ocupar. Para algo soy amigo personal de Su Majestad Felipe IV.

—Pero habréis de tener cuidado, Excelencia. Fray Mauro tiene espías en todos los rincones.

—Descuidad, amigos, que el hacer bien las cosas es mi especialidad, y para llevar el mensaje tengo a Fray Toribio.

El fraile mensajero fue capturado por el camino. Lo sacaron de un saco en presencia del Obispo.

—¿Conque correveidile del muy cabrón?

—Perdonad, Su Ilustrísima, no imaginé nunca su contenido.

—Guardadlo en los sótanos hasta que se haga lo debido.

Para diciembre el Gobernador prometió donar a la iglesia de Ocumare una campana de cobre que se funde en Corocote. Fue la ultima vez que se supo de él. Nadie pudo dar noticias de su paradero. Se recordó el caso del Gobernador Juan de Tribiño, a quien le aconteció otro tanto treinta años atrás. El 26 de diciembre de 1653 los Alcaldes de Caracas se hicieron cargo de la Gobernación. Fray Mauro subió de peso en esos días y su rostro rubicundo brillaba de tersura:

—Yo no sé qué se habrán creído estos tontos —decía al Padre Sobremonte—. Cuando ellos vienen yo ya he ido.

En junio llegó el nuevo Gobernador Martín de Roble Villafañe, caballero de Santiago y vecino de ciudad de México. Era un hombre de mediana edad, sereno y certero en la palabra y la acción, y tenía algo en común con Fray Mauro: su estrecha amistad con el Duque de Albuquerque, Virrey de México.

—Pues os envía sus salutaciones muy especiales, Su Eminencia —dice a Fray Mauro— esperando que antes de Pascuas tenga el inmenso placer de daros un fuerte abrazo.

Como tuviese un gesto de extrañeza, añadió:

—Os traigo una gran noticia. A solicitud del Virrey habéis sido trasladado al Obispado de Chiapas.

—¡Me cachi en la ma! —gritó ante la nueva.

Alcaldes, regidores, vecinos muy principales, clero secular y regular, la tropa de línea, esperaban a Fray Mauro para darle la despedida. Seco y sombrío va el Obispo. Apenas detiene el paso al ver el callejón de honor de las alabardas. Al fondo espera un bote. En la rada se mece un navío. Luego de catorce años parece imposible que vaya a marcharse. Todos los ojos miran su nuca de Miura. Bruscamente hace un ademán. Corre hacia el muelle. El cortejo hace otro tanto. De un salto, sin despedirse, se mete al esquife. Ante la sorpresa de quienes lo escuchan, se quita las sandalias y batiéndolas contra el muelle dijo:

—¡De ustedes no quiero ni la tierrita!

Desde el puente y con los ojos llorosos escuchó las salvas en su honor mirando hacia la montaña:

«Cuántos sueños perdidos. Aquí dejo mi juventud y lo que más he querido: mis tres sobrinos».

Luego de una larga travesía llegó a Veracruz. Una delegación de notables de parte del Duque de Albuquerque lo esperaba para conducirlo.

Un hombre joven, flaco, pequeño y cetrino, luego de besarle el anillo lo vio con emoción:

—Soy Nicolás García de la Madriz, el hijo de Diego García, el sobrino de

Soledad Guerrero.

—¡Hijo mío! —gritó Fray Mauro estrechándolo en un abrazo contra su fornido corpachón.

Durante las cuatro jornadas de camino caló con simpatía la naturaleza de Nicolás. Era uno de los secretarios del Virrey. Según pudo averiguar por otras voces, era uno de los jóvenes más virtuosos y facultos de la Nueva España.

—Ojalá nunca regreses a Venezuela —le dijo en la última jornada—, el ralo nivel de los principales, ignaros como bestias, e indomesticables para otra tarea que no sea la guerra, son barreras infranqueables a los hombres que, como tú y como yo, aspiramos a una mayor elevación espiritual.

Nicolás, enterado de los desaguisados del Obispo, lo vio con sorpresa.

—Bueno —preguntó con una sonrisa picara— ¿y qué tal son las mujeres en la Nueva España?

El joven secretario sonrojó las mejillas. Luego de la muerte de Elvira y de la influencia ascética recibida en el seminario, no había mujeres en su vida.

—Todas son buenas y virtuosas —respondió.

—Umj —gruñó Fray Mauro—. «Parece un ratoncillo de sacristía».

A la semana de marcharse a Chiapas, el Virrey hizo comparecer a Nicolás:

—Fray Mauro me ha hablado excelencias de vos, virtudes que por otra parte he tenido ocasión de comprobar en los años que tenéis conmigo. En premio a vuestros servicios propongo que os trasladéis a Veracruz. Allí seréis mi teniente de justicia. Aparte merecerlo ampliamente, os conviene: Veracruz es la antesala de Venezuela.

104. Nicolás García y el largo brazo de Jamaica.

El puerto fortaleza tenía el mismo cielo y olor que La Guayra. La gente era confianzuda y cálida como en su tierra. Todos los meses atracaban barcos procedentes de Venezuela.

Fijó residencia en una pensión de la calle de la Sierpe. Era una casa grande de balcón volado, asomado al mar. El mismo día de su llegada conoció a Alexander Slagueter, un austríaco de unos treinta años, cartógrafo de profesión, que hacía por cuenta de una casa florentina un estudio del Golfo de México.

Estaba borracho esa tarde, asomado al balcón.

—¡Hola! —saludó al verlo.

Desde aquel instante la amistad se hizo y creció entre ellos firme y entusiasta, a pesar de los caracteres encontrados.

Alexander era un ser extraño que combinaba con pericia la juerga con la cosmografía, las matemáticas con el burdel, la historia con la camorra y las teorías políticas con las garrafas de ron. Era, además, un gran espadachín, de espíritu

pendenciero y festivo, en particular cuando estaba ebrio. Los dos hombres, en muy poco tiempo, hicieron grande y profunda amistad.

Nicolás, una vez que Alexander le enseñó un retrato de su hermana, exclamó perturbado:

—Dichoso tú, que por lo menos tienes hermanos… —y entre lágrimas y congojas contó la historia de su familia y el rapto de sus tres hermanas por los caribes. Al terminar, Alexander moqueaba con más bríos que Nicolás.

—Yo te ayudaré a encontrarlas —dijo con voz recia—. Te lo juro. He de recorrer el Caribe por mucho tiempo. Algo me dice que daré con ellas; pero bebamos, amigo mío, hasta caer borrachos. Las penas deben ahogarse en aguardiente o en mujeres.

Alexander era pesimista sobre el futuro de España. El Imperio entra en el ocaso de su poderío; no sólo en Europa pierde terreno, sino en sus posesiones en Ultramar. Los piratas, corsarios y filibusteros que infectan estas aguas, bloquean las comunicaciones. Veracruz, Cartagena, Portobello y La Habana, plazas inexpugnables hasta ahora, pronto dejarán de serlo. «En vuestra Provincia, La Guayra y Maracaibo han sido saqueadas varias veces».

La Isla de La Tortuga, al año siguiente del ataque de los españoles, volvió a ser ocupada por los piratas y para acabar, hace apenas seis meses Guillermo Penn, como bien sabéis, con una flota de 57 navíos y más de diez mil hombres, se apoderó de Jamaica.[103]Oliverio Cromwell considera la toma de la isla como el inicio de una cruzada santa contra la España papal. Jamaica hoy día es una pieza inexpugnable y Guillermo Penn, el brazo fuerte del Rey de Inglaterra en las Antillas. En sus astilleros se hacen buques; en sus ciudades sus hombres se entrenan; de sus puertos zarpan barcos para golpear las ciudades españolas y las rutas marítimas que las unen. ¿Quieres que te diga una cosa? Yo soy uno de los ingenieros navales más importantes. Si Penn sabe de mis andanzas por estos predios, me haría matar, o por lo menos raptar. A veces me domina un miedo extraño. Por eso bebo hasta caer exhausto. Si algún día algo me llegara a suceder, envíale a mi madre estas pertenencias.

—¡Callad, por Dios, Alexander! Dejad de estar invocando malos agüeros.

—Yo que te lo digo, Nicolás García. No está lejos el día en que desapareceré de repente.

Y para robustecer su afirmación, se echó un trago y lanzó un sollozo.

—La alianza de tu país con el mío —le dijo— en otra ocasión será la ruina de Austria. La decadencia de los Habsburgos españoles, entenebrecidos por curas y supersticiosos, deshace a España. Los españoles de aquí y de allá son todos iguales: seres dominados por la gana, el sentimiento y el pundonor, que les impide juzgar con la objetividad y acierto que se necesita en estos tiempos. Tú no pareces español —dijo de pronto—. Me recuerdas a los filósofos de mi tierra. Eres lúcido, ponderado y

faculto. Por eso te quiero y lamento la suerte que te espera. Los hombres como tú no suelen ser queridos entre españoles. Tú tienes virtudes que tu gente no aprecia, por estar muy por encima de ellos. A nadie se le perdona ser diferente, aunque sea por superior entendimiento. Nadie te comprenderá en tu tierra. Vente conmigo a Florencia: los sabios no tienen suerte en la aldea.

Los dos hombres charlaban desde un balcón volado que daba hacia una callejuela alumbrada frente a la casa por un fanal. Un siseo salió de la acera de enfrente. Alexander y Nicolás apoyados al barandal, vieron a un hombre gordo que silbaba de manera muy peculiar. El austríaco respondió con igual tono.

—Vuelvo —dijo a Nicolás con el rostro turbado. Bajó a la calle y se perdió entre las sombras.

Fue la última vez que vio a su amigo Alexander. ¿Fue obra de Penn, como lo temía? Las autoridades inventariaron sus pertenencias. Dentro del cofre estaban todos sus trajes.

—Estoy seguro de que a vuestro amigo —dijo un alguacil— le ha sucedido alguna desgracia. Veracruz es una ciudad muy peligrosa.

«¿Veracruz —se preguntó— o el largo brazo del Gobernador de Jamaica?».

Tres meses más tarde, el Virrey de México lo hizo llamar con urgencia.

—El Gobernador de Cuba, mi deudo y amigo, me pide un hombre de confianza para secretario y fiel ejecutor. Vos sois mi candidato. ¿Qué os parece la propuesta?

Aquella mañana de abril tomó en Veracruz la fragata que habría de conducirlo a su nuevo destino.

La nao desde hacía días se deslizaba serena por el Caribe.

El pasaje era numeroso y de calidad. Entre ellos destacaba una pareja absurda: un hombre entrado en años, gordo, alto y panzón y una bellísima mujer de ojos chispeantes y donoso talle.

Él era un rico plantador cubano, según lo pregonaba a cada rato vocinglero y soberbio. Nicolás buscó la compañía de la pareja, no tanto por la mujer como por la importancia de su esposo, que a su vez se mostró afable al enterarse de que era el nuevo Secretario del Gobernador.

Al saber su origen dijo:

—Hace ya más de catorce años conocí a un gran señor oriundo de allá: juntos hicimos guerra a los piratas de La Tortuga y fuimos cautivos por tres años. ¿Te acuerdas, Dolores?

—Me acuerdo, Sebastián —respondió la aludida con indiferencia, mirando hacia un joven pelirrojo que desde hacía rato la acicateaba con la mirada.

—¿Cómo es que se llamaba?

—Rodrigo Blanco de la Torre Pando —afirmó Dolores, la esposa de Sebastián de Urquijo.

Nicolás se desvaneció. El pelirrojo que oteaba a Dolores, solicito se acercó al grupo.

Para disgusto de don Sebastián, luego de recuperarse Nicolás, el desconocido se sentó en la mesa. El intruso no excedía los veinticinco años. Era austríaco, regordete y bien parecido. La nacionalidad sacó a flote el nombre de Alexander.

—¡Es mi jefe! —exclamó jubiloso el pelirrojo.

Su alegría se desbordó al identificar a Nicolás.

—¡No me digáis que vos sois don Nicolás García de la Madriz! ¡Cuántas veces mi patrono os citó y recordó en mi presencia! Tuvo que salir tan precipitadamente y con tanta cautela de Veracruz, que no le quedó más camino que partir sin despedirse.

—¡Cuán grande noticia me dais! —expresó Nicolás García con radiante alegría —. ¡Loado sea el Señor! ¡Y yo que lo daba por muerto!

—Pues, lo veréis en La Habana, donde me espera para proseguir nuestras exploraciones por el Caribe.

El pelirrojo hablaba con torpeza el castellano, lo que no era impedimento para que hablase continuamente mientras dirigía arreboladas miradas a Dolores Urquijo.

Pasaba de un tema a otro sin orden ni concierto. Habló de la situación en el Caribe, repitiendo lo que decía Alexander sobre la situación harto peligrosa para España desde que Guillermo Penn conquistó Jamaica. Toda la isla es una fortaleza. La Tortuga fue abandonada por los filibusteros que ahora operan en Jamaica. Ama el dulce de guayaba que hacen en Cuba. El cacao está por el suelo. Los maridos celosos no deberían existir. Alexander nos quiere mucho. No hace otra cosa que recordaros. Una vez me contó vuestra trágica historia. Y con el mismo desenfado con que trató otros temas, le espetó a Nicolás delante de los Urquijo:

—Qué horrible tragedia la de vuestra familia, a quien un mal hombre y los caribes exterminaron.

El mozo, para indignación de Urquijo, continuó cortejando a la bella Dolores, quien, sin decir palabra, mucho prometía con los ojos y el juego del abanico.

La fragata avanzaba con buen tiempo. A los quince días de haber zarpado el vigía gritó:

—¡Tierra a la vista!

En tropel corrieron a proa. En lontananza se divisaba la punta occidental de Cuba.

Don Sebastián mostrando parsimonia se quedó en el entrepuente. Dolores resbaló. El mozo la tomó por el brazo. Ella sonrió.

—¡Gracias, guapo! —dijo con una sonrisa que rompió el nuevo grito del vigía:

—¡Piratas a estribor!

El mozo esgrimió un catalejo.

—Estamos perdidos —observó con voz bronca—. Son dos poderosas naves de guerra, ligeras y armadas de popa a proa. Son corsarios ingleses de Guillermo Penn.

¡Ved el jabalí de su bandera sobre el campo rojo!

Nicolás recordó, con aprensión, lo que decía Alexander del poderoso Almirante de Jamaica.

—¡Toda resistencia es inútil! —dijo el pelirrojo—. Confiemos en que acepten un rescate.

—¿Creéis que si pagamos un rescate nos dejarán en libertad? —preguntó don Sebastián.

—Seguro —respondió el joven cosmógrafo con voz abatida—. Es norma de los corsarios.

—Entonces podemos quedamos tranquilos.

—Vos lo podréis hacer, don Sebastián —añadió con voz quebrada—, pero no es ése mi caso. Yo no soy más que un pobre empleado. A mí me echarán al mar para que sea pasto de los tiburones.

Nicolás lo vio con ansiedad. Dolores empalideció:

—No, por Dios —gritó desgarrada—. Mi marido os pagará el rescate.

Don Sebastián guardó silencio.

—¿No es así, Sebastián?

—Ni es nada mío ni tengo tanto dinero para rescatarle la vida a extraños. Allá él con su suerte.

Y dando media vuelta se alejó hacia estribor para ver el barco que se les echaba encima.

El ayudante de Alexander dio rienda suelta a su desolación, mesándose la barba con adoloridas voces. Dolores, haciendo caso omiso de su marido, se le colgó del brazo derramando consuelo.

—No os preocupéis, amigo mío —dijo de pronto Nicolás—. Empero no soy hombre rico, pagaré por vos.

Los dos navíos ya alcanzaban la fragata. Una bala levantó una ola a cien varas. El capitán arrió la bandera y esperó el abordaje.

Saltaron garfios y hombres de espantable aspecto: de sables desnudos y mirada cruenta. El que parecía conducirlos, un hombre de barba negra y pata de palo, miró con desprecio la cara del pasaje. El pelirrojo, para desconcierto de Nicolás, emitió un silbido que ya había escuchado. El de la pata de palo al mirarlo, avanzó hacia él. Fue en ese momento en que recordó con estupor que su nuevo amigo tenia la misma contextura del hombre que aquella noche en Veracruz se llevó a Alexander.

—A vuestra orden, capitán —dijo al joven pelirrojo el de la pata de palo—. La nave está rendida.

Luego de colgarse el sable y el sombrero de capitán, el falso cosmógrafo dijo a Nicolás y a los Urquijo con una sonrisa nueva:

—Soy Henry Morgan, capitán de ese barco y lugarteniente de Guillermo Penn. El

Almirante —dijo a Nicolás— no es otro que vuestro amigo, Alexander.

Días más tarde Penn y Nicolás se abrazaron en Jamaica.

—Perdóname la trastada que te hice, pero no tuve más camino que desaparecer con sigilo. En aquel tiempo estudiaba los lugares vulnerables de Veracruz para hacer realidad algún día que México y tu país sean pronto una nueva Jamaica.

A las pocas palabras puso la mano sobre el hombro de Nicolás y viéndole a los ojos dijo:

—¡Tus hermanas viven!

—¡No puede ser!

—Hay algo malo, sin embargo —añadió ensombreciendo el rostro—. Las muchachas en ese entonces eran cautivas de Granada. En un ataque a la isla que le hicieron los de Guadalupe con la ayuda de los franceses, cayeron sobre la ciudadela y a sangre y a fuego acabaron con el pueblo y con cuanto caribe cayese en sus manos. [104]El cacique principal, llamado Bicoco, se enamoró de las tres y las llevó a su harén. Cuando quieras, alguno de mis buques te podrá llevar. Y como me llamo Guillermo Penn, por las buenas o por las malas nos traeremos a tus hermanas.

Quince días más tarde y bajo el comando de Henry Morgan, en un galeón de sesenta cañones, partió hacia Guadalupe.

Henry, quien se trajo consigo a Dolores luego de echar por la borda al de Urquijo, vibraba de amor y alegría.

—Soy el primero en darme cuenta de vuestra pena —dijo a Nicolás—. Yo también fui raptado en Bristol.

Era un hombre impulsivo y vivaz, que inspiraba confianza a sus hombres, al mismo tiempo que temor y respeto. De la misma forma que era capaz del máximo desprendimiento, lo era también para la crueldad.

Al tercer día de navegación ahorcó a uno de los marinos por haberlo hallado fumando en la bodega.

—Ya estaba lo suficientemente advertido —respondió a Nicolás y a Dolores, que intercedieron por él—. No sería ni el primero ni el último buque que ha estallado en un incendio como consecuencia del funesto vicio. Luego que se establece un reglamento no queda más camino que cumplirlo, aparte de que yo, no hay nada que odie más que el engaño y la mentira. Prefiero el látigo y la injuria antes que la traición. La deslealtad me enloquece.

Es un hombre feroz —pensó Nicolás— pero llegará muy lejos. Tiene la consistencia de los hombres que guía, y persigue sus mismos objetivos.

—Sé que os repugna mi dureza —dijo afable a Nicolás— pero me permito señalaros, mi querido amigo, que es muy diferente el tipo de vínculos que une a los hombres de paz, que a los hombres de guerra. Entre nosotros la menor infidelidad significa muerte del grupo. Por eso nuestras lealtades están por encima de la razón y

de la justicia. Nos basta saber que aquél es mi amigo y éste mi enemigo y basta. Y eso no lo olvidéis jamás, don Nicolás García. Henry Morgan, el pirata, puede acompañaros hasta el fin del mundo, como hago ahora, de la misma forma que puede perseguiros hasta el infierno si lo traicionáis. ¡No me traicionéis nunca, don Nicolás!

—Tranquilizaos, Henry, por Dios, que ni tengo intenciones, ni medios, ni necesidad.

Después de quince días de navegación avistaron Guadalupe. A la vista del poblado donde estaban sus hermanas, Nicolás fue presa de vértigo. Veinte piraguas batiendo palmas y haciendo sonar flautines de bienvenida, rodearon la nave.

Acompañado por diez marinos bajó a tierra. El espía que los ingleses tenían en la isla dijo a Morgan:

—Allá en la loma vive Bicoco. No es fácil ni a indios ni a blancos acercarse a sus casas. Pero mañana que es día de mercado bajarán todas sus mujeres a la playa.

Junto con dos marinos se apostó a la orilla del camino, simulando tirar al arco. Era tanta la mala puntería que los caminantes se detenían para chasquearlos. Cambiaron las flechas por los dados. Los caminantes, salvo mirar de reojo, seguían de largo.

Ya con el sol afuera comenzaron a bajar las mujeres y esclavas de Bicoco con sus cestas vacías. Salvo las partes pudendas que cubrían con un delgado taparrabo, todas iban en cueros. Las había con esbozos de senos, hasta viejas con pechos caídos hasta el ombligo. Otras eran jóvenes y cimbreantes. Venían en parejas o totalmente solas. Hablando con estrépito o silenciosas y tristes.

Ya Nicolás desesperaba cuando vio perfilarse en la loma a sus tres hermanas. De púberes que eran cuando las dejó de ver, dieciséis años atrás, se habían trocado en tres robustas mujeres. Como el resto de las indias, venían desnudas.

Pasaron de largo sin dar muestras de haberle reconocido.

Nicolás, sin denotar prisa, caminó tras ellas un rato, sobrepasándolas luego. Al pasar susurró:

—Soy vuestro hermano, Nicolás García. Vengo por vosotras.

Una de ellas respondió súbito:

—Dentro de dos horas alguien irá por ti.

Pasada la hora convenida se acercó un mozo de unos quince años con plumaje de cacique y ojos azules.

—Yo soy Domingo Marcelino, tu sobrino —le dijo en buen castellano—. Mi madre y sus hermanas te esperan.

Y sin decir más se abrió paso entre la muchedumbre y lo guio hacia la casa de Bicoco.

Tras una empalizada se levantaba un bohío, alto como una iglesia y de un diámetro de más de sesenta pies.

—¡Ven! —le ordenó secamente, señalando una pequeña abertura.

Adentro reinaba la penumbra. Tardó en darse cuenta que se hallaba en medio de un circulo humano con más de veinte personas. Frente a él, sentado, un indio fuerte y membrudo sonreía benévolo. Era Bicoco. A su derecha estaba su hermanita Marcela. A su izquierda Juana y Lolita.

—Bienvenido, hermano —dijo el cacique—. Siéntate. Tú y yo tenemos de qué hablar.

Sus hermanas lo veían sin mirarlo. Marcelino se sentó al lado de Marcela. Nicolás miró a derecha e izquierda del cacique. Robustos mocetones que decrecían en edad hasta llegar a niños, iban de Bicoco a la entrada.

—Esta es tu familia y la nuestra —dijo plácido el cacique—. Todos son tus sobrinos, mis hijos y mis nietos. Dime ahora, hermano mío, ¿qué quieres? Te escucho atento.

El galeón salió lentamente de la rada de Bass Terre. Nicolás, meditabundo, dirigía su última mirada a la loma de Bicoco donde quedaban sus hermanas por propia y libre decisión. Morgan puso en sus manos un vaso grande lleno de aguardiente.

—Tomad, amigo, matad vuestras penas, que lo que hay en el corazón de una mujer, ni el mismo Jehová lo sabe.

Dolores, a su lado, le dio un beso en la mejilla y le pasó el brazo por encima del hombro. Nicolás, sin contenerse, lloró amargamente.

Morgan, luego de asolar los pueblos y ciudades que encontró desguarnecidas al norte de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba, ancló a medianoche en una bahía.

Antes de abordar al bote que habría de llevarlo a la playa le dijo con voz quebrada:

—Esperad hasta que se haga de día. Si seguís por ella hacia el naciente, en menos de tres horas llegaréis a La Habana. ¡Adiós, amigo mío!

Dolores a su vez lo besó entre sollozos.

—Visitad a mis hijos, por ruego de Dios.

Al poco rato, con las velas desplegadas y la luna llena, la nao se deslizó mar afuera.

Abstraído en su rota, Nicolás miraba las velas. Un chapotear a su izquierda, seguido de un gemido, lo sorprendió. Sobre la arena estaba una mujer.

—¡Dolores, por Dios! —exclamó sin creerlo—. ¿Qué te ha pasado?

Extenuada por el esfuerzo y la risa, dijo:

—Me escapé del pirata. Me regreso contigo a La Habana. Es un bruto sin modales. ¡Ya estaba harta!

Nicolás dio un vistazo hacia el mar. Apenas distinguía el velamen. A pesar de la escasa visibilidad percibió por un destello que el barco giraba hacia la derecha.

—Henry acaba de descubrir tu fuga y vuelve sobre nosotros. Tratará de salirnos al

paso antes de llegar a La Habana. Caminemos hasta que nos agote el cansancio. El no cuenta sino con el tiempo que le resta al alba.

A la media hora de marcha sobre la arena y a la vista de unas rocas dispuestas como dólmenes, Dolores dijo, desfalleciente:

—Quedémonos aquí. No puedo más.

Bajo una roca se guarecieron. La arena estaba seca y la noche cálida. Se tumbaron el uno junto al otro. Nicolás sintió su cuerpo tibio.

Nicolás despertó con los primeros rayos del sol y el graznido de las gaviotas. Dolores, a su lado, estaba desnuda y dormida. A los treinta y dos años cumplidos cató por segunda vez el cuerpo de una mujer.

Antes de tres meses Nicolás se granjeó en La Habana fama de hombre sabio, justo y valiente. El Gobernador le brindó su amistad. Dolores, en medio de su luto convencional, lo continuó viendo a hurtadillas. Jamás se había sentido tan dichoso. Pero al término de unos meses la bella Dolores lo puso de lado al entablar amoríos con un joven y bien parecido habanero:

—Sé que me habréis de odiar, pero éste es mi primo y todo debe quedarse en casa. Mujeres no te han de faltar. Ven a verme como siempre. Te quiero mucho y no quiero perderte de mi lado.

Arrastró su pena hasta que apareció Paloma, y con ella la fuente de nuevos males y desazones.

Desde El Morro de La Habana, Nicolás mira al sol:

«Es mediodía. Hace calor. De no ser por los alisios esto sería un horno».

Rodrigo Blanco entra a la bahía de su hija Juana Francisca. El sol de mediodía restalla contra la arena y los cocoteros. Es mediodía. La tierra arde. «De no ser por los alisios esto seria insoportable».

«Dentro de dos meses termina mi tiempo de exilio. Catorce años han transcurrido. La vida me ha tratado mal, a pesar de los ascensos y honores. Nunca el amor se me ha dado. Lo de Paloma ha sido un duro golpe. La soledad me muerde. Impulsos tengo de regresar a Venezuela. Quisiera ver a Ana María. Me han dicho que es un monstruo de gorda. Hoy le he de escribir. Avisaré mi llegada. ¿Y Rodrigo Blanco? ¡El asesino de mi padre, el destructor de mi familia! Ya lo he perdonado».

Dentro de dos meses he de casar a Juana Francisca. Catorce años han transcurrido de la muerte de Rosalba, su madre, el día de San Bernabé. La vida me ha tratado mal, a pesar de las mujeres que se me han prodigado. Nunca he alcanzado la paz. La soledad me lacera. Ganas me dan de retornar a España. Odio a Ana María. Es un hipopótamo. ¿Qué será de Nicolás García? Ana María lo ama. Destruí a su familia. De pensar en los dados y en Camuri me siento malo. Quisiera ayudar al pobre chico.

Don Nicolás, no os quiero mortificar innecesariamente, pero la gente a causa del plantón y mofa que os hizo la tal mujeruca, hacen burla de vuestra desdicha, hasta

decir que la paloma no está hecha para vos.

Rodríguez del Toro, el novio de Juana Francisca, frisa ya los cuarenta. Es gordo, ignaro y simplón. Pero es blanco de la cabeza a los pies. Canario, pero español. Conocí a su padre y a su madre cuando la gran flota atracó en Tenerife. Él era un viejo hidalgo. Ella rubia como el sol.

Raya la pluma de ganso el duro papel del juzgado:

Querida Ana María:

Pronto he de retornar…

Salta la voz de Juana Francisca a espaldas de Rodrigo Blanco.

—Querido padre, estás empapado en sudor.

Juana Francisca, tal como lo quiso, era altiva, desdeñosa, inaccesible al afecto.

Detestaba a su abuela. La hacía pasar por aya. Fue tal el disgusto de Petronila al saberlo, que se mudó a casa de Altagracia, su hija, y Ño Ñaragato.

Pasaron los días, y lejos de lo que creía, Juana Francisca no hizo nada por excusarse ni reclamarla. La casa de Ñaragato cerca del muelle de Ocumare, era pobre y destartalada. Su yerno compartía el mismo odio que Rodrigo sentía por ella. Fruncía la boca al verla y sus zalamerías robustecían la agriura de su talante.

—Mire ña Petronila —le gritó una tarde que añoraba La Casa Grande desde el mugriento chinchorro—, ¿a usted no le da vergüenza que mientras su hija se revienta de tanto fregar esté usted echada en esa hamaca como una reina? No sea floja y sinvergüenza y levántese de ay.

Petronila se dijo:

«Para aguantar las groserías de este maldito zambo que vive con mi hija, mejor me quedo con las impertinencias de Juana Francisca. Además, ¿quién quita que le haga falta?».

Y sin despedirse de Altagracia ni del espaldero de Rodrigo Blanco, tomó el camino de la Hacienda.

Juana Francisca estaba en la cocina instruyendo a sus esclavas cuando apareció Petronila.

—Bueno —dijo en tono conciliador—, aquí me tienes a otra vuelta. Por ser yo demasiado buena he decidido perdonarte. Pero te advierto —añadió elevando el tono con ademán posesivo— que a la próxima que me hagas me largo de una vez por todas y nunca más me volverás a ver.

Juana Francisca, de cara larga y ojos vacíos, extendió la mano hacia la puerta:

—Por mí puedes volverte por donde viniste, y si quieres, ahora mismo.

La vieja, todo rubor, bajó la cabeza y se encerró en su alcoba.

La hostilidad de Juana Francisca contra su abuela creció día tras día. La hacía comer en la cocina; fregar sus cacharros; tender su cama. Dio órdenes a la esclavitud para que no obedecieran sus órdenes. Hacía burla e irrisión de ella y excitaba a la

servidumbre a que hicieran otro tanto.

Petronila angostaba su alma. Pero al pensar en Ñaragato se consolaba.

En vísperas de la boda Juana Francisca se enfrentó a Petronila, el mismo día en que arribó Rodrigo Blanco.

—Mi padre y yo hemos resuelto que te marches de esta casa. Tu presencia no sólo es innecesaria, sino inconveniente. Eres muy vulgar y chabacana. Te pasaremos diez pesos mensuales, siempre y cuando te quedes en casa de Altagracia y no molestes.

Chispearon de cólera sus ojos. Depuso su actitud mustia y vencida:

—Sois tal para cual —exclamó chirriante—. Para ustedes no existe ni el cariño ni el agradecimiento. Sois unas mierdas. Me habéis utilizado y explotado. Me habéis hecho sufrir como una perra, para que después de toda una vida de sacrificio me echen. No me extraña lo que me proponéis. Ya me lo esperaba. No quieren que Petronila, la abuela de la novia, les eche a perder la fiesta porque es negra. Dios castiga sin palo mandador. Ojalá, mijita, no te suceda algún día lo mismo. Pero ya te pasará, como me pasó a mí. Dios me castigó cuando engañé al pobre de Bejarano haciéndole creer que Rosalba era hija suya. Como te castigo yo ahora, Rodrigo Blanco, al decirte que Rosalba, mi hija, el ser que tú has querido más en la vida, la mujer por quien tú suspiras en todo instante, no es hija de aquel pobre pendejo que entre tú y yo mandamos a la hoguera.

—¡Calla, maldita!

—¡Calla no! —replicó Petronila—. Escucha el resto… ¿Tú sabes realmente quién es el padre de Rosalba, Alba? ¿No sabes? ¿No te imaginas? Pues nada menos que Diego García… el hombre a quien destruiste… el fantasma que no te deja dormir. Cuando te acostabas con mi hija te estabas acostando sobre la carne de Diego García. ¿No te parece gracioso?

Rodrigo, sin contenerse, golpeó a la vieja. Petronila trastabilló y al caer al suelo golpeó la cabeza contra el piso. Al darle con el pie se dieron cuenta que había muerto.

—¡Maldición! —exclamó mirando en derredor—. Alcánzame esa manta.

Luego de envolverla con ella, se la echó al hombro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó aterrorizada Juana Francisca.

—Echarla al mar. A ella le gustaba bañarse en las tardes. A cualquiera le puede dar un sincope.

El sol al ocultarse era demasiado rojo. Juana Francisca tuvo un estremecimiento. La oscuridad era total cuando el cadáver de Petronila flotaba en la bahía.

—Menos mal que murió. Con lo mala que era esta mujer, mañana lo hubiese sabido todo el pueblo.

—¿Quién era Diego García?

—No te importe. No tiene nada de particular. Bástete saber que lo que esta mala mujer dijo, sólo lo sabemos tú y yo y nadie más.

Dos ojitos brillantes tras un uvero los siguieron en sus quehaceres. Era un negrito llamado Domingo, el hijo de la cocinera.

105. ¡Ay, Madre!

Rodrigo Blanco está particularmente enojado y añorante aquella tarde.

—¡Cuán desgraciado soy! —dice en voz alta con el pie sobre el brocal de la fuente.

Ana María, desde una silla del corredor, teje y observa. José Juan y Jorge corretean por el patio. Yolanda y Matilde juegan muñecas.

Hace una semana fue la boda de Juana Francisca. Rodrigo Blanco invitó a los Amos del Valle a la gran fiesta que había de celebrarse en Ocumare. Ana María fue abatida por el insomnio antes y después. Todo lo concerniente a la hija de Rosalba la llenaba de furor. Casi podía hasta tragarse el harén de las tres mujeres y el que Rodrigo hiciera lo que le viniera en ganas con Salú, Dulce María y Susanita. Pero de sólo pensar en Juana Francisca se le hacía un nudo en la garganta. Sentía estremecerse dé impulsos homicianos. Juana Francisca era símbolo viviente de todas sus penas, de todas sus derrotas como hembra, mujer y criolla. Esa misma tarde le vinieron con el cuento de que su marido proclamaba con orgullo que había hecho un gran matrimonio al casarse con Francisco Rodríguez del Toro. «Conocí a sus padres, viejo hidalgo de estampa antigua, y ella, rubia como el alba. Nieto rubio al fin tendré. A la corte he de auparlos. Pondré pleito a mi hermano. Conde de Torre Pando mi nieto habrá de ser».

Ana María calaba con odio su espalda:

«Que me humille, que me deteste, que no me ame, lo acepto y hasta me prosterno; pero que desdeñe a mis hijos, engendrados dentro de la legitimidad, me enloquece».

Las palabras chismosas de lo que Rodrigo dijo que iba a hacer con los hijos de Juana Francisca sembraron en su alma un odio de puñaladas. Su abuelo, Pedro de Montemayor, según se encargó de echarle en cara Rodrigo, había sido un criminal que murió decapitado por haber asesinado a su última mujer, Melchora Díaz de Alfaro. A veces sentía que el alma atormentada del uxoricida que mató a su abuela, vivía con ella. Varias veces tuvo que azotarse en la soledad de su alcoba para poner fui al deleite que le provocaba el imaginarse que con sus propias manos estrangulaba a Juana Francisca. En los últimos días, y a raíz de la boda, sus impulsos criminales, a pesar de la pasión que le inspiraba, se habían volcado contra su marido. Su espalda era toda una tentación para clavar en ella siete puñales. Su boca sangrante un reclamo poderoso para que sorbiera en caldo unas gotas de estricnina. Odiaba y amaba, a muerte y a vida a Rodrigo Blanco.

Rodrigo Blanco, ajeno al sentir de su mujer, a pesar de los pitos agoreros del Pez, cavilaba ausente apoyado el pie en el brocal de la fuente.

«Hace treinta años —se dice— llegué a Venezuela. Suponía que por breve tiempo. Luego regresaría a España. Al principio pensé hacerlo sin dinero; luego con algo de dinero; finalmente con mucho dinero. Soy uno de los hombres más ricos del país y me quedé para siempre en Santiago. Al llegar era un guapo mozo de veinticinco años. Ahora tengo cincuenta y seis. Hasta hace poco me mantenía lozano. De un tiempo a esta parte los años dejan huella. La nariz me ha crecido: se ha hecho más grande y caída hacia adelante; las arrugas surcan mi rostro; los ojos perdieron su brillo. El desengaño me aplasta. La última colonia de España tomó posesión de mí. Casado con una vieja gorda a quien sembré cuatro mestizos».

Jorge corretea a su alrededor. Rodrigo lo sigue con expresión atormentada.

«Este es el más indio de todos; lo dice el pelo lacio, los ojos oblicuos y el color cetrino de la piel. Desnudo y con plumas, en nada se diferencia de los indiecillos que pululan por el mercado. ¡He bastardeado mi sangre»!

De pronto exclama en voz alta mirando a Jorge:

—¡Maldito indio!

Y volviéndose iracundo hacia Ana María le grita enardecido, con ojos llameantes:

—¡Maldito sea tu hijo y mil veces maldita tu abuela que metió en mi sangre la maldición de la casta india!

Ana María transfigurada por el odio se puso en pie, corrió hacia un arcón y se le vino encima esgrimiendo un largo puñal.

—¡Guarda la lengua, Rodrigo y no injuries! —clamaba poseída de un odio sorprendente y feral que a Rodrigo impuso—. Que seas mal marido, te lo perdono, que seas un mal hombre, te lo soporto. ¡Pero que humilles a tus hijos es pecado que no consiento! ¡Anda, ya! Lárgate de una vez para siempre de esta casa, que es muy mía; si no quieres que yo misma te deje sin vida.

El Águila Dragante quedó atónito ante el espantable odio que por primera vez vio en los ojos de su mujer.

—Pero antes de que te vayas —rugía ante el terror de sus hijos— déjame decirte una cosa que te he silenciado. No es bueno alegrarse del mal ajeno, pero ya no aguanto más. Tú estás muy ufano del matrimonio de Juana Francisca; de que se haya casado con un español. Crees que ella te engendrará hijos blancos dignos de tu estirpe y no los míos que llevan sangre india. Es probable que lleven sangre india; pero negra jamás. ¡Óyelo bien!

Rodrigo tuvo un gesto de repulsión y asombro.

—Escucha lo que sabe todo el mundo y se ríen a tus espaldas. Lo que pasa es que nadie se atreve a decírtelo. Ese yerno tuyo es más embustero que Juana Francisca, que ya es bastante decir. El no nació en Canarias, como te ha dicho, sino aquí en

Venezuela. Es hijo, en efecto, de su padre, hidalgo canario y busca fortuna, que después de mucho merodear terminó casándose con la Mordida. ¿Tú sabes quién era la Mordida? Trata de que no se te olvide. Era una cuarto e zamba de lo más cutuperta. Su padre, Lazarito Vásquez, era hijo de un español y de una loca mestiza llamada Leonor, que terminó amancebada con los caribes. Y por parte de su madre, la abuela de la Mordida era una esclava que se sacó Andrés Machado en una rifa en Caraballeda. De modo que te felicito chico —le soltó burlona—. Ahora sí podrás reclamar para tus nietos, aunque sean bastardos y mulatos, el título de Conde de Torre Pando de La Vega.

Rodrigo Blanco, entre incrédulo e iracundo, ahogándose de angustia salió a la calle. Ana María envuelta entre maldiciones corrió tras él, mientras Jorge y José Juan pegados a sus faldas, lloraban desconsolados.

La noche estaba sin luna, fresca y estrellada. Rodrigo cerró su capa y avanzó por el empedrado, en ronda cerrada a la manzana. Un fanal brillaba en Las Madrices, un hachón en la esquina de Juan y Gabriel Ibarra. Las voces de sus amigos saltaban hacia la calle. Pensó entrar y saludarlos. Pero las palabras de Ana María eran criminales. Sesgó a la izquierda. La calle estaba oscura y enfangada. El frío intenso. Cruzó hacia la plaza. Volvió de nuevo a Las Madrices. Pasó ante su casa. Siguió de largo. Iría a ver a sus tres mujeres. El hachón de los Ibarra se batía al viento. La oscuridad apenas lo dejaba ver. Una sombra se vino tras él. Una silueta de hombre se dibujó en la esquina. Era una figura menuda en traje y sombrero cordobés. Sólo cuando la tuvo encima se dio cuenta de que era una mujer.

—Es ella —apenas dijo al darse cuenta de quién era.

El fantasma que en su casa avisa, comenzó a darse vueltas.

—Me va a enseñar la cara —se dijo con espanto.

La sombra sigilosa que se arrastra tras él, ya lo alcanza. La mujer del cuerpo grácil y sombrero de campo se dio vueltas completa.

—¡Ana María! —apenas dijo cuando sintió en su espalda caerle siete puñales.

—¡Ay, Madre!, ¿por qué me matan?

106. La última historia de José Palacios.

—Cuán grande fue mi dolor —exclama Ana María desde su cama— cuando a la luz de una antorcha vi a Rodrigo con la espalda sangrante cribado a puñaladas.

Ante el vómito que se le viene encima se incorpora y grita:

—¡Mujer de miércoles, la bacinilla!

Mugidos y arqueos. Estruendo de comida ácida. Aspersión de aguas perfumadas. «Acabo de echar el nepe». Limpia la baba y el bigote verde. Pálida y sudorosa se desploma.

Jorge, su hijo, inesperadamente entra a la alcoba.

—¡Mijito, me estoy muriendo con esta indigestión!

Jorge ignora el malestar de su madre y con amplia sonrisa le dice señalando hacia la puerta:

—¡Mira quién viene aquí!

Ana. María contrae las pupilas. Se retrepa entre las almohadas.

—¡José Palacios! —exclamó sin creerlo—. ¿Cuándo llegaste?

Antes que José Palacios llegó la nota del Gran Inquisidor participándole a Jorge la inocencia del reo y la necesidad impostergable de influir sobre él para que ponga freno a su incontinencia, raíz de todos sus males y erranzas.

Con el alma henchida de alegría salió al encuentro de su amigo, quien le dio a él las mismas justificaciones que Jorge le había inventado:

—Órdenes de la superioridad. Bien sabéis como son las cosas entre militares. He sido nombrado capitán del puerto y segundo en mando de la fortaleza. ¿Qué te parece?

—De maravilla, y en especial para madre, que te ama tanto.

La presencia de José Palacios sacudió el malestar de Ana María, quien al momento se levantó de la cama e impartió órdenes para celebrar esa misma tarde el retorno del capitán de cañones.

Esa tarde fue de fiesta en la Casa del Pez que Escupe el Agua. Los vecinos muy principales acudieron contentos a saludar al recién llegado, luego de una intempestiva ausencia de ocho meses.

—¡Órdenes de la superioridad! —repetía—. Pero ahora me tendréis con vosotros hasta que la Pelona me lleve. Nunca más pienso dejaros. Estoy enamorado de Venezuela.

El Pez pitó con estridencias burlonas.

—¡Pero qué amarillo y flaco viene José! —comentó Isabel María Gedler, la hermosa mujer de Santiago Liendo—, no le fue nada bien en su viaje por las Españas.

Ana María miró con burla a sus ojos:

—Déjate de pistoladas, Isabel María, que está de lo más buen mozo. Ya quisiera Santiago, tu marido, parecérsele. Y a propósito, ¿qué le pasa? Tiene un color de higadillo de lo más feo.

—¡Hola guapas! —las interrumpió José seguido por el marido de Isabel María Gedler, quien le espetó sin preámbulos:

—Estamos de plácemes. Este año exportamos veintitrés mil cuatrocientas setenta fanegas de cacao. ¿Y sabes a cómo nos las pagaron? ¡A cuatrocientos treinta reales! Es la cotización más alta hasta ahora.

—¡Vamos para ricos! —añadió el señor de Herrera sumándose al grupo—. ¿Quién nos iba a decir que el chocolate iba a ser oro negro?

—Creo que os están robando —añadió José sonreído—. ¿Saben cuánto cuesta una taza de chocolate en cualquier ventorrillo de Madrid?, pues medio real.

—¡Medio real! —respondió el coro por la voz de Ana María—. ¡Pero si es eso lo que cuesta aquí media libra, que da alrededor de treinta tazas!

—Y eso no es nada —prosiguió el artillero—. ¡Fuera de España el precio del cacao es cuatro o cinco veces mayor! Los comerciantes se están haciendo ricos revendiéndolo a Francia. Es tan caro, que sólo los muy acomodados lo toman puro. Lo habitual es mezclar una parte de aquí con tres de Guayaquil.

Al día siguiente, muy de mañana, el artillero fue a saludar a Don Pedro Jaspe.

—Ya ha trascurrido el año del que me hablasteis —le dijo al tutor de la rica heredera—. ¿Creéis que ya me podéis conceder la mano de Josefa?

Con el rostro sombrío y mesándose la perilla respondió afirmativamente. Pero apenas se hubo marchado José, tocó a generala.

—¡Ha regresado Palacios! —gritó a los Ponte y Andrade en medio de gran excitación—. ¡Y viene por la negrilla…! Es nuestra ruina.

Por más de diez minutos permanecieron en silencio con aire condolido. Don Pedro, súbitamente, inclinó su pesado corpachón hacia adelante:

—¡Ya sé lo que debemos hacer! Que vuestro hijo Pedro, mi amado sobrino, se case con ella.

—A Pedro le enferma Josefa —respondió su hermana, mustia de sorpresa—. La encuentra fea, desabrida y tonta.

—Pues yo no sé dónde ese cretino va a encontrar mejor oportunidad para hacer carrera. Con lo ignaro y perezoso que es. Si no le gusta la Josefa, que le dé cuatro palos y santas paces, para salvarnos de la miseria. Es bien poco el sacrificio ante tan grave peligro.

Recuperando su aplomo ordenó convincente.

—Llamadlo de inmediato para yo hablarle. ¡Veréis cómo lo persuado!

—Pero tío, es que no me provoca nada —dijo el mozo al oír la propuesta—. ¡Me da asco! ¡No lo podré hacer!

Don Pedro Jaspe se tragó la ira. Y adoptando un aire jovial hizo saltar dos doblones en el aire.

—Si haces lo que te digo —le apuntó con voz bien modulada y fingida— no serán dos, sino cientos de miles. Tuyos serán los mejores caballos de la Provincia; poseerás las mujeres que quieras; vestirás trajes de primera, irás por el mundo…

Pedriño lo miraba entre codicioso y sorprendido. Mas, de pronto volvió a ponerse grave.

—Pero es que no puedo. Es como si me pidieses que me folgara a Doña Ana María de Blanco. No puedo. No me sale. No embandero.

Don Pedro lo examinó en un arrebato imperioso, que trocó de inmediato en

paternal apacibilidad.

—¡Qué ya te compondré yo con una receta simple! Dos huevos de tortuga en un vaso de oporto, ¡no hay quien lo resista! ¿De dónde crees que a mis años tenga yo tanta fortaleza?

Luego de dos horas de mucho argüir, Pedriño seguía en sus trece. Don Pedro poniendo a un lado su forzada dignidad, se puso en pie con el rostro adusto.

—Pues bien —escupió rugiente—, si ese es tu deseo, te echaré ahora mismo a la calle junto con tus padres. Si eres tan mono con tu paloma, búscate un palomar a gusto, pero sin cagarte en el mío. ¡Hala ya! ¡Todos afuera!

Doña María rompió a llorar y su marido buscó cuerda y taburete para colgarse en el mamón del patio.

Pedriño se rindió a discreción. Hasta la medianoche, entre una botella de oporto y un saco de huevos del milagroso quelonio, Don Pedro veló sus armas. Al tañir de la medianoche Pedríño, con la faz arrebolada, entró en la habitación.

Dos cuadras más abajo, José desde su cama escucha el tañir de las campanas. Piensa en Josefa. En sus próximos esponsales y en las cárceles de la Inquisición.

El Gran Inquisidor, luego de interpelarlo sobre sus relaciones con la Condesa Ana de Villiers, señora feudal de Onarra y de formularle enigmáticas preguntas, refirió la verdadera historia de la condesita. La que por mucho tiempo tuvo por una alegre desvergonzada, era el peor asesino del que tuviesen noticias los anales del reino. Al igual que su bisabuela, la princesa Batorí, mantenía pactos con el demonio y placíale sorber la sangre de sus víctimas.

Por más de veinte años continuó sus prácticas nefandas sin despertar la menor sospecha, a pesar de ser más de cien los mancebos y doncellas circuncidados y desfloradas, y veinte los homicidios que se vio obligada a perpetrar para resguardar su identidad.

—Una mañana —refería el Inquisidor— su doncella principal apareció muerta al pie del balcón y con señas inequívocas de haber sido violada.

Sus servidores horripilados corrieron a su alcoba a darle cuenta de lo sucedido. La encontraron estuporosa, llena de sangre su cuerpo y su cama y los brocados de la alcoba.

—Un murciélago —dijo tartajeante al recuperar el habla— había entrado por la ventana, transformándose luego en un hombre negro. A una señal la dejó paralizada. Echó la chica sobre la cama —contaba la muy mendaz—. Y luego de saciar sus apetitos clavóle en la garganta sus filosos dientes. Y chupó de ella hasta dejarla exangüe. Luego de estrellarla balcón abajo, gritóme antes de remontar el vuelo: ¡Pronto volveré por vos!

El incidente de la mucama llegó a oídos de Su Majestad. De inmediato la hizo comparecer a su presencia. Recatada y remilgosa, la muy zorra narró a nuestro Rey la

extraña historia que os he contado. Apenas salió, dijome el Emperador:

—Ella es el Vampiro de Vizcaya. Hacedla vigilar. Es demasiado joven para tener tanta edad. Y la sangría con piña dilata sus pupilas.

Perspicaz fue Don Carlos. La condesita, en el camino de vuelta a su Señorío, conoció en una venta cerca de Madrid a un gentilhombre de Canarias que viajaba en compañía de su hijo, un mozalbete de catorce años de singular apostura, quien tentó la voluptuosidad de la condesita hasta la incandescencia. Esa misma noche al canto del gallo, sin poderse contener, se le apareció en la alcoba.

—Soy el Vampiro de Onarra —le dijo—. Si te dejas hacer, nada malo te pasará. Si opones resistencia, te degollaré ahora mismo.

El Bello Eugenio, como lo llamaban, creyó morir del susto al sentirla.

En medio del banquete aparecimos nosotros y le echamos mano.

Su Majestad, cubierto el rostro con una caperuza, asistió al interrogatorio. La condesita, desnuda en el potro del tormento, parecía ungida de poderes sobrenaturales que le permitían, además de descubrir la identidad del Rey, soportar entre carcajadas y lúbricas convulsiones, las vueltas que a la rueda daban los sayones. Ya brazos y piernas parecían saltársele y continuaba, riéndose, lanzando injurias y blasfemias:

—Ven conmigo, Rey chalán, para chuparte los sentidos. Yo soy quien te ha robado la potencia y la simiente, y quien te produce tus ataques de alferecía con un macerado de sesos de cementerio y criadillas de ahorcado. Tu madre, Mariana de Austria, te envenena lentamente, ¡y tu mujer te cornea! ¡Rey bufo, feo y cabrón!

Su Majestad se desmayó largo a largo. Al volver en sí su buen juicio desvariaba. Al tercer día de prisiones, la condesita, al igual que los borrachos privados de vino, comenzó a dar señales de impaciencia; y de franca desesperación a la semana, obligándose a confesarnos que el beber sangre, por más que fuese de carnero, era para ella imperiosa necesidad. Quitándole y dándole sangre logramos sacarle su negro historial. Vos, y es lo que deseamos nos expliquéis, sois para ella de particular significación, lo que explica por qué hayamos enviado a buscaros al más poderoso barco de nuestra flota: ¿Quéréis explicarnos de una vez cuáles son vuestras alianzas con Ana de Villiers?

—Pues lo que os dije, Su Paternidad —respondió el artillero.

Contrajo su rostro con dura expresión ascética y mirándolo con aquellos ojos hundidos y sin brillo, con voz conmovidamente amenazante dijo:

—¡Llevadlo entonces a donde debe ir!

Luego de bajarlo, atado de manos y con los ojos cubiertos, por más de cien escalones, lo llevaron a un calabozo, donde lo empotraron por las manos a unas argollas enclavadas a un muro. Antes de marcharse, entre un tintinear de llaves y golpes de hierro, le arrancaron la venda. Frente a él, y entre dos antorchas, estaba un prisionero, igualmente esposado a la pared, con la cabeza sumida en el pecho, al

parecer desmayado o dormido. Enceguecido no apercibió, sino luego de un rato, que era una mujer. Una fornida moza, que encima de guapa, estaba desnuda. Rió José para sus adentros.

«El muy cabrón de Su Paternidad me está aplicando la misma receta del borracho y del vampiro y la verdad sea dicha, que luego de cuatro meses de tan ardiente verano soy capaz de inventarme cualquier cuento con tal de beberme esa pimpina. ¡Vaya que tiene hermosos los senos! ¡Fresca la tez, firmes las carnes, los brazos mórbidos! ¿Cómo será de cara»?

—¡Eh, tú, guapa argollada, despierta ya para conocerte!

Rezongó entre sueños la mujer. Era rubia. A mucho andar frisaba los veinticinco años y a pesar de los verdugones, estaba de rechupete.

—¡Vamos, chavala, que aquí tienes un amigo que desea conocerte!

La prisionera irguió su cabeza.

—¡Nooo! —gritó horripilado al ver que tenia frente a sí a Ana, condesa de Villiers, señora de Onarra, con la misma cara y el mismo cuerpo de veinte años atrás.

—Hola, chaval —le respondió con su misma soma de siempre, sin dar señales de sorpresa por su presencia—. Suerte que tuviste en aquel entonces pues mi deseo era chuparte esa sangrilla que debe correr por tus venas. De no haber llegado los guardas aquella noche, no estarías vivo para contar el cuento. Sabias demasiado. Pero hasta aquí llegaste. Ahora mismo voy a darme un viejo gusto postergado.

Y sin dejar de mirarlo con aquellos penetrantes ojos azules, torció su mano derecha sobre la argolla y la dejó libre; hizo otro tanto con la izquierda, avanzó hacia él con las manos en garra, los dientes golosos y la mirada chispeante.

José se desvaneció cuando la condesita lo mordió en el cuello.

Al volver en si se encontró frente al Gran Inquisidor y sus oficiales.

—Ahora sí estamos convencidos de vuestra inocencia —dejó salir con voz metálica y benévola—. De haber sido cómplice de tan abominable criatura, o de ser de su naturaleza, como también sospechamos, nada de esto habría sucedido. Sois culpable, sin embargo, de una lujuria sin par y estáis manchado de sus contactos nefandos. Sois libre; pero debéis expiar vuestros pecados.

A José Palacios, absuelto definitivamente por el Santo Oficio, se le impuso como penitencia, además de vivir en Venezuela, emparedar viva a la condesita, al igual que hicieron en Hungría con su antepasada la Batorí. En el momento de engarzar la última piedra, lo vio con mirada espantable.

—Abre los ojos, maldito, y recuérdame bien, que algún día volverás a verme. Ese día, encomiéndate a Dios o al Diablo.

Hace cuatro meses de todo aquello y no logra olvidar ni aquellas palabras ni aquellos ojos. El Pez que Escupe el Agua chifló en la noche. En la oscuridad de su alcoba sintió una extraña presencia. Al pie de su cama lo miraba largo.

El gato de los ojos rojos se irguió sin miedo y lo guió al patio. En la fuente vacía bañábase una mujer guapa, azambeada, de pelo largo:

—Yo me llamo Dorotea —díjole con voz suave que se arrastraba— y tú eres José Palacios…

Y como hacía calor, prendido de las manos de la mujer se metió en el agua.

Despertó a la mañana en confuso sobresalto. El sueño con la dama de agua fue tan vivido que terminó refiriéndoselo a Jorge Blanco.

—¿Quién? ¿Cómo dijiste que se llamaba? —preguntó con el estupor pintado en el rostro.

José Palacios repitió el nombre.

—Uuuuuu —graznó Jorge antes de ser preso del ataque de alferecía.

Al mes de haberse tomado Pedriño los huevos de tortuga, fijó sus esponsales con Josefa Marín de Narvaez.[105]Los Marín de Narvaez, tíos de la chica, intentaron oponerse al matrimonio. Se hicieron reparos morales y jurídicos. Pero Don Pedro Jaspe con el rostro de consternación y alegría en el alma, acalló la resistencia del juez cuando dijo:

—Ya no hay nada que hacer. A pesar de mi vigilancia y cuidado, el pillo de mi sobrino se cargó a la Josefa y tiene el cachete hinchado.

«Qué palo e chasco fue aquello para José —piensa Jorge mientras remonta Tamanaco apoyado en Feliciano Palacios, su ahijado y el único hijo de su mejor amigo. La mamadera de gallo que le montamos fue de órdago. Hay que ver lo que significa que un gafo como Pedriño tumbase al macho más sabrosón de toda la Provincia. Hay quien dice que todo fueron marramucias de Jaspe y Montenegro, que en paz descanse,[106]pero con las mujeres uno nunca sabe».

A los setenta y siete años Jorge Blanco, salvo algunas canas y arrugas, es el mismo joven envejecido de treinta y ocho años atrás. Su benevolencia de sabio desengañado se oculta tras un manto de pueril ingenuidad atento al canto de los pájaros, a los colores del Ávila y, a la sazón, de los frutos de injerto:

—¿Qué tal te ha salido esa combinación de naranja cajera con california? —pregunta a Feliciano mientras estruja en sus manos y huele la floración.

—Una verdadera porquería —responde el interpelado con su habitual acritud.

Jorge mira a su ahijado con aquella expresión suya entre burlona e imperturbable. Tiene la misma edad de su padre, el año en que lo conoció. Y a diferencia de José Palacios, que hacía hembra a un palo de escoba, es monógamo, pacato y retraído en cosas de mujeres.

—¡El voto de castidad que me impuso el desgraciado de José Juan me secó las cabeceras! —respondió esa tarde a Jorge, al exaltarle su morigeración.

—¡Jesús, Feliciano! —protestó—. ¿Se te olvida que José Juan es un sacerdote?

Viejo y joven continúan su paseo camino del cerro, bordeando la quebrada de

Pajaritos, que hinchada y rugiente cruza la vega de los palos altos. Un frondoso samán les sale al paso. Jorge resuella corto, cara amoratada dice desfalleciente:

—Sentémonos a descansar un rato bajo la mata de Tamanaco.

Vestido de terciopelo negro y gastado, apoyó su cabeza sobre el árbol donde siglo y medio atrás Garci González hizo preso al cacique mariche. A menos de media legua está la Casa Grande de los Palacios, conocida como la Estancia Tamanaco.

—Recién casado José, tu padre, con Isabel María —prosiguió, dirigiendo hacia el follaje una mirada circular— nos íbamos hasta el pie del cerro y regresábamos fresquecitos. ¡Ay!, ¿pero cuántos años han pasado de aquel entonces? Tú naciste en…

—1689 —respondió Feliciano—. Hace treinta y cinco años…

—Imagínate. Y yo queriendo hacer maromas como si fuera un muchacho.

La tarde viene avanzada. Girones de vientos fríos bajan del Ávila. Feliciano y Jorge intercambian opiniones sobre la posibilidad de cultivar café, que se da muy bueno en La Martinica. Jorge adormilado siguió pensando en su amigo.

Al poco tiempo casó con aquella prima suya a quien su padre dejó algunos reales. Bizqueaba, era cojitranca y definitivamente fea. Al enviudar, tres años más tarde, casó con Isabel María Gedler, a quien Santiago Liendo dejó al morir, además de su belleza intacta, esta fecunda vega. ¡Qué gran hombre fue José Palacios y cuán extraño y torcido su final! Todo comenzó el día aquel en que Juan de Aristeguieta, que en paz descanse, casó con mi prima Ana Lovera Otañez.[107]

Aristeguieta era vasco de nacimiento y capitán de caballos coraza. Hombre de casa noble, como se le veía en sus modales y en su abanico de contraseñas. Llegó a Venezuela con el Gobernador Ponte y Hoyos, con quien hizo la travesía de Santo Domingo a Venezuela.[108]El matrimonio era un fiestón. Echaron la casa por la ventana. Aristeguieta estaba alegre y comunicativo como hasta entonces nunca lo había visto. Yo hasta creía que estaba paloteado.

—Mis amigos —dijo de pronto reclamándonos la atención—. Esta noche tan memorable para mí os tengo reservada una gran sorpresa. Venid conmigo.

Chingos de curiosidad, lo seguimos hasta la sala de la casa.

—Excmo. Señor Gobernador, querida esposa, hermanos, primos, parientes y amigos que nos acompañáis en esta noche memorable —dijo con voz de pregón mientras agarraba con la mano derecha un pedazo de tela que al parecer cubría un cuadro— tengo la inmensa dicha de presentaros a mi adorada madre. —Y diciendo esto quitó la tela.

Para sorpresa de todos nosotros apareció el retrato de una bellísima rubia con un gato de Angora acurrucado en el regazo.

Al ¡Oh! admirativo sucedieron dos ¡Ay! de terror: Ponte y Hoyos, el Gobernador, y José Palacios, con la faz descompuesta y atropellando gente corrieron hacia la calle y no pararon de hacerlo hasta llegar a San Francisco, donde se guarecieron

temblorosos.

Inútiles fueron los ruegos de sacerdotes, médicos y amigos; ambos se negaban a abandonar la Iglesia, donde pasaron la noche de rodillas murmurando plegarias con faz mustia y voz estremecida.

Por más de tres meses los visité en su delirio. La mujer del cuadro era Ana, Condesa de Villiers, señora Feudal de Onarra, la condesita que hechizó al Rey. Ponte y Hoyos era el Bello Eugenio, el chico de la venta. Ni uno ni otro recuperaron la razón. José Palacios murió el mismo día en que el Cabildo destituyó por demente al Gobernador.[109]

Meses antes de su muerte,[110]Aristeguieta terminó por confesarme el misterio del retrato.

—Era el ahijado de la condesita y crecí en su vera tal como si fuese su hijo. Al día siguiente que le echaron mano llegué de la guerra. Al enterarme de las imputaciones creí enloquecer. Decidí ocultar en América mis sinsabores. En el momento de partir quise ver por última vez su hermoso retrato. En un impulso rasgué la tela, la doblé en cuatro y la metí en el morral. Vagué por todos los puertos del Caribe, hasta que un día llegué a Caracas. Me gustó el paisaje. Simpaticé con vosotros. Apareció Ana. Me sentí a gusto con ella. Envejecía. Lo demás lo comprendéis. Intenté haceros ver lo ilustre de mi linaje. Quise hacer una gracia y salióme una morisqueta.

107. ¡Qué me ensillen a Corre Largo!

Jorge Blanco estornuda, sopla y moquea bajo el samán de Tamanaco.

¡Cuán compleja es la vida! ¡Qué de factores insospechados influyen en la vida de un hombre antes de nacer! De no haber sido por la condesita y por aquella historia con el hijo del Rey, ni el chocolate nos enriquece, ni enloquece el Gobernador, ni hubiesen sobrevenido la serie de acontecimientos que venimos padeciendo.

Me aterroriza la importancia que los principales de un pueblo tienen sobre la vida de muchos hombres, de familias enteras y del destino de una misma nación. Y en especial cuando entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos, existe la distancia inconmensurable que hay en Venezuela; pues aparte de dirigir, son formativos como el maestro al escolar y el padre al hijo. En España y en las Europas el pata en el suelo será más pobre o miserable, ignaro y hambriento que el grande, pero ante el honor, el deber y la familia se le parecen. Y ¡guay! del señor y del mismo Rey que se atreva a quebrantar las leyes establecidas, la moral y las costumbres. El pueblo se pondrá en armas para defender lo que han torcido, pues leyes y costumbres son anteriores a sus propios reyes. Entre nosotros, por lo contrario, ¿quién forma al pueblo?, ¿quién da sus normas sobre lo malo y lo bueno, lo admisible y lo prohibido? ¿Quién dice al siervo y al esclavo lo que debe hacer? ¿Cuál es la imagen y el

arquetipo hacia el que propende? Si en los pueblos de buena estatura el ejemplo del mandamás incita a la imitación, entre nosotros es licitud, tácita autorización, conducta a seguir.

El sol empalidece y una densa bruma baja del cerro.

«Los hombres —prosiguió en sus cavilaciones— son tanto más responsables e imputables cuanto más alta sea su jerarquía. Hay decisiones de reyes, de Capitanes Generales, de ductos prelados, generadoras de males espantosos y duraderos. Son muchos los que entre nosotros hablan de independizarnos. Un paso de esa naturaleza es cosa seria. Cuando se modifica una parte se altera el todo. Romper con España es nacer de nuevo. Puede ser para bien; puede ser para mal. ¿Y si nos sale choreta la cosa? Hay que pesar y sopesar la proyección de una cosa tan seria. Y eso es precisamente lo que no quieren hacer. Cegados por sus pequeños problemas no ven más allá de sus narices. Creen que el solo hecho de existir problemas más o menos graves, es suficiente para alterar un orden jurídico y moral de dos siglos».

Otro estornudo sacude a Jorge.

—Ya me agarró la pituita. ¡Vámonos ya! —dice, poniéndose en pie—, que se hace de noche y no quiero encontrarme con el alma de Tamanaco.

—¿Es verdad que tú y mi padre —pregunta Feliciano— lo vieron echado una vez bajo esta mata con cara de gente y cuerpo de perro?

—Esas eran varillas de tu padre —rió con voz cascada—. En los últimos tiempos no hallaba qué inventar.

—¡Qué gran hombre era mi padrino Jorge Blanco y Mijares! —se dice Don Feliciano al recostarse en el samán de Tamanaco mientras los cañones por encima de los mijaos siguen hablando de los vascos y del isleño insurrecto.

Aquel día fue la última vez que vino a Tamanaco. Una semana más tarde moría el pobre viejo. Fue el mismo día en que pusimos preso por segunda vez a Portales y Meneses, el mal Gobernador.[111]

A los sesenta años, el verbigerante y ágil alcalde de otros tiempos, sin abandonar sus estallidos de intemperancia que hace rato hicieron huir a Juan Manuel, su nieto, y a Juan Vicente Bolívar, ha perdido fulgor. Se le observa en sus ojos, antes brillantes, ahora cruzados de vuelos sombríos; en sus mejillas, más enjutas; en su boca, cada vez más estrecha y oblicua.

Varios hijos ha tenido de su segunda mujer, María Isabel Gil de Arratia; pero María Juana, la hija que le dejara la difunta María Josefa, sigue ocupando lugar preferente en su corazón.

Semiechado levanta el vuelo de sus ojos hacia el samán:

¿Quién me iba a decir que Martín Esteban, el hijo de Jorge, que en ese entonces andaba por los veintiún años, se iba a casar con mi María Juana, una carrizita que todavía jugaba muñecas? ¿Y que de ellos nacería ese carajo falta de respeto de Juan

Manuel, a quien tanto quiero?

Un sobresalto lo sacudió al evocar a su nieto, a quien minutos antes expulsó de su casa amenazándolo con el atizador.

«¿Habrá arribado a su casa? ¿Habrán llegado con bien? ¿No se me habrá ido la mano? ¡Ay, Dios mío, ahora sí que me dio la vaina! No he debido dejarlos ir así. ¿Qué pensará Martín Esteban cuando le echen el cuento? Estoy cagado con lo que le pueda pasar acaudillando esa revuelta. Los campurusos esos, en lo que oigan los primeros tiros, paran la cola y lo dejan ensartado. Aquí el único que va a pagar el pato es Martín Esteban».

Los cañones de los Castillitos llegan apagados hasta el samán donde descansa el viejo.

En la Casa del Pez las salvas retumban claras y sonoras.

—¿Se puede saber dónde estabas metido tú, muchacho del cipote? —grita María Juana a Juan Manuel apenas entran a la casa.

El muchacho desgrana excusas.

—Y a todas éstas, ¿por dónde andará tu padre? ¡Qué falta de consideración tan grande! Dejarla a una sola con este rebullicio.

El cañón viejo del San Carlos dispara una salva. María Juana da un respingo. En lo alto de un cerro un caballo corcovea ante el disparo.

—¡Ay, soo! —le grita el Gran Amo del Valle.

A las cuatro de la tarde un sol anaranjado anegaba el Valle. Martín Esteban de Blanco y Blanco, arriba de su caballo, atalayea el campo. Media milla más abajo está la Puerta de Caracas. A ritmo de quebrada el camino se precipita zigzagueante. A diez vueltas está la horca. Un tonto se balancea mientras bailan los zamuros. Prosiguen los cañones en su triste tronar. Una cometa hace darle vueltas. Bajando por Sanchórquiz vienen los coraceros. Subiendo con la tarde espléndida vienen campesinos, burros y arrieros.

En el momento justo en que las campanas tocaban el Ángelus entró en la Casa del Pez, quien lo saludó estrepitoso y marcial.

Veinte esclavos y diez hijas salieron a su encuentro. Juan Manuel dio a su padre el recado de su abuelo. Arrugó el entrecejo. Encandiló las pupilas:

—¡Qué me ensillen a *Corre Largo* con sus arneses de guerra!

—No te vayas papaíto —sollozaron las niñas.

Ajeno al llanto clama por su espada, peto y pistolas. Prosigue el gimoteo.

—Cerrad el pico, tontuelas —les dijo con estudiada jactancia—. Si no pudieron conmigo los ingleses, ¿cómo pretendéis vosotras que Don Iñigo y sus vascos puedan vencer al Gran Amo del Valle?

—¿Tú sabes cómo es la cosa? —irrumpió María Juana, su mujer—. ¡Qué a mi no me vas a engañar! ¡Tú no vas para ninguna guerra! Tú vas a verte con alguna mujer

esta noche. ¡Dime la verdad, Martín Esteban! ¡No me lo niegues!

Siete surcos cruzaron su frente. Tenia los mismos ojos de aquella noche que hizo reír los tambores.

—¿Dónde está mi casco de guerra?

—¡Aquí lo tienes mi padre!

Con pasos recios y calado el yelmo, se fue a la cuadra.

—¡Padre, padre, no nos dejes! —clamaron en ronda.

—¡Sinvergüenza, embustero, vagabundo, mujerero! —gritó disonante María Juana.

Sus ojos resbalaron sobre ella. Y una insólita fatiga lo fustigó al escucharla.

Al cruzar el portal paró la bestia en dos patas y voló dos besos en señal de partida. Con el caballo al paso se fue cabalgando por la Calle Mayor.

Juan Manuel, en medio de la calle con los ojos húmedos y la mirada errante, lo vio esfumarse en la tarde.

LIBRO III
Camino de Monguibel

DÉCIMA PARTE
Ana María y las Águilas pasmadas

108. El primer viaje de Juan Manuel

«Fue la última vez que vi a mi padre» —se dice el mantuano echado hacia atrás en la silla de cuero de alto espaldar. Más de seis horas lleva sentado en el corredor postrero.

Juana la Poncha, la esclava aya, la esclava ama, lo ronda con angustia. En los muchos años que tiene de verlo, nunca lo ha visto tan confuso y absorto.

—¡Ay, mijita! —le dice en la cocina a Doñana— no me gusta nada la cara de tu taita. Tiene color de despedida: está blanco como un sudario.

—Acabo de ver a la mujer del manto —dice la hija de Don Juan Manuel—. Estaba de espalda y fue por un momento.

—¡Ay, mi amor! —clamó la negra—. Muerte segura acecha. Anoche los esclavos de afuera oyeron junto al aguacate pulsear un laúd. El Pescado de piedra lleva días con silbos de llanto y el retrato de Don Feliciano llora, se queja y gimotea.

La tarde avanza. El amarillo reverberante que asolaba la luz del patio toma el color de un limón desvaído. Un cristofué baja a la fuente. En el platillo de arriba va mojando el plumaje a ritmo de las campanas que va clamoreando el Ángelus.

Don Juan Manuel rememora con ojos enrojecidos:

«Hay días donde muere un mundo y nace otro. Así sucedió con aquel en que Juan Francisco levantó sus banderas de protesta».

Luego del entierro del Gran Amo del Valle, los alcaldes y regidores, con Don Feliciano al frente, impusieron su voluntad en la Provincia. El Obispo Abadiano abandonó la ciudad seguido de los vascos y se hizo fuerte en Puerto Cabello. Julián de las Casas, el castellano de la fortaleza, y Pedro Lander, el Teniente Gobernador de San Sebastián de los Reyes, negaron su obediencia a los alcaldes. Juan Bernardo Arismendi, con su fragata Aurora, bloqueó la rada de La Guayra.

—Tarde o temprano —mandó a decir el Obispo— llegará la mano del Rey. Verán entonces los traidores, cómo hasta los buitres despreciarán su carroña.

Ño Cacaseno, desatendiendo consejos, se negó a huir. —¿Para qué? —respondió a quienes lo urgían—. Lo que ha de venir nadie lo puede evitar. Aparte que estoy muy viejo para andar a salto de mata.

A una semana de la muerte del Gran Amo del Valle llamó a su hijo Juan de Dios, un chico vivaz de buena estatura: —Pronto he de partir —le dijo con voz ronca, llena de alertas—. Cuida bien a tu madre y a tus hermanitas. Y sobre todo, hijo: ni una palabra de venganza, ni un solo gesto de amargura para los que mal me hicieran. En la vida de un país en marcha, los odios entre los hombres deben desaparecer con

ellos. Mis verdugos han sido tan victimas como yo de un destino inclemente. Pero si es bueno, por bien de todos, que escuches lo que te voy a contar sobre la Historia del Valle.

Luego de recordarle en apretada síntesis lo que le había referido en los últimos años, le dijo, señalando un cofre:

—Es tuyo. Pero cuidado con él. Al igual que la caja de Pandora, guarda dentro la locura y el saber. Como el eléboro, lo mismo puede ser veneno poderoso que pócima bendita para recuperar el sosiego. Pongo en tus manos, hijo mío, *La Historia Secreta de Caracas*, como la han venido escribiendo, desde sus orígenes, hombres de pro, de limpio corazón y claro juicio. Léela con detención cuando alcances la mayoría de edad. Cuando te llegue la hora de morir, como es mi caso, entrégasela a un hombre justo.

Se terció la capa y salió a la noche. Un disparo retumbó en el zaguán. Un boquete de sangre se asomaba por el vientre.

—¡Padre! —exclamó el muchacho al verlo.

El 2 de noviembre llegó Don Julián de Arriaga, el nuevo Gobernador. Traía 1 500 hombres de pelea y un escuadrón de caballería. De la Gobernación de Cumaná arribó el capitán Antonio de Sucre con su guarnición para reprimir a los facciosos. Los vascos y el Obispo retomaron envalentonados. Pero el nuevo Capitán General dio razón a los criollos, condenando a los vascos y decretando amnistía.

Don Iñigo tuvo un ataque bilioso al saberlo.

—Ya verá este mentecato —le decía al señor de Austria— cómo he de salirme con la mía. Voy a dictar una misiva demoledora para el Presidente del Consejo de Indias.

—Con vuestra venia, Excelencia —observó Austria—. Arriaga no es García de la Torre ni Lardizábal; es hombre de gran prestigio en la Corte; de irreprochable conducta, donde no caben…

—¿Y quién os ha dicho que la única forma de quitar a un hombre del paso sea el descrédito?

Don Julián de Arriaga rigió los intereses de la gobernación recta y justamente. El Obispo Abadiano, para complacencia de los mantuanos, fue trasladado a otra diócesis, y el cacao, aunque sufrió una reducción de dos reales en los ya ruinosos setenta y dos pesos que determinó la insurrección, era sólo cosa transitoria, según decía el Gobernador, y que prometía resolver tan pronto Su Majestad quedase debidamente enterado.

Los mantuanos, ante la promesa, redujeron el tráfico con los holandeses. Por boca de Don Feliciano le hicieron saber a Arriaga que para el año de 1750 y el siguiente, la cosecha no bajaría de cincuenta mil fanegas, lo que hacía contraste con las veintiún mil declaradas en 1749.

—¡Bravo! —celebró el Gobernador mientras Don Iñigo a dos pasos sonreía para sus adentros.

A los dos meses sobrevino el estupor: los vascos fijaron en cincuenta y dos reales la fanega.

—¡Pero esto es la ruina, señor Gobernador! —protestó Don Feliciano—. Bien sabéis que por debajo de ochenta y ocho reales el cacao es pérdida.

—Tranquilizaos, mis amigos —respondía benévolo y solemne—, bien sabéis que las cosas en Palacio andan despacio. Para la próxima recabación ya veréis que los precios alcanzan el manjar de los dioses.

Entusiasmado por aquellas palabras, Don Feliciano reanudó los trabajos del puente sobre el Catuche, que en un momento de entusiasmo ofreció como presente suyo a la ciudad. El puente, el primero de Caracas, luego de caerse tres veces, lo tenía al borde de la quiebra.

A los tres meses Don Iñigo participó con voz quejumbrosa a los cosecheros, que el cacao venezolano, de cincuenta y dos reales había caído a cuarenta y ocho.

Prosiguió el descenso del fruto. De cuarenta y ocho reales cayó a cuarenta y cinco y a cuarenta.

Entre enero y julio llegó a treinta y seis y a treinta reales.[112]

—Y pensar —rugió el Marqués de Mijares— que en Europa se vende por encima de cuatrocientos reales. Esto es una explotación inicua. El Rey nos quiere ver el hueso y nosotros como unos mismos tontos pensando en pájaros preñados. Yo estoy quebrado. Estoy en trámites para vender mi flota. Yo creo, mis amigos, que hay que hacer algo…

Y ese algo al que aludía Mijares era de tan clara gravedad, que sólo produjo un reconcentrado rumiar silencioso entre los presentes.

—A mí los holandeses me han dicho que cuando nos decidamos… —observó vacilante el señor de Tovar.

—Otro tanto me han dicho los ingleses —dejó caer el de Ibarra.

—A mí los franceses…

—¿Qué esperamos, pues?

El telégrafo de los cañones se puso en marcha. Atentos se tomaron rígidos. Veinte voces a coro comenzaron a descifrar:

—Barco a la vista.

—¡Galeón de guerra!

—¡Es español!

—¡Gran personaje y de alto coturno!

Una retahíla de salvas con pausas inusitadas de singular significación elevó a gritos y con sorpresa al acompasado conteo.

—¿Un nuevo Gobernador?

Dos años apenas tenía Arriaga al frente de la Provincia.

—El que le hayan adelantado y sin aviso el sustituto en tres años, es de mal agüero tanto para él como para nosotros —sentenció Don Feliciano—. ¡Mantuanos —clamó— pegad el rabo contra el taburete, lo que viene es piojillo con burrundanga!

Al frente de doscientos soldados veteranos desembarcó en La Guayra Don Felipe Ricardos, el nuevo e inesperado Gobernador. Era un hombre viejo, rojizo, de ademanes bruscos.

Arriaga, confuso, se adelantó para presentarle sus saludos seguido de los regidores.

«¿De qué me habrá acusado este maldito Don Iñigo?», —se decía mientras salía a su encuentro.

—¡Enhorabuena, señor Almirante! —se apresuró a decirle Ricardos antes de estrechar su mano—. Vengo a sustituiros con toda prisa porque nuestra Sacra, Católica y Cesárea Majestad os ha elegido miembro del Consejo de Indias y exige vuestra presencia de inmediato.

Arriaga arreboló su faz ante una distinción tan notable. Las personas que lo rodeaban lo abrazaron con entusiasmo.

—¿Os dais cuenta, mi querido amigo —le susurró Don Iñigo al señor de Austria — que cuando trabajar por la caída de un estorbo no es posible, bien puede trabajarse por su ascenso?

Ricardos era un hombre de pelea e incondicional de los vascos, desatando la persecución contra los criollos desde ese mismo día en que tomó posesión de su cargo. A Don Feliciano le dio por cárcel la casa del Pez. A Juan Manuel lo expulsó del ejército. Metió a la cárcel a muchos y a Juan Francisco le demolieron su casa, esparciendo, en luctuosa ceremonia, sal entre los cimientos.

El cacao llegó al nivel más ínfimo de cotización en toda su historia. La trata con los holandeses volvió a restablecerse, so riesgo de ruina y con gran peligro, Ricardos, además de un hombre de acción, era hombre de palabra suelta, injuriosa y certera. En medio de la plaza y a voz en cuello tildó de miserable y traidor y condenó a Martín Esteban de Blanco y Blanco. Al día siguiente el cura de Catedral, para congraciarse con él, repitió sus palabras:

«Traidor y más que traidor. Y traidora su descendencia».

Juan Manuel que lo escuchaba, se irguió súbitamente ante sus palabras. Las matronas se santiguaron. Los canónigos se inclinaron en sus sillas del coro al verlo avanzar. Manos amigas trataron inútilmente, de retenerlo. Sus botas retumbaban amenazantes. Violácea tenía la tez. Llameantes los ojos. Cuando su mano alcanzaba el púlpito, una mano en garra lo aprehendió por el brazo.

—¿A dónde vais, insensato? —preguntó Ricardos plantándosele por delante.

—¡A callar a ese bellaco!

A una orden de Ricardos cuatro soldados lo sacaron a la calle a rastras.

La palabra traidor hubo de oírla de nuevo. Primero fue un español y relucieron las espadas. Sacramento Bejarano, enemigo de su padre, se lo escupió con asco. Trató de vengar la afrenta y tres mazos lo golpearon. ¡Abajo el traidor! —dijo un tercero—. ¡Traidor y mil veces traidor! —fueron gritando a coro los que a Martín Esteban lloraron.

—Voy a España a ver al Rey —dijo a su abuelo aquella mañana.

Don Feliciano lo miró con aprensión. María Juana, la madre, María Juana, su hija, tenía la misma mirada el día que enloqueció para siempre.

Con una bolsa de castellanos de oro y cien fanegas de cacao tomó el barco que lo dejó en Sevilla. El Rey estaba en Aranjuez. Matando caballos llegó al palacio de Verano. El mayordomo de Palacio, un noble grande, gordo y panzudo, se rió batiente al escucharle las pretensiones.

—¡Pero, mirad que sois atrevido! —le dijo con ojos fríos y ya sin reírse—. Un pobre hidalgo de Provincia, y de la más desastrada, que pretende ver al Rey. ¡Es cosa de risa! Grandes de España, Embajadores y príncipes de la sangre se contentan con verlo pasar en lontananza a fin de no perturbarlo en su divino ocio, y tú, mequetrefe, aspiras a que te escuche…

Intentó replicar.

—¡Anda! ¡Lárgate ya! —respondió el mayordomo con la mano extendida— y no me hagas perder mi tiempo. ¡Atontado! ¡Locuelo! ¡Inútil! Mirad que estos indianos tienen cada cosa…

Al salir al campo lo llamó el bosque. Por más de dos horas caminó entre pinares, atento a sus recuerdos y al salto de las liebres. Cuando quiso regresar cayó en cuenta que se había extraviado. El silencio crepuscular y la soledad lo abrumaron. Sentado en un árbol caído sollozó sin contención.

—¡Ay, Dios mió! —gritó a los pinares—. ¿Hasta cuándo me abandonas?

—¿Por qué lloras, niño mío? —dijo una voz a sus espaldas.

Juan Manuel alegró el rostro al ver a un hombre. Pero volvió la angustia al verle la cara. La traía arrebatada; con los ojos y guiños de María Juana.

«Un loco en medio del bosque. Sólo eso me faltaba».

—Yo también vengo acá —dijo el demente— para llorar mis penas. Al igual que tú, soy extraviado. ¡Hay que tener cuidado! —susurró con voz de desvarío—. Tan pronto cae el sol este paraje se puebla de elfos, brujas y aparecidos. Y la condesita de Villiers busca sangre prepucial para darse vida.

—¡Dios mío! —gimió Juan Manuel—. Ayúdame pronto o soy yo el que va a enloquecer.

—¿Por qué lloras, he dicho? —preguntó, autoritario, sentándose a su lado y rascándose la nariz con una uña larga.

—Vine en busca de justicia. Mi padre ha sido declarado traidor en mi lejana Provincia de Caracas. Todo es falso de cabeza a pies. Vine a ver al Rey. Pero me han dicho que está ocupado.

—El Rey no puede escucharte, está más loco que el Cardenal de Toledo. Pero si te place, cuéntamelo a mí. Yo se lo haré llegar en el pico de los pavos reales.

Juan Manuel no pudo evitar un contrariado mohín.

—¿Es que acaso no sabías que los pavos reales son abogados de la desgracia? Cuando tengas tristeza cuéntaselo a ellos; pero sólo cuando estén echados. Al esponjarse pierden la caridad. Yo soy un pavo real transmutado en loco. ¿Tienes caramelo, chico?

Una barrena de chocolate sacó de su alforja.

—Umj, qué rico es.

—Son de mi tierra. De mi hacienda de Chuao.

—¡Chuao, Chuao, Carabao! de la noche del traspiés. Ay, que gracia la que tú tienes. Pero, ahora cuéntame tu tragedia, que a lo mejor es gala de brujería, como suelen ser la mayoría de las pesadillas de los hombres mozos.

Juan Manuel, por decir algo, desgranó su historia. El loco, abstraído en el vuelo de una mariposa, no lo escuchaba.

—Mala cosa, chico —añadió aburrido— pero dame otro chocolate. ¡Están buenísimos! ¡Chuao, Chuao, Carabao!

Perros de presa y hombres de hierro se perfilaron de pronto en el claro de la floresta. Juan Manuel, temeroso, llevó su mano al cinto. Cuatro caballeros espada dorada y grandes sombreros emplumados, corrían hacia ellos.

—¡Majestad! —dijo el más viejo cayendo de rodillas—, hace ya más de una hora que os buscamos.

—Y me habéis encontrado —dijo Fernando VI, Rey de España y Emperador de las Indias—. Me he divertido mucho con Juan Manuel. Quiero que se le haga justicia desde este mismo momento, pues es palabra de Rey. ¡Don Álvaro! —ordenó dirigiéndose a un cortesano de barba blanca—. Que la memoria de Don Martín Esteban de Blanco y Blanco sea rehabilitada y cesen de llamarlo traidor, so riesgo de concitar mi Real enojo; que al Capitán General de Venezuela que hizo esta infamia lo hagan cuartos.

—Está ya muerto, Señor.

—Pues que lo saquen de su tumba y lo soplen al aire.

—Otro, sí —dijo el Monarca—. Que a Juan Manuel lo nombren Regidor Perpetuo de Caracas con sede en Madrid, donde formará parte de mi Real Guardia. ¿Te fijas, hijo? —le apunto antes de marcharse— que no hay nada mejor que llorar las penas ante los pavos reales. Chuao, Chuao, Carabao en la noche del traspiés —y rodeado de cortesanos se fue gritando con su locura.

«Su Majestad Fernando VI, loco y todo, era un terciazo. Para pasmo y envidia de la corte, ya no quiso desprenderse de mi. Me hizo Guardia de Corps por haber recuperado el juicio la misma tarde en que me conoció en el bosque. Cada dos o tres años se creía de cristal y disparataba. Se me atribuyó la cura, lo que me ungió con fama de doctor maravilloso que traspuso las fronteras».

El Rey de España hizo comparecer a Juan Manuel a su sala de juegos:

—Es necesario, chaval —le dijo sin apartar los ojos de una zaranda— que te vayas a Nápoles.

—¿A Nápoles? —preguntó con sorpresa.

—¡Al Rey no se le interpela, imbécil! ¿O es que quieres que te haga azotar? Mi hermano Carlos, a quien mi padre hizo Rey de Nápoles, se ha enterado de que mi chico venezolano es bueno para ahuyentar la locura, rogándome en esta carta que te envíe allá para que hagas hablar a sus dos hijos Felipe y Ferdinando. Felipe, el mayor, es bobo de nacimiento, Carlos, el segundo, es tonto de capirote, y Fernando, el tercero, se quedó mudo después de un susto. Vé, ¡por Dios! a ver lo que puedas hacer. Y ojalá salgas bien librado; porque mi hermano aunque no delira escotero, tiene días donde es poseído por las furias. Si no los curas te hará pedazos. Y de lograrlo te hará para siempre su prisionero en el Castillo del Ovo. Toma: entrégale esta misiva donde le advierto que de no estar de vuelta antes de que las nieves lleguen a Segovia, le haré guerra sin tomar en cuenta los fulanos pactos de familia y demás bellaquerías que tienen a España sumergida en el fastidio. ¡Chuao, Chuao, Carabao! En la noche del traspiés.

Y dando un salto se colgó de una lámpara de cristal de Bohemia a tiempo que le gritaba:

—Vete ya, chaval y que Dios te bendiga.

Llegó a Nápoles una mañana de abril. La hermosura de la bahía y del Castillo de Ovo contrastaban con las callejuelas tortuosas atestadas de gente vociferante y sonriente.

Un tumulto se escuchó al fondo de la calle: un coche tirado por ocho caballos avanzaba trepidante por la estrecha avenida.

—¡Il Re! ¡Il Re! —gritaron cien voces con timbres de asombro y miedo.

Los que pudieron se treparon a los balcones, se adhirieron a as paredes y se apretujaron en los zaguanes. Un oficial a caballo precediendo al coche real, pasaba raudo. Seis coraceros lo seguían. Un caballo quebró las patas y derribó al jinete. Juan Manuel intentó socorrerlo, pero ya era tarde. El coche real sin aminorar la marcha, avanzaba hacia el soldado desvanecido. Un rostro moreno agitanado, cara huesuda y nariz descomunal, gritaba al cochero asomado a la ventanilla:

—Más de prisa, Anselmi. ¡Más de prisa!

La Carroza Real, para estupor de Juan Manuel, dejó dos surcos de sangre en el

cuerpo del jinete.

—¡Maladeto! —gritaron diez voces ante cuatro puños alzados.

—¡Crimínale! —exclamó a su lado un frutero—. Rey loco y maldito. Siempre hace lo mismo. Su mayor diversión después de las cacerías es atropellar a los viandantes.

Acababa de conocer a Su Majestad Carlos de Nápoles.[113]Con sus ojos renegridos y astutos miró a Juan Manuel:

—¿Conque indiano, no? —preguntó agrio.

—Sí, Su Majestad —respondió temblando y de rodillas—. Soy de la Provincia de Venezuela. Estoy aquí por Real mandato de vuestro hermano, para serviros.

—Espero lo alcances. De lo contrario, mal lo has de pasar. Con el mayor de mis hijos, Felipe Pascual, no me hago ilusión; es el vivo retrato de su abuelo materno; pero con Ferdinando —exclamó iluminando el rostro con una expresión enternecida — la cosa es diferente. Hasta aquel desdichado día en que encontró desnuda a su tía, que es más fea que el abate Albernoni, era un chico vivaz, un vero re Lazarone, como llaman a los alegres truhanes a la gente de Nápoles.

Un fulgor melancólico nubló la mirada real. Pero sólo por un segundo. Sus pupilas retomaron de inmediato su fulgor anterior que, como decían sus enemigos, era efecto a partes iguales de la luz enciclopedista y de los fuegos de la Inquisición.

Juan Manuel, temblando, llegó a su alcoba: una habitación grande, aireada y ruidosa, que se abría a un gran patio donde jugaban y gritaban con gran algazara niños, criadas y soldados. Las puertas hacia el patio carecían de cerradura y las habitaciones contiguas se sucedían sin puertas en largo corredor. Luego de la entrevista con el Rey y de haber probado los spaguetti a la napolitana, sintió un profundo cansancio. Con desaliento intentó dormir, pero el estruendo del patio se lo impedía.

Tres chiquillos cruzan de un cuarto a otro persiguiéndose entre gritos:

—¿Qué varilla es ésta? —grita indignado.

Ya comienza a dormitarse cuando los mismos chiquillos cruzan en dirección opuesta con igual escándalo.

Mete la cabeza bajo la almohada. Sofocos amorosos entre un soldado y una criada lo sacuden vociferante.

—¿Pero es que en este castillo del diablo no hay vida privada? —les grita persiguiendo a la pareja, espada en mano.

La rondalla en el patio continúa. Gritos, voces, carcajadas, canciones.

Ya se adormilaba, cuando alguien le sopla encima:

—¡Uuu!

—Ay, carajo —gritó al verse encima una imagen monstruosa.

Tras la máscara de carnaval reía un chico, que huyó a todo meter ante sus

aspavientos.

Decidido a descabezar una siesta, con gran esfuerzo bloqueó las puertas sin hojas con dos pesados muebles. Luego del acarreo, fuertes cólicos lo sorprendieron. No había bacinilla alguna en la habitación. La situación no admitía demoras. Echó mano de la gran sopera donde le trajeron los espaguetis. En el momento culminante alguien lo tocó por el hombro. Era el chiquillo de la máscara, quien además de señalarlo con el dedo, se reía.

Con la faz descompuesta por el odio se volvió en redondo:

—¡Fuera! —le gritó con voz tonante.

Pero el chico, imperturbable, seguía mofándose.

Enloquecido clavó sobre el niño la sopera bacinilla.

—¡Déjame!, ¡déjame! —rogaba el niño, pero fuera de si se la estrujaba sobre la cabeza.

—¡Déjame ya, déjame ya y te prometo ser bueno!

Luego que el chico salió dando voces, al silencio sucedió un estruendo de gente en armas.

—¡Abrid, por Dios, Don Juan Manuel y no os hagáis rogar! —golpeó a su puerta un puño de hierro—. Soy el conde Núñez —añadió una voz metálica y bronca.

El conde Núñez era el gentilhombre de cámara de Su Majestad que fue a recibirle al muelle. Un español hosco y altivo de aspecto ñero. El chico era sin duda su hijo.

«¡Ay, Dios mío! —se dijo contrito—. Me llegó la hora. ¿Mandarán mi cadáver a Caracas?».

Juan Manuel luego de persignarse abrió la puerta. Su Majestad Carlos de Nápoles, abrazado al chiquillo, lo miraba con la más jovial y afectuosa sonrisa.

—Gracias, chaval —le dijo el Rey— gracias a ti mi hijo habla.

—Miracolo, miracolo —clamaron las mil voces que de rodillas rodeaban al Rey.

—Díselo tú mismo, Ferdinando —le dijo al chiquillo empuercado Carlos de Nápoles.

—Gracias, Don Juan Manuel, por haberme devuelto el habla —y avanzando hacia él con la cara llena de mierda, depositó sobre las mejillas del caraqueño un tierno beso infantil.

Carlos de Nápoles, al descubrir las habilidades cinegéticas de Juan Manuel, hizo de él uno de sus acompañantes en las cacerías. Luego de varias semanas tenía al Rey por un hombre de mucho ingenio, muy sabedor de todo y trabajador como un bachaco. A pesar de lo que murmuraba el Superior de los Jesuítas, al tildarlo de «simplón y grueso de entendimiento».

Es incansable —escribía a Don Feliciano—. Ordenado como él solo. Todo lo tiene calculado y planificado desde que amanece Dios hasta que acaba el día. Es medio mamadorcito de gallo, pero tan mandón como papá. Pero es también muy

sencillo y Manóte. Usa tanto el mismo traje que hasta huele mal. No es mujeriego. Le indignan los amores ilícitos y las vagabunderías. El mala lengua del Superior de los Jesuítas que no lo quiere, afirma que ello es otra prueba de que no es hijo de Su Majestad Felipe V sino del Abate Alberoni.

Es muy católico —proseguía en su carta— creyente y cumplidor de su religión. Eso es lo que más me gusta de él; pero sus enemigos dicen por debajo de cuerda, que es fanático, supersticioso e inquisitorial.

Admira mucho a esos escritores franceses que llaman los enciclopedistas, y que a mi no me gustan ni un poquito, porque niegan a Dios y en vez de Rey quieren República. ¿No te parece un disparate muy grande? Aquí todo el mundo dice que Don Carlos tarde o temprano será Rey de España, pues Su Majestad Fernando VI está más loco que una tara chiquita. Los napolitanos me dicen que nosotros (los criollos) pongamos las barbas en remojo, pues cuando nos toque vamos a saber lo que es bueno. Su Majestad tiene por modelo al Rey de Prusia y a otros monarcas que llaman «Déspotas Ilustrados».

El día en que salió de Nápoles le dijo el Rey:

—Bueno, Juanico, si necesitáis alguna vez de mi, no tienes sino hacérmelo saber.

Pero los que gobiernan —se dijo Don Juan Manuel al recordar— tienen memoria de tucusitos para los favores y de elefante para los agravios.

Por cinco veces vi llegar la nieve, despuntar la primavera y corretear al Rey por los Campos del Moro. Mi madre murió al tercer año de haberme partido. Nunca recuperó la razón.

Se fue consumiendo flaquita y parada —escribía mi abuelo— igual que una vela del alma. Se creía la noche y se ponía fúrica cuando la luna salía sin su permiso. Ya al final teníamos que meterle a la fuerza la comida en la boca; pero después se trabó de tal forma que ya no hubo manera y se murió de hambre. Cásate hijo con una española. Hay que renovar la sangre mantuana, que está gastada y emponzoñada. Ya en cada casa principal tienen el cuarto del loco, como se tiene la sala, el comedor y el baño. A tu prima Teresa Antonia le dio la tocoquera de nuevo antier. La tienen amarrada y le echan un balde de agua helada cada dos horas, como mandó el físico. El hijo de Fernando Antonio se degolló ante un espejo la semana anterior y los tres mayores de Brígida son tan bobos como su padre. Yo no sé porqué hay tanto loco entre los mantuanos. ¿Será el clima?

Es el clima, sin duda —se dice Don Juan Manuel—. Las estaciones cada tres meses templaban el ánima. Los villanos parecían mantuanos, señores los burgueses, principales los caballeros y reyes los príncipes. Todos los venezolanos, uno por uno, desde mi abuelo hasta el último de los esclavos, deberían venir a España para que se dieran cuenta de lo que somos y de lo que deberíamos ser. ¡No somos nada! ¡No somos nadie! —se decía una y otra vez.

—No es el clima ni es la casta —le dijo un jesuíta— lo que hace diferente a Venezuela de España. Entre nosotros no hay esclavos sino hombres libres y siervos, que ni remotamente pueden compararse en el nivel de degradación al que los habéis sometido vosotros. El esclavo, al igual que aquel que teme, se hace disimulado y ruin. Vosotros no os dais cuenta del odio que os envuelve. Yo como sacerdote, sí que lo conozco bien.

Julián de Arriaga, el buen Gobernador que sustituyó a Castellanos y que con tan buena intención laborara por los criollos contra la Compañía Guipuzcoana, fue nombrado Ministro de Marina e Indias.[114]Sin dificultad reconoció a Juan Manuel el día que fue a Palacio, prometiéndole luego de abrazarle efusivo, haré ver su influencia para que el despótico Ricardos cesara en su cargo:

—España no puede concebirse sin el Nuevo Mundo…

Con una sonrisa, Juan Manuel lo introdujo a la cámara regia.

En lo sucesivo, sin variar su afabilidad, se detenía a echar una parrafada con Juan Manuel cada vez que lo encontraba de guardián, solicitando con amoroso empeño noticias sobre Caracas:

—Estudio —le susurró aquella mañana— un proyecto para devolverle a los venezolanos el libre comercio y al Ayuntamiento su fuero de gobernar en ausencia del Gobernador, pero guardaos bien de repetirlo. A pesar de la receptividad que tiene hacia el proyecto Su Majestad, son demasiados los intereses creados que pueden malograrlo todo.

Don Julián de Arriaga fue, sin embargo, la excepción, en relación del resto de la gente. Era rechazado en un amplio espectro de afrentas: desde la voz gruesa con su carretón de injurias, hasta las miradas frías, más dolorosas que un estilete al rojo vivo.

Eran terribles los rostros impávidos de los nobles de Palacio que lo oían sin escuchar; que no preguntaban; respondiéndole concisos y evasivos, temerosos de vincularse a un diálogo. Luego de cinco años de esfuerzo por granjearse la amistad de todos, llegó a ser amigo de velorio que no se invita a la boda de la hermana. Cuando arribaba al salón de los oficiales las conversaciones caían. Si metía baza, respondía el silencio. Al final ya no hablaba, ni reía. Era un hombre solo, entre uniformes sin vida. Si años atrás las cartas de su abuelo con su prolijo rollo de chismes sobre la gente de Caracas parecíanle aburridas, ahora echaba de menos sus calles estrechas, las arboledas umbrías de las haciendas, el tono de paraulata de las negras, el túmulo sepulcral de la montaña, el tinte marino de los cielos, el verde llameante de las aguas del mar, la risa burlona de la gente, la arepa y el casabe, la hallaca y el Cabildo, los entierros y los nacimientos de su gente; el matrimonio de José Antonio con Mercedes. La prima Susana, mi tío Don Juan. La historia de mi valle. La Cruz del Fundador. Su espada. Su rodela. Su hazaña que corre de boca en boca. Mis indios. Mis negros. Mi mar. Mi suelo.

La puntilla terminó por dársela la hija de un noble, a quien cortejaba:

—Pero es que no puede ser, Juanillo —le decía ceceante— se opone mi padre. Dice que no somos iguales. Y que te hará azotar si te ve de nuevo rondar la casa.

«Ya es hora de partir —se dijo aquel día—. Debo irme con los míos. Yo soy un mantuano y no un mendigo. Mi nobleza es sangre verdadera vertida en el combate».

Juan Manuel obtuvo la Real Dispensa para ausentarse. Fernando VI con los ojos tristes, la mano en la mejilla, la peluca empolvada, le dijo el dia de la partida:

—Bien, chaval, te echaré de menos. Dicen que el partir es el morir. Ya no habremos de vernos más. Para que te acuerdes de tu amigo, el de los chocolates, te voy a conceder tres gracias: la una, la que te di primero cuando te conocí en el bosque: serás Regidor Perpetuo; la otra es, siempre y cuando estén a punto tus pruebas de limpieza de sangre, que he de nombrarte Conde de la Ensenada, en memoria de la heroica defensa que hizo tu padre de Puerto Cabello. Y la otra sorpresa que te tengo ya no es para ti, sino para tu pueblo.

—¡Ea! —le dijo a uno de los secretarios que en lugar discreto hacía presencia durante la entrevista—. Llamadme a Don Julián de Arriaga, el Ministro de Marína e Indias, que al lado espera. ¡Y que se traiga los papelotes!

—¡Señor! —dijo el secretario de vuelta, demudado el rostro, precipitado el gesto —. Don Julián de Arriaga acaba de morir en la antesala. Está yerto y frío.[115]

¿Sería obra de la casualidad o del veneno? —se dice Don Juan Manuel a veintisiete años de lo sucedido—. Don Fernando, ante lo inesperado del hecho, fue preso, una vez más, de la locura. El Secretario del Consejo de la Corona no supo o no quiso darme noticias sobre los proyectos que sobre Venezuela adelantaban el Rey y sus ministros. Y como yo insistiera, me conminó a marcharme lo más pronto de España.

Tres años más le quedaban de vida al Rey de los pavos reales. Al parecer nunca más recuperó del todo la razón. De lo que me dijo Arriaga nunca más se volvió a saber. A la muerte de Fernando VI lo sustituyó su hermano y mi buen amigo, Don Carlos de Nápoles.[116]

109. Nicolás García y la Historia asesina

Volaba al viento su capa amarilla y negra. «Gonzalo, Don Gonzalito, era seis veces su abuelo y doce veces su nieto».

Arriba de su caballo atalayea por donde corre el Anauco, aquél, el bardón de bucares. Curiosa lo ve la gente con sus atuendos de muerte.

—¿A dónde va tan garnido, Martín Esteban de Blanco y Blanco, señor de las cuatro puertas?

Sus ojos de larga y estrecha hendija no estaban mirando a nadie, fijos sobre su

padre: «El Príncipe y el alud. Infiernos de primera clase. Eres responsable, eres imputable: ¡Oh, gran Amo del Valle! Tus actos no mueren sobre el vacío. Tu palabra no se extingue. Al igual que tu injusticia, ligereza, intemperancia. Tu obra buena o mala, recrecida, acicalada, pinturera y desbocada seguirá clamando. Cuida tus actos Martín Esteban: son semillas de sombra larga. ¡Cuán grande y noble era mi padre! Hace menos de una semana retomó sus palabras. Mi primo, el de Tovar, trájome el segundo tomo de la Historia de su tío Oviedo y Baños. A doce años después de su muerte[117]dejó instrucciones precisas para que ella fuese publicada. Arrepentido quizás por la muerte de mi padre. ¡Oh, maldita historia asesina!».

Aquella mañana en que el Oidor entró a su despacho, mi padre viejo, siempre pretérito, se regodeaba dichoso. Gracias a su gestión, el Seminario Mayor de Santa Rosa quedaba facultado para conceder títulos académicos.[118]Me leía el discurso de apertura. Entró Don José de Oviedo de Baños, el historiador con un abultado paquete de legajos bajo el brazo.

—Buenos días Excelencia. Aquí os traigo la obra terminada. Este es el primer volumen; el segundo lo lee Nicolás de Herrera y Ascanio. Os ruego que me deis vuestra opinión. ¡Tanto os debo! ¡Inapreciable la información suministrada!

Dos días más tarde lo hizo llamar. Nunca fue tan severo:

—Habéis omitido buena parte de los hechos que os di a conocer. Inducís a error al jerarquizar las ideas. Al referiros a la Conquista habláis al paso de las iniquidades dentro de un amplio contexto de apología. El lector desprevenido quedará bajo la impresión de que aquellos desafueros no fueron más que pequeños inconvenientes dentro de una magna empresa. ¡Aquello, el atropello más vil que recoja crónica alguna! Y seguirán siendo el origen de buena parte de los males que nos agobian a menos que hombres como vos os deis a la tarea de sacar a flote la verdad.

—Tan sólo he pretendido evitarle a muchos de nuestros amigos el rubor de saber las fechorías de sus antepasados.

—Entonces no escribáis historia. Ella no se ha hecho para halagar vanidades y menos para ocultar crímenes. La historia debe expresar lo sucedido, para que las generaciones venideras tomen experiencia y prevengan sus errores. Si vos hubieseis seguido los pasos del padre de Las Casas y de Aguado, corregiríais la vanidad creciente de alguna gente que toman de los conquistadores el sustento mítico de una infamia que destruirá la paz y armonía de estos reinos. Pues son precisamente ellos, esos asesinos salvajes, esos locos atormentados y lujuriosos, el primer eslabón de una cadena que termina en el mantuano.

El Oidor perturbado llevó la mano a su boca. Padre indignado proseguía:

—¿De dónde tomó su hijo, el encomendero, que el valor lo justifica todo? ¿No fue acaso del conquistador? ¿De dónde viene La idea de que la hombría es cuestión de tener muchas hembras. De donde procede ese fatuo orgullo de sentirse

superhombres? ¿No es acaso del conquistador, elevado en su autoestima haga el Olimpo? ¿Quiénes eran nuestros padres? ¿No eran acaso la hez de España, los indeseables de Castilla, los ladrones, vagos, perseguidos de la justicia? ¿De dónde creéis que procede nuestra lasitud moral ante el robo, ante el peculado, el tráfico de influencias, la impunidad de los culpables, la mala forma del mal hogar? Pues de ellos mismos, que a la hora de hacer un mundo lo hicieron a su medida. Eso es lo que ignoran sus descendientes, de ahí la trascendencia de que hombres como vos, que escribís, que sois respetados y que conocéis a fondo la verdad, la proclamen a los cuatro vientos, empero os escarnezcan las lenguas y la vida se os torne suplicio. El encontrar la verdad y tener el valor de expresarlo es el primer deber de los que escriben. Es una obra evangelizadora que en mi opinión no habéis cumplido. Asi me lo enseñó a hacer Nicolás García de la Madriz, el hombre santo del Valle, con sus sabias palabras y persuasivo acento.

«Yo tenía diez años —se le va el recuerdo— cuando llegó a Caracas, a los ocho días de la muerte de mi padre. Nunca olvidaré aquella mañana luminosa. José Juan, mi hermano, y yo jugábamos frente a la plazuela donde se construía la iglesia de Altagracia cuando lo vimos pasar. La ciudad estaba engalanada: el nuevo gobernador, Andrés Vera Moscoso, que arribó por Maracaibo, había enviado mensaje de que llegaría a La Guayra en dos días.[119]Todo era curiosidad y entusiasmo».

Nicolás García venía montado en limpio alazán, y su mujer en yegua blanca, subida a la mujeriega. Era magro de cuerpo, pequeño de estatura y rostro fruncido. Pelo ralo, entrecano, tapado de un bonete de marta. Nariz larga, labios finos, arrugas muchas. De primera impresión parecía viejo. Pero sus ojos, entre sardónicos y alegres develaban a un joven de mucha edad.

Melchorana, su esposa, daba lugar a visajes y equívocos. Al sólo verla parecía hermosa, espléndida, reclamante. Tenía impreso en su rostro los rasgos nuevos que las indias daban: nariz recta, hendida y aflautada, hecha para aquellos ojillos rasgados, pequeños y verdes; esos pómulos angulosos en vuelo de arbotantes y aquellos labios sorpresivamente coloreados de sepia para ser tan finos y acorazonados. Al reír mostraba garganta, dientes y encías. Con aquellos dientes grandes, parejos y blancos y un pelo negrísimo largo y suelto que tentaba a asirla a quien la viese. Un indio al verla, estalló cristalino:

—¡May, qué tía!

Lo que dio nombre a la puebla que dieciocho años más tarde se fundaría junto al mar.[120]

—¡Señor! —clamó un anciano golpeando el bastón fuerte contra el piso—. ¿Para qué haces cilicios tan apretados, tortura de los mortales?

Se balanceaba airosa en la bestia, mirando sin temor ni desenfado.

—¿Quiénes son?

—¿Quién es él? Tiene prestancia de Oidor.

—¿Será un enviado del Rey?

—Tiene la sonrisa gafa de los jueces malos.

—O de los que hacen de su oficio bondad.

Nicolás reía de lo que oía a su paso.

Radiante estaba el cielo y la montaña. Limpio y mojado el adoquin de la calzada. Casas pintureras de fachada azul, amarillo y naranja se columpian por la cuesta. Entre los ventanales de par en par salta hacia afuera el alegre piar de los pájaros de jaula y las voces de mando de las matronas.

—¡Caracas! ¡Mi Caracas! ¡Cuán bella eres! —clamó sorbiendo el aire—. ¡Quince años dejé de verte y nunca pude olvidarte!

Ya cerca de la iglesia de la Merced, un moreno fino, acicalado y femenil, corrió hacia ellos dando saltitos:

—¡Bienvenidos, noble señor! Permitidme presentarme y daros mi bienvenida. Yo soy Adalberto Peláez. El hijo de Ramoncito y de Antoñita. Seguramente conocisteis a mis padres. Mi madre murió el año pasado de vómito negro.[121]Soy sacristán y me llaman el Adelantado de los Rumores, por ser el primero en saberlos.

Preso de excitación dijo con arrebato:

—Voy a dar la noticia. Corro y vuelo. ¡Qué la tengan buenas vuesas mercedes! —Y sin decir más trotó calle abajo juntas las manos y los codos altos.

En la iglesia de la Merced, ventorrillos de flores y frutas animaban la plazuela.

—¡Bienvenido, Nicolás García! —dijo una voz. Otras cuatro la siguieron entre apretones de mano.

A la medida que avanzaba hacia la Plaza Mayor aumentaban las salutaciones. En la esquina de los Mijares hubo de bajarse del caballo. Tanta era la gente que quería abrazarlo. A pie, y llevando por la brida el caballo de su mujer, recorrió entre palmadas, besos y bendiciones, el trecho que le faltaba para llegar a casa.

—¡Nicolás! —gritó una voz. El llamado y la presencia lo conmocionaron. Era Pablo Guerrero, el hijo de Rosalía, el fiel mayordomo de su padre. El mulato, con expresión conmovida, avanzó con los brazos abiertos. A los setenta y cinco años estaba entero. Por él supo lo del Águila Dragante:

—Lo mataron hace ocho días. A puñaladas y en un callejón. Ya puedes vivir en paz. ¡Dios hizo justicia!

Nicolás empalideció.

—No le guardo rencor —dijo—. ¡El Señor lo haya perdonado!

Melchorana lo vio con dulzura. La Virgen había escuchado sus ruegos. .«Recrea a Dios y reconcilia al hombre con el hombre. Yo soy el eterno espectador. No haré razón del odio».

Dura fue la lucha para arrancarse el rencor. Catorce años de reflexiones, consejos

y ayunos diluyeron la tensión vengativa. Al embarcarse hacia Venezuela lo hizo sin temor. Pero ante el Ávila todas sus creencias se desmoronaron: su odio reapareció duro y clamante.

Armado con un rosario y echado sobre cubierta, pidió a Dios que lo aplacara, mientras crecía la montaña.

Pablo Guerrero vio de soslayo a Melchorana.

—Es de La Habana —le observó Nicolás.

Tres mujeres que salían de San Mauricio detuvieron el paso. Una de ellas le llamó la atención.

—¡Susanita! —exclamó, al reconocer a su prima.

Pero ya iba calle arriba seguida de Salú y Dulce María.

—Son las tres mujeres de Rodrigo Blanco —comentó el hijo de la negra Rosalía —. Ese hombre no tiene perdón de Dios. ¿Sabes que me volví a casar? —añadió sin pausa—. Todo el mundo, comenzando por la niña Ana María, pensaron que era un disparate, pero a mi edad creo que vale la pena arriesgarse.

Nicolás lo vio con afecto. Le recordaba a su padre.

Luego de la muerte de la negrita Sebastiana, el año pasado, el mulato casó con una hermosa esclava berberisca que compró en Santo Domingo.

—Siempre y cuando la quieras —le respondió Nicolás—. ¿Qué importa lo que digan?

—Es lo mismo que dice Cupertino, mi hijo. Estoy muy contento del muchacho —expresó sonreído irguiendo el cuello—. Es más serio que un cura, trabajador como un bachaco y con una vista de lince para los negocios que a mí, que no soy ciego, me lleva cien varas de ventaja.

Pareja, bestias y arrieros se detuvieron frente al caserón de don Francisco de la Madriz. Nicolás miró hacia la fachada de la casa de enfrente. La examinó con nostalgia. La llamaban ahora la casa del Pez que Escupe el Agua.

La mansión de su abuelo estaba destartalada. Los techos rotos, el patio enmontado, la basura por doquier. Los peones comenzaban el arreo del equipaje. Nicolás dio un paso atrás al identificar a Ana María entre el bigote verde y las arrobas de grasa. Sofocos, llantos y besos. Se abrazaban los dos cuñados. Melchorana alegremente escrutadora los mira.

—¡Me parece un sueño! —musitó Ana María con su vozarrón de mando.

—¡Quince años! —comentó Nicolás preñado de remembranzas.

Cuatro chiquillos de mirada alerta la rodeaban.

—Éstos son mis hijos: José Juan, Jorge, Yolanda y Matilde.

Sonrió a los muchachos. Volvió la cara a su mujer:

—Ana María y Melchorana —enunció con voz grave—, conoceos de una vez. Ésta es mi mujer.

—¿Tu mujer? —preguntó Ana María con un trasfondo recriminativo—. Pero qué alegría me das. ¡Ven, hija, dame un beso y un abrazo!

Por el zaguán se fue asomando la gente. Los arrieros continuaban bajando el equipaje. Ana María miraba hacia la vivienda con manifiesto desagrado.

—¡Ay, mijita! Ustedes no se pueden quedar aquí. Esta casa está en el suelo. Ahora mismo se me mudan a la casa que te regaló abuelita. Además —añadió tomando por el brazo a Nicolás entre saltitos y aspavientos—, volveremos a estar todos juntos sin estar revueltos.

La casita de Elvira fue del gusto de Melchorana, salvo el nombre que Ana María le daba y la ausencia de cocina y comedor.

—¿Y para qué, esta niña? —protestó la mujerona—. En tiempos de Elvira ellos hacían en casa las tres comidas y la merienda. ¿Qué necesidad tienen ustedes de estar gastando plata cuando aquí lo que sobra es comida?

Ana María y sus hijos, a pesar de las sentencias de la abuelita, entraban y salían por la puerta de Soledad hasta diecisiete veces al día. Ana María, según la justificaba Nicolás, «no lo hace por mal sino por atenta».

—Esta niña —le preguntó durante el almuerzo—. ¿Tú como qué estás floja del estómago? Vi tu bacinilla esta mañana. Te voy a dar unas hierbas que son de lo más buenas.

Y sin esperar su respuesta pasó al tema de Rodrigo Blanco y sus tres mujeres. Melchorana, siempre abstraída en hacer bolillos con las migas de pan, se retrepó en la silla y escuchó con atención al oír mencionar al Águila Dragante.

—Son unas perdidas. Aquello era un harén. Fray Mauro de Tovar tuvo que meter la mano. Yo no sé de qué van a vivir ahora que se murió Rodrigo.

Su mirada se hundió en la boca peluda de Ana María. ¿Cómo sería el Águila Dragante? ¿Cómo serán Susanita, Dulce María y la negra tortuguera?

—Es guapa la mujer de Nicolás García —dice Dulce María al otro extremo de la ciudad.

—Si que lo es —añade Salú.

Susanita, taciturna, guarda silencio. Desde que vio a su primo algo le viene asaeteando el alma:

«Me siento sucia, me siento mala. Menos que puta soy. Tercera parte de tres. Brazo, boca y vagina de la viuda del harén».

El Águila Dragante las dejó al descubierto. Y el pulpero no da crédito. La casa ajena. El hambre propia.

—¿Qué hacer, Dios mío?

—Busquemos otro que nos sostenga.

—¿Y quién —pregunta Salú— habrá de andar con las tres?

—Yo no sé, pero hay que encontrar la arepa.

—Ni bordar sabemos.

—Mi cocina es mala.

—Pero la tuya es buena.

—Mejor tener la cara y el corp que gan de trabajá.

—¡Calla la boca, Salú!

—Vende tu boca, Susan.

—¡Calla, esclava!

—¿Me va a vendé?

—Buena la idea que me has dado.

—Vendamos a Salú y caminemos la cuadra.

—Allá viene el brejetero de Ruperto Bejarano, déjame escurrirme para que no tenga miedo.

—¿Será verdad tanta belleza? ¿Y desde cuándo llevas pinturas y ese perfume de aguacate?

—Deja la zoquetada y respóndeme de una vez: ¿Cuánto me vas a dar?

—Llevo cuatro monedas.

—No es mucho, pero en agarrando manque sea fallo.

—¿Cuándo empezaste?

—Ahora mismo, tú eres el primero. Mañana pondremos el farol rojo que obliga el Ayuntamiento.

Ruperto Bejarano corrió a la plaza.

—Muchachos, muchachos, Susanita y Dulce se metieron a putas. Yo soy el primero.

Clamor de revuelta por La Pastora. Treinta y seis hombres armados siguen a Ruperto.

—Con todos no. Cuatro por noche y a doblón por cabeza y por un ratico; dos el rato largo; tres onzas finas la noche entera. Cojan su turno y no se empujen.

Ya los hombres no vienen en tropel. Acuden solos y a caballo. «Cuesta medio cofre pernoctar con una —regatea Ruperto metido a rufián— y el tesoro del Inca si son las dos».

—Ruperto, vaya a abrir, que allí debe estar el señor de Ascanio.

—A las siete viene Mijares.

—Eso es con Dulce María. Cóbrale antes con tu tajada aparte.

—Ruperto, sí es el negrito Cupertino, el hijo de Pablo Guerrero, dile que Susana está ocupada hasta mañana a las diez. Me parece que le da a Susana por el mero sitio por donde le gusta.

Un viejo sucio con la nariz comida y la expresión demente, se asoma al zaguán:

—¡Denme de comer, piazos de putas!

—Gualterio Mendoza, vete de aquí.

—¡Más modales, Ruperto, es mi padre y es su abuelo!

—Una limosnita, por amor de Dios. Piazos de putas.

—Vete, padre.

—Dadme de comer.

—Vete, abuelo.

—Vete, padre. Ruperto, dale un doblón, o mejor diez, pero que se vaya a comer a otra parte.

—¿Diez doblones a loco en noche oscura? Te lo van a acuchillá.

—¡Ansina sería mejor!

—¡Jesús, niña, qué barbaridad!

—Váyase, maestro. Siga su camino.

—No me toques, Ruperto Bejarano. Si en tu casa las mujeres son putas desde tu abuela, en la mía apenas comienzan. ¡Qué no me empuje, carajo!

—Por fin se fue, loqueando calle abajo.

—Pobrecito abuelo. Pobrecito padre. Me parte el alma. ¡Me da pena! Va en andrajos. ¡Démosle bastante plata! Llámalo, Ruperto.

—Déjalo, mujer, ya es mucho lo que lleva y ronda la muerte en puñales.

—Acuérdate de don Ruy. Hace cuatro años apenas y en la misma callejuela.

—Mejor que fuera. Loco y leproso no debe vivir.

—¡Jesús, Susana, calla la boca!, que mi padre alguna vez fue distinto.

—También el mío y de una viga se ahorcó.

—Leche de brujas tomamos en la cuna.

—¡Ay, mi madre!

—¿Qué fue eso? Es la voz de Gualterio. Es la voz de mi padre. ¡Corre, Susana!

—Me muero, mis hijas. Me desangro podrido en mi lepra…

—Uno no debe alegrarse con los males ajenos —le decía Pablo Guerrero a Nicolás en el salón de su casa—, pero el que a hierro mata no muere a sombrerazos. Así tenía que terminar Gualterio. Malo e ingrato como gato. Sucio y enconado como un nacío.

Melchorana irrumpió en la sala engalanada. Nicolás se echó nada adelante.

—Nos vas a tener que perdonar, Pablo, pero hemos anunciado visita y no quiero llegar tarde.

Manuel Felipe Tovar heredó de su tío la animadversión por Rodrigo Blanco.

—Afortunadamente el dragón está muerto, pero la misma actitud prosigue por parte de algunos españoles que persisten en creer que esto es tierra realenga y los hijos y los nietos de los conquistadores son buenas bestias para ensillar.

Nicolás García lo vio con ojillos penetrantes. No era el lenguaje de un español.

—Debéis tener especial cuidado —prosiguió— con los hermanos Ibarra, un par de sevillanos sin escrúpulos que vinieron a hacer la América. Gente codiciosa.

Dispuesta a todo. Ausentes de principios y de santo temor a Dios. Su primer objetivo es echarle el lazo a las hijas de los principales, como hizo uno al casarse con la feúcha de Antonia Herrera. La mayor parte de las fortunas están cayendo en manos de las Águilas Chulas.

El de Tovar se volvió a Melchorana:

—¿Y cómo os va en Caracas? ¿Qué tal os parece la gran Ana María?

Nicolás vio a su mujer y pensó en el enfrentamiento inevitable: eran alfa y omega, bachaco y chivo en lo grande y en lo chico, en lo anímico y en lo corporal.

A las dos semanas se asomaban los mohines, las risillas burlonas, los gestos ásperos, las bocas torcidas, las murmuraciones de parte y parte.

«Nunca he debido aceptar —se dice Nicolás— mudarme a casa de Elvira, ¿pero acaso había otra alternativa?».

Sus haciendas estaban abandonadas. Escasa la esclavitud. De no haber sido por el sueldo de Regidor, apenas sobreviviría.

«Y pensar que mi padre fue el hombre más rico del Valle».

La imagen de Diego García se le vino encima. Escuchó sus palabras al mostrarle la mina que se tragó al Cautivo. Y recordó a Francisco Marín de Narvaez, el compañero que se preciaba de oler las tierras con oro.

—¿Qué ha sido de la vida de Francisco Marín? —preguntó de pronto.

—¿Francisco Marín de Narvaez? —respondió el de Tovar—. Es el hombre más poderoso en tierras y en oro de toda la provincia. Descubrió vetas auríferas y cobre en tierra de los jirajaras. Pagó sesenta mil pesos luego de descubrirlas para asegurar sus derechos.

—¡Sesenta mil pesos! —expresó chirriante Nicolás—. ¿Y se puede saber de dónde sacó esa fortuna?

—Eso es lo que todos se preguntan. Hay quien dice que se encontró el tesoro de Rodríguez Suárez.

«¿Rodríguez Suárez o el Cautivo?, se dijo con amargura».

Melchorana y Nicolás merodean por la Plaza Mayor. Santeros y veleros exhiben la mercadería en las gradas de Catedral.

Melchorana, del brazo de su marido, observa codiciosa. La voz de Pablo Guerrero los sorprende. Lo acompaña un muchacho de veinte años, fino, encogido y de tez negra. Es Cupertino, su hijo.

—Tengo que hablar contigo —dice con voz premiosa.

Los tres hombres hacen aparte a escasos pasos de Melchorana, quien entretanto hurga y palpa telas y frutas.

—Cupertino —afirma con asombrosa entonación— se ha sacado a la Susanita del burdel. Está viviendo con ella.

Frunce el ceño Nicolás:

—Vivir en concubinato es pecado mortal.

—¿Qué nos aconsejas tú?

—Que se case de inmediato.

Pablo Guerrero ríe con los dientes enteros.

—Yo sabía que ibas a estar de acuerdo conmigo. No hay mujeres más fieles que las putas redimidas.

Nicolás mira hacia su mujer y va por ella.

—¿Cuánto vale el cirio grande?

—Dos reales, doña Melchorana.

—¿Con que doña Melchorana? —dice atrás una voz burlona—. Mira que uno tiene que vivir para ver cosas.

—¡Jesús! —exclama al identificar a Ruperto Bejarano, el hermano de Rosalba.

—¡Ruperto, qué gusto de encontrarte! —apunta en medio Nicolás, tragándose el malestar de su presencia—. Te estaba buscando para ofrecerte el cargo de alguacil prometido.

Cargados de frutas llegaron a casa. Ana María bordaba en el corredor. Melchorana hizo un respingo, su mayor disgusto.

—Siéntense los dos —mandó como siempre—. Mi marido, con buenas o con malas artes —prosiguió sin preámbulos—, quitó a tu padre La Vega. Desde que murió tengo un cargo de conciencia. Necesito devolverte lo arrebatado.

Nicolás la vio con estupor.

—Pero como no puedo devolverte La Vega por ser patrimonio de mis hijos, compensaré la injusticia traspasándote mi hacienda de La Urbina.

Luego de una débil resistencia aceptó la propuesta.

—Eso sí —retumbó clamorosa—. Mientras yo respire han de vivir en esta casa. Y para que no me jueguen sucio, hablaré con el legista para que tú la usufructes sin tenerla en propiedad hasta el día de mi muerte. ¿Qué os parece?

Ante aquella oferta erizada de cautelas, Nicolás y su mujer soltaron la risa. Ana María ahogó un sollozo:

—Es que me espanta la soledad. Tu retorno me ha vuelto a los tiempos en que vivía mi abuela.

—Hoy ha sido un día de suerte —dijo a Melchorana al acostarse—. Amanecimos apretados y terminamos con holgura.

Alguien golpeó la ventana de la sala.

—¿Quién será a esta hora?

Disgustado cruzó el patio y abrió el postillo. No había nadie.

—¿Quién será el ocioso? —se preguntó irritado mirando a lo largo de la calle.

En la esquina saltó un silbido.

—¡Dios Santo! —exclamó al reconocerlo. Temeroso regresó a la cama luego de

asegurar puertas y cerraduras.

Todo el año fue de guerra. Las vías comerciales fueron bloqueadas. Los ingleses atacaron a La Guayra. En julio, con la llegada del nuevo Gobernador Vera Moscoso, apareció la peste. De los ocho mil habitantes que tenia la ciudad, pereció la cuarta parte.[122]

Ana María encendió zahumerios. Llenó las dos casas de bosta de vaca.

—¡Fo! —gritó Melchorana.

—¡Déjate de pistoladas, esta niña, y ten presente que entre dos males se escoge el menor! Para la peste no hay mejor protección que el cagajón de ganado.

Esa mañana se fingió enferma para no verle el bigote verde. Fue inútil:

—Aquí te traigo tu comida, esta niña. A ver, abra la boca.

«¡Coño! —se dijo mirando hacia la cuchara—. Esta gorda del carajo me va a matar. Ya no respeta ni puertas cerradas. Entra al cuarto como río en conuco y empero estar una encarnada y soplona de tanto ajetreo, se nos sienta en la cama para contarnos los chismes del mercado».

Melchorana terminó por ausentarse de las tertulias de Ana María. Su ausencia no sólo la dejó sin cuidado, parecía celebrarla.

—¿Por qué no te das una vuelta, esta niña? —le dijo aquella tarde—. Esto que estamos hablando es muy enrevesado para ti.

Con el rostro arrebatado, los ojos fulgurantes y orlados de lágrimas, se dirigió a su casa y se derrumbó en su cama.

«La gorda peluda me ha robado a mi marido. ¡A mí! A la más rica hembra del Caribe. A quien mi padre, temeroso de mi hermosura rodeaba de hombres armados y de viejas mudas».

La voz de Ana María vino a atormentarla:

—Ay, mijita. Nadie puede sospechar cuánto frío esparcen en derredor suyo los sabios y los santos: unos viven para sus ideas; los otros para sus obras. Son de todos y no son de nadie. Ten conciencia de su responsabilidad. No te resientas cuando la soledad te muerda. Hombres como Nicolás no viven para una mujer. Viven para un pueblo y para la misión que el Señor les ha confiado.

—Puede que sea un santo —ya se había repuesto—, pero cuando me di a él lo creía para mí sola. Tuve miedo de los hombres como mi padre, con diez mujeres a la vez. Sangre lloró mi difunta madre por su culpa. Por eso lo busqué feo y jipato. Lo que jamas pude imaginarme es que las ideas, y no las mujeres, se robaran a mi hombre.

Ana María no sólo siguió en sus trece, sino que desbordó súbitamente su hostilidad hacia Melchorana. Un día le hizo saber para su estupor, «que debería anunciar sus visitas» y no entrar simplemente por la puerta interior que unía las dos casas.

—¿Y se puede saber por qué ella no hace otro tanto? —Ella y sus hijos entran y salen de mi casa cuando les da la gana.

Nicolás intentó argüir.

—Yo creía que me había casado con un hombre —lo interrumpió rabiosa— y ahora veo que no eres más que un pendejo, Si me vuelve a entrar por otra puerta que no sea la de la calle, le voy a echar aceite hirviendo. Y si no te gusta, me lo dices de una vez para mandarle recado a mi padre.

110. Dramas grises de gente parda

Nicolás García, al igual que el resto de los regidores y alcaldes, esperaba aquella mañana la visita del Gobernador.

A dos años de haber llegado y tomado posesión de su cargo de regidor perpetuo, se ha indispuesto con la mayor parte de sus colegas y notables de la ciudad por la forma en que los principales tratan la cosa pública y por el relajo de las costumbres, arrastre de la conquista, donde cada encomendero, aparte de su mujer legítima tiene dos o tres barraganas, apartando todas las hembras de sus feudos, a su entera disposición.

Las palabras de Nicolás, además de fustigar a los culpables, despertaban conciencias adormiladas. «Hay algo más contagioso que el vicio —comentaba a Melchorana y a Ana María—, la virtud en una sociedad corrompida».

Un hombre de clase media mató a un principal por deshonrar a su hija. «Lo hice en defensa de mi honor», proclamó con orgullo.

Tuvo la inmensa satisfacción de subir al patíbulo acompañado por Nicolás García. Siguió golpeando como un profeta: en el Cabildo, en la Plaza del Mercado y en las tertulias que los jueves organizó en la Casa del Pez. Acudían hombres de la casta inferior, como Pablo Guerrero, Cupertino, su hijo, Ruperto Bejarano y Adalberto, el Adelantado de los Rumores, quienes con veneración escuchaban sus palabras, devorando con fruición las golosinas que Ana María preparaba con sus propias manos.

—Las naciones, como los cuerpos, no toleran la inmundicia —sermoneaba—. Y no lo pueden aceptar porque atenta contra su propia existencia. No desconfiéis de los resultados de nuestra cruzada —proclamaba con pasión—. No hagáis caso de los agoreros cobardes que nos gritan sabihondos, que así como fue, siempre será.

—Sigue creyendo en pendejadas —le dijo esa noche el viejo onírico— y verás cómo te han de coronar de espinas. Este pueblo, remedio no ha de tener. Mala era la tierra, peor la semilla y peor la cuña que yo mismo ayudé a ponerle para aumentar su torcedura. No hagas caso de ese negraje que te visita, hambriento de comida y de importancia. ¿Sabes tú lo que significa codearse de quien a quien con Don Nicolás

García de la Madriz, Regidor Perpetuo y nieto mío? No vienen a oír tus palabras, sino a comer los dulces de Ana María y a darse lija, so bellaco. El que se reúne con pendejos, como es tu caso, se hunde: los pendejos tiran hacia abajo.

La siembra de los valores que se había propuesto Nicolás García, a pesar de la enconada adversidad que desencadenaba en los principales, fue calando entre la gente pobre pero honrada.

Susanita de la Madriz, la mujer de Cupertino, para sorpresa de todos se convirtió en esposa ejemplar.

—¿Te das cuenta, mujer de Dios? —decía Nicolás a Ana María— que no hay hombre malo y que la gracia del Señor es infinita. ¿No te da gusto ver a una perdida, como era Susana, transformada en una mujer ejemplar? ¿Qué era Ruperto Bejarano hasta que yo lo agarrara por mi cuenta y lo pusiese a trabajar en el Ayuntamiento? ¿No era acaso una bala perdida, un alcahuete y un rufián?

—Tienes razón, hermano mío. Me has convencido finalmente de todo el bien que se puede obtener con la caridad y cuánto mal conlleva la soberbia.

«Dios metió su santa mano —se decía Ana María— me quitó de encima a mi marido y me envió a Nicolás, que alguna vez será beatificado como el Hombre Santo del Valle».

—¿Te das cuenta —prosiguió emocionado— cómo Bárbara, la esclava sarracena a quien todo el mundo, comenzando por ti, tildaron de prostituta agazapada, ha hecho feliz a Pablo Guerrero?

—¡Ahí si es verdad que no te acompaño! —protestó Ana María—. La morita ésa no me gusta nada. Estoy segura que tarde o temprano le va a poner la gran caramera al pobre Pablo.

—Yo pienso lo mismo que Ana María —intervino Melchorana desde la silla donde permanecía en silencio.

Las palabras de su mujer lo sobresaltaron. Ya Ruperto Bejarano le había susurrado la forma indecorosa que tenía Bárbara de insinuarse. «¡Ay, Don Nicolás, yo no doy medio por esos quinchonchos!» —le comentó Adalberto.

Nicolás se oponía al proverbio de la cabra y el monte.

—El hombre, por su divina raíz —respondió al fatalismo de Ana María—, es impredecible en su destino y así como la historia no permite vaticinar con exactitud de un pueblo, el pasado de un hombre nada dice sobre su futuro. La pobre Bárbara tiene hábitos de esclava. La seducción es el arma preferida del desvalido para alcanzar la gracia de su señor. Lo que tú llamas coquetería no es más que el deseo de hacerse perdonar. No pienses mal, ayúdala a salir adelante.

Esa tarde, después de la tertulia, Ruperto Bejarano le hizo una confidencia para recabar su ayuda: estaba enamorado de la hija de Pablo Guerrero y el viejo no lo podía ver ni en pintura.

—¡Qué no y que no! —gritó Pablo apenas Nicolás y su hijo Cupertino abogaron por Ruperto—. Antes prefiero verla muerta que casada con ese vagabundo.

—Pero viejo, si consentiste a que yo me casara con una mujer de la vida, como era Susanita, no veo por qué le vas a negar el derecho a reformarse al pobre hombre.

—Porque una cosa es la mujer y otra el hombre. La putez tiene remedio. No así la bolsería y la cabronería. Y si es verdad que no hay compañera más fiel que una puta arrepentida, no hay nada más peligroso que el hombre crecido en la sinvergüenzura.

Pasos y voces se escucharon precipitadamente en el zaguán:

—Corra, corra, Don Nicolás —gritó un muchacho. Era Jorge Blanco, el hijo de Ana María—. ¡Doña Melchorana está pariendo!

La lividez bañó su rostro. ¡Elvira! dijo, y en el recuerdo de su primera mujer corrió hacia la calle.

Los gemidos se oían en el zaguán. Melchorana sudorosa se contorneaba. Ana María secaba su frente.

Pablo Guerrero también se llenó de angustia: ¿Y si se le muere Melchorana? ¡Ay, Dios mío, mete tu mano, porque con lo deslechado que es este muchacho, a lo mejor le sucede otra desgracia!

Un hombre flaco, narigudo y oliváceo irrumpe en la casa.

—¡No puede ser! —exclama confuso Nicolás al reconocerlo—. Es el mismo Francisco Marín de Narvaez.

—¡Francisco!

—¡Nicolás!

Llanto de recién nacido. La puerta se abre.

—¡Una niña, hermano mió! —grita Ana María.

—¡Alabado sea el Señor!

Un pingajo de carne morena chilla y berrea. Nicolás apenas la mira. Sus ojos son para Melchorana. Exhausta sonríe.

—Eres padre, Nicolás García —le grita Francisco Marín dándole palmadas.

Apenas se recuperó de la emoción, Nicolás dijo a su viejo amigo de mocedad:

—¿De dónde sales?

—Llegué hoy de Santo Domingo. En la puerta de Caracas me dijeron que tu mujer paría.

Nicolás rió, desenvuelto.

—¡Dame un abrazo Francisco, que la buena suerte me has traído! ¡Serás el padrino!

—Así es —gritó a su lado Ana María—. Y yo, la madrina.

—¡Loado sea el Señor! —le dice transfigurado Pablo Guerrero a Melchorana.

—Gracias, Ño Pablo.

—¿Qué quiere que le regale a la niña?

Melchorana lo mira picara.

—No, Ño Pablo, usted no puede regalarme lo que yo quiero. Es algo muy caro.

El mulato como lanza, tuerce el bigote:

—Pida no más y será complacida.

—Deje que Secundina se case con Ruperto…

Se torna ceniciento:

—¡Me pegaron por mampuesto! —exclamó resignado—. Pero soy un hombre de palabra. ¡Sea!

Entre los berridos de Claudia, Pablo Guerrero concedió a Ruperto la mano de su hija.

Francisco Marín de Narvaez repitió la historia que ya sabía sobre el origen de su fortuna.

—Soy muy rico, pero muy desdichado.

Francisco Marín tenía la misma castidad maniática de su juventud. Ninguno de sus empleados podía tener una querida y mucho menos engendrar bastardos, pues era despedido inmediatamente. Puso a disposición un fondo para que los esclavos pertenecientes a dos amos diferentes y enamorados entre sí, fuesen comprados por la mitad de su valor, con su aporte, por alguno de los propietarios. Si los amos se negaban, hacía presión sobre miembros del Cabildo e invocando viejas leyes les suministraba el dinero para que los negros alcanzasen su manumisión.

—Yo creo, al igual que Nicolás —pregonaba en las tertulias de Ana María— que el mal de este país es la disolución de las costumbres. Me preocupa el relajo imperante. El hogar es la piedra sillar de una sociedad.

Ana María que ya le tenia afecto desde su niñez, desbocó su admiración, hasta el punto de que Nicolás se sintió desplazado. Melchorana fue ganada también a su favor por el rico minero.

La soledad, sin embargo, era la herida por la que sangraba su compañero.

Cuando Nicolás regresó a Caracas, procedente de Valencia, Francisco fue su mejor amigo. Su ascetismo era sospechoso, aunque barros y espinillas delataban contradicciones. Al casarse con Elvira siempre estuvo con ellos. Días después del trágico parto donde murió Elvira, Marín se le apareció a Nicolás envuelto por la desesperación. Había violado a una niña de diez años, ahijada de su madre y criada en casa.

«La virtud obsesiva oculta un vicio», —decía el sabio Padre Carlos Gil, su preceptor: «Dime de qué blasonas y te diré quién eres». Aquella manía de pureza en un chico de dieciocho años era sospechosa de un drama. Muchos ascetas lo son por miedo a la mujer. Las niñas son mujeres indefensas. Un violador de niñas es un monstruo cobarde. Nicolás recordaba con exactitud las palabras del Padre Gil a raíz de un caso parecido ocurrido en Valencia. A instancias suyas, Francisco se trasladó a

la casa de su preceptor, donde pasó una larga temporada. De allí vino sosegado en su castidad racional.

A instancias de Melchorana y con el beneplácito de Nicolás y Ana María, Francisco Marín se mudó a la casita, enriqueciendo con su presencia la tertulia de Ana María y acortando la distensión existente entre las dos mujeres. Aquella tarde comentaban que Pablo Guerrero continuaba viendo con malos ojos a Ruperto Bejarano.

—A usted la hago responsable —le dijo a Bárbara, su nueva mujer— de lo que a mi hija suceda. No me la desampare ni un momento y cuando salga a pasear con el sinvergüenza ése, se la cose al vestido. ¿Me entiende?

La hermosa sarracena de los ojos almendrados asentía resignada. Las instrucciones de Pablo Guerrero fueron cumplidas. Bárbara con pupila distraída los acompañaba martes y domingos hasta la orilla del río.

A pesar de todas las precauciones, el matrimonio de Ruperto y Secundina hubo de celebrarse con tanta prisa, que si hubieren esperado unos días —como opinó el Adelantado de los Rumores— los retallones hubiesen servido para el bautizo.

Fue un matrimonio muy celebrado, a donde concurrió lo mejor de la ciudad.

La riqueza y hombría de bien de Pablo, le flanquearon distancias.

Nicolás llevó la novia al altar y Ruperto se prendió del brazo de Ana María, que en traje de gala —según murmuró Adalberto— parecía un galeón desmantelado arrastrando el palo mayor. José Juan, el mayor de los hijos de Ana María y que tenía nueve años, sostenía la cola con su hermanita Matilde, que ya alcanzaba la edad de la razón. Jorge, el segundo, feúcho, flaco y amarillento, portaba las arras.

—Este es un matrimonio burrundanga —le observaba Adalberto a Susanita y a Gabriel Ibarra en medio de la fiesta—. Aquí hay de todo: desde Don Manuel Felipe de Tovar y su parada mujer, hasta Ño Miguel, el señor de Naiguatá. Es como si hubiesen revuelto paella con dulce de lechosa.

—No seas tan necio y deslenguado, Adalberto —irrumpió, acre, Nicolás—. ¿Dónde está tu caridad cristiana? ¿O es que pretendes alcanzar gracia —dijo mirando a Ibarra— destrozando a tus iguales?

—Los Ibarra eran gente extraña —decía Adalberto.

Al parecer los dos hermanos tenían en Sevilla, de donde eran originarios, una casa de lenocinio donde la gran diversión eran dos osos, macho y hembra, a quienes disfrazaban de hombre y mujer y ponían a hacer cositas una vez por semana y delante de todo el mundo. A la osa la vestían de morado con un sombrero ancho, y al oso de piquero. Al toque de los clarines el oso se le echaba encima quitándole la trapería hasta dejarla en pelo, para regocijo de los presentes. Todo iba muy bien hasta una tarde que el Cardenal de Sevilla, de procesión, se topó con la bestia. Al verlo entre clarines vestido como su hembra, se puso tan loco que de no haber sido por cuatro

generales quién sabe lo que le hubiese pasado a Su Ilustrísima. Según me cuentan, tienen precio a sus cabezas.

Nicolás García nunca dio crédito a la aventura que narraba Adalberto. Tan sólo sabía su dedicación al contrabando de negros: se los hacían traer por portugueses a una finca por Carenero, lo que estaba severamente sancionado por la ley, y luego de enseñarles a chapucear español los metían con los sacos de cacao que iban a Veracruz y los vendían por el triple o el cuádruple de lo que les habían costado, lo cual era un delito aún mayor. De pobres de solemnidad cuando llegaron a Venezuela, eran ya acaudalados. Como tenían pinta, salero y aires de señorío, antes de alcanzar la riqueza ya se codeaban y revolcaban con lo mejor.

Gabriel Ibarra, a diferencia de su hermano Juan, era guapo y bien plantado, de ojos verdes soñadores y displicentes, que tenían entontecidas a buena parte de las mujeres de la ciudad. Nicolás García fijó su mirada sobre el grupo.

Susanita, luego de un año de matrimonio con el hijo de Pablo, había engrosado un poco, y sin dejar de ser espectacularmente guapa, algo tenía de sazón pasada, de marchitez incipiente, de planta que se quiebra ante la sequía. Es evidente —se dijo Nicolás— que se aburre a más no poder con el negrito Cupertino.

Las miradas de Susana dirigidas al de Ibarra no son de oferta y tienta, sino de hembra a su dueño. Está enamorada, lo dicen sus ojos; lo canta su risa; su forma de caminar cuando sabe que la mira. En cambio tuerce la boca cuando Cupertino la requiere. No entiende lo que su marido le dice. Siempre dice ¡Ah! a sus preguntas y se le escurre la alegría al acercársele.

«¡Ay, Dios! —se dijo Nicolás— ojalá sean falsas mis ocurrencias y temores. ¿Qué sería del pobre Cupertino y de Pablo Guerrero, tan celoso de su dignidad, si lo que temo está sucediendo, o llegará a suceder?».

«Puta no alcanza componenda» —le dijo esa noche el Cautivo—. ¿Se puede saber, oh, nieto mió, cuántas putas en tu pobre y menguada vida has conocido para que te las des de sabihondo sobre cosas tan profundas? La vida de puta es como la del campamento para el guerrero cuando lo es de veras. ¿Has estado, por casualidad, alguna noche en un burdel como esos que conocí yo en Chipre, en Roma y en Santo Domingo? Eso es vida, hijo. ¿Cómo le vas a pedir tú a una mujer como Susanita que se vaya a conformar con la aburrida existencia del negrito Cupertino? No seas iluso, hijo mío: que de seguir así te habrán de empalar. La putez no es miseria —como dice Don Alonso— es cachondez excelsa, luz breve pero intensa que consuela a las mujeres por siglos de silencio.

Adalberto, pestañeando, sacudiendo más que nunca sus manos de empapelador, trajo la noticia farfullante:

—Bárbara, la mujer de Pablo Guerrero, se fugó anoche con Gabriel de Ibarra. Esta mañana los vieron remontando la Fila de Mariches.

—¡Ay, Dios! —exclamó Nicolás—. Y yo que había concentrado mis temores sobre la pobre Susanita…

—Está escrito —le respondió bronco y de perfil Pablo Guerrero al irlo a consolar — que los pobres y los negros no pueden ni deben tener mujer bonita, pues ellas son propiedad y botín, como lo es el caballo, el barco y la hacienda.

Semanas más tarde, Susanita siguió los pasos de Bárbara: se marchó con un español avecindado en Nirgua. Fue demasiado para Pablo Guerrero. Cuando su hijo Cupertino, arrasado por el llanto, le dio la noticia, se dio vueltas hacia la pared y dijo con voz débil y compasiva:

—¡Perdóname hijo, por el mal consejo!

Y se murió lentamente sin gritos ni aspavientos.

«¿Qué te dije? —preguntó el Cautivo montado sobre *Bravío*—, los hilos de nuestras vidas ya están tendidos antes de que echemos el primer vagido. Es inútil intentar siquiera cambiarles el rumbo».

No lo escuches, Nicolás —señaló Ledesma—. La fatalidad es la cobardía de los bizarros. Siempre hay una primera mañana. Lucha hijo mío y sal al encuentro de los Preston. De no haber sido por mí, Caracas hubiese quedado sin gloria. No hay muerte ni sacrificio que a nombre de la virtud no siembre vida y esparza dicha.

La deserción de Susanita y Bárbara, más la muerte de Pablo Guerrero, demolió el prestigio de Nicolás. En Caracas —como le refirió con tristeza a Francisco Marín— la derrota de una idea, por justa que ella sea, condena al escarnio y al olvido.

—¿Y qué les parece lo que pasó en el Convento de Nicolás García? —comentaba entre chascarrillos Juan de Ascanio en la tertulia de la Plaza Mayor—. Se le fugaron dos monjas y se le murió el capellán. ¡Ah!, hombre bien pendejo el tal Nicolás García, tratando de ponerle silla de montar a los tigres de esta tierra.

Los asistentes a las tertulias de los jueves se redujeron considerablemente. Al mes ya sólo asistían Ana María, Ruperto y su mujer, y el Adelantado de los Rumores. Cupertino se marchó a La Guayra con su hijo Agapito, instalando su hogar en el viejo almacén frente al mar.

Nicolás intentó proseguir su lucha; pero la gente lo rehuía: disolvía grupos, provocaba silencios y risillas a medio hacer. Hasta la misma Ana María se resentía de la batalla perdida. Francisco Marín, aquella noche en el corredor, mientras Melchorana tejía en silencio, veía las losas del suelo entre abstraído y desengañado.

La noche ha caído. Un olor a fritanga salta de la cocina. Nicolás cabizbajo los observa de soslayo. La sensación de fracaso lo constriñe.

El mal final de Pablo Guerrero y de Cupertino lo aguijoneaba como una muela partida.

—¿Cuánto falta para cenar?

—Pues, quién sabe —responde seca Melchorana sin levantar la vista.

Tenso se levanta de su asiento, infladas sus mejillas de tristeza.

—Voy a dar una vuelta, en un ratico vengo.

La mujer, hosca, lo deja marchar. Ella es también expresión del juicio de Dios y del pensar caribe.

Por la calle oscura llegó hasta el solar donde se construía la iglesia de Altagracia. Al pie de un fanal fumaba un hombre.

—Buenas noches —saludó sin identificar a la silueta.

—Buenas os la dé Dios.

Nicolás tuvo un sobresalto. Ya huía, cuando ante un sesgo reconoció a uno de los guardias florentinos del Gobernador Antes Vera Moscoso.[123]Luego de cenar, Francisco Marín dijo a su amigo:

—Demos un paseo; debo decirte algo. Me regreso con mis peroles y para siempre a España. En este país no se puede vivir. Todo es una guachafita y un relajo. Lo sucedido a los Guerrero me tiene destrozado. En los diez años que pasé fuera aprendí muchas cosas diferentes. La gente de allá no es como la de aquí. Sigue privando la ley del más fuerte, la justicia es una entelequia. La degradación y envilecimiento de la población es una masa poderosa y monolítica que ya está consubstanciada con su ser. Pretender cambiarlo es inútil. Todo el que lo intente será devorado. El mejor maestro de primeras letras no es el catedrático magnifico. Nunca te habrán de entender. Serás sacrificado inútilmente. Se hará de tu fracaso escarmiento. Por los momentos se ríen a tus espaldas. Pronto lo harán de frente. La vida se te hará imposible. Esto no es país para ti. Vende todo. Vente con tu familia a vivir conmigo a España. Nada te hará falta. Aquí perderás tu tiempo. No florece la rosa en el pantano.

Arguyó en contra de lo que decía Francisco Marín de Narvaez; intentó persuadirlo hablándole de deber y sacrificio. Fue inútil, una semana más tarde tomó una fragata que a través de La Habana lo llevara a España:

«Nunca más volveré a este maldito país», —le dijo en el muelle.

—Adiós para siempre, Nicolás. Que Dios te bendiga y proteja.

La partida de su amigo aumentó la desesperanza. Aquella mañana que con el resto del Cabildo espera al Gobernador, carga contra la inmoralidad de las costumbres, apenas el mandatario comunica a los presentes el matrimonio de la Infanta María Teresa con el Rey de Francia.[124].

Los capitulares lo escucharon en silencio y con aire escéptico. Al terminar, el Regidor Decano con aire aburrido preguntó si alguien quería la palabra. Como nadie la reclamó, se dio por concluida la sesión. Nicolás abatido quedó en su silla curul. Capitulares y vecinos chisteaban en corrillos a pocos pasos.

—No sé hasta cuándo Nicolás García —opinaba Juan de Ascanio altisonante— va a continuar hablando maricadas. Cuando se tiene esa cara de lechuzo nadie tiene derecho a hablar de mujeres ni de inmoralidades. No tiene mérito la austeridad en los

pobres. Si Nicolás García hubiese sido un hombre guapo, yo hubiese sido su primer discípulo, pero con esa cara y ese cuerpo, que le dé gracias a Dios, como dice mi esclava Salú, que con tan poco pipí haga tanto pupú. Que cuide mejor a la tal Melchorana es lo que debe hacer, pues le queda más grande que palio a cabo de guerra.

Alcanzó a oírlo. Cabizbajo, se preguntaba, camino de su casa:

«¿Cuánta verdad hay en su acusación? Con excepción de Melchorana, sólo tres mujeres, y con mal final, encontró en su vida. Y no por falta de ardor, pues como llegaba hasta a quejarse su mujer, era bullente, quemante y vivo. Su fracaso amoroso —como lo campaneaba el vinatero— era su físico: feo, canijo, narigudo, de mal color. ¿Si yo hubiese sido hermoso, hubiese sido diferente?».

«No es tanto lo mal hecho que eres —le comentó el Cautivo esa noche— como tu modo de conducirte. Hablas muchas tonterías. ¿A quién, sino a ti, se le ocurre hablarle a una hembra de la vida de los santos, del arte militar o de las Leyes de Indias? Eres temático como un maestrillo. Lento y sin gracia en tu razonar. A las mujeres hay que sorprender. Si tienes la belleza de Picio, revístete de maldad. Un feo tenebroso se hace atractivo. Fíjate en los sátiros de la Hélade. Nadie tiene más éxito con las ninfas que esos viejos ventrudos calvos, con patas de cabra, borrachos como cubas refiriendo cuentos llenos de licencia. ¡Eres una birria, Nicolás García! ¡Birria de cuerpo y alma! ¿O es que te has olvidado de lo que te sucedió en La Habana con Paloma…? Buena que te la hizo».

111. Paloma y los condes de Dabois

Paloma era blanca, de mediana estatura. Con el pelo negrísimo de las andaluzas; la boca carnosa y los ojos grandes. Felipillo, su sirviente, tuvo una bronca e hirió a un corchete. Paloma, acompañada de su madre, dama de noble porte, acudió ante él intercediendo por el fámulo. Le sonrió con intención. Luego de tres requiebros y una súplica dio orden de encarcelarlo. A la semana estaban de amores. A la siguiente fueron sorprendidos por la madre jugando a recién casados. Hubo gritos y promesas. Se habló de honor y reparaciones. Nicolás, engolosinado, fijó esponsales. Diez mil pesos, sus ahorros de trece años, entregó a su suegra para casa y ajuar. Al tercer día, en visita de novio formal, se quedó patitieso. Según los vecinos, Paloma, su madre y Felipillo se embarcaron en la madrugada hacia el Viejo Mundo.

«Entre los que hablamos castellano —díjole esa noche el Cautivo antes de despertar— no hay mayor desventura que el ser cornudo. Es falta de vigor y exceso de tontería: dos males inconmensurables para una nación que tuvo por comadrona la guerra. Astucia y fuerza son los dos brazos del guerrero. Aquél a quien engañe una mujer, es menospreciable como un manco. Y más cuando pretenda, como es tu caso,

decirnos a los que hicimos a España y a las Indias, esto es bueno y aquello es malo. ¡Anda a que te den por el culo, Nicolás García!».

Dentro de cuatro semanas prescribía su exilio. A los cuatro días de aquello, haciéndosele insoportable la chacota de los habaneros, tomó una fragata que iba a La Guayra y se encontró con Melchorana.

¿Y si Melchorana me dejase de amar? —se dijo de pronto con los ojos puestos en el vacío—. Tiene razón Juan de Ascanio. Ella es demasiado guapa. Cada vez la siento y presiento más distante y tensa. No hay alegría en su rostro. Son muchas las veces que la muerde el hastío. Somos una pareja dispareja. Y mi fortuna tan exigua que no suplo con ella mi falta de apostura, ni esta juventud, que al igual que en los pueblos serranos, vive en el eterno otoño.

Cinco salvas de corta causa disparó el Cañón de la Cumbre. Por tres veces se repitieron. La gente detuvo el paso. Resonaron las campanas. El cañón viejo tronó por veintiuna vez.

«El nuevo Gobernador —se dijo Nicolás— está avistado. ¿Qué suerte o destino traerá en sus alforjas?».

En doble fila y con expresión atenta, Regidores y Alcaldes ven el esquife embanderado que del galeón boga hacia el muelle.

Don Pedro Porres, Conde de Dabois y Gobernador de Caracas, pisa tierra.

—¡Presenten armas! —grita el Alférez Mayor.

Es un hombre viejo, alto y pletórico, de expresión serena. Entre los dos alcaldes, seguido por su esposa, damas y regidores, avanza el Capitán General entre un callejón de alabardas.

Nicolás, abstraído con Ruperto Bejarano en animada plática, lo alcanza a ver cuando lo tiene encima. Confuso se arrodilla.

—¡Señor! —dijo a modo de excusa tomando su mano entre las suyas para llevarla a los labios.

—¡Levantaos, por Dios, amigo mío! —dijo cordial—. Os presento a mi esposa, la Condesa de Dabois.

Sin salir del atolondramiento, cegado por el sol, tomó para besar las manos de la Condesa. Saltó brusco apenas tocó aquellos dedos menudos y enjoyados: era Paloma.

—¡Ay! —dijo la novia habanera al desvanecerse.

El Gobernador fuera de si, trataba de reanimarla.

—Llevémosla a la sombra —propuso Nicolás—. Dejadla a solas conmigo, que entiendo de esas cosas.

Le frotó las sienes con un paño húmedo y oloroso. Apenas abrió los ojos le susurró impositivo:

—Por vida de Dios, seguid echada y oíd bien lo que os voy a, decir. Veo —añadió fustigante— que no traéis la menor buena intención para con ese pobre viejo. La

presencia de Felipillo en vuestro cortejo lo dice todo —añadió mirando al falso sirviente—. Voy a dar orden de que arresten de inmediato a vuestro chulo. Su prontuario es tan largo y feo como para llevarlo a la horca.

—No, por Dios —suplicó Paloma—. Haré lo que queráis. Pero no le hagáis daño a Felipillo.

—Ordenadle entonces que retorne en este mismo barco a donde quiera. Y de vos no quiero ni el recuerdo.

A los pocos días de encargarse del Gobierno, Caracas fue tomada por la fiebre amarilla, con un saldo de dos mil muertos. El Conde de Dabóis se granjeó el afecto de los caraqueños por su bondad y diligencia. Tras la epidemia vinieron las viruelas, sucedidas del vómito negro.

Se extinguía la terrible enfermedad, cuando una invasión de langostas vino para sumar el hambre al duelo.

Dabois, sin embargo, logró acrecentar día tras día el aprecio y la admiración de sus gobernados, preguntándose todos cómo un hombre de su fortuna y rango hubiese aceptado ser Gobernador de Caracas. Hizo traer provisiones de La Habana y Santo Domingo de sus propios peculios para calmar el hambre que asolaba a la Provincia. Al año siguiente los piratas pusieron sitio a La Guayra. A pesar de sus años, Porres y Toledo defendió con valor y denuedo la fortaleza.

Paloma, para alegría de Nicolás, quien terminó perdonándola, se transformó en digna esposa: atendiendo a los que sufrían, ayudando a los menesterosos y manteniendo una conducta intachable que atrajo por igual la amistad y simpatía de Ana María y Melchorana, hasta el punto de arriar en beneficio de su presencia la hostilidad que a diario arreciaba entre ellas. Reían por igual Ana María y Melchorana del gracejo andaluz de Paloma, quien hizo pía y remilgosa a la mujer de Nicolás y picaresca a su recia contrincante: la bigotuda varona.

Paloma, para mayor regocijo y sorpresa de Nicolás, se convirtió en abanderada de la lucha contra las malas costumbres.

—Estoy de acuerdo —decía esa tarde en la tertulia del Pez— en la necesidad de acabar con los vicios y las malas costumbres que afean la ciudad.

—Ver para creer —se decía Nicolás—. ¡Grandes son los designios del Señor!

El Conde de Dabois salió de Caracas con lucido cortejo en gira por los pueblos de su gobernación. A instancias de Melchorana y con regateo de su vecina, Paloma se hospedaría en su casa mientras durase la ausencia de su marido.

Las dos mujeres charlaban y reían el día entero. «Parece que la alegría de antes hubiese retornado a mi mujer —se dijo Nicolás—. Hasta el arribo de Paloma, Melchorana estaba harta. ¡Cuán complejos son los caminos del Señor! —volvió a decirse—. Jamás pude imaginarme que una malvada, como lo era, encima de hacerse virtuosa, me devolvería la dicha que ella misma, aviesa y torcidamente, me robó».

A la tercera noche de ser su huésped, Nicolás sintió con angustia rebullírsele viejas pasiones en mitad de la noche. Paloma, luego de dos años, lo había visto durante la cena con ojos diferentes. Algo tenían de miedo, deseo y espera incierta.

—«Hala, ya —le dijo de pronto el Cautivo en medio de la penumbra—. ¿Qué esperas, so babieca? ¿Qué venga a metérsete en la cama? ¿No ves que está chiflada por ti?».

Caviló entre las sombras. Melchorana dormía. Tres habitaciones más allá estaba Paloma. La luna estaba llena. Hacía calor. La *Dama de Noche* apestaba como nunca. Sigiloso se sentó al borde de la cama. Miró de nuevo hacia su mujer: tenía el sueño profundo.

Vacilante avanzó entre los cuartos. Largo rato estuvo parado en el umbral. Palpitaba el corazón. Recordó a Cuba y el caracoleante jadear de la bella andaluza. Hizo un esfuerzo y en un impulso se precipitó dentro. La cama estaba vacía.

Confuso y amedrentado se preguntaba, cuando una voz dijo a sus espaldas:

—¿Qué me quieres, Nicolás, que vienes a mi alcoba como ladrón nocturno?

Paloma sentada en el poyo de la ventana, tenia un rosario en la mano.

—Te quiero a ti, bien lo sabes.

—Ya es muy tarde —dijo incorporándose—. Tú mismo lo quisiste así. Ya no soy la horizontal que conociste. Soy una mujer decente que vive arrepentida.

—Pero…

—No destruyas ahora lo que en mí sembraste. Vuelve a tu cuarto y déjame seguir rezando.

Sobrecogido por la vergüenza, Nicolás retornó a su alcoba.

Melchorana se agitaba inquieta. Un rayo de luna le daba en la cara. Melchorana se movía. Melchorana se agitaba. Su cuerpo reptaba. Sus labios se abrían. Palabras entrecortadas deslizaba. Unas eran de protesta, otras de goce: ¡Déjame! ¡Qué no quiero! Nicolás la sacudió. Melchorana despertó con expresión turbada.

—Un viejo horrible vestido de turco, abusaba de mi.

—¡Maldito seas! —gritó al Cautivo—. ¡Vete a Jerusalem por tierra!

Luego de la noche frustrada, abrió sin reservas su corazón a Paloma. La pelandusca que conoció en La Habana, por cada día que pasaba se perfilaba como una casta y pundonorosa mujer.

Ana María disfrutaba como nadie de sus gracias y picardías, obligándola a hacer el almuerzo en su casa, decidida a disfrutar de su compañía todo el tiempo de ausencia del Gobernador. Los hijos de Ana María, José Juan y Jorge, reían como ella de las ocurrencias de la andaluza y en particular José Juan, robusto y bien parecido mocetón, «que por los vientos que soplan, como decía Paloma con su ceceo, cuando llegue a grande habrá de volverse huracán, arrancando de su tiesto a todas las mozas de la Provincia». El muchacho la miraba con bullicioso desenfado, en tanto que Jorge

la veía a hurtadillas, cegado por las ganas y la timidez.

—¿Y qué le vamos a hacer a Micifuz? —preguntó Paloma acariciándole el pelo —. ¿No tienes novia, Jorgillo?

—¡Dios lo ampare, Paloma! —protestó Ana María— ¡qué no está para esas cosas!

—¿Qué no está? —respondió burlona—. En días pasados lo vi echándole unas miradas a esa mulatilla tan guapa que tienes de doncella, que si hubiese sido esperma, la derrite. ¡Qué fuego, hija de mi alma, el que desprendían sus ojos!

—Déjate de cherchas, mujer. Son unos niños virtuosos que mantienen incólume su preciosa castidad.

Un alarido en la casa del Pez que Escupe el Agua saltó la pared medianera, despertando a Nicolás en medio de la siesta.

—¡Horror! ¡Espanto! ¡Abominación de Satanás! —gritaba Ana María.

A medio vestir y esgrimiendo su pistola, salió al patio del samán. Ana María hipeaba echada en su cama. Jorge en un rincón miraba el suelo con expresión aterrorizada.

—¿Pero, qué es lo que pasa?

—Sorprendí al muy canalla revolcándose con la mulatica en el cuarto de los santos. ¡Dios me ha vuelto a castigar! ¡Es Rodrigo Blanco, su padre redivivo! ¡Es el Águila Dragante quien retorna! ¡Pronto mi casa será un burdel! No habrá negra y mulata en mis haciendas que no conozcan el fierro del amo. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué para tener un hijo así, prefiero muerto!

Jorge, paralizado y tembloroso, dijo: ¡Uuuuuuu! y cayó al suelo derribado por un ataque de alferecía.

Tres días estuvo inconsciente repitiendo las palabras de su madre. Ana María, ni por eso, quebró su severidad, obligándolo a usar cilicio por tres días y ayuno y comunión diaria por otros cuarenta.

—Es demasiado —protestó Nicolás, quien le dedicaba una hora diaria de monsergas a objeto de hacerle ver el crimen que significa que el Amo haga uso de sus siervas.

—Nada es demasiado —le respondieron Melchorana y la esposa del Gobernador — para expulsar de esta casa al demonio de la lujuria.

—Es una lástima que la pobre Ana María siembre tanto mal en sus hijos y en especial en José Juan, un muchacho tan guapo que parece un dios pagano. ¿Te has fijado cuál mira el muy descarado?

—Con ése no hay cuidado de que Ana María se salga con la suya. Que yo sepa, ya se ha raspado a todas las negritas del vecindario. Y tú, ten cuidado, porque en los ojos se le ve que ya no aguanta caerte encima.

—Jesús, mujer. ¡Qué es un niño! Apenas tiene 15 años.

—¡Niño!, ¿y tiene un pipisote así?

Con las campanas de medianoche Paloma despertó con sensación de angustia. Dos ojos rojos la miraban desde el suelo. Absorta en la cola del gato, atravesó la casa de Nicolás, salió por la puerta de Soledad y entró a la casona de Ana María.

En la Fuente del Pez alguien se bañaba bajo la luna.

—¿Tú? —le dijo al despertar en medio del agua.

—Si —le respondió besándola de nuevo.

Ana María y Nicolás, como hacen todas las tardes, platican sobre lo divino y lo humano en el Gran Salón de los Retratos, mientras mordisquean golfios, buñuelos, coquito, cachapas y queso de mano. José Juan con aire contrito entra al salón y sin preámbulos les espeta:

—He decidido abrazar el sacerdocio…

—¡Pero niño…!

—Estoy asqueado de este mundo pecador; quiero apartarme de él y dedicarme a la oración.

Semanas más tarde ingresó al convento de los capuchinos.

—¡Qué varilla! —se dijo Ana María al verlo partir— yo a quien quería de cura era a Jorge y éste para remonta y cría. Pero ¿quién entiende los secretos designios del Señor?

—Amigos míos —dijo el Gobernador a los vecinos principales—. Os tengo una gran noticia.

—¿Qué será? —preguntó el coro.

—Que al Rey de Francia —prosiguió con expresión demencial— le gusta el chocolate.

—¿Y qué hay con esto? —preguntaron a su vez Francisco Mijares, Juan de Ascanio, padre e hijo, Agustín de Herrera y Luis de Bolívar.

—Que si en el mundo se hace lo que dicte Francia y en Francia lo que diga el Rey, es de suponer que el chocolate se pondrá de moda y que por esta vía la fortuna caerá a raudales sobre vuesas mercedes. Fue nuestra Infanta María Teresa —continuó Porres y Toledo— la que al casarse con Luis XIV hace tres años[125]introdujo en la corte de Francia el chocolate.

—¿Será por eso —preguntó Lovera Otáñez— que de un tiempo a esta parte los holandeses han comenzado a comprarnos el cacao antes de la cosecha?

—Por eso mismo, amigo mío. Observad que ya estáis exportando casi 10 000 fanegas a 80 reales. Pero eso no es nada ante la verdadera sorpresa que os tengo. Hace más de diez meses envié a la corte de Francia diez fanegas del cacao de Chuao, donde vuesas mercedes y en particular los Blanco Mijares tienen tan excelentes plantaciones. La persona a quien iba dirigido mi presente está muy cerca del Rey Sol, quien por su intermedio probó el delicioso brebaje. Su Majestad estalló de deleite

apenas aquel chocolate rozó sus labios, declarando, por decreto, que el cacao de Venezuela, y en especial el de Chuao, es el mejor del mundo. Vedlo por vosotros mismos a través de estas cartas:

Y Su Cristianísima Majestad —decía una letra de mujer— *quedó tan a gusto con el chocolate que tuvisteis a bien mandarme, que ordenó de inmediato a Racine, uno de los mejores poetas de la Corte, que lo celebrase en versos…*

Y Su Católica Majestad—decía una cursiva masculina— *os ordena por mi intermedio, que le enviéis quinientas fanegas del cacao de Chuao, con objeto de hacerlo llegar como presente al Rey de Francia…*

—¡Viva Chuao y la Reina María Teresa! —gritó Agustín de Herrera.

—¡Viva! —clamaron todos.

—¡Seremos ricos de aquí en adelante! ¡La fortuna se volcará sobre nosotros! ¡La dicha nos sonríe! —afirmó patético Santiago Liendo.

—No lo deis por cierto, querido amigo —observó socarrón Nicolás García—. La dicha no siempre se acrecienta con la fortuna. Debemos prepararnos espiritualmente para ser ricos.

—Bah —observó Juan de Ascanio, el Viejo—, tú siempre con tus pavosidades. ¿Cuándo has visto tú a un rico triste?

El último año del mandato de Porres y Toledo[126]se tradujo, como bien lo había supuesto, en grandes ingresos para la Provincia, aunque oficialmente las 10 000 fanegas de los años anteriores se redujesen a menos de 1 500. Los holandeses de Curazao en vez de 80 reales, lo pagaban a 240.

—La codicia rompe el saco —dijo Nicolás a los municipales—. Por lerdos que sean el Rey y el Gobernador, no se van a comer el trazo de que en el momento en que la demanda de nuestro cacao aumenta, la producción se reduce en 4/5 partes.

—Bah —volvió a replicarle Juan de Ascanio con el apoyo de los Ibarra y de los Liendo.

—No, mis amigos —replicó Nicolás—, no creáis que de aquí en adelante haréis lo que a vosotros os venga en ganas. Poderoso caballero es don dinero y si tras él va el ladrón, no muy lejos sigue sus pasos el juez y el alguacil.

Ese año se fundó el Seminario con teología, filosofía y gramática. Nicolás García fue elegido por unanimidad, Catedrático de Filosofía, y José Juan, ya con un año de claustro, sorbió sus enseñanzas con el oído sediento.

A propuesta de Nicolás, el Cabildo en pleno, lo que no había sucedido jamás, dirigió una solicitud al Rey pidiéndole que prolongase por otros periodos el mandato de Porres y Toledo.

En octubre, para desdicha de todos, llegó una carta de la única hija del Conde de Dabois en su primer matrimonio: había quedado viuda recientemente, contaba los

días que faltaban para el retorno de su padre y de su amantísima esposa Paloma, a quien estaba ansiosa por conocer.

Una semana antes de la partida, el Conde de Dabois fue de casa en casa despidiéndose de sus amigos.

Ana María rodeada de sus hijos, lloró amargamente al despedirlos. Jorge, a los diecisiete años, seguía tan feúcho y tímido como siempre. José Juan, de seminarista, le besó la mano a Paloma con los ojos bajos. Matilde, ya de novia con uno de los hijos de Manuel Felipe Tovar, le hizo una genuflexión de corte.

Nicolás García al despedirse, la vio a los ojos y le dijo sentidamente:

—Gracias por haberme enseñado algo.

Paloma bajó los ojos y siguió de largo. Al pasar junto a la fuente, el Pez comenzó a pitar con furia ululante. Y se sacudió con tal vigor, que de no haber estado sujeto a la base hubiese saltado como un róbalo.

Todos se estremecieron y se persignaron al verlo teñir el chorro de rojo escarlata.

112. Pide cacao, el Rey

El 20 de diciembre Garci González de León, Gobernador de Provincia llamó a los capitulares con urgencia: tenía algo grave que comunicarles. Con aire contrito les informó que Don Manuel de Porres y Toledo, Conde de Dabois, había muerto víctima de una tragedia. Al mes de haber llegado a su castillo de Onarra, su gentil esposa, la inolvidable Paloma, había sido cruelmente asesinada de veinte puñaladas, apareciendo su cuerpo al descampado. El Conde, no pudiendo resistir tan cruel sufrimiento, entregó su alma al Creador tres meses después de tan desventurado suceso. González de León mostró a los presentes la carta que el Cabildo de Caracas enviaba en participación mortuoria a la hija y heredera del finado: Ana, Condesa de Villiers. Otra carta reabierta por González de León, hablaba de un terrible vampiro aparecido en los predios del antiguo Gobernador de Caracas.

—Desde el Conde de Dabois —referíale esa tarde Jorge Blanco a Don Feliciano Palacios— comenzó la era del cacao que hoy nos tiene en tal difícil situación.

El cacao puso a nuestra provincia a valer; pero como en todo, a una ventaja sobrevino una dificultad, una presencia a una ausencia, un mal a un bien.

El chocolate hizo de Caracas, una de las provincias más prósperas del Imperio. De seis mil y pico de fanegas que exportábamos en tiempos del Gobernador Porres y Toledo, habíamos duplicado la cifra hacia 1678, año en que viajé por primera vez a España. Nuestros ingresos, por concepto de exportar cacao a México, eran de 4 000 000 de reales. Nuestras modestas casas se refaccionaron con lujo. Se trajeron finos muebles de España y numerosos artesanos se trasladaron a nuestro país en busca de fortuna. En esos años terminamos de empedrar las calles del centro; fundamos el

Seminario Tridentino; se construyó el Cuartel San Carlos y se dotó a La Guayra y al camino de los Castillitos de las defensas requeridas.

En sociedad con el marqués de Mijares, mi familia llegó a tener hasta once barcos para llevar el cacao a Veracruz y también a Curazao, por debajo de cuerda.

El enriquecimiento de los vecinos muy principales, pobres como ratas, aunado a la omnipotencia que por comodidad permitieron los reyes, hizo de ellos unos ensoberbecidos y arbitrarios, como no se dieron nunca en España durante el medioevo. La autoridad de los gobernadores no contaba para nada. Los Veinte Amos del Valle eran pequeños reyezuelos que hacían en toda la Provincia lo que les daba la perra gana, aparte ser soberbios y desconsiderados. Sus siervos eran menos que animales.

Al igual que en los primeros tiempos de la conquista, disponían de las mujeres ajenas, cual si fuesen cosa propia. De aquel hacer y deshacer hijos vino una orgía multicolor, que si las leyes de Indias trataron erróneamente de acuartelar, los Amos del Valle llevados de una extraña soberbia llevaron a los extremos más increíbles. Ello fue debido, a mi entender, a las humillaciones que por más de un siglo les hicieron las águilas chulas.

Con el auge del cacao y de nuestra riqueza dos males se produjeron: el incremento de los ataques piratas en un principio y un enfrentamiento severo con la corona, como lo que estamos padeciendo en estos días con el Gobernador Portales y Meneses.[127]El año de la muerte de Su Majestad Felipe IV[128]los franceses tomaron a Maracaibo y Gibraltar. Desde entonces nos cogieron de piñata. Al año siguiente y el que sigue, los de La Tortuga y el olonés, cayeron nuevamente sobre la ciudad del Lago, que en ese entonces era parte de la Provincia de Venezuela. Cuando una delegación del Cabildo viajó a la corte a fin de solicitar mayor protección, respondieron que nos las arreglásemos como pudiésemos. Finalmente, y luego de mucho rogar, accedieron a enviarnos tres pesados galeones, La Flota de Barlovento, siempre y cuando la costeásemos de nuestro peculio.

En el 68, Henry Morgan, luego de poner sitio a La Guayra, tomó a Puerto Cabello. Hizo otro tanto con Trujillo. A finales de 1670 la Sociedad Filibustera reorganizada por Morgan era tan poderosa que llegó a saquear a Panamá, la inexpugnable. A causa de los piratas vivíamos en la zozobra. Y como la necesidad tiene cara de hereje, terminamos por aprender a defendernos, lo que ha dado lugar a esa pericia militar, que si todos encomian, yo veo como raíz de muchos y largos males.

El cacao venezolano hacia los tiempos en que se construía el Cuartel San Marcos[129]comenzó a sufrir una seria competencia por parte del guayaquileño, que si era de muy inferior calidad, era mucho más barato.

Un año antes de fundarse Maiquetía,[130]habíamos obtenido del Rey el privilegio

de monopolizar la importación mexicana de cacao. Tanto el Virrey como los comerciantes hicieron caso omiso de la real prohibición y continuaron en su ruinoso tráfico con Guayaquil.

En 1678 la situación financiera era para nosotros tan irregular que, por orden del Cabildo, varios principales viajamos a España para presentar nuestras quejas al Rey.

Jorge Blanco, Herrera y Mijares fueron recibidos al día siguiente de llegar a Madrid por el padre Reluz, confesor del Rey, hombre de aguda inteligencia y proporcional simpatía.

—Descuidad, amigos —respondió con aire apacible tan pronto quedó enterado del problema—. El cacao venezolano, y en particular el de Chuao, no sólo es el preferido de Su Majestad, sino del mismo Rey Luis XIV, hasta el punto que son más de cuatro los mensajeros especiales enviados a nuestro Rey suplicándole le envíe algunos sacos del precioso fruto que el Señor ha querido se den en vuestras propiedades.

Y levantando la humeante taza del aromático brebaje, añadió:

—Mañana mismo informaré a Su Majestad y a Su Consejero, Don Juan de Austria, que como bien sabéis es hijo bastardo del finado Rey Felipe IV.

Sin ocultar la antipatía que sentía por el bastardo, añadió:

—Es un tipo de cuidado y muy afrancesado.

Luego de tomar otro sorbo de chocolate, dijo con timbre de acierto:

—Y para ir sobre seguro hablaré también con Don Diego de Baños y Sotomayor, predicador de Su Majestad y canónigo de Cuenca.

Diego Baños y Sotomayor dijo a Jorge luego de un largo coloquio:

—Nunca hasta la fecha había conocido a un hombre nativo de las Indias que a vuestra edad tuviese de ellas ideas tan claras y precisas. No os auguramos éxito, sin embargo, mi querido amigo. Vuestra mayor dificultad serán vuestros compatriotas y las personas con los que habréis de compartir la ducción. Estáis demasiado lejos de lo que para ellos es el problema y la solución. No os entenderán nunca.

—Ya lo he sufrido, al igual que mi padre espiritual, Don Nicolás García de la Madriz —respondió Jorge entre cohibido y jubiloso por el halago.

—No creáis que aquí las cosas son muy diferentes. Los que conducen a España, y entre ellos Don Juan de Austria, no están a la altura del momento histórico. El país se sumerge en la decadencia. El Rey de Francia, en la práctica, lo es de España. La corrupción administrativa, la sed de lucro y la ignorancia jaquetona y suficiente nos llevará indefectiblemente a la ruina. El Imperio toca a su fin.

Fray Antonio Reluz advirtió que faltaba poco para ser recibidos en audiencia por el joven Rey Carlos II.[131]Jorge sentía gran admiración por el Monarca y su férreo ascetismo.

—Hay gobernantes —decía Jorge camino de la audiencia— que ante la vista de

una mujer hermosa son capaces de llegar a los extremos más increíbles. De ahí la importancia que insospechadamente adquieren en política los trotaconventos.

Fray Antonio Reluz y Don Diego Baños estallaron de risa.

—¿Qué os pasa? —preguntó amoscado—. ¿De qué os reís?

—Nuestra Sacra y Cesárea Majestad —dijo Fray Antonio Reluz— por obra del Maligno, dista mucho de ser quien os imagináis. Nació enfermo y malenconioso. Su inteligencia no es mayor que la de un niño. Sufre de alferecía y sus compañeros son enanos y frailes de los más torpes que existen. Por más que tenga diecisiete años bien cumplidos, es Rey en apariencia. Su madre, Doña Mariana de Austria y Don Juan de Austria, su medio hermano, son los que a partes iguales y en eterna disputa, gobiernan. El problema de España, antes que la castidad del Rey, es por el contrario su ausencia de apetitos. De lo que se infiere que a menos que medie un milagro, la Casa de Austria quedará acéfala y subirá al trono Luis XIV de Francia que, por esposo de su hermana María Teresa, es su más próximo heredero. Veréis ahora la pesadumbre que tenemos todos.

—La reina madre —señaló el canónigo— anhela casar a nuestro Rey con una princesa austríaca; en tanto que Don Juan de Austria quiere que sea con María Luisa de Orléans, sobrina del Rey de Francia y disoluta como ella sola. Tenemos noticias de que el Rey Sol le hizo coser el virgo luego de hacerla folgar a sus anchas y verificar que es tan estéril como una mula para engendrar hijos.

—¡Callad, por Dios, que ya llegamos! —exclamó Fray Antonio Reluz a pocos pasos de un espacioso salón abarrotado de cortesanos.

Jorge, asombrado del lujo de la estancia y del atuendo de la gente, mira y remira incansable de un lado a otro. En las sillas de enfrente, Herrera y Mijares, no menos asombrados, le expresan su asombro con ojos y dedos.

Más de dos horas llevan de espera. «La puntualidad es la cortesía de los reyes» —le recuerda el canónigo ante una leve señal de impaciencia por el crecido número de personas que esperan audiencia, pavoneándose entre lujosos trajes y con gentil prestancia.

La puerta que da al vestíbulo se abre bruscamente. Un caballero ricamente ataviado sale por ella. A su paso todos se ponen de pie y se inclinan con reverencia.

—¡Es el Duque de Alba! —susurra Fray Reluz—. Varias veces Grande de España. Mi candidato a Rey por españolazo y por machazo.

Una mujer de un rubio rutilante, suntuosamente trajeada, entra al salón en sentido contrario. Los ojos del Duque se iluminan de alegría. Haciendo caso omiso de los presentes le estampó un ruidoso beso en la mejilla.

—¿Pero mujer, de dónde sales?

—Llegué hace dos días de Francia —respondió cristalina.

—Es la Condesa Ana de Villiers, señora Feudal de Onarra, dama de compañía en

un tiempo de la Princesa María Teresa, Reina de Francia. Su padre fue Gobernador de Venezuela, Don Pedro Porres y Toledo…

—¿El Conde de Dabois? —exclamó Jorge, casi sin creerlo.

Fue muy querido en Caracas, al igual que su esposa Paloma. Trágico fin el de la condesa… ¿Sabíais algo sobre lo sucedido?

—Esa es una tía de marras —añadió Fray Reluz sin responderle—. Espía del Rey de Francia y manceba del Bastardo, que la envió en delegación a Francia hace pocos meses con objeto de ultimar los detalles del matrimonio con la pérfida María Luisa.

La condesita luego de cambiar zalemas con el de Alba, entró sin vacilar al despacho de Don Juan de Austria.

—Dime ahora, ¿cómo está nuestro hijo Juanico? —pregunta el Bastardo a la condesita.

—Hecho todo un hombre. Lástima que no pueda llamarlo hijo, ni llevar tu nombre ni el mío.

El rostro de Don Juan se torna levemente sombrío.

Fue hace veinte años. Venia de Francia de ultimar el matrimonio de su hermana con Luis XIV. A su paso por Onarra decidió alojarse en el Castillo del Conde de Dabois. Ana, que en ese entonces era una chiquilla, se enamoró de él perdidamente. De aquel impetuoso encuentro salió embarazada sin que pudieran matrimoniar por razones de estado. El Conde de Dabois, viudo en aquel entonces, amaba con efusión a su única hija. Don Juan asomó la posibilidad de que la condesita acompañase a Francia a la futura Reina María Teresa como dama de honor. En medio de la charla y del chocolate salió a relucir la remota e ignorada Venezuela. Por su pobreza era difícil encontrar hombres de valía para gobernarla.

—Y el caso es —observó el Bastardo— que por razones tácticas es indispensable ordenar a tal Provincia, a la cual holandeses e ingleses ambicionan por su importancia estratégica. Si Venezuela cae en manos de otra potencia, la seguridad de España en el Caribe está amenazada.

—Pues yo os hago una propuesta concreta, señor Don Juan —dijo súbitamente el conde—. Si mi hija es aceptada como dama de compañía de la Infanta, estoy decidido a ser el Capitán General que Su Majestad quiere para esa Provincia.

—¡Señor! —respondió sorprendido Don Juan—. Un hombre de vuestra importancia, Gentilhombre de la Copa del Rey, Caballero de Santiago, Conde de Dabois, Señor de Onarra…

—Vizconde de Booyo —prosiguió sonriendo el conde arrebatándole la palabra—. Señor de Villanueva, Conde de la Torre, Marqués de Temeroso…

—Que aceptéis en ser Gobernador y Capitán General de la más pobre Provincia del Imperio… es el más grande tributo de amor que súbdito alguno le haya ofrecido a mi real padre.

A las tres semanas llegó la respuesta de Felipe IV. Don Pedro debería embarcarse de inmediato para Venezuela y Ana a la corte.

A comienzos de marzo[132]padre e hija se despidieron a las puertas del Palacio Real. A mediados de mes, el conde de Dabois llegó a Cádiz para embarcar. En la misma fonda donde se alojó, conoció a Paloma en su nuevo papel de «rica viuda inconsolable de paso hacia sus posesiones de Jerez de la Frontera». El Conde otoñal sucumbió a sus encantos, ofreciéndole, en un arrebato hacerla Gobernadora de Venezuela.

La condesita se las vio negras para ocultar su embarazo en la corte. A los seis meses solicitó dispensa para trasladarse a Onarra. Con la ayuda de su aya, una recia vasca, casada con un marino de apellido Aristeguieta, parió un varón, a quien se hizo pasar por hijo del aya y de su marido. Fue desquiciante para la condesita separarse de su hijo.

La vida disipada que llevó en Francia, la doble pena que arrastraba por la pérdida del hijo y de Don Juan, sus excesos amatorios y alcohólicos, redondearon la locura sensata que la rondaba y que estalló depredatoria y fustigante apenas retornó a Onarra y vio de nuevo a su hijo. Los Aristeguieta se negaron en redondo a que Juanico, salvo uno que otro día, se fuese a vivir al castillo con su madrina, como lo reclamaba la condesita. Harta ya de tenerlo a cuenta gotas, decidió, valida de un bebedizo, salir de los enojosos padres adoptivos. Como madrina amorosa que era, y huérfano el niño, se lo llevó de una vez consigo dándole trato de madre con el rango y educación que había de merecer.

Don Juan de Austria pregunta:

—¿Y qué hace Juanico?

—Lleva dos años de subteniente en la frontera. A ver si haces valer tus artes y lo trasladas a la Corte, y en especial ahora que pienso instalarme en ella junto con nuestra amada María Luisa.

—El pobre Juanico… —comentó el bastardo.

Antes de marcharse dijo Ana:

—A propósito, Su Majestad Luis XIV te ruega le envíes a la mayor brevedad cacao de Chuao. Se desvive por él. ¿Te acuerdas que fui yo quien se lo di a probar cuando mi padre gobernaba en Venezuela?

—¡Qué casualidad! —exclamó Don Juan de Austria—. Afuera, precisamente, espera una delegación de Caracas, entre los que está el dueño de las famosas plantaciones.

Y como ya se marchaba gritó al ujier:

—¡Qué pasen de inmediato Don Jorge Blanco y Mijares y sus acompañantes!

Jorge y sus compañeros iban presos de viva emoción camino del salón del trono. Pero mayor impresión sintieron cuando Carlos II, Rey de España y Emperador de las

Indias apareció de pronto al abrirse el inmenso portal. Los caraqueños antes de arrodillarse, dieron un paso atrás, abatidos por la sorpresa.

¡Su Cesárea, Católica, e Imperial Majestad! más que enteco y canijo, era un enano monstruoso. Tenia el cráneo puntiagudo; la quijada prominente; entreabierta la boca por no encajar las dos filas de su dentadura. La mirada privada de luz. La voz chillona e infantil.

Luego de las presentaciones y actos de acatamiento, Jorge, a nombre del Cabildo, expuso el problema que aquejaba a su provincia con motivo del cacao guayaquileño.

El Rey, mientras hablaba, lo miraba con aire ausente. De pronto se enderezó en el trono. Se inclinó hacia adelante. Puso la mirada rígida. Abrió la boca.

—¡Le va a dar, le va a dar! —gritó desconsolada una mujer alta y gorda, la Condesa de Terranova, aya del Rey.

Jorge Blanco saltándose la etiqueta, de un salto hizo oler a Su Majestad un frasco de olor rancio que usaba para cortar los ataques de epilepsia. Carlos II dio un respingo. Movió de nuevo los ojos. Retornó el color a la cara. Y con él una sonrisa.

—¡Cuán maravillosa es esa pócima que tienes contigo! —le observó risueño a Jorge, disolviéndose de inmediato las caras agrias que lo envolvían por haber tocado a Su Majestad.

Jorge dio cuenta al Rey de padecer su mismo mal. Simpatizaron, intercambiando impresiones por largo rato sobre la enfermedad que aquejaba al súbdito y al Monarca.

El mal en común dio buenos frutos:

Un decreto del Virrey de México, que afectaba con grave arancel al cacao venezolano, fue derogado; se ratificó el monopolio de Venezuela en la importación cacaotera de México y por último, para desgravar a los caraqueños de la gran flota de Barlovento: Mérida y Maracaibo pasaron a ser jurisdicción de la Nueva Granada.[133]

—¡Bravo, bravo! —clamaron Herrera y Mijares—. Salimos de los maracuchos y de los andinos de un solo lepe. ¡Viva Carlos II! ¡Viva la alferecía!

Jorge permaneció en Madrid hasta el matrimonio de Carlos II con la princesa María Luisa de Orléans,[134]intimando su amistad con Fray Reluz y el canónigo de Cuenca.

La nueva reina de España estaba pronta a entrar en Madrid. Meses atrás se hacían los preparativos. En la Plaza Mayor se erigían tribunas. Se haría un auto de fe el mismo día de su arribo a la capital: diecinueve herejes serían quemados vivos en honor del Rey y de su real consorte.

Súbitamente Don Juan de Austria, en la flor de la vida, como cantaban los ciegos, amaneció muerto. El rumor atribuyó al veneno y a la reina madre la muerte del bastardo, con objeto de recuperar el poder que se había llevado el matrimonio con la sobrina de Luis XIV.

—El trono se le aleja de nuevo al Rey de los franceses —comentaba Fray

Antonio a Jorge—, ¿pero por cuánto tiempo? Lo que prende en una ribera suele darse en la otra. Los venenos están a la orden del día y no creo que el Rey Sol tenga la paciencia suficiente para esperar que a Carlos II lo llame a su presencia el Creador.

—Pero ¿estáis seguro de que Don Juan fue envenenado? —preguntó Jorge con alarma—. ¿No tomaba acaso su triaca o sus polvos de unicornio, como los preconiza el doctor Laguna?

—Ay, mi querido Jorge. Las vías del veneno son tan infinitas que básteme deciros que son innumerables los muertos egregios que fueron envenenados por el aliento de bellas doncellas a quienes desde niñas alimentaron con sales de aconio. Si a esto añadís la brujería, que está tomando posesión del mundo, y la corte de brujos y hechiceros que siempre han tenido a mano los reyes de Francia, no me hago ningún tipo de ilusión sobre el destino de mi patria y de mi rey. Mucho nos critican los extraños el poder del Santo Oficio. De no haber sido por él, es muy probable que España ya no existiera, pues todas las potencias infernales se han coaligado contra ella.

Jorge contuvo una expresión temerosa. Lo que afirmaba el sacerdote coincidía con una carta de Ana María, su madre, donde le refería cosas espantables sucedidas en Caracas, que hablaban de la participación del demonio y de poderosas brujas.

María Luisa de Orléans tenía los ojos grandes y rasgados, la boca carnosa, el cuello alto y largas las crinejas. Se veía hermosa en su palco de la Plaza Mayor, el día de la quema de los herejes. Ana, Condesa de Villiers y señora de Onarra, cubría sus espaldas. Jorge, absorto, la contemplaba.

—No creo que dure mucho en la corte —musitó Fray Antonio—. A su Majestad no le gusta del todo y a la Terranova le da piquiña de sólo verla. Ojalá Su Majestad recupere su potencia sexual con esta quema. Es cosa buena para los príncipes víctimas de un hechizo.

En vísperas de retornar a Venezuela, Don Diego de Baños y Sotomayor, el predicador real, llamó a Jorge:

—Dos propuestas os tengo de parte de Su Majestad y una noticia por parte mía, que estoy seguro será de vuestro agrado. Por Real Mandato se os confiere el cargo de Regidor Perpetuo de la Ciudad de Caracas para que veléis por la integridad política de la provincia. Por la otra, seréis Oficial Mayor del Santo Oficio para que defendáis la fe, como los nuevos tiempos lo exigen.

Jorge, boquiabierto, sonrió agradecido.

—Y en lo que a mi respecta, me place deciros que he sido designado Obispo de Santa Marta.[135]

¿Quién hubiese pensado? —se dice Jorge luego de sobreponerse al enfado que le produjo la lectura de La Historia de Oviedo Baños— que este mozuelo con pretensiones de historiador seria sobrino de tan grande y querido amigo, a quien Dios

me dio la dicha de verlo llegar cuatro años más tarde, como Obispo de Venezuela. En 1689 murió la reina María Luisa, y dicen que envenenada. El pobre Carlos II casó con una princesa alemana que le salió tan estéril y casquivana como la otra y finalmente en 1700 murió el último de los Habsburgo. Luis XIV se salió con la suya al coronar rey de España a su nieto Felipe V. El nuevo Rey, desde que se arrellanó en el trono de San Fernando, no ha hecho sino promover conflictos. Trata de reducirnos de provincia a colonia, con todo lo que de injurioso y dañino presupone para hombres como nosotros, que nos hemos sentido siempre españoles de alma, cuerpo y corazón. De continuar esta política expoliadora y desdeñosa, dentro de muy poco nos vamos a encontrar en un peligroso enfrentamiento que puede dar al traste con la dominación española en esta parte de América.

«Mi padre previo todo esto» —se dice Martín Esteban arriba de Corre Largo cuando alcanza a ver la casa de La Marrón.

—¡Qué viva el General Martín Esteban de Blanco y Blanco! —grita un criollo del estado llano—. ¡Abajo los vascos!

El Gran Amo del Valle sesga el perfil y sacude la mano izquierda sin apartar su recuerdo.

«Ya lleva veinticuatro años de muerto y empero no ser partidario de rebeliones, solía decirle a los españoles que de no tener más cuidado, graves problemas habrían de darle cara en el futuro. Pues así no se trata a los descendientes de los que por España hicieron suyas estas tierras».

Más allá del Anauco se elevan banderas de humo. Los cañoncitos continúan su perorata con el cañón viejo. La gente detiene el paso y mira desconcertada. «¿Qué va a pasar?» —preguntan en silencio bocas y ojos.

Tras un postigo entreabierto Ño Cacaseno lo ve pasar.

—¡Ahí va el hombre! —dice a sus contertulios.

—¡No se los decía yo! —exclama jubiloso el Gobernador Castellanos—. Cayó mansito el zorro de mis gallinas.

Martín Esteban prosigue calle abajo. Juan Manuel Herrera le sale al paso.

—Pero ¿tú como que estás loco? ¿A dónde vas armado hasta los dientes?

El Gran Amo del Valle le dirige una sonrisa. Sabe que, al igual que Jorge Blanco, no es partidario de las soluciones violentas.

—Por ahí —responde evasivo y burlón—, voy a dar un paseíto.

—¡Cuidado si te vas a meter con ese isleño alzado! Eso es una locura.

Una mujer gruesa con un chico de unos diez años, se asomaba a una de las ventanas de la gran casa de la esquina.

«¡Genoveva! —se dijo—. ¿Cuántos años han pasado sin vernos, a pesar de ser casi vecinos? Genoveva, Antonia, Mojón de a Ocho, la negra Salustia. ¡Qué de gente! ¡Qué de caras! Van y vienen los recuerdos. Y pensar que todo comenzó por aquella

pendejada de echarme al pico a la madre de Genoveva. Mi padre fue víctima de gran turbación al saberlo. A partir de ese instante la dicha desapareció de su vida para siempre, llevándolo a la tumba a los pocos meses».

—¡Ay, Dios! —gemía Jorge Blanco aquella mañana en que Ño Cacaseno lo enteró de que su hijo andaba de picos pardos con aquellas zambas desfachatadas.

Siempre tuve miedo a las mujeres. Desde aquella vez que aconteció lo que pasó con la mulatica primorosa, como la llamaba Paloma, renuncié por amor a mi madre o por miedo a ella a toda manifestación de lujuria. Aquel miedo irracional encontró sustento y doctrina en Don Nicolás y si las últimas razones tienen sus raíces en el miedo o en el deseo, cuando la fuerza de la gana encuentra la palabra suficiente para hacernos creer que lo abismal y deleznable es obra de la elevación espiritual donde se juntan la picazón con las ganas de rascarse.

Don Nicolás era un místico, un ascético de gran poder persuasivo que canalizó y reforzó el morboso espanto que me producían las hembras.

Don Nicolás, sin duda, era un hombre extraño, lleno de recovecos y complejos secretos que para su fortuna quedarán en el olvido. Y al saberlos con la luz del entendimiento me sentí más libre de las cadenas que con mi madre me impuso, pero a la hora de actuar estaba tan aprisionado como al principio.

Un arrendajo canta en el patio del samán. La alcoba que alguna vez fuese la matrimonial de Nicolás y Melchorana es parte del inmenso despacho del Regidor Decano.

Con la barbilla entre las manos se deja ir en lontananza. Dieciocho años tenía cuando llegó a Caracas la noticia trágica de la muerte de Paloma, y de su marido el Conde, meses después. A Nicolás le afectó mucho la noticia. Nunca hasta entonces lo había visto llorar. Recuerdo que por muchos días se la pasó como perro sin dueño dando largos paseos alrededor de la ciudad.

113. Domingo Marcelino y el insólito funeral

Ya el sol se apaga cuando Nicolás García desciende la cuesta del Calvario donde le gusta subirse todas las tardes a ver el véspero caer sobre la ciudad.

Caviloso piensa en las últimas noticias sobre el saqueo que una vez más los piratas han hecho de Maracaibo y Gibraltar.[136]

Son infatigables los enemigos de España, —se decía mirando hacia la ciudad.

—Psst —sisearon a su espalda. Nicolás se volvió en guardia. Un hombre de unos treinta años, tez cobriza, ojos verdes y buen plantaje, lo miraba sonriente.

—¿Es que ya no reconocéis a los viejos amigos? —preguntó reticente y confianzudo.

El rostro le era familiar. Había visto esos ojos en otra parte. Eran los de alguien muy conocido. ¿Quién era?

—Soy vuestro sobrino, Domingo Marcelino —dijo al fin el desconocido—, el hijo de Bicoco y Marcela, vuestra hermana.

—¡Muchacho! —exclamó Nicolás preso de un vértigo.

—A los dos años de haberos partido vos de La Guadalupe —dijo el inesperado sobrino, luego de ascender nuevamente la cuesta del Calvario— murió mi padre. Uno de mis hermanos, habido en una india caribe, se negó a reconocerme como heredero. Mi madre, tías, hermanos y sobrinos, fueron asesinados. Escapé a través de las montañas. Al otro extremo de la isla fondeaba un corsario al servicio de vuestro amigo Guillermo Penn. Por seis años he vivido en Jamaica bajo su protección. Desde siempre mi madre y mis tías me educaron en la fe cristiana y enseñáronme el castellano.

Durante estos años —dijo de pronto cambiando al tuteo— completé mi formación; soy marino y contador. Sólo quiero vivir cristianamente en la patria de mis padres y de mis abuelos. ¿Me ayudarás?

—Tú serás —dijo Nicolás, luego de cavilar en silencio— el hijo del capitán español Domingo Rodríguez y de mi hermana Marcela, a quien rescató cuando los caribes la conducían a Guadalupe. Detesto mentir, pero de no dar con una coartada te hallarás en dificultades. Ser hijo de un cacique caribe no es ningún blasón. De modo que olvídate de la Guadalupe. El extraño acento que encierra tu lengua será debido a tu largo cautiverio en Jamaica. Dime ahora, ¿y cómo llegaste a Venezuela?

—Me escapé del corsario inglés que tomaba agua, anoche, cerca de Los Caracas.

—Diremos que llegaste en el barco que trajo la correspondencia y que acaba de zarpar.

La llegada del hijo de Marcela fue recibida con alegría.

Melchorana, emocionada, corrió a casa de Ana María a darle la noticia. Al instante se presentó sacudiente y gozosa con sus cuatro hijos. Jorge, quien tenia dieciocho años, corrió a casa de los principales a darles la buena nueva. Ruperto Bejarano se presentó acompañado de Secundina. Adalberto «el Adelantado de los Rumores», de asomarse y darle un vistazo al sobrino, corrió por las calles como una lagartija, voceando la noticia de portón en portón. A la hora de haber llegado, la casa estaba de bote en bote.

Domingo Marcelino causó buena impresión a los caraqueños. Era vivaz, chispeante y bien enterado. A raíz de la fundación de Port Royal en Jamaica —dijo— se había despoblado La Tortuga.[137]El cacao se vende en Europa a razón de cuatrocientos reales la fanega.

—¡Cuatrocientos reales! —exclamó sorprendido el coro—. ¿Y por que nosotros lo vendemos a 160?

El hijo de Bicoco en medio de la charla sintió agudo escozor en la frente. Melchorana lo miraba centelleante.

Los visitantes continuaban llegando. Luis de Bolívar, chispeado y alegre, voceó el nacimiento de su hijo. Se llamaría Juan: Juan de Bolívar y Villegas.[138]

Ana María, quien compartía con Melchorana la anfitrionía de pronto empalideció: Juan de Ascanio, acompañado de su mujer, acababa de entrar seguido por Salú, la negra tortuguera…

—Te la traje —dijo la de Ascanio— para que te eche una mano en esta baraúnda que te ha caído de repente.

—Buena falta que me hace —agradeció Melchorana dirigiéndole una sonrisa bondadosa a la que todavía seguía siendo una hermosa esclava.

A los cuarenta años conservaba galana la figura, duras las carnes y la sonrisa blanca.

—Yo no me explico cómo la gafa ésta —ronroneó Ana María— no se da cuenta de que el sinvergüenza de Juan de Ascanio la tiene de cocihembra.

—Amita lind —dijo Salú dirigiéndose a Melchorana—. ¿Quiré tú te hag un brebaje sabró pa' gent tan importan?

—Ay, sí, Salú. ¿Y cuándo es que me vas a leer la suerte?

—Ya ta leí. Suert tú cambiá ahora mism —y sin decir más se alejó hacia la cocina.

Salú, auxiliada por cuatro esclavos, distribuía entre los invitados los vasos de un extraño licor.

—¡Ay, Salú! ¡Pero qué rico es esto! —exclamó Melchorana al probarlo—. ¿Y cómo se llama?

—Amor sabró —respondió la esclava mirando con plena intención a Domingo Marcelino que estaba a su lado—. E mi regal por tan boní y sabros sobrin.

Melchorana y Domingo Marcelino rieron de las palabras de Salú y por tercera vez se cruzaron las miradas.

A la medianoche Domingo Marcelino despertó con un sentimiento de espanto. Dos ojos rojos lo miraban desde el suelo. Embelesado se incorporó del lecho. El gato salió al patio. Domingo Marcelino siguió tras él. Atravesó el segundo patio, llegó hasta la puerta que separaba la casa de Ana María de la de Nicolás García. Traspusieron el portal. El gato de los ojos rojos, seguido por Domingo Marcelino, cruzó el largo caserón de Ana María. Domingo Marcelino siguió tras él. Al llegar a la Fuente el gato dio un salto al medio de la pileta. La negra espectral se perfiló en la noche. Domingo Marcelino corrió hacia ella y se dejó acariciar.

En medio del forcejeo el gato que se hizo negra se le volvió Melchorana.

En el desayuno la observó silenciosa. El gato de los ojos rojos la llevó también a la fuente y le hizo cumplida entrega de Domingo Marcelino.

Con excepción de un velero, Domingo Marcelino se negó a aceptar otros bienes patrimoniales. En menos de un año se granjeó el aprecio y confianza de los principales. Se encontraba de paso en Maracaibo cuando Henry Morgan puso sitio y saqueó a la ciudad.[139]Su valor y abnegación fueron comentados tanto por el Teniente Gobernador como por todos los vecinos. Al año siguiente cuando los temibles piratas Miguel el Vasco y el Olonés vuelven a saquear la ciudad, goza de tanto prestigio que es nombrado Regidor.

Como su fortuna crece y las visitas de gato continúanse repitiendo, se mudó a la esquina de enfrente, casándose al poco tiempo con una criolla muy principal.

Melchorana, luego del matrimonio de Domingo Marcelino, volvió a la agriura. Semanas enteras pasaba sin trasponer la puerta de Soledad. Apenas salía a la calle. Nicolás la veía con aprensión. Tan sólo una persona parecía divertirla: Adalberto, el Adelantado de los Rumores, que con el tiempo se metió a la misma Ana María en una manga.

—Nadie como él para hacer los tequeños —decía la gruesa mujer—. Es de verlo de delantal y pañuelo en la cabeza retozando en la cocina con las mujeres de servicio. Es deliciosamente frívolo y delicado cual esgrimista para zaherir. Remeda a la gente que es un portento. Y como Rey de Armas, se conoce al dedillo el origen de toda la ciudad. Lástima que sea tan afeminado. ¿Tú crees que le gustan los hombres?

—Según San Andrés, todo el que tiene cara de bestia lo es.

—Pero si es tan buen mozo: alto, espigado, bonitos los ojos y las facciones finas. De no ser por el pelo medio malo, nadie pensaría que es un cuarterón de negro. Es pulido, educado y se viste bien.

Risas y gritos avanzan hacia el patio. En falsa huida, Adalberto corre hacia el zaguán, perseguido por Melchorana y Yolanda, la hija de Ana María.

—¡Te agarré! —dijo Yolanda tocándole la espalda.

—Está bien, ahora me toca a mí —dijo desfalleciente el Adelantado.

Y ante la sonrisa benevolente de Ana María siguieron jugando gárgaro malojo.

—Y tan sano que es el dichoso Adalberto. Velo jugando con Yolanda como un muchacho de su misma edad.

—Además que con Adalberto, Yolanda no corre ningún peligro. Los maricones son muy útiles para distraer a las mujeres.

Ana María pensó en su hija: gorda e insípida como una auyama sin sazonar. Ni el español más desastrado ha sido capaz de decirle ni por ahí te pudras.

El mismo día en que un velero trajo la noticia de que los ingleses habían saqueado una vez más a Maracaibo,[140]Nicolás con el aire abatido se presentó a la casa. El Pez al verle el rostro adusto y macilento, mugió como toro. Traía la mirada brillante y confusa; los ademanes nerviosos y esquinados. Ana María apenas lo vio, preguntó perspicaz:

—¿Pero, qué te pasa, hombre de Dios? ¿Cómo que has visto al diablo?

—Hubiese sido mil veces preferible —dejó escapar derrumbándose en una poltrona.

—¿Pero qué pasa?

Nicolás tragó grueso; finalmente dijo con voz quejumbrosa:

—Yolanda, tu hija, ha sido seducida.

Silbó incrédulo el Pez.

—¿Estás cuerdo o desvarías, Nicolás García? ¿Quién se ha podido atrever a tanto?

—Adalberto —añadió con voz grave.

—¿El maricón?

—El mismo que viste y calza.

—¿Cuándo, cómo y dónde?

—Mientras jugaban escondidos. Me lo acaba de contar Melchorana.

—Haré matar al canalla y ella irá a un convento.

—No será posible. Está preñada. No hay más camino que el matrimonio.

A la mañana siguiente, rodeada de todos sus hijos, de Nicolás y Melchorana, Ana María se enfrentó con su hija vestida de novia.

—Desde hoy has muerto para nosotros —le espetó con rostro de juez impío—. No volverás nunca más a esta casa, ni tu marido, ni tus hijos, ni tus nietos. Por herencia de tu padre te corresponden cuatro fincas en los llanos de Guarenas, dos casas en Caracas, siete en La Guayra y cincuenta y seis esclavos. Si tu marido es un hombre de veras, trabajador y honrado, que no lo creo, acrecentará tu riqueza. Si es un vago y mal hombre, como lo ha demostrado, antes de dos años pedirá limosna. Ahora vete ya, mala hija.

En la puerta de la casa la esperaba Adalberto. A pie, solos y contritos, se encaminaron a la iglesia de Altagracia, la iglesia de los pardos.

Yolanda Blanco y Adalberto Vivían en La Guayra, en una hermosa casa frente a la iglesia. Y «el maricón», como lo llamaba indefectiblemente Ana María, si provocaba mofas a sus espaldas por sus amaneramientos y atiplamiento de la voz, era muy considerado por los vecinos, por su posición y fortuna y por el gusto a fiestas, las que era muy dado a celebrar.

El 5 de mayo Yolanda parió su primer hijo. Adalberto quiso celebrar el bautizo.

Nicolás, a pesar de la indignación de Ana María, bajó al puerto acompañado de Jorge Blanco.

Al llegar a la casa de Adalberto, entraron con paso decidido por el zaguán. Adalberto charlaba animadamente en el fondo del patio con un zambo descomunal de unos sesenta años, acompañado de una pardita insignificante, todavía joven.

Nicolás, al verlo, se dio vuelta hacia la calle.

Comentó el zambo en alta voz:

—Pero si no era necesario que Nicolás García saliese como alma que lleva el diablo. Yo me sé dar mi puesto y ya me estaba yendo.

—Yo soy Ñaragato —dijo con simpatía a Jorge, echándole espontáneo el brazo—. Y ésta es mi hija, Altagracita. Bueno, ya me voy, porque como dice el dicho, es preferible faltar que sobrar. Mucho gusto, mijito. Si algún día me necesitas allá en Ocumare, me tienes a la orden para lo que se te ofrezca.

Y sin decir más salió a la calle.

Ño Ñaragato, como explicó Adalberto, vino especialmente de Ocumare a traerle un regalo al recién nacido.

—¿Y qué quieres tú que yo hiciera? —le espetó Nicolás a Jorge cuando le recriminó su actitud—. ¿Se te olvida que ese canalla era el brazo ejecutor de tu padre y asesino de mi hermano Baltasar, y lo tiró como un fardo en casa de Soledad Guerrero? ¡Demasiado hice con salirme!

A la caída de la tarde comenzaron a llegar los invitados de Caracas y de los alrededores.

Los primeros en llegar fueron los padrinos, Ruperto Bejarano y su mujer. Venía el mulato muy emperifollado. Secundina seguía siendo tan silenciosa y discreta como antes, haciendo lo indecible por pasar inadvertida.

—Cupertino, mi cuñado, te manda a decir que lo disculpes por no venir, pero se siente muy mal. Por supuesto que eso es mentira. No se le pasa el guayabo de la Susanita. Le manda al ahijado este regalo.

Un propio de Ño Miguel entró precipitado a la casa. El seña de Naiguatá, moribundo desde hace una semana, entro a agonía.

—¡Qué varilla! —dijo Adalberto—. Ojalá que no se vaya a morir el mismo día y nos eche a perder la fiesta. Ño Miguel ya tiene meses muriéndose con la tisis. Es una lástima, porque Ño Miguel es mi mejor cliente.

Nicolás García no terminaba de entender, aunque lo sospechaba, en qué consistía el negocio de Adalberto y que tan pingues beneficios aportaba. Con toda su pereza y negligencia había triplicado el patrimonio que Ana María le tiró al paso.

Adalberto, además de un almacén para guardar cacao frente al puerto, tenia dos barcos de cabotaje. En su tienda, abastecida de las mejores sedas, licores y armerías inglesas, holandesas francesas, estaba la prueba más palpable de que Adalberto comerciaba con los holandeses de Curazao. Y una vez que le compró a Melchorana un traje recamado en oro, unas manchas que aparecieron al soltarle el ruedo lo llenó de preguntas.

Los festejos fueron programados para una semana y Adalberto, como una mariposa loca, iba de un sitio a otro colmando de atenciones a sus invitados, en tanto que la hija de Ana María, modosa y esquiva, apenas se hacía presente. Domingo

Marcelino llegó alegre, como siempre, al segundo día de los festejos Luego del matrimonio de Domingo Marcelino con Juana Vásquez, Nicolás observó con pesar una inexplicable frialdad en su sobrino. Melchorana, quien le tenía ojeriza, comentaba:

—Por eso te mira como gallina a guaratara. En cambio con Ana María y sus hijos, que sí tienen que darle, es una melcocha.

Ya son tres las veces que ha estado de visita allá en las dos últimas semanas y ha sido incapaz de tocarnos el portón.

Melchorana —se dice— ha exacerbado en los últimos tiempos su amargura. Se ha vuelto irritable, rebelde y áspera. Es excepcional el día en que lo pasa alegre y es de hacer una raya en la pared cuando lo besa por iniciativa propia. Vive abstraída y con el ceño adusto, grita al servicio y a sus hijos por motivos nimios y ante cualquiera observación reacciona airada.

A José Juan Blanco, el hijo mayor de Ana María, lo odia con saña. El hecho de que se haya metido a pichón de cura no amaina sus invectivas contra el mozuelo, a quien tilda de desvergonzado e irrespetuoso.

¿Qué le estará sucediendo a mi mujer?, se pregunta Nicolás.

Domingo Marcelino abrazó con calor y afecto a su tío.

Eso es extraño —se quedó pensando—. Sé que me quiere. ¿Por qué me rehuye? Es falso lo que dice Melchorana sobre su codicia. ¿Por qué entonces la visita a ella y me desdeña a mí? ¿Por qué prefiere la compañía de Jorge, que es un muchacho, a la mía?

—Don Nicolás —dijo Adalberto tocándole por el hombro—, ahí en la puerta está otro recadero de Ño Miguel. Le suplica que vaya a verlo antes de templar el cacho.

Acompañado de Jorge y guiados por el peón, salieron rumbo hacia Naiguatá, tres leguas al naciente por la orilla del mar.

Al entrar en la aldea, por el llanto y las plegarias se enteraron que el señor de los Hervidos acababa de expirar.

Ño Miguel, de muerto, acentuaba aún más su rostro tétrico. A pesar de que sus tierras, ganados y sembradíos, al igual que su esclavitud, eran extensos y numerosos, el nieto de Acarantair prosiguió viviendo en la misma casa grande de bahareque y palma.

Nicolás García, por razones que no se explicaba Jorge y que extrañaban igualmente a su madre, no ocultaba la viva repulsión que tenía por el zambo, a pesar de todo cuanto había hecho por él, por Soledad Guerrero y por su familia. ¿No se cayó a puñaladas con Ño Ñaragato por lo que le hizo a su hermano Baltasar? ¿No fue el propio Ño Miguel? como le refería Ana María, su madre, quien me trajo con don Juan del Corro la imagen de la Virgen de la Soledad que hoy se venera en San Francisco en la capilla que ordenó mi antepasado el Cautivo.

Esa noche fue de gran tempestad. Y como tantas veces ha sucedido, un barco que venía de España, al chocar contra las rocas de Naiguatá, se fue a pique en un instante. Una corriente profunda arrastró al barco mar adentro. De él no quedó ni un pedazo de palo para un remedio. En eso vieron salir del fondo del mar, como si tuviera un resorte, una caja grande y dentro de ella, sequita y sin un rasguño, la imagen de la Soledad[141]encargada por el Cautivo.

No sé por qué Nicolás, que no odia a nadie, le tiene tanta tirria. Nunca me lo ha dicho, pero yo se lo adivino en los ojos cada vez que mientan su presencia.

Don Juan de Corro, Teniente de Justicia, lo enteró de su última voluntad.

—Os ha dejado como heredero universal de todos sus bienes.

—Pero ¿y sus hijas…? —intentó argüir Nicolás.

—Nada de eso habló —respondió el justicia—, aparte que Ño Miguel, que yo sepa, jamás se casó.

Velaban al muerto entre pocillos de ron, tazas y chocolate. Naiguatá estaba en silencio. El pueblo en corrillos estatuarios evocaba al ausente.

—Nunca pude imaginar —susurró Jorge— que lo quisieran tanto.

Algo lo impulsa a volverse hacia su derecha. Una mujer, tapado el rostro, mira con ojos fijos el ataúd. «Son los ojos de…», comenzó a decirse cuando cae el manto dejando al descubierto el rostro de Melchorana. Ya iba a vocear su nombre cuando un golpe seco de cañón hacia el oeste reclamó su atención. Cuatro golpes se sucedieron.

—¿Oíste?

—¿Oyeron?

Todos los presentes se incorporaron y corrieron hacia el mar. Los golpetazos en el horizonte se repetían sin orden ni pausa.

—Ésos son cañonazos —dijo una voz—. Están peleando en La Guayra.

Al amparo de la noche sin luna, Henry Morgan atacó a La Guayra.

—Adalberto murió en el asalto y se dio por muerto a vuestro sobrino Domingo Marcelino —informaron a Nicolás llegando a La Guayra.

Tres días duró el asedio.[142]Abundaron los muertos de parte y parte. Dando un vadeo por el cerro llegaron al puerto. Los ingleses echaron sus muertos al agua y los tiburones se hartaron con ellos.

—A las cuatro de la mañana —refirió Ruperto— estaba la fiesta en todo su apogeo. Adalberto me pidió que lo acompañase junto con Domingo Marcelino, a buscar en su barco unas cajas de ginebra. Ellos subieron primero. Oí decir ¡Ay, carajo! y voces de pelea. Paticas pa’ qué te quiero, me dije y comencé a nadar como un loco. Eran los hombres de Morgan metidos en el barco. De Adalberto sólo se encontró de medio cuerpo para abajo. Se le identificó por la esclavita que colgaba del pie izquierdo. A Domingo Marcelino se lo han debido comer los tiburones.

—Hemos perdido tres amigos —dijo Nicolás a Melchorana cuando salió a su

encuentro—. Adalberto, Domingo Marcelino y Ño Miguel.

Melchorana lloró, para sorpresa de Ana María y Jorge, con sorpresiva congoja. Sólo Nicolás García supo por qué lloraba con tanta amargura su mujer.

Domingo Marcelino no murió en el combate de La Guayra, como se supuso al principio. Su final fue aún más atroz: en el desembarcadero de Ocumare de la Costa, al cual el pirata saqueó como a casi todas las aldeas y caseríos que iban hasta Puerto Cabello, se encontró su cadáver horriblemente mutilado y con la cara quemada. Llevaba prendido al cuello un cartón: Por traidor a Henry Morgan.

114. Oh, Cristo de la agonía

Los cañones en cadena comenzaron a tronar. Las campanas se echaron al vuelo.

—¡Arriba y arriba, que viva, que viva! —gritaban por la calle los chicuelos. En la Plaza Mayor el cohetero del Ayuntamiento hizo estallar sus cargas.

—¡Por fin! —dijo en voz alta Nicolás García.

Cuarenta y siete años sin que un barco viniese de España. Medio siglo entre sombras. El sol se ha asomado siempre por tras corrales en esta apartada provincia: de Veracruz, La Habana y Cartagena nos llega en triste rebote su calor. Barquichuelos, tres puños, míseras balandras costaneras que llevan y traen negros y mercaderías es nuestro único contacto con la España nutricia e imperial. Hasta tanto no salió de Caracas en 1641, no pudo darse cuenta del aislamiento de Venezuela. En la misma Cartagena se sorprendió de lo que era una ciudad bullente, en Veracruz y México cayó cegado por el esplendor del Virreinato. En él sí había una luz y un color distintos al de su país natal. La gran flota descargaba dos veces al año en Veracruz. Españoles con décadas en la ciudad virreinal, decían que no era mucha, salvo la indiada, la diferencia entre México y la Península. «Pues mire que hay diferencia entre Venezuela y esto» —se dijo la primera vez Nicolás García. Su primer encontronazo fue con el idioma. Por más de cinco años se esforzó por hablar correctamente el castellano, limpiando de su léxico viejas palabras de uso corriente en Caracas, como chinga, jojoto y echarse un palito y que eran tenidas en México por insolencias. «¿Cómo vendría a ponerse de moda en Venezuela —se preguntaba una noche— una palabra tan fea como chinga, que significa prostituta?», cuando don Alonso Andrea de Ledesma le salió al paso en el sueño: “Ése fue el Cautivo… Mire que yo se lo dije: No hagáis tal, don Francisco, que no contento con viciar las costumbres os empeñáis en llenar de lacras nuestro idioma.

El aislamiento de Venezuela ha traído graves consecuencias al desarrollo de este pueblo, pues si México, al igual que Venezuela, fue conquistada por los desnarizados de Castilla, las oleadas sucesivas de buenos funcionarios y mejores colonos fueron limpiando paulatinamente lo que de malo hubiesen dejado nuestros primeros padres.

En cambio en nosotros, al igual que la fruta que se aparta del sol, los vicios primeros quedaron tan iguales como en los tiempos del Cautivo.

A la caída de la tarde comenzaron a llegar, procedentes de La Guayra, los primeros viajeros.

—¡Mira quién viene ahí! —gritó Melchorana.

Un anciano demacrado, amarillento y privado totalmente de pelo, avanzó hacia el grupo con los brazos abiertos:

—¡Francisco Marín de Narvaez!

—¡El mismo que viste y calza!

—Doce años de ausencia. ¡Cuánto has cambiado!

Dos hombres de mediana edad lo acompañaban, junto con una mujer y un chico de unos doce años.

—Don Pedro Jaspe y Montenegro, caballero de Galicia y mi apoderado general —enunció el de Narvaez—. Su cuñado don Pedro Ponte Andrade y su mujer doña María. Y este pillo se llama Pedriño. Pedro Ponte Andrade Jaspe y Montenegro.

—Vengo antes de morir a ver mi patria por postrera vez —le observa Marín.

Marín y sus acompañantes, a instancias de Ana María, se alojan en la Casa del Pez. Luego de cruzar palabras y trasegar refrigerios, Marín pregunta:

—¿Y cómo está Claudia, mi ahijada? Debe estar hecha una mujer. ¿Cuántos años lleva?

—Nació en el cincuenta y siete. Ya anda en los trece años.

—Está en edad de matrimoniar.

—Pues mira que no. Su madre era un año mayor que Claudia cuando la conocí, y sí que era una mujer espléndida; pero tu ahijada me heredó a mí en lo de achichaguaita. Parece que tuviera diez años. Es muy niña, aunque despabilada como ella sola.

Apenas la hubo mencionado la chica apareció por el patio. Marín luego de abrazarla y bendecirla puso en sus manos un collar de esmeraldas que sacó de su bolso.

—Pero bueno, Francisco —protestó Nicolás—, si así eres con todos tus ahijados vas a terminar pidiendo limosna.

—Con todos no —respondió grave el aludido—, y tú bien sabes el porqué.

Estoy muy enfermo —le dijo antes de cenar—. Siento que la vida se me escapa y estoy en deuda contigo. Mi viaje a Venezuela tiene por único objeto el arreglar viejas cuentas que tengo pendientes. Dentro de un rato quiero hablarte a solas y en presencia de don Pedro Jaspe y Montenegro.

Y como puedes ver —añadió Marín de Narvaez refiriéndose a un documento que leía Nicolás—, de acuerdo a la cláusula séptima, mi ahijada no podrá enajenar ni gravar, ni tú tampoco, la mitad de los bienes que pasarán totalmente a su patrimonio

luego de tu muerte. Hasta tanto no contraiga nupcias o alcance la mayoría de edad, tú usufructuarás la totalidad de la renta.

Marín legaba a Claudia propiedades por un valor de cien mil pesos.

—¿Pero tú estás loco, Francisco? —exclamó Nicolás con los ojos llenos de lágrimas.

—No quiero que pases estrecheces, como estoy enterado. Aparte de que yo no tengo hijos. Y prefiero hacerlo en vida que después de muerto; pues con la cantidad de hermanos y sobrinos que me están velando, son capaces de anular mi testamento.

115. Traía la muerte en el alma.

Francisco Marín de Narvaez compensó en parte la honda tristeza que dejó en Nicolás García la muerte de su sobrino Domingo Marcelino. Esa tarde hablaban de Morgan, quien al igual que el pirata francés Grammont, continuaba asolando los puertos y ciudades de Tierra Firme.

—El cacao se está perdiendo —afirma Nicolás— y ahora que se está cotizando a doscientos reales.

—El dinero es lo de menos —añadió con displicencia Marín—. Fíjate en mi caso. ¿De qué sirve mi fortuna? Ni familia tengo. La cambiaría gustoso por tener la mitad de tu dicha. Cuatro hijos y una buena mujer, como Melchorana, valen más que todas mis posesiones en Aroa.

A ocho años de aquel día Nicolás piensa con la mirada fija en un Cristo de la Agonía:

Francisco Marín traía la muerte consigo. Al año murió mi Claudia, a consecuencia de aquella extraña enfermedad que cogió en Camurí. Se tornó triste, silenciosa y pálida. Perdió el apetito, la aquejaron los vómitos, se le inflamó el vientre. Melchorana, testaruda como siempre, volvió a la hacienda cuando me fui a Maracaibo, que estaba asediada por Morgan.[143]

Francisco Marín me dio la noticia al desembarcar. Melchorana por varios días perdió la razón. La tomó con el pobre Francisco Marín. Decía que era el diablo y que se le aparecía con cachos y cuernos. ¡Tan bueno que era! Lloró, como si fuera suya, la pérdida de mi hija. Al poco tiempo se marchó a España, para morir cuatro años después. Dejó toda su fortuna a una misteriosa hija, Josefa Marín de Narvaez, de quien nunca habló. A veces pienso que a lo mejor tienen razón los hermanos de Francisco cuando dicen que todo eso es una mentira urdida por Jaspe y Montenegro para apoderarse de la gran fortuna.

Julia se me casó, y nada menos que con Sebastián de Urquijo, el hijo de Dolores, el mismo día en que murió el Gobernador Dávila Girón.[144]El muchacho me llegó

con una carta de su madre: «Nicolás —decíame—, mándame con Sebastián, mi hijo, lo mejor que tú tengas». Lo recibí con alegría. Lo despedí con tristeza. Se llevó a mi hija. Nunca más volveré a verla.

Clara Rosa, la menor y última de sus hijas, entró, cimbreante y risueña, al despacho.

—Algo tengo que decirte, padre.

Nicolás García tuvo un presentimiento.

—El muchacho que me da vueltas quiere hablar contigo para pedirte mi mano.

Y abrumada por repentina vergüenza, ya de rodillas, sumergió la cabeza entre sus piernas.

Nicolás, en silencio, acarició la cabeza de su hija y miró hacia el Cristo. Con los ojos vencidos dijo, entre paladares:

—Señor Jesucristo, Dios y Padre, hasta cuándo he de beber el amargo cáliz de la soledad. Diez hermanos tuve y sin ellos y sin mis padres me quedé en el mundo haciendo la Eucaristía. Un año apenas duró mi dicha cuando me arrebataste a Elvira. Por catorce años erré por el mundo y las dos únicas mujeres que logré conquistar con los menguados encantos que me concediste, para una fui necesidad, señuelo y pasatiempo y para la otra: caja abierta que al ladrón tienta. Señor Jesucristo, Dios y Padre verdadero, ya no tengo amigos, ni nunca los he tenido. Paredes de cal y canto levanté entre sus risas y las mías. No amo lo que a ellos tienta, ni ellos quieren lo que yo estimo. Al igual que mi padre, al sentirme solo, quise hacer de mi casa templo, ágora y mercado y llenarlo con hijos de mi carne y simiente. Por eso quise una familia numerosa. Pero cual araguaney, perdía las hojas luego de florecer.

Dagoberto, mi único hijo varón, es mi cara o mi cruz. Vitupera lo que yo amo y defiendo. Lo que él admira a mí me provoca repulsión y hastío. Si yo me prosterno, él se ríe. Si me habla, no le entiendo. Hago vigilia cuando él duerme. Lloro cuando bate palmas. No hay mayor desventura que no corresponder a quien nos ama. Sus ofrendas me irritan. Todo cuanto habla y dice llena mi cuerpo y alma de escozor. Nunca estoy más solo que cuando mi hijo me acompaña. ¡Y ahora, Señor, te me llevas a Clara!

Nunca fue bella como Julia. La hiciste fea y desasistida, pero le diste con creces su calor y ternura. Al comienzo sentí lástima por ella y por mí mismo. Cuando la viruela picó su rostro, desgarré mi corazón al verla llorar de pena. Cuando los años pasaron y los mozos seguían de largo sin detenerse a su vera, sufrí con ella; pero cuando me percaté de que la soledad era mi destino y pena, ¡perdóname, Señor!, me alegré por ello; me contenté de su fealdad y sus viruelas. Era el único ser que además de amarme, me restaba con vida, era capaz de disipar ese terebrante vacío que me mata lentamente. Ya me acostumbraba a la idea de que a la mitad del estío con su inclemente reverberar de árbol sin frutos, me diese el calor que a ella le sobraba para espantarme el frío.

¡Oh Cristo de la Agonía!, me has devuelto a las tinieblas y al desamparo. Tenías razón en castigarme quitándome a Claudia, pero por tu Divina Madre, apiádate de mí. Tómame ya de la mano y llévame de una vez ante tu divina presencia.

Nicolás miró a su hija. ¿Quién sino un cazafortuna —se dijo— sería capaz de amar a mi rapaza con tantos años que le sobran y virtudes que le faltan? Pero ¿qué importa si así lo fuese?, si al fin encontró la dicha que sólo el amor concede. Dios ciega a quien quiere perder y también a sus elegidos. ¿Por qué mi Claudia no ha de pertenecer a los bienaventurados a quien Dios concede la gracia infinita de la ignorancia absoluta? ¿Qué importa si no la ama? Ella no habrá de saberlo.

116. Nunca saldrás de Ocumare

—Bien padre —reclamó Clara, ruborizada, levantando la cabeza.— Ya te he contado. ¿Qué me dices a todo esto?

Sonrió Nicolás:

—Basta que tú lo quieras. ¿Cuándo quiere hablar conmigo?

—Lo mas pronto posible —exclamó Clara—. ¿Qué te parece mañana en la tarde?

Más de cinco años tenía Nicolás de conocer al novio de Clara Rosa. Lo sabía estudiante de leyes. Sabía que era hijo de canarios y de apellido Rodríguez del Toro, pero sólo hasta ese momento cayó en cuenta de que era el hijo de Juana Francisca, el nieto de Rodrigo Blanco. Tenía impresas en blando, sus mismas facciones, su mismo continente.

Para Juana Francisca la vida de casada transcurrió dentro de una languidez sofocante. Su marido, Francisco Rodríguez del Toro, lejos de lo que ella creía, era un campesino sin ambiciones. Su mayor placer era jugar a los gallos y a las bolas criollas en la plaza del pueblo y seducir a las esclavas. Sintió vacía su existencia.

Pasaba las veladas indoctrinando a sus hijos Bernardo y Fermín sobre las cosas de la lejana Caracas; del traje y costumbres de la gente; de la cortesanía, de la importancia del abolengo.

—¡Gran Señor Principal! —decía al referirse a Rodrigo, su padre—, a causa de su segunda mujer, Ana María Mijares de Solórzano, perdí la mitad de la fortuna que me legó al morir. Algún día, hijos míos, volveréis a Caracas a ocupar vuestro sitio dentro de los vecinos principales, como os corresponde por linaje y sucesión.

Rodríguez del Toro al escucharla solía reír.

«¿Hasta cuándo dirá embustes Juana Francisca?, se decía soltando una risilla burlona».

Bernardo, a diferencia de su hermano, era altivo y presumido. Sin que Juana Francisca tuviera que recordárselo, andaba siempre como un figurín: zapatos con

hebillas, buenos trajes y hasta casaca, con aquel calorón, lo que concitaba las burlas del isleño. Al igual que su madre soñaba con Caracas. A pesar de la corta edad que tenía la vez que acompañó a su padre, guardó fiel memoria de todo cuanto vio, relatándole a Juana Francisca a su regreso, y con todo detalle, desde el traje de los hombres hasta el ancho de las calles y la suntuosidad de las iglesias.

Juana Francisca sentía por su hijo el mismo embeleso que sintió por su padre. Al cumplir los quince años y entrenado por el cura de Ocumare de todo cuanto le podían enseñar, se enfrentó a su marido:

—Creo que ha llegado la hora de que Bernardo vaya a Caracas al colegio de Santa Rosa. No quiero que se quede borrico entre estos andurriales.

—Pero mujer ¿qué necesidad tiene ese niño de ir a aprender tonterías?, cuando lo que sabe le basta y le sobra para manejar esta hacienda, que es su único capital.

—Nada, nada —respondió enérgica Juana Francisca—. Bernardo irá a la capital a recibir la mejor educación.

El saber que dentro de unos pocos años, su hijo, despierto y ambicioso, habría de labrarse una gran posición que ella respaldaría con todos sus bienes, consoló el amargor de la ausencia. Cuando llegase ese momento se marcharía para siempre de Ocumare. ¡Y allá su marido y el bestia de Fermín, quienes al parecer disfrutaban más con los hervidos de pescado y revolcarse con las negras que con la verdadera vida que ella tuvo que dejar atrás por culpa de Ana María!

Cada dos o tres semanas, Bernardo le hacía llegar a su madre, a través de largas cartas, sus vivencias e impresiones sobre la ciudad.

—… Me he hecho muy amigo de Juan Mijares y Monasterios y de Gabriel Lovera Otáñez, que son de mi misma edad. El primero tiene 15 años y el segundo 16…

Juana Francisca saltaba emocionada, remitiéndole a la vuelta gruesas sumas de dinero:

Para que invites a tus amigos —escribía—. No escatimes gastos si se trata de reunirte con gente principal. Obsequia, invita, sé cumplido, generoso. Es la forma adecuada para que te abras paso dentro del patriciado.

Ayer conocí —decía otra carta— a una chica de apellido Bolívar y a Juan de Ascanio y Benavides, quien me ha presentado un montón de gente, entre ellos a su padre, quien dijo haber sido muy amigo de mi abuelo.

Al regresar a la hacienda por Navidad, Juana Francisca lo sintió frío y distante. No ocultaba su menosprecio. Al padre un día le recriminó, acre, su forma de comer.

El viejo isleño volcó la mesa con platos y cristalería.

—¡Yo como, hablo y camino como me sale del forro de las bolas! ¡No sea bolsa!

Las cartas de Bernardo en lo sucesivo desde aquel día de Reyes en que regresó a Caracas hasta que retornó en julio, se redujeron a tres, llenas de súplicas y vacías de

amor.

Juana Francisca tuvo miedo al percibirle la profunda indiferencia que sentía hacia ella y el atroz aburrimiento que le producía el paisaje.

Al despedirlo aquella mañana tuvo la sensación de que se iba para siempre.

—Yo lo vi venir —apuntó su marido— pero como a ti nadie te puede decir nada me quedé callado. Cualquiera sabe que todo aquel que levante a su hijo dos escalones más arriba está renunciando a él.

Nicolás García, luego de recuperarse del sobresalto que le ocasionó el nombre de Rodríguez del Toro, le dijo al mozo:

—Perdonadme, pero una necesidad natural me obliga a abandonaros por un instante.

Sacudido por la angustia caminó hasta el corral. Con él iban Diego García y Rodrigo Blanco. Lo vio llegar a su casa. Engañar a su padre. Revivió su muerte en el aire, la de su madre y hermanos. Escuchó el llanto de Soledad, el de Rosalía, el de Ño Miguel.

—¡No! —se dijo—. No puedo consentir. Sufrirá mi hija —volvió súbito en espiral—. La haré desgraciada —dijo mordiéndose el labio—. Ya nadie se acuerda de lo sucedido. Al odio, afortunadamente, se lo lleva el viento. Nuestros hijos heredarán nuestros amores, jamás nuestros odios. ¡Perdona a tus enemigos, Nicolás García! —susurró el cura de Valencia—. ¿Dónde está tu fortaleza y tu pretendida piedad?

Con paso firme llegó a la sala.

—Está muy bien, mi querido amigo. Os acepto como yerno. ¿Tenéis algo que decirme?

Bernardo vaciló por un instante. Estuvo a punto de decir toda la verdad, pero optó por decir:

—No, señor.

—Muy bien —respondió seco—. Mañana a las cinco de la tarde vendréis aquí para que en familia, y luego de haber hablado con mi mujer y mis hijos, nos reunamos para daros la bienvenida.

A la hora señalada, Dagoberto y Melchorana, sentados con Clara Rosa y su padre, esperaban en traje de gala a Bernardo Rodríguez del Toro. A los pocos minutos llegó Jorge Blanco, quien afable le dio un abrazo.

Tras de Jorge llegó José Juan, quien luego de decirle breves palabras se enfrascó con Nicolás en un intrincado problema de Teología. Bernardo permanecía en silencio como Clara Rosa, y la bella Melchorana, su madre, lo calaba con manifiesta antipatía. Dagoberto, de aspecto aindiado y brutal, lo miraba con somnolencia. Los sirvientes brindaron chocolate y picatostes. Cuando Bernardo llevó a la boca el primer bocado apareció Ana María Mijares de Blanco, enfundada en negro y con gran pañolón de gala. Bernardo se estremeció ante la imponente mujerona, cubierta la barba y el bozo

de pelos verdosos.

—Mucho gusto caballero —dijo. Y luego de verlo de reojo cayó sobre un trozo grande de torta.

A medida que masticaba Ana María fijaba su atención sobre el pretendiente. De pronto dejó de comer, irguió el cuello y contrajo las pupilas.

—¿Cómo me dijisteis que os llamabais? —estalló adivinando.

Una ira tenebrante restalló al entender.

—¿El hijo de Juana Francisca?

—Si, señora.

La taza de chocolate se hizo trizas. Ana María de pie y con la mirada brillante le espetó a Clara:

—Pues quiero que sepas que si llegas a casarte con semejante mequetrefe, que no es más que el hijo y el nieto de una perdida, olvídate de mi.

Un silencio de tortas y de postres sucedió a su partida. Clara, llorando, corrió hacia las habitaciones. Melchorana y Jorge azorados, se escurrieron hacia la calle.

—Bueno, Don Nicolás —exclamó Bernardo, resignado— ya sabe quién soy y de dónde vengo. Supongo que ahora no me querrá de marido de su hija.

Nicolás García sonrió. Con la mirada ausente, y entrelazadas las manos, díjole:

—Si mi hija te sigue queriendo, como yo creo, no veo que exista ningún inconveniente para que ustedes se casen.

Bernardo Rodríguez del Toro lo miró al rostro: Con razón lo llaman —se dijo— el Hombre santo del Valle.

La última carta que recibió Juana Francisca de su hijo, fue para participar su matrimonio con Clara de la Madriz el 28 de enero de 1676.

—Si será mal hijo el muy canalla —gruñó su padre—. Nos lo dice después de celebrado.

Juana Francisca no respondió palabra alguna. Fulguraron sus ojos con odio indefinido. Maldijo su destino. Maldijo su origen y maldijo la vida en el momento mismo en que constató que después de 22 años un nuevo hijo palpitaba.

Dos meses antes del parto murió Rodríguez del Toro, a consecuencia de unas calenturas cogidas en los manglares de Puerto Cabello. El 17 de septiembre de 1676 Juana Francisca, en la soledad de su hacienda y prendida al brazo de su hijo Fermín, parió a una robusta niña de pelo rubio y ojos azules, a quien bautizó Catalina, la santa que fuese pintada por Philipo teniendo por modelo a la bella Adriana.

Juana Francisca vio hacia la cuna.

—Nunca saldrás de Ocumare —dijo con voz sombría, y sin poderse contener, sollozó con amargura.

117. La manga vacía

Bernardo Rodríguez del Toro tenía el don de ganar amigos. A pesar de estar privado de gracia y brillantez y de ser tremendamente aburrido.

—De esta madera —dijo una vez Nicolás García a José Juan que se mofaba— están hechos los grandes mercaderes, buena parte de los altos dignatarios y algunos ministros. El haber logrado que Dagoberto, mi hijo —señalaba burlón—, se haya interesado en él, es toda una proeza.

El esquivo hijo de Nicolás miró a su padre imperturbable.

Bernardo vestía impecablemente. Era madrugador y laborioso. Sabía escuchar en silencio. Hablaba sólo para asentir, sin preocuparle las contradicciones. Tenía genio y afición por los negocios.

En menos de tres meses no sólo se hizo perdonar por Ana María, sino que hasta logró que le preparase con sus propias manos un dulce de bienmesabe.

—¡Alea jacta es! —exclamó con regocijo Nicolás al ver entrar a un esclavo con el postre de la paz. Y más aún cuando tras él aparecieron Jorge y José Juan para hacer la sobremesa.

Los hijos mayores de Ana María, con un año de diferencia, ya alcanzaban la treintena. José Juan, canónigo de Catedral, era guapo, bien plantado y mundano. Jorge era un gigante desmacelado, de quijada prominente, a quien los caraqueños por contraste con su lujurioso padre, llamaban el Águila Pasmada. Su repulsión por lo erótico llegaba al extremo de celebrar el ingenio de Carlos II por haber dicho: «Daría de puñaladas a quien me propusiese una amante».

La actitud de Jorge no correspondía, sin embargo, a su temperamento, como bien lo demostraban sus constantes galanteos oníricos, donde se le aparecían bellísimas súcubas que si llenaban su alma de terror y culpa al despertar, le suministraban envidiables noches de goce —que como afirmaba burlón su hermano— ya las hubiera querido para preservar su voto de castidad.

—Si derramas tu simiente y con una buena hembra, no andarías con tanta pendejada. Búscate ya una mujer y deja esa soñadera.

—Mientras madre viva no me he de casar.

—Búscate entonces un cuero…

—¡Descastado, degenerado! ¿Cómo te atreves tú, mal cura, a incitarme a pecado? Te salva tu doble condición de ser mi hermano mayor y sacerdote para no hacerte tragar esas palabras.

De la misma opinión era Nicolás García, que Jorge a su edad debía tomar mujer para casarse. No te angusties por tus sueños. No hay nada de diabólico en ellos.

La actitud de Nicolás García cambió sustancialmente cuando Jorge, que no cesaba de referir con angustia sus encuentros con las súcubas, le habló de un gato con los ojos rojos y de una mujer con figura de Arcángel Concupiscente que se bañaba en la fuente.

¡Ah, caraj! —se dijo para sus adentros rascándose la cabeza— esto sí es serio. Se le está apareciendo el mismo demonio en forma de súcubo que se me aparecía a mí. En esta casa hay íncubos y súcubos. Yo me los quité de encima usando un sortilegio africano, que si lo sabe el Obispo me echa a la hoguera. Desgraciadamente no está en manos practicarlo. Debo hacer algo.

José Juan y Jorge acrecentaron su afabilidad con Bernardo Rodríguez del Toro. Clara Rosa y Nicolás no ocultaban su dicha al verlos llegar, como lo hicieron esa tarde cuando servían los postres. Melchorana, por el contrario, aguzaba día por día su hostilidad hacia los dos hermanos. Tan pronto llegaron metió los ojos en el plato con expresión agria. Ausente quedó mientras los cuatro hombres y su hija mantenían animada conversación.

Ana María con acongojada expresión irrumpió en el comedor:

—¡Acaba de morir Juan de Ascanio y Viera![145]

—¡Ay! —dijo Nicolás llevándose las manos al estómago.

—¿Qué fue? —preguntaron todos, con alarma, al verlo empalidecer.

—No es nada de particular —respondió forzando la risa—. Hace días que estoy de chorrito.

Y sin decir más corrió hacia el corral.

—¿No será mejor que vayan a ver que le pasó a Nicolás? —pidió Ana María.

Estaba desmayado sobre la letrina. Melchorana al verlo gritó enloquecida. Entre todos lo llevaron a su cama. Lo friccionaron con alcohol. Le hicieron beber vino de consagrar.

—Es que tengo una diarrea terrible desde hace más de una semana —refirió al recuperarse—. Ya le consulté al protomédico, pero no da con el mal.

Melchorana proseguía dando gritos. Ana María sin poderse contener le gritó roncante:

—¡Basta, mujer! ¡Deja la necedad!

Bernardo y Clara se la llevaron entre mimos y arrumacos.

—Creo que voy a morir —dijo sosegadamente Nicolás.

—¡Jesús, niño! —protestó Ana María viéndolo con ojos de consternación.

Tenía los ojos hundidos, el rostro amarillo y la nariz perfilada.

La diarrea prosiguió sin interrupción por ocho días. Era ya un esqueleto de piel muerta.

—Quiero confesarme —dijo— pero con José Juan.

Ana María tuvo un sobresalto. Era la primera vez que Nicolás se confesaba con su hijo. ¿Sería por ser la última?

Más de dos horas conversó Nicolás con el cura. José Juan vivamente turbado, salió llorando a lágrima viva de la alcoba.

Ana María y Jorge se precipitaron dentro:

—¿Cómo te sientes?

—Mucho más aliviado luego de confesarme y de recibir los Santos Óleos. Luego de mi muerte —dijo dirigiéndose a Jorge— José Juan te va a contar algunas cosas por mandato mío. Espero me perdones. Por aquí te tengo un regalo. Abre esa gaveta y tráeme un paquete lacrado.

Jorge obedeció.

—Son las memorias de Diego García, mi padre. Están muy mal escritas, pero tienen el valor de la verdad. Junto con ellas hay algunos apuntes míos que a lo mejor te serán de alguna utilidad. Poco o nada digo de las terribles experiencias que me tocó vivir. Hay cosas que el papel no aguanta. Todo eso te lo contará José Juan a un mes de mi muerte.

Lagrimearon los ojos de Jorge.

—No es para tanto, hombre —le observó Nicolás, jovial— que para morir nacemos. Además —añadió de pronto con voz alegre— a lo mejor no me muero, como estaba temiendo, porque luego de oleado tengo un apetito de fiera. Seria capaz de comerme un mondongo.

—¿Pero tú como que estás loco? —protestó Ana María—. A lo más un caldo de pollo que yo misma te voy a hacer.

Luego de tomar el potaje de Ana María, la mirada de Nicolás volvió a brillar.

—Me siento mejor —dijo y se sentó en la cama para echar una parrafada con Jorge. Dagoberto, el hosco hijo de Nicolás, desde una gran hamaca moriche seguía silencioso la conversación.

Eran pasadas las once de la noche. Entre albores y recuerdos de duerme vela, Nicolás parecía dormir. Jorge en puntillas salió de la habitación. Domingo Marcelino en el recuerdo lo miraba sonriente. «Pobre —se dijo—. Cuán cruel fue Henry Morgan con él. ¿Cuál seria su delito? ¿Traicionarlo? Celoso hasta la ferocidad es monstruo de su amor propio. Genio del mal. Ahora caballero y Teniente de Gobernador de Jamaica.[146]El cacao mantiene su precio. Pero por causa de exportar nueve mil fanegas no llegaremos a tres mil. Y ahora que nos hemos propuesto obras de envergadura como la caja de agua y el nuevo cuartel.»[147]

Era pasada la medianoche. Jorge Blanco leía en la biblioteca las memorias de Diego García. El Pez ululó en la noche. Jorge lo miró por encima de sus quevedos. El gargólido repitió su pito de advertencia. Indiferente al reclamo prosiguió su lectura. El Pez elevó el tono y lo mantuvo en creciente.

—¡Carrizo con el pescado! ¿Se puede saber —gritó— qué es lo que te pasa?

Una pluma de agua apuntó hacia la casa vecina.

—No estoy para adivinanzas, chico. ¡Habla claro!

Voces y carreras se escucharon al otro lado del muro. Esta vez el Pez pitó trepidante.

—¡Jorge, Jorge! —gritaba Dagoberto al otro lado—. ¡Corre, que se muere mi padre!

A medio vestir entró a la casa de Nicolás. En el zaguán chocó con un desconocido.

En la habitación: Nicolás García, perfilado y marmóreo, estaba muerto.

Clara Rosa y Bernardo unieron su llanto al de Ana María. Vecinos y esclavos comenzaban a entrar. Bernardo Rodríguez del Toro fue el primero en darse cuenta: alguien había mutilado la mano derecha de Nicolás García.

118. La súcuba catirruana

Un arrendajo trinaba melodioso desde el samán del patio aquella mañana en que Ño Cacaseno le daría el disgusto de advertirle que su hijo andaba con la madre de Genoveva. Una luz anaranjada apenas se filtraba en el despacho de Jorge Blanco. A más de cuarenta años de la muerte de Nicolás García, evoca nítidamente la imagen de su muerte. Absorto, piensa y recuerda sobre su escritorio, mientras canta el pajarillo. Una luz de acción iluminó sus ojos. Sacó totalmente la gaveta superior derecha, dio vueltas a un disimulado travesaño y apareció una abertura abarrotada de legajos, cuadernos y documentos. Era su Historia Secreta de Caracas.

Repasa por un rato su letra puntiaguda y limpia. Finalmente se decide: moja la pluma de ganso en el tintero y a grandes letras que luego subraya, escribe: De la terrible muerte que aconteciera a Don Nicolás García de la Madriz en el año 1676 y de los dolorosos sucesos que por esta causa se sucedieron.

Él arrendajo suprimió el canto. La luz anaranjada se apagó entre candelabros. Cantó un lechuzo sobre el árbol viejo. Una vela a punto de consumirse, sirvió de base de otra. Su mano punteada de sarmientos escribía sin parar, intercalando suspiros y tenues quejidos. A la quinta vela de cebo tañeron las campanas de la misa del alba. Tenía la mano agarrotada por el esfuerzo.

La mirada fatigada. El cuerpo inclinado y exhausto.

¡Por fin! —se dijo— pude escribir tan doloroso capítulo. A cincuenta y cinco años, los mismos que datan de la muerte de Don Nicolás, pudo narrar todo cuanto le refirió José Juan, paralizado por la fuerza de la revelación.

¿Qué haría José de Oviedo y Baños —se preguntó de pronto— ante esta terrible historia? Si con lo que le tocó escribir fue capaz de adulterarla.

Oviedo y Baños es quizás el único ser a quien Jorge Blanco menosprecia y hostiliza sin posibilidad de componendas, y en especial desde que leyó el bodrio que confeccionó con los voluminosos informes que tanto él como Nicolás de Herrera y Ascanio le suministraron por escrito y de viva voz.

—El único pecado que no perdono en un hombre —le decía a Feliciano Palacios

— es la cobardía, la inconsistencia y la hipocresía logrera y ventajista, como es el caso de este niño Oviedo.

Don Feliciano, por ser la tercera vez en menos de dos meses que Jorge se expresaba tan despectivamente de Oviedo y Baños, no dejó de preguntarse: ¿Qué habrá de todo esto? Es cierto que Oviedo no es santo de su devoción, con aquella cara de sacristán asustadizo, untuoso y jalabolas. Es verdad que casó con Doña Pancha, más fea que una batata, nada más que para emparentar con los Tovar; es verdad que es más fastidioso que sordo en velorio; pero de ahí a que Jorge Blanco, que no habla mal de nadie, ni permite que en su presencia alguien le dé a la lengua contra el prójimo, no se le pueda nombrar al Oidor sin descargarle como si le hubiese robado unos reales, es cosa rara.

—No tienes por qué asombrarte —le respondió el Águila Pasmada—. Hay ciertas actividades en la vida, como la de maestro, cura e historiador, que no admiten ninguna componenda ante la verdad. Un político, y es su derecho, puede mentir. Un comerciante y así lo sabe la gente, casi siempre engaña. El esclavo y el siervo están consustanciados con el disimulo y la falacia: de ello depende la sobrevivencia. Un hombre común y corriente, como tú y como yo, no estamos obligados a decir la verdad. Pero —un historiador, que a la postre será la memoria de un pueblo, no puede mentir. Y se miente, como es su caso, cuando se omite la verdad. De ahí mi encono contra ese mequetrefe.

Feliciano, pretextando una diligencia, se marchó tras aquellas palabras. Jorge, manos cruzadas sobre el escritorio, siguió atado a la imagen de Oviedo y Baños.

¡Qué distinto a su tío, mi buen amigo y excelente Obispo, Don Diego de Baños y Sotomayor!

Restalla el estornudo. Sopla el pañuelo. Lagrimean sus ojos. Aparece el Obispo.

A pesar de aquella cara agitanada, de aquel bigotillo de seductor arrabalero y de su inmensa nariz de hombre tomado por los sentidos, Don Diego de Baños y Sotomayor además de virtuoso, lúcido y pío, era sincero, valiente y honesto con su grey.

—¿Quién nos iba a decir? —retumbó en su mente la voz recia y castiza del antiguo confesor de Carlos II— que yo terminaría de Obispo de Venezuela.[148]

La Casa del Pez que Escupe el Agua se ha engalanado ese día en que Don Diego accedió a merendar en casa de Ana María y de sus dos hijos, Jorge y José Juan.

Desde hace dos días Ana María prepara tortas, dulces y confites. El Pez dibuja nimbos de agua y la servidumbre se ha calado sus mejores vestimentas.

—Hoy cumplo nueve años dé haber llegado a Venezuela —dice el Obispo al corro de mantuanos que lo rodea, y como si tuviese dudas pregunta a su sobrino, el joven Oviedo y Baños—: ¿No es así, José?

—Así es, Su Eminencia —responde presto y humilde—. Llegasteis exactamente

el 12 de agosto de 1686.

—¡Qué memoria, Dios mío! —exclama Ana María.

—Gracias, mi ilustre señora —respondió el secretario y sobrino del Obispo, que a los veintidós años había alcanzado singular significación en la vida de la Provincia, gracias a su espíritu servicial y a las funciones que en él delegaba su ilustre tío.

—De gran meneo ha sido vuestro obispado —observa José Palacios.

—En efecto, así lo ha sido —responde el Obispo sonriendo a medias.

La crisis económica se ha agudizado a causa del cacao de Guayaquil. Los piratas continúan haciendo de las suyas. Las viruelas y el vómito prieto que en el 87, junto con la fiebre amarilla, hicieron tantos estragos, han vuelto a presentarse una vez más. [149]Ya son varios los muertos.

El año pasado el Gobernador de Venezuela, Jiménez de Enciso, a solicitud de los Amos del Valle fue destituido por su sustituto el juez pesquisador Diego Bravo de Anaya, que si se descuida seguirá el mismo camino de su antecesor.

Los criollos son incorregibles —le ha escrito varias veces al Rey—, de una parte protestan ante su graciosa Majestad por el daño que les produce el cacao del sur, exigiendo en compensación fueros y privilegios como no los tiene en el Imperio cabildo alguno, ni nobles muy encumbrados. Por la otra contrabandean abiertamente con los herejes de Curazao, vendiéndoles el precioso fruto a precio de oro.

Baños repite a los mantuanos lo escrito al Rey en tono entre zumbón y afectuoso:

—Sois unos tramposos sin remedio.

—Tramposos no, Su Eminencia, avispados no más —le observa José Juan antes de engullir un pedazo de majarete.

—La verdad sea dicha —interviene Ana María— que las cosas se están poniendo cada vez peores para ganarse la vida.

—Y ahora el Código Negro —agregó José Palacios.

José Palacios se refería al reglamento impuesto por Luis XIV[150]mediante el cual se regulaba el trato dado a los esclavos en sus colonias.

—Dígame eso de que no se le puede dar más de veinte latigazos a un negro —protestaba otro, de apellido Liendo.

—Y si matas a uno, o lo mutilas, te siguen juicio —añade José Juan, socarrón.

—Hay que darles bien de comer, en dos platos, vestirlos adecuadamente —zumba Ana María—; en vez de esclavos vamos a tener señoritos.

—Si a punta de látigo y pistolón no quieren trabajar, imagínense ahora —brama uno de los Gedler—. Se pudrirá el cacao en las matas.

—¡Esto es la ruina! —dijeron todos—. ¡Esto ya no se puede aguantar!

—Hace seis años —protesta ya enfurecido Francisco Carlos de Herrera y Ascanio — suprimieron el régimen de encomienda. A mí se me fueron todos los indios que tenía en Guacara y ahora vienen a acuñarnos el Código Negro. ¿Quién va a trabajar la

tierra?

—Es el progreso, amigo mío —responde apacible el Obispo.

—¡Qué progreso, ni que ocho cuartos! —ruge otro de los plantadores—. A mí lo que me importa es que respeten mi trabajo.

—¿Tu trabajo o el de los demás? —le respondió sibilino Jorge Blanco.

Enfurecido el emplazado, luego de echarle en cara a Jorge que no era más que un badulaque al servicio de la corona, se marchó a la calle, besando apenas la mano del Obispo.

Jorge, desde que llegó de España con su cargo de Regidor, venía indisponiéndose paulatinamente con los Amos del Valle, reacios a variar sus modos y costumbres de explotación.

—Si creen que desde allí y sin mover un dedo —dice otro de los plantadores— van a hacer con nosotros lo que les venga en ganas, están pelados.

Baños y Sotomayor ve con aprensión al que habla y un sordo temor lo conmueve. El resentimiento de la clase noble contra el Rey de España va en aumento. Lo de la Encomienda y el Código Negro los tiene fuera de sí. Al igual que las intromisiones de los gobernadores en el contrabando y en sus fueros feudales.

Los mantuanos —escribió hace poco a Carlos II— dueños de vidas y haciendas, y al margen de las leyes del reino por fueros y privilegios que se les otorgaron en otros tiempos en compensación al desamparo y aislamiento, mantienen dichos fueros, no obstante ser la situación distinta. Venden la casi totalidad de su cacao a los holandeses, privando a España de tan precioso fruto y a las rentas reales de crecidas cifras. Aparte de dar paso a la herejía de Lutero. El Marqués de Casal, vuestro anterior gobernador, intentó poner coto al desafuero. Intrigas y sobornos lo hicieron pasar por culpable, y en vez de apoyo fue destituido. Venezuela, tal es la soberbia, poder y riqueza de unas veinte familias, que antes que colonia de Vuestra Majestad, parece un reino vecino codiciado por Holanda. De no tomarse las medidas pertinentes, esta Provincia pronto ha de pasar, sin disparar un tiro, a los holandeses, quienes por el momento se limitan a estimularlos brindándoles apoyo militar y financiero para que se emancipen de España, y ahora que la paz Ryzwick[151]señala la mengua de nuestro poderío militar. La destitución del noble y responsable Diego Jiménez de Enciso, repito, es obra de los mantuanos. Por obstaculizarlos en sus torvos y desleales comercios. Ya las mismas fuerzas e intrigas se ciernen sobre Don Diego Bravo de Anaya, su sucesor, por seguir los pasos del que ingenuamente destituyó. Los mantuanos, a causa de la permanente vigilancia de su territorio, por otra parte, contra piratas e ingleses, son avezados guerreros con legiones y bandas propias. El auge del militarismo será causa de muchos males.

Otras dos personas acompañan al Obispo esa tarde en que visita a Jorge Blanco y Mijares: su sobrino Don José de Oviedo y Baños, un mozo de unos veintidós años, y

el Capitán José Antonio Plaza, transferido a Venezuela cuatro años atrás, por estar comprometido con el Conde de Rabenac para que la Guarnición de Fuenterrabía, partidaria de los derechos sucesorales del Rey de Francia, entrase en España por estar opuesto al matrimonio del ya moribundo. Carlos II con la princesa alemana Ana María de Neuburgo. Plaza es un hombre enérgico. Oviedo es cauteloso, prudente y comedido.

La dramática situación que vive España como consecuencia de la terrible lucha sucesora que se avecina, ocupa la conversación.

—Si España pasa a ser coto de Luis XIV —observa acre José Juan para mayor inquietud del Obispo— cesan nuestros compromisos con la Corona.

El Obispo, que es antifrancés, es sacudido por la angustia. El final de la Casa de Austria es inminente. La ascensión al trono de España de un hijo o un nieto de Luis XIV luce forzada.

Los criollos, dueños del poder y de la riqueza, quieren emanciparse. La oportunidad la pintan calva. ¿Qué hacer, Dios mío, ante estos vientos encontrados?

Apenas se hubo marchado el Obispo, sus temores tomaron la forma presentida:

—Tan pronto se muere el Rey —dijo Bernardo Rodríguez del Toro— nos declaramos libres e independientes y nos ponemos bajo la protección de Holanda.

—¡Jamás! —gritó fuera de sí y para sorpresa de todos Jorge Blanco—. Nunca consentiré la tutela de los herejes y mientras viva, guardaré fidelidad al Rey de España, sea quien sea.

Palabras fuertes cruzaron los presentes con Jorge. Cuando se marchan, José Juan, su hermano, vio con dolor que Jorge había sido execrado por el grupo por disentir de sus intereses e ideas.

Cerca de medianoche, y aún conmocionado por la discusión, Jorge se dirigió a su alcoba del cuarto alto. Una enorme cama de baldaquino que hizo tallar en Madrid, centra la espaciosa habitación, flanqueada por cuatro largos pasillos cubiertos de trinitarias. Al llegar al final de la escalera sintió rasgar dos veces la cuerda de un laúd. Miró hacia el samán del Cautivo. La noche estaba oscura, se persignó y fatigado como estaba, se echó en la cama.

Apenas apagó la vela aparecieron en duermevela la terna de los tres súcubos que le ofrecía el gato infernal. Una catirruana de pechos firmes, ojos azules y boca grande era su preferida. La llamaba el Arcángel Concupiscente. Regodeándose en ella se sumergió en un sueño corporalizado. De pronto despertó. El laúd era un torrente melodioso. Sintió un chistido al pie de la cama. El gato de los ojos rojos lo está mirando. Esta vez no le hace señas para que baje al patio. Se yergue en dos patas. Crece hasta alcanzar la estatura y forma de una mujer. Era la súcuba catirruana.

119. Yo soy tu cuelga, mi amo

Despertó con amargo sabor, como sucedía cada vez que el demonio le arrancaba su simiente. Se flageló la espalda; se amarró el cilicio hasta sangrar y adolorido y culpable se dirigió a la Plaza Mayor, donde había de celebrarse esa mañana un Cabildo Abierto.

El Gobernador y el pueblo, en derredor, siguen con atención sus palabras.

—No es posible —clamaba dirigiéndose a los capitulares— que en vez de ser apóstoles de la virtud, seáis, por lo contrario, agentes del vicio, mercaderes de todo tráfico, mal ejemplo y caminos de abyección.

—¡Bravo! —clamaron inesperadamente las barras.

—No es posible que además de comerciar con todo seáis los dueños de la casi totalidad de las tierras, amos del Cabildo y aves cluecas de torcidas leyes.

Ño Cacaseno, el joven mayordomo de Juana Francisca, que hacia su primer viaje a Caracas, aplaude emocionado.

—No es posible —prosiguió, aludiendo a una joven pareja que prefirió el suicidio antes de consentir que uno de los presentes ejerciese un invocado derecho a pernada — que también dispongáis de la honra de vuestros siervos, hasta el punto de haber dado lugar a tan espantable tragedia.

El Gobernador Bravo de Anaya dio claras señales de asentimiento en medio de otra cerrada salva de aplausos que incomodó a los capitulares. Éstos, inclinados sobre la mesa, veían a Jorge con redoblada hostilidad, haciéndose señas entre sí de que el Águila Pasmada había perdido su juicio.

—Sí —clamó con redoblada energía al captar las señales—. Es fácil acusarme de loco. La difamación ha sido siempre la fórmula más socorrida para aniquilar a los que arremetemos contra los intereses creados. Yo vivo de acuerdo a mi tiempo y a mis circunstancias. Jamás he seducido a ninguna mujer ajena y mucho menos —prosiguió elevando la voz mirando hacia Gedler— he asesinado a un esclavo por el terrible delito de haber interrumpido mi siesta.

Interjecciones violentas estallaron entre los regidores y extraños murmullos en la muchedumbre.

—¡Mentís como un bellaco! —saltó rabioso el aludido.

—¡Reportaos, señor de Gedler! —ordenó el Gobernador.

—¿Sabéis, por casualidad —prosiguió Jorge—, gente que me escucha, cuál fue el castigo que se le impuso a tan feroz criminal? ¡Qué pagase el precio del esclavo! ¡Cuál si fuese una bestia!

Nuevos gritos y amenazas sacudieron la plaza.

—¡Decidme, pueblo! —proseguía patético Jorge—. ¡Decidme, Gobernador! ¿En qué país cristiano ocurren semejantes cosas?

Bravo de Anaya asintió con la cabeza.

—¿Es que acaso esto sucede en España? ¡Os pregunto, Gobernador! Decídnoslo,

Excelencia.

—De ninguna manera —afirmó rotundo Bravo de Anaya mirando a los regidores con ceño amenazador.

—¿Quién es el loco entonces, el que mata impunemente a un hombre contra todas las leyes humanas y divinas, o los que velamos porque ellas se cumplan?

Una marejada de aplausos, vivas y rechiflas sucedió a sus palabras. Los capitulares adustos y sombríos miraban con odio su elevada y mal hecha figura.

—¡Vámonos pal carajo! —ordenó alguien. Y entre un chirriar de sillas se pusieron de pie.

—¿A dónde van vuesas mercedes con tanta prisa y malestar? —les soltó Jorge con fingido aniñamiento—. ¿Es que acaso no tenéis mejores razones que oponer a las mías?

Entre confusos y esponjados de rabia lo miraban tiritando en su inmovilidad.

—¿Os dais cuenta, gente buena que me escucha —prosiguió con voz suave de amplios registros— que en este Valle todo esto de Cabildo y leyes del Reino no es más que una pantomima donde sólo impera la ley de la fuerza, la que imponen los Amos del Valle?

—¡De los cuales formáis parte! —le espetó un Ascanio, brotada la dentadura y con el puño amenazante.

—Afortunadamente lo soy —respondió mostrando en una media sonrisa sus escasos dientes—. Afortunadamente tengo tanto o más poder y riqueza que todos vosotros juntos. De lo contrario no estaría aquí; ni mis palabras resonarían en este sitio. —Y cambiando de tono exclamó enfático:

—Yo sí soy un Amo del Valle, pero con la conciencia plena de cuáles son mis deberes. Y el primero de todos es hacer luz en el entendimiento de esta gente y no aprovecharme de su ignorancia para explotarlos miserablemente, como hacéis vosotros.

Los regidores, fijos al suelo, eran molinos de aspas coléricos.

—… Vosotros —clamaba Jorge destemplado— no habéis formado a ese pueblo de acuerdo a las normas cristianas que conocéis de sobra. Por lo contrario, disteis rienda suelta y acrecentasteis las tendencias bárbaras que entre ellos existían. Vosotros —clamó a todo pulmón— no formasteis a ese pueblo bárbaro. Dejasteis —prosiguió con melancolía— que ese pueblo bárbaro os formara a vosotros.

Bramaron al unísono los emplazados y a otra voz, con precisión miliciana, dieron media vuelta y batiendo sus capas negras buscaron la calle.

Tronó la voz del Gobernador.

—Señores regidores y alcaldes. Volved a vuestros sitios ahora mismo y haced Cabildo. Don Jorge Blanco todavía habla.

Los munícipes sin volverse, detuvieron el paso. Inmóviles y de espaldas quedaron

ante el reclamo. Súbitamente se dieron vueltas. Torvos, decididos y airados, avanzaron hasta el Gobernador.

—No tenéis derecho a ordenarnos nada —le espetaron sibilantes—. El Cabildo es quien, por lo contrario, os puede ordenar a vos.

Un visaje temeroso cruzó los ojos del Gobernador. Sobrepuesto a sus dudas respondió, bronco y retador:

—Sé que no tengo derecho a imponeros nada. Pero vosotros tampoco tenéis derecho a quebrantar las leyes del Reino.

—¡Callad, Gobernador! —gritó el Regidor Decano—, o por la ceniza de mis padres os…

Bravo de Anaya fuera de sí lo atajó echando mano al pomo de su espada.

—¡Guardas, prended a estos hombres!

Ante una señal del Regidor los vacilantes alabarderos se detuvieron en seco.

—El que va a ser preso y destituido ahora mismo, sois vos, señor Bravo de Anaya: por arremeter contra la soberanía del Ayuntamiento, irrespetar gravemente a sus miembros e incitar al pueblo a la rebelión.[152]

Por una semana incoaron el expediente que enviarían al Rey junto con el Gobernador.

—Pasado mañana —comunicó a Jorge el señor de Bolívar— nos reuniremos en Cabildo Abierto para oficializar la destitución.

—Te avisamos con tiempo, a objeto de que tengas tiempo de escribir tu voto razonado.

—¿Tenéis miedo de mi protesta?

—¿Miedo nosotros, Jorge Blanco? ¿Es que acaso te olvidas quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos? ¡Vamos, hombre!

Voces airadas y de timbre apacible se encendieron apenas se quedó solo.

La cristianización de América —decía una de timbre agudo— más que su misma conquista fue proeza de unos pocos dentro de multitudes bárbaras que conspiraban continuamente para echar marcha atrás.

El hombre ante el peligro extremo —asentía otra— se afirma inclemente.

Con palabras y buenas razones no se les mete por el aro —añadía una—. ¿O es que se te ha olvidado, Águila Pasmada, el caso de Julián el de las Mendoza, personificación eterna de lo que sucede en estas tierras a los que no tienen tabaco en la vejiga?

Nuestra soberbia nació del escarnio. Las Águilas Chulas, por el sólo hecho de ser españoles venían a despojarnos de lo que nuestros padres y abuelos hicieron por España.

Por más de cien años —y a pesar de los indios, de los ingleses y de los piratas— el Rey se olvidó de nosotros. Ahora somos ricos. Ahora que el chocolate se ha

convertido en oro ¿nos van a enviar rectores que además de esquilmamos nos digan cómo debemos hacer con el mundo que hicimos con nuestras manos?

Con tu actitud —seguía la voz tercera— has comprometido gravemente nuestra autonomía. Has abierto brecha al Rey para entrar a saco en la Provincia.

«Caballo de Troya».

«Don Julián».

«¡Judas!».

«Malinche, macho».

«¿Es que acaso en tu casa no te enseñaron que los trapos sucios se lavan en casa y que con los tuyos, con o sin razón?».

«¡Cobarde, miserable, resentido! ¡Nos echas en cara frente a nuestros enemigos, que son los tuyos, los pecados que por güevón y por cobarde no te atreves a cometer! Gozaste una bola, en tu vanidad insatisfecha».

Mientras las campanas doblaban a muerte, uno a uno los Amos del Valle fueron estampando su firma en el Cabildo Abierto, donde se consagraba la destitución de Bravo de Anaya.[153]

—¡Don Jorge Blanco y Mijares! —enunció el Regidor Decano.

Al otro extremo de la mesa Jorge se puso en pie.

—¡Qué el señor de Blanco y Mijares! —volvió a decir solemnemente— exprese clara y libremente todo cuanto tenga que decir sobre la destitución que este Cabildo ha hecho del señor Bravo de Anaya por abuso de autoridad y grave afrenta al Ayuntamiento.

Ño Cacaseno tomó por el brazo a Rubén Pelao:

—Ahora viene lo bueno.

Una apesadumbrada resignación signaba el rostro de regidores y alcaldes. «No era nimiedad destituir en dos años a dos gobernadores, y más si el Regidor Perpetuo impuesto por Su Majestad salva su voto y protesta de aquella decisión». El privilegio del Cabildo para destituir a los Gobernadores tocaba a su fin.

Jorge se detuvo ante el Regidor Decano. Miró a sus colegas y al pueblo. Su voz trepidó en el silencio.

—Luego de reflexionar por dos semanas, he llegado a la conclusión de que el Gobernador Diego Bravo de Anaya debe ser destituido.

Y ante el estupor de todos firmó acta y expediente, dio media vuelta y se marchó a su casa.

Ya los pájaros cantaban y Jorge dormía. Se sobresaltó. Un cuerpo oloroso a sábila se sentó en la cama y una voz cantarína le dijo: ¡Feliz cumpleaños! ¡Soy tu cuelga, mi amo!

Una deslumbrante mulata de facciones perfectas y sonrisa blanca lo miraba.

—¿De dónde saliste tú? —preguntó con asombro.

—Mi nombre es Salustia. Fíjate lo que tengo aquí —dijo señalando un cartel que llevaba al cuello.

«A Jorge Blanco en el día de su onomástico. Sus hermanos del Ayuntamiento».

La actitud asumida por Jorge en el caso de Bravo de Anaya lo reconcilió definitivamente con sus colegas y parientes. La esclava cuelga era una expresión del nuevo afecto que había entre Jorge Blanco y los Amos del Valle.

Tras la puerta apareció Ana María, sacudiente de alborozo y esgrimiendo unas botas nuevas.

—¡Feliz cumpleaños, mí amor!

Luego de besarlo y amapucharlo le ronroneó:

—¿Y qué te parece Salustia? Me dijo José Palacios que entre todos hicieron una vaca para regalártela. Dice el artillero que es la mejor cocinera que hay en estos reinos. Si tú vieras las arepas rellenas que me hizo para el desayuno. ¿Dónde aprendiste a cocinar tan sabroso, mijita?

Salustia todas las mañanas llevaba el chocolate a Jorge, despertándolo con la misma cadencia y sentada en su cama. Desde su llegada, los súcubos tenían el cuerpo y la cara de la mulata.

Aquella mañana soñaba que Salustia lo acariciaba con pericia en un cujizal. De pronto descubrió que no soñaba. Salustia realmente acariciaba el turpial, que entre sus manos cantaba.

Sus ojos brillaban de lascivos intentos; pero bruscamente se sentó en la cama. Con el rostro endurecido rugió martilleante:

—¿Y esto qué significa, esclava atrevida? ¿Cómo te atreves a mancillar mi cuerpo?

Salustia cambió la sonrisa en llanto.

—Te he de sepultar —bramaba el vejete sacudiéndole el índice— en un lugar recóndito, para que allí des rienda suelta a tus asquerosidades.

De rodillas gimoteaba la mujer con el rostro lleno de lágrimas.

—¡Perdóname, mi amito! Pero no es mía la culpa, sino de la gente del Ayuntamiento. Mi anterior dueño fue quien me metió en el vicio. Antes de traerme a tu casa me dijo que si lograba pasarte por el filo me compraría de nuevo para darme la libertad y casarme yo con Rubén Pelao, que es el hombre que me da vueltas. Como yo pusiera reparos, pues según dice el cura, después de él, del amo y del marido, toda fornicación es adulterio, me amenazó con venderme al señor de Ibarra, que le huele la boca a perro viejo.

—¡Canallas! —exclamó airado—. Querían privarme de la autoridad moral que les escuece. Ponerme mordaza de hembra en la boca; convertirme de águila en cachicamo para que no le dijese al morrocoy conchudo; pegarme su lepra para que no volviese a hablar del degrado. ¡Oh, malditos truhanes!

De pronto detuvo el paso. Se arrancó de un manotón el gorro de dormir y clavando sobre la esclava aquella mirada que a veces se hacía profunda e impresionante, agregó con acritud de gran señor generoso:

—Te daré una recompensa por haberme revelado la añagaza que los muy truhanes urdían contra mí. Serás libre y así podrás casarte con tu novio.

Una sonrisa enmeló su rostro.

—Ay, gracias, mi amo —respondió tintineante sacudiendo el hermoso cuerpo macizo.

Jorge la volvió a mirar. En aquel cuerpo de calientes recodos se empollaba un turpial de canto limpio y sonoro, de alegre revolotear.

Salustia al captarle el arco tenso de sus comisuras y el fulgor aposentado en sus ojos, le dijo con voz fingidamente humilde y soberbiamente retadora:

—Pero si es tu gusto, yo me quedo calladita a la boca y no digo nada.

De un tirón se arrancó la dormilona.

—¡Véngase pa'cá, mi negra moruna!

Y cerrando con violencia la puerta, cabalgó sobre la hembra bien hecha, caliente y revolcadora.

—Se salieron con la suya los malandrines del Ayuntamiento —exclamó penitencial mientras la negra se vestía.

Volvió a poseerlo la ira. Con empaques de austera resistencia sentenció fustigante:

—Y ya sabes, si dices algo, te venderé al primer extranjero que pase por La Guayra.

—Descuida, mi amo —añadió melosa y convencida— de esta boca no saldrá ni pío.

Ya para marcharse le susurró por la puerta entreabierta, luego de guiñarle un ojo y de hacerle trompitas:

—¿Sabes una cosa?… eres muy rico, mi amo.

Por más de un mes Salustia llevó el chocolate a Jorge entre el canto estridente del turpial. A las dos semanas de este cacaoteo, descubrió con espanto que era la hija de Salucita y Makandal, la nieta de Salú y de su propio padre, el Águila Dragante. De una parte era su sobrina, como lo era Rubén Pelao, su novio, el hijo de su hermana Yolanda y del infortunado Adelantado de los Rumores.

Qué horrible contubernio es este país. Por obra de feria de balanos y vaginas donde se entra y se sale sin bardas ni cortapisas, los amos cohabitan con esclavas que lo mismo pueden ser sus sobrinas, hermanas o tías. En uno de estos deslices cualquiera se fornica a su abuela. Esto no puede seguir así: es una mezcla de Babel con Sodoma, Gomorra, Pompeya y Cafarnaúm.

Aquella mañana dijo Salustia a Jorge con voz quejumbrosa:

—¿Sabes una cosa, mi amo? Me has preñado.

—¿Cómo? —gritó el Regidor sacudido de sorpresa y pánico.

Una ventisca helada lo sacudió al darle detalles. «La lengua es castigo del cuerpo. Toda una vida clamando contra los que explotan sexualmente a sus siervas, para que ahora y después de viejo, me encuentre en trance de ser padre de un hijo natural de una esclava, que encima de ser mi sobrina ha de casarse con el hijo de mi hermana». ¡Menudo pastel el que has armado, Jorge Blanco!

Todo el día lo pasó con el cilicio puesto, purgado y entregado a la oración, descubriendo para su sorpresa, que no era el afán de justicia y el recto proceder lo que más lo perturbaba, sino su imagen de casto y ejemplar varón puesto en pico de zamuro por un arrebato nocturno.

Luego de un día de intensa reflexión, encontró una respuesta a sus inquietudes:

—Te daré cien doblones y la libertad —dijo a Salustia— si te casas con Rubén Pelao y le echas el muerto a él.

Para su descanso la negra aceptó la propuesta:

—¡Qué Dios te lo pague, mi amo! ¡Dios te lo pague! Ten por seguro que así se hará, y el hijo que llevo dentro no le hará mal a tu honra. Será hijo de Rubén y nadie lo sabrá. Descuida, mijo. ¡Dios te bendiga!

Aquella mañana Jorge y Salustia cacaotean en el cuarto alto. Fuertes golpazos cayeron contra la puerta. El pánico lo lancinó. Era la voz de su madre:

—¡Jorge!, ¡ábreme la puerta inmediatamente! —rugía Ana María.

«¡Trágame tierra! ¡Muérete madre!» —farfulló con los ojos extraviados.

Ana María pegaba y clamaba:

—¡Jorge, que me abras! ¡No disimules! ¡Yo sé que tienes adentro a la bandida esa de la Salustia!

Una nueva andanada de golpes sacudió a sus palabras. Exasperado mordía las sábanas.

—¡Qué me abras! —ordenó la mujerona— o voy a tumbar la puerta. .

Un golpe sordo chocó contra el maderamen. Un grito ahogado se sucedió. Algo pesado cayó sobre el piso. Luego fue todo silencio.

Jorge corrió hacia la puerta. Ana María, su madre, estaba desmayada, amoratada y yerta.

UNDECIMA PARTE
El Gran Amo del Valle y la historia sepultada

120. Cañas y Merino y el pecado de Thamar.

La culpa mordió a Jorge Blanco.

—¡Soy un matricida! —clamaba lloroso.

—Ni tan calvo ni con dos pelucas —respondía indefectiblemente su hermano José Juan—. No hay incendio sin candela, ni huérfano con mamá.

Resbalaban las palabras del canónigo en su desconsuelo.

A Salustia la echó de su lado casándola con Rubén Pelao.

La antigua esclava parió una niña a quien bautizaron Teresona.

—Esto sí me parece cobarde y malvado —le espetó José Juan al enterarse—, si los pecados de la carne tienen perdón a los ojos de Dios, no así los del engaño. Has debido de asumir tu responsabilidad y no echarle el muerto a otro. Pero en fin —se dijo desinflándose— a lo hecho pecho. Vela hipócritamente por su hija y trata de aliviar sus males.

Salustia, por intermedio de José Juan, recibía una crecida suma para cubrir las necesidades de Teresona, quien a los catorce años era una garrida moza que tenía de cabeza a todo el hombrerío de la ciudad y que al decir de José Juan era una mezcla a partes iguales de la bíblica Salomé con la caraqueñísima Pelo e Yodo.

Jorge una vez más sucumbió a la desesperación al enterarse de la suerte de su hija:

—¡Mírame el mal camino que ha cogido! —gimoteaba esa tarde al canónigo—. ¡Yo soy el responsable! ¡Yo soy el culpable!

—No seas gafo —respondíale su hermano—. Teresona ha tenido padre y madre. Y si Rubén, nuestro sobrino, es una bala perdida y la negra Salustia es como Dios la ha hecho, la culpa no puede ser tuya.

Dando traspiés Teresona parió a un hijo sin que se supiese a ciencia cierta el nombre del padre. Como era oscuro y hediondo, en alusión a sus posibles progenitores, lo apodaron Mojón de a Ocho.

Teresona a pesar de esa gracia insulsa terminó de manceba del despótico y depravado Gobernador Cañas y Merino:[154]Borracho, putañero e irreverente; a quien su Majestad según se decía envió a los mantuanos como afrenta y expiación. Se mofaba de los más caros valores; sus amigos y confidentes eran la hez de la ciudad; se embriaga en público y andaba a cielo descubierto con las prostitutas más ruines del Silencio. Era arbitrario y enloquecido: por razones que nadie logró explicarse mandó a talar todos los árboles de la ciudad. Era natural de África por lo que se le llamaba el Africano. Comerciaba y especulaba con todo.

Rubén Pelao, de vago contumaz, gracias a su hija Teresona pasó a ser factor de poder en la administración del Africano y hábil negociador de la Guerra de Sucesión, que por el trono de España se libraba tanto en España como en el Caribe.[155]

La Provincia, a causa de las interferencias en la navegación, estaba en ruina. En 1712, después de cinco años llegó el primer barco procedente de España. El cacao bajó de ciento cincuenta y seis a cincuenta reales la fanega. Los artículos de primera necesidad como el aceite, el vino y la harina desaparecieron del mercado. Rubén, como persona interpuesta del Gobernador, contrabandeaba con los holandeses: vendiéndoles de una parte la codiciada nuez y revendiendo a precios exorbitantes los artículos en carestía.

El aislamiento proseguía: La Provincia al igual que todo el imperio estaba en bancarrota. No había dinero para pagarle a las milicias. La deuda interna de la Caja Real llega al medio millón. Salvo la que exhiben el gobernador y sus corifeos, caras largas se ven por doquier.

Entre los áulicos de Cañas hay un mozo moreno bien plantado, natural de Cumaná, de nombre Francisco de las Mariñas El cumanés ronda a María Liendo Gedler, media hermana de Feliciano Palacios. María se postra por el capitán. Los Liendo, Gedler y Palacios ven con malos ojos el noviazgo no sólo por ser esbirro del Africano, sino también por su color un tanto arrosquetado. Uno de los Gedler, luego de un viaje a Oriente, dice a su madre y hermanos, preso de grave excitación, que Francisco Esteban de las Mariñas es hijo de aquella mulata llamada Salucita. A la madre de Feliciano le da un soponcio. El muchacho masculla amenazas. El consejo de familia prohíbe los amoríos. Feliciano en persona, espada en mano, se encarga de «amenazarlo de muerte» si cruza frente a la finca.

El de las Mariñas se queja ante Teresona, su sobrina. Déjenlo de mi cuenta —responde el Gobernador— ya lo arreglaré a mi manera.

Ríen sus testaferros. Cañas es un tipo impredecible en sus diabluras. Buena que la hizo por irrespetarle los vecinos a Teresona. Ningún gobernador hasta la fecha se ha exhibido con su querida en lugar tan exclusivo como el Paseo de Ronda en la Plaza Mayor. Los mantuanos injuriados, al verlo llegar, responden a sus saludos con dientes apretados y en sesgo insolente abandonan la plaza.

Al domingo siguiente escasea la concurrencia. A la tercera semana no hay un solo mantuano en la Plaza de Armas. El Africano al captar el desaire comenta a sus conmilitones:

¿Con que así es la cosa? ¡Pues ya van a ver!

Al domingo siguiente, para estupefacción de la ciudad, organiza en la Plaza de Armas carreras de gatos. Y al otro, un extraño juego donde jinetes al galope degüellan, al paso, gallos enterrados hasta el cuello. El público celebra a carcajadas las ocurrencias de aquel gobernador que por primera vez hace irrisión de los

mantuanos.

Un domingo, los Amos del Valle ven con horror al verdugo de la ciudad, de bastón y peluca entrar a Catedral, acompañado por su barragana, una zamba gorda, tocada de gran manto. A bastonazos son expulsados del templo. Cañas, rodeado de Teresona y sus áulicos, ríe a carcajadas en la cera de enfrente.

Feliciano Palacios, amenazante, se les viene encima.

—Yo, vos —lo ataja antes de que hable—, trataría al verdugo con más cortesanía. Nunca se sabe…

—¿Se sabe qué? —respondió silbante y, privado de voz por la ira que lo embargaba, se retiró calle abajo seguido por Jorge Blanco mascullando amenazas—: ¡Maldito sea este piazo de loco!

—No creas en la locura de quien gobierna. La arbitrariedad que a veces parece amencia suele ser el ardid del tirano que comienza. ¡Ojo con las loqueras de Cañas! Presiento que de aquí en adelante sus diabluras irán en aumento. Cuando un gobernante ultraja a la familia, fundamento del estado, como hace este canalla, es capaz de llegar al peor de los excesos.

Tal como lo predijo Jorge Blanco los escándalos y borracheras del Africano eran cuentos de no parar. La hez de la ciudad eran sus doce apóstoles. Sus orgías llegaron a tales extremos que los disolutos mantuanos se hicieron pacatos.

¿Quién nos iba a decir que el mejor corrector de la disipación caraqueña iba a ser el belitre de Francisco Cañas y Merino?

Feliciano Palacios pasaba en Turmero los carnavales. Su medio hermano Santiago Liendo, rostro demudado, voz entorpecida le dio la noticia:

—Francisco Mariñas, el mulato que cortejaba a María se presentó ayer en Tamanaco, acompañado de Cañas y Merino y un piquete de tropas y, haciendo caso omiso del llanto de nuestra madre, se la llevaron para Caracas…

—¡Maldito sea! —estalló Feliciano.

—Ayer mismo se casaron…

—¡Carajo!

—Teresona y el gobernador fueron los padrinos…

—Hijo de la grandísima…

—Están viviendo en casa de Cañas y Merino.

A la media tarde del día siguiente llegaron a Caracas. La ciudad aquel martes de Carnaval estaba perturbada y ansiosa. Turbas armadas marchaban hacia la Plaza Mayor.

—¡Abajo el Africano!

—¡Muera Cañas y Merino!

—¿Pero qué es lo que pasa?

—Cañas y Merino hará dos horas jugando carnaval agarró a una muchachita que

lo mojó de azulillo y borracho como estaba la robó en vilo ante sus padres y a la orilla del río la violentó.

—¡Coño!

—La ciudad está que arde.

A punta de cañón lo obligaron a rendirse. Jorge Blanco y Feliciano, espada en mano, lo hicieron prisionero. En un rincón del patio, María abrazaba a su marido.

—No lo mates —suplicó a su hermano, quien se les vino encima con expresión enloquecida—. No lo mates que yo lo quiero.

Feliciano, luego de cavilar por medio minuto, dejó caer:

—Tienen dos horas para largarse de Caracas. Luego de ese plazo no respondo por la vida de este perro canalla.

Cañas y Merino fue remitido prisionero a España junto con un largo expediente. El Africano fue condenado a muerte, salvándose de la última pena por la amnistía que dio el Rey por el nacimiento del Príncipe de Asturias.[156]

Francisco de las Mariñas y María Liendo se establecieron en Cumaná. Y Rubén Pelao murió al poco tiempo dejando a la familia en la mayor miseria. A los tres meses de la destitución del Gobernador, Teresona parió a una niña a quien bautizaron Genoveva.

Jorge Blanco volvió a sollozar:

—Fíjate en las consecuencias de mi pecado. Mi hija se ha llenado de escándalo y da mal ejemplo a la ciudad. ¿Cuántas mujeres al verla triunfante y sin sanción han seguido y seguirán su ejemplo?

—¡Ay, Jorgito, por Dios! —respondía José Juan—. ¿Te vas a echar el muerto encima, cuando esta ciudad pecadora es así desde que llegó al Valle Don Diego de Lozada? Si acaso quieres un chivo expiatorio búscate al Cautivo, autor principal de este relajo.

La negra Salustia en su abuelazgo conservaba el cuerpo, la cara y los dientes de la rica hembra de veinte años atrás. Jorge, que tenia años sin verla, se inflamó de tal forma aquel día que la topó en el mercado, que estuvo tres días de cilicio amarrado, entregado a la oración. Teresona, luego de haber sido mujer de un Gobernador, no volvió a las andadas, en el sentido, como ella misma decía, «de ser la pila de agua bendita a quien tercio que pasa le mete el dedo». Con buen tino y discreción administró sus encantos teniendo siempre un hombre para proveer las necesidades y otro para diversión, hablando continuamente de sus pasados tiempos de grandeza en que Don Francisco Cañas, padre de mi hija y Gobernador…

Ño Cacaseno, administrador de Jorge Blanco y que era uno de los hombres de Salustia, lo tenía al tanto de todo cuanto sucedía en aquella casa del vicio, como la llamaba el Águila Pasmada.

—Teresona es tan necia —refería Ño Cacaseno— que ella jura y perjura que

nadie se da cuenta de sus amoríos. Ya José de Jesús…

—¿Quién?

—Con el perdón de Su Excelencia, Mojón de a Ocho, que ya anda por los dieciséis años, comienza a hacerme preguntas sobre las irregularidades que nota en su casa. Me da lástima el pobre muchacho, porque además de ser lúcido y de buen corazón, es mi ahijado.

Jorge, luego de conocer al hijo de Teresona y de quedarse gratamente sorprendido de sus especiales talentos, al grito de: «quien lo hereda no lo hurta», lo hizo auxiliar y recadero en su despacho. En menos de seis meses Mojón de a Ocho conocía al dedillo todos los asuntos del escritorio, teniendo a su vez particular afición por la historia.

Embelesado escuchaba los relatos de Jorge sobre los tiempos idos.

—El muchacho de verdad que es una joya —comentó a Cacaseno—. ¡Qué lástima que por su origen no pueda seguir estudiando!, y más ahora que tenemos la Universidad.

—Eso mismo me decía el cura de Ocumare cuando yo estaba muchacho. ¡Qué cosa tan seria es no nacer blanco! ¿Ah, Don Jorge?

Jorge Blanco vio a su administrador con una larga mirada de confusión y vergüenza:

—Tienes razón, hijo; pero algún día eso dejará de ser. Dios hizo a todos los hombres iguales.

Esa noche lo fustigó el insomnio al pensar la triste suerte que por su culpa esperaba a su nieto.

—A mí no me gusta meterme en la vida de nadie —dijo ese día Cacaseno— y mucho menos estar de lengua larga y chismoso, pero por el cariño que le tengo debo decirle que a Martín Esteban no le conviene para nada esa mujer con quien está metido ahora.

Jorge, ya curado de las aventuras de su hijo, preguntó al paso, hojeando un infolio.

—¿Qué mujer?

—Teresona, la hija de Salustia…

Pero no pudo terminar. Un ataque epiléptico tiró a Jorge fuera del escritorio.

Martín Esteban descabezaba una siesta en el cuarto de arriba cuando entró Jorge Blanco, con la boca sangrante, los ojos enrojecidos y la expresión demente: «Incestuoso, canalla. Has incurrido en el pecado abominable» —gritaba destemplado.

—¿Pero qué es lo que pasa? Explícate.

Jorge sin dejar de amenazarlo decía:

—Te has acostado con tu hermana… Teresona no es hija de Rubén Pelao como la gente cree, sino de éste que está aquí —clamaba golpeándose el pecho con

desesperación—. Aquí mismo fue concebida. Dios castiga con mano dura mis desvaríos.

Martín Esteban aterrorizado seguía sin entender. Jorge entre gritos, aspavientos y lloriqueos logró enterarlo del origen de Teresona.

Embotado por la sorpresa, Martín Esteban dejó escapar con aliento de excusa:

—¿Y cómo iba yo a saber? ¡Ni que fuera adivino!

Por segunda vez en su vida Jorge golpeó la boca de su hijo:

—¿Y la voz del instinto, es que acaso no existe? ¿No te dabas cuenta, canalla, que esa mujer era tu hermana?

Pasado el primer sofoco y amainado en su turbación preguntó:

—Y a todas éstas, ¿se puede saber qué hacía la negra Salustia? Cómo es posible que esa mujer infame no te haya prevenido que al tocar a Teresona incurrías en el pecado de Thamar, ¡en el pecado abominable! Tienes razón: tuya no es tanto la culpa como de ese maldito engendro de negras infernales; pero ahora es cuando me va a oír.

Precipitadamente bajó a la cuadra, montó en su palanquín dorado y ordenó proa hacia la esquina de Bárcena, cerca del Guayre, donde vivía Salustia.

La barriada se alborotó al verlo pasar. No era cualquier cosa que Don Jorge Blanco anduviese por esos lares. La misma Salustia sacudida por el rumor, intentó salir a la calle. En el zaguán se encontró a Jorge Blanco.

—¡Mi amo! ¡Mi amito bello! —exclamó zalamera—. ¿Pero a qué debo tanta gloria en este purgatorio?

—Vengo por algo muy serio —respondió más confuso que adusto.

Salustia le respondió alegre y sin arredrarse:

—Pero no será tan malo lo que me vas a decir para que tengas esa carota. ¡Pero cómo no! ¡Pasa, mi amito, pasa! Tú sabes que yo no estoy sino para servirte. Vente por aquí. Vamos a meternos en mi cuarto, la única pieza que en esta casa tiene tranca.

Jorge dirigió una mirada temerosa a la casuca llevado de la mano de Salustia.

En la habitación no había más mobiliario que una cama.

—Ven, siéntate conmigo. Aquí mismo. No tengas miedo: la sábana está limpia.

Un fuerte olor a hembra y a polvos baratos exhalaba el lecho.

—Bueno, amito querido —preguntó enseñándole aquella dentadura—. ¿En qué te puedo servir? ¿Qué es lo que te pasa?, empero ya barruntarme cuál es la pulga que te trasnocha.

—Si entonces lo sabes —estalló indignado— ¿cómo es posible que hayas permitido que Teresona, mi hija, lleve vida marital con su hermano?

—¡Ay, mi amito! —rió estrepitosa—, permíteme reírme de verdad, de verdad —decía, tocándose el vientre con las manos—. Tú mereces entierro en urna blanca.

Una nueva salva de carcajadas la dejó sin habla:

—¡Teresona no es tu hija! —le dijo buscando con la boca su barbilla—; la

necesidad me obligó a meterte un embuste. Yo tenia un mes de preñada de Rubén cuando aquella mañana te llevé el chocolate.

Una oleada de rubor golpeó a Jorge. Brillaron sus ojos de sorpresa; giraron hacia la alegría; finalmente resplandecieron de júbilo.

—¡No me digas! —gritó jubiloso—. Jamás una mentira me ha hecho tanto bien. ¡Dios te bendiga, embustera! ¡Me has quitado un gran peso de encima! Déjame darte un beso.

Y acercó casto su cara a la mejilla, pero Salustia dio un sesgo y le dio un beso largo en su boca dormida. Un cataclismo sintió entre sus brocados, gorgueras y cinturones. Apremiado de impulsos desgarró sus vestiduras y saltó sobre la negra como aquella primera mañana.

Al tomarlo en vilo, los portadores sintieron con extrañeza que Jorge Blanco pesaba más.

De ahí en adelante el palanquín cruzaba a diario la barriada.

La insólita aventura fue recibida con simpatía hasta por su misma esposa, herida en su amor propio de que su marido no tuviese otras mujeres. La distancia cordial que había entre Jorge y sus iguales, desapareció al saberse lo sucedido. Hombres de cualquier nivel o casta lo saludaban con cariño y hasta No Cacaseno llegó a decirle, contraviniendo su respetuoso modo de ser:

—Lo felicito, por haberse soltado el moño. A la vida hay que tomarle el lado bueno. Ya le estoy reclutando las mejores negritas de la hacienda, para que se dé sus gustos.

A Salustia comenzaron a llamarla con respeto y agradecimiento, la Libertadora del Dragón.

Aquel día luego de su visita a Salustia, entre el balanceo de sus ideas y de la silla de mano, sintió el vértigo de una extraña congoja:

Yo, espejo de virtudes, ¿metido a brejetero después de viejo? Por donde pecas pagas, dice el adagio. Haciendo el ridículo y sembrando el mal ejemplo niego mi obra. Si mi madre me viese por un huequito desde el cielo, creería estar en el purgatorio al verme revolcar como un puerco con la bandida de Salustia.

Su pensamiento evoca los negros días que sucedieron a la muerte de Ana María.

Me amarré el cilicio por un mes; estuve a pan y a agua durante cuarenta días y me juré no tocar a mujer alguna mientras viviese. Hasta tal punto llegó mi propósito y fuerza de voluntad, que ni las mismas súcubas imberinas que son las más cachondas y desfachatadas del tercer circulo, volviéronse a presentar, por más que José Juan dijese que no era por obra de mi voluntad sino por falta de ganas de las diablesas. Ya que según el muy desgraciado estaba más repulsivo que el vómito astral.

Por seis largos años me dediqué, tal como lo preconizan las disciplinas de San Ignacio, a la oración, al comercio y a la política.

En el 99, ante la baja del cacao, propúseme hacer un inventario de todos los fundos cacaoteros existentes en el Litoral Central, desde Chuspa hasta Ocumare.

Rápido avanza el esquife hacia el Oeste. La montaña a su izquierda, sin dejar una ceja de tierra, cae sobre el mar acantilada y colosal. Las olas rugen y se estrellan contra aquel muro que se eleva por encima de cinco mil pies. Sus ojos se detienen ante el trecho de las solfataras. Un poco más allá está la piedra de los indios. Una monumental roca cruzada de pictogramas que puede verse desde el mar. Los indios aquí no tenían escritura —se ha dicho siempre— y los que yo conozco nunca ríen, como hacen éstos. Señal de piratas más bien parece. ¿Qué habrá tras de todo?

El mar en esta parte es de un azul revuelto. La impetuosidad de la corriente es la de un río en declive. A ratos, pequeñas ensenadas salpicadas de cocoteros talla el mar en la masa compacta de la montaña. Realmente somos inexpugnables.

Su pensamiento salta hacia el nuevo Gobernador, Don Eugenio de Ponte y Hoyos. [157]

Tenía todo dispuesto para partir cuando el correo de los Castillitos dio cuenta de su inmediato arribo a La Guayra.

Regidores y alcaldes bajaron al puerto a presentarle acatamiento. Ponte y Hoyos es un hombre de unos treinta años, de rara belleza varonil. Alto, membrudo, de facciones bien formadas. Jorge le cala su naturaleza: «Éste es un tío tomado por los sentidos —se dice—, por la forma en que observa, saluda y sonríe».

Resulta, sin embargo, un hombre afable, cordial y llano; aparte de ser de una de las mejores familias de Canarias. Francisco Carlos de Herrera y Ascanio, quien dice ser su pariente, lo toma bajo su protección. Qué problema el que tenemos para alojar a Eugenio —comenta a Jorge—. Las refacciones y mejoras que se ordenaron hacer a la casa de las Gradillas la tienen en el suelo y en mi casa, con esa muchachera, no tengo dónde meterlo.

—Pues la mía está a tu orden. Yo me voy pasado mañana. Por tres o cuatro meses estaré ausente.

Con Ponte y Hoyos viene un hombre de aspecto plácido, buenas facciones y algo regordete:

—Es Don Juan de Aristeguieta —dice el Gobernador al presentarlo—, gentilhombre del país vasco y capitán de caballos coraza. Nos conocimos en Santo Domingo y hemos hecho buenas migas.

Acompañado de Herrera, José Palacios, Jorge Blanco y Juan de Aristeguieta, el Gobernador hizo su entrada en la vieja mansión. El Pez puso el chorro alto, erecto y sostenido, y dejó salir los primeros compases de la marcha real.

Balanceándose en el palanquín revisa los precios del cacao en los últimos seis

años. La exportación a México, Canarias y España se mantiene oficialmente en 13 000 fanegas. Los fiscales de la Real Hacienda estiman, con sólidas razones, en cinco veces más la verdadera producción, que venden a los holandeses.

Cerca de la Venta, la neblina se hizo espesa y una corriente fría lo sacudió. Corrió las cortinillas en el momento en que una hermosa mujer que avanzaba en sentido contrario arriba de una mula de alquilar, miró con admiración hacia el palanquín dorado.

El falucho ha ido tan de prisa que a las cuatro de la tarde divisó la punta de tierra tras la cual se ocultaba Ocumare. A menos de una milla del farallón observó a su izquierda una bahía profunda de aguas plácidas con un trasfondo de selva gruesa, a escasa distancia de una playa de arenas muy blancas, sembrada de cocoteros, en medio de los cuales sobresalía una hermosa casa de corredores y techos rojos.

No obstante ser la tercera vez que recorría el paraje, nunca hasta entonces había reparado en tan exuberante hacienda y ensenada.

—¿Cómo se llama esa finca y de quién es? —preguntó al práctico.

—La llaman Cata y es de Doña Juana Francisca Rodríguez del Toro.

Mi hermana —se dijo Jorge sobresaltado—, la hija de mi padre y la bella Rosalba.

—Pon proa hacia allá —ordenó al marino—. Pero guárdate de referir mi nombre. Para los efectos me llamaré Nicolás González y soy comerciante en cacao. ¿Estamos claros?

—No tenga cuidado Don Jorge, que así será.

La embarcación cruzó la resguardada ensenada. La gente se aglomeró en la playa al verlo llegar.

121. El arcángel concupiscente.

Tan pronto puso pie en tierra, un hombre blanco y sonriente le tendió la mano.

—Fermín Toro, para servirle. Esta es su casa. Pase adelante. Precedido por su sobrino atravesó la playa y llegó a la Casa Grande, a doscientas varas del mar. Al fondo y entre dos guacamayas, una mujer de mediana edad, rostro avinagrado, pelo negro recogido en moño, tejía sentada en una mecedora. Jorge se sintió vivamente emocionado al ver a su hermana luego de cuarenta y cinco años. Era de gran parecido con Matilde, aunque más morena.

Al sentirlo entrar levantó la vista y lo miró con serena cortesía, que trocó glacial al detallarle su aspecto aindiado, la pobre vestimenta y aquel nombre que tan poco decía. Luego de los primeros escarceos, al saberlo comerciante en cacao, lo invitó a almorzar. Y al percibir más adelante sus buenas relaciones con la gente de Caracas, le

ofreció entusiasta su hospitalidad.

Juana Francisca, adusto el rostro, severo el continente, escucha a Jorge sobre la plaga de escobilla que amenaza al cacao. Su rostro se vuelve de pronto hacia el mar. Fulguran sus ojos y ante la sorpresa de Jorge pega un leco a una mujer que avanza hacia la casa.

—Pero niña. ¿Hasta cuándo te voy a decir que no te bañes de mediodía porque te pones negra? Ven acá inmediatamente para ponerte los polvos de arroz.

Jorge se irguió temeroso al ver y reconocer a la mujer. Aquella morena aceitunada, de hermoso pelo rubio, sin lisuras ni ondulaciones indeseables; con aquellos ojos azules bordeados por cejas y pestañas oscuras y esa nariz tallada a pico sobre una boca grande donde no había huido el negro, era el Arcángel Concupiscente; su súcubo preferido, el que prendido a los ojos del gato le hacía derramar su simiente.

—¡Vade retro, Satanás! —masculló al verla, volviéndole la calma al percatarse que a pesar de su hermosura, nada de diabólica tenía la hija de Juana Francisca, su hermana, un tanto vulgarota en su malhumorada expresión, en el timbre estridente de su voz y en aquel traje más que sencillo, pobre y descuidado. Con aire fatigado y actitud de reto dirigió una mirada de fastidio a su madre, mirando al trasluz a Jorge.

—Esta es mi hija Catalina —señaló Juana Francisca— pero todos la llaman Cata.

Jorge sonrió cortés:

—Tanto gusto —expresó con una sonrisa; pero Cata no se dignó mirarlo y descalza como estaba, abandonó el corredor en dirección a sus habitaciones.

No es la súcuba infernal —se dijo Jorge—, pero cuánto se le parece.

Y por primera vez en muchos años sintió deseos incontenibles por la presencia de aquella mujer.

—¿Es casada? —preguntó a Juana Francisca.

—Es soltera —respondió seca su hermana—. Y si sigue así —añadió fustigante— se va a quedar para vestir santos. Ya cumplió los veintitrés años.

—Es extraño que una chica tan bella no se haya casado. Pretendientes, seguro, no le habrán faltado.

—Os juro que así ha sido —respondió vehemente—. Sólo que a ella y a mi no nos han gustado. La gente de por aquí no son iguales a uno. Son pardos de bajo origen o bastardos de vecinos principales que ocultan en estos lugares vergonzosos orígenes. No soy partidaria de que nadie se case con gente inferior. Hay que tirar hacia arriba. ¿No os parece, señor González?

A pesar de su afán de atraerse la simpatía de Juana Francisca, respondió suave:

—No estoy de acuerdo con vos. El mejoramiento del ser, o eso que llamáis tirar hacia arriba, debe ser perfección del alma. No atesoramiento de glorias mundanas.

Juana Francisca le dirigió una mirada profunda y sintió miedo.

¿No será este vejete un pesquisidor del Santo Oficio que jurunga mi loca y fugaz

conversión al protestantismo?

Cata hasta hace meses fue novia de un capitán bátavo que impuso como primera condición para su matrimonio, el que la chica se convirtiese al protestantismo. Juana Francisca, que ya se veía viviendo en Curazao, y seducida por la noble prestancia de su yerno, no sólo accedió a su propuesta, sino que ella misma abrazó la fe de Lutero. Fugaz fue, sin embargo, su conversión. El holandés luego de rendir a Cata le expresó su propósito de llevársela a Holanda: su padre acababa de morir y él era heredero de un gran título. Entre sus planes, Juana Francisca no contaba para nada.

Lo que es a mí —se dijo al enterarse de los planes del holandés— no me vuelven a echar otra vaina. Pendeja que fuera si permitiera que este maldito gordinflón me quitase a mi hija. Cómo se ve que no me conoce. Pero ya va a ver lo que cuesta meterse conmigo.

A la mañana siguiente un falucho procedente de Curazao trajo una carta del novio de Cata. Juana Francisca la interceptó. Al enterarse de su contenido se llenó de zozobra. El contrabandista le participaba que dentro de una semana a más tardar y luego de arreglar algunos asuntos en la isla, arribaría a Cata con el propósito de contraer matrimonio, zarpando a la mayor brevedad hacia Holanda. «Lo siento por Doña Juana Francisca» —decía en alguna parte.

—¡Canalla! —gruñó la hija bastarda de Rodrigo Blanco, estrujando el papel con furia.

—¡Cata… Catica! —llamó súbitamente con su acento más tierno y la más maternal de las sonrisas—. Te tengo un regalo. Quiero que te vayas dos meses a casa de tu hermano Bernardo en Caracas.

La muchacha lo vio con sorpresa: jamás le había permitido ir más allá de Ocumare.

Entusiasmada por la idea zarpó al día siguiente hacia La Guayra con una mochilita de oro, sus mejores trajes y una carta de presentación para su hermano.

En la fecha prevista arribó el holandés mostrando aguda extrañeza por la ausencia de Cata. Juana Francisca con expresión compungida le refirió:

—A nombre de ella tengo algo muy grave que comunicaros.

Con la expresión del que hace un gran esfuerzo, dijo:

—Si luego de lo que os voy a decir estáis dispuesto a casaros con ella, santas paces. De lo contrario marchaos en paz, que a sus años las decepciones cicatrizan. No somos tan blancas como parecemos. Mi madre era negra y mi padre español, soy mulata, por consiguiente.

El holandés se enderezó en la silla, enrojecido el rostro, la mirada entre confusa y radiante.

—¡Pero…! —intentó decir.

—Esperad, por Dios; no he terminado. Lo peor es lo que sigue. Cata no es

doncella. Dos años atrás tuvo de un caporal con quien se amancebó una niña negra. —Y ante los ojos desorbitados del marino, trajo una rolliza negrita que pidió en préstamo a la cocinera.

—¡Ved la hija de Cata!

El holandés dio media vuelta y se perdió en el horizonte.

El sol brillaba sobre la bahía. El resplandor no le permitió percatarse de la sorpresa que pendía del barandal. Esa misma tarde envió un propio a Caracas donde le participaba a su hija que el holandés naufragó frente a las costas de Coro.

La sospecha de que Jorge Blanco fuese un enviado de la Inquisición tomó cuerpo al escucharlo hablar con soltura y propiedad de temas místicos y de los que nos apartan de la verdadera religión.

Trémula por la ocurrencia corrió hacia Cata:

—¡Muérete! El hombre que tenemos ahí es un Oficial del Santo Oficio. Distráelo mientras boto en el pantano esas biblias protestantes. Y dile a la cocinera que cuelgue los santos otra vez en los cuartos. ¡Ah, y que cambie el queso relleno, que es comida de herejes, por pescado frito!

Cata, siguiendo las instrucciones de su madre y sin ocultar enfado y aburrimiento, salió al corredor. Jorge, sacudido de un entusiasmo como hasta entonces no le había provocado ninguna mujer, hablaba ininterrumpidamente tratando de interesarla. Pero Cata no lo escuchaba: por la línea del mar su pensamiento levantó vuelo hacia Caracas, de donde soplaba su pena.

Jorge se sintió a gusto entre su hermana y sus dos hijos; a pesar del incómodo envaramiento de Juana Francisca; de la brutal simpleza de Fermín y del aire cruzado de tedio y hostilidad de su Arcángel Concupiscente.

Quién la viera, parece que no quebrase un plato y es Mesalina cuando a la medianoche me llama a la fuente.

Fue necesario un gran esfuerzo de abstracción, para convencerse de que la mujer que tenía por delante, por más que tuviese la misma cara, la misma voz y el mismo cuerpo, nada tenía que ver con el Arcángel Concupiscente.

Todo esto es obra del demonio —se dijo por primera vez sin miedo— y me importa un rábano si esto es engañifa del Maligno o de quien sea. ¡Cuán guapa es! ¡Cuán apetitosa!

Y su embeleso subió de punto cuando la indiferente Cata se mostró inusitadamente atenta apenas habló de la gente de Caracas y de Santiago Liendo, uno de los Amos del Valle.

Hasta las once de la noche estuvieron platicando en el corredor. Jorge, de acuerdo a sus hábitos, solicitó venia para retirarse a sus habitaciones en el momento en que un hombre salía de las sombras y avanzaba hacia el corredor.

Al echarse en la cama, Jorge pensó en la hermosa Cata. Su fantasía corrió por

todos los caminos:

—No —se dijo con desesperanza y una sonrisa— seria una locura.

Entre sueños volvió a él, desnuda y cimbreante. Jorge la acarició y la tomó por dos veces; hecho insólito —como se dijo al despertar— aun para mozos fortachones por corporalizadas que sean las súcubas, ardientes y tentadoras.

Si yo fuera más joven —se decía al borde de la cama mientras calzaba sus botas —, pero todo esto es menos que imposible. —Luego de una pausa añadió—: Si ella lo quisiera, yo seria el hombre más feliz de la tierra. Ahora comprendo por qué los humanos venden su alma al diablo.

Luego de asearse en la jofaina y de vestirse con su ajado traje, abrió las puertas que daban al corredor. El sol brillaba sobre la bahía. El resplandor no le permitió percatarse de la sorpresa que lo esperaba pendida del barandal.

—Buen día, señor González —saludó risueña Cata—. ¿Qué tal os trató la noche?

Jorge se sobresaltó ante la actitud provocativa de la mujer y la pregunta preñada de reticencia.

—¿Quéréis que demos una vuelta antes del desayuno? A las arepas les falta un poquito.

Jorge seguía inmóvil, envuelto por el estupor. Sin esperar respuesta la muchacha lo tomó de la mano y entre alegres carcajadas lo obligó a correr hasta el mar.

¿Milagro o engañifa de Satán? —se preguntaba con inquietud— cuando de manos trenzadas llegaron a la playa. Cata chapoteaba con el agua hasta el tobillo. Jorge, embelesado, proseguía mirándola. De un salto Cata se metió entre las olas y salió de ellas con el traje empapado. De pronto lo salpicó con la mano. Jorge hizo un aspaviento de falsa huida. Viva risa reventó en su cara y Jorge, con sonrisa nueva y chorreando el traje, sintió por primera vez la dicha plena.

A las nueve de la mañana con el hambre ardiendo y desbocado retornaron a paso lento a enfrentarse el desayuno. Juana Francisca los miró aproximarse con el rostro destemplado y los ojos ardidos:

A Cata —se dijo con amargor— ya no hay fuerza que la retenga en esta hacienda. Primero fue el holandés. Si averigua mi estratagema me mata. Ahora el viejo del carrizo éste, a quien está decidida a embaucar con tal de largarse a Caracas. Y hace diez años, él. Aquel canalla que traicionó mi confianza. Era un hombre de mediana edad, guapo y bien plantado. Español y marino. Sentí por él más entusiasmo que la misma Cata. Recordábame a Francisco y también a mi padre. Tenía su misma edad y encima gracioso y ocurrente como no había dos. Díjome que era oficial en La Guayra. Cada dos meses venía por una semana. Cata estaba babeada por él. Habló de matrimonio y también de venirse a vivir con nosotras. Sentíame dichosa. Aquella noche desperté entre presentimientos. Fuime al cuarto de mi hija, no estaba en su lecho. ¡Ay, Dios mío! pensé lo peor. Los encontré cerca del río. Estuve a punto de

salirles adelante. Pero me contuve: a lo mejor no era conveniente. ¿Y si se disgustaba, y no se casaba? Lo mejor es quedarse callada. Me volví y no dije nada. Al día siguiente el muy canalla se embarcó para La Guayra. Esa misma tarde supe quién era: estaba casado en Caracas y tenía un hijo. La pobre Cata se iba volviendo loca cuando supo la verdad. Yo le mandé a decir al sinvergüenza que si lo volvía a ver lo iba a matar yo misma. ¡Ah, hombre para yo odiar con toda mi alma!

Cata y Jorge, tomados de la mano, hicieron crujir los escalones de madera. Juana Francisca con cara de lechuzo macho, respondió a los saludos con un gruñido.

Durante el día y en la velada de la noche prosiguieron con sus retozos. Juana Francisca no abandonó su hosquedad, respondiendo con monosílabos a las afectuosas preguntas de Jorge, o mostrando ceñuda la expresión. Jorge, radiante, no se amilanó Y esa noche, como la anterior, conversó hasta la madrugada con los Rodríguez del Toro. Al acostarse dijo de rodillas a la Virgen de la Soledad:

—¡Gracias, Madre mía!, prosigue con el milagro.

Y esa noche perdonó a los que fornicaban; comprendió lo insensato del sexto y del noveno mandamiento, justificó a los seductores de oficio; a los ladrones de honra; y a su padre, Rodrigo Blanco.

Una semana llevaba ya en la hacienda. Aquella mañana, al igual que todos los días, Cata lo esperaba en el corredor. Con voz suave propuso lo de siempre:

—Vamos a caminar antes del desayuno.

Tomados de la mano llegaron al acantilado donde termina la playa y baja el río. Jorge respira y ríe distinto.

—¡Qué lástima que sea tan viejo! —deja escapar.

—¿Tú como que estás loco? —salta la muchacha—. ¿Quién dice viejo? Estás en la flor de la edad. Yo te prefiero a cualquier jovenzuelo. Tienes sabiduría y gracia. Y eso para mí vale mucho más que la juventud.

Jorge gritó preso de emoción:

—¡Repíteme eso! ¡Vuélvemelo a decir! ¿No te burlas de mí?

Cata recreó su afirmación.

—¿Quieres decir que no me encuentras tan viejo para ti?

—¡Claro que no! —respondió sin apartarle su mirada azul.

—¿Consentirías entonces en ser mi esposa?

—¿Y por qué no? Nada me haría más feliz.

Juana Francisca, hosca, los vio venir.

—Tengo una doble sorpresa que daros —dijo Jorge, con radiante sonrisa.

Desde la mecedora lo vio con odio manifiesto.

—Ante todo debo deciros que mi verdadero nombre es…

—¡Jorge Blanco! —lo interrumpió con expresión descompuesta.

122. Yo te amo, Satanás.

Fue Cata la hermosa amazona con quien Jorge topó en el camino de Los Castillitos y en quien no reparó, abstraído en papeles y apuntes. Cata por el contrario, admiró la magnificencia del personaje, que a cortinas cerradas iba en su silla de mano. Nunca pudo imaginarse desde Ocumare que existieran tales lujos. Extasiada en el cortejo:

—¿Quién es ese personaje? —preguntó al palafrenero.

—Don Jorge Blanco y Mijares, el mantuano más rico de toda la Provincia, el Amo más poderoso del Valle.

Tan pronto llegó a Caracas se dirigió a casa de Bernardo, su hermano. Mala cara puso al verla el yerno de Nicolás García, y más aún al observar sus modales.

Es un ser salvaje —dijo rabioso para sí— mal vestida, estridente y chillona.

El mundo del cual había huido veintitrés años atrás, volvió de pronto para recordarle a los demás un origen que a fuerza de sacrificios había logrado que olvidasen. Clara Rosa, quien al parecer había heredado la bondad de Nicolás, la acogió entre ruidosas palabras de afecto.

¡Qué vaina! —volvió a decirse Bernardo— y dio instrucciones a su mujer para que engalanara a Cata lo mejor posible para la recepción que esa noche daba Su Excelencia Eugenio de Ponte y Hoyos, el nuevo Gobernador de Caracas.

—Ésta es la Casa del Pez que Escupe el Agua —le dijo Clara a su cuñada ya para entrar—. Es la mejor casa de Caracas. Se la prestó Jorge Blanco, el dueño, que está de viaje, al Gobernador.

—¡Jorge Blanco! —estalló Cata al toparse por segunda vez con el nombre del de la silla de mano.

Los numerosos invitados, con expresión de asombro, se extasiaban en su hermosura. Don Eugenio de Ponte y Hoyos, haciendo caso omiso de las formalidades, se aproximó galano.

—¡Cuán bella sois, linda mujer! ¿Cuál es vuestro nombre? ¡Decídmelo presto, que soy el Gobernador!

Y entre chusco y seductor se la llevó a la mitad del patio, desgranando piropos y miradas encendidas.

El Pez, que lo escuchaba, sesgó el chorro y dejó escapar un chasquido besante.

Cata y Ponte y Hoyos se volvieron sorprendidos.

—Dicen que está embrujado —observó el Gobernador.

El Pez cortó el chorro y emitió otro sonido.

—Cu-cú; cu-cú; cu-cú.

Una voz que a Cata le pareció fantasmal, musitó tras ellos:

—El muy truhán a mí me hizo otro tanto. ¿Qué destino en común tendrá Su Excelencia conmigo?

Era el español que, haciéndose pasar por viudo, la sedujo en su hacienda.

—¡Cata! —dijo el hombre al reconocerla.

—¡José Palacios! —exclamó a su vez la chica sosegándose de inmediato al ver que el otoñal José de hacía poco había entrado en un franco y despiadado invierno.

Cantando los gallos se fueron los últimos invitados.

Eugenio de Ponte y Hoyos, embriagado y exhausto, se echó en cama. Sintió un siseo. Dos ojos rojos lo miraban desde el suelo. Un gato negro salió hacia el patio. El bello Eugenio salió tras él. Entreverada por los rayos de la luna, Cata desnuda se bañaba en la fuente.

—¡Qué sueño tan agradable tuve anoche! —dijo a su ordenanza apenas despertó —. Ojalá sea un augurio.

Inútilmente intentó visitarla. Bernardo Rodríguez del Toro, su hermano, lo miró de frente excusándola por estar indispuesta.

José Palacios dijo a la muchacha:

—Mira muchachita, ten cuidado con el Gobernador. Ese no es más que un cucarachón. Aquí sobran mozos guapos, dispuestos a casarse contigo. Eso sí, son gente difícil como nadie, pero en modo alguno inaccesible; todo depende de cómo les entres. Si aceptas mi amistad te ayudo.

Cata vio a José Palacios sonriente.

—Trato hecho.

Esa noche volvieron los ojos rojos a la alcoba del Gobernador.

En vez de Cata era una negra de figura escultural.

—¿Qué le darán de comer a uno en esta casa? —se preguntó Ponte y Hoyos.

Al séptimo día el gato lo llevó hasta una mujer de rasgos achinados.

José Juan, el canónigo, se alarmó cuando el Bello Eugenio le refirió lo sucedido en sueños. Eran las mismas mujeres que desvelaban a su hermano. Para no alarmar al Gobernador, aprovechando una de sus salidas, sacudió el hisopo con agua bendita por toda la casa vaciando un frasco sobre la fuente. El Pez dejó salir un suspiro de alivio.

Juan de Liendo: rico, viudo y sin hijos se prendó de Cata. Por siete días sucesivos platicó con ella con creciente entusiasmo al pie del balcón. Cata, para quien el holandés nunca significó nada, se abrió jubilosa ante su enamorado.

—Ya todo el mundo os da de novios —le comentó su cuñada Clara Rosa, heredera de la bondad de su padre Nicolás García.

—No cuentes los pollos antes de salir —le observó Bernardo.

No erró el hermano de Cata en sus augurios: Las viejas historias que siempre vuelven pasmaron súbitamente lo que ya entraba en sazón. A Juan de Liendo lo tupieron de chismes. Le hablaron de Juana Francisca, de Rosalba, del Silencio, de Bejarano y de la negra llamada Rosalía. Clara Rosa fue la primera en percatarse de las manifestaciones de aquel desdén que habría de estallar en pública afrenta cuando

una vieja, tocada de chochera y soberbia como un pendón le espetó ácida al de Liendo al presentarle a Cata.

—¿Catalina? ¿La hija de Juana Francisca? ¿Aquella bastarda de Rodrigo Blanco que puse en su puesto por parejera?

Demudada, huyó del atrio y apuntalando el llanto llegó a su casa.

Por aquellas palabras y por las que añadió su hermano quedó enterada del drama que envolvía a su madre y a ella por razones de origen.

—¿De modo que yo no soy igual a ellos y que no podré casarme con Juan de Liendo porque mi abuela era mulata?

Esa tarde el de Liendo llegó con señalado retraso y traía el rostro sombrío. La visita fue breve, entrecortada de pausas y de largos silencios. Finalmente dejó caer:

—Lo siento mucho, no puede ser.

Aferrada a los barrotes con ojos de estupor, lo siguió hasta la esquina. Salvo el caballerizo que le ensilló la bestia, nadie la vio partir. A galope tendido y con la tarde avanzada tomó el camino de La Guayra.

A bordo del velero piensa, cavila y compara. Ya trasudaba hastío antes de conocer a Caracas. Pero sin ser dichosa nunca se sintió infeliz. Hasta ahora no se había percatado de que la finca de sus padres era monte, arena y mar, y Ocumare un mísero pueblo, de casas torcidas y gente a medio vestir. Desde el momento mismo en que vio a Caracas desde Sanchorquiz supo de cierto que no podía retornar al pueblo ni a la hacienda. Se las ingeniaría a como diera lugar, se decía con los ojos sobre una pareja de toninas, para quedarse en la capital. Seduciría a un mantuano: joven, bonito o feo, ¡qué más da! Cuando vio a Juan de Liendo, más que maduro y sin mayores encantos se dio por bien servida y se encontró segura de llevarlo al altar. Lo que hasta aquel momento ignoraba era su ubicación en aquel inmenso amosaicado mundo de diferencias. Se sintió ultrajada, vencida, incapacitada para siempre para continuar viviendo al lado de Juana Francisca, su madre y de su hermano Fermín.

He de volver. Reconquistaré a Caracas. Me he de casar con un principal y si no, prefiero ser barragana del Gobernador. Si es necesario me dedicaré a la vida airada. Iré al Silencio a negociar mi cuerpo. Prefiero ser puta en Caracas que gran señora del matorral.

Escarnecida, degradada se sentía a bordo de aquella goleta que la conducía a Ocumare, sentada sobre fardos de henequén, al lado de un caporal negro y de una mulata desvergonzada que a voz en cuello respondía a los requiebros del timonel, un zambo con cara de diablo que a ratos se volvía mostrando su boca sucia llena de zalamerías plebeyas.

¡Maldita sea la pobreza! ¡Maldito sea el saber! ¡Maldito el buen recuerdo! ¡Maldito el retomar!

El timonel y la mulata en sus escarceos llegaban a lo salaz. Cata indignada dijo

fuerte para sí:

Le vendería mi alma al diablo con tal de casarme con un mantuano, vivir en Caracas…

—No hace falta tanto —dijo súbitamente el zambo con cara de diablo mirándola a los ojos—, bastaría que fueses mi mujer.

—¡Jesús! —gritó Cata.

El sosiego le retornó al responder la mulata:

—¡Qué va, oh, negro pretencioso, zapatea pa'otro lado, que ya yo tengo marido!

Tres días apenas tenía Cata en la hacienda cuando llegó Jorge Blanco con su falso nombre. Ño Cacaseno, el mayordomo de la hacienda, fue el hombre que salió de las sombras aquella primera noche en que Jorge se despidió de la familia para irse a dormir.

El zambo que venía de Ocumare irrumpió sin saludar preguntando con naturalidad:

—¡Guá! ¿Y qué hace aquí Don Jorge Blanco?

—¿Jorge cuál? —preguntó Juana Francisca, estridente.

—Pues Don Jorge Blanco —repitió Ño Cacaseno sorprendido de la angustia que sacudió a su ama— Don Jorge Blanco y Mijares —aclaró—, el Águila Pasmada, el mantuano más rico y poderoso que hay en Caracas. El hombre que mejor habla en este mundo.

Juana Francisca, impresionada por la revelación, chispeaba los ojos y sacudía las manos, preguntando chirriante:

—¿Pero tú estás seguro Cacaseno de lo que estás diciendo? Mira que si no es verdad, te mando a pegar como el otro día.

—¿Pero cómo no lo voy a estar Doña Juana Francisca? —respondió calmoso el zambo—. Si lo he visto las tres veces que he ido a Caracas. Para mí ese hombre es el hombre más grande que ha nacido en esta tierra.

Una puntada cordial sintió Juana Francisca, se puso lívida y perdió el sentido. Entre Cacaseno y Cata la llevaron al lecho.

—¡Mi hermano! ¡Mi hermano aquí! ¿Qué busca entre nosotros? —exclamó apenas volvió en sí.

—¿Entonces —se dijo Cata con los ojos puestos en el marino de la cara de diablo — si eras Satanás? No es muy buenmozo mi tío, pero en agarrando aunque sea fallo. Acepto tu propuesta.

123. No había viento para bogar.

Juana Francisca luego de echarle en cara a Jorge su verdadera identidad le dijo con aspereza:

—No os da vergüenza haberos acercado con tanto engaño para seducir a vuestra sobrina, a quien encima dobláis la edad.

Jorge, ruborizado, decía atropellado entre convulsos gestos:

—Pero es que yo amo profundamente a Cata. Si me dais tu consentimiento me caso ahora mismo con ella. Además —observó al ver que su ira amainaba— el hecho de que sea mi sobrina no tiene nada de malo. Su Majestad Carlos II es hijo de tío y sobrina.

—¡Y vaya la porquería que salió! —expresó Juana Francisca retomando su ira—. La Iglesia pone obstáculos a esos matrimonios.

—Eso se arregla con una dispensa eclesiástica —respondió Jorge premioso—. Nuestro hermano José Juan es secretario del Obispo. ¡Veréis que no habrá obstáculos!

Juana Francisca lo miró con odio recrecido. Era el hijo de Ana María, el ser que más odiaba en el mundo aun después de muerta.

—Id primero a consultarle —respondió dándose tiempo para maniobrar.

Jorge sonrió jubiloso al suponer que la condición era una aceptación tácita, y, engolosinado por la apertura preguntó:

—¿Os vendréis a vivir conmigo?

Pero su hermana más áspera que nunca dejó caer:

—De aquí no salgo sino para el cementerio.

Por primera vez José Juan, el canónigo, se mostró caviloso por las cuitas de su hermano.

—Si bien es cierto que la Iglesia otorga esas dispensas —dijo— tiene sus reparos. No son matrimonios bien vistos por el Señor. Decía uno de mis maestros que más de un teólogo se opone a ellos, por concitar sobre los cónyuges y su progenie la sombra del Demonio. Pero si es tu felicidad, la gestiono de inmediato.

Matilde, su hermana, cuando lo supo, se opuso violenta:

—¡Estás loco! ¿Cómo te vas a casar con una mujer que además de ser tu sobrina carnal está bastardeada doblemente por mulata y por ilegitima y que además su madre y su abuela fueron la cruz en vida de mamá? Si te casas con ella hazte cargo de que has muerto. ¡Viejo lascivo! ¡Qué ya ni pelos ni dientes te quedan!

Con la sola presencia de Juana Francisca y su hijo Fermín, el matrimonio se efectuó a primera hora en la iglesia de Ocumare. Luego de la ceremonia embarcaron hacia La Guayra. En el puerto los esperaba José Juan, quien miró con simpatía a su sobrina y cuñada. Escoltada y vestida de novia Cata entró a Caracas sobre una mula blanca. Esa noche hubo fiesta en la casa del Pez que Escupe el Agua. La casa de Jorge Blanco rebosaba de invitados que hacían chuscos comentarios en relación con aquel matrimonio desigual.

A la medianoche quedó la casa vacía. Jorge, prendido del brazo de su esposa, cruzó el patio hacia la alcoba nupcial.

El pez pitó un requiebro a Cata y puso el chorro en forma de lanza doblada, que enfureció a Jorge al captarle la intención.

Cata rió a carcajadas cuando Jorge, con su aspecto esmirriado, acrecentado por el camisón y el gorro de dormir, entró a la alcoba. Las burlas apagaron en Jorge su ardor. Dándose tiempo a ver si retomaba el viento que inflara el fláccido velamen, propuso:

—Recemos el rosario, como hacen los buenos cristianos, antes de consumar el matrimonio.

Cata lo miró con extrañeza. De rodillas al pie de la cama, iniciaron un rosario. El Águila Pasmada, perturbado por la frialdad aposentada en él hizo un esfuerzo por concentrarse en imágenes estimulantes, imaginándose a Cata en forma de súcubo. La imagen se le escapaba. La frialdad proseguía. Al comienzo de las letanías constató con angustia que la turgencia seguía ausente. Ya para terminar evocó a Salustia. Oyó clara su voz. Sintió su olor a sábila y a comino. Volvió a besarlo. Ante la remembranza se inflaron las velas.

—¡Ven! —dijo a Cata. El viento que sopla es para zarpar… El Pez tocó a zafarrancho. Ya subía el ancla, cuando Ana María, nítida, le gritó dentro: ¡No fornicarás! A tiempo que un fuerte empellón sacudía la puerta que miraba al patio.

Pistola en mano, salió del cuarto. Vio tan sólo el Pez. Subió de nuevo a la cama. Apagó el candelabro. Intentó proseguir. Fue inútil: estaba cual nave caída en el Mar de los Sargazos.

La besó en el cuello y en la boca: pero la sintió inerte. La frialdad proseguía. Una ventisca de pánico lo entumecía.

¡Ayúdame, Virgen de la Soledad! —exclamó mentalmente—; pero al comprender que la granadina no tenía acceso a estos milagros, se recriminó duramente por necio y blasfemo.

Hacía calor. Cata y él sudaban. Una vez más se levantó y abrió la puerta. La luna llena iluminó a la mujer del manto. Aterrorizado, se persignó.

Cata se desesperaba ante los fallidos intentos. Los besos de Jorge le despertaban náuseas. Luego de más de dos horas de inútil retozo propuso:

—Dejémoslo para mañana, que estás cansado.

Jorge, insomne al lado de su mujer rumia su derrota. El sueño le viene a oleadas. Ya duerme. Una sensación a sus pies le hace abrir los ojos. Una mujer de cara muy blanca y ojos achinados lo mira al pie de la cama.

—¡Acarantair! —dice con asombro. Intenta alcanzarla. La mujer se esfuma.

Una mujer llora, una mujer gime, un hombre la riñe en el patio. El Pez pita. El Pez clama. Las voces crecen. Se hacen audibles:

—¡India tenía que ser! ¡La hija de una perdida!

Son Rodrigo Blanco y Ana María los que disputan.

—¡Dios mió, apiádate de mí! —clama en medio de la noche.

Un bullicio de cuatro mujeres se escuchó en seguida.

—¡Dios mío! —volvió a decir— ¿cuál es mi pecado?

A las primeras luces del alba logró dormirse.

A las dos semanas de matrimonio seguía impedido de amar. El ardor genésico parecía habérsele huido para siempre. Consultó a físicos, brujos y estrelleros: sin ningún acierto para sus males.

Aquella jornada, pasada la medianoche, Cata dormía. Jorge insomne, desesperaba. El Pez que Escupe el Agua sonó su pito de advertencia. Jorge sintió un reclamo a su derecha. Era el gato de los ojos rojos. En medio del patio cuatro mujeres tomadas de la mano danzaban, alrededor de la fuente. Una de ellas era Cata; la otra era ella.

Una voz de hombre gritó en medio de la pileta.

¡Qué pesadilla! —se dijo al despertar en medio del patio—. Temblando de frío volvió a la alcoba. Cata se quejaba. La luna daba en su cara. Sumida en profundo sueño, se agitaba en trasunto de goce infinito.

Al despertar refirió, extenuada, pero refulgente, que dos hombres durante la noche, uno joven y otro viejo, la hicieron suya luego de luchar entre ellos. Eran españoles —dijo— y los dos me daban miedo.

¡Íncubos! —se dijo—, mi mujer es asediada por demonios masculinos.

La fama de una vieja zamba llamada Yocama lo llevó a recabar su ayuda.

—Eres victima de un hechizo muy grande —le dijo, viendo a una hoguera que ardía en su cobertizo—. Has concitado la ira de los dioses al desposar a tu sobrina. ¿No sabes acaso que el verdadero padre de una mujer es el tío y no el hombre que empreña?

Y, atenta al humo de la hoguera donde iba echando hojas y ramas, añadió con voz profunda:

—Dos de tus antepasados han tomado tu lugar. Te han robado el fuego y hacen uso de derechos que sólo a ti corresponden.

La bruja añadió:

—Llévame esta noche a tu casa. Guárdame en tu habitación y te diré lo que sucede.

En cuclillas, Yocama esperó inmóvil. A la medianoche el Pez emitió su advertencia. La cama comenzó a crujir. La bruja encendió un sahumerio y dijo palabras fuertes. Alguien saltó del lecho y corrió descalzo hacia el patio.

Una voz aguardentosa cantaba:

Niño en cuna…

—Míralo donde está —dijo Yocama señalando al vacío—. ¡Ése es uno! El otro se mete por el albañal, donde tiene su guarida.

El Pez enfurecido escupía en todas las direcciones. Yocama dijo:

—El espíritu de ese viejo malvado, cubierto de sangre, lucha con el del pescado. Entre ambos lo hemos destruido.

Con voz tenebrante salmodiaba conjuros.

—¡Jolines! —dijo una voz. Y un chorro rojizo saltó de la boca del Pez.

—Ya ha vuelto a su tiempo. Era un espíritu diabólico que te había robado la hombría junto con el otro, el que se oculta en el albañal.

Recitando oraciones hizo una pequeña fogata sobre el desaguadero. Una voz disminuida salió del sumidero:

¡Ay, Madre!, ¿por qué me matan? ¡Ay, Madre!, ¿por qué me muero?

—Ya puedes estar tranquilo —dijo Yocama a Jorge al amanecer—. Tu casa ha quedado limpia de sombras. Y tu hombría ha retornado.

El Pez irguió el chorro y luego de hacer sonar el caramillo, dibujó una lanza recta, vertical y enhiesta.

124. Pócimas y conjuros de parto.

Cata se sintió dichosa en su nuevo estado. No daba un paso sin montarse arriba de la silla de mano y si iba a Catedral, su alfombra la más grande, su manto el más suntuoso y del más fino encaje, alto y grueso y llamativo hasta el punto que José Juan, le observó zumbón: «Sigue así y te va a dar una apoplejía». Al principio vestía tan mal como hablaba. Bernardo, su hermano, corrigió lo primero; Jorge con apacibilidad, lo segundo.

—¡Qué mujer tan vulgar y tan de medio pelo! —murmuraba Isabel María Gedler, coreada por Matilde Blanco de Tovar a quien José Juan se vio obligado a recordarle que era la mujer de su hermano. Amanda Rojas, una vecina con afanes de ascenso organizó un sarao en honor de la pareja. Sin excepción, estuvieron presentes todos los Amos del Valle. El Gobernador Ponte y Hoyos, el Bello Eugenio, apenas la vio, la rondó ronroneante cual un palomo al igual que José Antonio Plaza, el joven capitán partidario de Luis XIV que se decía: «Esto es pan comido». El Obispo Diego de Baños y Sotomayor, presintiendo el peligro llamó aparte al Bello Eugenio reteniéndolo con él toda la noche so pretexto de los graves cambios políticos que se avecinaban ante la inminente muerte de Carlos II[158]

En medio de la fiesta y con aire remilgoso entraron Josefa Marín de Narvaez y Pedriño de Ponte Andrade. Los mantuanos los saludaron con frialdad. Cata simpatizó con la rica heredera, intercambiando sonrisas y preguntas. La mujer de Juan de Ascanio el joven, la tomó por un brazo:

—No te juntes con esa mujer. Está muy mal vista.

Desde la barra, Salustia y Rubén Pelao acompañados de Ño Cacaseno contemplan

la fiesta:

—¿No será demasiado camisón pa Petra? —pregunta el marido de Salustia refiriéndose a Jorge y a su joven mujer.

El zambo, que simpatiza con Jorge, lo riñe por deslenguado.

—Pero qué falta de modales, los de la tal Cata —cotillean en un rincón las esposas de los Madriz.

—Y mírame la trompa de negro que se gasta —apunta la de Mijares.

—¡Quién lo hereda no lo hurta! —sentencia la de Herrera—. Es nieta de Rosalba, una mulata muy buenamoza que vivía por los lados del Catuche.

Cata era impermeable a las críticas. Era la negación, como se decía su marido, de la suspicacia y de la susceptibilidad. Para ella, «todo el mundo era un encanto». No había ninguna mujer principal, que a los pocos meses «no fuese su íntima del alma», visitándolas con asiduidad, no importándole si era o no retribuida. Sus metidas de patas, sus arrebatos de recién enriquecida, eran tema predilecto en los mentideros. La gente, sin embargo, por respeto y cariño hacia Jorge Blanco, terminó por aceptarla, echando en el olvido que hasta hacía poco trasbucaba consonantes y decía cónfiro cada vez que se impresionaba.

Don Eugenio de Ponte y Hoyos prosiguió asediando a Cata. Temerosa se guardó en la casa. Fue inútil, el Gobernador se hizo amigo de Jorge y lo visitaba a diario.

A los tres meses Cata declaró su embarazo. Según las cuentas salió preñada en las primeras semanas. El Gobernador postergó el ataque para las aguas lustrales.

—Mujeres es lo que me sobra —dijo jactancioso a Don Juan de Aristeguieta, su compañero de viaje.

El día del parto el vecindario se aglomeró en la sala. Jorge caminaba en el patio a grandes zancadas, en medio de un silencio ansioso. El Pez tiró una trompetilla. La comadrona, con expresión descompuesta, salió del cuarto dirigiéndose a Jorge.

—¡Ved por vos mismo!

Entre sus manos traía un niño de cabeza descomunal. Estaba muerto.

En medio del llanto que asaltó a Jorge una voz grave le susurró con gran aliento de ajo:

—Ése no era hijo tuyo. Es hijo del diablo.

Era Yocama la hechicera.

Luego de dos abortos, Cata salió de nuevo en estado. El médico recomendó reposo de abadesa. Por nueve largos meses Jorge y Catalina vivieron alrededor de una cama. Nació el crio. Era normal de aspecto. Pero berreaba sin fuerza, además de lento y adormilado. Murió al sexto mes.

El vientre de Cata se sacudió una vez más de vida y fue coronado por otro aborto. Jorge, obsecado, consultó a Yocama.

—La cura es ardua y difícil. Necesito la ayuda de mi hijo, que es milagrero para

con las mujeres mulas. Mi trabajo vale lo de siempre, pero él cobra dos pesos por día.

Catalina, por quinta vez, dio señales de preñez. En vísperas del parto escribió a Juana Francisca para que se viniera a Caracas.

Para su sorpresa, Juana Francisca aceptó la invitación.

Jorge Blanco bajó a La Guayra. Adusta y bronca, apenas lo saludó. Bernardo, su hijo, intentó besarla, lo apartó de un empellón.

—No quiero besos tuyos, ¡mal hijo! —y dándole órdenes a Ño Cacaseno, a quien trajo consigo, subió a la silla de mano del Regidor Decano para recorrer el camino que no veía desde su mocedad.

El mismo día de su llegada Cata tuvo la primera contracción de parto.

En la habitación, Yocama y su hijo Ño Ramón se movían de un sitio a otro, bajo la mirada silenciosa de Juana Francisca. En el patio, Jorge, José Juan y Ño Cacaseno, fumaban y zanqueaban. El Pez elevó el chorro y lo sesgó en espiral a tiempo que dejaba escapar su pito festivo.

Un fuerte vagido salió del cuarto. Yocama puso en sus manos un robusto varón. Cata y Juana Francisca sonreían.

—¡Qué gran hombre será! —dijo la Bruja—. Por algo vino al mundo con dientes.

—Pero también ha de morder —susurró su hijo Ño Ramón.

Un fuerte golpe se sintió en el suelo. La tierra comenzó a temblar.

—¡Terremoto, terremoto! —gritaba la gente.

Juana Francisca con su nieto en brazos corrió hacia el patio.

El sismo no llegó a catástrofe. Salvo algunas casuchas que se cayeron y unas paredes que se agrietaron, no hubo muertos que lamentar.[159]

Juana Francisca, a raíz del nacimiento de Martín Esteban, como bautizaron al recién nacido, sufrió un cambio inimaginable. Tal era la alegría y ternura que la envolvían. Casi no permitía Cata tocase a su hijo. Ella era quien cambiaba los pañales. Ella quien lo arrullaba. Ella la que más gozosa y sonriente asistía al amamantamiento.

A Yocama le regaló dos doblones de oro para que la acompañase por cuarenta días para alejar los maleficios que rondaban la casa. Esa noche, para sorpresa de Jorge, le dio un beso en la mejilla:

—Dios te bendiga hermano. Me has hecho feliz.

Esa tarde, una semana después, llegó a presentar sus parabienes el Gobernador. Un vistazo fue suficiente a Juana Francisca para darse cuenta de que el Hermoso rondaba a su hija, por más que hablara de la Guerra de Sucesión que se desarrollaba en España a causa de la ascensión al trono de Felipe V, el nieto de Luis XIV.[160]

—La navegación con España y las otras colonias está de tal manera interceptada por los aliados —decía el Gobernador— que he tenido que poner en libertad a un reo para que capitanee un barco hasta Martinica para que traiga harina y municiones.

Pensar que en 1701 doce buques llegaron a La Guayra. Las reales arcas están vacías. No hay vino en Caracas.

Al día siguiente, Ponte y Hoyos volvió de visita y, aunque habló de que se estaba vendiendo la harina a cuarenta reales, no dejó de echarle miradas entendidas a Cata. A la tercera visita Juana Francisca dijo a Yocama: «¡Ayúdame!» y puso en sus manos diez onzas de oro.

—Aquí tienes —dijo la bruja a la noche siguiente, entregándole un frasco con un liquido que olía fuerte—. Diez gotas son suficientes para que no pueda. Treinta para que pierda la razón y no la recupere. De hacerse lo mismo en tres días seguidos, morirá en los tres siguientes.

Juana Francisca se negó en adelante a recibir las innumerables visitas que acudían a la casona. Tan pronto se acercaba la hora del chocolate se retiraba al comedor con Martín Esteban, arrullándolo con ternura. A veces —cuando ya oscurecía— se iba al oratorio, al lado del gran Salón de los Retratos para escuchar el discurrir de los principales.

Esa tarde la voz de José Palacios la sobresaltó.

—¡Es él! —se dijo—. ¡El desgraciado maldito!

El rencor la arrastró en avalancha hasta la sala. Sus ojos sombríos se clavaron en el artillero. Jorge Blanco la vio con aprensión: nunca hasta entonces la vio tan terrible.

125. La danza de Juana Francisca.

A veintiún años todavía recuerdo aquella mirada. A los pocos días José Palacios fue poseído, junto con el Gobernador, de aquella locura luego de ver el retrato de la condesita. Se dijo que Ponte y Hoyos había sido hechizado por Yocama, siguiendo instrucciones de una dama de alto coturno, despechada por el Bello Eugenio. La pobre vieja fue llevada a Cartagena, y, al parecer, la echaron viva a la hoguera. El pobre Ño Ramón, su hijo, de tan buen partero que era, se dedicó al aguardiente desde entonces; por ahí anda hecho un verdadero pordiosero. Yo sí creo en las Brujas. Y para muestras me sobra Cumbamba. ¡Ah, cosa bien fea aquella! Pero a mí nadie me quita de la cabeza que en la muerte y locura de José y de Ponte y Hoyos, Juana Francisca metió la mano. Era mala pa’lante. Yo, al principio, me negaba a dar crédito a lo que decía la gente de Ocumare y el mismo Ño Cacaseno, cuando me tomó afecto y cariño. Pero cuando vi aquella pobre niña con la cara quemada por el aceite hirviente que le echó Juana Francisca en uno de sus arrebatos, ya no lo puse en duda. Ella y Fermín, su hijo, eran los amos más déspotas y malvados de toda la región. Yo, por la pura necesidad, me veía obligado a tratarla y los quince días que al año teníamos que pasarnos con ella para la fiesta de San Juan, eran un verdadero suplicio

y en especial al ver la influencia y ascendiente que paulatinamente iba tomando sobre mi hijo, a quien, sin duda alguna, amaba entrañablemente. Juana Francisca siempre me detestó, quizás por recordarle a mi madre, a quien odió y no sin razón, con saña y profundidad. Su venganza, aparte de corresponder a su sentir, era contradecir en mi hijo todas mis creencias y enseñanzas:

—¡Hágase temer, mijo! —le oí decir varias veces— que en este mundo de nada valen buenas razones ni palabras piadosas. Palo con el que se meta con usted y con el que no se meta, también; porque así la gente escarmienta.

Como desde su más temprana edad derrochaba sobre Martín Esteban cariños, lisonjas y regalos, el muchacho no veía sino por los ojos de su abuela. ¡Cuán interesados son los niños! Apenas caminaba y ya le había regalado un burrito. A los diez años le hizo entrega de una escopeta que mandó a buscar especialmente a Curazao:

—Para que aprenda a matar desde chiquito.

—Llévatelo por ahí —me contaron que le dijo a su hijo Fermín— y enséñale a pelear y a disparar, porque si me sale igual de pendejo que el padre, estamos listos.

El bárbaro de Fermín, que por quítame estas pajas desollaba vivo a un negro, fue el mentor de Martín Esteban, enseñándole todas sus malas costumbres en los tres meses al año que pasaba en Cata. A los catorce años era un tarajallo bizarro, aguerrido y temerario, tal como lo quiso su abuela y con absoluta aversión por libros y estudios, como lo deseaba yo. No obstante, siempre me quiso y respetó sobremanera, y yo en el fondo, a pesar de disgustarme el tipo que la herencia y la abuela habían formado, me sentía orgulloso de que fuera así, hasta el día en que vinieron con el cuento de que por instrucciones de su tío y con plena complacencia de su abuela, azotaba en el cepo a los esclavos que se portaban mal. Fue la primera y única vez que le metí a alguien una trompada:

—¡Carrizo! —le grité delante de todo el mundo—. ¿Quién te ha enseñado a ser tan malo? Vaya a curarle las heridas a ese pobre hombre y le pide perdón. Cuando supe en esa misma época que llevado por Fermín había iniciado su vida sexual, fue tal la desazón que me entró que me volvió la epilepsia que tenía años sin darme.

Esa tarde paseando con Cacaseno, hombre piadoso y bueno, que todavía no me explico cómo pasó tantos años con Juana Francisca y Fermín, se atrevió a decirme lo que le refirió un negro octogenario muerto. Según decía el negro, Juana Francisca y un hombre que estaba con ella mataron en una discusión a Petronila, su abuela, y la echaron al mar para hacer creer que se había ahogado.

El negro para ese entonces era un muchachito y los vio hacer todo aquello tras una mata de uva de playas.

Por eso es que pienso que Juana Francisca tuvo mucho que ver con la extraña muerte de José Palacios y la locura del Gobernador, por más retrato de la condesita

que yo haya visto y todo cuanto dijo la Inquisición sobre la bruja Yocama.

—Jorge Blanco no quería a Juana Francisca, la abuela de Martín Esteban —le refiere Don Feliciano Palacios y Sojo a su segunda mujer, María Isabel Gil de Arratia, quien borda en el corredor de la Estancia Tamanaco mientras el Gran Mantuano ve de soslayo a su nieto Juan Manuel, abatido por la melancolía a causa del reciente asesinato de su padre por orden de la Guipuzcoana.

Juana Francisca y su hijo Fermín —añade elevando la voz tratando de interesar a Juan Manuel— eran más que fregaos con sus esclavos. Con razón pasó todo aquello y lo que vino después. En ese entonces —dijo con nostalgia al recordar a su primera mujer— María Josefa y yo estábamos muy tristes por la muerte de Juan de Aristeguieta,[161]que fue para ella y para mí como un padre.

Jorge, que como todos los años se iba para Cata con Martín Esteban y su mujer, nos invitó a que los acompañásemos para que los vientos del mar y los tambores de San Juan se llevaran nuestra tristeza. Íbamos de lo más divertidos háblate que te habla, cuando al entrar en Cata vimos humeando la Casa Grande y un gentío en la playa. En lo que tocamos tierra, Ño Cacaseno nos gritó lloroso:

—Anoche se alzaron los negros y mataron a Doña Juana Francisca, al niño Fermín y a sus dos muchachos.

Cata, como todos, corrió hacia unos bultos cubiertos con unas sábanas, alrededor de los cuales rezaban varias mujeres.

—No los vea, misia Cata —dijo Ño Cacaseno agarrándola—, los descuartizaron vivos…

Martín Esteban, mientras Cata forcejeaba con los que tratabamos de agarrarla, se escurrió entre la gente y destapó los cadáveres.

Un grito pegó al verla hecha pedazos. La cabeza estaba por un lado y piernas y brazos por otro. A Fermín, su hijo y sus dos nietos, también los habían macheteado.

Uno de los negros que paró la cola al ver lo que pasaba, contó lo que sucedió:

—Estábamos todos reunidos tocando tambor, cuando látigo en mano se presentó Don Fermín repartiendo cuero y mentadas de madre por estar bebiendo aguardiente. Yo no sé quién lo hizo, pero de repente vi a Don Fermín, descabezado, dando tumbos. «Llegó la hora de la venganza —dijo Care’Lapo—. Ya nos fregamos por matar al amo; así que vamos a darnos gusto y acabar con todos ellos». Borrachos como estaban se fueron a la casa: agarraron a Doña Juana Francisca y a los dos muchachos, y a trancazo limpio los sacaron a la playa. Doña Juana Francisca, ni dominada perdió la soberbia. No dejaba de insultarnos, hasta que Care’Lapo, alzado en jefe, le dijo:

—Cállate piazo e vieja, si no quieres que te mate a tus nietos delante de ti.

Esas palabras parecieron amansarla, pero Care’Lapo, como el resto de los negros que estaban borrachos, gritó de pronto a los que bailaban:

—Quítense de ahí, macheteros recogecabos, que va a bailar Doña Juana

Francisca.

El ama les echó un bollo.

—¡Ah!, ¿no vas a bailar? Pues mira lo que le voy a hacer a tu nieto si no meneas el rabo, —y levantó el machete hacia uno de los muchachos. Doña Juana Francisca pegó un grito y dijo que haría lo que quisieran y bailó con la cara más triste que yo jamás haya visto.

—Más rápido —gritaba Care'Lapo, que estaba como loco—. Desnúdenla —dijo. Y sus esclavas de adentro con toda maldad le arrancaron la ropa hasta dejarla en cueros.

Y así la hicieron bailar por más de dos horas. Tumbada por la fatiga se desplomó.

—¡Ah!, ¡ya te cansaste! —le gritó Care'Lapo dándole una patada—. Y en tan poco tiempo, cuando nos hacías trabajar de sol a sol sin que pudiéramos dar un pujido. Tráiganme acá al carajito ese, a ver si se despierta. Y encima de ella le cortó la cabeza a Fermincito. Cuando Doña Juana Francisca sintió encima la sangre de su nieto, levantó la cabeza y nos maldijo a todos. Care'Lapo de un solo golpe le tumbó la cabeza. Después nos dijo:

—Bueno, muchachos, se acabó la fiesta y ahora que cada uno le dé su machetazo a la vieja y a los otros, para que estemos todos comprometidos.

Ese fue el momento en que yo paré la cola y no dejé de correr hasta que llegué a Ocumare.

—Aquello fue espantoso —dijo Don Feliciano—. Nunca había visto algo igual en la Provincia.

Juan Manuel con la expresión descompuesta por el relato de su abuelo, corrió hacia el patio, donde vomitó entre grandes arcadas.

Y a vómitos le supo la boca al recordar desde su silla del corredor postrero, la muerte de su bisabuela.

¡Qué destino de dolor y muerte el de los míos! —se dice entre las miradas de soslayo de Juana la Poncha, quien escoba en mano lo vigilaba.

Los ojos saltones, acuosos, azules de Don Juan Manuel miran hacia el infinito. El Pez moja a la negra.

—¡Deja la cosa, piazo e bicho!

Don Juan Manuel, ausente, sigue moliendo:

¡Cuán pocos son los días de gloria! Los más son días de pena. Los unos preceden o suceden a los otros, separados apenas por efímeros intervalos de hastío. No hay paz para los principales de la tierra. No hay sosiego en los días del príncipe; ni en los del Gobernador; ni en los del Rey, ni siquiera en un mantuano. Mi vida es el sobresalto. El combate, la victoria, la derrota, la honda pena, la dicha hinchada.

Los recuerdos son cuadros con luz distinta: a veces confusos, a veces nítidos, refulgentes, llameantes. Cuando les viene en ganas, como demonios ante conjuros,

acuden al llamarlos, pero la más de las veces escapan, se escurren, huyen, se distorsionan. Cuando el hombre proyecta poco y recuerda mucho, la vida es angosta. Los viejos soñamos, evocamos. Vivimos en el ayer. ¡No hay futuro! ¡No hay presente! Somos hijos de nuestra era. No hay remedio. Cada tiempo tiene su lenguaje. El mío lo tuvo y lo entendía cabal. Pero hace años que he dejado de entender y no quiero. ¡No me da la perra gana de aprender la lengua nueva! Es de hombres banales y sin consistencia intentarlo apenas. Hasta hace dos años vivió mi tiempo. Fue un tiempo largo, de penas y de regocijos, de luchas y revueltas… ¡Mi abuelo, Don Feliciano! ¡Mi padre Martín Esteban! ¡Maldita mil veces sea la Compañía Guipuzcoana! Por eso odio el tiempo nuevo y a sus escarceos de síntesis. No puedo admitir, ¡no me sale!, ¡no lo quiero!, que un López Méndez o un De Las Casas, o un Aguerrevere parta confite con los míos. Fueron ochenta años de rencor.

Luchamos a muerte contra ellos y ellos contra nosotros.

Será indispensable un arreglo, dicen los sabiluchos, hacer mantuanos a los tenderos, como seis años atrás se hiciera con los de Cumaná. ¡Absurda gente comedora de gofios y de endiablados pasteles! De ver a un Urbaneja y a un Sucre se me revuelve el alma. Mañana serán los canarios arrellanados en Catedral, y si vivo largo, veré de quien a quien a los pardos bembones, trompicudos, con el pelo malo.

La política es el equilibrio del poder. Hay que hacer concesiones. ¡Yo no hago concesiones! ¡Hay que morir con su tiempo!

El Pez trazó dos señales admirativas y emitió su sonido besante.

Don Juan Manuel dijo al pescado:

—Los Guipuzcoanos mataron a mi padre y lo cubrieron de oprobio. Hace apenas dos años los derrotamos. ¿Te acuerdas? ¡Victoria pírrica! Dejaron de ser para que realmente fueran. Hoy son nuestros aliados contra el Rey. ¿Quién lo hubiese pensado? Hasta dos años atrás eran la raíz de mi encono; destruirlos, la razón de mi existencia.

¡Qué día aquel en que murió la Guipuzcoana![162]Todavía el Ángel Negro no había llegado a mi casa.

El Pez puso el chorro a media asta y gorjeó un tenue y fugaz lamento cual el canto de un muezmín.

Ella era buena, blanca, rubia. Es verdad que tenía la circunferencia en zaranda de los animales azules. ¡Pero yo la amaba! ¡Qué caraj! Yo la creía eterna y se murió al parir a Fernandito. Juana la Poncha ya me lo había anunciado. La vio volar en sueños llevada entre cintas por querubines azules.

—Querubines en cinta —decía la negra— es muerte en vida, o vida en muerte, que es el nacer.

¡Juana la Poncha! Negra agorera. Lengua bendita.

Su muerte me algodonó el sentido. Volvióme la tristeza que conociera antes. Pero

más fuerte y espesa, con el sabor amargo de la desesperanza. El alma se me ovillaba cuando al caer la tarde oía las campanadas. María Jimena, mi gorda, ¿dónde estás, que estoy perdido?

Estos dos años han volado confusos, atropellantes; cabalgando los días sobre los meses en trepidar desbocado.

—Búscate otra mujer —me recomendaba hasta mi cuñado Martín Eugenio—. Pero yo ignoré su consejo, fiel a la creencia de que el galanteo lacera el prestigio. Y calmé el hambre que me devoraba en el buen yantar y en mejores libros. Al poco tiempo tenía la gordura escuálida de las piñatas y cegado por mi propia tinta, como el calamar.

—Cuando Fernando, mi yerno, me pidió la mano de Ana Clemencia comprendí a Aguirre, el Tirano y el mito de Urano. Me consideré en el derecho de comerme viva a mi hija y a su novio. Llegó la boda. Abundaron los presentes. Sobraron los agasajos. ¡Cuán hermosos estaban! Ella vestida de blanco y él, como Oficial de Lanceros. Los vi partir escondido en la cochera. La noche parió a la noche. La soledad a las tinieblas. El ángel Negro esa noche revoloteó sobre mi cama.

—¡Baja ya! —decía yo—. Llévame contigo. ¡Ven! ¡Ven ya! No tengo miedo. Pero el ángel se negó a complacerme y para acrecentar más tarde mi pena le cedió mi cuerpo al Ángel Blanco. ¡Qué maldita sea la hora en que se me apareció para retardar mi huida!

Todos, desde Doñana, mi hija, a Juana la Poncha, tenían la manía que me fuera de viaje por el mundo para dispersar mi pena. ¿Por qué no vas a España? —díjome mi cuñado Martín Eugenio.

—De verdad, mi amo —observó la agorera—. Con el verde del camino na más se te alegra la pepa del ojo.

El que me dio la puntilla fue el mismo Gobernador Don Luis Unzaga y Amezaga, [163]que en esos días se regresaba a España por la ruta más larga y negra que haya conocido.

126. El país de la locura.

—Vámonos juntos, mi noble amigo —propuso el Gobernador a Juan Manuel—. Partiremos dentro de ocho días en la fragata Albatros que toca en La Habana, donde tengo que arreglar un asuntillo con el Gobernador Cajigal y luego seguimos viaje hacia España. Tenéis que daros oportunidad de que la suerte os sonría. Dejad de rumiar tristezas y marchemos juntos por la vida.

—¡De verdad, viejo! —apoyó su hija Doñana.

—Haz caso aunque sea una sola vez en tu vida —le dijo en su tono zumbón el Conde de la Granja, su yerno.

—Ancha chico, no pienses más y decídete ya —observa Juana la Poncha.

Relumbraron los ojos de Juan Manuel y su boca se abrió por primera vez en una sonrisa.

—¡Está bien! —respondió, poniéndose de pie—. Me habéis convencido. ¡Manos a la obra! ¡Qué me traigan tres baúles y tú —dijo señalando a su hija— me acomodas la ropa!

—Un consejo, amigo mío —dijo vacilante el Gobernador—. ¡Regalad todos esos trapos que usáis a gente de pocos recursos! Lamento deciros que vos, como la mayor parte de vuestros amigos, usáis ropa pasada de moda desde hace quince años.

La decisión arrió de su cara la melancolía. Ya sólo faltaban dos días para zarpar. Esa tarde tiene audiencia con el Obispo Martí para despedirse. Frente al espejo se mira la cara y la gorguera. Es un anciano. No hay un solo diente en su boca.

—¡Ay, ay, ay! —gimoteó en el patio Juana la Poncha.

Alarmado por el llanto salió a su encuentro.

—Pero ¿qué te pasa, mujer de Dios?

—Se acaba de morir Don Miguel de Aristeguieta.[164]

Presto y a medio vestir corrió a la casa enlutada.

—Marcos Ribas y Betancourt —le refirió su prima, la mujer de Miguel— valiéndose de la confianza que existía entre nosotros, perdió a tu ahijada María Soledad. Está embarazada. El pobre Miguel, al saberlo esta mañana, cayó fulminado. Volvió en si para recibir la absolución. Antes de morir ordenó a Juan Félix que la recluyeran de por vida en un convento.

La fragata con buen viento salió de La Guayra. Juan Manuel y el Capitán General charlan en la cubierta. Unzaga y Amezaga era un hombre de mediana edad, cordial y campechano, que antes de venir a Venezuela había sido Gobernador de la Luisiana. Ganó la confianza y amistad de los mantuanos al oponerse a los abusos de la Compañía Guipuzcoana.

Con los ojos en el Caribe le dice a Juan Manuel:

—Veo con terror esa política monopolista y bárbara que estamos empleando en América.

Juan Manuel hizo leve señal de asentimiento y pensó en los recientes sucesos de la Nueva Granada, donde los comuneros de El Socorro se insurreccionaron contra los crecientes e insufribles impuestos. José Antonio Galán, el cabecilla, fue alevosamente ejecutado por el Virrey Flores, luego de haber declarado amnistía general, provocando indignación en todas las Indias.[165]Meses antes en el Perú, Túpac Amaru fue descuartizado.

—Es excesivo el rigor que se viene ejerciendo. Ved el ejemplo de las colonias inglesas de Norteamérica. Primero fue protesta por el asunto del té; luego vino la represión cruenta. A menos de ocho años Jorge III está a punto de perder el más rico

florón de su imperio. Y a propósito —añadió Unzaga— creo que ha sido un error favorecer la insurrección de las colonias inglesas contra la Metrópoli. Los reyes de Francia y España están escupiendo hacia arriba. ¿No os parece, Don Juan Manuel?

—Todo cuanto contribuya a debilitar a Inglaterra es beneficioso para nosotros —respondió seco.

—Hace pocas semanas —siguió Unzaga— recibí carta de mi gran amigo el Marqués de la Avenida, donde me hacia ver que tarde o temprano este pigmeo que hicimos nacer será colosal y artero enemigo. No han terminado aún de independizarse y a pesar de ser sus aliados, otean hacia nuestras colonias. Algunos de sus más esclarecidos pensadores afirman que América sólo debe ser para los americanos.

La noche misma de llegar a La Habana, el Gobernador de Cuba los invitó a cenar. Era nativo de la isla, hijo de un alto funcionario y de madre cubana.

—Tengo sangre caraqueña —dijo Cajigal a Juan Manuel al primer instante de conocerse—. Mi madre, Dolores de Urquijo, era nieta de Julia García de la Madriz, hija de Nicolás García, quien a su vez casó con Sebastián de Urquijo, mi bisabuelo. Soy primo en tercer grado del Marqués del Toro.

—Pues entonces somos parientes —añadió Juan Manuel con sincero alborozo.

Unzaga y Cajigal intercambiaron informaciones y opiniones sobre la guerra de Independencia Norteamericana.

—Los ingleses —decía el capitán general de Cuba—, están prácticamente listos. Washington los tiene cercados. Sólo retienen a Nueva York. En abril nuestra flota tomó a Las Bahamas.[166]Es cuestión de darles la puntilla. Por cierto, Luis —le observó Cajigal a Unzaga—, os tengo una sorpresa: deberéis ser vos, como antiguo Gobernador de Luisiana y conocedor del país vecino, quien so pretexto de enviarle algún recado a Washington, caléis sus intenciones sobre el Imperio Español.

Unzaga se sobresaltó ante la propuesta.

—Es una orden, Luis —le observó Cajigal—. Procede del mismo Ministerio de Guerra en Madrid. Para eso precisamente os esperaba. Y se os dieron instrucciones de venir a La Habana. Os servirá de excelente engañifa entregarle las joyas que las damas cubanas han donado a la Independencia Norteamericana. Ya nuestro Embajador Rendón en Filadelfia está avisado de vuestro próximo arribo.

Una joven pareja irrumpió en el salón. El Gobernador de Cuba hizo las presentaciones.

Un hombre joven, moreno y muy apuesto llegó tras la pareja. Sus ojos fulguraron de extraño brillo al enunciarse el nombre de Don Juan Manuel.

—Francisco de Miranda —dijo seco al estrechar su mano.

Juan Manuel palideció. Tenía frente a sí al hijo de Sebastián Francisco de Miranda, el tendero canario que quiso ser coronel.

—Y este mozo que aquí veis —añadió jubiloso Cajigal—, además de ser

caraqueño y mi ayudante de campo, es uno de los héroes de Pensácola y de Las Bahamas.

Hace dieciséis años —rumia Don Juan Manuel— el Gobernador nombró Coronel de las Milicias de isleños al padre de este niño. Fue un duro golpe. En el 69 pidió de baja, pero continuó usando bastón de mando. Le montamos pleito. Lo amenazamos con encarcelarlo. Ganó y perdió Don Sebastián. Del tiro se le quitaron las parejerías. Se trancó en su casa. Nunca más volvió a salir. El carrizito éste que en aquel entonces tenía veinte años, marchó a España dizque para defender al Rey de nosotros los mantuanos.

La cena transcurrió en animada conversación. Francisco de Miranda hizo gala, para sorpresa y malestar de Juan Manuel, de una vasta cultura. Habló de la Guerra de Marruecos y de las costumbres de los moros.

Discurría con gracia y soltura, intercalando, para exasperación de Juan Manuel, frases en francés y citas de clásicos latinos.

Ha tenido suerte en medio de todo —se decía el mantuano—; la última noticia que tuvimos de este petulante fue cuando se le prohibió la entrada a la Academia Militar en Madrid, como tenía la pretensión de hacer. De no haber sido por el informe que enviásemos los del Ayuntamiento, se hubiese salido con la suya. El viejo Miranda, dispuesto a que su hijo tuviese rango a como lugar, pagó ochenta y cinco mil reales por un piche rango de capitán. ¡El pobre!

Luego de cenar, Miranda deleitó a los presentes tocando a la flauta con un insospechado virtuosismo. La cara del joven caraqueño tenía una grave y ausente expresión. Cajigal aplaudía con entusiasmo. Conoció a Miranda en Málaga luego que el regimiento de la Princesa regresó de combatir al Rey de Marruecos. O'Rail, jefe de la guarnición, le había tomado ojeriza al venezolano, acusándolo de haberse apropiado de algunos dineros. Estaba a punto de ser encarcelado cuando Cajigal, al sustituir a O'Rail, se dio cuenta de que Miranda, al igual que él, era víctima de una confabulación y del menosprecio que los españoles sentían hacia los criollos. Desde entonces se estableció entre los dos hombres un sólido y mutuo afecto.

Al año, Cajigal fue designado Gobernador de Cuba. Y en junio de 1780, Miranda llegó a La Habana en el Ejército Expedicionario de cuarenta navíos y diez mil hombres que España enviaba para apoyar la insurrección norteamericana. Cajigal, para pasmo y envidia de sus compañeros, lo hizo su primer ayudante.

Miranda era un hombre de extraño sino: o se le odiaba al topar con él, o se sucumbía subyugado por su personalidad. Su vida, por este hado contradictorio, estaba lleno de cimas y de honduras. Siete semanas atrás regresó de Luisiana cargado de cadenas, acusado por el Gobernador Gálvez, hermano del Ministro de la guerra, de suministrar información militar indistintamente a ingleses y norteamericanos. Solicitábase de Cajigal remitirlo a España para ser juzgado por alta traición. Su

delito, como lo estableció Cajigal, fue no mencionar al Gobernador Gálvez en el parte enviado a Madrid sobre la Toma de Las Bahamas. Cajigal, a despecho de lo que pudiera suceder, lo mantuvo en su cargo.

Luego de algunas semanas, Juan Manuel y Unzaga prosiguieron viaje hacia los Estados Unidos.

—No sé si la Independencia Norteamericana será para bien o para mal —decía en el entrepuente el antiguo Gobernador de Caracas—. Son gente pujante, valiente, trabajadora y honrada. Son de una escrupulosidad enfermiza, lo que hace de ellos una combinación terrible. Menosprecian a los ingleses y de manera soberana a la gente de casta latina. Las tropas francesas y españolas han sido tratadas con desdén.

—¡No es cierto! —interrumpió alguien con acento jovial.

—¡Señor de Miranda! —exclamó Unzaga al darse vueltas—, ¿pero, de dónde habéis salido? ¿Cuándo abordasteis la nave? ¿Por qué nos ocultasteis que seríais nuestro compañero de viaje?

—Fue decidido a última hora. Os escoltaré a Filadelfia por orden del Gobernador Cajigal.

El tema del entrepuente siguió en el comedor. Miranda disentía de Unzaga sobre el menosprecio que los americanos sentían por franceses y españoles.

—He sido objeto por parte de ellos de múltiples distinciones que Venezuela me ha negado. Desdén por parte de los ingleses sí lo hay —prosiguió Miranda—, pero no lo es a causa de vuestro físico ni por vuestro origen, es por vuestras actitudes y creencias, que con el debido respeto del señor Gobernador, sí son despreciables.

—¡Señor de Miranda! —saltó Unzaga.

Miranda atemperó una excusa y prosiguió fustigante.

—Españoles y criollos se enorgullecen, a diferencia de los anglosajones, de lo que les viene por añadidura y no de lo que hacen por propio esfuerzo. Todos sus valores y jerarquías las hacen girar alrededor de su ancestro, segmentando a los seres humanos en una infinidad de cuadros y recuadros, que miran con recelo, odio y desprecio al vecino, por miedo a que de su contacto surja el desmedro de ellos mismos por contaminación o rechazo. En España e Hispanoamérica los hombres viven atentos a las diferencias que entre ellos existen, los norteamericanos otean perspicaces lo que tienen en común.

—Habláis como un francmasón —espetó agrio Juan Manuel.

Miranda sonrió con despectiva incredulidad. El mantuano había acertado. Muchos éxitos, encumbramientos y honores los debía al credo hermético.

—Cuando yo abandoné a Venezuela [167]—siguió Miranda— luego de ver humillar a mi padre, dentro de la linea del pensamiento en que se desarrolló mi vida, aspiraba a vengarme de vosotros. Era mi propósito rehabilitar los títulos de nobleza de los que hablaba mi padre a través del dinero y de mis propias hazañas. Hace once

años quería y creía ser más noble que todos vosotros. Aspiraba estrujaros en la cara mi resentimiento. Soñaba que algún día vos, Don Juan Manuel, me guardaríais la consideración que negasteis a mi padre, a pesar de haberle salvado la vida al vuestro en Puerto Cabello.

Don Juan Manuel ante el reclamo quebró la cabeza.

—… Pero cuando llegué a España y descubrí, cual revelación divina, que para los peninsulares no había diferencia entre vos, un mantuano caraqueño y yo, el hijo del tendero isleño y de una castiza llamada Panchita Rodríguez, ya que el menosprecio nos arropaba a todos, cambié de objetivos. Para los españoles, mi querido amigo, es tan ocioso averiguar las diferencias entre un criollo de estirpe noble y uno del estado llano, como pudiésemos sentir nosotros respecto de un quinterón o a un calpamulato. Para ellos todo criollo es despreciable. Da lo mismo que sea blanco por todas sus ramas, que pintado de indio o de negro. Nacer fuera de la Península nos descasta.

—¡Señor de Miranda! —volvió a clamar el Gobernador—. ¡Me parece que exageráis indebidamente! Prueba de ello es que nuestro común amigo Cajigal es Gobernador de Cuba, a pesar de ser criollo habanero.

—Una golondrina no hace verano, y la próxima vez que tengáis ocasión de hablar con él, preguntadle con más detenimiento sobre lo que ha tenido que sufrir a pesar de ser hijo de un Virrey de México. Este régimen discriminativo fundamentado en el origen y no en la virtud, es lo que robará a España el favor de los americanos. El desprecio engendra más odio que el despotismo y la explotación. Sólo os puedo decir, para que tengáis una plácida noche, que aquel joven de veintiún años que salió de Caracas y que juró ser un buen soldado del Rey para defenderlo de la codicia y ambición de los mantuanos, ya no os odia Don Juan Manuel. Por lo contrario: ha comprendido que nuestros destinos son complementarios y que necesitamos tanto el uno como del otro.

—¡Bravo! —batió palmas con angustiosa euforia el Capitán General fingiendo no entender la amenaza contenida en aquella propuesta larvada.

Desembarcaron en Charleston y cabalgaron hacia Filadelfia, capital de la Unión y sede del Congreso.

Los días en que Miranda y Don Juan Manuel vivieron en estrecha convivencia exacerbaron la hostilidad del mantuano hacia el joven oficial. Ambos eran alfa y omega. No sólo por genio o temperamento, sino por sus actitudes ante los problemas axiales de la existencia.

A Miranda placíale discurrir con Unzaga sobre arte, literatura y lenguas muertas y Juan Manuel, al ser excluido, sumíase en una cólera envidiosa. A Miranda le disgustaban los temas religiosos. Se reía cuando Juan Manuel hablaba de los poderes, virtudes y limitaciones del santoral.

Ni siquiera en agricultura coincidían. El joven oficial no era partidario de los

grandes cultivos como el cacao y la caña de azúcar, «pues salvo los tiempos de cosecha y zafra, son muchos meses de poca actividad y extremada negligencia». Debemos volver —afirmaba vehemente— a la industria de cueros, a la salazón del pescado, a la destilación de aguardientes, a la industria del tabaco, a todo cuanto signifique trabajo diario y regular. El cacao no significa nada en este sentido.

¿Pero este niño está loco? —estalló para sus adentros—. Su sorpresa subió de punto al darse cuenta de que Unzaga era de la misma opinión que Miranda.

Lejos de lo que pregonaba el joven caraqueño, Juan Manuel encontró hostiles y muy poco corteses a los norteamericanos. Viéndome obligado —como escribió a su hija esa misma noche— a cargar mi valija en un parador, antes de llegar a Filadelfia. Tuve que ir yo mismo con el plato a la cocina para que me echaran la comida, compartiendo la mesa con desastrados desconocidos que empujaban con el dedo y hablaban con la boca llena.

—¡Pero esto es abominable! —restallaba airado al día siguiente—. Nunca había visto que un caballero hiciese de sirviente y que todos los hombres actúen al mismo tiempo como lacayos y señores.

—Esa es la igualdad americana de la que os hablaba —observó Miranda.

—Pues reniego de ella. Este relajo no puede ser ejemplo edificante para nadie.

En Filadelfia su impresión fue diferente. El Embajador de España, Rendón, los alojó en su casa. Nunca hasta entonces conoció en el Nuevo Mundo nada más hermoso. Criados negros y de librea rehicieron sus esperanzas de que algo bueno pudiera salir de aquel pueblo que luchaba por su Independencia. «Hay acentuadas diferencias —decía en otra epístola— entre los vecinos muy principales, a quienes llaman gentleman y el hombre común, sumamente patán y altanero. No tienen modales. Son como pardos de ojos azules y pelo amarillo».

Su animadversión contra Miranda se desbocó al percatarse del interés, respeto y acatamiento que le expresaban desde el Embajador español hasta los numerosos gentleman que los visitaron, a objeto de testimoniarle su admiración por lo de Pensacola.

¡Cuán locos están! —se decía— para tenerlo por héroe. Yo no sé qué le verán. Pero, en fin… la locura parece ser la matriz de este país.

—Vuestras ideas, como las de vuestra estirpe —le soltó Miranda— son deliciosamente elementales. Todo cuanto no comprendéis, todo cuanto os sorprende porque introduzca variantes a vuestros inmutables esquemas, en vez de fustigar vuestra curiosidad, antes de encender la llama de vuestra imaginación y de poner en marcha el maravilloso molino de las ideas, las rechazáis de antemano con el epígrafe de loco y locura al pensador y a la idea. ¡Haced un esfuerzo, Don Juan Manuel, y tratad de entender! No rechacéis al mundo que cambia y muy de prisa. Abrid bien los ojos. Estáis asistiendo al acontecimiento más importante de la Humanidad desde el

Descubrimiento de América: la Revolución Norteamericana de Independencia, y tenéis la pretensión insólita de llamar locos a sus protagonistas. ¿No se os ha ocurrido, por casualidad, que ellos no están locos y que vosotros sí estáis dormidos?

Al cuarto día de haber llegado a Filadelfia, Jorge Washington invitó a Unzaga y a sus acompañantes a una cena formal en su casa.

La entrevista con Washington hizo variar a Juan Manuel de opinión. Era un caballero de la antigua escuela: sereno, severo, amable, pero distante, reposado y comedido.

Washington, para su alegría, observó a Miranda con aire entre aburrido y ausente, limitándose a responderle con frases cortas o monosílabos. Con Juan Manuel fue sustancialmente diferente. A pesar de las dificultades del idioma, mostróse entusiasmado y afable al saber que era plantador de algodón y criador de caballos.

—No veo el día —le dijo el General norteamericano— que termine esta guerra para poder retomar a mi estancia en Virginia.

Para sorpresa y desagrado de Unzaga y del Embajador de España, Washington y Juan Manuel se enfrascaron en una animada conversación sobre ganado, esclavos y plagas agrícolas. Al margen de aquel diálogo cerrado figuraban dos secretarios de estado. Unzaga incitaba al Embajador a cortar aquella insospechada plática que estaba arruinando el objetivo del largo viaje. Para su desesperación, el General norteamericano invitó a Juan Manuel a una caminata por el jardín.

Seguidos tan sólo del intérprete, se adentraron por un sendero bordeado de azaleas y jazmines.

A falta de caza mayor, norteamericanos y españoles tantearon entre ellos las mutuas intenciones. Unzaga declaraba la simpatía de España hacia la revolución norteamericana. Miranda musitó a un abogado sentado a su derecha:

—Esta gente no expresa el sentimiento que anima a los venezolanos. Al igual que vosotros, queremos ser independientes de España y regir nuestros destinos según propia conciencia y albedrío.

El abogado lo miró atento. Luego de algunos escarceos dijo a los otros:

—El señor de Miranda y yo daremos también una vuelta.

Y tomándolo por el brazo lo llevó por el mismo sendero por el cual Washington y Juan Manuel ya retornaban.

Miranda escuchaba atento lo que insinuaba con sorprendente franqueza el joven abogado.

—En política no hay agradecimiento, sino conveniencias —decía—. Hoy España y Francia nos ayudan a derrocar a Inglaterra; pero tan pronto recuperen la hegemonía perdida, volverán sobre nosotros y con más ímpetu y odio que el que hasta la fecha hayan podido tener con Inglaterra o cualquier otra monarquía. Es ley de vida. Nuestra libertad republicana está amenazada mientras en el resto del mundo existan

monarquías absolutas. De ahí que veamos con interés que el Imperio Español sea sustituido por una o varias repúblicas.

—Es absurdo —saltó la voz de Washington tras un seto— que un hombre relativamente joven, como vos, ande mostrando al mundo los estragos que los años han dejado en sus encías. Debéis poneros esto.

Tras las palabras apareció el General norteamericano llevando sobre la palma de su mano una plancha de mármol de blancos dientes. Sin inmutarse por Miranda y el secretario que los veían asombrados, prosiguió:

—Ved cuán fácil es ponérsela y quitársela.

Y llevándosela a su boca, devolvió a su rostro la madurez que su boca anciana ya no permitía.

—Mañana mismo os enviaré a mi dentista para que os tome la medida. Devolveros la juventud será el recuerdo que os dejará Jorge Washington.

127. Ornis Ibérico y la nueva sonrisa.

Juan Manuel luego de un corto aprendizaje, aprendió a quitarse y a ponerse su dentadura postiza, hasta comer con ella cualquier tipo de alimentos, salvo un tipo de chocolate norteamericano parecido a la melcocha.

Esa noche, vísperas de su partida hacia España, se vio el rostro en el espejo de su habitación. Subió el belfo y vio con orgullo su nueva dentadura. Días antes era un viejo chuchumeco. Ahora, gracias al artefacto, era un hombre maduro que metía el gatazo. Antes de abandonar la alcoba para bajar al comedor, soltó la cuarta carcajada de su vida, finchó su casaca y a paso de triunfador bajó radiante las escaleras. En el rellano retozaba la voz de Miranda con la del Embajador. Una, apocada y vacilante, la otra, airada.

—Pero si lo sabíais, ¿cómo es posible que os lo hayáis guardado exponiéndome a este bochornoso papel?

—Perdonad, señor Embajador —seguía Miranda— pero la necesidad tiene cara de hereje. En política, como en el amor, todas las armas son válidas.

Gritó destemplado Rendón:

—¡Largaos inmediatamente de mi casa!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Don Juan Manuel alarmado.

—Ved con vuestros propios ojos —dijo Rendón entregándole un oficio con los sellos de España: era una circular del Ministro de guerra a todos los Embajadores de España, donde les comunicaba que el oficial Francisco de Miranda era reo de alta traición por haberle entregado secretos militares a Inglaterra. Había sido condenado a diez años de presidio en Ceuta. Deberían hacerse las diligencias pertinentes para hacerle deportar de inmediato a España.

La Fragata, luego de un mes de travesía, atracó en Gijón. Un frescor de dicha sacudió a Juan Manuel. Era la España de sus veinte años. Luego de descansar tres días en una buena posada, tomaron camino hacia Oviedo. Junto con ellos, a modo de espaldero y guía, venía un hombre corpulento de pelo rojizo, alegre y decidor. Tenia buen plantaje y se hacía pagar con buenos culines de sidra y queso de Cabrales sus dotes de trovero. Era ovetense, hidalgo de gotera y avezado cazador.

El paisaje se ondula, crece y se enrisca entre los caballos. La montaña se puebla de abetos, hayas y pinos negros, mientras los carboneros, herrerillos y mitos encienden el bosque con sus gorjeos. De pronto un canto estridente calla los otros:

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc.

Juan Manuel se sobresalta: es el mismo sonido que por dos veces ya le ha escuchado al Pez que Escupe el Agua, aunque atenuado. Recuerda el reclamo del perdiz macho, aunque más bronco, pausado y breve.

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc —repite el pájaro en aquel paraje que llaman el vado del pastor. Al comienzo semeja el chasquear de la lengua, al final, el ruido que provoca una botella de sidra al destapar.

—Toc, toc, toc.

El arriero baja de su cabalgadura. Echa mano al fusil.

—Venid, Excelencias —dice a Unzaga y a Juan Manuel—. Veréis algo sorprendente.

Luego de atar las bestias echó a andar con cautela. Juan Manuel con recelo palpó su pistola. El canto estridente proseguía.

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc, toc.

—¡Allá está!

Un pájaro del tamaño de un pavo grande o de un paují, cantaba tan absorto sobre un risco, que no hizo la menor señal de temor al acercársele los tres hombres. El trovador levantó el fusil.

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc, toc.

Sonó el disparo. Quebró el canto. El hermoso animal se derrumbó muerto. El arriero alborozado corrió hacia él.

—¡Es el urogallo! —dijo con voz de triunfo—. Cuando entona su canto de amor, al igual que muchos hombres, no ve llegar al enemigo.

Según explicó Unzaga, el urogallo u Ornis Ibérico, es un animal legendario. A pesar de ser fiero tiene la peculiaridad que cuando entra en celo y canta, cubre el ojo con una membrana nictitante, haciéndose en ese momento tan vulnerable que, enemigos mortales que en circunstancias normales lo rehuyen, le dan muerte.

Tan pronto pisaron las primeras calles de Oviedo, voces varias gritaron al trovador:

—¡José!

—¡Pepe!

—¡Tomás!

—¡Señor Boves!

—Te ha nacido un hijo esta mañana a las seis.[168]

Rápido, bullicioso y festivo, el trovador, luego de despedirse de Juan Manuel y de Unzaga, galopó por la calle mostrando a la gente con orgullo lo que había cazado en el vado del pastor.

128. Reinaba Carlos III, su amigo de mocedad.

A cuatro semanas de camino llegaron a Madrid. La vista del Palacio Real desbocó sus recuerdos. Reinaba Carlos III, su amigo de mocedad.[169]

La primavera estallaba en Madrid. El lujo y esplendor que aprisionaron sus pupilas de mozo, había crecido.

Esa misma tarde se fue a Palacio con una carta para el Rey. Además de solicitarle audiencia, le agradecía haber escuchado sus quejas contra la Guipuzcoana.

El mayordomo lo miró tan desdeñoso como el gordo panzudo de treinta y dos años atrás.

A los seis meses aún no había recibido respuesta. Entre tanto veía con angustia esfumarse sus caudales. El dinero que llevó en cacao y que supuso una fortuna, apenas le permitía alquilar un modesto piso en la Calle de la Montera y tener un buen rocín, al que añadió dos trajes nuevos.

El lujo y el esplendor campeaban fastuosos.

El día que pagó por su asiento de palco en el Teatro Real lo que costaba en Caracas una fiesta a todo trapo, exclamó: ¡Qué pobres somos! y su desazón estalló al ver el lujo y magnificencia de la concurrencia, engalanada de diademas, pieles de marta y uniformes de gala.

—¡Cuán tontos somos! —volvió a decirse—. Damos tantas ínfulas cuando no somos nadie. Un mantuano caraqueño es para esta gente lo que para nosotros es un rico de Curiepe.

Unzaga y Amezaga, a pesar de su pregonada amistad, se pintó de colores luego de invitarlo a almorzar en una fonda de molesto aspecto.

Juan Manuel se sorprendió gratamente al comprobar su extraordinario parecido con el Príncipe de Asturias, el que seguramente algún día llegaría a reinar con el nombre de Carlos IV. Era celebre el príncipe Carlos por su sosera y por los cuernos que desvergonzadamente le montaba su mujer, la Princesa María Luisa de Parma, con un mozalbete bien plantado llamado Godoy[170]

¿Y éste —se preguntó con enojo— será algún día el Rey que nos ha de gobernar? ¡Cuánto han cambiado los reyes de mi mocedad!

Desesperanzado de ser recibido en audiencia, exhaustos sus caudales y decepcionado de lo visto en Madrid, decidió regresar a Venezuela.

Ya para marcharse quiso darse el gusto de alquilarse todo un palco en el Teatro Real. Esa noche presentan El Tartufo. Se moraba que asistiría Su Majestad. Lo daría por visto, aunque se de lejos.

Se caló uno de sus trajes nuevos, engarzándose los puños de camisa con aquellos brillantes que le regaló su abuelo y que, con todo el lujo que había en la corte, despertaba la admiración y envidia de todos cuantos los veían.

Para su mayor realce, por más que el teatro le quedaba a escasas calles, alquiló carroza de cochero y postillón, dispuesto a darse un banquete de luz, colorido y vanidad.

El vestíbulo hormigueaba de hombres enjoyados y ricamente vestidos. Algunos de los presentes se dignaron mirarlo, y más que a el, a sus piochas. Inquieto y satisfecho jugaba con sus guantes, atento a los rostros que continuaban entrando. De pronto dos guardias que no lo perdían de vista desde que llegó, se le acercaron entre corteses e inquisitivos.

—Perdonad, caballero —dijo el más joven con suave acento— pero no hemos podido sustraemos a la curiosidad de saber vuestro nombre, tal es vuestra prestancia.

—Sobre todo —añadió el otro ya un tanto fustigante en su hablar—. ¡Qué hermosas joyas las que lleváis! Deben costar una fortuna. ¿O no?

—¿Sois de provincia, señor mió? —preguntó de nuevo el joven— ¿o debo daros un titulo en especial?

—Soy venezolano —y ya iba a añadir: «Y pronto Conde de la Ensenada», cuando los guardias borraron bruscamente su amable expresión anterior.

—Entonces, caballero —dijo el viejo con voz profunda y dura— debéis quitaros tales aderezos o cerraros la capa, por lo menos. Los coloniales, como debéis saber, no pueden exhibir joyas ni artículos suntuarios.

Juan Manuel levantó la cabeza, lo miró confuso, arreboló la faz, estalló iracundo:

—¡Tened en cuenta, señores míos, que soy un noble venezolano!

Los guardias sin perder la mesura, le hicieron ver que la orden también rezaba para los nobles indianos.

Sin importarle ya la gente que hacía corrillos en derredor, gritó cárdeno por contener el llanto:

—Soy caballero de Carlos III, Conde de la Ensenada, mantuano caraqueño y noble del Imperio. ¿Cómo os atrevéis a tanto?

Risas, risillas y comentarios sucedieron al enunciado.

Al percatarse de las burlas, dejó caer sus mejillas; enderezó la figura y se echó hacia atrás; su rostro prematuramente envejecido se coloreó de un rubor casi infartal y aquellos ojos de mirada profunda y párpados rojizos, se hundieron en la tristeza y

en el estupor. Bruscamente se dio media vuelta y con el alma raída, a grandes zancadas se fue a la calle, malconteniendo sollozos y maldiciones.

¿Esto es el premio a nuestra fidelidad y sacrificio? ¡Razón tenía Miranda! ¡Hagamos la independencia de Venezuela y seamos nosotros de una vez los amos!

A la mañana siguiente despertó temprano para disponer su retorno a Venezuela. Cruzaba el zaguán, cuando los guardias de la noche anterior le salieron al paso.

—¿Ahora qué queréis? —preguntó retador.

El más joven y de peor catadura respondió sombrío.

—Debéis acompañarnos…

Afuera esperaba una carroza de cuatro caballos.

—Su Majestad, al enterarse de lo que había sucedido anoche, montó en cólera y nos mandó por vos —dijo el viejo, que con el otro, eran los encargados de velar por la seguridad personal de Su Majestad—. No sabíamos, señor Conde, que su Sacra, Real y Católica Majestad, os tuviese en tal alta estima. ¡Perdonadnos!

Tras un escritorio de malaquita, con su gran nariz de ave de y aquellos ojos negros retintos, estaba Carlos III, Rey de España.

—Hola, Juanico. ¡Qué viejos estamos! —gritó el Rey a modo de saludo.

Juan Manuel, preso de emoción, no pudo contenerse, soltando el llanto tan pronto dobló las rodillas para besar las manos del Rey.

—Levántate, hombre, que no es para tanto —díjole el Rey, ya transformado en un saco de huesos y piel, que al igual que el cuero nuevo, lucía duro, negro y sin brillo.

—Pero cómo te has puesto de viejo y panzón. Ya no te queda ni rastro de aquel guapo mozo que conocí hace muchos años y que curó a mi hijo. ¿Sabes —dijo el Rey — que Ferdinando, aquel chico a quien coronaste de mierda es ahora Rey en Nápoles? Lo llaman il Re Lazarone, o el Rey truhán, ¡Oh chaval, qué de buenos recuerdos los que tú me traes!

Carlos III, tomando de la mano a Juan Manuel, quien temblaba de emoción, lo llevó hasta el cuadro de una mujer, que sin ser del todo hermosa, porque se le huía el mentón, resultaba inmensamente atractiva. Llevaba nimbo de santa en la cabeza, una espada en su diestra y todo su traje recamado en oro. De un collar de perlas de cinco vueltas pendía una amatista del tamaño de una aceituna. En medio de su placidez se presentían extraños poderes de paz y alegría.

—¿Sabes quién es ella?

Juan Manuel leyó la placa de oro donde se señalaba que era Santa Catalina, pintada por un tal Philipo. Y ya iba a responder, cuando el Rey se apresuró a decirle con un sorprendente dejo entre pícaro y misterioso:

—Es la bella Adriana. El gran amor de Carlos V. La última doncella taumatúrgica que quitó al Águila Bicéfala sus arrebatos malenconiosos. La raíz del gran árbol de los Torre Pando de la Vega.

Su Majestad Carlos III charló de política por otros quince minutos con Don Juan Manuel, y a pesar de que antes de partir le dijo a guisa de promesa y de despedida: «Tan pronto me envíes los cien mil reales serás Conde de la Ensenada», en todo su Imperio el Rey de España no tenía un súbdito más amoroso y leal que Don Juan Manuel de Blanco y Palacios de la Torre Pando, Gedler, Guerrero, Mijares de Solórzano y Rodríguez del Toro.

129. Va cabalgando con sus recuerdos.

El silbato del Pez quebró en dos pedazos la imagen de Carlos III, Su Majestad el Rey, y Don Carlos de Nápoles, su amigo de juventud, «barón de merda», el del loco cabalgar, con su mismo traje sucio y raído con aquel olor nauseabundo de cosa podrida y caballos sudorosos.

En aquel entonces yo era el viajero prematuro de las venganzas tenebrosas, no el viejo de la desilusión histórica. Fernando VI, su hermano, el que guardaba secretos en el pico de los pavosreales, curvó con su inquietud de bondadoso esplendor, mi odio voraz y prepotente contra los que macularon el nombre de mi padre entre murmuraciones cobardes, tarjas de infamia y maldiciones episcopales.

Martín Esteban de Blanco y Blanco cabalgaba por sus pupilas arriba de Corre Largo.

Baila su caballo sobre el empedrado. La montaña desgreñada por el sol se asomaba al Valle.

Había agitación en la soldadesca; alegría plebeya entre los mantuanos; salvaje galopar de los mensajeros; fúnebre algazara de los pardos; deambular esquivo de mendigos siniestros.

La oreja de Juan Manuel, larga, descomunal y velluda, ausculta en la tarde los ruidos oblicuos: el trote de los machos; los pasos trémulos; el ensayo de los sapos antes de dar comienzo al concierto vesperal. Rastreaba la asordinada hilaridad de los sirvientes y el alerta lejano de los milicianos. Barboteaba la fuente. Plañía su madre en imagen: «Desventurado, putañero, que marchas hacia el combate. Siete malas mujeres te esperan, con siete manos de siete puñales, en siete taburetes cojos con patas de cabra. ¡Tú no vas para ninguna guerra, Martín Esteban de Blanco y Blanco, vas a revolcarte con hembras, quién sabe de qué pelambre!».

Flamearon sus recuerdos. Se restregó los ojos. Pareció recordar:

La Calle Mayor se deslizaba entre la gente. Desde el campamento de Juan Francisco de León lanzan cohetes. Piquetes de tropas corren presurosas. Martín Esteban de Blanco y Blanco, su padre, va en busca de la revuelta. La gente, con distintos ojos, le cala su perfil de presa. Adusto y absorto marcha el caudillo hacia sus huestes. La imagen de Jorge Blanco, su padre, lleva encima: piensa en su muerte; en

Salustia, Teresona y en aquella historia asesina.

Hasta que estiró la pata odié al viejo Oidor. Mauro de Tovar, mi primo, me trajo el II tomo de aquella historia. Oviedo y Baños ordenaba publicarla a diez años de su muerte.

—Es recio y bravo lo que aquí dice mi tío.

Solté la risa ante sus temores. Quedé espantado de verlo. Mi abuelo, el Águila Dragante, era el diablo suelto. De ser cierto lo que afirmaba, era como para darle la razón a los vascos. Si el primer tomo mató a mi padre, el segundo hubiese acabado con nuestra casta.

—No, mi vale —le respondí— esto no puede ser publicado.

Y sin pedirle permiso eché en la hoguera la historia de Venezuela.

El caballo de Martín Esteban caracolea frente a la casa de Genoveva, la hija de Teresona, honorable y rica viuda de Fidel Guerrero. Ya apunta a matrona. Sentada en el poyo de su ventana está con su hijo Alirio, un chico de catorce años a quien llaman «Cuarto e zambo». La mujer mira sin mueca, gusto ni disgusto en su gesto.

—¡Qué viva Don Martín Esteban! —vocea el chico.

Sigue su marcha y sacude el brazo con fingida indiferencia.

El Marqués del Valle sujeta el caballo por las riendas:

—¿Pero tú estás loco? ¿No me vayas a decir que te vas a meter en este lio?

Martín Esteban lo mira. Algo responde. Prosigue calle abajo. En la esquina se arremolinan sombreros de paja y negros pañolones de ojos fijos.

Una mujer todavía hermosa se asoma entre paños y rostros pardos. Brillan los ojos de sorpresa y remembranza:

Más de diez años sin verla.

—¡Viva el Rey de España y sus leales vasallos! —escupe rabioso el hombre que la acompaña.

Corre Largo, sin variar el paso, cloquea hacia el Anauco.

Primero Genoveva. Ahora ella. ¿Recojo acaso los pasos perdidos?

Todo comenzó por Teresona o por «Mojón de a Ocho», se dijo errático con los ojos vacíos, husmeando el aire lleno de presagios ineluctables.

130. Mojón de a Ocho.

«Mojón de a Ocho», el hijo de Teresona, archivero y secretario de Jorge Blanco, mereció en vida su aprecio y cariño por su gozoso afecto hacia viejos papelotes cruzados por aquella ininterrumpida y enrevesada caligrafía del XVII.

Luego de morir su padre, Martín Esteban lo dejó en los estantes, donde parecía dichoso, mitad hombre, mitad polilla, aspirando el polvo de los expedientes.

Desde el incidente de su padre con Salustia dejó de ver a Teresona, hasta aquella

noche en que malherido en una emboscada, cerúleo y sangrante, llegó a su casa. Entre Salustia y Mojón de a Ocho lo llevaron a la habitación. Con el médico que ordenó reposo por quince días, llegó Fray Nectario, prior de los Capuchinos y agazapado amante de Teresona.

—Donde hubo conuco siempre se encuentran batatas —comentó Teresona entre risas cuando al tercer día, a pesar de sus heridas, de un manotazo volvió a las andadas.

Pasados los cuarenta años seguía siendo la buena hembra de diez años atrás: dura, tersa, cálida y reptante, con aquella singular capacidad succionante de sus oquedades a las que se prendía gozoso quien las penetrara, cual si adentro viviese un inmenso cangrejo.

Cada quince días y cuando Mojón de a Ocho se iba de viaje, Martín Esteban pasaba la noche con ella entre risas y sofocos, mientras Genoveva, su segunda hija, dormía. Era una morena clara de hermoso rostro y bien contorneado cuerpo. Y a pesar de las propuestas y tentaciones que a diario le prodigaban, manteníase incólume, consciente de que la hija de un Gobernador, aunque fuese por el lado izquierdo, debería casarse con un hombre noble, rico y bueno.

En medio de la noche despertaron sobresaltados ante los fuertes golpazos que daban en el portón. Teresona se asomó por el postigo. Era Fray Nectario, de capa y chambergo. «Dios nos coja confesados».

—¡Abre, ramera!, para darte tu merecido —rugía el cura—. Sé que tienes adentro a un hombre.

—No es como tú piensas, mi amor —respondió barrenando una coartada—. Ya te voy a abrir, mi tucusito encantado.

—¡Rápido! —suplicó imperiosa a Martín Esteban— métete en la cama con Genoveva. Ese cura es cosa seria y de este tiro lo va a saber María Juana, tu mujer, y Caracas entera.

—¿Y Genoveva? —la interpeló sorprendido—, ¿qué va a decir?

—Dile que son órdenes mías, pero apúrate…

Fray Nectario entró a la casa salmodiando injurias que se trocaron en plácidos comentarios al ver a Genoveva abrazada a Martín Esteban.

—¡Pues mira la picaruela! —expresó con benigna paternidad—. ¿Quién lo hubiera creído? ¿Por qué no me habías dicho nada, mujer de Dios? ¡He podido matarte!

A las cinco de la mañana, entre gallos y lecheros, retumbó de nuevo el portón. Llovía a chuzos. Las dos parejas se irguieron alarmadas.

—¡Ábreme, mamá…! —llamaba afuera Mojón de a Ocho.

—¡José de Jesús! —clamó Teresona—. ¿Qué hacemos Dios mío? Si nos encuentra en este relajo nos matará a todos. Ese muchacho es una fiera.

Los golpes proseguían. La angustia aumentaba. El aguacero arreciaba.

—¡Ya está! —dijo Teresona a Fray Nectario—. Tú y Martín Esteban se meten en la cama de José de Jesús: se tuvieron que quedar a dormir porque los cogió el agua. ¡Apúrense, apúrense!

—¡Qué palo de agua, caraj! —dijo al entrar.

Era un zambo alto, feo, grande y corpulento. De mirada saltona y apacible de pescado y fabla cantarína. A los veinticuatro años permanecía soltero y enamorado.

Sacudió las alpargatas contra el piso.

—¡Chito, niño! —protestó su madre—. No hagas bulla, que allí tengo durmiendo a Fray Nectario y a Martín Esteban, que estaban de visita aquí y los cogió el aguacero.

—¡Adiós, carrizo! —gorjeó bullanguero al verlos—. ¿Y por qué están desnudos? Dígame si los llegase a ver la gente. Van a decir que son del otro lado.

Estaba muerto de hambre y venía alegre.

—Ese Martín Esteban sí que es loco. El barco por el que me mandó a La Guayra no viene sino hasta la próxima semana. Pero no hay mal que por bien no venga. La Antonia, la muchacha de quien te hablé hace ya tiempo, aceptó por fin venirse a Caracas a vivir conmigo. Me voy a comprar una cama grande.

—¡Eso si que no, mi amigo! —bramó Teresona—. Esta es una casa de orden y de respeto. ¿Qué cuento es ése de que se va a traer a vivir en casa de su madre y hermana a una percusia? Porque eso y no otra cosa es la mujer que habla de irse a vivir con un hombre sin estar casada.

—Antonia es una muchacha humilde, pero honrada… —dijo cabizbajo.

—Pues si se la quiere traer, móntele casa aparte, que bastante plata que gana. Pídasela a su jefe.

Fray Nectario y Martín Esteban fingieron despertar.

—La bendición, Monseñor —saludó untuoso Mojón de a Ocho al ver al cura en el corredor.

—Dios te bendiga, hijo. ¿Qué buenas traes?

—Pues parece que encontré a mi media naranja, y si Martín Esteban me echa una mano, me la traeré enseguida.

—¿Qué guarandinga es la que te pasa? —preguntó el mantuano confuso y adormilado.

José de Jesús repitió su esperanza.

—Está bien —sentenció—. Cuenta con diez pesos al mes.

—¡Urpia, Dolores! ¡Qué tronco de jefe tengo! Eso es nacer parado.

—Para aumentar tu dicha —añadió Fray Nectario— te pondré sueldo de cinco pesos para que ordenes el archivo del convento. No te puedes quejar de tu suerte, rapaz.

—¡Dios se los pague! ¡Gracias, Monseñor! ¡Gracias, Martín Esteban! Ahorita mismo me la voy a buscar, ya tengo visteada una casita en el Silencio.

A partir de aquella noche Martín Esteban se quedó con Genoveva y Fray Nectario se afirmó posesivo en Teresona.

A diferencia de su madre, Genoveva era retraída, esquinada y silenciosa. Los ojos y el pelo retinto eran los de su padre, el Africano; la nariz y los labios gruesos, legado de Teresona, y el talle, el cuello largo y la figura maciza, fiel copia de Salustia, su abuela. Su talante oscilaba entre la placidez y lo taciturno. Rara vez reía, siempre seria, nunca agria. Pasaba las horas jugando con un pequeño gato barcino o arreglando su vestuario.

Martín Esteban a los pocos meses se aburría, no obstante incendiársele el deseo de sólo verla. Más a gusto se sentía charlando con Teresona que con Genoveva, incomprensible en su silencio su continente grave, indiferente o ausente. Martín Esteban se fue alejando, atraído por una rubia de la vecindad, cayendo muy de tarde en tarde por la casa de Teresona.

—Tengo que hablar contigo, mi corazón de patilla —le dijo ese día tras cálidos ademanes—. El caso es que hay un muchacho muy bueno llamado Fidel Guerrero, que está loquito por Genoveva y quiere casar con ella. Es el hijo de Amanda Rojas y de Agapito Guerrero. Son gente acomodada y seria. Como yo te conozco como si te hubiera parido y eres como el picaflor, un día aquí y un día allá… te iba a pedir que la dejaras quieta, para que se me case la muchacha.

Fidel Guerrero era un mocetón de talla descomunal, facciones gruesas, tez clara y pelo entre pasudo y rubio, que gozaba de gran predicación en la población por su generosidad, ricos caudales, genio alegre y emprendedor. Heredó de su padre, el hijo de Cupertino y Susanita, una abultada fortuna que con su perspicacia y laboriosidad triplicó, luego que su madre la puso a nivel de quiebra.

Luego de la muerte por tristeza de Pablo Guerrero por la doble fuga de Bárbara, su mujer, y de su nuera Susanita, Cupertino, su hijo, lacerado por la afrenta, se mudó a La Guayra, donde acrecentó su fortuna comprando y vendiendo cacao con tal tino y acierto, que en menos de diez años fue el comerciante más próspero del Litoral.

Salvo ir a misa, lo que hacia al alba, hasta aquel día en que Jorge Blanco regresó de España, no salió a la calle más de una docena de veces. La mayor parte del tiempo, arrellanado en un ancho sillón, veía con ojos mustios desde el balconcete de su casa el quehacer de la bahía, interrumpiendo su cavilar sólo para responder alguna consulta sobre sus asuntos.

Jorge Blanco al visitar a Cupertino apenas desembarcó, se sorprendió luego de dos años de ausencia, de encontrarlo rejuvenecido, alegre y entusiasta, bien trajeado, mejor afeitado, comunicativo y locuaz:

—Te he de confesar la razón de mi alegría —le dijo esa misma noche que

pernoctó en su casa—. Después de tantos años Dios ha querido que Susanita y yo nos volvamos a encontrar. Dentro de tres o cuatro días nos volveremos a unir como marido y mujer.

—¿Cómo es eso? —preguntó sorprendido.

—Todavía no te puedo decir, mi viejo; porque se me empava el asunto. Pero muy pronto lo sabrás.

Era pasada la una de la madrugada cuando Jorge despertó sobresaltado: la gente gritaba, la campana de la iglesia tocaba rebato. El hijo de Cupertino entró violento en su habitación:

—Huyamos, Don Jorge, los piratas han tomado la fortaleza.

Jorge se vistió a toda prisa y salió a la calle uniéndose al tropel de gente que huía fuera de la ciudad. El filibustero Grammont, el mismo que saqueó a Trujillo y odiaba a las mujeres adúlteras, había tomado, sin que nadie pudiera entenderlo, la inexpugnable fortaleza. Sus barcos bloqueaban la rada, en tanto que el Castillo profusamente iluminado, daba cuenta que La Guayra por primera vez había sido tomada por una fuerza extranjera.[171]

A la mañana siguiente, luego de saquear la ciudad, Grammont y sus hombres se retiraron. Jorge, acompañado del alcalde, se dirigió a la fortaleza. El castellano de La Guayra se encontraba ausente. Siete soldados por hacer resistencia fueron acuchillados. El resto de la guarnición estaba encerrada en los calabozos.

—¡Corra, señor Alcalde! —dijo con voz de alarma un sargento—, venga para que vea. Mataron a la mujer del castellano.

En la alcoba principal del castillo estaba el cadáver de una mujer de mediana edad limpiamente degollada.

—¡Pobre Doña Susanita! —exclamó el Alcalde.

Jorge Blanco se quedó estuporoso al darse cuenta de que aquella mujer era la Susanita que tanto dio de qué hablar y que le recordaba su niñez.

Sin recuperarse de su sorpresa el Alcalde de La Guayra añadió aún más inquieto: ¡Mirad, Don Jorge!

La boca de un pasadizo que disimulaba un altar de madera descendía en escalera pasada la puerta falsa. Escalones más abajo estaba el cadáver de Cupertino cosido a puñaladas. La otra boca del pasadizo comenzaba tras otro altar, de una pequeña capilla al pie del cerro.

—¡Por aquí se metieron los piratas! ¿Pero cómo harían para enterarse de que existía, cuando yo mismo lo ignoraba? Ello es secreto que pasa de castellano a castellano.

—Doña Susanita —explicó el alcalde— llegó con el nuevo castellano dos meses atrás.

Jorge hizo composición de lugar.

Se ve que buscó a Cupertino y se reconciliaron: lo que explica su extraña alegría. Por el pasaje secreto que en algún momento de indiscreción el oficial reveló a Susanita, Cupertino se encontraba con su mujer. Alguien los vio. Avisaron a Grammont. Desembarcaron sigilosamente. Se pusieron a cazar a Cupertino; lo mataron y después a la pobre Susanita.

El hijo de Cupertino casó con una vecina suya, mujer poco agraciada y de su misma edad, perteneciente a las viejas familias caraqueñas y que a causa del empobrecimiento de su hacienda, vivía con su madre en La Guayra, so pretexto de que le hacía bien para el asma.

Los negocios del hijo de Cupertino continuaron en ascenso. Al morir a causa de la fiebre amarilla que trajo un barco procedente de las Antillas francesas,[172] era el pardo más rico de toda la Provincia.

Fidel ya trasponía los cuarenta años cuando decidió casarse con Genoveva. Su madre montó en cólera. La madre de Fidel, de noble ancestro, descendida de rango por dos generaciones de pobreza, cayó fulminada por la apoplejía al conocer la decisión de su hijo de casarse con Genoveva. En esos días, Pedro Miguel de Herrera y Mesones vencido por el atractivo de Marína de las Mamas Liendo, la hija del esbirro de Cañas y Merino y de la hermana de Feliciano, casó con la nieta de Salucita, sacudiendo de escándalo a la ciudad y de altivo resentimiento a los ensoberbecidos mantuanos, quienes para expresar su protesta por aquel exabrupto ordenaron solemne funeral por el hermano muerto.

—Mi caso no es menor —clamaba la madre de Fidel momentos antes del ataque — que el de los pobres Herrera. Tanto sacrificio para que mi hijo venga a casarse con la nieta de Salucita y de la Bruja Cumbamba.

Los Bejarano, íntimos amigos y parientes de Fidel, al igual que Ño Cacaseno, mostraron sus reservas por la bella hija de Teresona, quien dio claros signos de estar enamorada de aquel zambo, feo, grandote y reilón.

Martín Esteban que ya estaba al corriente de esos escarceos de amores entre el nieto de Cupertino Guerrero y Genoveva, dio su consentimiento con la fría naturalidad del inapetente.

—Está bien —dijo con falsa resignación—. Todo sea por la felicidad de Genoveva. ¿Pero, cómo van a hacer con aquello? Fidel es capaz de devolverla cuando se entere de lo que le falta.

Teresona sonrió suficiente:

—No te preocupes, mi amor. Que en esta casa se corta, se cose y se forran caireles.

Cuatro meses más tarde, Genoveva, vestida de blanco y llevada al altar por Martín Esteban, casó en la Iglesia de las Mercedes con Fidel Guerrero.

José de Jesús daba tumbos en medio de la fiesta envuelto por una ebriedad llorosa, porque Teresona le prohibió traer a su mujer.

—Mi hermano —dijo a Martín Esteban tomándolo por el brazo—. Tú que has sido para con este negro más que un padre, quiero pedirte un favor muy grande, que metas la mano con la vieja para que me trate a la Antonia. Es mi mujer y yo la quiero.

Y eructó bronco con ojos adormecidos.

—¡Cásate! —respondió el otro con aburrida sequedad.

—No es igual a mí —tartajeó dando un traspiés—. Además era de otro cuando me la saqué.

—Si por eso fuera —añadió— nadie se casaría.

Mojón de a Ocho sin soltarlo proseguía:

—Quiero que la conozcas. Es un primor. No sale ni a la esquina. Es trabajadora y conocedora de su oficio como ella sola.

Y como si fuera poco, linda y bella como la reina de las nieves.

Martín Esteban se desprendió de su mano y con un mal gesto se apartó de su lado.

El Gobernador Lardizábal ha decidido anoche, en vista de que los plantadores continúan vendiéndole el cacao a los holandeses, que ellos están obligados, so pena de confiscación, a venderle a la Compañía Guipuzcoana 30 000 fanegas. A México sólo podrán venderle 21 000 fanegas y 4000 a Canarias. Prohíbe terminantemente hacer negocios con los ingleses.[173] Martín Esteban monta en cólera. Ha encargado veinte negros a los británicos y piensa pagarles en cacao. Los vascos fijan el precio de la fanega a 15 pesos; los ingleses lo pagan a cuarenta. En España vale ochenta.

—¡Ladrones, miserables! —clama el mantuano—. Con eso vive un mes un estudiante en España. ¿Y qué le pasará a Mojón de a Ocho que no termina de llegar? Sólo él entiende estos papeles.

Apremiado de decisiones, Martín Esteban entró aquella mañana por primera vez en la casa de Mojón de a Ocho, en el Silencio.

—¿Quién? —preguntó una mujer de voz airada—. Espérese un momentico y no me vaya a tumbar la puerta.

El mantuano dio un respingo al verla. Tenía la cara fina, tez blanca, boca sangrante, mirada, severa, crinejas negras. Bajo el burdo traje, bullía la hembra amplia y sudorosa.

—Buenas —saludó seductor.

—¿Quién es usted? —se sacudió cautelosa y retadora.

—¿Yo? —díjole burlón—. Yo soy el amo.

—¿Qué amo?

—El amo de tu marido.

—Mi marido no tiene amo, piazo e fresco.

Mojón de a Ocho apareció entre los gritos de su mujer.

—¡Guá, y ese milagro! Pasa adelante. Esta es Antonia.

La muchacha no aminoró su antipatía. Martín Esteban a todo lo largo de la visita la escudriñó con ganas. Antonia prosiguió distante y malhumorada.

Boquita arrecha, rabito cariñoso, —se decía viéndola de reojo.

—Esa mujer tuya sí es arrecha —comentó al salir—, ¿de dónde le viene el tipo tan fino?

—¿Tú no oíste hablar de una novicia que a principios de siglo se la raptó aquel gobernador loco llamado Ponte y Hoyos? Esa es la madre de Antonia.

No es posible que este hembrón —se continuó diciendo horas más tarde— pueda estar encuerada con un tipo tan feo y tan pendejo como Mojón de a Ocho.

El resto del día no pudo borrar su imagen fornicante.

Al día siguiente volvió de visita. Su secretario estaba dichoso por la distinción y animoso hablaba sin parar, mientras Martín Esteban avizoraba a su mujer.

—Ese pae tuyo —le decía mientras tomaba un trago de fruta de burra— sí que era un hombre de talento. Las cosas de Don Jorge merecerían ser publicadas. Qué don de apreciación. Qué pureza y claridad para consignar los hechos. Ahí sí hay material para escribir la verdadera historia de la Provincia, y no el conjunto de falsedades de Oviedo y Baños.

—¡Cuéntame qué has averiguado! —lo estimulaba sin acento, mirando el busto de la muchacha.

José de Jesús desgranaba sus hallazgos. Su entusiasmo aquella mañana tenía, sin embargo, una explicación que silenciaba. Hurgando entre anaqueles se encontró con un plano del escritorio de Jorge Blanco, que daba cuenta del compartimiento secreto. Sintió una aguda desazón ante el sobre lacrado que decía: «Para abrir cien años después de mi muerte». Dentro estaba el mapa que señalaba el sitio donde se encontraba el tesoro mayor que ojos humanos hubiesen visto en Venezuela.

Mojón de a Ocho sin parar mientes al aburrimiento del mantuano, seguía hablando de la historia del Valle y de los tesoros que guardaban los papeles y archivos de Jorge Blanco.

«Eso fue lo que lo perdió» —se dijo Martín Esteban en el momento en que cuatro mozalbetes gritaban:

—¡Abajo los vascos! ¡Viva Juan Francisco de León!

¡Qué hembra tun espléndida y particular era la Antonia!

—¡Viva Venezuela! ¡Mueran los españoles!

¡Qué cutis, aroma y color!

Corre Largo cruza el puente sobre el Catuche.

¡Su boca era de pomagas!

Corre Largo brioso se mete al agua. El río tira fuerte hacia abajo. Resopla y puja la bestia. Pierde el piso. Martín Esteban clava con maña la espuela. «¡Arre, arre!». Es

inútil. Por diez varas caballo y jinete navegan al paso.

Otro empellón lo regresa a la misma orilla. ¡Qué vaina! —se dice, sentado sobre aquella roca donde en sus últimas tardes solía sentarse Jorge Blanco, su padre—. Hace veinticinco años el río estaba igual de crecido, pero en aquel entonces tenía las piernas fuertes, y poderosas las manos.

—No te vayas a meter en el río —dijo su padre—. ¿No ves la fuerza que trae?

Martín Esteban sonrió y con su bestia se metió al agua.

—¡Muchacho del carrizo! —gritaba angustiado—. Regrésate, que te vas a ahogar.

Entre voces y latigazos Martín Esteban cruzó el rio y gritó a su padre juguetón:

—¡No hay rio que me pare ni mujer que se resista!

Y parando la bestia en dos patas, a modo de despedida se fue al trote por el camino.

Ah, muchacho éste —dice Jorge desde su asiento viendo alejarse al hijo—. Sano y voluntarioso como él solo. Arrojado y déspota como no hay dos. He derrochado los años tratando de que fuese diferente. Narture no borra lo que siembra nature. Mejor así. Este mundo no es para justos ni predicadores. Todos son malvados, comenzando por los que se venden como ejemplares.

Sus ojos se hicieron fijos; estrechóse la pupila apuntando hacia el recuerdo de aquella noche en que alguien cortó una mano al cadáver de Nicolás García, el Hombre Santo del Valle.

131. Los reaparecidos.

—¡Lo asesinaron! —clamó Jorge al ver la manga vacía y el miembro amputado.

—¡Lo asesinaron! —clamaron con estupor los presentes. Encendiendo la noche con sus gritos de alarma.

—No —dijo el canónigo José Juan luego de examinar el muñón—, cortaron la mano después de muerto. En caso contrario hubiese sangrado profusamente. ¿Pero, quién ha podido atreverse a tanto? —se preguntó súbitamente, indignado—. ¿Quién ha podido hacer esta asquerosa profanación y con qué propósito?

Jorge tuvo una asociación:

—¡El desconocido! —exclamó refiriéndose al hombre extraño con quien topó al entrar.

Alguaciles, corchetes, vecinos y esclavos batieron los caminos en busca del forastero; pero nadie dio testimonio de haberlo visto.

Melchorana una vez más fue abatida por la locura. Su excitación fue tal, que hubo que encadenarla en el cuarto del loco y bañarla repetidas veces con agua helada.

La ciudad entera despertó ante la noticia. Fue tanta la gente que acudió a la casa del muerto, que desbordó hacia la vivienda de Ana María, llenando el patio del samán

y el de la cocina. Dagoberto, el hijo de Nicolás García, por más de dos horas estuvo como enloquecido sin hablar ni entender lo que se le decía. Era terrible la expresión de espanto que había en sus ojos. De pronto, tomó a Jorge por el brazo y arrastrándolo hasta la Casa del Pez que Escupe el Agua, le dijo con acento entenebrecido:

—Ven ahora mismo, tengo que hablar contigo.

Apenas llegaron al despacho de Jorge, cerró las puertas tras de sí; pasó la cerradura y con mirada extraviada dijo amenazante, empuñando un pistolón:

—No me pidas explicaciones. Dame todo el dinero que guardas en el arcón.

—Pero, Dagoberto… —intentó replicar.

—No estoy para perder el tiempo. Obedéceme de una vez o date por muerto.

Y era tal la convicción que había en sus palabras y gestos, que Jorge accedió a sus deseos. Mientras abría el arcón y le entregaba el dinero, Dagoberto atropellado contó un cuento de locura.

Con cien doblones, Dagoberto y su caballo se perdieron en la madrugada.

Por más que Jorge silenció lo sucedido, el extraño aspecto de Dagoberto y su intempestiva desaparición, pusieron a circular la versión de que Dagoberto enloquecido cortó la mano a su padre.

La locura —dijo alguien que se las daba de sabiondo— está llena de simbolismo. La mano del padre encarna la autoridad que detesta el hijo. Al amputarla creyó romper sus cadenas.

—La vida de Nicolás García —le dijo grave José Juan en un aparte— guardaba secretos insondables. Al referírmelos en secreto de confesión, me han sumido en tal confusión que, al igual que Melchorana y Dagoberto, estoy al borde de la locura. Cuando haya transcurrido un mes, según me lo exigió Don Nicolás, te referiré lo que me reveló en secreto de confesión.

Uno de los esclavos viejos dijo a su vez a Jorge con gran sigilo:

—En el momento en que el niño Dagoberto pegaba lecos, yo venia pasando por el patio. Doña Melchorana corrió hacia el corral. El niño Dagoberto la perseguía. Curioso me asomé por la ventana. Don Nicolás estaba rígido en su cama. En eso veo salir a un hombre, que yo nunca había visto, del cuarto de enfrente. Tenía cara de maluco. Miró con rabia a Don Nicolás y después de escupirle la cara, de un sablazo le arrancó la mano.

La descripción del esclavo correspondía a la del extraño forastero con quien tropezó en el zaguán.

—¿Quién podrá ser ese hombre? ¿Y por qué tanta saña?

Faltando una hora para el entierro, el Teniente de Justicia comunicó a Jorge y a José Juan, que lo único extraño que se había averiguado fue lo que contó un loco que vivía por los alrededores de Arrecife. Según el demente, un barco grande pasó la

noche en aquel sitio; pero ya no estaba ahí cuando despertó, un poco antes de que saliese el sol.

A las diez de la noche regresaron de enterrar a Nicolás García. Bernardo Rodríguez del Toro y Clara Rosa se trasladaron a a Casa del Pez que Escupe el Agua, dada la cantidad de gente que afluía a darles el pésame. Ana María flanqueada de amigas, gimoteaba en su alcoba.

—¡Ay, qué falta me vas a hacer, mi Nicolás! ¡Mi Hombre Santo del Valle!

El Pez chifló burlón y del cuarto del loco remontó el grito de Melchorana.

—¡Échenle un balde de agua! y tráiganle a la gente torta de chocolate.

Una voz desgarrada se escuchó en el zaguán.

—¿Lo mató? ¿Lo mató? —preguntaba atormentado un hombre de traje harapiento.

—¡Domingo Marcelino! —exclamó José Juan sin creerlo.

Luego de sosegarse y ante el estupor de los presentes, refirió acesante:

—Todo este tiempo he estado prisionero de Morgan. El cadáver quemado y ahorcado que apareció en Ocumare era el de Adalberto… Era espía de Morgan… Informaba a los de Jamaica sobre los embarques de plata por Maracaibo o cuando las milicias dejaban desguarnecidas las poblaciones. Era el aguantador de todos los trapos y mercaderías, al igual que su madre, Antoñita la Fantástica.

—¡Canalla! —exclamó el coro.

—Trabajé como esclavo en las plantaciones de caña de Jamaica por todo este tiempo. Logré engañarlo. Dije que conocía el camino del Pavero.

—¿Cómo es Morgan? —preguntó Jorge.

—Ese fue el hombre con quien me topé anoche —balbuceó al oír la descripción.

Los bienes de Adalberto fueron confiscados por orden del Gobernador García Girón; sus restos fueron sacados de su tumba y echados en el estercolero.

A su viuda, la hermana de Jorge, se le permitió conservar una modesta casa en Maiquetía. Y a su hijo Rubén, un muchacho moreno y guapo, se le negó definitivamente el estado de blanco solicitado por su padre.

Domingo Marcelino se reintegró a la vida de la ciudad, pero ya no era el mismo: se lo veía apesadumbrado, silencioso, atemorizado. Luego de dos semanas de largas caminatas con Jorge, terminó por referirle la historia que contó a Nicolás García.

El desasosiego se le acrecentaba. Aquella tarde a orillas del Anauco una flauta lo puso fuera de sí.

—¡Huyamos! —gritó y echó a correr enardecido.

A tranca pasada lo encontró Jorge.

—Morgan me persigue —refirió tembloroso y con la mirada extraviada—. Los piratas me van a matar.

—Pero quédate quieto, chico. Esas son ideas tuyas. Es necesario que te repongas.

—No, Jorge. No desvarío. Morgan me persigue. Morgan me quiere matar.

—¡Ay, chico! No seas pretencioso. ¿A cuenta de qué un hombre con tanto que hacer va a estar pendiente de ti? ¡Deja la zoquetada! Si sigues así vamos a tener que meterte en el cuarto del loco. Así empezó Melchorana.

A la semana fue preso de nueva excitación.

—Necesito hablar contigo de una vez por todas y contarte toda la verdad —dijo a Jorge—. ¡Mi vida corre peligro! Acabo de ver a Coxon.

—¿A quién?

—El lugarteniente de Morgan… venía disfrazado de capuchino, pero yo lo reconocí por la forma en que renqueaba.

Jorge rompió a reír.

—Ahora sí es verdad que la pusimos de oro. Ese es Fray Mauricio, un franciscano español llegado hace dos meses y que estaba para San Sebastián. ¡Tranquilízate, mi vale! Te voy a dar un guarapo de yantén.

—Óyeme bien, Jorge Blanco —afirmó con inusitado énfasis—. No estoy loco ni digo tonterías. Mi vida y la tuya corren peligro, al igual que la de mis hijos y la de todos los habitantes de esta ciudad. Ni siquiera mi tío, que en paz descanse, llegó a saber quién soy, qué he sido y cuáles han sido mis vínculos y relaciones con Henry Morgan, el Rey de los Piratas.

Fue Henry Morgan —prosiguió luego de calmarse— quien me libró de los caribes insurrectos que acaudillaba mi hermano. Lo hizo en retribución a la vez que con mis flecheros lo ayudé a sofocar un motín de su marinería en Guadalupe.

Jorge Blanco caló en sus ojos una expresión zahorí.

—Desde entonces hasta que llegué a Venezuela, fui, junto con Coxon, su hombre de confianza en su largo y sangriento trajinar por el Caribe.

Caviloso, Jorge se echó hacia atrás.

—Morgan odiaba con saña increíble a mi tío Nicolás. Al parecer le robó una bella mujer llamada Dolores de Urquijo. Morgan es increíblemente rencoroso. Al que lo esclavizó en Barbados cuando lo raptaron de niño en Inglaterra, lo buscó por todo el Atlántico hasta que lo encontró en una abandonada colonia inglesa llamada Pensilvania.

Don Nicolás —como refería— fue para él la esperanza y la más negra decepción. «Era —decía— el hombre justo que hasta los más encanallecidos criminales buscamos como prueba de nuestra errada conducta». Morgan adoraba a mi tío Nicolás.

—Jamás había conocido a un hombre más bueno y generoso —me dijo una vez llorando—. Lo amé como a un padre y a un hermano.

El poder envanece a los hombres —añadió Domingo Marcelino—. Luego de cuatro años Henry ya no era el mismo de los años mozos. Se tornó bestial, aun para

sus más íntimos allegados. «He decidido vengarme de Nicolás García» —me dijo aquella mañana— y tú has de ser quien lo mate. Era tan feroz su aspecto, que no me atreví a contradecirle. “Allá te pondrás de acuerdo con Adalberto Pelao, que es gente de mi confianza. Luego de cumplir tu misión, te llevará sano y salvo a Curazao, donde podrás reembarcarte para Jamaica.

Luego de ganarme la confianza de los vecinos y del mismo Adalberto, lo amenacé con denunciarlo si continuaba en sus tratos con Morgan. El mulato sin abandonar el contrabando, se guardó de seguir mis instrucciones. Cuando caímos prisioneros inventé que había sido Adalberto el que me amenazó con denunciarme. Por eso Morgan se ensañó con él. En la creencia de que así podía ser más útil a sus torcidos propósitos, decidió ponerle mi traje a Adalberto.

Domingo Marcelino luego de tomarse un trago y de echar dos bocanadas de humo a su tabaco barinés, prosiguió:

—El problema no terminaba ahí. Hay algo más. Luego del ataque a Ocumare seguimos hasta Maracaibo saqueando de punta a punta. Aquello era una miseria ante lo que nos esperaba en Panamá: el tesoro procedente del Perú. Doscientos burros cargaron hasta el Caribe veinte millones de libras, a que asciende la tal fortuna. Morgan había asociado a su empresa a otros dos buques jamaiquinos. Cuando llegamos a la playa, luego de tan duro trajinar por la selva, hizo bajar de su buque diez barricas de aguardiente para celebrar. Allí, sobre la arena, mientras todos se emborrachaban, repartió el botín en tres partes.

En la madrugada los hombres de Morgan, aleccionados para que simularan ebriedad, cargaron con todo, haciendo estallar las santabárbaras de los otros navíos.

Envanecido y alegre se dirigió a Jamaica. A la vista de Port Royal una urca que era parte de su escuadra, nos salió al paso. «España e Inglaterra —díjole el capitán— acaban de firmar la paz[174] y también tu ejecución por lo que hiciste en Panamá. Es necesario que huyas». Morgan no lo dudó ni un momento. Puso proa hacia el Sur pidiéndole al capitán de la urquilita que lo acompañase para poner a buen recaudo tan inmensa fortuna.

Luego de mucho navegar llegamos a un islote salitroso y plano, llamado también La Tortuga, al noreste de Cabo Codera, muy cerca de las costas de Venezuela. Allá Henry nos dijo: es difícil guardar el secreto de tan inmensa fortuna entre quinientos hombres. Por eso os pido que hasta tanto no negocie con el Gobernador de Jamaica, solamente la tripulación de la urca me acompañe al sitio donde pienso enterrar el tesoro.

A la mañana siguiente, luego de decirles a los del galeón: «Dentro de ocho días me esperaréis en la ensenada de Chichiriviche en el Golfo Triste», embarcamos en dirección al Norte. A poco de navegar vi en lontananza la serranía de Caracas.

Una urca apareció en el horizonte:

—Mira —le dije yo con voz de alarma—. Allá está un barco.

—¡Calla, so imbécil! —me dijo por lo bajo— ¡esa es la isla!

La isleta daba la impresión de un barco de tres palos a velas desplegadas.

Atracamos en una ensenada que miraba hacia el Norte. Desembarcamos los ciento ochenta sacos repletos de joyas y de doblones. Morgan se dirigió con sus hombres a una gruta disimulada por el follaje.

—Aquí es el sitio donde hemos de guardar el tesoro —observó—. Luego volaremos la entrada con dos barriles de pólvora.

Descansábamos de tanto ajetreo cuando Henry sorpresivamente me dijo:

—Llévame al barco. Necesito consultar unos planos.

Luego de meter en el barco seis barricas de agua, carne en conserva y abundantes galletas, aparte de una vela e instrumentos de navegar, Henry me dijo:

—Nos largamos en el bote. Dejaremos a estos bribones abandonados en esta isla para que se mueran de sed.

Prendió dos mechas cortas a la santabárbara. Los piratas al ver que nos alejábamos, comprendieron lo que pretendíamos. Más de diez se echaron al agua.

Una terrible explosión se sucedió de inmediato.

—¡Bravo! —exclamó Henry—. Ahora el tesoro más grande del mundo es tuyo y mío. Nos iremos a Inglaterra. No habrá en el mundo nadie más poderoso que nosotros. Brindemos, amigo mío —dijo, y me pasó un cuñete de ron mientras los alisios nos llevaban hacia el Oeste.

Morgan condujo el bote hasta el río Tocuyo, donde nos esperaba el navío.

Cual verdaderos cómicos referimos haber naufragado en el Farallón Centinela. La marinería nos veía con desconfianza y en particular Coxon, que me odiaba desde La Guayra, porque en la guirizapa, de un sablazo le amputé cuatro dedos.

Llevábamos tres horas navegando cuando a un llamado de Morgan que me trasmitió Coxon, entré a su camarote.

—¿Qué sucede? —preguntó malhumorado.

—Soy yo quien desea hablar con vosotros dos —dijo Coxon amenazante mientras afuera se oía la flauta del otro pirata.

—No creo ni una palabra de lo que me habéis contado sobre el naufragio y el tesoro.

Morgan saltó del lecho amenazante. Coxon sin amedrentarse por su aspecto, prosiguió fustigante:

—El que está afuera —advirtió calmo—. Ése que toca la flauta, tiene órdenes de gritar a todos lo que pensamos, de no ponernos de acuerdo. Nos conocemos demasiado bien, Henry.

Y si a otros puedes engañar, no es ése mi caso. Dime de una vez dónde enterraste el tesoro de Panamá, o se lo he de contar todo a la tripulación.

El de la flauta seguía tocando con redoblada energía.

Morgan soltó a reír y refirió con todo detalle lo sucedido. La crueldad del relato convenció a Coxon.

Frente a Jamaica y en una noche de tempestad —dijo Domingo Marcelino tras gran esfuerzo— Henry, Coxon, el de la flauta y yo, pusimos mecha a la santabárbara y a pulso de remo llegamos a Port Royal.

—Así nadie pondrá en duda —dijo Henry— que el tesoro de Panamá se hundió frente a Jamaica en una noche de tempestad.

El Gobernador nos hizo prisioneros. De allí nos enviaron a Inglaterra bajo cadenas. Dos años estuvimos encerrados en la torre de Londres. Finalmente Carlos II de Inglaterra no sólo perdonó a Henry, sino que lo hizo caballero y Teniente Gobernador de Jamaica.[175] Este es el mapa de la isla y del sitio exacto —dijo mostrándole un plano.

Jorge Blanco, escéptico, oía el relato.

—Lo que debes hacer —dijo mirándole con severidad— es confesarte y ahora mismo, para que te acuestes temprano. Vamos a Catedral. Ya están para cerrar, pero a lo mejor está todavía José Juan, mi hermano.

—Ay, chico —protestó José Juan— estás más fastidioso que el caraj. ¿Se puede saber por qué no espera Domingo Marcelino hasta mañana? Ya van a dar las seis. Vamos a cerrar la iglesia y ya está oscuro.

Dio a entender con una seña que Domingo Marcelino deliraba.

Precedido de un monaguillo cruzó la iglesia en penumbra. Al fondo un hombre se confesaba. Poco tuvo que esperar. El penitente se levantó para arrodillarse a pocos pasos del confesionario.

—Acúsome, padre —dijo Domingo Marcelino. Una flauta sonó en la iglesia. Al pie del capuchino le faltaban cuatro dedos.

Jorge y José Juan lo encontraron colgando de una lámpara.

132. Secreto de confesión.

Jorge Blanco se persigna ante el recuerdo. Las aguas del Anauco, por donde se fue su hijo, rielan ante el sol del atardecer.

Al mes de la muerte de Nicolás García, y ya enterrado el desdichado Domingo Marcelino, José Juan le refirió lo que el Hombre Santo del Valle le dijese en secreto de confesión.

—Cuando Don Nicolás al retorno de su exilio atracó en La Guayra —decía José Juan— se dio cuenta de que odiaba a nuestro padre tan fuerte como al principio. Angustiado, decidió darse un tiempo antes de regresar a Caracas. Con ese propósito se dirigió a su hacienda de Camurí. Cruzando Naiguatá se encontró a Ño Miguel.

—¡Muchacho! —gritó el zambo—. ¡Cómo has crecido, empero seguir tan achichaguaíto como siempre!

Al poco rato se acercó una hija de Ño Miguel, muy guapa, de nombre Dorotea. La muchacha le dirigió a Nicolás la tercera mirada llena de intención que recibió en su vida.

—Esta es mi hija —le señaló el zambo— y de una blanca, blanca.

Ño Miguel dio un golpe en la mesa y sacudió el cuerpo cuando Nicolás le habló de sus propósitos de pasarse unos días en Camurí.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! La casa está en ruinas, la hacienda enmontada y además espantan. Llégate hasta allá de paseo, pero te quedas conmigo unos días. Te das tus baños de mar y comes completo. Estás muy jipato.

A la vista e intención de Dorotea, aceptó la oferta.

Aquella noche al echarse en la hamaca del amplio corredor, una tempestad que desde la tarde amenazaba, estalló en todo su esplendor. Ño Miguel y cinco de sus hombres, con las hamacas en hilera, dormían a su lado. Rayos y centellas surcaban el cielo. El aguacero caía bronco e interminable.

A la medianoche una voz medianera dijo al zambo:

—Un barco se acerca, jefe.

—¡Chito! No estamos solos.

Nicolás, despierto, se puso alerta. Los hombres sigilosos salieron hacia la playa. Nicolás a la luz de los relámpagos los siguió desde su hamaca. Una hoguera grande encendieron en la playa. Una linterna de igual color brilló en el mar.

El barco, guiado por las luces, avanzaba; pero no hacia el fondeadero. Iba derecho contra la punta erizada de peñascos, ¿Lo estarían haciendo adrede? Cauteloso avanzó entre la maleza.

Entre gritos de júbilo de Ño Miguel y sus hombres, el barco se estrelló contra las rocas. Desde el barco seis cuerpos se lanzaron al agua.

—No los maten sino pisando tierra —gritó el zambo—. Se nos llena esto de tiburones y nos empuercan la maniobra.

Los nadadores fueron degollados por las mismas manos que simulaban auxiliarlos. El barco se hundió entre dos relámpagos.

—Mejor así —exclamó Ño Miguel—. Mañana con la luz del día veremos lo que nos queda.

Nicolás corrió hacia la hamaca y simuló dormir.

—¡Naufragio, naufragio! —lo sacudió Ño Miguel.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicolás aparentando sorpresa.

—Un barco encalló en la punta y se ahogaron todos.

Sintió impulsos de huir, pero una voz profunda lo retuvo. Así pasaron cuatro días.

Dorotea, la hija de Ño Miguel, se hacía cada vez más insinuante. Cabalgaban y se

bañaban juntos en la ensenada. El camisón mojado la desnudaba. Se encendieron como nunca sus deseos.

Al salir del agua aquella mañana, un mulato vestido de sargento se le plantó:

—¿Y esta vaina, qué significa?

Dorotea confusa guardó silencio. Nicolás comprendió que tenía delante a Ruperto Bejarano, el hombre que le daba vueltas a la muchacha.

—Lo que sucede —estalló inesperadamente la voz de Ño Miguel— es que usted se me va ahora mismo y muy largo al carajo.

—Pero…

—¡Cállese, so pendejo! que si algo hubo entre mi hija y usted, ya está terminado. Yo no quiero más negros en mi familia.

Tan pronto desapareció, Ño Miguel dijo:

—Es que hay que mejorar la casta. ¿No te parece? Después que he visto y he sufrido en carne propia la tronco e vaina que es ser negro en este país, casi le agradezco al capitán Pedro de Montemayor la violentada en una pasadita que le echó a mi madre. De no haber sido así, no tendría estos ojos verdes que me dan categoría, ni Dorotea, como el resto de mis hijas, tendrían ese aspecto de mujeres principales que les reforcé escogiéndoles como madres a españolas por los cuatro costados. Zambo no es pendejo y siempre tira pa'arriba, para que venga el mulato éste a echarme a perder el blanqueamiento.

Dorotea a pesar de su sensualidad desbordante y de su ignara condición, discurría con lógica y sentía voracidad por el conocimiento. Disfrutaba a plenitud de la ciencia de Nicolás y asimilaba con prontitud sus enseñanzas y revelaciones.

—Ay, chico, qué divino es saber todo lo que tú sabes. ¿Qué será de mí cuando tú te vayas?

—Vente entonces conmigo —dijo con el alma en cuclillas.

—¿Lo dices en serio? Mira que he descubierto que ya no podría vivir sin ti.

Liego el día en que Nicolás y Dorotea se dieron el primer beso. Fue un beso lleno y goloso de parte y parte. Y así sucedió día tras día, hasta que en un arenal cercano Nicolás se folgo a la hija de Ño Miguel.

—Tengo que hablar con usted —le espetó esa mañana Ño Miguel.

Nicolás se estremeció por la expresión y el trato distanciador. Alerta y temeroso lo siguió hasta las rocas del naufragio.

¿Nos habrá descubierto? ¿Me irá a matar? Ño Miguel es muy celoso de la honra de sus hembras.

—Siéntate —le ordenó jugando con el machete.

La dura mirada de antes se tornó bondadosa.

—¿A ti no te da pena de que el hombre que acabó con tu familia ande todavía vivo? Hay muchas cosas en este mundo que sólo la sangre lava. ¿O es que tú llevas

agua en las venas? Yo estuve en el entierro de Diego García, con quien me unió siempre una gran amistad. Nunca olvidaré aquella tragedia con tu mamá llorando y tus hermanitos como conejos asustados. Para que luego los volvieran picadillo por culpa de ese carajo. Yo siempre me consolaba, y conmigo mucha gente, diciendo y diciéndome: quédense quietos que ese muerto tiene dueño. Y tarde o temprano Nicolás García le hará justicia a su padre. Por eso, cuando te vi llegar, sentí un alegrón muy grande. Pensé que venías a pedirme ayuda que estaba dispuesto a darte para que vengaras a quien tanto mal hizo a tu familia. Pero en vez de encontrarme con aquel carajito macho que conocí hace ya más de veinticinco años, te hallo convertido en un mismo güelepeo. Si llegas a Caracas y no matas a Rodrigo Blanco, te vas a tener que regresar por donde viniste, pues en la misma calle te van a jurungar.

—No —respondió con un bramido—. Yo quiero matar a Rodrigo Blanco. Ayúdeme Ño Miguel y le estaré agradecido.

—Eso era lo que me esperaba —expresó con alegría el zambo—. No podía ser de otra manera el hijo de Diego García.

A las primeras horas del anochecer llegaron a los restos de la muralla norte que en 1642 dejó a medio hacer el Ayuntamiento. De una busaca Ño Miguel sacó dos sayales de capuchinos. Nicolás ansioso contemplaba a su ciudad luego de quince años de ausencia. En menos de diez minutos llegaron a la casa del Pez. El zaguán estaba abierto. En el corredor de adelante, a pesar de su gordura, reconoció a Ana María. Rodrigo Blanco agitaba la mano y daba grandes voces. Finalmente salió a la calle. Nicolás se sintió paralizado cuando su silueta apareció en el portal. Lo siguieron dos cuadras hacia arriba. La noche estaba en tinieblas.

—Tú lo llamas. Yo le doy.

—Señor de Blanco…

El Águila Dragante detuvo el paso. Cayeron las puñaladas.

—¿Te fijas qué fácil es matar a un hombre?

Nicolás sumido en la confusión, apenas escuchó la pregunta. El zambo prosiguió:

—Pues eso mismo te hubiese pasado a ti si te hubieses negado a matarlo.

Nicolás lo miró sorprendido.

—¿O es que tú te imaginas que yo soy cogío a lazo? ¿Tú crees que yo no sé que viste todo cuanto le hicimos al barco que encalló entre las piedras? Te hiciste el dormido cuando te me acerqué; pero uno de mis hombres te vio agachado detrás de un matorral. Antes de rasparte te di una oportunidad. Al matar a Rodrigo Blanco estamos mano a mano. Si me denuncias yo canto y sanseacabó. Hoy eres tan asesino como yo. Por eso te salvaste de chiripa.

La noche en que retomaron a Naiguatá, Dorotea lo despertó, entre los ronquidos de su padre, para perderse en los arenales.

Al canto del turpial Dorotea le musitó entre besos y suspiros:

—Regresemos, que mi padre despierta temprano.

Ño Miguel tras los uveros los espiaba con expresión inmutable. Cuando hablaron de regresar corrió hacia la casa y se metió en el chinchorro. Traía una expresión burlona, alegre, casi jubilosa.

Las entrevistas nocturnas entre Nicolás y Dorotea duraron casi una semana. En el séptimo día, de trabuco en mano, los interrumpió Ño Miguel:

—¿Así pagas, desgraciado, lo que he hecho por ti?

—¡Perdón, Ño Miguel! —gritó estremecido—. Yo no he querido ofenderlo ni aprovecharme de la oportunidad. Yo amo a Dorotea y pienso casarme con ella.

El zambo acentuó su hosquedad. Cuando ya parecía disparar, dejó caer:

—Está bien. Te perdono la vida si te casas con ella. Pero tiene que ser ahora mismo. Yo no espero. De lo contrario, te mato. Vámonos para La Guayra y usted, percusia —dijo a su hija— acomode sus corotos. Llegó la hora de que sea señora.

Bajo la mirada triste de Ño Miguel los casó el cura de La Guayra. Por obra de cuatro ducados Dorotea vino a ser totalmente blanca, nativa de Coro; hija de un capitán español, ya difunto, y de Doña María Teresa, su mujer, quien murió al parirla.

—Y ya saben —sentenció el zambo—. De aquí en adelante Dorotea se llamará Melchorana. Y olvídense de mí. Yo no existo. Flaco favor le haría a la esposa de un noble caraqueño proclamar que soy su padre. Un padre zambo seria la ruina de ustedes y de los muchachos que tengan. Acuérdese hija, que usted es hija de españoles por los cuatro costados y si tiene nariz de negra, eso pasa en las mejores familias.

133. La historia silenciada de doña Melchorana.

Melchorana o Dorotea, que si en un principio amó a Nicolás —siguió diciéndose Jorge Blanco— al paso de los años terminó por aburrirse de él. Comenzó por detestar su forma de vivir, tan parecida a un monje. Luego lo odió de frente, y más que a él a mi madre. La sensación de ser excluida la regresó de nuevo a la soledad. Aunque carnalmente Don Nicolás la buscaba, según me dijo en su locura, en nada se diferenciaba de los hombres que había conocido, y que eran muchos, a pesar de la extremada vigilancia de Ño Miguel, quien luego de la desaparición de su hija Flor, vivía obsedido de que a Melchorana le pasara otro tanto. Estaba recién fundado el Convento de las Concepciones. Las monjas estaban escasas de dinero. Ño Miguel propuso a la abadesa entregarle una fortuna, siempre y cuando recibieran a su hija en el convento. Melchorana era de clara inteligencia y muy receptiva a los problemas del alma. A pesar de sus facultades, en consonancia con su apariencia retraída, era también de recia condición carnal, muy apegada a los sentidos e inflamable como hierba reseca. Desde muy temprana edad recorrió todos los goces que se pueden

conocer en un convento y que luego de casada habría de proseguir con Paloma y la negra Salú. Pero quien la corrompió fue su confesor: un franciscano joven, singularmente parecido a Nicolás García.

Entre el Convento de las Concepciones y el Convento de San Francisco hay un túnel, reliquia de los tiempos de Lozada, donde más de un cura y una monja se han entregado a amores sacrílegos.

Llevada de la mano del curita penetró los secretos del túnel. La madre superiora la sorprendió en falta y sin decir más llamó a Ño Miguel para devolverle a su hija, a quien calificó de tórpida incorregible. A menos de una semana de haber llegado a Naiguatá y a pesar de todas las precauciones de Ño Miguel, Ruperto Bejarano la hizo su mujer antes de hacerla su novia, una noche en que la chica llorosa, se sofocaba. Ño Miguel sacó cuentas: Ruperto era mulato, pendenciero, vividor; pero al fin y al cabo un hombre. Era mejor que su hija casase con él a que se fuera a perder, como lo auguraba su cálida naturaleza. Ya se resignaba cuando inesperadamente apareció Nicolás García.

Melchorana, sincera y limpiamente, amó a su marido por mucho tiempo. En algún momento de lucidez me refirió en el cuarto del loco que lo que echaba de menos en todos los hombres, hasta que apareció Don Nicolás, era la falta de ternura. Todos cuantos se le acercaban iban cegados por la lujuria. Sólo veían la hembra.

Y si en verdad ella también buscaba al macho, un hondo rencor la tomaba en vilo al verle el rostro al hombre luego de verlo saciado e indiferente. Con Nicolás todo fue diferente. Era cariñoso antes y después. Le hablaba de cosas elevadas. Le refería cuentos. La acariciaba y mimaba como si fuera una chiquilla.

Cuando Nicolás, absorto por la política y otros intereses, comenzó a alejarse de ella, sintió derrumbársele el mundo. Al principio sintió miedo de su alejamiento; luego reaccionó con celos: finalmente dejó de quererlo. La frialdad sustituyó a la angustia y el odio a la indiferencia. Una vez más había sido engañada. Ella se había ido tras él para disfrutar de esa palabra llena de gracia y de esa ternura que desbordaba en Naiguatá. Pero Nicolás, según ella decía, nunca más volvió a ser como era antes. Sólo en presencia de Ana María, tu madre, a quien odio, dejaba fluir su verbo.

Tras la sensación de abandono se le recreció la lujuria adormilada. Una tarde en La Urbina vio al mayordomo de su marido con pereza y ganas desde el chinchorro. Nicolás no volvería hasta el día siguiente.

El mismo muchacho, un mulato fino, fue quien me contó, a raíz de la investigación que como Inquisidor hice, de aquellas horribles cosas que vinieron luego.

Melchorana echada en el chinchorro mientras mordisqueaba un níspero, lo miraba tentadora. Él, confuso y enardecido, no hallaba qué partido tomar. Luego de tirarle un

beso se salió de la hamaca, lo agarró por un brazo y lo arrastró hasta el cuarto.

Después del mayordomo vino mi hermano José Juan, que por eso se metió a cura, y tras él, Ruperto Bejarano y Adalberto, que no era tan maricón como parecía, y hasta la misma Paloma, que al igual que Melchorana, rendía culto a la Venus Tríbada.

Ella, por vengarse de mi madre, se las ingenió para que Adalberto sedujese a Yolanda, mi hermana.

Qué mejor venganza que la hija de la gran mantuana les saliese preñada por el Adelantado de los Rumores, pardo por tres partes e hijo de una perdida por otras dos. Todavía tiemblo cuando la recuerdo en el cuarto del loco, hediondo a ratón mojado, echármelo en cara como un escupitajo. Aquel día también me reveló ese terrible secreto responsable de tantas noches de insomnio.

Una de las primeras personas sobre quien Melchorana lanzó sus tentáculos —prosigue Jorge Blanco— fue sobre Don Pedro Jaspe y Montenegro, aquel viejo fanfarrón apoderado de Francisco Marín de Narvaez. Con objeto de tener más libertad ideó una temporada de dos semanas en Camuri.

Aprovechándose de la oscuridad de la noche y del sueño profundo de su marido, Melchorana hacía de las suyas, y máxime cuando a los tres días Don Nicolás hubo de trasladarse a Maracaibo reclamado por el Gobernador. Francisco Marín, para dicha de Melchorana, se iba de paseo después del desayuno junto con Claudia, su ahijada.

Esa tarde, Melchorana descubrió que Claudia regresó cojeando y bañada en sangre. Francisco Marín dio por explicación el haberse caído sobre un palo que la había desgarrado por dentro. No le fue difícil descubrir la verdad: la abominable inclinación del minero por las niñas retornó inesperadamente, cayendo sobre su hija. Enloquecida, intentó asesinarlo. Entre Don Pedro y los Ponte Andrade la dominaron. Marín ofreció a su ahijada toda su fortuna. La nombraría su heredera universal apenas llegasen a Caracas. La propuesta fue sedativa. Juntos, como si no hubiesen roto un plato, regresaron a la ciudad.

Claudia, sin embargo, quedó preñada de aquel encuentro. La muchachita comenzó a sentirse mal desde el primer momento. Accesos de vómito la desmejoraron mucho. Entre Doña María de Ponte Andrade y Melchorana se las ingeniaron para ocultarle lo sucedido al pobre Don Nicolás. Meses antes del parto se trasladaron con Claudia a Camurí, con objeto de ocultar el vientre que a diario aumentaba. Mi madre, siempre desconfiada, algo se barruntó, como luego habría de contármelo.

Faltando quince días para el alumbramiento, Nicolás, una vez más, tuvo que acompañar al Gobernador. Francisco Marín y Pedro Ponte se trasladaron a la hacienda. Vino el día del parto. La pobre Claudia con caderas de niña, luego de parir una hembrita, murió de inmediato a consecuencia de una hemorragia.

Melchorana en esa época tenía treinta años, y aunque había engrosado un poco,

mantenía y mejoraba, para algunos gustos, sus atractivos de recia hembra. Al llegar a la treintena exacerbó sus necesidades desbordando la discreción, hasta el punto de ser sorprendida por mi madre una noche en que hacía entrar por la cochera, subrepticiamente, a Lucas Lovera Otáñez. Lloró desconsolada al sentirse descubierta. Dio explicaciones, se arrodilló. Finalmente dijo: «Si dices algo, me enveneno». Mi madre sobresaltada por la amenaza y pensando en Don Nicolás, respondió:

Muy bien, no diré una palabra, aunque para serte franco no creo en lo que dices. «Perro que come manteca…».

Se entristecen los ojos de Jorge Blanco punteados de honda repulsión. Tiembla de sólo decirse lo que desde hace años rumia en silencio:

Melchorana fue la asesina de Don Nicolás. A pesar de que ya me lo había contado Dagoberto, su hijo, aquella noche de locura, me negué a creerlo por mucho tiempo. Pero fue la misma Melchorana en su delirio de loca, quien me refirió cómo había sucedido.

Dagoberto se estremeció cuando su madre entró en la habitación de Don Nicolás. El entretejido y la magnitud del chinchorro le permitía verla sin ser visto.

—La faz de mi madre —contaba Dagoberto— era una mezcla de maldad y locura. Luego de ver con odio al viejo, se entresacó del cuello un collar donde pendía un pomo, lo vertió en un vaso y lo despertó. Mi padre tomó las gotas y volvió a dormirse. Mientras ella lo miraba en extraña contemplación. Por largo rato estuvo a su lado. Cambió de pronto la respiración del viejo. Comenzó a roncar como si se estuviera ahogando. Ella soltó una carcajada al oírle la agonía. Al comprender, de un salto la agarré por el cuello.

—Dame lo que tienes ahí.

El pomo, como pude verificar por palabras de Melchorana, contenía arsénico.

—No se te olvide, pendejo —me gritó en el cuarto del loco— que yo también soy nieta de Pedro Montemayor, el que envenenó a tres mujeres. A ti y a tu madre ya los tenia en salsa. —Y soltó una espantable carcajada.

Jorge pasa la mano por su frente, perlada de sudores. Para desgracia de todos, Melchorana recuperó la salud y fue tan mala como antes.

—Ella no está loca —le dijo Salú a Clara Rosa—, está poseída por un loa maligno que la hace delirá. Déjame a mí.

Melchorana luego de todo un mes en que Salú vivió y durmió con ella, volvió a la razón. Aunque no era la misma, ya que arrastraba una indiferencia desdeñosa y arrebatada, era tan sensata como antes y misteriosamente rejuvenecida.

Aunque no disparataba, su laconismo, su aire indiferente y distraído, le dieron a Jorge la sensación de que algo malo y diabólico escondía Melchorana.

Salú dijo que para completar su obra deberían marcharse ambas, por lo menos un año, a la orilla del mar.

Acompañadas de cinco esclavos jóvenes y bien plantados, tomaron el camino de Camurí.

Aquello no era más que un pretexto para entregarse a desenfrenadas orgías. Ruperto Bejarano que las conocía bien, se les apareció una noche sorprendiéndolas en pleno relajo. Puso precio a su silencio: se quedaría en la hacienda unos días compartiendo el favor de las dos mujeres.

Ya llevaba tres días en eso cuando esa tarde dijo mirando hacia el mar.

—Llegó mi barco.

—¿Cuál barco? —preguntó Melchorana.

—El que me trae los barriles de aceite que encargué a Trinidad.

Sorprendida vio hacia el vacío horizonte. Ya iba a expresar su sorpresa, cuando Salú frente a ella llevó el índice a sus labios.

—Me voy corriendo —dijo Ruperto incorporándose violentamente de la hamaca donde estaba acostado—. Si no me apuro no llego.

Trepó en su bestia y salió al galope hacia La Guayra.

En la tarde trajeron la noticia:

—Llegó como loco señalando un barco que nadie veía. Y sin que pudiéramos hacer nada, se metió en el agua y nadó mar adentro hasta que lo agarró el remolino.

Hasta ese punto alcanzaba la brujería de Salú —se dijo Jorge Blanco—. En esos tiempos fue mi viaje a España. El día que bajamos al puerto para tomar el barco, estaba anclada en la rada la nao de Bocagrande, el negrero.

—Ved esta maravilla de negra haitiana —voceaba con su palabrería y gracia inolvidable—. Virgen y sana como la parió su madre. ¿Cuánto dan por ella?

—Doscientos pesos.

—Doscientos diez.

—¿Quién dijo más? ¿Quién dijo más? —preguntaba con su vozarrón a la multitud el pirata genovés. Y como no hubiese más respuesta, sentenció:

—Otorgada al señor.

En eso vi llegar a Salú y a Melchorana, que realmente estaba de lo más buenamoza. A pesar de lo caído del catre que siempre he sido y más en esa época, me di cuenta de que Melchorana veía realmente con gula a un negro joven muy hermoso que, como luego averigüé, era un gran sacerdote vudú llamado Pedré.

Melchorana compró al negro y se lo llevó a Camurí con propósitos evidentes de licencia. Los negritos orgiásticos, ante el nuevo semental, rieron sardónicos. Cual era de suponer de esclavos que ya eran amos de su dueña. Encima de perezosos y ladrones, eran irreverentes hasta la avilantez, palmeándole las nalgas o arremetiendo voluptuosos cuando se les antojaba. Melchorana temblaba de sólo pensar que alguien

llegase de visita, como a los tres meses la mandó anunciar Clara Rosa, su hija.

Iría a Camurí, con Bernardo, su marido y con José Juan, mi hermano, con motivo de la semana mayor. Era la oportunidad que atisbaban los negros para salirse con la suya. Se encontraba esa tarde Melchorana en pleno relajo con Pedré, cuando uno de los cinco esclavos por boca de todos, pidió la libertad, so riesgo de soltar la lengua.

Encrespada de furor iba a responder, cuando a una señal de Pedré simuló acceder a la extorsión.

El mismo día en que llegaron los temporadistas murió súbitamente el negrito vocero, a quien enterraron a un lado del camino. Fue el mismo José Juan quien me contó lo que sucedió aquella noche:

—Estábamos dormidos, cuando en la madrugada escuchamos unos lecos desgarradores en el galpón de los esclavos. Prestos, Bernardo y yo cogimos las escopetas y corrimos hacia allá. Apenas vimos la sombra de un hombre que se metió en el monte. Tres de los cuatro negritos estaban ya muertos de los machetazos que les dieron. El cuarto, antes de morir, nos contó que había sido el negrito enterrado esa misma tarde el autor del desastre. «¡Zombie!» —nos dijo antes de expirar.

Pedré, como pude establecer luego, era un poderoso hunga o sacerdote vudú. Entre él y Salú, que era una mambo sacerdotisa de la diabólica religión, transformaron en zombie al negrito para que diese muerte al resto de sus compañeros. Hasta ahí llegaban los poderes de Salú.

Melchorana enloqueció de pasión por Pedré. Pero el hunga la rehuía. La encontraba vieja para él, además de haberse enamorado de Salucita, la hija que mi padre puso en Salú durante su cautiverio de La Tortuga.

Salucita era una espléndida mujer: de un blanco cetrino, ojos azules, altiva y orgullosa como nadie. Hasta los treinta y dos años, y parecía tener veinte, negábase a casarse con ningún esclavo y tampoco aceptaba las propuestas tanto de Juan Ascanio el Viejo, mientras vivía, como de Juan el Mozo, de que les diese contento a cambio de su libertad. Salucita, apoyada en las mujeres de los dos Ascanio y en las hijas del Viejo, se había labrado tales defensas y alianzas que, con todo el despotismo del uno y del otro, logró mantenerse incólume. Como al mismo tiempo era refinada y de gentil prestancia, de no saberse que Salú era su madre, nadie hubiese pensado que era mulata. Nunca fue santo de mi devoción la tal Salucita. Odiaba a moros y cristianos y en especial a Salú, a quien trataba mal de palabras y obras. A mí me detestaba. Rehuyéndome insolente el acatamiento, consciente de que era su hermano. A José Juan era al único de la familia con quien mejor se llevaba. «Yo no voy a seguir el ejemplo de mi madre» —le dijo una vez—, no seré esposa de ningún hombre, a menos que él sea blanco, rico y haya yo alcanzado mi libertad.

Juan de Ascanio el Joven, que tenia más de diecisiete años asediándola, se negaba en redondo a manumitirla, salvo que accediese a sus deseos.

—¿Pero, cómo quieres Usiá —le respondía con aquella pedantería tan suya— que yo sea su mujer, cuando mi madre ha yacido con vuesa merced al igual que con vuestro padre?

—¡Guá!, ¿y qué tiene eso de particular? —respondía el muy sinvergüenza.

—Que eso es una abominación, aparte de que yo quiero llegar virgen al matrimonio.

—Pues te van a salir telas de araña en la corota —decía el muy vulgarote— a menos que te cases con un esclavo.

—¡Eso, jamás! —respondía furiosa.

—Entonces, fúñete —le contestaba Juan.

Para pasmo y sorpresa de la misma Salú, dotada para ver mejor que nadie lo que estaba por venir, Salucita se enamoró de Pedré apenas lo vio.

Antes de un mes, para consternación de Juan de Ascanio y Melchorana, se fugaron Pedré y Salucita.

Melchorana ofreció a los pesquisas quinientos pesos si traían muerta a Salucita y mil si le agarraban vivo al hunga.

Juan de Ascanio hizo la misma propuesta, pero en sentido inverso. Esa misma tarde Melchorana cayó enferma. La fiebre quemante que la envolvía la hacía delirar. A la mañana siguiente la encontraron muerta. Su cuerpo tenía un extraño color de carne sancochada.

134. Salucita y la bruja Cambamba.

A Salucita y a Pedré los hallaron semanas más tarde por los alrededores de Curiepe. Como Melchorana había muerto, no les quedó más camino que preferir la oferta de Ascanio. Al negro lo asesinaron y a Salucita se la devolvieron a su legítimo amo, quien para compensar su viudez se excedió más que nunca en sus amabilidades y lisonjas.

A los ocho meses Salucita parió una niña negra, a quien llamaron Salustia, la que habría de ser luego mi hermoso regalo del Ayuntamiento.

—No me gusta —bramó Salucita al ver a su hija.

—Sucia, mala madre —le gritó con rabia Salú—. Tu hija es nieta del gran Makandal: lleva sangre de reyes y hungas.

—Reyes que no cuentan; de haber sido yo más blanca estaría con Dios Padre.

—Ingrata —díjole Salú—. Cuán pronto olvidas al hombre amado.

—Yo no lo amé. Yo no quiero nada con los negros. Estaba bajo el influjo de su brujería; mi padre era blanco. Odio que seas mi madre.

Salú enloquecida le gritaba:

—¡Malditos sean los mulatos! Odian siempre a su madre. En mala hora me preñó

el blanco.

—Y yo bendigo el día —se sacudió como serpentina—, y buscaré un blanco para huir de la sentina. Y para comenzar, me daré toda por entero a mi amo Juan de Ascanio.

Juan de Ascanio liberó a Salucita y le montó casa por los lados del Mamey. Salú al verla salir se le enfrentó al paso con Salustia en sus brazos.

—¡Qué se quede contigo! —le respondió áspera—. ¡Es negra como tú! ¡Qué siga siendo esclava! ¡Quiero hijos blancos; quiero ser blanca como mi padre! ¡Quiero olvidarme de que fui esclava!

Y como Salú arguyese suplicante, le escupió:

—¡Te odio con toda mi alma, bruja del demonio!

A menos de un mes Salucita se le fugó a Juan con un marino. Ascanio le dio la noticia a Salú entre latigazos.

—¡Maldita sea la puta de tu hija!

La negra trató de huir. Dio un resbalón en la cocina y un caldero de aceite hirviendo se le vino encima y le quemó la cara.

Por varias semanas se debatió entre la muerte y la vida. Cuando se recuperó, horribles cicatrices tenía su rostro. El hueso del pómulo derecho, al igual que el de la frente, los tenía al descubierto. Su nariz era un colgajo. Los ojos rojos y descarnados. Por meses se sumergió en una tristeza inmóvil. Juan de Ascanio para ocultar la repulsión y el asco que daba, la obligó a cubrirse con un capuchón.

El día de San Juan, como todos los años, el mismo grupo de mantuanos fue en tropel a la casa de Juan de Ascanio para celebrar su santo patrono.

Ascanio estaba ese día de particular buen humor y era un surtidor de puyas y picardías. La conversación quedó centrada por la locura de Juan Sosa, quien decía en medio de disparates que había visto salir a medianoche del cementerio de los canónigos, a una horrible mujer con la cara carcomida por la muerte. Todos rieron con excepción del viejo Lucas Lovera Otáñez:

—No es cosa de reírse, yo también la vi: hará cosa de dos meses.

Juan de Ascanio tuvo una ocurrencia:

—¡Salú! —clamó—. ¡Ven acá!

La negra con su caperuza se dibujó en la puerta del comedor.

—Quítate la caperuza para que te vean los amigos.

Entre gruñidos se echó hacia atrás, negándose a obedecer.

Ascanio montó en cólera y de un manotazo le arrancó el capuchón.

Un grito de terror y de asco salió de los comensales. Lovera Otáñez se desmayó. Juan de Mijares vomitó el mondongo.

Luego de aquella escena, Salú cayó en el estupor. Su nieta Salustia, luego de quince años, era tan bella como Salucita, quien, como se supo luego, se casó en

Cumaná con un viejo español de apellido Mariñas.

La muchacha acariciaba tierna a su abuela.

—Lavasseurr —susurraba Salú— Makandal, Salucita, Masisi. Mambo. Hunga.

A la semana se le fue la tristeza que la hacía delirar. Silenciosa y esquinada continuó de cocinera, siempre cubierta por su caperuza.

Aquella tarde, la casa estaba envuelta por el silencio de la siesta. Desde la cocina Salú sintió una risa de mujer en el cuarto de arriba. Sigilosa se deslizó hacia la habitación. Juan de Ascanio respiraba grueso en un decir de palabras entrecortadas. La hembra que estaba con él algo le musitaba. ¿Con cuál de las esclavas se revolcaba?

En puntillas bajó las escaleras y se apostó en el cuarto del loco, mirador forzoso de los que bajaban.

A la hora de estar en acecho sintió abrirse la puerta del cuarto de arriba. Unos pasos desnudos bajaban las escaleras.

—¡Maldit! —gritó al descubrir que era Salustia, su nieta.

¡Caro lo has de pagar! —dijo en su lengua—. ¡Loas del Dahomey, acudid a mí!

A los tres días murió Juan de Ascanio. Un extraño y terrible ardor devoró sus intestinos. La noche en que lo enterraron, Salú, con ligereza increíble, caminó sobre las tejas rojas y quebradizas de siete techos y por las ramas de un cotoperix de la casa parroquial, atravesando patios entró en la Catedral buscando ansiosa la tumba de su amo. Apenas la encontró encendió seis velas en derredor; con unas ramas hizo una pequeña hoguera que esparció un olor acre. Luego se desnudó totalmente y batió con rabia el capuchón.

—¡Ranger, Rada, Dahomey! ¡Vení zombie! —clamó con voz grave, balanceando su cuerpo en forma acompasada. Por más de diez minutos continuó cantando y bailando sobre la tumba. Se detuvo. Echó más ramas a la hoguera y pronunció el mismo conjuro, mirando fijamente con aquellos ojos descarnados la losa sepulcral. Con voz de impaciencia repitió el sortilegio. Una de las velas, luego de titilar, se apagó. Salú sonrió entre sus cicatrices. Otra vela se apagó enseguida. Resonó lúgubre y cascada su risa en la Catedral.

—¡Vení, veni, Juan de Ascan!

La tercera vela, al igual que las otras, parpadea antes de extinguirse. La negra voceaba con alegría:

—¡Veni, veni, Juan de Ascan! ¡Veni a tu am! ¡Vení zombie! ¡Veni voudú!

Súbitamente danzó con furia alrededor de la tumba. Ya sólo ardía una vela. Una voz de hombre gritó con rabia a su espalda:

—¡Ago, Caprelata, Mambo!

Salú se dio vuelta. Era un negrito haitiano, esclavo del párroco, quien gritaba. Lo acompañaban Jorge Blanco y seis soldados del Santo Oficio.

—¡Mazanga, Ago, Bruja! —volvió a gritarle el haitiano rabioso, agitando las manos.

Amarrada se la llevaron.

—¡Bruja maldita! —dijo el negrito a Jorge—. Yo sabía que esta noche vendría a transformarlo en zombie.

El proceso de Salú fue conducido por el propio Jorge.

La negra fue llevada a la sala de torturas del palacio Episcopal. El Obispo con seis canónigos y rodeados de cruces, la esperaban.

Sin caperuza parecía un cadáver escapado de su tumba, con aquella espantable cara llena de cicatrices y esos ojos descamados brillando como carbunclos. Tan pronto vio al negro haitiano, gritó silbante:

—Masisi, hij de puerc.

Según declaró el muchacho, Salú era una poderosa mambo. Esa noche le estaba haciendo un ranger a Juan de Ascanio.

Entre los negros traídos del África había muchos petit fey. Él los había visto escaparse de las casas a medianoche y acudir al Service para invocar a los loas bailando el yanvalú.

—¡Qué la echen al potro! —ordenó Jorge.

—No me hagas mal, Jorgit. Yo te vo a contá.

Y ante el pasmo de todos refirió cuanto había hecho y dejado de hacer.

Jorge Blanco, con los ojos desorbitados, la escuchaba.

Apenas terminó su exposición lanzó un grito como un graznido y se derrumbó, muerta.

Su cadáver fue sepultado al pie del cerro. Al quinto día su tumba apareció abierta. Salvo el negrito haitiano, quien decía a gritos que Salú erraría por los caminos en busca de niños, todos lo atribuyeron a las bestias salvajes que abundaban en el bosque. A los pocos días cayó en una postración profunda, negándose a comer y a beber. Antes de morir refirió a Jorge: ¡Cumbamba es su nombre, no Salú! Ella no es mujer de carne y hueso. Ella es loa y tiene mil años. Noventa años dura su tránsito de mujer a vieja. Por noventa años vivirá como bruja en su escoba. A su término volverá como la bella mujer que conoció tu padre en La Tortuga.

«Ya nadie recuerda el nombre de Salú —se dice Jorge al releer por centésima vez el capítulo sobre Nicolás y Melchorana—. Todos hablan de la Bruja Cumbamba, azote de los niños sin bautizar y de las mujeres adúlteras. Son innumerables quienes la han visto volar sobre su escoba de palma, y en los últimos treinta años, que yo sepa, son más de diez las personas que aseveran haberse encontrado cerca del Cementerio de los Canónigos a una mujer de muy gentil prestancia y seductores meneos, cubierta con una caperuza. Todos imaginaron que era una mujer con dueño, que para darse gustos ocultaba su identidad. Pero al llegar al lecho del río, a donde

los requiere e invita, los hace morir del susto al quitarse la careta. La han visto también cerca del gran mamey. ¿Qué habrá de cierto en lo que dijo el negrito? De no mentir, Salú volverá a este mundo cuando ya yo no esté en él. El próximo mes he de cumplir setenta y ocho años. ¡Qué de cosas he visto! Dentro de pocos días veré hecho realidad uno de mis más caros anhelos: inauguraremos solemnemente la Universidad de Caracas.»[176]

Son las siete de la mañana. Sobre el escritorio están, uno encima de otro, los mil legajos de su crónica terrible, como a veces llama a su Historia Secreta de Caracas. ¿Quién habrá de encontrársela algún día? ¿Quién habrá de leerla? Jorge Blanco se deleita al suponer. En los últimos tiempos se ha propuesto dejarla debidamente ordenada, corriendo aquí, borrando allí, rectificando el estilo. Su caligrafía ha variado enormemente en los diversos periodos de tiempo que lleva escribiéndola. A las cinco de la mañana, hora en que se pone en pie, trabaja arduamente hasta las ocho y media, en que la oculta, no vaya a ser cosa que Mojón de a Ocho, como lo llaman, llegue más temprano y se dé cuenta.

La curiosidad es su defecto primordial. Hay que estar ojo e garza para que no meta el ojo donde no debe. Me espanta el sólo pensar que sospeche que esta historia existe. Por eso le he prohibido entrar a mi despacho antes de las nueve.

135. La Historia asesina.

En el patio de la Ceiba el loro real dice «Ave María» y por la calle empedrada pasa un carretón.

—¡Hambre tengo! —se dice en alta voz.

—La bendición padrino —saluda Mojón de a Ocho.

Jorge no tiene tiempo de reñirlo por llegar a deshora.

Tras su saludo entró Ño Cacaseno, sombrero en la mano. —¡Mire la sorpresa que le tengo! —añadió Mojón de a Ocho dando un vistazo al voluminoso bulto que hacían los legajos secretos sobre el escritorio.

Jorge sonrió ante la presencia de su administrador.

—Ni que me hubieras adivinado el pensamiento. Pensaba embarcarme para Cata pasado mañana.

Amo y mayordomo, junto a la puerta, cruzan saludos e informaciones. Sobre el escritorio, La Historia Secreta de Caracas. Mojón de a Ocho curioso se acerca al mueble.

—¡Cónfiro! —dice al leer el título.

Jorge Blanco alcanza a verlo. Mojón de a Ocho disimula. —Anda a la cocina —grita Jorge con inusitada aspereza— y dile que nos preparen desayuno a Cacaseno y a mí.

Estaba seguro de que José de Jesús se había dado cuenta. Se deshizo de Cacaseno con un pretexto, apresurándose a guardar los legajos en el compartimiento secreto.

A los dos días Jorge y Ño Cacaseno embarcaron hacia Cata.

—Tengo el presentimiento de que es la última vez que vuelvo —dijo a su administrador—. Por eso quiero darle la libertad a esta gente —y le dio una lista con el nombre de quince esclavos.

Camino de retorno, Ño Cacaseno lo observa aún más caviloso.

Desde que anda en líos con la negra Salustia ha cambiado de expresión. Al principio se veía radiante y francamente rejuvenecido; de cuatro semanas a esta parte, violentas depresiones lo transforman en un anciano melancólico y a veces colérico, cosa muy rara en él.

La producción cacaotera está en su mejor momento. Ese año se han exportado veintitrés mil fanegas. El nuevo Gobernador Portales y Meneses ha entrado en colisión frontal con los mantuanos, quienes lo han destituido ya varias veces con el apoyo del Virrey de Nueva Granada, siendo restablecido en su cargo otro número de veces por el Obispo Escalona, quien dice tener instrucciones del propio Rey. La situación ha llegado a extremos de usarse la violencia de parte y parte, hasta casi parecerse aquello a una guerra civil. El Rey, por otra parte, ratifica el privilegio de los alcaldes de gobernar en ausencia del Gobernador. Jorge revisa sus apuntes: «Hay cuatro millones quinientos mil árboles de cacao que producen sesenta y un mil ciento veintitrés fanegas. Exportamos dieciséis mil a España. El resto va a parar a los holandeses».

Portales y Meneses, apenas llegó en diciembre del año pasado,[177] trató de meternos en cintura, al igual que Marcos Betancourt y Castro, a quien por entrépito también destituyeron los alcaldes en 1720.

—Mil árboles —observa Portales a los cosecheros— producen entre veinticinco y treinta fanegas. Un negro produce diez fanegas. Vuesas mercedes no tienen menos de cien mil negros.

Don Feliciano que está entre los presentes, se mofa de la cifra.

El Gobernador le señala que hay veinte mil negros cimarrones y que el cincuenta por ciento del tabaco de Valencia va a parar a Curazao.

—La culpa es de la Metrópoli —responde Don Feliciano— por el abandono en que nos tienen. Hace poco llegó el primer barco de España luego de cinco años. ¿Qué quiere Su Excelencia que hagamos con el cacao, el palo de Brasil, el cuero y el azúcar?

—Mil mulas vendisteis el año pasado a los holandeses.

—Bien enterado está Su Excelencia —respondió el mantuano— pero nuestra no es la culpa si los extranjeros vienen a nuestra propia puerta a comprarnos, y a buen precio, lo que España no atiende.

Sin inmutarse, Portales y Meneses responde:

—El comerciar sin licencia con los extranjeros se condena con la pena de muerte.

—Si tal hicieseis, dejaríais al país despoblado.

—Conmigo no habrá chercha, haré cumplir la ley con rigor.

Al año se produjo la primera crisis: el Gobernador fue a parar a la cárcel.[178]

Pero no es la álgida situación política lo que tiene caviloso y sombrío a Jorge Blanco: es la actitud asumida por Martín Esteban, su hijo, a raíz de haberse echado él de barragana a la negra Salustia. A diferencia de todos, que se alegraban de su ablandamiento, Martín Esteban se mostraba indignado, siendo ya varios los encuentros que tuvo con sus amigos al hacerle alegres comentarios sobre el vuelo majestuoso del Águila Pasmada. Rehuía el trato con su padre. Semanas enteras se las pasaba en la hacienda, y de toparse con él, lo saludaba entre dientes.

—Bueno, ¿se puede saber qué es lo que pasa conmigo? —le preguntó simulando jovialidad—. ¿Es que no puedo tener una querida como la tienen todos? ¿Es que no puedo ser como tú, que eres un bandido de siete suelas?

—¡No! —respondió con voz de rencor—. Tú eres el único ejemplo del Valle. La única conciencia que todavía quedaba en este mar de inmundicias en que vivimos sumergidos; el único ser que nos hacia sentir culpables a todos. El hombre a quien si algunos simulaban menospreciar, en el fondo admiraban profundamente, porque como tú mismo decías, basta un solo justo para que la Humanidad no pierda la esperanza. Tú, al claudicar, has hecho cien veces más daño que todo el mal ejemplo que los señores del Valle han sembrado en doscientos años. Me siento avergonzado de ti, papá. Tú eras mi norte, mi guía, mi orgullo y mi ejemplo. Ya no eres nada y me has hecho perder la fe en los hombres.

Un ataque epiléptico sucedió a sus palabras. Jorge Blanco se convulsionó interminable. Se mordió la lengua, se orinó y defecó en presencia de su hijo.

Por más de tres días, privado de la razón, tan sólo musitaba:

—¡Perdóname hijo! ¡Perdóname hijo! ¡Perdóname hijo!

Cuando volvió en si, la pátina de alegre desenfado con que lo acicaló Salustia, se le había marchado. Una honda tristeza, por el contrario, revelaban sus ojos azules. Marchaba cabizbajo. Se hizo parco al hablar. Nunca más volvió a ver a Salustia y volvió a ser más viejo, más triste, más desastrado.

Martín Esteban volvió a verlo con orgullo, aunque comprendió que su padre caminaba indefectiblemente hacia la muerte.

Todo el año fue de refriega entre el Gobernador Portales, preso desde el año antes por orden del Virrey de la Nueva Granada y los capitulares.

El 14 de mayo el Obispo Escalona libera a Portales[179] Hay choque armado entre la gente del Gobernador y los mantuanos. No obstante, el 11 de septiembre, en solemne ceremonia se inaugura la Universidad de Caracas. Jorge dice el discurso de

orden.

Martín Esteban, su hijo, le guarda una sorpresa.

Esa tarde le llevé el libro de Oviedo y Baños acabado de llegar de España.[180] Sonrió con satisfacción y se encerró con él en su despacho.

Estaba en el cuarto de arriba cuando oí sus gritos. Bajé a toda prisa. Padre en medio del patio y con el libro de Oviedo y Baños en la mano, le decía a mi madre, que trataba de calmarlo:

—Es que todo es mentira. Oviedo y Baños es un falaz. Un adulante del mantuanaje. Nada de lo que aquí dice es verdad. Y encima plagia a Ulloa.

Tenia el rostro violáceo y daba grandes golpes contra el libro entreabierto, sacudido por un pasaje.

—Tranquilízate, mi amor —le decía consternada mi madre— mira que te va a dar el ataq…

No pudo terminar la frase. Mi padre dejó salir el espantoso grito que precedía a sus ataques de alferecía. Pero en vez de las convulsiones cayó fulminado de apoplejía.

Un mes más tarde moría de pena mí madre.

DUODÉCIMA PARTE
¡Conoce ya la verdadera historia!

136. La Paz conquistada.

Dos guacamayas retozan en el samán del Cautivo. Mojón de a Ocho, desde el escritorio que fuera de Jorge Blanco, hace un gesto airado ante la estridencia:

—¡Carrizo, con esas bichas! ¡Cállense a la boca escandalosas, que no me dejan trabajar!

Cifras de exportación de cacao, de tasas, de fletes, revisa el hijo de Teresona, quien a la muerte de su patrono siguió de secretario y administrador de Martín Esteban.

La tirantez de relaciones entre la Compañía Guipuzcoana y los grandes cacaos lo hace cavilar:

Ese Don Iñigo Aguerrevere se las sabe todas y por el camino que va les meterá las cabras en el corral a Martín Esteban y a todos los mantuanos, y más ahora, que tiene trabajando con él a Ño Cacaseno.

Al remover un anaquel caen al suelo una serie de legajos ocultos en una hendija de doble fondo. Brillan sus ojos por un instante, al creer que es aquella Historia Secreta de Caracas.

¿Dónde la habrá escondido Don Jorge? Daría lo que no tengo por ponerme en esos papeles.

En compensación al desengaño extiende sobre el escritorio el mapa del tesoro de Morgan que Domingo Marcelino dibujó a su patrono.

¡Veinte millones de libras esterlinas! ¿Cuánto será eso en doblones? ¡Yo creo que eso no vale toda la Provincia con haciendas, negros e iglesias!

…éste es un dinero maldito —dice la carta que lo acompaña— amasado con la sangre y el dolor de miles de inocentes y con las de sus mismos asesinos. Salvo en casos de extrema necesidad, y aun con ella, no se deberá hacer uso de esa inmensa fortuna. Y si dado el caso de que alguien se decidiese a tomarla, para que el demonio no lo atormente, deberá entregarle las cuatro quintas partes de ese dinero mal habido a Nuestra Santa Madre Iglesia.

Más adelante decía la letra de Jorge:

—Si alguien de mi sangre se encontrase por casualidad este plano, es mi consejo que se abstenga, pues sólo maldiciones concitará en contra suya.

—¡Zape! —exclamó Mojón de a Ocho. Y en un arranque la volvió a su sitio.

Desde la muerte de Jorge Blanco, ocho años atrás, acuciado por la curiosidad, revisó el despacho minuciosamente, a la caza de la Historia Secreta de Caracas. Más de una vez fue sorprendido por Martín Esteban golpeando las paredes y las tablas del

piso.

Hay que ver que este zambo es bien pendejo —se dijo hace dos días—. Buscando maricadas con ese hembrón que tiene por mujer.

A pesar de sus mañas y halagos, Antonia lo rechazó firme. Sus tácticas de seductor, los halagos y premios a su marido no lograban vencer la frontal antipatía que no le ocultaba.

Antonia salió en estado. Martín Esteban lo supo aquella tarde.

—Te tenemos una sorpresa —le dijo Mojón de a Ocho, meses después de comunicárselo, y apretujándose contra ella—: ¿Se lo decimos, pichoncito? —le preguntó con voz tierna.

—Guá, ¡díceselo de una vez! —gruñó con su aspereza de siempre.

—Hemos decidido —dijo al mantuano con mirada húmeda— hacerte padrino de nuestro hijo.

Luego de abrazar a su secretario y de darle a su mujer un beso en la mejilla largo y caliente, dijo:

—Pues, secreto por secreto. Esta misma noche les iba a proponer que se mudaran a la Casa Grande de Valle Abajo, a donde yo no voy casi nunca. Pueden tomar el cuarto grande que era de mamá.

Rompió alegre la carcajada de José de Jesús.

—Realmente es una tronco de propuesta. ¿No te parece, mi amor? Tú te imaginas lo que vamos a gozar en ese caserón dándonos lija, en vez de seguir metidos en esta pocilga. A los pocos días se mudaron a la hacienda. Mojón de a Ocho dichoso con esclavos y servicios a sus órdenes en el amplio caserón.

Martín Esteban sin precipitarse prosiguió el asedio. Al nacer su ahijado, a quien bautizaron Numa Pompilio, regaló un caballo a Mojón de a Ocho, y del vestuario de su madre diez trajes a Antonia, quien comenzó a variar su antipatía. Martín Esteban los visitaba hasta dos veces por semana, compartiendo cena y tertulia.

Antonia, para su sorpresa y entusiasmo, le sonrió tres veces aquella tarde. En los postres, al buscar sus ojos, le sostuvo la mirada concitante y decidida.

Mojón de a Ocho salió hacia la cocina. Aprovechando su ausencia dio un manotón a la mujer. De un salto sacó el cuerpo:

—¡Quédese quieto, compadre! —susurró sin rabia—. ¡Respete el Sacramento!

Insistió con pausas y palabras suficientes. Al tercer manotón se le plantó decidida:

—Si me sigue molestando se lo voy a decir a José de Jesús.

—Es que ya no puedo más, mijitá —se excusó balbuceante.

La mujer distendió cantarína su enfado y dijo apaciguadora:

—¿Usted no sabe que José de Jesús es su amigo y lo quiere mucho?

—Pero yo te quiero más…

—Caprichos suyos na’más.

A la semana de un frustro forcejear, le gritó destemplado:

—¡Mira que te puedo obligar…!

—¡Será muerta! —respondió sofocada de rabia.

Fuera de sí dio media vuelta y a galope tendido salió de la hacienda, para sorpresa de José de Jesús que estaba en el patio.

—¿Qué pasó? —preguntó al ver el aspecto arrebatado de su mujer—. ¿Es que acaso Martín Esteban se ha metido contigo?

—Ni lo quiera Dios. ¿De dónde has sacado semejante zoquetada? ¿O es que tú crees que yo no me sé dar mi puesto?

En todo un mes Martín Esteban no volvió a Valle Abajo. El día del Carmen se presentó inesperadamente y con mal gesto dijo a Mojón de a Ocho:

—Necesito que vayas a Cata y a Chuao inmediatamente. Necesito saber lo más pronto posible cuántas fanegas va a dar la próxima cosecha.

Caía la tarde. Antonia en su habitación contaba las sábanas y manteles que le entregaba la esclava lavandera, cuando el casquilleo de un caballo en el patio le enarcó las cejas con alarma. Decidida salió al corredor. Era Martín Estaban quien llegaba.

—¿Qué quiere usted? —gritó con el rostro encendido—. Mi marido no está…

—Ya vas a ver lo que quiero —le dio por respuesta saltando del caballo.

Recogiendo las enaguas huyó hacia adentro. Martín Esteban batiendo espuelas corría tras ella. Al llegar a la cocina se le enfrentó con un cuchillo largo.

—¡Tóqueme y verá!, so fresco.

El rubor y la indignación la hacían espontánea y fresca. Martín Esteban goloso la medía como esgrimista. Ya iba a saltarle encima, pero una voz le cortó el vuelo:

—¡Buenas y santas!

Era su tío, el canónigo José Juan.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con estupor.

—¡Guá! —respondió con mansedumbre— aprovechando la invitación que me hizo Antonia para pasarme unos días con ella. ¿Te molesta? —y le dirigió un larga mirada de reproche.

Aquel domingo José de Jesús y Antonia fueron de visita a casa de Genoveva y Fidel Guerrero, donde vivía Teresona, quien tranquilizada por los años y la gordura, tomó aires de gran señorona.

Teresona detestaba a la mujer de su hijo.

—Yo no me explico —refería le a Fidel momentos antes de que llegase la pareja — para qué el pistola ése, con tan buen porte y porvenir, se haya venido a casar con la mujercita ésa. ¡Deber darse con una piedra en la boca de estar viviendo en la Casa Grande de Valle Abajo! Ése fue un lujo que ni yo misma alcancé a darme siendo la mujer de un Gobernador.

Estalló la risa de Fidel, cautivado por las afirmaciones confusas y chocarreras de su enfática suegra.

Antonia —pensaba Genoveva con ojos impenetrables, cavilando sobre la suerte de su hermano, a quien quería entrañablemente— le queda grande a José de Jesús. Ella es la hembra, mujer vegetal para ser triturada indefectiblemente por el rumiar bovino de algún toro salvaje.

Mi hermano es el burro que se saltó el orden jerárquico. Para que Antonia hubiese llegado a aceptar con resignación y paz ser su mujer, hubiese sido necesario toparse primero y no después con el mismo toro salvaje que clavó en mi sus pitones.

Teresona seguía en su diatriba contra Antonia, cuando la inconfundible voz de Mojón de a Ocho se oyó en el zaguán.

—¡Menos mal que llegaron! —exclamó Teresona a modo de saludo—. Si no nos apuramos vamos a llegar tarde a la Adoración del Santísimo. ¿Se puede saber que les pasó?

Antonia dio por excusa que la casita del Silencio donde pernoctaban todos los domingos estaba hecha un desastre.

Al frente de sus hijos, yerno y nuera, Teresona, ampulosa, se dirigió a Altagracia, la iglesia de los pardos. Luego de la ceremonia y a propuesta suya, decidieron darse una vuelta por la Plaza Mayor, «donde a esta hora deben estar los mantuanos de gran palique». Sus ojos se iluminaron de gozo al ver en un corro a Juan de Herrera y Mesones, el hermano de su nuevo primo Pedro Miguel.

Juan Manuel de Herrera y Mesones rechaza enfurecido un chascarillo de Don Paco Vera Ibargoyen, donde le preguntaba si era cierto que en lo sucesivo al lado de los calderos de su escudo iría la escoba de la bruja Cumbamba.

—El próximo que me venga con mamaderas de gallo de esa naturaleza, tendrá que entendérselas con mi espada.

El nieto de Juan de Ascanio, a quien Salú intentó transformar en zombie, hizo causa común con Herrera:

—Eso no se hace, tiene razón Jua…

—Bueno, dejen la pendejada y hablemos de otra cosa —observó Don Feliciano, festejando aún el chiste del señor de Vera.

—¡Hola, parientico! —dijo una voz de mujer.

Herrera y sus compañeros se quedaron atónitos ante la plácida sonrisa de la oronda Teresona.

—¿Cómo está el primo Pedro Miguel? —prosiguió, sin darse cuenta del rostro color de ladrillo que puso de pronto el señor de Herrera.

—¿Cómo se atreve, negra parejera? —escupió vociferante, sacudido por la rabia.

Teresona balbuceante intentó argüir. Y el otro cada vez más enardecido le sopló agitando el bastón:

—¡Quíteseme ahora mismo de en medio si no quiere que la desnude a palos!

—¡Date tu puesto, negra de mierda! —le gritó a su vez el de Ascanio rechinando dientes y encías.

Desconcertada por primera vez en su vida, corrió demudada haciendo pucheros hacia sus hijos.

—¿Qué te pasa vieja? —preguntó Fidel suspicaz al verla conturbada.

—Que esos desgraciados —exclamó sollozando— me dijeron negra de mierda.

—¿Ah, sí? —gritó con rabia su yerno— pues ahora es que van a saber que el cambur verde mancha.

Con la cara crispada les gritó desafiante:

—¿Quién de ustedes insultó a mi suegra?

—Yo fui ¿y qué fue? —respondió el de Ascanio blandiendo un látigo— y quíteseme de adelante si no quiere que lo fuetee.

Fidel palpó su puñal de caza.

—Atrévase pa’que vea, grandísimo zipote, que hasta hoy cuenta el cuento.

Ascanio avanzó amenazante. Martín Esteban, que apareció de improviso, se le plantó por delante.

—Quédate quieto, Ascanio —gritó enérgico— y tú, Fidel, sigue tu camino.

Los dos hombres paralizados se siguieron midiendo. Martín Esteban repitió su propuesta. Ascanio bajó la mano, Fidel a paso lento, sin dejar de mirarlo, se unió a los suyos. Antonia dirigió una mirada desdeñosa a su marido.

Al llegar a la próxima esquina José de Jesús dijo a su cuñado en tono conciliador:

—Es que tú eres muy volado, Fidel. Yo no sé para qué te pones a provocar a los blancos.

Fidel, por segunda vez en diez minutos, en los años que llevaba de conocerlo su mujer, se encrespó con expresión asesina.

—A usted cuñado, lo que le hacen falta son bolas. Le están insultando a su madre y viene a recomendarme paciencia.

—A mi no me grite, carrizo.

—Le grito cuantas veces me dé la gana.

Un puñetazo de Fidel cayó sobre la boca de Mojón de a Ocho. Teresona y Genoveva gritaron como guacharacas.

Los cuñados se revolcaban por el suelo propinándose trompicones. Antonia sonreída los veía hacer.

Llegaron los alguaciles. Fidel y José de Jesús, por alterar el orden público, pasaron al resguardo. Martín Esteban logró que los pusieran en libertad. Antonia volvió a sonreírse desdeñosa y miró diferente al amo de su marido.

José de Jesús, Antonia y Martín Esteban caminaron calle arriba. José de Jesús seguía en sus trece de que Fidel era muy violento y falta de respeto: ¿qué necesidad

tenía de agraviar al señor de Ascanio, como si fuera su igual? ¿No te parece, Martín Esteban? El mantuano no respondió.

—Es que mamá es muy habladora —prosiguió diciendo—, estoy cansado de decirle que se dé su puesto, pero a cuenta de que conoció a los mantuanos chiquiticos se permite demasiadas confianzas. ¿Qué necesidad tenía de andar provocando al señor de Herrera? ¡Ahí tienen los resultados! Es que para frasquitera no hay quien le dé lo vuelto.

Al igual que todos los domingos, pernoctaron esa noche en la casa del Silencio. José de Jesús, en el corredor, continúo justificando su conducta y condenando la de Fidel. Antonia con la mirada fija en el suelo, lo escucha sin el menor gesto.

Un perro aulló en la calle y otro en la casa de al lado. Antonia se persignó y miró hacia el techo. Un ruido como el de un ave pesada se sintió entre las tejas. Un graznido casi humano restalló como una carcajada.

—¡Cumbamba! —exclamó Antonia aterrorizada—. Venga mañana por sal —le gritó.

Un nuevo graznido seguido de un pesado aletear, se oyó por los tejados.

José de Jesús pausado y jovial apuntó a Antonia:

—Estás perdida de zoqueta, mujer. Y que creyendo en brujas.

Antonia lo miró con profundo desdén. Con la boca torcida y llena de asco dijo a su hombre:

—¡Zoquete, gafo, cobarde eres tú! —añadiendo luego de una breve pausa que no entibió el insulto—. Esa fue la bruja quien vino a reclamarte la falta de pantalones.

No tuvo tiempo de responder. Unos pasos se oyeron en el zaguán. Era Fidel Guerrero.

—Se acaba de morir Teresona, tu madre —dijo sin aliento—. Fue de repente.

José de Jesús nunca se enteró lo sucedido años atrás entre Martín Esteban y su mujer. Y aunque le extrañó el brusco alejamiento de su patrono en sus asiduas visitas a Valle Arriba —como se lo señaló la misma Antonia— él no adelantó ninguna sospecha.

—¿Y cómo va a venir, mujer de Dios, con esa cara enfurruñada que le pones como si fuera el mismo diablo?

—Es que no me cae. Es muy pretencioso, déspota y encima se cree bonito.

—No me vayas a decir —exclamó José de Jesús soltando una risa burlona— que te ha estado atacando. Ya lo quisieras tú para un día de fiesta, india pretenciosa. Pero si te ve como gallina mira a sal. Ay, chica —añadió entre compasivo y recriminativo — piensa mejor en lo que dices, porque vas a parar en loca. ¿Cómo le imaginas que él se va a molestar en verte? Si tú vieras el mujerío que tiene.

Y como le viera la cara compungida, arrepentido de su dureza, se paró de su silla para hacerle un arrumaco. Antonia le gritó destemplada:

—Déjame… —y casi sollozando corrió hacia su habitación.

El 20 de julio de 1734, a los ochenta y siete años, murió el canónigo José Juan, el tío de Martín Esteban. Su muerte fue muy lamentada por toda la ciudad y particularmente por Antonia y José de Jesús, que mucho le debían a su bondad. Pero con la muerte de su tío se derrumbó el muro de cal y canto que a instancias de Antonia erigió el sacerdote.

El día del entierro, el viejo deseo apenas postergado, volvió a inundar a Martín Esteban y llegó a su nivel cuando terminó el novenario. No evitó verla de frente aguijoneado por apremios lacinantes y obsesivos. Antonia, para su sorpresa, lo miraba a ratos. Y aunque no había complemento a sus apremios, si tenía, como también lo observó Genoveva, ese azoramiento de niña turbada por los requiebros de algún muchacho.

El mismo día que terminó el novenario se regreso con los Pelao a Valle Arriba. Antonia ya era diferente. Martín Esteban tan pronto la sintió en sazón le dijo a Mojón de a Ocho:

—Es necesario que vayamos preparando almacenes pan ocultar el cacao: porque con esa maldita orden que dio Lardizabal el año pasado de que sólo podemos vender libremente el cacao luego de cubrir las 30000 fanegas de la Compañía, estamos fritos. Por eso quiero que vayas a Cata y como «el Príncipe Charles» está vendiendo negros a razón de doce fanegas el negro, te me compras diez pagaderos en Ocumare y así aprovechas de embarcarte con ellos.

Esa misma tarde Mojón de a Ocho, luego de abrazar a Martín Esteban y de besar a su mujer y a su hijo, salió de Valle Abajo camino del mar.

Apenas estuvo a solas con Antonia, le saltó encima. Y aunque se sintió excitada, se opuso a Martín Esteban con los mismos remilgos y forcejeos. Ansioso de domeñarla, de un golpe en la cara la tiró al suelo.

Desvanecida y en la primera mitad de su inconsciencia, la violentó a su gusto. La muchacha lloró al darse cuenta de lo sucedido.

—Para que veas que conmigo nadie puede —le dijo ya de pie subiéndose los calzones.

—¡Maldito sea! —le espetó la muchacha— se lo diré a mi marido.

—Ten cuidado con lo que haces —le respondió Martín Esteban— porque va a haber un muerto y yo soy más macho que el pendejo de Mojón de a Ocho.

Como el mantuano le captase un relámpago distinto en sus ojos, añadió:

—Si te me sigues resistiendo te lo mando a matar, o lo mato yo. A ver qué vas a hacer de aquí en adelante.

—Deja quieto a ese infeliz —observó Antonia sin timbre de aflicción—. Haré lo que tú quieras, pero no le hagas mal. Él no tiene la culpa.

Cuando la tomó del suelo para llevarla a su cama, Antonia se dejó llevar. Al final

bufaba. Cuando se durmió sobre el pecho desnudo de Martín Esteban tenía en su faz las huellas inequívocas de la paz conquistada.

137. Un cofre en la arena.

Mojón de a Ocho vio caer la tarde en Cata desde su chinchorro. Un negro puso a su lado un cofre de cobre macizo, oxidado por el salitre.

—¿Y esto qué es, hombre de Dios?

—Párese ay, compañero —le respondió el viejo en tono de propuesta—. Primero vamos a hacer negocios. ¿Cuánto me das por esto?

José de Jesús hizo un gesto desabrido.

—No, oh, negro, eso no vale ni tres reales. ¿Quién te va a comprar ese perol?

—Yo sé que no vale nada y hasta con los tres reales que mientas me conformo, pero tengo el palpito, por más que yo no sepa leer, que algún valor deben tener los papeles que están dentro. Los hijos míos se lo encontraron hace meses al pie de aquella mata de coco mientras hacían huecos buscando cangrejos.

José de Jesús se incorporó sacudido por un presentimiento. Dentro del cofre había una bolsa de cuero embetunada con más de mil cuartillas con la inconfundible letra de Don Jorge Blanco. Era la tantas veces buscada Historia Secreta de Caracas. Los folios restantes, a duras penas descifrables, parecían decir: A mis hijos, para que conozcan la verdadera historia de lo que pasó en Santiago de León desde que yo vine al mundo en mayo de 1569, hasta este maldito año de 1626 en que murió mi hija Gabriela. Por Diego García, hijo bastardo de Francisco Guerrero (a) el Cautivo.

Mojón de a Ocho sin cuidarse ya del viejo que lo miraba sonriente, comenzó a leer:

Oh, mortal y buen cristiano —decía a guisa de prólogo— el Señor ha querido que a través de este hallazgo te revele las horribles cosas que mis ojos vieron por mi y por segundas personas desde que se fundó Caracas hasta este año de gracia de 1724, en que presiento la muerte.

José de Jesús devoraba los folios.

Buena parte de las cosas que aquí se cuentan las escuché directamente de mi madre Doña Ana María Mijares, quien se las oyó relatar a su vez y repetidas veces a

Doña Soledad Guerrero de Mijares, su abuela, hija de Don Francisco Guerrero, el Cautivo, poblador y conquistador de Caracas. Refería así mismo mi santa madre, que otra de sus fuentes de información fue una negra llamada Rosalía, quien fue concubina de Don Francisco Guerrero y estos memoriales de agravios que el padre de Don Nicolás García, Diego García, escribió para sus hijos. Aunque su contenido es menos terrible de lo que por desgracia yo tuve que contemplar, es de observar al lector desprevenido que aunque son ciertas la mayoría de las cosas allí anotadas, se siente una ausencia total de ponderación y mesura, aparte de una pésima caligrafía que debe ser la de Don Diego, ya que según me contó su hijo, a duras penas sabía leer. Es un relato vivo de lo que vio suceder en los primeros tiempos de la colonización y de la discutible razón que tienen para enorgullecerse de sus antepasados los que hoy llamamos mantuanos, mal que en mi opinión está desbordando en soberbia y será la causa de muchos males.

Siempre he creído en la fuerza poderosa de la verdad para remediar los males que la ignorancia, más que la maldad, hace florecer en el corazón humano. Pero la verdad es un arma peligrosa, pues al igual que el fierro que amputa el miembro que se gangrena, también mata y abruma de congoja a quien hace lo mismo con mala intención y sin ninguna necesidad.

Como podrás ver, oh, afortunado o desdichado mortal a quien Dios puso en mi camino para que yo le transmitiese estos secretos que celosamente hemos guardado tres hombres por más de un siglo, son secretos terribles, que en buenas manos, como pido a Dios que sean las tuyas, servirían para remediar y poner coto a la soberbia de algunos y a la innecesaria vergüenza de otros, que son la mayoría de los hombres que moran en esta tierra, pero que en poder de hombres de mal corazón pueden hacer tanto mal como las siete pestes y antes de esclarecer el entendimiento de los hombres, que es el fundamento de la virtud, aumentarán la confusión y el odio que por desgracia veo crecer a diario en nuestra gente.

Te emplazo, oh, cristiano, a que cumplas con tu deber y guarda y administra los contenidos de esta caja, como si fuese el tesoro más precioso que jamás hombre alguno haya tenido.

Si en lo que te quedase de vida no tuvieses necesidad alguna de hacer uso de sus contenidos, antes de irte a la tumba, ya que siempre sabemos cuándo llega el morir, con los secretos que sabes, pon a buen recaudo estos conocimientos, procurando siempre que sea un hombre bueno y esclarecido de ingenio para que continúe esta historia de los años tristes que han de venir.

Que Dios te bendiga, oh, cristiano.

Jorge de Blanco y Mijares.
Regidor Perpetuo de la Ciudad de Caracas.

22 de mayo de 1724.

Hasta la medianoche leyó José de Jesús.

De modo que Doña Melchorana, la abuela de tanto gran cacao, además de tener su cuarto e zambo como yo, era una vagabunda incestuosa y asesina… Quién lo hubiera creído —se dijo soltando una carcajada— cuando ve a sus nietos con el rabo tan apretado que no les cabe un palillo.

Con razón —añade al leer la historia del Cautivo y del Águila Dragante— Martín Esteban salió más malo que Mandria y más puyón que Pinga Amarilla.

Guá, mírenme esto —comentó en voz alta—. Doña Soledad Guerrero era hija de la misma india que es abuela Ño Miguel, el padre de Doña Melchorana.

Al terminar de leer, pasada la medianoche, José de Jesús tuvo la sensación miedosa de tener consigo el mismo tesoro de Morgan. Metió la bolsa de cuero bajo su colchón y sin conciliar el sueño esperó en la cama y con los ojos abiertos las escasas horas que faltaban para el amanecer. Tan pronto despuntó el sol, ordenó al práctico poner proa hacia La Guayra.

En el puerto, Fidel Guerrero, Sacramento Bejarano y su hermano, lo esperaban con aire compungido.

—La Antonia está viviendo abiertamente con Martín Esteban —le espetó su cuñado.

José de Jesús empalideció hasta dejar los labios exangües:

—¡Eso es embuste! —gritó enloquecido—. ¡Eso no puede ser verdad! ¡Ésas son maldades de la gente! Martín Esteban es incapaz.

Uno de los Bejarano dejó caer:

—Desgraciadamente es verdad lo que dice Fidel. Preferimos decírtelo nosotros antes que otro te lo fuera a decir con mala intención.

José de Jesús lloró largo rato.

—Es que el pobre no tiene derecho a mujer bonita —observó Sacramento con amarga resignación—. Para tener una mujer como Antonia hay que ser muy rico, hermano, de lo contrario, como dice el dicho, hasta que uno no llega a viejo…

Una nube de dolor y de ira lo cercaba.

—Yo lo vi venir —observó con voz grave Fidel Guerrero.

Y Genoveva, tu hermana, también, desde que Martín Esteban comenzó con esos encurruñamientos contigo. Es viejo y sabido que rico no quiere a pobre y si va a tu casa, algo te va a sacar.

En la casa que tenia Fidel en La Guayra desde los tiempos de su abuelo Cupertino, los tres amigos consuelan a Mojón de a Ocho con palabras y botella y media de ron.

—¡Qué inocente he sido! —grita de pronto ebrio—. Nunca debí fiarme de su cara de mosquita muerta. Con razón se vino tan fácil conmigo: ya tenía el recado hecho.

—Toda mujer bella —insistió Sacramento— es una maldición para su padre y su marido. Es como vivir desarmado al lado de un cofre de morocotas.

Las palabras de su amigo estallaron sugerentes.

—¡Muchachos! —dijo con la mirada traslúcida—. Yo sé cómo hacernos inmensamente ricos.

Los tres se miraron consternados. «Se volvió loco» —pensó Fidel.

—Yo sé dónde hay un entierro muy grande —añadió balbuceante—. Tan grande que vale más que toda esta Provincia.

Los tres hombres volvieron a mirarse.

—¡Mira Chucho! —propuso Sacramento—, sería bueno que te acostaras un ratico, pues con todo lo sucedido ya no es bueno que sigas bebiendo.

—Es verdad, vale —añadió su hermano— estás muy cansado con tanto ajetreo y tantas vainas.

—¡No sean pendejos! —exclamó José de Jesús al captarles la sospecha—. No estoy desvariando. Yo sé dónde está enterrado el tesoro de Morgan. ¡Óiganme bien! lo que les voy a contar…

A riesgo de todo entró a la Casa y rescató la bolsa embetunada donde guardaban la Historia Secreta de Caracas y el mapa de Morgan. Con paso recio y seguido por sus tres amigos, fue en busca de Ño Cacaseno.

Ño Cacaseno —se dijo— es el hombre que además de darme la ayuda que necesito, sabrá hacer buen uso de estos papeles en el caso de que algo llegara a sucederme.

El zambo se sorprendió al verlo. Ya los rumores callejeros lo habían informado.

José de Jesús se encerró con él en su despacho. A pesar de los papeles no le fue fácil entender. A la media hora se borró de los ojos del viejo la expresión escéptica para dar paso a la sorpresa.

—Grave compromiso hijo, el que depositas en mis manos —dijo Ño Cacaseno al leer las veinte primeras páginas y hojear el fascículo—. Y si es tu voluntad, yo te prometo hacer debido uso de esto, y que pierda mi alma si miento, en el supuesto caso de que sucumbieses, como tanto temo.

Fue el mismo Ño Cacaseno quien puso en relación a José de Jesús con unos marinos vascos que tenían un barco pequeño entre todos y que fletaban bajo contrato a la compañía.

—Son gente honesta a carta cabal. Ofrézcanle a ellos, como se hace en estos casos, la quinta parte de lo que encuentren, ya que eso los interesará más. También van a necesitar unos cuantos pesos para herramientas y bastimento y como me imagino que debes estar limpio de a puya, aquí tienes —y puso en manos de José de Jesús una bolsita llena de doblones.

Cuando el hombre hizo un gesto de protesta, le observó alegre y zumbón:

—Me lo devolverás con un interés del cien por ciento. Ahora te voy a llamar al capitán vasco que está en la esquina. Habla con él. No le digas nada de lo que se trata hasta que esté mar afuera. No es porque tengas nada que temer de ellos, pero se les podría ir la lengua y de pronto te encuentras que alguien te robo la parada.

El vasco que hacia de capitán era un hombre de mediana edad, fuerte, moreno y de aspecto hosco.

Ño Cacaseno le explicó en presencia de José de Jesús, que él iba con otras tres personas en una misión secreta de la Compañía, que le sería revelada en alta mar.

El vasco hizo una señal de asentimiento.

—¡Cómo usted ordene, Don Cacaseno. Estamos para servirle!

—Y sobre todo —añadió el zambo— obedézcanle en todo. Como si fuera yo mismo. ¿Me entendió?

—Sí, señor Don Cacaseno. Usted bien me conoce, tanto a mí como a mis hombres.

—Por último —dijo— no se sorprenda de las instrucciones que va a recibir del señor.

—Descuide usted. Cuidaremos de Don José de Jesús.

Sacramento Bejarano se negó en redondo a participar en la expedición. «Bolas, real de muerto es pavoso» —y los dejó partir relleno de presentimientos.

—¡No hay duda de que naufragaron! —le dijo a Sacramento Bejarano con voz grave Ño Cacaseno seis meses más tarde—. ¡Son tantas las tempestades que asolan el Caribe!

Antonia y Martín Esteban sintiéronse aliviados con la noticia. Genoveva lloró amargamente la muerte de Fidel Guerrero, su marido, quien además de una gran fortuna le dejó un chico rollizo a quien apodaron Alirio. Una noche, Sacramento despertó sobresaltado. Mojón de a Ocho se transformaba en esqueleto. De su cuello pendía una bolsa de cuero. Tras él hay una cueva que se abre y se cierra como una boca. Los tres amigos corren ansiosos por una playa de arenas blancas. Los marinos vascos los persiguen. El barquichuelo en que los vio zarpar navega hacia el mar. La playa se aleja. Hay un crujido abajo. El barco se hunde. Los hombres nadan. Tienen cara de miedo. Tienen cara de hambre. Tienen cara de gaviotas. Las gaviotas les picotean los ojos. Sacramento llora al despertar.

Luego que se dio por muerto a José de Jesús, María Juana a quien hasta entonces no había alcanzado el rumor, le hizo una escena terrible a Martín Esteban al enterarse de la presencia de Antonia. Para guardar las apariencias, la mudó nuevamente al casuchín anterior, donde la visitaba de tarde en tarde.

Luego de parirle una hija llamada Martíniana, se le angostó la pasión.

Un día Gabriel de Ibarra le pidió permiso para quedarse con ella.

—Por mí no se pare primo; es mejor que todo quede en familia. Déjeme eso por

mi cuenta, que yo mismo hablaré con ella.

Sollozó de rabia:

—¿Pero tú crees que yo soy un perol o una mula para traspasarme a tu antojo?

—No te sulfures, mijita. Lo tuyo y lo mío hace tiempo se acabó. Te mandaré tu renta mientras viva y le dejaré algo a Martiniana; pero si me parece que pienses en tu futuro. Gabriel es un buen tercio, amplio y generoso.

Antonia bajó los ojos y soltó una lágrima. Esa misma tarde y con los grandes aspavientos que preceden y suceden al cambio de amo, todos se enteraron que Antonia pasaba a manos del señor de Ibarra, por inteligencia de ellos y voluntad de Martín Esteban. Antonia cambió al toro de lidia por el buey, y a éste por el burrito carguero. A la muerte de Ibarra apareció Sacramento Bejarano. Como era pardo y sin fortuna, Antonia le exigió matrimonio.

El destino de los pobres —se dijo Sacramento— es comernos las sobras de los señores.

138. Carmen Cervériz.

A mi padre se le fue la mano con la mujer del prójimo —se dijo Don Juan Manuel mientras Doñana, su hija, y Juana la Poncha, simulaban examinar el piojillo que le había caído al limonero—. Nunca podré olvidar aquella tarde. Estaba muchacho y recién llegado de España. Paseaba con Juan Vicente por el Silencio. Las callejuelas estrechas, la gente mucha. La bulla enorme. A duras penas avanzaban los caballos.

Titilan los ojos acuosos de Don Juan Manuel y se quedan límpidos y claros como el cielo de julio.

Vocinglera rueda la grita por el barrio alegre del mal vivir. Mujeres de todas las castas, pintarrajeadas, se agolpan en los balcones, en los zaguanes, desgranando ofertas y cuchufletas.

—¡Ay, que catirito tan bello! —zumba una mulata flaca al ver a Juan Manuel.

Juan Manuel la ve con indiferencia, al igual que al mujerío que lo sisea y lo llama a gritos.

Una chica de piel mate y facciones finas lo salpica con sus meneos.

Sus ojos se iluminan. Saluda galano.

La chica, que es del oficio, para sorpresa, luego de verlo con odio, desapareció en el zaguán.

—Ten cuidado —le observó Juan Vicente—. Esa es Martíniana, tu hermana.

—¿Mi hermana? —preguntó chirriante—. ¿Mi hermana de puta? ¿La hija de Antonia y mi padre? —insistió aun sin creerlo.

—La misma, chico. Al igual que la hija que tuvo de Gabriel Ibarra. Antonia murió hace dos años y Sacramento Bejarano poco después, agobiado por la misma

tisis.

La desdicha de los Pelao prosiguió igual que siempre, generación tras generación. Numa Pompilio, el hijo de Mojón de a Ocho y Antonia, quiso repetir el mismo cuento de Juan de Dios Roscio con la hija de Tovar: se sacó a la hija de Juan José Vegas y la depositó, con el propósito de casarse, en una finquita que tenía por los lados de Ocumare. Allí mismo y antes de que llegara el cura, se presentó Juan José, y haciendo caso omiso de los ayes de su hija, le descerrajó a Numa Pompilio la cabeza a tiros.

El recado, por desgracia, ya estaba hecho. A los nueve meses justos parió en parto gemelo a Carlos Vicente y a la morocha Blanca, quien se casó con el zambo Palomo, [181] ese pulpero retrechero de la esquina de Angelitos.

Yo, por eso —se dijo con particular énfasis Don Juan Manuel— he sido muy responsable al sembrar mi simiente. Fuera de mis hijos legítimos nadie puede avergonzarme por un mal encargo; ni elegí mujer que no fuera la adecuada y eso que me sobraron para casarme en este viaje nupcial que hice a España, acompañado de Unzaga y Amezaga. Mujeres blancas, pero de modesto origen, se me brindaron en la fonda. Han podido ser mis esposas guapas y honestas. ¡Pero qué va! De sólo verles los me erizaba de pensar en la mamadera de gallo que me iban a montar en Caracas. Por eso aquella tarde sin colores ni arreboles en que me embarqué en dirección a Santo Domingo, donde haría trasbordo, iba con el propósito de cortarme la coleta en materia de amoríos para dedicarme sólo a la política y al cuidado de mis nietos. ¿Quién sabía las sorpresas que el destino me deparaba?

De olas y espumas se llenan sus ojos.

La fragata se aleja de las costas de Cádiz. Don Juan Manuel se descubre y dice a la tierra en lontananza:

—¡Adiós, España, ya nunca más he de volver. He venido a ti a recoger mis pasos perdidos!

La nao se adentra por un mar encrespado, bajo la luz mortecina de un sol de invierno. Don Juan Manuel mira hacia el infinito. Una ola lo salpica. Cierra su capa; sujeta el tricornio.

¡Cuán milagrosa fue la actitud que a último momento Su Majestad asumió para conmigo! Mi orgullo herido estaba a punto de lanzarme en brazos de los que piensan que llegó la hora de independizarnos. La rabieta que cogí aquella noche en el Teatro Real me tenía decidido. Esa misma noche escribí a Miranda para que contase conmigo. En la mañana, sin embargo, me desperté lleno de angustia ante mi decisión. No por lo que pudiera pasarme a mí, sino que el efecto que tendría sobre cientos de miles de personas. ¿Era lo mejor o lo peor tratar de seguir el ejemplo de los inglesitos del norte? Nuestros actos no repercuten en el vacío. Todo hombre es responsable de su tiempo y máxime los que como yo, somos los dueños y los amos de un mundo.

¿Qué era lo más conveniente para mi gente? —me preguntaba—. Pues al fin y al cabo gente son esa cuerda de zambos, negros y mulatos, que si existen fue por la actitud irresponsable de nuestros antepasados que se pusieron a folgar cuanta india o negra se les pusiera a tiro, sin prever las consecuencias de su libertinaje. Si los fundadores de Caracas hubiesen sido como el Cautivo, digno de encomio por su morigeración, éste sería un país ordenado, como lo es Estados Unidos, donde todo el mundo es casado y cada quien anda con su pareja: blanco con blanco y negro con negro. El mestizaje va ligado necesariamente a la bastardía. Venezuela, a causa del mal uso que hicieron de la mujer, es un mundo a cuadros, impedido de la coherencia. Por eso no pude menos de felicitar a Su Majestad por prohibir el matrimonio entre blancos y gente de color.

Su Majestad con muy buenas intenciones me preguntó: ¿Y qué hacemos, Juanico, con esa pardedad que son dos quintos de la población de Venezuela? Esa gente se ha superado, se ha enriquecido, aspiran y se conducen como buenos vasallos. ¿No te parece que haría yo mal de excluirlos de privilegios ganados con sus esfuerzos?

—¿Su Majestad ha visto alguna vez a un indio? —le di por respuesta. Me mató el pájaro en la mano:

—Salvo tú —dijome guasón— que no eres tan mal chico, la verdad que a ningún otro.

Indio o negro no es igual a uno. Eso y amaestrar a un chigüire es lo mismo. Es cuestión de sangre. Son gentes sin dominio sobre los sentidos. Bástales la menor provocación para inflamarse. Son petulantes y sin caridad; soberbios e infames, torcidos, aviesos y embusteros, adulantes hasta la abyección con el que está arriba: despóticos, crueles e indiferentes con el vencido. La amistad, el afecto, los sentimientos nobles, no florecen entre ellos. No da flores olorosas el cujizal. Salvo San Martín, que según dicen cagóse en el Altar Mayor, no hay santo negro.

No hay pedante más pedante que un pardo cuando tiene algún destello de ingenio. Ahí está el caso de Juan Germán Roscio. Mi abuelo Don Feliciano decía: «Negro que estudia se amariquea». Eso es una verdad tan grande como un templo. Y estoy cansado de verlo. Por eso soy uno de los abanderados para que no entren a la universidad, a la iglesia ni al ejército. Que si ellos no tienen la culpa, como dice mi cuñado, es verdad. Los tigres no son responsables de sus modales y se les echa plomo sin contemplaciones. A mí me gusta hablar claro. Acceder a que los pardos se nos igualen, como quiere el Rey de España para mantenemos a raya, es una insensatez. Separarnos de España, como lo desean los Amos del Valle, una locura. Lo lógico es hacerle ver a Su Majestad, ¿pero, quién discute con el Rey?, que nosotros nos portaremos bien siempre y cuando nos dejen vender el cacao a quien nos dé la gana, como nos permitió hace dos años, y que mantenga a los pardos en su sitio, como al parecer se convenció en 1776. Si Su Majestad ha cedido ¿por qué no hemos de hacer

nosotros lo propio? En lo que llegue a Caracas voy a tomar con empeño, la misión de convencer a mis parientes y más ahora que soy Conde de la Ensenada, noble del Imperio y personaje muy principal.

El agua se agitaba paulatinamente; cada vez eran mayores las ondulaciones del mar; la brisa salpicaba su cara; el frío arreciaba; la campana de a bordo reclamó a los pasajeros. Dos personas, además de él, compartían con sus oficiales la mesa del capitán: un hombre de mediana edad, elegantemente trajeado y español de origen y una hermosa mujer, de tez mate, ojos y pelo muy negro, facciones clásicas, cuello alto, manos pequeñas y enjoyadas, ricamente vestida, frisando los veinticinco años.

El hombre se identificó como Don Juan Cervériz, natural de Madrid, pero residente en Cumaná desde hacía más de treinta años en que llegó al país como agente de La Guipuzcoana.

—Pero ya me dejé de eso, mi querido amigo —añadió con picardía, enterado, quizá, de la vida de Don Juan Manuel.

Carmen, la bella mujer que lo acompañaba, era su hija, viuda hacía tres años.

—Me la traje a España, a donde no venía desde mis mocedades, tanto por echarle un último vistazo al terruño, como para ver si a ésta se le pasaba la tristeza y alegraba el ojo con el verde del camino.

La muchacha hizo un mohín; a lo que añadió el padre con llaneza:

—Pero erré en mis propósitos. Se me quedó fiambre la mercancía. Pensaba encontrarle un novio en la Península; pero al parecer no halló a nadie que le dijese por ahí te pudras.

—¡Jesús, papá! —protestó, arrebolando sus mejillas buscando en los ojos de Juan Manuel comprensión a las palabras del padre.

El mantuano la miró con simpatía y más aún cuando le dijo con voz clara de acento castizo y melodioso:

—¡Disculpad, señor Conde, pero padre es de aquellos que dicen lo que piensan a diferencia de vos que pensáis lo que decís!

Juan Manuel, se sacudió. Era la primera vez que alguien le llamaba Conde. Carmen prosiguió:

—Tenemos un pariente en común: Don Martín Eugenio de Herrera y Rada, vuestro cuñado.

Don Juan Manuel, ya entusiasmado por el interés denotado por la mujer y por su vieja experiencia de hombre ganchoso que cala en unos ojos cuando mira realmente una mujer poniéndose un rostro de seductor hace tiempo olvidado dijole:

—Pero ¿no sois española?

—No —respondió evidentemente satisfecha por el error—. Soy nacida en Cumaná. ¿No os parece un horror?

—Pero vuestro acento es de los más puros que he escuchado; por un momento

pensé, a pesar de lo que dijo el señor Cervériz, que érais de Valladolid.

—El hecho de vivir en Indias —apuntó remilgosa— no implica que olvidemos el castellano.

Don Juan Manuel se enderezó en la silla y se puso en guardia, pues apenas se descuidaba hablaba un cerrado caraqueño al igual que su abuelo.

—Tenéis razón, señora mía. No hay nada peor que los vicios que sobre nuestra lengua cunden por estos pueblos del Caribe.

Luego que levantaron los manteles, la conversación prosiguió en el entrepuente.

Don Juan Cervériz, como se encargaron padre e hija de recordárselo, era uno de los hombres más ricos de la Provincia de Cumaná y se sentía tan a gusto en aquella ciudad que ni por todo el oro del mundo sería capaz de abandonarla.

Ante la afirmación de su padre, Carmen torció despectiva las comisuras.

—A ella, en cambio —señaló Cervériz— no le gusta para nada.

—Es que es muy aburrido —añadió con un dejo infantil—, no hay nada que hacer, aparte de que la gente, señor Conde, no tiene clase ni señorío.

El mantuano entusiasmado le propuso con palabra encendida:

—Decidme por Dios, Juan Manuel o Juanico, si lo preferís, como me llama el Rey.

Sorprendido ante aquella jactancia, tan ajena a su carácter y modo de ser, se mostró confuso. Cuando Carmen lo vio por tercera vez a los ojos con aquella mirada reclamante y accedió a llamarlo Juanico, sacudiéndose el abanico a pesar del frío que hacía en cubierta, comprendió en menos de una hora que se había enamorado irremisiblemente de Carmen, teniendo a su vez la certeza de ser correspondido. Dos mujeres en su vida encarnaban por separado su ideal de mujer: aquella hija del Conde de Tordesillas que lo mandó a paseo y la Matea, «la horizontal alegre cual serpentina de tres colores». La condesita era todo donaire, perfección, vuelo majestuoso dentro de una belleza fría convencional. La Matea era el ardor desbocado: frenética, salaz, incendiaria. De sólo pasar frente al zaguán de su casa en la calle de la amargura se ponía a vibrar.

Carmen reunía en ella sola las cualidades de ambas. Su sorpresa fue en aumento minuto a minuto al descubrir que además de encarnar las dos caras de su ideal, tenía las virtudes domésticas de su María Jimena, su gorda linajuda, ignara y apacible, madre del sosiego, concubina de paz y retiro, aya, dueña y ama de leche de sus hijos y también de él. Era piadosa como una Carmelita: de misa y comunión diaria. «Lo que despeja definitivamente —como se dijo— cualquiera duda que pueda tenerse sobre una mujer». Cuando esa misma noche lo invitó a que los acompañase a rezar el rosario en familia en su camarote vibraba entusiasmo y cuando añadió que la Virgen de la Soledad era patrona de su familia no pudo contenerse y tomándola de a mano le dijo conturbado:

—Esto parece un milagro más de mi madrecita granadina. Ya se arrepentía de lo dicho cuando Carmen le respondió apretándole levemente la mano:

—Otro tanto pienso yo.

Don Juan Cervériz, que simulaba otear la noche tenebrosa a través del ojo de buey, se volvió en el momento en que Don Juan Manuel sonriente y juvenil proponía:

—Este encuentro debemos celebrarlo en grande. Os invito a mi camarote para celebrar con sidra champañizada de la mejor de Villaviciosa nuestra amistad.

Cervériz contrajo las comisuras desdeñoso:

—¡Qué cuento de sidra champañizada, bebamos verdadera de la verde Francia! —y abriendo un armario esgrimió con alegría una botella de Dom Perignon.

A la tercera botella de aquella sidra francesa que nunca había probado, era tal su euforia y confianza que a la quinta vez que Don Juan se asomó por la claraboya dijo a Carmen arrebatado:

—Te amo, mujer.

Carmen por respuesta hundió la cabeza entre conmovida y taciturna y, luego de una larga pausa que denotaba reflexión antes que rechazo le dijo, grave y al mismo tiempo afable.

—Ya es más de medianoche, Juanico.

Un día antes de arribar a Tenerife, donde el barco hacía escala, ya eran novios sin la inteligencia formal del padre.

Casta cual paloma —como se decía Don Juan Manuel— no se permitía siquiera la licencia del beso que desde hacía más de una semana le mendigaba.

Carmen se conocía al dedillo a la gente de Caracas y sus complejos vínculos de parentesco. Era pariente de los Liendo, de los Herrera y de los Ribas, sin que pudiera desentrañar, para exasperación de Juan Manuel, ducho en la materia, los nexos parentales que la unían con los Amos del Valle.

—La que se sabía todo eso, era mamá, que en paz descanse. A mí se me olvidó por completo y como mi padre es de los que cree que la historia comienza con uno mismo, ni sabe ni le interesa.

—Ni falta que hiciera, preciosa mía. Basta verte para reconocer en tus facciones las huellas indelebles del mantuanaje.

—¿Te parece, Juanico? —preguntó denotando extraordinaria complacencia—. Por eso es que a mi me gusta la gente de Caracas, siempre tan pendiente de la tradición, las costumbres y la familia. En cambio, en Cumaná, empero tener lo suyo e historias de bizarro entronque, la gente tiende a menguar la importancia de los hechos, quizá por la influencia que el mar tiene en el relajo de las costumbres. Por consejo mío, y luego de mucho insistirle, mi padre llevó con nosotros en este viaje a mi único hermano, un chaval de diez años, que me consoló del hijo que no tuve en otros nueve de matrimonio. Lo dejamos en el Colegio de los Jesuitas de Madrid. Mi

mayor temor era que libre y de su cuenta se contagiase de la plebeyez que reina en Cumaná. Ahora, por más que llore mi corazón, me siento más tranquila, al pensar que será un hombre formal.[182]

Don Juan Manuel descubrió, para su tranquilidad, que el aspecto de marisabidilla de Carmen, era pura fachada. Salvo su dicción, su léxico y conocimientos no excedían los suyos como llegó a temer. Las preocupaciones de Carmen giraban en derredor de la etiqueta, y en el conocimiento profundo de saber quién es quien en Caracas.

—Siempre tuve por anhelo —le confesó en una ocasión— casarme con un hombre como tú: aristócrata de verdad, fino, educado y respetado por todos. Por eso luego de enviudar desistí de contraer segundas nupcias. Todos los hombres que había conocido antes que a ti, los que no fallaban de un píe lo hacían del otro. Aparte que cuando una tiene mucha plata no está al tanto de saber si es por una o por los reales.

Juan Manuel frunció el ceño ante la ordinariez que, en su padre, estallaba a diario con todos los ribetes del recién enriquecido.

Días antes de llegar a Santo Domingo, Carmen y Juan Manuel formalizaron el noviazgo.

—Eso es asunto de vosotros —le respondió el señor Cervériz con su espontaneidad de siempre, cuando Juan Manuel en traje de gala, y cruzada la banda de caballero de Carlos III pidió la mano de su hija—. A mí, en lo personal, me parece que sois una pareja dispareja. No tanto lo viejo que sois para ella como lo gastado que se os ve. Pero no tengáis temor alguno por ello: no es la carne lo que desvela a mi hija sino las plumas y los pavos reales.

En Santo Domingo se alojaron en una hostería llamada extrañamente La del Laurel y el Lobo. A pesar del aire lóbrego de los aposentos, del calor reinante y de las nubes de moscas, la comida a juicio tanto de Don Juan Manuel como del señor Cervériz era digna del mejor cocinero de París.

—Este conejo al Borgoña es el mejor que alguna vez haya comido en mi vida —comunicó al dueño de la posada—. Dadle de mi parte este doblón de oro al cocinero.

—Cocinera, gran señor —corrigió gozoso el hombre con una inclinación—; si no os incomoda demasiado, acompañadme a la cocina.

Carmen arrugó la nariz despectiva al ver a su padre alejarse.

—¿Tú te fijas? —comentó enojada—. Ésas son las cosas que me chocan de papá. ¿Tú crees propio de un gran señor andar entrometiéndose en cosas de servicio? Yo te apuesto que tú eres incapaz de estas cosas. ¿No es verdad, amor mío?

Juan Manuel asintió y tomándola de la mano depositó un beso.

En La Guayra, mientras hacían espera por los trámites aduaneros, Juan Manuel reparó en una negra de excepcional belleza, erguida y sonriente junto al equipaje.

Carmen la vio a su vez y con rabia preguntó a su padre:

—¿Y esa negra? ¿Se puede saber qué hace parada ahí como un soldado?

—¿Se acuerdan de la cocinera de Santo Domingo, la del conejo al vino vivo…? —balbuceó con evidente turbación…— pues es ella. Se la compré al posadero por mil pesos. ¿Verdad que vale la pena?

—¡Falta de pena es lo que te hace falta a ti, sinvergüenza! ¡Mii! —le apuntó insospechadamente a su padre haciéndole la hija preferida de Don Feliciano.

Carmen intentó ocultar los efectos de su arrebato sobándose el brazo simulando un calambre. Dirigiéndose a la negra la reclamó con la mano:

—¿Y tú, cómo te llamas?

Sonrió la esclava mostrando una dentadura perfecta. En sus ojos fulguraron fugaces dos puntos rojizos:

—María Salú, me llaman mi ama. Otros me llaman simplemente Salú.

Luego de pernoctar en La Guayra, Salú fue enviada al día siguiente con la casi totalidad del equipaje en una de las balandras del señor Cervériz de las que hacían el cabotaje entre los dos puertos. Esa misma mañana padre e hija, acompañados de Juan Manuel, remontaron la sierra en camino hacia Caracas.

El señor Cervériz amaneció con rostro de quebranto y grandes ojeras.

—Anoche me pasó algo de lo más raro. Todavía no sé si fue verdad, sueño o pesadilla. Estaba ya para dormirme o estaba dormido cuando de repente sentí una presencia en el cuarto. Un gran gato con unos ojos tamaña así me veía a los pies de la cama. Lo seguí sin poderlo impedir hasta la pila del patio y allí… pero no os cuento lo demás porque vais a creer que desvarío…

Salvo a Doñana y Juana la Poncha, Carmen causó buena impresión al mantuanaje por su beldad y elegancia y aquella exquisita simpatía. Martín Eugenio de Herrera, su cuñado, donde se alojaron los Cervériz dio fe de la vieja amistad y parentesco de su familia con la madre de Carmen.

—Que yo sepa —respondió a las inquisiciones de Don Juan Manuel— la madre de esta niña fue una santa mujer que murió de hematuria. Y si me preguntas mi parecer sobre ella te diré que sois tal para cual: vanidosillos, hedionditos y pendientes de pendejadas. El viejo Cervériz tiene la plata burreá, es dueño de la mitad de Cumaná, buena parte de Trinidad y de la mitad de Margarita. Aparte ser sirvientero como él solo, es muy buena persona.

El día en que Carmen y su padre entraron a la casa, el Pez, para su indignación, les hizo una cuchufleta y Don Feliciano luego de proferir una palabrota se descolgó de su percha.

Carmen asistió aquel domingo a Catedral sentada en su alfombra al lado de Doñana, quien sin traslucir sus sentimientos, fue fríamente amable. Juana la Poncha, en el recuerdo de su ama, consideró la presencia de la bella cumanesa una profanación, como se lo escuchó decir Don Juan Manuel a voz en cuello al servicio

en el momento en que enseñaba a padre e hija su despacho frente al patio del samán. Presto corrió a reprenderla. No por ello se amilanó:

—Y si no te gustó —le respondió encarándosele— méteme en el cepo o ponme en venta; pero lo que soy yo no le hago carantoñas a ninguna mujer que venga a ocupar el lugar de mi ama Doña María Jimena que en paz descanse —y diciendo esto rompió a llorar con desesperación.

Dos semanas más tarde los Cervériz se embarcaron hacia Cumaná en el entendido de que la boda habría de celebrarse en Caracas dentro de tres meses.

—Pasaremos la luna de miel en Cata —señaló Juan Manuel— al igual que mis padres y abuelos. Verás como te va a gustar.

Luego de despedirlos en el muelle se embarcó en dirección a la hermosa hacienda ocumareña.

139. Mantuanos por apertura: ¡Jaque al Rey!

En la tarde del mismo día llegó a Cata. Más de cuatro años tenía sin ir a la finca. Apenas llegó sintió un aire levantisco. Los negros agachaban menos el lomo; se sonreían en su presencia; no saludaban como era debido, algunos hasta tardaron en arrodillarse.

—Todo esto es obra de José Leonardo —le susurró un negro viejo refiriéndose a un calpamulato que hacía de caporal—. Es el macho de tu hacienda y de los alrededores. Si no le pones cuidado aquí va a pasar lo de tu bisabuela Juana Francisca.

José Leonardo era un zambo alto, fuerte y sombrío que saludaba entre dientes. Esa mañana Juan Manuel no pudo contenerse y le reclamó imperioso su desenfado. El caporal de espaldas se encogió de hombros y siguió su camino entre una sonrísilla cómplice del peonaje.

—¡Carrizo! —gritó Juan Manuel— párese ahí que a mí no se me responde de esa manera.

Sin ocultar su desdén le dijo el zambo:

—Pues va a tener que acostumbrarse Su Merced. Nuevos tiempos soplan y resoplan.

Juan Manuel empuñó su pistola.

—Métanlo en el cepo —ordenó.

Los esclavos vacilaron. Repitió la orden tembloroso y con la faz encendida. Nadie hasta entonces lo había visto tan enardecido.

Luego de hacerle dar cuarenta latigazos, el doble de lo señalado por la ley, sentenció:

—Y ahí me lo dejan, a sol y agua.

El castigo de José Leonardo sacudió la hacienda y sus alrededores. Era hombre bragao y de mucha fama.

Un vecino principal de Coro, de apellido Chirinos que odiaba a los mantuanos de Caracas, se presentó en Cata al tercer día, acompañado del Teniente de Justicia, para hacer valer la ley que le permitía comprar a un esclavo su libertad, en caso de maltrato.

Valorado José Leonardo en ciento veinte pesos, el señor de Chirinos, luego de entregarle la suma estipulada, concedió al esclavo su libertad.

José Leonardo, en agradecimiento, adoptó el apellido de su benefactor, embarcándose con él hacia Coro.

—Y díganle a Don Juan Manuel de Blanco y Palacios —dicen que dijo— que algún día sabrá lo que significa azotar a José Leonardo Chirinos.[183]

Cuando Juan Manuel refirió a sus amigos lo sucedido, Marcos Ribas le observó:

—Ay, vale. Como se ve que estás en las nubes. ¿Te acuerdas del zambo Borraja, [184] aquel negro jetudo y buscador de camorra? Pues una noche en que lo encontré forzando a la cargadora de mi hijo José Félix, me tiró un tarascón con un puñal, que si no me esquivo me mata. Puse la queja ante el Gobernador y ahí lo tienen, viviendo tranquilazo en Tucupido. Es que ya nadie respeta ni a la familia. Esto es un relajo.

—Pero los que están peores son los isleños —decía Pedro de Vegas y Mendoza —. Venía yo por San Francisco el otro día, cuando al llegar al Convento un par de cagaleches isleños, porque más de dieciséis años no tenían, me impedían el paso, conversa que te conversa en medio de la acera. Esperé un rato, pero como seguían tan campantes les grité:

—Carajo, ¡quítenseme del medio o les caigo a bastonazos!. ¡Atrévase para que vea! —me gritó uno que llaman Rósete—. Le di un verazo… pero el muchacho era guapo de verdad, verdad. Con decirte que sin levantar una mano para atacarme, ni tampoco para defenderse, aguantó los otros tres golpes. Cegado por la calentera le metí un cuarto por la cabeza y cayó sin sentido. Me dio lástima; lo recogí y lo llevé a mi casa para que lo curasen, junto con el otro muchachito llamado Chepino González. Tenían un mes el par de carajitos de haber llegado y andaban del tumbo al tambo, sin oficio ni beneficio. Como necesito guapos para mis haciendas, a uno lo mandé para mi hacienda de «La Culebra» en Cúa y a el otro para «El Palmar» en Ocumare.[185]

—Yo no sé si te acuerdas de Andrés Machado[186]] —intervino su yerno Femando Ascanio—, aquel viejo patuleco que tiene añales con la familia y que es más hembrero que Juan Vicente Bolívar. ¿Pues, qué crees tú que hizo? Ya vas a ver. Hace como dos meses llegó a La Guayra un portugués con unos diez negros y negras para la venta. Me llamó la atención una negra, por lo bonita y estirada, y me la compré.

Juan Manuel conociendo los apetitos ancilares de su yerno, le dirigió una mirada de reproche. Femando Ascanio, azarado, prosiguió:

—Para hacerte el cuento corto, básteme decirte que la negra aquella, lo que tenia de bonita lo tenia también de… brava. Era una onza para tirar mordiscos, lo que explicaba que hubiese llegado a doncella traspuesta ya la edad de merecer. Yo no sé cómo hizo el tal Andrés Machado. Hay quien dice que se aprovechó dos noches que por orden suya estaba amarrada, para brincarle encima y arrebatarle lo que guardaba no sé para quién. El caso es que cuando ofreció comprármela, aunque traía medio cachete desprendido de un mordisco, la negra estaba mansita y tranquila. Yo, por puro principio de autoridad, me negué a vendérsela, regañándolo por haber hecho uso de una esclava de mi propiedad. «Pues mire, niño Fernando —me respondió— a usted le parecerán chocheras, pero le participo que estoy dispuesto a quedarme con esa mujer y al costo que sea…».

—¡Carrizo! —exclamó Juan Manuel—. ¿Y tú que hiciste?

—Pues bajé la guardia —respondió el Conde de la Granja—. Yo lo quiero mucho y me dio lástima verlo tan enamorado. Se la regalé junto con una pulpería que tengo por los lados de San Sebastián.

—Fuiste sabio y generoso, hijo mío —observó complacido el mantuano—. Estamos en tiempos que mono no carga su hijo y no hay nada peor que viejo enamorado —y pensó en la Carmen, que dentro de poco sería su esposa.

El Pez volvió a imitar el canto del Urogallo:

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc, toc.

Tan pronto se marcharon sus amigos, Juan Manuel quedó cavilando:

…La política es el equilibrio del poder. Si para vencer a tu enemigo has de aliarte con el asesino de tu padre, debes hacerlo, como dice Ibarra, que se las da de sabihondo. Pero este jueguito a que nos tiene sometidos, Su Majestad desde hace veintitrés años, va para largo.

Luego de hacerle toda clase de concesiones a los pardos para neutralizamos, al darse cuenta de nuestra inconformidad y temeroso de que siguiéramos el ejemplo de los norteamericanos, nos dio un caldo de sustancia al dictar la Real Pragmática que prohibía los matrimonios mixtos.

Apenas volvíamos a respirar cuando nos pegó aquel trancazo al fundar la Gran Capitanía General de Venezuela, con objeto de volvernos zareta lanzando contra nosotros los caraqueños a las oligarquías de otros países o regiones que nos habían anexado. Bien sabía Su Majestad que el patriciado de Cumaná no se iba a quedar quieto cuando lo pusieran bajo nuestra tutela, como también sabía que nosotros no íbamos a compartir con ellos el gobierno.

No habían pasado seis meses cuando ya estaban agitando a los pardos en contra nuestra y en el propio patio. Ibarra, que siempre ha sido muy listo o muy liso, fue el de la idea:

—Como decía Maquiavelo —nos observó— la mano que no puedes cortar,

bésala.

Si los provincianos nos hostigan porque se sienten rechazados, sumémoslos a nuestra cuenta y hagámosles ver que los consideramos nuestros iguales. ¡Santo remedio! Se apaciguaron sus afanes reivindicativos; rompieron con los pardos y nos apoyaron en todo. Visto el éxito del método, hicimos extensiva la apertura a algunos criollos, a uno que otro vasco y hasta a isleños como los Sanabria.

Uno de los Sosa, al casarse con una de las Vegas, se volvió tan recalcitrante, que a su lado Mijares parecía un enciclopedista. A Isidoro López Méndez, casado con una de las Aristeguíeta, lo ascendimos a primo. Y así sucedió con Paúl, Castro, Eraso, de las Casas, Francia y Clemente.

Hasta Urdaneta, un vasco a quien la fortuna hecha de prisa no borró sus malos hábitos, fue aceptado a plenitud y su hermosa casa fue visitada por la nobleza.

Un sobrino de Don Íñigo Aguerrevere, el odiado Factor, llegó a partir confites con la mantuanía.

Ya los principales de Cumaná, como los Bermúdez de Castro, los Sucre, Guillen, Silva, Berrizbeitia, Urbaneja, se les trataba con aprecio, aceptándoseles sus invitaciones a almorzar, a pesar de aquellos abominables pasteles de morrocoy y de aquella mala manía de llamar a todo el mundo mi amor.

Los Otero de Barcelona, al igual que los Planchan y los Maíz del mismo pueblo, dejaron de molestar al ser engullidos por las tertulias, al igual que los Austria, Pocaterra, Michelena e Iribarren de Valencia.

Los Arcaya de Coro, a pesar de haber mediatizado su sangre, fueron tratados con deferencia, al igual que los Anzola, los Salom, Escovar y Gabaldón de los pueblos de tierra adentro. En menos de dos años desapareció la pugnacidad que sentó con toda la mala intención Carlos III al fundar la Gran Capitanía General de Venezuela. Los Veinte Amos del Valle, empero seguían siendo veinte, los llevamos a sesenta. Los otros cuarenta se sintieron dichosos de sólo creer que lo eran.

Con esta política de apertura hemos sumado aliados sin mengua de nuestro poder. Ninguna costumbre extraña ha florecido entre nosotros. Son ellos los que nos imitan. En sus respectivos pueblos han impuesto el uso exclusivo del manto para sus mujeres. Y hasta comienzan a llamarse mantuanas. Mira que tiene gracia ver a un Picón o a un Arismendi dárselas de mantuano.

Por obra de esa política de apertura salimos tan fortalecidos que el Rey para apaciguarnos acabó con la Guipuzcoana.

Carlos III con la Gran Capitanía se comió una torre y nosotros, con nuestros mantuanos por apertura, le dimos, sin más ni menos, un jaque al Rey.

140. Martín Esteban ya llega a la hoguera de la bruja vasca.

—¡Cuán largo ha sido este real ajedrez!, desde aquel malhadado día en que llegaron los vascos. Mi padre, junto con Juan Francisco de León, le dieron el primer jaque aquella tarde en abril en que arriba de Corre Largo se marchó fiero hacia el combate. Por un rato lo seguí lloroso, a todo lo largo de la Calle Mayor. Entre la gente desapareció su capa amarilla y oro y su yelmo emplumado, que empero no usarse, sentábale dé lo mejor.

Vuela el manto de nata de sus ojos saltones, acuosos, azules. Huye la panza. Se borran los sarmientos.

El Gran Amo del Valle lleva en las pupilas la imagen de Genoveva, la mujer de Fidel Guerrero, el que nunca regresó, al igual que Mojón de a Ocho y el hermano de Sacramento Bejarano. ¡Pobres! ¿Pero quién los manda a pendejear? Genoveva a los veintitrés años, rica, viuda y guapa, era un botín. Abrumada por la muerte de Fidel, se dedicó por entero a su hijo Alirio.

Genoveva desde el patio de su casona ve entrar a su hijo, a quien ya apodaban Cuarto'e Zambo. Viene sin los papagayos que él mismo hace y vende a dos centavos.

—Los vendí todos —proclama alegre.

—Muchacho, si sigues así vas a terminar como los Sosa.

A dos años de la muerte de Fidel se le ha extinguido la pena. El picor del luto es insoportable. Sus lágrimas y la imagen del marido, tan presente y dolorosa hasta hace poco, ya no acude al evocarla. La risa, por el contrario, brota, se asoma y sacude, a pesar de su empeño en sujetarla.

—Es natural, hija mía, que así suceda —le dijo su padre confesor—, tienes el deber de volver a ser feliz. Búscate otro hombre y cásate. Si te place puedo ir a tu casa y hacemos en las noches unos ejercicios piadosos.

Genoveva desde esa misma tarde cambió de confesor. Lo que más la atormentaba desde los comienzos de su viudez, eran los sueños eróticos, que castamente, como le observó el cura, tenía con su marido. Despertaba bañada en fluidos y lágrimas. Se persignaba ahogando en plegarias sus emociones. Pasado un año los sueños cálidos se hicieron quemantes, vividos y corporalizados, y a diferencia de los primeros, estaban llenos de pecado, pues eran desconocidos de rostro agraciado quienes la hacían gemir. Un día apareció Martín Esteban. Se lo topó al salir de misa. Él trató de acercársele. Temerosa corrió hacia la casa. Desde entonces el Gran Amo del Valle fue dueño y señor de los sueños y obsesión quemante durante el día.

Martín Esteban de cara al río recuerda a la Genoveva de su juventud:

—Era caliente, penosa y sabrosa. Desde el principio hasta el fin siempre decía no. Pero apenas se le ponía un dedo encima, era como chamiza con viento en medio del

pajonal.

Una noche de julio, calurosa y húmeda en que a la luz de una vela hacía chocar su insomnio contra el cielo raso, se le apareció Martín Esteban en la habitación. Sin articular palabra llevó su dedo a la boca en señal de sigilo, apagó la vela y se subió a la cama, sin que Genoveva pudiera darse cuenta ni de qué manera sucedió.

Pasado el fulgor de la primera escena y esfumada la confusión, sus primeras palabras fueron para preguntarle:

—Dime una cosa, ¿se puede saber por dónde entraste tú?

—Por el techo. Ayer compré la casa de al lado.

Por muchas noches Martín Esteban escaló la pared, durmiendo con Genoveva hasta el alba.

Una noche la voz espantada de Alirio, su hijo, la sobresaltó. El niño golpeaba con furia la puerta:

—Mamá, mamá, la bruja Cumbamba está en mi cuarto.

Genoveva a medio vestir despertó a Martín Esteban para que saliera de la casa y tomando a Alirio en sus brazos, se lo llevó a su habitación, cubriéndolo de besos, caricias y palabras tiernas.

—Déjate de zoquetadas, mi amor, las brujas no existen. Esos son cuentos de las esclavas. Vamos mijo, duérmase otra vez.

Y acariciando al crío entonó una dulce canción, pensando con un dejo de temor en Cumbamba, la bruja que aterrorizó su infancia y que al decir de la gente era la negra Salú, la abuela de Salustia y que chupaba sangre de los niños a través de una caperuza negra.

Un cuerpo pesado cayó sobre el tejado. Su temor aumentó al recordar que Cumbamba buscaba a los niños de las mujeres infieles. Un graznido o la risa de una vieja salió del techo. Genoveva, presa de terror, voceó el exorcismo:

—¡Venga mañana por sal y deje en paz a los cristianos!

Un ave pesada levantó el vuelo. Revuelta en sus temores murmuró una oración y se durmió junto a su hijo.

—Mi ama —le dijo con voz de alarma al día siguiente la cocinera—. Tú sabes que anoche anduvo Cumbamba volando de techo en techo. Uno de los esclavos del Conde de Tovar la vio encima de su escoba, volando sobre tu casa. Yo no sé qué vendría a buscar aquí esa diabla, con tanta vagabunda que anda suelta por ahí, a menos que haya una por el vecindario jugándole sucio al marido. ¿A ti no te da miedo?

Genoveva se atragantó y vio con temor a la esclava.

Genoveva, como todas las noches, acompañó a Martín Esteban hasta el patio y lo vio trepar el muro. Luego que desapareció se quedó absorta mirando la pared batida por la luna. Un siseo a sus espaldas la hizo volverse. Una mujer de faldón blanco y con una capucha negra, la miraba con los ojos enrojecidos.

—¡Cumbamba! —exclamó antes de caer desvanecida.

—¿Cumbamba? —exclamó una voz airada—. Puta y requeteputa es lo que tú eres. —Y quitándose la capucha que ocultó en un jarrón, comenzó a dar voces llamando con voz de alarma a la servidumbre.

Era la cocinera de Genoveva, aya en otros tiempos de Fidel Guerrero, su difunto marido.

Desde aquella noche, hasta ese día doce años más tarde, en que lo vio cabalgando por la Calle Mayor en claro alarde de rebeldía, Genoveva nunca más volvió a ver a Martín Esteban. Hizo votos de castidad perpetua ante el Obispo y se dedicó con fervor a rezar y a hacer caridad entre los pobres del barrio, a quienes una vez a la semana distribuía dinero, ropa y comida. Era tal la generosidad de Genoveva, a quien apodaron «La Marrón» aludiendo a su condición de parda, que los pobres del barrio y con ellos toda la ciudad, comenzaron a llamar con tal nombre la esquina de su casa.

Por primera vez en muchos años, luego que pasó Martín Esteban, Genoveva sintió deslizarse el sosiego y la paz que había logrado alcanzar. Y por más de una hora la espalda y el bigote del hombre sobre su recio caballo, no la abandonó.

Cuando llegó la hora de cerrar las ventanas, se dijo mirando hacia la calle:

Algo le queda de hermoso. Qué guapo era con aquellos modales de tigre joven y esos ojos atizonados como el carbón.

—Vámonos ya, mijito —le dijo a su hijo, que abría nuevamente las ventanas para ver el paso al galope de una cuadrilla de lanceros que parecían huir de Juan Francisco de León y su gente.

Martín Esteban terminaba de fumar su segundo tabaco. La luna emergió por la otra orilla. El Anauco había bajado su caudal.

—Me queda el tiempo justo —se dijo, pensando en Juan Francisco de León y su gente, que lo esperaban a media legua más allá para que los condujese a la victoria.

—Vamos, Corre Largo —le dijo al caballo montándolo de un salto.

Ya se disponía a cruzar el Anauco, cuando una voz de mujer dijo a sus espaldas.

—¿Me ayudas a cruzar el río, gentil y fermoso caballero?

Martín Esteban se sorprendió de la presencia y aún más de la hermosura de aquella desconocida que salió de las sombras. La miró con fijeza con la dudosa luz de ia luna que comienza.

Morena de duras carnes, rostro a punto y aspecto desenfadado. Extraño que hasta entonces no la hubiese visto. Con la mujer en la grupa atravesó el Anauco. El agua le alcanzaba hasta las piernas.

—¿Cómo te llamas?

—La Susanita me mientan.

—¿Dónde vives?

—Aquí en el río —y sin decir más, se deslizó en el agua y se fue corriente abajo.

No se sobreponía de la sorpresa, cuando una carcajada resonó en el samán que se metía en el rio.

Una mujer de capuchón lo miraba con ojos encendidos.

—No le hagas caso a Cumbamba, la de los niños sin bautizar, y hazme caso a mí.

—Yo soy Melchorana, la asesina.

Una cochina gorda corrió tras un gato.

—No te preocupes —le observó Melchorana—, esta es la noche de las mujeres. Si te vienes conmigo gusticos dulces te habré de dar.

Martín Esteban vio a la mujer. La noche estaba avanzada. Cerca se veían las luces del campamento de Juan Francisco de León. A cien varas ardían unos leños alrededor de una tolda.

Una mujer vieja iba de un lado a otro.

—Quédate conmigo —insistió Melchorana— y no te habrás de arrepentir.

Melchorana tomó a Corre Largo por las bridas. Se acercó a la hoguera donde una vieja de pañolón removía una marmita. Martín Esteban se sobresaltó: la vieja de espaldas tenía el manto…

La vieja se dio vueltas y mostró su cara. Martín Esteban echó mano a su pistola: era Don Iñigo Aguerrevere.

—¿Se puede saber qué diantres hacéis disfrazado de vieja a estas horas y en descampado?

Don Íñigo soltó una larga carcajada y se elevó por los aires.

—¡Dios! —comenzó a decir Martín Esteban, pero no dijo más: una descarga cerrada de diez fusiles le acribilló la cara y el cuerpo. Sacramento Bejarano avanzó hasta el cuerpo muerto de Martín Esteban y dándole vueltas con el pie, lo examinó con regocijo a la luz de una antorcha. Dos heridas tenía en la cara y siete en el cuerpo.

—¡Tú! —le dijo a uno de sus hombres— corre presto a la casa de Ño Cacaseno donde esperan Don Íñigo y el Gobernador, y le dices que Don Martín Esteban de Blanco y Blanco, el Gran Amo del Valle, ha muerto.

Y luego de verle la cara largamente, le echó un escupitajo.

A partir de aquel instante todo fue diferente. Nadie hasta entonces había dado muerte a un Amo del Valle.

Sus ojos azules, saltones, acuosos se cubren de nata y neblina.

¡Puerta de Caracas! El ahorcado sempiterno. Zamuros y alguaciles del Santo Oficio. Retornaba de España. Llevaba puesto el uniforme de guardia de corps del Rey que guardaba sus secretos en el pico de los pavos reales. España e Inglaterra una vez más estaban en guerra. La fiebre amarilla asolaba a La Guayra.[187] Mi abuelo Don Feliciano me esperaba en la alcabala. Estaba flaco, envejecido, demacrado. Profundas arrugas cruzaban su rostro y el pelo era de una blancura quebradiza.

—¡Hijo de mi alma! —exclamó Don Feliciano al abrazarlo—. Pero qué gordo estás. ¿De dónde sacaste ese traje? Pareces un guacamayo marico. O te quitas esas plumas o te van a jurungar. ¡Qué te cuento! Estoy que no me cabe una parapara. A Don Iñigo un toro en Ocumare lo volvió sareta en un callejón sin salida. Di orden de que me compraran al toro a precio de sarrapia y me lo hice traer desde el Tuy bajo palio entre cometas y tamborileros. Y en Valle Abajo le organicé un potrero donde además de comerse los mejores pastos y caramelos, se raspaba a las más Lindas vaquillas. Lástima que Vengador, como le puse por nombre, murió antier, víctima de una apoplejía. ¡Eso sí! Lo enterré con honores de cristiano al lado de Morris, el contrabandista amigo de tu padre.

—Este país está muy revuelto —prosiguió calle abajo—. Las cosas están mil veces peor que cuando las dejaste. Nos compran el cacao a ocho pesos. Y en España lo venden a treinta y dos.

—El Rey me hizo Conde de la Ensenada y el de Nápoles me permitió poner una bacinilla dorada sobre un campo de plata en el cuartel izquierdo de mi escudo.

—Pero eso es una mierda.

—Lo mismo he pensado. De todas maneras me regaló una de plata martillada.

En cinco años la ciudad ha crecido. Veintidós mil habitantes hacen de Caracas una de las ciudades más populosas de Indias. Santa Fe de Bogotá no llega a veinte mil y Cartagena apenas llega a seis millares.

El camino real que baja desde la Puerta de Caracas hasta el centro de la ciudad, se ha ido poblando a trechos por grupos de casas. Caras nuevas le salen al paso. Juan Manuel sintió en el aire un aspaviento parejero.

Un grupo de soldados españoles pasó sin saludar. Igual sucedió con otro de isleños y algunos vascos.

—¿Cómo que ha venido gente nueva?

—¡Ay, hijo! De qué calaña. ¡Un hatajo de zafios!

A la altura de la iglesia de la Merced un zambo de apariencia próspera tomó el caballo por las riendas.

—No me diga, Don Feli, que este hombrazo que viene con usted es nada menos que Juan Manuel. ¡Qué gusto de verte, mijo!

Sin arredrarse por el talante altivo del muchacho, pegó fuerte sobre la bota.

Juan Manuel, cejas al vuelo, lo miró interrogante. Apenas siguieron de largo preguntó a su abuelo.

—¿Quién es ese zambo tan metido?

—¡Cállate la boca, muchacho del carrizo! Ese es Alirio Guerrero, el hijo de la Marrón, llamado también Cuarto e’ Zambo y ha hecho más plata que nadie. Con decirte que hasta yo le debo.

En la esquina de Principal un moreno de limpias y armoniosas facciones vestido

como un petimetre, saluda a Don Feliciano, quien respondió con displicencia.

—Ese es Juan de Dios Roscio, el hijo de Ño Cacaseno, quien le dejó, al igual que a sus hermanas, una verdadera fortuna. Yo no lo puedo ver ni en pintura, aunque tiene más ingenio que el carajo y llegará lejos. Está recién graduado de abogado y ya nos tiene jodidos. Los pardos y los canarios lo tienen como a un Dios y hasta los mismos vascos que creen que solamente ellos son la Verga de Triana, reconocen que el coñito de madre ése, tiene facultades.

Antes de llegar a la casa fueron al Convento de San Francisco, donde reposaban los restos de María Juana.

Al salir, un hombre de modos cordiales y untuosos repitió las mismas palabras de salutación de Cuarto'e Zambo.

Era Sebastián Francisco de Miranda, el canario que vendía lienzos en las arcadas de la Plaza Mayor que construyó Felipe Ricardos, el odiado Gobernador.

—Ese es el canario —afirmó Don Feliciano— más parejero que hay en el Valle. A pesar de todos los feos y aspavientos que se le hacen, sigue finito, como si no fuera con él.

Ay, mijito —volvió a exclamar Don Feliciano con aire apesadumbrado—. Tú no te haces una idea de cómo han cambiado las cosas desde que te fuiste a España. Los de la Guipuzcoana y el Rey nos han apretado las enjalmas hasta sacarnos el nepe. La lucha, ardua y extensa. Demasiada gente en contra. De un lado los pardos; del otro isleños, vascos, blancos de orilla y españoles de arriba, de abajo y del medio.

Felipe Ricardos, el Gobernador, nos ha visto el hueso. Menos mal que ya está para largarse. Este puente —dijo refiriéndose a uno nuevo y largo que cruzaba la honda quebrada de La Pastora— lo hizo él. Es más malo que patizambo, empecinado como un ruedapelotas y bravo cual gallito puertorriqueño. Nos tiene a monte, con el cacao por el suelo y los pardos alzados.

Si esto sigue así, vamos a tener que cojernos el coroto de una vez y separarnos de España. ¡Bueno es cilantro…! ¿No crees tú?

Juan Manuel dirigió al viejo una mirada de reproche:

—¡Por Dios, abuelo, quien no te conociera diría que estás chocho!

Y pensando en Chuao, Chuao, Carabao, añadió con gravedad:

—Mi lealtad al Rey es inquebrantable. No se te olvide que soy Conde de la Ensenada.

—Ahora sí es verdad que la cagamos —respondió Don Feliciano indignado y taconeando la bestia apremió el paso.

La Casa del Pez que Escupe el Agua se asomó a sus ojos en la otra esquina. Tremoló de alegría. ¡Cuántas veces había soñado con aquel instante! El cielo estaba sin nubes. El Ávila restallaba de verdor.

—¿Y el Pez, cómo anda?

Don Feliciano vaciló, esquivo:

—Igual que siempre.

Negros y siervos corrieron a su encuentro cuando lo vieron llegar. Tres de sus diez hermanas lo cubrieron de amapuches y besos. Felicia, su aya, le mostró una negrita de mirada brillante llamada Juana la Poncha. El Pez, para su sorpresa, no modificó el chorro ni emitió silbato alguno.

—¿Y a éste qué le pasa?

—Déjame explicarte —balbuceó Don Feliciano—. Tú sabes cómo es ese condenado de falta de respeto. Siempre me ha tenido ojeriza. No podía entrar a la casa sin mojarme o chistarme como si yo fuese una putica. Luego de traerme el retrato embrujado se puso peor y aumentó el berrinche. Yo no sé si tú sabes lo mal que ando yo de la vejiga. A cada rato tengo que miar. Pues el muy desgraciado no hacía sino hacerme así… zzzz. Con decirte que una vez me oriné delante del Obispo ¡Qué pena tan grande! Apenas se fue mandé que le taparan la boca con argamasa.

Juan Manuel rió a carcajadas. Con la ayuda de un esclavo procedió él mismo a quitar el tapón que obturaba su boca.

Antes de festejar su liberación, el Pez guardó silencio, dejando fluir el agua en un chorro grueso y desmadejado, de franco aspecto melancólico.

Sorbía la sopa cuando lo oyó agorerar.

—¿Te fijas lo desgraciado y malagradecido que es? —estalló Don Feliciano—. Saludarte con el toque de pava el día de tu arribo.

Al día siguiente fijó el pensamiento en el condado prometido por el Rey y amaneció reuniendo pruebas que demostrasen no tener en su ascendencia moros, judíos, negros, indios o gente de mala ralea.

—Cada vez que te salga un nudo —le recomendó burlón Don Feliciano—, dale al cura un castellano de oro.

Toda una semana pasó en los archivos eclesiásticos. Luego de mucho hurgar encontró que, salvo Doña Bienvenida de Guerrero, la abuela de su bisabuela, Doña Rosa Alba de Bejarano y Ledesma, primera mujer de Rodrigo Blanco, sus ascendientes eran de linaje muy principal y de pura casta española.

—Esto de Doña Bienvenida puede traeros sinsabores —dijo el cura con gravedad —. Aparte el ambiguo título de: «Doncella muy principal», nada más se dice sobre sus padres y procedencia. Tampoco aparece en el «Libro de Blancos».

Enrojeció Juan Manuel:

—Pero tranquilizaos, mi noble amigo, el que inventa la ley hace también la trampa. Yo no vería mal —añadió con ojos y manos de picardía— si enmendamos un error que puede costaros el título con una mentirijilla que al fin y al cabo no es tal, ya que estamos llamando blancos a quienes sin duda lo eran.

Juan Manuel aprobó la propuesta con un golpe de mentón.

—¿Cuál de estos apellidos —preguntó el párroco con modales de tendero, mostrándole una lista de diez nombres— os gusta para hacerlos padres de vuestra ilustre ascendiente? Aquí tenéis a Juan Fernández de León, ascendiente de los Bolívar y de los Herrera, o a Don Alonso Andrea de Ledesma, ilustre abuelo de los Lovera Otáñez. Pedro Alonso de Galeas, a pesar de haber sido esbirro del Tirano Aguirre, con el tiempo llegó a ser muy respetado. Puedo haceros descender de Francisco Infante, de su tocayo el de Maldonado, del mismo Garci González por la línea de Orihuela. De Alonso Díaz Moreno y de su mujer Doña Ana de Rojas de Gómez y Ampuero. Tuvieron muchos hijos. Perfectamente vuestra noble abuela puede ser hija de tan noble conquistador. ¿Qué os parece si os la adjudico como antepasada? —inquirió sonriendo.

—Me parece bien… —dijo Juan Manuel tras breve vacilación.

—Alonso Díaz Moreno y su primera mujer, Doña Ana de Rojas —prosiguió el cura— son el «sácame de apuros» de los genealogistas. Tuvieron tantos hijos, que Doña Ana, con quién casó niña, al parecer nunca conoció el menstruo.

Cuando el párroco le entregó el acta correspondiente a Bienvenida, la hija de Rosalía y el Cautivo, Juan Manuel puso sobre la mesa el castellano de oro, señalado por su abuelo para encontrar los ascendientes perdidos.

—Son cuatro, Su Señoría —le observó el cura—. Alonso Díaz Moreno es persona de gran renombre; y de las ocho hijas que tenia, con la que os acabo de dar, me quedo sin existencias.

Don Juan Manuel contempla ufano el diagrama que ha confeccionado con las actas de nacimiento.

—¿Quién en Venezuela —observa a su abuelo— puede darse esta lija de seguir a todos sus ascendientes hasta que arrancan de España en los doscientos veinticinco años que tiene la ciudad? Descendiendo por todas las ramas, además del Cautivo, de Alonso Díaz Moreno, de Francisco Maldonado y del ínclito Alonso Andrea de Ledesma. Y si es por el lado tuyo: por seis generaciones bravos capitanes iberos, comenzando por tu padre, reafirman la sangre de Germana Rojas, la hija de Díaz Moreno. ¡Qué distinto del árbol genealógico de Juan Vicente Bolívar! Míralo aquí.

Don Feliciano examinó el diagrama y dijo a Juan Manuel:

—Los hijos de mis hijas, mis nietos son. Los de mis nueras, sépalo Dios.

141. El bastón de Miranda.

A la semana de haber llegado, Juan Manuel se percató con alarma de la tensión existente entre los Amos del Valle y el Gobierno español, que por boca de Ricardos no cesaba de hostigarlos.

La fiebre amarilla hacía estragos. Don Feliciano llegó temprano aquella mañana.

«Ya se me han muerto seis peones con la maldita peste».

Ululó el Pez.

—Cállate carrizo.

Volvió a ulular.

—Que te cal…

Un fuerte mareo lo tiró al suelo.

—¡Abuelo! —exclamó Juan Manuel alarmado—. Pero si estás prendido en fiebre.

El 30 de julio murió Don Feliciano.[188]

—Julio, julio tenia que ser —comentó Juan Manuel—, siempre pesando sobre nosotros la maldición de Anacoquiña.

Al año siguiente se marchó para siempre el Gobernador Ricardos. Jamás en toda la historia del Valle un gobernante se atrevió a tanto.

Don Felipe Estenoz, el sustituto, era todo un terciazo, a quien se le vio desde el principio su ánimo conciliador.[189]

Pero aquello fue flor de un día. Poco le quedaba de vida a Don Fernando VI asediado por aquella locura delirante. En 1759 subió al trono de España su hermano Carlos de Nápoles.[190]

La tendencia muy marcada de los Borbones de meternos en cintura, con Carlos III, déspota ilustrado, absolutista por temperamento y fiscalizador por necesidad se vino de frente. En España desarticuló a la nobleza provinciana. Y en el Nuevo Mundo hizo lo mismo. Jamás hasta entonces un Virrey o un Capitán General había tenido mayores poderes y fuerza de decisión. Lo peor del caso fue que los que aquí mandaron lo supieron hacer con tan buenas maneras y guantes de seda, que hasta yo mismo llegué a creer que los gobernadores eran buenos y los de la Guipuzcoana malos. Eran cara y cruz de una misma moneda.

Los gobernadores que sucedieron a Estenoz, de acuerdo a las instrucciones de Carlos III, prosiguieron la militarización. Por Real Decreto se creó la Escuela Militar de Venezuela.[191] Se establecieron las milicias regladas. Seis años más tarde Don José Solano López fundó,[192] con exclusividad para nosotros, la Milicia de los Nobles Aventureros. ¡Cuán ufano me sentía al estrenar el uniforme que se adoptó por diseño mío! pero cuánta hipocresía y ruindad encerraba aquel mal hombre. Aquel mismo día me enteré por el ujier a sueldo, lo que decía a Felipe Francia a nuestras espaldas:

—Los mantuanos son fáciles de manejar. Son vanidosos y necios como niños mimados. Basta complacerlos en sus pequeñas tonterías, como hago yo, para que se pueda entrar a saco en su bolsa, como hacéis vos.

Cumplid con vuestro oficio, Factor, que yo cumpliré el mio. Nuestra misión se complementa, empero la pantomima de hacer ver que somos poderes enfrentados. El Rey nos ha confiado por misión desmantelar esta especie de reino, que como en

ninguna otra Provincia de su Imperio, se ha formado por obra de una política errónea. Nuestros aliados son pardos y canarios. Hagámoslos valer.

Su primera maldad fue la de nombrar a Don Sebastián Francisco de Miranda Coronel de las milicias de isleños. Equiparar privilegios es desposeer a quien los tiene. Por eso montamos en cólera. Ya vería el maldito gobernador lo que significaba afrentarnos. Escribimos a la Real Audiencia y ni se molestaron en contestar. Yo fui el de la idea. Se me encendió la luz en la mollera. Escribiría al Rey. A Don Carlos III. A mi amigo de mocedad. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

—Quédense quietos —les decía yo a los más exaltados—. Su Majestad y yo somos íntimos, y no de ahora, sino desde hace más de veinte años. En Nápoles cazábamos juntos. Él me llama Juanico, de lo más cariñoso. ¡Qué papelón!

Dos años más tarde llegó la respuesta: Su Majestad Carlos III amenazaba, bajo pena de prisión y pérdida de los privilegios, a quien injuriase a Don Sebastián Francisco de Miranda en su derecho, reafirmado por su Real Voluntad, a usar bastón y uniforme y de disfrutar todos sus privilegios de capitán activo.

Aquello, sin embargo, no era nada ante lo que venía adjunto: El Rey, nuestro señor, nos igualó por decreto en aquella misma correspondencia, a nosotros, los Amos del Valle, con los canarios.[193] Me caí de para atrás como burro derrengado.

142. Las gracias al sacar.

—Y eso no es nada —comentó Juan Vicente apenas nos repusimos—. Luego vendrán los pardos.

Y lo que parecía un exabrupto, por obra de la locura de Carlos III, se hizo posibilidad amenazante. ¡Quinterones y hasta cuarterones se trajearon como gente blanca! Y blancos de buena familia y antiguo linaje comenzaron a casarse con guapísimas pardas forradas en plata. En vísperas del terremoto de Santa Úrsula[194] me casé con María Jimena de Herrera y Rada, la hija de Juan Manuel de Herrera y Mesones robusteciendo de esta forma la nobleza de mi estirpe tan importante para mi Condado de la Ensenada. Los Herrera son del más rancio abolengo a pesar de que Don Agustín, el fundador del apellido, fue maldito por su padre por incestuoso, dedicándose a la piratería y al tráfico negrero en los primeros tiempos. Todavía no me explico cómo Pedro Miguel Herrera, el hermano de Juan Manuel, casó con Marina de las Mariñas, la nieta de Salucita. ¡Aquello fue el horror! La familia lo execró y murió de mengua. La sangre de Salucita tiene fuerza y empuje. El año de marcharme a España, Petronila Herrera y Mariñas la hija de Pedro Miguel, casó con Marcos Ribas y Betancourt.[195] Por eso José Félix, es un bachaco de pelo ensortijado.[196] ¡Qué varilla!

—Esto es el colmo —me quejaba aquella noche en la tertulia de la plaza de

aquellos matrimonios desiguales—, cuando llegó la noticia: El Almirante inglés Brydges, con una flota de 230 barcos y con 20000 hombres, había tomado La Habana. Aquello fue consternación general. Pero nos olvidamos de ella al saber que momentos antes, Juan de Dios, el hijo de Ño Cacaseno, se había sacado a Margarita Manuela, la hija de Diego Tovar y huido con ella a la hacienda que tenía en el Pao.

Margarita Manuela parió al año siguiente al zambo peleón de Juan Germán.[197] que a los veinte años nos quiere ver el hueso, a pesar de todo cuanto hicimos para que no fuese admitido en la Universidad como estudiante de derecho. La pobre Margarita Manuela ¡ay!, murió en el puerperio.

Los Tovar no sólo le suspendieron el trato, sino que le pagaron mil pesos al cura para hacerla aparecer en el registro como muerta soltera. Cuando Juan de Dios pretendió reclamar la herencia de su hijo, le enseñaron la partida. Los mil pesos invertidos, además de cumplir venganza, produjeron rédito.

El mismo año en que casó Juan Vicente Bolívar con mi prima Concepción Palacios y Blanco,[198] Cuarto e Zambo Guerrero con la ayuda de su cuñado Juan de Dios y de la plata que tenia, adquirió el estado de blanco, a pesar de tener la nariz papuda y moradas bemba y encías. Betulia, su mujer, la hermana de Juan de Dios, era una morenita clara muy agraciada, de muy hermosas facciones, que robustecía con aquel aire de gran señora que mostraba insolente. Andaba siempre de punta en blanco y con la nariz respingada.

Desde hacía un año, Cuarto e Zambo asociado con Sebastián Francisco de Miranda, había iniciado un lucrativo negocio, con la insólita anuencia de las autoridades españolas. Compraba y vendía a los ingleses de Norteamérica instrumentos de labranza, armas blancas y negras y utensilios de cocina, revendiéndoles el ron, el cacao y el azúcar que nos compraba a precio de gallina flaca.

Alguien recordó al Gobernador la ley que prohibía bajo pena de muerte comerciar con los extranjeros. ¿Por qué los norteamericanos entran a saco en nuestros puertos?

—Las colonias inglesas de Norteamérica —respondió el Gobernador— además de ser una potencia de esta parte del mundo, gracias a su industria, aspiran a independizarse de Inglaterra. Jorge III, su Rey, con el objeto de impedirlo, los golpea en el bolsillo. El año pasado redujo a la mitad la importación inglesa de manufactura americana. Como a su vez la metrópoli tiene el monopolio de la exportación, los pobres inglesitos del norte van camino de la quiebra, con lo cual perderían su poder y España un aliado. Si nosotros, en cambio, absorbemos esa manufactura, que por otra parte no fabricamos, impedimos el colapso. ¿Comprendéis ahora la razón de estos tejemanejes?

Vegas, que era el más pesetero de nosotros, intentó hacerle la competencia a Cuarto' e Zambo y a su socio el viejo Sebastián Francisco de Miranda. Para su sorpresa, los norteamericanos no lo aceptaron como cliente, a pesar de las pingües

ventajas que ofrecía. Respuestas similares encontraron Ribas y Aristeguieta.

—Los inglesitos del Norte, como buenos burgueses —explicó el Gobernador entre carcajadas—, desconfían de vosotros los aristócratas. Dicen que a cuenta de que os creéis una gran cosota, sois tardíos para pagar y apresurados en el préstamo; en tanto que los plebeyos, como Alirio Guerrero, se desviven por ser cumplidos…

—Esa no es la verdadera razón —saltó Juan Vicente—. España nos da la misma medicina de Jorge III: golpearnos en la bolsa a tiempo que se enriquece la casta que nos adversa.

Aquel día en la plaza, Cuarto'e Zambo nos sorprendió con sus gritos:

—Los inglesitos del Norte se rebelaron contra Inglaterra.[199] Aquello es una matachina que no la para nadie. Están en plena guerra civil. Me lo acaba de contar el capitán Thurbull que llegó a La Guayra.

A causa de la guerra los navíos norteamericanos dedicados al corso y bloqueados por la armada inglesa, cesaron su comunicación con Venezuela. La carestía de herramientas era tal, que fierros viejos, oxidados y casi inservibles, se pagaban por veinte veces su valor.

Cuarto 'e Zambo se sobaba las manos con satisfacción a medida que se hacía sentir el encarecimiento.

—Ya vas a ver, mi negra —le decía a Betulia, su mujer— como de este tiro todos los mantuanos juntos van a resultar unos pelaos al lado mío.

La hermana de Juan de Dios dirigió una mirada a la limera de machetes, picos, palas, linternas, clavos, bisagras que ocultaba su esposo en aquel lugar secreto de su almacén.

—¿Qué vas a esperar para vender todos esos cachivaches?

—Sólo espero una respuesta —rió Cuarto e' Zambo.

La respuesta se la trajo a la semana siguiente Sebastián Francisco de Miranda, su socio.

—Nuestro amigo, el capitán Thurbull recogerá y llevará, bajo bandera inglesa, las mercancías al puerto danés de Sant Thomas. Ya tenemos asegurado el reaprovisionamiento sin ningún riesgo. ¡Podemos vender!

Los cachivaches de los que hablaba Betulia, salieron a la calle para alegría de Cuarto 'e Zambo, encarecidas en un mil por ciento.

Antes de un año la fortuna ya abultada de los dos socios, era inconmensurable. Cuarto e Zambo cubrió a su mujer de joyas, a las que era muy afecta y que realzaban su prestancia de «negrita fina», como susurraban las mantuanas, o de espléndida mujer criolla, como la calificaban con toda justicia desde el último pata en el suelo hasta el Capitán General. Si la fortuna que recibió de su padre, Fidel Guerrero, y que acrecentó con aquella pupila para los negocios y trasmitida generación tras generación desde los tiempos de su tatarabuelo Pablo Guerrero, le permitió aceitar el

fiero rechazo de los mantuanos hacia los hombres de color, la nueva riqueza que entraba a raudales y crecía mes tras mes, facilitó a Cuarto e Zambo, Don Alirio, como ahora se le llamaba, labrarse con su mujer una posición respetable hasta el punto que a Betulia, su mujer, nadie le arrugó el ojo cuando aquella mañana, y todas las que siguieron, se dio su gusto de oír misa en Catedral echada como mantuana, tocada y cercada de pañolón de encaje y doncellas esclavas. Su marido compró, por intermedio del Gobernador, a quien pagó una buena tajada, según decían las malas lenguas, el cargo de Regidor Perpetuo, no sin antes obtener del Rey para él y su cuñado, Juan de Dios Roscio, «el estado de blanco» que lo equiparaba en privilegios y derechos a los propios Amos del Valle. Al poco tiempo Juan de Dios fue nombrado teniente de justicia. Desde los primeros días de su gestión comenzaron a blanquearse los pardos por obra de unos doblones y Juan de Dios y Cuarto e Zambo, para pasmo e indignación de Juan Manuel, elevaron ante el Rey «sus pruebas de limpieza de sangre» para optar más adelante, cual confesó Betulia a sus amigas, a un título nobiliario. «¿Quién quita si se nos da?» —observó segura y petulante la hermosa mujer.

—¡Pruebas de limpieza de sangre el hijo de un zambo tumusúo como Ño Cacaseno! —gritaba Don Juan Manuel en la tertulia— ¡cuándo yo lo recuerdo más negro que una morcilla y con el pelo rojo encrespado como el bachaco que era! Ya esto ha llegado al escarnio.

Al día siguiente colgó de la puerta del Ayuntamiento un árbol genealógico con una leyenda:

Limpieza de sangre de Roscio, Guerrero y otros pardos.

Cuarto e Zambo soltó la carcajada al ver el afrentoso esquema:

—Todo esto puede que sea verdad; lo único malo —dijo echándole una rápida mirada a Juan Manuel, a quien sabía autor del hecho— es que aquí falta gente, como la mulata Bienvenida, hermana de mi tatarabuelo y antepasada muy ilustre de mucho gran cacao con títulos de nobleza.

Don Juan Manuel, rojo a más no poder, parecía hasta tal punto perturbado, que Cuarto e Zambo pensó que de colgar en la puerta aquella acta de nacimiento de Doña Bienvenida que a precio de oro adquirió su extinto suegro del cura que vendía antepasados, el viejo mantuano hubiese llegado al homicidio. En el papelote se decía que en el día tal le fue presentada al cura una niña mulata, hija natural de la liberta Rosalía y del Capitán Don Francisco Guerrero.

El cerco y hostigamiento de los mantuanos por obra del Rey, prosiguió en ascenso. Los españoles de ultramar y en especial los oficiales de la corona, eran cada vez más soberbios y entre otros, un teniente a quien llamaron el Siete Cueros, por ser descendiente de Dulce María, la inventora de los tres platicos, y que terminó

casándose con la otra hermana de Cuarto e Zambo. Los vascos, atentos a lo mercantil, continuaron sangrando la economía. Y los pardos, amparados por las autoridades, a diario eran menos por el proceso de blanqueamiento que a fuerza de doblones les permitía variar de estado. Los vascos llegados en los últimos tiempos estaban enfermos de enciclopedismo, como lo señalaba airado Don Juan Manuel, de ahí que los pardos encontrasen en ellos asidero ideológico a sus afanes parejeros.

Mijares trajo la nueva que escandalizó a los Amos del Valle:

Se estudia un proyecto que llaman el de «Las Gracias al Sacar», por el cual todo pardo que no se exceda en negrura, se convierte en blanco al pagar cierta cantidad.

Esa misma tarde, a instancias de Don Juan Manuel y a pesar del fracaso con Miranda, se escribió un largo memorial al Rey donde se le decía:

Sólo la disolución y el caos pueden esperarse de una gente que teniendo por origen la esclavitud, ven hacia África como el lugar de sus orígenes.

El Rey, en términos categóricos, desmintió infundios, recriminando acre al Cabildo por el tono y estilo de la misiva.

Los pardos, a pesar de la real afirmación, prosiguieron comprando el estado de blancos a cambio de unos doblones. La genealogía que presentaban connotados nietos de mulatos, eran suficientes para optar por el estado de blancos.

—El Rey nos debilita, como hace el picador con el toro bravo —decía el coro aquella tarde en casa de Juan Manuel—. ¿Qué será de nosotros si las cosas siguen como van? Aceptemos las propuestas que nos hacen ingleses y holandeses. Declaremos de una vez la Independencia, como acaban de hacer los norteamericanos. [200] Esto no da para más.

Se enviaron comisiones en todas direcciones. Salvo Juan Manuel y el Marqués del Valle, todos eran partidarios de la emancipación.

Las negociaciones para la insurgencia progresaban. El Gobernador inopinadamente convocó a Los Amos del Valle. Tenía algo importante que comunicarles.

Recelosos y en guardia acudieron al Ayuntamiento, temerosos de haber sido descubiertos en sus tratos con los extranjeros. Pero no. El Gobernador sonriente no dio señales de inquietud.

—Os tengo nuevas —dijo mostrando una Real Cédula.

Los rostros se tornaron sombríos y los cuerpos tensos: ¿Qué nueva andanada nos irá a disparar Carlos III?

El Gobernador leyó la Real Cédula. Los mantuanos creyeron soñar ante lo que escuchaban.

—¡No era posible que todo aquello fuese cierto!

—¡No era posible tanta belleza!

—¡Pellízcame Mijares! —dijo el de Ascanio—. Que todo esto me parece mentira.

Su Majestad, según leyó el Gobernador, prohibía terminantemente el matrimonio entre blancos y gente de color. Se ponía fin de esta manera al creciente y amenazante igualitarismo.

—¡Bravo! —respondieron criollos, españoles, vascos y canarios.

—¿Cómo? —preguntaron sorprendidos quinterones, cuarterones, mulatos y zambos.

—¡Bien hecho! —dijeron los negros.

—¿No ven? —exclamaba Juan Manuel, siempre fiel a la real causa—. El Rey es nuestro padre y tan sólo nos castigaba y frenaba en nuestra rebelión; pero yo sabía que no nos podía abandonar de esa manera. Utilizó a los pardos como látigo, sin hacer de ellos garrote.

—¡Viva el Rey! —gritó el Marqués del Toro.

—¡Qué viva! —gritaron todos.

Juan Vicente Bolívar rechazó la explicación de Juan Manuel.

—No lo hizo porque haya cambiado de parecer. Postergó apenas la ocasión para mejor meternos en el ajo. Tuvo miedo a nuestro disgusto y a la mengua de su poder militar a causa de la guerra con Inglaterra.

A partir de ese instante la Real Orden tomó vigencia plena. Innumerables matrimonios de criollos con quinterones de aspecto casi blanco, se deshicieron ante el altar, con regocijo y tragedia para unos y otros.

Aquel domingo Cuarto e Zambo y Betulia se dirigen a Catedral. El hijo de Genoveva se sorprende al ver tantas mujeres sin sus hombres, arremolinadas en el atrio. Su cuñado Juan de Dios, camino de San Francisco, pasa a su lado. Cuarto e' Zambo lo invita a una parrafada. Falta un cuarto de hora para el oficio. Betulia sigue de largo hacia el templo. Las mujeres del atrio, capitaneadas por María Juana Gedler, solterona y bigotuda, le hacen una muralla de rabia.

—Con permiso —dice sin amilanarse mirando de frente a la mujerona.

—¿Y se puede saber a dónde piensas ir tú, piazo e negra parejera?

Sin decir palabra la mira a los ojos. Un odio renegrido encontró en el fondo.

—¿Es que tu marido, el zambo ese zaporrabudo, no te ha dicho que de aquí en adelante se acabó la guachafita? ¿Y qué no puedes venir aquí tongoneándote como la gran señorona que no eres?

—¡Déjeme pasar! —soltó violenta.

La Gedler le metió un empellón. Betulia masculló amenazas. La Gedler la abofeteó. Betulia, ya fuera de sí, arremetió contra ella. Una mano la sujetó por el traje. Al tirar de éste se desgarra. Entre risas quedó en enaguas. Juan de Dios, lívido, corre en auxilio de su hermana.

Tartajeante se enfrenta a la Gedler y a sus huestes. Cuarto e' Zambo cubre a su mujer con la capa, y ambos calle abajo se van llorando.

—¿Y vosotras os atrevéis a llamaros mujeres de la nobleza? —grita Juan de Dios enarbolando el bastón—. Os conducís peor que verduleras. ¿Es que acaso no tenéis caridad cristiana?

Una voz de hombre saltó a sus espaldas.

—¡Cállate a la boca, negro petulante!

Era Ascanio.

Roscio se volvió. Ascanio avanzaba amenazante.

—Yo decía…

—Tú mejor no dices nada —y de un manotazo le arrancó el bastón, que luego de quebrar por el medio en reto de enfrentamiento, echó a sus pies.

Demudado por la sorpresa y la afrenta, Juan de Dios cayó en el estupor. Tartajeaba intentando hablar. Con los ojos desorbitados, confusos, llenos de congoja infantil, miró al de Ascanio. Pueril y asustadiza la expresión: la boca abierta; sin bríos ni dirección el índice acusador.

Una carcajada múltiple lo hizo reaccionar. Miró en derredor: la gente se burlaba. Miró a Juan de Ascanio: soberbio y retador. Vio a Juan Manuel y recordó a su padre. Vio a su bastón quebrado y sintió vergüenza honda, derrota infinita, honda y justificada injuria. En un rapto quebró las rodillas, y al igual que un niño a quien rompen en la plaza el juguete caro, tomó los dos trozos y cruzándolos en cruz sobre el pecho, con la mirada ausente, la boca entreabierta y el pelo encrespado, salió del atrio a lentos pasos de penitente.

—¡El coño de tu madre! —gritó Martín Eugenio de Herrera y Rada, y de no haber sido por Juan Manuel y Juan Vicente, el muchacho se hubiera liado a golpes con su primo. Martín Eugenio, el cuñado de Juan Manuel, por obra de los enciclopedistas y de su tío Pedro Miguel, odiaba lo que amaban sus parientes. Juan de Dios Roscio, aparte de ser su maestro, era su amigo. Apenas se deshizo de las manos y voces que lo calmaban, corrió tras él, quien ya llegaba a la Marrón.

Ya lo alcanzaba, cuando el hijo de Ño Cacaseno detuvo de pronto el paso, y se aferró a una ventana. Un dolor profundo le desgarraba el pecho. Dejó escapar los restos del bastón. Martín de Herrera lo sujetó. Apoyado en él llegó a su casa con la muerte a rastras.

—Ayúdame a escribir una carta, mientras muero —dijo a su amigo desde la cama. Apenas terminó de dictar estaba muerto.

Martín Eugenio, luego de llorar a su amigo, miró hacia el cofre de bronce que por legado y mandato le dejó Juan de Dios Roscio.

143. No somos iguales.

«A mi me dio mucha lástima Juan de Dios —prosiguió rememorando Don Juan

Manuel—, fue demasiada la humillación y escarnio para un hombre instruido y respetado. Al de Ascanio se le fue la mano. La gente como Juan de Dios, desde entonces aprieta con más fuerza el puño. Cuarto e' Zambo, su cuñado, del tiro renunció al cargo de regidor y dejó de tratarme. Su único objetivo, según me han dicho, es ser el hombre más rico de la Provincia, pues según él —y no le falta razón — es lo único que le permite a un pardo hacerse respetar. Yo veo las cosas muy malas. El odio y la animadversión crecen. Razón tenia mi abuelo Don Feliciano, cuando decía hace ya más de veinte años, que todo esto no era más que el principio del fin. Hace más de cincuenta años que esta Provincia es un agudo combatir. De una parte el Rey tratando de ensillarnos; de la otra nosotros, afanosos de volver a ser libres. Es un juego aburrido y complicado. Unas veces es Su Majestad quien nos pone en aprietos; las más de las veces somos nosotros quienes lo ponemos a pedir cacao. Hemos sido hábiles, no lo puedo negar. Ya la última jugada es la Independencia. Me preocupa el odio entre los pardos».

—Toc, toc, toc —barboteó el Pez.

¿En qué parará todo esto?

—Toc, toc, toc —volvió a responder.

¿Quién será el hombre que ha de acaudillar a este pardaje lleno de rencor y sediento de sangre?

—Toc, toc, toc —respondió en claro chasquear de lengua.

Siempre he sido enemigo de independizarnos de España, pero cada vez me convenzo más de que Juan Vicente y Mijares tienen razón.

Hace poco vino a vernos un representante del Rey de Inglaterra. Era un hombre mal encarado y tan arrogante y despectivo que a su lado un Factor de la Guipuzcoana parecía un terciazo. Usaba un lenguaje asqueroso, frío y preciso, de mercader:

—¿Qué ofrecéis a cambio de la ayuda que solicitáis? ¿Qué posibilidades nos ofrecéis de que Inglaterra instale sus factorías en Venezuela? ¿En cuánto tiempo nos pagarían las armas que os suministraremos? ¿Cuál será el interés? ¿Y si fracasan, qué garantía nos presentan para salvaguardar nuestras inversiones?

Nos propuso cediésemos La Margarita o La Trinidad. Del tiro saltó la espada del Cautivo. Lo mandamos a paseo.

—¡Qué está servido! —gritaba aquella mañana Juana la Poncha.

Juan Manuel ante el reclamo se irguió en la silla y pasó al comedor. Martín Eugenio, su cuñado, almorzaba con él. El mantuano hablaba con entusiasmo de Carmen, su novia, y de su próximo matrimonio a celebrarse antes de un mes. El hermano de María Jimena sonrió para sí. Ayer tarde recibió carta de un amigo cumanés:

La que está imposible de pretenciosa e insoportable es Carmen Cervériz, desde que se va a casar con ese viejo barrigón. Aquí se ha echado una cantidad de enemigos al quitarse la careta. Nos llamó pueblerinos, aristócratas de quinta categoría, gamberros y otras lindezas, proclamando en casa de los Sucre, que afortunadamente se largaba de Cumaná para irse a Caracas, donde sería la esposa del mantuano más mantuano del mantuanaje. Desde entonces la llaman «La Mantuanita». Aconséjala bien cuando esté con ustedes. El mal de esa niña siempre ha sido la soberbia. En eso es igualita a la madre y a la bisabuela, que a sesenta años de su muerte la gente vieja no olvida. Yo compadezco al pobre Juan Manuel si está creyendo que lo quiere. A ella lo único que le interesa de él es el oropel suntuario donde brille. Eso de ser condesa la tiene chiflada. Por eso se le suicidó el marido hace años, harto de tantas humillaciones. Antes de despedirme: el viejo Cervériz se trajo una esclava de rechupete, que si no se la está pasando por el filo, hago voto de castidad. Es un hembrón de espanto y brinco que aquí nos tiene a todos de cabeza. Abrazos.

Luis Manuel.

Ante su inminente matrimonio, Don Juan Manuel rebajó de peso. Hizo modificaciones en la vieja casona. Trazó corredores laterales. Compró muebles. En el salón de los retratos colgó, al lado de su abuelo, una vera copia del retrato de Santa Catalina.

No ocultaba su alegría. Hablaba todo el tiempo de Carmen y de sus encantos. Un día, sin embargo, percibió un hondo y significativo silencio al referirse a ella. Días más tarde, Doñana, al mencionarla, tuvo un fugaz gesto desdeñoso. Una de sus primas, por tres veces, varió con rudeza el tema. Su hija otro día fue más enérgica en su gesto de rechazo.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó tomándola por el brazo—. ¿Es que no te gusta mi novia?

—¡No! —respondió redonda asomando un timbre de aflicción.

Femando Ascanio, su marido, apareció en ese instante. Doñana sollozaba. Corrió hacia él.

—¿Se puede saber qué carrizo es lo que sucede? —gritó Juan Manuel fuera de sí —. ¿Por qué no les gusta Carmen?

Fernando Ascanio bajó los ojos sin responder. Juan Manuel repitió su pregunta.

Luego de muchos circunloquios el mozo dijo:

—Pues, al parecer, y esto es desgraciadamente cierto, la familia de Carmen, a pesar de su importancia y buena presencia, no está a la altura de la nuestra… Es nieta

de Salucita.

—¡No! —exclamó el mantuano derrumbándose en una silla, en medio de las carcajadas de Don Feliciano, el toque de queda del Pez y el resonar de la Cantaora en su panoplia.

Don Juan Manuel hizo leer a su yerno la carta de ruptura que envió a Carmen.

—Te felicito —dijo Femando Ascanio, luego de enterarse—. Eso era lo que tenias que hacer: mandarla al diablo. Y lo que más me gusta —añadió— es esta frase donde para terminar le dices: «…y sobre todo, señora mía, no somos iguales…». Cómo se irá a poner de caliente esa negra tan parejera.

Juan Manuel pasó el día pesaroso y sin apetito. A mediodía vino a visitarlo Martín Eugenio.

—¿Y a ti qué te importa que fuese o no nieta de Salucita? —le señaló recriminativo—. Al fin y al cabo era una mujer guapa, seria y con dinero, que hubiese sido para ti una excelente compañera. Yo no sé qué es lo que tú te estás creyendo. Sería bueno, mi vale, que te vayas bajando de esa nube.

—Pero, Martín Eugenio —protestó Juan Manuel— ¿es que se te olvida quién era Salucita, la hija de Salú, la mismísima bruja Cumbamba?

Violenta y fugaz vino la imagen de la cocinera que el señor de Cervériz se llevó a Cumaná. Sobreponiéndose a sus ideas prosiguió:

—¿Cómo crees tú que yo un Blanco y Palacios descendiente de reyes y ahora en trance de ser Conde de la Ensenada por obra…?

—De cien mil reales… —le espetó su cuñado.

Bramó Don Juan Manuel:

—¡No es por los cien mil reales, carrizo! Es por mi abolengo. Por la pureza de mi sangre. Por el derecho casi divino que tengo a gobernador. Ahí tienes el caso de Juan Vicente Bolívar y los Vegas. No han conseguido ni una pinche baronía a pesar de la platada que han mandado…

—Es que ya eso es demasiado —respondió sardónico Martín Eugenio…—. Bueno, vale —dijo poniéndose en pie—. Me voy porque tengo que hacer una diligencia antes de irme a beber los miaítos del hijo de Juan Vicente. Nos encontramos allá.

—Yo no voy.

—¿Pero cómo no vas a ir? ¿Simón no es acaso tu ahijado?

—Por más que lo sea. Me has puesto de malhumor y ya estoy harto que Juan Vicente, Mijares y Tovar sigan con la guachafita de que hay que independizarse.

—Pero ¿tú no estabas de acuerdo? Hace cuatro días firmaste la carta a Miranda.

—Eso fue un mal momento. Ahora mismo me voy a retractar. Míster Sam no se ha marchado todavía.

—Me parece bien.

—Además chico, yo soy Conde de la Ensenada. No se te olvide que soy amigo del Rey. Y que le debo fidelidad.

Apenas se hubo marchado Martín Eugenio de Herrera y Rada recibió un llamado urgente de Don Manolo González, el aeronáutico gobernador.

—¡Qué fastidio! —se dijo Don Juan Manuel—. ¿Cuál será la nueva locura de Don Manolo con su teatro? Ayer volvió a proponerme un papel en El Alcalde de Zalamea.

Peluquín de corte. Tricornio. Bastón de mando. Juan, Sebastián, Alicusio y Matacán esperan junto al palanquín. Pita el Pez admirativo al verlo salir del cuarto verde.

—Mi amo —dice Miguelito, el mayordomo, a su espalda—. Mira lo que te manda tu novia.

Ulula el Pez. Don Feliciano se descuelga de su percha. Se vuelve Don Juan Manuel. María Salú, la cocinera de Cervériz le sonríe insinuante:

—Mi ama me mandó por delante. Te traigo esta carta:

Mi querido Juan Manuel:
Cuento los días que faltan para que sea tu esposa…

No ha recibido la carta de rompimiento. ¡Qué varilla!

—¿Cuándo saliste tú de Cumaná?

—Hará dos semanas.

—Juana la Poncha, hazte cargo de esta negra buena mientras pienso qué hacer con ella.

Sube el palanquín. Arriba y arriba, Don Juan Manuel de Blanco y Palacios se bambolea.

—Algo muy enojoso debo deciros, Don Juan Manuel —le observa apacible el Gobernador luego de un prolongado escarceo sobre teatro y cacao. El mantuano, preso de un presentimiento, lo ve muy hondo a los ojos.

—Se trata de vuestro título de Conde de la Ensenada. Acabo de recibir una correspondencia del Rey de Armas de Su Majestad…

—¿Y qué hay con eso? —preguntó ansioso.

—Existen dificultades para concederos el título…

¡Carmen y Salucita! Ya me lo sospechaba…

—Me imagino cuáles son los reparos —respondió dueño de si mismo—. Fui sorprendido en mi buena fe, pero hará cuestión de quince días puse fin a tan enojoso asunto.

Don Manolo lo miró entre confuso y sonriente:

—Perdonad, Don Juan Manuel; pero me temo que andáis por los caminos de Ubeda. El Rey de Armas —dijo tragando grueso— objeta vuestra limpieza de sangre.

—¡Mi limpieza de sangre! —rugió tornando cárdeno el rostro—. ¿Pero es que ese mequetrefe ha perdido el seso? No hay sangre más pura en todo el imperio que la mía.

—No lo pongo en duda, mi querido amigo —añadió Don Manolo apaciguador—, pero bien sabéis que al mejor cazador… y que hay genealogías que por cada fruta tienen su puta…

—¡Excelencia! —protestó rugiente.

—El caso es que al parecer hay en vuestro árbol de ancestro algunas ramas torcidas…

—¡Falso! —exclamó fuera de si con las pupilas sangrantes.

—Aquí se dice que vuestra abuela Bienvenida era hija de esclava.

—¡Abominación de Satanás! ¡Calumnia impía!

—Y que no hubo una Manrique de Lara sino una india llamada Acarantair.

Don Juan Manuel se sintió desvanecer. Don Manolo González hubo de hacerle beber a toda prisa un vaso de aguardiente, tal era el color marmóreo de su tez y sus labios exangües.

—Pero tranquilizaos, ni noble amigo —añadió el Gobernador apenas se sobrepuso—. No todo es malo. Todavía hay posibilidades de que seáis Conde de la Ensenada. Me dice el Rey de Armas que por especial disposición de su Majestad Carlos III de acatar ciertos requisitos se os pase por alto las indeseables que como caimanas acechan vuestra estirpe.

—¿Y cuáles son esos requisitos?

—Que enviéis otros cien mil reales.

Una oleada de rubor tiñó la lividez anterior:

—¡Al diablo el Rey! ¡Al diablo vos! ¡Al diablo España!

—Pero Don Juan Manuel —balbuceó el Gobernador corriendo tras él—. Esperad, amigo mío. No os enfadéis.

—Ya es muy tarde. En un instante me habéis hecho comprender lo que no logré en cincuenta años.

Y dirigiéndose a Miguelito, el caporal le ordenó con voz recia:

—A la casa de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte.

144.¡Abajo el Rey! ¡Abajo España!

Parranda de hombres a mediodía a la sombra aparaguada de un cotoperiz. El Guayre al fondo precedido por cuadros de hortalizas. En circulo cerrado los Amos del Valle. A veinte pasos humea una ternera. La negra Hipólita siempre sonriente ofrece tequeños a los invitados.

—Están como te gustan —dice confianzuda a Don Juan Manuel quien para

sorpresa de todos se ha tomado ya cuatro copas de leche de burra, una de torco y un julepe. Juan Vicente Bolívar, en camisa, se ríe al mirarle el rostro encarnado y la mirada distinta:

—¿Qué le pasará a Juan Manuel?

Se habla de independencia. Salvo José Miguel Berroterán VI Marqués del Valle quien habla de graves peligros. La mayoría son partidarios de seguir el ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica.

—España es un país debilitado en estos momentos, mi querido marquesito —le respondió entre grave y zumbón Juan Vicente—. ¿Para cuándo lo vamos a dejar? No tiene flota ni ejército que oponernos.

—Yo no hablo de ejércitos españoles —contestó con vehemencia Berroterán—. Yo hablo de los cientos de miles de pardos y negros que nos odian a muerte y que se volverán contra nosotros.

—Venderemos mejor el cacao —observó Ibarra.

—Meteremos a los negros en cintura —dijo Felicianito Palacios.

—Sí, oh, chico, muerde aquí —espetó acre Berroterán—. ¿Tú como que no sales a la calle? ¿Es que no te has dado cuenta que el pardaje ya no aguanta más? Miren —exclamó callando a todos—. El día en que a nosotros se nos ocurra separarnos de España, vamos a ver con felicidad el día en que llegue una flota a poner el orden, porque el peo que se va armar será de Padre y Señor mío. Y si el Rey no logra recuperar estas tierras para su corona, tan sólo el caos, la guerra civil, la anarquía y hasta la sustitución de nosotros mismos por un zambo alzado, será la resultante por muchos siglos.

—¡Ay, que casualidad! —observó uno de los Gedler—. Anoche soñé que un tipo como Cuarto e Zambo entraba triunfante a Caracas.

—Déjate de necedades Diego —le espetó Juan Manuel, quien entre ansioso y ebrio metió baza por primera vez—. Yo, igual que tú, era el más recalcitrante opositor para independizarnos. Luego de estar en España y conocer al Rey, pienso todo lo contrario: con ellos no tenemos ningún porvenir. Ni españoles de segunda nos consideran.

Don Juan Manuel cayéndose, levantó su copa y con voz auténtica de borracho, gritó:

—¡Brindo por la Independencia de Venezuela! ¡Abajo el Rey! ¡Abajo España!

Una salva de aplausos se sucedió. Fernando Ascanio, hasta ese instante silencioso, intervino:

—Yo me temo que nos estamos metiendo en una vaina muy sería. Y si nos equivocamos arruinaremos al país, a nuestros hijos y a nuestros nietos. Yo creo, al igual que Berroterán, que tan sólo el prestigio del Rey nos permite mantener el equilibrio político que cada vez se hace más precario.

Pedro Vegas y Mendoza le arrebató la palabra.

—Yo no sé quién les ha metido a ustedes tanto miedo a los negros. Negro no le gana a blanco sino halando escardilla. Yo sólo me basto para cien. Encima de ser cobardes, no tienen experiencia en el manejo de las armas. En cambio nosotros tenemos doscientos años luchando contra indios y piratas.

—Ustedes los Vegas —observó zumbón Gabriel Remigio de Ibarra— apenas tienen sesentiocho años en el Valle. De modo que deja la echonería…

Pedro, ignorando la acotación, prosiguió:

—Aparte de que yo no veo por qué han de odiarnos. Yo no sé de dónde sacan una idea tan peregrina. Mis negros me quieren y en lo personal tengo muy buenas relaciones con todos los pardos.

Francisco Mijares soltó una risilla burlona.

—Sigue asi y te van a enterrar en urna blanca.

Diego Plaza insistió con voz enfática:

—Aunque en modo alguno soy partidario de separarnos de España y considero delito de alta traición el sólo hecho de insinuarlo, estoy en desacuerdo con la política de la corona de favorecer a los hombres de color, pues son menos que mierda. ¿Qué les parece si mandamos representantes ante el mismo Rey para que les hagamos ver los errores de su actitud?

—¡Ay, vale! —observó Marcos Ribas—. ¿Hasta cuándo vamos a esperar?

Juan Manuel sintió que una fuerza desconocida lo succionaba y tiraba hacia arriba. Veía con dificultad. Sus ojos convergían sin fuerza hacia la nariz. Un mareo poderoso lo sacudía.

Juan Vicente Bolívar gritó de pronto:

—Bueno, bueno, mis amigos y parientes, como veo que la suerte está echada, os voy a dar una noticia: el General Francisco de Miranda, venezolano, héroe de la Independencia Norteamericana, nos ofrece su ayuda y hasta un ejército, para emanciparnos de España. He aquí su última carta.

—¡Un momento, señores! —gritó indignado el Marqués del Valle de Santiago—. Lo que Juan Vicente dice y ustedes aprueban, es traición al Rey, y no estoy dispuesto a seguir escuchándolos.

—¡Cobarde!

—¡Traidor!

—¡Miserable!

Juan Manuel ebrio en su palanquín de mano, se bambolea con sus gorgueras, con sus creencias, con sus ideas. Las voces de sus amigos estallan como fruto de habillo:

—¡Llegó el momento!

—¡Luego será imposible!

—Vendrá la guerra. Los esclavos matan siempre a sus dueños.

—Los pardos tienen la fuerza de la mayoría. A nosotros nos ampara el poder del Rey. Desconocer su autoridad es quedarnos sin Dios ni Santa María. Cualquier sargento español los lanzará en nuestra contra.

—¡Venderemos mejor el cacao! Seremos más ricos. Más fuertes. Les quitaremos a los pardos su parejería. A bastonazos o a sablazos, que lo mismo da.

—¡Vendrá la guerra y la muerte!

—¡Traidor!

—¡Miserable!

—¡Cobarde!

En la cama prosiguen las voces.

—Desaparecerá la civilización cristiana.

—Toc, toc, toc —responde el Pez.

—Los nuevos amos del país impondrán como leyes sus bárbaras creencias.

—Si ellas existen, somos los responsables.

Un chiflido largo soltó el pescado.

—No se puede hacer un país con amos y esclavos. Fumamos sobre un barril de pólvora. El odio es infinito. El mestizaje, multicolor y acuartelado.

—Tchac, tchac, tchac, toc, toc, toc.

—España cavó su tumba al dictar las leyes de casta. —Tchac, tchac, tchac, toc, toc, toc.

El gato de los ojos rojos lo mira, lo mira, lo mira.

145. La Historia Secreta de Caracas.

Juan Manuel con la boca seca despertó sobresaltado en la penumbra de su habitación: le había visto el rostro a la mujer del manto; había caminado entre las tumbas de sus antepasados; había estado con ellos a todo lo largo de la historia del Valle.

—¡Dios! —exclamó— ¡qué pesadilla!

—Toc, toc, toc, tchac, tchac, tchac —cantó el Pez.

No era ninguna pesadilla. Ahí estaba, al pie de la cama, el cofre de los secretos que le trajo Martín Eugenio, su cuñado. Adentro, en la misma bolsa embetunada La Historia Secreta de Caracas de su abuelo Jorge Blanco y Mijares, y el segundo tomo de La Historia de Venezuela de Oviedo y Baños que copiara Nicolás Herrera y Ascanio cuando se la prestó para que le diera su parecer. Herrera y Ascanio era tío abuelo de Martín Eugenio, su cuñado. La copia y la nota de introducción era de 1721, el año de su muerte. La historia del Cautivo, del que tanto se enorgullecía, era oprobiosa. Esclarecedora y trágica la narración de Diego García. Espantable la crónica de Ño Cacaseno.

En la oscuridad miró fijamente a la lámpara votiva.

—Anoche, ya para cerrar el portón, se le presentó Martín Eugenio sacudiéndolo indignado: «Despierta, viejo canalla».

Entre dormido y despierto intentó valerse, pero su cuñado lo derribó cual si le hubiese dado un mazazo al entregarle una carta fechada en Cumaná:

—Lee, para que conozcas tu horrendo crimen.

Carmen Cervériz —contaba quien escribía— no pudiendo resistir la humillación de verse rechazada por Juan Manuel al tildarla de parda, agarró la pistola de su padre y se descerrajó un tiro en la boca.

—¿Te has dado cuenta —le dijo agrio luego de leerla— lo que has hecho con tu estúpido orgullo y tus aires de gran señor, que no sé de dónde los tomas? ¿Hasta cuándo los que piensan como tú continuarán sembrando desgracias en base a castas y a mitos que nunca fueron? Toma —le dijo abriendo el cofre—. Ahí tienes la verdadera historia. ¡Conócela ya! Y vamos a ver si sobrevives.

Por más de dos horas Juan Manuel permaneció sumido en el estupor por la muerte de Carmen, con los ojos puestos en el hilo de oro de las armas de su familia. La voz de Martín Eugenio le fustigó dentro:

—Lee el cofre de los secretos. Es bueno que conozcas ya, de una vez, la verdadera historia.

Ño Cacaseno, continuador de la historia de Jorge Blanco, le reveló de pronto el enigma de la Isla de los Esqueletos, la única sombra de pesar que le salió al paso en aquel viaje donde conoció a Carmen.

Ya se avistaba entre brumas el Ávila, cuando un viento huracanado arrastró la nave hacia el Norte. La tarde se oscureció de pronto. Una isla en forma de barco apareció a babor. La tempestad estaba a punto de estallar. El capitán guareció el barco en la ensenada. La nave se estremeció como si fuera a romper las amarras. En la mañana brillaba el sol entre aguas claras y transparentes.

—¿Cómo se llama esta isla? —preguntó Juan Manuel.

—La Isla de los Esqueletos —respondió el Capitán—. Es una isla maldita. Está llena de huesos por todas partes. Los marinos le tienen miedo. Al parecer hubo una matazón entre dos grupos de náufragos. En medio de la ensenada hay un barquichuelo hundido y otro grande a la salida. Los veréis al zarpar.

Juan Manuel bajó solo a la playa. Nadie quiso acompañarlo.

Veinte esqueletos yacían uno junto a otro a la orilla del mar. Otros nueve estaban dispersos a todo lo largo de la playa y había uno aparte y solitario, sentado al pie de una roca grande.

Intrigado se acercó hasta él. Parecía esperarlo: con la cabeza erecta, atentas las cuencas vacías.

Al cuello llevaba una bolsa de cuero. Sobre la piedra lisa, tallada a cuchillo, había

una inscripción:

Yo soy Mojón de a Ocho. Voy a morir de hambre y de sed. Los vascos trataron de huir. Tras esta roca está el tesoro de Morgan.

Martín Eugenio, su cuñado, entregó a Juan Manuel la carta que Juan de Dios Roscio le dictase en el momento de morir.

—Me hizo prometer que no te la entregaría antes de cinco años. Su propósito, según me dijo, no era vengarse, sino hacerte conocer la verdad, pues como él mismo decía: «De la ignorancia nace la soberbia…».

A cada pliego que Juan Manuel leía fueron acentuándose los surcos de su cara. Al terminar su lectura, era un anciano amarillento.

Caracas 19 de marzo de 1776

Mi respetado Don Juan Manuel:

Teniendo la sensación de que voy a morir, os quiero contar la historia que me refirió mi padre momentos antes de que un siervo de vuestro padre lo hiriera de muerte.

Es una historia, sin duda, desagradable. Pero como os adjudico acidez y más de bondad, estoy seguro que sacaréis de ella algún provecho, para mejor trato y gobierno de los humildes.

Por más de tres horas mi padre se debatió en la agonía. Cuando le dije que su agresor era un esclavo de Don Martín Esteban, tan solo dijo:

—Así tenia que ser, Martín Esteban vino al mundo por arte del demonio y como diablo también había de morir.

—La niña Cata, vuestra abuela —refería mi padre— consultó a una bruja de mucha fama llamada Yocama. Al día siguiente la bruja se presentó con un saco de yerbas y un hombre de mediana edad. Era su hijo Ño Ramón, quien años después, borracho, contó a Ño Cacaseno, mi padre, una extraña historia. La bruja y que le dijo a Don Jorge: que cerrara todas las puertas y ventanas para que nadie los importunara en su trabajo, dando a Doña Cata un guarapo que al tomarlo la dejó como si estuviera muerta, por un largo rato.

—Que nadie y menos tú, entre a su cuarto mientras dure el ensalmo —dijo Yocama a vuestro abuelo.

Yocama ordenó a Don Jorge rezar en el oratorio, «con los ojos cubiertos y sin pensar en otra cosa que en el rostro de Dios».

Aprovechando el candor de Don Jorge y del sueño profundo de vuestra abuela. Ño Ramón se aprovechó de Doña Cata, y así lo repitió por ocho días, en que la dejó

preñada.

Yocama a su vez le refirió a su hijo que Rodrigo Blanco era su padre. Fue él quien se lo sembró luego de haberla violentado. En ese entonces me llamaba «La Pastorcita». He cumplido mi promesa: devolverle su sangre recrecida.

¿Veis ahora, Don Juan Manuel, que no tenéis razón alguna para enorgulleceros ni avergonzaros de vuestro ancestro, que es el mismo mío, al igual que todos aquellos que no sean puros españoles, puros indios o puros negros y que como bien sabéis, entre todos juntos no hacen una cuarta parte de la gente que habita en esta Provincia? Todos somos hermanos. Todos llevamos la misma sangre. Unos más claros que otros y algunos más oscuros. Yocama, vuestra bisabuela, al igual que Ño Ñaragato, el abuelo de mi padre, eran descendientes muy directos de una prostituta llamada la Pelo e Yodo, que como todo el mundo sabe, fue engendrada por obra de la violencia cuando los piratas de Amyas Preston violaron a una zambita en Macuto.

—¿Yo nieto de la Pelo e Yodo? —clamó Don Juan Manuel.

Sois descendiente de Rodrigo Blanco y también de Carlos V, pero no a través de Jorge Blanco, sino del humilde Ño Ramón; de la misma forma que descendéis del Cautivo, el gran y esforzado conquistador, al igual que todos en este Valle, por la línea de la esclava Rosalía, mi sexta abuela también.

¿Comprendéis ahora, Don Juan Manuel, la verdad de todas las cosas y lo absurdo que resulta empeñarse en buscar lo que diferencia a los hombres de esta tierra, que a la postre y a lo largo, tienen el mismo origen?

P. D. Para una mejor comprensión, os adjunto un árbol genealógico de vuestra verdadera ascendencia.

Juan de Dios Roscio

146. Yo te bautizo Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Don Juan Manuel tambaleante salió al patio. Juana la Poncha con voz de asombro que pretendió hacer de guasa, le dijo:

—¿Y a ti qué es lo que te ha pasao, que tienes esa cara de hicaco? Anda a lavarte y a vestirte, que el bautizo es para las diez de la mañana y vas a llegar tarde.

Don Juan Manuel desencajado sube a la silla de mano.

—A Catedral —ordena a los portadores.

Cerró las cortinillas y recostó la cabeza en el espaldar.

—Por lo que pesa —afirmó Matacán— ya no es un Amo del Valle.

—Dios mió —clama—. Cuán grande es mi pecado y cuán horrible mi culpa. Cuán amargo el saber.

La silla avanza; los negros bufan; los negros sudan. Don Juan Manuel de Blanco

y Palacios se bambolea con sus gorgueras de fino encaje, con sus creencias, con sus ideas.

—Cuánto daño hizo mi padre. Cuánto mal hizo el Águila Dragante. Soy nieto de Ño Ramón, bisnieto de Yocama, la hechicera.

Juan Félix rezaba el Credo. Los Amos del Valle en cuatro filas, van de la pila al enrejado. Los incensarios hacen una niebla densa. La silla de mano se bambolea.

—Calla negro ladino y mira el suelo que vas pisando.

Sexto nieto de Rosalía. Oh, Conde de la Ensenada.

Afuera estruendo de mercachifles y mujeres de placer.

—Aquí está la chicha del negro Simón.

—Los tres platicos, el baño e' la vela, la sortija vaya y venga. Cama y hembra por tres reales.

—Adiós Juan Manuel. Soy la Matea y ya me echas al olvido, guapo y donoso.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy? —chilla tirando la cortinilla.

Recorre el último trozo de la calle de La Amargura en el Silencio.

—Estos negros del carrizo —se revuelve enfurecido—. ¿A dónde creen que quiero ir?

Una algodonada sensación ingrávida lo toma en vilo. Una niebla espesa entenebrece y ahúma. La silla de mano va por los aires. Alcanza las ventanas. Traspone el techo. Juan Manuel con ojos de estupor saca la cabeza afuera. El primer portador que va a la derecha y adelante no es Matacán. Lleva capa y sombrero.

—Padre —exclama con terror.

Martín Esteban le ordena silencio.

Juan Manuel mira hacia atrás.

—Abuelo —Don Feliciano va en el lugar de Alicusio. Tampoco le responde. Triste y apesadumbrado lleva el rostro.

—Padre y abuelo. ¿A dónde me lleváis? —gimió Juan Manuel.

Don Feliciano con ojos ausentes no parecía escucharlo. Martin Esteban con su capa amarilla y negra avanzaba en el aire.

De un salto corrió hacia la otra ventanilla. María Juana, su madre, con las crinejas sueltas, está por el negro Juan.

—Madre, mamá. ¿A dónde me lleváis? ¿Qué será de mi?

—A Monguibel, do has de ir —respondió atrás Rosalía, que en ese momento tenía el aspecto de una hembra de mucha edad.

—Por qué has torvado la catadura, sombroso. Te has puesto muy trasijado por trametido: trufador de varonas. Vamos a un siesto en el Tártaro, al país de las tierras negras, do impera el tempero, sosegado de vagar. Al vesperado vervezones te han de yantar con venternía. Sepelido serás. Torna a tu culpa veyo e reza entre paladares e deja ya queitas, quejas y quejumbres.

Grande pelaza has inferido a moros e cristianos con tu lucífero e migudencias e tu fullia mendicatore de natura. Pronto yacerás en foyo de monumento en el amortido fosalario. Malfadado. Maleito. Fol.

Juan Manuel la veía lacrimoso. Ya era la hembra más esplendente de las siete ciudades.

—Tirte fuera. Quítate de ahí —le ordenó con ira—. Y guárdate dentro que no es tiempo para conturbar, ni para desfacer las albas negras. Mal varragan.

Juan Manuel a hombro de los suyos, se deslizó por parajes privados de color y de señales audibles.

Una luz tenue se hizo más fuerte y redonda, como un sol de invierno. Sintió el palanquín chocar contra el suelo. Al silencio siguió un ruido ensordecedor. Rosalía abrió la portezuela.

—Bienvenido al Tártaro, Juan Manuel. Al que los pedantes llaman el Limbo, o el sueño sin despertar. Aquí todo es una guarandinga: el pasado es mañana, el futuro es ayer. Aquí todo espacio y todo tiempo tiene cabida. Pero cuidado, amor —dijo la negra tomándole por el brazo— que allí vienen.

Hasta los mismos esclavos tuvieron miedo de los negros del Valle y de sus excesos.

—Esto no puede seguir —dijo el coro de los mantuanos.

—Tenéis razón —aprobaron los siervos—. Tomad nuestras cadenas y aherrojadlos con nosotros, que los negros del Valle son el principio de todo mal.

—No seáis cretinos —gritó Jorge Blanco a los que así hablaban—. ¿No os dais cuenta que en ellos está la fuerza nueva que despunta? ¿Qué apenas agoten su juvenil carrera trajinarán plácidos por la paz?

Ni dueños ni esclavos hicieron coro a sus palabras necias. A este palanquín loco no lo mete en cintura sino un hombre recio y bragao.

Tras un apamate apareció un pardo de pelo rubio encrespado. Eugenia, alborozada, dijo a Juan Manuel:

—Guá, mírame quien viene ahí; nada menos que el Catire Páez.

Una multitud abigarrada con hombres y mujeres de todas las castas llevaba al mentado Páez sobre sus hombros y sus manos, peloteándoselo de un lugar a otro, hasta subirlo a la silla de mano con el techo aserrado, de donde lo echaron al volcarlo con estrépito.

Arriba de la silla, montado el uno sobre el otro, con rostros y voces de ebrios, tocados con unos peluquines y otros con tricornios con el pecho al descubierto y con sayas de señoras, iban sus portadores: Juan, Sebastián, Alicusio y Matacán.

—Aquí es, aquí es —les gritaba la gente borracha y desenfadada al verlos pasar.

—Véngase para acá, mi blanca —voceaba Alicusio a una sobrina de Don Juan Manuel, que para pasmo del mantuano abría los brazos en un intento desvergonzado

de treparse al palanquín.

—Cuatro son los negros del Valle —gritaban los portadores. Cien voces decían con ellos:

—Juan.

—Sebastián.

—Alicusio.

—Matacán.

Juan disparaba sobre la multitud. Alicusio tiraba serpentinas que provocaban incendios. Sebastián, de pie sobre el carro, se orinaba sobre la gente, que con voracidad estiraban la lengua, abrían la boca para sorber el divino miamo que parecía tocarlos de centellas, pues apenas bebían, enloquecían bailando como cabros, dándose puñaladas entre ellos. Matacán era el único que mantenía una apariencia digna.

La gente de pronto dejó de cantar y de reír: eran ya demasiados los enloquecidos y los degollados.

—Yo soy la libertad —gritó de pronto con voz propia la silla de mano transformándose en un blanco corcel.

—Soy el caballo de la Panoplia. No hay jinete que me encarame.

Un mestizo hosco zarandeó una soga y lo enlazó por el cuello. De un salto se montó a horcajadas sobre él y lo montó en pelo.

El caballo de la Panoplia corcoveó, saltó, se paró en dos patas, trató de sacudirse, pero fue inútil: no pudo deshacerse de su jinete.

—Yo soy el orden nuevo y me llamo Tadeo —dijo el hombre.

De entre las sombras salieron en tropel no menos de cuatrocientas personas ricamente trajeadas y de rostros finos, que aplaudían y bailaban alrededor del rubio domador.

—Que viva el general.

—Que viva el orden.

—Somos primos por la rama materna.

—Y el Monagas es muy antiguo; de los tiempos de Garci González.

—Y ésos, ¿quiénes son? —preguntó con sorpresa Juan Manuel a Eugenia.

—Los Veinte Amos del Valle.

—¿Y por qué son cuatrocientos?

—Ah, yo que sé —añadió displicente—. Pero espérate un momentico, que he de dar mis saludos al General.

Y el caballo de blanco y brillante que era, se volvió ocre, triste, macilento y más que un potro joven, como lo era, a los pocos minutos de haberlo domado el zambo, parecía un jamelgo.

—¿Y esta vaina qué es? —se preguntó Juan Manuel.

Pero una voz a sus espaldas reclamó su atención: un zambo viejo le dijo mirándole a los ojos:

—Yo soy Ño Ramón, tu abuelo, Juan Manuel. Le sembré el vientre a Doña Cata en un sueño profundo. Dame una limosnita, por amor de Dios.

—Yo soy Yocama, su madre, tu abuela, la que quemar hubieron en Cartagena por haber tenido un delantal de culebras.

—Yo la Pelo e Yodo. De piratas y negros vengo y a mantuanos voy.

Una pareja ricamente vestida venía por el medio del camino. Él era un hombre de mediana edad; ella, una agraciada joven que esgrimía a modo de bastón una espada tan larga como la que lleva la reina de las barajas.

Eran Carlos V y la bella Adriana.

—Su Católica, Sacra, Cesárea y Real Majestad —exclamó Juan Manuel cayendo de hinojos.

—Cuaj, cuaj, cuaj, —estalló a sus espaldas Rosalía—. Y a mí, a cuenta de negra no me vas a decir ni ñé. Tan abuelo es tuyo como lo soy yo.

Un alarido salió tras la hoguera. Juan Manuel desgarrado vio avanzar a su padre, tambaleante como ebrio.

—Ay de mí —clamaba lastimero el Gran Amo del Valle—. Como el Rey de la tragedia antigua, llevé a mi lecho a la madre y a la hija. Al igual que él, merezco tremendo castigo.

Y en un impulso se sacó los ojos con el cuchillo de caza.

—Padre —gimoteaba Juan Manuel—. ¿Qué has hecho, por Dios Santo?

Pero el Gran Amo del Valle, a pesar de tener la cara sangrante, gritó jubiloso al caballo loco: «Toma» —y le dio a comer los guiñapos que llenaban sus cuencas, ahora vacías.

—Qué masto. Qué macho —aplaudía alborozada la negra Rosalía, cambiando a relampagazos su edad y aspecto—. Me finco de hinojos. Me abro de piernas. Me escarrancho. Estoy engrillada y gradosa. Lo fornicaría. Que home lindo, luciferal e mardil.

El caballo loco devoró con deleite los ojos y pifió de alegría.

De un sacudón botó al jinete y volvió a ser la silla de los negros del Valle.

—Venid, hermanos —gritaban—. Que ha vuelto la libertad. Que ya no hay más amos que nos opriman.

Juan.

Sebastián.

Alicusio y.

Matacán.

Y los cuatro negros corrieron arriba de la multitud por los cuatro caminos, y la tierra y los plantíos se cubrieron de fuego.

Las casas y los plantíos ardían en todos los contornos. Esclavos de mirada roja hacían rodar cabezas.

—Toc, toc, toc —cantaba el Urogallo.

Un hombre rubio con ojos de gato y cara de perro hambriento, entra a la casa de Juan Manuel; en sus brazos va Doñana, vieja, gorda y desgonzada, como una paloma muerta.

—Toc, toc, toc —dice el hombre.

—Ana, Doñana, mi muchachita —grita el mantuano desgarrador—. ¿Por qué vas muerta?

—Tú lo quisiste así —le grita Matacán—. ¿De qué te quejas? Atiende ahora a lo que muy pronto ha de ser.

Un ejército andrajoso avanza amenazador esgrimiendo sus machetes.

Una doble fila de hombres armados los esperan apuntándolos con sus fusiles. Llevan casacas de ricos paños y peluquines azules.

—Fuego —ordena una voz.

Caen cientos, pero las descargas sucesivas no logran contenerlos.

—Toc, toc, toc.

Una voz de generala grita a la tropa de línea:

—Llegó la hora de usarlas.

Los batallones empelucados se abren en abanico. Mujeres desnudas de grandes mantos avanzan contra los desarrapados.

—Urpia, Dolores, se alzó un limpio —grita Alicusio al ver a Eugenia. Lo que ha podido ser batalla campal, terminó en saraos y contradanzas.

—Al fin la síntesis —observó desde el charcal Jorge Blanco—. En el amor y la guerra se emparejan las cargas.

La voz matriarcal de Doñana se impuso al bullicio:

—Niñas, niñas, acordaos que sólo a los jefes os debéis. Nada al peonaje.

Las hordas se replegaron:

—Lo siento, chico, pero es mamabuela la que habla.

Y los negros y mulatos de segundo rango dejaron de bailar e hicieron barra al General y a los Veinte Amos del Valle.

Una voz saltó entre los desarrapados.

—¿Y esto qué es? Tenemos hambre.

Pero el General Sebastián, ya de peluca y fustán con uniforme entorchado, respondió airado:

—A callar, lambucio. A su trabajo cada quien. Negros parejeros. Yo soy el orden. ¿No ven que monto al caballo loco?

El caballo de la panoplia trotó a buen paso por un tiempo largo, hasta que la tierra volvió a incendiarse. De los árboles pendían racimos de ahorcados. Los ríos bajaban

llenos de sangre: erizados de machete.

—Toc, toc, toc —cantaba el Urogallo desde un peñasco.

Niño en cuna,
qué fortuna,
Qué fortuna,
niño en cuna.

Veintitrés indios desnudos cruzados por estacas de la garganta al intestino, bailaban en derredor del Cautivo pulseando un laúd:

—Dadnos la muerte, señor —decían entre gemidos—. Acaba ya nuestro suplicio.

—No puedo hacer tal. Soy católico y simétrico y todo esto es obra de mi excelso capitán.

—¡Date cuenta, gran señor, que por cada estaca abonada con nuestra sangre y estiércol nacerán árboles y bosques de fuego!

—Toc, toc, toc.

—No soy personaje histórico —respondió el Cautivo.

—Eso no lo sabe nadie sino hasta el final —musitó Jorge Blanco a su lado, empeñado en desecar un pantano con un tobo pequeño.

—Me importa un bledo el futuro.

—De ahí nuestro padecer.

—¿Y qué haces tú, sácate que te saca agua con esos tobitos?

—Desecamos el pantano.

—¿Con ese tobito? —preguntó el Cautivo soltando la risa—. La verdad es que estáis más chiflados que el tío aquel a quien llama Rosalía el niño Simón: se necesita estar chalado para estar arando en el mar.

Jorge Blanco sin hacerle caso volvió a su rutina, y reabrió el cántaro que le pasaba a Nicolás García, que a su vez le entregaba a Alonso Andrea de Ledesma mientras recitaban coro sin estribillo: «Si no es por vosotros ni para vosotros, será para ellos y para ellos que algún día será».

Un hombre de blancura marmórea gemía con gran aflicción:

—¡Ay, Madre, cómo me duele España! ¡Ay, Madre cómo me duele la tierra nueva! ¡Rosalba alba! ¡La de las pezuñas largas! ¡Ay, mis mulatas en flor!

Pero un coro estridente distrajo su atención:

—¡Vendrá la muerte, la guerra y la destrucción! ¡No seáis insensatos!

—Toc, toc, toc —cantó estridente el Urogallo.

Exhausto y trepidante retornó el caballo loco:

—No puedo más —exclamó con desaliento—. Ya necesito un jinete.

Un hombre parecido a San Pablo saltó de la hoguera.

—Yo soy el orden nuevo —gritó tirándole de las riendas y clavándole hasta sangrar sus espuelas de plata en los ijares.

El caballo volvió a tornarse triste mientras el nuevo jinete agitaba un oriflama amarillo.

—Soy tu pariente Don Juan Manuel y Antoñito Guzmán me han de llamar.

—Y con los míos con o sin razón —respondió detrás, Jorge Blanco.

La hoguera que daba frío se volvió de pronto una esquelética torre de plata, de cuatro patas apenas. Arriba, súbitamente, saltó en chorro un líquido hediondo y negro. Hombres rubios que hablaban en holandés y en lengua bárbara corrieron en tropel hacia las torres para beber y bañarse en él y se hacían más jóvenes, más fuertes y más hermosos mientras más bebían y chapoteaban en aquella inmunda charca.

—La Fuente de Ponce de León —exclamó Don Juan Manuel. La Fuente de la Eterna Juventud. Esta no me la pierdo.

Pero cuando ya se desvestía para sumergirse observó que la charca milagrosa no tenía el mismo efecto para los criollos ni para el negraje. Luego que bebían y se bañaban no sólo quedaban tan jipatos como antes, sino que enflaquecían y fueron muchos los que se ahogaron con la cara embetunada.

El caballo loco, de nuevo sin jinete, corrió brioso hacia la poza.

—Seré más fuerte. Seré más bello. Seré más libre cuando me hay a bañado en el agua negra —decía caracoleando de alborozo.

Pero cuando llegó a la torre, mil hombres boca abajo colgados por los testículos lo detuvieron. No tuvo tiempo de saber qué sucedía. Los hombres rubios que hablaban inglés corrieron hacia él y con la ayuda de algunos criollos de buen plantaje le dieron caza, dobláronle las patas, lo azotaron, lo ensillaron y le pusieron frenos hasta que le reventaron las encías. Era un pobre jamelgo lleno de mataduras cuando entre todos le pusieron por jinete a un hombre gordo de guantes que decía a cada rato:

—Ajá. ¿Y ajá cómo están los amigos?

Don Juan Manuel sintió un calor constrictivo. Un mareo fuerte lo envolvía. El aire se le vuelve agrio. Una garra sin mano lo estrangula. Una viga sin cuerpo lo comprime. Un cuchillo sin mango le atraviesa el corazón.

Cata y Doña Ana de Rojas que hacían corrillo, fueron las más entusiastas en aplaudir al hombre que decía Ajá.

—¡Qué carácter! ¡Qué bien monta! ¡Al fin y al cabo es de nuestra sangre!

—¡Qué viva mi primo! ¡Qué viva mi prima! —y las mujeres desnudas, quitadas ya de sus mantos, hicieron rueda al nuevo amo del caballo loco al son de la tonadilla:

—Somos la blandura marcial de la casta.

—Somos el pantano de las bellas formas.

—Somos las uñas que acarician y castran.

—Somos las nietas de nuestras abuelas.

—Somos las abuelas de nuestras nietas.

—Somos Eugenia y las Hermanas Rojas.

—Somos las dueñas de los que ganen.
—Somos el botín que engulle a quien nos halla.
—Somos el orden secular que no da saltos.
—Somos el cambio que no llega a nada.

En medio del estruendo, entre los cantos y los gritos de las caballerizas de la bestia loca, Juan Manuel antes de entrar a Monguibel oyó la voz de Juan Félix de Aristeguieta:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios.[201]

México 1975 — Caracas 1978 publicado en Madrid en 1723.



Francisco José Herrera Luque (Caracas, 14 de diciembre de 1927 — Caracas, 15 de abril de 1991). Médico-psiquiatra, novelista, ensayista y diplomático venezolano. Entre sus obras destacan: Boves, el Urogallo (1972), Los Amos del Valle (1979) y La Luna de Fausto (1983). Hijo de Francisco Herrera Guerrero y María Luisa Luque Carvallo. En 1956 se casó con María Margarita Terán Austria de cuya unión nacieron cinco hijos. Estudió en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y luego en la Universidad de Salamanca (1952) graduándose de médico. En Madrid se especializa en psiquiatría y produce diversos trabajos científicos. Su tesis de doctorado origina la obra Los viajeros de Indias (1961), que trata sobre las cargas psicopáticas que sobre la sociedad venezolana dejaron los conquistadores españoles. Su inquietud por conocer los orígenes de las personalidades de los habitantes de Hispanoamérica lo llevó al estudio de la herencia y la genética.

Fundó la cátedra de psiquiatría de la UCV de la cual llegó a ser profesor titular y fue embajador de Venezuela en México a mediados de la década de los setenta. Como escritor y autor de novelas, su obra histórica está basada en la investigación veraz y documentada. Sus últimos libros: Los Cuatro reyes de la baraja, Bolívar en vivo, 1998 y El Vuelo del Alcatraz, son publicaciones póstumas. Durante los años finales de su vida y después de su muerte sus obras adquirieron gran renombre, convirtiéndolo en uno de los escritores más vendidos de Venezuela.Su éxito fue combinar el sentido mitológico venezolano con los hechos reales de la historia, llenó el molde de la realidad con las fabulaciones colectivas del venezolano. Indagó más allá de la historia oficial de Venezuela y creó una narrativa paralela a ella. Combinó

su faceta científica con la literaria, nunca descuidó el estudio de los orígenes de lo venezolano, que en su tesis se develaba estudiando las personalidades de los primeros habitantes de la colonia. Francisco Herrera Luque falleció en Caracas el 15 de abril de 1991, a causa de un ataque al corazón. En 1992 se crea la Fundación Francisco Herrera Luque para mantener el legado de este escritor venezolano.

Notas

[1]1783 <<

[2]El Pez que escupe el Agua aparece en la obra del mismo nombre (1875-1931) y en Boves el Urogallo (1791-1814). <<

[3]Doñana, Juana la Poncha y el Conde de la Granja son personajes principales de Boves el Urogallo. <<

[4]El retrato embrujado de Don Feliciano aparece también en la obra En la Casa del pez que escupe el agua. <<

[5]1725. <<

[6]1567 <<

[7]1567. <<

[8]1756 <<

[9]1682 <<

[10]1781 <<

[11]1728 <<

[12]1777 <<

[13]1728 <<

[14]1553 <<

[15]1567 <<

[16]Personajes de Boves, el Urogallo <<

[17]1566. <<

[18]1569 <<

[19]1569 <<

[20]1570 <<

[21]9 de abril de 1749 <<

[22]1727 <<

[23]1728 — 1730. <<

[24]1703 <<

[25]1707 <<

[26]1693 <<

[27]1668 <<

[28]1595 <<

[29]1711 — 1714 <<

[30]1717 <<

[31]1728 -1730 <<

[32]1730 <<

[33]1732 <<

[34]1737 — 1747 <<

[35]1737 <<

[36]1737 <<

[37]1739 <<

[38]1740 <<

[39]1742 <<

[40]1742 <<

[41]1743 <<

[42]1747 <<

[43]1569. <<

[44]1571 <<

[45]1573 <<

[46]1574 <<

[47]1574 <<

[48]1582 <<

[49]1582 <<

[50 1582 <<

[51]1584 <<

[52]1586 <<

[53]1586 <<

[54]1588 <<

[55]1586 <<

[56]1589 <<

[57]1594 <<

[58]1711 <<

[59]1669 <<

[60]1682 <<

[61]1665; 1668, 1669 <<

[62]1665. <<

[63]1673 <<

[64]1630 <<

[65]1595 <<

[66]1603 <<

[67]1623 <<

[68]1630 <<

[69]1595 <<

[70]Felipe II (t 1598). <<

[71]1625 <<

[72]1596 — 1600 <<

[73]1602 <<

[74]1606 — 1611 <<

[75]1625 <<

[76]1555 <<

[77]1626 <<

[78]1611 <<

[79]1629 <<

[80]1623 <<

[81]1623 <<

[82]1631 <<

[83]1634 <<

[84]1630 <<

[85]1638 <<

[86]1638 — 1644 <<

[87]Fray López Agurto <<

[88]1640 <<

[89]1642 <<

[90]1642 <<

[91]1634 <<

[92]1617 <<

[93]1644 <<

[94]1645 <<

[95]1644 — 1648 <<

[96]**1649 <<**

[97]1651 <<

[98]1652 <<

[99]1652 <<

[100]**1683 <<**

[101]1654 — 1656 <<

[102]1652 — 1653 <<

[103]17 de mayo de 1655 <<

[104]1634 <<

[105]1686 <<

[106]1691 <<

[107]1703 <<

[108]1699 <<

[109]1703 <<

[110]1717 <<

[111]1725 <<

[112]1751 <<

[113]Futuro Carlos III de España (1759 — 1788) <<

[114]1754 <<

[115]1756 <<

[116]1759. <<

[117]1637 <<

[118]1721 <<

[119]1656 <<

[120]1674 <<

[121]1655 <<

[122]1657 <<

[123]1657 — 1658 <<

[124]1660 <<

[125]1660 <<

[126]1664 <<

[127]1723 <<

[128]1665 <<

[129]1676 <<

[130]1674 <<

[131]1665 — 1700 <<

[132]1658 <<

[133]1678 <<

[134]1680 <<

[135]1680 <<

[136]1665 <<

[137]1665 <<

[138]1665 <<

[139]1666 <<

[140]1667 <<

[141]1653 <<

[142]1668 <<

[143]1669 <<

[144]1674 <<

[145]1678 <<

[146]1674 <<

[147]1678 <<

[148]1686 — 1704 <<

[149]1693 <<

[150]1685 <<

[151]1693 <<

[152]1693 <<

[153]1693 <<

[154]1711 — 1714 <<

[155]1701 — 1713 <<

[156]1714 <<

[157]1699 <<

[158]1700 <<

[159]1703 <<

[160]1701 — 1713 <<

[161]1717 <<

[162]1781 <<

[163]1777 — 1782 <<

[164]1782 <<

[165]1780 <<

[166]1782 <<

[167]1771 <<

[168] José Tomás Boves, feroz caudillo realista (1782 — 1814) <<

[169]1759 — 1788 <<

[170]Hermano de su futuro amante Manuel Godoy <<

[171]1680 <<

[172]1694 <<

[173]1733 <<

[174]1670 <<

[175]1674 <<

[176]1725 <<

[177]1723 <<

[178]11 de diciembre de 1721 <<

[179]1725 <<

[180]Publicado en Madrid en 1723 <<

[181]Lugarteniente de Domingo Monteverde, el capitán español que, en 1812, en nombre del Rey, invade Venezuela por Coro, dando fin a la Primera República (julio de 1812). El zambo Palomo se caracterizará, durante la dominación de Monteverde, por su odio a la clase patricia, sometiendola a toda clase de vejaciones. <<

[182]Durante la Revolución de la Independencia, el capitán español Cervériz, a quien seguramente alude el autor, fue uno de los más feroces e implacables jefes realistas. (Nota del Editor1) <<

[183]José Leonardo Chirinos, en 1797, capitanearía una sangrienta insurrección de los esclavos de Coro. <<

[184]El zambo Borraja asesinará en Tucupido (1814) a José Felix Ribas. <<

[185]Feroces caudillos de la causa realista. Rosete asesinará a don Pedro de Vegas y Mendoza en 1814 <<

[186]Padre de Andrés Machado, que serálugarteniente de Boves y asesino del Conde de la Granja en 1814. <<

[187]1756 <<

[188]1756 <<

[189]1757 — 1763 <<

[190]Carlos III <<

[191]1760 <<

[192]1763 — 1771 <<

[193]1771 <<

[194]1764 <<

[195]1751 <<

[196]1775 — 1814. Héroe de la Independencia Nacional <<

[197]Juan Germán Roscio, héroe de la Independencia Nacional y abogado defensor de José Tomás Boves <<

[198]1773 <<

[199]1775 <<

[200]1776 <<

[201]28 de julio de 1783 <<